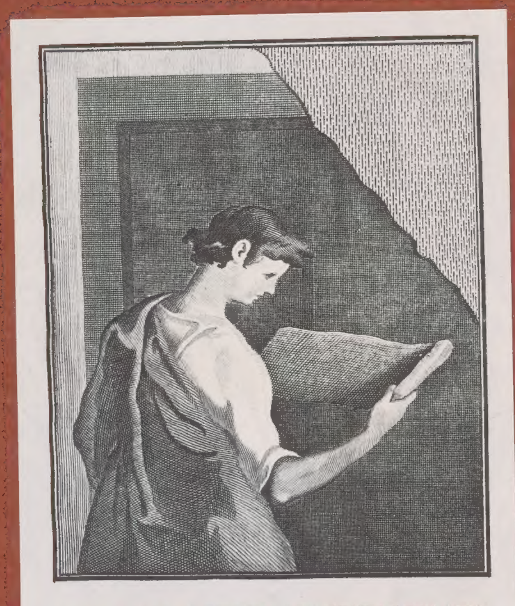
LA ILUSTRACION ARTISTICA



LA

ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA

PERIÓDICO SEMANAL DE LITERATURA, ARTES Y CIENCIAS

REDACTADO POR LOS MÁS NOTABLES ESCRITORES NACIONALES

PROFUSAMENTE ADORNADO CON UNA

MAGNÍFICA COLECCIÓN DE GRABADOS

DEBIDOS A LOS PRIMEROS ARTISTAS NACIONALES Y EXTRANJEROS



TOMO IX · 1.° SEMESTRE UND

TOMO IX.—2.° SEMESTRE DE 1890

BARCELONA

MONTANER Y SIMON, EDITORES

CALLE DE ARAGÓN, NÚMEROS 309 Y 311

1891

ÍNDICE

DE LOS ARTÍCULOS CONTENIDOS EN EL TOMO IX DE LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA

ÍNDICE

DE LOS GRABADOS CONTENIDOS EN EL TOMO IX DE LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA

La Ilustracion Artística

Año IX — Barcelona 1.° de julio de 1890 — Núm. 444

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



EL LAZARILLO DE TORMES, obra escultórica de D. Antonio Susillo

Exposición de Bellas Artes de Madrid

SUMARIO

UNA EXCURSION

POR LA MARINA DE ALICANTE

En la tarde del diez y nueve de septiembre recorría yo, en unión de varios amigos, la distancia entre Denia y Benidorm, por la carretera que conduce de Alicante á Silla. Mi fraternal amigo D. Juan Thous, con la esplendidez propia de su carácter y digna de su fortuna, me había enviado á Denia, donde yo veraneaba, los coches necesarios, tanto para mí como para mis compañeros de viaje. Así pudimos distribuirnos á nuestras anchas, contando, como contábamos, para dos vehículos, con doce caballos. En la berlina de nuestro anfitrión íbamos D. Jaime Morand, alcalde de Denia, y yo. Bien puede asegurarse que aquí empiezan, en los comienzos de la carrera, las alegrías que procura un viaje meridional. La grande animación de todo lo que os rodea os anima también. Gritan los cocheros y demás conductores á una; chasquean los látigos, que hacen como chispear el aire; tañen las campanillas una especie de cadencia muy semejante á los castañeteos y balanceos del baile andaluz; toma el movimiento algo del relámpago; y parece que vais, por el fragor, así como por el vértigo de la carrera, en una especie de tonante nube, cual aquellas puestas bajo las plantas de los personajes homéricos en la hermosísima *Iliada*. El campo brilla por una singularidad en Denia. Tiene, como todas estas marinas esplendorosas, mucha vegetación, montes muy altos, playas muy bellas, mares muy celestes; pero se distingue de cuanto lo rodea en todas direcciones por las casas de recreo que todo lo adornan y esmaltan con las varias maneras de su arquitectura y con las muchas plantas de sus jardines. En Ondara cambia la naturaleza del paisaje. Quédase á la derecha el mar, como una mayor condensación del aire; á la izquierda el Monte Mongó, visto por la espalda, que parece una eminencia desconocida y nueva; el campo, muy feraz de suyo, pierde las quintas que por tal singular manera hermosean los campos anteriores. Ondara posee un talismán, cuyo prestigio solamente pueden comprender aquellos que hayan residido algún tiempo en las comarcas meridionales; posee una fuente, clara, pura, copiosísima. Tanto en las poesías árabes como en las poesías hebreas, y tanto en las poesías hebreas como en las poesías helénicas, el manantial fluye, no sólo agua, inspiración también. La nube por los aires y la fuente por los suelos, llevan en sí vapores y rocíos de múltiples pensamientos. Por eso no podéis representaros la mujer oriental sino con el ánfora sobre la cabeza, que la realza como una espléndida diadema de reina. Por eso las populares asambleas se tenían, y los templos mayores se levantaban, cerca de las fuentes. El espectáculo de un anochecer estival en Ondara, cuando las mujeres llegan á recoger el agua en sus odres y cántaras, me recuerda lo que refieren las historias de los manantiales, y de las gentes á su alrededor asociadas, en las puertas de Nazareth ó de Belén. ¡Cuántas veces, á la vuelta de una senda, la campesina, encontrada por acaso, que se detiene junto á la cisterna y bajo la palmera, nos evoca la samaritana del Evangelio al escanciar el agua para Cristo, y beber ella en cambio de los divinos labios la eterna religión del espíritu!

Mas continuemos nuestro viaje. Un largo trayecto media entre Ondara y Benisa. En tal trayecto cambia dos ó tres veces la decoración ó paisaje. A las feraces planicies recorridas suceden montes altísimos, pero todos cultivados por prodigiosa manera. En las aristas más agrias de los cerros más altos, por los despeñaderos más abruptos, sobre los mismos cauces del desecado torrente, la fuerza del hombre ha tendido una gradería de bancales, con tal artificio compuestos como las macetas mismas de un jardín ó de una estufa, pues muchos han sido rellenados de tierra vegetal, y otros hechos en puntos donde parece que sólo podría recoger el aguilucho las cosechas. Hablen lo que quieran cuantos se atienen á las vulgaridades aceptadas con facilidad y frecuencia del carácter perezoso que se atribuye á los meridionales: viendo uno tales fortalezas, en guisa de murallas, erigidas con tamaño esfuerzo al fin de contener las tierras tras los ribazos y evitar las avenidas en los ramblares, cerca unas del pico de las montañas y junto al borde otras de los abismos, no puede menos que admirar el trabajo creador, á cuya virtud presta culto nuestra raza, que parece dotada con el don de los milagros.

Antes de perdernos en el valle de Benisa no pudimos menos que admirarnos del Calvario de Teulada, verdaderamente poético, y que prueba la intuición artística del pueblo á nuestra izquierda levantado. En colina de corte muy gracioso y de muy regular estatura, se abre una escalera de gradería muy proporcionada, que, por la falda, va subiendo desde la raíz hasta la cima; en uno y otro lado capillejas, allí abiertas, y adornadas con viejos pasos de la Pasión, sobre los de manises impresos, recuerdan el poema místico de nuestra redención religiosa, y provocan el rezo de las gentes; sendos cipreses jóvenes, parecidos en su eclesiástico aire á mangas de parroquia y á cirios de túmulos, álzanse á los dos costados de las capillejas, formando como una inmensa procesión de litúrgicas sombras ó de fantásticos penitentes; arriba, entre dos árboles de la misma especie, pero mucho más altos y gruesos, que revelan siglos y siglos de vieja edad por su corpulencia y por su solidez, álzase la ermita coronada por una rotonda esférica, que, cubierta con tejas blancas y celestes, reverbera el día en sus tintes metálicos, y brilla como una tiara de pedrerías en el seno de un cielo celeste y al pie de unas montañas semejantes á moles de coral y oro. El valle de Benisa tiene todos los caracteres propios de una gran hoya, en el centro de montañas meridionales abierta, y parecida tanto al fondo de un lago desecado como al cráter de un inmenso volcán geológico, ya del todo extincto. La pureza de aquellos aires y la elevación de aquel terreno mantienen una vigorosísima raza muy dispuesta de suyo al trabajo agrícola. En todos estos términos admira la cantidad especialísima de los vegetales y de sus frutos. El mirto y las adelfas crecen por las umbrías y al borde mismo de los torrentes; el robustísimo algarrobo aparece como un árbol de jardín ó paseo por el dibujo de sus copas y el corte de sus follajes; aquí la higuera destila sus mieles; allí el olivo, de un color entre plateado y ceniza, guarda sus frutas, que tienen luz disuelta en sus huesos y fibras; donde quiera que hay un poco de humedad el nogal verdea brillante, y en lo más árido el almendro presenta sus aterciopelados zurrones, en los cuales encierra las frutas, bañadas en gomas transparentes, prometiendo aquellos gallones blancos parecidos á cuajada leche y al paladar tan sabrosos; entre los pedregales ya el áloe con sus candelabros parecidos á ramas de girasol, ó ya el nopal con sus chumbos; á las puertas de muchas viviendas la palmera; todo lo cual compone un verdadero Edén como los conocidos en Asia y en Egipto, llenos de vida tan intensa, y en esta exuberancia de vida dulcificados por un clima tan benigno, que sólo se necesita respirar para vivir en aquel océano incomparable de vivificadores efluvios.

Pero lo verdaderamente asombroso faltaba todavía, la hoya, ó mejor, el circo amplio de Calpe. Así que dejamos á nuestras espaldas Benisa, el mar apareció allá, muy abajo, como en el abismo. No puede formarse uno idea del país aquel, por faltarle á la imaginación nuestra medios de comparar tantos objetos dispares como allí se juntan en bruscos y violentísimos, pero armoniosos contrastes. Lo que siempre me ha maravillado en Isaías, en Shakspeare, en Calderón, en Víctor Hugo, en nuestro sublime Zorrilla, en todas las imaginaciones titánicas y ciclópeas, la increíble aproximación de cosas é ideas, que parecen separadas por todos los espacios del espíritu y por todo el eje de la lógica, encuéntrolo como realizado en esta tierra capaz de juntar el idilio con la tragedia real. Cuentan de Sicilia que lo pasmoso allí es la vela blanca latina en el mar azul, el copo de coral y ámbar en las riberas marmóreas, el vergel de naranjales entre los setos de granados y las guirnaldas de jazmines y madreselvas, mientras arriba el Etna con sus tempestades y sus erupciones y sus terremotos y sus lavas y sus incendios y sus estremecimientos eternales. Algo así veréis en Granada, si observáis el contraste maravilloso de los ventisqueros recién amontonados en el pico de Muley-Hacén, con los volcanes de antiguo extinctos en los altos de Sierra Elvira. El paisaje de Cáspe, que la serpenteante carretera os ofrece desde Benisa y sus contornos hasta el Mascarat y sus breñas, entra por privilegio natural en el hermoso índice de los anteriores paisajes. Contrastes indecibles en él reinan. Junto á los pinares verdaderamente selváticos, que recuerdan el melezo helvecio por su color oscuro, purpurean como rojos arreboles de un ocaso meridional esos granados con sus frutas que recuerdan Jafa y Damasco. El pino de Italia, más verde que las albahacas del Carmen, enlaza los ramajes férreos con la palma de Oriente, más cadenciosa que una endecha semita ó una profecía hebraica. Entre despeñaderos inaccesibles cuelgan, como canastillas pendientes de invisible hilacha, ó como nidos formados por las aves, jardines que parecen prontos á caer en los abismos. Las casitas blancas, rodeadas de parrales, á que prestan multicolores matices los aires de septiembre, recordaban con su blancura y sus guirnaldas la musa de Mileto, al saltar de los promontorios de Leucades á las aguas azules para extinguir en la eternidad una sed tan insaciable como la que despierta el amor eterno. Los colores, sobre todo, forman como una paleta de pintor veneciano inmensa y como una serie de cuadros en que predomina la brillante coloración de los reverbeos metálicos y de las lacas portentosas. Aquí una extensión terrosa, por caliza, que blanquea como ampos de nieve; allí una breña de morado amatista, que se transparenta y aeriforma; un poco lejos cresterías de azul celeste que brillan como lapis-lázuli sobre faldas de montes violáceos que creeríais gigantescos vasos murrinos; por doquier una especie de pedrería chispeante como las esmeraldas ó como los rubíes, produciendo en seco unos iris tan fingidos, pero tan hermosos, cual esos espejismos vislumbradores en los ardientes arenales por los desiertos líbicos, orgía de colores que ofendiera la vista y el gusto de no hallarse dulcificada por la gasa de un aire mitigador que aminora todos los excesos chillones, y por la virtud eficaz de unos largos y de unos lejos enormes, que todo lo templan y armonizan.

Entre tantas maravillas resaltan el peñón de Ifach y el collado de Calpe. Las gentes dicen que Ifach se parece mucho á Gibraltar. Confieso mi delito: aunque haya pasado yo veinte horas de mi vida en Gibraltar, las emociones de un patriotismo exaltado diéronme una fiebre tan intensa, que apenas recuerdo en sus delirios el objeto productor de aquel estado patológico mental, y por consecuencia el término de la comparación. Pero no cabe duda que Calpe revela su origen fenicio, tanto más de creer, cuanto que por la Nueva Cartago los fenicios ó cartagineses ó púnicos se difundieron en estas costas, cual, por Oñunza ó Ibiza, por Rodas ó Rosas, por Zacyntho ó Sagunto, se difundieran también los griegos, de cuyas competencias y emulaciones provinieron la segunda y tercera guerra púnica que acabaron por destruir la Tiro africana y por entregar al pueblo romano el territorio español. ¡Cuán vario el peñón de Ifach se ofrecía en los recodos del camino á nuestros ojos! Unas veces, mirado con detención desde las costas, semeja los templos antiguos del Oriente indio, las pagodas inmensas, sobre cuyos pavimentos y entre cuyos intercolumnios pueden las divinidades múltiples del panteísmo antiguo andar, porque no tocan en la techumbre con sus frentes, ni con sus cuerpos en los intercolumnios se detienen, ó enredan; otras veces lo creeríais una esfinge de la Nubia, tallada en los granitos egipcios y tendida en los arenales inmensos: cuando nosotros lo vimos por sus espaldas, encharcado en las aguas del mar, angosta y tenazmente unido á la tierra por arista que semejaba colosal esternón; con una cumbre que toma corte de cabeza, parecióme cetáceo ciclópeo, de los pertenecientes á ciertas edades geológicas, en que las ranas tenían el volumen de los bueyes, como los helechos la estatura que tienen hoy los encinares; y todos estos gigantes del mundo animal se arrastraban en océanos bituminosos, entre islas flotantes impelidas por los huracanes, y bosques de cuyos restos han brotado las cuencas carboníferas donde yacen hoy los minerales que arden. Cuanto más lo miraba parecíame más un megaterio dormido, en cuyos huesos el viento ha depositado tierra vegetal, y la tierra vegetal ha producido manto de arbustos enanillos con flores microscópicas juntas con hinojo marino y lirios areniscos; me pareció Ifach, este pedregoso y colosal promontorio, que cambia, como el fabulosísimo Proteo, de aspectos, según las horas del día y los varios sitios de donde abrazáis en su maravilloso conjunto el sublime titán, maravilla de las maravillas en estos sitios de tantas y tan incomparables bellezas.

Pues, en orden distinto y en escala de otra serie diversa, el collado presenta iguales rarezas. Llámase así, collado de Calpe, á un conjunto de riscos y breñas, tan complicado é inextricable como un laberinto.

Sus rocas peladas sobrepónense como los dólmenes celtas donde sacrificaban los antiguos sacerdotes druidas. Rocas férreas, de color entre áureo y rojizo, con forma de llamas volcánicas subiendo á las alturas etéreas, os detienen á cada minuto en vuestro camino y os dan una especie de pena, por creeros allí perdido, é incapacitado para salir, ni con pasos atrás, ni con pasos adelante. Sublime silencio reina por aquellos riscos solitarios. Esta soledad extiende como un paño funerario, tanto sobre las regiones vegetales como sobre la región animada. Mirando abajo creéis que os llama el abismo, como, volviendo los ojos arriba, que se desprenderán sobre vuestras cabezas las cumbres vacilantes. El mar azul regocija un poco aquel espectáculo de horror con sus cintas etéreas, que parecen muy angostas, entre los bastidores de unas gargantas estrechísimas. Allí anida el buho solitario en busca de sus eternas sombras, allí el halcón cazador en busca de sus sangrientas presas, allí el águila caudal en busca del rayo fulminante y del huracán devastador. La fuerza del hombre ha burlado esos abismos por puentes, y horadado esas rocas por túneles. Pero estos puentes, en su elevación inverosímil, os dan vértigos, y estos túneles, en su oscuridad dulce, os dan tristeza. Así, aconsejo á cuantos vayan, como fuimos nosotros, desde Denia á Benidorm ó Alicante, que hagan lo por nosotros hecho, que pasen á pie puentes y túneles. Así gozarán de lo que constituye la emoción estética por excelencia, de una sorpresa indecible y de una emoción que sacudirá sus nervios como las corrientes eléctricas. Eran los momentos solemnes del ocaso cuando nosotros experimentamos emoción tan profunda, y, por profunda, inolvidable. Después de habernos visto amenazados por aquellas rocas suspensas á una sobre nuestras sienes; junto al borde oscuro de abismos que nos recordaban las fauces del tiempo eterno y de la muerte voraz abiertas á nuestras plantas; estrechándose de una parte nuestro cielo y de otra nuestro mar hasta convertirse ambos en líneas que parecían borrarse para dejarnos en lo vacío; volando las aves rapaces muy silenciosas sobre nuestras frentes y extendiéndose la desolación alrededor nuestro, como si nos encontráramos en uno de los países lunares descubiertos por la potencia de los nuevos telescopios, é impresos en los cartones de las fotografías contemporáneas; tras aquellos laberintos de breñas amontonadas unas sobre otras, y aquella suma de abismos descendentes á las regiones infernales, cambia el espectáculo como á la señal tramoyesca de un mágico embrujádor, y por la boca del túnel, en cercano recodo, descubrís un cielo inundado por todos lós resplandores y todos los reverbeos de la tarde, un mar sembrado de blancas lonas y de blancas gaviotas, rizadísimo al soplo de las brisas en olas celestes, coronadas por espumas, en cuyas transparencias titilan los últimos arreboles del ocaso, un anfiteatro donde se dibujan sobre aguas que Parthenope y Venecia envidiarían la sierra de Puig-Campana, eterizada en aquella hora, como una rotonda de cristal, el pueblo de Altea ceñido por verjeles sin cuento y regado por manantiales que se destrenzan en todas direcciones, los cabos y los promontorios realzados por el horizonte meridional y por el mediterráneo heleno-latino, que ya parecen intercolumnios griegos en sus porciones sólidas, ya lagos idilicos en sus porciones líquidas, algo como lo que descubrís cuando el día muere al pie del Cabo Misenio en la Italia griega, ó cuando suenan las campanas de la oración repetidas desde las lagunas y las islas de San Marcos en las arenas y en las ondulaciones del hermoso Lido, en que principia para nosotros el Oriente. Yo he visto muchos contrastes bellos en mis viajes larguísimos, pero pocos tan dignos de admiración como la transición del Mascarat, aridísimo y solitario, á la vista de Altea regocijada y exuberante de vida; entre los riscos sombríos y los anfiteatros matizados de iris; entre los nidos de halcones y los verjeles de azahar; entre las sombras gratas á los buhos ó los riscos propios de las águilas y el concierto de las aves canoras; entre honduras donde la noche no tiene principio ni fin, como la perdurable nada, y las altitudes etéreas donde las cumbres se transparentan hasta convertir en eterno, como una celestial bienaventuranza, el día y su luz. Tocaba el sol en su ocaso, y se iban poco á poco extinguiendo las nubes purpúreas encendidas en los últimos bordes del horizonte; por un lado se oían las esquilas del ganado, y por otro lado la vibración de las velas; el mar copiaba los cielos y el monte parecía metamorfosearse á las tintas del crepúsculo, cuando yo creí ver que todas las cosas tomaban alas, que todas las esencias se convertían en incienso, que todos los rumores formaban armonías como producidas por las trompetas de un órgano inmenso, que todos los seres criados, desde los peces fosforescentes en el mar, hasta las estrellas rutilantes en el cielo, cantaban un *Te-Deum*, y yo asocié mi voz espiritual é interior al coro sublime de tantas voces y al concierto sinfónico de tantas orquestas misteriosas dirigidas por ángeles invisibles, y alabé esta sublime trilogía, en que van los arquetipos de todo lo creado, la luz en el espacio, la idea en el espítitu, y Dios en el cielo. Y una especie de visión me trajo á los ojos mis lloradas muertas, conducidas sobre alas y coronadas por estrellas, obligándome á decir aquellas palabras pronunciadas tantas veces en mi niñez, cuando la primera estrella de la tarde brotaba en el horizonte y la última campanada del *Ave María* sonaba en la torre: «bendita tú eres, entre todas las mujeres.»

EMILIO CASTELAR



D. FEDERICO DE MADRAZO Y KUNTZ (1)

DIRECTOR
DEL MUSEO NACIONAL DE PINTURA Y ESCULTURA

Nació en Roma en 1816.

Vino con sus padres á España en 1819.

Fué discípulo en Humanidades é Historia, de D. Alberto Lista, y del Sr. Gil y Zárate en Matemáticas y Francés.

Estudió Pintura con su padre D. José de Madrazo, pintor de cámara de Fernando VII y profesor de Colorido y Composición de la Real Academia de San Fernando.

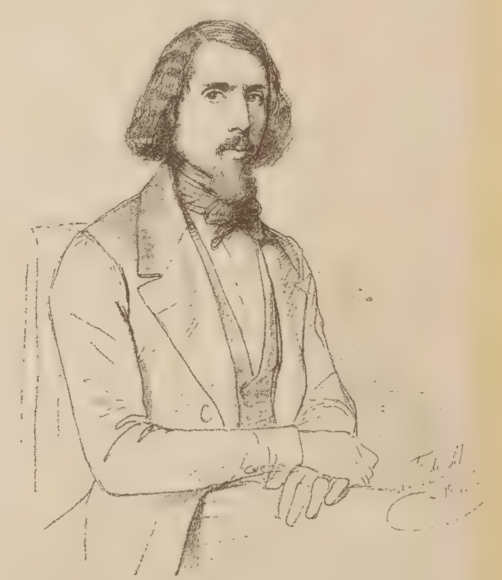
En 1831, previos los ejercicios que disponían entonces los Estatutos de la Academia, fué recibido académico de Mérito.

En 1832 ejecutó el cuadro *La enfermedad del Rey* (no hace mucho tiempo en el Palacio de San Telmo), y en 1833 hizo su primer viaje á París. Allí trató á los Sres. Ingres, P. Delaroche, barón Gros, barón Taylor, V. Hugo, A. Dumas, Bellini y Gomis y otras personas distinguidas, y por encargo de su padre ejecutó los retratos, que conserva en su Estudio, de M. Ingres y el barón Taylor.

De vuelta á España pintó el cuadro *Gran Ca-*



PELEGRÍN CLAVÉ, director que fué de la Academia de San Carlos de México



MANUEL VILAR, escultor y profesor que fué de la Academia de San Carlos de México

(1) Cumpliendo lo que tenemos ofrecido, comenzamos en el presente número la serie de monografías de artistas antiguos y contemporáneos, españoles y extranjeros, acompañadas de retratos, croquis y estudios. Al inaugurar esta sección hemos querido rendir justo homenaje al arte patrio, publicando ante todas la biografía del ilustre director del Museo Nacional de Pintura y Escultura, el renombrado pintor D. Federico de Madrazo y Kuntz, que tantos y tan legítimos títulos reune para justificar nuestra elección.



JOAQUÍN ESPALTER, PINTOR DE HISTORIA
profesor que fué de la Escuela Superior de Pintura y Escultura de Madrid

pitán recorriendo el campo de batalla de Cerinola (hoy propiedad de la condesa de Munter).

En 1834, con su hermano político D. Eugenio de Ochoa y el malogrado Conde de Campo de Alanje (que murió gloriosamente en el sitio de Bilbao), fundaron el periódico *El Artista*, donde se publicaron interesantes artículos de Literatura y Bellas Artes, y además de las bellísimas composiciones de Espronceda, Ventura de la Vega, Patricio de la Escosura, José Bermúdez de Castro, Tassara, Pastor Díaz, y los primeros versos de Zorrilla y de su hermano D. Pedro, etc., etc., ejecutó los retratos, litografiados directamente del natural, de Martínez de la Rosa, Quintana, Lista, D. J. N. Gallego, Bretón de los Herreros, duque de Rivas, García Gutiérrez, el maestro don Ramón Carnicer y muchos otros. Conviene que se tenga presente que no se había inventado aún el daguerrotipo (1).

Volvió á París, casado ya y con una hija de doce meses, en 1837. En la Exposición (Salón) de 1838 presentó el cuadro arriba mencionado, *El Gran Capitán*, por el que, sin esperarlo, obtuvo una medalla de tercera clase. Allí trabajó durante un año para el reputado y respetable pintor M. Alaux en los diferentes cuadros que tenía encargo de hacer para Versalles; y el rey Luis Felipe, á quien fué presentado en el Louvre por el barón Taylor, le encargó un cuadro para Versalles, que representa á Godofredo de Bouillón proclamado rey de Jerusalén, colocado en aquel Museo en el departamento de las Cruzadas.

Pintó después el cuadro grande que representa á Godofredo saludado en el Monte Sinaí por dos ángeles (hoy creo que en el Alcázar de Sevilla), que se expuso en el *Salón Carré* del Louvre el año 1839, y por el que se le adjudicó una medalla de segunda clase. En esa misma Exposición obtuvieron, su amigo y compañero de toda mi vida D. Carlos Luis de Rivera y el grabador Esteve medallas de tercera y segunda clase respectivamente; aquél por su cuadro *D. Rodrigo Calderón conducido al suplicio*, y éste por su lámina del célebre cuadro *Las aguas*, de Murillo.

Pasó después á Roma, donde trató íntimamente á D. Antonio Solá (á la sazón director de los pensionados españoles), á Espalter, de quien había oído hacer grandes elogios en 1833; al barón Gros, su maestro, á Clavé, Vilar, Milá y Lorenzale, y frecuentó juntamente con ellos los Museos y galerías, los estudios de Overbeck, Minardi, Tenerani, Cousoni y otros; también frecuentaba la Academia de Francia, de donde era entonces director el ilustre amigo y condiscípulo de su padre, y á quien había retratado en París, M. Ingres. En aquella Academia encontraba frecuentemente á sus amigos y compañeros de infancia los hermanos Balze, discípulos predilectos de M. Ingres, que se ocupaban en las grandes copias de las principales obras de Rafael en el Vaticano, por encargo del gobierno francés.

En Roma pintó el hermoso cuadro *Las Marías en el Sepulcro*, dos medias figuras del tamaño natural, *La mujer de Albano* y otra de Mola de Gaeta, con sus trajes característicos, y muchos retratos, entre ellos los de los Sres. Solá y Villalba (éste Encargado de Negocios de España, quien puso á su disposición todo el piso segundo del Palacio de España, á la sazón enteramente desocupado, para que pintase allí), y de sus amigos Clavé, Vilar, Ponzano y su señora, etc., etc.

Igualmente ejecutó, en los últimos meses que estuvo en Roma, los retratos dibujados de Tenerani, Overbeck, los hermanos Müller y Deger, etc., etc., y también bastantes estudios para el cuadro *Pelayo proclamado Rey*, que por indicación de D. Agustín Argüelles debía ejecutar á su vuelta, juntamente con otro de *Los Reyes Católicos á la vista de Granada, enarbolando en sus torres los estandartes Real y de la Cruz*, etc., que quedaron en proyecto.

Expuso en París *La Mujer de Albano*, y le valió la medalla de primera clase.

Vuelto á España en 1842, tuvo grande éxito desde la primera Exposición con el cuadro *Las Marías* y con algunos retratos, entre los que llamó más la atención el de su hermano D. Pedro. Después presentó todos los años los principales retratos que iba ejecutando, y gustaron mucho los del malogrado duque de Osuna, D. Pedro Téllez Girón, el de la Srta. Sofía Vela, muy conocida en Madrid, principalmente en el mundo filarmónico, por su voz encantadora; el del marqués de Miraflores, el del general Mazarredo, el de Su Majestad la Reina Isabel, para la Embajada de España en Roma; el de la Srta. Leocadia Zamora, el de la condesa de Teba, que fué después emperatriz de los franceses, y los de M. Scott y su señora, etcétera, etc.

En 1845 fué nombrado Profesor de la clase del Antiguo y Ropajes, de nueva creación, en los Estudios de la Real Academia de San Fernando.

Algunos años más tarde pasó á dirigir la clase de Colorido y Composición, ya de la Escuela Especial de Pintura, Escultura y Grabado.

En la Academia y en la Escuela tuvo, entre otros muchos discípulos, los siguientes: Rosales, Montañés, Bonnat, Palmaroli, Martín Rico, Barroeta, Casado, Puebla, su hijo Raimundo, Manzano, Álvarez, Vera, Domínguez, Pradilla, Ferrant, Escosura, Díaz Carreño, Torras, Caba, Rigalt, Ferrándiz, etcétera, etc.

Muerto D. Juan Rivera, que fué por poco tiempo director del Real Museo de Pintura y Escultura, por renuncia de D. José de Madrazo, que lo había sido muchos años, fué nombrado director, cargo anexo al de primer pintor de cámara, y ejerció ambos, habiéndole ocupado mucho tiempo, más de lo que hubiera deseado, hasta la revolución del año 68.

Director del hoy Museo Nacional de Pintura y Escultura por fallecimiento del Sr. Sans, dejó la clase del Colorido y composición de la Escuela.

En la Dirección del Museo ha hecho y sigue haciendo lo posible para que los cuadros de los grandes maestros, al menos una gran parte de ellos, estén á buena luz para poder ser estudiados, dentro siempre de la clasificación por escuelas. Ha procurado constantemente la buena conservación de los mismos, y que sea en lo posible aquel importantísimo establecimiento modelo de orden, de limpieza y de decoro; y ahora que espera que se llevará á cabo la reconstrucción, hace tiempo interrumpida, de la «Sala de la Reina Isabel», prodrán lucir más que antes los cuadros todos de primer orden de todas las escuelas, que volverán á ocupar el lugar que antes tuvieron, pero en mejores condiciones de luz, decorado, etcétera, etc. Al mismo tiempo, con la reforma consiguiente de la parte baja correspondiente á dicha sala, podrá organizar y colocar, debidamente clasificadas, las esculturas, que constituyen un Museo muy interesante, bastante más de lo que se cree generalmente, y que se hallan como hacinadas y no como hoy se exige. Esta necesaria reforma cree que no se hará esperar mucho tiempo, porque está ya estudiada, y, aunque no materialmente, puede decirse que hecha.

En cuanto á los cuadros de los pintores vivientes, están colocados en el Museo del Prado *provisionalmente* y hasta que se halle terminado el edificio que se construye para Biblioteca y Museos, al que deberán pasar los cuadros y las esculturas contemporáneas (de artistas que viven), pues no es conveniente, por muchas razones, que se hallen en el mismo local que las obras de los autores antiguos; así se practica en todos los países. Cuando esto se verifique podrá disponer la Dirección del Museo de más local, tanto para rectificar y perfeccionar la actual colocación de los cuadros antiguos, pues no pueden verse bien todos por hallarse altos ó haber demasiada aglomeración de ellos en algunos sitios, como para aumentar el número de dibujos originales expuestos, con no pocos muy importantes que existen en carteras.

En la primera Exposición Universal de París de 1855 expuso varios cuadros, entre ellos *Las Marías* y los retratos del obispo Sr. Posada, duquesa de Medinaceli, duquesa de Sevilla, condesa de Rebersart, condesa de



CLAUDIO LORENZALE, director que fué de la Escuela de Bellas Artes de Barcelona

(1) No recuerdo precisamente el año en que apareció ó se hizo pública la invención que lleva el nombre de Daguerre; creo que fué en 1841 ó 42; pero sí tengo por cierto que con el descubrimiento del daguerrotipo ha sucedido lo que con otros muchos. Llega la época en que ha de suceder y llevar la gloria el primero que la saca á luz; y otros que persiguieron la misma idea, por llegar un poco más tarde, deteniéndose quizás demasiado en perfeccionar los primeros resultados, quedan ignorados, habiendo perdido el tiempo y las vigilias y las ilusiones...

El pintor Zanetti (D. José), un poco poeta y un poco músico y un poco mecánico, español, de Zaragoza (que vivía en Roma en Santiago de los Españoles, en Plaza Nova, donde tenía una sala inmensa y destartalada que le servía de estudio, de laboratorio, de todo, pues que de todo hacía, hasta una máquina para volar), nos enseñó á varios amigos suyos, españoles, las primeras imágenes de la cámara oscura fijadas por él de un modo bastante imperfecto en verdad, no recuerdo sobre qué materia, pero sí que eran de un color violáceo y que eran dos ó tres vistas de las casas y monumentos que tenía frente á sus ventanas; esto era por los años 40 ó 41.



LAS MARÍAS EN EL SEPULCRO, cuadro de D. Federico de Madrazo

Vilches, duquesa de Alba, etc., etc., y obtuvo medalla de oro de primera clase.

Hacía ya algunos años que era académico de San Lucas de Roma y de muchas otras, y desde 1846 caballero de la Legión de Honor de Francia; poco después de dicha Exposición Universal fué ascendido á oficial de la mencionada Orden.

En la Exposición Universal de 1878 presentó varios retratos, entre ellos los de cuerpo entero de la señora condesa de Guaqui y de la señora marquesa de la Granja, y obtuvo el *rappel* de medalla de primera clase y fué ascendido á comendador de la Legión de Honor.

Entre los muchos retratos que ha pintado, todavía recuerdan los artistas y aficionados los de Grimaldi, conde de San Luis, Bravo Murillo, Donoso Cortés, lord y lady Stanley, general San Miguel, conde Raczynski, condesa de Plasencia, M. y Mme. Barringer, etc., etc.

Siendo, hace algunos años, correspondiente del Instituto de Francia, ocupó, por el voto de aquel cuerpo, la plaza de individuo efectivo (associé), vacante por fallecimiento del célebre pintor alemán Julio Schnorr, autor de las célebres pinturas de los Niebelungos en el Palacio de Munich.

Ha sido reelegido ocho veces director de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando y senador en todas las elecciones por la citada corporación, y ha tenido la mayor de las recompensas, la gloria de ser padre político del célebre pintor, malogrado Mariano Fortuny, y de ver á su hijo Raimundo celebrado entre los pintores contemporáneos, habiendo obtenido en las dos últimas Exposiciones Universales de París las medallas de primera clase, y sido ascendido á oficial de la Orden de la Legión de Honor, de que era caballero.

Para completar estos apuntes biográficos y ampliar algunos detalles que muy ligeramente hemos tocado en ellos, creemos que interesarán á nuestros lectores los siguientes párrafos que tomamos de una carta recientemente escrita por el señor Madrazo al director artístico de esta ILUSTRACIÓN, D. José L. Pellicer:

«Desearía que no se pasase por alto lo que podría llamar mi *sino* - la simpatía que siempre he sentido por sus paisanos de V. - y la amistad estrecha que me ha unido con muchos de los artistas catalanes de verdadero mérito, como tampoco el grande atractivo que sentí, desde que le vi la primera vez, hacia el ilustre y malogrado Mariano Fortuny, mi hijo político algunos años después, cuando, muy jovencito aún, volvía de Africa, terminada la guerra, cuando apenas *doraba su rostro el bozo primero*.

»Y, coincidencia también, la primera tierra española que pisé siendo niño fué el puerto de Rosas.»

Hablando de su regreso en 1833 del primer viaje que hizo á París, dice:

«Había estallado la primera guerra civil y tuve que regresar por Barcelona (recuerdo que hacía poco que se había creado allí la *Milicia Urbana)*. Venía yo lleno de ilusiones y de espíritu romántico, y ufano de haber tratado en París á Ingres, Delaroche, Víctor Hugo, Alejandro Dumas, etc., etc., y en todas partes, cuando me veía entre jóvenes entusiastas por la Literatura ó las Bellas Artes, se encendían en mí mil ideas jóvenes y generosas y de *color de rosa*, confiando en el porvenir artístico de mi patria. Recuerdo que en Barcelona pasaba algunas noches los ratos más agradables en la botica del Dr. Giraud, en la calle del Conde del Asalto, donde concurrían muchos jóvenes que, andando el tiempo, han honrado á su patria y contribuído grandemente al renacimiento de Cataluña. Allí conocí al malogrado Piferrer y á muchos que adquirieron justo renombre, y á quienes volví á ver, algunos años más tarde, en Roma. ¡Con qué gusto recuerdo esa época de mi vida!»

D. Federico Madrazo no aparenta tener los setenta y cuatro años que cuenta; el vigor de su cuerpo corresponde en la medida de lo posible á la eterna juventud de su alma.

Es de alta y esbelta estatura, y de figura distinguida y elegante. Su fisonomía delicada y genuinamente española lleva impreso el sello de un espíritu eminentemente observador; y aunque de ordinario grave, se dulcifica fácilmente cuando una conversación le agrada, ó un asunto le interesa, ó un interlocutor se le hace simpático.

Su trato acusa el cosmopolitismo: entiende de muchas cosas, y para hablar, y hablar bien de todas, está preparado por su observación y por sus conocimientos. Oyéndole y tratándole fácil es adivinar que se ha rozado con todos aquellos de sus contemporáneos que han sobresalido en Artes, Ciencia ó Literatura.

La tendencia natural de su carácter es la bondad, unida á una exquisita cortesía, que revela al cumplido caballero y al hombre de mundo, y acompañada de cierto gracejo, reminiscencia, sin duda, de la vida y de las costumbres del artista.

LA REDACCIÓN



CARRERA DE CABALLOS INDIOS LLEGANDO Á LA META

SECCION AMERICANA

EN LAS RESERVAS INDIAS, escrito é ilustrado por F. Remington

Cierta noche, algunos años hace, había acampado con dos compañeros en la parte Sur de la cordillera de los Pinos (territorio de Arizona); eran las nueve, poco más ó menos; estábamos sentados alrededor de nuestra hoguera, fumando tranquilamente, y hacíamos observaciones sobre la rapidez de la marcha de mi criado Jerónimo, á quien había enviado á la Sonora, y que tal vez se hallaría en aquel momento de regreso cerca de nosotros. La conversación terminó al fin, y entonces nos tumbamos de espaldas, con los brazos cruzados bajo la cabeza, mirando el obscuro ramaje del árbol que nos cobijaba. Yo creo que comencé á calcular perezosamente cuánto tiempo necesitaría una lejana estrella para pasar por detrás de una roca negruzca que se elevaba á corta distancia; pero de pronto me incorporé, movido por no sé qué secreto impulso. Durante un segundo parecióme que me faltaba el aliento; tal fué mi asombro al ver tres indios apaches sentados junto á la hoguera, con sus carabinas cruzadas sobre las piernas. Mis compañeros acababan de verlos también, y aunque eran rudos fronterizos, avezados á la guerra, parecióme que experimentaban cierta inquietud.



EL AUTOR SACANDO UN CROQUIS

–«Tener hambre», murmuró una de aquellas salvajes apariciones, sin añadir una palabra más.

Como no estábamos familiarizados aún con el semblante de Jerónimo, parecíónos reconocer las facciones de éste en las de nuestro interlocutor; mas, por si acaso, juzgamos oportuno preparar nuestra artillería, es decir, las armas de fuego.

Entonces los apaches, deseando sin duda desvanecer la alarma que habían producido, comenzaron á explicarse.

–Nosotros *Montaña Blanca*, dijo uno de los indios, querer sólo harina, y no guerra.

Se les dió en cantidad abundante lo que pedían, y aunque antes teníamos mucho sueño permanecimos sentados, departiendo amigablemente con aquellos intrusos, hasta que les vimos tenderse á la larga y comenzar á dormir. Nosotros pretendimos seguir el ejemplo; mas yo no pude cerrar los ojos en toda la noche, y en vez de entregarme al sueño vigilé, temiendo ver otros apaches deslizarse cautelosamente en la obscuridad. No habría sido extraño tampoco que alguno se hubiese descolgado de las ramas del árbol.

Los dos indios se marcharon por la mañana, deseándonos buen viaje, con ese estilo lacónico y sentencioso que mis amigos de las Montañas Pedregosas usaban en ciertas ocasiones. El incidente me hizo reflexionar, pues si bien las consecuencias se habían reducido á la pérdida de algunas libras de harina, indicábame, por otra parte, hasta qué punto aquellos indios podían usurpar las prerrogativas de los fantasmas, y desde aquella noche mezclé con mi valor indebidas dosis de precaución.

Los apaches me parecen predestinados á vagar continuamente entre las rocas y chaparrales con la ligereza del lobo, y siempre fueron los indios más peligrosos de la región occidental del país. No son nada valerosos en su modo de hacer la guerra; mas no por eso dejan de obtener buenos resultados. En el desierto ardiente, y entre las prolongadas líneas de rocas de su país, ningún hombre blanco podría cogerlos por la persecución directa; pero desde que la vía férrea y el telégrafo penetraron en su territorio y se han establecido puestos militares, un sistema muy riguroso les obliga á permanecer en los confines de la Reserva de San Carlos, no siendo ya de temer una intentona por esta parte. Esto no impide que la caballería del general Miles se halle siempre bien provista de municiones y dispuesta á cualquiera hora del día ó de la noche á lanzarse en persecución de una partida hostil.



INDIA APACHE LLEVANDO RACIONES



DISTRIBUCIÓN DE CARNEROS EN LA AGENCIA DE SAN CARLOS

La administración de San Carlos está confiada hoy á un oficial de ejército, el capitán Bullis; y como he tenido ocasión de verle en el desempeño de sus funciones, bien puedo decir que él, más que otros muchos, necesitaría pagar seguro sobre la vida. Sin embargo, no parece temer al puñado de asesinos con quienes ha de tratar continuamente, pues ha pasado la mayor parte de su vida entre esos salvajes, comprende muy bien su carácter y nada le arredra. Si los actos de este oficial se hubiesen realizado en medio de nuestros campos de batalla, y no entre una caterva de indios, en el vasto desierto de Río Grande, seguramente se le habría erigido una estatua en el templo de la Fama. Aquellos salvajes le consideran casi como un ser sobrenatural, le han puesto por sobrenombre el *Remolino* y hablan de él con la mayor admiración.

La Reserva de San Carlos, administrada por el capitán Bullis, es un inmenso espacio que comprende montaña y desierto; cerca de la parte central, sobre el río Gila, hay una llanura muy extensa, donde están las toscas construcciones de la Agencia, y allí se ven varias líneas de blancas tiendas, pertenecientes al acantonamiento, que forman como una plaza al Norte.

Llegué á este punto una tarde, al cabo de la más penosa marcha que imaginarse pueda, acompañado de un destacamento de caballería, y me alojé en la tienda de un amigo, tan amante como yo de lo pintoresco. Por la noche fuí invitado á la mesa de los oficiales para consumir las raciones que yo llevaba, y allí pude admirar el talento culinario de los chinos que presiden los destinos de la cocina.

San Carlos es la localidad más calurosa que yo he conocido, y no quisiera visitarla otra vez. El hombre acostumbrado á respirar el aire fresco de la bahía de Nueva York no podría disfrutar aquí de la comida y del baño turco que la acompaña; pero en cambio la conversación de los oficiales me pareció tan amena como la de los poetas y supe apreciarla en su justo valor.

A la mañana siguiente busqué mi álbum de bosquejos y fuí á ver á Bullis para comunicarle confidencialmente mi plan de campaña artística. El capitán, que estaba peinándose, interrumpió su operación y miróme con aire de asombro, guiñando los ojos repetidas veces.

– Joven, me dijo, si desea usted contar años y llegar á tener mucha barba, preciso será que deseche la idea de que se halla en Venecia.

Al oir estas palabras recordé que el año anterior un indio había manifestado vivos deseos de acuchillarme tan sólo porque yo trataba de inmortalizar su figura. Cuando se hace uso de una hábil diplomacia es posible á veces conseguir que alguno de esos salvajes mire, aunque con expresión recelosa, la boca de una cámara oscura; pero inducir á un indio á permanecer quieto mientras otro hombre le retrata en el papel ó el lienzo, es cosa á que no accederá nunca. Con ayuda de los dos oficiales que estaban á mi lado pude hacer rápidamente varios croquis que representaban escenas y personas; pero mi operación despertó al fin sospechas, y hube de suspender por entonces la tarea. Desde el punto donde yo estaba vi las prolongadas líneas de caballos, mulas y burros que por todas partes llegaban á la Agencia, y muy pronto tuve ocasión de enriquecer mi álbum. Los indios suelen estar siempre diseminados en todas direcciones en un espacio de cuarenta millas; pero aquel día era uno de los destinados á la distribución de raciones, y los salvajes llegaban juntos para recibir la suya.

Después de almorzar fuimos á dar una vuelta. En un espacio de poca extensión vi un gran número de jacas y burros con los arreos más fantásticos que imaginar se pueda; pero llamáronme la atención principalmente las jóvenes de la tribu de San Carlos á causa de los extraños adornos que usan en el cabello como símbolo de su virginidad. Varias mujeres, unas á pie y otras montadas, llegan presurosas, con el cabello flotante sobre la espalda, y agrúpanse á la puerta de la Agencia para coger los grandes pedazos de carne que el carnicero indígena les arroja, mientras que varios batidores indios, luciendo su levita militar y armados de carabina, van de un lado á otro para mantener el orden. Otros grupos de mujeres se han sentado en el suelo para hablar en voz baja. De pronto veo un anciano jefe, de aspecto respetable, que llega á galope tendido hasta el sitio donde estoy. Me lo presentan y cambiamos un apretón de manos.

Estos indios parecen tener una dignidad natural, y por poco que aprendan algo de buenos modales se conducen muy bien. Los apaches no tienen, al parecer, en su dialecto término alguno para despedirse ó dar la bienvenida, y jamás se estrechan la mano; pero esto les parece un acto solemne para los hombres blancos y le dan mucha importancia. Cierto oficial me aseguró haber conocido un apache que, después de estar ausente de su cabaña varios meses, volvió una noche, sentóse y comenzó á fumar sin decir ni una palabra.



INDIO KIOWA AL GALOPE

Como el día era muy caluroso nos retiramos al despacho del capitán Bullis, que con la cabeza cubierta con un sombrero de anchas alas escuchaba atentamente las quejas de unos indios contra otros. Aquellos que resultaban culpables solían quedar á veces detenidos; el capitán concedía divorcios en absoluto, aprobaba testamentos con singular rapidez, y dispensaba, en fin, la justicia á su manera de entender. El intérprete se veía no pocas veces en graves apuros, pues con frecuencia salían á relucir los cuchillos y carabinas cuando no todos se conformaban con el fallo, y así es que el tribunal debía estar en sesión permanente. Estos salvajes se matan por la menor cosa y se roban las mujeres apenas tienen oportunidad para ello. Muy pocos son los que van á la Agencia á pedir justicia, sobre todo si creen que pueden dirimir mejor sus contiendas por la efusión de sangre. Solamente los débiles ó inútiles imploran protección.

Al salir de la oficina del capitán oímos un disparo de arma de fuego en la habitación misma de donde acabábamos de salir; un momento después acudieron los soldados negros de la guardia; manifestóse cierta excitación en los indios, y observé que todos preparaban sus armas rápidamente: pero de pronto presentóse ante la multitud un oficial de infantería, de estatura gigantesca, y que llevaba la cabeza protegida por un casco. Al verle, todos guardaron silencio, y sin duda se esperó oir de sus labios alguna noticia terrible. Varios indios salían ya presurosos, con expresión amenazadora; mas el oficial del casco gritó entonces con voz estentórea: «No es nada, muchachos; se ha descargado una carabina, y no ocurre nada de particular.» Tres minutos después habíase restablecido completamente el orden.

El capitán Bullis se acercó entonces á nosotros, rascóse la cabeza y nos señaló un anciano que, embozado en una manta, á pesar del calor, apoyábase en la pared de barro de la Agencia.



PREPARATIVOS PARA LAS CARRERAS



LA CATA DEL VINO, cuadro de José Benlliure, grabado por Sadurní



LA ULTIMA HORA DE LA JORNADA, cuadro de D. Baldomero Galofre, grabado por Sadurní

Exposición de Bellas Artes de Madrid, 1890



NDIO A [illegible]

– Aquí tenemos un problema, dijo el capitán. La familia de ese pobre hombre que ven ustedes ahí no quiere cuidarle ya, y no contenta con esto, le roba sus raciones; está ciego y no puede atender á su subsistencia.

Nos acercamos para ver mejor aquel infeliz, cuya piel apergaminada comunicábale el aspecto de una momia. Su extremada suciedad nos repugnó; al mismo tiempo su estado inspiraba compasión; mas no podíamos hacer nada en su favor.

Ignoro lo que el capitán resolvería en aquel caso, por el cual comprendí que los padecimientos físicos y los malos tratamientos son las compensaciones que el guerrero salvaje puede esperar después de haberse distinguido por sus hazañas ó sus servicios.

Mientras me paseaba entre los caballos y las mulas permitióseme hacer algunos croquis, y á fe mía me pareció que aquellos animales miraban también con malos ojos el papel y el lápiz. Muchos de estos cuadrúpedos estaban cargados de sacos de harina, ó de grandes cuartos de carne que goteaban sangre. Los pobres animales no encuentran nunca suficiente pasto en su desierto país, mas no por eso han de trabajar menos para sus salvajes amos, hasta que la muerte triunfa al fin de su filosofía equina. En las sillas de algunos caballos vi buenas mantas y artículos de fabricación mejicana, obtenidos probablemente por un procedimiento que la ley internacional no permite.

Los apaches son poco industriosos. En lo que principalmente se ocupan es en hacer excursiones á Méjico para adquirir sillas de montar y otros muchos objetos; pero sus mujeres se dedican á fabricar diversos artículos, principalmente de alfarería, como jarros, ollas, etc., distinguiéndose por la habilidad con que ejecutan su trabajo. Venden estos objetos á un precio tan reducido que parece absurdo cuando se tiene en cuenta el tiempo que esas mujeres han debido emplear en su trabajo. Las mujeres llevan también al acantonamiento grandes haces de heno, que se cargan á la espalda y que venden muy pronto. Suelen cortarlo con un cuchillo, y después lo atan como si fueran espigas de trigo.

Llegada la noche todos los indios se habían retirado á sus respectivas rancherías, y la Agencia volvió á quedar del todo desierta durante una semana. Me detuve un día en Gila, á pocas millas de la Agencia, para observar los métodos de agricultura practicados por los indios de la tribu de San Carlos. Las orillas de dicho río presentan en ambos lados escarpadas eminencias, y sobre ellas han construído los indígenas sus chozas, á la mayor altura posible del suelo, donde el calor es más sofocante; allí soplan los vientos cálidos del desierto; pero como esos indios van casi desnudos, disfrutan de cierta comodidad relativa. Las mujeres circulan, entre el río y las chozas, llevando ollas llenas de agua cenagosa, y parece que su principal ocupación consiste en humedecer todo lo posible aquel suelo reseco, sobre todo para que no se agosten el trigo y los vegetales que allí crecen. De repente se oye una detonación, seguida de otras dos más próximas, y, como si esto fuera una señal, dos ó tres mujeres retiran las tablas de una acequia inmediata, y el agua se precipita, elevándose á la altura de sus rodillas.

Mi compañero, teniente de caballería, me propuso ir á pasar la tarde en el campamento de los indios; yo acepté la invitación, y en su consecuencia, dejando á nuestros batidores indios junto á sus hogueras, nos encaminamos, acompañados del guía indígena, á la misma choza de éste. Allí dimos fin muy pronto á nuestro frugal refrigerio, y después cada cual fumó su cigarrillo para matar el tiempo.

Poco faltaba ya para que el sueño nos dominase, cuando de pronto llegó á nuestros oídos el monótono compás del tam-tam, y un momento después resonó una voz discordante, acompañada á poco de otras que más bien parecían alaridos, aunque en aquella soledad, y cuando hubimos escuchado un rato, creímos que hasta cierto punto tenían algo de armónicas. Impulsados por la curiosidad, nos acercamos al sitio de donde provenían las voces, y alrededor de una hoguera vimos unas formas casi desnudas que, formando círculo, movíanse perezosamente siguiendo al que tocaba el tam-tam. La escena no era del todo desagradable, y deseosos de observarla hasta el fin nos sentamos en un sitio desde donde se podía ver todo perfectamente. Confieso que en mi vida había visto danza tan singular ni oído música tan extraña.



INDIO TOMANDO SU MEDICINA

Según supe después, aquellos indios practicaban un rito religioso, animados de la buena fe y del celo que distingue á esos indígenas en tales actos, comunes á todas las tribus. Todos los salvajes parecen imbuídos en las ideas religiosas, y aquello que no comprenden paréceles siempre sobrenatural. Es muy extraño que ellos, tan conocedores de la naturaleza, no puedan discurrir mejor.

Una de las cosas que más me interesa en esos aborígenes es su manera especial de pensar. Respetando las investigaciones científicas practicadas respecto á esos indios, yo creo que ningún hombre blanco podrá penetrar nunca el misterio de su espíritu ni explicar la razón de sus actos.

El hombre de piel roja es un conjunto de incongruencias: ama y odia de una manera tan extraña, y es constante é inconstante en ocasiones tan inoportunas, que á menudo pienso que no sabe reflexionar y que todo lo hace por el impulso del momento. La investigación del etnólogo no debe penetrar en su pensamiento demasiado rápidamente, porque esto sería razonar por el indio y no con él.

LOS COMANCHES

Después de abandonar las ardientes arenas de Arizona, los verdes prados y el cielo sereno del Norte de Texas me parecieron muy agradables. En una pequeña ciudad llamada Enriqueta entré en negociaciones con el conductor de un convoy para trasladarme á ciertos puntos del territorio indio. Muy pronto quedamos conformes, y á primera hora de la mañana siguiente fué á buscarme con un carro tirado por dos jamelgos tan escuálidos, que desde luego protesté, alegando que no servirían para llenar mi objeto.



DESCANSO

El conductor me aseguró, por el contrario, que tendrían suficiente fuerza para trasladarme adonde yo quisiera; y como yo me había acostumbrado ya á no fiarme de las apariencias, no vacilé en subir al vehículo.

El paisaje que se ofreció á mi vista consistía sobre todo en una inmensa llanura ondulada, donde se veían algunas flores marchitas; varias caletas rodeadas de árboles interrumpían de vez en cuando la monotonía del conjunto; el sol era muy ardiente, y mi conductor, dominado por el sueño, cabeceaba muy á menudo. De esto se aprovechaban los caballos, acortando el paso de tal manera que apenas se movían; pero entonces su amo, despertando de repente, agitaba el látigo, y con mano vigorosa obligaba á los cuadrúpedos á cumplir con su deber. Durante el camino dióme muchos informes respecto á los comanches y á los indios en general; y aunque su punto de vista no tenía mucho de filosófico, en cambio me citó numerosos detalles de no escaso interés.

Al fin llegamos al río Colorado, y entonces pude apreciar la razón del calificativo, pues sus aguas son la cosa más rojiza que jamás he visto, como también lo es el terreno,



INDIO COMANCHE

que comunica su color al agua. Sin perder tiempo vadeamos el río, pero, al llegar á la mitad de la corriente, los caballos quedaron inmóviles como si hubiesen echado allí raíces. A costa de no pocos esfuerzos conseguimos al fin salir de aquel mal paso, sentando el pie en tierra firme. Cerca del río hay numerosos ciruelos que producen grandes cantidades de fruto.

Poco después dábamos vista al fuerte Sill, sólida construcción de piedra que se eleva en un espacio cuadrado, en una eminencia. En las llanuras que le rodean vi los cráneos de muchos animales, muertos para distribuir la ración diaria. En el fuerte Sill trabé conocimiento con un tal Horacio P. Jones, intérprete comanche, que ha vivido con la tribu treinta y un años. Es una verdadera autoridad en cuanto se refiere á indios, y procuré utilizarme de sus conocimientos. En nuestra primera conversación me habló de cierto carácter extraño del dialecto comanche, por el cual se hace casi imposible aprenderle. Casi todos los individuos de la tribu tienen por nombre el de algún objeto de la naturaleza, y cuando el indio muere ya no se vuelve á pronunciar este nombre, pues se cambia el del objeto de que se tomó.

Los comanches son grandes viajeros, y por este concepto aventajan á todas las demás tribus. Mr. Jones ha conocido algunos que visitaron á California y á otros que emprendieron excursiones de varios años. Son hombres caracterizados por su cara redondeada y expresión agradable. Hablan la lengua española, y muchos de ellos tienen sangre mejicana en las venas, debiéndose esto á la circunstancia de que á menudo secuestran mujeres mejicanas, á las cuales obligan á ingresar en la tribu.

Los comanches son menos supersticiosos que los demás indios en general. Se distinguen principalmente por su inteligencia y buen sentido en cuanto se refiere á caballos, y han llegado á producir, como ganaderos, una especie de jacas magníficas. Son muy buenos chalanes, y en punto á comprar y vender no necesitan lecciones. Aún siguen viviendo en chozas ó cabañas, pero si pueden adquirir una buena casa ocúpanla con preferencia. Saben apreciar cuanto hay de bueno en la civilización, y á menudo se les ve comprar paraguas, sombreros, juguetes para sus niños, y otros muchos artículos. Los efectos personales de cada individuo se inutilizan al morir éste; pero ya no se matan los caballos, y ahora se discute si se debe ó no quemar la casa del comanche que deja de existir. Hasta ahora se han respetado tres ó cuatro, y tal vez se haga lo mismo en lo futuro.

Junto al fuerte Sill hállase acampado el cuerpo de batidores indios, compuesto de los manches y kiowas. El gobierno costea su manutención y además tienen paga fija. Se les ocupa en cazar caballos, llevar mensajes y prender á los indios culpables.

Los comanches comienzan á someterse á la prisión sin resistencia; pero la ley de Texas es tan dura para ellos, que no se les debe censurar cuando llegan á ser sospechosos.

En el campamento del fuerte Sill se me permitió hacer algunos croquis, y los indígenas manifestaron mucho interés al observar mi procedimiento.

En la mañana del 4 de julio hallábame con Mr. Jones en el camino que conduce á la Agencia. Este día y el de Navidad son muy celebrados por los indios, con motivo de efectuarse entonces las carreras de caballos, en las que se cruzan apuestas y los comanches pueden lucir su destreza y sus ligeros caballos. A medida que nos acercamos á la Agencia reconocemos que ha llegado ya la hora de comenzar la función, viéndose muchos jinetes que se dirigen hacia la llanura, donde los indios han formado ya un extenso círculo.

Un indio de avanzada edad y de aspecto respetable penetra en el círculo; con graciosos movimientos arroja en tierra su manta colorada, y arrodíllase después delante de ella para recibir el dinero de las apuestas que han de cruzarse. Varios hombres echan duros ó algún objeto de valor, como, por ejemplo, una carabina inglesa y un revólver de Colt, que veo cerca de mí. A pocos pasos del sitio donde estoy un muchacho comanche comienza á desnudarse hasta quedar en camisa y calzoncillos; su padre murmura algunas palabras á su oído, y condúcele junto á una jaca que piafa impaciente, como si comprendiera lo que debe hacer aquel día. El muchacho quiere montar de un brinco, y queda suspendido del cuello del cuadrúpedo; pero con sus pies se apoya en los músculos superiores de la pierna del animal, y, semejante á un mono, toma al fin la debida posición. Dicho está que el chico montaba en pelo y sin más agarradero que la brida; mas á pesar de esto, se mantenía firme como una roca.

Un kiowa se destaca de un grupo, galopa hasta la pradera y se detiene en el lugar que debe ser el punto de partida, siguiéndole media docena de jacas montadas todas por sus jinetes medio desnudos. Los espectadores indios descansan perezosamente en sus caballos, inmóviles como ostras, y tan indiferentes al parecer como si no estuvieran en juego sus intereses.

– Es el *Bayo*, díjome un indio, señalándome un magnífico cuadrúpedo que iba á correr, y hasta ahora ningún otro le ha vencido. Yo he apostado por él mi carabina.

De repente se oye una detonación; vemos salir humo de la carabina del kiowa de que antes he hablado, y en el mismo instante arrancan las cinco jacas que debían correr primero. Muy pronto desaparecen, rodeadas de una nube de polvo; los jinetes, inclinados sobre sus monturas, las estimulan con la voz y el ademán; á cada tropezón las fustas de los indios agitan el aire, y en aquella carrera vertiginosa nadie sabe al principio quién lleva la ventaja. Pero ¡ah! ya vuelven; entre la densa polvareda, los cinco jinetes parecen irresistible avalancha; ya se acercan; ya los distinguimos bien, y dentro de un segundo se decidirá la victoria. El muchacho comanche va delante de todos: sus ojos brillan, animados por la excitación del momento, pues acaba de batir al invencible *Bayo*, orgullo de la tribu de los comanches, y ha ganado el premio en la carrera. Sin embargo, al acercarse á su padre, su rostro está sereno y el chico aparenta la dignidad de un hombre.

No deberían nunca esos indios trocar sus mantas, sus caballos y su heroísmo por la levita y el sombrero que nosotros usamos; pues ahora son grandes á su manera, é imitándonos á nosotros lo perderían todo. Abrigo la esperanza de que persistirán en su género de vida y sus costumbres. Pueden vivir tranquilos y contentos como son ahora; pero no de otro modo.

Después de haberme despedido de mis amigos del fuerte Sill, emprendí la marcha hacia Anadarko, sobre el Washita, donde se halla la Agencia principal de los comanches, kiowas y wichitas. Las casas de los kiowas, muy numerosas á lo largo del camino, demostráronme que estos últimos constituyen algo más que la tribu hermana; pero estos indios no son tan agradables como los otros.

En cuanto á las viviendas de los wichitas podrían muy bien tomarse por montones de heno, y como están rodeadas en la pradera de carros, instrumentos de labranza y ganado, es muy natural suponer que allí debe haber alguna granja, y preguntarse dónde estará.

Los apaches de este territorio son muy diferentes de sus hermanos de las montañas; tienen buen aspecto, pero los demás indios los miran con desdén, así como los traficantes, porque son traidores, arrebatados, embusteros y ladrones. Pasé una noche en una de sus chozas viendo cómo jugaban al monte, y allí pude reconocer que este vicio raya en ellos casi en locura. Miraban los naipes con una expresión de codicia que me produjo muy mal efecto, y pensé que el pobre blanco que se propusiera convertir en cristianos y caballeros á semejantes hombres perdería el tiempo lastimosamente, porque sería como tratar de invertir la marcha de la naturaleza.

A la mañana siguiente ensillamos nuestras jacas, reforzadas ya con un pienso, y nos pusimos en marcha en dirección al fuerte Reno, para ver allí á los arrapahoes y los cheyenos.

TRADUCIDO POR E. L. DE VERNEUILL



INDIOS CHEYENOS

SECCION CIENTÍFICA

LOS POZOS ARTESIANOS EN CALIFORNIA

La admirable invención de los pozos artesianos, cuyo principio se debe al francés Bernardo de Palissy, ha prestado señalados servicios en un considerable número de localidades, y á ella se deben las notables transformaciones que de día en día van sufriendo las regiones del Sáhara. Desde hace algunos años el territorio de Riverside, California, participa también de los beneficios de los pozos artesianos, que surten abundantemente de agua potable á esa región, antes desprovista de tan vital elemento, y contribuye á su desarrollo y á la prosperidad de sus 7.000 habitantes.

La cuenca de los pozos artesianos de Riverside está situada al pie de los montes de *San Bernadino* y *Gray Back* de la Sierra Nevada. El monte *Gray Back* se eleva á más de 3.000 metros sobre el nivel del mar, y en sus cimas reinan las nieves perpetuas, que, al derretirse, alimentan las regiones inferiores del suelo con un agua pura que ha circulado por entre rocas y se ha filtrado al través de las arenas antes de penetrar en las entrañas de la tierra, en donde se encuentra, según los análisis del profesor Hilgard, en un estado de pureza casi completa. Esta agua es de limpidez y transparencia notables



Fig. 1. - Surtidor que brota de un pozo artesiano de Riverside (California)

Los pozos artesianos en la actualidad existentes en Riverside son en número de catorce; abiertos muy cerca unos de otros, ocupan una superficie de siete acres (unas tres hectáreas), y su profundidad es de 40 metros aproximadamente El depósito subterráneo parece en cierto modo inagotable.

Riverside, que es el centro más importante del cultivo de naranjas en California, necesita una cantidad de agua tanto más considerable cuanto mayor es el incremento que toma su agricultura. Hace cinco meses se perforó un nuevo pozo artesiano: el agua ha brotado de él en abundancia inconcebible formando un chorro de tal fuerza que una piedra de dos kilogramos que tapaba el orificio del pozo fué lanzada violentamente al aire.

Las aguas de estos surtidores se escapan, á veces, por el extremo del tubo formando una campana líquida parecida á la que se produce en los surtidores de los jardines con añadidos de estructura especial. Uno de nuestros grabados (fig 1) reproduce un pozo de esta clase de Riverside: una persona puede permanecer de pie, sin mojarse, debajo de la campana líquida en cuyo centro se encuentra aprisionado.

Las aguas de los pozos artesianos de Riverside son conducidas á un estanque circular, en donde caen formando una cascada destinada á airearlas (fig. 2), pues como proceden de la licuación de las nieves fáltales el elemento del aire, siendo desde allí llevadas por canalizaciones subterráneas hasta la población de Riverside, situada á 16 kilómetros de aquel lugar.

La diferencia de altura entre el estanque y la villa, que es de 53 metros, permite que el agua llegue á ésta con presión suficiente para abastecer todos los sitios en donde se levantan habitaciones. El agua suministrada por los pozos artesianos es tan abundante que, después de satisfacer todas las necesidades de la canalización urbana, todavía alimenta un canal de riego destinado al cultivo de los naranjales.

(De *La Nature*)

LANCHAS Á VAPOR DE NAFTA

El invento de las embarcaciones movidas por la nafta constituye un progreso en la construcción de los pequeños barcos de vapor, tales como los yachts de recreo y los bateles-ómnibus destinados al servicio de hoteles, estaciones balnearias, etc., situadas á orillas del agua y á cierta distancia de los grandes desembarcaderos. La conocida casa Escher Wyss, de Zurich, construye un gran número de estas chalupas de vapor, de diversos tipos; lo esencialmente nuevo en ellas es la aplicación de un motor á vapor de nafta. La nafta empleada tiene un peso específico de 0,68 á 0,70 (76 á 70° Baumé) y posee la propiedad de convertirse en vapor y condensarse en seguida mucho más fácilmente que el agua, de lo cual resulta que con una caldera de vapor de nafta puede obtenerse igual producción de fuerza que con otra mucho mayor de vapor de agua. Además, como la nafta sirve también de combustible para calentar la caldera, el hogar resulta en extremo sencillo. La máquina y la caldera ocupan, pues, mucho menos sitio, y son mucho más ligeras que las de vapor de agua.

En pocos minutos alcanza la caldera la presión necesaria; la llama del mechero se regula de antemano y no hay que ocuparse de ella una vez puesta en movimiento de lancha. Con el vapor de nafta se obtiene un efecto útil doble que con el vapor de agua, de modo que el consumo de nafta es insignificante, pudiendo las embarcaciones llevar provisión suficiente para veinticuatro horas de marcha. La nafta va desde el depósito colocado á proa hasta la caldera por medio de un tubo de cobre que corre á lo largo del fondo del barco, y el vapor, después de haber obrado sobre los pistones, se condensa en tubos tendidos al exterior y por debajo de la línea de flotación para volver luego al depósito. Gracias á esto, ni el sebo ni el humo ni el vapor molestan á los viajeros. La maniobra de la máquina se hace de una manera muy sencilla por medio de una rueda de mano. El casco de la lancha es de madera, hierro ó acero y no ofrece nada de particular; el motor es una máquina de vapor vertical, de tres cilindros, de simple efecto, transpuesta, con cambio de marcha por corredera, y ataca directamente el árbol de la hélice; va encerrado en una caja en donde penetra el vapor de escape de los cilindros. La máquina imprime á la barca una velocidad de siete á ocho nudos por hora y no exige de parte del que la conduce más atención que la vigilancia y engrase de las partes que se rozan.

Para poner en movimiento la lancha bastan, por lo menos en nuestros climas, cinco minutos á lo sumo. La parte central de la embarcación puede ser reservada para la carga útil. La calefacción no requiere ningún cuidado, y un solo hombre maniobra la máquina y gobierna la lancha. El consumo de nafta á una velocidad de siete á ocho millas es de 5,70 litros por hora, ó sea la parte de líquido destinada á combustible, pues la que sirve de fluido motor se condensa y sirve siempre sin pérdida sensible. Téngase en cuenta, sin embargo, que si se quema nafta es para simplificar el procedimiento, pues que de esta suerte un mismo líquido sirve de combustible y produce el vapor, pero nada impide emplear otro líquido combustible más barato.

El generador, que es la parte más delicada de una máquina, está perfectamente protegido contra las más activas causas de alteración: en su interior no puede formarse depósito ni incrustación alguna, y la temperatura de funcionamiento es tan poco elevada que impunemente puede colocarse la mano en la chimenea durante la marcha á toda fuerza.



Fig. 2. - Pozo artesiano de los alrededores de Riverside (California). Estanque de aereación del agua

Los Sres. Escher Wyss construyen lanchas de dos tipos: el número 1, que puede contener de ocho á diez personas, tiene 5,50 metros de eslora, 1,30 de manga y 0,485 de calado; la máquina, de dos caballos, desarrolla una velocidad de 10 kilómetros por hora. El tipo número 2 es capaz para quince ó veinte personas y tiene 7,90 metros de eslora, 1,75 de manga y 0,535 de calado; su máquina es de cuatro caballos y su velocidad de 14 kilómetros por hora. El poco espacio que ocupa el motor permite que estas embarcaciones tengan sitio para llevar á bordo tantos pasajeros.

La máquina en cuestión, con ser muy interesante, no descansa en ningún principio nuevo, pues los motores que utilizan líquidos más volátiles que el agua son casi tan antiguos como la máquina de vapor. Artwrigth construyó en 1797 su máquina á vapor de alcohol que, á pesar de funcionar bien, no prosperó, probablemente porque con la imperfecta construcción de aquella época los escapes importantes de un vapor tan costoso debían ser causa de que el sistema resultara poco económico.

Varias veces se ha empleado también el éter y el sulfuro de carbono. Aunque inferior al vapor de agua en teoría, en la práctica, por lo menos para potencias muy limitadas, el empleo del hidrocarburo ofrece una ventaja real y positiva por la prontitud con que pueden disponerse las máquinas, por la relativa inmunidad de los generadores contra la corrosión y la alteración, y, además de esto, por la facilidad de transporte.

L. Knab

(De *La Nature*)



TODA UNA JUVENTUD

POR

FRANCISCO COPÉE

Ilustraciones de Emilio Bayard. - Grabado de Huyot

I

En el fondo, muy en el fondo de sus recuerdos, veíase Amadeo Violette un hombrecito peinado *á lo hijo de Eduardo*, asomado á un balcón de un piso quinto; adornado de volúbilis floridos: balcón que le parecía muy grande por ser él tan pequeño. Habíanle regalado con motivo de su santo ó de su cumpleaños una caja de pinturas para acuarela, y tendido boca abajo sobre una vieja alfombrilla, apasionadamente atento y humedeciendo de vez en cuando su pincel con los labios, iluminaba los grabados de un tomo descabalado del *Almacén Pintoresco*. En la habitación contigua á la de sus padres, cuyos vecinos tenían derecho á disfrutar de la mitad del balcón, tocaban al piano un vals de Marcailhou, titulado *Indiana*, por entonces muy de moda. Todo hombre nacido alrededor del año de 1845 que no sienta humedecerse sus ojos de lágrimas nostálgicas hojeando un antiguo volumen del *Almacén Pintoresco* ú oyendo en un piano desafinado destrozar el *Indiana* de Marcailhou, da prueba de muy poca sensibilidad.

Cuando el niño, cansado de iluminar las *carnes* de los rostros y de las manos de todos los personajes de las estampas, se levantaba y se ponía á mirar por entre los hierros del balcón, veía extenderse á derecha é izquierda, en una curva graciosa, la calle de Nuestra Señora de los Campos, una de las más tranquilas del barrio del Luxemburgo; calle á medio edificar, en donde las ramas de los árboles sobresalían sobre las cercas de madera de los jardines; tan tranquila y silenciosa que el transeunte solitario oía cantar á los pájaros enjaulados.

Esto acontecía en septiembre, después del mediodía, con unos horizontes extensos y puros, en los que se deslizaban con majestuosa lentitud grandes nubes, parecidas á montañas de plata.

De repente llamábale una voz dulce:

-Amadeo, tu padre va á volver de su oficina. Es necesario, niño mío, que te laves las manos para sentarte á la mesa.

Y su madre venía á buscarle al balcón.

¡Su madre, á quien había conocido tan poco! Le era preciso hacer un esfuerzo para evocarla entre la bruma de sus recuerdos: humilde y linda, pálida, con encantadores ojos azules, con la cabeza siempre inclinada hacia un lado, como si le pesaran sus admirables cabellos castaños, y sonriendo con esa sonrisa cansada y dolorosa, peculiar á los que tienen sus días contados.

Ella arreglaba el traje á su hijo, y le besaba en la frente después de haberle peinado. Luego ella misma ponía la mesa para comer, adornándola con algunas flores colocadas en un bonito vaso.



Entonces llegaba el padre de Amadeo, que no era por cierto ni perezoso ni exigente, y se esforzaba para presentarse alegre en su casa. Levantaba á su niño en alto, muy en alto, antes de besarle, exclamando: ¡Aupa!; y luego besaba



en los ojos á su joven esposa, estrechándola contra su pecho más de un minuto, y le preguntaba con inquieto interés:

– ¿Hoy no habrás tosido?

Ella contestaba siempre:

– No, muy poco, – pero bajando la cabeza como los niños que mienten.

El padre entonces se ponía su levita vieja, – si bien la que acababa de quitarse no era tampoco muy nueva, - y sentaba á Amadeo en su silla alta. La madre volvía de la cocina trayendo la sopera, y su marido, después de haber desdoblado la servilleta, se echaba detrás de la oreja el rebelde mechón de pelo del lado derecho, que le caía siempre sobre los ojos.

– Esta tarde hace mucho aire: ten cuidado con el balcón, Lucia; ponte un pañuelo, – decía M. Violette, mientras su mujer vertía el resto de una botella de agua en el tiesto de capuchinas.

– No, Pablo; te aseguro que no hace aire, – decía ella; – baja á Amadeo de la silla, y venid al balcón mientras se enfría la sopa.

Hacía fresco en la elevada terraza. El sol se había ocultado. Las grandes nubes parecían entonces montañas de oro, y un agradable olor á verdura subía de los jardines cercanos.

- Buenas noches, M. Violette, – decía de pronto una voz cordial. – Hace una noche muy hermosa.

Era el vecino M. Gerard, un grabador al buril, que salía al balcón á tomar el aire, después de haberse pasado todo el día encorvado sobre su tabla: un buen hombre, grueso, de aspecto infantil, calvo, de barba roja con mezcla de pelos blancos, con la chaqueta desabrochada, y que en seguida encendía su pipa de barro, que representaba la cabeza de Abd-el-Kader, muy ennegrecida, excepto el turbante y los ojos, que eran de esmalte blanco.

La mujer del grabador, una gordiflona de ojos alegres, no tardaba en reunirse con su marido, trayendo á sus dos niñas: una de ellas, la pequeña, tenía dos años menos que Amadeo; la otra, ya de diez, presentaba el aspecto de una persona formal: era la pianista que todos los días dedicaba una hora á destrozar el *Indiana* de Marcailhou.

Los niños charlaban á través de los hierros que separaban el balcón por mitad. Luisa, la niña mayor, que sabía leer, contaba á los pequeños, en voz baja, historias muy interesantes: José vendido por sus hermanos... Robinsón descubriendo huellas de pies humanos.

Amadeo, ahora ya con el cabello entrecano, recuerda aún el estremecimiento que sentía en el momento en que el lobo escondido debajo de las mantas de la *Abuela*, decía, rechinando los dientes, á la Caperucita encarnada: «Hago esto, hija mía, para mascarte mejor.»

Además, era de noche en la terraza: figuraos si esto sería terrible.

A aquella hora los vecinos apoyados en la barandilla del balcón daban rienda suelta á su locuacidad. La familia Violette, que era silenciosa, limitábase la mayor parte de las veces á escuchar á sus vecinos, sólo cambiando con ellos breves frases de atención, como por ejemplo: «¡Vaya!... ¡Es posible! Tiene usted mucha razón...» Pero á los Gerard gustábales hablar, y la señora Gerard, toda una mujer de su casa, suscitaba alguna cuestión de economía doméstica, como, por ejemplo, que había salido durante el día y visto en un almacén de la calle del Bac cierto merino muy barato y cumplido. Otras veces era el grabador, que haciendo política al estilo de entonces, aseguraba que era necesario aceptar la República: no la roja, sino la verdadera, la buena; ó que temía que Cavaignac fuese elegido presidente en el escrutinio de diciembre, si bien él siempre seguiría grabando (pues ante todo es vivir) un retrato del príncipe Luis Napoleón, destinado á la propaganda electoral. Los señores de Violette dejábanle hablar, y á veces ni siquiera atendían á la conversación, tomándose suavemente de las manos y contemplando las estrellas.

Estas hermosas noches de principio de otoño, tomando el fresco en el balcón, bajo el firmamento lleno de constelaciones, constituían los más lejanos recuerdos de Amadeo. Luego, abríase en su memoria una laguna, como si fuera un libro del que se arrancan bastantes hojas, y sólo se acordaba de sus días sombríos.

Había llegado el invierno, ya no se asomaban al balcón, y sólo se veía un cielo plomizo á través de las ventanas cerradas. La madre de Amadeo estaba enferma y permanecía siempre en cama, mientras que él, sentado al lado, delante de una mesita, se ocupaba en recortar con unas tijeras todos los húsares de una página de Epinal; y casi le asustaba su madre, apoyada con el codo sobre las almohadas, hundiendo en sus hermosos cabellos en desorden su mano flaca y crispada, señalándosela en las delgadas mejillas dos pequeñas manchas difuminadas de sombra y mirándole triste y fijamente.

Ya no venía ella como anteriormente á levantarle por la mañana de la cama, y sí una vieja asistenta, en jubón blanco, que no le besaba y que infestaba el cuarto de olor á tabaco rapé.

Su padre tampoco le hacía caso cuando volvía por la tarde, trayendo siempre frasquitos y paquetes de la botica. Algunas veces le acompañaba el médico, señor grueso y muy compuesto y perfumado, que jadeaba de cansancio por haber subido hasta un piso quinto. En una ocasión Amadeo había visto á este señor tomar en brazos á su madre sentada en la cama, y permanecer largo tiempo con la cabeza inclinada junto á la espalda de la enferma; por cierto que el niño habíala preguntado: «Mamá, ¿para qué hace eso?»

M. Violette, más nervioso que nunca, y echándose detrás de la oreja su mechón rebelde, acompañaba al médico hasta la puerta, deteniéndose á hablar con él. Amadeo, llamado por su madre, saltaba á la cama: ella fijaba en él sus ojos brillantes y le estrechaba contra su pecho apasionadamente, diciéndole con acento doloroso:

– ¡Amadeíto! ¡Mi pobre Amadeíto! – Como si se compadeciera de él. ¿Por qué?

Su padre volvía á entrar en el cuarto, sonriendo forzadamente de un modo que hacía daño.

– Y bien: ¿qué dice el doctor?

– Nada, nada. Estás mucho mejor. Sólo que, mi pobre Lucía, va á ser necesario ponerte esta noche otro vejigatorio.

¡Oh, qué lentos y monótonos pasan los días para Amadeíto, al lado de la cama de la enferma desfallecida, en aquel cuarto cerrado que huele á botica, en donde sólo entra de vez en cuando la vieja asistenta que toma polvo de tabaco, para traer una taza de tisana y poner carbón de piedra en la chimenea!

Alguna vez la vecina señora Gerard viene á ver á la enferma, y la pregunta cómo está.

– Siempre la misma debilidad, mi buena señora. ¡Ah! Empiezo á desalentarme, – contesta la enferma.

La señora Gerard, la gordiflona de ojos alegres, no halla motivo para este desaliento.

– ¡Qué quiere usted, señora Violette, – dice; – consiste en este maldito invierno que no acaba nunca! Pero pronto estaremos en marzo: ya se ven macetas de flores en las carretillas de los vendedores. Esté usted segura de que se mejorará con el primer rayo de sol caliente... Si usted quiere, llevaré á Amadeo á jugar con mis niñas... esto distraerá al pobrecillo.

Y con efecto, todas las tardes la buena vecina se lleva al niño, que se divierte mucho en casa de la familia Gerard. La habitación que ocupa ésta sólo se compone de cuatro piececitas, pero está adornada de pintorescos muebles antiguos, con grabados, molduras y diseños hechos en las paredes por los compañeros del grabador. Las puertas, siempre abiertas, permiten jugar y correr á los niños, que se persiguen de una en otra pieza, trastornándolo todo. En la sala, trasformada en taller, está el artista sentado en un taburete, con el punzón en la mano; y la luz, atenuada por el transparente que penetra por la ventana abierta, hace relucir la cabeza del buen hombre, inclinado sobre la tabla. Trabaja todo el día: ya se ve, una familia que sostener y dos hijas que educar pesan mucho; de modo que, no obstante sus opiniones avanzadas, continúa grabando su príncipe Luis, un farsante que va á escamotear la República. Dos ó tres veces, á lo más, interrumpe su trabajo para fumar su pipa de Abd-el-Kader. Nada le distrae de su tarea, ni los juegos de los pequeños que, cansados de golpear á seis manos en el ruinoso piano, vienen á organizar una partida de escondite cerca de él, detrás del canapé del tiempo del Imperio, adornado con cabezas de león de bronce. Pero la mamá Gerard, desde el fondo de la cocina, donde se ocupa en guisar alguna cosa apetitosa, advierte que los niños hacen demasiado ruido.



(Continuará)

NUESTROS GRABADOS

EL LAZARILLO DE TORMES

grupo escultórico en barro, de D. Antonio Susillo

(Exposición de Bellas Artes de Madrid, 1890)

Entre las varias y por muchos conceptos notables obras que en la última Exposición de Bellas Artes tenía expuestas el notable escultor sevillano D. Antonio Susillo, llamaba preferentemente la atención el grupo en barro que representaba la escena que tan donosamente describe D. Diego Hurtado de Mendoza por boca del protagonista de su celebrada novela. Bien quería el pobre inválido poner su jarro de vino á salvo de traidores ataques; mas no le valían cuantas precauciones le dictaba su desconfianza, que á medida que ellas aumentaban crecían también la astucia y el ingenio de su infiel lazarillo para burlarlas.

Cualquiera que haya leído la *Vida del Lazarillo de Tormes* y comprendido en todo su valor el modo de ser de los personajes y el medio ambiente en que vivieron, tendrá que alabar forzosa é incondicionalmente la obra de Susillo, que tan bien ha sabido identificarse con uno y otro imprimiendo en sus dos figuras el verdadero carácter con que las concibió el incomparable literato granadino del siglo décimosexto.

FACSÍMILES DE DIBUJOS

de D. Federico de Madrazo, ejecutados en 1840

D. Pelegrín Clavé. – Nació este pintor de historia en Barcelona é hizo sus primeros estudios en las clases públicas que sostenía la Junta de Comercio, mereciendo que ésta le pensionara para pasar á perfeccionarse en Roma. Durante los diez años de su residencia en esta última ciudad pintó, entre otros, sus cuadros *El sueño de Elías* y *El Samaritano compadeciéndose del hombre que encontró herido*, que fueron digna correspondencia á los favores que le dispensó la Casa Lonja al facilitarle los medios para conquistarse envidiable renombre en el mundo del arte.

En empeñado concurso con reputados pintores franceses, italianos y de otras nacionalidades, obtuvo en 1845 el nombramiento de director de la Academia de Bellas Artes de Méjico, para donde partió á poco, no sin antes haber dejado en Madrid y Barcelona nuevas obras dignas de su fama. Enumerar lo que hizo en aquella capital americana sería tarea, aunque interesante, sobrado larga; baste saber que cuando Clavé llegó á ella no había escuela alguna en donde se enseñaran las Bellas Artes, y que al salir de allí dejó una Academia sin rival en América y superior á muchas de las que florecían en Europa.

En 1868 regresó á España, siendo nombrado académico de la de Bellas Artes de Barcelona y obteniendo de parte de sus paisanos una cariñosa y entusiasta acogida, digna de su esclarecido talento. Desde entonces hasta su muerte, acaecida en Roma en 1880, apenas se dedicó á la pintura, consagrándose casi exclusivamente á ser mecenas y consejero de los artistas catalanes que escuchaban con gusto sus observaciones y le profesaban cariñoso afecto, y á prestar su valioso concurso á las Academias de Bellas Artes y de Ciencias naturales y Artes en todos los trabajos, tanto puramente artísticos como en los de artes aplicadas á la industria.

Entre sus principales obras, además de las citadas, podemos mencionar las siguientes: *Jacob, El profeta Daniel, Últimos momentos de Doña Juana la Loca, Doña Isabel la Católica en el monasterio de Avila rehusando la oferta de la corona.* De este lienzo, que figuró dignamente en la Exposición de Madrid de 1845 y que mereció grandes elogios en la Universal de París de 1855, dijo un célebre crítico que era notable por el carácter de época, lo correcto del dibujo y la expresión de los afectos que agitan á los personajes de la composición.

Clavé pintó, además, gran número de retratos y dibujó infinidad de estudios y academias.

D. Manuel Vilar. – Como Clavé, nació Vilar en Barcelona (1812) y estudió en las clases de la Junta de Comercio, obteniendo repetidos premios. Después de dos años de asidua y útil ocupación en el estudio del profesor Campeny, hizo en 1833 oposición á una plaza de pensionado en Roma, ejecutando en los ejercicios el *Juicio de Daniel en Babilonia*, obra que le valió el apetecido premio. Desde Roma, en donde al principio se puso bajo la dirección de D. Antonio Solá, envió á la Escuela de Bellas Artes de Barcelona, además de varias notables copias, las esculturas originales *Jasón conquistando el vellocino de oro, Letona pidiendo agua á los inhumanos labradores de Licia* (bajo relieve) y el grupo *Neso y Deyanira*.

En 1841 fué nombrado teniente director de la Escuela de Barcelona, y aunque aceptó el derecho de ocupar la vacante que dejase Campeny, renunció el destino para proseguir en Roma sus trabajos, terminando entonces los dos celebrados grupos *Un niño y Una niña jugando con perros*.

En 1845 partió con Clavé á Méjico para ponerse al frente de la Academia de San Carlos, muriendo allí en noviembre de 1860.

Doña Marina, Motezuma, Tlahuicotl combatiendo sobre la piedra de los sacrificios, Estatua colosal de Cristóbal Colón, San Carlos acogiendo á un joven bajo su amparo, Divino Pastor, etcétera, etc., son obras que honran al malogrado escultor catalán.

D. Claudio Lorenzale. – Hijo de Barcelona y alumno de la Escuela de Bellas Artes, estudió en Roma con gran aprovechamiento los grandes maestros, y tuvo, á su regreso á España, la honra de ser nombrado académico de mérito de la de Nobles Artes de San Fernando. Fué desde 1871 á 1877 director de la Escuela de Bellas Artes de Barcelona, ciudad en donde falleció en 1889, dejando su muerte un gran vacío en el mundo artístico. Fué el único artista español que asistió al centenario de Miguel Angel que se celebró en Florencia en 1877, y publicó con esta ocasión una notable Memoria.

Entre las obras principales de don Claudio Lorenzale figuran: *Los esponsales de Berenguer IV con Petronila de Aragón, El Príncipe de Viana y la reina su madrastra, San Francisco de Asís, Santa Teresa de Jesús, Las cuatro estaciones, Otgero catalánico, El Cid, un Retrato del Rey D. Alfonso XII* para la Universidad de Barcelona, y otra porción de cuadros históricos y religiosos, amén de numerosos y bellos dibujos para vidrieras, platería y grabado.

Estaba condecorado con la encomienda de Isabel la Católica.

D. Joaquín Espalter. – En 1809 nació en Sitjes, y desde muy joven estudió en la Casa Lonja de Barcelona, pasando después á París á continuar sus estudios bajo la dirección del barón Gross y más tarde á Roma. En 1843 fué nombrado académico de mérito de la Real de Nobles Artes de San Fernando, y luego fué profesor de dibujo del antiguo y ropajes en la Escuela Superior de Pintura y Escultura, académico de número de la de San Fernando y pintor honorario de cámara de S. M. desde 1846.

Falleció en Madrid en 1880, mereciendo que la Academia de San Fernando dedicara en sus actas sentidas frases á su memoria, y dejando á la posteridad un nombre esclarecido y una herencia artística tan rica como variada. Citemos entre otras las siguientes obras suyas: *Retrato de D. Buenaventura C. Aribau, Santa Ana dando lección á Nuestra Señora, Una pasiega, Una Virgen, Gaiteros napolitanos, Retrato de D. Pascual Madoz, Un pastor italiano, Sansón, Retrato de S. M. Doña Isabel II, El descubrimiento de América*, los frescos de los techos de los palacios de los Sres. de Buschental y Bárcenas, los de las salas de la Presidencia del Palacio del Congreso, el gran techo del paraninfo de la Universidad Central, *La Era cristiana, Santa Cristina, El Redentor, Dar de beber al sediento*, los retratos de *S. M. D. Alfonso XII* para la Academia de San Fernando, los de *D. Laureano Figuerola, Amador de los Ríos*, y otros.

Estaba en posesión de la gran cruz de Isabel la Católica.

LA CATA DEL VINO

cuadro de D. José Benlliure

Es nuestro distinguido compatriota de los pintores que conciben con inteligencia, observan con atención y no común espíritu analítico, y trasladan al lienzo lo concebido y lo observado, no sólo con fidelidad, sino con toques de color y de impresión que acusan su preclaro talento.

Ahí está para confirmar plenamente nuestros asertos su hermoso cuadro de costumbres valencianas *La cata del vino*. La estancia sumida en el fondo en una semiobscuridad hábilmente entendida para derramar mayor luz en el grupo principal del lienzo; los accesorios que la pueblan dispuestos con inteligente acierto, y sobre todo las siete figuras que se agrupan en torno de vieja mesa ocupadas en la delicada tarea de dar su parecer, ó mejor dicho, de escuchar el que acerca de los vinos catados emita el presidente de la reunión, forman un conjunto de bellezas bastante á acreditar una firma, si ésta, como de Benlliure, no estuviese ya sobradamente acreditada.

Esta hermosa pintura, una de las más recientes del reputado artista valenciano, fué adquirida, apenas terminada, para una importante galería particular de Nueva York. Felicitemos á los neoyorkinos que pueden admirar tan primorosa joya.

LA ÚLTIMA HORA DE LA JORNADA

cuadro de D. Baldomero Galofre

El sol ilumina con sus postreros rayos la extensa llanura inundando el espacio con aquellos brillantes fulgores que antes de terminar su diurna carrera lanza sobre la tierra el astro del día; melancólica quietud, preludio de la triste soledad de la noche, invade la campiña; la naturaleza se prepara al descanso. También la infeliz labradora, después de fatigosa jornada, se encamina hacia la humilde aldea que á lo lejos se vislumbra, llevando sobre sus hombros la pesada carga y en el alma el ansia de llegar pronto al pobre hogar donde la esperan con no menores deseos los pedazos de su corazón, por quienes tan resignadamente soporta la cruz que la dura ley del trabajo le impone.

¡Cuán poético resulta este asunto tratado por el pincel de Galofre! ¡Cuánto sentimiento encierra *La última hora de la jornada*! ¡Cuán apacible calma respira el hermoso paisaje! Y á pesar de toda esta poesía y de todo este sentimiento, el cuadro de nuestro querido colaborador resulta perfectamente ajustado á las tendencias del realismo moderno; que la realidad ofrece también, y en no escaso número, espectáculos que, traspasando la esfera de los sentidos, hacen vibrar las más delicadas fibras de nuestro ser.

¡Felices los artistas que como D. Baldomero Galofre saben hacer sentir con sólo pintar lo que tan bien han sabido ver!

NOTICIAS VARIAS

LOS INGLESES EN VENEZUELA. – Según dice la *Opinión Nacional* de Caracas, los ingleses se disponen á avanzar más de lo que hasta ahora lo han hecho en el territorio de la Guayana venezolana. Mr. Hugo Watt, individuo del Parlamento inglés, ha obtenido, al parecer, una concesión de 25.000 millas al Oeste del río Amacuro para explotarlas por medio de una Compañía industrial organizada en Inglaterra.

El Amacuro desemboca en el Orinoco á pocas millas de la Punta Barina, ocupada, desde hace cuatro años, por funcionarios de la colonia Demerara. Haciendo arrancar de este punto las millas de terreno concedidas á Mr. Watt, resulta que el nuevo *avance* llega á la región aurífera del Caratal.

La *Opinión Nacional* dice sobre este asunto:

«El despojo hecho á Venezuela de 20.000 leguas á partir de las fronteras de derecho con la Guayana inglesa, está confirmado oficialmente, cuando el resto de la República mide tan sólo poco más de 15.000 leguas. De suerte que si consentimos en los deslindes de Demerara, que cada año decreta nuevas ordenanzas, que poco á poco extienden su jurisdicción, la República habrá perdido dos tercios de su territorio.

¡Y á todo esto permanecemos con los brazos cruzados, haciendo protestas ante el mundo entero contra el despojo de nuestros derechos territoriales... y nada más!»

* * *

FERROCARRIL TRANSCONTINENTAL SUD-AMERICANO. – Con gran actividad se llevan á cabo los trabajos del ferrocarril entre Chile y la República Argentina que, atravesando la cordillera de los Andes, creará una vía férrea desde el Atlántico al Pacífico. Diez y nueve años hace que se dió comienzo á estos trabajos que, según general creencia, quedarán terminados á principios del año 1892. Este ferrocarril termina por un lado en Buenos Aires y por otro en Valparaíso. Una gran parte de los rieles está ya sentada en una extención de 149 millas; el paso de los Andes se verifica en el Cumbre, situado á 13.015 pies sobre el nivel del mar; el camino de hierro, sin embargo, no llega á esta altura, sino que atraviesa la montaña por medio de un túnel de 3 millas de largo á una elevación de 10.450 pies; los trabajos de perforación de este túnel deben empezar el año que viene, dándose comienzo á ellos por Antuco.

Recientemente ha llegado á Talcahuano (Chile) un vapor con el primer cargamento de material para el ferrocarril transandino, cuya concesión ha sido otorgada á un sindicato europeo.

LIBROS PRESENTADOS A ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

POESÍAS, por doña Carolina Valencia. – Esta distinguida poetisa palentina acaba de publicar una bellísima colección de poesías precedida de un prólogo de doña Emilia Pardo Bazán. El favorable juicio que esta escritora ilustre formula sobre las composiciones en el libro contenidas, nos relevan de entrar en pormenores acerca de ellas; sólo diremos que el sentimiento palpita en todas y que abundan en pensamientos ora delicados, como en *Las hojas secas*, ora elevados, como en *A España*, ora sublimes como en *A Dios*... – Véndese este libro al precio de 2 *pesetas* en Madrid, librería de Sanmartín, Puerta del Sol 6, y en las principales de provincias.

* * *

A NUESTROS SUSCRIPTORES

En el próximo número publicaremos un precioso artículo de doña Emilia Pardo Bazán, titulado *La calavera*, y un estudio de D. José Echegaray sobre *El petróleo y el carbón*.





ENTUSIASMO ARTÍSTICO, dibujos de A. Scheiner

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Chaumartín, núm. 16, París.–Las casas españolas pueden hacerlo en la librería de D. Arturo Simón, Rambla de Canaletas, núm. 5, Barcelona

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustracion Artística

AÑO IX — BARCELONA 7 DE JULIO DE 1890 — NÚM. 445

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



D. FRANCISCO JOVER Y CASANOVAS, pintor español

Fallecido en Madrid en 19 de febrero de 1890

SUMARIO

LA CALAVERA

El chiflado habló así:

«Desde que por imitar á Perico Gonzalvo, que la echa de elegante y de original, puse en mi habitación, sobre un zócalo de terciopelo negro la maldita calavera (después de haberla frotado bien para que adquiriese el bruñido del marfil rancio), empecé á dormir con poca tranquilidad, y á sentirme inquieto mientras velaba. La calavera me hacía compañía y estorbo, lo mismo que si fuese una persona, y persona fiscalizadora, severa, impertinente, de esas que todo lo fisgonean y censuran nuestros menores actos en nombre de una filosofía indigesta y melancólica, de ultratumba. Cuando por las mañanas me plantaba yo frente al espejo para acicalarme, tratando de reparar dentro de lo posible el estrago de los cuarenta en mi rostro y cuerpo, no podía quitárseme del magín que la calavera me miraba y se reía silenciosa y sardónicamente cada vez que aplicaba yo cosmético al bigote y traía adelante el pelo del colodrillo para encubrir la naciente calva. Al perfumar el pañuelo con esencia fina, al escoger entre mis alfileres de corbata el más adecuado, oía como en sueños una vocecilla estridente, sibilante, mofadora, que articulaba entre la doble hilera de dientes amarillos todavía implantados en las mandíbulas: «¡Imbéciiil de vaniiiidoso!» Será una tontería muy grande; pero lo cierto es que me molestaba de veras.

»Por las noches, al recogerme, noté que la calavera se ponía más cargante, entrometida y criticona. Su respingada nariz y su boca irónica, tan parecidas (salvo la carne) á la expresiva fisonomía de don Cándido Nocedal, me preguntaban y acusaban con una chunga despreciativa capaz de freir la sangre al hombre más flemático. «¿Por dónde has andado, vamos á ver, grandísimo perdido, botarate de siete suelas? ¿Qué nido era aquel donde entraste esta tarde tan de ocultis? ¿Se puede saber quién te esperaba allí? ¿Y té crees buenamente, presumido, que con tu calvita y tus arrugas y tus cuarenta del pico estás ya para seducir á nadie? Por los monises, por las sangrías que te dan al bolsillo campas tú, que si no... Vamos á ver: ¿qué te sacaron hoy con tanta zaragatería de la carta? ¿No fué un billete de á cien? ¿No salió luego otro de á cincuenta por contrapeso? ¡Ah, memo Paganini, caballo blanco! ¡Lo que se divertirán con ese dinero á cuenta tuya!...

»Le aseguro á Vd. que la calavera, en este punto, entreabría el tenazón de sus mandíbulas, y se reía bajo, sin que las ondas de su silenciosa carcajada agitasen las del aire. Apretando los dientes otra vez y adoptando el énfasis doctoral de quien sermonea sobre las miserias y locuras del mundo, – mientras yo procedía á mis abluciones nocturnas ó buscaba en el armario de luna la camisa de dormir, – continuaba:

– »Y después, ¿á qué nuevos tugurios te condujo tu flaqueza? Lo sabemos, lo sabemos, aunque V. se lo tenga muy bien callado. Al Congreso, á adular al ministro Calabazote y al general Polvorín. A arrastrarte por los suelos, á ofrecerte incondicionalmente para todo lo que te ordenen y manden, á mendigar un distrito, ese soñado distrito que nunca llega, ni llegará, porque á ti te emboban con buenas palabritas y te sostienen hace cuatro años con la boca abierta esperando el higuí... Del Congreso... ¡No me lo niegues, porque estoy muy bien informada! De allí te fuiste á la redacción del *Estómago*, diario ministerial que cobra cinco subvenciones y media, á que te insertasen un sueltecito de tu puño, donde te das bombo, incluyéndote en el grupo de personas caracterizadas que se disponen á prestar incondicional apoyo á la política de nuestro ilustre jefe Calabazote. Y á renglón seguido...»

»Aquí me revolví furioso contra la intransigente censora, diciendo:

– »Bueno: ¿y á renglón seguido, qué? A renglón seguido me fuí á comer con unos amigos... Me parece que cosa más inocente y natural!...

– »Tate, tate, – replicaba la calavera insufrible. – Las cosas, dichas así, parecen lo más sencillito... Pero á mí no me la das tú, aunque vuelvas á nacer cien veces... Ya soy vieja. Ya se me ha caído todo el pelo. La experiencia me hace ducha. Fuiste á comer en casa del banquero Tagarnina, no porque sea amigo tuyo ni porque le estimes, pues bien persuadido estás de que su riqueza la granjeó arruinando á muchos infelices y saqueando al país con contratas y empréstitos, sino porque tiene buen cocinero y exquisita bodega, y también porque su mujer, ¡qué es una mujer de patente!, has soñado tú que te mira con buenos ojos... cuando lo que hay es que los tiene preciosos y no ha de ponerse á bizcar cuando los fija en tu cara. La verdad desnuda... ¿A que no se te ocurre ir á hacer penitencia con tus amigos los de Martínez, que te ofrecerían un modesto pucherito? Tagarnina ya es otra cosa: aquel Borgoña añejo... aquel Rin de principios del siglo... aquellas trufas de la *poularde*... Vamos, que aún se te hace agua la boca, compañero, si de eso te acuerdas... ¿Eh? ¿Qué magníficas estaban? Aún te relames, epicúreo... Y ahora, ¿qué tal? ¿Vas á acostarte para digerirlas como un prior?

»¡Acostarme! No, y ello es que no había más remedio. Encendida mi lamparilla, entreabría con cuidado las sábanas, me descalzaba, y zas, me hundía en el blando lecho. El primer momento era de bien estar incomparable. Mi cuarto y todos mis muebles son confortables y regalones, como de solterón egoísta que arregla y prepara un rincón á su gusto, á fin de vivir en él hecho un papatache, saliendo fuera á comer y almorzar y teniendo su criadito que por las mañanas limpie y arregle. En la cama había puesto especial cuidado, considerando que la mitad de nuestra vida se desliza en ella. La lana más rica para el colchón; el plumón más caro para edredones y almohadas; mantas suaves, que se ciñen al cuerpo y no pesan; un cubrecama antiguo, de seda bordada de colores; en suma, una cama de arzobispo que padece gota y se levanta tarde. ¡Ay! ¡Qué bien me sabía la camita deliciosa antes de que por rutina, por ese espíritu de plagio, que es el cáncer de nuestra sociedad, incurriese yo en la tontuna de traerme á mi cuarto una porquería como la dichosa calavera!

»Apenas empezaba á conciliar el primer sopor entre el grato calorcillo de las amorosas mantas, la calavera, antes tan campechana y bromista, mudaba de registro, se ponía trágica, y balbucía en honda y cavernosa voz, que sonaba cual si girase entre las descarnadas vértebras, por ausencia de laringe, cosazas pavorosas y tremendas. De las cuencas llenas de sombras parecía brotar diabólica chispa. Los dientes castañeteaban como estremecidos por pavor. Yo sepultaba la cabeza entre las sábanas temiendo *oir*; pero el caso es que oía, oía; la voz de la calavera penetraba al través de aquel muro de lienzo, y, deslizándose como una sierpe por el hueco de mis oídos, llegaba á mi cerebro excitado por el estúpido temor y por la sugestión del insomnio, que se convierte muy luego en el insomnio mismo.

– »¡Hola!... ¿Qué es eso? ¿No duermes, no te entregas como otras veces al placer de roncar á pierna suelta, después de hacer tu gusto todo el santísimo día? ¿Es acaso mi proximidad lo que te desvela? ¡Ah, bobo! ¡Inconsecuente! ¿Pues no piensas tú, para mayor comodidad tuya, para quitarte los escrúpulos y vivir según te acomoda y no privarte de nada, que yo soy únicamente un poco de fosfato de cal, la cáscara de una nuez ya digerida por el tiempo? Pues si soy *eso*, ¿por qué cavilas tanto en mí, hombre pusilánime? ¿Hase visto fantasmón? ¿Explícame por qué se te ocurre á veces cavilar qué será de mi alma, por dónde andará rodando? ¿Conque mucho de despreocupación, y espíritu fuerte, y materialismo de Cervecería Inglesa y Café de Viena, y apenas apaga V. la palmatoria ya le tenemos acordándose de...

»Los dientes de la calavera – ó tal vez los míos – se entrechocaron con fuerza convulsiva, y salían entrecortadas estas dos palabras tremendas:

– »¡La Muerte!... ¡El Infierno!

»La calavera prosiguió más bajito aún:

– »El Infierno... quedamos en que no crees en él. ¿Creer en esas papas? Está bueno para las viejas y los niños. Un hombre como tú, ilustrado, moderno, se ríe de semejantes farsas. ¿Tenazazos, llamas, calderas, gemidos, demonios rabudos, eternidad de penas? A otro perro con ese hueso. Corriente: descartemos el Infierno... Mandémoslo retirar á toda prisa. No sirve ya. Al cesto con él...

»Daba yo una vuelta en la cama, buscando postura mejor, y la calavera susurraba:

– »Pero lo que es en *lo otro*... en la de la guadaña... Vamos, lo que es en esa... crees á puño cerrado. ¿Acerté?

»Un soplo glacial acariciaba mis sienes. En la raíz de mis cabellos, gotitas de sudor se cuajaban. Mis nervios, encalabrinados, gritaban con furia: «Cualquiera duerme hoy.

– »Vamos, que de esta vez he puesto el dedo en la llaga – recalcaba la calavera. – ¿A que sí? No la eches de guapo, compañero; aquí no estamos á engañarnos... Nos conocemos, camará. Tus medranitas te pasas de vez en cuando, acordándote de la *hora* que ha de sonar sin remedio alguno... Porque mira tú qué cosa más diabólica. Nunca te llegará, probablemente, la de salir diputado, gracias á la influencia de Calabazote; es regular que tampoco suene la de tu primera cita con la señora de Tagarnina el banquero; casi puede jurarse que no verás la de cobrar aquel pico que te deben, ni la de que te adjudiquen la hacienda del Encinarejo, ni la de colgarte la gran cruz, ni ninguna de esas horitas que tu vanidad desea... Pero en cambio, la hora... aquella en que no quieres pensar nunca,... aquella que te engañas en suprimir con la imaginación;... lo que es esa... aunque se descompongan todos tus relojes... ha de sonar, más fija, más puntual... más exacta! ¡Ni un segundo de atraso... ni uno!»

»Temblor general se apoderaba de mis miembros, y en las sienes parecía que me pegaban furibundos martillazos.

– »Hace pocos días – continuaba la voz – viste morir de una pulmonía fulminante al bueno de Paco Soto. La víspera de caer en cama corristeis una broma en Viena con la Belén Torres... ¡Ya ves si tengo yo informes! A mí no se me escapa ni esto... ¡Cuánto se reía Paquillo! Bueno: pues tú llevaste una cinta de su féretro... ¿No te acuerdas? Y estuviste en la Sacramental, y viste cómo le metieron en el nicho... ¿A ti te gustaría que te soplasen en un nicho? ¿A que no? Más calentita está la cama tuya... y más blanda... ¿eh? Pero lo del nicho tiene que llegar... ¿Y qué me dices? ¿Por dónde andará Paco Soto, con aquellas guasas que gastaba y aquella afición suya á cazar y á comer y á beber seco? ¿Crees tú que es enteramente imposible que el alma de Soto?... ¡Ah! No me acordaba de que eso del alma se te hace á ti muy duro de tragar... muy durillo. Bueno: admitido que eso del alma... Pero si en cerrando el ojo se acaba toda la fiesta, ¿por qué diantres me tienes así... este respetillo... este pavor... este?... Mira... ahora te guipo yo la conciencia hasta lo más hondo de ella... Mañana has determinado echarme al pozo... ¡Qué vergüenza!... ¡Cobarde! Me has cogido miedo, miedo supersticioso, pero cerval... ¡Ja, ja! Miedo, miedo. Como se lo tienes á lo *otro*,... al final,... al desenlace de la comedia... Por eso me echarás al pozo; porque yo soy una vocecita misteriosa que te habla de lo que hay por esos mundos desconocidos... y, mal que te pese... ¡chúpate esa!, reales, reales... reales!

»Me incorporé en la cama, con los pelos erizados. Bribona, mañana te juro que vas por la ventana á la calle. Espantajo del otro barrio, yo te ajustaré las cuentas. A tu sitio, que es la tierra; á pudrirte, á disolverte, á hacerte polvo impalpable. Lo que es de mí no te ríes tú. Ahora... á la perrera, á la leñera... Al polvo, que es tu sitio.

»Encendí fósforos, la palmatoria, el quinqué... Así el cráneo y lo arrojé con ira al cajón de la leña. Lo célebre es que no me atreví á volver á acostarme. Pasé el resto de la noche en un sillón, azorado, nervioso, como si custodiase el cuerpo de un delito, la prueba de un crimen. Rayó el alba y en el mismo sillón concilié algunos minutos de agitado sueño. Así que fué día claro, saqué la calavera, que me pareció á la luz del día un trasto ridículo; la envolví en un número de *La Correspondencia;* salí de casa, tomé un simón, y dí orden de ir por la Ronda de Embajadores, hasta topar con sitio retirado. Cerca de unas yeserías arrojé el bulto, que al caer dió contra una piedra, y desenvolviéndose del periódico, rebotó con ruido seco y lúgubre. ¡Ah recondenada calavera! Ya no volverás á darme que hacer. Poco me importa que creas que te temo... No es á ti, fúnebre espantajo; es á mí propio, á mi imaginación, á mi cabeza loca á quien tengo un poco de miedo: es la verdad. Ahí te quedas, hasta que te descubra algún chicuelo que juegue contigo á la pelota...

»¡Con qué gusto me metí aquella noche en la cama! Iba á dormir, á reposar deliciosamente...

»¿Y reposó V?

– »¡Ay, señora! contestó á mi interrupción el chiflado. La calavera ya no estaba en su zócalo de terciopelo... ¡Pero si viese V.! De la habitación no había salido. Estaba más cerca de mí, estaba precisamente en el sitio de donde yo quise arrojarla... ¡Aquí, aquí! repitió golpeándose la frente y el pecho.»

EMILIA PARDO BAZÁN

NECROLOGIA

D. FRANCISCO JOVER Y CASANOVAS

Cuando maduradas en la experiencia eran mejores las obras que surgían de sus pinceles, cuando el entusiasmo del artista fingía en él una segunda juventud inclinada á grandes empresas, implacable la muerte vino á obscurecer para siempre tantos horizontes de halagüeñas esperanzas. El día 19 de febrero de este año D. Francisco Jover y Casanova rendía la vida después de dar el último adiós á sus hermanas, á sus discípulos y á los desconsolados amigos que rodeaban su lecho de muerte.

Nacido en la hermosa tierra valenciana, patria feliz de tan gran número de artistas, en ella hizo Jover sus primeros estudios para fortalecerlos con más granadas enseñanzas en aquella gran ciudad, asilo venturoso de los que sueñan y quieren, en la perenne Roma, en que tantos han sabido encontrar los puros raudales donde se bebe la inspiración artística.

TALLER DE D. FRANCISCO JOVER Y CASANOVAS

Jover había sido pensionado por el Gobierno después de ganar una tercera medalla en la Exposición Nacional de Bellas Artes celebrada en 1864 por su cuadro *Los últimos momentos de Felipe II*, que el Gobierno adquirió para el Museo Nacional. En Roma pintó varios lienzos, descollando entre ellos *Quevedo leyendo poesías en la corte de Felipe IV*, *La paz de las Damas* y *La corte pontificia*, obra que después de haber obtenido la medalla de oro en Roma fué adquirida por el Sr. Val, de cuya colección ovetense forma parte.

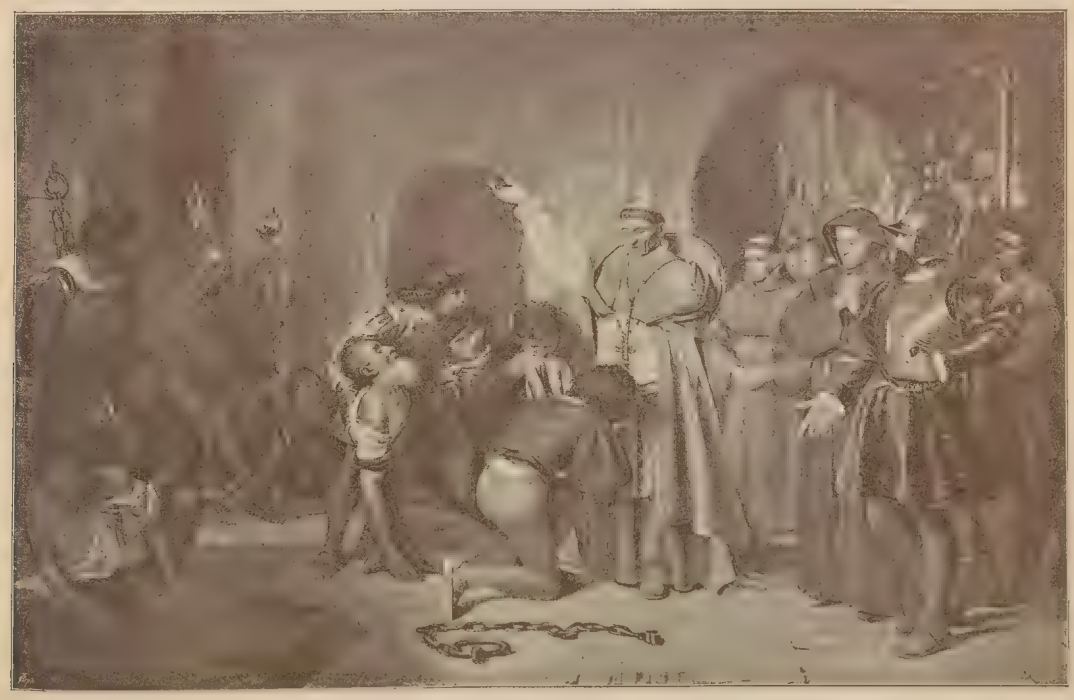
Desde la Ciudad Eterna envió á Madrid su otro lienzo *La conquista de Orán*, el cual pasó á albergarse en el salón de conferencias del Senado. De regreso á España, lleno de fe en su porvenir y seguro de sus fuerzas, no dejó de luchar en los certámenes. En la Exposición de 1876 presentó su celebrado cuadro *¿Quién ganará?*, que adquirió don Lorenzo García Vela; y en la de 1881 obtuvo medalla de primera clase por su *Colón ante los Reyes Católicos*, obra que figura actualmente en el Museo provincial de Valladolid. Además de los citados y de otros muchos que sería difícil tarea enumerar, merecen especial mención *Colón conducido á España con grillos y esposas á las órdenes del capitán Villejo*, que presentó en la Exposición Nacional de Bellas Artes de 1862; *Campesinas besando la mano á un cardenal en la iglesia de Santa María del Pópolo* (adquirido por el rey D. Amadeo), *Tratado de Cambray*, *Pompeyana bañándose* y *Un fauno*, que con *La conquista de Orán* figuraron en la de 1871; *Una caricia inoportuna* y varios *Retratos* que expuso en la de 1876, *Medina Azzahra*, inspirado en la leyenda de Alcalde Valladares; *Los jugadores*, *Un trovador*, etcétera, etc.

Pero fué en la Corte donde Jover produjo sus mejores obras, ya que indudablemente lo son sus cuadros de caballete. Por desgracia, la inmensa mayoría de ellos no los posee España, pues solicitados por el extranjero sirven de ornamento en los salones de los potentados de la América del Sur, donde las obras del artista se acreditaron de tal suerte, que no contaba con tiempo suficiente para dar cima á los continuos encargos que se le hacían.

Al cultivo de ese género pictórico dedicaba Jover, hacía ya muchos años, sus preferentes estudios, y con aquella incansable laboriosidad y jovial entusiasmo, que fué uno de los rasgos más salientes de su carácter, tantos cuadros llegó á pintar de costumbres españolas de la edad moderna y contemporánea, que á cada paso perdía el hilo al querer recordarlos. Estudios de una sola figura, cuadritos de composición, abanicos con hermosísimos desnudos brotaban á porfía de aquellos pinceles de vena inagotable, obras de cuya contemplación sólo podían gozar los que visitaban frecuentemente su lujoso estudio, ya que sin tiempo apenas para que se secaran sus colores, entraban en las cajas que las llevaban á salir de nuevo á la luz al otro lado del Atlántico.

Mas no por el culto que rendía á ese género de pintura olvidó Jover otras obras de mayor vuelo. Fué autor de los frescos que avaloran en Cádiz la cúpula de la capilla expiatoria de San Antonio, y en unión del malogrado Plasencia, de Ferrán, de Cubells y de Domínguez, pintó la gran cúpula de San Francisco el Grande, donde son suyos los Santos y Santas españoles.

Comenzó después un gran lienzo que intitulaba



LA CONQUISTA DE ORÁN, cuadro de D. Francisco Jover y Casanovas



EL TRATADO DE CAMBRAY, cuadro de D. Francisco Jover y Casanovas

Represalias, cuyo cartón y boceto figuran enlutados en la actual Exposición de Bellas Artes.

Este era el cuadro de gran tamaño que anhelaba concluir; pero elegido por el Senado para conmemorar la *Jura de la Reina Regente ante las Cortes*, hubo de dejar en suspenso la obra de propia inspiración para llevar á honroso término la de tema impuesto, cuando sorprendiéndole la muerte, dejó las dos sin terminar.

Pero uno de los más valiosos servicios que al arte se podían prestar estaba llamado el buen ánimo de Jover á realizarlo. Doloroso es poner de manifiesto una tristísima página de nuestra historia monumental, pero me es forzoso presentarla, para que la gloria alcanzada por el muerto sirva de levantado ejemplo y enseñanza á los poderosos.

Próximo á Burgos, y vecino al lugar de Villatoro, existe el cenobio de regulares jerónimos conocido con el nombre de Monasterio de Fres del Val. La exclaustración aventó de aquel retiro á sus moradores, que guardaba dentro de sus espesos muros de piedra hermosas construcciones del Renacimiento y uno de los claustros góticos más preciosos que atesora el arte nacional. Todos los libros que de monumentos arquitectónicos españoles tratan, describen largamente á Fres del Val, y tantos encomios parecía que se bastaban para ser garantía de la conservación del monasterio. Más no fué así. El convento se vendió por escasa cantidad y después de algunos años de abandono, en los que la poderosa fuerza del deshielo había causado grandes menoscabos en la edificación. El que lo adquirió vió en él un vulgar acopio de materiales de construcción, apropiados para enajenar, obteniendo alguna ganancia ¡Tan menguados aprecios mereció aquel vetusto monumento, en el que pensó encerrarse Carlos V hasta que al fin se decidió por Yuste! Los techados del monasterio fueron rápidamente destejados, levantadas las baldosas de los claustros; profanadas las sepulturas, y ciega la piqueta demoledora ejerció su acción brutal por todos lados, y ora los sillares servían para recomponer la escalera de una puerta de la catedral de Burgos, ya para construir los malecones del río Arlanzón y hasta para ser machacados sirviendo de grava á la carretera!

En esta situación, y en 1886, Jover, que visitaba á Burgos, enterado del suceso acudió á Fres del Val para sentir indignación ante el inicuo estrago que se ofreció á sus ojos. Un enorme montón de escombros coronados de maleza invadía el claustro, en el que las filtraciones habían dejado ruinosos varios arcos. Los elegantes ajimeces del gótico florido, las airosas ojivas treboladas presidían aquella gran desolación, y agitado Jover regresó á Burgos para declamar airadamente contra los destructores del monasterio que desde luego le fué ofrecido en venta.

¿Qué partido podía tomar el artista ante semejante propuesta? Cuando el dinero se guarda en un noble corazón, fué siempre el corazón bolsillo quebradizo ante cualquier empresa levantada y generosa. Talento, laboriosidad y pinceles eran su fortuna, y todo lo dió Jover comprando á Fres del Val.

Brigadas de obreros dirigidas por el buen patricio limpiaron de escombros el monasterio, unieron las paredes cuarteadas, fortalecieron todos los sitios ruinosos, y repusieron todas las techumbres, cerrando el paso á las aguas y á las nieves. Desde aquel entonces, Fres del Val fué objeto predilecto de las ilusiones del artista, que resolvió embellecerlo, pintando con sus amigos la escalera, las paredes del claustro y la capilla. Para ello destinó el monasterio á estancia veraniega de los artistas, y al efecto llevó á cabo costosos dispendios embaldosando el claustro, preparando sus paredes para pintarlas al fresco, rehaciendo y amueblando las celdas, cocina y refectorio de la casa conventual, poniéndola habitable en una gran parte.

Durante el último verano, el de 1889, Fres del Val contaba ya con la escalera concluída, con cuatro lienzos representando la Guerra, de D. Eugenio Alvarez Dumont, y otros tres, la Paz, la Victoria y la Gloria de las artes, que dibujados por Jover, los pintaron D. Enrique Recio y D. Manuel Crespo. Jover pintó además cuatro grandes bocetos sobre pasajes de la historia de San Juan Bautista, destinados á decorar la capilla, mientras que el cincel de D. Juan Alsina, se empleaba en esculpir seis caprichosas gárgolas que están colocadas ya en el monasterio.

Para el verano de 1890 estaban citados para pintar en los claustros los artistas D. Joaquín Sorolla y el eminente Villegas, y tenían ofrecido su concurso Amérigo, Luna y Novicio, Gessa, Borrás y Mompó, Ramírez, Martínez del Rincón, César Alvarez, Dumont y los que no recuerdo. ¡Cuántos hidalgos propósitos tan desdichadamente perdidos! ¡Pobre Jover! Aun en su lecho de muerte, sereno el ánimo, pero jadeando fatigosamente en mísera agonía, pedíale á Dios diez años más de vida para dar término á su dos grandes lienzos y poder legar á su país remozada y más bella aún la hermosa joya de Fres del Val.

Se batallaba contra un imposible. Sus amigos los reputados doctores Sres. Candelas, Salazar, Calleja, Amalio Gimeno y constituyéndose día y noche su enfermero otro médico y pintor D. Joaquín Pujol, agotaron á porfía todos los recursos de su saber y de sus cuidados para atajar los progresos siempre crecientes de la horrible pulmonía. ¡Ocho azarosos días duró la lucha, con el vencimiento de las más probadas amistades!

Recordaré mientras viva que al perderse toda esperanza de salvación, abandoné aquella morada en busca de luz que ver y aire que respirar. ¡Inútiles intentos! Al poco tiempo, cruel ansiedad me devolvió á la casa, donde los sollozos, prorrumpidos ya sin recato en las habitaciones interiores, me evidenciaron que acababa de realizarse la presentida desdicha. ¡Francisco Jover había muerto!

Aterrado, esquivando la presencia de los demás, me entré en su magnífico estudio, teatro de tantas alegrías. Tampoco me hallaba solo en él: tres ilustres artistas se habían recogido en aquella habitación entonces sin rumores, á la que daban un tinte sombrío los caídos transparentes, dejando filtrar escasa la luz del naciente día sobre aquellos lienzos comenzados, tallados muebles, vetustos tapices, armaduras, caballetes en desorden, secos los colores en las paletas y descuidados los pinceles caídos por el suelo.

En un rincón de la soberbia estancia, Sorolla, siempre inquieto, estrujaba intranquilo su sombrero de fieltro, revelando más alientos para declamar contra la muerte, que para llorar resignado sus estragos. Su actitud contrastaba con la de Amérigo, que un poco más allá, mal encubierto con su obesidad burguesa su corazón de oro, intentaba distraer su amarga pena secando ensimismado los humedecidos cristales de sus anteojos. En otro sitio, demudado el rostro y recorriendo con triste mirada aquellos lienzos á medio empezar, vagaba el alma meridional de Sebastián Gessa. Pensaría quizá en las tristes realidades de la naturaleza, él, que durante su vida artística había procurado olvidarlas, presentándola siempre poética, luminosa, vital, siendo su paleta la eterna primavera donde sólo él sabe encontrar todos los matices de las flores.

¡Pobres amigos! Ni ellos se atrevieron á dirigirme la palabra, ni yo á preguntarles, – el silencio era la voz más expresiva de nuestro acerbo dolor, – y otros hubo que le sintieron intenso como nosotros. Manuel Crespo, discípulo querido de Jover; Serrano Fatigati, cuñado del muerto; Enrique Recio y el insigne grabador D. Joaquin Pí y Margall, junto con otros buenos amigos, habían seguido paso á paso la aguda dolencia ansiosos de salvar al artista.

Todos, reunidos en fúnebre comitiva, acompañábamos al siguiente día el féretro atestado de coronas que apiñó el cariño y en el que se encerraba el cuerpo inerte del artista. Madrid presenció una modesta cuanto sentida manifestación de afecto que le tributaron sus amigos y compañeros, Carracido, Dióscoro Puebla, Domínguez, César Alvarez, Martínez del Rincón, Ramírez, Alsina, Adrián López, Fermín Vior, Santamaría, Jadraque, Ivorra, Florit y tantos otros. Los alumnos de la clase del natural, de la que desde 1880 Jover era ayudante, acudieron en masa á rendir el último tributo del aprecio en que tenían á su maestro y amigo.

¡El artista ha muerto! Su cuadro *Represalias* está manchado en el enorme lienzo; el de la *Jura de la Reina Regente ante las Cortes* queda á medio pintar; Fres del Val, ensueño del artista, Dios quiera que no acabe para siempre como él!

La pintura patria ha perdido un distinguido maes-



UN TROVADOR, cuadro de D. Francisco Jover y Casanovas

tro: el monasterio la vida que le prestaba aquella alma hidalga y entusiasta.

Los que tuvieron la fortuna de conocerle experimentan la desgracia de no poder gozar del apacible y cordial trato de aquel perfecto hombre de bien.

CELESTINO PUJOL Y CAMPS



LOS JUGADORES, cuadro de D. Francisco Jover y Casanovas

LA MEMORIA DE LOS NOMBRES

Sobre este tema ha presentado M. Matías Duval á la *Societé de biologie* la siguiente comunicación.

«Siempre me ha sido difícil recordar los nombres de personas, pero poco á poco he ido notando que esta mala memoria no era para todos los nombres la misma, sino que estaba sometida á una ley cuya significación absoluta he logrado reconocer en cuanto mi atención ha querido determinarla.

Casi siempre recuerdo perfectamente los de las personas cuyo rostro no he visto nunca por difíciles y complicados que sean, y en cambio cuéstame mucho, y á veces no lo consigo, encontrar los de los sujetos que me son más familiares, que más oigo y más ocasión tengo de pronunciar. En este último caso, cuando quiero dar con uno de esos nombres, la imagen de la fisonomía y aun de la persona es lo que se presenta en mi memoria con intensidad tal, que esa imagen parece un velo que me oculta la del nombre deseado. Del mismo modo cuando de repente veo una cara, una persona muy conocida, esta vista me impide encontrar el nombre oportuno.

Esta interpretación me ha sido sugerida por el hecho siguiente: hace algunos años, nunca me hubiera sucedido recordar en un momento dado el nombre de Kolliker, el eminente anatómico á quien sólo por sus obras conocía y del cual no tenía otra imagen visual que la de su nombre impreso; pero habiéndole conocido después personalmente, mi memoria se enriqueció con la imagen visual de su figura, de su rostro, y desde entonces cuando quería recordar su nombre sólo acudía á mi mente la imagen de su cara y no el recuerdo de cómo se llamaba. Advertido por esta primera observación, la he repetido innumerables veces en casos análogos, habiendo al fin adquirido el conocimiento de que hay en ello una verdadera inhibición ejercida por la reviviscencia de la imagen del rostro sobre la representación de la imagen del nombre.

Llamado hace algunos años á presidir la *Societé de biologie*, experimenté una dolorosa sorpresa al ver que no acertaba á designar por su nombre á algún colega que pedía la palabra: la vista de su cara, de su persona, borraba por su intensidad la imagen del nombre. Más recientemente he podido hacer las mismas observaciones y analizar por completo el fenómeno cuando he sido presidente de la *Societé d'anthropologie*.

Para precisar bien el sentido de estos hechos, debo hacer constar que siempre he tenido excelente memoria visual de las cosas, lugares y fisonomías, lo que me ha permitido reconocer, después de largos intervalos, á una persona vista sólo unos instantes y encontrar un camino en sitios apenas entrevistos de pasada. Pues bien: en cuanto un objeto figurado había grabado su imagen en mi memoria, la reviviscencia de esa imagen hacía difícil la del nombre. Á medida que me voy haciendo viejo, paréceme que mi memoria de las formas se debilita algo, al paso que se mejora mi memoria de los nombres, y es que como las primeras imágenes son ya menos vivas no ejercen una inhibición tan enérgica sobre las segundas.

Nunca he vacilado un momento en recordar una palabra abstracta, lo cual se explica porque en tal caso no hay imagen de cosa que venga á sustituir á la del nombre.»

Tal es el trabajo que con el título de «Algunos hechos relativos á una particularidad de la memoria (inhibición ejercida por ciertas imágenes visuales sobre otras imágenes visuales)» ha leído ante la referida Sociedad M. Matías Duval. Los fenómenos por éste descritos no carecen de interés, tanto por la frecuencia con que se presentan como por la facilidad con que cualquiera puede observarlos en sí mismo.

Un estudio de tal índole daría lugar, sin duda, á curiosas observaciones. – X.

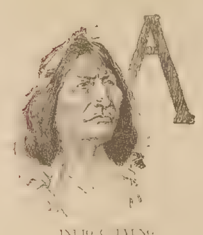


ÚLTIMOS MOMENTOS DE FELIPE II, cuadro de D. Francisco Jover y Casanovas

SECCION AMERICANA

EXCURSION ARTISTICA AL PAIS DE LOS CHEYENOS

ESCRITO É ILUSTRADO POR REMINGTON



INDIO CHEYENO

Al cabo de penosa caminata llegamos á la inmediación de una caleta flanqueada de espeso bosque donde había corpulentos árboles. Allí nos apeamos para que los caballos pudieran tomar algún alimento, y después los condujimos un rato de la brida, con la esperanza de que, cuidándolos mucho, podrían llegar hasta el fuerte Reno.

Se hizo otra parada para desayunarnos, y no me inquietó poco ver al muchacho que me servía á la vez de lacayo y de conductor sacar las escasas provisiones de un diario viejo, sucio y lleno de grasa. Antes de emprender el viaje, habíame asegurado que no nos faltaría nada durante el camino; pero evidentemente iba á suceder todo lo contrario. He aquí por qué no disfruté mi cigarro después de comer, con tanta más razón cuanto que se me dijo que ya se habían agotado los víveres, y que aun era preciso recorrer un trayecto de varias millas para llegar al término de nuestro viaje.

Prosiguió la marcha, y á poco ocurrió otro percance: uno de los caballos que tiraba de la carreta se empeñó en no pasar de cierto sitio, y no hubo más remedio que apearse para empujar el vehículo por detrás, después de haber aplicado un correctivo al cuadrúpedo. El camino era sumamente arenoso, y perdimos el rastro de un destacamento de caballería inglesa que había pasado por allí algunos días antes que nosotros; de modo que fué más difícil orientarnos.



EL GUÍA DE M. REMINGTON HABLANDO POR SEÑAS CON UN VIEJO ARAPAHOE

Esperábamos dar vista á las «rompientes» del río canadense del Sur antes de que reinase la obscuridad; mas el terreno, muy accidentado, formaba una cuesta delante de nosotros, y no podíamos distinguir nada. Al fin llegamos á un sitio donde había dos míseras chozas construídas con cañas, y allí encontramos dos indios en pie, apoyados en la puerta de su vivienda.

La presencia de aquellos indígenas me sugirió la idea de contratar á uno de ellos para que nos sirviese de guía en la obscuridad; mas no quisieron ó no pudieron entendernos ni hablando el inglés ni expresandonos por señas. A fuerza de insistir y de ofrecer, uno de los indios consintió, y apresuróse á ensillar su montura; pero una vez en marcha, adelantóse á nosotros, que no podíamos verle.

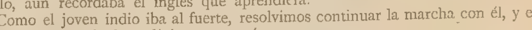
Sin embargo, no pasó mucho tiempo sin que penetráramos al fin en el territorio Sud del Canadá; el sol llegaba á su ocaso, y cuando hubimos franqueado el arenal y la escasa corriente del río, solamente un rojizo resplandor iluminaba el horizonte occidental.

A la distancia de una milla, poco más ó menos, á la izquierda, divisamos las hogueras de un campamento de indios arapahoes. Los caballos, más afortunados que nosotros, pudieron reforzar su estómago mientras que reposábamos en las verdes orillas cubiertas de espesa hierba. Un arapahoe ya viejo, de tez cobriza, acercóse á nuestro guía y díjole por señas algo que yo no comprendí; los dos estaban sentados en sus cabalgaduras, y al parecer se entendían perfectamente en su mudo lenguaje. El arapahoe, visto de perfil á la escasa luz del crepúsculo, parecióme el más perfecto tipo que jamás había visto. Iba equipado, como los indios salvajes de los últimos tiempos, con polainas, sandalias y faja. Nuestro guía, por el contrario, más civilizado en este sentido, llevaba sombrero de anchas alas, chaquetón de piel y botas, y el peinado á la cosaca.

Como la conferencia de los dos indígenas duraba ya media hora, preguntábame yo qué se dirían; á veces veía bien sus señales y érame dado seguirlas; pero en general abreviaban de tal manera y con tal ligereza, que no podía interpretar bien aquel mudo diálogo. Entre otras cosas comprendí que el guía explicaba al indio quiénes éramos, dándole cita después para el día siguiente á las diez de la mañana en el mismo sitio.

La obscuridad nos rodeaba ya por todas partes, y mientras avanzábamos, siguiendo la vaga forma de nuestro guía, no me era posible ver á mis compañeros, sentados detrás de mí: tan densas eran aquellas tinieblas. Creo que los caballos pueden distinguir mejor que el hombre en tales circunstancias; y como el terreno era entonces uniforme no experimenté ninguno de esos temores que generalmente acosan á los que viajan de noche por las montañas.

Con el rumor de las pisadas de los caballos en la obscuridad percibíamos á veces un grito gutural, que evidentemente no podía ser sino de un indio, y como fijara la atención para averiguar quién le profería, reconocí á duras penas las formas de un jinete que conducía un caballo de la brida siguiendo nuestro vehículo. Le dirigí algunas preguntas en inglés y resultó ser un joven indio que estaba al servicio del fuerte Reno; y conducía un caballo recientemente comprado. Había estado en la escuela de Carlisle; mas á pesar del tiempo transcurrido desde su vuelta á la tribu, tiempo suficiente para que volviera á crecerle el cabello, aun recordaba el inglés que aprendiera.



UN EXPLORADOR ARAPAHOE

Como el joven indio iba al fuerte, resolvimos continuar la marcha con él, y en su consecuencia despedí á nuestro guía.

En lontananza divisamos de pronto dos luces de las que se acostumbra poner en los puestos militares, y esto nos reanimó, así como también á nuestras jacas, que al punto apretaron el paso, como lo hacen sin duda todos los caballos. Sin embargo, parecíanos que nunca nos acercábamos á las luces, y que siempre estaban á la misma distancia, lo cual se debía sin duda á la obscuridad de la noche. Por otra parte, el terreno volvía á ser accidentado, á cada momento penetrábamos en alguna hondonada, y entonces nuestro desvencijado vehículo daba unos botes y unos saltos más que suficientes para mantener despiertos á los que más sueño tuvieran. Pero todas las cosas acaban en este mundo, y al fin llegó el término de aquel insoportable zarandeo y dimos vista al fuerte Reno. Nos abrió la puerta un muchacho medio dormido, que amostazado sin duda porque no le habíamos dejado dormir en paz, preguntónos si era nuestra intención dar con la casa en tierra. Hasta cierto punto no le faltaba razón para increparnos así, atendido el estrépito que habían producido los golpes descargados en la puerta.

A la mañana siguiente me presenté en las oficinas del fuerte, credencial en mano, donde un mayordomo muy flamante me ofreció una silla al punto, aunque mirando al soslayo todos los artículos de valor contenidos en la habitación, sin duda porque mi ropa, manchada y raída por efecto de mis recientes viajes, comunicábame un aspecto más pintoresco que tranquilizador. Muy pronto se presentó el coronel, y también fijó en mí una mirada recelosa, hasta que se persuadió de que yo no era un gitano de Texas ni tampoco un bandolero. Cuando supo que deseaba ver á sus protegidos de la pradera, envió á buscar al intérprete Mr. Ben Clark, y me dijo: «Después de ver el hombre que ahora vendrá, será inútil que busque usted más, porque es el tipo de cheyeno más perfecto que se podía encontrar en el país.»

En efecto, Mr. Clark era lo que el coronel había dicho, sólo que no parecía indio; más bien se le podía considerar como el tipo acabado del hijo de la frontera, faltándole únicamente el cabello largo, que en concepto del intérprete no convenía á los blancos. En el corral del fuerte se encontró un carretón tal como lo necesitábamos, y subiendo al vehículo con Mr. Clark fuimos á recorrer la pradera.

Encontramos muchos cheyenos montados que seguían distintas direcciones; casi todos eran altos y tenían facciones verdaderamente indias. Llevaban el cabello en trenzas, recogidas cerca de las orejas, y vistos desde lejos asemejában-



CAMPAMENTO CHEYENO



[illegible]

se algo por este concepto á los apaches. Todos estos indios se sirven ahora de sillas de montar ligeras y altas y estribos largos como los que se emplean en varios puntos de América, habiéndose renunciado á los cortos, construídos por los mismos naturales y usados en otro tiempo. Durante la estación calurosa no llevan la manta acostumbrada, sino una especie de sábana, que muy pronto se ensucia y que suelen arrollarse á la cintura. Bajo la silla del caballo ponen siempre la manta roja ó de color azul brillante que el Gobierno les proporciona. Es digna de observar la variedad de formas que los indios comunican á esas dos prendas y la gracia y naturalidad con que las usan.

Fuera del Sudoeste, nunca he observado que los indios se sirvieran de espuelas. Con su antiguo equipo esos jinetes salvajes no tenían un aspecto muy agradable, pero vayan como quieran nadie podrá menos de reconocer su habilidad en la equitación. Siempre me ha complacido hablar de este asunto, porque admiro á todo buen jinete aunque sea en el desierto. En los Estados del Oriente el maestro de equitación europeo tiene tantos prosélitos, que fuera inútil discutir en este lugar sobre la utilidad del método usado en el Occidente; y por lo tanto, me limitaré á decir, sin temor de que nadie lo ponga en duda, que los indios son singularmente hábiles para montar, tal vez incomparables. No podría esperarse otra cosa de una raza que durante muchas generaciones ha estado acostumbrada á recorrer las llanuras y las Montañas Pedregosas siempre montando en pelo y que en cierto modo se crió sobre sus mismos caballos.

EL INTÉRPRETE B. CLARK

Durante el camino el intérprete me entretuvo agradablemente con su conversación. Díjome que hacía treinta años que estaba en relaciones con los cheyenos; habla muy correctamente su lengua, y en una de sus excursiones al remoto Norte pudo reconocer que la de los indios criks es casi la misma.

Los cheyenos llegaron primitivamente del Norte y son de origen algonquín. Aunque su leyenda sobre la famosa «flecha medicinal» no tiene nada de nuevo, voy á reproducirla aquí.

Hace largo tiempo, hacia el año 1640, los cheyenos estaban en guerra contra una raza de hombres que usaban armas de fuego. La lucha había ocurrido en la inmediación del país contiguo á lo que llaman Lago del Diablo, y los cheyenos, derrotados en varios combates, hallábanse en la más aflictiva situación. Un joven Horacio de la tribu, resuelto á sacrificarse por el bien común, despidióse de los suyos y marchó no se sabe dónde. Al cabo de algún tiempo encontró un anciano, personaje mítico, que se compadeció de él; condújole á una cueva muy profunda, allí le dió á escoger entre varios objetos que guardaba cuidadosamente, y el joven eligió lo que el anciano llamaba «flechas medicinales.» Cuando el buen hombre hubo practicado los debidos conjuros, el cheyeno, provisto de un poderoso fetiche, marchó á reunirse con la tribu. Esta última recobró entonces confianza, y en la lucha que muy pronto se siguió obtuvo la victoria y apoderóse por primera vez de varias armas de fuego. Desde entonces, la tribu ha conservado las «flechas medicinales» y ahora se hallan en el territorio indio en poder de los cheyenos del Sur. Hace años otra tribu pudo coger varios de esos talismanes y exigió en rescate muchas yeguas y caballos; pero no devolvió todos aquéllos, y los cheyenos atribuyen sus últimas desgracias á la pérdida de algunas de esas flechas. Todos los años celebran con este motivo una ceremonia, á la cual solamente asisten los sacerdotes iniciados.

Las tradiciones de la tribu no son bien conocidas de todos, y en los últimos tiempos solamente algunos ancianos las recuerdan. No sabemos por qué será esto; pero debe presumirse que los indios han visto y oído tanto por sus relaciones con los hombres blancos, que han perdido completamente la fe.

Nuestro vehículo se acercaba lentamente al campamento de los cheyenos, inmensa pradera salpicada de trecho en trecho de esa especie de diminutas tiendas de campaña que los indios usan y que más bien parecen gazaperas; entre ellas había unos extraños vehículos semejantes á furgones, de un uso muy común entre los indígenas. En varios puntos veíanse grupos de jacas y caballos, entre los cuales circulaban indios con sus sábanas blancas, que de noche me habrían parecido seguramente seres fantásticos. A poco pasamos por delante de un grupo de indios sentados; una mujer que vestía faldas de percal de colores brillantes cambió algunas palabras con el intérprete, el cual prolongó la conversación á fin de darme tiempo para bosquejar algunos tipos. Cuando M. Clark manifestó á la india que yo acababa de hacer su retrato, comenzó á reir á carcajadas, creyendo que se burlaban de ella, pero pronto se pudo convencer de que no era así.

Las mujeres de esta tribu, exceptuando algunas que proceden de las llanuras del Norte, son las únicas que se pueden considerar como verdaderamente agraciadas. Los nombres que usan son convencionales y poco más ó menos los mismos que en otro tiempo fueron los más comunes. Algunos se distinguen por el sonido agradable que á veces sorprendemos en los dialectos indios, como por ejemplo: «Mut-say-yo», «Wau-hi-yo», «Mo-ka-is» y «Jok-ko-ko-me-yo»; en ellos se reconoce el suave acento gutural de la pronunciación india.



INDIO COMANCHE

Al entrar en el campamento ofrecióse desde luego á mi vista todo cuanto podía hacer más interesante la escena en que yo iba á buscar asuntos para un álbum. Un curandero indio estaba junto á un enfermo, ó que al menos parecía tal; mas allá un grupo de jóvenes preparábase para dar principio á una de esas danzas características de los salvajes; cerca de allí otros dos hombres estaban echados en graciosa actitud; varios niños corrían de un lado á otro con los perros, y algunos indios jugaban al monte junto á una carreta. Un anciano casi del todo desnudo acercóse vacilante á nuestro vehículo y habló con el intérprete. Llamábanle de sobrenombre el *Toro*, y con su rostro lleno de arrugas, su cabello gris y sus mandíbulas sin dientes, era el tipo más extraño que imaginarse pueda. A un jinete que pasaba cerca de nosotros le compré una silla de montar construída con asta de alce, que por cierto son muy raras ahora. No deja de ser interesante el estudio de estos objetos, pues todas las tribus usan un modelo diferente, y los de las mujeres difieren de los del hombre.

Nos apeamos junto al cobertizo de *Remolino*, soberbio tipo á quien se considera ahora como jefe principal. Me llamó la atención su aspecto digno y reservado; recibiónos cordialmente, y nos invitó á tomar asiento bajo una enramada. Según costumbre de casi todos los indios, rehusó el cigarro que le ofrecí y sacó uno de los suyos.

Gracias al intérprete pudimos entablar conversación, y por lo pronto sospeché que el anciano pensaba que yo ejercía algún cargo del Gobierno. Sin duda me tomó por un gran jefe de Wáshington; pero le expliqué que yo no era sino un artista, lo cual no pareció comprender bien. Habiéndole rogado que tuviera la bondad de ponerse su plumaje, hízolo así, y bosquejé su retrato, enseñándoselo después. Al mirarlo, su rostro expresó cierto desdén, y mi hombre quedó algo perplejo; pero me parece que no desmerecí nada en el juicio que de



[illegible]



CRISTÓBAL COLÓN EN LA CORTE DE ISABEL



LA CATÓLICA, CUADRO DE BROZIK, GRABADO POR BAUDE



mí habría formado. En su juventud *Remolino* había sido un gran jefe, un guerrero; pero una vez fué á Wáshington, y allí pudo apreciar la fuerza y el número de los hombres blancos. Después de esto aconsejó la paz á toda su tribu, y no quiso tomar parte en el último levantamiento de los indios. Su gente fué derrotada, según él había previsto, y desde entonces todos los indígenas tuvieron la mayor confianza en su juicio y pidiéronle siempre consejo. Hice varias preguntas al anciano jefe para obtener informes sobre el género de vida de los indios antes de la conquista, y á todo me contestó gravemente con muy buen sentido El hombre se extendió en detalles sobre la condición de su pueblo, y oíle con gusto hasta el fin; pues aunque no estuviera versado en la ciencia de gobernar, agradábame su manera de expresarse. Díjome, entre otras cosas, que acababa de regresar del país de los cherokees, donde se había celebrado una gran reunión de las tribus, en la cual pronunció un largo discurso. Todos los indios temían que se les despojase de sus tierras, y el Consejo les advirtió que no debían tomar parte en ningún movimiento relacionado con este asunto. El jefe recordaba con orgullo las palabras que había dirigido á la asamblea y la admiración de que fué objeto. *Remolino* me pareció un hombre inclinado al progreso. Díjome que él no podía hacer ya nada, á causa de sus muchos años, para que se adoptase el método de vida más propio para su tribu; pero que su hijo llegaría á igualarse con los cherokees civilizados. Este hijo estaba sentado allí cerca, y no me parecieron exageradas las esperanzas del padre, pues era un joven de expresión inteligente y de gallardo aspecto; y según supe después, había estado tres años en una escuela cuyo nombre no recuerdo. Vestía como los blancos, y díjome que poco tiempo antes pertenecía al cuerpo de batidores al servicio del fuerte Reno.

La cría de ganados es la industria natural del país, y sería la más propia para esos indios, que ahora se reponen muy poco á poco de los reveses sufridos en su última rebelión; pero es duro para ellos limitarse á conducir rebaños al pasto, á guisa de pastores, cuidándolos como es debido, y apenas se puede esperar que se dediquen á semejante ocupación los que han de buscar continuamente su alimento para no morirse de hambre. Sin embargo, no faltan algunos que tienen numerosos rebaños, que pueden subsistir muy bien con su trabajo y que evidentemente llegarían á ser buenos ganaderos.

La costumbre que hay ahora de retirar algunos chicos y niñas de los campos para ponerlos en una escuela, donde se les enseña un poco de inglés, moral y algún oficio, no tiene nada de reprensible; pero no dará resultado alguno en cuanto se refiera á resolver el problema indio. Los pocos chicos que vuelven á los campos con los escasos conocimientos adquiridos no tienen oportunidad para utilizarlos. Andan por los fuertes durante algún tiempo, sin tener nada que hacer; no se aprecian los servicios que podrían prestar ni las cualidades de los individuos; y como consecuencia natural de esto, la barbarie heredada de sus antecesores desde hace miles de años, se antepone al fin á las ligeras nociones adquiridas en la escuela. Entregados otra vez á la vida de los campos, vuelven á usar la manta, déjanse crecer el cabello y muy pronto olvidan lo que aprendieron; de modo que al cabo de un año no se reconoce diferencia alguna entre el joven que estuvo en la escuela y el que ha sido siempre salvaje.

Si alguna vez se da el caso de que la raza blanca se proponga que esos indios lleguen á ser una parte de nuestro sistema social en vez de separarlos de él completamente, no habrá sino un medio de hacerlo. El llamado problema indio no es en realidad un problema, pero ha tomado el carácter de tal por una serie de actos altamente absurdos que no podrían explicarse sino por la ambición política. El sentimiento de esta nación se inclina á que no se considere á los aborígenes aquí como una raza conquistada; y ya que la mayoría de nuestros ciudadanos se muestran apáticos cuando se trata de cosas que se hallan tan lejos como estos indios, los encargados de la administración, los que tienen en sus manos la suerte de esos indígenas, deberían mirar el asunto con más interés. Cierto que la condición de aquéllos es ahora muy aflictiva, tanto, que los hombres prácticos, así en los círculos políticos como en los militares, se resisten á erigirse en reformadores; pero me parece que aun se podría intentar alguna cosa. Mis opiniones sobre el particular no son originales, sino muy antiguas, y por lo mismo conócenlas muy bien todos los oficiales de ejército que han pasado la mayor parte de su vida en la frontera del lejano Oeste. Si algo ha de hacerse para aliviar la condición de las tribus indias, será preciso adoptar un plan de reforma radical; pero si las medidas que se adopten fuesen tardías, no pasará mucho tiempo sin que veamos á los pobres indígenas disputar á los perros los huesos y las piltrafas que sus amos les dan. Esos indios, como indiqué antes, pueden muy bien dedicarse á la ganadería, y seguramente lo harían así con un poco de estímulo. Por otra parte, en muchas guarniciones de los fuertes se han formado cuerpos de batidores ó exploradores indios que con frecuencia prestan útiles servicios, y serían muy propios para organizar cuerpos de caballería regular, que sin duda llegaría á distinguirse como una de las mejores del globo y cuyos individuos se utilizarían poco á poco, llegando á tener tal vez algún día mucha importancia para los Estados Unidos. En todo cuanto concierne á los asuntos de policía, los cuerpos de exploradores indios son sumamente útiles en el Oeste hoy día.

Cerca de cuatro horas estuve junto á la vivienda del anciano jefe, y cuando me separé de él no pude menos de reconocer que aquel indio sabía más que nadie respecto á las diversas tribus y á las tendencias é impulsos de los blancos en esta cuestión.

Las glorias de los jefes indios han pasado ya; á medida que la raza va dependiendo más y más del Gobierno, su prestigio se desvanece.

La Agencia de los cheyenos está situada á cosa de milla y media del fuerte Sill, y aunque el cuerpo principal del edificio es de ladrillo no deja de tener un aspecto imponente. Rodéanle varios almacenes y algunas casas blancas, muy semejantes á las de un pueblecillo de Nueva Inglaterra; viéndose allí cerca jacas ensilladas é indios que comunican á la escena mucha animación. Quince agentes de policía indígena están encargados de la vigilancia en el fuerte y sus alrededores Visten uniforme de color gris, y con sus polainas y sus revólvers presentan, en cierto modo, un aspecto militar. Los artículos exportados para los indios no tienen ya el mismo carácter, pues sus necesidades son más conformes con la civilización,

En la Agencia se les da harina, azúcar y café, y en cuanto á la carne han de ir á buscarla á un inmenso corral situado á cierta distancia en la llanura. La distribución es bastante curiosa y yo quise verla.

Emprendimos la marcha á primera hora de la mañana, y no tardamos en llegar al corral. Delante de la puerta vimos ya una considerable multitud, y por todas partes llegaban grupos de indígenas para engrosarla. Cerca de la casucha varios individuos calentaban hierros para marcar el ganado que debía distribuirse.

El agente se acercó al corral para inspeccionar el ganado que debía distribuir, consistente en novillos, y terminado su examen se acorraló á los animales en un reducido espacio, mientras que un arapahoe, provisto de uno de los hierros de marcar, colocóse en una plataforma y dió principio á su tarea, imprimiendo las letras ID en el lomo de cada uno de aquéllos

Frente al corral hallábanse en línea treinta jóvenes indios montados con sus carabinas y revólvers en mano. El agente leyó en una lista sus nombres, mientras que otro individuo, de pie en la plataforma, señalaba á cada indígena el animal de su propiedad Los interesados llegaban uno tras otro, y alargando el brazo sobre la cerca marcaban á su vez el novillo que les pertenecía, cortándole una oreja ó la cola ó poniéndole alguna divisa para reconocerlo. Un momento después, los novillos se precipitaban fuera del corral frenéticos y espantados, huyendo de aquella cruel multitud; pero esperábanles fuera los jinetes indígenas, que se lanzaron en su seguimiento, armados de carabina ó revólver.

Yo quise ver la carrera hasta el fin, y montando en mi caballo prestado, piqué espuelas para no perder de vista á los indios. El oficial me había advertido ya que tuviera cuidado, porque en el desordenado tiroteo que iba á seguirse podía suceder muy bien que me introdujeran alguna bala en el cuerpo. En toda la pradera resonaban á cada instante las detonaciones; acá y allá veíase rodar por tierra un novillo, y no parecía sino que estuviésemos cazando el búfalo. Mi caballo, enardecido sin duda por el olor de la pólvora, emprendió tal galope que muy pronto me hallé delante de los demás jinetes y de uno de los novillos que perseguían. De repente oí silbar una bala sobre mi cabeza, y recordando entonces la advertencia del oficial me desvié al punto de la línea. Muertos los novillos, las mujeres siguieron los carros y ocupáronse después en cortar la carne, que se distribuyó entre todos, según ciertas reglas convenidas ya sin duda, y después cada cual se fué á su campamento con la parte que le había correspondido.

La tranquilidad y el contento no se turban mientras hay carne; pero el mal es que pronto se concluye, porque la ración es insuficiente. Algunos indígenas adquieren dinero vendiendo jacas, de las que tienen un número considerable; pero el porvenir financiero de los cheyenos es poco halagüeño.



Lo que más ambicionan aquí los indios jóvenes se reduce á ser alistados para ingresar en el cuerpo de exploradores. Cuando se les admite cumplen con todos los deberes del soldado puntualmente; pero no son buenos para centinelas, y tienen el defecto de no apreciar las formas ni las ceremonias militares.

Habiendo visto ya cuanto deseaba, marché al día siguiente á la estación del camino de hierro de Santa Fe. Pronto vi llegar el tren que debía conducirme; y al ocupar mi asiento sobre un muelle cojín, fijé maquinalmente la vista en mi ropa sucia, y no pude resentirme de que el conductor negro me mirara con toda la altiva dignidad de su clase.

F. R.

TODA UNA JUVENTUD

POR

FRANCISCO COPÉE

(CONTINUACIÓN)



María, que es una loquilla, empuja, para coger á su hermana, un sofá que choca contra un baúl del Renacimiento, haciendo temblar la loza de Rouen que hay en los vasares; y entonces grita la buena señora, aunque con acento dulce, desde el fondo de su antro, que despide un buen olor á tocino frito:

«¡Vamos, niños, vamos! Dejad tranquilo á papá; idos á jugar al comedor.»

Ellos obedecen, porque allí pueden trastornar las sillas como les plazca, y hacer casas para jugar á las visitas. Esa loca de María (¿pueden imaginarse cosas semejantes á los cinco años de edad?) toma el brazo de Amadeo, á quien llama su marido, vá á visitar á su hermana Luisa y la presenta su niño, un muñeco de cartón muy cabezudo, envuelto en una servilleta.

– Ya ve usted, señora, – dice á su hermana, – que es un niño muy hermoso.

– ¿Y á qué piensa usted dedicarle cuando sea grande, – pregunta Luisa, que se presta á este juego sólo por complacencia; pues tiene diez años y es ya una señorita.

– A la milicia, señora, – responde gravemente María.

En este momento, el grabador, que se ha levantado de su asiento para estirar las piernas y encender por tercera vez su Abd-el-Kader, se pasea por el taller, y al mismo tiempo la señora Gerard, tranquila por la suerte de su guisado que cuece á fuego lento, despidiendo un olor agradable, entran ambos en el comedor y contemplan á los niños tan traviesos, tan graciosos con su aspecto de formalidad. El mira á su mujer, ella á su marido, y vuelven los dos á sus faenas riendo á carcajadas. Pero en el cuarto de al lado nadie ríe nunca. En casa de los Violette, sólo se tose, y se tose hasta el ahogo, hasta el desmayo. La tímida joven de cabellera demasiado pesada, va á... irse, y cuando lleguen las hermosas tardes, no volverá á estrechar en el balcón la mano de su marido, contemplando los astros. Amadeo no comprende nada de esto, pero está poseído de un vago terror: siente que en su casa sucede algo lamentable, y todo el mundo le da miedo: la vieja que huele á tabaco, que al vestirle por las mañanas le mira con aire de compasión; el médico tan peripuesto, que sube dos veces al día hasta el quinto piso y deja en la habitación olor á perfumería; su padre, que no sale ya de casa, que tiene una barba de bastantes días y que se pasea febrilmente por la salita, colocándose, con un movimiento de maníaco, detrás de la oreja el rebelde mechón. Hasta su madre asusta al pobre Amadeo. ¡Ah! Sí: él la ha visto á la luz de la lamparilla, con la cabeza hundida en la almohada, la nariz sumamente delgada, la barba deprimida, y como si le desconociera, y eso que tenía sus grandes ojos bien abiertos, cuando su padre, tomándole en brazos, le inclinaba hacia la enferma para que besase su frente cubierta de frío sudor.

Por fin llega el día terrible, día que Amadeo no olvidará nunca, aunque era entonces un niño pequeño, muy pequeño.

Hoy le ha despertado su padre, que le ha sacado de la cama; su padre, que tiene ojos de loco, enrojecidos á fuerza de llorar. El vecino, señor Gerard (¿por qué habrá venido tan temprano?), también deja asomar gruesas lágrimas á sus párpados, y permanece constantemente al lado del señor Violette, como si velara por él, y le toca afectuosamente en el hombro con la palma de la mano, diciéndole:

«¡Vamos, valor, amigo mío!»

Pero el buen amigo no le tiene. Deja que el Sr. Gerard siente sobre sus rodillas á Amadeo, é inclina su cabeza como la de un muerto sobre el pecho del bueno del grabador y empieza á llorar y sollozar con gran violencia.

«¡Mamá, quiero ver á mamá!» grita Amadecito lleno de espanto.

¡Ay! Ya no la verá más. Se le llevan á casa de los Gerard, y la buena vecina le viste, diciéndole que su mamá se ha marchado por mucho tiempo, que no debe pensar más que en su papá y quererle mucho; añadiendo otras palabras que no comprende, ni se atreve á pedir la explicación, pero que le consternan.

¡Cosa rara! El grabador y su mujer no se ocupan más que de él, mirándole á cada instante: hasta las pequeñas tienen un aspecto grave, casi respetuoso. ¿En qué consiste? Luisa no abre el piano, y cuando María ha querido tomar su caja de muñecas debajo del aparador, le ha dicho bruscamente su madre, tratando de ponerse seria: «¡Hoy no se juega!»

Después de almorzar, la señora Gerard se ha puesto su abrigo y su sombrero, y ha salido llevándose á Amadeo. Han subido á un coche que ha pasado por calles que él no conoce, han atravesado un puente, en medio del cual hay un caballero de bronce, muy grande, con la cabeza descubierta y coronada de laureles y se han detenido delante de una gran casa. Han entrado, y allí un joven muy vivo y muy ocupado ha hecho vestir á Amadeo un traje negro.

A la vuelta á su casa, el niño ha encontrado á su padre y al señor Gerard sentados á la mesa del comedor, ocupados en escribir señas en grandes sobres de luto. El señor Violette ya no lloraba, pero su rostro estaba surcado de dolor, y dejaba caer sobre los ojos sus encrespados cabellos.

Al ver á su hijo con el nuevo traje, ha exhalado un gemido, levantándose y tambaleándose como un hombre ebrio, vertiendo otra vez abundoso llanto.

¡Oh! Amadeo nunca olvidará este día, ni el horrible siguiente, cuando la señora Gerard vino por la mañana á vestirle con su traje negro, mientras que se oían en el cuarto de al lado ruido de gruesos zapatos y martillazos... Continuamente se está acordando de que no ha visto á su madre desde hace dos días.

«¡Mamá, quiero ver á mamá!»

Fué preciso tratar de hacerle comprender la verdad, y la señora Gerard le repitió varias veces que era necesario ser juicioso y bueno para consolar á su padre, que estaba muy apenado; añadiendo después que su mamá se había marchado para siempre y que estaba en el cielo.

¡En el cielo! Está muy alto y muy lejos el cielo. Pero si su madre está en el cielo, ¿qué es lo que lleva ese lúgubre carruaje, que él sigue, á pesar de la lluvia, apretando el paso, mientras que su padre con las manos cubiertas con guantes negros le estrecha las suyas? ¿Qué es lo que meten en ese hoyo del que sale un olor á tierra removida recientemente, rodeado de gentes vestidas de negro, y por qué su padre al mirar allí vuelve con horror la cabeza? ¿Qué ocultan en esa fosa abierta en un jardín lleno de cruces y de urnas de piedra, en donde los árboles de ramas de bronce relucen al sol después del chaparrón de los primeros días de marzo, dejando resbalar por sus troncos gruesas gosas parecidas á lágrimas.

¡Su madre está en el cielo!... Amadeo no se atreve ya á repetir la petición de «ver á su mamá». La tarde de este espantoso día, cuando se sienta á la mesa al lado de su padre, á la mesa en la que desde hace mucho tiempo la vieja del jubón no pone más que dos cubiertos, el pobre viudo, que todavía alguna vez se enjuga las lágrimas con la servilleta, coloca un pedazo de carne en el plato de su hijo, cortándole en pedacitos. El niño, algo pálido, sentado en la silla alta, se pregunta si no volverá á ver la mirada de su madre, tan dulce, tan acariciadora, en alguna de esas estrellas que á ella la gustaba contemplar desde el balcón en las frescas noches de septiembre, estrechando en la obscuridad la mano de su marido entre las suyas.

II

Los árboles son como los hombres; hay algunos que no tienen suerte. Pero como árbol desgraciado verdaderamente, ha habido pocos que se igualen al pobre diablo de plátano plantado en medio del patio de la institución de jóvenes situada en la calle de la Grande-Chaumiere, dirigida por M. Batifol.

La casualidad hubiera podido colocar este árbol en lo orilla de un río, en una bonita vega, desde donde viese pasar los barcos, ó bien en la plaza de una ciudad en donde hubiera guarnición, en la que podría disfrutar dos veces por semana de la distracción de oir tocar la música militar. Pues bien; nada de esto: estaba escrito en el libro del destino que el desgraciado plátano perdiera su corteza todos los veranos, como una serpiente que muda de piel, y que alfombraría el suelo con sus hojas marchitas por la primera helada, en el patio de la institución Batifol, que era un sitio poco agradable.

Por lo demás, este árbol solitario, un plátano como otro cualquiera *(plátanus orientalis)*, estaba entre dos edades y carecía de originalidad, y debía tener el sentimiento punible de engañar al público. En efecto, debajo de la muestra de la institución Batifol *(Curso del liceo Enrique IV. Preparación al bachillerato y á las Escuelas del Estado)*, leíanse estas palabras falaces: «*Hay jardín*», y en realidad sólo había un patio vulgar, con el piso cubierto de arena de río, y un arroyuelo cavado artificialmente alrededor; un patio en el que sólo hubieran podido cosecharse, después de las horas de asueto, media docena de pelotas perdidas, algún peón roto, y cierto número de clavos de zapatos. Sólo un plátano justificaba la ilusión, la ficción del jardín prometido en la muestra. Así, pues, como los árboles tienen seguramente sentido común, éste debía tener la conciencia de que él solo no constituía un jardín.

Además, es verdaderamente una suerte muy injusta para un árbol inofensivo que no ha hecho daño á nadie, la de extenderse al lado de una escuela de gimnasia, en un rectángulo perfecto, formado por una tapia como de cárcel, erizada de vidrios de botellas rotas, y por tres cuerpos de edificio de una simetría aflictiva, ostentando encima de sus numerosas puertas del piso bajo letreros cuya sola lectura hace bostezar; como, por ejemplo: Sala 1. Sala 2. Sala 3. Sala 4. Escalera A. Escalera B. Entrada á los dormitorios Refectorio. Laboratorio.

El pobre plátano languidecía de fastidio en tan triste lugar, y sólo tenía algunos momentos agradables en las horas de recreo de los colegiales, cuando estallaban en el patio gritos y risas de alumnos enredadores y juguetones; siendo lisonjero para él que al pie de su tronco se estableciera el juego del tres en raya. Los pájaros parisienses, á pesar de no ser muy descontentadizos, nunca habían construído en él ni un solo nido, ni apenas se posaban en sus ramas. Es probable que este árbol desencantado, cuando el viento de abril agitaba su follaje, atrayendo á los pilluelos del cielo á merodear en él, les dijera: «Creedme, este sitio no vale nada. Idos á otra parte á haceros el amor.»

A la sombra de este plátano, plantado bajo la influencia de una mala estrella, debía deslizarse la mayor parte de la niñez de Amadeo.

Como empleado de ministerio, M. Violette estaba condenado á siete horas diarias de prisión, de las cuales una ó dos se destinaban á examinar con disgusto un fajo de impresos, probablemente superfluos, y las restantes á diversas ocupaciones intelectuales muy variadas, tales como rayar papel, limpiarse las uñas, hablar mal de los jefes, gruñir por la lentitud de los ascensos, mandar cocer una patata ó un pedazo de salchicha para el almuerzo, ó leer un periódico de cabo á rabo, hasta el nombre del impresor y hasta los bombos, entre los que un cura de aldea expresa su sencilla gratitud por haber sido curado de un constipado pertinaz. En recompensa de esta cautividad cuotidiana, M. Violette recibía á fin de mes una cantidad exactamente precisa para asegurarse la sopa y la carne con algunos pepinillos alrededor.

Con objeto de procurar á su hijo una posición distinguida, el padre de M. Violette, relojero en Chartres, había gastado cuanto ganaba, no dejando á su fallecimiento absolutamente nada. Su hijo, el Silvio Péllico administrativo, en sus horas de fastidio exasperado, estaba pesaroso de no haber seguido sencillamente el arte de su padre, y veíase imaginariamente en la clara tiendecita de junto á la catedral, bajo cuya arcada distinguía una muestra representando á un lobo acechando las ristras de cebollas de una granja, y oyendo el alegre tic tac de una treintena de relojes de oro y plata, dados á componer por los campesinos, que vendrían á recogerlos el día del mercado.

Pero yo pregunto: ¿esta profesión humilde era digna de un joven que había hecho estudios completos: bachiller en letras, atiborrado de *raíces griegas* y de *deducciones*, que le permitían demostrar, casi sin tomar aliento, la existencia de Dios y precisar datos acerca de los reinados de Nabonassar y de Nabopolasar? No, señores. Y el modesto relojero de Chartres, sencillo artista ó artesano, comprendía mejor el espíritu moderno. (¡Muy bien, muy bien! Escuchad.) ¿Nos hallamos todavía en Egipto, en tiempo de los Faraones, para que un hijo suceda forzosamente á su padre en su oficio? (Aprobación.) No; este modesto tendero, después de todo, había obrado según la ley de la democracia, siguiendo el instinto de una noble y juiciosa ambición. (Aplausos en muchos bancos.) Y ha hecho de su hijo un joven inteligente y sensible, una máquina de llenar impresos y de perder días en adivinar las charadas de *La Ilustración*, que descifraba tan de corrido como M. Ledrain una inscripción cuneiforme de una baldosa asiria; resultado admirable que debía regocijar á los manes del antiguo relojero. Su hijo había llegado á ser un caballero, un funcionario tan honorablemente retribuído por el Estado, que veíase obligado á mandar ponerse en la parte posterior de sus pantalones remiendos de paño de color casi parecido, y á que su pobre mujer, cuando se aproximaba su parto, llevara al Monte de piedad el cucharón y los seis únicos cubiertos de plata que había en la casa.

Sea lo que sea, lo cierto es que M. Violette, habiéndose quedado viudo y estando ocupado todo el día, veíase muy apurado con un hijo tan pequeño.

Sin duda alguna, sus vecinos, los Gerard, continuaban siendo muy amables para con Amadeo, y le tenían en su casa toda la tarde; pero este estado de cosas no podía durar siempre, y M. Violette sentía escrúpulos de abusar de la complacencia de aquellas honradas gentes.

Sin embargo, Amadeo no los incomodaba, y la mamá Gerard le amaba ya como á uno de los suyos. El huérfano habíase hecho inseparable de Mariquita, un diablillo, que cada día estaba más linda. El grabador había encontrado en un armario su antigua gorra de pelo de granadero de la Guardia Nacional, prenda de uniforme suprimido desde el 48, y se la dió á los niños ¡Un magnífico jugue te! Inmediatamente le trasformaron, en su imaginación, en un oso gigantesco, de espantable ferocidad, al que se pusieron á cazar por toda la casa, emboscados detrás de los sillones, apuntándole con palos é hinchando los carrillitos con to-



das sus fuerzas para gritar *¡pum!* imitando los disparos de fusil. Esta diversión cinegética acabó de arruinar el antiguo mobiliario.

Entre tanto, las escalas del piano de Luisa, la mayorcita, se deslizaban produciendo un torrente musical, el frito chirriaba en los hornillos de la cocina de la mamá Gerard, y tranquilo en medio de aquel alegre desorden y de aquel estrépito, hasta no poder entenderse, el grabador, siempre en su tarea, cincelaba el gran cordón de la Legión de honor y las charreteras de canalones del Príncipe Presidente, al cual, republicano sospechoso, acechando el golpe de Estado, detestaba Gerard de todo corazón.

– Seguramente, vecino, – decía la señora Gerard al empleado, cuando al salir de la oficina venía á buscar á su hijo, y se excusaba de la incomodidad que decía dar á la familia, – con toda verdad aseguro á usted, mi estimado señor Violette, que el niño en nada nos molesta... Espere usted un poco antes de ponerle en el colegio. No es enredador, y si María no le sacase de sus casillas... Muy bien puede afirmarse que entre los dos, ella es el muchacho; sin ese diablejo, Amadeíto siempre estaría registrando estampas. Luisa, la mayorcita, le hace leer todos los días dos páginas de «La moral en acción», y ayer mismo el niño divirtió mucho á Gerard, contándole la historia del elefante agradecido... Tiempo sobrado tiene V. para mandarle al colegio... Espere V. un poco, etc., etc.

Pero M. Violette estaba decidido á hacer entrar á Amadeo en el colegio Batifol, como externo, por supuesto. ¡Era tan cómodo! Sólo había que andar dos pasos. Esto no impedirá que el niño vea con frecuencia á sus amiguitas. Tiene ya cerca de siete años y está muy atrasado, apenas sabe formar letras; no hay que descuidarse con los niños.

Por esto, un hermoso día de primavera, M. Violette presentóse con su hijo en el gabinete de M. Batifol, que no tardaría en venir, según ha dicho el criado.

El gabinete de M. Batifol es espantoso.

En los tres cuerpos de estantes de libros, que no abre jamás el perfecto preceptor y avaro pupilero, sólo asoman sus cantos algunas obras que compra de lance á los libreros de los muelles; como por ejemplo: *El curso de literatura*, de Laharpe, y un *Rollin* que nunca se acaba.

La mesa cilíndrica de estudio, obra maestra de caoba chapeada, cuyo secreto sólo conserva el arrabal de San Antonio, ostenta sobre sí una esfera terrestre.

Amadeo se fija en seguida, á través de una ventana abierta, en el plátano que hay en medio del patio, que se aburre extremadamente, no obstante el sol y el cielo azul y el aire primaveral.

Un mirlo joven, que todavía no conoce el barrio, ha venido hace un momento á posarse en una de sus ramas; pero indudablemente el arbol le ha dicho:

«¿Qué vienes á hacer aquí? El jardín del Luxemburgo está á tres vuelos, y aquello es encantador. Allí hay niños que hacen pasteles de arena, niñeras que sentadas en los bancos hablan con los militares, enamorados qué se pasean cogidos de la mano... ¡Vete, pues, allí, imbécil!»

El mirlo vuela, y el árbol universitario, vuelto á su soledad, deja colgar sus hojas desilusionadas.

Amadeo, en su confusa inteligencia de niño, está á punto de preguntarse por qué aquel plátano tiene el aire tan triste; pero ábrese una puerta y se presenta M. Batifol.

De aspecto feroz, á pesar de su nombre casi inconveniente, el director del colegio se parece á un hipopótamo vestido con una amplia levita de paño negro. Se adelanta pausadamente, saluda á M. Violette con dignidad, se sienta en su

sillón de cuero delante de sus papelotes, se quita su gorro de terciopelo y descubre una calva tan voluminosa, redonda y amarilla, que Amadeíto la compara con espanto á la esfera terrestre colocada sobre la mesa.

Las dos son una misma cosa: sus dos bolas son gemelas; hay en el cráneo



de M. Batifol una erupción de granitos sanguíneos agrupados, poco más ó menos, como los archipiélagos del Océano Pacífico.

– ¿A qué debo el honor...? – pregunta el director con una voz pastosa, excelente para gritar los nombres en la distribución de premios.

M. Violette es algo tímido: cosa estúpida hasta cierto punto; así es que cuando el jefe de su negociado le llama á su despacho para algún asunto del servicio, siente una especie de atortolamiento y le tiemblan las piernas. Un personaje tan imponente como M. Batifol no es á propósito para darle aplomo. Amadeo es también tímido como su padre, y mientras el niño, asustado por el parecido de la esfera con la calva del director, empieza á temblar, M. Violette se turba, arregla su rebelde mechón, busca palabras y no acierta á decir nada.

Sin embargo, acaba por repetir poco más ó menos lo que decía á la mamá Gerard: «Su hijo va á cumplir siete años y está muy atrasado, etc., etc.»

El director parece escucharle con benevolente interés, inclinando de vez en cuando su cráneo geográfico; pero en realidad observa y juzga á sus visitantes.

La levita algo raída del padre y la tez paliducha del niño revelan la pobreza. Se trata de un externo de treinta francos mensuales. Nada más.

Por lo tanto, M. Batifol suelta el *speach* que dirige en iguales circunstancias á todos sus nuevos clientes.

Se encargará de su «joven amigo» (por treinta francos mensuales, llevando el niño su almuerzo en una cestita), que será desde luego colocado en una clase elemental. (Algunos padres de familia prefieren, con razón, la media pensión con una comida sana y abundante al mediodía; pero M. Batifol no insiste sobre este particular.) Su joven amigo será, pues, destinado á una clase infantil, pero se comenzará á prepararle *ab ovo*, para recibir en su día las lecciones de esta Universidad de Francia, *alma parens* (naturalmente, la enseñanza de lenguas extranjeras no está comprendida en los precios ordinarios), de esta ilustre Universidad, que por el común trabajo, por la emulación entre los educandos (las artes de adorno y el baile, música y esgrima se pagan, por supuesto, aparte) predispone á los niños á la vida social, haciéndoles hombres y ciudadanos.

M. Violette se contenta con la asistencia externa á treinta francos. Trato concluído. Desde el día siguiente, Amadeo ingresará en el «nuevo preparatorio».

– Deme usted la mano, amiguito, – dice el director del Colegio, cuando el padre y el hijo se levantan para despedirse.

Amadeo, muy turbado, alarga la mano, y M. Batifol estrecha la suya, que es tan enorme, tan pesada y tan fría, que á su contacto el niño siente un estremecimiento, como si tocara una pierna de carnero de siete ú ocho libras acabada de llegar de la carnicería.

Por fin se van, todo está hecho. Al día siguiente, Amadeo, provisto de una cesta en la que la vieja asistenta que huele á tabaco ha puesto una botellita de agua rojiza, unos pocos menudillos de vaca y dos tortas de dulce, se presenta en el colegio Batifol, para ser preparado sin retardo á las lecciones de *alma parens*.

El hipopótamo vestido de paño negro, sin quitarse esta vez el gorro, – con gran disgusto del niño, que quisiera asegurarse de si el cráneo de M. Batifol está marcado como el globo terráqueo por los grados de latitud y de longitud, – conduce inmediatamente á su alumno á la clase novena preparatoria y le presenta al maestro.

– He aquí un nuevo externo, M. Tavernier... Usted verá cómo se encuentra para la lectura y escritura, ¿no es eso?

M. Tavernier, que es un joven alto y amarillento, otro de tantos bachilleres, que á estar hoy día, como estuvo su difunto padre, sargento de gendarmería, en un lindo rincón de hierbas y manzanos de Normandía, no tendría quizá ese rostro de papel de estraza, ni se hallaría vestido á las ocho de la mañana con una levita negra del género de esas que suelen verse colgadas en la Morgue.

M. Tavernier acoge *al nuevo* con una tenue sonrisa que desaparece tan pronto como M. Botifol se marcha.

– Vaya usted á colocarse en aquel sitio desocupado en la grada tercera, – dice M. Tavernier en un tono lleno de indiferencia.

Sin embargo, se digna conducir á Amadeo al sitio designado. El vecino del pequeño Violette, uno de los futuros ciudadanos que se preparan para la vida social, – algunos de ellos tienen todavía calzones abiertos por detrás, – ha cometido la falta de llevar á clase un puñado de anzuelos, esperando divertirse antes de la hora del asueto. Cuando Amadeo se sienta á su lado, el travieso alumno le dice al oído, señalando á M. Tavernier:

– Ya verás qué cara pone de perro, cuando el peón enganchado en el anzuelo se eleve hasta su mesa.

El maestro golpea con una regla en un brazo del sillón é impone silencio Luego manda al alumno Godard que recite su lección.

Godard, un gordiflón de ojos mortecinos, se levanta automáticamente. De una sola tirada, sin tomar aliento, como un canalón que corre, recita *El lobo y el carnero*, y el texto de La Fontaine se desliza con loca rapidez como el hilo de una máquina de vapor:

«Siempre es la mejor la razón del más fuerte. Vamos á demostrarlo. Un cordero apagaba la sed en la corriente de una onda pura...»

De repente el alumno Godard se turba, titubea: la máquina está mal ensebada, ó hay algún cuerpo extraño que obstruye su marcha.

«En la corriente de una onda pura... en la corriente de una onda pura...»

Luego se calla bruscamente: la máquina se ha parado... El alumno Godard no sabe su lección: es condenado á no moverse de debajo del plátano en la hora de asueto.

Después del alumno Godard, le toca el turno al alumno Grosdidier, y luego al alumno Blanc, al alumno Moreau (Gustavo), al alumno Moreau (Ernesto), al alumno Malapert, y á otro y otro y otro; y todos recitan maquinalmente con la misma volubilidad, con la misma voz de falsete la cruel y admirable fábula: lo cual es pesado y monótono como una lluvia fina y persistente. Todos los alumnos de la «novena preparatoria» quedarán disgustados para quince años, por lo menos, del más exquisito de los poetas franceses.

Amadeíto tiene ganas de llorar: oye con una estupefacción mezclada de espanto á los escolares.

¡Pensar que mañana él tendrá que hacer otro tanto! Nunca podrá. M. Tavernier también le preocupa mucho. Negligentemente sentado en su silla el apergaminado bachiller, que no carece de pretensiones, á pesar de su levita raída, se lima cuidadosamente las uñas, y sólo abre la boca de vez en cuando para proferir una amenaza ó imponer un castigo.

¿Y esto es la escuela? Amadeo recuerda las agradables lecciones de lectura que le daba la mayor de las niñas Gerard, la buena Luisa, tan juiciosa y seria á los diez años, cuando le enseñaba las letras de un alfabeto con figuras, con tanta paciencia y dulzura, señalándoselas con la punta de una aguja de hacer calceta. El niño, penetrado desde un principio del abrumador fastidio escolar, mira hacia afuera, por detrás de las vidrieras por donde entra la luz, y ve moverse, sin ruido, las largas hojas dentadas del plátano melancólico.

(Continuará.)



SECCIÓN CIENTÍFICA

EL HIERRO Y EL CARBÓN

Los grandes señores, los poderosos de la tierra, tienen *muchos nombres* y de ellos hacen ostentación: parece que multiplicar nombres, títulos y apellidos es multiplicar el ser ó por lo menos ensancharlo: natural aspiración del *ser finito*, que quisiera no serlo y se esponja á su manera.

Pero el siglo *diez y nueve* es un gran señor entre todos los de la serie: un poderoso de los tiempos; y he aquí por qué, ya que no él mismo, que es modestísimo, sus admiradores al menos le dan muchos nombres.

Siglo de las luces se le llamó hace años, y bien llamado estaba. El ha iluminado con los resplandores de la ciencia los más obscuros senos de la materia, los más remotos horizontes del espacio planetario; él inundó con torrentes de *gas inflamado* las calles y las plazas de las grandes ciudades, los teatros y los circos, las fiestas y los espectáculos públicos de toda clase. No faltó algún poeta, y de los más insignes, que jugando en cierto modo del vocablo, tentación á que no resiste ningún hombre de letras, en vez de llamarle siglo de las luces, le llamó siglo de *los fósforos;* chiste que es, sin que el autor lo sospeche, un gran elogio, porque el fósforo es con toda su modestia democrática un gran triunfo de la época moderna y algún día cantaré yo sus alabanzas.

Siglo de la electricidad se le llama también, y no hay título más glorioso ni hay príncipe alemán que ostente otro más sublime por muy cargado de consonantes sencillas y dobles que se nos presente. La electricidad lleva el pensamiento de uno á otro mundo por los abismos del mar, sin que vegetaciones ni monstruos marinos, ni gigantescas corrientes de agua salada sospechen que el verbo humano se desliza con velocidad infinita casi por aquel cable, que conchas incrustan, tentáculos palpan y hierbas oceánicas acarician. La electricidad en su palpitación de corrientes sucesivas lleva también la palabra y el canto á kilómetros de distancia, haciéndonos oir la voz lejana del sér querido ó del amigo ausente; que prodigio semejante parecía imposible á nuestros más ambiciosos deseos, hasta que apareció el teléfono, complemento del telégrafo. La electricidad transporta la fuerza, por medio de dos dinamos combinados, á grandes distancias; hoy, recogiéndola de la solitaria catarata que se precipita en el seno de salvaje montaña, bien pronto acaso recogiéndola de la lumbre solar, de la palpitación de la marea, ó del ondular de la ola. La electricidad con la luz de incandescencia de Edisson ó con el arco voltaico obscurece y avergüenza al mechero de gas y da la luz del día en plena noche. Y así viene á ser algo como el espíritu etéreo del siglo diez y nueve, que vuela por el espacio, llevando consigo el pensamiento, la palabra, la nota musical, quizá la imagen, la luz y la fuerza. Bien llamado está *el siglo de la electricidad;* que no hay título de grandeza que mejor le cuadre.

Siglo del vapor, se dijo, y se dice también, que es este que antes llamábamos de la luz y de la electricidad.

¿Y cómo negarle el derecho de alardear con tan preclaro nombre? La locomotora cruza por todas partes, despertando con sus resoplidos los ecos de todas las montañas de uno y otro continente y amenazando con su invasor empuje las arenas de todos los desiertos. La máquina fija crea la industria moderna, inundando de productos los mercados y bajando los precios para llegar á todas las clases; que si la inundación que sube es grandiosa y llega á las nieves de los gigantescos picachos, la inundación que desciende y se dilata lleva como la del Nilo la vida y la fecundidad á las bajas tierras. La máquina marina se mete por entre las olas y pone Nueva York á cinco días, y aun dicen que á tres días, de Inglaterra, como si un dios hubiese echado titánico cable entre el viejo y el nuevo mundo, y tirando de uno y otro cual de inmensos bajeles, los hubiera acercado, poniéndolos hoy al habla, mañana al abordaje de la fraternidad universal.

Todo esto se ha dicho de nuestro siglo y todos estos nombres se le han dado.

Sin embargo, aun le llamaría yo de otro modo: aun diría que nuestro siglo es el siglo *del hierro* y el siglo *del carbón.*

¡Hierro y carbón! Yo sé bien que *la luz*, que *la electricidad*, que *el vapor*, son nombres más sonoros. El hierro... ¡qué tosco! El carbón... ¡qué negro!

Pero es el caso que el hierro y el carbón son la base de todas aquellas maravillas.

Sin hierro no hay vías férreas por donde las locomotoras y los trenes circulen; ni puentes colosales de 100 metros, de 200, de 400 como el que está cerca de Nueva York, de más de medio kilómetro, sin apoyo intermedio, como el que está terminándose en Forth y será bien pronto el asombro del mundo.

Sin el hierro no habría cárcel para el vapor, ni locomotoras, ni máquinas fijas, ni máquinas marinas, ni herrajes, ni plataformas, ni tirantes, ni las mil y mil fibras de la industria, ni sus mil maravillosos útiles. El mundo del trabajo es un tejido estupendo de metal: es plancha en la caldera de vapor, es palastro en el puente titánico, es hilo en el telégrafo y en el teléfono, es maravilloso calado en la torre de Eiffel, es músculo colosal en la galería de 100 metros, es barrena, cuchilla, cepillo, garfio, maza en las máquinas trabajadoras, que hoy suplen con su organismo férreo al organismo humano.

Suprimid el hierro y suprimís la electricidad dinámica ó la hacéis imposible por lo costosa, porque suprimís á la vez la dinamo: ni luz eléctrica, ni transporte de fuerza, ni todo un porvenir de asombros y prodigios.

Suprimid el hierro y desaparece el colosal steamer para dejar su puesto á la mezquina fragata de madera, monstruo para nosotros casi antidiluviano con ser de principios del siglo.

Suprimid el hierro y la humanidad retrocede 100 años, que es como retroceder mil y volver á la piedra, á la madera y á la miserable barra metálica cuando más.

Por algo un insigne escritor ha publicado recientemente un libro en el que da al siglo XIX el nombre del *siglo del hierro.* Por algo he escogido para una parte del epígrafe de este artículo el mismo nombre.

Pero el hierro es el nervio y es el músculo, *no es la fuerza:* la contiene, la gobierna, la dirige, la resiste; él por sí no la crea, cuando más la sirve de cauce.

La fuerza por excelencia del siglo XIX es la que engendra la combustión del carbón de piedra. Ahí está la fuente y el origen de las grandes energías, de las inmensas potencias de que dispone la industria moderna.

Por él, por el diamante negro, por ese terrón sucio y tosco, es todo lo que es la vida del trabajo.

Sin el carbón no hay vías férreas, ni máquinas fijas, ni colosos marinos. ¿Para qué sirve ya el hierro? Allá pueden quedarse barras carriles, frías locomotoras é inmóviles artefactos.

Es verdad que queda la leña y que queda el petróleo; pero con petróleo y leña no más, la industria de los transportes y todas las industrias no serían más que remedos insignificantes de lo que hoy son, sin contar con que en la leña y el petróleo, el carbón es el elemento más importante.

Pero es que sin carbón de piedra la industria del hierro ó desaparece ó se convierte en un pobre pigmeo: ni altos hornos ni grandes forjas: suprimir el carbón mineral es suprimir á la vez todas ó casi todas las masas férreas.

Y además, no sólo el carbón engendra el vapor de agua, no sólo es necesario para fabricar el hierro, sino que al fin y al cabo la electricidad dinámica, si no en todos los casos, en la mayor parte de ellos, está engendrada por una máquina de vapor.

De manera que con él suben ó con él se precipitan todas las grandes potencias industriales del mundo moderno.

Por eso sostenemos que entre todos los grandes títulos de que puede hacer alarde nuestro siglo, y entre todos los nombres que se le pueden dar, los más fundamentales, los más sólidos, los más gloriosos son estos dos: siglo del *hierro* y siglo del *carbón.*

Del hierro y del carbón proceden todas nuestras grandezas materiales: el carbón al quemarse engendra la fuerza: el hierro da la fibra, el músculo y el nervio.



Fig. 1. – *El Tacoma.* Casa de negocios en Chicago. (De una fotografía.)

El mundo moderno es un Titán con carne metálica, pulmones de carbón de piedra y lleva en su cerebro en ondas de luz toda la ciencia acumulada durante centenares de siglos.

¡Pero una duda terrible nos asalta! Somos lo que somos en el orden material, y en todo lo que con él se relaciona, por el carbón de piedra y por la fibra metálica; pero ¿el carbón y el hierro son infinitos?, ¿no acabarán nunca?; y si acaban, ¿qué será de nuestras grandezas, de nuestros adelantos, de todo nuestra civilización?

La duda es, por desgracia, fundada: podrán no faltarnos ni á nosotros ni á nuestros hijos estos dos elementos esencialísimos: podrán tener los grandes almacenes geológicos del planeta combustible y metal bastante para dos ó tres generaciones; pero dada la progresión creciente del consumo, antes de 200 años escasearán, y antes de otros 200 darán fin minas, galerías y filones. ¿Y entonces? Para entonces algo deberá pensarse, y ya se va pensando en ello.

¿Cómo se suplirá el carbón? ¿Con qué se suplirá el hierro?



Fig. 2. – *State Street*, en Chicago. (De una fotografía.)

El lector que quiera saberlo, será preciso que satisfaga su curiosidad estudiando el progreso de los procedimientos industriales, ó esperando otro artículo sobre tan interesante materia, que quizá escriba alguna vez el autor de este.

JOSÉ ECHEGARAY

***

LA CIUDAD DE CHICAGO

La colonización de Chicago no comenzó propiamente hasta el año 1830 ó 1831, siendo tan lentos sus primeros progresos que, á los diez años, apenas contaba tres ó cuatro mil habitantes; pero gracias al vapor y á la electricidad tomó luego rápido vuelo, hasta que en 1871 un horroroso incendio vino á destruirla casi por completo. Ese desastre, sin embargo, lejos de anonadar á los ciudadanos de Chicago puso de relieve su espíritu emprendedor y les movió á reconstruir la villa según los principios científicos. En primer lugar dieron á las calles una anchura bastante para que las más pequeñas parezcan verdaderos bulevares y permitan fácilmente sentar dos líneas paralelas de rieles: los callejones son allí desconocidos. Como ejemplo de una de estas calles, y no de las más anchas, reproducimos una vista de la *State Street* (figura 2).

Circulan por estas vías numerosos tranvías y ferrocarriles, á los cuales se les ha obligado recientemente á no andar con una velocidad mayor de 16 kilómetros por hora: ocioso es consignar, después de citar esta cifra, que están movidos por vapor ó por electricidad.

Una de las curiosidades de la ciudad es la estación central, adonde van á parar, no sólo todas las vías urbanas, sino tambien las grandes líneas que ponen en comunicación directa las partes vitales de los Estados Unidos y del Canadá.

Imposible sería citar en los dos hemisferios otra ciudad importante que conceda á los sitios de circulación, paseos, estaciones de ferro-carriles, etcétera, más amplios espacios que Chicago, que se ha conquistado con ello el título de *ciudad de los Jardines*.

Los arquitectos han salvado el inconveniente de la gran diseminación de viviendas aumentando en proporciones prodigiosas el número de pisos en las casas. Gracias al empleo de medios destinados á hacer inútil el uso de las escaleras y á la resistencia de los materiales de construcción se han podido obtener alturas increíbles. La Babel que reproducimos (fig. 1) y que lleva el nombre de *Tacoma*, está totalmente ocupada por oficinas y despachos de industriales, ingenieros, abogados y políticos, y en ella tienen su representación todas las opiniones, todos los oficios y todas las razas humanas. Los inquilinos se comunican entre sí y con la calle por medio de ascensores y teléfonos, gracias á los cuales el vecino del piso duodécimo está tan cerca del suelo como el del principal.

Como en todas las grandes ciudades americanas, las calles se cortan unas á otras en ángulos rectos, de suerte que el plano de Chicago parece un tablero de ajedrez. Esta monotonía, sin embargo, queda rota por anchas vías transversales plantadas de árboles, á las que se da el nombre de avenidas, por dos brazos del río de Chicago, y también por los parques contruídos en diversos puntos de la población, que permiten á los vecinos de todos los barrios pasear por grandes espacios y frondosas arboledas sin alejarse mucho de sus domicilios. El agua es profusamente distribuída á todos los habitantes, y á fin de que siempre sea pura sin necesidad de filtrarla, los ingenieros han recurrido á un procedimiento original que demuestra bien su espíritu eminentemente práctico, construyendo debajo del lago dos túneles, de 1'50 y 2'10 metros de diámetro respectivamente, que desembocan á 3.200 metros de las orillas de aquél. Las máquinas de vapor tienen potencia bastante para suministrar 6.750.000 hectolitros en veinticuatro horas, cantidad que no se ha considerado suficiente, puesto que recientemente se han establecido otras estaciones y que el Consejo municipal ha acordado construir un túnel más largo y más ancho que los otros dos, que tendrá 2'40 metros de diámetro é irá á parar á 7.400 metros de la playa. El agua es elevada á una altura suficiente para que pueda llegar al último piso de las casas parecidas al Tacoma.

Entre las industrias locales que más llaman la atención merece citarse la telegrafía y la fabricación de máquinas agrícolas. Finalmente, creemos no deber pasar por alto que se ha organizado una compañía para transportar á Chicago el gas natural que se recoge á 80 kilómetros de distancia, habiéndose calculado que puede recogerse el fluido necesario para servir de combustible á todas las fábricas establecidas en la parte meridional de la ciudad, en la orilla del río Calumet.

***

FÍSICA SIN APARATOS

LA REFRACCIÓN Y DISPERSIÓN DE LA LUZ

Un vaso lleno en una tercera parte de agua y mantenido en posición inclinada, constituye un prisma que permite observar estos fenómenos. Si se opera á la luz del sol, se coloca el vaso en plena luz sobre un papel blanco, se le inclina de modo que su eje resulte paralelo á los rayos solares, y se le cubre luego con un cartón provisto de un agujero estrecho que dibuja en el papel una imagen muy clara. Moviendo ese cartón de modo que el agujero se proyecte sobre el líquido, desaparece la imagen, pero más cerca del vaso se ve otra colorada, que es el espectro solar con todos sus colores muy visibles: ha habido, pues, desviación y dispersión de los rayos luminosos.



Experimento acerca de la refracción de la luz por medio de un prisma obtenido con un vaso de agua

Para comparar mejor la posición de las dos imágenes se practica en el cartón otro agujero, en el mismo nivel que el primero, que proyectándose fuera del vaso produce una imagen que sirve de punto de comparación.

Si se dispone de una cámara obscura en donde penetre un haz de luz solar, el experimento, que se hará de la misma manera, dejará ver, además, gracias á la iluminación de las partículas en suspensión en el aire y en el agua, los dos haces incidente y refractado, pudiendo distinguirse claramente el cambio de dirección que se produce al penetrar el haz luminoso en el líquido y la coloración espectral del haz refractado.

(De *La Nature*)

NUESTROS GRABADOS

CRISTÓBAL COLÓN

ANTE LA CORTE DE ISABEL LA CATÓLICA

cuadro de Brozik, grabado por Baude

¿A qué describir el grandioso asunto que tan magistralmente ha pintado Brozik? ¿Quién no conoce la historia del más colosal de los descubrimientos? ¿Habrá alguien que ignore la serie de desengaños y amarguras por que hubo de pasar el inmortal genovés antes de que para gloria de nuestra España le condujera el destino á la presencia de los Reyes Católicos? Acababan éstos de rendir el último baluarte de la media luna en el territorio español, cuando Cristóbal Colón pudo recabar de los magnánimos monarcas los auxilios que con tanta insistencia mendigaba aquel que poco después había de regalar un nuevo mundo al mundo viejo, que le había calificado de loco y visionario.

Tal es la escena que representa el cuadro que reproducimos Delante de los soberanos que escuchan con marcadísimo interés sus inspiradas evocaciones, en medio de consejeros y cortesanos en cuyos rostros se expresan los más variados sentimientos, desde la fe ardiente hasta la duda y la burla, yérguese altiva la hermosa figura del egregio marino, en cuya frente resplandece la serenidad del genio y de cuyos ojos brota la chispa del convencimiento más profundo. Su brazo extendido señala el punto imaginario en donde pocos meses más tarde tremolaba triunfante el pendón de Castilla.

El artista que tan bien ha sabido expresar lo que piensan y sienten los personajes de su lienzo, no ha demostrado menos talento al agruparlos con habilidad suma y al trazar el lugar de la escena; resultando el cuadro un conjunto lleno de animación y vida con detalles de primer orden, como las figuras de Colón y de doña Isabel y algunas testas de los nobles varones que se sientan en torno del grupo principal.

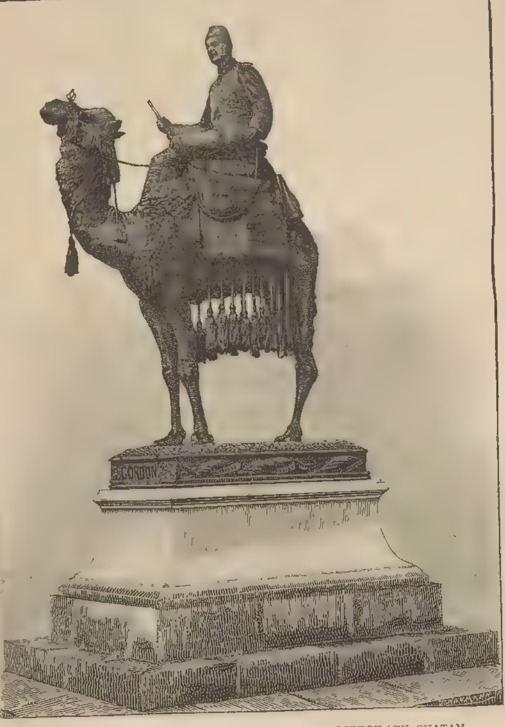
MONUMENTO

ERIGIDO EN HONOR DEL GENERAL GORDON EN CHATAM

Uno de los más tristes episodios de la guerra de los mahdistas sudaneses contra el Egipto fué el asesinato del intrépido general inglés, á la sazón gobernador del Sudán, Carlos Jorge Gordon, acaecido en 1885 cuando las tropas del Mahdi penetraron, tras un largo asedio, en la importante ciudad de Jartum.

Los ingleses, queriendo honrar la memoria de aquel héroe que halló trágica muerte en las abrasadoras regiones africanas, han erigido en Chatam el sencillo monumento que reproducimos y en el cual se representa al general Gordon vestido con el uniforme de general egipcio y montado en un camello.

Este monumento, costeado por los ingenieros reales, por los artilleros reales y por los ingenieros voluntarios, sin más inscripción que el nombre de Gordon, fué inaugurado el día 19 de mayo último por S. A. el príncipe de Gales que, vestido de gran uniforme y rodeado de un brillante estado mayor, pronunció sentidas frases manifestando su sincera admiración hacia el malogrado general y descorrió el velo que cubría la estatua mientras una banda militar ejecutaba el himno *For ever with the Lord*, que era el himno favorito de Gordon.



MONUMENTO ERIGIDO EN HONOR DEL GENERAL GORDON, EN CHATAM
Inaugurado por el príncipe de Gales en 19 de mayo

LIBROS PRESENTADOS Á ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

CONFERENCIAS DADAS EN EL ATENEO BARCELONÉS RELATIVAS Á LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE BARCELONA. – Con muy buen acuerdo y respondiendo perfectamente á la noble misión que desde su creación se impuso, concibió el Ateneo Barcelonés la acertada idea de organizar una serie de conferencias en la cual se hiciese un examen crítico de la primera Exposición Universal española.

Distinguidos hombres de ciencia, reputados literatos, laureados artistas, conocidos comerciantes é inteligentes industriales, respondiendo al llamamiento que aquella Sociedad hiciera, dieron lectura á notables trabajos, en los cuales se analizó imparcial y concienzudamente el gran certamen en sus distintos aspectos, resultando del conjunto de todos ellos un estudio completo de la Exposición en extremo interesante, ameno y variado.

Estas conferencias en número de veintiséis han sido coleccionadas é impresas en un elegante tomo de unas 750 páginas por el Ateneo Barcelonés, que con su conducta digna de aplauso ha merecido bien de Barcelona y de cuantos se interesan por las manifestaciones del humano espíritu.

RETAZOS CIENTÍFICOS Y CABOS SUELTOS, por D. Pedro Gascón de Gotor.—El *Diario Mercantil de Zaragoza* ha coleccionado con este título varios trabajos del joven escritor aragonés. Entre ellos descuella una interesante y detallada historia de la Fotografía, á la que siguen otros artículos científicos y literarios que demuestran felices disposiciones en su autor para el cultivo de la ciencia y de las bellas letras.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

AÑO IX — BARCELONA 14 DE JULIO DE 1890 — NÚM. 446

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



ALEGORÍA DEL CANDOR Y DE LA INOCENCIA

Obra del famoso escultor español Alonso Cano; propiedad de D. Eduardo Vilches, de Lorca

SUMARIO

EL HALCÓN DE CAZA

POR EL DR. BREHM (1)

Gratos tiempos aquellos en que nobles caballeros y hermosas damas abandonaban sus señoriales castillos montados en briosos corceles y llevando sobre la enguantada mano la más gentil de todas las aves de rapiña, el blanco halcón de caza, que á la vista de su



EL HALCÓN COMÚN

dueño cazaba ó derribaba á la picuda grulla, á la traidora garza, á la pesada avutarda, al ganso volador ó al ánade silvestre. ¡Cuán de prisa despojaba la noble dama á su halcón predilecto del adornado *capirote* y le soltaba las *pihuelas* de sus *manos* de cascabeles guarnecidas! Y cuando los pajes levantaban del espeso cañaveral la erguida garza, ¡con qué velocidad se remontaba el alado cazador hasta perderse de vista para luego caer como animada flecha sobre su presa! ¡cómo clavaba en ésta sus afiladas garras y después de ahogarla corría á depositarla á los pies de su dueña!

No era el afán por llevar á la mesa algún manjar sabroso el que tales cacerías fomentaba; era simplemente el entusiasmo que despertaban estos espectáculos excitantes, únicos en su clase para los aficionados verdaderos. Y en verdad, quien conozca lo que es la caza con halcón, comprenderá fácilmente que contara ese ejercicio tan apasionados adeptos, así entre los hijos de los abrasadores desiertos africanos, como entre los graves habitantes de las heladas costas del Norte. Igual pasión sentía por ella el beduino salvaje, que el civilizado europeo. En nuestro continente la cetrería se ejercitaba desde Gibraltar hasta Hammerfest, desde las bocas del Tajo hasta la desembocadura del Volga. Los más ilustres soberanos y magnates teníanla en grande estima. Carlomagno prohibió esa diversión á todos sus súbditos que no disfrutasen de especial privilegio, Federico I de Alemania no se desdeñaba de amaestrar halcones y Federico II fué uno de los más diestros halconeros de su época y escribió un tratado de cetrería, que, aumentado con apuntes de su hijo, el rey Manfredo, tiene todavía gran interés para nosotros. No faltaron en España tampoco elevados personajes que se dedicaron á estudiar los halcones de caza, existiendo del siglo XIV dos manuscritos, que no sólo pueden competir sino que aventajan á aquel tratado imperial. Es el uno, el más notable, el «*Libro de la caza de las aves et de sus plumages, et dolencias et melecinamientos, del Canciller Pero López de Ayala;*» titúlase el otro: «*Libro de la caza, del príncipe Don Juan Manuel, Adelantado mayor de la frontera et del reyno de Murcia, que fabla de las naturas de los falcones; de commo se deben conoscer por talle, et por faciones, et por plumage et por empennolamiento; de commo se deben amansar et criar, et facer sennaleros, garceros, etc. De las purgas et melecinas; de qué cazas há et qué lugares, etc., etc.* (2).»

Los cruzados llevaron consigo sus halcones á Palestina; los emperadores y príncipes alemanes impusieron como tributo á los conventos y ciudades el deber de alimentar cierto número de estos alados cazadores, y el emperador Carlos V dió en feudo á los caballeros de la Orden de San Juan la isla de Malta bajo la condición de que habían de entregarle cada año un halcón blanco bien amaestrado. Los sacerdotes italianos se dieron tan apasionadamente á la caza con halcón, que descuidaban por ella sus feligresías, razón por la cual sus superiores veíanse precisados á prohibirles tal entretenimiento. Los barones ingleses reclamaban el derecho de colocar sus halcones sobre el altar mientras se celebraban los divinos oficios. Francisco I de Francia tenía su halconero mayor, que era jefe de quince nobles y de cincuenta halconeros encargados del cuidado y enseñanza de los 300 halcones reales, mínimum de los que el monarca sostenía. El gran maestro de la orden teutónica, Conrado de Jungingero, instalaba al lado del convento de dicha orden una escuela de cetrería, y Eduardo II de Inglaterra castigaba con pena de muerte al que robaba un azor y con un año y un día de cárcel al que cogía un huevo del nido de esa ave de rapiña.

Por un halcón bien amaestrado se llegaban á pagar 800 y hasta 1.000 florines de oro, equivalentes hoy por lo menos á 10.000 y 12.500 pesetas. No menos estimados entonces eran los halconeros: la enseñanza de los halcones se consideraba como arte noble, que daba mucha honra y provecho no escaso. Los aficionados usaban una jerga especial para hablar de asuntos atañentes á la cetrería. Los halconeros, sin excepción alguna, venían obligados á tener exacto conocimiento de las diferentes especies de aves confiadas á su cuidado, para saber desde luego cuál de ellas era más conveniente para una ú otra caza; debían, además, dominar los distintos sistemas de coger halcones y de cuidarlos, domesticarlos y amaestrarlos, así como la manera de adiestrar á los perros que para tales cacerías se empleaban. Habían de ser, en fin, hombres ágiles, aptos para toda suerte de ejercicios corporales y dotados de excelente vista, fino oído, gran perseverancia y no menos paciencia para educar y ensayar á sus *pupilos*. Determinadas escuelas de cetrería gozaban en aquella sazón de gran fama, ni más ni menos que ciertas universidades de nuestros tiempos, y los *discípulos* que de tales *institutos* salían con *buena nota* eran sumamente solicitados. Teníase en Alemania por primera en su clase la escuela de Falkenwerth, cuyos actuales habitantes conservan todavía un resto de la antigua gloria, dedicándose algunos de ellos á la captura y adiestramiento de los halcones.

Varias eran las especies de halcones que para la caza se utilizaban. Llamábanse, según el príncipe don Juan Manuel: gerifaltes, sacres, neblis, boharis y bornís; y, al decir del canciller Ayala: neblis, boharis, gerifaltes, sacres, bornís, alfanaques y tagarotes, apreciándose cada especie según la estima en que eran tenidos sus individuos. Pero no eran solamente los *gentiles* halcones los que á la caza se dedicaban, sino que con ellos compartían este ejercicio el azor, e-gavilán y otras aves de rapiña.

El halcón más noble es indudablemente el gran halcón blanco de Islandia (*Falco Islandicus*, Linneo. *Hierofalco Islandicus*, Cuvier. Gerifalte). De la misma familia y no menos apreciados que ésta eran las otras dos especies: el halcón blanco de Groenlandia (*Hierofalco groenlandicus*, Brehm) y el gerifalte propiamente dicho (*Hierofalco gyrfalco*, Brehm), que es el sacre de los halconeros españoles

Del halcón neblí, que es nuestro *Falco peregrinus*, dice López de Ayala: «Et los falcones neblís en todas las tierras son llamados gentiles, que quiere decir fijosdalgo, et en Castilla et en Portugal son llamados neblís, pero al comienzo fueron llamados nebis et por tiempo corrompióse este vocablo et dícenlos neblís. Et en Aragón et en Cataluña llámanlos peregrinos et romeros, que andan por todas las tierras et por todo el mundo, que así son los falcones gentiles ó neblís que todo el mundo andan et traviesan con el su volar, partiendo de la tierra donde nacieron.»

Al «falcón neblí» seguía en estimación el falcón borní ó alfanaque, nuestro *Falco lanarius*, del cual dice Ayala: «et en todas las tierras, salvo en España, son llamados *laneros*.» El «falcón boharí ó tagarote» era de la familia de los halcones peregrinos, nombre con que probablemente se designaba á las tres especies, que hoy denominamos *Falco cervicalis* (*F. barbarus* de Lineo), *Falco biarmicus* y *Falco tanypterus*.

Aunque el canciller Ayala pone en primer lugar al halcón peregrino ó neblí, no podemos conformarnos con esta clasificación, pues el rey de toda la familia es, no sólo por su mayor tamaño, sino por su mayor nobleza y hermosura, el halcón blanco de Islanda. Su redondo y dilatado pecho está cubierto de largas plumas blancas como la nieve, sus hombros son anchos y sus alas grandes y puntiagudas, lo mismo que su cola, que termina en forma de cuña. Su fuerte pico de color amarillo está armado de dos dientes, sus piernas son gruesas y cortas, sus dedos largos y sus garras afiladas como alfileres. El gerifalte blanco mide de 25 á 28 pulgadas (3) de largo y hasta 5 pies de punta á punta de las alas; cuando joven, su plumaje es bastante pardo, hasta obscuro, con un tinte amarillento en el pecho, pero con los años ese color se transforma, y cuanto más avanza en edad el halcón, tanto más blanco aparece hasta llegar á ser ó blanco del todo ó con sólo unas cuantas pintas negras en la espalda.

Como su nombre, *Falco islandicus*, lo indica, el gerifalte habita el alto Norte de Europa, Asia y America; Islanda, Laponia y Groenlandia. Allí cría en las peñas de las montañas, desde donde desciende á la llanura en busca de alimento, haciendo al efecto presa en las liebres blancas, zorras boreales, perdices de nieve (*Tetrao lagopus*), ánades, gansos, ocas, etcétera, etc. Muy raras veces, sólo en inviernos muy crudos, emigra algún halcón blanco llegando hasta las provincias meridionales de Suecia ó septentrionales de Alemania: su patria es la zona glacial del Norte.

Cada halcón de los llamados «gentiles» es la efigie de la nobleza; el halcón blanco de caza ocupa el primer lugar entre todos: su domicilio es el espacio ilimitado, la caza su alegría, su vida constituye una lucha continua y sin embargo está llena de atractivos. Es el terror de todas las aves más débiles, se estima igual al águila más poderosa y fuera del hombre no reconoce ni teme á ningún enemigo. Las altas montañas le sirven de albergue; las puntas cortadas de inaccesibles riscos, de atalaya. Cruza por las llanuras con la velocidad del huracán, y como veloz saeta remóntase hasta perderse entre las nubes, para desde esa altura dejarse caer como el rayo sobre la desgraciada presa con rapidez tal, que el ojo del hombre apenas puede seguirle en su vertiginosa carrera. El halcón de caza, naturalmente fuerte, atrevido, ágil y sufrido, es, sin embargo, tan dócil y tan fácil de domesticar, que en breve tiempo se sujeta por completo al hombre, que le educa, causando admiración ver cómo trabaja un halcón bien amaestrado. El que indómito surcaba la inmensidad del espacio, deja la mano de su señor para lanzarse sobre la presa, que éste le señala y que él se encarga de deribar y de traer á los pies de su amo, recibiendo con cariñoso agradecimiento el pedazo de carne, con que se recompensa su trabajo. Sólo un animal noble se deja educar

(1) Este artículo y otros varios también de Historia natural que iremos publicando han sido escritos expresamente para la ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA.

(2) Ambos manuscritos son sumamente curiosos y fueron publicados por don José Gutiérrez de la Vega en su *Biblioteca Venatoria*.

(3) Medida de París que usaban hasta hace muy poco los ornitólogos.

de tal manera, que pueda servir de fiel ayuda al hombre.

El halcón silvestre se alimenta únicamente de la caza, que apresa entre los mamíferos y las aves, especialmente entre éstas; los individuos de la familia *Gallináceá* y las palomas de todas clases son para él verdaderas golosinas y en él tienen las liebres un enemigo terrible. Cuando ha descubierto una víctima, difícilmente escapa ésta á sus garras, y el único refugio que le queda, es sumergirse á bastante profundidad en el agua, como suelen hacerlo las aves acuáticas en cuanto ven venir sobre ellas á su más inexorable exterminador, ó esconderse en una cueva hasta que cesa el peligro. El halcón no gusta de arrojarse sobre bandadas cerradas, pero ¡ay del ave que se separa de sus compañeras!; está perdida sin remedio. El halcón persigue á las aves domésticas hasta cerca de las casas, á las acuáticas hasta el mar y á las montaraces por montes, valles y selvas. Cuando en dirección recta cruza el espacio, atravesando largos trechos, ningún ser escapa á su vista perspicaz, y en cuanto la víctima por él elegida se pone en movimiento, se tira sobre ella con las garras abiertas para clavarlas en su cuerpo. Ni el cuervo, con ser tan listo y tan fuerte, se ve libre de sus ataques, resultando siempre vencido. El halcón blanco acabaría con las aves del Norte, si el número de éstas no fuera tan considerable, que por muchas que aquél necesite para su alimento apenas se aclaran sus filas. Para hacer sus nidos escoge uno de aquellos riscos de la escabrosa costa, que más tarde pueblan millares de parejas de aves acuáticas, que crían en sus huecos y grietas. Allí, en medio de esta colonia se establece el rapaz salteador.

Los antiguos halconeros estaban mejor enterados, que nosotros acerca de cuanto se refiere al nido del halcón de caza. El naturalista Faber ha sido el primero, que nos ha dado la siguiente noticia: «Un solo nido del halcón blanco encontré el 6 de julio de 1821 en la costa Suroeste de Islandia. Estaba construído en la parte alta de un inaccesible risco á medio kilómetro del mar y era bastante grande, pero aplanado. Dos pollos ya para volar estaban sentados cerca, y un tercero dentro del nido. Cuando los padres me vieron acercarme á sus hijos, venían dando rabiosos graznidos y revoloteando por encima de mi cabeza sin atacarme, pero tan cerca, que los maté de un tiro. Habían provisto bien su cría, pues se encontraban al lado de los dos pollos que estaban fuera, igual que en el nido mismo, gaviotas, alcas y urias muertas.»

El halcón islándico hace su nido de palos formándolo con tallitos secos y delgados, y pone á últimos de mayo ó á principio de junio tres ó cuatro huevos de gruesa y reluciente cáscara, mayores y más redondos que los de gallina y de color rojizo, con pequeñas manchas obscuras, que forman un bonito dibujo.

En épocas anteriores salieron anualmente varios buques de Dinamarca para Islandia y otros países árticos en busca de halcones, y aun á principios de este siglo mandó el gobierno dinamarqués lo menos una nave á aquella isla, para traer de allí cierto número de estas tan apreciadas aves de rapiña, á fin de regalárselas á los príncipes de Berbería. Dinamarqueses é islandeses recuerdan todavía tales usos, y aun hoy día lleva cada buque que sale de Reykiavik para Copenhague algunos halcones de caza.

Para amaestrar á los halcones son preferidos los que se sacan del nido cuando pollos ó, á lo sumo, de un año de edad. No poco trabajo le cuesta al halconero hacer de un halcón silvestre un cazador manso y amaestrado: este resultado sólo se obtiene á fuerza de desvelo y de hambre por parte del discípulo, pero todos los medios que para lograrlo se empleen han de ser aplicados con gran cuidado y perfecto conocimiento por el maestro.

Lo primero que se le pone al prisionero es el «capirote», luego las pihuelas, y por último, en cada pata un cascabel de plata muy sonoro, y una vez adornado de esta suerte se sienta al halcón en un palo y se le deja quieto el primer día. Al segundo se cubre el halconero la mano y el brazo derecho con un fuerte guante de gamuza y encima de éste pone al discípulo, paseándole por espacio de un par de horas por el campo, para acostumbrarle á quedarse sentado sobre la mano. Después se le quita el capirote, y cuando el pájaro no se mueve y permanece quieto, se le habla, pronunciando por lo general nada más que las dos sílabras «yo» «yo». Si se espanta, se le vuelve á cubrir la cabeza y se le pone sobre un travesaño, atándole por los pies al mismo. Luego se le da de comer, hablándole y poniéndole la comida en la mano, pero sin descubrirle la cabeza. Al tercer día se le quita el capirote, se le pone sobre la mano, se le habla con cariño y se le da de comer en esa misma postura un poco de carne de gallina ó de paloma. Si come encima de la mano, se ha adelantado ya bastante; pero si se niega, se le vuelve á cubrir la cabeza con el capirote y de nuevo se le sienta sobre el palo. Hay halcones que pasan cuatro y cinco días con hambre, antes que tomar la comida sobre la mano del halconero; los halcones blancos generalmente la aceptan antes. El terror que inspira al halcón el hombre es la causa de su terquedad. El príncipe D. Juan Manuel dice sobre este particular lo siguiente: «Et todo lo que les dieron á comer debengelo dar poco á poco et muy á menudo, et mostrando la carne cerca del rostro del homme, ca esto les face perder miedo del rostro, que es la cosa del mundo de que ellos más se espantan» Y sobre la manera de amansar los halcones añade el mismo: «Et débenles facer saltar de la una mano á la otra, mostrándolees carne, et de la tierra sobir á la mano, et de la mano á la rodiella et facerle andar á rededor de sí á pos de la carne, dándoles siempre bien de roer et faciéndoles cuanto placer pudieren porque tomen amor et placenteria con los hommes. Otrosí, les deben tirar el suenno en guisa que no duerman cuanto ellos quisieren. Et sennaladamente fasta que sea cerca de media noche no les deben dejar dormir en ninguna manera, nin de hora de matines adelante; mas cuanto de la media noche fasta hora de matines débenles dejar dormir en la mano del homme, ó en vara, ó en ropa ó en piedra, que está cerca del falconero, en guisa que cada que despertare el falconero traya las manos al falcón por los pies et por el cuerpo, et lo despierte, porque entienda que está en poder del homme, etc»

Hasta que el halcón no se haya familiarizado con su maestro el halconero, no debe éste principiar la enseñanza. Esta se verifica de la manera siguiente: después que se haya paseado al halcón un par de horas sin capirote, pero sobre la mano, por el campo, se le vuelve á su casa, poniéndole sobre una vara, pero sin soltar la cuerda larga con que se le tiene atado al guante; luego se le enseña la comida, llamándole é invitándole para que la coja de la mano. Si acude volando, se le da un bocado de carne de gallina, se le vuelve á sentar sobre la vara y se repite el mismo procedimiento desde mayor distancia, hasta que se consiga poco á poco de él que oyéndose llamar venga volando á la mano de su amo. Entonces se repite la misma operación en el campo, atando al discípulo á una cuerda más larga, hasta que éste, desde la distancia de treinta ó cuarenta pasos venga volando á su amo cuando éste le llame. Cada día se alarga más la distancia, hasta que el halcón se haya acostumbrado del todo al halconero y á la manera de recibir su comida. Entonces se le quita la cuerda, dejándole sin pihuela alguna, pero dándole de comer siempre sobre la mano. Luego se le acostumbra á los caballos y á los perros, asunto bastante difícil con algunos halcones perrengues. Su terquedad se les quita por medio del hambre y de desvelo. No se deja dormir al pájaro durante dos días y dos noches seguidos y se le da mientras tanto muy poco alimento.

Para la caza de vuelo alto se enseña al halcón ya domesticado por medio de otro de su clase bien amaestrado; éstos toman sobre sí el perfeccionar á los noveles en ésta, que es la más apreciada tarea de la cetrería. El halconero debe proporcionarse del nido pollos de grulla y de garza, criarlos y domesticarlos, y atados á largas cuerdas, dejarles volar al mismo tiempo que el halcón, hasta que éste por instinto natural se tire sobre ellos y los derribe. Derribada la presa, se pone al cazador alado el capirote, se le mete en las garras una gallina y se le da de comer un muslo de otra, para hacerle creer que come la garza cazada por él. El cuello de las garzas domesticadas se cubre con una funda de piel de carnero para protegerle contra las garras del halcón. La enseñanza para el alto vuelo debe verificarse siempre á caballo para que el halconero llegue á tiempo, cuando el halcón ha derribado la grulla ó la garza, de salvar á éstas de una muerte segura.

El príncipe don Juan Manuel dice sobre lo divertido de tales cacerías, lo siguiente: «Que la caza es cosa noble et apuesta et sabrosa. Et en la de los falcones se face más cumplidamente que en la de los azores. Ca los falcones matan la garza después que los azores la dejan, et por esto es más noble, et la manera commo la matan la faz ser muy sabrosa et muy apuesta. Otrosí, matan las ánades, aguándolas muchas vegadas, et montando, et descendiendo et firiendo muchos golpes estrannos et maravillosos; en que los hommes toman muy grant placer. Et porque en todas las cosas en que há placer, cuanto más duran son de mayor placer. Por ende es mayor placer esta caza con falcones que con los azores, et por eso mismo es más apuesta. Et si cazan gruas con los azores, tómanlas muy acerca y muy de rebato. Et con los falcones cazan las gruas de rebato las muchas veces, así que las más vegadas tardan mucho antes que sea muerta Et han los hommes muy grant placer cuando veen que la apartan los falcones entre las otras. Et commo la derriba, et commo la face estar penada, et commo acorren los canes á los falcones por la tomar et por la levantar. Et commo acorren los falconeros et los hommes de caballo et aun los de



EL HALCÓN ENANO

las mulas. Ca muy pocos son los que veen cuando los falcones van con las gruas et la apartan et la derriban. Et veen commo sus companneras vienen acorrer á la derribada. Et entienden el peligro en que los falcones serán si non fueren acorridos, que allá non acorren todos; lo uno por matar la grua, lo al por acorrer los falcones, lo al por el placer que toman de los falcones et de los canes cuando bien se ayudan los unos á los otros. Por ende corren allá todos cuanto pueden et non catan por do van dellos, cahondan et están en grant priesa dellos, caen et vánseles las bestias; los otros corren cuanto pueden. Et así por todas estas cosas es caza muy placentera de veer. Otrosí, cuando los canes llegan á la grua que está derribada, cuanto bien la toman et guardan los falcones que les non facen ningún mal, et es muy maravillosa cosa. Otrosí, porque en afinear los falcones et cazar con ellos ha mester muy mayor maestría que en la caza de los azores. Por todas estas cosas es la caza de los falcones más noble et más sabrosa et más apuesta.»

Hoy día la caza con halcón está muy poco en uso en Europa y sólo se ejerce aún en cuatro puntos de Inglaterra, Francia y Holanda. Otra cosa es en Africa del Norte, en Persia y las estepas de Asia. Allí cada jefe de los beduinos y cada príncipe del desierto tiene aún su halcón de caza. Con él caza hasta al veloz antílope.

El valiente pájaro alcanza en un momento al más ligero de los cuadrúpedos, clava sus afiladas garras en su cara, batiéndole los ojos con las alas y atontándole de tal manera, que el aprisionado se detiene en su rápida carrera, sin saber dónde dirigirse, y da lugar á que los galgos le alcancen y le sujeten.

Los persas cazan á la zorra y hasta al jabalí con halcón, mientras los kirguises de Siberia amaestran al águila real y la aprovechan para apoderarse con su auxilio de la gran oveja silvestre de Asia, el Argali *(Ovis Argali)*, que, dicho sea de paso, es del tamaño de un novillo.

Los orientales aprecian todavía al halcón de caza tanto como en épocas anteriores se le estimaba en Europa. Cualquier jeque del desierto daría una de sus esposas por un buen halcón blanco, mientras no cambiaría fácilmente á uno de éstos por una mujer por hermosa que fuera.

DR. BREHM



GRACIOSILLA

CUENTO DE NAVIDAD

...He aquí lo que el viejo almadreñero de Ronceraies me refirió en su jerga especial, que yo traduzco.

I

...En aquel tiempo, según contaban los abuelos, no había en nuestro país, en los vallecitos de los Vosgos, ni verano ni otoño ni invierno: reinaba una primavera eterna. Como ya comprenderéis, la historia no es de ayer; data de algunos siglos; pues el hecho que voy á relatar ocurrió poco después del famoso Diluvio de que se habla en los breviarios y otros libros piadosos; hay quien calcula que fué antes, aunque no está seguro. Por otra parte, el maestro de escuela pretende que todo ello es una fábula para entretener á los niños; pero ¡bah! ¿Qué sabe él?

Ahora bien: sabréis que en el tiempo de que os hablo existía en el vallecito de Ronceraies un pueblo que desapareció después, y en este pueblo vivía un gallardo joven, un tal Alain, que era muy desgraciado. Y no porque tuviese motivo alguno para estar quejoso de la Providencia, pues no necesitaba trabajar para ganarse el pan cuotidiano, atendido que su padre, de oficio tejedor, tenía numerosos telares, los cuales funcionaban continuamente. Ni tampoco debía quejarse de los hombres, porque todos los vecinos le apreciaban.

Padecía un mal extraño que le hacía languidecer, comunicando á sus ojos triste expresión.

– Es mal de amor, decía el médico, que inútilmente le propinaba drogas y filtros para curarle.

El médico se engañaba: no era mal de amor.

¿Habéis visto el arado que labra la tierra? Pues de igual modo el fastidio trazaba largos surcos en la frente de Alain. El médico perdía los estribos, pero sin que nadie se quejase de ello, porque aquella pobre gente creía de buena fe en la ciencia de su Esculapio.

El padre de Alain se desconsolaba.

– Pero ¿qué tienes, muchacho? preguntábale á menudo.

Y él respondía siempre:

– Nada...

Y este nada es lo que me causa más pena.

– ¿Por qué no te buscas novia? ¿Quieres dulce esposa y alegres niños?

– *Gracias*, contestaba Alain con triste sonrisa.

Y alejábase para ocultarse en un rincón y devorar su fastidio.

– ¿Y por qué no quieres á ninguna de esas jóvenes que están todas deseando agradarte? preguntó otro día el padre.

– Porque no las amo, replicó el jóven, bajando la cabeza.

Entonces se conoció el secreto de su mal. ¡Tenía veinte años y no amaba!

II

Esto no podía durar así.

Cierta mañana, al rayar la aurora, Alain vagaba ya entre las altas hierbas que crecían en la orilla del camino que serpentea en el fondo del vallecito. A derecha é izquierda las pintadas flores exhalaban delicado perfume, ostentando sus ricos matices, que el rocío había engalanado con líquidas perlas. En la espesura oíanse los suaves gorjeos de las alegres avecillas, y la fresca brisa arrastraba consigo los tenues hilos que las arañas habían tejido entre las ramas de los árboles, y las madrugadoras alondras entonaban sus matinales cantos volando ligeras envueltas entre las brumas de la montaña.

Mas aquel que no ama es ciego y sordo.

Alain se mostraba indiferente á todas aquellas hermosas cosas. Cuando no suspiraba bostezaba, y cuando no hacía esto hacía lo otro, diciendo para sí: «Ayer encontré á Gerardo con Dionisia... ¡Los ojos de ambos revelaban la felicidad de los ángeles!... ¡Pero yo me aburro siempre!»

Así entregado á sus reflexiones, llegó al lindero del pinar que se prolongaba por la vertiente de la colina, y al acercarse á ésta parecióle oir un roce entre el follaje, acompañado de golpes de zuecos y de pasos rápidos y ligeros, como los que dan los pequeños pies de las muchachas cuando corren precipitadamente. Levantó la cabeza, y en el mismo instante entreabrióse la espesura y apareció una joven de singular belleza, en cuyas facciones pintábase el espanto; con el cabello en desorden, dirigía á todas partes miradas de terror, gritando con voz ahogada:

– ¡Socorro! ¡Salvadme!

– ¿De quién huís, señorita?, preguntó Alain con sorpresa. ¿Será de algún lobo?

– Peor aún que eso, contestó la joven uniendo las manos; huyo del perverso avaro, que me persigue para abrazarme... ¡Chist, ya viene, escuchad! ¡Ya le oigo! ¡Salvadme!

Al pronunciar estas palabras perdió el conocimiento, y cayó sobre la hierba como muerta de miedo.

Momentos después, Alain oyó otro roce entre el follaje, y después ruido de zuecos y de pasos pesados, como los de los campesinos cuando bailan en círculo, golpeando la tierra con los pies. La espesura se entreabrió de nuevo, y entre ella apareció el viejo avaro. ¡Qué hombre tan repugnante! Algunos hubieran dicho que era el diablo; quizás hubieran acertado; porque ¿no son por ventura hechuras de Satanás todos los que ocultan el oro adquirido á costa del sudor de los pobres?

Alain, al ver aquel hombre que corría sin aliento, blandió su vara, y entonces el viejo huyó. Después, fijándose en la joven, tendida sobre las hierbas, contemplóla un instante conmovido y enternecióse.

– ¡Qué hermosa es!, murmuró.

Y doblando una rodilla para mirar más de cerca, parecióle la joven más hermosa aún; comprendió que la amaba, y regocijóse, batiendo palmas en señal de alegría.

Al oir aquel ruido la bella abrió los ojos, y al verlos Alain pensó que no amaría nunca á ninguna otra mujer.

– Desechad vuestros temores, le dijo, porque ese infame ha huído ya. ¿De dónde venís, señorita?

– De la falda de la colina.

– ¿Queréis volver?

– No, contestó la joven bajando los ojos y algo confusa; porque allí abajo tendría siempre miedo de ese hombre.

– ¿Y cuál es vuestro nombre?

– Me llaman Graciosilla.

– Debía haberlo adivinado solamente al veros, porque sois la más hermosa de todas cuantas mujeres he conocido hasta aquí.

La joven dió gracias por el cumplido, y devolvióle diciendo:

– Sois un gallardo mancebo y un noble corazón.

– ¿Me queréis por esposo?, murmuró Alain tímidamente.

– Mucho me agradaría, y diérame por feliz, porque entonces tendría quien me defendiera contra ese hombre malvado.

– Pues venid conmigo; iremos á ver á mi padre, el tejedor, y le pediré su consentimiento.

Dicho y hecho. Alain, conduciendo á su compañera, volvió á seguir el mismo camino; pero ¡qué hermoso le parecía todo entonces! Las flores, engalanadas de rocío, ostentábanse mucho más bellas á sus ojos; cogió una y ofreciósela á su amada...

– Puesto que os convenís, hijos míos, dijo el padre, dichoso por la felicidad de su hijo, os casaréis. Vamos, Alain, conduce á tu novia al Rastrojo Verde.

Esta era la costumbre en el país. Cuando una joven se comprometía á unirse en matrimonio; conducíanla á un campo circuído de cañas, situado lejos del pueblo, y al que se daba el nombre de Rastrojo Verde. Ahora bien: este campo había obtenido de una hada, en fecha más remota de lo que yo podría recordar, la virtud de instruir á la novia sobre todo lo concerniente á la fidelidad y constancia de la «elegida». Encerrábase allí á la joven que debía permanecer en aquel sitio más ó menos tiempo, siendo su deber absoluto no pensar nunca sino en su prometido.

Por lo demás estaba segura; pues mientras se conformarse con la prescripción, ningún ser humano podía penetrar en aquel recinto: así lo había querido la hada.

Asegurábase, por otra parte, que la menor falta, la menor distracción de la joven se reflejaría en el campo como en un espejo. Transcurrido el tiempo de prueba, si no se producía cambio alguno en el Rastrojo, celebrábanse las bodas.

¿Cuáles serían esos cambios en el caso de que la novia faltara á su promesa en cualquiera cosa que fuese? La gente del país lo ignoraba aún, pues hasta entonces ninguna novia había sido acusada, y de consiguiente, jamás el campo presentó nada anormal.

Obedeciendo á la costumbre, Alain condujo á su prometida al Rastrojo Verde, llevándola de la mano, y al despedirse besóla en la frente:

– ¡Hasta muy pronto!, la dijo.

Y se alejó; y transcurrieron algunos días.

III

Con razón dicen que no hay hombre más perverso en la tierra que el viejo que intenta pecar. El avaro, poseído de cólera, había jurado vengarse, y buscaba el medio de penetrar en el campo donde estaba la joven. Cierta noche, después de meditar su plan detenidamente, bajó á la cueva provisto de una azada, y después de practicar un hoyo muy grande, sacó de él varios collares, sortijas y cadenas, que en aquel obscuro rincón tenía ocultas, todo de oro puro y brillante como urna de santa.

Con aquellas alhajas en sus bolsillos, el avaro fué á rondar por el Rrastrojo Verde, ocultándose detrás de las cañas. Quiso penetrar en el campo, mas no lo consiguió; pues algún ser invisible le tiraba de la ropa, que el perverso había

estrenado para aquella ocasión. Temiendo ser descubierto, escondióse otra vez, y entonces oyó una voz argentina que parecía contestar al dulce susurro de un arroyuelo cercano.

Era Graciosilla, que entonaba una canción, cuya letra decía poco más ó menos lo siguiente:

«¿Dónde estás, amado mío? Te busco, y hállome sola en el campo, languideciendo sin ti.

»La brisa roza mi frente, trayéndome acentos de ternura. ¿Has confiado á la brisa el secreto de nuestro amor, amado mío?

»Las violetas se abren como para recibir dulces y perfumados besos. ¿Has posado tus labios en esas flores, amado mío?

»Las mariposas revolotean en mi soledad. ¿Son flores que tú me envías, amado mío?

»¿Dónde estás? Tan cerca de mí que te siento por todas partes, y ya no te busco, porque tú llenas mi corazón, amado mío...»

Al oir estas palabras, el avaro comprendió al punto que Graciosilla pensaba en Alain.

«Es preciso que olvide á su novio un instante, se dijo, y entonces podré entrar en el campo.»

Y como se irguiese, la joven le vió.

– ¡Alain, socórreme!, gritó con acento de terror.

El avaro introdujo la mano en uno de sus bolsillos.

– ¡Mira, mira!, dijo á la joven. ¿Ves bien estas sortijas y amuletos?

– ¡Alain! ¡Alain!, gritaba siempre la joven; pero su voz era ya más débil, y dos veces su mirada curiosa se fijó en las alhajas.

¡Y el campo pareció retemblar!

La joven llamó de nuevo á su prometido; pero con voz tan débil, que ni siquiera la oyeron las violetas cerradas á sus pies.

– ¿Quieres ese collar de oro?, preguntó el avaro.

Graciosilla, fascinada por la vista del metal precioso que brillaba al sol, se turbó, fijando una detenida mirada en el collar; y de nuevo el campo pareció estremecerse.

– No puedes distinguir bien, dijo el viejo con expresión triunfante; míralo, míralo de cerca; le arrojaré á tus pies.

Así diciendo, lanzó el collar al recinto.

¡Ay! Olvidando un momento á su Alain, la curiosa joven se acercó á la joya, y no contenta con esto, inclinóse para cogerla; pero en el momento de ir á tocarla desapareció de repente como absorbida por la tierra.

Por tercera vez se produjo en el campo una sacudida, y las briznas de hierba se doblaron.

Al ver esto Graciosilla tuvo miedo; pero ya era demasiado tarde. Su distracción había dejado libre la entrada del campo, y el viejo corría hacia la joven. Esta trataba de huir, pero las altas hierbas doradas entorpecían su marcha. El viejo la cogió una mano, y con expresión maligna dióle un beso. Entonces, como pugnase por desprenderse, el brutal avaro la hirió con sus uñas puntiagudas; la sangre corrió al punto, y la dorada superficie del campo se salpicó de manchas rojas.

Sorprendidos por aquel fenónemo, los aldeanos acudieron en gran número, y el avaro huyó. Alain pudo comprender que Graciosilla había faltado á sus deberes, y renegó de ella en presencia de todos.

– Eres indigna de mí é ingrata, díjole antes de separarse de ella, y por lo tanto te maldigo.

Después, como á pesar de todo la amaba mucho, lloró, y al día siguiente quiso marchar á lejanas regiones: según unos, al país de Auvernia, y según otros, á Bretaña...

Y transcurrieron muchos días.

IV

¡Oh! ¡Qué arrepentida está Graciosilla! ¡Qué amargas lágrimas vertían sus ojos!

Y repetía sin cesar: «¡Amado Alain, he pecado de curiosa y me he distraído, dejando un momento de pensar en ti; perdóname! ¡Era tan hermoso el collar que me ofrecían! Con tu perdón, mi muerte sería feliz, y espero ese perdón para morir en paz.

Mas ¡ay! nadie escuchaba sus acentos plañideros, porque después de la aventura la gente del país huía del Rastrojo Verde, creyéndole embrujado, y hasta los mismos pastores hacían un largo rodeo para no pasar cerca de aquel paraje maldito.

Tan sólo la brisa, que diariamente al rayar el alba y á la hora del crepúsculo bajaba de las alturas del cielo para ver lo que pasa aquí abajo, oyó los sollozos de Graciosilla, y conmoviéndose al fin, le dijo:

– ¡Consuélate; has pecado, pero te arrepientes, y Dios perdona!

Pronunciadas estas palabras, se remontó hacia el cielo, tomó un poco del azul purísimo que colora el firmamento, y volviendo á bajar rápidamente en busca de Graciosilla, lo mezcló con las lágrimas de arrepentimiento que la joven vertía. Y al punto el Rastrojo Dorado, donde aun se veían las gotas de sangre, se jaspeó de manchas azules, y la brisa dijo:

– Dios se ha compadecido de tu pesar.

– Pero ¿me perdonará mi Alain?, preguntó Graciosilla.

La brisa contestó, elevándose hacia los pinabetes:

– Cuando el Dios de perdón sea hombre, los hombres perdonarán. Y así el oro del campo, como las manchas rojas y azules que en él se ven ahora, se borrarán con tu falta.

Después transcurrieron algunos días más.

Y cuando se acercaba la Navidad, Alain, atormentado por su amor, siempre vivo en el alma, no pudo permanecer ya más tiempo lejos de su país, y emprendió la marcha hacia el vallecito de Ronceraies. Muy cansado llegó, porque había hecho el viaje á pie, como peregrino que va á Roma; pero quería ver otra vez el Rastrojo y también á Graciosilla. Avanzando penosamente, llegó al sitio, y triste y meditabundo sentóse en un montoncillo de tierra para evocar los recuerdos del pasado. La luna brillaba, y el joven podía distinguir el color amarillento del Rastrojo y las manchas rojizas, pero no las azules, porque se confundían con la claridad lunar.

Era la noche de Navidad, estaba próxima la hora en que el niño Jesús nacería sobre la paja de un miserable establo para hacerse hombre y sufrir con nosotros.

Alain oyó las campanas de la iglesia, cuyo tañido resonaba entre las sombras, llamando á los fieles á la oración y á la misa. Entonces, como continuase fijando su atención en el Rastrojo, vió las manchas azules, y preguntóse de qué provenían.

La brisa murmuró á su oído:

– Son las lágrimas de arrepentimiento que Graciosilla ha vertido. Mira el campo, está estrellado.

– ¡Cómo ha debido llorar!, murmuró Alain. ¡Pobre Graciosilla!

Y se bajó para recoger una de aquellas lágrimas de azul; mas en el mismo instante el toque de la campana anunció la media noche; y desde las alturas del cielo comenzó á caer una lluvia blanca, suave, silenciosa, semejante á una lluvia de plumas, mientras que en la iglesia resonaban dulces cánticos. «¡Gloria á Dios, decían, gloria al Señor, que nos purifica del pecado!»

Y la blanca lluvia caía siempre.

Alain se arrodilló, murmurando:

– ¡Señor! ¡Señor! ¿Qué significa esa blancura que invade el Rastrojo y que le cubre?

Y la brisa glacial contestó:

– ¡Es el perdón, es el olvido de todas las faltas, es el color inmaculado! ¡Gloria á Dios! Jesús ha nacido; trae el perdón de su Padre á los hombres que se arrepienten; y los hombres perdonarán á los que les ofendieron... ¡Mira el Rastrojo, Alain! Era dorado; tenía manchas rojas y azules... ¡Mira ahora!

Alain obedeció, y al ver la deslumbrante blancura del Rastrojo, precipitóse hacia el campo.

– ¡Graciosilla, adorada Graciosilla!, exclamaba. ¡Dios es bueno! ¿Dónde estás? ¡Ven á mis brazos! ¿No ves, amor mío, que el cielo teje tu traje de desposada?

¡Ah! ¡Alain encontró á la joven, pero fría, rígida, tendida sobre el Rastrojo, y casi oculta por la lluvia blanca. Entonces echóse á su lado, rodeóla con sus brazos... y ambos desaparecieron bajo las blancuras inmaculadas que caían y caían sin cesar. No era el traje de desposada lo que el cielo tejía así... ¡Era el sudario!

Inútilmente se buscó á los dos amantes; los ángeles habían bajado á recogerlos antes de rayar la aurora...

Desde aquella época, la primavera no reina ya de continuo en los vallecitos de los Vosgos.

Todos los años el Rastrojo Verde se dora, y cúbrese después de manchas rojas y azules, representadas por las amapolas y la flor del trigo.

Todos los años también, hacia la Navidad, el Rastrojo queda oculto bajo esa lluvia blanca que nosotros llamamos nieve; y en los otros campos se observa lo mismo. Es para recordar á los hombres que deben, al ejemplo de Dios, perdonar á los que, sucumbiendo á la tentación, se arrepienten después, y derraman esas lágrimas que el cielo convierte en tan bonitas flores.

Y para terminar como los abuelos terminaban, os diré que el viejo avaro, causa del mal, está obligado á arrojar todos los años su oro, que siembra la tierra y se transforma en cereales preciosos, de los cuales se aprovechan los demás hombres. Esto quiere decir que los viejos que intentan el pecado se arruinan siempre sin ninguna satisfacción para sí propios...

Y con esto he concluído. Si como lo pretende el maestro de escuela, no fuere verdad lo que acabo de contar...

¡Está bien buscado!

– No quiero decir eso, repuso el almadreñero con una sonrisa; iba á contestar que los abuelos son todavía más embusteros que yo.

TRADUCIDO POR ENRIQUE L. DE VERNEUILL





LA SIESTA EN UN RANCHO DEL FAR WEST AMERICANO, cuadro de María Hallok Foóte

SECCIÓN AMERICANA

EL CABALLERO SIN CABEZA

POR WASHINGTON IRVING

I

Al Sur del Estado de Nueva York, orillas del Hudson, en el sitio llamado mar de Tappaan, á causa de la forma circular y de la anchura extraordinaria del río, hay un pueblecito, conocido generalmente por Tarry-Town, pero cuyo nombre verdadero es Greensbourgh. Si he de dar crédito á una tradición, recibió la primera de estas denominaciones de las mujeres de los lugares circunvecinos, á causa de que sus *hombres*, cuando iban á él los días de mercado, se *tardaban* (1) más de lo regular, entretenidos en las tabernas. Pues bien: á dos millas de Tarry-Town se extiende un delicioso valle, rodeado de colinas, cortado en toda su extensión por un riachuelo cristalino, cuyo dulce murmullo y el canto de las perdices son los únicos ruidos que turban la tranquilidad que en él tiene su asiento.

Este fué el teatro de mis primeras cacerías. Nunca olvidaré la impresión que me causó, siendo yo muy joven todavía, tan delicioso y pintoresco paisaje y sobre todo su soledad y silencio. ¡Cuántas veces dije entonces para mis adentros: Ni pintado podrá encontrarse lugar más á propósito para disfrutar de la luna de miel, ó para entregarse al descanso después de una vida azarosa y agitada!

II

La tranquilidad del valle y el carácter especial de sus moradores, descendientes de los antiguos holandeses, han sido causa de que se haya puesto al primero por nombre Valdurmiente ó *Valdormido* y á los segundos *dormilones*, bajo del cual son conocidos á veinte leguas á la redonda. Adviértese, además, en este rinconcito del mundo un cierto ambiente soporífico, efecto acaso del aroma de las plantas que en él se crían; pero no falta quien atribuya á brujerías de un sabio alemán, famoso encantador contemporáneo de los primeros emigrados, si bien otros afirman que fué un indio, cacique por más señas, quien lo puso así muchísimo antes de la llegada de Hudson. Sea de esto lo que se quiera, lo cierto es que los *dormilones* son los más grandes visionarios del universo, pues creen á puño cerrado en todo lo maravilloso y sobrenatural; por cualquier lado ven duendes y aparecidos, y á lo mejor se quedan con la boca abierta escuchando melodías aéreas y cánticos misteriosos. Demás de esto, Valdormido y sus cercanías son, á lo que dicen, lugares tan frecuentados de los espíritus y el pedacito de cielo que los cubre tan fecundo en meteoros y estrellas con cola, que no hay más que ver.

El que parece ser caudillo de todas estas fantasmas es un caballero sin cabeza, soldado alemán que, cuando la tenía, la perdió en una batalla, cuyo nombre se ignora, durante la guerra de la Independencia. Los labriegos juran que de vez en cuando suelen verlo en la obscuridad de la noche, corriendo á caballo, más ligero que el viento, por montes y llanos; pero el sitio que más frecuenta, según dicen, es la capilla del valle, por cuyo motivo, añaden ciertos cronistas de buena fe, y que han investigado con celo digno de mejor causa el origen de las correrías del caballero decapitado, que habiendo recibido sepultura en el cementerio inmediato á la citada capilla, sale todas las noches de su hoyo y se dirige al campo de batalla en busca de su cabeza; y que si va con tanta rapidez como un torbellino, es porque no quiere que lo sorprenda la aurora fuera de casa, donde permanece durante el día y de donde no se aventura á salir sino muy entrada la noche.

Esta es la leyenda que ha dado pie y fundamento á tantas historias, á cual más maravillosa, entre los sencillos y naturalotes habitantes del valle, los cuales denominan al fantasma que hemos descrito *El Caballero sin cabeza*. Pero ¡cosa singular! la inclinación á todo lo maravilloso de que ya he hablado, no se circunscribe sólo á los hijos del país, sino que se extiende á cuantas personas viven por algún tiempo en él, y que, sin darse cuenta de ello, absorben aquella atmósfera, merced á lo cual, por incrédulos que hayan sido, al cabo de pocos días de respirar el ambiente mágico que circula por el aire se tornan tan visionarios, sueñan tanto con los ojos abiertos y creen tan á pie juntillas tener siempre á la vista espectros y brujas, que no los creería hijos suyos la madre que los parió.

Como se ve, esta tierra es muy merecedora de llamar la atención de los viajeros, y además porque en ella, de todo el inmenso estado de Nueva York, es donde las costumbres y los trajes permanecen *in statu quo*, y todas las mejoras, mudanzas y adelantos que trae consigo la emigración, que tan rápidos progresos realiza diariamente en las demás partes de la unión americana, pasan sin entrar por las puertas de Valdormido. De modo que el valle más parece uno de esos remansos de agua que hay junto á los torrentes, y en los cuales puede una pluma permanecer inmóvil, á pesar de la rapidez é impetuosidad de la corriente á cuyo lado está. Así es cierto lo que digo, como lo estoy de que si algún día vuelvo á Valdormido espero hallarlo, al cabo de largos años de ausencia, con los mismos árboles y las mismísimas familias que dejé.

III

En este rincón, pues, del globo se había establecido hará cosa de unos treinta y tantos años un maestro de escuela, oriundo del Conecticut, estado que provee á todos los del interior de dómines y de destripaterrones, esto es, de cultivadores de la inteligencia y de la tierra. Llamábase el tal M. Crane (2), y en verdad que le iba tan bien el nombre al cuerpo, que ni pintado. Figúrense Vds. un señor muy alto, muy endeble, muy angosto, con las piernas y los brazos muy largos, las manos como manojos de sarmientos, los pies anchos y chatos, la cabeza deprimida por la frente, las orejas grandes y empinadas, los ojos verde vidrio y la nariz como pico de cigüeña. A causa de todo esto, al verle bajar por las colinas con la levita flotando sobre el caparazón, más de uno lo hubiera equivocado con el hambre en actitud de descender al valle.

La escuela de M. Crane, ó del tío Puntero, pues este era su apodo, constaba de un salón toscamente construído de troncos de árboles, con los cristales de las ventanas casi todos rotos ó remendados de pedazos de papel impreso. En cuanto al sitio, solitario; pero quedaba esto hasta cierto punto compensado con la barnizada de poesía que le prestaba el arroyuelo que corría junto á la puerta, y el árbol gigantesco y copudo que casi cubría con sus ramas aquel picadero de cerriles inteligencias, á mucha distancia del cual ya se percibía el murmullo vago y confuso de los estudiantes, algún que otro grito del maestro y el chasquido de la feroz disciplina al caer como el rayo sobre las espaldas de los rezagados en el camino de la ciencia. Bien será advertir que el tío Puntero era fervorosísimo partidario de aquella célebre máxima que dice: *La letra con sangre entra*, para que no se extrañe el que los pobres chicos tuvieran siempre más cardenales que todo el Sacro Colegio. No se crea por esto que fuera uno de esos dómines endiablados, cuyo carácter brutal halla deleite en martirizar á los niños: no, señor; que su modo de administrar justicia más era razonable que severo, porque á los débiles los trataba con indulgencia suma, al contrario que á los zánganos, robustos y fuertes, á quienes daba cada latigazo cuando los cogía en falta,

(1) *To tarry* vale tanto como tardarse ó quedarse; *Town* es ciudad. – N. del T.

(2) *Crane* quiere decir *grulla*. – N. del T.

que los ponía como brevas, por aquello de: *A burro lerdo, arriero loco;* y después les decía: «Cuando seáis hombres me agradeceréis estos palos.» Luego que la clase concluía, puesto en medio de los chicos, siguiendo tal vez aquel precepto de Esopo que dice:

Si al ánimo estudioso
Algún recreo dieren,
Volverá á sus tareas
Mucho más útilmente.

jugaba con ellos, y los días de fiesta él mismo llevaba de la mano hasta sus casas á los más pequeños, dando empero la preferencia á los que tenían hermanas guapas y mamás cuya despensa estuviese bien provista.

Verdaderamente lo que producía la escuela era cosa tan corta, que no le hubiese bastado para comer, á él que tenía tan buen diente; pero gracias á la costumbre, se mantenía á costa de los labradores, cuyos hijos civilizaba; y así, una semana con una familia, otra con otra, iba el pobre del tío Puntero trampeando el plato y sacando adelante su estómago. No obstante, para no ser muy gravoso á sus rústicos huéspedes, que á fuer de buenos campestres calificaban los gastos de una escuela de onerosísimos y al maestro de gorrón, el tío Puntero se hacía útil y agradable de muy diversos modos, porque tan pronto los ayudaba á esparcir el heno para secarlo, como limpiaba las veredas, como iba al pilón con los caballos y al prado con las vacas, como hacía rajas de leña para el hogar. Más aún: deponía su dignidad de dómine hasta el extremo de pasear en brazos á los niños de teta, y de inventar mil expedientes á cual más ingeniosos para distraerlos y acallarlos cuando lloraban. Esto, naturalmente, le ganaba el corazón de sus madres y las predisponía en favor suyo para que añadiesen algún extraordinario á su plato.

Demás de las asignaturas dichas tenía la de canto, por cuya clase allegaba algunos realejos, y era cosa de verse su entrada en la iglesia los domingos á la cabeza de los mozos del lugar, y más aún de oirse siquiera un par de salmos cantados por aquel coro, cuyas voces dominaba la descomunal del maestro. Merced á esta serie de combinaciones ingeniosas, el digno pedagogo lo pasaba muy regular, por lo cual decían sus vecinos, poco familiarizados con los trabajos del espíritu, que la vida del tío Puntero era por demás envidiable. Y hasta cierto punto lo era, porque generalmente gozan en las aldeas los maestros de escuela de mucha reputación, y más todavía entre las mujeres, que los consideran como personas de mejor crianza y más finura que no los mozos del pueblo, siendo para ellas sólo superior ó igual al maestro el cura; y así es que cuando uno ú otro van á merendar á sus casas producen la sensación consiguiente, poniéndolas en el caso de agregar algunas tortas á lo de costumbre y de lucir los trebejos de los días de fiesta, que no salen á luz sino es cuando repican gordo. Las mozuelas les prodigan sus más amables sonrisas, y luego los domingos, con cuánta alegría no juegan con ellos, mientras los tímidos campesinos se quedan rezagados, envidiando su elocuencia, sus gracias, sus buenas maneras, pero sobre todo su elocuencia.

IV

Pues, como iba diciendo, el tío Puntero, con su continuo ir de acá para allá, y con esto de pasar una semana en casa de Mengano y otra en casa de Zutano, era la gacetilla de aquellos contornos, y no sucedía cosa, por más oculta y de puertas adentro que pasara, que él no la supiese; razón por la cual siempre lo recibían las curiosas comadres de la vecindad más risueñas que unas Pascuas. Tenía también fama de erudito, y en esto hasta cierto punto no mentían, porque había leído algunos libros casi del todo y sabía de memoria *La historia de las brujas de Inglaterra*, por Mather Cotton, á la cual, á pesar de no tener pelo de tonto, daba entero crédito, porque sus tragaderas eran tales en el capítulo de la superstición, que, como si fueran artículos de fe, creía todas cuantas diabluras se atribuyen á la fementida canalla de los fantasmas, aparecidos, brujas, duendes y encantadores. Ni podía tampoco menos de ser así, porque, además de vivir en una tierra cuyo ambiente sólo predispone á creer en todo linaje de patrañas, y además de su natural inclinación á ellas, se la fomentaba leyendo las horas muertas, tendido á la larga, orillas de algún arroyuelo, en la endiablada historia del señor Mather Cotton, á quien Dios haya perdonado. Pero no es esto lo peor, sino que, cuando llegaba la noche y con ella la obscuridad, comenzaban á surtirle efecto en el cerebro los enredos que había leído por el día, y entonces lo asustaba y ponía en fuga el ruido más inocente y leve que percibiese: el canto de las ranas, el vuelo de un pajarillo, un gusano de luz, bastaban y sobraban, entonces, para dar al traste con su corazón; y si le pasaba rozando por la cara un coleóptero, ya se creía envuelto por una legión de diablos, para ahuyentar á los cuales entonaba salmos con toda la fuerza de sus pulmones; aconteciendo más de una vez que, al oir la canturia repetida por los ecos de las montañas vecinas, los tímidos hijos de Valdormido se quedaron mudos de terror y sin acción para maldita la cosa.

Uno de sus más grandes placeres era pasar las eternas veladas del invierno en compañía de unas cuantas vetustas holandesas que, mientras hilaban al amor del fuego, referían historias del género de las de Mr. Mather, y de todas, la del *Caballero sin cabeza* era la más de su gusto. Por supuesto, él á su vez perdía la brújula, hablándoles de brujerías y de música celestial, llenándolas de miedo cuando tocaba el punto de las apariciones, de los cometas con cola de fuego, de los aerolitos, y de que pasamos, sin darnos cuenta de ello, la mitad del tiempo con la cabeza para abajo y los pies para arriba. Pero ¡qué caro pagaba el gusto de contar semejantes patrañas! Porque ¡cuántas veces no le sucedió al volver á su casa ver visiones por el camino! ¡Y cuántas no tembló al aspecto de algún árbol que, deshojado y cubierto de nieve, se le antojaba un fantasma dispuesto á roerle hasta los zancajos! ¡Y cuántas no se le erizó el cabello al oir el ruido de sus propias pisadas en la vereda! Entonces sí que aun cuando le hubiera valido la salvación, no habría vuelto la cabeza, por no darse de narices con un alma en pena. Pues ¿y cuando una ráfaga de viento pasaba por entre árboles y arbustos, haciendo crujir con violencia sus ramas secas? Era el caballero de marras, que, rápido como una flecha, iba ó venía de la sepultura al campo de batalla. Luego llegaba el día, y los sobresaltos se iban con la noche Dios sabe dónde para volver con ella de nuevo. A pesar de todo eso, hubiera sido el pobre bastante feliz, si no se le hubiese puesto en medio del camino de su vida un ser mil veces más peligroso para los hombres que cuantos duendes y encantadores haya; creo haberlo dicho ya: ¡una mujer!

V

Es el caso y la cosa que entre los discípulos de canto que se reunían semanalmente en su casa concurría una chica llamada Catalina, hija única de Balto Van-Tassel, ricacho labrador holandés de aquellos contornos; y tenía la doncella, por añadidura de sus diez y ocho años, una cara tan mona, unos ojos tan vivos, una boca tan risueña, un cutis tan hermoso y un cuerpo y una riqueza de formas, que habrían sido capaces de hacer perder los estribos al mejor jinete. Y precisamente el tío Puntero en el capítulo de las mujeres bonitas era el peor jinete que se haya conocido. Pues agréguese á lo dicho la gracia con que Catalina se ponía las cosas, con lo cual daba más realce á sus encantos personales, y se comprenderá mejor lo que sentiría nuestro dómine en el corazón y la cabeza cada vez que la viese; qué impresión le quedaría concluída la academia y qué no pasaría todo él pensando y cavilando en ella noche y día. Por supuesto, el tío Puntero, por aquello de que por la peana se besa al santo, visitaba á Van-Tassel, el cual era el tipo del labrador contento y feliz: su pensamiento no salía nunca de los límites de su hacienda, y ésta la tenía que daba gusto verla, lo mismo que la casa y demás dependencias.

La habitación estaba construída á orillas del Hudson, en un paraje tan pintoresco, fértil y alegre, que más parecía un pedazo del cielo que de Valdormido. Un árbol majestuoso y colosal la cubría con sus ramas; á su pie corría un manso arroyuelo que regaba el



EL ESCÁNDALO, grupo escultórico de D. José Campeny
(Exposición Nacional de Bellas Artes)



UN LANCE DE HONOR, cuadro de F. Dadd



¡VA CARTA!.. dibujo á la pluma de D. Antonio Fabrés

Autor del cuadro *Un moro,* recientemente vendido en Londres en 50 000 pesetas

jardín y la huerta; un poco más lejos se levantaban el granero, el pajar, las cuadras y los establos, cuyos tejados nunca se veían libres de palomas, y por los llanos andaban piaras de carneros y de cerdos, y bandos de pavos, de gansos y gallinas. Agua se le hacía la boca á nuestro pedagogo al contemplar tanta riqueza y abundancia, despertándole á veces este cuadro de tal modo la gula, que se figuraba ver corriendo á los marranillos por aquellas eras con budines en la barriga, á los pichones sepultados en pasteles y á los gansos nadando en su propio jugo.

Digería el tío Puntero tan gastronómicas imaginaciones paseando la vista por los prados, los trigos y la hermosa arboleda que cercaba la finca, y le latía con violencia extraordinaria el corazón al pensar en la heredera de tan ricos estados; los cuales en siendo suyos los vendería para comprar una inmensa extensión de terreno en el Oeste; y á la cual se figuraba rodeada ya de media docena de chiquillos, en un carro lleno de utensilios de labranza, con él al estribo, dándoles escolta montado en una burra, seguida de su cría, y todos camino de Kentuky, del Tennesse ó de cualquiera otra parte, en santa paz y amor de Dios.

No había influído poco también á predisponerlo en favor de Catalina, demás de sus buenas prendas y de la añadidura del cortijo, las comodidades y desahogo de la casa de Van-Tassel. Era ésta espaciosa y estaba amueblada con suma sencillez; sus piezas principales las constituían una hermosa galería, en la cual se guardaban por la noche los aperos; una pieza interior, residencia habitual de la familia, donde, en grandes aparadores de roble, campeaba la batería de cocina, reluciente como el oro, adornando las paredes sartas de pimientos colorados, de mazorcas de maíz y de peras y manzanas secas; y finalmente, una sala con sillones de caoba y profunda y alta chimenea, flanqueada de dos reposteros con la vajilla de China, los cubiertos y más de una bandeja y de un jarro de plata.



ELECTRA, cuadro de E. Teschendorf

VI

En vista de todas estas cosas, la paz desapareció del pecho del tío Puntero, y convencido de que si no ganaba primero el corazón y luego la mano de Catalina, ni habría pavos trufados, ni gansos en salsa de nabos, ni cortijo, ni mucho menos casa grande y cómoda, y buena cama, se propuso, poniendo á contribución las potencias de su alma, resolver tan peliagudo problema, y despejar tan dulce ó tan terrible incógnita.

Y, en verdad, que la cosa presentaba más dificultades que cuantas allá en tiempos del rey que rabió solían arrostrar los nunca bastantemente ponderados caballeros andantes para librar de manos de los encantadores, gigantes ó dragones á la señora de sus pensamientos, cuando gemía prisionera en el cuarto más obscuro de un castillo. Porque, por recias que fuesen las armaduras, las puertas y cerrojos que tuviesen que hendir ó derribar, daban término á tales empresas con más facilidad que hoy se parte y troncha y desmenuza una rosquilla de pan; y como luego, para coronar dignamente la aventura, la dama rescatada premiaba con su blanca mano al caballero, la cosa concluía por el estilo de las comedias de nuestros tiempos.

Pero en Valdormido se hilaba más delgado. El maestro tenía que captarse y fijar el veleidoso corazón de una coqueta de primera clase, tan exigente como caprichosa, y que contrariar, combatir y deshacer los proyectos de una porción de patanes, grandes admiradores de la peregrina hermosura de la zagala, que la sitiaban al propio tiempo que se vigilaban mutuamente y que estaban dispuestos á coligarse para ahuyentar á coces, si era necesario, al primer intruso.

De todos ellos, el más temible era un mozo llamado Brom Van Blunt, de casta holandesa, grande, robusto, de fuerzas hercúleas, conocido por el apodo de Sansón.

Montaba á caballo como un tártaro, comía como tres, era el primero en las riñas de gallos, y á trompadas había sabido adquirir una influencia moral y física tan grande entre sus compañeros, que en todas sus querellas y pendencias no tenían más árbitro ni más juez que los puños ó el criterio de Sansón; el cual, una vez pronunciada la sentencia, no reconocía sobre la suya ninguna jurisdicción para que la parte apelase.

Sin embargo de que tanto se le daba armar una broma como una riña, no puede con justicia decirse que tuviera mala condición; pero como media docena de patanes, tan bárbaros como él, lo habían tomado por modelo y juntos recorrían los caseríos de aquellos contornos, presentándose en cuanto bailecillo y merienda tenía lugar, á las personas de juicio con sólo verlos venir se les abrían las carnes, porque, eso sí, era muy salvaje y muy bruto.

Nada menos que este personaje era el galanteador de Catalina, quien, según decían, no le miraba con malos ojos, lo cual visto por los demás pretendientes, dejaron dueño del campo á Van Blunt, y se retiraron sin más tardanza, menos el dómine, que se propuso disputarle la presa á toda costa. Un hombre fuerte y robusto hubiera retrocedido ante aquel obstáculo; uno más prudente... no digo nada; pero la naturaleza y temple del tío Puntero era un compuesto admirable de perseverancia y elasticidad, que, sin romperse nunca, cedía siempre á la menor presión.

Con tales elementos se propuso entrar en liza, no franca y desembozadamente, porque Van Blunt, en punto á amores, era como Aquiles, que no se andaba con chanzas, sino de una manera solapada, insinuándose poco á poco en el corazón de la hermosa Catalina.

Al efecto, quiso aprovecharse de su posición respecto de ella; posición envidiable, pues como maestro de canto, podía, sin testigos ni estorbos, y sin que sus visitas se interpretaran en ese sentido, hacerle la corte diariamente, con tanta más franqueza cuanto que el padre de la niña, hombre campechano y llanote cual ninguno, y que la quería más que á su pipa, lo cual no es poco decir, la dejaba en completa libertad; y que su madre, digna compañera de Van-Tassel, estaba demasiado ocupada con el cuidado de la casa, de los pavos y los gansos, para atender á la muchacha.

Las jóvenes, decía la buena holandesa, pueden guardarse á sí mismas, mientras que los animales necesitan del mayor cuidado y vigilancia. Por eso, en tanto que Van-Tassel, sentado á la puerta de la granja, contemplaba á través de bocanadas de humo las evoluciones de un soldado de madera que, armado de un sable en cada mano, servía de veleta dando tajos al aire en lo más alto del granero, y que Bárbara iba de una parte á otra, el tío Puntero, don Juan de nuevo cuño, hacía el amor á la heredera de entrambos á la sombra de un árbol.

VII

Confieso ingenuamente que no sé cómo se gana el corazón de las mujeres. Siempre ha sido esto para mí un enigma lleno de signos misteriosos, porque mientras unas no presentan sino un punto vulnerable, otras los tienen por docenas, y pueden cautivarse de mil modos diversos: así, pues, si el conquistar á las primeras, si el subyugar muchos corazones es triunfo que merece lauro, el conservar la posesión de las segundas, el reinar sin rivales en el pecho de una coqueta, prueba talento y habilidad nada comunes, y es la mayor de las proezas, digna por consiguiente de los honores y acatamientos que se tributan á los héroes.

No sucedió, sin embargo, nada de esto á Sansón; pues tan luego dejó entrever su atrevido pensamiento, perdió terreno y principió la discordia con su rival.

Sansón, á pesar de su rústico carácter, no dejaba de tener cierta dignidad, y de buena gana, á imitación de los enamorados de otros tiempos, hubiera resuelto la competencia con las armas en la mano; pero no se le obscurecía que el tío Puntero, temeroso de su fuerza, hubiera rehusado el combate, con tanto más motivo cuanto que sabía de buena tinta el propósito en que estaba de hacerlo jigote.

Como el sistema de resistencia pasiva adoptado por el tío Puntero, por más enojoso que fuese á Sansón, no le daba ni el más mínimo pretexto para hacer una barrabasada, decidió éste vengarse del dómine atormentándolo cada día con una broma de las suyas.

Principió la persecución por ahumarle la clase, tapándole el cañón de la chimenea; otra vez, Sansón y los suyos entraron de noche en su casa y no le dejaron títere con cabeza, lo cual hizo creer al malaventurado pedagogo que algún encantador lo había tomado por su cuenta, y por este estilo le jugaron muy malas pasadas capaces de poner á prueba la paciencia de un santo.

Pues ¿y cuando para ridiculizarlo á los ojos de Catalina obligaba á aullar á su perro y lo presentaba como competidor del tío Puntero?

TRADUCIDO POR M. JUDERÍAS BÉNDER

(Concluirá)

CRONICA CIENTIFICA

APARATOS REGISTRADORES DE LA VELOCIDAD

El empleo de instrumentos de medición y de registro es el origen de todos los progresos en las ciencias y en la industria; del mismo modo para perfeccionar los distintos sistemas de locomoción se procura encontrar los medios exactos de medir las velocidades.

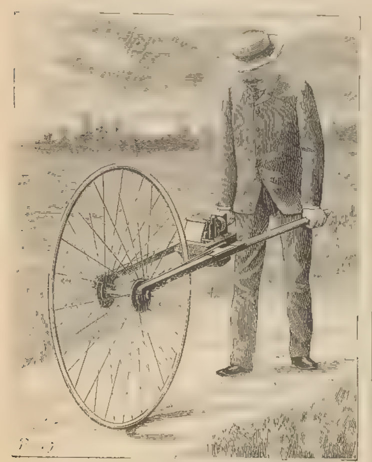


Fig. 1. - Odógrafo movido por un viandante

Así vemos á los marinos dar gran importancia á la mejor corredera; á los ingenieros inventar *taquígrafos*, es decir, instrumentos que continuamente inscriben la velocidad de los trenes, y á los industriales solicitar aparatos que permitan saber la velocidad de sus máquinas. Hasta para los mismos simones se busca un contador por medio del cual sepa el viajero el camino que ha andado y el tiempo empleado en recorrerlo.

Los fisiólogos, por su parte, necesitan instrumentos de gran precisión cuando estudian las diversas formas del movimiento en las funciones de la vida: la velocidad de la sangre en los vasos, la del aire en los bronquios, la de los diferentes animales que se mueven sobre la tierra, en el agua ó en el aire

Aunque todos los experimentadores persiguen el mismo fin, cada uno se vale de distintos medios, debido esto á la diversidad de condiciones dentro de las cuales operan; es, sin embargo, más que probable que los instrumentos se simplificarían y tenderían á uniformarse si se daba el debido valor á los principios que deben presidir á la inscripción de todo movimiento. Pues bien: estos principios han sido admirablemente sentados por el ingeniero francés Ibry.

Los empleados de ferrocarriles se verían no poco embarazados para seguir el complicado movimiento de los trenes que circulan por sus respectivas líneas, si no contaran para orientarse más que con el obscuro formulario que con el nombre de *indicador* basta para satisfacer las necesidades del público; pero con los diagramas de Ibry puede abarcarse de una sola mirada el número de trenes que circulan en una extensión determinada de la línea, el sentido en que marcha cada uno de ellos, su velocidad, sus paradas, los cruces y el sitio en que cada uno debe encontrarse en un momento dado.

Esta expresión gráfica del movimiento, la más sencilla y perfecta de cuantas hasta ahora se han concebido, se obtiene con facilidad extraordinaria: una línea trazada oblicuamente sobre un papel cuadriculado traduce por su dirección y por sus diversas inclinaciones el sentido del movimiento de cada tren y todas las fases de su velocidad. En la construcción de toda máquina que haya de marcar la marcha de un vehículo, hay que procurar, ante todo, obtener un trazado de esta índole, á menos de contentarse con una noción muy imperfecta del movimiento.

Los *contadores* aplicados á las ruedas de los vehículos y á las hélices de los buques dan, es cierto, en el momento en que se les consulta la indicación del camino recorrido desde el origen del movimiento, pero no indican la velocidad Estos instrumentos son excelentes para las mediciones sumarias de terrenos ó para comparar las longitudes relativas de dos itinerarios, pero su utilidad no pasa de aquí En efecto, aun cuando para completar las indicaciones del contador se anotaran el instante de la salida y el de la llegada, sólo se lograría con esto calcular la velocidad media del trayecto, es decir, una velocidad que quizás no ha existido realmente en ningún momento del viaje, puesto que puede haber habido durante éste aceleraciones, retardos y aun paradas. Un contador no señala todos estos accidentes del trayecto; para conservar la huella de éstos son necesarios instrumentos especiales que inscriban fielmente la *velocidad en cada instante* con todas las variaciones que haya ofrecido.

Los estudios á que, desde hace tiempo, nos dedicamos y que se refieren á la velocidad del hombre y de los animales, nos han llevado á construir algunos instrumentos de esta clase, entre ellos un registrador de velocidades, al que hemos dado el nombre de *odógrafo de cilindro* y que traza el diagrama de un movimiento por medio de un estilete que se mueve paralelamente á la generatriz de un cilindro cubierto con un papel cuadriculado. Este cilindro gira con un movimiento uniforme y el estilete progresa con una velocidad proporcional á la del vehículo, resultando de la combinación de estos dos movimientos perpendiculares el uno al otro la curva de los espacios recorridos en función del tiempo, es decir, la expresión completa del movimiento (1). En la práctica, cuando la inscripción de un movimiento debe hacerse de una manera continua en un recorrido y durante un tiempo largos, se presenta la dificultad de que para inscribir una curva de esta clase se necesitaría una superficie enorme de papel, puesto que ésta aumenta en proporción al cuadrado del tiempo durante el que se inscribe el movimiento. Así, por ejemplo, supongamos un diagrama que exprese una marcha de un hectómetro por minuto; en este caso la curva del movimiento será la diagonal de un cuadrado cuyos lados verticales corresponden á las divisiones del camino en hectómetros y los horizontales á las divisiones del tiempo en minutos En tales condiciones, para expresar el movimiento durante el primer minuto, basta un cuadradito de papel de cinco milímetros de lado; para inscribir el movimiento en dos minutos se necesita ya un cuadrado cuatro veces mayor; para tres minutos uno nueve veces mayor, y así sucesivamente. De esta suerte, el trazado de un movimiento durante media hora ocuparía un espacio de quince centímetros cuadrados, el de tres horas veinte minutos una superficie de un metro cuadrado, y para los recorridos de doce horas y más sería necesario un cuadrado de papel de muchos metros de lado

Estas dificultades harían el método de todo punto inaplicable para la inscripción de largos recorridos si no hubiera, como hay por fortuna, varios medios para obviarlas.

Uno de ellos consiste en reducir la escala del trazado, lo cual se logra en el odógrafo de cilindro, disminuyendo á la vez la velocidad de éste y la del estilete marcador; pero este medio debe ser aplicado con discreción suma, pues de otra suerte quedarían de tal manera reducidas las pequeñas inflexiones que expresan los diversos accidentes de la velocidad, que llegarían á ser imperceptibles.

Otro medio consiste en sacrificar la continuidad de la curva y recogerla por fragmentos sucesivos correspondientes cada uno al camino recorrido durante cierto tiempo escogido como unidad: este medio presenta grandes ventajas; por un lado reduce notablemente la superficie del papel necesario para recibir el trazado, pues esa superficie ya no es más que sencillamente proporcional al camino recorrido; y por otro, en la construcción del aparato inscriptor, en vez de un cilindro pesado y voluminoso, se hace uso de una pequeña bovina cubierta de una tira de papel sin fin

Con esto se consigue una gran simplificación: la tira de papel progresa á razón de medio centímetro por hectómetro recorrido, de suerte que la escala de caminos guarda su continuidad; en cuanto á la de los tiempos está fraccionada en intervalos de cinco minutos durante los cuales el estilete va uniformemente de izquierda á derecha, y transcurridos aquéllos salta repentinamente hacia el borde izquierdo, que vuelve á servirle de punto de partida De modo que para calcular todos los incidentes de una marcha no habrá más que suponer como una sola línea continua las distintas líneas que cada cinco minutos quedan cortadas en el borde derecho de la tira para continuar en el borde izquierdo al mismo nivel en que cesó la anterior.

El aparato que produce esta clase de trazados es el que representa la fig 1, y consiste en una rueda provista de dos varas que empuja hacia adelante el experimentador: la rueda, cada una de cuyas vueltas corresponde á un recorrido constante, gobierna por medio de una biela un torniquete que obra sobre el mecanismo del aparato registrador: cada vaivén de la biela hace pasar un diente de una rueda de dientes encorvados que transmite su movimiento á un pequeño laminador por entre cuyos cilindros se deliza una tira de papel sin fin. De esta manera el papel avanza en una cantidad proporcionada al camino recorrido por la rueda sobre el suelo. En la disposición adoptada para estudiar la marcha del hombre la velocidad del papel estaba regulada de modo que un milímetro de papel correspondiese á un recorrido de 100 metros sobre el terreno. La tira de papel, al propio tiempo que empujada por el laminador, es atravesada de izquierda á derecha por un estilete marcador (fig. 2) movido uniformemente por un sistema de ruedas de reloj que emplea una hora en atravesar la tira, cuya longitud es de seis centímetros. Y como sería muy difícil distinguir á simple vista las fracciones de la hora, un peine de trece dientes equidistantes traza en el papel, á medida que éste se lamina, unas líneas cuyo intervalo corresponde exactamente á la duodécima parte de una hora, ó sean cinco minutos.

La dificultad principal estribaba en conseguir que, al fin de cada hora, el estilete que ha atravesado de un borde á otro la tira y que se escapa al llegar al borde derecho pasase sin pérdida de tiempo al borde izquierdo y comenzase un nuevo trazado. Este resultado lo hemos obtenido por medio de una serie de estiletes fijados en una cinta de acero sin fin y á una distancia de 6 centímetros uno de otro: esa cinta que se desliza sobre dos discos por un movimiento de relojería da vueltas continuamente con una velocidad de seis centímetros por hora, de modo que cuando un estilete ha atravesado toda la tira de papel el otro se dispone á dejar, á su vez, su huella en ésta.

El papel que recibe el trazado está cubierto de una capa de óxido de zinc; los estiletes son de *maillechort*, tienen los ángulos muy agudos y trazan, sin desgaste sensible, sus señales en el papel de tal suerte preparado. Sin hablar de los detalles accesorios, tales como poner en hora el reloj y el estilete marcador, los medios de reemplazar por otra la tira de papel que ha pasado ya por el laminador, etc., etc., procuraremos poner de manifiesto las múltiples aplicaciones del odógrafo de tira sin fin.

El instrumento que acabamos de describir fué construído para estudiar la marcha de los soldados, pero también puede aplicarse á registrar la marcha de toda clase de vehículos, de modo que me propongo adaptarlo á los velocípedos y á los triciclos á fin de estudiar la influencia que sobre su velocidad ejercen la pendiente y la naturaleza del camino, el barro ó el polvo que cubren el suelo, etc.

Notemos que hay que regular la marcha del laminador según la velocidad ordinaria del movimiento que se quiera estudiar de manera que haya la mayor igualdad posible entre la velocidad media del papel y la del estilete marcador. En estas condiciones, si el vehículo mantiene su velocidad normal la inclinación de la curva trazada será de 45°; de modo que según sean las inclinaciones de esta curva podrá apreciarse

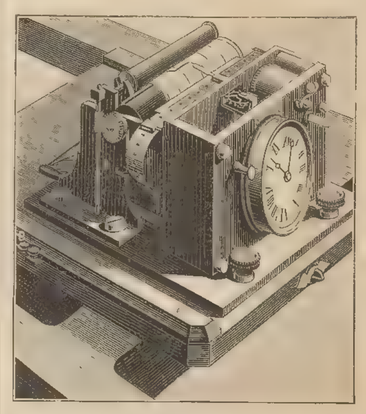


Fig 2. - Odógrafo visto oblicuamente y por detrás. El cuadrante del reloj aparece visible. La tira de papel está puesta en el laminador en donde recibe el trazado de un estilete y lleva marcadas ya las divisiones horarias señaladas por los dientes del peine. En B el extremo de la biela obra por medio de un trinquete sobre una rueda de dientes encorvados que por medio de un tornillo sin fin R gobierna el movimiento del laminador.

(1) Otras curvas, tales como la de las velocidades y la de las aceleraciones, son sumamente útiles en ciertos casos, pero mucho más difíciles de obtener y menos explícitas que la de los *espacios en función del tiempo* de que derivan.

fácilmente las variaciones de la velocidad, mayores ó ó menores que su valor medio.

Esta regulación de la marcha del papel se obtiene, de una vez, por medio del tornillo sin fin que gobierna al laminador. Pero si se aplicaba á las grandes velocidades, por ejemplo á la marcha de un tren exprés, un odógrafo regulado para la marcha de un coche, la tira de papel se movería muy de prisa, y no sólo se gastaría demasiado papel, sino que la inclinación de la curva trazada sería menos favorable para estimar la velocidad.

La valiosa amistad de M. A. Eichthal nos ha permitido aplicar el odógrafo en el ferrocarril del Mediodía, en donde se practican experimentos bajo la dirección del ingeniero jefe de tracción M. Millet. El odógrafo que se emplea en los experimentos está regulado para la marcha de un coche, así es que en el ferrocarril el papel se deslizaba con demasiada velocidad, agrandando la escala de los caminos de una manera desproporcionada á la de los tiempos. Por esta razón el fragmento de recorrido correspondiente á un intervalo de 49 minutos, entre Dax y Morceux, tiene 22 centímetros de largo por 6 de ancho. Esto no obstante, encuéntrase en él todo lo que interesa conocer: las fases de aceleración de la velocidad á la salida de las estaciones, la parada rápida producida por la acción de los frenos, etc., y en cuanto á la velocidad absoluta se aprecia exactamente por medio de una escala que, por la longitud del recorrido correspondiente á cinco minutos de marcha, permite leer directamente la velocidad en kilómetros por hora. En dicho fragmento, sin embargo, el predominio de la escala del camino sobre la del tiempo es muy desfavorable á la apreciación de las variaciones de velocidad, defecto que se corrige reduciendo la escala de los caminos. Así, por ejemplo, en un fragmento de tira de papel de las mismas dimensiones que el anterior, pero con la escala de caminos reducida cuatro veces aproximadamente, no sólo pueden observarse mejor aquellas variaciones, sino que, además, puede abrazarse de una vez toda la marcha del tren en un intervalo de 2 horas 57 minutos, entre Dax y Burdeos.

No hemos de exponer cuáles sean las disposiciones particulares que harían el aparato más especialmente aplicable al registro de la marcha de los trenes; como por ejemplo, las que tuvieran por objeto cambiar el sentido en que se mueve el papel según el sentido de la marcha durante las maniobras. Tampoco nos ocuparemos en los diferentes medios de transmisión (mecánico, eléctrico ó pneumático) á favor de los cuales las vueltas de las ruedas de un vagón gobiernan la marcha del papel del odógrafo. Hemos tratado únicamente de hacer ver que un mismo método y un mismo aparato pueden servir para registrar velocidades de progresión sobre el suelo que varían en una gran extensión. Igual método y aparato cabe aplicar á la medición de las velocidades de un buque, en el que cada vuelta de una corredera de hélice obra como la de la rueda de un vehículo para hacer correr la tira de papel; de esta suerte no sólo se obtendría el total del camino recorrido en un momento dado, sino también todas las variaciones que han podido producirse en la velocidad del barco. El conocimiento de los cambios de velocidad es de mucha importancia en algunos casos; por ejemplo, para regular las evoluciones de una escuadra.

De suerte que el *odógrafo de tira sin fin* permite medir la velocidad en tierra y en el agua y aun lo hemos aplicado con éxito á la medición de la velocidad del viento. En tesis general, nuestro instrumento adaptado á un contador cualquiera traducirá por medio de una curva el paso más ó menos rápido del agua, del gas, de la electricidad, etc.; adaptado á una rueda hidráulica, indicará las variaciones de velocidad de la corriente de un río; aplicado á un torniquete de los que cuentan las personas que entran en un local, dará la *curva de frecuencia* de las entradas, señalando á qué horas es más ó menos considerable la afluencia del público. Combinándolo con sencillos dispositivos, puede hacerse funcionar el aparato por los movimientos del corazón ó de la respiración de manera que se obtenga la curva de la frecuencia de estos movimientos y sus variaciones bajo diferentes influencias.

Esta sumaria enumeración de las aplicaciones hechas y que pueden hacerse del odógrafo de tira sin fin demuestra, como al principio hemos dicho, que un mismo instrumento puede aplicarse á medir toda clase de velocidades, y esta uniformización de los medios de medición realiza, al parecer, un verdadero progreso.

E. J. MAREY

del Instituto de Francia

(De *La Nature*)

* * *

LA FOTOGRAFÍA AÉREA

M. Arturo Batut, cuyos interesantes trabajos sobre las fotografías compuestas son bien conocidos, á consecuencia de los experimentos de fotografía en globo que hizo con M. J. Ducom concibió en 1888 la idea de emplear el cometa como sustentáculo aéreo de un aparato fotográfico que funcionara automáticamente. Después de algunos ensayos, el autor de este pensamiento ha llegado á alcanzar resultados completamente satisfactorios, como lo demuestra el facsímile de la vista perspectiva, obtenido por medio de un cometa á una altura de 90 metros, que reproducimos en la fig. 1. M. Arturo Batut ha resumido sus trabajos en un opúsculo destinado á los aficionados que deseen seguir sus huellas (1).



Fig. 1. – Vista perspectiva de Labrugiere (Tarn)
Facsímile de una prueba fotográfica obtenida por medio de un aparato elevado por un cometa á 90 metros de altura

M. Arturo Batut ha adoptado el tipo de cometa de M. Esterlin, adaptando á él la cola clásica y sustituyendo las cañas que comúnmente en su construcción se emplean por dos palitos de madera ligera (álamo de Carolina). El cometa eleva á una altura de 80 ó 100 metros un aparato fotográfico fijado al mismo de modo tal que forme con él un solo cuerpo, siguiendo todos sus movimientos, á menudo bruscos é irregulares.

Para lograr una limpieza suficiente es preciso que la *pose* sea sumamente corta ($^1/_{100}$ ó $^1/_{150}$ de segundo) dada la extraordinaria movilidad del cometa. M. Arturo Batut ha construído un obturador ó guillotina cuyo resorte debe ser retirado en el momento que se desee, para lo cual hay dos procedimientos: uno ingenioso, que permite hacer funcionar el aparato en el momento preciso en que se crea conveniente; pero á la vez costoso, algo pesado y embarazoso: la electricidad; otro sencillo, primitivo casi, que funciona invariablemente en el instante exacto marcado de antemano (aunque el instante sea inoportuno, sea porque el viento amaine ó que una nube cubra el sol), pero ligero y barato: la mecha previamente calculada.

Este último es el preferido por M. Batut: su principal ventaja es la ligereza, y por otra parte, si la mecha no favorece la operación, todo se reduce á la pérdida de una placa y á empezar de nuevo el experimento.

Como un cometa difícilmente se eleva á más de cien metros, M. Batut ha recurrido al sistema de los cometas conjugados de M. Daniel Colladon á fin de conseguir mayor altura para su aparato fotográfico.

A nuestro modo de ver, la utilidad de ese sistema de fotografía es real y positiva: los exploradores podrán sacar vistas de localidades inaccesibles por medio de un aparato portátil y de fácil manejo, que también puede prestar sus servicios al arte militar en reconocimientos y estudios de terrenos.

M. Batut achaca á la fotografía en globo el defecto de ser muy cara; pero esto sólo reza con los globos tripulados, y no es cosa muy difícil servirse de un globo no tripulado de pequeño diámetro.

En la figura 2 reproducimos el ingenioso aparato fotográfico probado hace algunos años por M. Triboulet: compónese de siete aparatos fotográficos, seis de los cuales forman una vasta cámara exagonal colocada en una cesta especial con varios agujeros destinados á dejar paso á los objetivos; el séptimo aparato está dispuesto verticalmente en el centro de la cámara exagonal y sirve para sacar una vista en plano, al paso que los otros sacan vistas panorámicas. La cesta va unida á un globo cautivo por medio de una suspensión á lo Cardan. La retiración de los resortes de los siete obturadores se ejecuta simultáneamente merced á una corriente eléctrica, para lo cual un cable conductor se desarrolla alrededor de la cabria T á medida que el globo eleva el aparato. Los experimentos de M. Triboulet dieron excelentes resultados, y valdría la pena de que se hicieran nuevos ensayos de su sistema.

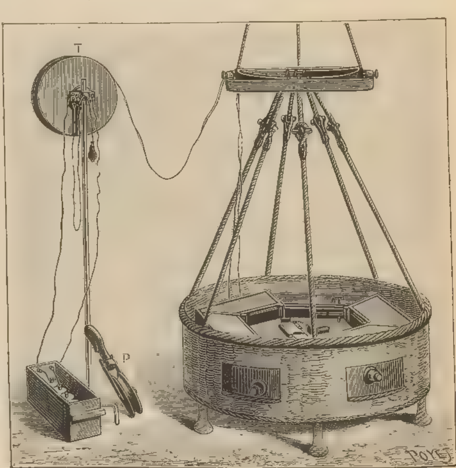


Fig. 2 – Aparato de M. Triboulet para la fotografía panorámica aérea por medio de un globo cautivo

De todas maneras, cualquiera que sea el método que se adopte, la fotografía aérea nos parece llamada á un gran porvenir.

G. TISSANDIER

(De *La Nature*)

(1) *La Photographie aerienne par cerf-volant*. Un folleto en 8.° de *La Bibliotheque photographique*, con grabados y una lámina. París, Gauthier-Villars, 1890.



TODA UNA JUVENTUD

POR

FRANCISCO COPÉE

Ilustraciones de Emilio Bayard - Grabado de Huyot

(CONTINUACIÓN)

III

Transcurrieron un año, dos, tres, sin que ocurriera nada de notable á los inquilinos del quinto piso.

El barrio no había cambiado y conservaba su aspecto de arrabal medio campestre. Acababan de levantar, á dos tiros de fusil de la casa que habitaban los Gerard y los Violette, una fábrica de albañilería de cinco pisos, sobre cuyo techo aún se estremecían al viento los ramos marchitos de los albañiles. Pero esto era todo. Enfrente, en un solar en venta, mal cerrado con una empalizada de tablas medio podridas, veíanse siempre manojos de ortigas y una cabra rumiando las hierbas del suelo. En la pared del fondo que cerraba el solar por la que asomaban á fines de abril lilas silvestres, dejando caer sus penachos perfumados, las lluvias todavía no habían borrado la siguiente brutal declaración de amor, escrita con un cuchillo en el yeso: «Cuando Melia quiera, me tendrá», firmada «Eugenio».

Tres años habían transcurrido y Amadeíto había crecido un poco.

En aquellos tiempos, un niño nacido en el centro de París, – por ejemplo, en el laberinto de callejuelas infectas que se cruzan en derredor de los mercados, – hubiera podido crecer sin darse cuenta del cambio de estaciones, más que por el estado de la temperatura y por la estrecha banda de cielo que podía ver levantando la cabeza.

Hoy mismo, algunos hijos de pobres, – los pobres no salen de su agujero, – conocen la entrada del invierno por el olor á castañas asadas, la de la primavera por las ramas de alhelí que adornan el puesto de la frutera, la del verano por el paso de las cubas de riego, y la del otoño por el embalaje de las cestas de ostras á la puerta de los establecimientos públicos. El vasto cielo con sús babélicas arquitecturas de nubes, el oro fundido del sol poniente detrás de los grupos de árboles, el silencio encantador de la claridad de la luna plateando el río; todos estos espectáculos grandiosos y magníficos son buenos para los que habitan los barrios hermosos, ó que van allí alguna vez. El hijo de un trabajador que vive en los alrededores de la calle de Las dos Puertas de San Salvador, pasa su infancia jugando en la escalera que huele á plomo, ó en el patio que se asemeja á un pozo, y no se da cuenta de que existe la naturaleza. Todo lo más, sospecha que puede haber verdor en alguna parte, cuando el día de Domingo de Ramos ve pasar los caballos de los ómnibus con una ramita de boj cerca de la oreja. Después de todo, ¿qué importa esto si el niño tiene imaginación? El reflejo de una estrella en el arroyo de la calle le revelará la inmensa poesía nocturna, y respirará toda la embriaguez del estío en la rosa aplastada que la modista de al lado ha dejado caer de sus cabellos.

Amadeo tuvo la suerte de nacer en ese delicioso y melancólico distrito de París, que todavía no había sido «haussmanisado», y que estaba lleno de sitios encantadores y salvajes.

Su padre, el pobre viudo que no se consolaba nunca y que buscaba el medio de desechar su tristeza con largos paseos, dirigíase en las tardes claras hacia los lugares solitarios llevando á su niño de la mano. Seguían los admirables boulevares exteriores de otro tiempo, en los que había olmos gigantescos de la época de Luis XIV, fosos llenos de hierba, empalizadas ruinosas que dejaban ver por su enrejado huertas plantadas de melones cubiertos con campanas de cristal, sobre las cuales reflejaban los rayos oblicuos del sol poniente.

Ambos silenciosos, el padre abismado en sus recuerdos, Amadeo sumido en sus ensueños de niño, se iban lejos, muy lejos, y atravesando la Barrera del Infierno, llegaban á esos parajes ignorados, que producían en un habitante de la calle de Montmartre el efecto sentido por un sabio de la Edad media al ver en los viejos *mapamundis* los lugares marcados con estas temerosas palabras: *Mare ignotum*. En aquellos desiertos cenagosos no había casas, sino granjas de un solo piso. Alguna vez encontrábase una taberna pintada de un rojo vinoso siniestro; ó bien bajo las acacias de una senda que parecía un carril, un figón con toneles de muestra, ó en lo alto de una cuesta algún molino, movido á impulsos del fresco viento de la tarde. La hierba, sin polvo, invadía los caminos y hasta las escasas aceras que había en ciertos sitios. Sobre el remate de las paredes se balanceaban las amapolas: señal de soledad. Así es que apenas encontrábase á nadie, lo más á algunas pobres gentes; una buena mujer con gorra de campesina arrastrando á un chico lloroso, un obrero cargado de herramientas, un inválido retardado, y alguna vez, en medio del camino y envuelto en una bruma polvorienta, un rebaño de carneros flacuchos balando desesperadamente, apresurados por llegar al abrevadero.

El padre y el hijo caminaban en línea recta hasta que la sombra se obscurecía debajo de los árboles. Entonces se volvían azotados por el aire; mientras que á lo lejos, al fin de la avenida, comenzaban á lucir algunos reverberos antiguos,

muy separados unos de otros, trágicos faroles del *Terror*, encendiendo sus tenues estrellas bajo el cielo verde del crepúsculo.

Con estos tristes paseos, con un compañero tan triste como M. Violette, tenían fin los días de Amadeo, comenzados en el fastidioso colegio Batifol. Han de saber ustedes que el alumno estaba en séptimo y sabía ya que «la bondad de Dios» puede tomarse en latín por «bondad divina» *bonitas divina*, y que la palabra *cornu* es indeclinable. – Las largas horas pasadas junto á un pupitre de la clase, ó al lado de un paseante absorto en sus penas, pudieron haber sido fatales para la inteligencia del niño, entorpeciéndola para siempre, si no hubiese tenido



á sus buenos amigos los Gerard. Iba á su casa las más veces que podía: ahora un rato, después otro, y además los jueves todo el día, y sólo entre la familia del grabador, llena de bondad y de alegría, sentíase dulcemente conmovido y absolutamente dichoso.

¡Los buenos de los Gerard! Figúrense ustedes que además de Luisa y de María, sin contar á Amadeo considerado como de casa, habían tomado á su cargo un cuarto niño; esto es, una niñita, llamada Rosina, que tenía justamente la misma edad que su hija menor.

He aquí cómo:

Encima de la habitación de los Gerard, en una de las guardillas del sexto piso, se alojaba un tipógrafo llamado Combarieu, á quien su mujer ó querida (la portera no estaba completamente enterada, ni importaba gran cosa) acababa de abandonar, dejándole una niña de ocho años. No podía esperarse otra cosa de una criatura, que, según la portera, daba de comer á su marido y á su hija fiambres de salchichería, para evitarse el trabajo de guisar, y que se pasaba todo el día despeinada y en chambra, leyendo novelas ó echándose las cartas. Aun más: el hijo del tendero de comestibles habíala visto una tarde en el baile Ragache, sentada junto á un bombero, tomando una ensalada con vino á la francesa.

Durante el día, Combarieu, aunque republicano rojo, enviaba su hija á la escuela de las Hermanas; pero el obrero salía todas las noches, con aspecto misterioso, y dejaba sola á la niña. La portera murmuraba, bajando la voz todo lo posible, con la admiración romancesca de la gente del pueblo hacia los conspiradores, la terrible frase de «Sociedad secreta», y aseguraba que el tipógrafo tenía un fusil de munición oculto en su jergón.

Estas revelaciones predisponían naturalmente las simpatías del señor Gerard en favor del vecino. El golpe de Estado y la proclamación del Imperio habíanle irritado mucho; pero tuvo el valor amargo de grabar al día siguiente al 2 de diciembre (antes que todo era dar de comer á la familia) una alegoría bonapartista titulada: *El tío y el sobrino*, en la que veíase á Francia dando la mano á Napoleón I y al príncipe Luis, mientras que un águila coronada, cerniéndose sobre el grupo, agitaba las alas, teniendo entre sus garras la cruz de la Legión de Honor.

Un día, el grabador, al encender su pipa, que ya no era la de Abd-el-Kader, sino una *Barbés*, consultó con su mujer si no harían bien en ocuparse un poco de la niña del vecino, abandonada. No se necesitaba mucho para decidir á la excelente mamá Gerard, que más de una vez había dicho: «¡Si eso da lástima...!» cuando veía á la pequeña Rosina esperar por la noche á su padre en la casilla de la portera, dormida en un taburete al lado de una sartén. Subióse á la niña é hizo que jugara con sus hijas. Rosina era muy linda, tenía los ojos vivos, la picaresca nariz parisién, y la trenza de su cabello color de paja se escapaba por debajo de su gorrita hecha de tres pedazos. Al principio, la picarrilla dejaba escapar alguna palabrita callejera, como por ejemplo: ¡chulapo! ó ¡recaray! Pero la mamá Gerard la reprendía con severidad diciéndola: «¿Cómo se entiende? ¡Eso no se dice!» Y ella, que era muy lista, se iba corrigiendo.

Un domingo por la mañana, Combarieu, que había sabido las bondades de los Gerard, los visitó para darles las gracias.

Muy moreno, de tez lívida, con el pelo y la barba muy crecidos, como si tratase de imitar la cabeza de Jesucristo, el obrero, vestido de su larga blusa negra de tipógrafo, realizaba perfectamente el tipo del tribuno de club, del «sublime» del obrador. Francmasón probable, borracho de solemnidad, que se embriagaría quizá más de frases gordas revolucionarias que de vinillo, hablaba con voz pesada y pretenciosa, mirando alrededor con sus grandes ojos algo atontados, sumidos en vago éxtasis y en todo se parecía á un apóstol bebido. Inmediatamente inspiró respeto al grabador y el deslumbramiento que los tímidos sienten por los audaces. Gerard creyó haber descubierto en Combarieu uno de esos hombres superiores que la injusticia de la suerte ha hecho nacer en el pueblo bajo, en el que la miseria ahoga el genio.

Informado de las preferencias políticas del artista por la chimenea de su pipa Barbés, Combarieu hizo con complacencia su propio elogio.

Confesó que en un principio había sido un necio soñando con la fraternidad univesal, Santa Alianza de los pueblos; y que había escrito poesías que imprimió por su cuenta, especialmente una *Oda á Polonia* y una *Epístola á Béranger*, que le habían valido una carta autógrafa del ilustre cancionero. Pero ya no era tan cándido.

Al ver lo que todos hemos visto, las jornadas de junio y el 2 de diciembre, no basta hacerse el sentimental. (El señor Gerard, hombre hospitalario, trae una botella de vino blanco y dos vasos, pero Combarieu rehusa diciendo: «No, vecino, dispense usted, no acostumbro á tomar nada entre comidas.») Se ha engañado mucho á los trabajadores, y en *la próxima* es preciso no dejar á los burgueses ahorcar á la República. (El señor Gerard destapa la botella y ofrece un vaso de vino á Combarieu, que le toma diciendo: «Nada más que un traguito, por no desairar á usted.») Entre tanto estemos preparados. Precisamente la cuestión de Oriente se embrolla, y proporciona á Bandiguet un negocio peliagudo. («Tiene usted un vinillo que se deja beber.») Si pierde una batalla, se hunde... (Otro vasito. Usted me hace salir de mis casillas.) Se hunde en absoluto. Pero esta vez abriremos los ojos... Nada de términos medios... Es preciso volver á las grandes medidas del 93; el comité de salud pública, la ley de sospechosos, el tribunal revolucionario: todo el terremoto, y si es necesario la guillotina permanente. (¡A la salud de usted!)

Tanta energía sublevaba algo al papá Gerard, que, no obstante su Barbés, conservaba cierta tendencia de centro izquierdo. Sin embargo, no se atrevía á protestar, y casi se ponía colorado pensando que el día anterior un editor le había propuesto grabar un retrato de la nueva Emperatriz, muy descotada, enseñando sus famosos hombros, y que él no había rehusado, porque sus hijas estaban descalzas y su mujer casi desnuda.

He aquí por qué el buen grabador, desde hacía algún tiempo, tenía cuatro hijos: Amadeo, Luisa, María y Rosina Combarieu, dispuestos á meter ruido en la casa; aunque éstos no eran ya unos chicuelos y no deberían jugar más á las «visitas» ni á cazar á la gorra de pelo. Y buena falta hacía, porque todas las sillas cojeaban, dos sillones estaban rotos, y al canapé-imperio se le había salido la mitad de su relleno de cerda por las llagas de su forro de terciopelo de Utrecht.

Unicamente no había tregua para el piano: cuanto más desafinado y asmático, más abierto estaba, enseñando por debajo de sus teclas amarillas y desgastadas la marca en otro tiempo famosa de *Sebastián Erard, constructor de pianos y arpas de S. A. R. la señora Duquesa de Berry*. No solamente Luisa, la mayor de las Gerard (¡oh! una jovencita que ha comulgado dos veces, peinada con bandós, y usando pañoletas blancas como ya no se usan); no solamente Luisa, que habíase hecho una buena música, hacía sufrir al antiguo instrumento largos suplicios cromáticos, sino que también María y Amadeo golpeaban en él el *Ramillete de baile* ó *Papá y los barquitos*. Hasta Rosinita, que en su calidad de niña callejera sabía todas las canciones, se pasaba horas enteras buscando motivos con un solo dedo.

¡Oh, los romances de entonces!, antigua cola del romanticismo, «Orientales» de pacotilla, «Odas y Baladas» á docenas, «Cuentos de España y de Italia» á granel: no se trataba más que de pajes, torreones, castellanas, toreros, contrabandistas, manolas, lavanderas seducidas bajo el arco del puente, junto al agua que corre, por un caballero frívolo y engañador, y tantas y tantas simplezas. ¡Oh! ¡Aquellas novelas abolidas, Amadeo las recordará siempre! Aun las evoca con tanta precisión é intensidad, como algunos dulces recuerdos de su infancia. Les hace revivir con el mismo frío ó calor, con el mismo olor que sentía en casa de los Gerard. Si oía alguna canción de muletero español, recordaba al grabador trabajando en su plancha, delante de la ventana sin cortinillas, en un día de invierno, en que nevaba en la calle y se deslizaban gruesos carámbanos por las vidrieras. Pero el cuarto, decorado con cuadros é imágenes, estaba templado por un ardiente fuego de coke. Amadeo se recordaba también á sí propio, sentado en el ángulo de la chimenea, aprendiéndose de memoria la página de *Epítome* que debía recitar al día siguiente en el colegio.



(Continuará)

NUESTROS GRABADOS

Alegoría del candor y de la inocencia, escultura de Alonso Cano. – Con razón se ha llamado á Alonso Cano el Miguel Angel español, no sólo por ser, como éste, pintor, escultor y arquitecto á la vez, sino por la escuela á que perteneció; escuela naturalista, aunque influída por sus estudios clásicos de los antiguos mármoles, que imprimieron en sus obras un sello de idealismo *sui géneris* en nada parecido á las tendencias predominantes entre los artistas sus contemporáneos.

Distínguense sus obras por la delicadeza con que están concebidas y la corrección con que aparecen ejecutadas, y algunas de sus esculturas recuerdan por la pureza de sus contornos y la suavidad de sus carnes las grandes creaciones del clasicismo griego. Que no exageramos al expresar esa opinión demuéstralo la *Alegoría del Candor y de la Inocencia*, al pie de la cual podría figurar sin mengua alguna el nombre de uno de aquellos genios que inmortalizaron el arte helénico.

Esta preciosa escultura labrada en pórfido tiene 45 centímetros de altura por 32 de lado y descansa sobre un precioso pedestal de jaspe de Carrara. El propietario de esta joya artística es D. Eduardo Vilches, de Lorca.

La siesta en un rancho del Far West americano, cuadro de María Hallok Foóte. – Es una ley etnográfica constantemente observada la de que las viviendas humanas varían con los lugares en que se levantan, y se ajustan lógicamente, más que á los recursos de los que las habitan, á las necesidades impuestas por el medio ambiente en que han de vivir los que las construyen.

Dadas las condiciones del *Far West* americano y el modo de ser de la generalidad de los colonos que lo pueblan, se explica perfectamente la existencia de esas casas sencillas que se conocen con el nombre de *ranchos* y en las cuales sólo se encuentra lo absolutamente preciso para la vida; lo superfluo y aun lo relativamente necesario está proscrito completamente de ellas. Su monotonía es reflejo de la monotonía de aquellas inmensas llanuras en que se edifican, y su sencillez armoniza perfectamente con la sobriedad y los hábitos de los que en ellas apenas permanecen en las pocas horas de descanso.

A uno de estos ranchos nos transporta la distinguida pintora norte-americana, cuyo buen gusto queda acreditado en el cuadro por la delicadeza con que ha colocado en un tema de sí poco grato á la vista una preciosa niña graciosamente dormida, hermosa flor puesta por hábil mano en medio de un triste erial.

El escándalo, grupo escultórico de D. José Campeny, Exposición Nacional de Bellas Artes. – La composición de nuestro distinguido paisano es en extremo atrevida, así por la idea que la ha inspirado, como por la manera con que el autor la ha llevado á la práctica. El escándalo venciendo á la verdad, cuyo espejo empaña el inmundo aliento de repugnante reptil, constituye un pensamiento brillante que Campeny ha sabido reproducir venciendo no pocas dificultades de ejecución; las figuras expresan bien las imágenes que personifican, y ambas, sobre todo el jinete, reunen recomendables condiciones artísticas.

El grupo en conjunto resulta combinado con singular inteligencia y tiene no pocos detalles que merecen ser celebrados.

Un lance de honor, cuadro de F. Dadd. – Hay ciertas costumbres cuya subsistencia en todos los países y al través de todas las edades sólo puede explicarse por una de esas aberraciones sociales que ponen por encima del sentido común y de la moral lógica los mayores absurdos, sin más razón que la estúpida y débil del qué dirán.

Figura en primera línea entre estas costumbres el desafío, los llamados lances de honor, que, á pesar de llamarse así, no siempre en provecho del honor redundan ni suele generalmente ser el más honrado el que de ellos sale victorioso.

Dígalo, si no, el cuadro de Dadd: con sólo examinar los personajes de la escena que se ha desarrollado en la solitaria playa y á los primeros albores de la mañana, basta para comprender que la razón y el triunfo no coinciden en el mismo sujeto. Un adolescente de simpático aspecto y de noble mirada ha cruzado su acero con la del antipático matón, que tal vez con sus fullerías en el juego ha desplumado al inocente que la suerte puso entre sus garras. ¿Qué había de suceder? Pues lo que el lienzo representa: que el joven, á más de explotado villanamente, saca del lance una herida que añadirá un recuerdo más á los tristísimos de aquella fatal noche. Y el mundo celebrará el suceso y los que presenciaron la tumultuosa escena origen del desafío dirán, tan convencidos de que dicen una gran cosa, que la cuestión ha quedado honrosamente zanjada, y el ofendido verá aumentado el agravio con la herida y el ofensor se creerá con derecho á alternar con las gentes honradas. ¡Valiente honor el que por tales leyes se rige! ¡Brava sociedad la que tales usos sanciona! ¡Triste justicia la que oficialmente tiene que conceder que el más fuerte es el que tiene más razón y mejores derechos!

¡Va carta!... dibujo á la pluma de D. Antonio Fabrés. – ¿Quién no conoce el tan manoseado cuento del patán que ignorando para qué servían los hilos telegráficos y sabiendo tan sólo de ellos que con la velocidad del rayo establecían una comunicación entre dos puntos distantes, quiso utilizarlos para enviar al hijo ausente un par de zapatos nuevos? Una idea análoga ha desarrollado Fabrés en el precioso dibujo que reproducimos y ha servido á nuestro querido colaborador para trazar una de esas figuras que pocas plumas saben dibujar con tanto acierto, con tanta vida, con tanta naturalidad como la suya. Si hubiéramos de hacer un análisis detenido de los primores que la figura del puesto andaluz contiene, traspasaríamos los límites que esta sección impone; y sin embargo, no podemos resistir al deseo de llamar la atención de nuestros lectores sobre la expresión de la cara, la verdad con que están colocadas las manos que á modo de bocina aplica el buen hombre á su boca para anunciar con tremebundo grito el envío de la misiva, la gracia con que cae la jerezana manta en elegantes pliegues, la... Pero ¡á qué cansarnos si cada prenda de ropa, cada detalle, aun el más insignificante, es una maravilla!

No queremos terminar sin felicitar con entusiasmo á nuestro ilustre paisano por el justo y merecido triunfo que ha obtenido ante el público londonense con la exposición de sus cuadros. La prensa inglesa ha tributado á Fabrés unánimes y calurosos elogios, y el conocido negociante Mr. A. Tooth ha adquirido una de sus pinturas, que representa un moro en una sala ricamente alhajada, por la importante suma de 50 000 pesetas: nosotros unimos nuestros plácemes á aquellos elogios y deploramos en el alma que hayan de ir á parar al extranjero las mejores obras de nuestros principales artistas.

Electra, cuadro de E. Teschendorf. – Cuenta la mitología griega que Electra, hija de Agamenón y de Clitemnestra, llevando siempre en el alma el dolor que le causara el asesinato de su padre, cometido por la traición de su propia esposa, no cejó hasta que logró de su hermano Orestes, á quien cuando niño había salvado de una muerte cierta, hundiera su puñal en el seno de la adúltera madre.

Este asunto, como todos los de la antigua fábula, rebosa interés dramático y de él se apoderó Sófocles para escribir una de sus más renombradas tragedias. El pintor alemán Teschendorf ha echado también mano de la figura de Electra para pintar un cuadro lleno de vigor y de pasión, en el que la infortunada hermana de Orestes se nos aparece con toda la expresión que la leyenda nos ha hecho imaginar en ella: en su actitud enérgica, en su severo rostro, en su mirada fija se revelan claramente la idea que no puede desterrarse, el proyecto de venganza constantemente acariciado y la voluntad firme de llevarlo á cima. El nombre de Agamenón grabado en la columna completa el pensamiento del pintor; pero á decir verdad, esta aclaración del asunto era innecesaria: tal es la fuerza expresiva de Electra.

Desprovisto de accesorios inútiles, el lienzo de Teschendorf obliga á concentrar la atención en la hermosa figura, y nada pierde con ello el espectador, ya que por sí sola reune ésta bellezas sobradas para cautivarle, ora la mire al través del prisma de la fábula, ora la contemple como obra simplemente estética.

NOTICIA

EL MAPA DEL MAR NEGRO. Antes de 1696 no existía mapa alguno del mar Negro ni del mar de Azof: en aquella fecha el almirante Kriöusse empezó el trazado del plano de este último. La historia del mapa del mar Negro empieza en 1799, y á partir de la creación del observatorio de Nikolaief, el almirante Greig emprendió una serie de trabajos formales, gracias á que esos observatorios le permitieron fijar puntos astronómicos. Una expedición realizada en 1825 dió gran impulso á estos trabajos, sobre todo en las costas del Cáucaso y de la Anatolia. A partir de 1871, V. J. Zaroudnon dirigió dos expediciones pudiendo rectificar, merced al telégrafo, la distancia entre Nikolaief y Anappa en 520 metros. Actualmente, más de la mitad de las costas rusas están sondeadas á distancias de 4 á 5 verstas, quedando todavía por estudiar unas 1.100 verstas aproximadamente.

(De *La Nature*)

ADVERTENCIAS

Siendo en gran número los trabajos literarios que recibimos para la ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA y en la imposibilidad de contestar á todos los que con ellos nos favorecen, debemos advertir que sólo contestaremos á los autores de los artículos que aceptemos para insertarlos en este periódico.

No se devuelven los originales.

Suplicamos á nuestros corresponsales y suscriptores, especialmente á los de América, nos remitan cuantas fotografías de monumentos, obras artísticas, etc., consideren propias para ser publicadas en la ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, acompañándolas de los datos explicativos necesarios. En caso de que sean admitidas, tendremos el gusto de consignar, al confirmarlas en las columnas de nuestra publicación, el nombre de la persona que nos haya honrado con el envío de las mismas.

Asimismo agradeceremos la remisión de todas las noticias que tengan verdadero interés artístico ó literario.








UN CONSONANTE, por Albert Guillaume

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Chaumartín, núm. 16, París.—Las casas españolas pueden hacerlo en la librería de D. Arturo Simón, Rambla de Canaletas, núm. 5, Barcelona

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustracion Artística

AÑO IX — BARCELONA 21 DE JULIO DE 1890 — NÚM. 447

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



EL CEPILLO DE LAS ÁNIMAS, fragmento de un cuadro de D. José Benlliure

SUMARIO



PIÑA

Hija del sol, habituada á las fogosas caricias del bello y resplandeciente astro, la cubana Piña se murió, indudablemente, de languidez y de frío, en el húmedo clima del Noroeste, donde la confinaron azares de la fortuna.

Sin embargo, no omitíamos ningún medio de endulzar y hacer llevadera la vida de la pobre expatriada. Cuando llegó, tiritando, estropeada de la larga travesía, nos apresuramos á cortarle y coserle un precioso casaquín de terciopelo naranja galoneado de oro, que ella se dejó vestir de malísima gana, habituada como estaba á la libre desnudez en sus bosques de cocoteros. Al fin, quieras que no, le encajamos su casaquín, y se dió á brincar, tal vez satisfecha del suave calorcillo que la procuraba. Sólo que, con sus malas mañas de usar en vez de tenedor y cuchillo los cinco mandamientos, en dos ó tres días puso el casaquín majo hecho una gloria. El caso es que le sentaba tan graciosamente, que no renunciamos á hacerle otro con cualquier retalillo.

Porque es lo bueno que tenía Piña: que de una vara escasa de tela se le sacaba un cumplido gabán, y de medio panal de algodón en rama se le hacía un edredón delicioso. ¡Y apenas le gustaba á ella arrebujarse y agasajarse en aquel rinconcejo tibio, donde el propio curso de su sangre y la respiración de su pechito delicado formaban una atmósfera dulce, que le traía vagas reminiscencias del calor natal!

De noche se acurrucaba en su medio panalito; pero de día la vivacidad de su genio no le daba lugar á que permaneciese en tal postura, y todo se le volvía saltar, agarrarse á una cuerda pendiente de un anillo en el techo, columpiarse, volatinear, enseñarnos los dientes y exhalar agrios chillidos. Si le llevábamos una avellana, media zanahoria, una uva, tendía su mano negra y glacial, de ágiles deditos, trincaba el fruto, la golosina, ó lo que fuese, y mientras lo mordisqueaba y lo saboreaba y lo hacía descender, ya medio triturado, á las dos bolsas que guarnecían á un lado y á otro su faz muequera, nos miraban con benevolencia y no sin algún recelo sus contráctiles ojos de oro, – ojos infantiles, que velaba una especie de indefinible melancolía.

Mucho sentíamos verla prisionera detrás de aquella reja de alambre; pero ¡el diablo que suelte á una criatura por el estilo! No quedaría en casa, á la media hora de haberla soltado, títere con cabeza. Un día que logró escaparse, burlando nuestra severa vigilancia, causó más averías que el ciclón. Volcó dos jarrones de flores, haciéndolos añicos, por supuesto; arrancó las hojas á tres ó cuatro volúmenes; paseó por toda la casa la gorra del cochero, acabando por arrojarla en el fogón; destrozó un quinqué, se bebió el petróleo, y por último apareció medio ahorcada en los alambres de una campanilla eléctrica. De milagro la sacamos con vida, demostrándonos una vez más su escapatoria que la libertad no conviene á todos, sino tan sólo á los que saben moderadamente disfrutarla.

Pero claro está: la infeliz Piña, al verse libre y señora, se había creído en sus florestas del trópico, donde nadie arma bronca á nadie por rama tronchada más ó menos. Pasado el desorden de su primera embriaguez, cayó Piña en abatimiento profundo, no sé si por reacción de la febril actividad gastada en pocas horas, ó si por obra de la turca de petróleo. Causaba pena verla al través del enrejado, tan alicaída, tan pálida, con el pellejo de las mejillas tan flácido y el pelo tan erizado y revuelto. Su inmovilidad entristecía la jaula, y su plañidero gañido tenía cierta semejanza con la queja sorda del niño debilitado y enfermo. Comprendimos que era preciso intentar algún remedio heroico, y al primer capitán de barco que quiso aceptar la comisión le encargamos un novio para Piña.

¡Nada memos que un novio!

Porque conviene saber que Piña conservaba el candor, la inocencia, la honestidad y todas esas cosas que deben conservar las damiselas acreedoras á la consideración y respeto del público. La flor, – si así puede decirse, de su virginidad estaba intacta. Y aunque ningún indicio justificara la atrevida y ofensiva suposición de que Piña estuviese atravesando la sazón crítica en que las doncellas se pirran por marido, la pena y decaimiento en que se encontraba sumergida eran motivo suficiente para que le proporcionásemos la suprema distracción del amor y del hogar. Aflojamos, pues, cinco duros, y el novio, muy lucio de pelaje y muy listo de movimientos, entró en la jaula como en territorio conquistado.

¿Estaría aquel galán empapado en las teorías de Luis Vives, Fray Luis de León y otros pensadores, que consideran á la hembra creada exclusivamente para el fin de cooperar á la mayor conveniencia, decoro, orgullo, poderío y satisfacción de los caprichos del macho? ¿Se habría propuesto llevar á la práctica el irónico mandamiento de la musa popular, que dice:

> Tratarás á tu mujer
> como mula de alquiler?

¿O procedería guiado por un espíritu de venganza y resentimiento, al notar que la joven desposada le recibía con frialdad evidente y con despego marcadísimo? Lo que puedo afirmar es que, desde el primer día, el esposo de Piña (al cual pusimos el nombre significativo de *Coco)* se convirtió en aborrecible tirano. Yo no sé si medió entre ellos algo semejante á conyugales caricias: respondo sí de que, ó por exceso de pudor (raro en gentes de su casta) ó porque tales caricias no existieron, jamás advertimos que Coco y Piña, en sus mutuas relaciones, se hubiesen de otra manera sino de la que voy á referir.

Encogida Piña en un rincón de la jaula, entre girones de verdura, peras podridas y destrozadas zanahorias, llegábase á ella su marido, y bonitamente se le sentaba encima del espinazo, lo mismo que en cómodo escabel, poniéndole las dos patas sobre las ancas, y agarrándose con las dos manos al pescuezo de la infeliz, á riesgo de estrangularla. En tan difícil posición se sostenía en equilibrio Coco, sirviéndole de entretenimiento el atizar de cuando en cuando á su víctima un mordisco cruel, un impensado zarpazo ó una bofetada en los ojos. Ella trémula, engurrumicada, hecha un ovillo, se mantenía quieta, porque la menor tentativa de escapatoria le costaría mordidas y lampreazos sin número. Era inconcebible que el verdugo no se fatigase de estar así en vilo, pero no se fatigaba, y permanecía en su pedestal viviente, como los sátrapas orientales que extendían al pie de su trono una alfombra de cuerpos humanos. Si nos acercábamos á la jaula ofreciendo á la pareja alguna finecilla de dulces ó frutas, la zarpa de Coco era la que asomaba al través del enrejado de alambre, y sus papos los únicos donde iban á esconderse las fresas ó las almendras presentadas al matrimonio. Por ventura, dominada del instinto de la golosina, intentaba Piña alargar la diestra, mientras en sus ojos mortecinos, de arrugado y sedoso párpado, brillaba una chispa de deseo; pero inmediatamente los dientecillos del marido hacían presa en sus orejas, el bofetón caía sobre sus fauces, y todo conato de gula cedía ante la presión del dolor y del miedo.

Miedo, ¿por qué? He aquí el problema que me preocupaba cuando me ponía á reflexionar en la suerte de la maltratada cubanita. Su marido, por mejor decir, su tirano, era de la misma estatura que ella; ni tenía más fuerza, ni más agilidad, ni más viveza, ni dientes más agudos, ni nada, en fin, en qué fundar su despotismo. ¿En qué consistía el intríngulis? ¿Qué influjo moral, qué soberanía posee el sexo masculino sobre el femenino, que así lo subyuga y lo reduce sin oposición ni resistencia al papel de pasividad obediente y resignada, á la aceptación del martirio?

Los primeros días, en una lucha cuerpo á cuerpo, sería imposible profetizar quién iba á salir vencedor, si el macho ó la hembra, Piña ó Coco. La hembra ni siquiera intentó defenderse: echó la cabeza y aceptó el yugo. No era el amor quien la doblegaba, pues nunca vimos que su dueño le prodigase sino manotadas, repelones y dentelladas sangrientas. Era únicamente el prestigio de la masculinidad, la tradición de obediencia absurda de la fémina, esclava desde los tiempos prehistóricos. El quiso tomarla por felpudo, y ella ofreció el espinazo. No hubo ni asomo de protesta.

Y Piña se moría. Cada día estaba más pálida, más flaca, más temblona, más indiferente á todo. Ya no se rascaba, ni hacía muecas, ni nos reñía, ni trepaba por la soga. Su débil organismo nervioso de criatura tropical se disolvía; la falta de alimento traía la anemia, y la anemia preparaba la consunción. Nosotros habíamos desempeñado hasta entonces el papel de la sociedad, que no gusta de mezclarse en cuestiones domésticas y deja que el marido acabe con su mujer si quiere, ya que al fin es cosa suya; pero ante la inminencia del mal, determinamos convertirnos en Providencia, y estableciendo en la jaula una división, encerramos en ella al verdugo, dejando sola y libre á la mártir.

Pintar los visajes y chillidos de Coco sería cuento de no acabar nunca. Al ver que le ofrecíamos á Piña golosinas y alimento, sus gritos de envidia y cólera aturdían la jaula. Y al pronto Piña... ¡oh hábito del miedo y de la resignación! no se atrevía á saborear el regalo, como si aun al través de la reja, en la imposibilidad de hacerle daño alguno, le impusiese el déspota su voluntad. Con todo, según fueron pasando días renació en Piña la confianza, lo mismo que en su desollado cogote brotaba nuevamente el pelo. Reflorecía su salud, engruesaba, sus ojos de ágata brillaban, sus dientes parecían más blancos, su rabo prehensil estaba muy juguetón, y sus manos traviesas retozaban fuera de los alambres, compladiéndose en espulgar, por vía de caricia, á todo el que se acercase á su prisión. Si á esto se añade la proximidad del verano, lo suave de la temperatura, las frecuentes visitas del sol á la galería de cristales donde teníamos la jaula, se comprenderá la dicha de la esposa de Coco, su alegría y su nueva juventud, revelada en lo sedoso de su pelo y en lo rápido de sus movimientos y gesticulaciones.

Para mayor felicidad de Piña nos trasladamos á la Granja, y allí se le permitió explayarse por los jardines, subiéndose á los árboles cuanto consentía el largo de una cadenita ligera. Ella danzaba por la copa de las acacias y entre el follaje de las camelias, soñando tal vez que el cielo era, no azul celeste, sino turquí; que el bosquecillo de frutales se convertía en cerrado manglar, y que en el estanque nadaban, en lugar de rojos ciprinos, pardos caimanes que dejaban en el agua un rastro de almizcle.

Ya no la encerrábamos en jaula: nos contentábamos con amarrar su cadena, de noche, á una argolla. Cierta mañana encontramos la argolla y algún eslabón roto de la cadena, pero á Piña no. Apareció después de largas pesquisas en un alero del tejado, tiritando y medio muerta. Ebria de libertad y de luz, confundió las noches de Galicia con las luminosas y tibias noches antillanas, y el rocío, la niebla, el frío del amanecer la hirieron con herida mortal.

Expiró lo mismo que una persona, ó por mejor decir, que una criatura: tosiendo, gimiendo blandamente con la agonía estertorosa, vidriándose sus ojos y humedeciéndose sus lagrimales. Mis niños quisieron enterrarla solemnemente en el jardín; cavaron su fosa, al pie del gran naranjo *bravo*, no lejos de un pie de salvia todo florido; depositaron el cuerpo envuelto en un paño blanco; lo recubrieron de tierra echaron sobre la sepultura flores, conchas, hasta cromos y aleluyas, y mientras los dos mayores lloraban todas las lágrimas de su corazoncito piadoso, la pequeña, haciendo trompeta con el hocico salado y ensayando los gestos y pucheros que juzgó más adecuados para expresar el dolor, pronunció estas palabras, condena del sentimentalismo y fórmula de un carácter jovial y antirromántico:

– Yo también quería llorar por la mona. ¡Pero no puedo!

EMILIA PARDO BAZÁN



GUILLERMO DÍEZ
notable pintor alemán y profesor de la Academia de Munich

Este pintor, uno de los que más honran al arte alemán y de los que á mayor altura han sabido sostener el buen nombre de la brillante escuela de Munich, nació el día 17 de enero de 1839. Su principal mérito consiste en que casi todo se lo debe á sí mismo; poco, muy poco les debe á sus contemporáneos.

En efecto; él solo aprendió el arte que con tanto éxito cultiva, porque no puede decirse que tuviera maestro el que únicamente estuvo catorce días en el taller de Piloty.

Hemos dicho que no tuvo maestro y hemos dicho mal; Díez estudió con la mejor maestra de quien un pintor puede tomar lecciones, con la naturaleza, que, descubriéndole rodos sus secretos, puso ante su vista una serie de modelos tan espléndidos como variados, ya que solamente se parecían en el sello alemán que todos llevaban impreso. Desde edad muy temprana, además, demostró habilidad suma en investigar la historia artística de cuatro siglos. Desde Durero y Holbein hasta Rubens, Rembrandt, Wouwermann y Brouwer, todos dejaron sentir en él su influencia, pero sólo en el sentido de mostrarle cómo eran los tiempos en que ellos vivieron, pues en cuanto á materiales, Díez trabajaba á su manera y transformaba los que tales maestros ofrecían á su estudio y consideración. Pocos maestros ha habido que se hayan manifestado tan consecuentemente convencidos de las leyes de su arte como Díez; pocos le han igualado en la maestría con que de la más tosca primera materia que le ofrece el mundo exterior ha sabido formar obras artísticas, cuadros en toda la extensión de la palabra.

Gracias á ello, muy pronto se conquistó un puesto distinguido entre los más grandes pintores populares alemanes, tales como Enhuber, Knaus, Vantier, Menzel, Defregger, y supo hacerse un público especialmente suyo.

En sus paisajes, los animales desempeñan un papel casi tan importante como los hombres, apareciendo unos y otros tan íntimamente unidos, tan recíprocamente necesarios que apenas se les puede concebir separadamente. En medio de la extraordinaria variedad de géneros que cultiva, esta estrecha combinación de esos dos elementos es lo verdaderamente nuevo y sorprendente que Díez ha aportado al arte alemán y lo que ha llegado á formar escuela. Por esta razón raras veces se dedica á investigar los secretos del corazón humano, á penetrar en las profundidades del espíritu, y esto que cuando tales cosas se propone sabe crear verdaderas maravillas que traen á la memoria obras análogas de Rembrandt y de Durero. Porque hay que notar que uno de los rasgos característicos de Díez, como de Lehnbach, es su afición á los antiguos con preferencia á los modernos pintores. Pero como en los salteadores de caminos, vagabundos y rudos mercenarios de la guerra de Treinta años los sentimientos delicados no suelen estar tan desarrollados como la codicia, y como en los labriegos de Dachau no aparecen aquéllos en grandes proporciones, la predilección de Díez por estos rústicos ciudadanos y por sus caras mitades armadas con sus agujas, no le dejó espacio para reproducir tiernos afectos. Por otro lado, los nobles y las damas ilustres del pasado siglo, cuyos pasatiempos, cazas y viajes tan á menudo describe, veían con frecuencia interrumpidas sus partidas de placer por las sorpresas de los merodeadores y bandidos, como nos lo muestra alguno de los cuadros que publicamos. Mas precisamente en estos asuntos el pintor en quien nos ocupamos se ha mostrado innovador, poniéndose por encima de los clásicos que le sirvieron de modelo, puesto que ha sabido suavizar la brutalidad de estas escenas, que tanto repugnan en algunos de aquéllos, con pinceladas de grato humorismo. Sus salteadores son incomparables por la alegre amabilidad con que libran á sus víctimas del peso de los bienes terrenales, como sucede con el capuchino de su cuadro, á quien los ladrones dejan tan cómodamente echado sobre un lecho de punzantes malezas. En los cuadros de este género imprime el maestro una vida y un convencimiento tales, que cualquiera creería al verlos que el pintor formaba parte de la pandilla. En presencia de sus obras nadie diría que el autor ha ido tomando cuidadosamente de sus álbums de croquis y estudios de modelos cada uno de los elementos que juntos constituyen un cuadro, sino que todos ellos y el conjunto de los mismos nacieron completamente terminados. Díez se distingue precisamente de sus contemporáneos, aun de los más célebres, en que crea con entera libertad, en que nunca traslada al lienzo lo que aun siendo natural no hace juego con la composición, en que sólo toma de la naturaleza aquello que es estrictamente necesario para sus cuadros.

Además de esto, es maestro consumado en el empleo del claro obscuro; el tono de sus pinturas es siempre rico y completo; y en punto á la armonía interna y externa de sus cuadros, pocos le igualan y nadie le aventaja, pudiéndole por esta razón clasificar de verdadero clásico en su género

¿Cómo ha podido formarse este talento tan *sui géneris* que casi aislado surge en el arte alemán de nuestros tiempos? El proceso que á ese resultado ha conducido es tan característico y tan abiertamente contrario al moderno modo de crear, ó mejor dicho, á la moda moderna, que nos creemos obligados á describirlo, siquiera sea en pocas palabras, porque más puntos de semejanza tiene con el modo de ser de los antiguos flamencos que con la idiosincrasia de los actuales pintores alemanes.

Nacido en Bayreuth, hijo de un pastor protestante liberal más rico en hijos que en bienes de fortuna, dedicóse Guillermo Díez, apenas pudo hacerse con un lápiz, á dibujar los objetos que su imaginación concebía, pero con más frecuencia todo aquello que le llamaba su atención entre las cosas mil que le ro-



PARTIDA DE CAMPO DE NOBLES ALEMANES Á PRINCIPIOS DEL SIGLO XVIII, cuadro de Guillermo Díez



EPISODIO DE LA GUERRA DE LOS ALDEANOS, DE 1525, dibujo de Guillermo Díez

deaban. En cambio, poco adelantaba en la escuela, pero lo que no ganaba en ciencia avanzábalo en el arte de trazar retratos en las mesas, bancos y paredes. Como sus condiscípulos le compraran muy pronto sus estudios, especialmente cuando reproducían, no muy favorecida por cierto, la efigie de su dómine, creció grandemente su fama, bien que al par de ella menudearon más los castigos, que mortificaban el cuerpo tanto como aquélla halagaba al espíritu. En vista de tan felices disposiciones, decidió su padre, cuando el niño contaba doce años, hacerle entrar en la Escuela de Artes y Oficios, cuyo profesor de dibujo se aficionó desde luego al alumno, en quien en seguida reconoció no comunes dotes, y acabó por aconsejar al pastor que en vez de hacer perder el tiempo á su hijo en estudios de colegio le enviara á Munich á perfeccionar sus estudios artísticos. Así lo hizo aquél, y á los catorce años de edad ingresó Díez en la Escuela Politécnica de la ciudad indicada, después de haber presenciado en Bayreuth todas las ceremonias religiosas, asistido á todos los mercados de reses y haber acompañado con marcado contentamiento á todos los jinetes ingleses, trovadores ambulantes y vagabundos que por su lugar pasaban; ocupaciones todas que si contribuían á abrir los ojos al futuro artista, en nada ayudaban á hacer prosperar las virtudes cívicas en su alma. En Munich, en donde muy pronto hubo de verse exclusivamente reducido á sus propios recursos, desarrollóse incesantemente el talento con que siempre había concebido con rapidez y reproducido de una manera característica las cosas que á su vista se ofrecían: fué concurrente asiduo de todas las tabernas de los arrabales, encontróse en cuantos tumultos populares se producían en las puertas de la ciudad y en los mercados y que le proporcionaban materia abundante para sus estudios, y llegó á ser, de esta suerte, tan hábil dibujante que pronto pudo, gracias á sus ilustraciones de toda clase, ganarse el sustento y proporcionarse los medios de recorrer media Baviera para hacer acopio de materiales.

A los dos años trocó la Politécnica por la Academia, pero no encontrando gusto alguno ni en los dioses de yeso que le servían de modelo, ni en la enseñanza sistemática á que le sujetaban, abandonó al cabo de muy poco tiempo las aulas para emprender la vida errante que constituía su embeleso Nunca salía sin su álbum de croquis ni regresaba sin abundante botín, y gracias á este sistema adquirió tal seguridad en el dibujo, que á partir de aquel entonces empezó á llamar la atención. En vez de asistir á la Academia, recorría las galerías ó pasaba el rato en el gabinete de los grabados y allí estudiaba á Durero y á Rembrandt, hasta el punto de que al poco tiempo conocía tan bien la vida popular de los pasados siglos como la de la época presente. Su robustez y su rudeza le captaron muy pronto la confianza de los compañeros de taberna y vagabundos, á quienes trataba como á sus iguales y que se sentían irresistiblemente atraídos por su buen humor. Así se llenaron en seguida sus álbums de apuntes de las más audaces figuras que apenas llega á divisar el que se cría y educa entre delicadezas y cuidados Cuando Gaspar Braun le contrató para el *Fliegende Bläter* y el *Bilderbogen*, Díez se consideró dichoso y su fama como dibujante de grandes y peculiares disposiciones se extendió por toda Alemania, á la par de la que tenía adquirida Menzel.

En 1868 fué á Kiel, luego á Berlín y después á Dresde, cuyo Museo estudió con verdadero entusiasmo. Díez solía dibujar sus composiciones sin preparación alguna; por esto todas ellas rebosan vida y llevan impreso un sello particular, como se puede ver en las muestras que reproducimos y en todas las cuales aparece de una manera inimitable el carácter de la época que representan.

Cuando llegó al pináculo de la gloria como dibujante lleno de originalidad y de maestría, comenzó su carrera como pintor. En un principio trató de estudiar pintura, como hemos dicho, con Piloty, en cuya escuela dió comienzo á la *Despedida de Boabdil*; pero no habiendo logrado ponerse de acuerdo con su maestro sobre la historia del último rey moro de Granada, abandonó aquel estudio, y volviendo á su sistema autodidáctico se apasionó cada vez más por los antiguos flamencos, por Teniers, Brouwer, Wouwermann y Jan Steen, logrando identificarse tan bien con ellos, que su primer cuadro *(Merodeadores de la guerra de Treinta años que, perseguidos por los campesinos, huyen al través de un río)* despertó grandemente la admiración del público. Siguieron á él salteadores en acecho, mercenarios de Wallenstein, aldeanos sublevados, bodas y mercados anuales, asuntos todos que pintó con tendencias cada vez más independientes; y tan bien supo sorprender en cada objeto el atractivo pictórico que encerraba, que sus aldeanos de hoy regresando de la taberna apenas se distinguen de sus señores padres del tiempo de la guerra de los aldeanos, á pesar de su sorprendente verdad, gracias á que ésta, reproducida por él, nunca degenera en la insipidez moderna.



ATAQUE DE ALDEANOS, dibujo de Guillermo Díez

En 1870 y á propuesta de Kaulbach, fué nombrado profesor de la Academia, de aquella Academia que en otro tiempo había abandonado á los pocos días de frecuentarla, y en la cual logró á poco de encargarse de la cátedra crear una gran escuela, de donde han salido multitud de artistas de nota, como Ernesto Zimmermann, Rauber, Weiser, Weigand, Holmberg, etcétera. Esa escuela ha llegado á ser la más decididamente nacional de todas las escuelas alemanas, puesto que, como el mismo maestro que la fundara, se limitó á estudiar y reproducir la historia patria en el patrio territorio, y además, dando por completo al olvido la antigüedad clásica, ha revestido un carácter popular y aun diríamos mejor plebeyo.

El reanudado estudio del arte germano-flamenco aseguró en Díez una libertad, una viveza y un sentimiento del color tales, que bien pronto superó en estos conceptos á sus predecesores.



MERODEADORES, dibujo de Guillermo Díez



¡ROBADO!, cuadro de Guillermo Díez

En la vida del hombre efectuóse entonces un cambio radical; el antiguo bohemio se convirtió en un venturoso padre de familia, y este cambio influyó no poco en el modo de ser del artista, pues no sólo se dedicó con más frecuencia á la reproducción de la vida de las altas clases, como lo prueba su famoso cuadro *Partida de campo de nobles alemanes á principios del siglo décimoctavo* (existente en la Galería Nacional de Munich), sino que también sintió en lo sucesivo la necesidad de pintar escenas de familia llenas de sentimiento íntimo. Así pintó su *Adoración de los pastores*, cuadro inspirado por completo en el gusto de Rembrandt, y en el cual, al revés de lo que ocurre con los pintores holandeses, la Virgen y el Niño son dos figuras encantadoras y los demás personajes están sencilla al par que profundamente sentidos. Más simpático es quizás su *Descanso en la huída á Egipto*, en donde el artista, en otro tiempo tan rústico y más parecido á un capitán de bandidos que á un famoso profesor de la Academia, despliega un sentimiento tanto más conmovedor cuanto menos esperado podía ser en él.

Por lo demás, en Díez como en Menzel el aislamiento para conservar la independencia de su genio creador es una condición precisa de su modo de ser. Encerrado herméticamente en su taller, no por misantropía, sino para sustraerse al ruido y movimiento que obscurecerían sus propias sensaciones, cuídase muy poco ó nada de lo que hacen los demás, excepción hecha de sus discípulos, y ejerce sobre sus propias obras la más severa crítica pintando muy despacio y retocando sin cesar aquellos mismos cuadros que una vez concluídos parecen haber sido ejecutados con la mayor facilidad y soltura.

Gracias á todas estas cualidades, sus cuadros pueden ponerse al lado de los de sus predecesores flamencos sin que en la comparación salgan perdiendo las obras de su pincel salidas, que, por el contrario, adquieren cada día más valor, merced al empeño constante por parte del artista de no perdonar estudio ni medio alguno de los que conducen paulatinamente á la perfección dentro del arte.

LA REDACCIÓN

UN RETRATO

La ocupación diaria de Carlos y Mariana era regalarse mutuamente frases duras y despreciativas, idear burlas sangrientas para molestarse y causarse en fin los mayores daños.

Mariana y Carlos eran primos carnales, juntos habían pasado su infancia, tenían casi la misma edad, sus genios eran parecidos y antigua la antipatía que los separaba.

Niños resolvieron sus diferencias á cachete limpio, y si Carlos era el más fuerte, Mariana era más astuta, y unas veces era de la fuerza la victoria y otras era la fuerza la vencida.

Crecieron en años y creció también el odio que separaba á aquellos que debían ser primos queridos.

Si en la infancia su recíproca antipatía se manifestó y desahogó con palabras insultantes y groseras, bofetadas, mojicones, puntapiés y otras caricias por el estilo; con la edad se manifestó de una manera más civilizada, por decirlo así, pero también más dolorosa. Las palabras insultantes y groseras fueron sustituídas por finas ironías, y los golpes que causaron cardenales en el cuerpo, por desdenes y desprecios que hicieran sangre en el amor propio.

Contaba Carlos veinticuatro años y era de hermosa presencia y aire distinguido. No estaba desprovisto de talento y era una imaginación viva é impresionable.

Mariana era una muchacha á quien todo el mundo, menos su primo Carlos, encontraba hermosa.

Cierto día, D. Anselmo, el padre de Carlos, que veía con disgusto la antipatía que separaba á los chicos, como él los llamaba, preguntó á su hijo:

– Dime, ¿por qué odias tanto á Mariana? ¿Qué te ha hecho?

- Podría á mi vez preguntar á V., contestó Carlos, ¿por qué Mariana me odia tanto? ¿Qué la he hecho?

– ¡Bah! No es verdad que Mariana te odie. Está ofendida por tu descortesía; no te quiere porque tú no la quieres.

– Y qué culpa tengo yo de que nuestra antipatía sea recíproca. Al corazón no se le manda: es tan libre, tan desobediente, que en ocasiones, y esta es una de ellas, ni aun los lazos de la sangre respeta. Como nace la simpatía, nace el sentimiento contrario. Muchas veces se ha dicho que se ama porque se ama, y si esto es verdad, también debe serlo que se odia porque se odia. No niego que mi prima sea bonita, pero no me lo parece. Seguramente es buena, pero yo no puedo apreciar su bondad.

– ¿Y por qué?

– ¿Volvemos á la misma pregunta? Por la misma razón que el olmo no da peras. Porque no. Y dirá V. que es prima mía; pero ¿qué importa eso? Acaso las primas han de ser siempre simpáticas.

Esto decía Carlos y aun se guardaba otras cosas en el buche. Aparentaba reconocer la belleza de su prima y la encontraba de una fealdad irritante.

– Sus facciones son angulosas, se decía; su nariz extremadamente pequeña, grises sus ojos y demasiados finos sus labios. Enseña mucho los dientes cuando habla, y cuando ríe deja al descubierto las encías. Su voz es penetrante como el sonido de una cuerda de violín muy estirada; es una voz tan aguda que me lacera el alma. Hasta su nombre crispa mis nervios. ¡Mariana! Llamarse Mariana es un pecado, es el colmo de la vulgaridad. Marianas se llaman las porteras, las patronas de huéspedes, y lo que es peor, ella se llama Mariana y esto basta.

Carlos odiaba profundamente á Mariana, mientras que ésta no hacía sino defenderse. Las cóleras y los apasionados rencores de su primo le causaban risa. Le mortificaba más que por odio por el placer de verle irritado.

En cierta ocasión le preparó una broma que acabó de indisponerlos hasta el punto de que ya ni se hablaban siquiera.

Carlos era algo vanidosillo y presuntuoso. Su mayor defecto consistía en considerarse un conquistador de mujeres, un tenorio moderno.

Mariana, que conocía este defecto de su primo, se puso de acuerdo con una íntima amiga suya, que era de un carácter regocijado y travieso, y entre las dos prepararon una comedia para mofarse de Carlos y reir á su costa.



ESCENAS DE LA VIDA DEL LANSQUENET, cuadro de Guillermo Díez

Avelina, que así se llamaba la compañera de Mariana, comenzó por dirigir á Carlos tiernas miradas capaces de partir el más duro corazón. A los ojos lánguidos de carnero degollado siguieron los suspiros hondos, las tímidas sonrisas y esos mil medios de que se vale toda mujer para hacer comprender á un hombre lo que por él siente.

Cayó en las redes que le tendían el que se creía conquistador consumado, y comenzaron entre Avelina y Carlos unos amores tan románticos como los de Julieta y Romeo.

Para excitar más al engañado Carlos, fingió Avelina que sus padres se oponían á su amor.

Las apasionadas cartas que escribía el apasionado galán eran motivo de gran algazara para las dos revoltosas muchachas.

Tan adelante llevaron su broma que hicieron creer al pobre Carlos que Avelina consentía en un rapto.

Todo lo dispuso Carlos para que el rapto se llevase á cabo, y en tres días no durmió pensando en la fama que iba á darle aquella aventura amorosa y en la envidia que iban á tenerle sus amigos.

Convinieron los amantes en que se efectuaría el rapto á las ocho de la noche.

Carlos debía esperar á Avelina en la puerta de Atocha para desde allí ir á la estación del Mediodía y tomar el tren de Valencia.

Hacía ya más de hora y media que esperaba impaciente el temible seductor, cuando por fin vió llegar al sitio de la cita á la criada de Avelina.

Era ésta una gallegota ruda y fea.

Carlos al verla la preguntó:

– ¿Qué recado te ha dado para mí la señorita?

– Primeramente me ha dicho que le diga que aquí me tiene V.

– Bien, ¿y qué más?

– Seguidamente que puede V. llevarme adonde quiera, porque yo no me opongo al... al... no recuerdo cómo dijo. ¡Ah!, sí, al rapto; eso es, al rapto.

Carlos comenzó á comprender la broma y sintió que la cólera le ahogaba.

– Conque, ¿dónde me lleva V.?, preguntó la gallega.

– Al demonio, contestó Carlos.

– También dijo la señorita que si no me llevaba á ninguna parte, ni me convidaba á café, ni siquiera me daba una propina, que le entregara á V. estas cartas.

Abrió Carlos el paquete que la gallega le entregó y vió que eran las cartas que había escrito á Avelina, y además un billetito que decía así: «Querido primo: He sabido la locura que ibas á cometer y he logrado estorbar *que una infame seductora* te arrancase de los brazos de tu papá. Te devuelvo esas cartas que tanto comprometen tu buen nombre.

»Para que juzgues de las malas intenciones de tu seductora, sabe que las cartas que de ella tienes, firmadas por precaución con la inicial de su nombre, están escritas por un memorialista. No te pido que me agradezcas este pequeño servicio. Estaba obligada á hacerlo tu afectísima prima: *Mariana.*»

Carlos no pudo tomar venganza de esta sangrienta burla y decidió como el mejor partido que podía seguir romper toda clase de relaciones con sus burladoras y dejar de asistir á los círculos por ellas frecuentados. Pasó algún tiempo y Carlos llegó á olvidar la broma de que había sido objeto y hasta el nombre de su prima.

Pasado el escozor que le causó la herida que hicieron en su amor propio, casi la agradeció que, como no estaba desprovisto de talento, sirvió para corregirle de su necia vanidad, de sus pretensiones de Lobelace.

Sentía Carlos gran afición á la pintura y visitaba los estudios de los pintores más distinguidos de Madrid.

Hallándose un día en el estudio del célebre pintor M. vió colocada sobre un precioso bargueño una fotografía de mujer que había tenido el extraño capricho de retratarse de espaldas.

El original de la fotografía parecía tener una arrogante y elegantísima figura. Tan hermosa le pareció aquella mujer, que distraído y sin darse cuenta de lo que hacía, dió vuelta al retrato creyendo poder ver la cara de aquella mujer.

Su distracción hizo que se riera de sí mismo, pero también le produjo cierta contrariedad, pues hubiera querido averiguar si la cara del original estaba en armonía con su elegantísima figura.

Preguntó al pintor si sabía quién era el original de aquel retrato.

– No lo sé, contestó el pintor, ni recuerdo cómo ha venido á mis manos.

Será todo lo inexplicable que se quiera, pero es lo cierto que Carlos sintió verdadero empeño en descubrir quién fuera aquella mujer y en ver su cara.

– ¿Será bonita?, pensaba. ¿Será fea? Es lo más probable, y por ser fea se habrá retratado de espaldas. ¡Qué mujer no siendo fea oculta su cara!

Llegó á preocuparle tanto esta idea que pensó en poner los medios para satisfacer su curiosidad.

Al pie del retrato se leía el nombre del fotógrafo: García. – Carretas, 23.

Fué en su busca y ya no vivía allí el tal fotógrafo.

Después de muchas fatigas consiguió averiguar que García había traspasado su establecimiento, y dió al fin con el que buscaba, pero nada pudo averiguar.

Tan apasionado y extravagante era el carácter de Carlos, que casi se sintió enamorado de una mujer á quien no conocía más que por un retrato y de espaldas.

Hacía ya algún tiempo que padecía esta chifladura, como hoy se dice, cuando un día tuvo precisión por cuestión de negocios de ir á visitar al padre de Mariana.

Entró en un gabinete y quedóse grandemente sorprendido al ver á una mujer que le daba la espalda, pues se hallaba en el balcón mirando hacia la calle y que parecía el original del retrato.

Es ella, pensó. No hay en el mundo figura como la suya. Que cabeza tan artista, que cuello tan gentil, que talle tan esbelto, que...

– ¡Hola, primo! ¿Cómo tú por aquí? ¿Cómo te dignas visitarme?

Ni una sola palabra pudo articular Carlos; tanta era su sorpresa y su extrañeza.

Pero lo más raro del caso es que su prima le pareció preciosa. Sus labios demasiado finos eran dos corales que se entreabrían para dejar ver unos blanquísimos dientes y unas sonrosadas encías; sus ojos no eran grises, eran verdes como las esmeraldas; su voz era penetrante, y hasta el alma le penetró haciéndole sentir una dulcísima impresión.

En aquella primera entrevista, después de su total rompimiento de relaciones, estuvo Carlos tímido y encogido, y por primera vez en su vida, cortés y galante con su prima.

Reanudáronse las relaciones, y poco á poco las antiguas antipatías desaparecieron.

Cuando ya había renacido entre ellos la confianza, dijo un día Carlos á Mariana:

– ¿Quieres hacerme el favor de colocarte de espaldas á mí y estarte un momento quieta?

– ¿Para qué es ese capricho?



LA CANTINERA, cuadro de Guillermo Díez

– Una extravagancia si quieres, pero sé complaciente, te lo ruego.

– Como quieras. ¿Estoy así bien? ¿A quién me parezco por detrás?, preguntó Mariana riendo.

– Te pareces á la única mujer á quien yo quiero.

Después de esta declaración, ya adivinará el lector lo que pasó. Se ruborizó Mariana, quiso disimular su rubor riendo á carcajadas; preguntó Carlos si Mariana compartía sus sentimientos y ella cerró los labios, pero contestó con los ojos, y abriendo el piano hizo sonar repetidas veces la nota *si*.

A los dos ó tres meses de esta escena se había ya concertado formalmente el matrimonio entre los primos que antes tanto se odiaban.

Pocos días antes de leerse la primera amonestación, preguntó Mariana á Carlos:

– ¿Quiéres explicarme cómo tan de repente te enamoraste de mí?

Refirió Carlos la historia del retrato y supo entonces que su prima, por complacer á un amigo de su padre, que era pintor y que quería hacer un estudio de una mujer vista de espalda, la había suplicado que se retratara en aquella posición.

La alegría de Carlos fué inmensa, pues hasta entonces había empañado su felicidad la duda de que no fuera su prima el original del retrato.

Se verificó el matrimonio y no hubo en el mundo hombre más feliz que Carlos.

Pasaron dos años.

Un día hicieron, marido y mujer, conversación sobre la historia de la fotografía. Contó Carlos todos los pasos que había dado para encontrar al fotógrafo. Le nombró, y entonces Mariana se echó á reir y dijo:

– ¿Dices que se llamaba García el fotógrafo? ¿Y vivía en la calle de Carretas?

– Sí; pero á qué viene esa risa.

A que tiene mucha gracia que no fuera de mí de quien te enamoraras. Yo me retraté en casa de Otero.

Carlos amaba mucho á su mujer y, sin embargo, le causó mucha pena saber que no era ella la mujer á quien con tanto afán buscó.

Desde entonces ya no fué su dicha completa, porque le perseguía esta idea: ¿Sería más bonita la otra?

La casualidad le dió contestación á esta pregunta.

Una noche se sintió repentinamente enferma su mujer, fué Carlos en busca de un médico, y cuando á los dos ó tres días, pasada ya la ligera indisposición, fué á pagar al médico sus honorarios, vió sobre la mesa del despacho un cuadrito y en él el retrato causa de su matrimonio, pero aquél era el auténtico; á su pie se leía: García. – Carretas, 23.

Excitado por la curiosidad, y pidiendo mil perdones al médico, le rogó le dijera de quién era aquel retrato

– De mi mujer, dijo el médico, ¡Ya murió la pobrecilla!

- Y dígame V., añadió Carlos: ¿á que se debió el capricho de retratarse así?

- Vea V. la explicación.

Abrió el médico un cajón de su mesa y sacó otro retrato que entregó á Carlos.

- ¡Jesús, qué mujer tan horrible!, dijo éste sin poder contenerse.

– Es mi mujer.

Pidió mil perdones Carlos y salió de la casa todo confuso y turbado.

– De buena me he librado, pensaba.

Refirió el final de la historia á su mujer, me la refirió á mí y yo se la refiero á V., y con mi firma doy fe de que es cierta, y muy cierta.

Rafael M.ª Liern



el vivandero, cuadro de Guillermo Díez

LOS PALOMARES MILITARES MARÍTIMOS

Sábese que las potencias extranjeras han dado gran desarrollo á la organización del servicio de palomas viajeras. Desde que Alemania confió la dirección de sus palomares militares á especialistas, los resultados obtenidos han sido tales, que se ha elevado á 50.000 marcos la consignación para las correspondencias militares llevadas por palomas, y que el emperador en persona se ha constituído en presidente de la Federación de las Sociedades colombófilas alemanas.

Se ha provisto á los puertos de Kœnigsberg, Dantzig, Stettin, Stralsund, Stade, etc., de palomares marítimos que, de concierto con las sociedades colombófilas del litoral, servirán especialmente para la marina de guerra alemana, así como Rusia ha formado brigadas aladas para establecer comunicaciones entre sus cruceros y sus puertos del Báltico.

Los daneses, bajo la dirección de M. Holboll, que formaba parte del último Congreso colombófilo del Trocadero de París, han instalado esta clase de palomares en el Sund y el Caltegat. Hace doce años que las palomas inglesas ejecutan todas las etapas entre Cherburgo y la Rochela.

Los italianos tampoco se han quedado atrás: los palomares marítimos de las costas adriática y tirrena han sido reforzados en vista de la misión importante que pueden desempeñar en las operaciones navales. Todos los días se hacen pruebas, y una de ellas ha sido presidida recientemente por el almirante Lovera di María.

Por su parte, el Ministro de Marina se ocupa activamente en poner á su disposición exclusiva palomas viajeras en número suficiente; ya puede contar con los palomares civiles de Marsella y Tolón; hace poco el palomar militar marítimo de Brest ha dado principio á la enseñanza de sus aves, y todo induce á creer que este nuevo medio de rápida comunicación quedará organizado en breve sobre bases completas.

Efectos del rayo en los árboles. – Es sabido que caen rayos con frecuencia en los robles y encinas, mientras que aquéllos parecen respetar el haya El mayor ó menor peligro que puede presentar el ponerse al abrigo de un árbol durante una tormenta, desde el punto de vista de la electricidad atmosférica, depende de su altura, de la conductibilidad mayor ó menor que le da la relativa abundancia de savia, y por fin de la carga eléctrica que se le puede comunicar.

Ultimamente se han hecho algunos experimentos muy sencillos que parecen probar que la naturaleza de las hojas entra como factor importante en las acciones eléctricas. Al paso que las hojas de la encina son enteramente lisas, las del haya roja son muy velludas; puestas en una máquina eléctrica de disco de vidrio, las hojas del haya disipan la carga eléctrica merced á las innumerables puntas que tienen, de suerte que no puede conseguirse sino la mitad de la tensión á que se llega cuando las ramas de haya están reemplazadas por otras de encina. Se ha observado también que una hoja de haya puesta sobre un conductor cargado disipa la carga mucho más rápidamente que una de encina.

Estos experimentos prueban que la naturaleza de las hojas ejerce gran influencia en el peligro que ofrecen como abrigo varios árboles, y que las hojas velludas como las del haya parecen impedir la acumulación de la carga eléctrica.

Fusil de gas licuado. – Los inventores de armas mortíferas no se dan punto de reposo para *perfeccionarlas* ó introducir nuevos adelantos en el arte de la guerra Hace pocos días que M. Giffard ha ideado un nuevo fusil que en lugar de disparar el proyectil con pólvora más ó menos ruidosa ó sorda, con ó sin humo, lo efectúa por medio de un gas licuado. Este gas es el ácido carbónico contenido en un depósito á modo de cartucho, puesto en la parte inferior del cañón.

Así, pues, el principio esencial de la nueva arma es obtener el trabajo necesario para el disparo de la bala, no de la conflagración de la pólvora, sino de la expansión del gas ácido carbónico líquido comprimido. El órgano esencial del aparato es el cartucho que contiene este gas: lo constituye un tubo de acero, cerrado en su parte superior con un tapón del mismo metal atornillado. La parte inferior del cartucho lleva una válvula automática de muelle, con la cual está en relación una aguja percutora. En el acto de oprimir el pie de gato como en los fusiles comunes, cae sobre la aguja percutora, la que acciona directamente sobre la válvula de expansión del gas líquido; á cada golpe se escapa por ella una corta cantidad de líquido que se convierte en gas instantáneamente, y suministra la tensión necesaria para el disparo del proyectil. El cañón de acero está atornillado á la culata metálica, que lleva una llave destinada á la introducción de la bala. El extremo inferior del cañón de proyección está obturado con un tapón metálico que sirve para graduar el tiro y que se puede sacar fácilmente para reconocer el interior.

El cartucho ó depósito de ácido carbónico licuado es susceptible, según su dimensión y el calibre de las armas, de disparar quinientos tiros seguidos.

SECCIÓN AMERICANA

EL CABALLERO SIN CABEZA

(Conclusión)

VIII

Así continuaron las cosas por algún tiempo sin producir resultado definitivo, hasta que una tarde de otoño, hallándose nuestro dómine en la escuela, rodeado de muchachos, con el mango de las disciplinas cogido á manera de cetro y la mesa cubierta de artículos prohibidos que acababa de decomisar, tales como manzanas, cañones de caña, cajas de moscas y pájaras de papel, entró un negro, enviado extraordinario del Sr. Van-Tassel, para invitarlo en nombre de su amo á un banquete que tendría lugar en la granja al anochecer de aquel mismo día.

No bien hubieron los chicos traslucido el objeto de la embajada, se levantaron en tropel, y arrojando



LLAMO PARA UN BAUTIZO, cuadro de Chevillard



LA REVOLUCIÓN, grupo destinado al monumento que en honor á Garibaldi se levantará en Milán

Escultura de Héctor Jiménez, grabado de Mancastroppa

los libros por alto y los bancos por el suelo y dando voces y gritos descompasados, salieron fuera á todo correr y saltar. No hubiera hecho menos el tío Puntero á no contenerlo la gravedad que requería su ministerio.

Media hora bien cumplida pasó el enamorado maestro acicalándose delante de un espejillo y cepillando la levita de ceremonia que estaba zurcida, pelona y lustrosa por todas partes. Hecho lo cual, salió en busca de su amigo Van Ripper para que le prestase un caballo. A fuer de narrador exacto debo hacer una breve descripción del caballejo y arreos del tío Puntero. Era el tal un penco de arriero, flaco, sin pelo en el lomo, con el cuello largo y recto; la cabeza de forma de martillo, escaso de crines y de cola y un si es ó no rengo. No debió faltarle mérito en su juventud, puesto que su amo le puso por nombre *Polvorín*, y que con él se le conocía por todas las carreteras y veredas á cincuenta leguas á la redonda. En cuanto al tío Puntero era digno de su rocín.

Pues, como iba diciendo, era un día de otoño; en el cielo no se percibía la más leve nubecilla, y el sol poniente bañaba con colores de púrpura la campiña, cuyo silencio interrumpía el canto de los pájaros encaramados en las copas de los árboles, bajo los cuales proseguía pacíficamente su camino el héroe de nuestra historia contemplando lleno de placer los tesoros de la naturaleza.

Aquí arbustos cargados de sabrosos frutos; allí laderas cubiertas de maíz: por un lado el mar de Tappan, terso y luciente como una luna de Venecia; por otro el Hudson, en el que se divisaba un bergantín; y como el cielo se reflejaba en las tranquilas aguas del río, confundiéndose con él en el horizonte, el buque parecía estar suspendido en los aires por mano invisible.

Un paso tras otro, á la puesta del sol, llegó el tío Puntero á la granja de Van-Tassel, donde halló reunida á la flor y nata de la vecindad. Los viejos se habían vestido con la mejor ropa: calzón corto, medias azules y zapatos de suela doble y claveteada, con hebillas de estaño. Las mujeres traían faldas largas, y colgando de la cintura las indispensables tijeras; sombrerillos de paja y trajes blancos diferenciaban á las solteras de las casadas, y espesas filas de botones de cobre á los mozos de los que no lo eran. En lo que todos los hombres estaban iguales era en la piel de anguila, dentro de la cual metían la coleta por considerarse esto en el país como preservativo infalible del cabello.

Sansón, el héroe de la fiesta, llegó en aquel punto, caballero en su potro favorito, animal, como su amo, lleno de vida y fogosidad

Nadie sino Van-Blunt se atrevía á montarlo á causa de su genio, circunstancia de mucho mérito á sus ojos, porque según él los caballos mansos sólo eran propios de mujeres, en tanto que los hombres de pelo en pecho debían montar los más briosos y de peor condición.

IX

Pero volvamos á nuestro dómine, que al poner la planta en el comedor de su amigo quedó en éxtasis, contemplando, no las gracias y encantos de las hermosas zagalas, sino el espectáculo que ofrecía la mesa cubierta con inusitada pompa culinaria de pirámides de pastelillos, de promontorios de tortas, de grandes jamones y trozos de carne ahumada, de pavos rellenos, de gansos en salsa y gallinas asadas, todo condimentado de la manera más golosa.

De más está decir que el dómine hizo el honor debido á tan opíparo y suculento banquete; que comió sentado y de pie, pero siempre con gula insaciable; y que como su corazón se hallaba sin duda en contacto y vecindad moral muy cercana de su estómago, á medida que éste iba llenándose, aquél se dilataba, pudiendo muy bien decirse que, así como otros se alegran y achispan con el vino, el tío Puntero se emborrachaba comiendo, y entonces acariciaba su mente con las más placenteras imaginaciones. Aquella vez le dió por halagarse con la idea de ser, con el tiempo, dueño y señor de tantas grandezas como delante de sus ojos tenía desparramadas. Si llegaba ese caso, ¡con cuánta voluptuosidad abandonaría entonces para siempre la escuela! ¡Y con cuánto placer volvería la espalda al Sr. Van Ripper y demás tacaños protectores! Y sobre todo, ¡con cuánto gusto echaría de su casa á puntapiés á los pedagogos errantes que cometiesen la torpeza de llamarle colega!

Mientras, el viejo huésped, con la cara más risueña que unas Pascuas, se paseaba entre los convidados y hacía los honores de la casa como Dios le daba á entender. Concluída que fué la merienda dejáronse oir los acordes de la música, invitando al baile á los convidados. La orquesta se componía de un negro casi enano armado de un violín, con el cual hacía medio siglo que marcaba el compás á los bailarines de Valdormido.

El tío Puntero, que también tenía sus pretensiones de danzante, no quiso echar en saco roto la ocasión que se presentaba de oprimir el esbelto talle de Catalina, y, en efecto, la invitó á bailar, cosa en la cual vino ella con mucho gusto, mientras el bárbaro de Sansón, al verla sonreir á su rival, comenzó á rumiar no sé qué proyectos de venganza.

Terminada que fué la danza, se acercó el tío Puntero á un grupo donde los padres graves departían á media voz, entre bocanadas de humo, acerca de algunos episodios de la guerra de la Independencia.

Habíaseme olvidado decir que la parte aquella de Valdormido era, en la época de que voy hablando, una de las localidades más abundantes en anécdotas y hombres grandes que pueda imaginarse. Porque como las tropas inglesas y americanas la castigaron tanto durante la guerra, y fué teatro de todos los horrores militares, y como además había transcurrido un espacio de tiempo suficiente para permitir á los contemporáneos salpicar sus relaciones de mentirillas y hasta para convertirse en héroes de alguna proeza, de aquí el que á cada paso se oyeran referir hazañas por aquellos inofensivos colonos, capaces de causar envidia á los mismos Doce Pares de Francia.

Quién había rendido una fragata inglesa, batiéndola desde tierra con un pedrero, quién había partido en dos con su sable una bala enemiga que venía silbando por los aires; quién... pero todas estas cosas eran menudencia y barreduras, comparadas con las historias de apariciones, que venían después como de molde. Creo haber dicho al principio que, bien por efecto del ambiente soporífico que se respiraba en Valdormido, bien por otra causa cualquiera, sus hijos son los más grandes visionarios del universo; y siendo esto así, fácil es comprender el sinnúmero de patrañas que se contarían al socaire de la morada del Sr. Van-Tassel aquella noche serenísima. Allí salió á relucir la medrosa relación de los gritos y lamentaciones que solían oirse junto al árbol donde fué preso el desgraciado mayor André (1) y la no menos lúgubre de la mujer vestida de blanco que se paseaba por el sombrío valle de Raven Rock, dando gemidos cuando barruntaba mal tiempo; pero las correrías del Caballero sin cabeza á quien últimamente se había visto pasar á galope por las cercanías de capilla, fueron, como era natural, las que más ocuparon las lenguas y preocuparon los ánimos de los buenos *dormilones*.

Y por cierto que la posición aislada de la capilla se prestaba perfectamente á servir de punto de reunión á todos los espíritus inquietos de la comarca Porque, asentada en un montecillo, frente al cementerio, circundada de olmos y encinas por entre cuyo espeso ramaje brillaban sus blancas paredes, á poco trecho de un extenso arroyo y con matorrales y pantanos por todas partes, era lugar, como ya dejo dicho, especialmente de noche, que ni hecho de encargo podía ser más á propósito para las congregaciones de almas en pena.

Demás está decir que todas estas fantásticas historias penetraron profundamente en el corazón del tío Puntero, metiéndoselo en un puño, como suele decirse, y predisponiendo su espíritu á creer en cuanta patraña pueda imaginarse.

Así las cosas, comenzó á disolverse la reunión, y los unos á caballo, los otros en carros, tomaron el camino de sus casas. No así el tío Puntero, quien, según la costumbre de todos los enamorados, se quedó el último para consagrar algunos momentos á la señora de su corazón. ¿Qué pasó durante la entrevista? Lo ignoro; pero nada bueno pudo ser, cuando al cabo de un corto espacio el dómine salió de la galería con las orejas gachas, se dirigió á la caballeriza, despertó á puntapiés á *Polvorín*, colocó sobre su espina dorsal la silla, y dejándose abierta de par en par la empalizada, hizo rumbo hacia su cabaña.

X

No tengo bien presente si dije á los principios de esta verdadera historia que para volver á casa del tío Puntero como quien va de la del Sr. Van Tassel, era preciso pasar un puentecillo desvencijado, viejo y peligroso por demás, y que en sus inmediaciones solía apostarse el ya nombrado caballero alemán para dar sustos á los viajeros nocturnos.

Ahora bien: el tío Puntero, que llevaba el alma entre los dientes con este motivo y el corazón como se lo había puesto la ingrata y coquetísima de Catalina, tiritó de frío al oir en lontananza que daba la una en el reloj de la parroquia. Tanta era la soledad y tan grande y completo el silencio que reinaba aquella noche, que el tío Puntero percibía el canto de los gallos á media legua de distancia. Nunca se había visto más solo. Ninguna señal de vida se advertía á su alrededor, como no fuese el canto de los grillos y las notas guturales de las ranas.

Viniéronsele entonces á la memoria todas las historias de fantasmas, duendes y aparecidos que poblaban su cerebro, y empezaron á desfilar delante de sus ojos. Como para ahuyentarlos arreó dos fuertes talonazos á su rocín, y avanzó más que de paso por el camino que conducía al puente. A un lado de la vereda se alzaba un árbol de proporciones colosales, cuyas largas y nudosas ramas se extendían á gran distancia en todas direcciones. Allí fué preso durante la guerra de la Independencia el desgraciado André, y por esta causa era considerado por las gentes sencillas y vulgares con respeto supersticioso.

A doscientos metros próximamente del árbol corría un arroyuelo que iba á perderse en las marismas, y sobre el arroyo estaba el puente. Cuando iba ya el tío Puntero á entrar por él, percibió un ruido sospechoso del lado de la laguna, como si viniera por aquella parte un jinete á galope. En efecto, al punto se le apareció una figura colosal, informe, negra é imponente, guarecida en un matorral, montada, al parecer, en un caballo y en actitud amenazadora.

Erizáronsele al dómine los cabellos al darse de narices con aquel aparecido tan á deshora. ¿Si sería el alma en pena del mayor André? ¿Si sería el caballero de marras? ¿Qué hacer? Porque volver grupa y huir no era posible, sin exponerse á mayores peligros tal vez ¿Quedarse quieto? El tío Puntero no tenía corazón para estarse quieto. Recurrió, pues, al medio de todos los cobardes: la fuga, la vergonzosa fuga; y dando de palos á *Polvorín* lo sacó casi escapado por la cenagosa ribera. Pero no bien hubo hecho esto cuando ya el aparecido lo seguía de cerca. Sin dejar de correr volvió la cabeza, y á favor de un rayo de luna que salía por entre unos árboles, pudo ver á su perseguidor, que no era otro sino un hombre de colosal estatura; y ¡cuán grande no fué su horror al advertir que, en vez de tener la cabeza sobre los hombros, la llevaba descansando en el arzón de la silla! Ya no quedaba duda: ¡era la fantasma de Valdormido! Frenético, loco de horror, obligó á *Polvorín* con pies y manos, atronando la selva con sus desaforados gritos, y sin cuidarse del camino que seguía, sino sólo de salvarse de las garras del aparecido. ¡Vano empeño! El jinete lo adelantó, y volviendo de repente su caballo, se detuvo en mitad del camino como para cortarle el paso. Detúvose también *Polvorín*, y entonces sacando el tío Puntero fuerzas de flaqueza, dió una gran voz y dijo á su contrario:

—¿Quién eres? ¿qué me quieres?

Los ecos de las montañas vecinas repitieron las palabras del dómine.

—¿Quién eres? volvió á gritar con toda la fuerza de sus pulmones.

Entonces la visión, levantando con ambos manos su cabeza colosal, dijo con voz medrosa estas terribles palabras: «Soy el caballero errante de Valdormido,» y sin dar más explicaciones se la tiró á la cara con la violencia de un cañonazo.

El tío Puntero cayó al suelo cuan largo era, y su cabalgadura pisándose las riendas desapareció en el bosque, juntamente con el caballero fantasma...

Al día siguiente hallaron unos pastores en aquel sitio un sombrero abollado y una enorme calabaza hueca, rota por algunas partes . . . .

. . . .

XI

Un viejo que vino á Nueva York muchos años después, me dijo que el tío Puntero vivía sano y bueno; que si había desaparecido de la vecindad fué por miedo á la fantasma y por no ver á la veleidosa Catalina; que, primero, se estableció en un lugar apartado y puso escuela, y que luego después de haber estudiado leyes, obtuvo una plaza de juez, destino que desempeñaba en aquel entonces.

Demás parece decir al dar fin y remate á la presente historia, que Catalina entregó su blanca mano al bruto de Sansón, quien siempre que se hablaba del tío Puntero y de la calabaza descubierta por los pastores en el sitio de la catástrofe, daba una estrepitosa carcajada, lo cual hizo sospechar á los más avisados que sabía del asunto algo más de lo que le convenía decir.

En cuanto á las viejas del valle, siguieron creyendo hasta el fin de sus días en la desaparición sobrenatural del tío Puntero, y en el *Caballero sin cabeza de Valdormido.*

Traducido por M. Juderías Bénder

(1) Oficial que murió trágicamente en la guerra de la Independencia. — N. del T.

SECCIÓN CIENTÍFICA

LA NAVEGACIÓN SUBMARINA

LAS PRUEBAS DEL «GOUBET»

Una de las más atrevidas concepciones que el hombre haya podido soñar, la de la navegación submarina, ha dado lugar desde hace muchísimo tiempo, pero sobre todo en estos últimos años, á innumerables experimentos. Los que hace poco llevó á cabo el barco submarino de M. Goubet merecen ser consignados como especialmente interesantes. Desde 1886, en que M. Goubet terminó su torpedero submarino hasta la fecha, el inventor no ha introducido en él ninguna modificación importante y sí solamente algunos perfeccionamientos de detalles que en nada han variado el principio de la construcción. El más interesante de estos perfeccionamientos es, sin duda, la adición de un tubo óptico.



Fig. 1. – Prueba del submarino *Goubet* practicada en Cherburgo en 1.° de febrero de 1890. El *Goubet* cerrando su porta. (De una fotografía.)



Fig. 2. – Lancha llevando víveres á los tripulantes del *Goubet* sumergido, 1.° de febrero de 1890. (De una fotografía.)

El mayor defecto que algunos achacaban al nuevo torpedero, como á todos los barcos submarinos, era que, una vez sumergido, nada podía saber de lo que ocurría en la superficie del mar y, por consiguiente, érale imposible mientras duraba la inmersión comprobar directamente su ruta.

Este inconveniente, mucho menor en la práctica de lo que al pronto parecía, pues la vista se acostumbraba progresivamente á las obscuridades de los abismos, no existe ya en la actualidad, pues el *Goubet* posee un tubo óptico, instrumento de maravillosa sencillez, gracias al cual el barco puede, estando completamente sumergido, ver á lo lejos en la superficie del mar y por lo tanto gobernar como si marchara inmergido en la condiciones de la navegación ordinaria.

El tubo óptico. – Dos prismas de reflexión total ajustados á los dos extremos de un tubo que atraviesa el casco del barco, constituyen la parte esencial de este aparato. Durante los períodos de inmersión, si el que gobierna el submarino quiere ver lo que pasa fuera no tiene más que remontarse suavemente hasta pocos centímetros de la superficie del mar, cosa sumamente fácil, dado que M. Goubet ha resuelto el difícil problema de asegurar la estabilidad de su torpedero á cualquiera profundidad. Si en tales condiciones se hace salir fuera de la superficie líquida el extremo superior del tubo óptico, los rayos luminosos, penetrando directamente y sin desviación en el prisma por su cara normal á la línea del horizonte, experimentan una reflexión total al llegar á la cara inclinada y son dirigidos al segundo prisma, que después de hacerles sufrir otra acción análoga los envía al ojo del observador. Gracias á esto, el que dirige el barco ve delante de sí en su posición exacta todo lo que cae dentro del campo visual de su aparato, y si quiere ver lo que pasa detrás le bastará para lograrlo hacer describir al tubo que sostiene el prisma emergente un ángulo de 180°, sin variar la posición del prisma inferior.

El tubo óptico puede estirarse hasta 30 ó 40 centímetros sobre el casco, y para protegerle contra todo accidente durante las grandes inmersiones puede encogerse hasta la línea de aquél: para evitar todo choque va provisto de un capuchón metálico. Otra ventaja del tubo óptico es que difícilmente por él puede descubrirse la presencia del torpedero, porque al salir á la superficie parece un gran tapón de corcho flotante que el más insignificante oleaje hace invisible, además de que sólo podrá ser visto á una distancia demasiado grande para llamar la atención del más vigilante centinela, pues al llegar á la zona peligrosa, el torpedero, que con auxilio de la brújula ha podido observar exactamente la posición del acorazado que quiere atacar, retira su tubo, y sólo después de haberse sumergido algunos metros realiza su misión devastadora.

Pero ocupémonos ya en las pruebas verificadas en los días 1.° de febrero y 13 de abril de este año en Cherburgo, en la concha del Comercio, en presencia de varios periodistas y de gran número de curiosos, entre los cuales había muchos marinos. En las de 13 de abril, á que asistimos, vimos por dos veces en un mismo día al submarino, maniobrar con una precisión y una seguridad perfectas, con movimiento ora rápido, ora lento, avanzando de un modo insensible y, á pesar de esta falta de fuerza viva, haciendo sus evoluciones con tanta facilidad y con tanta ó más precisión que un barco ordinario lanzado á toda velocidad, sumergiéndose y saliendo á la superficie, orientándose en medio del agua sin vacilación y dando, por último, una demostración completa de su habitabilidad.

La primera serie de pruebas tuvo lugar por la mañana y se ejecutó estando el agua bastante límpida. Después que hubimos subido á bordo de cinco pequeños torpederos anclados á pocos metros de una balsa de 6 por 3'50 metros que sirve de amarradero al *Goubet*, los dos hombres que constituyen la tripulación del submarino penetraron en éste: muy pronto, soltadas las amarras, el *Goubet* se alejó suavemente y comenzó á sumergirse con extremada lentitud, practicando á la vez algunas evoluciones; luego vino á situarse perpendicularmente á la línea de los cinco torpederos, y una vez allí detuvo su marcha y se sumergió lentamente hasta encontrar el nivel exacto para pasar por debajo de aquéllos sin tocarlos, operación nada fácil, ya que siendo allí la profundidad de la concha de unos 6 metros y calando los torpederos 1'50, sólo quedaba un espacio de 4'50, y como la altura total del *Goubet* es de 1'80 era preciso que éste calculara con gran precisión la profundidad á que debía descender para pasar sin menoscabo entre el fondo de la concha y la quilla de los torpederos.

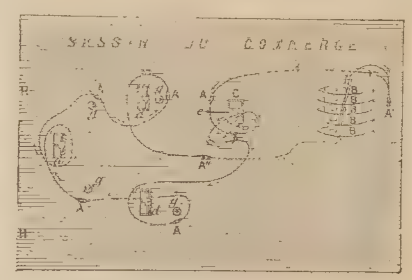


Fig. 3. – Trazado del camino recorrido por el *Goubet* durante las pruebas públicas de 13 de abril de 1890 en Cherburgo. – A, El *Goubet* estaciona delante de los cinco torpederos B. – G, Balsa inmovilizada por medio de áncoras. – *dd*, Boyas de amarradero. – *e*, Percha móvil. – *f*, Hélice. – *gg*, Pequeñas boyas. – HH, Puertas de comunicación de la concha con el mar abiertas. – AAAA, El *Goubet* á diversas profundidades. – La línea de puntos doble indica el paso por debajo de los cinco torpederos y de la balsa.

En breves instantes recorrió el trayecto el barco que, después de haber evitado las cadenas de amarre de los torpederos remontó á la superficie, deteniéndose á pocos centímetros bajo el nivel del agua. Entonces, tras una virada completa en un espacio menor que su longitud, ó sea de menos de 5 metros, el *Goubet*, oblicuamente y manteniéndose sumergido al ras del agua, pasó entre la proa y la amarra de uno de los torpederos, y luego modificando su dirección se acercó á un buque inglés, el *Saint Margaret*, como si quisiera colocar un torpedo en su costado de babor, hecho lo cual se alejó y volvió á su amarradero: había estado sumergido 45 minutos.

Por la tarde se verificó también en la concha del Comercio, pero un poco más lejos que por la mañana, una segunda serie de pruebas más interesantes que las anteriores. La balsa había sido sujetada por 4 áncoras en el centro de la concha (fig. 4) y sustentaba una percha móvil de 5 metros de largo, *e*, con una banderita en la punta; percha que, provista de un contrapeso para levantarla, se mantenía debajo del agua por medio de un lastre sujeto á ella por un hilo: delante de la balsa había, además, sumergido á 4 metros de profundidad el hélice del *Korigan*, *f*, dispues-

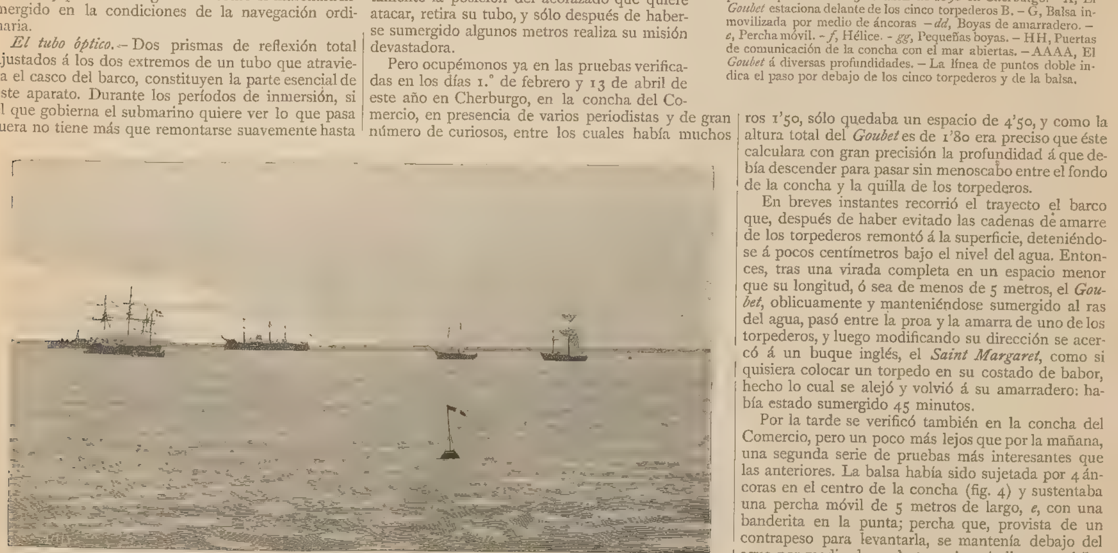


Fig. 4. – El *Goubet* á flor de agua esperando en la rada la apertura de la concha. 1.° de febrero de 1890, á las doce del día. (De una fotografía.)



Una carrera de caballos en el teatro de la *Unión Square*, de Nueva York. (Aplicaciones de la electricidad.)

to de modo que pudiera subir y bajar á lo largo de los deslizadores instalados en aquélla; y finalmente, de trecho en trecho se sumergían pequeñas boyas con banderitas y retenidas por hilos atados á un lastre. El submarino, cuya presencia sólo indicaba el tubo óptico que se sumergía por instantes, siguió con exactitud absoluta la ruta de antemano señalada por M. Goubet, cortó el hilo que sostenía la percha, introdujo una barra de hierro en el hélice, pasó por entre las amarras de la balsa dejando debajo de ésta un torpedo sin carga de 102 kilogramos, y recorrió la concha buscando y cortando los hilos de todas las boyas sumergidas.

Esta última parte de las pruebas demostró las cualidades notables del *Goubet* en punto á maniobras, puesto que encontró en medio del agua todos los hilos que quería romper, volviendo atrás si alguna vez no lograba su intento.

Después de dos horas y media de pruebas, durante las cuales desde el interior del torpedero se lanzaban bolas de cristal que en caso necesario podían contener escritos, el *Goubet* remontó á la superficie, y entre los aplausos de la multitud entusiasmada salieron por la porta los dos tripulantes tan ágiles como antes de la inmersión.

Entonces se sacó el hélice y se vió entre sus alas una larga barra de hierro que imposibilitaba sus movimientos.

La impresión que estas pruebas produjeron en cuantos las presenciaron fué de que no podían ser más concluyentes.

G. VITOUX

(De La Nature)

* * *

LA CIENCIA EN EL TEATRO

LA ELECTRICIDAD APLICADA Á UNA ESCENA DE LAS CARRERAS DE CABALLOS

La distribución de la energía eléctrica que en tan grande escala se practica hoy en América ha modificado radicalmente los procedimientos de una porción de grandes y pequeñas industrias, no siendo la maquinaria escénica la última que haya de aprovecharse de la evolución hace apenas diez años iniciada. El ejemplo que hoy ofrecemos á nuestros lectores en apoyo de nuestro aserto corroborará una vez más la idea tan á menudo expresada, de que las estaciones centrales de distribución de la energía eléctrica se esfuerzan con sobrada frecuencia, y en nuestro sentir equivocadamente, en limitar su esfera de acción á la de simples estaciones centrales de alumbrado eléctrico. Cierto que por ahora es éste la principal salida del producto que tales estaciones fabrican y distribuyen, la energía eléctrica; pero convéngase en que con ser la principal no es la única y en que sería aventurado asegurar que será siempre la más importante, pues á esta aseveración se opone la inmensa variedad de aplicaciones á que con maravillosa facilidad se presta la corriente eléctrica. Así lo han comprendido los americanos, y por esto todas las estaciones establecidas según el sistema de las corrientes continuas distribuyen la corriente indistintamente para alimentar lámparas, motores ó cualesquiera otros aparatos de estilización, á gusto del consumidor.

El croquis que reproducimos representa una de las aplicaciones más nuevas y más interesantes de la distribución de la energía eléctrica á la tramoya escénica, aplicación que aprovecha las cualidades especiales de ligereza, movilidad y facilidad de funcionamiento de los motores eléctricos para producir un efecto escénico absolutamente nuevo, del todo inédito, que por su originalidad basta á asegurar el éxito de la pieza en que figura ese cuadro de sensación.

En el *Union Square Theatre* de Nueva York, los autores de una pieza titulada *The County Fair* (la feria de la comarca) han introducido en ella una verdadera carrera de caballos, escena que, gracias al concurso, hábilmente utilizado por el maquinista, de la electricidad, se representa con una fidelidad raras veces conseguida en el teatro. El efecto de ese cuadro es maravilloso, al decir de la prensa americana; para producirlo se empieza por dejar por unos instantes completamente á obscuras todo el teatro, y luego se hacen aparecer en el primer término del escenario y en una atmósfera luminosa los caballos corriendo á galope tendido y haciendo, al parecer, supremos esfuerzos para vencer en la carrera y recorrer el espacio con rapidez vertiginosa. Las vallas, los árboles, las colinas desaparecen detrás de ellos, y al fin de la carrera, cuando uno de los caballos se aproxima al *starter* venciendo por menos de una cabeza á sus competidores, todo vuelve á quedar durante unos segundos en completa obscuridad y en el siguiente cuadro iluminado los caballos terminan su carrera y desaparecen entre bastidores.

Estos efectos se logran merced á una inteligente aplicación de los motores eléctricos instalados en el escenario: uno de éstos arrolla la tela en que está pintado el paisaje que desfila ante los espectadores, otro desarrolla en el mismo sentido y con una velocidad conveniente un suelo continuo sobre el cual galopan los caballos sin separarse, sin embargo, del centro del teatro, debiéndose á la tela del fondo la ilusión de que realmente avanzan en su camino; otro hace correr la empalizada que limita la pista y que, como el piso, forma una cadena sin fin cuyas partes pasan periódicamente por delante del espectador; otro mueve un ventilador que lanza una gran corriente de aire á la cabeza de los caballos y de los jockeys y ahueca las blusas de éstos contribuyendo á aumentar la ilusión. La posibilidad de extinguir y encender instantáneamente todas las luces del teatro entra en no pequeña parte al logro del efecto producido. Toda la maniobra se ejecuta por medio de un cuadro director colocado á la derecha de la escena.

C. Burgless, maquinista jefe del referido teatro que ha tenido la feliz idea de adaptar á la tramoya la maquinaria eléctrica, es un partidario convencido de esta aplicación y, en su sentir, el empleo de motores eléctricos en los teatros, que permite concentrar en un solo individuo la dirección de todas la maniobras escénicas, simplificará mucho la maquinaria, dará á las maniobras mayor sencillez y rapidez y permitirá reducir la duración de los entreactos, ventaja cuya importancia apreciarán muy pronto los espectadores.

(De La Nature)

* * *

TRONCO DE ÁRBOL ENCONTRADO EN POMPEYA

Los grandes descubrimientos que se realizan en las excavaciones practicadas en Grecia, en las islas griegas y en el Asia Menor, donde tan espléndidas civilizaciones florecieron en la antigüedad, han quitado gran parte del interés que hasta hace poco tuvieron las que se hacían en las ciudades de la Campania, sepultadas bajo las lavas del Vesubio. Quizás también ha contribuído á ello el escaso valor artístico de los últimos hallazgos de Pompeya.

El hallazgo del tronco de laurel que reproducimos, que mide 3 metros de alto por 40 centímetros de diámetro, no ofrece por lo que es en sí nada de notable, pues nada de particular tiene que en Campania, donde tantos crecen en la actualidad, hubiera laureles cuando ocurrió la erupción del Vesubio que destruyó á Pompeya. Y sin embargo, como todo resto de un remoto pasado, tiene un encanto especial para el anticuario, tanto más, cuanto que es el único producto vegetal, que nosotros sepamos, que se ha encontrado en aquellos sitios, pues las ardientes lavas del volcán destruyeron los árboles y objetos de madera.

Pero este tronco tiene, además, cierta importancia cronológica. A pesar del dato consignado por Plinio el Joven, según el cual la destrucción de Pompeya ocurrió en el mes de agosto, la opinión se ha inclinado generalmente á señalar como fecha de aquel suceso el mes de noviembre. Pues bien: el hallazgo del tronco de laurel confirma esta última hipótesis; en efecto, alrededor del tronco se han encontrado claramente impresas en la ceniza las huellas de hojas y frutos del laurel, y como los frutos de este árbol *(Laurus nobilis)* no suelen madurar hasta mediados de noviembre y no alcanzan en agosto el tamaño que las huellas indicadas señalan, de aquí que este sea un dato más en pro de aquella hipótesis que, cuando menos, dará lugar á un nuevo estudio de esa cuestión de fechas.

Junto al tronco se encontraron, como tan á menudo ha ocurrido en las excavaciones de Pompeya, los cadáveres de dos muchachas y de una mujer que probablemente fueron alcanzadas en su fuga por las cenizas del Vesubio y perecieron debajo de aquel árbol, que cubrió sus cuerpos con sus frutos y con sus hojas.

(De la Illustrirte Zeitung)

NUEVO DESINFECTANTE. - Dadas las precauciones sanitarias que se toman actualmente, no está de más hacer mención del *tiocamf*, nuevo desinfectante usado por los ingleses, y cuya composición no se conoce exactamente, aunque se sabe que es un líquido formado por la disolución en alcanfor de ácido sulfúrico



Tronco de árbol encontrado en Pompeya

gaseoso. Si se echa una corta cantidad de este líquido en un plato, sobreviene al punto un desprendimiento abundante de ácido sulfúrico mezclado con otros gases diferentes. El tiocamf es bastante barato y se fabrica en grande escala en Inglaterra.

TODA UNA JUVENTUD

POR

FRANCISCO COPÉE

(CONTINUACIÓN)



María y Rosina, sentadas á sus pies, delante de una caja de cartón llena de perlas de vaso, las engarzan en un hilo para hacerse collares. Se está muy bien. Toda la habitación humea con la pipa del viejo grabador; y al lado, en el comedor, cuya puerta está entreabierta, Luisa con fresca voz canta al piano coplas que aconsonantan «Castilla» con «mantilla» y «andaluz» con «tragaluz», mientras que sus ágiles dedos arrancan al Erard desafinado un acompañamiento que pretende imitar los cascabeles y las castañuelas.

Esto pasa en el comedor en una radiante mañana de junio: la persiana del balcón está abierta y un moscardón zumba pesadamente encima del tiesto florido. Luisa está al piano, canta, y esta vez pretende encontrar las notas bajas de una canción dramática, en la que se trata de un hijo corso á quien su padre excita á la venganza:

¡Toma mi carabina!
Por ti velará Dios...

Es aquel un gran día: la mamá Gerard hace su dulce de grosella. Hay sobre la mesa una gran fuente llena. ¡Qué olor tan delicioso! El perfume de las rosas se mezcla al del hirviente azúcar. Por esto Rosina y María ¡golosas! entran en la cocina; sólo Luisa, que es una persona formal, no se distrae por tan poca cosa. Sigue cantando, procurando dar notas altas delante de Amadeo, estupefacto de admiración. Ella exclama con acento sombrío: *Hijo, he aquí mi odio, ¿quieres tú la mitad?* Entonces vuelven las enredadoras glotonas, con bigotes de color de rosa, relamiéndose voluptuosamente.

¡Ah! ¡Qué buenas horas para Amadeíto!

Ellas le consolaban de los interminables días de fastidio pasados en el colegio Batifol.

Después de haber hecho su «novena preparativa» bajo la dirección del indolente M. Tavernier, siempre ocupado en arreglarse las uñas con el minucioso cuidado de un literato chino, el niño había tenido por profesor de octavo á M. Montandeuil, pobre hombre embrutecido por treinta años de oficio, que se entregaba en secreto á la confección de tragedias en cinco actos, y que á fuerza de tomar y dejar sus manuscritos en la portería del Odeón, había concluído por casarse con la hija del portero y ser uno de los avisadores del teatro. Después, en séptimo, Amadeo había gemido bajo la tiranía de M. Prudhome, campesino barnizado de latín, de una violencia imbécil, lanzando en plena clase injurias de carretero. Al presente comenzaba su sexto bajo el cuidado de M. Bance, desgraciado joven de veinte años, feo, cojo y locamente tímido, á quien M. Batifol reprochaba severamente el no saber hacerse respetar, y que lloraba cuando por las mañanas entraba en su clase, demasiado turbulenta, encontrando y teniendo que borrar con un trapo su caricatura trazada en el encerado por uno de sus alumnos.

Los maestros grotescos y miserables, los escolares feroces y cínicos, las salas de las clases apestando á polvo y tinta, el lúgubre plátano del patio; todo entristecía y disgustaba á Amadeo en el colegio Batifol. Aunque muy inteligente, hubiérase hastiado de su instrucción servida en barreño como el rancho de los soldados, sin su amiguita Luisa Gerard que por natural bondad habíase constituído en su maestra de estudios y le guiaba y alentaba. Ella le repasaba los rudimentos de Lhomond y el diccionario de Alejandro, para ayudar al niño en su lucha con su *De viris*. Desgraciado el que no ha tenido en su infancia una falda al lado, una dulce influencia de mujer: conservará toda su vida restos de brutalidad en la inteligencia y de durareza en el corazón. Sin la excelente Luisa, Amadeo hubiera estado expuesto á este preligro. Pues muerta su madre, preciso es confesar que M. Violette descuidaba un poco á su hijo.

Porque el pobre viudo no se consolaba.

Desde la muerte de su mujer había envejecido diez años, y el mechón de cabellos recalcitrante habíase vuelto gris. Figuraos que Lucía fué la sola alegría de la vida mediocre y obscura de aquel pobre emborrona-papel. Ella era tan bonita, tan dulce, tan mujer de su casa, tan instintivamente elegante, que todo la sentaba bien, y de una flor hacía una joya. M. Violette sólo existía en este querido y cruel recuerdo, haciendo revivir con el pensamiento su humilde y consolador idilio.

De esto hace diez años. Uno de sus compañeros del ministerio le llevó á pasar la noche á la habitación de un antiguo amigo que era capitán de inválidos: un buen hombre, que había perdido en Waterloo su brazo derecho. Fué padrino de Lucía. Viejo, solterón amable y alegre, se complacía en dar de vez en cuando veladas íntimas en su domicilio del cuartel, que era una especie de capilla bonapartista. Servíanse en ellas pasteles y vasos de ponche, y la madre de Lucía, que tenía parentesco lejano con el capitán, hacía los honores. M. Violette reparó en seguida en la joven, que estaba sentada y que tenía en la cabeza un clavel encarnado entre su peinado á lo *Batalla de las Pirámides*. Era en el rigor del verano, y á través de las ventanas abiertas veíanse la Explanada y los cañones que anuncian las victorias á la luz de una luna magnífica. Ya se había jugado á las preguntas y respuestas, y cuando llegó su turno á Lucía, ésta preguntó á monsieur Violette:

¿Qué flor le gusta á usted más?

Y él contestó balbuceando:

- El clavel.

Y luego, ¡con qué gracia sencilla, con qué pudor atractivo sirvió ella el te, yendo de acá para allá con una taza en la mano, seguida del viejo manco de charreteras de plata, que llevaba el azucarero!

Con objeto de verla, M. Violette hizo al inválido visita tras visita, pero las más veces sólo encontraba al capitán, que le contaba sus victorias y conquistas y el ataque del reducto de Borodino, en donde había sido condecorado. E imitaba la voz de trueno de Murat, cuando el rey de Nápoles, dominándolos á todos, gritaba para hacer cargar á los escuadrones.

Por fin, un hermoso domingo de otoño, bajo un cielo de un azul pálido, M. Violette pudo hallarse solo un instante con la joven en el jardín de los inválidos.

Sentóse en el banco de piedra, al lado de Lucía, y la declaró su amor, mientras el caporal de bronce clavaba en él su persistente mirada. Ella, poseída de deliciosa turbación, le dijo: «Hable usted á mamá», y bajó los ojos, como mirando al macizo de margaritas que diseñaba la cruz de la Legión de Honor...

¡Y todo esto había acabado, se había perdido para siempre! El capitán había muerto, y la madre de Lucía también. Y... también Lucía, su bien amada Lucía; después de haberle dado durante seis años, ¡sí, seis años!, una dicha sin nubes.

De seguro que no volverá á casarse. ¡Oh! ¡Jamás! Ni mucho menos tendrá nunca querida. Para él no ha existido ni existirá mujer alguna más que la pobre bien amada que duerme allá abajo en el cementerio Montparnaso, y cuya tumba va él á visitar todos los domingos, llevando una regaderita oculta debajo del paletó.



Recuerda con un estremecimiento de disgusto que pocos meses después de la muerte de Lucía, una tarde sofocante de julio, estando él sentado en un banco del Luxemburgo, oyendo distraído los tambores de la retreta, una mujer habíase sentado á su lado y le miraba con fijeza. Luego aquella mujer le llenó de sorpresa cuando le preguntó con un acento entre tímido y descarado: «¿Está usted tomando el fresco?» hasta que concluyó por decirle: «Venga usted á mi casa.» El la siguió; pero apenas hubo entrado, representósele todo su pasado, y sintiéndose como ahogado de vergüenza, se dejó caer en una silla, sollozando y tapándose la cara con las manos. Era tan intenso su dolor, que por un instinto de piedad feme-

niña, aquella desventurada le tomó la cabeza entre sus brazos, diciéndole para consolarle: «Llora, llora: eso te desahogará», y al mismo tiempo le mecía como á un niño.

El pudo por fin desasirse de aquella caricia que le avergonzaba. Dejó sobre la cómoda el poco dinero que tenía; huyó, entró en su casa, se metió en la cama, y allí, solo, pudo llorar y morder su almohada. ¡Qué horrible recuerdo!

No, nada de mujer, nada de querida, nada. Ahora su pena era su mujer, y dormía pensando en ella.

Sobre todo el despertar del viudo era dolorosísimo; aquel despertar solitario en aquella cama en que sólo había una almohada. Allí era donde en otro tiempo veía todas las mañanas á su querida Lucía, gozando del exquisito placer de de verla dormir. Porque á ella no la gustaba madrugar, por lo que él algunas veces la había reñido en chanza. ¡Qué calma en aquel rostro tan fino y tan dulce, con los ojos cerrados; descansando tranquila con los cabellos en desorden! ¡Qué castidad en el abandono de aquel cuerpo joven y encantador! Había sacado uno de los brazos por encima de las mantas, y el cuello de la camisa se había caído descubriendo la esbelta espalda y el nacimiento de una suave garganta. Con el calor de la cama, ella exhalaba un olor tibio y vivificador, parecido al perfume de una flor de carne. El se inclinaba sobre su boca entreabierta para respirarla y sentía tierno orgullo nupcial cuando pensaba que era su esposa y compañera de lecho aquella deliciosa criatura casi infantil, y que su corazón, cuyas palpitaciones sentía, habíasele entregado para siempre. No podía contenerse, y rozaba con sus labios los de la joven dormida: ella se estremecía al contacto del beso, abría entonces los ojos en los que el asombro del despertar se trocaba en seguida, bajo la mirada del esposo, en una sonrisa dichosa... ¡Oh momentos de placer inefable!... Pero á pesar de todo, era preciso tener juicio, acordarse de que la lechera había colgado desde muy temprano en la puerta de la escalera el jarro con la leche, que no había lumbre encendida, que él debía presentarse temprano en la oficina, con tanto mayor motivo por cuanto se aproximaba la época de las gratificaciones. Así, pues, daba otro beso á Lucía soñolienta, que había vuelto á cerrar los ojos, diciéndola con acento cariñoso: «Vamos, hija mía, son los ocho y média. ¡Arriba, arriba, perezosilla!»

¿Cómo consolarse de tales bienes perdidos? Tenía un hijo. ¡Bien, sí, y le amaba mucho! Pero la vista de Amadeo redoblaba el disgusto de M. Violette, porque el niño, que crecía, se parecía cada día más á su pobre madre.

IV

Tres ó cuatro veces al año, M. Violette, acompañado de su hijo, hacía una visita á un tío de su difunta, á quien Amadeo podría heredar algún día.

M. Isidoro Gaufre había fundado y desde veinte años hacía prosperar una gran librería y almacén de estampas católicas, á la que añadió pronto un importante depósito de objetos religiosos de todas clases. *El barato de las parroquias*, célebre entre todo el clero francés, fué invadiendo poco á poco la parte principal y las dependencias de un antiguo edificio de la calle Servandoni, construído con el estilo pomposo y magnífico de fines del siglo XVII. La mayor parte del día, eclesiásticos ó personas con aspecto de tales subían los escalones de la noble gradería que conducía á un espacioso piso casi bajo, que recibía la luz por grandes ventanas sobres las cuales lucían sencillos adornos alternados con simétricos y enormes mascarones. Allí, el misionero de luenga barba, antes de embarcarse para las costas del Gabón ó para el extremo Oriente, venía á comprar su repuesto de escapularios y rosarios de coral falso, destinados á convertir á los negros y á los chinos; el miembro de la Orden Tercera, envuelto en una larga levita de color de chocolate, apretando entre sus brazos un gigantesco paraguas; se procuraba, á poco precio y por millares, folletos de propaganda religiosa; el cura de aldea, de paso en París, compraba un terno ó un incensario de plaqué de género bizantino, firmando pagaré á largo plazo, contrayendo esta deuda por celo y esperando solventarla con ayuda de la generosidad de los fieles. También solían visitar la casa algún joven confesor que venía á buscar alguna obra fina de devoción, destinada á algún penitente, por ejemplo, la titulada: *Las lágrimas de la viudez enjugadas por San Francisco de Sales*, ó bien el candidato á la diputación de un país católico, pidiendo una remesa de *Los doce caminos de la Cruz*, espantosamente ilustrados, que destinaba como regalo á las parroquias donde sus adversarios le habían acusado de ser volteriano.

A estos compradores agregábanse el hermano de la doctrina cristiana, ó la hermana de San Vicente de Paúl, que necesitaban para sus escuelas catecismos y otros libros edificantes. También, de vez en cuando, un príncipe de la iglesia, un obispo de aspecto aristocrático, envuelto en su amplia capa, con su sombrero romano verde y oro, encerrábase misteriosamente con M. Isidoro Gaufre en el gabinete de este último, y volvía á salir acompañado hasta la gradería por el dueño del establecimiento, que le prodigaba toda clase de saludos y reverencias, inclinándose obsequiosamente para recibir la altiva bendición de aquellas manos cubiertas con guantes morados.

No era seguramente por simpatía por lo que M. Violette había conservado sus relaciones con el tío de su mujer, porque M. Gaufre, cortésmente servil para todos los que podían servirle de algo, se presentaba voluntariamente desdeñoso con los que creía no necesitar. Cuando vivía su sobrina, ocupábase muy poco de ella, y sólo la había dado, como regalo de boda, un crucifijo de marfil con pililla para el agua bendita, que el comerciante de objetos para el culto fabricaba por mayor para uso de los conventos. Hijo de sus obras, y habiendo hecho, según se decía, una fortuna considerable, M. Gaufre tenía en mediana estima á aquel pobre diablo de empleado, cuyo ascenso era tan lento, y que debía ser, sin duda, perezoso é incapaz. Por el modo de ser recibido en la casa de la calle Servandoni, M. Violette comprendía el triste concepto que merecía al «explota-Dios», como él llamaba al comerciante, y si volvía, reprimiendo su natural orgullo, era únicamente por su hijo, porque M. Gaufre era rico y no joven; y ¡quién sabe!, podría ser que no olvidara en su testamento á su sobrino Amadeo.

Convenía que viese al niño de vez en cuando, y M. Violette, por deber paternal, se condenaba tres ó cuatro veces al año al fastidio de una visita al *Barato de las parroquias*.

No obstante, las esperanzas que abrigaba respecto á la herencia de M. Gaufre eran muy problemáticas; porque el empleado á quien el director del bazar



sagrado invitaba alguna vez á comer por compromiso, había reparado con sorpresa en el tono despótico y familiar de la criada de la casa, soberbia normanda, de veinticinco años de edad y que respondía al real nombre de Berenice. Los modales impertinentes de esta bella y robusta comadre descubrían en ella una favorita, así como también las chispas de diamantes que brillaban en sus pendientes; y de seguro, esta mujer vigilaría el testamento de su amo sexagenario, de cuello apoplético, y que solía quedarse algo amodorrado después de comer.

M. Gaufre, aunque pertenecía á la fábrica de San Sulpicio y cumplía todos sus deberes religiosos, siempre había sido aficionado á relacionarse con sus fámulas. Su mujer, muerta hacía diez años, fué en vida una de esas desdichadas de las que dice la voz popular: «Esa pobre señora es digna de compasión: no puede hacer carrera de sus criadas.» En balde había buscado en el confín de las provincias pobres muchachas, feas y de buena reputación: flamencas, nivernesas, alsacianas, picardas, y hasta una joven del Bocaire, que había obtenido el premio de virtud; todas fueron implacablemente devoradas por el minotauro de la calle Servandoni. Todas fueron puestas en la calle, con un concienzudo par de bofetones administrados por la esposa justamente irritada, y afortunadamente para M. Gaufre, ninguna de esas Agar le dió un Ismael. Habiéndose quedado viudo, el persigue-fregonas pudo entregarse con toda seguridad, pero sin escándalo, á su pasión por las criadas; y nuevas campesinas, peinadas de un modo extraño, respondieron favorablemente, en diversos sentidos, á sus culpables proposiciones. Unas trenzas alsacianas reinaron seis meses, una caperuza bretona más de un año; pero por fin, sucedió lo que fatalmente debía suceder. El monógamo que dormita en cada libertino se despertó, y la bella Berenice aprisionó definitivamente en sus cadenas al voluble M Gaufre que con la edad se volvió constante. Ella era, pues, reina absoluta en la casa, en la que se imponía doblemente por su maciza belleza y por su notable talento culinario; y como observaba que después de cada comida se congestionaba el semblante de su amo, debió seguramente pensar en el porvenir. Todo era, pues, de temer por este lado. ¿Quién podría responder de que M. Gaufre, después de todo, muy devoto, no tuviese el mejor día escrupulos de conciencia y no concluyera por un casamiento *in extremis*?

M. Violette comprendía todo esto, no obstante procuraba que Amadeo no fuera olvidado por su viejo pariente, y algunas veces, pocas, salía del ministerio antes que de costumbre, iba á buscar á su hijo á la salida del colegio Batifol y le llevaba á la calle Servandoni.

Los vastos salones transformados en almacenes, en cuyas olvidadas mamparas veíanse todavía restos de pinturas representando pastores que ofrecían á sus pastoras un par de pichones, eran siempre para Amadeo causas de curiosidad y sorpresa.

(Continuará.)

NUESTROS GRABADOS

El cepillo de las ánimas, fragmento de un cuadro de D. José Benlliure. – La figura no puede ser más exacta, el tipo es simpático en alto grado, y difícilmente cabe encontrar mayor naturalidad en la expresión: consignado esto, que es lo que desde luego nos sugiere la contemplación del trabajo del Sr. Benlliure, casi huelgan todas las demás observaciones que un examen detenido podría inspirarnos, tanto más, cuanto que el artista de quien es la obra que nos ocupa es de aquellos cuyos trabajos resisten victoriosamente al análisis más minucioso y descubren á cada nueva investigación una nueva belleza. ¿A qué cansarnos, pues, en descender á detalles que de sobra descubrirá el buen gusto de nuestros lectores?

El delicioso monaguillo que tan bien sabe pedir por las benditas ánimas del purgatorio es sólo un fragmento del cuadro que está pintando nuestro paisano en Roma; si es cierto, como no puede menos de serlo en el presente caso, que para muestra basta un botón, ¡qué tal será la obra en que actualmente trabaja el Sr. Benlliure!

Llamo para un bautizo, cuadro de Chevillard. – ¡Vaya un compromiso para el sacerdote! ¿Pues no se le ha ocurrido á la chiquilla llamar á su puerta, distraerle quizás de sus oraciones y con toda formalidad suplicarle que administre el agua del bautismo al muñeco que trae entre brazos? La verdad es que esos niños justifican á veces el mote de terribles con que, más en Francia que en España, se suele designar á algunos de ellos. ¡Mire V. que es ocurrencia! Por fortuna el señor cura se tiene aprendida de memoria y en toda ocasión practica la hermosa máxima del Redentor «dejad venir á mí los niños», y á buen seguro que sin faltar á los deberes de su sagrado ministerio, sin convertir en cosa de juego el primero de los sacramentos, sabrá arreglárselas de modo que la muchachita salga de su humilde casa llevando un error menos en su tierna inteligencia y una buena semilla más en su alma.

Y dejando ya el fondo de la cosa para fijarnos en la forma con que ha sabido expresar tan sencillo asunto el autor de *Para un bautizo*, hemos de confesar que en grave aprieto nos pondría quien nos obligara á buscar tildes en este cuadro. ¿Será que realmente no los tiene? ¿Será que lo simpático del pensamiento influye en nosotros cuando queremos apreciar las cualidades de la ejecución? Difícil nos sería contestar categóricamente á estas preguntas; y, sin embargo, si nos paramos á examinar la actitud de la niña cuya cara adivinamos sin verla, la figura del bondadoso clérigo cuyo risueño semblante es fiel espejo de un corazón de oro, y el lugar de la escena, humilde vivienda sombreada por florida enredadera, casi nos atreveríamos, sin negar rotundamente lo segundo, á afirmar lo primero sin temor á que se nos tachara de exagerados optimistas.

La Revolución, grupo destinado al monumento que en honor de Garibaldi se levantará en Milán, escultura de Héctor Jiménez. – Desde que su proyecto para el monumento á Garibaldi fué premiado en reñido concurso, el notable escultor, que es director de la Academia de Bellas Artes de Urbino y que tiene en esa ciudad su estudio, trabaja sin descanso para desarrollar su boceto en grandes proporciones. De los dos grupos, la *Revolución* y la *Libertad*, que han de alzarse á los dos lados del basamento del grandioso monumento ecuestre, ha terminado Jiménez el primero, que ha sido aprobado recientemente por la comisión censora y que en breve será fundido en bronce.

Dicho grupo se compone, como puede verse por el notable grabado de Mancastroppa que reproducimos, de dos figuras simbólicas: el león, que en todas partes ha sido adoptado por la escultura monumental para representar la fuerza popular, y una figura de mujer, símbolo de la Revolución.

Esta sólo podía ser representada por medio de una figura ideal que se apartara de todo exclusivismo de clase, de tiempo y de carácter y evitara al propio tiempo todo aspecto de brutalidad y de violencia. Jiménez ha logrado este objeto por medio de una joven bellísima de esbeltas formas, que corresponden perfectamente á la idea que á toda revolución noble y justiciera debe presidir: ningún defecto turba la belleza clásica de esa hermosa figura, que con su expresión parece excitar á la batalla y dar el grito agudo que domina el fragor de las armas y comunica ardimiento al débil, convirtiendo al fuerte en héroe invencible.

La isla de Helgoland. – La cesión de Helgoland que Inglaterra acaba de hacer á Alemania á cambio de un derecho de protectorado y de ocupación en ciertas regiones del Africa ecuatorial, ha hecho que se fije la atención de Europa en dicha isla, que en rigor no es otra cosa sino un peñasco perdido en el mar del Norte.

Dista de Hamburgo cinco horas de navegación y tiene 200 metros de largo por 670 de ancho. Esta «Tierra de los Bancos inundados» – que tal es la significación probable del nombre primitivo Hallaglun (Hallig-Land) – se halla sin duda en aguas germánicas, dice E. Reclus, puesto que está separada de los bancos de arena del Eider, al E., por fondos de 16 metros de profundidad únicamente; pero los ingleses se la arrebataron á Dinamarca en 1807, y desde entonces no se han cuidado de devolver esa «piedra de la patria alemana» á los conquistadores del Schleswig. Cuando se apoderaron de ella, Helgoland tenía gran importancia estratégica para los ingleses, á causa del abrigo que la fila de escollos y de médanos que protege la isla de la marejada del NE. ofrecía á sus buques. Estos arrecifes, que forman un semicírculo muy extenso, llevan el antiguo nombre de Brunnen, palabra que, según algunos etimologistas, debe significar «escudo»; constituyendo unos escollos peligrosos para los marinos que no conocen las aguas de la isla, y que sirven en efecto de rompeolas, formando con la roca del Oeste dos radas, una abierta al NE. y otra al SE. Se han hecho relatos muy exagerados acerca de la demolición rápida de Helgoland; pero lo cierto es que á fines del siglo décimoséptimo la isla principal estaba unida por un istmo á la cadena de los arrecifes orientales, y en éstos hay peñas de 60 metros de altura. Algunos siglos antes, las dos islas, es decir, la de Helgoland y la de Sandy, inmediata á ella, que formaban una sola tierra, ocupaban sin duda una extensión mucho mayor, como lo prueban los testimonios unánimes de los antiguos cronistas. Según Adam de Brema, esta tierra, cuya superficie es hoy tan reducida que no se presta al cultivo, era «muy fértil y rica en cereales, en ganados y en aves;» y en algunos mapas, trazados á decir verdad sin ninguna precisión en sus contornos, se da á Helgoland una superficie cien veces mayor que la que la atribuyen los trazados más exactos de nuestros días.

Los fósiles modernos, tanto los terrestres como los de agua dulce, que se encuentran en las arcillas de los fondos marinos y de los arrecifes circundantes, prueban que en la tierra había una fauna verdaderamente continental.

En nuestros días, Helgoland ha perdido todas las capas de creta que la rodeaban en otro tiempo; sólo ha conservado un núcleo de piedra dura en la que con dificultad hacen mella las olas; no es ya más que una roca, pero roca soberbia, cuyos estratos, de asperón abigarrado, casi horizontales y esculpidos de muy diversos modos por las lluvias, el viento, el sol, el aire salino, brillan con colores muy marcados, verde, pardo y encarnado fuerte.

En el extremo oriental de la isla hay un pueblecillo de pilotos, pescadores y bañistas que se despuebla poco á poco (en 1860 tenía cerca de 3.000 habitantes y hoy apenas pasa de 2.000), ocupa una playa estrecha y se encarama en la roca; unos cuantos barcos se balancean en la rada; mientras que á un largo los grandes buques pasan de continuo por las vías marítimas de Brema y de Hamburgo. Tal vez los fenómenos volcánicos sean causa en cierto modo de la destrucción de la antigua tierra de Hallaglun. Dícese que el 13 de junio de 1833 y el 5 de junio de 1858 el mar de Helgoland se levantó hirviendo como si lo hubiera calentado un foco de lavas submarinas.

El número de habitantes que acabamos de indicar es el normal, pero en verano la isla recibe un aumento de 12.000 á 15.000 personas que acuden á tomar baños de mar.

Aparte de la explotación de estos forasteros, la población vive principalmente de la pesca. En las rocas de la orilla se cogen anualmente 30.000 langostas, y el producto total de las pesquerías es de unas 200.000 pesetas anuales.

ADVERTENCIAS

Siendo en gran número los trabajos literarios que recibimos para la ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA y en la imposibilidad de contestar á todos los que con ellos nos favorecen, debemos advertir que sólo contestaremos á los autores de los artículos que aceptemos para insertarlos en este periódico.

No se devuelven los originales.

* * *

Suplicamos á nuestros corresponsales y suscriptores, especialmente á los de América, nos remitan cuantas fotografías de monumentos, obras artísticas, etc., consideren propias para ser publicadas en la ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, acompañándolas de los datos explicativos necesarios. En caso de que sean admitidas, tendremos el gusto de consignar, al confirmarlas en las columnas de nuestra publicación, el nombre de la persona que nos haya honrado con el envío de las mismas.

Asimismo agradeceremos la remisión de todas las noticias que tengan verdadero interés artístico ó literario.

LA ISLA DE HELGOLAND, CEDIDA RECIENTEMENTE POR INGLATERRA Á ALEMANIA

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

AÑO IX — BARCELONA 28 DE JULIO DE 1890 — NÚM. 448



LUCHADORES, grupo en yeso de M. Felix Charpentier

(Premio de honor del Salón de París de 1890)

SUMARIO

EL CUADRO DE MAURA

Cada vez que pensamos en la fundación de la Academia en Roma, sentimos interior envanecimiento, muy aumentado por el incomprensible olvido é injusticia de nuestros contemporáneos. Entre los horrores de implacables guerras, tanto coloniales como civiles, tuve yo harto ánimo para fundar, cuando la nave del Estado hacía por todas partes agua, un templo á las bellas artes. Convencidísimo de que nuestro genio nativo y original necesitaba escuela, y disciplina, y regla, y freno, fundé un centro de altos estudios que diese á la juventud artística española y á sus geniales propensiones la disciplina severa y la instrucción técnica, procuradas en la contemplación y estudio de los modelos acabados y perfectísimos. Naciones donde la uniformidad reina despóticamente como en Francia, necesitan que se busque al individualismo aire y espacio. Pero nación como la nuestra, donde la espontaneidad brota sin trabajo tantas obras geniales, necesita reglas y escuelas. Que ocurrimos entonces á una verdadera necesidad nacional, muéstranlo á una los adelantos puestos en tantas patentísimas pruebas por los discípulos de Roma. Los cuadros de grandes pintores allí educados, las estatuas que han venido á embellecer nuestra escultura, las obras músicas tan sabias como inspiradas corroboran este nuestro fundadísimo juicio.

Maura, joven perteneciente á una familia de ilustres oradores y artistas, ha expuesto ahora, tras algunos años de residencia en la Ciudad Eterna, un cuadro demostrativo del esplendor que alcanza en aquellos Empíreos del arte nuestra nacional escuela. Conocimiento de la historia, maestría técnica en la factura, dibujo correcto, instrucción profunda en la indumentaria y arqueología romanas, todo esto revela con claridad la feliz obra del joven discípulo, puesto ya por su inspiración y por su ciencia entre los verdaderos maestros. Hay quien acusa de anticuado, mejor dicho, de disconforme con las costumbres nuestras este cuadro, cuando su argumento priva hoy en el mundo europeo y trae agitadas á las mayores naciones. Maura, con muy buen consejo, ha ido en pos de antiguas enseñanzas para instruir á su generación, y háyalo hecho consciente ó inconscientemente, al elegir materia para su cuadro ha estado felicísimo y oportuno. Basta decir que nos evoca el trágico acto en que la tribuna romana se desplomó al pie de la dictadura militar. Fulvia, esposa del pretoriano Marco Antonio, satisfecha con ver ante sí la cabeza de Cicerón segada, corre, con su alfiler de oro en la mano, á traspasar aquella lengua que había defendido en sus ocasos verdaderamente sublimes la libertad y la República.

Imposible comprender la obra sin estudiar la historia. El nombre de Fulvia está unido con el nombre de Clodio y con el nombre de Antonio. Al unirlos diríase que había intentado la sociedad aquella darnos una enseñanza moral viva, la relación estrecha entre la demagogia y el cesarismo. Prostituída Fulvia, como las tristes edades que se desprenden de su derecho propio y se dan al asolador despotismo, corrió fases análogas con las fases corridas por su Roma en aquel tiempo. Todos cuantos pueblos adolecen de frenesí ó embriaguez en la libertad, se rinden tarde ó temprano al sueño de una deshonrosa esclavitud. Fulvia parece, pues, un símbolo vivo: empieza con los catilinarios y concluye con los dos pretorianos. Un relenjo del demagogo partido de Catilina fué Clodio; y digna esposa de Clodio fué Fulvia.

Muchas mujeres pertenecieron á la facción de Catilina; todas aquellas que se habían precipitado en el vicio. Fulvia estaba entre todas ellas; y como estaba entre todas ellas, tenía, naturalmente adquirido, implacable odio á Cicerón, llamado en defensa de Roma por los caballeros contra Catilina. En la noche siniestra del castigo á los catilinarios inmolados con una indiferencia semejante á la que usa el carnicero en sus matanzas, Fulvia sufrió mucho, no sólo al ver perdidas las esperanzas que suelen librarse en la exaltación y victoria de un partido, al ver soberbias y orgullosas las matronas romanas en coro y en concierto subiendo á las alturas de sus casas, con luminarias festivas y regocijantes en las manos para celebrar el triunfo de Cicerón. Desde aquel día data la inquina de tan hermosa mujer contra el retórico de los Rostros. En los conciliábulos catilinarios debió conocer á Clodio Fulvia. Este Clodio no pertenecía ciertamente á la plebe, ni mucho menos estaba, como el guía de su partido Catilina, pobre y arruinado. Ilustre nombre le distinguía entre los demagogos, y rica fortuna le daba medios sobradísimos de allegárselos y tenerlos completamente á su merced y arbitrio. El patricio demagogo llevaba dos furias á su lado, una, su hermana Clodia, otra, su mujer Fulvia, las cuales á una soplaban encendidas cóleras con sus sendos labios de rosa en aquel espíritu batido por las grandes tempestades.

Esta diabólica trinidad persiguió á Cicerón de suerte que necesitó el gran orador desterrarse. Pero, ausente su mayor enemigo, como si necesitara ejercer su ferocidad nativa en los hombres mayores, volvióse Clodio contra Pompeyo. Entonces Pompeyo, en su ira, levantó el destierro de Cicerón y declaró guerra mortal á Clodio. Las burlas ideadas por éste, valiéndose tanto de la sátira como del teatro, contra sus dos enemigos, desatinaron por tal modo á Pompeyo, que le suscitó un asesino, Milón. Obediente á la consigna éste, dada contra Clodio, reunió gréculos de los que manejaban el puñal con destreza, judíos de los que servían para espiar y corromper á todo el mundo, libertos de cuyas condiciones dan idea las lenguas modernas con la palabra vulgar libertino, esclavos tracios de una fuerza inmensa, gladiadores tan fáciles en morir como en matar; y todos se congregaron á una contra Clodio y le persiguieron de muerte. La rudeza y crueldad, consuetudinarias entonces, permitían que un hombre como Cicerón señalase á su amigo el corazón de su enemigo y aun mezclara los arúspices y los auspicios en estos viles delitos. El gran orador llegó á decir que Clodio era una víctima destinada en superiores designios al puñal de Milón. Y efectivamente, cierta tarde los dos rivales toparon uno con otro en la Vía Apia y se arremetieron sin piedad. El combate parecía una fiesta de gladiadores, según lo contemplaban desde sus literas las damas, desde sus monumentos y sepulcros, tendidos en aquellos sublimes sitios, la indiferente plebe. Clodio salió herido de la refriega é intentó huir al golpe último y á la muerte segura. Mas dispersos los que le acompañaban y sostenían, expidió Milón varios de sus bravos á rematarlo, quienes lo cosieron sin piedad á puñaladas y lo dejaron exánime sobre las mesas de una taberna. Fulvia se lanzó, en cuanto supo la noticia de su muerte, sobre tan amado cadáver. Jamás el dolor dió gritos tan agudos ni dijo palabras tan horribles. Aquella mujer parecía una imagen de la venganza. Destrozado el traje, descompuesta la faz, espumosos los labios, relampagueantes las pupilas, destrenzados los cabellos; ora besaba el frío cadáver; ora metía las manos en los surcos de sus hondas heridas, rociando con aquella sangre, como con agua litúrgica sus partidarios, é impeliéndolos al combate; ora golpeaba la tierra y pedía un sepulcro junto con quien había tenido una misma cama; ora pronunciaba terribles arengas sugeridas por la rabia más ciega é impulsoras del más vergonzoso desquite. Por tal suerte irritó al pueblo su irritación, que las turbas, movidas de su presencia, encendieron teas y quemaron el Senado. Fulvia juró entonces por los manes de Clodio que había de pagárselas irremisiblemente Cicerón. Y éste, conociendo la inquina que Fulvia le tenía, sostúvola con frases terribles y alusiones sangrientas toda la vida, sin presentir como debía traerle al cabo la muerte.

Para granjearse Fulvia su deseo, casóse con Marco Antonio, quien, por lo mismo que había sido siempre un soldadote, se daba sin escrúpulo á las mujeres. Descendiente se creía del divino Hércules; y en efecto, no supo apartarse ni un momento de su Onfala. Con ella, por ella, para ella vivió. No importa que haya tomado en su vida tal compañera diversos aspectos. Lo enorme de su dominación á la continua subsiste. Fulvia lo redujo y avasalló, no para la satisfacción de su amor, para la satisfacción de su venganza. Máquina de guerra, ninguno como él podía con su brutalidad aplastar á Cicerón. Fulvia tomó á Marco Antonio como pudiera tomar un afilado acero, sin más propósito ni más fin que cortar una lengua. La naturaleza del pretoriano y la naturaleza de su mujer se completaban grandemente: Fulvia no parecía la hembra, sino el compañero de Antonio. Forzuda como éste, alta, enérgica, cruel, de voz llena, de músculos vigorosísimos, parecía un verdadero centurión. Gallardísimo Antonio de cuerpo, robusto de temperamento, sordo y ciego de conciencia, desmesurado de frente y espaldas, barbudo, muy barbudo, incansable así al combate como al placer, merecía y justificaba su descendencia del divino Hércules. Hombre tan extraordinario fué llamado con razón la espada de Fulvia. Esta, no solamente sabía esgrimir sus fuerzas en la política, sino en la guerra también. Muchas veces combatió á su lado; muchas veces compartió sus peligros; holgóse muchas veces creyendo suyas las victorias de Antonio. Amazona cruel y bárbara, no conocía las dos más hermosas cualidades que Dios ha puesto en su hermosísimo sexo, el pudor y la piedad. Antonio fué su perro de caza, y le llevó las víctimas que demandaban su codicia, su venganza y su lujuria.

El orador vejó furiosamente á su enemiga, entregándola sin piedad al odio inextinguible de todas las generaciones. Imaginaos cómo huiría, pues, cuando Fulvia y Antonio fueron dueños absolutos de Roma. Así corrió á embarcarse para Grecia en pos de un refugio. Próximo á la ribera, puerto para él en su fuga, sobre las arenas ya, cercano al mar, Cicerón advirtió que le seguían, y tras tal advertencia resolvióse á morir. Los siervos que le conducían pusieron en tierra la triste litera del orador, y se desplegaron en línea para defenderlo con su cuerpo y ofrecerle todos á una la vida en evitación de su muerte. Mas no quiso el orador pugnar ya más tiempo con la fatalidad. Así prohibióles toda tentativa de ataque y defensa. Sentado en su litera con serenidad impertubable levantó el brazo, y poniendo su barba sobre la mano, como al meditar en sus largos estudios y reflexiones, miró frente á frente la historia que tenía tras de sí, la eternidad que tenía delante. Después de haber visto con la escudriñadora mirada del espíritu su fugaz pasado y su perdurable porvenir, tendió á los asesinos el cuello y aguardó el golpe. Al acercarse á tanta grandeza, el verdugo retrocedió con horror y ocultó la cara entre las manos. Púsose así por tal manera nervioso, que no acertaba con su obra. La cuchilla se le cayó tres veces, después de haberla hundido en aquel cuello. Las torturas infligidas á Cicerón sobrepujan todo cuanto puede imaginarse. Mas él no lanzó una queja. La espada se melló en huesos y nervios, convirtiéndose como en una especie de sierra. Al fin y á la postre, después de muchos esfuerzos, consiguieron degollarle, y degollado lo trucidaron como pudieran trucidar á un buey en el matadero. Y se repartieron aquellos sicarios los despojos. Cabeza y manos pasaron como un don á Fulvia. En efecto, presentados á ésta, reabrió la boca de donde saliera la mayor elocuencia oída por los romanos y picó furiosa, con su alfiler de oro, la incomparable lengua que había hecho vibrar los aires con las filípicas. Fulvia y Antonio arrancaron á Cicerón su lengua, pero con ella le arrancaron á Roma su alma.

En esta horrible escena ha escogido Maura el momento de presentar la cabeza del orador á Fulvia para su cuadro. Desde luego, los accesorios todos resaltan á una con primorosa verdad. El intercolumnio de mármoles y jaspes, el pavimento de mosaico, la escalinata conducente al triclinio, los áureos lechos romanos, las amplias redes, los frescos de la pared, las copas rebosantes en las manos, todo tiene una exacta fidelidad histórica. En cambio, por darle á Fulvia cierto aire de tigre, hala despojado por completo de la virilidad que le reconoce la historia. Su figura, creada con los ojos y el pensamiento puestos en los cuadros murales de Pompeya, paréceme la más artificiosa y más teatral de todo el cuadro. Pero imposible detenerse ante las minucias, cuando el conjunto atrae y mantiene vivísimo interés. Dos grandes pintores han ejercido sobre la paleta de Maura soberano poder. Es el primero nuestro Rosales y es el segundo Alma Tadema. Todas las figuras de la izquierda del espectador aparecen como las griegas de meridional entonación y corte armónico y escultórico pintadas por el evocador de lo antiguo. La figura de Marco Antonio, que se goza en la venganza de su Fulvia, y la figura del filósofo, que contempla con los ojos del alma el terrible paso, traen á las mientes el Colatino y el Bruto de nuestra Lucrecia inmortal. En cambio, el esclavo que presenta con repugnancia la cabeza del orador, está muy sentido y pone como una lágrima y da como una cadencia de ternura en aquella marmórea impasibilidad que presta el terror á cuantos pueden salvarse de la muerte, sobre todos aleteando y cerniéndose. Pero extendemos demasiado estas reflexiones, y concluimos felicitando al Sr. Maura por la obra que nos presenta y las legítimas esperanzas que con ella despierta. El ardor juvenil de su inspiración primaveral se une al culto de los modelos perfectísimos y al estudio de la ciencia que auxilian la pintura. Un buen saber no empece á los arranques de un sentimiento lozano y mucho menos á las intuiciones de una inspirada fantasía.

Emilio Castelar



BOLIVIA. — VISTA PANORÁMICA DE LA PAZ. (Copia de fotografía.)

SECCION AMERICANA

BOLIVIA

El dilatado país que constituye esta República de la América meridional es uno de los menos ó de los peor conocidos de aquel continente; y sin embargo, por la generalidad de las condiciones merecería que en Europa se le prestara mayor atención.

Ocupando una extensión cuádruple que la de España, pues su superficie excede de dos millones de kilómetros cuadrados, la forma y el aspecto general de su territorio son variadísimos. Al Occidente se levanta la gran cordillera de los Andes con sus tres regiones características, coronada de nieves permanentes, y á su pie corren ríos caudalosos y se extienden amenas y bien cultivadas faldas. En el centro hay hermosos y fértiles valles, formando risueñas campiñas, donde crecen un número infinito de árboles y se producen frutas y flores de toda especie. En las alturas se ven páramos y desiertos: al Oriente inmensos bosques vírgenes y selvas profundas de vigorosa vegetación, y también pampas interminables surcadas por mil arroyos y ríos.

Todos los climas, todos los accidentes topográficos, todas las maravillas de la naturaleza están reunidos en aquel país. El aficionado á las ascensiones á elevadas montañas, el alpinista, puede satisfacer cumplidamente sus aficiones, trepando á cumbres que, como el Illimani ó el Sorata, tienen más de 6.500 metros de altitud: si de volcanes se trata, allí se yerguen el Huallatri y el Cosapa con otros varios; si de grandes lagos, Bolivia cuenta, por mitad con el Perú, el de Titicaca, que teniendo 260 leguas cuadradas de superficie, se halla á 3.900 metros de altura sobre el nivel del mar, y mide 600 pies de profundidad; habiendo en él dos islas, la del nombre del mismo lago, célebre por sus ruinas del templo del Sol y sagrada para los naturales por su creencia de haber salido de allí los fundadores del antiguo imperio peruano, y la de Coati, que goza de no menor celebridad, y en la cual existen grandes ruinas del templo de la Luna y el convento de las vírgenes del Sol, dedicadas á su culto. Además de dicho lago pertenecen al país boliviano los de Poopó ó Aullagas, cercano al anterior; el de Cotantica, situado á 4.700 metros de altitud en la cordillera de Pelechuco y todavía no explorado, y el de Rogoagnado, de 48 leguas cuadradas de superficie, en el departamento del Beni.

Si ríos caudalosos se desea encontrar, Bolivia, cuya red fluvial es una de las más ricas y especiales de la América del Sur, ve surcado su territorio por varios fluentes del inmenso Amazonas; por el Madera, el Beni, el Mamoré, el Itenez, el Pilcomayo, el Bermejo y otras poderosas corrientes que fertilizan dilatados territorios, y que aun podrían llevar la fecundidad á otros muchos con un bien entendido sistema de canalización.

Las intrincadas ramificaciones de los Andes dan origen á numerosos valles regados por arroyos cristalinos y poblados de frondosos árboles y odoríferas flores, muchas de ellas desconocidas en Europa, y que de aclimatarse en ella serían las mejores galas de nuestros jardines. Entre estos valles son de mencionar los que llevan el nombre de *Yungas*, profundas cañadas cuya temperatura media no baja de 21° centígrados y llega hasta 45°: se hallan situadas al pie de las grandes montañas de la Cordillera donde se perpetúan las nieves, y merced al calor constante que en ellos reina se cosecha el excelente café conocido con el nombre de *café de Yungas*, de calidad, si no superior, igual al de Moca; el cacao, mejor que cuantos se producen en América, y la coca, arbusto cuyas hojas son muy estimadas por los indígenas por el vigor que su jugo comunica, formando un producto especial de dichos valles.

En las extensas llanuras del Beni, y Santa Cruz, de Chuquisaca y Tanja, la fauna y la flora cuentan con toda clase de representantes. Entre los que pertenecen á la primera, figuran en Bolivia la alpaca, rumiante de las regiones frías, cuya lana es de una finura especial, la llama, el guanaco y la vicuña, con cuyo vellón se fabrican también hermosas telas: se cría además la chinchilla, cuya piel es muy estimada y objeto de activo comercio, y la viscacha, de carne exquisita. En las regiones templadas abunda el ganado, y en las ardientes, animales salvajes y feroces, como tigres, jaguares, hormigueros, pumas, nutrias, lobos, perezosos ó pericos-ligeros, ciervos, jabalíes y monos de muchas especies. Hay aves de vistosísimo plumaje y agradable canto; reptiles y anfibios como el caimán, la tortuga, el boa, la serpiente de cascabel y otros, y en los ríos y lagos la pesca es abundante.

El reino vegetal proporciona, además del café, el coco y la coca, ya citados, innumerables especies de riquísimas maderas para construcción, ebanistería y tintóreas, exquisitas frutas y hortalizas, plantas medicinales como la quina, la jalapa, el alcanfor y otras que dan bálsamos y aceites de muchas clases, y toda una colección de palmeras.

LA PAZ. — FACHADA DEL MUSEO

En cuanto al reino mineral, puede decirse que Bolivia es el país de las minas por excelencia, y ellas constituyen, lo mismo que en la época de la colonización, la principal riqueza que se explota. En casi todas partes hay plata, oro en vetas y lavaderos, cobre, bismuto, platino, plomo, estaño, azogue, hierro, zinc, hulla, cristal de roca, alumbre, azufre, jaspes, mármoles, sal, bórax, etc. En Lipez se encuentran esmeraldas y en los llanos desiertos ópalos y ágatas. En la actualidad veintiocho compañías explotan las minas de plata, de las cuales las más importantes son las de Huanchaca, Guadalupe, San Antonio de Lipez, Colquechaca, y las varias de Potosí y Oruro. La Compañía de las minas de Huanchaca pagó al Tesoro, en 1885, 1,760.000 pesetas y repartió á los accionistas un dividendo de 36 por 100. Hoy, entre los particulares, como antiguamente por lo que respecta al gobierno español, las minas del Alto Perú ó Bolivia, han dado origen á grandes fortunas, pudiendo citarse como ejemplo la de uno de los propietarios de las minas de San Antonio Lipez, D. José Quiroga, que ha dejado una herencia de 500 millones de pesetas.

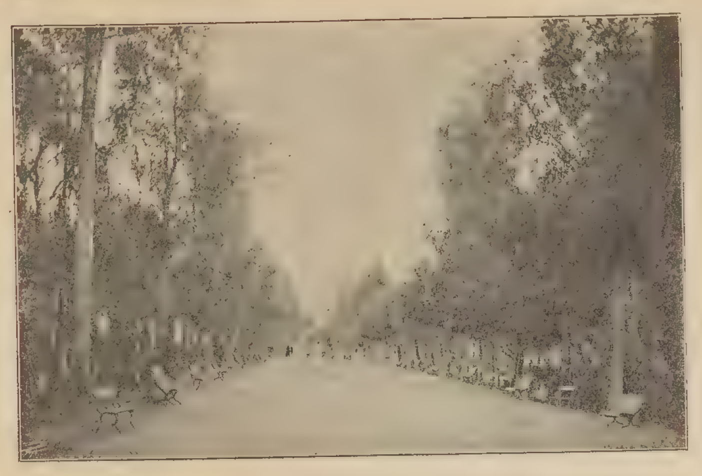
La población, escasísima para un territorio de tan grande extensión, pues según cálculos sólo asciende á unos dos millones de habitantes, está formada en su tercera parte por la raza blanca europea, constituyendo las otras dos los descendientes de los primitivos habitantes del país, ó sea americanos propiamente dichos, ó mestizos de raza española y americana llamados cholos. En las primeras capas sociales de la raza blanca predominan las mismas costumbres y el mismo género de vida que en Europa; con respecto al resto de la población, unas y otro varían bastante.

Las razas indias civilizadas ó salvajes todavía que habitan en Bolivia, principalmente en los departamentos de Santa Cruz de la Sierra, el Beni y Chuquisaca, son tantas y designadas con tan diferentes nombres, que omitimos su enumeración por lo prolija.

El idioma nacional es el de la raza dominante, el español hablado con alguna imperfección en general, y con algunos defectos entre las muchedumbres: los



LA PAZ. — CALLE DEL COMERCIO



LA PAZ. – AVENIDA CENTRAL DEL PRADO

indígenas hablan la lengua quichúa y aymará; la primera en los departamentos de Chuquisaca, Potosí, Cochabamba y Oruro, y la segunda en este último y en el departamento de La Paz. En los de Santa Cruz y el Beni se hablan otros muchos dialectos y lenguas, como la chiquitana y guarani, el toba, el chiriguano y el canichana.

La República de Bolivia está dividida en ocho departamentos, que son: Chuquisaca, La Paz, Oruro, Cochabamba, Potosí, Tanja, Santa Cruz y el Beni. Antes contaba además con el del Litoral, pero desde su reciente guerra con Chile ha tenido que suprimir de su bandera la estrella que representaba este departamento, ocupado indefinidamente por el vencedor.

Aunque Sucre ó Chuquisaca es la capital del Estado, la ciudad más importante es la de La Paz, que cuenta con una población de 60 á 70 000 habitantes. Esta ciudad, atravesada por el río Chuqui-hapu, se halla situada en terreno muy desigual y á 3.717 m. de altitud sobre el nivel del mar, sin embargo de estar en una hondonada respecto de la altiplanicie de los Andes. Fué fundada en 1548 por el capitán Alonso de Mendoza, comisionado al efecto por el Presidente del Perú D. Pedro La Gasca, quien quiso de este modo conmemorar su triunfo y el tratado de paz que celebró con los partidarios de Pizarro y proteger al propio tiempo el comercio del Cuzco y Arequipo con Potosí y La Plata.

Esta población ha sido teatro de los más grandes acontecimientos del Alto Perú, entre ellos el sitio que por espacio de cuatro meses hubo de sostener contra cien mil indios quichúas y aymarás, cuando la colosal sublevación de 1780 provocada por el famoso Tupac-Amaru. En ella brotó también la primera chispa de la independencia peruana, y las contiendas civiles que después se han sucedido han escrito con sangre las páginas de su historia y sembrado de cadáveres sus plazas y calles, sus templos y palacios, sus campos y chozas.

Entre los monumentos de La Paz son de mencionar la catedral, no terminada aún. La fachada principal, que sólo ha llegado al primer orden de cornisas, permite ya calcular lo monumental que deberá ser el templo, adornado de profusión de mármoles, jaspes y granitos. La iglesia del convento de San Francisco es la mejor de la ciudad, de orden toscano perfecto, espaciosa y construída con donativos públicos y principalmente con las grandes sumas que dió el rico minero de Araca D. Diego Baena. Otras muchas iglesias hay en La Paz, que recuerdan el origen español de la ciudad y sobre todo la época de predominio del clero en que ésta se fundó y fué desarrollándose, y además de las ya dichas citaremos la del Sagrario ó San Agustín, de estilo mixto; la de la Merced, unida á un convento habitado por mitad por frailes y soldados; la Recoleta, de moderna construcción; Santo Domingo, templo de piedra labrada, de tres naves y de orden toscano, que hoy sirve de catedral, y la Concepción, monasterio espacioso que tiene hasta ocho patios.

Entre los edificios civiles no es digno de mención ninguno de los que pertenecen á la administración pública, y el único que lo hubiera merecido, la Casa de gobierno, está hoy en ruinas Esta casa se construyó en la segunda mitad del siglo XVI, y su frente principal, que daba á la Plaza mayor, constaba de 13 portadas de piedra en el piso bajo y de 16 en el superior. En 1845 el presidente Ballivián lo hizo demoler por completo y edificó el actual palacio.

«No se puede pasar en silencio, dice el Sr. Moreno, su historia, que es negra como sus actuales paredes.

»Allí en 1661 mataron cruelmente al corregidor Cristóbal de Canedo; allí en 1781 se hicieron muchas ejecuciones; allí en 1809 tuvo lugar el cabildo abierto de la noche del 16 de julio que proclamó la independencia americana; allí en 1814 mataron á Valde Hoyos, Guerra. Ballivián, Valle y otros godos; en sus pilares Ricafort y Carratalá fusilaron en 1816 centenares de patriotas; allí las bacanales de ciertos presidentes que parodiaron á Domiciano y á Eliogábalo; allí debía morir Linares (10 de agosto 1858) y resultó muerto Prudencio; allí en 1861 el drama de Judas Iscariote representado por Fernández y sus compañeros; allí en su tejado fué muerto Yáñez; allí mataron al ex presidente Belzu y otros en 1865; allí en 1872 fué muerto el Presidente Morales pocas varas distante del sitio en el que murió Belzu, á quien intentó asesinarlo en 1850; allí cayó un terrible rayo que casi prende el polvorín que existía en las cuevas interiores el 21 de diciembre de 1874; allí se sostenían Baptista, Calvo y Salinas con algunos jóvenes contra la asonada de 20 de marzo de 1875 cuando fué incendiado por los revolucionarios!... Allí, en fin, tantos crímenes y episodios políticos, que vinieron á purificarse con el fuego!...

»El fuego devoró por completo ese edificio, lujo de La Paz, del cual lamentándose un escritor chileno, dice: «¡Ay, qué diferente impresión produce ahora en ruinas y QUEMADO POR LAS MISMAS MANOS QUE DEBIAN MANTENERLO! ¡Qué diferente sentimiento inspiran sus salones ricamente adornados, sus patios turbados de ordinario por músicas marciales, sus puertas llenas de coraceros y de guardias lujosamente vestidos!»

Este elegante palacio fué construído con fondos de la Catedral, bajo el diseño y dirección del ingeniero don José Núñez del Prado. Su escalinata de verenguela y sus pórticos de mármol negro sacado de las ruinas de Tiaguanaco aun existen entre sus escombros.

Después del incendio lo hizo cubrir con paja provisionalmente el señor Frías y aun se conserva así, pero deteriorándose rápidamente por la mano destructora de los soldados.



LA PAZ. – PLAZA DE ARMAS

El Museo público se fundó en 1838 por iniciativa de D. José Manuel Indaburu, quien le regaló una preciosa colección de diversos objetos pertenecientes á los tres reinos de la naturaleza, que con perseverancia había reunido. Día por día ha ido desmereciendo desde 1857, hasta el extremo de haber desaparecido las colecciones de piedras preciosas, las de antigüedades peruanas y las de zoología. Quedan, no obstante, unos mantos viejos de los últimos Incas, flechas y plumas de indios antropófagos y chiribuanos, algunas piedras de las ruinas de Tiaguanaco y otros objetos de la época de los Incas. Bolivia, tan rica en productos naturales, debía ostentar con orgullo lo que la Providencia le ha concedido, y sin embargo, no tiene nada que mostrar al extranjero por la incuria de sus gobiernos

Nada se puede decir de los demás edificios de La Paz, pues ni el teatro, al que siempre han tenido poca afición sus habitantes, ni los establecimientos científicos ni literarios, ni los cuarteles y cárceles ofrecen nada de particular.

De sus varias plazas, la principal es la del 16 de Julio, ó Mayor, ó de Armas, uno de cuyos lados está ocupado por la catedral nueva y el palacio quemado, el otro por las portadas y el Loreto y los demás por casas particulares. En el centro tiene una hermosa fuente de mármol blanco rojizo.

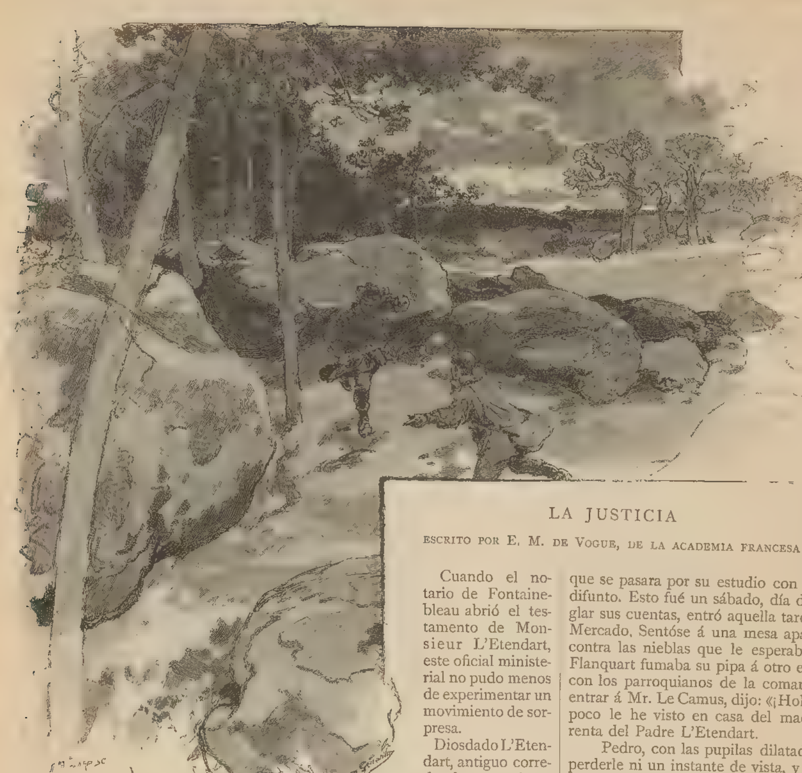
Una de sus mejores calles es la del Comercio, y en punto á paseos, que son varios, como el de Sopocachi, el de San Jorge, Potopoto, y Challampa, merece la preferencia el de la Alameda, al que dan entrada tres grandes portadas con verjas de hierro; cinco calles de variados árboles y de 548 metros de largo cada una terminan en una galería de 13 arcos de piedra. La calle ó avenida central tiene dos bonitas glorietas y en el centro una fuente.

De algunos de los edificios, plazas, calles y paseos que dejamos enumerados incluímos algunas vistas, reproducción de fotografías que debemos á la galantería del señor D. José M. Farfán, de La Paz.

D. S.



LA PAZ. – INDIOS ARRIEROS


Los Flanquart eran especialmente cazadores furtivos

LA JUSTICIA

ESCRITO POR E. M. DE VOGUE, DE LA ACADEMIA FRANCESA

Cuando el notario de Fontainebleau abrió el testamento de Monsieur L'Etendart, este oficial ministerial no pudo menos de experimentar un movimiento de sorpresa.

Diosdado L'Etendart, antiguo corredor de comercio en Nantes, vivía retirado desde hacía algunos años en una casita de la avenida del Castillo. Habíase establecido en Fontainebleau para estar próximo á sus dos hermanas, casadas en esta población. Estas señoras fallecieron antes que él, dejando sus tres hijos bajo la tutela de su hermano. El hijo de la hermana mayor, Mr. Le Camus, era un bien acomodado plantador, establecido en el valle de la Sole. Aunque muy preocupado por sus negocios, que ascendían á una cifra importante, el plantador prodigaba sus atenciones á su tío. No bien maduraba un fruto sabroso en las plantaciones, Le Camus enviaba estas apetitosas golosinas á Fontainebleau como regalo al indigesto anciano. Los dos hermanos Flanquart, hijos de la hermana menor, también procuraban por su parte mimar á su tío, como verdaderos sobrinos pobres. Nada les había salido bien á estos jóvenes, á decir verdad un tanto calaveras; habían tanteado todos los oficios, siendo sucesivamente posaderos, revendedores, destajistas, y sobre todo, cazadores furtivos, según daban á entender los guardas rurales. El hecho estaba probado, por lo menos respecto á Pedro, el hermano mayor. Sin embargo, Mr. L'Etendart hacía la vista gorda tocante á sus calaveradas y demostraba cierta predilección hacia ellos. Nadie ponía en duda en Fontainebleau que los sólidos ahorros del ex corredor no fuesen á parar á manos de estos parientes preferidos y necesitados. Ellos contaban de antemano con ventajosos fondos comerciales, y su tío parecía predispuesto á facilitarles la adquisición de la casa en que vivían, cuando he aquí que falleció aquél á consecuencia de sus achaques.

Toda la población admiróse también como el notario al saber que Mr. L'Etendart había legado toda su fortuna, ocho mil libras de renta, á su sobrino Le Camus. Sólo á éste no le sorprendió, porque los ricos y dichosos no se admiran jamás de que el azar aumente su prosperidad. El plantador compró terrenos que codiciaba é hizo explotaciones más en grande. No obstante, no varió en nada sus costumbres laboriosas, y continuó viviendo en su casa del valle de la Sole, edificio aislado que se elevaba en medio de una era encerrada en una planicie baja y algo cenagosa, rodeada de un plantío de hayas. Esta propiedad estaba limitada por el camino departamental de Fontainebleau á Moret, que hace un recodo brusco en este sitio y hacia el Norte. Le Camus, que tenía su centro de ocupaciones en Fontainebleau, tomaba diariamente este camino, encorvado sobre su bastón de castaño, vestido con su traje de cultivador acomodado, consistente en un pantalón de terciopelo, chaquetón de tela azul y sombrero de castor.

Respecto á los hermanos Flanquart, los sobrinos desheredados, es excusado decir que fueron los más sorprendidos de la disposición testamentaria de su tío. Su desencanto trocóse instantáneamente en furor contra su dichoso primo. Esta cólera tomó tantas fases diferentes, según el carácter de los dos hermanos. Pedro, el mayor, que era un mozo arrebatado, escandalizó en los cafés de la población con sus quejas y acusaciones; hablaba de intrigas, de coacción y de todo cuanto se dice en casos semejantes, profiriendo públicas amenazas de jugar una mala partida á Le Camus. El genio violento y los habitos poco escrupulosos del cazador furtivo daban á aquellas amenazas una seria significación.

Mateo, el menor de los Flanquart, era un hombrecillo canijo, poco comunicativo y por lo regular tranquilo y taciturno. Los que le conocían superficialmente le tenían por un pobre diablo suave é inofensivo. Generalmente era más bienquisto que el ganapán de su hermano, porque no tenía, como éste, sobre su conciencia, ni corzos pertenecientes al Estado, ni escándalos de taberna, ni otros excesos. Sólo dejaba entrever su malignidad abusando de chanzas de mal género, maduramente pensadas y de malas pasadas hechas á sangre fría en venganza de sus rencores. Estas malas pasadas eran á veces tan diabólicas que hacían reir hasta á las mismas víctimas de ellas, porque generalmente se perdona al que nos divierte. Decíase de él: «¡Bah! ¡Son cosas de ese bromista de Flanquart!»

Después de la muerte de L'Etendart, se hizo Matías más taciturno que de costumbre, sin duda devorado por su oculta ira. A veces, impulsados por su despecho, reñían los dos hermanos, y Pedro decía:

- Tú no eres más que una gallina vieja. ¿Es posible resignarse á una villanía semejante? Si tuvieras siquiera la mitad de corazón que yo, haríamos que ese Le Camus pagara cara su herencia.

– El gritar á nada conduce, – replicaba Mateo; - déjame en paz; si se me excita me obligarán á hacer una que sea sonada.

Después de cumplidas las formalidades legales, el notario avisó á Le Camus que se pasara por su estudio con objeto de tomar posesión de la herencia del difunto. Esto fué un sábado, día de mercado. El plantador, que acababa de arreglar sus cuentas, entró aquella tarde en el café del Reloj, situado en la plaza del Mercado. Sentóse á una mesa apartada y pidió un bitter caliente, como tónico contra las nieblas que le esperaban á su vuelta en el valle de la Sole. Pedro Flanquart fumaba su pipa á otro extremo del café, gesticulando y hablando alto con los parroquianos de la comarca. Uno de éstos, cliente del notario, viendo entrar á Mr. Le Camus, dijo: «¡Hola! He aquí un sujeto que no se fastidia Hace poco le he visto en casa del maestro Coquerol, coleccionando los títulos de renta del Padre L'Etendart.

Pedro, con las pupilas dilatadas por la ira, miró fijamente á su primo, sin perderle ni un instante de vista, y obligó á los circunstantes á oir una letanía de alusiones provocativas y de injurias mal disfrazadas, cuyo objeto era fácil de averiguar. Por fin, el plantador, exasperado, le interrumpió diciendo:

– ¡Sois un mal hombre!

Flanquart, sumamente exasperado al oir esta provocación, trasladóse de un salto junto á la mesa ocupada por M. Le Camus, desatándose en epítetos infamantes; y como su primo, hombrecillo delgado y endeble, hiciese ademán de levantar el bastón, Pedro dejó caer sobre él sus robustos puños, derribando á consecuencia la silla y hasta la mesa. Después de algunos minutos de lucha levantaron del suelo á Mr. Le Camus, contusionado, maltrecho, tembloroso y sangrando por la nariz, boca y orejas. Le colocaron en un cabriolé para ser conducido á su casa después que hubo prestado declaración circunstanciada ante el comisario de Policía Pedro, profundamente aliviado de su cólera con este golpe de mano, entróse en su casa más ligero y satisfecho que nunca.

– ¿Sabes, – dijo á su hermano, – ese tuno de Le Camus ha tomado hoy los monises del viejo, pero yo le he dado un recorrido de que guardará memoria.

Mateo se encogió de hombros.

– Pues te has excedido, – murmuró éste con voz cavernosa. – ¿No le supones ya bastante rico y tratas de pagarle una indemnización de daños y perjuicios? ¡Bah! Cuando uno quiere vengarse, conviene no hacer á medias las cosas.

Mr. Le Camus no pudo salir de casa durante algunos días, y no se presentó en Fontainebleau hasta el fin de la semana. Esta vez encontróse en la plaza con su primo Mateo, que le saludó políticamente, con gran asombro del plantador, y se alejó á buen paso en dirección á su casa.

Mateo encontró en ésta á su hermano y le dijo en tono indiferente:


Pedro dejó caer sobre él sus robustos puños, derribando a consecuencia la silla y la mesa

– Esta noche hará algo de luna y determino salir al merodeo. ¿Quieres prestarme tu escopeta?

– ¡Mi escopeta! ¿Desde cuándo te has hecho cazador?

– Alguna vez hay que empezar.

– Sí, pero no se empieza arriesgando el pellejo en contra de los guardas, y en una noche en que apenas se distinguirá un ciervo de una vaca.

Y al decir esto Pedro miró con atención á su hermano.

- Oye, Mateo, – dijo después, – sé que ese bribón de Le Camus está en Fontainebleau. No vayas á hacer alguna barbaridad, fuera de romperle un par de costillas. Esto á nada conduce, pero desahoga y no compromete mucho. Por lo demás, ya sabes que la Justicia no gasta bromas.

– Palabrerías, – murmuró Mateo. – Déjame en paz y no te mezcles en mis asuntos. ¿Quieres darme la escopeta, sí ó no?

– Tómala, si quieres; pero dime al menos adónde vas á ponerte en acecho.

– Adonde haya caza, – gruñó Mateo, descolgando el arma de encima de la chimenea. Pedro movió la cabeza con desaliento; sabía que no conseguía nunca el disuadir á su hermano de una resolución tomada.

El menor de los Flanquart se aseguró de que la escopeta estaba cargada y cebada, bebió un vaso de vino y se fué silbando.

Primeramente se dirigió hacia la linde de la faisanería; después, haciendo un rodeo á campo travieso, volvió á seguir el camino de Moret á la salida del arrabal y se sentó junto á un almacén de madera.

No habían dado aún las seis en las iglesias, y como era por febrero ya hacía noche cerrada. La luna en cuarto creciente asomaba á veces por entre las nubes grises, bañando el camino con claridades intermitentes. Mateo miraba distraídamente á los carreros, tapiceros y arrieros de los alrededores que pasaban á intervalos. De repente se ocultó detrás de una pila de maderas. Un hombre á pie avanzaba por el camino, vestido con pantalón de terciopelo, chaquetón de tela azul y sombrero de castor. Era Mr. Le Camus Flanquart le dejó tomar unos cuarenta pasos de delantera, salió de su escondrijo, entró en el camino y se puso en marcha detrás del plantador, adelantando ó acortando el paso, con objeto de no perderle de vista, ni aproximarse mucho á él.


Flanquart, loco de espanto, huyó sin acercarse á su víctima

Si Mateo en aquel momento se hubiera preguntado cuál era su intención, difícilmente habría podido responderse. No tenía idea fija, únicamente experimentaba una alegría salvaje en seguir á su enemigo sin ser visto, y en tenerle en su poder, á tiro de escopeta. Sentíase dueño de aquel hombre que había destruído todas sus esperanzas: esto le bastaba por el pronto. Hubiera caminado toda la noche sin notar cansancio, y se admiró cuando habiendo creído que esta especie de caza sólo duraba algunos minutos, hallóse en el recodo del camino, en el ángulo de la hacienda de Le Camus. La silueta del plantador desapareció detrás del recoveco formado por el seto en este sitio. Mateo apresuró el paso, temiendo perder su presa, hizo un corto rodeo, llegó á la revuelta de la senda, y no vió nada pero oyó el ruido de un portón de la fachada de la casa de su enemigo, que se abrió chirriando. Furioso de su retardo, Flanquart acercóse al seto, poco frondoso á la sazón, á causa de los claros abiertos en la hojarasca por los pilletes y los perros. Deslizóse por uno de ellos, pugnando para abrirse paso, y cuando salió al otro lado del vallado, quedóse inquieto y reteniendo el aliento. Momentos después, el sombrero y el chaquetón de Mr. Le Camus, inmóviles bajo un grueso árbol, dibujáronse á la turbia claridad de la luna. El plantador, apoyado en su bastón, contemplaba el horizonte, con la actitud del cultivador que interroga al cielo para saber qué tiempo promete el siguiente día.

Mateo se hallaba en la calle de árboles circular que conducía á la casa, y al volver á ésta Mr. Le Camus, era forzoso que le viera y se sobresaltara. Estábale, pues, vedada la retirada. En este mismo momento, sintió un movimiento de ira que le perturbó la razón; solo veía allí, muy cerca, en la desierta noche, al causante de su desgracia, al rico egoísta á quien siempre había odiado y cuya sangre hubiese querido beber, sobre todo después de la infamia del testamento. En este acceso de cólera, el irascible Flanquart no pudo dominarse, armó su escopeta, apuntó y apretó el gatillo... A la detonación del disparo siguió el ruido seco de una rama tronchada, y Mr. Le Camus se desplomó al suelo como una masa, rompiendo con el peso de su cuerpo el bastón en que se apoyaba. El asesino no oyó ni una queja, ni una convulsión: la víctima cayó sobre una plantación de legumbres. La bala hirió de muerte como un rayo al desgraciado plantador.

Flanquart, loco de espanto, huyó sin acercarse á su víctima; salió del seto, y precipitándose hacia el camino, tomó carrera en dirección á Fontainebleau. Llegó á su casa bañado en sudor, figurándose oir de cerca los pasos de la Justicia pidiéndole cuenta de su crimen.

Pedro esperaba á su hermano. Viéndole entrar con ademán descompuesto adivinó lo que había pasado. Le cogió la escopeta, la examinó, se cercioró de que el cebo estaba quemado, y colocando el arma en su sitio sin decir una palabra, sentóse en un rincón de la chimenea frente á su hermano. Transcurrieron algunos minutos.

Por fin, Mateo dijo con voz ronca:

– Pues bien, sí, Le Camus ha pagado su cuenta, lo cual le enseñará á no robar á los pobres. Yo estoy perdido.

– ¡Desgraciado!, – replicó Pedro – ¿Cómo te has atrevido á hacer eso? Yo, ciertamente, no soy muy meticuloso, como se lo he probado á ese pillastre de Le Camus; pero prefiero comer pan negro toda la vida á matar así á un hombre.

– ¿Vas ahora á sermonearme?, – repuso Mateo. – ¿No me reprochabas de ser un gallina? Tú sí que no tienes sangre en las venas. Déjame en paz. Lo hecho, hecho está.

– Por lo menos ponte en salvo: aun tienes el resto de la noche.

– ¿Para qué, si siempre le cogen á uno? Comprendo que no me libraré de las garras de la Justicia. Más vale acabar de una vez. Mañana por la mañana me presentaré á declarar.

Cesó el diálogo. Ambos hermanos continuaron sentados uno al lado del otro, silenciosos, absortos en sus pensamientos. Ya muy tarde, Pedro se acostó. Mateo permaneció sentado delante del hogar con los ojos muy abiertos hasta muy entrado el día.

Oyóse en la calle el ruido de un paso pesado; el más pesado y conocido de los pasos, el de un caballo de gendarme llevando á su jinete. Golpes dados en la puerta despertaron á Pedro, que se levantó sobresaltado, y como vió que su hermano no tenía trazas de moverse, bajó á abrir.

– ¿Sois vos Pedro Flanquart? – dijo el gendarme.

– Sí, yo soy.

– Pues bien: traigo orden de arrestaros. Debéis comparecer ante el tribunal á consecuencia del asunto Le Camus.

– Pero eso no me atañe, os juro que soy inocente, – exclamó Pedro muy pálido y tembloroso. Ni se acordaba de la camorra de la semana anterior.

– Eso no es cuenta mía; – refunfuñó el gendarme. – Ya os entenderéis con la Justicia.

En este momento presentóse en el umbral el menor de los Flanquart. Había oído el nombre fatal de Le Camus, y no abrigó la más mínima duda de que venían en su busca.

– Aquí estoy, prendedme; yo soy el que he dado el golpe. Para saber la verdad no se necesita que atortolen á mi hermano mayor: no sabía nada, no se lo he dicho hasta después.

– ¡Hum! – murmuró el gendarme, que no acababa de comprender.

– Os digo que he sido yo quien ha matado al Le Camus. Es muy sencillo, llevadme ante el comisario.

El gendarme comprendía menos cada vez. Era portador de una citación, á consecuencia de una queja de Le Camus, en la que se querellaba de haberle roto dos dientes, sin hacerse mención de que le hubiesen matado; pero como era un antiguo aficionado á su profesión, al oir la palabra *matar*, su fisonomía tomó un aspecto sólo comparable á la del cazador que, creyendo tirar á un mirlo, ve caer á sus pies un faisán.

– No conozco vuestro asunto, – dijo; – pero venid á explicarle ante el comisario.

Mateo, siguiendo al gendarme, dirigióse á la comisaría. Despertaron al inspector, que medio dormido mandó al declarante á todos los diablos, repitiendo que la querella de Le Camus contra Flanquart vendría á su tiempo al tribunal correccional, y que habiendo remitido al escribano el proceso verbal, no tenía ya nada que ver en el asunto. Habiéndole advertido el gendarme de que había dos Flanquart y quizá dos Le Camus, uno que se quejaba de haber recibido golpes y otro que no se quejaba, pero que acababa de ser asesinado, el comisario escuchó á Mateo, que dijo lacónicamente que había matado al plantador de un escopetazo la víspera de aquel día, por la noche, y que se encontraría el cadáver en el sitio que él designaría. Puesto en presencia de un *hermoso* asesinato, el comisario se revistió, como se dice en estilo elevado, con la máscara de la ley, adoptando una expresión grave, proporcionada á la calidad del crimen. Después de haber telegrafiado al sustituto del procurador, que se hallaba en casa de una señora de Melun, envió á buscar otro gendarme á la brigada, colocó al asesino entre los dos guardianes, y poniéndose á la cabeza de la columna la condujo por el camino de Moret.

Mateo, presa de una pesadilla, reandaba este camino que la noche anterior había recorrido en pos de su víctima. Los gendarmes, silenciosos, no le perdían de vista. Sólo por una palabra, aquel hombre que hasta entonces había tenido derecho á su protección, habíase trocado en su presa, en una especie de cosa, pero cosa horrible. En la mirada de aquellos agentes de la ley parece como que se revelaba la infinita distancia que media entre un futuro presidario y los honrados militares, ejecutores de la Justicia.

Al llegar á la hacienda de Le Camus, las miradas de Flanquart se volvieron involuntariamente hacia un árbol grande que había á la izquierda. Al pie de este árbol yacía un bulto de forma humana entre la hojarasca que tapizaba la senda, medio oculta por plantas crecidas.

Dobláronse las piernas del asesino, y apoyóse en el montante de la puerta, incapaz de dar un paso. El comisario dirigióse solo hacia el triste objeto que ya había visto, y separando las hierbas se inclinó.

Entonces los dos guardianes del preso vieron lo que no recuerda haber visto gendarme alguno: una cosa enteramente anormal. Después de algunos momentos de examen, irguióse el magistrado, llevóse la mano á las caderas en actitud de abandono, y prorrumpió en una risa frenética, de carcajadas repetidas, que resonaron alegremente en medio del silencio de la mañana. Los gendarmes miráronse estupefactos.

Uno de ellos no pudo reprimir su curiosidad, adelantóse al sitio en donde estaba el comisario, y á su vez prorrumpió también en risa estrepitosa. El otro, viendo que la situación se aclaraba, y que la consigna no era seria, dejó al preso y se reunió á su compañero, tomando parte en el coro de carcajadas. Mateo, que había quedado solo junto á la puerta, no vió en esta extraña escena más que una nueva faz de la pesadilla que le asaltaba. Nada podía haber más satánico en el estado de espíritu en que se hallaba que aquellos tres hombres retorciéndose de risa en torno de un cadáver. Reía el comisario, procurando contenerse, y reían los gendarmes con una risa fuerte, pesada y sonora como el paso de sus caballos.

Flanquart los miraba delirante, bañado en sudor, con el cabello encrespado. No obstante, como la risa es el más contagioso de los fenómenos humanos, las facciones del asesino se contrajeron en un gesto epiléptico, un hálito estridente escapóse de sus labios y de su garganta: rió también, mientras que el frío del espanto le atravesaba la médula de los huesos, y sentía que le invadía la locura.

– ¡Te acercarás por fin, farsante!, – gritóle uno de los gendarmes.

El sonido de aquella voz volvióle á la realidad.

Adelantóse tambaleándose, y haciendo un esfuerzo supremo de voluntad, miró hacia el suelo. Súbito se operó en sus nervios una brusca revolución, y echóse á reír á todo trapo, como ríe, quizá instintivamente, todo el que acaba de librarse de un gran peligro. Su víctima, tendida bajo el árbol, que era un cerezo, era uno de esos maniquíes espanta-gorriones que se colocan en las tierras cultivadas. Mr. Le Camus, hombre metódico, les hacía confeccionar y los vestía con sus prendas de desecho: los pantalones de terciopelo, los chaquetones azules y los sombreros de castor servían de traje invariablemente á los empajados guardianes de sus plantaciones. El bastón de aquel espantajo estaba roto, y al mirarle Flanquart maquinalmente, sintió todavía un estremecimiento, porque las astillas de la madera indicaban claramente el golpe de una bala. Este detalle probaba también que la aventura de la noche anterior no había sido un mal sueño. Mateo dedujo que Mr. Le Camus debió entrar en su casa muy de prisa, mientras que él forzaba el seto y se detenía observando al fantasma del plantador. Si el comisario hubiera examinado más detenidamente el bastón, habría notado la señal del tiro; pero influído por la sorpresa, y persuadido de que era juguete de una broma, no pensó en continuar su investigación.


Dime al menos adónde vas á ponerte en acecho


¿Sois vos Pedro Flanquart?

Este funcionario fué el primero que volvió á tomar su aspecto serio, adoptando un aire de circunstancias, medio indignado y medio despechado, que no dejaba de ser cómico.

– ¿Queréis explicarme que significa esta farsa?, – preguntó á Mateo. Mirábale éste con aspecto embrutecido, sin encontrar más respuesta que una risa idiota. Su atontamiento no era fingido; pero el comisario creyó que todavía seguía representando su papel de bromista.

– Tendréis que responder ante quien corresponda de esta estúpida chanza; - repuso el funcionario; – para que no se diga que se puede impunemente turbar el sueño de las autoridades, poner en movimiento á la Justicia y distraer de sus deberes á la gendarmería, y todo ello por una pillastrería de colegial ¡Adiós! Tendréis memorias de mí.

Y dicho esto se alejó con paso noble, haciendo esfuerzos visibles á fin de recobrar la impasibilidad administrativa, que su hilaridad había comprometido en presencia de sus subordinados. Los gendarmes, libres de la presión de su superior jerárquico, volvieron á chancearse por todo lo alto, familiarizándose con el ex criminal.

Las exclamaciones y dicharachos se cruzaban:

– ¡Qué diablo de bromista!

– ¡Y qué bien ha representado su papel! Cualquiera hubiera dicho que había asesinado á sus padres.

– Habría engañado hasta al procurador de la República. Viéndole, yo no daba dos sueldos por su cabeza.

– Vale más que los cómicos de teatro.

– Será preciso guillotinar al maniquí en lugar suyo.

– Por lo menos que nos pague el aguardiente por habernos echo pasear tan de mañana.

Flanquart acabó por reirse de todo corazón y más estrepitosamente que los otros. Experimentaba la grande alegría del que se despierta de una pesadilla, y se prestó casi de buena fe á representar el papel que se le atribuía, encontrando grandemente chusco este incidente que le volvía á la vida. Hubiera abrazado de buena gana á aquellos buenos diablos de gendarmes. Volvieron chanceándose á Fontainebleau: á la entrada pagó una ronda de copas de ciruelas en aguardiente y se separó de aquéllos como de los mejores amigos del mundo. Al mediodía, la feliz broma de «ese farsante de Flanquart» promovía la hilaridad en todos los cafés de la población.

El comisario encontró en su casa al sustituto, que al recibo del despacho había vuelto apresuradamente de Melun, vestido de negro, con corbata blanca, pronto á entrar en funciones. No habiendo sido espectador de aquel golpe teatral, no comprendía la gracia de aquel ultraje hecho á la dignidad de la Justicia; estaba furioso de verse mezclado á semejante truhanería, y acusaba *in petto* al comisario de estupidez ó de complicidad. Después de un cambio de palabras demasiado graves, ambos representantes de la ley buscaron medio de castigar al impertinente bromista, y viéronse obligados á confesar que provocando un escándalo no hacían más que abultar la aventura y ponerse en ridículo, hasta el punto de no poder continuar ejerciendo sus funciones en el departamento. Ante la evidencia de este resultado, resolvieron juiciosamente dar carpetazo al asunto y se separaron con despecho y con mala impresión uno y otro.

Ocho días después llevóse al tribunal correccional la causa de Le Camus contra Flanquart, y Pedro ocupó el banco de los acusados. Cuando el abogado de aquél hubo expuesto sus conclusiones, reclamando una fuerte indemnización pecuniaria por la brutal agresión de que su cliente había sido víctima, tomó la palabra el ministerio público, desempeñado por el propio sustituto, todavía



SANTA ISABEL Y EL MILAGRO DE LAS ROSAS, cuadro de L. Max Ehrler



FULVIA EN EL MOMENTO DE ATRAVESAR CON SU ALFILER DE ORO LA LENGUA DE CICERÓN, cuadro de Maura (Véase el artículo de D. Emilio Castelar)

exasperado por causa de su viaje matinal á Fontainebleau para hacer constar el asesinato de un espanta-gorriones. Aunque lo hubiese olvidado, el nombre de Flanquart forzosamente debía recordarle su mala ventura. En términos calurosos él llamó la atención del tribunal contra el acusado, hombre de mala fama, muchas veces condenado por cazador furtivo y que había premeditado largo tiempo su salvaje atentado contra un inofensivo ciudadano.

«Esta causa, dijo el orador al terminar su discurso, tiene, señores, su lado obscuro, independientemente del flagrante delito sometido á vuestra jurisdicción correccional. Resalta en ella un sistema de intimidación, por no decir más, que hubiera podido conducir al culpable á mayores excesos, reservados al supremo rigor de la ley. Mr. Le Camus tiene notorias razones para suponer que el agresor atentaba contra su vida, y que este ataque en pleno día era sólo preludio de tentativas más criminales. El querellante ha notado idas y venidas sospechosas, y una noche que entraba en su casa oyó un próximo disparo de escopeta. La Justicia no se halla en aptitud de decidir si ha habido amenazas de asesinato ó conato de ejecución; pero todas las pruebas morales indican que la susodicha escopeta pertenecía al cazador furtivo, harto conocido en la comarca. Es casi evidente que el hermano del acusado ha ideado una farsa ridícula, sólo para apartar de su hermano las sospechas que pesan sobre él. Yo me avergonzaría de recordar en este sitio á ese necio bromista, si no fuese para hacer caer sobre él un veredicto merecido.»



Irguióse el magistrado y prorrumpió en una risa frenética

(En este momento un antiguo juez no pudo reprimir una sonrisa, y algunos jóvenes espectadores cuchichearon entre sí.)

El sustituto continuó su peroración en tono aun más acre:

«Y como dicho de pasada, haré constar ante el tribunal, que lo deplorará como yo, que un magistrado subalterno se ha dejado sorprender en su perspicacia, y ha caído benévolamente en el lazo tendido á la majestad de la Justicia. Pero esta truhanería de mal género no debe separarnos de las sospechas peligrosas suscitadas respecto á Pedro Flanquart; porque todo es sospechoso en su conducta. Me admiraría si no oyese aquí una voz pidiendo en conciencia que el acusado no debe estar en estos bancos, sino en los infamantes del tribunal supremo. Vuestro veredicto, señores, tendrá en cuenta estas circunstancias agravantes.»

En conformidad con las conclusiones del ministerio público, Pedro Flanquart fué condenado, aplicándole el artículo 311 del Código penal, por golpes y heridas que produjeron incapacidad para el trabajo menos de quince días, á cinco meses de cárcel y cien francos de multa.

Al salir de la audiencia y al subir al coche celular, Pedro notó que los gendarmes que le custodiaban sonreían, cambiando miradas de inteligencia con un sujeto sentado á la mesa en un café de la plaza. El gendarme murmuró al oído de su compañero:

– Allí está ese bromista de Flanquart.

El condenado miró, vió á su hermano Mateo que revolvía un ajenjo, fumando su pipa, y dijo al gendarme.

– ¿Conocéis á mi hermano? Pues hacedme el favor de llamarle.

El soldado contestó con altivez:

– Detenido, yo no conozco á nadie.

– Entonces, permitidme que me despida de él.



Mateo estaba tomando un ajenjo en un café de la plaza

– Imposible, detenido, estáis en poder de la Justicia.

El carruaje comenzó á rodar. Durante el trayecto hasta la cárcel, Pedro parecía abstraído por una idea que golpeaba en su obtuso cerebro; hubiérase supuesto que meditaba respecto á un problema, al que su ingrata inteligencia no hallaba solución. En más de una ocasión, los gendarmes oyéronle murmurar esta palabra, que repetidas veces se deslizaba por entre sus gruesos labios: *¡La Justicia!*

TRADUCIDO POR FLORENCIO M. GODINO

LA VELOCIPEDIA

De algunos años á esta parte, la velocipedia (perdónesenos este neologismo que nos evita un circunloquio) ha adquirido una extensión considerable, á pesar de ser uno de los ejercicios que más ha tenido que luchar con toda clase de preocupaciones y escrúpulos, por no comprenderlo ciertas gentes sobrado exclusivistas. Si se ha de dar crédito á los que la practican, la velocipedia, como la mayor parte de los ejercicios físicos, apasiona y cautiva, y en esto consiste sin duda la causa principal de su indiscutible éxito.

Con todo, los primitivos velocipedistas, los de 1860 á 1880, han necesitado mucha perseverancia para vencer el retraimiento burlón é implacable de la gente. Hoy el brillante resultado obtenido ha galardonado la tenacidad de los aficionados, y nadie pone ya en duda la importancia que la velocipedia ha adquirido en nuestras costumbres.

Los progresos realizados en la fabricación de velocípedos en el extranjero son sorprendentes: en Inglaterra hay más de 500.000 según resulta de las averiguaciones practicadas por las administraciones de algunos ferrocarriles, á los cuales parece que causa algunos perjuicios tan gran número de velocipedistas. Verdad es que con los aparatos contemporáneos se puede recorrer distancias extraordinarias y subir cuestas bastantes altas, cosa que en otro tiempo se tenía por imposible.

La velocipedia tiene numerosos órganos en su defensa: cuenta con treinta y cinco periódicos especiales, semanales en su mayoría, y algunos de los que se publican en Inglaterra constan de 30 á 40 páginas. La prensa diaria presta asimismo su concurso á este nuevo arte, con lo cual viene á proporcionarle una especie de sanción pública.

En Francia hay ya más de cien sociedades, y muchas de ellas están confederadas bajo el título común de *Unión velocipédica de Francia*, fundada en 1881. Esta asociación tiene por objeto la defensa de los intereses de los clubs y de los ciclistas aislados, facilitando los buenos caminos del *turismo* por medio de una red admirablemente trazada y llamada á radiar con el tiempo por la Francia entera. La velocipedia militar, detenidamente estudiada hace ya tiempo en muchas naciones, es en la actualidad objeto de profundo examen en la vecina república, desde las favorables pruebas hechas en las grandes maniobras militares de estos últimos años. La prensa no deja de ocuparse de ella, y los regimientos franceses tienen velocipedistas regulares.

Recientemente se ha publicado un libro, debido á la pluma de M. Mauricio Martín, redactor del *Veloce-Sport*, de Burdeos, obra llena de consejos y de ideas prácticas sobre los viajes en velocípedo, y escrita con motivo de un viaje efectuado en agosto último de Burdeos á París por tres ciclistas muy conocidos: G. Thomas, presidente de la *Unión velocipédica de Francia*, Oscar Maillotte y el autor de la obra en cuestión, individuos del *Veloce Club bordelais*.

Parece resultar de los hechos que es posible andar en velocípedo 150, 200 y hasta 250 kilómetros diarios por carretera, si el velocipedista es práctico y está bien acostumbrado; pero que la marcha natural, la que permite ver los países, no debe pasar de 80 ó á lo más de 100 kilómetros, cifra esta última á la que sólo habrán de llegar los viajeros ya avezados.

La velocipedia es un ejercicio digno de recomendarse á la juventud: puede ser muy útil en tiempo de guerra, y en el de paz comunica vigor y agilidad á los que lo practican, permitiéndoles hacer largos viajes con mucha economía.

M. A.

SECCIÓN CIENTÍFICA

FÍSICA SIN APARATOS

CURIOSO EXPERIMENTO DE ÓPTICA

Para verificar los dos experimentos que vamos á describir bastan una tarjeta de visita poco transparente y un alfiler que por de pronto sirve para practicar en aquélla un agujero pequeño, pero muy marcado.

Primer experimento. – Apoyando la tarjeta sobre el ojo se verá que la potencia de acomodación aumenta de tal modo que un présbite distingue perfectamente al través del agujero la cabeza del alfiler á dos centímetros de distancia del ojo y un míope lee fácilmente, á una distancia de 40 ó 50 centímetros, caracteres de imprenta. Este experimento se relaciona con la fotografía sin objetivo. El ojo humano, como un objetivo fotográfico, carece de *profundidad*, es decir, se acomoda sólo á una distancia determinada. Si miramos, por ejemplo, la pared de una habitación y hacemos pasar, á algunos decímetros del ojo y en el campo visual, una tarjeta, ésta se nos aparecerá muy vaga, y si fijamos nuestra atención en ella, dejaremos de ver la pared; pero si aplicamos á nuestro ojo la tarjeta agujereada, veremos claramente la pared, y la tarjeta y todos los objetos parecerán completamente planos: las imágenes de la retina tendrán la misma limpidez que en la cámara obscura provista de un pequeño agujero ó de un objetivo de gran diafragma.

Segundo experimento. – Coloquemos (fig. 1) la tarjeta á 3 centímetros de nuestro ojo; miremos fijamente, al través del agujero, una superficie muy iluminada, como el globo de una lámpara, y hagamos pasar el alfiler entre la tarjeta y el ojo á igual distancia de la una y del otro. Si el alfiler se mueve de derecha á izquierda, la veremos moverse de izquierda á derecha; si lo retiramos poco á poco, la cabeza del mismo se dibujará en el agujero al lado opuesto al en que aquélla se encuentra; en otros términos, veremos la imagen del alfiler invertida. Este experimento es poco conocido; he aquí su explicación:

Sabido es que las imágenes de los objetos exteriores aparecen invertidas en la retina (fig. 2, núm. 1) y que sólo gracias á la educación de la vista las vemos derechas. Pues bien: en el experimento el pequeño agujero obra únicamente como punto luminoso A (fig. 2, núm. 2) y proyecta la sombra del alfiler sobre el fondo del ojo: la pupila desempeña aquí el papel de grande abertura; es una simple ventana. Este experimento se puede hacer de diversas maneras. Si guiña el ojo delante del agujerito de la tarjeta, el observador verá sus propias pestañas invertidas. Finalmente, imprimiendo á la tarjeta un ligero movimiento de vaivén ó haciendo describir al agujero un pequeño círculo, el campo visual parece, al cabo de un instante, surcado de una red de ramas. Esta visión es debida á la sombra de los vasos capilares sobre la capa sensible de la retina.

Este último experimento no siempre sale bien á la primera vez, y cuando á los dos ó tres minutos no se produce el fenómeno, vale más renunciar á él que fatigar demasiado la vista. – C. E. G.

(De *La Nature*)



Fig. 1. – Modo de obtener la imagen invertida de un alfiler. En la parte superior del grabado, el aspecto de la imagen invertida.

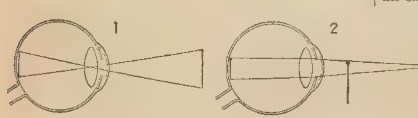


Fig. 2. – Explicación del fenómeno

LA PÓLVORA SIN HUMO

Antes de entrar en las diversas consideraciones que nos sugiere la adopción del nuevo explosivo militar, definamos lo que es la pólvora sin humo. Las armas que la utilizan no son, como algunos podrían creer, simples tubos pneumáticos que funcionan por la acción de un gas comprimido, sino que, en principio, son las mismas que eran antes, puesto que en ellas la carga de pólvora se quema como en éstas y la detonación subsiste: lo único que ha desaparecido es el humo ó, por mejor decir, ha sido reemplazado por una ligera nube que se desvanece pocos segundos después de hecho el disparo.

¿Por qué este humo, al revés de lo que sucedía con las pólvoras antiguas, es incoloro? Por la sencilla razón de que la explosión de la pólvora negra produce, además de los gases, el 50 por 100 de materias sólidas en el peso total de los cuerpos que aquélla pone en libertad, al paso que la de la pólvora nueva sólo da gases simples sin mezcla de sólido alguno.

Si descomponemos la pólvora ordinaria, veremos que químicamente se resume en la siguiente fórmula:

$$4KAzO^3 + S + 5C = \begin{cases} K^2SO^4 + K^2CO^2 \\ 5CO + 4Az \end{cases}$$

Salitre, azufre y carbón = { Sulfato y carbonato de potasa (*sólidos*) / Oxido de carbono y ázoe (*gaseosos*)

La combustión de la pólvora negra da, pues, además de los gases simples, un residuo sólido, una parte del cual se deposita en el cañón y constituye la costra de las armas de fuego, mientras el resto se disemina en un estado de división extrema entre los gases y los vapores desarrollados por la explosión y produce el humo visible. Este fenómeno no puede producirse con la nueva pólvora, cuya potencia no es debida al antiguo compuesto ternario, sino á lo que llamaremos los grandes explosivos y, entre éstos, á las celulosas nitradas y á las nitroglicerinas especialmente. La explosión de esa pólvora produce solamente gases y vapores sin polvo que los obscurezca, es decir, un humo casi invisible.

Las ecuaciones de descomposición de los dos grandes explosivos, el algodón fulminante (que no es otra que una celulosa nitrada al máximo) y de la nitroglicerina (que veremos empleada en la pólvora sin humo Nobel) son las siguientes:

$$C^6H^7(AzO^2,^3O^5 = 2CO^2 + 4CO + 3H^2O + H + 3Az$$

Algodón fulminante = { Acido carbónico, óxido de carbono, agua, hidrógeno y ázoe (todos *gaseosos*)

$$C^3H^5(AzO^2)^3O^3 = 3CO^2 + 2,5H^2O + 3Az + O50$$

Nitroglicerina – { Acido carbónico, agua, ázoe y oxígeno (todos *gaseosos*)

Se equivocarían los que creyeran que los sabios cuyos nombres citaremos más adelante y que han dirigido sus estudios á buscar la fórmula verdadera de la nueva pólvora se propusieron exclusivamente encontrar la pólvora *sin humo*. Cierto que no ignoraban que de sus experimentos sobre los explosivos á base de las celulosas nitradas resultaría forzosamente esa propiedad especial; pero no era esto lo que propiamente les preocupaba, sino que buscaban, ante todo, un explosivo capaz de imprimir una gran velocidad inicial al proyectil sin que sus propiedades rompientes pudieran perjudicar la seguridad del arma; es decir, una pólvora de gran velocidad y poca presión y menos sucia que la antigua para que la precisión del tiro no perdiera lo más mínimo.

No pudiendo entrar en detalles de química elemetal acerca de la composición y preparación de las nitrocelulosas, base de todas las pólvoras sin humo, diremos solamente que se obtienen por la acción de los ácidos sulfúrico y nítrico sobre la celulosa y que se dividen generalmente en tres clases, según su grado de nitrificación: las mono, di y tri-nitrocelulosas, según que en la fórmula de la celulosa ($C^6H^{10}O^5$) se sustituyan uno, dos ó tres átomos de hidrógeno por uno, dos, ó tres de azotilo ó nitrilo (AzO^2), lo que da á nuestra serie de celulosas nitradas las fórmulas siguientes:

Mononitrocelulosas.	$C^6H^9(AzO^2)O^5$
Dinitrocelulosas.	$C^6H^8(AzO^2)^2O^5$
Trinitrocelulosas.	$C^6H^9(AzO^2)^3O^5$

Las mononitrocelulosas son cuerpos imperfectamente nitrados y las trinitrocelulosas son los algodones fulminantes, muy inflamables y cuya aplicación á las armas de guerra sólo han dado resultados muy incompletos: únicamente nos ocuparemos de las dinitrocelulosas, por su curiosa propiedad de ser solubles en ciertas mezclas (dos partes de alcohol y una de éter, por ejemplo), al paso que son completamente insolubles en ellas las trinitrocelulosas ó algodones fulminantes. Las pólvoras sin humo deben, pues, obtenerse por la disolución de una celulosa soluble en un líquido volátil, sola ó mezclada con cuerpos accesorios, oxidantes ó retardantes, empleados estos últimos para hacer más lenta la explosión y, por ende, para disminuir las presiones interiores que podrían producir la ruptura del arma.

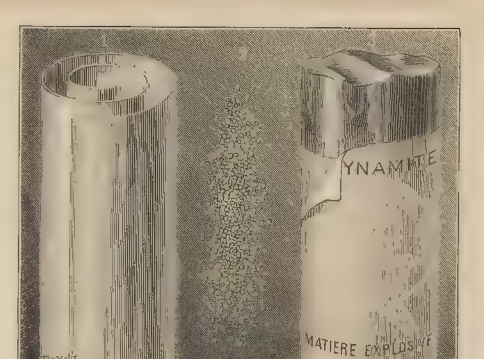


Fig. 1. – Pólvora sin humo y gelatina explosiva – 1, Hoja de pólvora sin humo. – 2, Granos de pólvora sin humo. – 3, Gelatina explosiva.

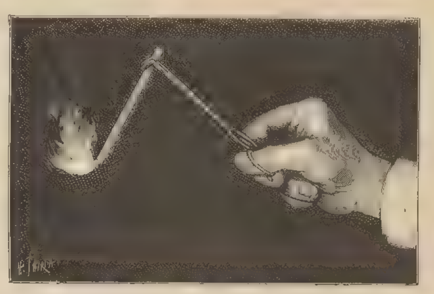


Fig. 2. – Combustión de una laminita de pólvora sin humo

Examinemos ahora los grabados que acompañan este artículo: la fig. 1, núm. 1, representa una hoja de pólvora sin humo, y el número 2 los granos, ó mejor los pequeños paralelepípedos de pólvora sin humo en disposición de ser introducidos, en la proporción designada, dentro del tubo metálico de los actuales cartuchos. Estos granos se obtienen cortando la hoja número 1, y atentamente examinados se presentan bajo la forma de una materia córnea, escamosa, semi-transparente, ligeramente colorada y aun completamente pardusca; en suma, ofrecen un aspecto enteramente distinto que la pólvora negra. Esta materia es simplemente nuestra celulosa soluble disuelta en un líquido volátil que luego se hará evaporar, dejando como resultado de la operación una masa viscosa que puede ser estirada, arrollada ó laminada entre dos cilindros metálicos.

Aunque de cincuenta años á esta parte hombres eminentes de todos los países han hecho objeto de sus estudios la pólvora sin humo, la de M. Alfredo Nobel, químico sueco, es en la actualidad el único

explosivo de guerra que puede competir seriamente con la pólvora sin humo francesa.

El examen de las diversas pólvoras sin humo nos familiarizará con el nuevo explosivo, «el explosivo de mañana,» que podríamos decir Estos explosivos, sean cuales fueren, tienen todos por base invariable las celulosas nitradas cuya explosión es enteramente *gaseiforme*. La primera en fecha, después de la pólvera Schultze, es la registrada en 1886 por sir Federico Abel, el eminente químico de Woolwich, que contiene 100 partes de nitrocelulosa, á la que se añaden de 10 á 50 partes de nitrato de amoniaco. La nitrocelulosa es también la base de la pólvora registrada en 1888 por M. Turpin, el inventor de la panclastita y, según se dice, de la melinita; de la pólvora sin humo que desde 1888 se hace en la fábrica belga de Wetteren; de la pólvora de la fábrica austriaca de Walsrode, llamada pólvora de Wolf; de la pólvora Maxim, inventor de las ametralladoras de su nombre; de las de Johnson y Emmens, y finalmente de la de Nobel, adoptada actualmente por el ejército italiano con el nombre de *balistita*.

Ya comprenderán nuestros lectores que no ha estado nunca en nuestro ánimo describir la fabricación de la polvora sin humo que emplea el ejército francés: la pólvora Vieille es secreto de Estado, y aunque lo conociéramos nos guardaríamos bien de revelar el menor detalle. Lo único que queremos saber y podemos afirmar es que, como en todas las citadas, las propiedades de la pólvora sin humo francesa se deben por entero ó en su mayor parte á la celulosa nitrada, soluble ó no, que contiene

Pero esta reserva no puede alcanzar á las otras pólvoras sin humo, especialmente á la pólvora Nobel, que despierta nuestra curiosidad científica porque contiene, no sólo nitrocelulosa, sino también nitroglicerina en grandes proporciones, en lo cual se diferencia de todas las demás. Si nuestros lectores fijan su atención en las ecuaciones de descomposición química antes citadas que demuestran la explosibilidad enteramente gaseiforme de cada uno de esos dos cuerpos, se convencerán de que ningún ejemplo mejor que el que esta pólvora nos ofrece podríamos escoger en apoyo de lo que tratamos de demostrar, ya que la pólvora Nobel es doblemente invisible, por decirlo así, á causa de la presencia simultánea en su composición de la nitrocelulosa y de la nitroglicerina

Hace mucho tiempo que M Alfredo Nobel estudiaba con afán las mezclas de nitroglicerina y nitrocelulosa: las gelatinas explosivas empleadas en los trabajos públicos y en las minas para la voladura de rocas fueron los primeros y muy interesantes resultados de sus experimentos, y hoy son de uso y fabricación corrientes. La fig 1, núm. 3, representa una muestra de estas gelatinas de apariencia gomosa y de color de ámbar.

Estas gelatinas, á base de nitroglicerina y de nitrocelulosa, son los verdaderos antecesores de la pólvora sin humo que Nobel hace actualmente ensayar en los polígonos de las potencias europeas En efecto, en la patente que obtuvo en 1887, el inventor reivindica la propiedad de un cuerpo compuesto de 150 partes en peso de celulosa azoada soluble, con una mezcla de 100 partes de nitroglicerina y 10 á 12 por 100 de alcanfor. De esta suerte, después de amasar la pasta y laminarla en caliente, obtiene Nobel una materia córnea ó semi-córnea que fácilmente puede cortarse en granos y que, según dice, no produce humo, siendo, además, su explosión bastante lenta para hacer de ella una pólvora de tiro para infantería ó artillería

La pólvora Nobel, adoptada por el ejército mayor italiano, se fabrica en la gran fábrica de dinamita que el químico sueco posee cerca de Turín Los diversos períodos de la fabricación se resumen en las siguientes sencillas operaciones: mezcla de nitroglicerina y nitrocelulosa, masaje, laminaje de la pasta gelatinosa por medio de cilindros calentados por una corriente de vapor, enfriamiento de las hojas, corte de las mismas en laminillas y luego en granos, y tamizado de los granos con tamices perforados á diámetros cada vez más estrechos

El descubrimiento de la pólvora sin humo ha introducido una verdadera revolución en la táctica militar.

Máximo Helene

(De *La Nature*)

MECÁNICA DE LOS OBJETOS USUALES

El lápiz «mystic». – Tiene este lápiz, de fabricación americana, la ventaja de que sin necesidad de resorte alguno sale la plombagina y se aguanta firme con sólo volver el lápiz hacia abajo, bastando volverlo hacia arriba para que aquélla se encierre de nuevo en su estuche

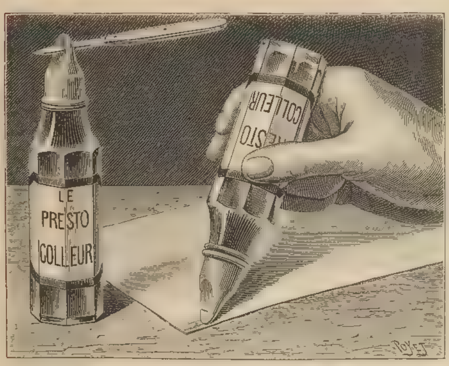
La fig. 1 representa el lápiz á punto de escribir, ó sea vuelto hacia abajo: un estuche de madera G está ajustado á un cilindro hueco de hoja de lata F, en donde se oculta el mecanismo que vamos á describir; la plombagina H va fija al extremo de una boca de cobre D cuyo otro extremo sirve de eje á dos espigones L de cobre delgados que giran alrededor del centro O. Alrededor de esa boca cilíndrica se desliza libremente una rodajita de metal C que sirve para detener, en el momento que se quiere, el peso B. Este peso B cilíndrico se desliza también libremente alrededor de los espigones L Cuando se sostiene el lápiz en posición vertical, con la punta hacia abajo, el peso de todo el mecanismo, ayudado por el contrapeso B, hace descender la plombagina, cuya punta sale por el orificio del estuche; entonces el contrapeso B mantiene cerradas las horquillas inferiores de los espigones L y separadas las superiores que encajan exactamente en la ranura AA del cilindro F, de modo que aunque se apriete el lápiz contra el papel las horquillas permanecerán clavadas en la muesca

Si, por el contrario, volvemos el lápiz de modo que la punta mire hacia arriba, ésta se oculta y queda resguardada, pues el contrapeso B aprieta el otro extremo de las horquillas LL, y soltando el mecanismo, éste se desliza hasta el fondo del cilindro, arrastrando con él la boca D y la plombagina

El «presto-encolador». – Todos los que usan los encoladores comunes han de luchar con los inconvenientes de ensuciarse los dedos al contacto de la cola ó de tener que apelar al cortaplumas ó al sacacorchos para arrancar el tapón que por haberse secado la cola ha quedado fuertemente adherido al frasco. Estos inconvenientes desaparecen con el frasco cerrado con cauchú.

Dos pequeños cortes practicados con un cortaplumas en el extremo de la cápsula permiten la salida de la cola cuando, vuelto el frasco boca abajo, se hace uso de él como de un pincel ordinario. Cuando no se emplea el frasco, los cortes se cierran herméticamente, evitando así que el líquido se seque: cuando se mueve el frasco como si fuera un pincel, esos cortes se abren, á pesar de la ligera capa de cola que haya podido formarse en ellos.

(De *La Nature*)



El *presto-encolador*

El lápiz *mystic*. – 1, Lápiz dispuesto para escribir, con la punta fuera. – 2, Lápiz en reposo, con la punta dentro – 3, Lápiz en su aspecto normal y tamaño natural.

PASATIEMPOS CIENTÍFICOS

EL GATO ELECTRIZADO

Trátase de obtener una máquina eléctrica al alcance de todos, puesto que las personas que asisten al experimento que vamos á describir son los elementos de la misma con el concurso de un gato cualquiera, con tal de que éste no sea un animal demasiado irascible y celoso de su persona.



Modo de obtener una máquina eléctrica con un gato

Tómese una silla cuyos pies descansen en el fondo de cuatro vasos de cristal comunes ó mejor sobre esos aisladores de cristal que se colocan debajo de los pies de los pianos: siéntese alguien sobre la silla así aislada cuidando de apoyar los pies sobre uno de los travesaños inferiores de la silla ó sobre un taburete aislado también por uno de los dos procedimientos antes indicados, y teniendo en su falda el gato dócil, una de cuyas patas, por lo menos, ha de sujetar el que está sentado. Otra persona acariciará entonces al gato con la mano, y si el tiempo es frío y seco, por ejemplo, en una de esas noches de invierno en que el estado higrométrico de la habitación es poco elevado, sea por la proximidad del fuego, sea á consecuencia de las condiciones atmosféricas, á las pocas veces de pasar la mano se sentirán fuertes crepitaciones producidas por un gran número de pequeñas chispas que hacen experimentar al gato algunos estremecimientos. Si el animal es á propósito, á las ocho ó diez veces se puede descargar la máquina eléctrica animada, acercando la mano al rostro ó á cualquiera otra parte del cuerpo de la persona aislada en la silla, y ejecutar una porción de experimentos de electricidad estática.

Este experimento da siempre buen resultado tomando las siguientes precauciones: 1.ª, operar en tiempo frío y seco y con preferencia al lado del fuego; 2.ª, la persona que acaricia al gato debe calentarse ligeramente las manos; 3.ª, evitar que la mano se apoye con demasiada fuerza en los pelos del gato, pues en este caso la descarga se opera á medida que se tiende á aumentar la cantidad de electricidad en el cuerpo de la persona que hace las veces de conductor; 4.ª, evitar todo contacto por las ropas con dicho conductor.

Ya se comprenderá que sería peligroso descargar la máquina eléctrica aproximando la mano á los ojos de la persona electrizada: en las demás partes del cuerpo, el paciente no siente más que la sensación de una ligera picada.

(De *La Nature*)



TODA UNA JUVENTUD

POR

FRANCISCO COPÉE

Ilustraciones de Emilio Bayard - Grabado de Huyot

(CONTINUACIÓN)

Después de atravesar la librería, en donde millones de volúmenes con broches y encuadernaciones grises y amarillas estaban como en prensa en estantes, de donde los tomaban para hacer paquetes algunos mozos con blusas de lienzo crudo, se entraba en el almacén de orfebrería, en el que sobre hermosas vitrinas resplandecía el lujo insinuante y atractivo de las iglesias: tabernáculos dorados, donde el Cordero Pascual reposa sobre un triángulo radiante, incensarios de cuatro cadenas, estolas y casullas cuajadas de bordados, enormes candelabros, patenas y cálices incrustados de esmaltes y de pedrerías falsas. Viendo tantos esplendores el niño, que había leído las *Mil y una noches*, creía penetrar en la caverna de Aladino ó en el antro de Aboul Cassem. Desde este deslumbramiento, pasábase sin transición al sombrío depósito de hábitos eclesiásticos. Aquí todo era negro, no se veían más que sotanas apiladas y pirámides de grandes sombreros. Dos solos maniquíes, el uno revestido de la púrpura cardenalicia y el otro del manto morado episcopal, daban un poco de color al tenebroso almacén.

Pero sobre todo, lo que dejaba más estupefacto á Amadeo, era la gran sala de estatuitas pintadas. Allí estaban los ídolos de los devotos de las capillas pequeñas, puestos al azar sobre tablas en rara promiscuidad Nada de jerarquías: un Evangelista tenía por vecino á un santito jesuíta de beatitud de anteayer; el bienaventurado Fourier hallábase al lado de la Virgen Madre, y el Salvador de los hombres se codeaba con San Labro. Todos estaban formados en hilera, como reclutas á la voz de mando: unos esculpidos en madera, otros pintarrajeados de colores chillones ó cubiertos de dorados cobrizos, con barba levantada, la boca abierta, los ojos extáticos, relucientes de barniz y horriblemente feos: el obispo mitrado, el mártir llevando su palma, Santa Inés abrazada á su cordero, San Roque con su perro y sus conchas, el Precursor con calzones de piel de carnero, y el más ridículo lo era quizá el pobre Vicente de Paúl, teniendo en brazos á tres niños desnudos, como se ven en las muestras de las comadronas.

Esta lamentable exhibición, que participaba del museo Tussand y de juego de perejila, consternaba positivamente á Amadeo que, habiendo hecho recientemente su primera comunión, ardía aún en fuego místico. Pero tanta fealdad ofendía su delicado estado de ánimo y sembraba en su inocente comprensión la primera duda.

Un día, á las cinco, M. Violette y su hijo, al llegar al *Barato de las parroquias*, encontraron al tío Isidoro en el almacén de estatuas pintadas, vigilando el embalaje de un San Miguel. En aquel momento acababa de retirarse el último cliente, que era el obispo *in partibus* de Trebisonda, bendiciendo á M. Gaufre, el hombrecillo apoplético, con peluca negra de repartidor de agua bendita, que al quedarse solo con sus empleados, gritó, dirigiéndose á un joven que se ocupaba en acostar al arcángel sobre los tableros: «¡Ten cuidado, animal, que vas á romper la cola del dragón!»

Luego, reparando en M. Violette y Amadeo, que acababan de entrar, repuso:

–¡Ah! ¡Son ustedes! ¡Buenas tardes! ¡Buenas tardes, Amadeo!... Llegan ustedes poco á propósito. Es la hora de los envíos; estoy en el instante más crítico... ¡Eh, Sr. Combier, oiga usted, oiga usted, si gusta! No se olvide de las tres docenas de *La Aparición de la Saleta* en estuco para Grenoble, con un 25 por 100 de porte, además de la factura... Y Amadeo, ¿sigue estudiando mucho?... ¡Ah! Dice usted que ha obtenido uno de los primeros premios, y que asistirá al banquete Carlomagno. ¡Vaya! Tanto mejor... Julio, ¿se han enviado los seis candeleros y el cenicero de ruedas al Camino de la Cruz, núm. 2, para las señoras del Sagrado Corazón de Alenzón?... ¡Cómo! ¿Todavía no, y hace tres días que se recibió el encargo?... ¡Despáchese usted, con mil diablos!... Ya lo ve usted, M. Violette, me desbordo... Pero pasen ustedes á mi cuarto.

Y después de haber recomendado á su cajero, cautivo en su caja, la remisión al tribunal de Comercio de los billetes que el cura de Sourdebal (Mancha)

ha dejado protestar, el tío Isidoro introduce á Mr. Violette y á su hijo en su gabinete.

Había sido éste una pieza de tocador, y M. Gaufre, que vivía austeramente, tuvo á bien entristecerla con un cofre fuerte, algunos encerados y un mueble forrado de crin negro que parecía haber sido sacado de una sacristía, todo lo cual destacaba en aquella linda estancia, alta y redonda, con una gran ventana que daba al jardín, pintados los techos de nubes sonrosadas y ligeras y el friso adornado de guirnaldas y lagos de amor que todavía conservaban el encanto galante de otro tiempo. A Amadeo le hubiera gustado todo aquello, si el tío Isidoro, sentado á su mesa de despacho, no hubiese hecho á M. Violette la siguiente pregunta enfadosa:

– A propósito, ¿ha obtenido usted el ascenso con que contaba desde el año pasado?

– Desgraciadamente no, M. Gaufre... Ya conoce usted la lentitud de los procedimientos administrativos.

– Sí, verdaderamente son muy lentos; pero usted tampoco se volverá loco por trabajar... Mientras que en el comercio, ¡cuántos cuidados! ¡cuántos fracasos! Algunas veces envidio á usted que puede emplear una hora en cortar las plumas... ¡Vaya! ¿Qué me querrán todavía?

En efecto, la cabeza de un dependiente con el lápiz detrás de la oreja aparece en la puerta entornada, diciendo:

«El señor superior de las Misiones extranjeras desea ver á usted.»

– Lo ve usted, – exclama M. Gaufre, – no tengo un minuto mío... Hasta la vista, mi querido Violette... Adiós, pequeño... ¡Es maravilloso cómo se parece á la pobre Lucía!... Espero á usted el domingo á almorzar... Berenice confecciona perfectamente el tímbol de queso; cosa exquisita!... Haced que pase el señor Superior.

Y M. Violette se va descontento de su inútil visita, é irritado contra el tío Isidoro, que ha estado cortés á medias: «Ese hombre es un completo egoísta, – piensa con tristeza; – esa mujer le tiene entre sus garras... Mi pobre Amadeo no obtendrá nada.»

Amadeo no se ocupa de la herencia de su tío. Ahora es un alumno de cuarta, que sigue el curso del liceo Enrique IV, en unión de sus compañeros del colegio Batifol. Por haber crecido de repente, tiene la contrariedad de llevar pantalones demasiado cortos. Ya ha renunciado á sus diversiones muy infantiles, las polichinelas que ilustran las páginas de su gramática de Burnouf datan del año anterior, y ha renunciado á educar gusanos de seda en un pupitre. Todo presagia que no será un hombre práctico. La geometría le disgusta y no retiene ni un solo cálculo. Los días de asueto los emplea en pasear solo por las calles más tranquilas; lee los poetas á la luz de los escaparates de las tiendas, y se retrasa en el Luxemburgo, siguiendo la dirección del sol poniente.

¡Serás un soñador sentimental, pobre Amadeo: tanto peor para ti!

En casa de los Gerard, donde va con frecuencia, es recibido con efusión. Luisa tiene diecisiete años. Delgada, sin frescura, el talle escurrido, decididamente no será bonita. Se empieza á decir de ella: «Tiene buenos ojos, y es excelente música.» Nada más. Su hermana María cuenta ya doce años y es un capullo.

Respecto á la niña del vecino, Rosinita Combarieu, ha desaparecido. Un día el tipógrafo se mudó de casa precipitadamente, sin despedirse de nadie y llevándose á su hija. Según cuenta la portera, hallábase comprometido en un complot político, y por eso ha dejado la casa casi subrepticiamente. Se cree que está escondido en la Villette.

Por eso el papá Gerard no extraña que no le haya dicho adiós. Y el obrero conspirador ha conservado todo su prestigio en la consideración del viejo artista, que por un sino especial trabaja siempre para un editor de estampas bonapartista, y en este momento ejecuta un retrato del Príncipe Imperial en uniforme de cabo de granaderos de la guardia, con una inmensa gorra de pelo sobre su infantil cabeza.

Envejece el papá Gerard. Su barbilla antes gris y los pocos cabellos que le quedan se han vuelto de un blanco plateado admirable, que es como la tardía recompensa de los rostros colorados y que sienta bien á las fisonomías sanguíneas. Envejece el pobre hombre lo mismo que su mujer, cuyo abdomen se desarrolla de una manera inquietante, y que al sentarse, después de haber subido los cinco pisos, exclama sofocado: ¡Uf! El papá Gerard envejece como todo lo que le rodea, como la casa de enfrente, que ha visto construir y que ya no tiene su portada nueva, por lo que el especiero que perfuma la calle todas las mañanas al moler el café, ha hecho pintar de nuevo su tienda para contrarrestar el deterorio del edificio. Envejece como su mobiliario del Imperio, como sus piezas de loza que ha tenido que componer, como sus grabados que han tomado el color del tabaco, así como la doradura de sus cuadros ha enrojecido. Sobre todo, el piano Erard, pobre viejo servidor, no produce ya más que sonidos cascajosos y temblantes de inarmonía cuando Luisa, á fuer de cumplida *virtuosa*, toca en él la tanda de valses de Beethoven ó los *Romances sin palabras* de Mendelssohn.

Envejece el pobre artista y se inquieta por el porvenir, porque no ha sabido prosperar como su compañero de escuela, ese intrigante Damourette, que le escamoteó en otro tiempo el premio de Roma y que ahora se da tono en el Instituto con su frac bordado y acapara todos los buenos encargos. Gerard, el tonto, desde muy joven se cargó de familia, y aunque se ha movido tanto como un manubrio, no ha conseguido nada por derecho. Cualquier día puede sucumbir á un ataque apoplético y dejar sin recursos á su viuda y á sus dos hijas sin dote.

Algunas veces piensa en todo esto al limpiar su pipa, y ¡caramba! con no poca zozobra.

Si el papá Gerard se entristecía al envejecer, M. Violette se hallaba en un estado lamentable. Y sin embargo, ¿qué edad podría tener? Unos cuarenta años á lo más. Pero ¡qué decadencia! ¿Será que los años de disgustos se cuentan dobles? El viudo ya no es más que una ruina humana. El mechón de cabellos rebeldes, de un gris sucio, cae siempre sobre su ojo derecho, y ya no se toma el trabajo de colocársele sobre la oreja. Sus manos tiemblan un poco y la memoria le abandona. Más taciturno y silencioso que nunca, parece no interesarse por nada, ni aun por los estudios de su hijo. Vuelve tarde á su casa, masculla la comida y vuelve á salir en seguida para vagar con vacilante paso por las calles sombrías. En la oficina, en donde, sin embargo, cumple con su cometido mecánicamente, es un hombre clasificado: no será jamás nombrado primer oficial. «Está embrutecido», dice refiriéndose á él su compañero de negociado, joven lleno de porvenir, protegido por el jefe, que tiene gracejo y una habilidad sin igual para imitar el ¡oh! ¡oh! del actor Grassot. Un hombre de su edad no declina tan pronto; esto no es natural. ¿Cuál es la causa que ha reducido á M. Violette á este grado de anonadamiento y de miseria?



¡Ay! Preciso es confesarlo. Le ha faltado valor al desgraciado: ha buscado consuelo en su misma desesperación y le ha encontrado en un vicio.

Todas las tardes, al salir de la oficina, M. Violette entra en un cafetucho de la calle del Four, se sienta en una mesa retirada, y en voz baja, como avergonzado, pide su primera copa de ajenjo. Su primera, porque suele beber dos ó tres, y las bebe despacio, á pequeños sorbos, sintiéndose invadido con lentitud por la embriaguez cerebral del poderoso licor verde. ¡Que los dichosos le motejen, si les parece! El está allí, apoyados los codos en el mármol de la mesa, mirando sin verla á la señora del mostrador entre las pirámides de terrones de azúcar y de bols para ponche; la lustrosa y empolvada cabeza de la regente del café se refleja en el espejo del fondo. En esto el desdichado inconsolable encuentra alivio á su desgracia y como una vaga compensación de sus pasadas felicidades.

Porque, por un fenómeno que conocen bien los bebedores de ajenjo, él dirige y gobierna su embriaguez y ésta le proporciona los sueños que desea.

– ¡Mozo, un ajenjo!

M. Violette vuelve á ser el marido de veinticinco años que adora á su Lucía y que es adorado de ella.

Está sentado en invierno al lado de la lumbre que se va apagando, y delante de él, á la claridad del crepúsculo vespertino, ve á su joven esposa recostada en el sofá y ocupada en alguna labor.

A cada instante se miran ambos con ojos sonrientes; él por debajo del libro que lee, ella por encima de su costura; y el enamorado no se cansa de admirar los ágiles y delicados dedos de Lucía. ¡Ah! ¡Es tan linda! De repente él cae á sus pies, hincándose de rodillas sobre la alfombra, la rodea el talle con el brazo y la da un prolongado beso; después rendido de emoción reclina la frente sobre las rodillas de su bien amada esposa, y la oye con delicia decir á media voz: «¿Qué le pasa á usted, caballero?» Y al mismo tiempo siente que una mano suave le acaricia la cabeza.

– ¡Mozo, otra copa de ajenjo!

Se hallan ambos en la hermosa pradera, cerca del bosque de Verriéres, henchida de flores, en una espléndida tarde de junio, cuando el sol poniente ya no da tanto calor. Ella ha hecho un magnífico ramillete de flores campestres, y se detiene á cada instante para coger alguna. El la sigue llevando la manteleta y la sombrilla. ¡Qué hermoso es el verano y qué bueno el amor! Se sienten algo cansados, porque durante aquel luminoso domingo han vagado por el campo. Es hora de comer y justamente se hallan cerca de una fonda rodeada de tilos, con columpios y juego de Siam, en el que la blancura de los manteles alegra á los bosquecillos. Se sientan á una mesa y piden la comida á un mozo bigotudo, y mientras esperan el servicio, Lucía, sonrosada á causa de la jornada al aire libre y taciturna por el hambre, se entretiene en mirar en el asiento de las sillas las batallas de Africa. ¡Qué comida tan deliciosa! Hay tortilla de setas, setas con riñones salteados, setas con vino de madera. ¡Tanto mejor! A ellos les gustan mucho. ¡Y el vino sabrosillo! La amada niña, al fin de la comida está algo *gris*. ¡Palabra de honor! Así es que coge un hueso de cereza entre el pulgar y el índice, aprieta y le hace saltar ¡pum! precisamente á la nariz de su marido. Y se ríe la picaruela. ¡Pero, aguarda! ¡aguarda!, que él va á vengarse: se levanta, se inclina por encima de la mesa, la mete dos dedos de la mano entre el cuello del vestido, y la maliciosa, encogiéndose cuanto puede, porque tiene miedo á las cosquillas, le suplica que la deje, riendo nerviosamente.

Pero aun falta lo mejor: la vuelta á campo travieso, de noche, aspirando el olor agradable del heno segado, y luego por el camino, vagamente plateado por cielo estival, en donde centellea todo el zodíaco de Santiago, rueda su espuma diamantina como un torrente silencioso. Dichosa y cansada se apoya en el brazo de su marido. ¡Cuánto la ama éste, Dios mío, cuánto la ama! Le parece que tal amor por su Lucía es tan inmenso y profundo como la noche. El camino está solitario. ¡Un beso! Y sus besos son tan dulces, tan puros, tan sinceros, que deben regocijar á las estrellas.

– ¡Mozo, otra copa de agenjo!

Y él desgraciado olvida aún durante algunos minutos que tendrá que volver á su casa, en donde ya no está su querida Lucía; su casa, en la que la asistenta habrá puesto el cubierto sobre el tapiz encerado y en donde su hijo le aguarda bostezando de hambre y leyendo un libro colocado al lado del plato. Pretende olvidar este horrible momento de regreso á su triste hogar; tratará de disimular su estado de embriaguez bajo pretexto de mal humor, y se sentará á la mesa sin dar un beso á Amadeo para que el niño no sienta el repugnante olor alcohólico de su aliento.

(Continuará)

EL ÚNICO GUÍA

La tarde estaba sombría y amenazadora. La nieve había cesado de caer; pero el cielo, de color plomizo, apenas dejaba transparentar de tiempo en tiempo un rayo de sol tan frío como las brumas que rodeaban la tierra.

La entrada del bosque se presentaba á los ojos del viajero, no como un asilo, sino como un lazo de que era preciso huir. Y sin embargo, un hombre, joven todavía, pero en cuyo semblante pálido y triste había dejado impresas sus huellas el sufrimiento, no titubeó un punto y se internó en él, cual si una fuerza irresistible le arrastrara.

Altos árboles de rugosas cortezas y de desnudas ramas, nudosos troncos erizados de espinos cerraban á cada paso las impracticables veredas que, alfombradas de agudos guijarros, serpenteaban como casi invisibles arroyuelos en aquella accidentada y terrosa superficie.

El hombre avanzaba siempre. Una preocupación visible anublaba su frente y parecía absorber todos sus pensamientos. La prueba de ello es, que á pesar de que á cada paso los árboles se juntaban más y más y de que la senda se hacía á cada punto más difícil, tardó largo espacio en convencerse de la inutilidad de sus esfuerzos.

Hubo un punto en que quiso salir del laberinto en que se había metido; pero la desesperación no tardó en apoderarse de él y se dejó caer casi exánime en el suelo.

El frío helaba sus miembros, la fatiga de un largo camino agotaba sus fuerzas y el hambre y la sed le torturaban.

El dolor le hizo prorrumpir en un lamento que los lejanos ecos repitieron durante breve espacio.

Cuando el desgraciado alzó los ojos vió delante de sí á tres hombres, cuya presencia allí no podía explicarse, pero que los tres le miraban atentamente.

Uno de ellos vestía una larga túnica de brocado que sujetaba á su cintura una hebilla de diamante. De su costado pendía una espada.

El segundo llevaba túnica negra y cinturón rojo.

El tercero cubría su cuerpo con una sencilla vestidura azul, y tenía en la mano un nudoso tronco que le servía de apoyo.

¿Qué haces aquí?, le preguntaron á coro los tres recién llegados.

– Morir, respondió el joven. Apiadaos de mí.

– ¿Qué es lo que quieres?, volvieron á preguntar los dos primeros.

– Salir lo más pronto posible de este bosque maldito.

– Para lograrlo sólo necesitas un guía. Escoge de los tres el que ha de acompañarte. Tuya es la elección.

El joven miró alternativamente á los tres hombres que esperaban en silencio el resultado del examen y el de la túnica de brocado fijó su atención. Los diamantes brillando con fosforescentes fulgores le deslumbraban.

– Tú eres el escogido, le dijo.

Una extraña sonrisa se dibujó en los pálidos y delgados labios del desconocido, que tendió la mano al joven mientras sus dos compañeros desaparecían como desaparece una visión.

El joven, sobrecogido por el terror, tomó la mano que le tendía y ambos partieron.

Su carrera era vertiginosa. Los árboles huían á su espalda y el ruido de sus pasos resonaba sin interrupción. Y sin embargo, había pasado una hora y el bosque seguía extendiéndose ante la mirada del viajero.

– ¡No puedo más!, murmuró el joven deteniéndose.

– El camino es largo todavía y nuestras piernas son sobrado débiles para conducirnos al fin. Pero no temas. Dentro de poco pasará por aquí un jinete. Toma esta espada, sepúltasela en el corazón y apodérate del caballo.

– ¿Qué es lo que me aconsejas?

– Soy el Crimen, respondió el desconocido.

– ¡Vete! ¡Vete!, dijo el joven con horror, y falto de fuerzas cayó al suelo.

Una carcajada infernal fué todo lo que oyó.

Cuando volvió en sí, los otros dos extraños personajes que antes encontrara estaban delante de él.

– ¿Que haces aquí?, le preguntaron.

– Morir, respondió. Tened piedad de mí.

– ¿Qué es lo que quieres?

– Salir cuanto antes de este bosque maldito.

– Escoge de entre nosotros el que te ha de servir de guía. La elección es tuya.

El joven se fijó en el que llevaba la túnica negra y el cinturón rojo.

– Tú eres el escogido, dijo.

Sin decir palabra el desconocido le tendió la mano mientras su compañero desaparecía como desaparece una visión.

El joven, sobrecogido por el terror, asió la mano que se le tendía y ambos partieron.

Al cabo de una hora de camino llegaron al borde de un precipicio del que se escapaban gritos y sollozos.

– ¡No puedo más!, murmuró el joven deteniéndose.

– El camino es largo todavía y nuestras piernas son demasiado débiles para que lleguemos al fin. Te he traído aquí para ofrecerte el solo medio de salir de este bosque. En el fondo de ese abismo está la muerte, que libra de todas las penas.

– ¿Qué es lo que me aconsejas?

– ¡Soy la Desesperación!, respondió el desconocido.

– ¡Vete! ¡Vete!, dijo el joven con espanto, y falto de fuerzas cayó al suelo.

Una carcajada infernal fué todo lo que oyó.

Cuando volvió en sí, el tercer personaje estaba delante de él.

Acordándose de los nombres de los otros dos, trató de huir, pero el desconocido le detuvo.

– Ven conmigo, le dijo, el camino es largo todavía; pero Dios vive siempre en ayuda de los que sufren.

El joven le miró á su vez y le tendió la mano.

Pero el desconocido se contentó con marchar delante de él, separando con el palo que le servía de apoyo las matas que se oponían á su paso.

– Carga sobre tus espaldas uno de estos troncos.

El joven obedeció, y aunque su fatiga era muy grande, apenas sentía el peso de la carga.

Valiéndose siempre de su palo, el desconocido llegó por fin, seguido del joven, al término del bosque. Delante de ellos se extendía una vasta llanura en la que se levantaba un castillo.

Entonces el desconocido dijo al joven.

– El bosque que has atravesado es el bosque de la Miseria. No lo olvides nunca y suelta ahora tu carga.

El joven arrojó al suelo el tronco con que había cargado y que al caer se trocó en alta pila de monedas de oro.

– ¿Quién eres tú que tan bien me has aconsejado?, preguntó en el colmo del asombro.

– ¡Soy el Trabajo!, respondió sencillamente el extraño personaje.

Por la traducción
ANGEL R. CHAVES

NUESTROS GRABADOS

Luchadores, estatua en yeso de F. Charpentier. – El Consejo superior de Bellas Artes de Francia decidió este año dar el premio del Salón ó Exposición de París á un escultor, y lo ha otorgado á Felix Charpentier, autor del magnífico grupo en yeso *Los Luchadores*, cuya reproducción figura en nuestra primera página, y de la estatua en mármol *La Canción*. Todos los amigos del arte han aprobado esta elección.

Los críticos más autorizados reconocían ya, de unánime acuerdo, las recomendables cualidades que distinguían á la obra de M. Charpentier, y en *Los Luchadores* habían observado, á la vez que una sorprendente seguridad de ejecución, un vigor y una suavidad de modelado poco comunes.

M. Charpentier, nacido en 1858 en un pueblo del departamento de Vancluse, tiene treinta y dos años, justamente la edad requerida para que se le pueda conceder el premio del Salón, como dicen nuestros vecinos. Empezó por hacer figuritas en un tejar donde su padre, humilde molinero, le había puesto á aprender el oficio, y pocos años después ha llegado, á fuerza de perseverancia y de estudio, á la meta por muchos artistas suspirada.

Si M. Charpentier no se duerme sobre sus precoces laureles, tiene asegurado un brillante porvenir.

* * *

Santa Isabel, reina de Hungría, y el milagro de las rosas, cuadro de L. Max Ehrler. – Es tan conocida la vida de la piadosa reina de Hungría, está tan vulgarizado el milagro de la conversión en flores del pan que, á escondidas de su esposo, llevaba á los pobres, que no nos detendremos á describir una y otro, fuera de que en uno de los anteriores números de este periódico les dedicamos ya algunos párrafos.

Por lo que respecta al cuadro de Ehrler, en cuanto obra artística, es una variante del mismo asunto en que se han inspirado ya muchos pintores; pero en la competencia no queda el artista alemán en desventajoso lugar, tanto por lo que se refiere á la composición en sí, que reviste cierta originalidad, cuanto por lo que hace á la ejecución. En efecto, Ehrler no ha querido representar en su obra un retrato más ó menos ideal de la misma santa, sino que la ha figurado de talla, puesta en una hornacina y acompañada de dos angelitos, mientras otro mayor parece prestar culto á la elegida del Altísimo. La figura y el rostro de Isabel están impregnados de piadoso misticismo y la mirada abstraída de cuanto la rodea, fija en alguna visión beatífica, y tal vez expresando su gratitud al Señor por el milagro en su obsequio efectuado. El dibujo es bastante correcto, la entonación armoniza y el conjunto y los detalles demuestran que Ehrler es artista nada vulgar.



AMORCILLO CASTIGADO, cuadro de Luisa Max Ehrler

* * *

Amorcillo castigado, cuadro de Luisa Max Ehrler. – De este Cupido puede decirse que fué por lana y salió trasquilado; respecto al carcaj de ponzoñosas flechas, salió un día, como de costumbre, en busca de corazones en donde clavar sus afilados y certeros proyectiles, y á este quiero á este no quiero entretúvose en despertar dulces afectos en almas dormidas, y en trocar por inquietudes y desasosiegos la dulce calma de que antes muchos gozaran. Pero bien cara ha pagado su diversión predilecta; donde menos se piensa salta la liebre, dice el refrán, y al divino cazador le ha saltado, no una liebre, pero sí un desalmado que, irritado por sus pesadas tretas, y quizás sintiendo aún el dolor de mal cicatrizadas heridas, desahoga su cólera descargando una mano de azotes sobre sus rosadas posaderas.

Este pensamiento ha inspirado á la distinguida pintora alemana el bonito cuadro que reproducimos, y que, si otra cosa no tuviera, resultaría siempre simpático cuando menos por lo expresiva que en él resulta la figura del amorcillo castigado.

* * *

ADVERTENCIAS

Siendo en gran número los trabajos literarios que recibimos para LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA y en la imposibilidad de contestar á todos los que con ellos nos favorecen, debemos advertir que sólo contestaremos á los autores de los artículos que aceptemos para insertarlos en este periódico.

No se devuelven los originales.

* * *

Suplicamos á nuestros corresponsales y suscriptores, especialmente á los de América, nos remitan cuantas fotografías de monumentos, obras artísticas, etc., consideren propias para ser publicadas en la ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, acompañándolas de los datos explicativos necesarios. En caso de ser admitidas, tendremos el gusto de consignar, al confirmarlas en las columnas de nuestra publicación, el nombre de la persona que nos haya honrado con el envió de las mismas.

Asimismo agradeceremos la remisión de todas las noticias que tengan verdadero interés artístico ó literario.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustracion Artística

Año IX — Barcelona 4 de agosto de 1890 — Núm. 449

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



COQUELÍN, en el papel de Destournelles de la comedia «Mademoiselle de la Seigliére»

SUMARIO

EL ARTE DEL ACTOR, ESCRITO POR COQUELIN

Hace unos seis años publiqué *El Arte y el Actor*, pequeño bosquejo, en que me propuse demostrar que el cómico ó comediante es un artista con el mismo título que el pintor y el músico, y que las preocupaciones de antiguo régimen, que todavía le persiguen, no tenían ya ni sombra de razón de ser en los tiempos democráticos en que vivimos.

¿He ganado mi pleito? No soy yo quien deba afirmarlo; pero al menos puedo decir que todas mis conclusiones no han sido rechazadas, puesto que poco después de la aparición de mi bosquejo, la preocupación que impedía condecorar á los cómicos recibía el primer golpe, al que, á Dios gracias, han seguido otros; tanto, que espero no volverá á surgir, y que de un modo definitivo el actor Moliére, en las personas de sus sucesores, ha sido declarado por la Legión de Honor *dignus intrare.*

Por lo demás, el hecho lo ha probado: yo nada pedía para mí, y esto es lo que me permite evocar este recuerdo.

He demostrado, pues, entonces, en la medida de mi humilde elocuencia, que la profesión de cómico es un arte: y desearía en estas nuevas notas estudiar este arte en sí mismo, rebuscar las condiciones, establecer las buenas prácticas, al menos las que yo estimo como tales por experiencia propia no interrumpida durante treinta años.

Enrique Mounier, en *Monsieur Prud'homme*

I

He definido el arte, en general, como una composición que reviste mucha poesía, y en la que todavía se trasluce más verdad.

Para hacer obra de arte, el pintor tiene los colores, un lienzo y sus pinceles; el escultor la tierra, el formón y el cincel; el poeta la palabra y la lira, es decir, el ritmo, el número y la rima; ya que el arte varía según el instrumento: pues bien; el instrumento del cómico es él mismo.

La *materia* de su arte, que trabaja y amolda para sacar de ella su creación, es su propia figura, su cuerpo, su vida; y de aquí resulta que el actor debe ser doble: tiene su *uno*, que es el instrumentista, y su *dos*, que es el instrumento. El *uno* concibe la creación del personaje, ó más bien (porque la concepción pertenece al autor) le *ve* tal como el autor le ha concebido: es Tartufe, Hámlet, Arnolfo, Romeo; y el *dos* realiza ese modelo.

Esta dualidad caracteriza al cómico; dualidad que existe en otros también, como mi querido Alfonso Daudet se complace en consignar en la personalidad del *narrador*, y de él he tomado las expresiones de que me sirvo. «Este también, – dice aquél, – tiene su *uno* y su *dos*: el *uno* se eleva á lo alto, impasible, y en medio de las más graves emociones observa, estudia, toma notas en previsión de futuras creaciones: el *dos* es hombre como todo el mundo, que ama ú odia, que goza ó padece.

Pero esta dualidad del escritor no es *efectiva* como la del cómico y no sale al exterior. El *uno* del autor observa al *dos*, pero no le toca. El *uno* del cómico, por el contrario, obra sobre el *dos* hasta transfigurarle, hasta evocar al personaje soñado; en una palabra, hasta que hace de sí mismo su propia obra artística.

Cuando el pintor tiene que hacer un retrato, coloca su modelo y toma con la punta del pincel todos los rasgos del parecido que su ojo ejercitado le manifiesta, los fija en el lienzo por magia de su arte, y después de esto termina su obra; pero el cómico tiene otra cosa más que hacer: entrar en el retrato; pues es preciso que este retrato hable, accione y se pasee por el cuadro, que es la escena, que proporciona al espectador la ilusión del personaje mismo.



Lesueur, en *Los Imbéciles*

Cuando un actor tiene que hacer un retrato, es decir, un papel que crear, es necesario que desde luego se penetre de las intenciones del autor, por medio de la lectura atenta y repetida de la obra, y deduciendo la importancia y verdad del personaje, le evoque y le *vea* tal como debe ser, y entonces ya tiene su modelo.

Luego, como el pintor, toma cada rasgo y le fija, no en el lienzo, sino en sí propio, adaptando á su *dos* cada elemento de su personalidad. Ve á Tartufe y su traje y se le endosa; ve su ademán y le copia; ve su rostro y le toma, y contrayendo su propio semblante, le corta, por decirlo así, y le adapta á su piel, hasta que la crítica, que está en su *uno*, se dé por satisfecha, encontrando que, decididamente, se parece á Tartufe.

Solamente entonces está hecho el retrato, puede encuadrársele, quiero decir, ponerle en escena, y el público no dirá: «¡Ah!, he aquí á Geffroy, ó ved á Bressant,» no; dirá: «¡Ah!, he aquí á Tartufe...,» ó si no, habréis trabajado mal.

En resumen: estudio íntimo y profundo del *carácter*, después evocación por el *uno*, y reproducción por el *dos* del personaje tal como resulta del carácter; he aquí la obra del actor.

Como el maestro Moliére, toma lo que necesita donde lo encuentra; es decir, que para completar el parecido puede añadir á su retrato todos los rasgos particulares que él mismo ha tomado de la naturaleza: así Harpagón está compuesto de mil avaros, arrojados y fundidos en el molde de una unidad magistral.

II

Los dos seres que coexisten en el cómico son inseparables; pero el *uno*, que es el que *ve*, debe ser el superior. El uno es el alma, el otro el cuerpo. El primero es la razón, esta razón á la que nuestros amigos los chinos llaman la *Suprema gobernadora*, y el *dos* es *al uno* lo que la rima es á la razón: una esclava que sólo debe obedecer.

Cuanto mayor es este dominio, el actor es más artista.

El ideal consistiría en que el *dos*, este pobre cuerpo, fuese una pasta sencilla, blanda é indefinidamente dúctil, que tomara, según el papel, todas las figuras; que se hiciera para Romeo un galán joven delicioso; para Ricardo III, un infernal jorobado, seductor á fuerza de talento; para Fígaro, un criado socarrón, impertinente, audaz, seguro de todo, etc., etc.

Entonces el actor sería universal, y por poco talento que tuviera, apto para todos los tipos: haría lo que quisiese... ¡Ay! Sería muy dichoso, pero la naturaleza no lo permite.

Por muy flexible que sea el cuerpo, por muy manejable que la fisonomía sea, ni el uno ni la otra se prestan á todos los caprichos del artista.

Hay actores cuya figura les impide abordar ciertos papeles, que, sin embargo, son capaces de concebir y de enseñar.

Los hay á quienes su figura clasifica y limita á ciertos empleos.

Hay otros, en fin, en los que el *dos* rebelde ó, por mejor decir, el *yo* humano, la individualidad propia, ejerce tal imperio, que nunca pueden renunciar á él, y que en lugar de ser ellos los que van al papel, revistiendo el parecido, es el papel, por el contrario, el que hacen venir á ellos forzándole á adoptar este mismo parecido.

El primer inconveniente de este sistema es que el hombre no desaparece en el papel. – Por eso el excelente Félix no crea nunca más que Félix; y así y hasta cierto punto M. Mounet-Sully *acuña* á su efigie todos sus personajes: de aquí proviene su incontestable superioridad en *Hámlet:* él mismo es un Hámlet; él mismo tiene en la vida real esas melancolías profundas, mezcladas de rudezas; esas ironías macabras, corregidas por súbitas ternuras, y esos vuelos perdidos en el ensueño... Cuanto más es Mounet en el *Hámlet*, es por consecuencia mejor; y por eso la interpretación de este papel ha sido para él el coronamiento de una carrera, en la que, además de éste, no le han faltado otros triunfos.



Bressant

Pero he aquí el reverso, y permítaseme para ser claro citar únicamente un hecho.

Mounet representaba el «Horacio» y yo aquel día era semanero. Después de la famosa escena del segundo acto, le llamé aparte.

– Mi querido Mounet, – le dije, – esto no es lección ni consejo: la concepción del papel os pertenece; vos la sostendréis ante el público, y estoy seguro



Coquelín, en el papel de *Crispín*

de que aplaudirá. Una advertencia, sin embargo. Al derramar lágrimas, como vos lo hacéis cuando recitáis el célebre verso:

Alba os ha nombrado: yo no os conozco más,

¿no pensáis en que destruís el contraste entre Horacio y Curiacio, y por consecuencia la escena toda entera, que está basada en este contraste?

– Tenéis razón, – me contestó Mounet con franqueza; – pero ¿qué queréis?; creo que Corneille no ha humanizado bastante este personaje.

Vese aquí plenamente el *yo* del cómico sustituyéndose al del papel. Nadie mejor que Mounet, poeta de por sí, comprende á los poetas; ve á maravilla lo que ha querido Corneille; pero su naturaleza, demasiado humana, se rehusa á revelarle, y encuéntrase arrastrado al representar su papel á corregir al autor en el sentido de su naturaleza.

Otra consecuencia de esta teoría es que arrastra lógicamente á descuidar el estudio *interno* de los papeles, más importante, á mi modo de ver, que el exterior y de detalle pintoresco.

No se debe hacer caso omiso de lo pintoresco, pero tampoco se debe ocupar de ello exclusivamente, y sobre todo no se debe tomar como punto de partida en la composición de un papel, tal ó cual rasgo pictórico: si ha lugar, éste surgirá de sí mismo. Todo dimana del *carácter*. Penetraos del espíritu de vuestro personaje, y naturalmente deduciréis la parte externa de éste: el alma construye al cuerpo.



Federico Lemaitre, en *Robert Macaire*

Si Mefistófeles es feo es porque su alma es monstruosa. Yo he visto representarle superiormente en Viena, por Lewinski, que nos le muestra corcobado y cojo; lo cual es apropiado al personaje. Pero en el carácter de Mefisto, ¿está el no hacer un ademán que no sea pintoresco, y el colocarse en cada verso fotográficamente? ¿debe el maniquí imponerse al actor?

No, la naturaleza no es tan pintoresca, y no se la amolda tan pronto, sin degenerar en la caricatura ó en lo convencional.

Hasta desde el punto de vista de un éxito inmediato hay error, porque nada se gasta tan pronto como la impresión causada por el sencillo aspecto pintoresco. Una vez hecha vuestra presentación, el público no piensa en vos, y el efecto fracasa si no está sostenido por la dicción, por la expresión del carácter; en una palabra, por el estilo.

Hay más todavía. Si por un rebuscamiento excesivo de caracterización exterior llegáis á producir un resabio, tened cuidado; en vez de divertir os haréis pesado, y el público, aunque haya reído primeramente, se cargará pronto, y no tardará en demostrároslo del modo más desagradable.

III

Entendámonos bien. No pretendo prohibir el tomar de la naturaleza esos rasgos particulares que revelan al hombre interior: por el contrario, esta es una de las cualidades del actor, el asir al vuelo los rasgos que son susceptibles de pasar en la escena; pero no deben tomarse más que los rasgos significativos, y es preciso adaptarlos con discreción y, por ejemplo, evitar los que son puramente individuales, eludiendo reproducir tal ó cual avaro que se conoce, pero que no conoce el público, cuando se le ha de presentar á Harpagón que es *todos los avaros*, y á quien, por consecuencia, reconoce bien.



En este arte de la caracterización justa ha habido un actor sorprendente, Lesueur: nadie ha hecho trabajar más á su *dos*, nadie ha sacado de sí mismo más personajes diversos ni de expresión más intensa. Era verdaderamente un prodigio de verdad. Pero ¡qué encarnizamiento en buscar el personaje! Tenía una especie de cámara obscura en donde se encerraba, cerrándolo todo, ventanas, tragaluces, cortinas; y allí, solo, con sus trajes, pelucas y cosméticos, ensayaba sus cabezas, delante del espejo, á la luz de lámparas. Hacíase veinte, cien aspectos, si era necesario, antes de llegar al verdadero, al que quería, y del que decía: «Este es.»

Cuando al fin, con un último trazo de pincel daba la última mano á la semejanza (empleaba dos horas en una arruga), el resultado era maravilloso. Los aficionados al teatro no olvidarán jamás su bebedor de ajenjo de los *Locos* ni su viejo hidalgo de la *Partida de los cientos*. El ha sido *El señor Poirier*, la clase media elevándose, y *Don Quijote*, la caballería andante y famélica. Cuando salía á escena, en este último papel, él, que era de mediana estatura, parecía prolongarse á toda la altura de su lanza; era el héroe de Cervantes en toda la melancolía de su interminable delgadez.

Con este talento extraordinario y con este nutrido estudio íntimo de los personajes, fuerza es decirlo, faltábale una cosa para que fuese completa la ilusión: la voz; nunca pudo disciplinar la suya, y en todos sus papeles quedaba la voz de Lesueur, muy cómica, pero de un cómico invariable. La articulación era terriblemente pesada; tenía que decir en *El sombrero de un relojero: «Monsieur, madame me désire,»* y resultaba: *«Monsiieur, madame me désieerre»*

Como la *articulación* es el *dibujo de la dicción*, una frase de Samsón, articulada como él sabía hacerlo, vale para la caracterización de un personaje lo que un retrato al lápiz de Mr. Ingres.

Cuando aquel maestro incomparable en el arte de decir se presentaba en *Mademoiselle de la Seiglière*, sólo con su modo de proferir esta corta frase *«Jazmín, ¿no ha llegado todavía la señora baronesa de Vaubert?»* aun con los ojos cerrados veíase al hombre: era el gran señor impertinente para quien Jazmín no era más que una especie, el emigrado de cabeza vacía, el egoísta al cual, por otra parte, le era igual que la señora de Vaubert hubiera venido ó no, si este retardo no producía la funesta consecuencia de retrasar la hora del almuerzo.

Coquelín, en *El Guitarrero de Cremona*

¡Y cuando hablaba de Bonaparte! – quiero decir de *monsieur Buonaparte*, porque Mlle. de La Seiglière tenía la condescendencia de hacer al emperador noble y marqués, permaneciendo, sin embargo, sordo á los avances que le hacía este pobre Buonaparte, que no había alcanzado victorias más que con la intención de bromearle. En la sencilla articulación de las sílabas había toda la necia insuficiencia del personaje y todo su intratable orgullo de raza.

Es incalculable el poder de una inflexión de voz, y todos los afectos pintorescos del mundo no alcanzan á conmover un teatro tanto como un grito que se le arroja con la debida entonación.

IV

La articulación es, pues, el estudio sobre que debe basarse el primer esfuerzo del actor. Es á la vez el abecé, y el más alto objetivo del arte. Es preciso aprenderla al principio, como los niños aprenden la *cortesía*, porque la articulación es la cortesía de los cómicos, como la exactitud es la cortesía de los reyes, é inmediatamente después se necesita cultivarla toda la vida.

Digo que es una cortesía, porque, en efecto, al dirigirse al público, convie-



Félix

ne hacerse comprender, articulando, por consecuencia, con limpieza.

Pero ¿y el natural? – se me dirá, – ¿no es necesario hablar naturalmente?

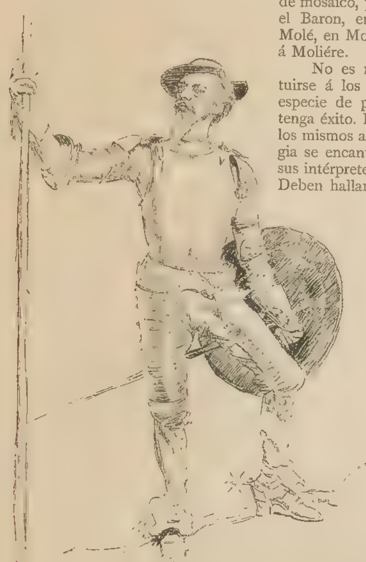
¡Ah! No me habléis del natural de los que se dispensan de articular, hablando ante el público como lo harían á la mesa, interrumpiéndose, repitiéndose, mascando las palabras como una punta de cigarro, bufoneando; en una palabra, destrozando por completo el estilo del autor.

El teatro no es un salón. No se habla á mil quinientos oyentes en una sala de espectáculo como á algunos camaradas sentados al amor de la lumbre. Si no levanta la voz el actor, no le entenderán; si no articula no será comprendido.

Sé que un cómico puede crearse una gran reputación de naturalidad afectando el tono de la conversación, no diciendo una palabra más alta que otra, dejando caer el fin de sus frases, hablando entre dientes, haciendo como que busca las palabras y repitiéndolas dos ó tres veces con pausas de minutos para luego precipitar la emisión y obtener el efecto..., y el público del montón gritará: «¡Dios mío!, qué natural es esto; parece que está en su casa; ¡qué actor!... Yo no le he entendido, ¿y vos?; pero ¡qué naturalmente está dicho eso!...» Sin embargo, no hay que fiarse. Si la obra interesa al público más que el actor, como puede suceder, y desea comprenderla, un día cualquiera que se sienta fatigado de tanta atención, el público gritará mal humorado: «¡más alto!,» y por consecuencia desaparecerá su encanto por el natural. Sobre todo si oye versos, y bajo pretexto del natural el cómico altera la cadencia de la rima, ó no marca los hemistiquios, repitiendo las palabras elevando el tono; si trata, en fin, la poesía de Moliére ó de Regnard como la prosa de Scribe... ¡Oh! Entonces la borrasca es segura!... Los actores de este género, y los hay muy notables, están condenados á las obras de actualidad, estándoles prohibido las de repertorio. No hay arte donde falta el estilo.

Y al llegar á este punto hemos de consignar que el deber del actor es respetar el texto de su papel. Cualquiera que sea el modo de decirlo, debe decir lo que ha escrito el autor, ni más ni menos. Si es inconveniente, en efecto, transformar por la mala dicción una prosa personal, de colorido y vigorosa, en pasta común insípida y sin fuerza; si esto es ya una especie de traición, ¿cuánto más lo será, cuando á esas infidelidades veladas á que se entrega el actor, presentándolas al público cobijadas por un nombre ilustre, añade rotundas fantasías sacadas de su propio cerebro?

¿Dónde estaría el repertorio si desde hace dos siglos nuestros cómicos hubiéranse permitido semejante libertad? Con ayuda de la tradición, y queriendo cada uno á su vez aprovecharse de los efectos hallados por sus antecesores, añadiendo los de su cosecha, nuestras obras maestras no serían más que una especie de mosaico, y sería preciso escarbar en el Baron, en Préville, en Fleury, en Molé, en Monvel, etc., antes de llegar á Moliére.



Lesueur, en *Don Quijote*

No es menos impertinente sustituirse á los autores vivientes: es una especie de plagio inexcusable aunque tenga éxito. No estoy seguro de que aun los mismos autores de comedias de magia se encanten con las *morcillas* que sus intérpretes hilvanan á sus papeles. Deben hallarlas de gusto detestable, y si el público ríe, y no distingue, encontrar estúpido al público.

Estas observaciones, me apresuro á decirlo, serían demasiado severas, aplicadas á ciertos juegos escénicos y á ciertos rasgos consagrados por la tradición, algunos de los que pueden remontarse hasta á los mismos autores. Sin embargo, según mi opinión sólo deben conservarse aquellos en que no cabe duda y que entran absolutamente en el carácter de la obra.

Por ejemplo, ¿es falta de respeto á Moliére, añadir un comentario bufo al *improntu* de las *Preciosas ridículas*? No. El ha colocado allí un *etc.*, que autoriza esta libertad, y no es este el solo lugar de su teatro en donde ha dejado alguna cosa á la fantasía del intérprete. Ya se sabe que él mismo improvisaba á veces escenas enteras, y la tradición nos ha conservado algo de ello: lo mismo que en las comedias de Marivaux, que participan de las obras italianas, en las que Frontín fué en un principio Arlequín.

Por el contrario, en Beaumarchais, que siempre es tan velado, tan preciso, yo no admitiría floreos; todo lo más, en la famosa discusión sobre el *et* y sobre el *ou*, esta interrogación cacofónica que está consagrada: «Y a-t-il *Et... ou... ou... où?*»

Pero tratándose de Moliére no deben tomarse esas libertades, aun menos que con Beaumarchais, en las obras maestras. La probidad del actor consiste en no pretender tener más talento que el autor.

V

Tengo miedo de que este aserto va á parecer á algunos algo rastrero. Hay cómicos que nunca son más dichosos, ni se creen mejores, que cuando sin alterar materialmente el texto, consiguen introducir en él alguna cosa distinta de la que se ha propuesto el autor.

Hace algunos años se daba la primera representación de un drama en verso, de uno de los más queridos de nuestros académicos.

La obra obtenía un éxito asombroso.

Un crítico, amigo mío, entró en el cuarto del actor de más viso en el teatro, y le felicitó calurosamente, diciéndole:

– Habéis interpretado vuestro papel de una manera admirable.

Al oir esta palabra uno en quien el crítico no había reparado, levantóse como indignado. Era un íntimo del actor y actor también.

– ¡Interpretado!, – exclamó; – decid, caballero, decid que le ha *sobrepujado!*

La palabra es toda una teoría, y puede decirse mucho en su defensa.

Puede preguntarse si ciertos actores muy grandes no están autorizados, por el derecho del genio, para desbordarse hasta cierto punto de sus papeles, incrustándoles su alma y el alma de su tiempo, y por consecuencia dar á la creación del poeta una significación que éste no podía prever, quizá más fuerte y profunda.

Se me citará á Federico sacando de un vulgar personaje de melodrama su sorprendente Roberto Macaire, y se me recordará el efecto que producía en ciertos papeles en donde no había nada y por consecuencia él lo ponía todo.

Sé esto y lo tengo en cuenta; pero aquí se trata de un cómico excepcional y de autores de tercero ó cuarto orden, y no puede deducirse de ello una regla general.

La teoría, pues, continúa, á mi entender, siendo infinitamente peligrosa, cuando sustituye al estudio profundizado y serio del carácter la fantasía más ó menos desarreglada de un cómico, y su pensamiento (que no se le pide) al pensamiento de Corneille ó de Shakspeare, que tiene el encargo de realizar á los ojos del espectador.

Ir *más allá* de Horacio, de Hermione, de Macbeth, de Lear, de Hámlet, parece extraña ambición; ¿es, por ventura, tan fácil el llegar á ellos?

Samsón, en *Mlle de la Seiglière*

El mismo M. Irving, tan familiar con Shakspeare, pasa por haberse equivocado en Macbeth. «El Macbeth que ha representado, – dicen, – (copio aquí la apreciación de un juez que fuera de esto le admira mucho) – no es el hombre violento y débil, *demasiado nutrido de leche de la dulzura humana*, para entrar de bruces en el crimen; es el malvado franco, pero cobarde; no es el honor el que le detiene, es el temor del porvenir y el peligro del crimen...»

Si M. Irving puede equivocarse en la interpretación de un papel de Shakspeare, ¿quién podrá lisonjearse de llegar á lo justo? Y no basta poner de su parte todo su talento y genio, si no se consigue poner en pie la figura soñada por el poeta.

Así es como queriendo ir *más allá* de Moliére, hase inventado un Arnolfo trágico, un Alcestes revolucionario, un Tartufe bello, seductor, terrible, y otras farándulas del espíritu de nuestro tiempo

Interpretar justamente lo que ha soñado Shakspeare, representar á Arnoldo como le representaba Moliére, no es tan fácil, lo repito, no sólo en los papeles mejor fijados, en apariencia, sino también en los que permanecen en la sombra.

Hacer pasar del libro á la escena, es decir, á la vida, personajes tan complejos, agitados de tan contrarias pasiones; almas, como las nuestras, obscuras en tantos puntos, es una tarea muy difícil y muy gloriosa.

El lector ha conseguido, con el libro en la mano, es decir, á la vista, crearse la visión de un personaje, frecuentemente muy fugitiva, y de la que la mayor parte de las veces veríase embarazado para diseñar los contornos; el fantasma que él se forja no es el mismo que el que se forja su vecino Tercer lector, tercer fantasma. Todo flota y es diferente; pero que nuestros tres lectores vayan á un teatro, que vean al personaje en los rasgos de un actor de genio, y no le verán distinto: los fantasmas dejarán plaza á un ser viviente.


Coquelín, en las *Preciosas ridículas*

Repitámoslo: este resultado glorioso que asocia al actor con el poeta no es fácil de conseguir, aun cuando se trate de papeles de poca importancia, y á poco que uno sea modesto actor de segundo vuelo, puede no hallar el pensamiento del autor, y aun cuando le haya encontrado puede pasar por todas las penas del mundo para hacer que el público le admita, si éste en la lectura se ha acostumbrado á una idea diferente

Recuerdo un ejemplo, que pido permiso para consignar, aunque me sea personal.

Me refiero al tiempo en que se iba á poner en escena *Fantasio* La obra es una de las de Musset que más tardaron en ser apreciadas. Musset había muerto, y su hermano Pablo dirigía los ensayos. Me habían confiado el papel de príncipe de Mantua, y yo estaba preocupado. ¿Que era en el fondo este tipo de imbécil más bestia que el natural? M. Paul de Musset, á quien acudí, me dió el pensamiento de su hermano. M. Eduardo Thierry, entonces administrador del teatro, añadió algunas finas advertencias de poeta y de hombre que conocía la escena. Además, Davesnes, nuestro antiguo representante, consejero impecable, cuyos consejos no desdeñaban Samsón y Régnier, me dijo:

«Para este papel no había más que Potier,» y me citó veinte rasgos de este gran cómico, le imitó en muchos papeles, y me le hizo ver, ó por lo menos adivinar en el de Príncipe de Mantua. Guiado de este modo, viendo además claro en mi texto, compuse mi *buen hombre*, y el día del ensayo general tuve el gusto de ver aproximárseme aquellos señores gritando ¡bravo!, con los ojos llorosos á fuerza de reir. «Es, me dijeron, éxito seguro.» Pues bien: fué un terrible fracaso, y en la prensa una *gritería* general. Unánimemente, con la sola excepción de Gautier y de Saint Víctor, fuí conminado y convencido de que no había comprendido ni una palabra del personaje.

En la segunda representación (los inteligentes son en más mayoría en las segundas aun no habiendo habido éxito), yo estaba desolado, y me dirigí contrito á M. Musset y á M. Thierry á preguntarles lo que debía hacer.

Estuvieron de acuerdo para contestarme «nada.» – Estáis en lo verdadero, – me dijo Musset, – y representáis el papel como le veía mi hermano, que quiso hacer una caricatura del romanticismo y sus mareantes tipos de tiranos; – «continuad, pues; ya vendrá el éxito.» – Vino, en efecto, el público de las representaciones siguientes, se entretuvo con mis efectos, y el príncipe de Mantua de Musset fué muy aplaudido.


Irving, en *Hámlet*

Sin embargo, quise saber á qué atenerme y fuí á ver á algunos de mis jueces, los que peor me habían juzgado. Pues bien: su oposición consistía en lo siguiente: todos, antes de entrar en el teatro, habían tenido la precaución de leer la obra, y se habían creado un tipo del personaje representado por mí, y la mayor parte habían visto un prohombre, majestuosamente idiota, descompuesto á fuerza de autoridad; en fin, feroz de tontería, pero serio, circunspecto, real: *visto y vivido*, como se diría hoy.

De aquí la desavenencia. La interpretación que me había sugerido Mr. Pablo de Musset echó por tierra la de aquellos señores, y naturalmente fuí yo el que pagué los vidrios rotos.

VI

Vuelvo á la articulación y la resumo en este axioma: no debe hablarse como se habla, es preciso *decir*.

Decid bien, con naturalidad, pero *decid*.

Porque decir, indudablemente es hablar (nunca debe ser cantar), pero es dar á las frases y palabras esenciales su valor propio; unas veces pasando sobre ellas apenas desflorándolas, otras, por el contrario, pesándolas con una inflexión de voz; esto es, distribuir los planos y los relieves, las luces y las sombras. Decir es modelar.

La frase ligada, cuando se pronuncia, cuando se la dice, toma forma y se hace cosa artística.

Esto, por otra parte, y es preciso decirlo para que no parezca que hay contradicción, esto no debe llevarse á la exageración. Es un mal actor el que dice demasiado, el que todo lo detalla con igual cuidado, que no sabe, cuando conviene, contentarse con anchas superficies, para marcar en seguida, cincelándolos, algunos rasgos importantes.

Si hay afectación en querer ser natural á toda costa, la hay también en pretender que, venga ó no á cuento, se sienta al artista.

No basta hablar; decirlo todo es demasiado decir: entre los dos extremos está la verdad.

El gran objetivo es hacerse comprender; y para esto es necesario acostumbrarse á no ir muy de prisa: la volubilidad conduce á la charlatanería

He aquí un consejo que sorprenderá por ser mío. Se dice de mí que adelanto el movimiento en vez de hacerle lento; y que no es en *andante*, sino en *presto*, *prestissimo*, como yo digo el relato de *El Aturdido*.


Mounet-Sully, en *Hernani*

Es cierto, pero no digo del mismo modo el monólogo de Fígaro, y, sin embargo, no creo fatigar la atención detallándole, como hago; como no creo desconcertar el relato de Mascarilla precipitándole, sin hacer perder ni una palabra. Y es que he practicado preciosamente el siguiente consejo: «No os apresuréis.» Se le debo á Régnier, que le expresaba poco más ó menos así: «Cuando os decís á vos mismo: – ¡Dios mío, qué lentitud; esto no acaba nunca, debe ser abrumador!; – entonces es cuando empezáis á no ir demasiado de prisa.»

Indudablemente con esto no quería decir que no se debe nunca *desembarazarse;* pero trataba de enseñar á hacerlo sin cesar de ser claro. Es preciso ser distinto y rápido á la par, y esto no se obtiene sino á fuerza de haber dicho lentamente, soltando las sílabas sin amartillarlas, poner los acentos donde conviene, puntuar con precisión, y en fin, medir el alcance de la voz según el sitio donde se habla, – ¡cosa importante! porque no debe hacerse rodar al trueno en un salón, ni en una sala inmensa suspirar como un arpa eolia.

Decir y rimar bien: esto comunica á la prosa una especie de poesía, que al fin de una relación es raro que no promueva el aplauso.

¡Movimiento!: he aquí la gran ley.

Insisto en la necesidad de hacerse comprender, pero tanto se consigue con el movimiento como con las palabras. Provost contaba riéndose que una noche, al acabar una tirada de Hipólito, seguido del público conmovido, faltóle de repente la memoria, precisamente en los dos últimos versos, siendo por lo tanto imposible detener el movimiento para oir al apuntador. Decidióse en un instante, y con una excitación magnífica, sin tomar aliento, soltó dos alejandrinos de un *volapuck* cualquiera, de los que el público naturalmente no entendió ni una palabra; pero aplaudió con furor el gesto, la actitud, el movimiento, que hicieron claro, elocuente y poderoso aquel lenguaje improvisado.

VII

Acabo de hablar de la voz, y voy á completar lo dicho. La voz no exige menos trabajo que el exterior; porque, debe ser lo más flexible, de más colorido y lo más rico en metamorfosis del elemento *dos*. Según el papel, debe adoptarse una voz pastosa, gazmoña, insinuante, burlona, audaz, tonante, ardiente, tierna, desolada; variando desde la flauta á la trompeta. Hay la voz de los enamorados, que no es la de los notarios, como la voz de Yago no es la de Fígaro y la de Fígaro no es la de Tartufe.

Según el papel, el timbre, la clave, la escala difiere: «en la voz existe la cromática», como dice Madelon.

En suma, diseñad vuestro personaje en la articulación, dicción y sonoridad: que puedan verle los ciegos.

Que esto se ajuste á los cuidados que dais al *exterior*, con la misma minuciosidad que Lesueur, pero también con la misma probidad; es decir, preocupándoos siempre del fondo, del que el exterior no es más que la ilustración, del carácter, que aquél debe hacer visible sin deformarle.


Irving



Coquelín, en *El Jugador*

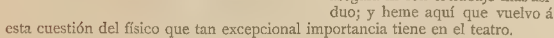
El físico, el ademán, la voz: que todo contribuya á la unidad.

Además, los papeles mas fáciles en apariencia exigen alguna vez del actor el mayor esfuerzo de metamorfosis. Ved á Thouvenin en *Dionisia:* no toma parte en la acción, habla, razona como pudiera hacerlo cualquiera advenedizo: como, prescindiendo del estilo, pudiera hacerlo yo todos los días: pues bien; en esto está el escollo. En razón á la afinidad que pudiera muy bien tener yo en la vida real con el personaje teatral, pudiera darme la tentación de representarle con las mismas actitudes y la misma voz que me son habituales, y en fin ser Mr. Coquelín, y entonces hubiera hecho traición al autor que me manda ser Thouvenín. Debo, pues, contenerme más, corregir mis defectos y modo de ser, variar mi paso, moderar la voz no dándole más que la precisa vibración para la gran tirada del final, y en una palabra, trabajar mi fisonomía para dar á Thouvenín su aspecto verdadero de antiguo trabajador, educado por sí mismo, y que al presente ocupa con discreción su lugar en el mundo, adonde lleva alguna vez, frente á las conveniencias y servidumbres sociales, una libertad de juicio y una originalidad de lenguaje que revelan su origen y al mismo tiempo su carácter.

Lo más propio para el estudio de los papeles es facilitar sus transformaciones.

Federico era maestro en este arte, como en todo. La palabra *transfiguración* ha sido aplicada por vez primera, que yo sepa, con ocasión de la espléndida interpretación dada por ese actor al Ruy-Blas. La palabra no era exagerada; porque ¿no es transfigurarse pasar de Roberto Macaire á Ruy-Blas? Aquel actor encarnó con la misma superioridad la fealdad acanallada del bandido, que la belleza trágica del lacayo enamorado de la reina.

Porque en Ruy-Blas estaba hermoso. Todo lo que había de altivo y de irregular en sus *aspectos*, se fundía y endulzaba en una sombra meláncolica y apasionada, en la que sólo se veía la máscara del genio. Este poder no es dado á todos, y no siempre se asegura ni con el trabajo más asiduo; y heme aquí que vuelvo á esta cuestión del físico que tan excepcional importancia tiene en el teatro.





Régnier, en *La alegría asusta*

VIII

Es evidente, lo he dicho muy alto, que el aspecto de un cómico, ó tal ó cual detalle de su conformación física, – de su arquitectura, – pueden relegarle exclusivamente á un género ó empleo.

Hay *galanes jóvenes* para toda la vida, como Delaunay. – Hay *dueñas* de nacimiento, como Mme. Jonassain. ¿En qué consiste? En poca cosa frecuentemente: en el ángulo de la nariz con la línea del horizonte, por ejemplo. – Pero sobre la influencia de la nariz leed á Pascal, á propósito de Cleopatra.

Una figura dada sólo conviene al drama, ó á lo más á la comedia seria.

Tal físico extravagantemente configurado no es de recibo más que en la comedia bufa.

¡Dichosos esos actores si su físico, que les contrae hasta cierto punto á una sola creación, les permite, á fuerza de talento, reunir en ella una porción de verdad general y de humanidad tan grande que constituyan un tipo! Ellos pueden dejar un duradero recuerdo y como una imagen suya. Así ha sucedido con Enrique Mounier en *Monsieur Prud'home*. No ha sido más que M. Prud'home, porque no podía ser otra cosa; pero ha hecho de M. Prud'home una figura legendaria, un tipo, la representación de una clase y de una época: él y su creación vivirán.

Sin embargo, hay que tener cuidado: el cómico de una sola creación, por muy seria que sea, es inferior al de muchas.

Sería un juicio equivocado suponer que no hay creaciones superiores verdaderamente, si no se realiza esta conformidad absoluta del actor con su papel.

Federico también ha creado un tipo tan eterno como el de M. Prud'home: el de Roberto Macaire, de que ya he hablado y del que hablaré todavía, y que le pertenece en propiedad; y esto no le ha impedido crear también el Ruy-Blas, aunque no era como hombre ni el uno ni el otro de estos dos personajes, que él casi ha reunido en el *Don César de Bazán*, de Dennery; y muy atrevido será el que afirme que fué como artista más superior en uno que en otro.

La verdad es que ha estado sublime en el drama y maravilloso en la comedia.

Porque, en efecto, desde el momento en que un actor no presenta ningún defecto de figura, ni su rostro es antipático, ni más particularmente cómico que el de la mayoría de los hombres, aunque su fisonomía carezca de belleza, si es suficientemente móvil para plegarse á la expresión dramática, no hay ninguna razón para que no aborde los dos géneros.

Es cuestión de medida, y por supuesto, cuestión de talento.

¿Se necesita citar ejemplos? Pues abundan.

¿Y cómo no ser así? El teatro contemporáneo mezcla demasiado estrechamente los dos géneros, para no exigir á casi todos sus intérpretes el doble talento. ¡Qué admirables creaciones se deben á mi querido maestro Régnier! Hacía reir en *Gabriela* ó en *El suplicio de una mujer*, y estaba admirable en el *Balandard*, de *la Cadena*, arrancando las más irresistibles carcajadas que han resonado en el teatro.



Régnier

Realmente, la belleza física no es indispensable más que en los galanes jóvenes. Para hacer delante del público declaraciones de amor, es preciso estar dotado de una figura que no provoque á risa: ser guapo ó parecerlo.

Porque hay un término medio: puede un actor no ser guapo, y sin embargo parecerlo, y de esta suerte atraerse los corazones. Estoy seguro de que mi camarada Delaunay no se ofenderá porque le diga que su nariz no tiene la pureza de la nariz griega, y sin embargo, ¿quién más guapo que él en escena? En su cara había cierto *hechizo*, un no sé qué de joven, tierno, ligero, que no vacilo en afirmarlo, ha desaparecido con él.

Hechizo, sí, esto es lo que debe tener un galán joven. Ahora bien: ¿por qué poseen este hechizo ciertas figuras muy distantes de la belleza clásica? ¿Por qué seducen, por qué se atraen el público? La explicación de este fenómeno no es cuenta mía.

Las damas jóvenes siguen la misma regla. No tienen necesidad absoluta de ser bonitas, pero sí de estar dotadas del susodicho hechizo; y aquí es ocasión de recordar la palabra gráfica de Víctor á Mme. Dorvol: «No sois hermosa, sois peor.»

Así, pues, los galanes y damas jóvenes deben ser guapos como Laferriere, ó parecerlo como Delaunay.

Es preciso que sean de los que el público admite y quiere desde luego y para siempre, de esos que han venido al mundo amados.

Esto no quiere decir que sólo ellos pueden serlo; por el contrario, vense todos los días en nuestras obras modernas personajes de muchas menos dotes físicas alcanzar al fin el mirto y el laurel; pero *al fin*, nunca *en seguida*. Se les quiere por su talento, su valor ó su abnegación: este amor razonado tarda tiempo en llegar, y el público necesita acostumbrarse á él.

Por esto he podido yo representar *Juan Dacier*, en donde acabo por ser amado de una hija de héroes. El público



Coquelín, en *El Aturdido*



Coquelín, en *Juan Dacier*

no hubiera consentido que fuese yo tan tiernamente querido desde mi salida á escena; pero como no recibía la declaración hasta el último acto, y (aun porque iba á morir), como este amor se iba desenvolviendo en el transcurso de toda la obra, el público lo aceptaba y seguía con interés la progresión del mismo; porque mozo de carretero en el primer acto, después soldado, luego oficial, me elevaba de abnegación en abnegación, hasta merecer el supremo honor de ser amado de mi mujer, – porque la dama era mi mujer.

Algunos críticos me han reprochado amargamente el querer abordar papeles serios. Sobre esto mi conciencia de artista está tranquila: no he representado nunca más papeles que los que podía representar.

¿Se me ha visto hacer de galán joven?

Jamás.

Juan Dacier es un carácter. *El guitarrero de Cremona* podrá ser un galán joven, pero su amor no es correspondido: el pobre hombre es jorobado. *¿Y Chamillac?*, – se me preguntará. – Chamillac es un original, una especie de apóstol con bigotes, que expía un momento de locura, rehabilitando á asesinos,



y que no es amado hasta el desenlace: papel serio y de dicción, no de pasión ni arrebato. *Gringoire*, el desgraciado poeta, es un enamorado; pero la primera palabra que recoge con la primera mirada de la joven es: «No es guapo.» Estoy, pues, en situación, y si me hago querer en seguida, es porque se mezclan en ello la poesía y la compasión: es que canto, es que me transformo... á los ojos de la bella, por supuesto.

Hay actores dedicados á la prosa, y los hay líricos; yo ambiciono ser de los últimos, y mis amigos, los poetas, tienen algo de culpa: ¡me han confiado tantas veces sus versos para que los recite! Y el más culpable es el más lírico de todos, el buen maestro Banville, padre de mi Gringoire, cuyo divino *Sócrates* he tenido la alegría de hacer aplaudir, como tantas otras estrofas aladas palpitantes de esa eterna aurora que él tiene en el corazón.

IX

Una palabra aún sobre la fisonomía del actor en escena. El ojo la resume; en él están la luz, la transparencia, la vida. Allí es donde os busca el público, donde quiera descifraros; consagrad á él toda vuestra atención. – Si vuestra mirada carece de expresión, si aparece vaga ó indiferente á lo que se dice ó á lo que sucede, el público se desorienta, no sabe dónde está y se pregunta: «¡Cómo! No presta atención... mira á la sala, ¿á quién mirará? Pues á esa señora del palco segundo. – ¿Qué mira en el techo? ¡Demonio! ¿Habrá fuego?»

Y mientras el público se hace estas reflexiones, ¿qué es de la obra? Si tenéis que decir un parlamento, que vuestros ojos vean la cosa que contáis, y el público la verá reflejada en vuestros ojos; por esta razón, dicho sea entre paréntesis, un actor no puede decir una relación colocado de perfil. Que la empezáis en esta postura, mirando de frente á vuestro interlocutor, está bien; pero poco á poco os iréis volviendo hasta poneros cara á cara con el público, y entonces vuestra mirada se fija en un punto imaginario y de él no se aparta, pues allí veis lo que estáis contando. Esta mirada fija es la que mantiene al público pendiente de lo que estáis diciendo. Lo que vais á decir lo siente ya el público antes de que asomen las palabras á vuestros labios; la palabra no hace, hasta cierto punto, más que, con un segundo golpe, hundir en la atención del espectador la frase ya lanzada por la mirada.

Esta fijeza no debe ser menor cuando os toca oir. Si vuestra mirada no sigue lo que os dice vuestro interlocutor, el público no da fe á lo que vos, al parecer, escucháis tan poco, ó bien se sorprende de vuestra indiferencia.

¿Quién, por ejemplo, podría sufrir á Horacio de espaldas al público mientras le increpa Camilo? No ignoro cuanto se puede decir respecto á los *efectos de espaldas;* algunos actores, bien dotados desde el punto de vista plástico, gustan de ellos; la espalda tiene medios expresivos: encorvándose, bajándose, enderezándose y, en rigor, á veces parece que escucha; pero cuando una amante desesperada os lanza al rostro treinta versos de insultos formidables, no es vuestra espalda lo que quiere ver el público, no es en ésta en donde seguirá el movimiento creciente de la sorpresa, indignación ó cólera que llega hasta el paroxismo engendrador de la catástrofe. No conseguiréis nunca que vuestra espalda tenga tantos recursos como vuestros ojos para expresar todas esas fases; y el público que no vea más que vuestra espalda, creerá que os burláis de Corneille ó de él.

Sin embargo, en el teatro no hay nada absoluto, y se tienen mil maneras de dirigir, de medir, de extinguir, según la situación, esa fijeza del ojo que recomiendo al que escucha. El ojo debe siempre acompañar á la acción; pero puede escuchar sin parecerlo, ó parecer que no escucha ni poco ni mucho. Tenéis que representar, en *Mademoiselle de la Seiglière*, la escena en que el marqués recibe en presen-



cia del abogado Destournelles la nota que éste ha enviado. Es preciso que Destournelles aparezca como que ignora lo que es esta nota, pero es necesario al mismo tiempo que estudie en el semblante del marqués la impresión que le produce; por tanto, cada vez que el marqués baja la cabeza hacia el papel timbrado, el ojo del abogado se desliza de reojo, penetrante y maligno, para observarle: escucha ó, mejor dicho, parece leer, diciéndole – ¡Y bien! ¿Qué pensáis de eso, señor marqués? – Si por el contrario, el marqués, furioso, suspende la lectura y mira al abogado, el ojo de Destournelles mira vagamente, el párpado se pliega como pensativo y la mirada parece como que busca en el cielo una idea... una mosca que pasa; y cuanto más se irrita el marqués, más los ojos de su adversario expresan seguridad, inocencia y serenidad.

(Concluirá)



Coquelín, en *Gringoire*



PIETA, cuadro Arnaldo Bocklin



RETRATO DE GEVARTIUS, copia del famoso cuadro de Van Dyck, conceptuado como uno de los mejores de su ilustre autor

(Existente en la Galería Nacional de Londres.)

SECCION AMERICANA

MORELA

POR EDGARDO POE

El mismo, por él mismo, con él mismo, homogéneo y eterno.
PLATÓN

El afecto que me inspiró Morela desde nuestra primera entrevista fué grande y profundo; pero singular por todo extremo, porque si bien me sentí sometido á ella de una manera exclusiva y completa, nada influyó el amor en la esclavitud de mi alma; siendo, á contar de aquel punto, amargo tormento de mi vida el haberme convencido de que nunca podría definir su carácter insólito ni regularizar su errante intensidad. Sin embargo, nos casamos; y aun cuando nunca le hablé de amor ni jamás me hizo pensar en él, ella se apartó de la sociedad, se contrajo á mí, y ¿por qué no confesarlo? me hizo feliz ¿No somos también felices cuando soñamos?

La erudición de Morela era profunda, su talento superior y el poder de su inteligencia gigantesco. A poco de tratarla eché de ver que á causa tal vez de la educación que había recibido, empleaba la mayor parte del tiempo en estudiar esas obras místicas que generalmente se reputan por selectas entre las primeras que produjo la literatura alemana. También yo hice lo propio después á efecto del influjo, tan eficaz siempre sobre la criatura humana, del hábito y del ejemplo.

Pero en todo esto, si no me engaña el testimonio de mis sentidos, mi razón no tenía casi nada que hacer; y como mis convicciones (ó no me conozco) no se fundaban de ningún modo en lo ideal, ni hubiera sido posible descubrir (á menos que esté completamente equivocado) la más leve huella del misticismo de que se hallaban impregnados aquellos libros en mis pensamientos ni en mis obras, me abandoné á la dirección de Morela, y entré imperturbable y resuelto en el laberinto de sus estudios. Y entonces, cuando abismado mi espíritu en páginas malditas, sentía inflamarse dentro de mí un espíritu maldito, se acercaba ella, y poniendo su mano marmórea sobre la mía y recogiendo de entre las cenizas de una filosofía que fué palabras extrañas y solemnes, que por efecto de su sentido singular se incrustaban en mi memoria, me hablaba horas enteras. Y deleitado con las inflexiones de su voz quedaba como quien sueña y sabe que sueña, hasta que á la larga la melodía se llenaba de terror, y una densa veladura envolvía mi alma y me agitaba convulso interiormente con sus acentos extraterrestres. Y por tal manera, el placer se tornaba en miedo y el ideal de la belleza en ideal del horror, como se ha tornado el valle de Hinnom en la Gehenna.

Inútil cosa es que diga cuál era el carácter de los problemas que surgían de los libros referidos y que dieron asunto casi único á las conversaciones habidas entre Morela y yo, porque las personas instruídas en lo que puede llamarse la moral teológica los comprenderán fácilmente, y las no letradas, nada ó muy poco entenderían de ellos en todo caso; como que el extraño panteísmo de Fichte, la Palingenesia reformada de los pitagóricos y más aún la doctrina de la *Identidad*, tal cual la presenta Shelling, constituían generalmente los puntos de discusión que más agradaban á la imaginativa de mi mujer; identidad llamada personal, que Locke, según entiendo, hace juiciosamente consistir en la permanencia del sér racional. Pues en tanto que por persona entendemos una esencia pensante dotada de razón, y en tanto que existe una conciencia compañera del pensamiento, es ella, esto es, la conciencia, la que nos hace ser á todos lo que llamamos *nosotros*, diferenciándonos así de los demás seres pensantes y dándonos nuestra identidad personal. Pero el ***principium individuationis***, la noción de esta identidad *que, al morir, se pierde ó no para siempre*, fué para mí en toda ocasión problema del más profundo interés, no sólo á causa de la naturaleza de sus consecuencias, si que también por el modo singularísimo como preocupaban á Morela.

Llegó, empero, un momento en que la misteriosa naturaleza de mi mujer comenzó á serme molesta. No podía sufrir el contacto de sus pálidos dedos, ni el timbre sonoro de su palabra musical, ni el brillo de sus ojos melancólicos; mas aunque nada de esto pasó inadvertido para ella, nunca me hizo cargos por mi conducta; y como si pareciese tener conciencia de mi debilidad ó de mi locura, decía, con la sonrisa en los labios, que aquello era el destino. También parecía tener conciencia de la causa, para mí desconocida, del cambio gradual de mi afecto; pero ni me daba explicaciones, ni menos aludía de ningún modo á la naturaleza de esta causa. Mas como, sin embargo, al fin Morela era mujer, comenzó á sufrir de un mal desconodido y fué perdiendo de día en día su hermosura: dos manchas sonrosadas se fijaron inexorables en sus mejillas y se hincharon las venas azules de su frente alabastrina. Y aun cuando mi naturaleza sufría en ocasiones con esto, luego, al mirar sus ojos rebosando pensamiento, sentíase mi alma confusa y experimentaba ese vértigo que sobrecoge á quien mira un insondable y lúgubre abismo desde sus bordes.

¿Seré osado á decir que deseaba entonces con ansias vivas el momento de su muerte? Así fué, sin embargo; pero el frágil espíritu se asió á su habitáculo de barro durante muchos días, semanas y meses enojosos; y tanto y tan bien, que al cabo mis nervios torturados vencieron de mi razón, y furioso con la tardanza del desenlace, maldije como un demonio los días y las horas y los minutos acerbos, que parecían prolongarse sin cesar á medida que su noble vida iba declinando cual la luz del crepúsculo al morir el día.

Pero una noche del otoño, estando el aire dormido é inmóvil en el cielo, Morela me llamó á la cabacera de su cama Un denso velo de bruma se extendía sobre la tierra, en tanto que las aguas parecían fosforecentes, y las copas de los árboles bañadas de una luz semejante á la que pudiera dar en medio de profunda obscuridad un arco iris.

– He aquí que ha llegado el día de los días, – dijo cuando me acerqué, – el más hermoso de todos para vivir ó morir. Día hermoso, ciertamente, para los hijos de la tierra y de la vida; pero más aún para las hijas del cielo y de la muerte!!

Bajé la frente, y ella prosiguió.

– Voy á morir; pero viviré.

– ¡Morela!

– No han venido nunca los días en que hubieras podido amarme; pero la que aborreciste viva, será tu ídolo muerta.

– ¡Morela!

– Sí, voy á morir. Pero en mí hay una prenda del afecto, ¡cuán breve y pasajero fué!, que sentiste por Morela. Y cuando mi espíritu se desprenda de la materia, el nuevo sér, hijo nuestro, vendrá á la vida del mundo. Por lo que á ti hace, tus días lo serán de amargura, de esa triste amargura que así es la más durable de las impresiones, como el ciprés el árbol de más vida entre todos; que las horas de tu felicidad pasaron; pues la dicha no se posee dos veces en una existencia, como se cogen dos veces en un año las rosas de Pæsto. Ni volverás á jugar con el tiempo el juego del hombre de Teos; y el mirto y la viña serán para ti cual si no fueran, y por dondequiera que vayas llevarás contigo tu sudario como el musulmán de la Meca.

– ¡Morela! – exclamé. – ¡Morela! ¿Cómo lo sabes?

Mas ella volvió el rostro del otro lado; un leve y rápido estremecimiento sacudió su cuerpo, expiró, y ya no entendí más su voz.

Como ella lo había previsto, al morir dió á luz, y aquella criatura no respiró sino después que la madre hubo cesado de respirar. Y la hija de Morela creció de una manera extraña en cuerpo é inteligencia, y fué retrato vivo de su madre, y yo la quise con amor más profundo é intenso del que me creía capaz de sentir por ningun sér humano.

Empero antes de que hubiera transcurrido mucho tiempo, el cielo de aquel puro afecto se nubló, y la melancolía y el horror y la tribulación se condensaron en él en formas de nubes. Ya dije que la hija de Morela creció de una manera extraña en cuerpo é inteligencia: extraño en verdad fué su desarrollo físico; pero terribles los tumultuosos pensamientos que se acumularon en mi cabeza en tanto que estudiaba el desarrollo de su ser intelectual. ¿Era posible, tampoco, que fuese de otro modo, cuando á cada momento descubría en los conceptos de la niña el poder adulto y las facultades de la mujer; cuando las lecciones de la experiencia brotaban de los labios de la infancia; cuando á todas horas veía brillar la discreción y las pasiones de la edad madura en sus ojos rasgados y meditativos? Cuando, lo repito, hirieron estas cosas mis sentidos; cuando ya no fué posible que á mi alma se obscurecieran por más tiempo, ni tampoco lícito á mis aterradas facultades rechazar tan cruel certidumbre, surgieron en mi espíritu sospechas terribles y perturbadoras, y mis pensamientos recordaron con espanto los discursos extraños y las teorías de la difunta Morela. Inspirado en estas ideas, sustraje á la curiosidad del mundo un sér á quien me obligaba el destino á rendir culto, y en el apartado retiro del hogar vigilé y atendí con ansiedad mortal á cuanto le concernía.

Y á medida que iban transcurriendo los años y que contemplaba su santo, dulce y elocuente rostro y el crecimiento y madurez de sus formas, hallaba nuevos puntos de semejanza entre la niña y su madre, entre la melancólica viva y la melancólica muerta. Y por días y por instantes iban estas sombras de semejanza condensándose y haciéndose cada vez más compactas, más definidas, más abrumadoras y más terribles. Porque si bien podía sin reparo admitir que sonriese como su madre, no ciertamente que la semejanza de su sonrisa fuese una ***identidad*** que me hiciera estremecer; y si podía sin reparo admitir también que fuesen sus ojos como los de Morela, no así que penetraran en los arcanos de mi alma con el extraño é intenso pensamiento que los de la misma Morela. Y en el contorno de su elevada frente, y en las sedosas ondas de su espesa cabellera, y en sus dedos blancos como el mármol, que hundía en ella ***por hábito***, y en el timbre sonoro y musical de su palabra, y sobre todo ¡ah! sobre todo en las frases y conceptos de la muerta en los labios de la amada viva, nutría una idea devoradora, gusano que no quería morir.

Así pasaron dos lustros, sin que hubiera pensado en poner nombre á nuestra hija, como no fuera los infinitos de ternura que mi amor le daba, únicos también que hacía necesarios nuestra reclusión mutua y el alejamiento en que vivíamos del trato de gentes. El nombre de Morela murió con ella; nunca tampoco hablé á la hija de su madre ni me fué posible hacerlo, ni en realidad durante su corta existencia recibió ninguna impresión del mundo exterior, excepto aquellas que penetrasen como filtradas por las paredes de su retiro.

Sin embargo, con el transcurso del tiempo se ofreció á mi espíritu atribulado la ceremonia del bautismo como la bienaventurada redención de los terrores de mi destino. Pero aun en la capilla estuve vacilante para escoger nombres que darle, agolpándoseme á la memoria una muchedumbre de epítetos de sabiduría y de hermosura, sacados del archivo de los tiempos antiguos y modernos, de mi patria y de los pueblos extranjeros, y con ellos cuantos existen amables, buenos y nobles, sin que ninguno me satisficiera.

¿Quién me recordó entonces la memoria de la muerta? ¿Qué demonio tentador me indujo á suspirar un nombre cuyo recuerdo no más hacía refluir mi sangre á torrentes de las sienes al corazón? ¿Qué mal espíritu habló del fondo de los abismos de mi alma, cuando en la capilla obscura y fría del panteón de familia, adonde bajé una noche con mi hija para mejor abstraerme y decidirme, pronuncié al oído del sacerdote que nos acompañaba la palabra Morela? Y ¿qué sér, más que demonio, turbó el rostro de mi pobre hija y lo cubrió con el velo de la muerte, cuando al oir aquel sonido apenas perceptible elevó sus serenos ojos hacia el cielo, y cayendo de rodillas sobre las negras baldosas del pavimento exclamó: *¡Heme aquí!*

No dijo más; pero estas dos palabras penetraron en mis oídos como dos gotas de plomo, y fueron rugiendo hasta clavárseme en los sesos. Pasarán los días, los meses y los años, pero no el recuerdo de aquel momento. ¡Ay! Las flores y la vid son desde entonces como si no fueran para mí; en cambio, el anapelo y el ciprés me brindan con sus ramas noche y día.

Perdí la noción del tiempo y de los lugares; las estrellas de mi destino se apagaron en el cielo; la tierra quedó envuelta en densa obscuridad, y las formas humanas pasaron junto á mí como sombras de seres, y mis ojos sólo vieron clara y perfectamente siempre á una entre todas: ¡Morela!

Y cuando gemía el viento y cuando rugía el mar, así el aire como las olas murmuraban constantemente una misma palabra en mis oídos: ¡Morela!

Pero cuando hubo muerto, y que yo en mis propios brazos la llevé para enterrarla y levanté la losa que cubría el sepulcro de mi mujer para que allí quedaran juntas hija y madre, no pude menos de sonreir con amargura, viéndolo vacío y que ni aun vestigios había en él de la primera Morela!

TRADUCIDO POR M. JUDERÍAS BÉNDER

SECCIÓN CIENTÍFICA

EL MICRÓGRAFO APLICADO AL ESTUDIO DE LAS MADERAS

Los que visitaron la Exposición de París de 1889 pudieron observar el edificio destinado á la Administración forestal francesa, pero pocos fueron los que apreciaron debidamente la notable colección de fotografías que representaban considerablemente aumentados los detalles de la estructura de los tejidos de todas las especies que componen los bosques de Francia. Es preciso, en efecto, ser muy entendido en la materia para estimar en su justo valor esas fotografías, y sólo los que conocen el número y la diversidad de las dificultades vencidas pueden comprender la importancia de los resultados obtenidos. El público que ve con qué facilidad se hace un retrato, se imagina que no cuesta más lograr la imagen de cualquier cuerpo ú objeto, la de un astro, por ejemplo, ó la de un tejido animal ó vegetal. Y, sin embargo, para llegar á ello ha sido menester que la Administración diera con un aficionado de claro talento, M. Thouroude, que ha llegado á ser un especialista notable en micrografía.

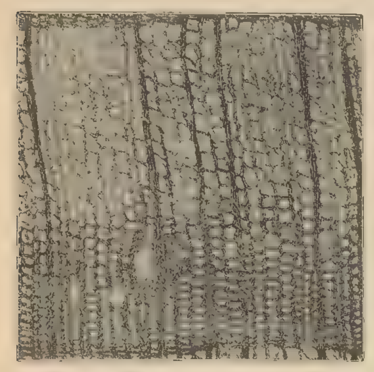


Fig. 1. – Alerce de Europa *(Larix Europæa)*. – Sección transversal; aumento 60 diámetros. – Tipo de la madera de las coníferas. En el centro de la sección se ven canales resiníferos á los cuales va á parar la resina segregada por las células vecinas.

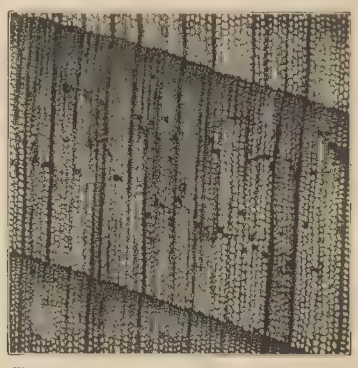


Fig. 2. – Enebro de Fenicia *(Juniperus Phœnicea*, Linn.). Sección transversal. – Otro tipo de la misma madera sin canales resiníferos. La resina está encerrada en algunas fibras que se destacan por su color negro. Aumento 60 diámetros.

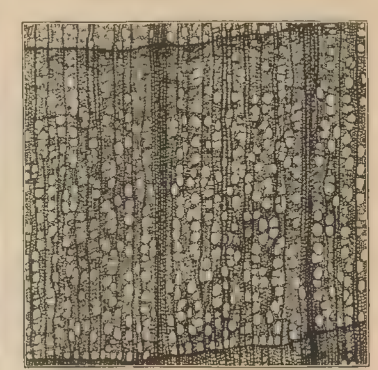


Fig. 3. – Aliso blanco *(Alnus incana*, D.C). – Sección transversal. Aumento 30 diámetros.

Habíase pensado, en un principio, exponer una colección de secciones de maderas de 4 centímetros de largo por 2 de ancho y medio milímetro de espesor: de esta suerte se obtuvieron 430 secciones pertenecientes á 355 especies, que por lo delgadas hubieron de ser puestas entre dos cristales para que no se deshicieran.

Este primer trabajo, sumamente delicado, fué dirigido por M. Thil, inspector agregado de bosques y afecto especialmente á M. See, administrador de bosques, y exigió una preparación de diez y ocho meses.

La madera hubo de ser tratada por ciertos líquidos destinados á desembarazarla de las burbujas de aire y de las incrustaciones que habrían podido dificultar la acción de la hoja cortante sobre los fragmentos previamente serrados (1).

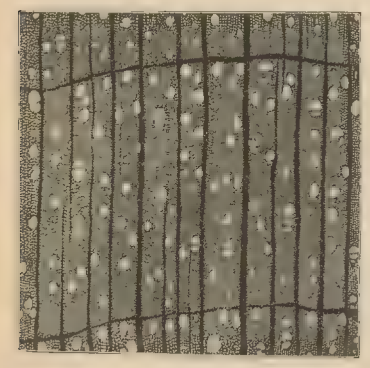


Fig. 4. – Arce de hojas de viburno *(Acer Opulifolium*, Villars). – Sección transversal. Aumento 30 diámetros.

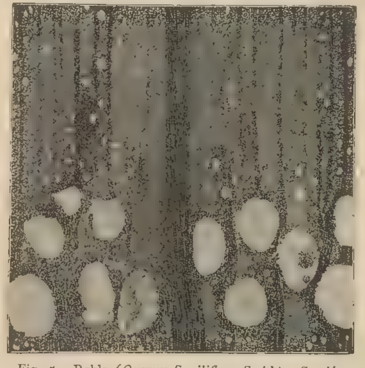


Fig. 5. – Roble *(Quercus Sessiliflora*, Smith). – Sección transversal. Aumento 30 diámetros.

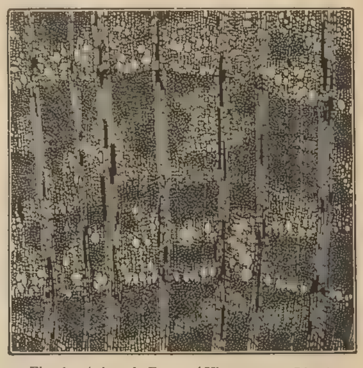


Fig. 6. – Aulaga de Europa *(Ulex europæus*, Linn.) Sección transversal. Aumento 30 diámetros.

El examen detallado de estas secciones exige el empleo de la lente y del microscopio, instrumentos cuyo manejo muchos desconocen. La lente sólo permite un examen, por decirlo así, local y la vista en conjunto; la topografía del tejido, si se nos permite la palabra, es lo único que deja en el espíritu del observador una idea clara y precisa de cada esencia de árbol. Por esta razón se ha querido obtener fotografías aumentadas de esas secciones, que han sido sacadas por M. Thouroude. Para ello ha sido ante todo preciso buscar una luz que por su intensidad y por su constancia fuese á propósito para el fin que se perseguía: la luz oxídrica es la única que reune las condiciones exigidas. La luz eléctrica (de arco voltaico), indudablemente más viva, ofrece grandes inconvenientes por sus bruscas variaciones y por la falta de uniformidad sobre toda la extensión del objeto.

El cliché se obtuvo por la proyección directa de la madera, á cual efecto la sección de ésta fué colocada en un aparato de proyección que representaba de un modo directo su imagen considerablemente aumentada sobre la placa sensible de un aparato fotográfico. La duración de la postura varió desde 18 centésimas de segundo para las secciones más claras, como la del pobo, á 1 segundo 30 centésimas para las más obscuras, como la del almendro. Esta rapidez en la operación era un requisito indispensable para el buen éxito de la misma, pues una duración de algunos segundos habría sido suficiente para hacer desaparecer algunos detalles finísimos, como las celdillas, que se distinguen de las demás partes del tejido por una ligera diferencia de opacidad. Para la operación se escogieron dos



Fig. 7. – Sección de junco.

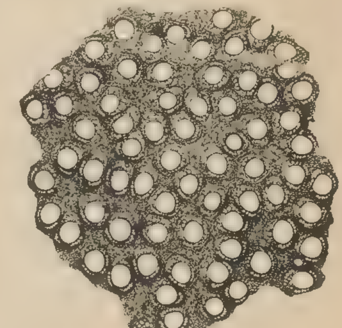


Fig. 8. – Sección de clemátide.

medios de aumento distintos, el más fuerte para las maderas cuyo tejido está constituído por elementos menos finos.

Omitiremos la enumeración de todas las precau-

(1) Este trabajo fué ejecutado por M. Deyrolle.

ciones tomadas para evitar los escollos de toda clase que se encuentran en la ejecución de un trabajo sumamente delicado y que exige operadores de consumada experiencia. De aquí que M. Thouroude reclamara el concurso de M. de Villecholles, profesor de conferencias de la escuela central.

Todo salió á pedir de boca, y hoy existe un álbum muy interesante tan útil á los ingenieros de montes como al botánico, al hombre práctico como al sabio: en él pueden estudiarse los caracteres propios del tejido vegetal de cada esencia de árbol: la forma, el número, el sistema de agrupación de vasos; la extensión, el espesor, la distribución de los radios medulares; las células de las fibras y la constitución íntima de esas mismas células, que han sido estudiadas hasta el extremo de encontrar en ellas puntos de delicadeza suma diseminados en número de unos veinte mil en una superficie de un milímetro cuadrado.

Nuestros grabados reproducen algunas de estas curiosas fotografías. Las figuras 1 y 2 representan el aspecto del alerce y del enebro; las 3, 4, 5 y 6 son tipos de *Angiospermos dicotiledonios*.

Los radios medulares son de igual espesor en el arce y en la aulaga y desigual en el roble y en el aliso blanco; los vasos son simples en el arce y agrupados en el aliso, y en ambas maderas están diseminados en todo el crecimiento: en el roble y en la aulaga, por el contrario, están localizados y distribuídos de modo que forman elegantes dibujos. En el roble los hay de dos dimensiones. La figura 7 reproduce una sección de clemátide con sus grandes células, y la 8, que representa el junco, es notable por las células de la médula en forma de estrellas.

Un trabajo semejante no debe permanecer guardado en las carpetas de un Ministerio ni desaparecer con la Exposición: las facultades de Ciencias y las escuelas normales deberían poseer un ejemplar, por lo menos, de ese álbum. Sería, pues, una obra útil la publicación de éste, acompañado de una monografía de las especies en él contenidas.

FÉLIX HEMENT

(De *La Nature*)



Fig. 1. – Tipos de fajaduras tomados de la colección expuesta por el Ministerio del Interior (Francia). – N.° 1. Estatuita romana de Viterbo. – N.° 2. Estatuita del siglo décimoquinto. – N.° 3. Fajadura en los Alpes Marítimos. N.° 4. Finisterre.



Fig. 2. – Tipos de fajaduras. N.° 5. Creuse. – N. 6. Jura. – N.° 7. Orne. N.° 8. Bajos Pirineos.

* * *

LA EXPOSICIÓN DE LA CRÍA DE LA INFANCIA

Los niños constituyen el porvenir de la sociedad y de la patria; por esto hay que considerar la manera de criarlos como una cuestión vital de la mayor importancia que á todos debe preocupar y que los médicos é higienistas tienen el deber de estudiar á fondo.

Por desgracia no es ya únicamente un sentimiento natural tan antiguo como el mundo lo que, de muchos años á esta parte, mueve á todas las naciones á ocuparse tanto de la infancia, sino que esto se debe en gran parte á consideraciones de carácter nacional que obligan á velar sobre ella más que nunca

La espantosa mortalidad de los recién nacidos ha acabado por conmover á todo el mundo, incluso á los hombres políticos, porque á ella va unida la despoblación más ó menos rápida, según las regiones. En Francia, sobre todo, el movimiento de la población no sigue una progresión proporcionada á la que se observa en otras naciones; por esto la Administración pública y la iniciativa particular se han preocupado de los medios conducentes á la conservación de esas existencias preciosas para la patria. Todos estos esfuerzos tendrán, á no dudarlo, excelente éxito: darlos á conocer, propagarlos, ofrecer al examen y estudio del público las lecciones que de ellos se desprenden, es una obra siempre útil.

La Exposición Universal de 1889 ha permitido realizar esta obra en gran escala: el público lo comprendió perfectamente y acudió en masa á visitar las diferentes secciones concernientes á la infancia. Había, especialmente en el Palacio de la Higiene, una exposición que obtuvo gran éxito y en la cual la multitud se apiñaba todos los días, desde la mañana hasta la noche: la de la asistencia de la infancia, organizada bajo la dirección de M. Monod, director de la asistencia pública en el Ministerio del interior, por Mad. Landrin, inspectora general de los servicios de la infancia.

Desde entonces estas colecciones han sido depuradas y completadas, constituyendo hoy en día un conjunto notable destinado á ser un museo permanente, que formará indudablemente parte de los museos de servicios públicos que se reunirán en el Palacio de las Artes liberales.

En ese museo, Mad. Landrin, queriendo demostrar los progresos realizados por la asistencia, y deseando hacerlos resaltar mejor y dar á la materia los mayores atractivos posibles que la despojaran de su natural aridez, ha procurado trazar la historia de la cría de los niños en Francia, desde la época más remota hasta nuestros días, y ha reunido varias series de objetos de todos tiempos y de todas las provincias, agrupados de manera que al primer golpe de vista se ven los distintos sistemas usados en las regiones francesas para fajar, alimentar, acostar y hacer andar á los niños.

Fig. 3.—Tipos de fajaduras – N.° 9. Turena. – N. 10. Maconnais. N.° 11. Landes. – N.° 12. Ain.



Fig. 4. – Tipos de fajaduras. – N.° 13. Charente. – N.° 14. Vancluse. N.° 15. Charente inferior. – N.° 16. Córcega.

El más antiguo ejemplar que se ha encontrado relativo á la fajadura es una estatuita romana de tierra cocida, descubierta en Viterbo y perteneciente al Museo arqueológico de Bruselas: el niño estaba atado desde la cabeza á los pies con tiras de lienzo, lo cual le inmovilizaba por completo y por ende perjudicaba notablemente su desarrollo físico, ya que la criatura necesita, como el adulto, el movimiento y la gimnasia. Varias fotografías y vaciados de esculturas de la Edad media y una serie de muñecos de tamaño natural, fajados con exactitud escrupulosa según los sistemas antiguos y modernos de las provincias francesas, nos demuestran que el sistema romano ha subsistido durante largo tiempo casi sin variación alguna, y que en nuestros días, aun en ciertas comarcas muy adelantadas, ha persistido á pesar de todo por la razón de que si bien ofrece peligros para la salud del niño, en cambio tranquiliza á la madre y no la obliga á una atención constante. En el Jura, las tiras de lienzo son reemplazadas por un pequeño corsé de cutí, ajustado por detrás.

En la Charenta se deja el brazo derecho libre, y esto ya es un progreso: en Córcega se dejan libres los brazos y los pies, y este es realmente el ideal que ha de perseguirse, á menos de querer incurrir en las exageraciones de la moda inglesa.

Algunas madres (Turena, Ain) por temor á los golpes ponen á sus hijos sobre almohadas y les atan á ellas con tiras de tela, teniendo algunas la precaución de dejar suelto el brazo derecho. Otras (Landes) sustituyen la almohada por una piel de carnero, ó bien (Provenza) colocan al niño en una cesta plana, lo atan fuertemente y no lo sacan de allí ni aun para darle de mamar, ni más ni menos que hacen los Pieles rojas.

Nuestros grabados permiten ver la progresión realizada y los progresos obtenidos poco á poco, pero ¡con cuánta lentitud! La rutina, la costumbre, el uso, he aquí tres plagas difíciles de vencer y que á menudo matan más rápidamente que las enfermedades.

Cualesquiera que sean las mejoras higiénicas logradas, cada provincia, cada aldea conserva sus usos particulares: una cinta, un color, los más pequeños detalles atestiguan un gusto especial de la comarca.

En las gorras es en lo que mejor aparecen esos caracteres etnográficos; por esto en la Exposición no han sido olvidados esos gorritos en los cuales apenas cabe el puño y, dejando á un lado los de las ciudades, que cambian poco y son siempre un poema de encajes y de delicadas guipures, ha podido reunirse una bonita colección, en donde los hay de todas formas, colores y clases, desde los más sencillos á los más complicados, desde los más elegantes y ricos á los más pobres y extravagantes, y entre ellos esos crueles vendajes, esas horribles cintas que se usaban comúnmente hace veinte años en determinadas provincias (Tolosa, Deux-Sevres, país de Caux, etc.) para deformar la cabeza de los recién nacidos, sin preocuparse de si este acto, contrario á la naturaleza, podía producir desarreglos graves en aquellos pequeños cerebros, ofuscando ó perturbando aquellas inteligencias infantiles.

(De *La Nature*) F. LANDRIN



TODA UNA JUVENTUD

POR

FRANCISCO COPÉE

Ilustraciones de Emilio Bayard-Grabado de Huyot

(CONTINUACIÓN)

V

Sin embargo, el buen hombre viejo representado en las alegorías con grandes alas y barba blanca, el *Tiempo*, había dado muchas veces vuelta á su reloj de arena; ó para hablar más sencillamente, el cartero, con gabán azul salpicado de copos de nieve de San Silvestre, habíase presentado tres ó cuatro veces en el domicilio de sus clientes para ofrecerles, mediante una propina, un calendario que contenía informes esenciales, tales como el cómputo eclesiástico y la diferencia del año gregoriano con la hégira árabe; y Amadeo Violette se había hecho poco á poco un joven.

Un joven, es decir, un ser que poseía un tesoro cuyo precio no conocía; poco más ó menos como un negro del centro de Africa que hubiera encontrado los talones de banco de M. de Rothschild; un joven como lo hemos sido todos, ignorante de su atractivo y de su gracia, que se impacienta porque su barba rala no se transforma en espantosas cerdas de jabalí; un joven que se levanta todas las mañanas henchido de esperanza, preguntándose cándidamente lo dichoso que puede sucederle durante el día y que sueña en vez de vivir, porque es tímido y pobre.

Por entonces fué cuando Amadeo, que ya no iba al colegio Batifol y acababa como externo su curso de filosofía en el liceo de Enrique IV, conoció á uno de sus compañeros, llamado Mauricio Roger, y contrajo con él muy tierna amistad, una de esas amistades de los diez y ocho años, que son tal vez lo más dulce y sólido que hay en el mundo.

Amadeo simpatizó con Mauricio á primera vista por causa de su bonita cabeza rubia y rizada, de su aire de superioridad y de franqueza y de sus elegantes trajes que llevaba con desenvoltura de gentlemán. Dos veces cada día al salir del colegio ambos jóvenes atravesaban el jardín del Luxemburgo, contándose sus sueños y esperanzas, deteniéndose en las calles de árboles, en donde Mauricio miraba descaradamente á las grisetas, charlando con el abandono de aquella edad, en la que se piensa alto.

En seguida se tutearon ambos.

Mauricio contó á su nuevo amigo que era hijo único de un oficial muerto en Sebastopol, que su madre no había vuelto á casarse, que ella le adoraba y le daba todos los gustos, que él esperaba con impaciencia la conclusión de sus estudios para vivir libremente en el barrio latino y acabar la carrera de derecho sin apresurarse, puesto que su madre lo exigía y él no quería disgustarla; pero que esto no obstaba para ocuparse también de pintura, por lo menos como aficionado, porque tenía pasión por las artes. El hermoso y aristocrático joven hablaba de todo esto con una alegre sonrisa, que dilataba su nariz y sus labios sensuales, y Amadeo admiraba, sin el menor asomo de envidia, con el generoso estímulo de la juventud, aquella expansión de vida y confianza en el porvenir.

El á su vez se confió á Mauricio, aunque no por completo, porque no podía decir á nadie que sospechaba el vicio secreto de su padre y que él se avergonzaba y sufría todo cuanto puede sufrir la juventud Por lo menos, como honrado corazón que era, confesó sin vergüenza su modesto origen, elogió á sus humildes amigos los Gerard, habló con entusiasmo de su gran amiga Luisa y de María, que acababa de cumplir diez y seis años y se había hecho linda, muy linda.

– ¿Me llevarás á su casa, verdad?, – dijo Mauricio, que le había escuchado con su natural bondad. Pero antes es preciso que vengas á comer conmigo uno de estos días y que te presente á mi madre; por ejemplo, el domingo próximo. ¿Quedamos en ello?

Amadeo hubiera querido rehusar porque sintió el continuo suplicio de los jóvenes pobres al recordar que su levita dominguera estaba casi tan pelada como la de los demás días, que su par de botinas núm. 1 tenían torcidos los tacones, y que el cuello y puños de la mejor de sus seis camisas estaban deshilachados á fuerza de lavaduras. Y luego... ¡Comer de convidado! ¡Qué contrariedad! ¿Qué hacer para presentarse convenientemente en un salón? Sentía de antemano frío en las espaldas. Pero Mauricio le invitaba tan cordialmente y era tan irresistible, que Amadeo aceptó.

El domingo siguiente, vestido con todo lo mejor que tenía, se encaminó á las siete menos cuarto á casa de su amigo, preocupado y mirándose las manos. ¿Qué idea le había dado de comprar aquellos guantes de piel de perro, color sangre de vaca? Ahora reparaba en que eran demasiado nuevos y chillones en comparación del resto del traje.

Amadeo subió al piso principal de una hermosa casa del arrabal de San Honorato, y llamó suavemente á la puerta de la izquierda.

Salió á abrirle una joven y linda doncella, una de esas morenitas de talle que se abarca con las manos y que tienen un conato de bigotito. Introdujo al joven en una sala adornada con lujo sencillo y sólido, en donde Mauricio, que estaba solo, calentándose de espaldas á la chimenea, con aspecto de amo de casa, recibió á su amigo con viva satisfacción.

Las miradas de Amadeo fijáronse desde luego en el retrato de un guapo coronel de artillería, con el holgado uniforme de 1845 y el cinturón cerrado por dos cabezas de león. Este jefe, en actitud de parada, estaba representado en medio del desierto, sentado bajo una palmera.

– Es mi padre, – dijo Mauricio. – ¿Verdad que yo me parezco mucho á él?

El parecido, en efecto, era notable: la misma sonrisa calurosa y alegre, los mismos cabellos rubios, casi todas las facciones de su rostro eran las mismas que las que ostentaba el retrato de su padre. Amadeo se volvió, oyendo detrás de él una voz de mujer que repitió como un eco:

– ¿No es verdad que Mauricio se le parece?

Era Mme. Roger, que acababa de entrar silenciosamente. En presencia de aquella hermosa señora, vestida de negro, de perfil romano y de tez mate, que miraba á su hijo y al retrato con profunda emoción, Amadeo comprendió que Mauricio debía ser el ídolo de su madre, é impresionado por el aspecto de aquella viuda, que hubiera sido todavía hermosa, á no haber tenido el cabello gris y los párpados quemados por las lágrimas, balbuceó algunas frases dando gracias por su invitación.

– Mi hijo, – dijo ella, – me ha hablado de usted como del más querido de sus compañeros... Y también del afecto que á usted merece, y yo soy la que debo dar gracias á usted.

Sentáronse y hablaron. Mme. Roger pronunciaba á cada instante las frases de «mi hijo», «mi querido Mauricio», con expresión de orgullo y apasionada ternura.

Amadeo adivinó cuán dulce debió haber sido la vida de su amigo al lado de tan buena madre, y no pudo menos de compararla á su triste infancia; recordando, sobre todo, las lúgubres comidas, durante las que inclinaba la cabeza sobre el plato para no ver los ojos de su padre fijos en él y anegados de embriaguez, que parecían pedirle perdón.

Mauricio dejó á su madre que hiciera su elogio, mirándola con su atractiva sonrisa que se enternecía un poco, y concluyó por interrumpirla:

– Convenido, mamá... soy un fénix.

Y se levantó para darla un beso.

En este instante la linda doncellita anunció: «El señor y las señoritas de Lantz.» Mme. Roger se levantó apresuradamente para recibir á los recién llegados.

El teniente coronel de ingenieros Lantz, que había recibido el último suspiro del coronel Roger en la trinchera, delante del Malecón Verde, quizá fuera en otro tiempo una buena figura con su uniforme guarnecido de terciopelo negro; pero habiendo pasado largo tiempo en las oficinas de guerra, envejeció allí, delante de los planos y mapas, encorvado sobre las mesas llenas de escuadras, reglas y compases; y no tenía nada de marcial, con su cráneo de pájaro viejo desplumado, la barbita gris y melancólica y su huesuda delgadez que se diseñaba debajo de la levita abotonada militarmente. Feliz con sus recuerdos, viudo, sin fortuna, con tres hijas casaderas, el pobre coronel, que sólo se ponía dos ó tres veces al año, en las solemnidades oficiales, su uniforme conservado á fuerza de alcanfor, comía todos los domingos en casa de la señora de Roger, que apreciaba á este hombre estimable, que fué el mejor compañero de su marido. Aquel día había invitado también á las tres hijas del coronel, jóvenes demasiado frescas, de narices remangadas y de ojitos negros como moras, siempre cuidadosamente peinadas y vestidas, y á las cuales, por la redondez de sus formas se las comparaba involuntariamente á tres pastelitos rellenos, de esos que se preparan para bodas y festines.

Sentáronse á la mesa. La señora de Roger tenía una excelente cocinera, y Amadeo, por primera vez en su vida, comió una porción de cosas buenas, aun más exquisitas que las compotas de la mamá Gerard. Sin embargo, sólo era una comida delicada y confortable; pero el joven encontró en ella la revelación de goces no sospechados. Aquella mesa con flores, aquel mantel tan suave al tacto, aquellos entremeses que excitaban el apetito, los vinos de sabor variado, que olían bien como las rosas, produjéronle sensaciones agradables y nuevas. La linda doncellita servía á la mesa con prontitud y silencio. Mauricio, sentado frente á su madre, presidía la comida con juvenil alegría y exquisita elegancia. A cada una de sus bromas de buen gusto resplandecía el pálido semblante de Mme. Roger, y las tres señoritas prorrumpían á un mismo tiempo en una risita discreta: hasta el triste coronel salía de su estupor; tanto, que concluyó por animarse al segundo vaso de Borgoña y se volvió interesante al recordar la campaña de Crimea, esa guerra caballeresca en la que los oficiales de los dos ejércitos enemigos cambiaban cumplimientos y cigarros durante la suspensión de hostilidades. Contó interesantes anécdotas militares. La señora Roger, observando la ardiente expresión de su hijo, inflamado de entusiasmo al oir aquellos heroicos relatos, se puso triste repentinamente. Mauricio fué el primero que lo notó.

– Tenga usted cuidado, coronel, – dijo. – Va usted á asustar á mamá, que va á suponer que aun tengo deseos de entrar en Saint-Cyr... Vamos, mamita, no tengas cuidado. Puesto que así lo quieres, tu hijo, respetuoso y sumiso, se hará un abogado sin pleitos, que pintará mamarrachos en sus ratos de ocio.

En el fondo, le hubiera tal vez gustado más un caballo y un sable en un escuadrón de húsares... ¡Pero no importa!... Lo esencial es no disgustar á su mamá.

Y esto lo decía con tanto calor y gentileza, que la señora Roger y el coronel cambiaron una mirada de enternecimiento. Las señoritas de Lantz, conmovidas también, tanto como unas pastas podían conmoverse, fijaron en Mauricio las miradas, que se habían vuelto tan tiernas, tan dulces, que Amadeo no dudó que todas las tres abrigaban los mismos sentimientos hacia su amigo, dichoso en no tener más que escoger en aquella linda trilogía.

¡Cómo amaban á aquel gracioso y encantador Mauricio y cómo sabía él hacerse amar!

Y luego, en el momento del Champagne, cuando se levantó con la copa en la mano y pronunció un brindis burlesco, hallando una palabra amable para cada uno de los convidados, ¡qué franca alegría, qué risa tan espontánea en torno de la mesa!

Las tres jóvenes señoritas reían hasta ponerse rojas como amapolas; una especie de castañeteo producido por el regocijo escapábase por entre el bigote caído del coronel; la señora Roger parecía rejuvenecida á fuerza de sonreir, y ¡Dios me perdone!, Amadeo notó que la gentil doncellita, en un rincón del comedor, enseñaba también sus dientes diminutos y blancos como los de un perrito.

Después del te, el coronel, que vivía muy lejos, junto á la escuela militar, y que vió que el tiempo estaba seco, quiso volver á pie á su casa para ahorrarse el gasto de coche, se despidió con sus tres pastelitos casaderos, y poco después hizo lo propio Amadeo. Mauricio quiso acompañarle, y cuando en el recibimiento la linda criadita le ayudaba á ponerse el paletó, le dijo de pronto:

– Espero, M. Mauricio, que hoy no volverá usted muy tarde.

– ¿Qué dice usted, Susana?, – replicó el joven sin incomodarse, mas con alguna impaciencia. – Volveré á la hora que me parezca.

Y al bajar la escalera con Amadeo repuso riéndose:

– ¡Palabra de honor! El mejor día me pone públicamente en ridículo con sus celos.

– ¿Cómo?, – preguntó Amadeo, procurando ocultar su rubor.

– ¡No te extrañes!... Es muy bonita, y yo, lo confieso, Violette, no tengo como tú la candidez de la flor cuyo nombre llevas... Preciso es que te resignes á tener por amigo á un calavera... Por lo demás, no pases cuidado, estoy resuelto á no seguir escandalizando el hogar materno. Ya he roto con esa descarada, que fué la primera en romper el fuego y en besarme detrás de un biombo... Ahora estoy ocupado en otra parte... Y puesto que hay ahí un coche .. ¡Eh, cochero!... Vas á permitirme que te deje... No son más que las diez y cuarto... Tengo tiempo de dar una vuelta por Bullier, en donde estará Zoé Mirliton... Hasta mañana, Violette.

Amadeo entró en su casa muy preocupado. ¡De modo que su amigo era un libertino! Pero él le excusó. ¿No acaba de verle tan cariñoso con su madre y tan respetuoso con las tres señoritas?... Se dejaba llevar por el fuego de la juventud: he aquí todo; y no era él, Amadeo, que aunque todavía puro, se sentía atormentado por las tentaciones y curiosidades de su edad, quien debía juzgarle. ¿No hubiera él hecho otro tanto á haberse atrevido y á haber tenido algunos francos en el bolsillo? Seamos francos: Amadeo aquella noche soñó con la linda doncellita sobre cuyo labio apuntaba gracioso bigote.

Al día siguiente, cuando Amadeo hizo su acostumbrada visita á los Gerard, no se habló más que del convite de los señores de Roger, descrito por aquél con la elocuencia del que ha comido delicadamente por primera vez. Luisa, á tiempo de ponerse el sombrero y arrollar sus papeles de música para ir á dar



lecciones, se interesó mucho por la viudez é imponente belleza de Mme. Roger; la señora Gerard hubiera deseado saber cómo se confeccionaba el fiambre de volatería; el viejo grabador, siempre trabajando, escuchó con gusto las anécdotas militares del coronel, repetidas por Amadeo, y por último, la pequeña María exigió una descripción exacta del traje de las tres señoritas de Lantz y después hizo una mueca desdeñosa.

Veamos, Amadeo, – dijo bruscamente la joven mirándose al espejo del obrador manchado por las moscas, - respóndeme con franqueza... Esas señoritas ¿valen más que yo?

¡Hase visto la coqueta!, – exclamó riéndose el papa Gerard, sin levantar la cabeza de su plancha. – Esas preguntas no se hacen, señorita.

(Continuará)

NUESTROS GRABADOS

Pietá.-Cuadro de Arnaldo Bocklin.-Pocos asuntos religiosos han sido tan utilizados por los artistas como la escena en que la Virgen María aparece llorando sobre el cadáver de su adorado Hijo; y la verdad es que el inmenso dolor de la divina Madre se presta como ningún otro sentimiento para un cuadro dramático en que la realidad humana queda extraordinariamente realzada por la expresión del idealismo místico. Miguel Angel, en la época del Renacimiento, Rietschel y Dupré en los tiempos modernos supieron, al apoderarse de tan interesante motivo, apartarse del convencionalismo que ha presidido, por regla general, en las obras de arte del carácter de la que nos ocupa; pero aun comparado con los cuadros análogos de aquellos insignes maestros, resulta el de Bocklin impregnado de una originalidad y de un modernismo que le colocan entre los primeros de su género. Cierto que el artista se preocupó menos de reproducir el suceso histórico que de expresar el fondo de poesía en él encerrado; mas esto, lejos de resultar en mengua, redunda en beneficio del lienzo, gracias á la inspirada fantasía de su autor. Sobre el inanimado cuerpo yacente en marmórea sepultura circundada de flores, se ha arrojado María ocultando su cabeza entre sus vestiduras para no ver el cadáver que estrecha entre sus brazos: la naturaleza toda respira tristeza, la tierra no ostenta el más pequeño arbusto, la más humilde hierba, nada, en fin, que acuse el menor indicio de vida, y en el cielo amontónanse densas nubes cuya negrura es pálido reflejo del luto que invade el corazón de la Santísima Madre. Y sin embargo, Bocklin ha querido que en medio de tanta desolación brillara un rayo de luz, y para ello hace aparecer el ángel del Consuelo rodeado de querubines y tendiendo hacia María la mano que promete el bálsamo que ha de cicatrizar sus dolorosas heridas.

Pietá fué expuesto en la Exposición Universal de Viena de 1873, y llamó la atención, no sólo por las cualidades indicadas, sino también y muy especialmente por su notabilísimo colorido, por la verdad de los tonos y por la variedad de matices, cosa difícil de conseguir dentro de la monotonía del tinte obscuro, perdónesenos que así nos expresemos, que ofrece el conjunto del cuadro.

* * *

Retrato de Gevartius.—Copia del famoso cuadro de Van Dyck, existente en la Galería Nacional de Londres.—El catálogo de la Galería Nacional de Londres, en donde se conserva el cuadro que reproducimos, dice que el título que hoy lleva éste con ser el más conocido no es el verdadero; puesto que el retrato no es de Gevartius, sino de Cornelio van der Geest, hombre muy aficionado á las Bellas Artes y amigo íntimo de Rubens y de Van Dyck. Desde el punto de vista pictórico, se considera este retrato como uno de los mejores del mundo. «El color de la carne, dice Mr. Jameson, la delicadeza y expresión de todos los rasgos fisonómicos son la admiración y la desesperación de los modernos pintores.» West, el presidente de la Academia Real, copió el cuadro, y hasta el presente ninguno de los existentes en la Galería ha sido objeto de tanta predilección de parte de los estudiantes. El mismo Van Dyck lo consideraba como su obra maestra, y antes de conquistar su gran reputación lo llevó de corte en corte y de protector en protector para probar hasta dónde llegaba su genio como pintor retratista.

COMISION

PARA CELEBRAR EL CUARTO CENTENARIO DEL DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA

Por el interés que tiene para los artistas, copiamos el siguiente documento que apareció en la *Gaceta de Madrid* de 1.° de los corrientes.

«La comisión nombrada por el Gobierno para preparar las fiestas con que ha de celebrarse el cuarto centenario del descubrimiento de América, ha acordado en junta general lo siguiente:

Que se levante en Granada un monumento escultórico que perpetúe el recuerdo de las grandezas del año 1492, como el momento más glorioso de la nacionalidad española y principio de una nueva era en la historia del mundo, simbolizando especialmente los dos grandes acontecimientos de aquella época, á saber: la conquista de Granada y el descubrimiento de América.

Que se destinen á este fin 250.000 pesetas, y que para llevar á término el acuerdo se abra concurso entre artistas españoles. Quedan éstos en completa libertad para imaginar, combinar y trazar las estatuas, relieves y demás partes de solidez y ornato que constituyan la obra; debiendo presentar los modelos y proyectos en la Real Academia de San Fernando dentro del plazo de tres meses, contados desde la publicación en la *Gaceta* de la presente convocatoria.

El tamaño de los modelos será el del cuarto de la ejecución, sin que se admitan á otra escala.

Irán acompañados de una sucinta Memoria que dé idea clara y precisa del pensamiento y de sus medios de ejecución, y tanto las Memorias como los modelos y proyectos se presentarán firmados con los nombres de los autores; se permitirá, sin embargo, al que desee conservar el incógnito, firmarlos con un lema, acompañando un pliego lacrado que contenga el nombre del autor, en cuyo exterior aparezca el mismo lema.

Será el monumento en su parte escultórica de mármol del llamado de Rabaggione, y en la arquitectónica de mármol de Sierra Elvira ó de Macael. El pedestal ha de ser macizo y no chapeado.

La Real Academia de San Fernando escogerá y propondrá á la comisión, entre los modelos presentados, el que considere de mérito preferente y digno de ejecutarse, y el autor del modelo designado por la Academia tendrá la obligación de dejar su obra concluida antes del mes de octubre de 1892.

El coste total del monumento no podrá exceder de las doscientas cincuenta mil pesetas ofrecidas en la convocatoria, sin que se admita reclamación en contrario de ninguna clase ni bajo ningún concepto.

El pago se verificará en plazos, previa autorización por escrito de la Academia, á la cual queda confiada la inspección de la obra desde que empiece hasta que termine.

Una vez elegido por la Academia el proyecto que merezca su aprobación, quedarán los demás modelos, Memorias, planos y dibujos á disposición de sus autores, los cuales podrán recogerlos en el término de quince días, acudiendo para ello á la secretaría de la Academia, y entendiéndose que no obtendrán derecho á recompensa ni indemnización alguna.

La comisión destina asimismo otra suma de 250 000 pesetas á la construcción de un arco de triunfo en Barcelona, el cual constará de tres rompimientos ó huecos.

A este fin se abre concurso entre arquitectos españoles, los cuales deberán presentar en la Real Academia de San Fernando planos de los frentes del arco, una sección horizontal y otra vertical, y cuantos planos de detalle consideren necesarios. Los planos de conjunto se presentarán á la escala de cinco centímetros por metro; los de detalle á la de diez centímetros. Si lo estiman conveniente, podrán remitir modelos de sus proyectos.

Acompañarán á los proyectos Memorias descriptivas de los mismos y de los materiales que se proponen emplear los autores, los cuales no podrán ser otros que la piedra en la construcción del arco y el mármol llamado Rabaggione en la parte de escultura y adorno.

Los planos de proyecto deberán tener dibujada la escala consignando además por escrito su relación.

Queda al arbitrio del arquitecto el estilo, carácter y ornato del arco, siempre que conmemore dignamente la vuelta de Cristóbal Colón de su primer viaje y su entrada en la referida ciudad.

Los planos, dibujos y proyectos se presentarán en la referida Academia de San Fernando dentro del plazo de tres meses, contados desde la publicación en la *Gaceta* de la presente convocatoria.

La Academia elegirá el proyecto que le pareciere más digno de ser realizado, y su autor se obligará á construir el arco para antes del mes de octubre de 1892.

Intervendrá la referida Academia en la ejecución de los trabajos, á fin de que la obra no carezca de solidez, ni se desfigure en su carácter, ni se altere en sus dimensiones.

El coste total del monumento no podrá exceder de las doscientas cincuenta mil pesetas ofrecidas en la convocatoria, sin que se admita reclamación en contrario de ninguna clase y bajo ningún concepto.

El pago se verificará en plazos, previa autorización por escrito de la Academia.

Una vez elegido por la Academia el proyecto que merezca su aprobación, quedarán los demás modelos, Memorias, planos y dibujos á disposición de sus autores, los cuales podrán recogerlos en el término de quince días, acudiendo para ello á la secretaría de la Academia, y entendiéndose que no tendrán derecho á recompensa ni indemnización alguna.

Siendo probable que sobre la cantidad de 250.000 pesetas que dará el Gobierno por medio de la comisión, el patriotismo y la generosidad del Municipio de Barcelona y de otras corporaciones y personas notables de Cataluña suministren mayor suma para el mismo objeto, el artista lo tendrá en cuenta, á fin de que su proyecto se preste á contener estatuas, relieves y otros ricos ornatos que den á la obra mayor valor y realce. Una vez que la comisión tenga noticia oficial de la cuantía de los donativos, la pondrá inmediatamente en conocimiento del público.

Los artistas que pudieran tomar parte en la obra á consecuencia del aumento de la suma ofrecida por la comisión, deberán subordinar sus trabajos á las dimensiones y al pensamiento del arquitecto autor del proyecto. Cualquiera duda ó dificultad que se suscite con este motivo en todo tiempo, será resuelta en definitiva por la Real Academia de San Fernando.

Los Municipios de Granada y Barcelona, de acuerdo con las Academias locales de Bellas Artes, designarán el sitio en donde hayan de levantarse los dos referidos monumentos.

Madrid 24 de julio de 1890. – El duque de Veraguas. – Juan Valera. – Juan F. Riaño.

ADVERTENCIA

Siendo en gran número los trabajos literarios que recibimos para la ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA y en la imposibilidad de contestar á todos los que con ellos nos favorecen, debemos advertir que sólo contestaremos á los autores de los artículos que aceptemos para insertarlos en este periódico.

No se devuelven los originales.

CASA PENSIÓN PARA PERROS


Llegada de los «educandos»


En la enfermería


Recreo é instrucción


En la sala de baños


En la peluquería


En la sastrería

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustracion Artística

Año IX — Barcelona 11 de agosto de 1890 — Núm. 450

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



EN EL PALCO, cuadro de Pedro Saenz, grabado por Sadurní

SUMARIO

Texto. – *A tal amo tal criado*, por Julio Monreal. – *El arte del actor* (conclusión), escrito por Coquelín, traducido por F. Moreno Godino. – *La labor científica*, por U. González Serrano. – Sección americana: *El Demonio de los Andes*. Tradiciones históricas sobre el conquistador Francisco de Carbajal, por Ricardo Palma. – Sección científica: *La exposición de la cría de la infancia*, por F. Landrín. – *Nuevos penny-box*. – *Fotografías instantáneas*, de *La Nature*. – *Toda una juventud* (continuación), por Francisco Copée. – *Nuestros grabados*. – Noticias varias.

Grabados. – *En el palco*, cuadro de Pedro Saenz, grabado por Sadurní. – *Coquelín*, en *La mujer de Sócrates*; Paulino Ménier, en *El correo de Lión*; Coquelín (el menor), en *La esfinge*; Coquelín (el menor), en el papel de Pierrot; Coquelín, en *Los Rantzau*; Coquelín, en *La aventurera*, por Friant; Coquelín, en *Los importunos*. – *Ultimos momentos de Iván el Terrible*, cuadro de C. I. Makowski. – *Buzo de playa* (estatua en mármol), por Mariano Benlliure y Gil, Exposición Nacional de Bellas Artes, 1890. – Seis grabados que representan multitud de *cunas* y *andaderas*, usadas en diferentes países desde los tiempos más remotos hasta nuestros días, en la forma siguiente: Fig. 1. Cunas de las Landas y de Finisterre. – Fig. 2. Cunas de Jura, de Argelia y de Cantal. – Fig. 3. Cunas de Auvernia, Tonquín y Morbihán. – Fig. 4. Torniquete. – Fig. 5. Andaderas de la Exposicion de la cría de la infancia. – Fig. 6. Deslizadora. – Saltador, facsímile de una fotografía instantánea de M. G. Beteaux. – Bañistas arrojándose al agua, facsímile de una fotografía instantánea de los Sres. Otto y Jaulín. – *El día del barniz*, dibujo de Marold.

A TAL AMO TAL CRIADO

Fueron nuestros antepasados, en anteriores siglos, amigos de la ostentación y las ceremonias, basadas principalmente en la diferencia de clases, alcurnias y linajes, entonces por nadie combatida ni puesta en duda; de suerte que el hidalgo, el caballero y el gran señor debían rodearse de aparato y solemnidad que á todos, y en todo tiempo y lugar, dijeran é hiciesen saber quién era cada cual.

Una de las cosas en que más cuidado se puso para que tal ostentación saltase desde luego á la vista fué el número, especie y categoría de los criados de uno y otro sexo que en las casas prestaban su servicio á las gentes de calidad, y cuanto ésta era mayor, más grande había de ser también el séquito y diversidad de los servidores.

Hasta el hidalgo pelón y el enhambrecido cataribera habían de tener á su servicio, fuera como fuese, criados que les diesen autoridad, mal que pesase á su penuria y estrechez, y antes faltaría un mendrugo á sus panzas al trote, y camisa á los almidonados cuellos y vueltas en pena, que asomaban por el degollado y puños de las ropillas, que un paje de *ración* y *quitación* que les siguiese *como contera* (1) por las calles y plazas de la corte.

En las casas de los magnates el servicio era ostentoso, repartiéndose entre criados de diversa categoría y nombre, cada uno de los que tenía asignada su tarea particular, y no se allanaría á hacer la correspondiente á otro así le aspasen, pues ellos también poseían á su vez su puntillo ceremonioso.

¿Qué casa de gran señor podía haber sin *mayordomo*, *secretario*, *maestresala*, *despensero*, *veedor*, *caballerizo* y *camarero*, amén de los *escuderos*, *gentiles-hombres*, *lacayos* y *pajes*?

Cuidaba el mayordomo de la administración y parte económica de la casa de sus señores; el secretario era la mano derecha ó, si se quiere, la pluma en ristre del que á su servicio le tenía: cuidaba el despensero de los bastimentos, y hacían los de los grandes señores esto tan en provecho propio, que á tales despensas solían ir algunos á surtirse de las sobras, que con abundancia preparaban ellos, por más que el veedor inspeccionase sus operaciones. El caballerizo tenía á su cuidado las cuadras y guadarnés, y el camarero debía de cuidar del aposento y aun de la persona de su amo, ayudado de los *pajes de cámara*, que le vestían y desnudaban y le servían la comida en su aposento, á cuyas puertas la dejaban los *pajes de sala*, á quienes no era permitido entrar en aquél cuando allí se hallaba su señor.

Uno de los cargos especiales que en las grandes casas había era el de *maestresala*.

Era el jefe y maestro de los pajes, con mero y mixto imperio sobre ellos, pudiendo hasta hacerles azotar, cuando sus travesurillas lo requerían.

Enseñábales todo el ceremonial de reverencias y genuflexiones, harto frecuentes, y el modo y forma de acompañar al señor en casa y en la calle.

Pero el cargo más importante del maestresala estaba cifrado en trinchar en la mesa, habiendo alguno muy perito en el *Arte cisoria* que dejó escrita el célebre marqués de Villena.

Debía dirigir con esmero las complicadas ceremonias que, sobre todo en los banquetes que el magnate daba, había que cumplir.

Cuando se traía la cena para el señor, iban delante dos pajes con hachas encendidas, como si acompañasen un cuerpo de santo.

Dábase el caso de querer beber el grande, y entonces un paje y un gentil-hombre tomaban cada uno un candelero de sobre la mesa, y alzaban las velas encendidas durante el tiempo que la libación duraba, mientras que todos los criados que presentes se hallaban hacían una profunda reverencia, estándose doblados en aquella forma hasta que su señor apagaba la sed; operación reiterada cuantas veces bebía, y habíalos muy grandes mosquitos.

Hoy, mudadas las costumbres, apenas comprendemos esta engorrosa etiqueta; pero quien de lo dicho y de otras muchas y muy menudas cosas quiera enterarse, no tiene más que leer á D. Miguel de Yelgo, que para tales casos escribió con toda formalidad su libro titulado *Estilo de servir á príncipes*, y sabido es que con este pomposo título se designaba entonces, no sólo á los que lo eran de sangre real, sino á los grandes y altos señores.

Si una dama ó un caballero salían de casa, no podían hacerlo solos y á sus anchas cuando iban de paseo ó visitas, y ya lo hiciesen á pie, ya á caballo, en coche ó fuesen las damas en silla de manos, el séquito de servidores era indispensable, so pena de desdorarse, y las calles y paseos de la corte y de las ciudades se veían á cada paso ocupados por aquellos ceremoniosos grupos.

En la comedia de Lope *Santiago el Verde* habla Lisardo de haber visto á cierto caballero, y para demostrar que no era un cualquiera, sino persona de cuenta, dice:

Dos lacayos, cuatro pajes
Le acompañaban; llegué
Y al uno le pregunté,
Viéndoles en buenos trajes,
Con el sombrero en la mano:
«¿Quién es ese caballero?»
Y él me dijo: «Un forastero.»

(Act. III., esc. XIII.)

En la novela *Ardid de la pobreza*, escrita por don Andrés de Prado, se habla de cierto caballero del hábito de Santiago, llamado D. Francisco de Chaves, que se hallaba en Zaragoza, de paso para Pamplona, adonde iba á hacer las pruebas del hábito para otro caballero navarro, llamado D. Rodrigo Arbizu, y añade: «A éste (á Chaves) vió nuestro Vireno, *con grande acompañamiento de pajes*, salir de Nuestra Señora del Pilar.»

Cuando las damas iban en silla de manos se hacían preceder de un servidor, llamado gentil-hombre (ahora sólo existen en Palacio), y los otros y los escuderos y pajes seguían á los lados y detrás del ostentoso vehículo, y si era de noche alumbrábanle con hachas.

Ridiculizando Quevedo esta vana ostentación femenil de las hachas y excesivo acompañamiento de servidores, decía:

Ya llegó á tabernáculo la silla,
Y cristalina el hábito profana
De la custodia, y temo que mañana
Añadirá á *las hachas* campanilla.
Al trono en correones, las banderas
Ceden en hacer gente, pues que *toda*
La juventud ocupan en hileras.

Así fué que el rey hubo de tomar cartas en el asunto, limitando aquel desatentado lujo, mandando «que ninguna mujer, de cualquier estado ó condición que sea, pueda acompañarse con más de cuatro escuderos ó gentiles-hombres, ni con título de criados, ni parientes, á pié ó á caballo, en cualquier manera que las susodichas salgan, en *coche*, *silla* ó en otra forma.» Ponía la ley como pena á los acompañantes dos años de presidio, adonde serían conducidos y en el que estarían mantenidos á costa de las acompañadas, y á ellas multa de 60.000 maravedíes.» (Felipe IV, en Madrid, febrero de 1634.)

El mismo rey por otra pragmática (de 10 febrero de 1623) ordenó «que ninguna persona pueda *tener ni traer*, entre gentiles-hombres, pajes y lacayos, más de *diez y ocho* personas, en que entrarán los oficios mayores de la casa, como *mayordomos*, *caballerizos*, etcétera.»

Como la vanidad necesitaba satisfacerse, la mujer que no podía sostener la ostentación de varios criados, hacía que uno sirviese para diversos menesteres, y ya ejercía de portero de casa, ya de gentil-hombre precediendo en calle á la silla, ya llamándose despensero dentro del domicilio.

Alarcón en *¿Quién engaña más á quién?* alude á una de estas damas, de las que dice que

Su *poco* de gentil-hombre
Era jayán de la *puerta*,
De la silla *precursor*
Y Judas de la *despensa*.

(Act. I., esc. IX.)

En las gentes de calidad era necesario ese entono; por eso cuando Sanchica, por ver á su padre hecho un gobernador, pedía al paje de la Duquesa que la llevase á las ancas de su rocín, se excusaba el burlón jovenzuelo diciéndole: «Las hijas de los gobernadores no han de ir solas por los caminos, sino acompañadas de carrozas y literas y de *gran número de sirvientes*.» (Parte II., cap. LI.)

Cuando las damas iban á pie por la calle, usábase que un escudero las llevase de la mano y ésta envuelta en la capa.

No se usaba entonces que nadie, ni aun los padres y maridos, diese el brazo á la mujer; y por eso cuando en el teatro vemos en comedias de esa época hacerlo así, tenemos que convenir en que los que dirigen la escena ignoran los usos de la época.

Una prueba de la costumbre de llevar de la mano se halla en *La tía fingida* de Cervantes, en que hablando de doña Claudia, dice: «De la mano izquierda la traía un escudero de los del tiempo de Fernán González.»

Y en un libro, zaherido precisamente por Cervantes, en *La pícara Justina*, ésta dice: «El obispo (un estudiante vestido á lo ridículo) me *escudereaba* y llevaba de la mano al carro, etc. (Libro I., cap. II.)

Solía tenerse á los criados *á ración y quitación*, esto es, dándoles cierta cantidad diaria para que ellos por cuenta propia comiesen; á esto se llamaba *ración*: era la *quitación* otra cantidad que en dinero se les daba, no muy crecida, siendo entonces toda retribución exigua y nada sobrada.

Diez y seis reales de salario al mes y catorce cuartos diarios de ración pedía una criada á un caballero en aquel siglo XVII; bien que el mismo no quería recibirla con esas condiciones, porque decía que con tan poco, por fuerza había de ser ladrona y *comerle la mitad de su comida*. (Zabaleta, *Día de fiesta por la tarde*. – El Estrado.)

El pícaro Estebanillo González decía: «Al segundo día que estuve en ella (en la corte) me acomodé por paje de un pretendiente, tan cargado de pretensiones, como ligero de libranzas. Dábame *diez cuartos* de ración y quitación, los cuales gastaba en almorzar cada mañana, y lo demás del día estaba á diente, como haca de buhonero.» (Cap. IV.)

En la comedia de Solís, dice la criada Juana al escudero Ortuño:

......hablemos claro,
Señor mío, usarcé tiene
De ración catorce cuartos
y un pan, y de *quitación*
Lo que le sisa á su amo.

(Jor. III.)

De aquí puede deducirse también la venerable antigüedad de la sisa doméstica.

Estas y otras máculas sospechaba en los criados Onofre, el protagonista de la novela de Francisco Santos *Día y noche de Madrid*, cuando hablando de las galas de una de aquéllas dice á Juanillo: «Mira tú todo esto cómo se sustentará con *quince reales de salario*: no guían ellas el agua á su molino con los quince del salario. (Discurso III.)

Mucho más pudiera hablarse de lo especial del servicio en España en aquel tiempo si tratase de la clase de las *dueñas*, venerable gremio de sabandijas que por sí solo necesita capítulo aparte, y si había de decir algo de los esclavos y esclavas, que también los había en Castilla, y no sólo negros sino blancos, herrados en el rostro, es decir, marcados con un hierro candente con una S y un clavo, jeroglífico de *S-clavo*, como pudiera señalarse una res.

Lope de Vega hizo argumento esta costumbre de su comedia *La esclava de su galán*. Pero todo esto nos llevaría más lejos de donde hoy podemos ir.

Julio Monreal

(1) Dice el lacayo Caramanchel á Don Gil de las Calzas Verdes, en la comedia de este título, escrita por Tirso de Molina:

........Oye, hidalgo,
Eso de ¡hola! al que á la cola
Como contera te siga,
Y á las doce sólo diga:
«Olla, olla» y no «¡hola, hola!»

(Act. I., esc. II.)

EL ARTE DEL ACTOR, ESCRITO POR COQUELIN

(Conclusión)

X

Ya se conocerá que todo este estudio dimana en definitiva del axioma que he sentado al principio, cual es: que en el cómico el *uno* debe ser el maestro y señor del *dos*. El que *ve* debe gobernar lo más absolutamente posible al que *ejecuta*.

Esto, que siempre es verdadero, lo es sobre todo en la representación.

En otros términos: el actor siempre debe ser dueño de sí mismo, hasta en los momentos en que el público, influído por su acción, le supone más fuera de sí; debe *ver* lo que hace, juzgarse y dominarse, y no experimentar ni sombra de los sentimientos que expresa, al mismo tiempo que los expresa con la mayor verdad y energía.

No repetiré lo que sobre este particular he dicho en el *Arte del cómico*, pero lo confirmo.

Coquelín, en *La mujer de Sócrates*

Estudiad vuestro papel, entrad en la piel de vuestro personaje, pero al entrar en ella no abdiquéis de vuestra personalidad: conservad la dirección. Que vuestro *dos* ría ó llore, que se exalte hasta la locura, que sufra hasta la muerte; pero bajo la vigilancia del *uno* siempre impasible, y en los límites que ha deliberado y se ha prescrito de antemano.

La expresión debe encontrarse de una vez para siempre, y en vosotros está el arreglarla de modo que podáis recobrarla idéntica donde y cuando queráis, El cómico no debe nunca *embalarse*. Es falso y ridículo suponer que el colmo del arte sea para el actor olvidarse de que está delante del público. Si os identificáis con vuestro papel hasta el punto de deciros, mirando á los espectadores, «¿qué gentes son esas?» y de no saber dónde os halláis, no seréis un actor, sino un loco.



Paulino Ménier, en *El Correo de Lión*

Y loco peligroso. ¿Qué efecto produciría Harpagón saltando de la escena para coger por el cuello á los profesores de la orquesta y pedirles su tesoro?

El arte, lo repito, no es identificación, sino *representación*.

El famoso axioma «si quieres hacerme llorar, llora tú mismo» no es aplicable al cómico. Si realmente llorara, es probable que hiciera reir, porque el dolor suele expresarse con extrañas muecas. Comprendo que un joven, un primerizo se olvide y se *embale*, inquieto de su propia suerte; las emociones que tiene el encargo de expresar pueden confundirse con la expresión personal que experimenta: esto me ha sucedido á mí, como á todo el mundo, y lo recuerdo sin disgusto, porque entonces tenía diez y siete años. Representaba yo por primera vez ante el público, y representaba *¡Pobre Santiago!* Pobre Santiago es un desgraciado músico que se vuelve loco á consecuencia de un amor contrariado (véase cómo mi gusto hacia los papeles dramáticos me ha corrompido desde temprano). Yo me ahogaba de emoción; sin embargo representaba. Hice llorar mucho, y... me encontraba mal en el teatro... Es una historia de bisoño. Si ahora me sucediera una cosa semejante me creería deshonrado: un cómico de experiencia debe estar al abrigo de esos accidentes.

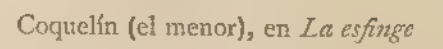
Ya sé que artistas eminentes rechazan esta teoría, y me acuerdo de una palabra preciosa y encantadora, dicha por una joven inglesa, de sentido artístico y delicado, á Mme. Ristori. Esta sostenía que el actor sólo puede expresar bien lo que siente realmente.

– Sin embargo, señora, – le dijo miss T***. – ¿Cuándo os moris?

Evidentemente Mme. Ristori no moría en realidad: hacía como si se muriera, y lo hacía muy bien, porque había estudiado, compuesto, fijado y arreglado de antemano su muerte, que repetía á maravilla, conservando su cabeza viviente y firme.

El que es dueño de sí mismo puede permitirse de vez en cuando algunos ensayos delante del público, porque sabe que aunque se abandone algo, se reaccionará. El peligro consiste, para el que no se domina á sí propio, en que puede perder la cabeza y no recobrarla en el resto de la representación. Y lo más terrible es que los actores que no se dominan son precisamente los que vacilan siempre. Como nada tienen preparado, buscan sin cesar y de ello se vanaglorían: un día oí decir de Worms: «no tengo gusto en verle, porque sé de antemano todo lo que hará»; pero por lo menos se sabe que todo lo que hará será bueno, y esto ya es algo. ¿Da mayor gusto el ver á un actor de quien no se sabe si va á hacer alguna locura? Esto me recuerda á aquel inglés que seguía de población en población á Batty el domador, con la esperanza de verle devorado por sus leones. A mí me parece que el gusto en el teatro es de otra naturaleza.





Coquelín (el menor), en *La esfinge*

XI

Por lo que se ve, yo exijo mucho al cómico. Sería cuestión delicada examinar si le es necesaria gran inteligencia: hay en ello su pro y su contra.

He conocido excelentes actores que fuera de su arte pasaban, no sin razón, por tener mediana inteligencia.

Porque en definitiva, *fuera de su arte* no es indispensable la inteligencia al actor.

No sé dónde he leído que de toda la poesía francesa, Corot sólo conocía el *Poliuto*, y esto sin haber acabado de leerle, lo cual no le impedía ser un adorable poeta... en la pintura.

Lo mismo sucede con el actor; puede no ser entendido en pintura, en música ni en poesía, y ser, sin embargo, un cómico notable, y hasta un cómico poético; le basta ser inteligente en su arte, que es cosa muy distinta de todo eso.

No obstante, han cometido una gran sinrazón los que han querido rebajar la inteligencia especial del actor, porque no son cosas despreciables las facultades, merced á las que aquél consigue atraer y conmover al público; y que no se me objete con la parte que de ello corresponde á los autores: no la desconozco, pero suplico que se recuerde el poco efecto que producen las cosas más bellas mal representadas. ¡Cuántos rasgos admirables han hecho reir, por ser mal dichos! Por último, – para sacar partido, á mi vez, de una objeción que ha poco me hacía á mí mismo, – hay cómicos que tienen tal fuerza de caracterización, que sacan las figuras más extraordinarias, vivientes y verdaderas, de papeles convencionales faltos de observación y de grandeza. ¿De cuántos dramas no se ha dicho «¡qué obra tan mediana, pero cuán admirable está en ella Federico!» ¡Y á cuántas pobres tragedias ha transmitido Talma su genio, su alma; y faltando él, han caído aquéllas en lo que eran en realidad: en la nada!

XII

Esta creación de tipos vivientes hace del arte dramático el arte humano por excelencia, y del teatro el solaz más buscado, el que conmueve más poderosamente á las multitudes, el que ofrece á los delicados los más exquisitos goces.

Así debe ser, á mi modo de ver, el *arte*: mezcla de la expresión de la verdad, del perfume de la poesía, del presentimiento de lo ideal; y he aquí por qué me parece un error el naturalismo en el teatro.

Coquelin (el menor), en el papel de Pierrot

Además, al público no le gusta y siempre rechazará la realidad cruda, violenta, la fealdad obscena; hasta en los personajes malvados ó viles, el público exige un rayo de arte.

Paulino Ménier, en su Choppard, parecía espantable de realismo crapuloso; pero tenía no sé qué enfática altanería que reahabilitaba al personaje al decir: *Pues bien, sea: tomad mi cabeza; ¡famoso regalo el que os hago al entregárosla!* ¡Esto era un desafío á la muerte; era la risa, era el rayo!...

Así como no quiero que so pretexto de lo pintoresco el actor se separe de la verdad, tampoco admito que bajo el pretexto de la verdad se caiga en lo banal ó en lo horrible.

Estoy por la naturaleza y contra el naturalismo.

¡Lo natural en el arte! ¡Cuántas cosas podrían decirse sobre este capítulo, que se entiende diferentemente, según los tiempos y países.

Cuando Garrick vino á Francia admiró mucho á nuestros actores, pero no los halló bastante naturales. Se dirá que era porque él representaba la tragedia. Mas al presentarse Talma introdujo el natural en la tragedia, y á esto debió sus éxitos y su influencia.

¿Era su naturalidad la de Garrick? No lo sé, porque el genio de las dos razas es demasiado diferente; la afición á la originalidad es demasiado viva entre nuestros vecinos para que permanezcan siempre en el justo medio, y en todo caso, nosotros somos los que viendo á Irving no le hallamos bastante cerca de la naturaleza.

La verdad es que la suya no corresponde á la nuestra. Tendríamos también que hacer reservas en cuanto á la naturalidad de los alemanes, excesivamente lacrimosa y que se parece, con sus afectaciones filosóficas, á lo que era la naturalidad de Diderot y de la escuela sensible de fines del siglo pasado.

Sabido es que estos últimos eran innovadores. Su estilo, que nos parece tan lejos de la verdad, le introdujeron ellos en el teatro en nombre de la naturaleza, y en nombre de la naturaleza también levantaron su estandarte esos románticos, hoy día pasados y declarados viejos por su grandilocuencia y trágicas actitudes.

Pretendieron éstos sustituir la tragedia con el drama verdaderamente humano, mezclado de risas y lágrimas, y nos dieron *Antony, La torre de Nesle, Lucrecia Borgia;* y con la misma intención, el barón Taylor, colaborando con el delicioso Nodier, hizo representar *Melmoth, El hombre errante, Los vampiros, Vergüenza y remordimientos, Amor y frivolidad*, etc., etc. Evidentemente este humanismo no era el de Voltaire.

Y los actores, al advenimiento de estos autores, no encontraron ya á Talma bastante natural, é inventaron el hablar como se habla, de manera que no se oiga al actor, sentándose éste y volviendo frecuentemente la espalda al público, diciendo los versos de *Atalia* como se dice: *Buenos días. ¿Cómo estáis? – Sí, ¡Dios mío!*, – decía Abner entre dientes: - *Vengo á adorar al Eterno en su templo, así, así, con el bastón en la mano. A celebrar con vosotros, entre amigos, por supuesto, el famoso día en que sobre el Monte Sinaí, si no me engaño, nos fué dada la ley... ¡Diantre! ¡Cuánto han cambiado los tiempos!...* etc., etc.

Y de este modo se lisonjeaban de introducir la naturalidad en Racine. En desquite, cuando estaban en su terreno, es decir, en el drama, el énfasis recobraba sus derechos. No era, sin duda, el monótono *run-run* trágico, pero sí un sublime traqueteo, efectos triviales cortados por coplas de desenfrenado lirismo, de antítesis sin cuento. No decían: *¿Cómo estáis?*, sino: *Dame la mano para que yo la estreche entre las mías.* De esta suerte, todo lo convertían en profundo; todo era fatal desde el tupé hasta las botas. Era el tiempo del *penacho*, – los naturalistas del día, la escuela de Coupeau, le han sustituído voluntariamente con el *plumero.*

XIII

Perdóneseme la insistencia, pero el asunto lo merece.

Aunque no creo en el arte fuera de la naturaleza, tampoco quiero en el teatro la naturaleza sin el arte.

Todo debe originarse en *lo verdadero;* todo debe propender á *lo ideal.*

La misma comedia, esta buena muchacha tan positiva, ¿no sirve también para esclarecer el ideal marcando nuestros defectos y vicios al resplandor de su alegría? Si se limitara á reproducirlos brutalmente, en su fea desnudez, sin contrastes, sin talento, sin gracia, ¿haría reir ni sería comedia?

El terror, la compasión, son recursos del arte; pero no el horror y lo repugnante.

El teatro es la escuela de las costumbres; no debe ser la escuela de medicina.

Además, la exhibición de la realidad pura es imposible en el teatro. Si lo verdadero puede en alguna parte no ser verosímil, es sin duda allí, alumbrado por esa luz que surge de abajo en vez de descender de lo alto; en esa especie de aparato de aumento que cambia las proporciones de los hombres, de las cosas y del tiempo.

Sólo una vez he hecho naturalismo, sin quererlo; y sin embargo, me remuerde de ello la conciencia.

Estaba de expedición; había pasado la noche en ferrocarril, me sentía cansado al representar el Aníbal del *Aventurero.* Sabido es que al fin del acto segundo, Aníbal, á quien Fabricio hace beber para sonsacarle, se emborracha y luego se duerme. Representé la borrachera como de costumbre, ni más ni menos; pero cuando estuve dormido, me pareció tan dulce la cosa que imitaba, y tenía tanto sueño, que me dejé inducir inconscientemente durmiéndome de veras en la escena delante del público, y hasta me sucedió, *proh pudor!*, que llegué á roncar. Esto no era la consigna, pero el público que me oyó supuso que estaba en el papel y que hacía un efecto. Algunos se rieron y otros encontraron la cosa de un gusto dudoso, y no faltó quien dijera que yo roncaba sin verdad, sin gracia, forzando la nota. – ¡Verdaderamente, aquello no era natural!

¡Ay! Yo era indiferente al aplauso y á la censura; creo que ni un silbato me hubiera despertado, y cuando se bajó el telón á mis compañeros les costó no poco trabajo volverme á la realidad. Por lo demás, este sueñecito me hizo gran bien y terminé el papel acertadamente.

Esta falta pudo acabar mal. Verdad es que á tener que despertarme antes de terminarse el acto, yo no me hubiera dejado vencer del sueño. Mi abandono provino de que sabía que nada tenía que hacer antes de caer el telón. En vez de fingir el sueño, me dormí realmente, y, con rubor lo confieso, caí de bruces en el naturalismo. Y sin embargo, de las faltas hay que sacar lecciones. – Hubo espectadores que encontraron mal fingido aquel sueño, pareciéndoles inverosímil. Esta es la historia, tantas veces ratificada, del titiritero y del campesino. El titiritero imita el gruñido del cochinillo y le aplauden; el campesino, que ha apostado á que él gruñiría tan bien como el otro y que debajo de la capa oculta un verdadero lechoncillo, pellizca á la sordina al animal, gruñe éste, y es silbado. Esto consiste en que el suceso ocurría en un escenario y en que el punto de vista es diferente, según se mire desde la calle ó desde los asientos del teatro. ¡Qué queréis!: el lechón gruñó indudablemente muy bien, pero gruñó sin arte.

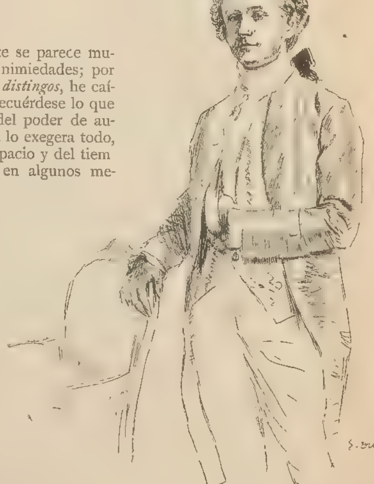
Y he aquí el error del naturalismo: pretender siempre hacer gruñir á los lechones.

¿Lo diré?—De este error participan también los cómicos que pretenden que no se expresa bien lo que no se siente; y á éstos debe acusárseles de naturalismo; porque si lloran para hacer llorar, la lógica exigirá que se achispen para representar el borracho, y para representar perfectamente el asesino deben hacerse sugerir por cualquiera hipnotizador la idea de dar de puñaladas á su compañero, ó en caso de necesidad al apuntador.

Esto sin contar el riesgo de parecer falsos representando. ¿Es preciso citar todavía una anécdota? Pues la tomo de M. Brander Mathews, y el héroe es M. Edwin Booth.

Representaba una noche *El Rey se divierte (The fool's revenge).* Este papel era uno de sus favoritos, le gustaba mucho. Se esmeró este día aun más que de costumbre, y la fuerza de las situaciones, lo patético del lenguaje, influyeron tanto en él, que se identificó completamente con su personaje: lágrimas verdaderas corrieron de sus ojos, la emoción le ahogó la voz, sofocáronle verdaderos sollozos, y le pareció que nunca había representado mejor. Sin embargo, al terminar el drama vió venir á su hija, que era su más seguro crítico y que había asistido á la representación, preguntándole inquieta qué le había pasado y á qué se debía que hubiese desempeñado tan mal su papel aquella noche.

Lo cuál es una preciosa confirmación de la famosa y á mi entender verdadera paradoja de Diderot: que para conmover no es necesario conmoverse, y que el cómico debe, en toda circunstancia, permanecer dueño absoluto de sí mismo y no dejar nada al azar.



XIV

Disertar sobre el arte se parece muchas veces á hablar de nimiedades; por eso, á pesar de todos mis *distingos*, he caído en ese defecto; pero recuérdese lo que he dicho antes acerca del poder de aumento de la escena. Esta lo exagera todo, modifica las leyes del espacio y del tiempo, encierra los lugares en algunos metros cuadrados y los minutos parecen horas.

Lo que en la lectura parece un hilo, en el teatro se hace un cable; por lo tanto no temo insistir en los distingos.

Hay naturalidades diferentes, repetiré una vez más. Natural no significa uniforme. Dos individuos pueden ser muy desemejantes en la manifestación de sus sentimientos, y ser igualmente sinceros y naturales.

El natural del Me-

diodía y el natural del Norte son cosas diversas, y es preciso hacer resaltar sus divergencias.

Añadiré que la crítica debe tenerlas en cuenta al juzgar á los actores. Dos cómicos de igual mérito pueden, según su temparamento, reproducir aspectos diferentes de la naturaleza. A la primera ojeada puede notarse en el modo de representar de artistas muy grandes un no sé qué de excesivo, de exagerado, que parece, desde el punto de vista de la naturalidad, ponerles en estado de inferiosidad si se les compara con otros artistas secundarios. Pero esto no es más que una apariencia. Ellos prestan á sus creaciones su propia grandeza: ni más ni menos.

Son naturales como el águila en vez de serlo como la gallina.

Pero séase águila ó gallina, nunca se está sobre las leyes generales del arte. La verdad, la proporción, la armonía se ha hecho para todo el mundo.

Una observación todavía, con la que quisiera terminar y que exige algún desenvolvimiento para ser bien comprendida.

Del mismo modo que no se representa el drama como la comedia, no se debe representar á Moliére como á Beaumarchais, ni á Augier como á Meilhac. Cada autor tiene su naturaleza particular, que se revela en su obra y que el actor debe reflejar, porque no es solamente intérprete de un autor. Pensad en Dumas hijo, y creo que sentiréis que lo que consigno es exacto. ¿No es verdad que los personajes creados por este autor son una especie de misioneros encargados de inculcar en el público las ideas del maestro y de llevar á cabo conversiones? Y siendo así, ¿podéis representar semejantes papeles como representaríais, por ejemplo, los del otro Dumas? Estos no tienden á demostrar nada concreto, y hacen en tren rápido su camino, impetuosos y abundosos, unas veces renqueando y otras haciendo piruetas, siempre á flor de tierra y sin más cuidado que el de divertir al mundo y abrirse paso. El uno hace novela hasta en sus obras teatrales, sirviéndose para esto de la historia; el otro presenta teorías y para ello se sirve de la realidad. ¡Qué talento el de los dos!; pero ¡qué diferencia entre la verbosidad universal del uno y la ironía reconcentrada del otro y de aquella ligereza gascona á esta aspereza parisiense! Las palabras del padre son latigazos, las del hijo balas.

El actor debe tener esto muy en cuenta si no quiere representar *Mademoiselle de Belle-isle* como el *Demi-monde*, á Richelieu como á Olivier de Jolín.

Ambos son personajes muy diferentes, que sienten como la imaginación que los ha engendrado, como sienten también los más modestos de Labiche y de Scribe. De esa imaginación generadora conservan el *acento*, esta cosa inexplicable que hace que cualquiera que sea la edad, sexo, ó carácter, la Conebière aparezca armoniosa en los labios de todos los marselleses.

El actor debe tener este acento, que es el del autor, y en él consiste el profundizar en su personaje lo suficiente para encontrarle. Es otra colaboración más íntima, más profunda todavía que la á que se entrega al buscar el personaje é infundirle su vida

No hablemos de los trágicos, y no porque nada tenga que decir sobre este punto; por el contrario, yo desearía que los representasen como hombres de su época. Si representáis á Corneille, no os preocupéis de *humanizarle* ni tampoco de *romanizarle*. Representadle con brío, como él le concebía, como español del siglo XVII, como Normando, es decir, casi gascón, así caballero como abogado, como francés de principios de ese *gran siglo*, que quizá sólo es grande por su principio: época hermosa, en la que se conspiraba como Cinna con Montmorency, ó de Thon, en la que se hacía política como Flaminius ó Severo con Retz ó Richelieu, y en la que se galanteaba con los Emilios de la Fronda; en una palabra, dad á Corneille el acento corneliano. Es un lírico, pues abrid las alas. Pero para Racine, en quien veo igual genio, plegadlas. La estatura humana ha disminuído: y estáis en el tiempo de Luis XIV; pero lo que se ha perdido en altura se ha ganado en cortesía: hay buen tono, pero sobriedad; más disertación que elocuencia, más alegría que lirismo, nada de efectos de relumbrón. Racine propende más á encantar que á desvanecer. Racine, el más femenino de nuestros autores, quiere ser juzgado con discreción y delicadeza: la misma Rojana, la misma Fedra deben guardar ante los ojos la medida que él les ha dejado en su estilo; por esto triunfaba la Raquel.



Coquelín, en *Los Rantzau*

¿Tenéis que representar á Moliére? Pues tomad su amplitud, su admirable precisión, tan poco cuidadosa de los deslumbramientos del espíritu, y tan atenta, por el contrario, á los grandes rasgos francos de verdad. Tomad su alegría, que revelaba tan bien el estado natural de su alma, que se desbordaba más especialmente en sus últimas obras, y esa risa que no hicieron desaparecer enfermedades ni disgustos y á la que no se mezcla ninguna amargura misantrópica. Hablad con la nobleza que conviene á esta hermosa lengua cómica, la más hermosa del teatro.

Podéis ser más libres con Regnard, que reemplaza frecuentemente la observación con la fantasía; pero sed todo alegría y no temáis descomponer algo esta verbosidad abundosa, pero descuidada, ligera y por demás atrevida.

Beaumarchais no es así. Nada de savia que se desprenda involuntariamente de un alma naturalmente alegre. Talento, talento de combate, puntilloso, provocativo, del que el autor posee tanto como da á sus personajes: este burro enalbardado de Brid'oison tiene talento. Aplomo, audacia: he aquí lo que se ha de ver cuando se interpreta á Beaumarchais.



Coquelín, en *La Aventurera*, por Friant

Marivaux suple con la gracia la falta de talento; sin embargo, es más verdadero de lo que se cree; y en él, la expresión, demasiado alambicada, perjudica á su observación, siempre justa. Por esto lo cómico de sus criados, que es algo fuerte, me parece casi siempre natural y en carácter. Es preciso no forzar esta nota cómica, porque resultaría un desentono; pero es necesario representarla muy francamente; contraste útil con la preciosidad delicada de todo lo demás y con la pesadez de que podría está adolecer á la larga. Senderos son estos sembrados de rosas... en los cuales es fuerza no dejar adormecerse al espectador.

Augier es, sin duda alguna, entre nuestros contemporáneos el que más se aproxima á Moliére, aun cuando tiene el acento moderno y aunque su *Leona pobre* y *Giboyer* sean figuras las más significativas de nuestro tiempo. En el tejido de su trama hay la precisión del maestro. Es aficionado como él á lo jurídico. Su lengua, menos rica que la de su modelo, tiene fuertes vigores y bellas sonoridades, especialmente en la prosa: hay que representarle con amplitud, porque pertenece al gran repertorio.

Meilhac y Gondinet son finos observadores que voluntariamente permanecen fantasistas, y se presentan en la superficie con imaginaciones encantadoras que tienen por lastre una buena dosis de verdad; mas, en ciertos toques demuestran dichos autores que conocen cosas superiores tan bien como cualquiera. Sólo que en Gondinet estos rasgos no respiran hiel; Meilhac, por el contrario, los aguza, los envenena y los lanza á lo vivo. Sus fantasías no pueden representarse de la misma manera. Los dos buscan la frivolidad, buena muchacha para el uno, niña terrible para el otro. Gondinet es alegre sin amargura, puede extralimitarse hasta hacerse pesado, pero siempre conserva un fondo de buen sentido. Meilhac es impertinente, burlón; no piensa en el efecto, pero lo saca con destreza envuelto en una carcajada. Su alegría, muy velada, puede caer en lo incomprensible; al representarle, salvad este escollo por medio de la desenvoltura.

Halevy es también delicado, pero menos rebuscado: en todo lo que escribe sólo se siente la vibración del corazón y se adivina que con ser de los que no se engañan, no quiere figurar entre esos aficionados que prefieren á una virtud sólida un vicio lindamente tejido ó una rara monstruosidad.

Espiritual como Meilhac, Paillerón tiene, como Halevy, una fibra de sentimiento, que á fuerza de arte, talento y sentimiento, parece natural en él. No debe representarse á Paillerón con solemnidad, sino deliberada, libre, alegremente, muy á la francesa.

Teuillet exige más nervios: es teórico como Dumas, pero romántico y fatal; tiene distinción, aire de hombre de mundo y un poco de romanticismo: en sus héroes hay todavía algo de Lara, pero son católicos, y hasta en el crimen respetan las conveniencias... Por mi parte, confieso que me entusiasma... Es el autor que mezcla más ideal en sus obras.

Scribe, en cambio, es el que menos idealiza: no hay inconveniente en interpretarle con la familiaridad que se encuentra en sus produciones No habla un lenguaje que moleste al que ha de interpretar sus creaciones. Por lo demás, sería un hombre hábil, un autor imcomparable, si no se hubiese presentado Sardou, el Proteo del teatro, tan rápido en concebir, tan fecundo, diestro hasta tocar al genio, inventor extraordinario, diseñador sin igual, que hace acudir á sus cuadros á todos los espíritus de la escena y de la fantasía, Aristófanes, Shakspeare, Hoffmann; que sabe tejer y destejerlo todo, y pasar sin esfuerzo del drama heroico á la comedia de magia y de la comedia social al *vaudeville*. Se le debe representar tal como él lee, porque es un lector maravilloso; se le debe interpretar tal como él indica en los ensayos, multiplicándose, haciendo todos los papeles y haciéndolos á la perfección.

No digo cómo debe representarse á Musset; pues, á Dios gracias, todo el mundo recuerda todavía las creaciones de Delaunay.

Este ha marcado el teatro con su sello especial, y durante mucho tiempo


Coquelín, el menor

habrá que preguntarse si Musset es posible sin tal actor. Nadie demuestra mejor que él la verdad de lo que en este momento intento probar: que cada autor exige, hasta cierto punto, cualidades en sus intérpretes. Todas las dotes necesarias para representar el poeta del *Chandelier* ó de *No hay chanzas con el amor*, Delaunay las poseía hasta un extremo ideal. El era mussético, como otros son shaksperianos; pero era algo más que esto, pues adornábanle otras cualidades que le permitían representar el Horacio de *La Escuela de las mujeres*, ó el Dorante del *Embustero* de muy distinto modo que el Fortunio ó el Perdican. No *mussetizaba* á Moliére. Ciertos actores no tienen esta amplitud, y así como los hay que sólo sirven para un papel, los hay también que sólo sirven para un actor.

Hugo debe ser representado líricamente, porque ante todo es lírico y trata líricamente las situaciones más dramáticas que ha creado, hasta el punto de que algunas sólo parecen pretextos de magníficos desenvolvimientos poéticos. Nadie imprime como él su personalidad en sus personajes. ¿Qué es D. César de Ruy-Blas? Un fantasista lírico... No me ha sido posible sentirle de otro modo, lo confieso, y no he podido representarle de otra manera. En este sentido, ya lo he dicho, Víctor Hugo no me parece estar á la altura de Moliére ó de Shakspeare, cuyos personajes no sienten al autor, sino á la humanidad. Mas no debe deducirse de esto que yo me coloco entre los detractores del maestro, y que porque le coloque en el teatro por bajo á Shakspeare ó Moliére, le suponga inferior en poesía á Lamartine ó Musset. Inferior á sus dos rivales dramáticos, Hugo es superior á todos como poeta. No conozco ningún poeta antiguo á moderno de que Hugo no tenga algún rasgo sobrepujándole frecuentemente: en él hay algo de Homero, Píndaro, Anacreonte, Horacio, Lucrecio, Juvenal, Agripa de Aubigné, Ronsard, Régnier, Chenier. Tiene el aliento inmenso de esas epopeyas de la India, empapadas de panteísmo, y la heroica y ruda sencillez de los romanceros de la Edad media. Es el poeta milagro.

Se dirá que me contradigo, por lo menos respecto á Moliére y á Shakspeare, cuando por una parte consigno que no se les encuentra jamás en sus obras, y por otra invito á buscarles en ellas para interpretarlos de cierta manera. La contradicción es más aparente que real. Los personajes creados por esos grandes hombres viven una vida propia é independiente: Shakspeare y Moliére no se traslucen ni se reproducen en sus creaciones. Sus personajes son hombres que conocemos, que encontraremos á lo mejor en la calle; pero aunque les encontremos, ¿confundiremos los hombres de Shakspeare con los de Moliére? No; sabremos advertir la diferencia y restituir á uno y á otro los tipos que les pertenecen de derecho.


Coquelín, en *Los importunos*

Y es que en la mirada que echan sobre la humanidad, esos genios escogen sus figuras según cierto impulso que resulta de su propia manera de ser. Moliére se inclina al tipo amplio, franco y seguro; Shakspeare al tipo exorbitante, apasionado y tumultuoso. No solamente escogen sus figuras, sino que escogen también entre los mil rasgos por los que el hombre se revela los que les parecen más característicos, colorando la expresión á su modo. Disponen de la facultad de crear hombres, y también de la no menos maravillosa de crear el espacio en donde les hacen vivir y la atmósfera que llena este espacio y la luz que baña esta atmósfera. He aquí lo que les es peculiar: esta elección de tipos, esta facilidad de expresiones, esta diversidad de color y de medio ambiente; todo esto, en fin, que conforme con la intimidad de sus genios constituye su estilo, su manera: por este lado se refleja su personalidad. El fondo es universal, la forma es exclusivamente suya.

En el humilde círculo de su acción, el actor debe realizar algo semejante. Puede marcar con su sello los papeles que interpreta; pero este sello debe fundirse también en la realidad del personaje, que sólo se haga sensible al espectador por la reflexión y por la comparación.

Es necesario que viéndole representar, el espectador le olvide y no vea más que á su personaje. Será excelente y dará prueba de su superiodad, cuando al leer la obra ó viéndola representada por otro actor, el espectador le recuerde, diciéndose: «En este papel no hay otro como fulano.»

¿Quién sabe? Quizá porque Shakspeare y Moliére han pertenecido á nuestro arte, han sabido en este punto desterrar el *yo* de su teatro, marcado no obstante tan profundamente con el sello de su genio.

Estudiémosles, pues, sin cesar nosotros, humildes criaturas; y además, para comprobar y completar, no nos cansemos, como no se cansaron ellos, de mirar en la naturaleza la eterna, la *divina comedia*.

TRADUCIDO POR FLORENCIO MORENO GODINO

LA LABOR CIENTÍFICA

El trabajo intelectual requiere medios y condiciones exteriores, que todo el mundo puede señalar, pero exige además que el pensador cuente con el factor del tiempo y dentro de él fije su posición y punto de mira.

Ya decía Schopenhauer que de las tres dimensiones del tiempo, el presente es resultado necesario del pasado y que ambos constituyen *caput mortuum*, de los cuales únicamente se puede educir y sacar enseñanza para lo porvenir, si es cierto, como parece, que en el orden fisiológico, lo mismo que en el mental, se *vive de la muerte*, según afirma C. Bernard.

Y en este sentido, bien vale consignar que el pasado y el presente pueden servir de enseñanza y guía á la filosofía y á la ciencia, determinando el carácter general que por ley del tiempo se impone á la labor del pensamiento. Viene la información sistemática de la ciencia (quizá no se exagera si se añade que la ordenación consiguiente de conducta y vida) oscilando indefinidamente entre extremos contrarios, la afirmación escueta de los hechos que se observan ó la especulación abstracta sobre las ideas, posiciones ambas cerradas, dogmáticas y que no se dan á partido.

El dogmatismo empírico, que acumula hechos y no puede construir la ciencia, ni preparar concepción general del mundo y de la realidad, olvidando que el experimentador que no sabe lo que busca no comprende lo que encuentra, y el dogmatismo idealista que construye *a priori* y concibe abstractamente fórmulas y simbolismos, sin penetrar en lo instable de la realidad y de la vida, son baluartes acribillados recíprocamente el uno por los disparos del otro, que presuntuosamente aspiran á cerrar las cien puertas de Tebas; que tal es y debe ser la realidad para el conocimiento.

En medio de la lucha viva y despiadada entre ambos dogmatismos, queda cantidad excesiva de energías en una indiferencia cómoda, ateniéndose al resultado práctico, al razonar de bajo vuelo, y encerrándose en un escepticismo, que es señal de muerte del pensamiento, tanto para la ciencia como para la filosofía. De estas energías, las que se mueven é interesan algo por el desarrollo del pensamiento se acogen (quizá algo influídas por la moda) al positivismo, especie de criticismo abortado, que circunscribe su misión al ejercicio mental bajo supuestos que no examina – (positivismo práctico ó realismo de las ciencias particulares).

Ni puede ni debe darse por resuelto, sin más, el problema fundamental de la realidad del conocimiento, base de toda ciencia y de toda filosofía y superiormente de una vida racional. Antes bien, importa pensar si es problema que aun en los términos magistralmente puestos para su tiempo – en que lo formulara Kant, es problema aún por resolver é interesa tanto más, cuanto que todo problema bien puesto se halla en parte ya resuelto, con solución positiva ó con solución negativa – (cuadratura del círculo y movimiento continuo).

En tal punto, ofrece el factor del tiempo, por efecto de la complexión del problema mismo, enseñanza que conviene recoger, y es: la de que en medio de la enemiga de ambos bandos militantes queda zona neutral, quizá inexplorada como incógnita que se puede ir gradualmente despejando á medida que se ahonda en el estudio y la *crítica* del conocimiento mismo. Desde luego, como lo hace notar un pensador moderno (A. FOUILLÉE), comentando símil ya indicado por Hartmann, vale consignar que «los idealistas y los materialistas se parecen á »los trabajadores que se esfuerzan en horadar una montaña y que comienzan su »obra por lados opuestos, como los franceses é italianos al horadar el Mont-Ce»nis. Los unos parten de la conciencia, los otros de la naturaleza; los más van »del interior al exterior, los otros del exterior al interior; si trabajan según el »verdadero método, deben encontrarse ó al menos acercarse indefinidamente.»

Fuera empresa relativamente fácil señalar coincidencias parciales, anuncio seguro de la más completa que se ha de efectuar entre ambas direcciones; de lo cual se infiere necesariamente, sin recurrir á eclecticismos ni componendas, que la labor del pensamiento requiere hoy, principalmente, huir de todo dogmatismo cerrado, dejar abierta la indagación á los resultados siempre nuevos que aporta la inagotable riqueza de la experiencia y ahondar en la *crítica* del pensamiento y de su ejercicio, si se ha de conseguir en su día legitimar los éxitos que obtenga.

Empeño en su fondo y en su punto de mira bien modesto el del *criticismo*, es sin embargo el que se ofrece impuesto por ley del tiempo y el que se presenta como el único camino fecundo, que huye de las luchas de güelfos y gibelinos para consagrar la impersonalidad de la verdad científica y lo perdurable de sus intereses.

El dogmatismo es el orgullo científico en obra que debe ser ante todo impersonal, el escepticismo es la falsa humildad que se coloca en posición que él mismo niega, mientras que el criticismo es la ley de los tiempos y el carácter fundamental de toda labor científica.

U. GONZÁLEZ SERRANO

SECCION AMERICANA

EL DEMONIO DE LOS ANDES

TRADICIONES HISTORICAS SOBRE EL CONQUISTADOR FRANCISCO DE CARBAJAL

POR RICARDO PALMA

NOTICIAS HISTÓRICAS SOBRE EL MAESTRE DE CAMPO FRANCISCO DE CARBAJAL

Arévalo, pequeña ciudad de Castilla la Vieja, dió cuna al soldado que por su indómita bravura, por sus dotes militares, por sus hazañas que rayan en lo fantástico, por su rara fortuna en los combates y por su carácter sarcástico y cruel fué conocido en los primeros tiempos del coloniaje con el nombre de *Demonio de los Andes*.

Francisco de Carbajal, después de haber militado cerca de treinta años en Europa, servido á las órdenes del Gran Capitán Gonzalo de Córdova y encontrádose con el grado de alférez en las famosas batallas de Ravena y Pavía, vino al Perú á prestar con su espada poderoso auxilio al marqués D. Francisco Pizarro. Grandes mercedes obtuvo de éste, y en breve se halló el aventurero Carbajal poseedor de pingüe fortuna.

¿Quiénes fueron sus padres? ¿Fué hijo de ganancia ó fruto de honrado matrimonio? La historia guarda sobre estos puntos profundo silencio, si bien libro hemos leído en que se afirma que fué hijo natural del terrible César Borgia, duque de Valentinois.

Después del trágico fin que tuvo en Lima el audaz conquistador del Perú, Carbajal combatió tenazmente la facción del joven Almagro. En la sangrienta batalla de Chupas, y cuando la victoria se pronunciaba por los almagristas, Francisco de Carbajal, que mandaba un tercio de la alebronada infantería real, exclamó, arrojando el yelmo y la coraza y adelantándose á su soldados: – «Mengua y baldón para el que retroceda! ¡Yo soy un blanco doble mejor que vosotros para el enemigo!» – La tropa siguió entusiasmada el ejemplo de su corpulento y obeso capitán, y se apoderó de la artillería de Almagro. Los historiadores convienen en que este acto de heroico arrojo decidió de la batalla.

Vinieron los días en que el Apóstol de la Indias Bartolomé de Las Casas alcanzó de Carlos V las tan combatidas ordenanzas en favor de los indios, y cuya ejecución fué encomendada al hombre menos á propósito para implantar reformas. Nos referimos al primer virrey del Perú, Blasco Núñez de Vela. Sabido es que la falta de tino del comisionado exaltó los intereses que la reforma hería, dando pábulo á la gran rebelión de Gonzalo Pizarro.

Carbajal, que presentía el desarrollo de los sucesos, se apresuró á realizar su fortuna para regresar á España. La fatalidad hizo que por entonces no hubiese lista nave alguna capaz de emprender tan arriesgada como larga travesía. Las cualidades dominantes en el alma de nuestro héroe eran la gratitud y la lealtad. Muchos vínculos lo unían á los Pizarros, y ellos lo forzaron á representar el segundo papel en las filas rebeldes.

Gonzalo Pizarro, que estimó siempre en mucho el valor y la experiencia del veterano, lo hizo en el acto reconocer del ejército en el carácter de maestre de campo

Carbajal, que no era tan sólo un soldado valeroso, sino hombre conocedor de la política, dió por entonces á Gonzalo el consejo más oportuno para su comprometida situación: «Pues las cosas os suceden prósperamente (le escribió), apoderaos una vez del gobierno, y después se hará lo que convenga. No habiéndonos dado Dios la facultad de adivinar, el verdadero modo de acertar es hacer buen corazón y aparejarse para lo que suceda; que las cosas grandes no se emprenden sin gran peligro. Lo mejor es fiar vuestra justificación á las lanzas y arcabuces, pues habéis ido demasiado lejos para esperar favor de la corona.»

Pero la educación de Gonzalo y sus hábitos de respeto al soberano ponían coto á su ambición, y nunca osó presentarse en abierta rebeldía contra el rey. Le asustaba el atrevido consejo de Carbajal. El maestre de campo era, políticamente hablando, un hombre que se anticipaba á su época y que presentía aquel evangelio del siglo XIX: «A una revolución vencida se la llama motín: á un motín triunfante se le llama revolución: el éxito dicta el nombre.»

No es nuestro propósito historiar esa larga y fatigosa campaña que, con la muerte del virrey en la batalla de Yñaquito el 18 de Enero de 1546 entregó el país, aunque por poco tiempo, al dominio del *muy magnífico* señor D. Gonzalo Pizarro. Los grandes servicios de Carbajal en esa campaña los compendiamos en las siguientes líneas de un historiador:

«El octogenario guerrero exterminó ó aterró á los realistas del Sur. A la edad en que pocos hombres conservan el fuego de las pasiones y el vigor de los órganos, pasó sin descanso seis veces los Andes. De Quito á San Miguel, de Lima á Guamanga, de Guamanga á Lima, de Lucanas al Cuzco, del Collao á Arequipa y de Arequipa á Charcas. Comiendo y durmiendo sobre el caballo, fué insensible á los hielos de la puna, á la ardiente reverberación del sol en los arenales y á las privaciones y fatigas de las marchas forzadas. El vulgo supersticioso decía que Carbajal y su caballo andaban por los aires. Sólo así podían explicarse tan prodigiosa actividad.»

Después de la victoria de Yñaquito el poder de Gonzalo parecía indestructible. Todo conspiraba para que el victorioso gobernador independizase el Perú. Su tentador *Demonio de los Andes* le escribía desde Andahuailas excitándolo á coronarse. «Debéis declararos rey de esta tierra conquistada por vuestras armas y las de vuestros hermanos. Harto mejores son vuestros títulos que el de los reyes de España. ¿En qué cláusula de su testamento les legó Adán el Imperio de los incas? No os intimidéis porque hablillas vulgares os acusen de deslealtad. Ninguno que llegó á ser rey tuvo jamás el nombre de traidor. Los gobiernos que creó la fuerza, el tiempo los hace legítimos. Reinad y seréis honrado. De cualquier modo, rey sois de hecho y debéis morir reinando. Francia y Roma os ampararán si tenéis voluntad y maña para saber captaros su protección. Contad conmigo en vida y en muerte, y cuando todo turbio corra, tan buen palmo de pescuezo tengo yo para la horca como cualquier otro hijo de vecino.»

Pero estaba escrito que no era Pizarro el escogido por Dios para crear la nacionalidad peruana. Coronándose, habría creado intereses especiales en el país, y los hombres habrían hecho su destino solidario con el del monarca. Por eso, al arribo del licenciado Gasca con amplios poderes de Felipe II para proceder en las cosas de América y prodigar indultos, honores y mercedes, empezó la traición á dar amarguísimos frutos en las filas de Gonzalo. Sus amigos se desbandaban para engrosar el campo del licenciado. Sólo la severidad de Carbajal podía mantener á raya á los traidores. Tan grande era el terror que inspiraba el nombre del veterano, que en cierta ocasión dijo Pizarro á Pedro Paniagua, emisario de Gasca:

– Esperad á que venga el maestre de campo Carbajal y le veréis y conoceréis.

– Eso es, señor, lo que no quiero esperar, contestó el emisario; que al maestre yo lo doy por visto y conocido.

En Lima estaba en ebullición la rebeldía contra Pizarro. El pueblo que, en cabildo abierto lo había aclamado libertador, que lo llamó el *muy magnífico* y que lo obligó á continuar en el cargo de gobernador, ya que él desdeñaba el trono con que le brindaran, ese mismo pueblo le negaba un año después el contingente de sus simpatías. ¡Triste, tristísima cosa es el amor popular!

Forzado se vió Gonzalo para no sucumbir en Lima á retirarse al Sur y presentar la batalla de Huarina. No excedía de quinientos el número de leales que lo acompañaban. Diego Centeno al mando de mil doscientos hombres atacó la reducida hueste revolucionaria; mas la habilidad estratégica y el heroico valor del anciano maestre de campo alcanzaron para tan desesperada causa la última de sus victorias.

La gran figura del vencedor de Huarina tiene su lado horriblemente sombrío: la crueldad. Difícilmente daba cuartel á los rendidos, y más de trescientas ejecuciones realizó con los desertores ó sospechosos de traición.

Cuéntase que en el Cuzco doña María Calderón, esposa de un capitán de las tropas de Centeno, se permitía con mujeril indiscreción tratar á Gonzalo de tirano, y repetía en público que el rey no tardaría en triunfar de los rebeldes.

– Comadrita, la dijo Carbajal en tres distintas ocasiones, tráguese usted las palabras: porque si no contiene su maldita sin hueso la hago matar, como hay Dios, sin que le valga el parentesco espiritual que conmigo tiene.

Luego que vió la inutilidad de la tercera monición se presentó el maestre en casa de la señora, diciéndola:

– Sepa usted, señora comadre, que vengo á darle garrote; y después de haber expuesto el cadáver en una ventana, exclamó: – ¡Cuerpo de tal, comadre cotorrita, que si usted no escarmienta de esta, yo no sé lo que me haga!

Por fin, el 9 de Abril de 1548 se empeñó la batalla de Saxsahuamán. Pizarro, temiendo que la impetuosidad de Carbajal le fuese funesta, dió el segundo lugar al infame Cepeda, resignándose el maestre á pelear como simple soldado. Apenas rotos los fuegos, se pasaron al campo de Gasca el segundo jefe Cepeda y el capitán Garcilaso de la Vega, padre del historiador. La traición fué contagiosa, y el licenciado Gasca, sin más armas que su breviario y su consejo de capellanes, conquistó en Saxsahuamán laureles baratos y sin sangre. No fueron el valor ni la ciencia militar, sino la ingratitud y la felonía los que vencieron al generoso hermano del marqués Pizarro.

Cuando vió Carbajal la traidora deserción de sus compañeros, puso una pierna sobre el arzón y empezó á cantar el villancico que tan popular se ha hecho después:

> Los mis cabellicos, maire,
> Uno á uno se los llevó el aire;
> ¡Ay pobrecicos
> Los mis cabellicos!

Caído el caballo que montaba, se halló el maestre rodeado de enemigos resueltos á darle muerte; mas lo salvó la oportuna intervención de Centeno. Algunos historiadores dicen que el prisionero le preguntó:

– ¿Quién es vuesamerced que tanta gracia me hace?

– ¿No me conoce vuesamerced?, contestó el otro con afabilidad. Soy Diego Centeno.

– ¡Por mi santo patrón!, replicó el veterano, aludiendo á la retirada de Charcas y á la batalla de Huarina, como siempre vi á vuesamerced de espaldas, no le conocí viéndole la cara.

Gonzalo Pizarro y Francisco de Carbajal fueron inmediatamente juzgados y puestos en capilla. Sobre el gobernador, en su condición de caballero, recayó la pena de decapitación. El maestre, que era plebeyo, debía ser arrastrado y descuartizado. Al leerle la sentencia contestó: «Basta con matarme.»

Acercósele entonces un capitán, al que en una ocasión quiso D. Francisco hacer ahorcar por sospecharlo traidor:

– Aunque vuesamerced pretendió hacerme finado, holgaréme hoy con servirle en lo que ofrecérsele pudiera.

– Cuando le quise ahorcar podía hacerlo, y si no lo ahorqué fué porque nunca gusté de matar hombres tan ruines.

Un soldado que había sido asistente del maestre, pero que se había pasado al enemigo, le dijo llorando:

—¡Mi capitán, pluguiera á Dios que dejasen á vuesamerced con vida y me mataran á mí! Si vuesamerced se huyera cuando yo me huí, no se viera hoy como se ve.

– Hermano Pedro de Tapia, le contestó Carbajal con su acostumbrado sarcasmo, pues que éramos tan grandes amigos, ¿por qué pecasteis contra la amistad y no me disteis aviso para que nos huyéramos juntos?

Un mercader que se quejaba de haber sido arruinado por D. Francisco, empezó á insultarlo:

– ¿Y de qué suma le soy deudor?

– Bien montará á veinte mil ducados.

Carbajal se desciñó con toda flema la vaina de la espada (pues la hoja la había entregado á Pedro Valdivia al rendírsele prisionero) y alargándola al mercader le dijo:

– Pues hermanito, tome á cuenta esta vaina, y no me venga con más cobranzas; que yo no recuerdo en mi ánima tener otra deuda que cinco maravedises á una bruja bodegonera de Sevilla, y si no se los pagué fué porque cristianaba el vino y me expuso á un ataque de cólicos y cámaras.

Cuando lo colocaron en un cesto arrastrado por dos mulas para sacarlo al suplicio, soltó una carcajada y se puso á cantar:

> ¡Qué fortuna!, niño en cuna;
> Viejo en cuna, ¡qué fortuna!



ULTIMOS MOMENTOS DE IVAN I...



TERRIBLE, CUADRO DE C. I. MAKOWSKI

EXPOSICION NACIONAL DE BELLAS ARTES, 1890.



BUZO DE PLAYA (estatua en mármol), de Mariano Benlliure y Gil.

Durante el trayecto, la muchedumbre quería arrebatar al condenado y hacerlo pedazos. Carbajal, haciendo ostentación de valor y sangre fría, dijo:

–¡Ea, señores, paso franco! No hay que arremolinarse y dejen hacer justicia.

Y en el momento en que el verdugo Juan Enríquez se preparaba á despachar á la víctima, ésta le dijo sonriendo: «Hermano Juan, trátame como de sastre á sastre.»

Carbajal fué ajusticiado en el mismo campo de batalla el 10 de Abril, ála edad de ochenta y cuatro años. Al día siguiente hizo Gasca su entrada triunfal en el Cuzco.

He aquí el retrato moral que un historiador hace del infortunado maestre:

«Entre los soldados del Nuevo Mundo, Carbajal fué sin duda el que poseyó más dotes militares. Estricto para mantener la disciplina, activo y perseverante, no conocía el peligro ni la fatiga, y eran tales la sagacidad y recursos que desplegaba en las expediciones, que el vulgo creía tuviese algún diablo familiar. Con carácter tan extraordinario, con fuerzas que le duraron mucho más de lo que comúnmente duran en los hombres, y con la fortuna de no haber asistido á más derrota que á la de Saxsahuamán en sesenta y cinco años que en Europa y América vivió llevando vida militar, no es extraño que se hayan referido de él cosas fabulosas, ni que sus soldados, considerándole como á un sér sobrenatural, lo llamasen el *Demonio de los Andes.* Tenía vena, si así puede llamarse, y daba suelta á su locuacidad en cualquiera ocasión. Miraba la vida como una comedia, aunque más de una vez hizo de ella una tragedia. Su ferocidad era proverbial; pero aun sus enemigos le reconocían una gran virtud: la fidelidad. Por eso no fué tolerante con la perfidia de los demás; por eso nunca manifestó compasión con los traidores. Esta constante lealtad, donde semejante virtud era tan rara, rodea de respeto la gran figura del maestre de campo Francisco de Carbajal.»

Pero no con el suplicio concluyó para Carbajal la venganza del poder real. Su solar ó casa en Lima lo formaba el ángulo de las calles conocidas hoy con los nombres de la Pelota y de los Gallos. El terreno fué sembrado de sal, demolidas las paredes interiores, y en la esquina de la última se colocó una lápida de bronce con una inscripción de infamia para la memoria del propietario. A la calle se le dió el nombre de calle del *Mármol de Carbajal.*

Mas entre la soldadesca había dejado el maestre de campo muchos entusiastas apasionados, y tan luego como el licenciado Gasca regresó á España quitaron una noche el ignominioso mármol. La audiencia verificó algunas prisiones, aunque sin éxito, pues no alcanzó á descubrir á los ladrones.

Poco después aconteció en el Cuzco la famosa rebeldía del capitán don Francisco Girón, quien proclamando la misma causa vencida en Saxsahuamán, puso en peligro durante trece meses el poder de la Real Audiencia. Derrotado Girón, fué conducido prisionero á Lima y colocada su sangrienta cabeza en la plaza Mayor, en medio de dos postes en que estaban las de Gonzalo Pizarro y Francisco de Carbajal.

Cerca de sesenta años habían transcurrido desde el horrible drama de Saxsahuamán. Un descendiente de San Francisco de Borja, duque de Gandía, el virrey-poeta príncipe de Esquilache, gobernaba el Perú en nombre de Felipe III. No sabemos si cumpliendo órdenes regias ó bien por rodear de terroroso prestigio el principio monárquico, hizo que el 1.° de Enero de 1617, y con gran ceremonial, se colocase en el solar del maestre de campo la siguiente lápida:

REYNANDO LA MAG. DE PHILIPO III. N. S. AÑO D 1617 EL EXM.° SEÑOR D. FRAN CYSCO D BORJA PRINCIPE D ESQVILA CHE VIREY D ESTOS REYNOS MANDO RREEDIFICAR ESTE MARMOL QVE ES LA MEMORIA DEL CASTIGO QVE SE DIO A FRANCISCO DE CARBAJAL MAESSE DE CAMPO DE GONZALO PIZZARRO EN CUYA COMPANIA FVE ALEVE Y TRAIDOR A SV REY Y SENOR NATURAL CVYAS CASSAS SE DERRIVARON Y SENBRARON DE SAL. AÑO DE 1548. Y ESTE ES SV SOLAR

Esta lápida que nuestros lectores pueden examinar para convencerse de que al copiarla hemos cuidado de conservar hasta los errores ortográficos, se encuentra hoy incrustada en una de las paredes del salón de la Biblioteca Nacional. Pero algunos años después un deudo de Carbajal la hizo desaparecer de la esquina de la calle de los Gallos, hasta que un siglo más tarde, en 1645, fué restaurada por el virrey marqués de Mancera, como lo prueban las siguientes líneas que completan la del salón de la Biblioteca:

DESPUES RREYNANDO LA MAG. DE PHILIPO IIII. N. S. EL EXM° S. D. PEDRO D. TOLEDO Y LEYVA MARQVES D MANCERA VIRREY DE ESTOS RREINOS GENTIL HOMBRE DE SV CAMARA Y D SY CONSEJO D GUERRA ESTANDO ESTE MARMOL OTRA VES PERDIDO LE MANDO RRENOVAR. AÑO D 1645

Cuando el Perú conquistó su independencia, perdió su nombre la calle del Mármol de Carbajal. Los hijos de la república no podíamos, sin mengua, ser copartícipes de un ensañamiento que no se detuvo ante la santidad de la tumba.

Para que los lectores de esta sucinta biografía formen cabal concepto del hombre que, así en las horas de la prosperidad como en las del infortunio, fué leal y abnegado servidor del Muy Magnífico D. Gonzalo Pizarro, vamos á presentarles en una docena de tradiciones históricas cuanto de original y curioso conocemos sobre el carácter y acciones del popular *Demonio de los Andes.*

(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

LA EXPOSICIÓN DE LA CRÍA DE LA INFANCIA

CUNAS Y ANDADERAS

Cuando con la civilización apareció el lecho, la madre colocó junto á sí á su cría; pero luego quiso que ésta tuviera cama propia y la instaló al lado de la suya, naciendo entonces la cuna.

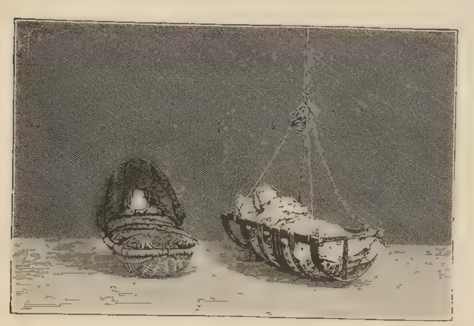


Fig. 1. - Cunas de las Landas y de Finisterre

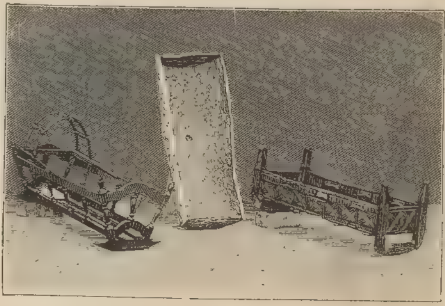


Fig. 2. - Cunas de Jura, de Argelia y de Cantal

Los griegos, que, al parecer, poco uso hicieron de ella, por lo menos en un principio, dábanle los nombres de *liknon y scaphe*: el primero significa propiamente harnero, y nada de extraño tiene que un niño pudiera ser mecido en una cesta de esa forma. En un bajo-relieve del Louvre se ve á un pequeño Baco acostado en un harnero que un sátiro y una bacante mueven mientras bailan.

El *scaphe* debió tener la forma de artesa ó de bote, muy parecida á la cual es la del escudo en que el Alcmenes de un idilio de Teócrito mece á sus hijos gemelos. Una verdadera artesa sirve de cuna á Rómulo y á Remo en una pintura que adornaba una cámara sepulcral del monte Esquilino, en Roma, y que hoy se encuentra en el Museo Kircher. Una piedra esculpida, probablemente un exvoto, descubierta en Nuits (Côte d'Or) y conservada en el Museo Beaune, representa una cuna romana en forma de cubeta redonda en su parte inferior. Un vaciado de esta pieza ha venido recientemente á enriquecer las colecciones formadas por Mme. Landrin.

En Francia, las cunas más antiguas que figuraron en los manuscritos de los siglos IX y X, parecen formadas de un simple tronco de árbol hueco: por varios agujeros practicados en los bordes se pasaban unas cintas que impedían que el niño cayese; la convexidad natural del tronco facilitaba la mecedura.

Este aparato se aligeró más para la comodidad de los padres, que por razones higiénicas y cuando se generalizó el gusto por el lujo construyéronse pequeñas camas tan elegantes como prácticas, convirtiéndose la cuna en una caja bastante larga, con más ó menos calados y adornos en los costados, que descansaba sobre dos pies semi-redondos que permiten al aparato oscilar fácilmente sobre su base.



Fig. 4. - Torniquete

En el siglo XV aparecen las cunas apartadas del suelo, suspendidas entre dos montantes y que se balancean, bien sobre anillas, bien sobre cilindros: frecuentemente empleados, aun en nuestros días, en el Poitou y en el Centro, eran obligatorios para los ricos, los nobles y los reyes, según lo indican algunos escritos de aquellos tiempos.

Mme. Landrin ha podido procurarse varias cunas de esta clase, unas muy bellas, esculpidas, llenas de adornos y ostentando los escudos de las familias, que eran guardadas por éstas como piezas históricas, curiosidades y objetos de arte, y otras más sencillas, que todavía se emplean en algunas comarcas (Auvernia). Una de estas últimas está completada por una especie de tejadillo fijado en la parte inferior, entre los montantes, con el objeto que es fácil adivinar.

Hasta el siglo XVI muy pocas son las cunas provistas de cortinas; bien es verdad que las camas de las personas mayores eran muy grandes y estaban casi siempre adornadas con holgados cortinajes al abrigo de los cuales era colocado durante la noche el niño, puesto que tales colgaduras abarcaban, á modo de tienda común, á toda una familia.

Cada siglo aporta algunos perfeccionamientos á la forma primitiva: después de la adopción de los pies redondos viene la prolongación de los montantes, que de esta suerte constituyen cuatro columnas que facilitan el transporte y la mecedura; más tarde se procura aligerar el aparato para hacerlo más movible, más elegante, más sano, y se comienza por calar las paredes de la cuna, que acaban por quedar reducidas á sencillas columnitas delicadamente torneadas y sostenidas por montantes esculpidos ó elegantemente encorvados. A fin de aguantar la cortina que, mal sostenida por los montantes, podía caer sobre la boca del niño y ahogarle, se fijaron en los costados algunos cercos que, para mejor comodidad, constituyeron un aparato independiente, á cual objeto se les mantuvo distantes unos de otros y unidos por pequeñas columnas, algo inclinadas hacia adelante la primera y la última para evitar que con el peso de la cortina se viniera todo abajo. En otros puntos varía la primera materia y aparece la cuna de mimbres, unas veces separada del suelo por cuatro pies de madera, otras, como en el país flamenco, cubierta de un entrelazado también de mimbres que proteja al niño contra los ataques de los animales. En suma, la cuna es objeto de una porción de perfeccionamientos que nos llevan á la cuna suspendida de hierro y malla y á la camita fija de nuestros días (fig. 1, 2 y 3).

Entre las extrañezas que se ven en la colección merecen ser citadas: la cuna usada en las montañas del Ariege, sencilla cesta oval con un asa en sentido de su longitud, que sostiene las cortinas y sirve para transportar el mueble; la de la Kabilia sumamente ligera, puesto que es de corcho; la del Tonquín, de listones de bambú, apenas cóncava y provista en sus extremidades de cuerdas de corteza que hacen las veces de asa, etc., etc.

Puede asimismo mencionarse como tipo curioso de cuna móvil el *benissou*, usado en el Mediodía, especie de cesto de mimbres prolongado, con ó sin capota: el niño, completamente fajado, permanece atado á la cuna por medio de tiras de lienzo á modo de cinchas, y cuando la madre quiere darle de mamar coge niño y cuna entre sus brazos y presenta su seno á su hijo, el cual no se mueve nunca del medio caliente en que vive envuelto, y se halla de esta suerte preservado de todo enfriamiento, por más que esto redunda en perjuicio de la limpieza.

Encontramos también en el Finisterre una cuna que durante la noche es suspendida delante del lecho, y de día se cuelga de una viga del techo; compónese únicamente de planchas de madera encorvadas y reunidas por dos montantes horizontales y paralelos, estando el apartado sostenido por dos cuerdas. Entre las cunas destinadas á reposar en el suelo, puede hacerse mención de la de Saint-Paul-de-León, cubierta con una bóveda de tablillas de madera, que defiende al niño contra las agresiones de los cerdos y otros animales; las bonitas cunas del Fenisterre, del Morbihán, de la Dordoña, de una de la Drome que data de 1815 y cuyas caras extremas forman una lira, y finalmente de las de pino, desmontables, que se emplean en Saboya y en los Alpes.

Pero el niño no duerme todo el día, y los quehaceres domésticos ú otros trabajos no permiten á menudo á la madre tenerle en brazos; de aquí que, especialmente en el campo, se haya buscado la manera de librarse de los pequeñuelos. Los sistemas inventados, más ó menos ingeniosos, pero por desgracia siempre poco higiénicos, pueden dividirse en dos grandes categorías: fijos y móviles. Los primeros no permiten al niño moverse; así en la Vienne, aun no hace cincuenta años, se suspendía al niño, como si fuera un paquete, pasándolo por debajo de los brazos un cinturón que se amarraba á un clavo fijado en la pared; así en el país vasco se le coloca todavía en un saco que se cuelga de dos clavos. En otras comarcas se utilizará un tronco de árbol hueco lleno de paja, en el que se meterá á la pobre criatura y al que se dará el nombre de *cabasse* en la Saintonge y *souco* en Vancluse. En Borgoña, en Normandía, el tronco está reemplazado por una especie de colmena vuelta hacia abajo ó por un tubo hecho con manojos de paja orlados con tiras de corteza de escaramujo. En el Centro una simple banasta que se cuelga de una rama cerca del sitio donde trabaja la madre, servirá al mismo objeto.



Fig. 3. - Cunas de Auvernia, Tonquín y Morbihán

La Turena posee el *caballete*, que en algo más que en el nombre se parece al famoso tormento de la misma denominación: su forma es la de un *caballete* de pintor, en donde el niño ocupa el lugar del cuadro, con los pies apoyados en un travesaño y la cabeza derecha, merced á la tracción de los andadores, estando, además, ceñido con correas que imposibilitan todo movimiento del tronco. Pues bien: todos estos instrumentos de tortura, en donde el infeliz chiquillo acaba por estar quieto, después de haber derramado no pocas lágrimas, no han desaparecido todavía y en más de una aldea se ha conservado religiosamente el uso de los mismos.

Los instrumentos de la segunda categoría, infinitamente menos bárbaros y algunos de ellos ingeniosos, podrían prestar buenos servicios si no adolecieran del grave defecto de hacer descansar todo el peso del cuerpo sobre unas piernas ó unos hombros demasiado débiles, á menos que se trate de niños de alguna edad. El más defectuoso es el de Cucurron (Vancluse), que consiste en una cuerda suspendida del techo sobre una mesa con la que se ata al niño, que por mucho que se mueva no puede caer.

Los torniquetes están dotados de movilidad y constituyen el más sencillo al par que el mejor auxiliar para el aprendizaje de la locomoción (fig. 4). Mada-



Fig. 5. – Andaderas de la Exposición de la cría de la infancia. – 1. Tronco de árbol hueco. – 2. Andadera de mimbres. 3. Caballete (Indre y Loire). – 4. Nasa (Borgoña). – 5. Andaderas de madera con ruedas

me Landrin reunió gran número de ellos, que sólo se diferenciaban por el sistema de suspensión. Los órganos esenciales de estos aparatos son: una percha fuerte que va del suelo al techo y provista, á la altura de un metro aproximadamente, de un travesaño horizontal, al que se ata al niño; la percha descansa en un fondo cóncavo, y en su extremo superior gira en una argolla de cuero viejo: á menudo el travesaño horizontal termina en una especie de boca, horca ó luneta, en donde se introduce el cuerpo de la criatura. Las andaderas, de uso muy generalizado, consisten en un simple tronco de cono ó de pirámide de madera ó de mimbres con ruedas, en el cual descansa el niño por los sobacos (fig. 5, núms. 2 y 5).

Citemos finalmente las *deslizadoras*, cuadros rectangulares sostenidos por cuatro pies de 45 centímetros de altura (fig. 6). Una luneta cuadrada se desliza por los brazos laterales del cuadro cuya mayor longitud recorre: el niño colocado de pie entre las bocas de la luneta, al llegar al extremo del aparato tiene que dar media vuelta para poder continuar su ejercicio.

Todos estos muebles tienen algo de conmovedor, y es: el haber sido inventados por padres y por ellos construídos. Cierto que tales inventos son en extremo

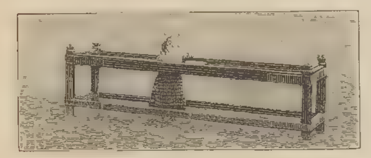


Fig. 6. – Deslizadora

rudimentarios, pero no todo el mundo tiene el genio de Edison.

El inventor del fonógrafo tenía á su servicio á un mulato y á una mulata; casólos, y cuando el matrimonio tuvo su primer hijo, el servicio comenzó á malearse: la madre, sobre todo, no consentía en separarse de su rorro: «Quiero poderlo mecer cuando llore,» decía, Edison, después de pensar tres días le dijo: «Ya he encontrado lo que deseáis: vuestro hijo será mecido cuando llore aunque vos estéis ausente.» Encima de la cuna colocó un pabellón fonográfico; cuando el chiquillo gritaba, el sonido hería el pabellón produciendo vibraciones que poniendo en acción un sistema en extremo sensible obraba sobre la cuna haciéndola oscilar. ¿No es conmovedora esa atención del gran inventor, buscando durante tres días, tiempo más precioso para él que para cualquier otro, la manera de evitar que el hijo de sus criados llorara en la cuna?

En resumen, de la exposición que hemos dado á conocer nace un pensamiento consolador: todo progresa y mejora; aquellos *buenos* tiempos viejos resultan tiempos *malos*. La infancia es más dichosa, y si no se la quiere más, por lo menos se la quiere de mejor manera. Poco á poco la ciencia y la higiene han acabado por triunfar de muchas y atroces costumbres, y es de esperar que no tardarán en caer en desuso las que subsisten, por desgracia, todavía.

F. LANDRIN

(De *La Nature*)

NUEVOS PENNY-BOX

Sabido es que los ingleses designan con el nombre de *penny-box*, caja de un penique, todo aparato mecánico gracias al cual y mediante la introducción previa de una pieza de diez céntimos pueden obtenerse una porción de cosas útiles ó á veces inútiles por completo. La *pennyboxomanía* ha tomado gran incremento en Inglaterra y no creemos sin interés señalar algunas formas nuevas de esta industria especial.

Los penny-box pueden ser clasificados en dos grupos: los que, á cambio de la moneda, dan alguna cosa tangible, y los que se limitan á proporcionar una mera indicación ó el goce momentáneo de un objeto. Los distribuidores automáticos del primer grupo existen casi todos en París.

Pero donde más ingenio se demuestra es indudablemente en los distribuidores que á cambio del penique no dan un objeto material.

Un ingenioso inventor ha perfeccionado el aparato dinamométrico con una halagadora promesa: una fuerza regular hace sonar un juego de campanas; *una gran fuerza restituye el dinero*. Pero, por desgracia, esto no pasa de una simple promesa, y los puños más vigorosos intentan en vano obtener del aparato esta restitución parcial, con gran provecho para el industrial ingenioso cuyo éxito nos tememos que ha de ser fugaz, porque los hombres fuertes son pocos y la mixtificación se hace sobrado evidente.

En un orden de ideas más serio y más práctico, la Exposición de Edimburgo presenta la *silla penny-box*, destinada á suprimir el servicio de cobradores é inspectores de locación de sillas en los paseos y sitios públicos. Esa silla, toda de hierro, tiene el asiento levantado como algunas butacas de teatro, pero en aquélla esa posición anormal que guarda cuando no se utiliza está mantenida por una cerradura cuya llave es la pieza de diez céntimos introducida en una caja colocada á un lado: entonces puede bajarse el asiento y sentarse en él, pero hay que tener mucho cuidado de no levantarse sin ejercer una presión con la mano, presión que mantiene el asiento en su sitio, si el que se levanta quiere volverse á sentar en seguida, pues un resorte que empuja el asiento lo cerraría de nuevo y habría que soltar otra moneda para disfrutar de la silla segunda vez.

Por último, en la estación de Charing-Cross, en Londres, hay un penny-box de un género especial, que será tanto más estimado cuanto más sea conocido. Se trata de un procedimiento de correspondencia entre personas que han de pasar por un mismo sitio á horas diferentes. El aparato que en tal sitio se encuentra, compónese de un cuadro con dos orificios destinados á recibir el indispensable penique, sobre cada uno de los cuales hay escritas las indicaciones necesarias. El primero de estos orificios es para recibir el penique que ha de poner á la disposición del cliente cierta parte de un rollo de papel en donde ha de escribirse la misiva, firmada generalmente con un nombre convencional. Transcurrido el tiempo necesario para escribir la carta, la pequeña abertura se cierra automáticamente, y es preciso echar otro penique si se quiere que un nuevo trozo de papel venga á ponerse á la disposición del que escribe. Todas las pequeñas correspondencias así escritas unas después de otras están ocultadas por dos cilindros que giran á la inversa cuando se introduce un penique en el otro orificio, permitido por espacio de dos minutos, para leer todos los mensajes escritos durante el día. Pasados dos minutos los cilindros se cierran y sólo vuelven á abrirse ante las apremiantes instancias de un penique.

Este medio de correspondencia, bien comprendido por determinado público y convenientemente distribuído por los puntos más frecuentados de una ciudad, podría prestar excelentes servicios, porque pone á la disposición de todos, á cualquier hora del día y de la noche, un medio rápido y seguro de cambio de comunicaciones que á menudo serían imposibles de otro modo.

Por esos ejemplos se ve que si la penny-boxomanía no es, casi siempre, más que cosa de diversión, puede, en algunos casos prestar verdaderos servicios, lo cual basta para justificar su desarrollo, quizás en apariencia excesivo.

***

FOTOGRAFIAS INSTANTÁNEAS

De las dos interesantes fotografías instantáneas que reproducimos, una de ellas, la fig. 1, es debida á M. G. Bertaux y representa á un joven saltando con los pies juntos por encima de un banco rústico sobre cuyo asiento estaba de pie. La prueba es curiosa por la actitud del saltador: las piernas están encogidas y los brazos se estiran formando un balancín que levanta el cuerpo; el sombrero proyectado al aire está separado de la cabeza.

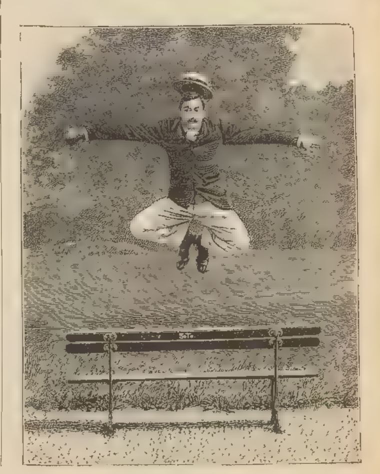


Fig. 1. – Saltador. – Facsímile de una fotografía instantánea de M. G. Beteaux

La otra, fig. 2, ha sido obtenida por M. Otto, de Marsella, en colaboración con M. Jaulin el hábil preparador de la facultad de Ciencias, y da la imagen de unos muchachos que van á tomar un baño frío en el puerto. La prueba es muy limpia y el conjunto de la composición resulta en extremo feliz.



Fig. 2. – Bañistas arrojándose al agua. – Facsímile de una fotografía instantánea de los Sres. Otto y Jaulin

Las fotografías de esta clase ofrecen siempre un interés real.

(De *La Nature*)

TODA UNA JUVENTUD

POR

FRANCISCO COPÉE

(CONTINUACIÓN)

Hubo una hilaridad general, pero Amadeo se ruborizó sin saber por qué. ¡Oh, no! Seguramente las tres señoritas de Lantz con sus faldas de merino saboyano y sus pañoletas de moaré no estaban tan lindas como María sencillamente vestida de cretona obscura. ¡Qué desarrollo, y cómo se hermoseaba de día en día! Parecíale á Amadeo que entonces la veía por la primera vez. ¿De dónde había sacado aquel talle flexible y redondo, aquella masa de cabellos finísimos que unía en una sola trenza encima de la cabeza, aquella tez de aurora, aquella boca sonriente y aquellos ojos que tenían la tierna suavidad de las florecillas?



La mamá Gerard, que risueña, como las demás, había regañado un poco á su hija por su vanidad femenina, volvió á hablar de Mauricio para mudar de conversación.

Amadeo no escaseó los elogios de su amigo. Contó que éste por ternura hacia su madre dominaba los fogosos ímpetus y resistía las ebulliciones de sangre militar que corría por sus venas. Además era la gracia misma. A los diez y ocho años hacía los honores de su casa y de su mesa con el desparpajo de un gran señor.

María escuchaba atentamente.

– Has prometido presentárnosle, Amadeo, – dijo la niña mimada con un acento seriecillo. – Me gustaría conocerle.

Amadeo renovó su promesa; pero al ir al Liceo por la tarde, recordó el incidente de la doncella de la señora Roger y el nombre de Zoé Mirliton pronunciado por Mauricio, y sintió escrúpulos, preguntándose si debía relacionar á su amigo con las jóvenes Gerard. Esta idea le inquietó y le entristeció en un principio, pero luego encontróla ridícula. ¿No era Mauricio un joven de corazón y muy bien educado? ¿No le había visto producirse con tanta reserva y tacto con las hijas del coronel Lantz?

Algunos días después, á petición de aquél, Amadeo le llevó á casa de sus antiguos amigos los Gerard.

Luisa no estaba en casa, pues desde hacía tiempo procuraba por medio de sus lecciones de música allegar recursos para la familia, que cada vez eran más urgentes, á consecuencia de que el grabador, cada día más congestionado y más corto de vista, no podía trabajar tanto como anteriormente.

El gracioso joven se captó en seguida las simpatías de la familia por su elegante bondad y por sus modales cordiales y sencillos. Respetuoso y amable con la mamá Gerard, á quien intimidaba un poco, apenas fijó la atención en María y no pareció notar que excitaba en sumo grado la curiosidad de la joven. Pidió modestamente consejos al papá Gerard acerca de sus proyectos de ocuparse en la pintura y se entretuvo con las baratijas que adornaban la habitación y supo distinguir por instinto los mejores cuadros y grabados; así fué que el buen hombre quedó encantado de Mauricio, y afanándose por enseñarle su museo íntimo, se olvidó de fumar su pipa, que entonces representaba á Garibaldi. Le regaló una copia de su última plancha que (por una fatalidad que decididamente pesaba sobre el viejo republicano) era un retrato del Emperador Napoleón III en Magenta, impasible en su caballo, en el centro de una compañía de granaderos acribillados por la metralla.

La visita de Mauricio fué corta; y como Amadeo, que desde hacía algunos días pensaba con frecuencia en María, preguntase á su amigo al acompañarle un trozo de camino:

– ¿Qué te parece?

Mauricio contestó sencillamente:

– ¡Deliciosa! – Y varió de conversación.

VI

Se acerca un momento solemne para ambos amigos: van á hacerse bachilleres en letras.

Los días en que M. Violette (en el ministerio le llaman el viejo Violette) se ha consolado demasiado en el café de la calle del Four y no está por consiguiente tan retraído y silencioso como de costumbre, después de la sopa suele decir á su hijo:

– Mira, Amadeo, no estaré tranquilo hasta que te recibas de bachiller... Con razón se dice que eso abre camino para todo.

En efecto, para todo. Hay un compañero de colegio de Amadeo que fué recibido con una granizada de bolas blancas, y que después de haber sido sucesivamente pasante de clase, periodista, actor, pensionista de Mazas, corredor de quintas, director de una compañía de atletas y comentador de Homero, ahora se dedica á abrir las portezuelas de los coches, junto al teatro del Ambigú, y espera la sopa á la puerta de los cuarteles con una vieja escudilla de cobre.

¡Pierda cuidado M. Violette! Su hijo hace sus ejercicios el mismo día que su amigo Mauricio, siendo ambos aprobados. En el examen, un viejo examinador con cabeza de mono ha apretado las clavijas á Amadeo, pero el examinando ha salido airoso. Ahora puede pretenderlo todo, absolutamente todo.

¿Y qué es todo, bien pensado?

M. Violette reflexiona, antes de entrar en el café de la calle del Four. ¿A qué puede aspirar Amadeo? A poca cosa.

No hay duda de que no le será difícil entrar en el ministerio, como auxiliar, con ciento veinticinco francos y la gratificación. ¡Ah! No será del todo mal como principio; pero M. Violette recuerda sus sempiternos años de oficina y todo el trabajo que se ha tomado para adivinar esa famosa charada, célebre en su negociado, que representaba un conejito satisfaciendo una necesidad imperiosa, y además una baraja para el juego de los cientos y una E mayúscula, lo cual significaba: *La Providencia lo ha dispuesto todo.*

Pues qué, ¿Amadeo va á pasar su juventud descifrando charadas? M. Violette desea para su hijo, si es posible, una carrera más independiente, en la que pueda demostrar su iniciativa; por ejemplo, el comercio. Sí, el comercio ofrece un gran porvenir, como lo prueba el de la tienda de ultramarinos de enfrente; un tonto que ha preferido ahorcarse en su trastienda antes que quebrar. M. Violette vería con gusto á su hijo dedicado al comercio. ¡Si entrara en casa de monsieur Gaufre! ¿Y por qué no? El joven podría en lo sucesivo llegar á ser socio de su tío y hacer fortuna.



El antiguo empleado dijo á Amadeo:

– Debíamos ir á casa de tu tío el domingo por la mañana.

La idea de vender casullas y viacrucis no seduce al joven, que oculta en el fondo de su cajón una porción de sonetos y que madura en su cabeza el argumento de un drama romántico en donde se dirá *¡Pâques Dieu!* y *Messeieguers.* Sin embargo, lo primero es no disgustar á su padre. ¡Le causa tanta satisfacción el observar que desde hace algún tiempo M. Violette se interesa por él y se modera algo en su funesto vicio! El joven deja hacer á su padre, y el domingo siguiente, al mediodía, se presentan ambos en la calle Servandoni.

El «explota-santos» les recibe de buen humor. Acaba de llegar de misa mayor y va á sentarse á la mesa. Les invita á acompañarle para saborear unos riñones salteados, que constituyen uno de los triunfos de Berenice, la cual sirve á la mesa con los dedos llenos de sortijas. Pero los Violette han almorzado ya, y el empleado expone su pretensión.

– Bueno, – dice el tío Isidoro, – Amadeo puede entrar en casa; pero ya sabe usted, Violette, tendrá que adquirir como una nueva educación. Es preciso empezar por el principio y seguir enterándose... ¡Oh! El muchacho será bien tratado. Comerá conmigo, ¿no es así, Berenice?... Pero al principio habrá que trabajar un poco, como yo cuando vine del pueblo; aprender las faenas del almacén, envolver los paquetes...

M. Violette mira á su hijo y nota que está avergonzado. El pobre hombre reconoce su error. ¡No valía la pena de haber deslumbrado á M. Patín, en plena Sorbona, citándole sin titubear tres versos de Aristófanes, para luego hacerse embalador! ¡Ea, pues, no hay que hablar más de esto! Amadeo envejecerá sobre los cartapacios de la oficina y descifrará las charadas de la *Ilustración:* estaba escrito.

Se despiden del tío Isidoro con las siguientes palabras:

– Ya lo pensaremos, M. Gaufre, y vendremos á ver á usted.

Pero apenas Berenice, al salir ellos, ha cerrado la puerta de la escalera, M. Violette dice á su hijo:

– Decididamente nada podemos esperar de ese viejo egoísta. Mañana iremos á visitar á mi jefe M. Courtet á quien por precaución he hablado de ti.

El jefe de M. Violette es muy hombre de bien, aunque tiene demasiado empaque. Su roseta encarnada, tan grande como una moneda de dos pesetas, deslumbra los ojos. M. Courtet es la misma moderación y sólo comete la imprudencia de calentarse largos ratos, vuelto de espaldas á la chimenea, con las faldillas levantadas: el mejor día va á quemarse el pantalón. Pero ¡qué importa! Tiene buen corazón y ha sido el primero en notar la lamentable decadencia del viejo Violette, «un pobre diablo que no llegará á la edad de la jubilación» Encargado de la admisión de auxiliares, M. Courtet reservará una plaza á Amadeo, y dentro de ocho días será nombrado éste empleado con un sueldo de mil quinientos francos anuales. Está prometido y es cosa hecha.

¡Oh! Tener que sufrir el insoportable calor de la estufa y la peste de los papeles viejos, no es muy agradable que digamos. Sin embargo, Amadeo no tiene motivo para quejarse; hubieran podido darle cifras que colocar durante cinco horas seguidas, y á la bondad de M. Courtet debe el que le hayan destinado á «la correspondencia». Así aprende protocolos y se hace fuerte en los términos y fórmulas de la cortesía oficial. Ahora conoce ya la diferencia que media entre «la consideración distinguida» y «la consideración más distinguida», y mide el abismo que separa una «seguridad» de un «homenaje».

Resultado: Amadeo se fastidia, pero no es desgraciado, porque tiene tiempo para soñar despierto.

Por la mañana va á la oficina por el camino más largo, buscando el modo de aconsonantar *honor* y *amor* sin que resulte una vulgaridad; ó bien piensa en el tercer acto de su drama y en la gran escena de amor que debe pasar en Montfaucon. Por la tarde visita á los Gerard, á los que halla reunidos alrededor de una lámpara en el comedor; el padre leyendo un periódico y las tres mujeres haciendo labor. Charla con María, que la mayor parte de las veces le contesta sin levantar la cabeza de su costura, quizá porque la coqueta supone que Amadeo admira sus hermosos ojos bajos.

En efecto, el joven ha rimado en honor de ella sus primeros sonetos, y, por supuesto, la adora; pero también está enamorado de las señoritas de Lantz, á quienes suele ver en casa de la señora de Roger. El domingo pasado tenían cada una de las tres una rosa en la cabeza, con la cual se parecían á esos panteones de bizcocho que los pasteleros ponen en los escaparates los días de las grandes fiestas. Si Amadeo hubiera sido presentado á las once mil vírgenes sucesivamente, éstas hubiéranle inspirado once mil deseos, sin contar además á la criada del cuarto segundo, cuya mirada oblicua le turba si la encuentra en la escalera; y su corazón desfallece cuando pasa por frente de una tienda de la calle Bonaparte, en donde una guanterita insidiosa le obliga á comprar guantes de color de sangre de buey que él abomina. Es preciso no olvidar que Amadeo es muy joven y que está enamorado del amor.

Por otra parte, extremadamente tímido, no ha tenido nunca la audacia de decir á la linda guantera que le gustaba más ella que los guantes, ni la temeridad de enseñar á María Gerard los sonetos que compone para ella, algunos con estrambote; ni la serenidad de arrostrar frente á frente las miradas intencionadas que le lanza la criada del segundo; cosa tanto más rara, por cuanto una hermosa mañana al pasar por delante de la carnicería vió al mozo de tabla que abrazaba por el talle á la muchachita.

Algunas veces, al salir de la oficina y antes de comer, Amadeo va á ver á su amigo Mauricio, que ha obtenido de Mme. Roger (¡oh debilidad maternal!) el permiso de habitar en el barrio latino para estar más cerca de la Escuela de Derecho.

En un entresuelo muy bajo de techo de la calle de Monsieur-le-Prince Amadeo encuentra en el fondo de una nube de tabaco turco al elegante Mauricio, vestido con una americana de color de escarlata, tendido en un diván. Al entrar allí Amadeo aspira un embriagador efluvio de lujo y de voluptuosidad. Hay allí espesos tapices, libros de poetas lindamente encuadernados, sobre las tablas de un aparador, y un piano siempre abierto. Un olor de perfumería fina se mezcla al del tabaco, y sobre el terciopelo de la meseta de la chimenea, la señorita Irma, favorita del dueño de aquella mansión, ha dejado la novela de moda, marcada con una horquilla en la página de lectura interrumpida.

Amadeo pasa allí una hora deliciosa. Mauricio le recibe siempre con su alegre bondad, en la que se siente un ligero tinte de protección. Se pasea por el cuarto encendiendo y tirando sus cigarros, ó bien se sienta al piano algunos minutos y toca un sollozo de Chopín, enseña á su amigo sus álbums, le hace recitar alguno de sus sonetos aplaudiéndolos; en fin, varía de distracciones, y conquista cada vez más las simpatías de Amadeo.

Y eso que Amadeo apenas tiene ocasión de hallarse á solas con su amigo. La llave del cuarto está puesta en la puerta y á cada instante llegan compañeros de Mauricio, tan alegres como él, pero más vulgares, que no tienen su buen tono y sus modales aristocráticos. Frecuentemente alguno de ellos permanece con el sombrero puesto y deja una colilla á medio apagar en el borde del piano cuando va á tocar una polka. Estas ordinarieces incomodan algo á Mauricio, que tiene la desgracia de ser delicado.

Cuando se van los compañeros, el dueño de la casa quiere que su amigo coma con él; pero la puerta se abre otra vez, y la señorita Irma, que siente frío á pesar de su abrigo de pieles y su velo echado, entra apresuradamente, salta al cuello de Mauricio y le besa y despeina con sus dos manos todavía enguantadas.

– ¡Bravo! Comeremos los tres.

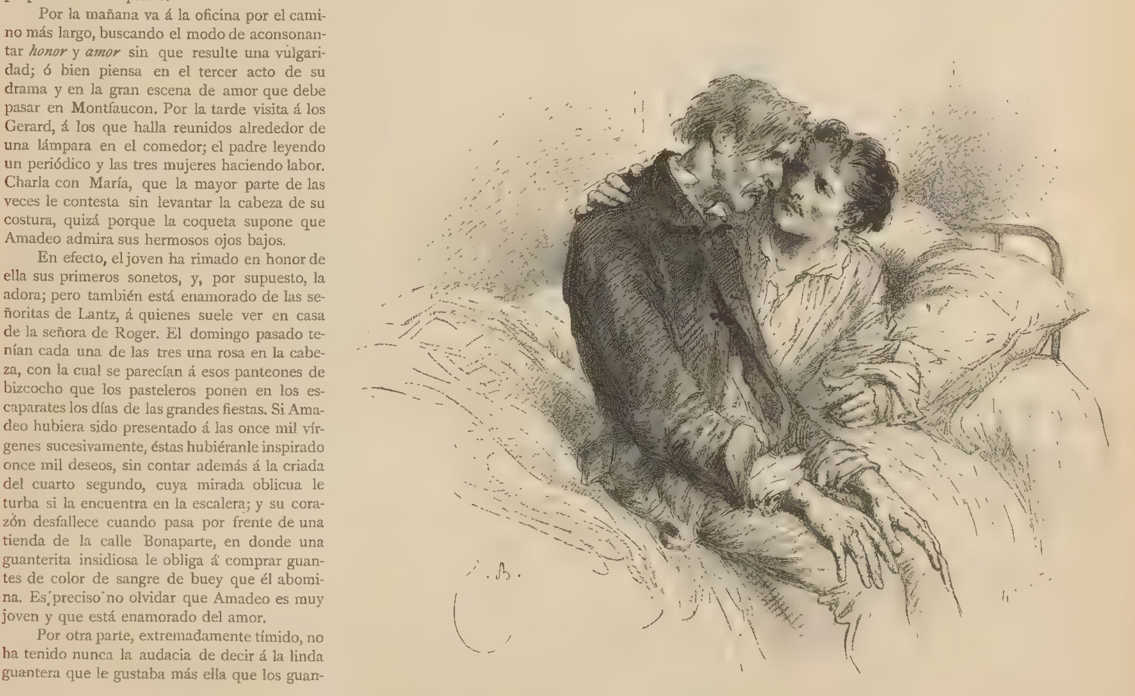
No; Amadeo se asusta de la señorita Irma, que ha tirado su manguito sobre el diván y coloca su sombrero sobre la Venus de Milo de bronce que está sobre la chimenea. El joven se excusa: le aguardan en su casa.

– ¡Anda, salvaje! – le dice Mauricio, que le despide riéndose.

Deseos, sueños: tal es la vida del pobre Amadeo Violette. A veces se pone triste porque observa que su padre se hunde cada vez más en su vicio, porque ninguna mujer le quiere y porque nunca dispone de una moneda de veinte francos para proporcionarse un solaz. Pero que no se queje: su existencia es noble y bella. Por eso, á veces sonríe de alegría pensando en que tiene buenos amigos. Su corazón palpita con estrepitosos latidos al solo pensamiento de una mujer: llora de conmoción al leer hermosos versos, y el espectáculo de la vida se le aparece transfigurado por el ideal y por la esperanza.

¡Dichoso Amadeo! ¡Todavía no cuenta veinte años!

(Continuará.)



NUESTROS GRABADOS

En el palco, cuadro de Pedro Saenz, grabado por Sadurní.—Aquellos de nuestros lectores que recuerden *La tentación de San Antonio*, que hace algún tiempo publicamos, y vean el cuadro *En el palco* que hoy reproducimos, habrán de convenir con nosotros en que el autor de ambos trabajos está adornado de cualidades excepcionales que le permiten abordar con igual éxito los géneros más distintos. Y sin embargo, hay en el fondo de las dos obras una idea común que se traduce por la exposición de la tentadora belleza femenina aunque presentada en diversas formas. En la una, la mujer aparece en toda la desnudez que el espíritu del mal inspira para apoderarse del alma del santo incorruptible; en la otra la apuesta dama se nos presenta cubierta de espléndidas galas que la moderna sociedad ha inventado para realzar las gracias que en ella puso la naturaleza: en aquélla, el desierto adonde fueron á hacer penitencia los santos; en ésta, el teatro sitio de solaz y de recreo de los pecadores. La tentación es la misma, lo que varía es el objeto de ella y el resultado: el objeto, porque no se trata ya de impecables varones, sino de hombres muy dispuestos á dejarse querer; y el resultado, porque lo que no lograron las unas del austero anacoreta, de fijo lo conseguirá de los modernos sibaritas esa hermosa mujer que con tan inspirados y ricos toques ha pintado Pedro Saenz en el palco, haciendo resaltar sobre el obscuro fondo aterciopelado las delicadas facciones y el escultórico busto de la joven, que contrasta con su no menos apuesta pero sí más caduca compañera.

Ultimos momentos de Iván el Terrible, cuadro de C. I. Makowski.—Cuenta la historia que en el invierno de 1583 á 1584 y cuando contaba la edad de cincuenta y cuatro años comenzó á enfermar Iván IV Wassiljewitch, apellidado el Terrible por las inauditas crueldades y sangrientos sucesos que durante su reinado hubo de sufrir el imperio moscovita. Con la enfermedad aumentaron las supersticiones que siempre habían conmovido su espíritu, y la aparición del cometa de 1584 fué para él presagio seguro de su pronta muerte. A poco, su dolencia adquirió carácter de gravedad; su cuerpo se hinchó, sus entrañas empezaron á descomponerse, y los médicos que de todas partes había mandado á buscar fueron impotentes para atajar los rápidos estragos del mal. Habíanle presagiado los agoreros que moriría el día 18 de marzo, y como el 17 se sintiera el czar bastante mejorado hízoles decir por su favorito Belski que se prepararan á morir porque habían mentido, á lo que aquéllos contestaron que aun no había terminado el día. Esta respuesta exasperó al soberano: los médicos, en vista de su estado, le ordenaron un baño, pero no consiguieron aliviarle. Iván se acostó después del baño, mas al poco rato quiso levantarse y jugar una partida de ajedrez con Belski y apenas empezó á colocar las piezas, cayó sobre el respaldo de su sillón y y cerró para siempre los ojos.

Hasta aquí la historia. El pintor, que ha ajustado su cuadro á los principales rasgos de esta narración, transporta al espectador á una lujosa cámara del palacio de Moscou, en donde presenta á Iván moribundo y rodeado de su familia y de los personajes que más influyeron en su reinado. El cuadro está magistralmente pintado; las figuras expresan por modo maravilloso los distintos sentimientos de que están poseídos, y la ejecución de los detalles, especialmente de las vestiduras, telas, tapices y el estuche de marfil del médico, no puede ser mejor.

Constantino Ingorowitch Makowski, profesor de pintura de historia y de retratos en la Academia de San Petersburgo, pertenece á una familia de artistas muy conocida y reputada en Rusia: su padre, su hermano y su hermana son pintores de fama. Sus principales cuadros son: *La boda de los boyardos*, premiado con medalla de oro en la Exposición de Amsterdam de 1885, y *La elección de esposa para el czar*.

Su último cuadro colosal (las figuras son de tamaño natural) de Makowski, *Ultimos momentos de Iván el Terrible*, fué expuesto en 1888 en San Petersburgo, y es tenido como la obra maestra de cuantas hasta ahora ha producido la pintura de historia nacional rusa.

Buzo de playa, escultura de D. Mariano Benlliure y Gil. - Cuantos visitaron la Exposición Nacional de Bellas Artes del presente año, proclamaron á una á Mariano Benlliure merecedor de las mayores recompensas; y aun cuando el Jurado, cuyo fallo no hemos de discutir, no opinó esta vez como la *vox populi*, no por eso volvieron sobre su acuerdo los que tan alto concepto se habían formado del famoso escultor valenciano, á quien el Gobierno concedió una gran cruz como en desagravio de no haberle otorgado mayor premio los que para ello tenían atribuciones. Entre las varias obras que tenía expuestas Benlliure, llamó con justicia la atención el *Buzo de playa*, que si no acusaba una concepción tan elevada como otras esculturas del mismo autor, atraía en cambio por su elegante factura, por su admirable sencillez y por su expresión simpática, cualidades menos llamativas que las que sobresalen en composiciones de mas alto vuelo, pero cuyo logro no presupone menos inspiración ni menos talento artístico cuando el resultado es tan primoroso como el obtenido por nuestro compatriota.

El día del barniz, dibujo de Marold. - Sabido es cuánta importancia tiene para los artistas y para la *crême* de la sociedad parisiense el día del barnizado en el Salón que anualmente se celebra en la capital de Francia. El espectáculo que allí se ofrece ha inspirado siempre á los escritores artículos llenos de gracia y brillantes descripciones, y á los pintores y dibujantes cuadros y apuntes que rebosan elegancia y vida: Marold ha sacado de él el primoroso dibujo que publicamos, y en el cual se refleja perfectamente la animación que produce en aquellas salas, cuyas paredes desaparecen detrás de los innumerables cuadros que las cubren, una concurrencia compuesta de todos los géneros de notabilidades masculinas y femeninas, que se disputan el honor de ser las primeras en admirar las obras artísticas del último año y quizás también el de figurar en lugar preferente en las gacetillas de los periódicos que al día siguiente darán cuenta extensa de la solemnidad del *vernissage*.

NOTICIAS VARIAS

UNA FUENTE DE AGUA DULCE EN EL FONDO DEL MAR. – La isla de Bahrein, situada en el golfo Pérsico, ofrece un fenómeno geológico en extremo curioso que se observa en el fondo del mar, muy cerca de la costa de aquélla. La temperatura que allí reina es tórrida y no hay en la isla ni pozos ni cisternas; por supuesto que éstas resultarían inútiles, porque como no llueve nunca no podrían ser debidamente alimentadas; y sin embargo, existe en la isla una población numerosa; lo cual demuestra que tiene de qué beber. En efecto, aquellos habitantes se procuran el agua que necesitan... en el fondo del mar, en donde brota un potente chorro de agua dulce. Pero es preciso ir á buscar el agua á esa fuente submarina, y á esta tarea se dedican varios buzos, que en una lancha se dirigen al punto debajo del cual se encuentra el chorro: una vez allí, un buzo se sumerge llevando en la mano izquierda un gran odre de piel de oveja cuya abertura mantiene cuidadosamente tapada dentro del puño; con la mano derecha sostiene una piedra que le ayuda á sumergirse y que va atada con una cuerda. Una vez arrojado al agua, el buzo toca muy pronto al fondo del mar, gracias á la piedra que le arrastra, y entonces abandona ésta, abre su odre sobre el chorro del manantial y lo cierra fuerte y herméticamente en cuanto siente que está lleno, lo cual sucede en seguida, y hecho esto se deja empujar hacia la superficie del mar por la fuerza de esta especie de geiser. Sus compañeros, que se han quedado en la embarcación, le ayudan á remontar á ésta y sobre todo á desembarazarle del precioso recipiente cuya agua se vacía en un gran tonel que á prevención llevan en la lancha. Después se hace subir la piedra que servirá de nuevo al buzo que vuelve á hundirse llevando consigo otro odre y que necesita estar dotado de gran presencia de espíritu para no abrir el pellejo antes del momento preciso, pues de lo contrario, en vez de agua dulce llevaría á bordo agua salada.

***

UN FILTRO DE AIRE. – El Dr. Goupil ha convocado en Alfort á algunos consejeros municipales de París y representantes de la prensa para exponerles diversos procedimientos nuevos y económicos de techado, calefacción y ventilación por él inventados. Entre esos aparatos, el que más ha llamado la atención de los que los han visto es un filtro de aire, muy sencillo y de muy poco costo, que cualquiera puede instalar en su casa, casi sin gasto alguno, y que parece propio para exterminar toda clase de microbios. El asunto es de especial interés ante las amenazas de la actual epidemia.

El *aerofiltro* se compone de una caja de madera de o'60 metros de alto por o'40 de ancho, con una pequeña chimenea de tiro, debajo de la cual está encerrada una lámpara ordinaria de petróleo, ú otro foco cualquiera, junto á la que hay dispuestas en la caja dos cubetas de cristal sobrepuestas que contienen el líquido, vaporizable ó no, de que se quiera hacer uso como microbicida. Dos pequeñas servilletas caladas y empapadas en el mismo líquido se fijan verticalmente entre las cubetas y hacen las veces de filtros, al través de los cuales, gracias al tiro continuo determinado por la lámpara, todo el aire de la habitación pasará necesariamente, en un tiempo de terminado (cinco ó seis veces por lo menos en veinticuatro horas en una pieza de 60 metros cúbicos). Los organismos parasitarios que contenga el aire se detendrán en las mallas de las servilletas empapadas del líquido antiséptico y perecerán inmediatamente por la acción del veneno.

Una variante del aparato sustituye las servilletas embebidas en el líquido microbicida por dos tabiques de borra de amianto puestos en cuadros de hierro y al través de los cuales se opera la filtración del aire: los microbios quedan prisioneros en la borra, y para destruirlos basta colocar periódicamente los dos tabiques de amianto en el fuego.

Como se ve, el aparato es sencillo y práctico: una caja como la descrita puede costar 4 ó 5 pesetas, y en cuanto á la alimentación de la lámpara, con 20 céntimos de petróleo hay bastante para veinticuatro horas.

Es indudable que este aparato está llamado á prestar grandes servicios en los hospitales, cuarteles, colegios, cárceles, y otros establecimientos análogos, y en tiempo de epidemia en las casas particulares.

(De *La Science illustrée*)

Las prensas mecánicas. – El *New York Herald* ha adquirido recientemente varias prensas que imprimen, cortan y doblan 48.000 ejemplares de un diario de 8 páginas en una hora. En vista de ello, otro diario neo-yorkino anuncia que dentro de algunas semanas tendrá prensas mecánicas que tirarán 100.000 ejemplares por hora; en 1830, las prensas mecánicas de movimiento alternativo permitieron un tiraje de 500 á 600, lo que en aquel entonces fué considerado como un resultado maravilloso. Si se comparan estas cifras con las que es posible obtener con las actuales prensas rotativas, se ve el enorme progreso realizado en el período relativamente corto de unos decenios.

(De *La Nature*)

***

Los sportsmen en Rusia. – El príncipe G. A. Troubetskoi se propone recorrer á pie, á la ida y á la vuelta, el trayecto comprendido entre Moscou y San Petersburgo, siguiendo la vía del ferrocarril que, como es sabido, es completamente recta, sin la menor curva, y cuyo trazado marcó en el mapa el emperador Nicolás, quien, para poner de acuerdo á varios ingenieros que defendían distintos proyectos, cogió una regla y y tiró una línea recta entre aquellos dos puntos.

La distancia que ha de andar el príncipe es de 600 kilómetros, que piensa salvar en ocho días, á razón de 75 kilómetros diarios, empleando 15 horas cada día, en tres jornadas, con una hora de descanso en cada una y seis para dormir. Además, llevará consigo la ropa y el calzado necesarios para mudarse durante el viaje.

Después que se haya realizado este viaje, procuraremos informar á nuestros suscriptores de sus resultados y peripecias.



EL DÍA DEL BARNIZADO, dibujo de Marold

El electrofonoscopo. – En Inglaterra se habla actualmente mucho de una mixtificación científica de que son autores nada menos que Mr. W. H. Preece, ingeniero electricista jefe del Post-Office, y Mr. Hughes, el conocido inventor del telégrafo y del micrófono. En una velada celebrada en *South Kensington Museum*, con ocasión del jubileo del Penny Postage, uno de los números del programa llamaba muy especialmente la atención de muchos de los asistentes á la fiesta, puesto que anunciaba muy seriamente que por primera vez se presentaría al público un aparato maravilloso, llamado el Electrofonoscopo, gracias al cual se podría, no sólo *oir* á gran distancia, sino también *ver* á su interlocutor. El experimento consistía simplemente en un teléfono ordinario y en una combinacion de espejos.

Como se trataba de una fiesta filantrópica, la mixtificación fué tomada por su lado bueno y el electrofonoscopo fué el éxito de la velada. Pero algunos diarios políticos, y aun también algunos científicos, tomaron la cosa en serio, y uno de ellos llegó hasta á publicar un telegrama (apócrifo) de Edison, anunciando que éste había anteriormente resuelto tan importante problema.

Por desgracia para la ciencia, todo lo referente á este descubrimiento ha resultado pura broma.

***

ADVERTENCIAS

Siendo en gran número los trabajos literarios que recibimos para La Ilustración Artística y en la imposibilidad de contestar á todos los que con ellos nos favorecen, debemos advertir que sólo contestaremos á los autores de los artículos que aceptemos para insertarlos en este periódico.

No se devuelven los originales.

***

Suplicamos á nuestros corresponsales y suscriptores, especialmente á los de América, nos remitan cuantas fotografías de monumentos, obras artísticas, etc., consideren propias para ser publicadas en la Ilustración Artística, acompañándolas de los datos explicativos necesarios. En caso de que sean admitidas, tendremos el gusto de consignar, al confirmarlas en las columnas de nuestra publicación, el nombre de la persona que nos haya honrado con el envío de las mismas.

Asimismo agradeceremos la remisión de todas las noticias que tengan verdadero interés artístico ó literario.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año IX — Barcelona 18 de agosto de 1890 — Núm. 451



ESTATUA DE COLLEONI, célebre general de la República veneciana (monumento existente en Venecia)

IMPRESIÓN FOTOTÍPICA

AVENTURAS, VENTURAS Y DESVENTURAS

I

Sin armas, con el alquicel hecho girones y al trote corto de un trasijado y sudoso alazán, al rayar el día 1.° de octubre del año 914, pasaba un moro el puente de Mansilla.

Por la dirección de Sur á Norte con que cruzaba el Esla parecía encaminarse á León. Pero ¿qué viaje llevaba aquel moro solo, inerme, pensativo y triste á la corte de los cristianos?

Iba á cumplir un juramento.

El rey D. Ordoño II había salido á campaña contra los enemigos de la fe que hacían correrías por la orilla del Duero.

Tres días antes, la víspera de San Miguel, había encontrado el rey de León á los moros cerca de Castro Nuño y se había trabado entre los dos ejércitos sangrienta batalla. Declarada ya por los cristianos la victoria, que un buen rato había estado indecisa, en los últimos intentos de desesperada resistencia que hizo el ejército musulmán, se encontró Abumelid, que era uno de sus más valerosos caudillos, frente á frente con un caballero leonés que iba en la vanguardia, y se empeñaron en singular combate. Después de dos terribles embestidas sin resultado alguno, á la tercera, el leonés, de un poderoso bote de lanza, sacó de la silla á su enemigo y le derribó en tierra. Cuando le iba á atravesar el pecho, oyó que le decía:

– No me mates: estoy rendido.

– Vive, pues así lo quieres, – dijo el vencedor desviando generosamente la lanza. – Levántate.

– ¿Con qué condiciones?

– Con la de ir á León á presentarte á la reina y á su primera dama doña María de Villamizar, confesando que te ha vencido en buena lid Hernando Alvarez de Pedrosa. ¿Me lo prometes?

– Te lo juro.

– Deja las armas, vete y á la vuelta las recobrarás y serás libre.

– Alá te premie tan noble promesa si la cumples.

– Los cristianos cumplimos siempre nuestra palabra.

– Abumelid te probará que los moros también sabemos cumplir las nuestras.

Y emprendió el viaje.

II

A las nueve de la mañana, cuando Abumelid llegó á dar vista á León desde el Portillo, creció su pesadumbre y aumentó su tristeza, por lo embarazoso y desairado del encargo que tenía que cumplir en la Corte.

«¿Por qué he querido conservar la vida?,» se decía disgustado de sí mismo. «¿Por qué no dejé que la lanza del contrario me hubiera atravesado el corazón en Castro-Nuño?... Voy á ser portador de alegría para los enemigos del profeta, y voy á publicar mi propio vencimiento, mi propia deshonra... ¡Mal haya la hora en que abrí los labios para pedir clemencia al vencedor!... ¿No me hubiera sido mejor perder la vida que debérsela á un cristiano? ¡Abumelid, Abumelid! ¿Tuviste miedo á la muerte?... ¡Ah!, no. Alá es testigo de cómo la he desafiado en cien combates. Alá es testigo de que no he pedido la gracia de vivir por miedo á la muerte ni por apego á la vida, sino por *ella*...»

Ella era Zudaira, la hija del gobernador de Talavera, la mora más hermosa que había desde el Guadarrama hasta el Estrecho, la que al partir le había atado al cuello de la lanza un lazo de seda con su cifra bordada en óro, como prenda de que en volviendo vencedor celebrarían sus bodas. Por no renunciar para siempre á ver realizado este hermoso sueño de felicidad, había querido Abumelid conservar la vida, aun á costa del bochorno de pedirla al contrario y de tener que publicar en tierra de cristianos su derrota.

¿Podría llegar así á la dicha anhelada?

Por de pronto marchaba en dirección opuesta. Pero ¿quién sabe?... La esperanza es lo último que se pierde, y Abumelid esperaba todavía que después de aquel grave contratiempo, cumplido el juramento que había empeñado, el leonés devolvería hidalgamente sus armas, con ellas volvería á incorporarse á los suyos, haría proezas de valor contra los cristianos y volvería á entrar en Talavera siendo el primero entre los vencedores... Sólo esta esperanza sostuvo á Abumelid y le dió ánimo para llegar á las puertas de León, declarar el motivo de su viaje, entrar en la ciudad bajo las miradas curiosas de sus habitantes, y presentarse en el palacio, donde cumplió con toda exactitud el extraño encargo de Hernando de Pedrosa.

La reina y toda la corte tuvieron con la victoria del ejército cristiano grande alegría; doña María de Villamizar sintió muy halagado su orgullo y hasta un poco enternecido el corazón en favor del valeroso caballero á quien hasta entonces afligía con su desdén, y Abumelid, después de hacer las convenientes zalemas á la reina y á las damas, tornóse á montar á caballo y comenzó á desandar el camino.

III

«¡Cuántos monumentos de nuestra desgracia!,» decía Abumelid á la tarde siguiente atravesando los *Campos Góticos*, erizados de fortalezas, reconquistadas recientemente al poder moruno por Alfonso el Magno, que puso la frontera en el Duero.

»Allí está Villalba del Alcor... Allí Belmonte... Aquél es Tordehumos... Aquél es Ureña... Allá está la Mota... Si Alá lo quiere y el Profeta ampara á sus hijos, pronto volveremos á ocupar estas tierras, y Zudaira será la señora del que más la agrade entre todos estos castillos...»

Castillos en el aire eran los que hacía el pobre Abumelid, mientras hundiendo las espuelas en el vientre del cansado alazán, procuraba llegar cuanto antes al campamento del rey Ordoño, para dar cuenta á Hernando de Pedrosa del cumplimiento de su promesa y recobrar sus armas. Al otro día repasó ya el Duero por Tordesillas, y después de hacer varias preguntas sobre la dirección que había llevado el ejército cristiano, se encaminó á Segovia.

Allí tuvo noticias de que el rey de León se había dirigido hacia el Poniente.

Dos días después le informaban en Avila de que el ejército cristiano, persiguiendo á los moros, había tomado allí la dirección de Piedra-Hita.

«En el puerto resistirán los míos, se decía, y harán á los cristianos retroceder.» Pero llegó al puerto, y por allí habían pasado también, en dirección al Mediodía, los moros huyendo y en su persecución los leoneses.

«¿Habrán ido sobre Talavera?», se preguntó medio desesperado. Y se encaminó á Talavera con el imprudente coraje con que la osa que ha sentido la gritería de los cazadores marcha de frente al enemigo porque en la misma dirección está la cueva en que había dejado sus esbardos. Ya no se acuerda de que no tiene armas con que batir; piensa en Zudaira, espolea sin piedad su pobre potro y llega por fin á Talavera, cuyas ruinas cubre una nube de humo.

– ¿Qué es esto?, – preguntó á una anciana que lloraba á las puertas de la ciudad.

– Que el profeta abandona á sus fieles... Que el rey de los cristianos ha caído sobre nosotros con su ejército; han entrado por fuerza en la ciudad, y después de saquearla y de ponerla lumbre se han llevado cautivos al gobernador y á todos los habitantes de buena edad que no habían perecido en la defensa... No entres, Abumelid, que no hallarás más que casas ardiendo y viejos llorando...

– ¿Dónde están los cristianos?, – preguntó Abumelid á la anciana. – ¿Sabes adónde han ido.

- Marchan sobre Cáceres.

Abumelid dió vuelta á su caballo, y por la parte exterior de la ciudad, medio asfixiado por el humo de los edificios que acababan de consumir las llamas, se puso en el camino de Cáceres, corriendo como un loco en seguimiento de los leoneses.

Después de haber andado una buena jornada tuvo noticia de que el rey D. Ordoño, enterado de que en Toledo se estaba juntando un ejército muy grande para salir contra él, por no exponerse á perder las ventajas adquiridas había determinado volverse á sus tierras.

IV

Cinco días después entraba Abumelid en Zamora, donde estaban el rey de León y su ejército celebrando con grandes fiestas las recientes victorias. Pero ni encontró allí á Zudaira, porque los cautivos de Talavera habían sido llevados á León, ni á Hernando de Pedrosa, que había sido el encargado de conducirlos.

El triste Abumelid pidió hablar al rey, y concedido que le fué, refirió á D. Ordoño todas sus desdichas desde la derrota de Castro-Nuño hasta el cautiverio de la elegida de su corazón, de aquella por quien había querido vivir, aun al duro trueque de ir á declarar su vencimiento á la corte cristiana.

«Señor, – concluyó el enamorado Abumelid, arrasándosele los ojos en lágrimas, – en vuestra ley también son sagrados los juramentos; el lazo del matrimonio es entre los cristianos insoluble: dame á Zudaira que me ha jurado ser mi esposa... Esa mujer, señor, me pertenece; no puede ser de otro hombre. Dámela, rey magnánimo, y Alá prolongue tus días y los de tus hijos...»

La sinceridad con que el moro expresaba su pena conmovió grandemente á Ordoño II, el cual considerando que en aquellos días en que Dios le colmaba de felicidad concediéndole la victoria sobre los enemigos de la fe y la dilatación de sus dominios, no debía negar á un desgraciado una merced relativamente pequeña, hizo á Abumelid portador de una carta para León, en la que ordenaba la libertad del gobernador de Talavera y de su hija.

Acariciando y besando el pergamino, partió Abumelid á toda prisa para León, después de haber hecho al rey cristiano interminables zalemas.

Iba á ser feliz. En León recobraría sus armas y la mujer amada de su corazón. La común desgracia haría que ni Zudaira ni su padre tuvieran por caso deshonroso lo de Castro Nuño aun cuando hubiera llegado á su noticia. Y luego él iba á ser su salvador, á él le iban á deber su libertad Zudaira y su padre.

Embebido en tan dulces pensamientos llega á León el tercer día á media mañana y á tiempo que las campañas de la catedral repicaban y volteaban alegres anunciando fiesta. Penetró en el centro de la ciudad.

En las calles cercanas al palacio de los reyes y al templo del Salvador había gran concurso de gente. Las campanas seguían tocando.

– ¿Qué ocurre de extraño?, – se determinó á preguntar. – ¿Por qué es la fiesta?

– Porque se bautiza una cautiva, – le contestó una mujer que, cubierta la cabeza con la mantilla, se encaminaba al templo.

A Abumelid le dió una vuelta el corazón. ¿Sería Zudaira?... No, no podía ser. ¡Qué locura! Zudaira estaba bien instruída en la ley del Profeta... Pero la mujer á quien había preguntado continuó:

– Y es una mora de las principales, y muy hermosa, hija no sé si de un emir ó de un califa... ¡Vaya! Como que la bautiza el señor obispo y es padrino el conde de Mayorga y madrina doña María, la dama de la reina...

Cada palabra de estas se clavaba en el corazón de Abumelid como un dardo envenenado.

¿Sería posible que fuera Zudaira la que abandonaba la ley del Profeta?

La sangre se le agolpaba en la frente y sentía escalofríos terribles en el cuerpo.

Se apeó, dejó el caballo en medio de la calle, y atropellando á los fieles que querían impedirle el paso penetró en la iglesia. Se dirigió á la capilla donde había más gente y vió á Zudaira con el cuello desnudo y destrenzados sus hermosos cabellos negros por donde acababa de correr el agua del bautismo.

– ¡Pérfida!, – gritó Abumelid con voz ahogada por el furor.

La mora le conoció en la voz y se estremeció. Después quiso llamarle para exhortarle á que abjurara como ella de la superstición de Mahoma y abrazara la religión cristiana, pero Abumelid había desaparecido.

Salió de la iglesia y de la ciudad corriendo como un loco, y al pasar el puente de Mansilla se arrojó de cabeza en el Esla.

V

Un año después, Hernando Alvarez de Pedrosa, el vencedor de Abumelid, en desquite de los antiguos desdenes de Doña María de Villamizar se casaba con la hermosísima Zudaira ó con *Doña María de Talavera*, como llamaron á la mora después del bautismo.

ANTONIO DE VALBUENA



EL PRIMERO DE LA RAZA

SECCION AMERICANA

LOS CABALLOS DE LAS LLANURAS

ESCRITO É ILUSTRADO POR FEDERICO REMINGTON

El caballo del norte de Africa ha sido para los hombres de todas las épocas el tipo de la belleza y de la velocidad. Se crió para la guerra bajo las más favorables condiciones climatológicas, y la sangre de sus descendientes se ha mezclado con la de otras razas de la manera que hoy consideramos más conveniente y ventajosa. Los moros introdujeron en España ese caballo, y el que hoy se llama de raza española tiene más de árabe que de otra cosa. Debe presumirse que los caballeros del siglo XVI, ó los que tomaron parte en la conquista de América, montaban ese cuadrúpedo, que durante tan largo tiempo se ha domesticado en España, prefiriéndosele á la raza inferior del caballo del Norte. Hasta hoy día, la yegua de la América occidental presenta muchos puntos de semejanza con el caballo berberisco: su cabeza tiene la misma línea facial, y este es un punto esencialísimo para determinar la antigüedad de la raza, según se podría reconocer, por ejemplo, observando hasta qué punto difiere el perfil de las especies árabe *Godolfin* y árabe *Darley*, dos caballos famosos que pueden considerarse como reyes de sus razas, la una berberisca y la otra árabe.

Para observar el desarrollo del caballo, ó más bien su gradual adaptación á las condiciones que le rodean, ningún período se recomienda tanto de por sí como el comprendido desde la invasión de los españoles en México hasta la actualidad. El transcurso de cerca de cuatro siglos y la gran diversidad de condiciones desemejantes han cambiado de tal modo la especie americana del caballo conocida con el nombre de *bronco*, que ahora difiere en un todo de su antecesor español, siendo ya otra su individualidad. Esta última se ha subdividido también, y como todos los tipos provienen de un tronco común, las razones de este variado desarrollo se buscan con interés, aunque, por desgracia, no siempre con acierto. Cuando Hernán Cortés salió de Cuba para emprender su famosa expedición, llevaba «diez y seis caballos,» que se obtuvieron en la isla á subido precio.

Ya se comprenderá que estos caballos no contribuyeron á formar el tronco de una raza en el país conquistado, pues todos dejaron allí la vida. Sucesivas importaciones debieron formarla, aunque es muy posible que los peligros y gastos que ocasionaban aquéllas impidiesen llevar muchos caballos de España. Sin embargo, seguro estoy de que nadie habría preferido el pesado cuadrúpedo flamenco al ligero y ardiente caballo berberisco, que al pisar las abrasadas arenas de México y sentir su sofocante calor creería hallarse sin duda en sus bosques africanos. A medida que los españoles avanzaban por el Norte en sus exploraciones, perdieron caballos por las vicisitudes de la guerra, sin contar que los indios se los robaban apenas se presentaba ocasión para ello. En muy temprana fecha se encontró el caballo salvaje en las llanuras de México; pero transcurrió mucho tiempo antes de que se le hallara en el Norte. La Salle vió en poder de los comanches géneros españoles y también caballos; pero al continuar su viaje al Canadá, le fué muy difícil adquirirlos de los indios que habitaban más al Norte.

En 1680, ó poco más ó menos cuando La Salle viajaba por el Sud, el Padre Hennepin vivía con los indios Siux, y hacía sus excursiones ó cazaba el búfalo á pie; y en época mucho más posterior, un viajero oyó á los comanches vanagloriarse de que «recordaban el tiempo en que los arapahoes del Norte se servían de perros como bestias de carga.» Que los españoles perdieron caballos, y que éstos pasaron al estado salvaje en las altas y secas llanuras de México y de Texas, en temprana época, es un hecho que no admite duda; y como las condiciones de vida eran favorables, debieron reproducirse rápidamente. Pero no sería fácil averiguar cuántos años transcurrieron antes de que los indios del Norte obtuvieran los cuadrúpedos con que se identificaron tan completamente. Los indios cheyenos, bien conocedores de esa leyenda de la tribu, que narran y comentan al calor del hogar en las largas noches de invierno, me aseguraron gravemente que siempre habían tenido caballos; mas yo opino que este aserto es hijo de la vanidad de esos indios como buenos jinetes, pues la leyenda trata muy ligeramente del asunto, y se refiere además á un período en que sabemos con seguridad que los cheyenos no tenían caballos.

Solamente en las llanuras ha llegado la raza á su más típico desarrollo, pues allí había buenos pastos y se crió libremente, así en el estado salvaje, como en manos de los indios, que no se cuidaban de aparear los mejores caballos, como lo hacía la tribu de la montaña, sin duda por el temor de que se los robaran ó se perdieran. Los caballos padres salvajes dispersaban á menudo las yeguadas de los indios de las llanuras del Sur, y por esto eran inútiles los esfuerzos que se hacían para mejorar la raza por la cría. Con frecuencia se ha cuestionado sobre si el *pinto* ó jaca pintada de Texas era producto de una especie antecesora ó resultado de un cruzamiento general con caballos de todos colores. Yo creo esto último lo más probable; pues el caballo berberisco tiene el pelaje de un solo color, y los modernos ganaderos, gracias á su ciencia, no hallan dificultad para producir el que juzgan más conveniente. Los comanches, wichitas y kiowas aprecian en mucho el caballo padre que en su pelaje normal tiene manchas blancas.

En el caballo que llaman español, ó del norte de México, manifiéstase poco esta tendencia á tomar dos colores; y por su alzada, formas y desarrollo general, considérase como el mejor de su especie, siendo sus cualidades resultado de los esfuerzos del hombre para mejorar la raza. Los mejicanos, molestados continuamente por las incursiones de los indios en la frontera, tenían siempre las yeguadas cerca de sus ranchos á fin de vigilarlas; necesitaban buenos caballos, é hicieron lo posible para obtenerlos. Los caballos padres se elegían bien, y los potros no estaban expuestos á los percances, siempre peligrosos, que resultan de pasar todo un invierno en las frías llanuras; siendo esta una de las razones de que el caballo no alcance toda su alzada y perfecto desarrollo En su consecuencia, debemos buscar en el caballo español del norte de México el tipo más semejante al de los ascendientes del *bronco* americano. Los individuos que ahora le representan tienen buena estampa; son por lo regular bayos, de gran desarrollo muscular, y se caracterizan particularmente por su cabeza, que recuerda en un todo la de la raza berberisca.

Muy semejante á esta especie es la conocida con el nombre de *mustang*, de la costa del Pacífico, nombre que, dicho sea de paso, se aplicó universalmente durante varias generaciones á cualquier caballo que se le pareciese un poco. Esta raza, criada bajo condiciones poco menos ventajosas que las que favorecieron al caballo español de la antigua México, fué famoso en remota época; mas ahora se ha mezclado de tal modo con la raza americana, que ha perdido ese tipo que en tiempo de los Argonautas era todo su orgullo.

El más inexperto aficionado no necesitará mirar dos veces este caballo para reconocer que es una yegua de Texas, animal de pura sangre sin la menor mezcla. Caracterízase por sus piernas finas y nerviosas, su cuerpo largo, sus ojos *cristalinos* á veces y su pelaje de caballo pinto. Cualquier vaquero le considerará como el único animal que puede serle útil para sus fines. Duro de boca y de mala índole, es fuerte de piernas; y rara vez le flaquean. Suele ser pequeño y de formas recogidas, como el caballo mexicano; debiendo algunos de sus defectos tal vez á la sequedad del lugar que habita y á la circunstancia de estar obligado á recorrer muchas millas para ir en busca de su alimento. En cambio puede franquear grandes distancias



ANTIGUO MONTAÑÉS CON SUS JACAS



JACA DE TEXAS

en sus llanuras natales, llevando un jinete muy corpulento con la mayor facilidad y con una soltura que sorprende. En cierta ocasión quise regenerar uno de estos caballos de las llanuras del Sud, con la esperanza de obtener su perfeccionamiento. Mandé que le cortasen la cola y la crin, le puse en una cuadra muy caliente, colocando bajo sus pies abundante paja; díle el pienso de heno mezclado con trigo en gran abundancia, y se le cepilló y peinó cuidadosamente. El animal comía bien, y sometíase sin resistencia á todas las operaciones; de modo que yo empezaba á obtener mi objeto; mas al cabo de muchos días, cuando mandé sacarle, pude observar con disgusto que el animal no había cambiado en nada y que era tan esquivo y perverso como antes. Este cuadrúpedo parecía no reconocer diferencia alguna entre su nuevo amo y los grandes lobos que á veces atacan á esos caballos en las llanuras, aunque con frecuencia son rechazados, quedando algunos de los suyos tendidos en tierra, porque sus contrarios se defienden valerosamente. En rigor podría decirse que esta especie tiene algo de todas las demás.

Cierto día, hallándome en Arizona, quise montar uno de estos caballos, perteneciente á un jefe indio, y recorrí á galope rápido la distancia de veinticuatro millas, á mediodía y á través de un desierto arenoso. El calor era sofocante y habría sido suficiente para rendir á cualquier otro caballo. Al fin de la jornada quedé convencido de que aquel animal valía mucho para semejantes excursiones, y no espero encontrar otra montura que se pueda igualar por tal concepto. Siempre se mantuvo firme como una roca y no sudó más de lo natural. No se ha de juzgar un caballo por lo que pueda hacer, sino por la mayor ó menor facilidad con que lo hace. Los mejores ejemplos de jinetes y caballos que he tenido ocasión de mirar fueron los vaqueros y sus monturas, y con frecuencia he pensado que estas últimas valían más que aquéllos.



CABALLO DEL NOROESTE DEL CANADÁ

La edad de oro del bronco ha pasado ya hace lo menos veinte años, época en que la gran corriente sajona invadió aquellas verdes llanuras. Muy pronto se le sometió al yugo y acabaron sus glorias; de vez en cuando aún se ve alguna manada, que huye ante el hombre; pero la libertad de la especie no es ya más que un recuerdo. Sin embargo, la domesticidad de esos caballos es más aparente que verdadera, y cuando un vaquero conduce la yeguada al corral, nótase poca diferencia entre el individuo salvaje y el que está sometido al yugo. Para encontrar el caballo de pura sangre salvaje se ha de ir á las llanuras del Sud; si se le ve en otra parte, se podrá asegurar sin temor de engañarse que el hombre le ha transportado allí y que más tarde recobró su libertad. He tenido asunto para extenderme en reflexiones sobre las causas del diverso desarrollo de los broncos bajo diferentes condiciones; pero tal vez sean defectuosos algunos de los juicios que he formado, pues trátase de una materia que no ha sido muy bien investigada por ninguno de los hombres que aquí podían estar bien ilustrados sobre el particular. No debe olvidarse tampoco que la dificultad aumenta á medida que los años pasan, porque los caballos son trasladados de un punto á otro, se cruzan con otros del país, y de este modo al cabo de algún tiempo presentan un tipo homogéneo. Las soluciones de estos problemas se deben reducir siempre á miras personales, que pueden ser más ó menos acertadas.

Lo cierto es que de todos los monumentos que los españoles han dejado para glorificar su reinado en América, no habrá ninguno de tanto valor como su caballo. No obstante, he conocido persona que se esforzó para refutar este aserto, asegurando que los españoles habían dejado muy poco para glorificar su dominio en América, como no fuese algunas míseras jacas de muy poca utilidad. La verdad es que los caballos españoles se encuentran hoy á miles desde la ciudad de los Motezumas hasta las regiones de las nieves perpetuas; constituye una verdadera riqueza, y tienen la mayor importancia para el país.

En el territorio indio, en Arkansas y Misurí, hay un caballo que llaman «jaca cherokee,» cuadrúpedo peculiar del país. De escasa alzada, tiene generalmente en el pelaje manchas de varios colores, abundante crin y espesa cola, observándose que la cabeza y las piernas no presentan el mismo tipo que en el



YEGUAS ESCARBANDO LA NIEVE

bronco. Yo sé que la especie procede del Este, aunque algunos no lo creen así. De todos modos es un bonito cuadrúpedo, aunque pequeño, que se adapta fácilmente á las condiciones del país donde vive. En los mercados orientales se le aprecia mucho, y utilízase en particular para muchachos y carricoches.

El lugar más favorable para hacer un estudio de la jaca es el campamento indio, porque los indígenas se conforman siempre con los fines de la naturaleza en cuanto se refiere á su elección; y además de esto, permiten á los caballos comer las hierbas más verdes que puedan encontrar en el verano, dejándoles roer los troncos de los algodoneros silvestres durante el invierno, sin que nadie se oponga. De este modo, la jaca es un reflejo de la naturaleza, que se adapta muy bien á todas las condiciones que le rodean.

El hombre de la raza roja, acostumbrándose al fin á no luchar contra la naturaleza, se ha resignado á proceder como ella, sometiéndose á sus leyes. No guarda forraje para el invierno, y confía en la corteza de los árboles para alimentar á sus caballos; pero con frecuencia hállase en grandes apuros para conseguir que sobrevivan al invierno. Se me ha dicho que en el noroeste del Canadá los indios llamados Pies Negros compran á veces grano para sus jacas; pero esto no se puede creer apenas, atendido que solamente el coste de una fanega de avena arruinaría á cualquier individuo de la tribu. Si cualquiera viese uno de estos caballos en el Noroeste poco antes de brotar las primeras hierbas, seguramente le compadecería, pues no tiene más que la piel y los huesos; pero cuando las praderas se cubren de verdor, aquellos cuadrúpedos se desquitan del hambre que han sufrido, su pelaje vuelve á estar lustroso, la crin se espesa y el caballo está dispuesto otra vez á franquear con su salvaje amo largas distancias, ó á ocuparse en los trabajos en que pueda ser útil. Sin embargo, no se ha de creer que entonces la jaca india es el caballo ardiente y saltador que algunas novelas nos pintan; no se espere ver en él cuello arqueado, gracioso contorno y sólidos miembros, pues nada de esto existe sino en el papel. Será todo lo salvaje y resistente que se quiera, pero no un tipo hermoso. La cabeza se une con el cuello como las dos partes de un martillo; tiene las piernas finas como las de un ciervo, pero el vientre abultado á causa de la gran cantidad de hierba que consume; los cuartos traseros son á veces algo deprimidos, y la crin y la cola bastante ligeras. El



GRUPO DE CABALLOS BRONCOS, ATACADOS POR LOBOS

indio no acostumbra á cuidar mucho á su caballo en la cuadra, aunque algunas veces se le encuentra montado en una jaca que llama la atención por sus salvajes adornos. Cierto día encontré á un individuo de la tribu de los Pies Negros que me llamó la atención por lo mucho que había engalanado su caballo, que llevaba entre otras cosas adornos de plata y plumas.

A medida que se avanza por el noroeste del Canadá, obsérvase que el interminable frío de los inviernos ha producido sus efectos y que el caballo es pequeño y raquítico. Aquellas extensas llanuras no son ciertamente nada propias para la cría del ganado caballar, lo cual no quiere decir que la especie que allí se encuentra no pueda resistir bastante bien la rigurosa temperatura del invierno. Nunca se ha dado el caso de que ningún caballo de los indios, á menos de estar sólidamente atado á un poste, se muriera de frío. Con sus pies delanteros escarba la nieve á una profundidad sorprendente, á fin de arrancar las hierbas secas; y de un modo ú otro se arregla para salir del invierno, á pesar de las siniestras profecías de los que aseguran que el animal no puede vivir más de una semana en semejantes condiciones.

La jaca india debe reconocer con disgusto que no es solamente útil como bestia de carga, y que sus salvajes dueños de las Montañas Pedregosas la juzgan excelente como alimento. Los indios shoshonces buscan principalmente el caballo para comer su carne; los indios de las llanuras tienen el búfalo, y excepto en casos extremados pueden dejar la vida á los animales que les sirven para el transporte.

Los apaches no fueron nunca muy aficionados á los caballos, y siempre los abandonaron muy pronto para recorrer las montañas á pie. En remota época, las excursiones que hacían en las fronteras de México tenían solamente por objeto apoderarse de caballos malos y carneros para su alimento. En los verdes valles del noroeste de las Montañas Pedregosas, circuidas de altas cordilleras, la cría caballar era productiva y persistióse en ella. La especie llamada *cayusa*, jaca de muy buen aspecto, tomó su nombre de una tribu y pronto se diseminó por todo el país. Como era casi imposible que los indios se robaran unos á otros sus caballos, esto fué un estímulo para perpetuar las buenas cualidades de los que se juzgaban mejores.

El cayuso, generalmente rodado, tiene una tendencia á serlo siempre; es muy fuerte, de gran desarrollo muscular, y el único bronco que tiene los cuartos cuadrados. Su alzada es regular, y aunque no tan activo como el caballo de Texas, es mucho más vigoroso. Esta especie fué el mejor bronco para los ganaderos de montaña y del Noroeste, y el caballo de este último punto es muy apreciado para el transporte; pero dichas cualidades no son todas propias del cayuso, sino de una especie importada hace largo tiempo del Oeste, conocida con el nombre de caballo de Oregón y que era producto del *mustang*.

En resumen, diré que el bronco está destinado á ser un elemento de importancia en el continente, aunque solamente fuera por el inmenso número de individuos de la raza. En todo el Oeste se le encuentra en las yeguadas del país; pero en los dos primeros cruzamientos que con él se hacen, los resultados no son muy favorables. Hoy día, sin embargo, se obtiene un caballo de alzada regular, con sus defectos corregidos, y en conjunto presenta el tipo de las yeguas francesas del Canadá, que para los usos prácticos son los mejores caballos que jamás se produjeron en América. El bronco no es ya el cuadrúpedo defectuoso de sus llanuras natales, sino que tiene formas redondeadas en todas las condiciones que pueden hacerle aceptable á los ojos del más exigente. Yo lo he visto con frecuencia en el Parque Central, y he quedado muy satisfecho de su estampa y condiciones. A menudo se encuentra un pesado furgón tirado por dos de esos caballos, y es de notar la facilidad con que franquean distancias de muchas millas en un solo día sin manifestar señales de gran cansancio. Yo opino que esa especie sería el *non plus ultra* para la caballería ligera. En el Departamento de Arizona se han empleado muchos caballos de California; y aunque algunos oficiales aseguran que no son tan recomendables como el americano de pura sangre, me aventuraría á decir que serían muy útiles si se destinaran á caballería ligera y no al arrastre.

En cuanto á inteligencia, el bronco no tiene igual, como no sea la mula, aunque la comparación es impropia, porque este híbrido se distingue por un extraordinario desarrollo del cerebro, como en compensación de la belleza de que carece. Yo creo que el bronco puede haber aguzado sus sentidos en el estado salvaje; mientras que en la domesticidad se distingue por su obediencia, aunque se defiende con la mayor tenacidad y opone gran resistencia cuando lucha contra el hombre que trata de domarle. Solamente aquellos que han montado un bronco la primera vez que se le ensilló, ó que han sobrevivido al accidente ocurrido en alguna línea del camino de hierro, pueden formar idea de lo peligrosas que son las pruebas.

La más apreciable cualidad de este caballo es su resistencia en el andar, y esto consiste principalmente en que tiene «el estómago muy duro.» No come grano durante los períodos del crecimiento ó del desarrollo, y no se ha obligado á su estómago á nu-



CABALLO ESPAÑOL DEL NORTE DE MÉXICO

trir artificialmente el sistema más de lo que pueda convenir.

Hace algunos años llegué á una estación del valle de San Pedro en Arizona, y allí me llamó la atención un caballo mexicano que parecía estar á punto de morir reventado á causa de la enorme distancia que acababa de recorrer; estaba cubierto de polvo é inundado de sudor, y de vez en cuando abría la boca, como si el alma se le fuese á salir por allí. Yo estaba seguro de verle caer muerto antes de salir de la estación; pero más tarde me dijeron que estaba tranquilo y que ninguno de aquellos caballos se moría por correr mucho.



YEGUA INDIA

Como caballo de silla, el bronco no tiene igual; sus movimientos no pueden ser más uniformes y regulares: se le puede enseñar fácilmente ese trote de la zorra, que es el paso habitual del hombre de la llanura, del vaquero y del indio, y muy pronto se acostumbra á la marcha que á su jinete le convenga más.

Este caballo americano tiene, por último, otra cualidad que le hace en alto grado recomendable, y es su pintoresco conjunto. Reanima singularmente, y parece comunicar nueva gracia al paisaje en los puntos por donde circula, y no precisamente porque nos recuerde el ideal equino, sino porque es producto del país y ha pasado por todas las vicisitudes de que hacen mención las interesantes crónicas de la frontera occidental.

Cuando vemos al bronco detrás de un furgón, sujeto á éste por la brida ó por el ronzal, nos parece una protesta viviente contra el utilitarismo; pero al menos no se extinguirá como sus antiguos amos, los hombres de la raza roja. Su raza ha sobrevivido al árabe, al conquistador español, al indio salvaje, al montañés y al vaquero; las glorias de éstos han pasado ya; pero el bronco subsiste, y ahora debe entrar en un nuevo régimen. Es preciso que revista los arneses de la nueva civilización, y que se gane el pienso con el sudor de sus ijares.

Traducido por E. L. VERNEUIL.

NOTICIAS DE AMÉRICA

Después de la aprobación de la ley sobre la plata, Mr. Teller, senador por Colorado, presentó al senado una proposición que fué remitida al estudio de la comisión de Hacienda. Dicha proposición declara que es la política determinada del gobierno de los Estados Unidos usar oro y plata como moneda de curso legal. También se le propone al presidente á que invite á todos los gobiernos de los países de la Unión Latina y los de aquellos otros países que crea conveniente, para que junto con los Estados Unidos concurran á una conferencia con el objeto de adoptar una proporción común entre el oro y la plata para establecer entre dichas naciones el empleo de dinero bimetálico y dejar asegurado de una manera fija el valor relativo de ambos metales. La conferencia se reunirá en el lugar en que lo determinen los representantes de los gobiernos que á ella concurran. Cuando, á juicio del presidente de los Estados Unidos, haya entrado á formar parte de este convenio internacional un número suficiente de naciones, se declarará que la proporción fijada es la que hoy existe en los Estados Unidos. El presidente nombrará no menos de tres ni más de cinco comisionados para que asistan á dicha conferencia en representación de los Estados Unidos, que recibirán por ello $ 2.500 y gastos, siempre que éstos sean razonables.

* *

En la última sesión de la legislatura del Estado de Nueva York se votó una ley para la reforma del escrutinio, dando las garantías más completas al secreto del escrutinio, y por consiguiente, á la libertad del voto.

La legislatura federal se ocupa hoy de una medida análoga y tiene grandes probabilidades de llegar á ser ley para todas las elecciones que se verifican bajo los auspicios del gobierno federal. Esta medida, tomada en cierto modo de las leyes electorales vigentes en el Canadá y en Australia desde hace muchos años, excluye por completo de las oficinas de votación los agentes electorales y á todas las personas, sean cuales fuesen, que puedan intimidar ó sobornar al votante. No se admitirán sino los boletos impresos por el gobierno, y desde el momento en que el votante entra á la oficina recibe su boleto de un agente, no pudiendo conseguirlo en otra parte La ley exige que el elector se retire solo á una pieza especial para que allí haga secretamente su elección entre los candidatos que le conviene de la lista completa que le ha entregado el agente jurado.

Por medio de estas disposiciones y de las medidas secundarias que se toman para asegurarse de su ejecución, el elector se encontrará de esta manera libre de toda presión y entregado á su propia iniciativa, puesto que el corruptor electoral no podrá emplear medio alguno para impedir el ejercicio de su libre albedrío, porque la ley dice que todo boleto que lleve una marca que no sea la que el votante está autorizado á poner frente al nombre del candidato que ha escogido, queda, por este hecho, anulado y tenido como fraudulento.

No hay que decir que el partido democrático, que tan notoriamente se aprovechó en los grandes centros de los Estados del Sur del sistema que esta ley trata de corregir, pone el grito en el cielo y se indigna de que se quiera, al parecer, poner un freno al libre ejercicio del sufragio. Sin embargo, esta virtuosa indignación no parece conmover en lo más mínimo á la mayoría republicana que, como dijimos más arriba, ha resuelto darle al clavo en la cabeza y parece determinada á querer rodear el sufragio de todas las salvaguardias que le han faltado desde que gentes poco escrupulosas se propusieron emplear esos artificios.

EL CORREO EN UN AÑO

Según el informe recibido por el director general de correos de Nueva York de los jefes de los distintos departamentos de aquella oficina, la cantidad de materia postal que se ha recibido y despachado allí durante el año que terminó en el 30 de junio de 1890 es asombrosa. El número total de piezas repartidas por los apartados y repartidores alcanzó á 323.919.702. En el departamento de cartas certificadas se repartieron 1.384.332 piezas entre correspondencia del interior y del extranjero.

En el departamento de distribución llegaron 633.016.649 piezas, divididas en cartas del interior, recibidas por el correo, extranjeras, tarjetas postales, etc. El total de piezas postales de todas clases que pasó por este departamento durante el año alcanzó á 960.115.160, que da un término medio de 2 918.392 por día.

La materia postal ordinaria se puso en 1.090.338 valijas selladas y 3.120.174 sacos, incluyendo el correo del exterior, que se recibió en 125.437 sacos, y se despacharon para el exterior 144.330 sacos. Además de esto, pasaron por el correo 7.752 cajas y 104.048 valijas de cartas certificadas, y 5 009 valijas y 42.612 sacos de mercancías. Por la misma oficina pesaron en tránsito 5.073.879 valijas, cajas y sacos ó sea un promedio de 15 422 bultos diarios, sin contar el movimiento de las 19 estaciones secundarias entre sí y con las oficinas principales.

El total de giros postales emitidos alcanzó á 1.135.985, y el de los pagados á $ 9.768.154'63, más 986.127 notas postales por valor de $ 1.280.912'83.

El valor total de giros emitidos y pagados por las diez y nueve oficinas sucursales y secundarias alcanzó á $ 3.573.467'60 y el número de notas postales á $ 196.279'58. El valor total de las transacciones hechas en el departamento de giros postales durante el año alcanzó á $ 96.230.644'90, lo que demuestra un aumento de $ 8.607.717'55 sobre el año anterior. El total de ingresos fué de $ 6.026.982'11 y el de gastos $ 2.265.579'12, lo que indica un aumento de más de $ 596.811'27 sobre el año anterior, es decir, casi un 10 por 100.

(De *La Ilustración Norte-Americana*).



EL BRONCO EN EL PASEO

BOCETOS MARÍTIMOS

RUMBO DIRECTO

Sostienen algunos partidarios de las frases, de ese sistema de locución que sirve el ingenio en píldoras, más ó menos doradas, sostienen que «la distancia más corta entre dos puntos es la recta que les une;» los matemáticos, los modernos Danieles, para quienes todo el mundo es Baltasar y nos apuran con sus eternos *mane, tecel, fares*, han tomado la frase en serio, dicen que es un axioma, y ¡guay de aquel mal aconsejado mortal que dude!: de una jaqueca, por lo menos, no le libra ni la Paz y Caridad. Pues bien, señores frasistas y matemáticos: para mí ese axioma será tal, si ustedes quieren, en las regiones etéreas; en las inexploradas regiones del éter, que también puede decirse; pero lo que es aquí, en este bajo mundo, ni lo que dice es verdad ni ese es el camino. Como se demuestra con hechos á cada paso, que por lo regular es también un gazapo. Véase en nuestro país el ramo de ferrocarriles: parece á primera vista, y cualquiera lo diría, que esas vías de comunicación se hicieron para abreviar las distancias entre dos ó más puntos, y ese fué, sin duda, el objeto principal de su instalación; pues así son ellas rectas como yo obispo, y sin embargo, con sus curvas inverosímiles y precisamente por ellas, buenos cuartos han proporcionado á varios personajes que obrando con rectitud no los hubieran visto, y buenas actas de diputado á otros que nunca á derechas ó por derecho las hubieran obtenido. Esto por lo que hace á lo físico, que en lo moral es todavía más palmaria la falsedad del supradicho axioma: véase, si no, el caso frecuentísimo del joven enamorado de las dotes ó de la dote de una chica, ó de ambas cosas, que también ocurre y concurren, á veces; parecía natural que el citado joven se dirigiera á la muchacha manifestándole de palabra ó por escrito su atrevido pensamiento y el buen fin que le guiaba, y que la interesada diera directamente al derretido mancebo el anhelado *sí*, como dicen ellos, ó el *no* asesino, ó el usual *qué sé yo;* pues casi nunca suceden así las cosas, según referencias fidedignas que yo tengo, sino que es preciso decírselo á mamá, que empieza ya á ejercer de suegra desde la barrera, ó ir al papá con la embajada, ó á una tía cualquiera; en fin, nada de líneas rectas ni siquiera para ir al altar.

Decían los antiguos que «la naturaleza tiene horror al vacío;» luego se ha probado que ese es uno de los pocos horrores que no existen en la naturaleza, pero está por nacer el Torricelli que demuestre que la humanidad no tiene horror á la línea recta, y lo que es de un axioma así, fundado en horrores, me río yo, es decir, no me río porque maldito el caso que le hago, siguiendo en esto la marcha general de los individuos y de los pueblos: será el camino más corto, confesémoslo, siquiera para evitar la lata de una demostración, pero nadie lo sigue, ni debe seguirlo si está decidido á llegar al fin que se ha propuesto.

El código de esa aspiración constante de la humanidad doliente, es decir, de toda la humanidad, está encerrado en el que llaman de buena crianza, en las buenas formas que, según se desprende de las reglas en él contenidas, consisten en el ángulo y en el *zigzag*, como los rayos dibujados, nunca en la línea recta, ni menos en la curva disimulada... ¡y luego hablan de las graciosas curvas de esto ó de las otras! Para saludar á un caballero, «beso á usted la mano;» para saludar á una señora el beso es más grave, se dirige á los pies; y así todo Es la farsa llevada á su mayor grado de esplendor.

Los buques, ó séase *en* los buques, no se han librado de esa universal manía de despreciar la línea recta, el rumbo directo, y cumplidos y otras zarandajas los habrá en el mundo, pero más que á bordo no, ¡aparta pálida sombra!; antes morir No hablo de lo cumplidos caballeros que son todos los navegantes, ó la mayoría de ellos; ni de los cumplidos de barco, que así se llama en éstos también á la eslora ó longitud del casco; ni hablo ahora de los marineros que reciben su licencia y están cumplidos; me refiero sólo á *os comprimentos casteçaos*, á esas formulillas inventadas para perder el tiempo, y muchas veces la ocasión, pero sin las cuales no podríamos vivir los españoles, ni siquiera embarcados, que es otra fórmula inventada para vivir poco y mal.

Sucede, pues, que allí, en los barcos, pocas cosas pueden hacerse como Dios manda, sino que es preciso, para no quedar mal, hacerlas como mandan los hombres, valiéndose de todo género de rodeos y circunloquios; nada por la línea recta, aun cuando nadie puede dudar de la rigidez, más que rectitud, y de otras apreciables cualidades que adornan á la mayoría de los que se dedican al tan noble como mal comprendido ejercicio de la tripulación; tan mal comprendido hoy día con los acorazados monstruos, los cruceros todo máquina y los tormentosos torpederos, que mucha gente cree que es divertido todavía, y un notable escritor marítimo inglés, testigo de mayor excepción en la materia, decía hace poco: «Cada día va siendo más difícil explicarse por qué habiendo cárceles y manicomios, en los que se ingresa con relativa facilidad y donde se trata bastante bien á los reclusos, haya todavía quien prefiera seguir la carrera de marino» Puede que por eso mismo, para distraerse algo, se conserven á bordo tantas prácticas reñidas con la realidad y la naturalidad y la utilidad.

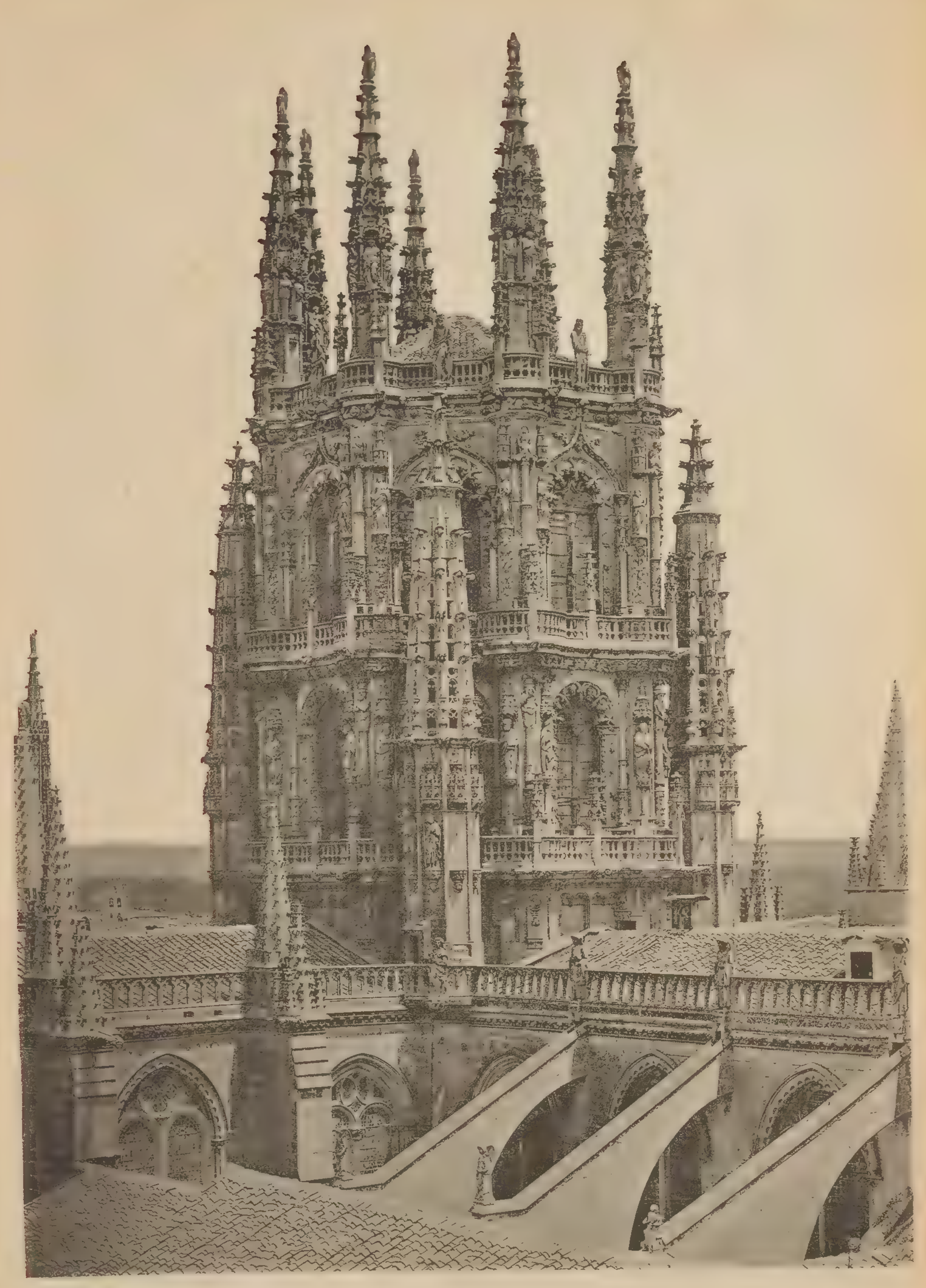
No diré mucho de los tiempos aquellos felices – de los que algún trasunto se conserva en antiguos tratados de maniobras y faenas de mar, – en los cuales no se contentaba la gente con menos que con poner por actores de ellas á Dios y á Santa María, que si aún no era inmaculada entonces, dogmática ú oficialmente al menos, era ya una señora, digna, como tal, de toda clase de respetos. Yo he leído, no sé dónde fijamente, pero sé que fué en un libro viejo, que para *virar por avante* en los buques de vela, que es una evolución marinera muy bonita y de las más difíciles, las voces de mando que daba el oficial desde la escala de guardia eran las siguientes: *¡Allá va con Dios!*, como de atención; luego, en el momento preciso: *¡Larga y cambia en medio!* Cuando empezaba á caer el barco, si es que no faltaba la virada, como ocurría con frecuencia, á pesar de la invocación inicial, había que gritar *¡Bendita sea la Virgen!*, y por último, *¡Caza escotas de foque! ¡hala bolinas!*, y á vivir; con cinco voces de las cuales pudiera muy bien haberse ahorrado dos, y me quedo corto, como se ahorraron luego y se ahorran hoy en que se sigue virando por avante y siguen faltando muchas viradas, sin que la divinidad tenga responsabilidad en el fracaso ni gloria directa en el éxito favorable. Verdad es que el achaque ese de hacer intervenir en todo á los *altos poderes*, no era privativo de la marina en aquellos tiempos citados, pues ahí está, que no me dejará mentir, la obra clásica de artillería titulada *Práctica manual*, en la que su ilustre autor D. Luis Collado aconseja á los artilleros que al poner el cartucho en la pieza «hagan la señal de la cruz,» cosa que los mejores tácticos modernos opinan que no tiene nada que ver con el alcance y demás cualidades de los cañones ni con el éxito de las batallas, pudiéndose muy bien prescindir de ella.

No digamos ya más de aquellos tiempos felices, y pasando como sobre ascuas por los otros más próximos en que se mandaba la carga de un fusil en ONCE voces, abusando también del tiempo y... del espacio, lleguemos á estos ya debidamente *renseignés*, que aquí quiere decir escarmentados, para no asustarnos de nada, aunque algo nos cause extrañeza por lo anacrónico que resulta en una época en la que todo tiende á simplificarse, saliendo de los senderos tortuosos de la rutina para entrar en las amplias vías del progreso, que es la comodidad hermanada con la sencillez, ó miel sobre hojuelas; como si dijéramos, quitando á la frase todo color político, el orden hermanado con la libertad y sin desfalcos pecaminosos en Ultramar ni irregularidades criminales en la península é islas adyacentes. Rumbo directo á la felicidad

Pues en marina, y lo que diga de la española puede aplicarse en gran parte á las demás, se conservan cuidadosamente muchísimas antiguallas que sobre ser molestas para quien ha de vivir sometido á ellas, están en desacuerdo tan completo con las necesidades y costumbres modernas, que dejan boquiabierto y patitieso al que de improviso se entera de que persisten; antiguallas que desaparecerán si la marina ha de ir á alguna parte, ó que serán modificadas en con-



CARMENCITA, cuadro de J. de Sanctis, grabado por Bong



CIMBORRIO DE LA MAGNÍFICA CATEDRAL DE BURGOS

IMPRESIÓN FOTOTÍPICA



OLOT, cuadro de Laureano Barrau

IMPRESIÓN FOTOTÍPICA

sonancia con las vías amplias de que hablé antes, y que no son la gran vía; pero que mientras subsisten la mantienen hundida en una fama de anticuada y rutinaria que no hay por dónde cogerla, cuando en realidad de verdad, como dicen otros anticuarios, habrá sus hombres rémoras, como los hay en todas las corporaciones, pero también los hay muy bien dispuestos y que están á matar con todas esas ranciedades, más propias de la *Vida y hechos de Simbad el Marino* ó de cualquier otra historia maravillosa escrita para distraer á los niños y dormir á los adultos, que de una institución formal que representa con merecidos títulos un papel importantísimo en la vida de las naciones. ¿Que estos hombres no han llegado aún á la esfera ejecutiva? Pues ya llegarán, y en paz y jugando, y adelante.

Por de pronto nos encontramos con una multitud de alféreces de navío y tenientes de navío y capitanes de navío, cuando hace ya bastante tiempo que no existen navíos ni se piensa en ellos; y capitanes de *fragata*, cuando las últimas están dando ya las boqueadas sin dejar sucesión, que se sepa. Es como si en ejército á los capitanes de infantería se les siguiera llamando capitanes de los tercios de Flandes, porque en tiempos hubo tercios y compañías, como en otros hubo legiones y centurias, y porque en tiempos hubo Flandes, y hasta manteca de Flandes, como hoy existen Holanda y mil menjurges untuosos que contienen sebo y margarina. Digo yo que el conservar aquellas denominaciones no será sólo para sumergir en un mar de dudas á los que las oigan sin estar en el secreto, ni tampoco debe de ser porque resulten insustituíbles, pues ni por propias ni por precisas lo son ni lo parecen; y cuanto á la tan cacareada uniformidad intermarítima ni existe ni hace falta, pues ninguna Armada tiene, por ejemplo, nuestros *tenientes de navío de primera clase* (con todo eso no se quiere decir más que *comandante*), ni nosotros tenemos *capitanes de corbeta* como otras, y... ni envidiados ni envidiosos. Hay que desengañarse: el padre del cordero, y no miento á la madre por variar algo el dicho usual, es ese afán constante, notado ya y censurado, de no hacer nada á derechas, de no seguir nunca el rumbo directo, sino pensar en enigma, hablar en charada, obrar en jeroglífico y así sucesivamente hasta el caos troglodita.

Por supuesto, que si la emprendiéramos por este camino no sé cuándo ni dónde pararíamos, como le ocurriría, poco más ó menos, á cualquier digno compatriota que se propusiera dar á luz los *esfuerzos del ingenio* á que aquí se apela en todos los ramos del saber humano, cada uno en el que cultive, para demostrar que estamos, y muy á gusto por cierto, á la altura del chico aquel del cuento: sabemos leer, pero no sabemos pronunciar; conocemos el mal, pero *no nos da la gana*, también muy español, de remediarlo. Yo sólo hablo de marina, y de ésta, para probar mi aserto de nuestra invencible debilidad por el tropo en acción, me bastará tomar algunos ejemplos de lo que pasa en orden á cumplimientos y homenajes; detalles interesantísimos de la vida de á bordo, según se verá, y que probarán con lo ya expuesto, sin penetrar en el *sagrado* de la organización, que no sólo de pan vive el hombre, sino que también le alimentan mucho otra porción de piltrafas, *hors d' œuvres* pudiéramos llamarles, que parecen granos de anís y no son, sin embargo, mocos de pavo. Y no se me venga alguien diciéndome que estas cosas son *peccata minuta*, pues aparte de que en la milicia hay una nube de cosillas, al parecer, que son cosazas (véase «Dabán y su carta», poema en muchas jornadas y un castillo); aparte de eso, yo le diría al argumentista *pobre hombre*, en lugar de llamarle *hombre pobre*, y con sólo esa leve transposición se pondría probablemente hecho una furia, aunque, en efecto, no tuviera un cuarto: en el siglo este del microbio patógeno no hay nada despreciable, por pequeño que sea.

Ya en el libro que escribí hace años y que obtuvo del público una acogida que nunca agradeceré bastante, aunque la agradezco mucho (1), dedicaba varios parrafillos á estas cosas y me quedaba estupefacto ante el afán de las salvas, *verbi sin gracia*, que hacían los barcos á cada momento, gastando en humo mucho dinero, estropeando siempre los cañones y los hombres á menudo, lo cual es más sensible, y sin que resultara ventaja positiva para nadie; me extrañaba también de ciertos saludos *á la voz*, que llaman, en los cuales se sube toda la marinería á la jarcia y á las vergas, y desde allí, en una posición muy simétrica y hasta vistosa, pero muy incómoda y expuesta, contesta á varios ¡vivas! esto ó lo otro, que da el oficial de guardia desde el puente; maniobra que fuera de algunas caídas y otras averías, no se sabe que haya servido para que viviera un momento más, á pesar de las voces, lo que estuviera condenado á muerte, ni para que llegara á octubre lo que estaba de Dios que cayera en septiembre, pongo por caso. Bueno; estas dos extravagancias van desapareciendo, no gracias á su propia insubstancialidad como parecía natural, sino porque el artillado y el aparejo de los buques modernos no se prestan tanto á esos cuadros de zarzuela de magia, – fuegos artificiales y rigodones aéreos; – quedan, empero, otras mil que no enumeraré, porque nadie se recrea hablando de lo que lamenta, pero citaré algunas, y ojalá cada uno hiciera otro tanto en las materias que alcanzara, pues en todas hay casos. *Fais ce que dois*... No me digan Vds. nada del cuidado constante con que es preciso andar en lo de babor y estribor; éste es el de preferencia, el lado caro pudiéramos decir, el de los jefes, oficiales y ciertas clases; el otro, el de babor, es el de los niños y soldados, lo mismo en cubierta, que en escalas, que en botes, que en todo; allí el señorío, aquí el pueblo, y... cuidadito con equivocarse, porque aun cuando en realidad no ocurra nada de particular en caso de equivocación, ni nunca haya tenido el hecho consecuencias legítimas, ni pueda tenerlas, las formas convencionalísimas, las piltrafas del banquete social, sufren extraordinariamente. Claro es que hay y debe haber en el mundo cierto tencontén y cierto cuidado en no molestar al prójimo, en no dar pisotones á la gente, ni echar á los demás en la cara el humo del cigarro que estamos fumando, desde luego; pero de eso á ponernos en tortura para crearnos dificultades y motivos de disgusto, media un abismo moral, el que media en los buques entre las bandas de estribor y babor; infranqueable, so pena de crear graves conflictos de clase (¡!) y terribles choques de categorías (¿?) ¿Y de las charreteras? ¿Qué me dicen ustedes de las charreteras? ¿Nada? Pues yo sí digo. Ustedes creerán, y si las han usado lo jurarían, que son unos artefactos anticuados, incómodos y antiestéticos que sólo constituyen un gasto y un estorbo más; y en cuanto crean Vds eso, estarán Vds. en lo firme, sí, señor, pero enfrente de mucho personal marítimo que asegura que las charreteras es algo así como un privilegio gracioso llovido del cielo expresamente sobre el que goza la dicha insigne de echársela á cuestas, que *ipso facto* y *velis nolis* adquiere cierta superioridad guerrera ó científica ¡vaya V. á saber! que lo coloca muy por encima de aquellos otros infelices seres que llevan los hombros al natural ó adornados con un modesto cordoncillo. ¡Mire V. que la influencia que tendrían las charreteras de Nelson en el éxito de Trafalgar, y las de Colón en el descubrimiento de América, y las de Mendoza y Jorge Juan en el talento de estas glorias de la marina española!...

Pues lo mismo pasa con otras muchas cosas, y no cito más por hoy; que bastantes he citado para el que me quiera entender y demasiadas quizás para el que puede remediarlas y las va remediando; justo es confesarlo y grato al mismo tiempo. No digo más porque ya que «aquí no hay crítica,» como sostiene el sesudo Palmerín de Oliva en una de sus amenas «Palabras y Plumas» de la *Revista Contemporánea*, y dice muy bien, según la *Review of Reviews*, de Londres, y yo y otros, no quiero echar margaritas á criticastros que todo lo tergiversan y confunden, trocando en ataque lo que es consejo y convirtiendo en cizaña lo que sólo es expresión de buen deseo.

En fin, que para llegar adonde uno se ha propuesto ir, así por mar como en tierra, y siempre aspiramos á lo mejor, es preciso ir prescindiendo de rodeos que ya no engañan á nadie y adoptar el rumbo directo sin desperdiciar las fuerzas en pequeñeces, desterrando todo ese fárrago insufrible de antiguallas, algunas respetables y todas inútiles, que constituyen una formidable y pesadísima impedimenta: al agua lo que sobre, á ver si *sobre-nada*, y adelante lo demás; aferrarse á otros procedimientos por sistema y sin mirar á lo positivo es plagiar al vendedor ambulante de Sevilla que se engañaba á sí mismo y engañaba al público pregonando en complicadas canturias mercancías que no tenía, y cuando alguien lo increpaba por ello, contestaba al punto:

¡Lo primero es no perder la *toná!*

Federico Montaldo

(1) Desde la Toldilla. *Impresiones y bocetos marítimos.* Madrid, 1887.

EL GRISÚ

El día 29 de julio último, en el pozo de Villeboeuf, cerca de Saint-Étienne, una terrible explosión de grisú ocasionó más de 150 víctimas y siete días después un incendio causaba en el mismo sitio 12 víctimas más.

La cuenca del Loire es la que mayor contingente aporta al martirologio del trabajo de las minas de Francia, pudiendo citarse entre las más recientes catástrofes la de 1876, ocurrida en Jabín, que causó 189 víctimas, número que sólo ha sido superado por las de Oaks Colliery, Inglaterra (1866), y de Frameries, Bélgica (1883), en las que perecieron respectivamente 361 y 600 mineros.

Los desastres de este género son muy frecuentes: según una estadística del *Times*, el grisú ha producido desde 1837 á 1887 en el Reino Unido 60.000 víctimas, entre ellas 11.000 muertos; en Francia, en setenta años, ha habido 1.520 muertos y 1.374 heridos.

Á pesar de los progresos de la ciencia y de la industria y de los incesantes esfuerzos de los hombres de ciencia para combatir este azote, cada vez que ocurre una de esas catástrofes surgen las mismas preguntas: ¿Qué causa la ha motivado? ¿Sobre quién ha de recaer la responsabilidad? ¿Se habían adoptado las precauciones necesarias para prevenir tal accidente?

Por desgracia, el grisú burla todos los medios á que se recurre para combatirlo: unas veces envuelve progresivamente al minero, otras cae sobre él con ímpetu; en el primer caso se escapa lentamente de la hulla á consecuencia de una depresión atmosférica, pero entonces puede ser arrastrado con el aire por medio de aparatos de ventilación; en el segundo se acumula en ciertas cavidades llamadas *sacos de grisú*, en donde adquiere una presión hasta de 15 atmósferas y aun de 30, como las que Mr. Lindsay-Wood ha podido medir en algunas minas inglesas.

La idea de los *sacos de grisú* debería, al parecer, ser desechada, á juzgar por lo que en una interesante memoria presentada á la Academia Real de Bélgica dice M. Cornet, hábil ingeniero de minas de ese país. Según él, el grisú se encuentra á menudo en las grietas de las rocas que limitan las capas de hulla, pero donde principalmente se halla es en el carbón mismo. De aquí que en las capas inferiores tenga una presión de varias atmósferas, estado que hace en cierto modo *explosivo* el carbón. Cuando á una superficie mayor ó menor de una de estas zonas de carbón que contiene grisú se la sustrae á la presión ejercida por las rocas en que está encajonada la capa de hulla, lo que acontece cuando llega allí una galería, el grisú se desprende con violencia y estrépito, rompiendo, pulverizando y lanzando la hulla que lo contenía. En muy poco tiempo, el movimiento se transmite hasta las profundidades de la capa, en la cual se encuentra más tarde una excavación correspondiente al carbón pulverizado, *cuya existencia ha hecho creer que los desprendimientos instantáneos del grisú eran debidos á cavernas en donde se hallaba aprisionado el carbón inflamable.*

Sea cual fuere la hipótesis que se admita, hay que confesar que no existen procedimientos para combatir con seguridad á este terrible enemigo, y así hubo de reconocerlo, después de cinco años de estudios, la Comisión instituída en Francia por la ley de 26 de marzo de 1877.

Pero si, como se dice, la catástrofe del pozo de Villeboeuf se debe á la imprudencia de un minero que abrió su lámpara, podría hallarse un remedio contra esto, bien usando las lámparas eléctricas incandescentes, bien soldando diariamente las que hoy emplean los mineros: esto último, sin embargo, no evitaría los accidentes producidos por el mal estado del enrejado metálico, ó por ruptura accidental de éste. Respecto de los medios empleados actualmente no creemos necesario insistir sobre ellos por haber sido ya discutidos, tales son: el *penitente*, las *lámparas eternas*, los aparatos *sopladores*, y por último, los *aspirantes*, que absorben, por decirlo así, el gas de la mina y facilitan el desprendimiento del grisú, pero que tienen el inconveniente de ser muy expuestos en casos de explosión, pues la inflamación del grisú se propaga en el sentido de la corriente de aire.

Este último medio, sin embargo, ha sido nuevamente preconizado por M. Santereau, ingeniero, porque además de otras ventajas permitiría sustituir el trabajo á pico y pala por máquinas perforadoras que funcionarían por aspiración, es decir, por el vacío.

La idea merece ser estudiada, como todas las que afectan á la suerte del minero. Es preciso estimular á los inventores de procedimientos eficaces por medio de recompensas que aumenten los recursos de que actualmente se dispone. Como hace observar M. Ch. Lallemand, ingeniero de minas, en su folleto *Les accidents du grisou*, es conveniente fijar la atención en el mejoramiento de la ventilación, procurar que se ejerza una vigilancia continua sobre las condiciones de volumen, velocidad y distribución de la corriente de aire; cuidar de que se den al minero lámparas de seguridad bien construídas y bien conservadas, y no recurrir más que á obreros prudentes que conozcan el peligro, respeten las prescripciones tutelares y obedezcan á una reglamentación severa sobre el empleo de los explosivos.

P. Gahery

SECCIÓN CIENTÍFICA

VELOCÍPEDO MARITIMO

Desde que el velocípedo terrestre puede considerarse como definitivamente fijado en su forma fundamental y en sus principales partes, hasta el punto de que todas las muchas mejoras en él introducidas se limitan á simples detalles, y desde que tal aparato se ha hecho de uso de corriente, el espíritu de inventiva parece haberse dedicado con nuevo celo á la construcción de velocípedos marítimos. Entre los muchos de esta clase existentes merece mencionarse el de José Korner, fundidor de metales de Olmutz, cuya disposición fácilmente se comprende con sólo ver el grabado que publicamos. Sobre una alta rueda está colocado el asiento del velocipedista, desde donde puede éste manejar de una manera sencilla el timón que va puesto á la proa del aparato. La máquina, en cuya construcción entran el hierro, el acero, el latón y la madera, pesa 78 kilogramos y puede sostener, además del velocipedista, otra persona, y moverse, así tripulado, con gran velocidad en todas direcciones. El aparato puede ser desmontado para facilitar su transporte, y aflojando ó apretando cuatro tornillos se le mantiene en posición horizontal. Su andar es suave y regular y está exento de sacudidas. En el mástil de la bandera que se ve en el grabado y que sirve para mantener en una posición horizontal el timón, se coloca, si se quiere, una vela que, siendo el viento favorable, aumenta hasta el cuádruplo ó el quíntuplo la velocidad del aparato Los dos remos que se ven á los lados permiten al velocipedista, sin necesidad de bajar de su asiento, poner á flote el velocípedo en el caso de que encalle en algún banco de arena



Velocípedo marítimo

Con este velocípedo se han verificado pruebas cerca de Olmutz en praderas inundadas y en el río, habiéndose visto coronadas por el éxito más completo: en una de ellas se recorrió una distancia de 400 metros en 4 minutos río arriba y en 2 y $^1/_2$ río abajo, ejecutándose con la mayor seguridad toda suerte de maniobras.

***

PASATIEMPOS CIENTIFICOS. – ILUSIONES DE ÓPTICA

Varias veces se ha demostrado en periódicos científicos la impotencia de los ojos para apreciar bien ciertas dimensiones de los objetos sobre los cuales se fija la mirada.

Entre los experimentos de esta clase que más sorprenden y que engañan al ojo más experto, creemos interesante mencionar el siguiente:

Tómese un sombrero de copa y pregúntese á cualquiera qué relación guardan la anchura y la altura del mismo, $\frac{AB}{CD}$. Quien os contestará que $\frac{AB}{CD}$ es igual á $\frac{1}{1+\frac{1}{2}}$, quien que á $\frac{1}{1+\frac{1}{3}}$, quien que á $\frac{1}{1+\frac{1}{4}}$; pero de seguro que no habrá nadie que diga que el sombrero es más ancho que alto; y sin embargo, esto es lo cierto, por más que á primera vista parezca lo contrario y que aun después de probada la verdad les cueste á muchos convencerse de ella.

***

EL NIVEL DE AGUA DE LARGO ALCANCE

DE M. CH. LALLEMAND

Según las conocidas leyes de la gravedad, la superficie libre de un líquido en reposo es horizontal, es decir, perpendicular á la dirección de la plomada: si el líquido está encerrado en dos vasos que se comuniquen, las dos superficies se disponen en un mismo plano horizontal.

La idea de utilizar esta propiedad para determinar la diferencia de nivel de dos puntos data de muy antiguo. Al decir de Vitrubio, los romanos, desde el tiempo de Augusto, efectuaban sus nivelaciones por medio del *corobato*, aparato compuesto de una regla de madera, de 20 pies de largo, provista de varias plomadas que servían para colocarla en posición horizontal (1). Cuando por causa del viento resultaban inciertas las indicaciones de las perpendiculares, ponía sobre la regla un canalejo de cinco pies de largo, un dedo de ancho y uno y medio de profundidad, lleno de agua, que llegaba por igual hasta los bordes: entonces el *corobato* se convertía en un verdadero *nivel de agua*. Vitrubio, sin embargo, no dice cómo se hacía servir este aparato; pero es probable que se apoyaran los extremos del mismo en dos escalas verticales divididas convenientemente que reposaban sobre los dos puntos cuyo desnivel se quería conocer. Las observaciones se hacían directamente en estas dos escalas.

Una obra publicada en Roma en 1629, titulada *Le machine del signor Branca*, contiene el dibujo de un gran nivel de agua formado por tubos rígidos reunidos de extremo á extremo por trozos de tubos flexibles que facilitan el transporte de los mismos.

Universalmente conocidos son los niveles de agua que se componen de dos frascos de cristal medio llenos de agua y reunidos por un tubo rígido de 80 centímetros á 1 metro de largo: en ellos los dos meniscos determinan sólo una línea horizontal de mira que el ojo del operador prolonga hasta la señal fija colocada verticalmente en un punto cuya altura relativa se quiere conocer. Este aparato, empero, es muy sencillo y nunca los resultados que con él se obtienen son perfectamente exactos.

M. Blondat, ingeniero jefe de puentes y calzadas, describió en 1840 en los *Annales des ponts et chaussées* un nivel de agua de largo alcance, compuesto de un tubo flexible de 50 metros de largo por 1 centímetro de diámetro interior, cuyos dos extremos terminaban en dos tubos de cristal, de 2 metros de altura, ajustados á dos reglas debidamente divididas. El tubo flexible era de un tejido interiormente forrado de cautchú, y la sección circular estaba mantenida por una espiral de hierro estañado, todo ello cubierto con una tela basta para impedir el desgaste. El equilibrio se restablecía casi instantáneamente en los dos tubos.

M. Blondat señala las siguientes ventajas del nuevo aparato sobre el nivel con anteojo y frasco con burbuja de aire: 1.ª, supresión de todo rayado; 2.ª, comprobación fácil de la exactitud de las observaciones cuya suma, en cada estación del instrumento, debe ser constante ó con muy poca diferencia; 3.ª, posibilidad de operar de noche y con niebla, así como en bosques espesos. M. Blondat había también construído un nivel de mercurio en vez de agua: el diámetro del tubo quedaba reducido á 5 milímetros y el instrumento se hacía más fácilmente portátil; pero no se atreve á recomendarlo por el gasto considerable que el mercurio representa.

Por último, este mismo ingeniero había imaginado un nivel mixto de mercurio y agua, fundado en el principio de los vasos en comunicación llenos de líquidos de diferente densidad: este instrumento estaba destinado á medir grandes desniveles.

M. Galland ha modificado este aparato reemplazando, para la medición de la presión hidrostática del agua, la columna de mercurio por una chapa elástica, como se ha hecho para los barómetros aneroides, chapa cuya flexión indicaba una aguja movible sobre un cuadrante graduado experimentalmente.

M. Van der Noth, ingeniero de las obras de la ciudad de Metz, ha empleado para las nivelaciones subterráneas un tubo ordinario de cautchú arrollado á un pequeño tambor que lleva un hombre. Los extremos de este tuho terminaban en dos pequeños frascos de cristal de unos 20 centímetros de longitud que se deslizaban á lo largo de reglas graduadas

Sea que su empleo haya presentado dificultades, sea que no hayan producido resultados bastante exactos, estos aparatos no se generalizaron y su existencia parecía un tanto olvidada cuando, en 1879, nuevos experimentos realizados por M. Bonquet de la Grie atrajeron nuevamente la atención sobre ellos.

El tubo utilizado para esos experimentos tenía 300 metros de longitud y 3 centímetros de diámetro; la medición de la altura del agua en los tubos extremos se efectuaba, por diferencia, por medio de una regla móvil graduada y montada sobre un trípode previamente instalado, llevando el extremo de esta regla sucesivamente al contacto del agua y de la cabeza del hito y leyéndose el desplazamiento delante de un índice. La sensibilidad del instrumento era tal, que funcionaba como un barómetro diferencial, acusando las menores variaciones de la presión atmosférica en sus dos extremos, como, por ejemplo, las ocasionadas por el paso de una nube encima de uno de los tubos.

Estos resultados movieron al Comité de nivelación general de Francia á mandar construir un gran nivel de agua de precisión. Después de numerosos ensayos, M. Ch. Lallemand, ingeniero de minas encargado de este trabajo, se atuvo á un modelo que figuró en la Exposición Universal de 1889 en el pabellón del Ministerio de Obras públicas, en el Trocadero, y que representan los dibujos de la fig. 1.

Compónese el aparato principalmente de un tubo flexible de cobre, de 50 metros de largo y 8 milímetros de diámetro interior, que une dos tubos verticales de cristal, de 1'80 metros de altura útil (1) y 2 centímetros de diámetro, rodeados de una cubierta aisladora de corcho y encerrados en una vaina protectora de cobre niquelado: dos hendiduras practicadas una enfrente de otra en toda la altura del tubo permiten hacer la puntería del menisco.

Esta puntería se efectúa con ayuda de un dispositivo formado de un cilindro móvil dividido en dos partes, G, D. El cilindro inferior se fija en la vaina por la fuerza de un tornillo de presión w (fig. 1, número 2): en el cilindro superior hay practicadas dos ventanas cuyos bordes inferiores determinan el plano de mira. La ventana posterior está cerrada por un cristal amolado, al cual dirige la luz del cielo un prisma de reflexión total p (fig. 1, núms. 3 y 4). Sobre el



Experimento sobre la altura y la anchura de un sombrero de copa

(1) El *corobato* debía tener cierta analogía con nuestro nivel de albañil.

(1) En los ferrocarriles, en donde está pendiente, no excede nunca de 35 milímetros por metro; esta altura basta para que se pueda siempre operar dejando al tubo flexible todo su desarrollo.

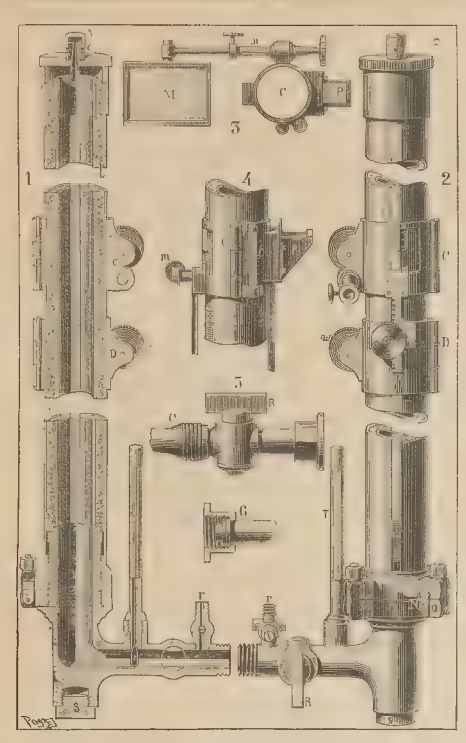


Fig. 1. – Nivel de agua de largo alcance. – Dibujos de detalle. – 1, Sección vertical de un tubo. – 2, Elevación de un tubo. – 3, Cilindro de puntería con el espejo, visto de frente. – 4, Cilindro de puntería visto de perfil. – 5, Enlace con el tubo de comunicación. – 6, Sección de un enlace de comunicación.

fondo blanco de esta pantalla, el menisco líquido aparece como una media luna negra, cuyo borde inferior se coloca en contacto con la parte inferior de las ventanas: este procedimiento permite llegar á una gran precisión en las anotaciones.

La altura del agua encima del hito se lee en una escala en milímetros trazada sobre la vaina. Un pequeño nivel esférico N, de 20 centímetros de radio de curvatura, fijado en la base del tubo, sirve para comprobar la verticalidad de éste en el momento de la observación.

Dos termómetros, colocados uno T en la base del tubo y otro *t* (fig. 1, núm. 4) en el cilindro móvil, marcan á cada instante las temperaturas respectivas del agua y del tubo metálico, temperatura que se tiene en cuenta para corregir las observaciones.

La manera de operar es la siguiente: después de haber llenado el aparato de agua previamente hervida para desprender de ella el aire, se aproximan los dos tubos para comprobar si los meniscos se mantienen al mismo nivel y para asegurarse de la ausencia de burbujas de aire que podrían interrumpir la continuidad de la columna líquida. Hecho esto, se coloca el talón *s* de los dos tubos sobre los dos hitos ó piquetes cuya diferencia quiere medirse; luego se abren suavemente las llaves R de comunicación colocadas en la base de los tubos, y en cuanto los meniscos permanecen inmóviles se hacen simultáneamente, á una señal convenida y varias veces seguidas á título de comprobación, las punterías y las observaciones en las dos escalas; la diferencia de las dos observaciones y lecturas medias, debidamente corregidas por la influencia de la temperatura, expresa el desnivel que se busca.

La fig. 2 representa la ejecución de una nivelación practicada con el aparato de M. Ch. Lallemand.

En 1884 se han nivelado con este instrumento 250 kilómetros de vía férrea en la red del Norte.

El nivel de agua de largo alcance ofrece algunas ventajas sobre el nivel de anteojo comúnmente empleado para las nivelaciones delicadas: las lecturas están exentas de errores en punto á anotaciones, á la refracción atmosférica y á las ondulaciones de las márgenes; pero, por otra parte, dada la imposibilidad de mantener una temperatura homogénea en toda la extensión de la columna líquida, los resultados adolecen á menudo de un ligero error sistemático, causa por la cual ha debido renunciarse al empleo del nivel de agua de largo alcance en las operaciones que requieren gran precisión; pero dicho instrumento es susceptible de prestar muy buenos servicios en las nivelaciones secundarias: por esta razón hemos creído de interés describirlo.

A. LALLEMAND

(De *La Nature*)

***

LA LUZ SOLAR

Así como los sonidos musicales no son otra cosa que vibraciones de cuerpos elásticos, la luz está formada por las vibraciones del éter que envuelven la tierra. Pero el éter es un cuerpo mucho más fino y perfecto que todos cuantos nuestros sentidos son capaces de abarcar. Sus vibraciones son más regulares é incomparablemente más rápidas que en los cuerpos sonoros. La longitud de las ondulaciones del éter de un rayo de sol varía entre 760 y 393 millonésimas de milímetro. Millares y millares de tonos luminosos han de reunirse para formar un acorde que llega hasta nosotros como rayo de sol blanco; si lo hacemos pasar al través de un prisma, se nos presenta descompuesto en sus principales elementos á modo de cinta de colores, y cada uno de estos rayos parciales tiene su movimiento, fuerza y acción especiales. Pero hay rayos de estos que no nos es dado distinguir. A la izquierda del espectro solar, allí donde palidece el último rojo vivo, hácese todavía sensible el calor del rayo del sol: allí están los rayos ultrarrojos que nuestros ojos no ven. Y á la derecha, mucho más allá de la última luz violada, en el ultraviolado, se ennegrece aún el cloruro de plata: allí hay rayos cuyas oscilaciones tienen una longitud mucho menor de 393 millonésimas de milímetro que nuestra vista no puede seguir.

Antiguamente se hacían estas observaciones, y se decía: un rayo de sol se compone de tres partes, rayos lumínicos, rayos calóricos y rayos de acción química; pero hoy sabemos que entre los rayos lumínicos y los calóricos no hay más diferencia que la longitud de las oscilaciones. La diferencia entre unos y otros estriba sólo en nuestra percepción; pues así como con un termómetro graduado desde 0 á 100° no podemos medir temperaturas que salgan de estos límites, así también poseemos en nuestro ojo un aparato de medición que sólo alcanza de los rayos rojos á los violados. Lo que está fuera de éstos podemos conocerlo por deducción, pero no verlo.

Y lo que sucede con la luz acontece también con la acción química de los rayos. En la actualidad sabemos que todos los rayos del espectro, desde el ultrarrojo al ultraviolado, pueden tener una acción química, acción que no en todos ellos es la misma. Las plantas verdes, el laboratorio fotoquímico más grande de cuantos se conocen, se sirven para sus trabajos exclusivamente de la parte roja del rayo solar, con cuyo auxilio y con el ácido carbónico y el agua se produce el hermoso mundo que nos rodea; prescindiendo, en cambio, por completo de los rayos violados que como químicos conceptuamos. La luz verde y benéfica que en el bosque ó en la campiña nos envuelve, esa luz que irradia cada hoja, cada tallo no es otra cosa que la luz blanca á la que las plantas han robado su parte roja, la falta del rojo hace que la luz aparezca verde á nuestros ojos.

Otras substancias sensibles á la luz absorben los rayos amarillos, verdes, azules y violados para sus propios fines, siendo cada rayo lumínico un rayo con acción química cuando se pone en contacto con cuerpos cuyas vibraciones atómicas son susceptibles de sentir su influencia. La mayoría de los cuerpos absorben la luz, y su coloración depende de la parte de la misma que se apropian, de la diversidad de rayos que retienen. Nuestro aparato de inspección, el ojo examina cada luz que de dondequiera que sea recibe, y en presencia de ciertos rayos lumínicos exclama: «¡Calla, aquí falta una parte; de aquí ha desaparecido algo!» y á esto llamamos nosotros *color*.

Con razón podemos preguntarnos: ¿qué hacen los cuerpos colorados con la luz que arrebatan al rayo del sol? Muchos, según hemos visto, la convierten en energía química, bajo cuya influencia se transforman ellos mismos; transformación química, descomposición que podemos observar fácilmente. Algunos en nada se sienten influídos por la energía química por ellos mismos producida, pero la transmiten á otros cuerpos con los cuales están en contacto Tales son muchas substancias colorantes que se emplean en fotografía como «sensibilitadores ópticos,» y al número de las mismas pertenece el clorófilo de los vegetales, que convierte incesantemente la luz roja de los rayos del sol en energía química que comunica al ácido carbónico y al agua.

Otras materias de color hay que tampoco «juegan con fuego» y que prescindiendo de transformar la luz en energía química, de la que no tardarían en ser las primeras víctimas, convierten la luz en calórico, que sin cesar comunican á los cuerpos vecinos. Todo el mundo sabe que una levita negra puesta al sol resulta más caliente que una blanca, porque el color negro absorbe luz y la transforma en calórico.

Las hay, finalmente, que transforman la luz absorbida en otra luz de distinta longitud de ondulaciones y así transformada la reflejan. Estas substancias, que no son muchas en número, se denominan cuerpos fluorescentes y encantan á cuantos los ven por vez primera; y como varios cuerpos fluorescentes hacen esto con la luz ultraviolada que absorben, nos permiten ver por nuestros propios ojos que la luz ultraviolada invisible no es otra cosa que luz.

X

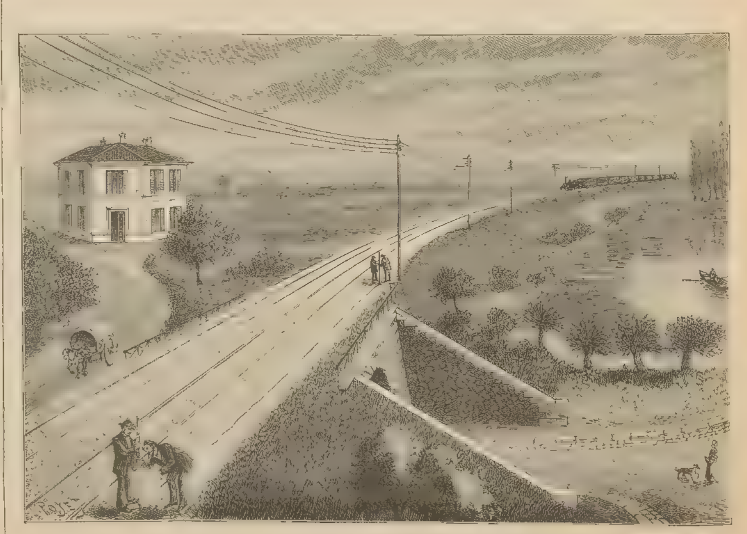


Fig. 2. — Nivelación de una línea de ferrocarril con el nivel de largo alcance



TODA UNA JUVENTUD

POR

FRANCISCO COPÉE

Ilustraciones de Emilio Bayard - Grabado de Huyot

(CONTINUACIÓN)

VII

Una mañana de invierno, nebulosa y sombría, Amadeo se había emperezado en la cama. Su padre entró en el cuarto y le dió una carta que la asistenta había recogido en la portería. La carta era de Mauricio que invitaba á su amigo á comer, á las siete, en casa de Foyet, con algunos compañeros del liceo Enrique IV.

– Dispénsame que no coma hoy contigo, querido papá, – dijo alegremente Amadeo. – Mauricio Roger nos convida á la fonda.

Pero la satisfacción del joven desvanecióse en seguida al reparar en su padre, que se había sentado en el borde de la cama. Habíase vuelto casi espantoso aquel hombre envejecido antes de tiempo. Tenía la tez lívida, los ojos inyectados de sangre, y su mechón de cabello gris sucio cubría casi por completo su sien arrugada. Nada más desgarrador que su aspecto senil, cuando apoyaba sus manos temblonas y descarnadas sobre los muslos. Amadeo ¡ay! que sabía la causa de que su papá hubiera llegado á aquel extremo, sintió oprimido su corazón por la lástima y la verguenza.

– ¿Te sientes mal hoy? – preguntó á su padre. – ¿Quieres que comamos juntos como siempre?... Voy á poner cuatro letras á Mauricio.

– No hijo mío, no, – contestó M. Violette con sordo acento. – Ve á distraerte un poco con tus amigos. La vida que haces á mi lado es demasiado monótona, lo comprendo... Sólo que tengo una idea que me atormenta desde esta mañana más que de costumbre... y voy á decírtela.

– ¿Cuál, querido papá?

– Amadeo, el pasado mes de marzo hizo quince años que murió tu madre... Tú apenas la has conocido... Era la mejor y la más dulce de las criaturas, y todo cuanto te deseo, hijo mío, es que encuentres una mujer semejante para hacerla compañera de tu vida, y que seas más dichoso que yo, pobre Amadeo mío, no perdiéndola como yo la perdí... Desde esos horribles quince años, desde que tu madre no existe, he sufrido mucho, he sufrido espantosamente; y... nunca, nunca me he consolado... Si he vivido, si he encontrado, á pesar de todo, fuerzas para vivir, ha sido únicamente por ti y en recuerdo suyo. Creo haber casi cumplido con mi deber. Ya eres joven, inteligente, honrado, y tienes un empleo que te da para comer. Sin embargo, yo me pregunto con frecuencia... con mucha frecuencia, si en efecto he cumplido todos mis deberes respecto á ti... – ¡Ah! no protestes, – repuso el desdichado, á quien Amadeo estrechaba tiernamente en sus brazos. – No, no, pobre hijo; yo no te he amado lo bastante: el dolor se ha posesionado por completo de mi corazón... Sobre todo en estos últimos años no he vivido lo suficiente á tu lado, ni he apoyado lo que debía mi debilidad en tu brazo juvenil... He buscado demasiado la soledad... – ¿Me comprendes, Amadeo? – repuso, prorrumpiendo en un sollozo – No puedo decirte más... Hay horas de mi vida que debes ignorar, y si tienes el disgusto de saber lo que yo hago durante esas horas, es preciso que no pienses en ello, que lo olvides... Yo te lo ruego, hijo mío, no me juzgues con severidad... Y uno de estos días, si yo me voy... es preciso que te acostumbres á esta idea, porque el peso de mi dolor es demasiado abrumador y me aplastará. . Pues bien; si me voy, prométeme, hijo mío, ser indulgente con mi memoria, y decirte sólo, al pensar en tu padre: «¡Fué muy desdichado!»



Amadeo lloraba á lágrima viva apoyado en el hombro de su padre, que con sus manos temblorosas acariciaba los hermosos cabellos del joven.

– ¡Padre mío, mi buen padre! – exclamaba Amadeo sollozando. – Te amo y te respeto con tódo mi corazón. Voy á vestirme en seguida. Iremos juntos al ministerio, volveremos lo mismo, y comeremos como un par de amigos... Permíteme que te acompañe hoy todo el día; te lo suplico.

Pero M. Violette se incorporó bruscamente, como tomando una resolución.

– No, Amadeo, – dijo con firmeza. – Te he dicho cuanto tenía que decirte, y tu corazón no lo olvidará... Basta. Ve esta noche á divertirte con tus amigos. A tu edad la tristeza es peligrosa... Yo iré á comer á casa del padre Bastide, que acaba de jubilarse, y que me ha invitado mil veces para enseñarme su casita del Gran Montrouge... Es cosa convenida... y yo lo quiero: ¿lo entiendes? Vamos, seca tus ojos y abrázame.

Y después de haber dado un tierno y largo abrazo á su hijo, M. Violette salió del cuarto. Amadeo le oyó tomar su sombrero y bastón en el recibimiento, abrir y cerrar la puerta y bajar la escalera con paso fatigoso.

Un cuarto de hora más tarde, cuando Amadeo atravesaba el Luxemburgo para ir á la oficina, encontró á Luisa Gerard, con sus papeles de música en la mano, que iba á dar sus lecciones. La acompañó un rato, y la excelente joven reparó en seguida en el aspecto consternado y en los ojos enrojecidos de su amigo

– ¿Qué tienes, Amadeo? – le preguntó con interés.

– Luisa, – contestó él, – ¿no te parece que mi padre ha cambiado mucho desde hace algunos meses?

Ella se detuvo, y le miró silenciosamente con ojos llenos de compasión.

– En efecto, está muy cambiado, mi pobre Amadeo. No me creerías si te dijera otra cosa; pero cualquiera que sea la causa que ha podido... no sé cómo explicarme... que ha podido alterar así la salud de tu padre, tú sólo debes pensar en que él ha sido un tesoro de ternura y lleno de abnegación para ti, y que ha continuado viudo, todavía joven, para consagrarse por entero á su hijo único en largos años de soledad y de dolorosos recuerdos... Hay que fijarse en esto, Amadeo, en esto solamente.

– No lo olvido nunca, querida Luisa, y no dudes de que mi corazón está henchido de gratitud... Esta misma mañana mi padre ha estado tan afectuoso conmigo... Pero su salud está muy gastada; ya sólo es un viejo sin fuerzas. Pronto .. no sólo lo temo, sino que tengo la seguridad de que pronto se hallará incapacitado para trabajar... Aun me parece estar viendo cómo le tiemblan las manos... Además, no tiene derecho á jubilación. Si no cumple con su obligación en el ministerio, apenas obtendrá, y eso por favor, un ligero socorro... Y yo, todavía en muchos años no puedo esperar más que un sueldo insignificante... ¡Ah! Pensar que pueda caer enfermo, y que por falta de recursos no me sea dado rodear de cuidados su vejez!... He aquí lo que me desespera.

Caminaban ambos jóvenes sobre la tierra blanda y húmeda del gran jardín, entre los árboles deshojados, y la niebla, aunque ligera penetrante, hacíalos estremecerse de frío.

– Amadeo, – dijo Luisa, mirándole seria y dulcemente. Te he conocido muy niño y soy casi tu hermana mayor. Ya tengo veintidós años. Amadeo, soy casi una vieja, ó por lo menos tengo algunos años de edad más que tú, y esto me da derecho para reconvenirte un poco. Tú no tienes confianza en la vida, y esto á tu edad es un mal. ¡Vaya! Todos tenemos nuestros pesares y cuidados. ¿Crees que no veo yo también que mi padre envejece mucho, que pierde la vista, y que nuestra casa marcha peor que nunca? Y sin embargo, no por eso estamos más tristes Mamá suprime algunos platos, y yo corro por París para ganar alguna cosa: he aquí todo; pero vivimos casi como antes... Yo carezco de experiencia; pero creo que para juzgarme verdaderamente desgraciada sería preciso que no tuviera á nadie á quien amar. Es la única preocupación que puede entristecer... ¿Sabes que acabo de lograr una de las mayores satisfacciones de mi vida? Había notado que papá, para hacer economías ¡pobrecillo! fumaba menos que de costumbre. Pues bien: afortunadamente me ha salido una nueva lección en Batignolles, y desde que he cobrado los honorarios del primer mes le he llevado un grueso paquete de tabaco y se lo he puesto sobre la mesa .. No debe uno quejarse mientras tenga la dicha de conservar personas amadas .. Comprendo el secreto disgusto que te atormenta respecto á tu padre, pero piensa que él ha sufrido mucho, que te ama y que eres su único consuelo... Y cuando te asalten negros pensamientos, ven á casa de tus antiguos amigos, Amadeo, y ellos procurarán dar calor á tu corazón con el fuego de su amistad, comunicándote su valor: el valor de los pobres, que se compone de un poco de indiferencia y de mucha resignación.

En esta conversación habían llegado los dos jóvenes á la terraza florentina.

– Vamos de prisa, – dijo Luisa, después de haber mirado al cuadrante; - acompáñame hasta tomar el ómnibus del Odeón... Me he descuidado un poco.

Amadeo, andando al lado de la joven, la miraba con cariño. ¡Ay! No, no era bonita la pobre Luisa, á pesar de sus grandes ojos tan expresivos; y mucho menos coqueta. ¡Qué buena y valerosa era la joven Luisa! ¡Con cuánta efusión de corazón había hablado de su familia! Para ganar el tabaco de su padre y el vestido nuevo de su linda hermana, cuyo nombre pronunciaba con maternal sonrisa, salía de mañana, con la niebla, á pisar los baches de París. Su aspecto, más que lo que ella acababa de decir, infundía en el débil y melancólico Amadeo la energía y el deseo de los designios viriles.

– Mi querida Luisa, - la dijo con emoción. – Me creo muy dichoso en tener una amiga como tú... una amiga de tanto tiempo. ¿Te acuerdas de nuestras cacerías de la gorra de pelo cuando éramos niños?

Acababan de salir del jardín y se hallaban detrás del Odeón. Los dos caballos del ómnibus de la estación, percherones de un blanco amarillento, muy cansados, se frotaban la cabeza uno á otro como para acariciarse. Luego, el de la izquierda levantó su pesada cabeza y la posó sobre la crin de su compañero.

Luisa señaló con el dedo hacia los pobres animales, cuya postura era conmovedora.

– Su suerte es bien dura, ¿no es verdad? – dijo sonriendo. – ¡Qué importa! Si son buenos camaradas... con esto basta para soportarla.

Y después de haber dado un apretón de manos á Amadeo, subió ligeramente al carruaje.

Durante sus horas de oficina, el joven estuvo inquieto por su padre, y á las cuatro, un poco antes de la hora de salida, fué al negociado de M. Violette; pero le dijeron que el empleado acababa de marcharse, diciendo que iba á comer al Gran Montrouge, en casa de un compañero. Amadeo, un poco más tranquilo, se decidió á reunirse con su amigo Mauricio en la fonda Foyot.

VIII

Amadeo llegó el primero á la cita, y no bien hubo pronunciado el nombre de Mauricio Roger, una voz broncínea gritó desde lo alto de la escalera: «¡Salón amarillo!»

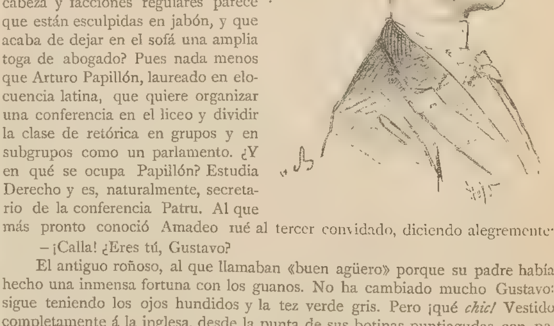
E inmediatamente el joven fué conducido junto á una mesa de deslumbrante blancura por un camarero de barbita á la americana y tan ágil como un prestidigitador.

Este peripuesto personaje escamoteó rápidamente el paletó y el sombrero de Amadeo, y le dejó solo en el gabinete radiante de bujías encendidas.

Evidentemente se trataba de un festín. Una majestuosa fuente de cangrejos resaltaba en medio de la mesa, y cada cubierto (había cinco) estaba escoltado por un pelotón de vasos grandes y chicos.

Casi en seguida llegó Mauricio acompañado de otros convidados, jóvenes cuidadosamente vestidos, en los que Amadeo no reconoció á ninguno de sus compañeros del liceo Enrique IV, que solían llevar la barba descuidada, la ropa sucia, medias azules y pantalones algo usados por detrás. Pero después de los apretones de manos y de las frases de: «¡Bah! ¿Eres tú?» «¿No te acuerdas de mí?», el joven reconoció á todos, aunque algunos estaban muy transformados.

¡Vaya! ¿Ese escrúpulo de hombrecillo, con la cabeza alta, como satisfecho de su persona, es Gorju, que quería hacerse actor? Pues lo ha conseguido hasta cierto punto, puesto que asiste á la clase de Regnier, en el Conservatorio. Vestido de nuevo de pies á cabeza, está resplandeciente, y durante los tres minutos transcurridos desde que ha entrado ha contemplado ya diez veces en el espejo su cara de facciones pronunciadas, hechas para ser vistas de lejos, su nariz remangada y sus mejillas que se han vuelto azules á fuerza de afeitarse. Su primer cuidado es decir á Amadeo que ha renunciado á su nombre de Gorju, imposible en el teatro, tomando el pseudónimo de Jocquelet; después, sin perder un momento, habla de sus «medios», de su «atractivo» y de su «físico».



¿Y quién es ese alto y guapo mozo, de tan recortadas patillas, cuya cabeza y facciones regulares parece que están esculpidas en jabón, y que acaba de dejar en el sofá una amplia toga de abogado? Pues nada menos que Arturo Papillón, laureado en elocuencia latina, que quiere organizar una conferencia en el liceo y dividir la clase de retórica en grupos y en subgrupos como un parlamento. ¿Y en qué se ocupa Papillón? Estudia Derecho y es, naturalmente, secretario de la conferencia Patru. Al que más pronto conoció Amadeo fué al tercer convidado, diciendo alegremente:

– ¡Calla! ¿Eres tú, Gustavo?

El antiguo roñoso, al que llamaban «buen agüero» porque su padre había hecho una inmensa fortuna con los guanos. No ha cambiado mucho Gustavo: sigue teniendo los ojos hundidos y la tez verde gris. Pero ¡qué *chic!* Vestido completamente á la inglesa, desde la punta de sus botinas puntiagudas con pequeños agujeros, hasta la herradura que le sirve de alfiler de corbata Se parece á un jockey en día de fiesta. ¡Ese bromista de Gustavo! ¿Pero en qué se ocupa ahora? Pues en nada. ¿Para qué ha ganado su padre trapisondeando doscientos mil francos de renta? Gustavo aprende á conocer la vida, nada más; y para esto se levanta todos los días á las doce con el mal sabor de boca de la cena de la víspera, y todas las noches le sorprende la aurora en una mesa de baccarat del Club de los Pasteles, después de haber pasado cinco horas diciendo «hago la puesta» con voz sorda y cavernosa. Digo que Gustavo aprende la vida, lo cual, considerado su aspecto de clown macabro, puede conducirle el mejor día á trabar conocimiento con algo bien diferente. Pero á su edad, ¿quién piensa en la muerte? Gustavo quiere conocer la vida, ¿lo entendéis?; y cuando un prolongado golpe de tos interrumpe alguna de sus idiotas carcajadas, sus consocios del Club de los Pasteles le tocan en la espalda diciéndole que tosa con moderación.

(Continuará)

NUESTROS GRABADOS

La estatua de Colleoni, en Venecia. – El célebre condottiero Bartolomé Colleoni, de quien se dice què introdujo el uso de los cañones de campaña y que inventó la cureña, nació en Bérgamo, floreció en el siglo XV y peleó por Feliciano Visconti, por la república de Milán y finalmente por la república de Venecia. A su muerte, acaecida en 1475, legó una parte de su inmensa fortuna á la última de estas repúblicas para que se le erigiese una estatua ecuestre. Esta, la segunda levantada en Italia después del Renacimiento, fué fundida en bronce por Alejandro Leopardo según el modelo comenzado por Andrea del Verrocchio, el célebre artista florentino.

Leopardo fué/el arquitecto y el escultor del elegante pedestal sobre el qué se alza esa estatua cuyas bellezas no hay que señalar porque saltan á la vista, sobresaliendo entre ellas la naturalidad y energía de la postura del jinete y el vigor con que están esculpidas las varoniles líneas del rostro del guerrero endurecido en la pelea.

El monumento se halla situado en una plaza junto á la iglesia de Santi-Giovannine Paolo, vulgarmente llamada de San-Zanipolo.

Carmencita, cuadro de J. de Sanctis, grabado por Bong. – Comprendemos la afición de algunos artistas á trasladar al lienzo las arrogantes figuras y los hermosos rostros que distinguen á las venecianas. Los que hayan podido admirar la fogosidad de los rasgados y negros ojos, la voluptuosidad de los encarnados y gruesos labios, la esbeltez de los cuerpos y la pureza de líneas de la mujer de Venecia, no se extrañarán de que nos parezca natural y lógica la predilección de los pintores que buscan modelos para sus asuntos en las hijas de la ciudad de las lagunas.

La *Carmencita* que reproducimos puede considerarse como el tipo perfecto de tales hembras; en ella aparecen vigorosamente expresadas las cualidades que acabamos de señalar, resultando de aquí un busto sin tacha, apartado quizás del ideal de la belleza clásica que cautiva por su corrección y por su delicadeza, pero imagen fiel de otra belleza, más vulgar si se quiere, que fascina por lo atrevida é incitante y á cuya contemplación se turba la cabeza, el corazón se agita y los sentidos se desbordan movidos por irresistibles impulsos.

De Sanctis goza en su patria, Italia, y fuera de ella de gran fama; y que no exageran los que como celebridad le califican, pruébalo el hecho de que su *Carmencita* es una obra de primer orden, á pesar de pertenecer á un género que no es el predilecto de su autor, el cual ha conseguido envidiables triunfos en la pintura de historia, en la que ha producido cuadros tan notables como los titulados *Teodora* y *La oración de la tarde en Bizancio.*

Cimborrio de la Catedral de Burgos. – Comenzada esta grandiosa fábrica en 1221, siendo rey de Castilla D. Fernando III el Santo, y terminada en 1442, durante el reinado de D. Juan II, con razón puede decirse de ella que encierra todo lo que el arte ha producido en los siglos XIII, XIV y XV, y que es el más hermoso modelo de arquitectura gótica que hay en España.

La parte de Catedral que reproducimos es el cimborrio que se levanta sobre el punto de intersección de las naves principales, y ella por sí sola justifica los pomposos dictados que los artistas y aficionados han prodigado á una á tan colosal monumento. En efecto, á la elegancia y severidad de líneas del estilo gótico júntanse en esa torre todos los primores del Renacimiento: las caladas pirámides que en los ángulos del polígono se levantan, los chapiteles llenos de delicadísimas filigranas, los arcos y ojivas de las ventanas de una finura imponderable, las estatuas admirablemente esculpidas, los dibujos maravillosamente cincelados; cuanto, en suma, pudo concebir el genio arquitectónico de aquellos siglos de oro, hállase allí por modo tan prodigioso acumulado, que el espíritu se extasía contemplando tanta riqueza y magnificencia tanta, y trae á su memoria el recuerdo venerando de aquellos titanes del arte que supieron dar á la casa de Dios toda la grandiosidad y toda la belleza que es capaz de concebir el siempre limitado genio del hombre.

Olot, cuadro de D. Laureano Barrau. – Nuestro joven y ya célebre compatriota, de quien nos ocupamos cuando publicamos su cuadro *La rendición de Gerona*, nos ofrece nueva muestra de su talento y buen gusto artísticos con ese encantador paisaje tomado de una de las más pintorescas comarcas de Cataluña, la comarca de *Olot*. Se advierte en esta obra, no sólo una observación justa de la naturaleza vestida con sus estivales galas, sino también el estudio cuidadoso de las tendencias que en este género sigue la moderna escuela francesa y de los modelos que sin cesar ofrecen al artista los Lepage, Bretón y Dagnan Bouveret.

Nada hay en el cuadro de Barrau que no esté en la naturaleza; de él aparece excluído todo lo convencional: al pintarlo, se ha propuesto reproducir la verdad, sólo la verdad, y el efecto que el lienzo produce demuestra elocuentemente que no se necesita más para que la composición resulte ajustada á todas las exigencias del arte pictórico y atraiga á los verdaderos aficionados á gustar los delicados placeres con que brinda la estética aun en sus más sencillas manifestaciones.

Medallón de San Jorge, frontón de la Audiencia de Barcelona. – El palacio de la Diputación provincial y la Audiencia de Barcelona ocupa una superficie de 4.184 metros cuadrados y tiene su fachada principal en la plaza de San Jaime ó de la Constitución. Su construcción data de distintas épocas y presenta, por ende, distintos tipos arquitectónicos. Un artista desconocido construyó la parte gótica á mediados del siglo XV, y el arquitecto Pedro Blay levantó, á fines del mismo, la fachada principal y toda la parte del edificio que hoy ocupa la Diputación.

Este palacio, además de su gran valor histórico por los recuerdos que de las antiguas glorias catalanas trae á la memoria, contiene desde el punto de vista artístico notables bellezas que admiran propios y extraños. Una de las más justamente celebradas es el frontón de la antigua puerta del palacio, la que da á la calle del Obispo; hermosa pieza de escultura con adornos góticos de delicadeza suma y con un medallón en donde se ve la imagen de San Jorge rodeada de preciosos ornamentos prodigados con profusión y armonía, que hacen de esta obra uno de los mejores ejemplares del estilo ojival.

NOTICIAS VARIAS

Telégrafos subterráneos en Alemania. – El *Elektrotechnischen Anzeiger* publica un mapa por el cual se ve que actualmente todas las plazas militares alemanas de alguna importancia están en comunicación directa entre sí y con Berlín. La red telegráfica extiende sus brazos al Norte y al Este hacia Stettin, Danzig, Koenigsberg y Torn; al Sudeste, hacia Dresde y Breslau; al Sudoeste, hacia Stuttgart, Karlsruhe, Strasburgo, Metz, Aquisgrán, Colonia, Coblenza y los lugares que se hallan situados entre estas ciudades y Berlín. Finalmente, dos líneas en dirección Noroeste van hacia Hamburgo y desde allí hacia Kiel, por un lado, y hacia los puertos del Norte, por otro; habiendo, además, sido aprobada la construcción de la línea subterránea de Dresde á Munich. Esa red abarca una extensión de 5.464 kilómetros, y todos los cables, excepción hecha de los de 5 líneas, tienen 7 alambres.

* * *

Las más importantes marinas de guerra. – La *Scientific American* llama la atención sobre lo poco numerosa que es la marina de guerra de los Estados Unidos de América. Aun después que estén terminados todos los buques cuya construcción se ha ordenado recientemente, los Estados Unidos sólo dispondrán de 11 acorazados y de 31 buques de guerra no acorazados. El siguiente cuadro permite apreciar el estado de las principales flotas: en él van comprendidos los buques en construcción y los proyectados, y en cambio están excluídos los de vela y los buques escuelas.

	Acorazados	*No acorazados*	Total
Inglaterra.	76	291	367
Francia.	57	203	260
Rusia.	49	119	168
Alemania.	40	65	105
Holanda.	24	70	94
España.	12	78	90
Italia..	19	67	86
Turquía.	15	66	81
China.	7	66	73
Suecia y Noruega. .	20	44	64
Austria.	12	44	56
Estados Unidos. . .	11	31	42

ADVERTENCIAS

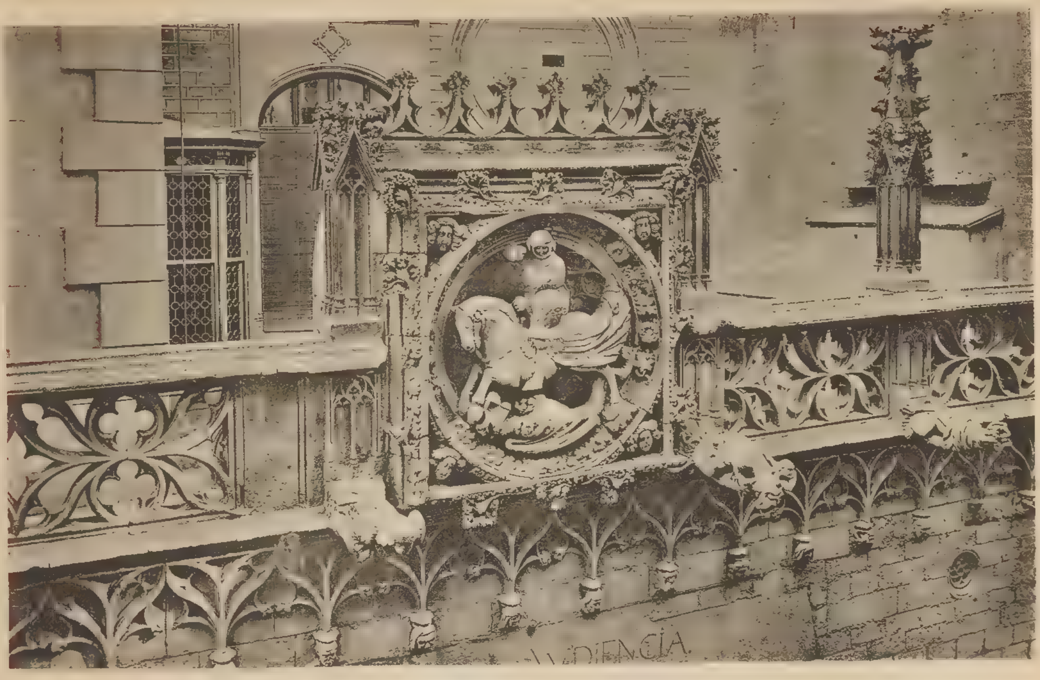
Siendo en gran número los trabajos literarios que recibimos para la Ilustración Artística y en la imposibilidad de contestar á todos los que con ellos nos favorecen, debemos advertir que sólo contestaremos á los autores de los artículos que aceptemos para insertarlos en este periódico.

No se devuelven los originales.

* * *

Suplicamos á nuestros corresponsales y suscriptores, especialmente á los de América, nos remitan cuantas fotografías de monumentos, obras artísticas, etc., consideren propias para ser publicadas en la Ilustración Artística, acompañándolas de los datos explicativos necesarios. En caso de que sean admitidas, tendremos el gusto de consignar, al confirmarlas en las columnas de nuestra publicación, el nombre de la persona que nos haya honrado con el envío de las mismas.

Asimismo agradeceremos la remisión de todas las noticias que tengan verdadero interés artístico ó literario.



MEDALLÓN DE SAN JORGE, frontón de la Audiencia de Barcelona

IMPRESIÓN FOTOTÍPICA

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustracion Artística

Año IX — Barcelona 25 de agosto de 1890 — Núm. 452

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



RETRATO DE M. LUIS FRANÇAIS, decano de los paisajistas franceses. Grabado de Baude

Premiado con Medalla de Honor en el Salón de París de 1890

SUMARIO

LIBRACOS

¿Qué es un LIBRACO?

Según el *Diccionario de la Lengua castellana por la Real Academia Española*, un «libro despreciable.»

¿Qué significa *despreciable*?

Según dicha autoridad, «digno de desprecio.»

No niego la exactitud de las dos definiciones susodichas; pero no puedo menos de preguntar: ¿no tiene la voz LIBRACO alguna otra significación que lo exima de semejante desagradable nota?...

Esto es lo que nos cumple ver ahora.

Empecemos por apuntar que no significa lo mismo *despreciable* que *despreciado*. Personas y cosas hay, y no pocas, que, no mereciendo ninguna estima ni consideración, son tratadas en sociedad como si entrañaran gran valía, al paso que otras que encierran gran valor, se contemplan postergadas y vilipendiadas. El verdadero mérito, como es modesto, se esconde, en tanto que la garrulería se anuncia, ó *se exhibe* (para que me entiendan los galiparlistas); la virtud pasa plaza de tontería, al propio tiempo que la criminalidad se pasea airosa y triunfante; y, según corren los vientos, no sería de extrañar que llegara un día en que, no tan sólo se pidiera la absolución para el culpado, sino, además, una recompensa, ya en metálico, ya mediante una distinción honorífica y lucrativa. ¡No en balde se agitan, enturbian y desbordan de tiempo en tiempo los ríos impulsados por los huracanes, sacando entonces á flote el cieno que reposaba en su cauce!

Pues algo de esto pasa con muchos libros. Ostentando en su vestido, ó séase en su encuadernación, rica piel y refulgente oro, ya tienen un salvoconducto para poder penetrar en todas partes, aun cuando su espíritu, ó séase su contenido, respire necedad ó insulsez, si no ya depravación y cinismo. Por el contrario, á los ojos de la muchedumbre nada vale ni nada significa un libro que esté impreso en papel inferior y no correcto tipo, encuadernado en vaqueta ó en pergamino, de tamaño más que crecidito en sus tres dimensiones de largo, ancho y grueso, y no digo nada si está escrito por algún clérigo, ó, aun cuando no lo esté, si trata de asuntos que se rocen más ó menos directamente con la religión. He ahí, pues, lo que estima y entiende por LIBRACOS la mayoría de las personas; en una palabra: de un truhán elegantemente vestido y parlero como un papagayo, hágote un gran señor; de un filósofo sesudo y sin pretensiones, hágote un pobre diablo.

Yo pretendo vindicar hoy, no diré á todos los LIBRACOS, que no hay regla sin excepción, pero á muchos de ellos, de esa fea nota de desprecio que sobre los mismos pesa; en unos, por lo poco atractivo de su exterior; en otros, por ser muy contadas las personas que se ocupan en estudiarlos, y en su consecuencia ser generalmente desconocidos; y como quiera que no me es dable hacer semejante escrutinio ó análisis en muchos volúmenes, pues esto nos demandaría más tiempo y espacio del disponible, contentarnos hemos con parar nuestra atención en el primero que la casualidad nos haga venir á las manos. Abro, pues, uno de mis estantes, y topan mis ojos con un infolio, encuadernado en pergamino, nada grueso, pues sólo consta de 22 hojas preliminares (sin foliar), y 424 páginas, á la undécima de las cuales se halla un grabado en cobre, y cuya portada, transcrita á la letra, dice así:

÷

Epitome de la portentosa vida, y milagros de la gran Virgen, y Proto-Martyr Sta. Tecla, y Descripción de las Magnificas Sumptuosas Fiestas, à la Colocación de esta Imagen, en su Nueva Maravillosa Capilla, inclusa en la Santa Metropolitana Iglesia de Burgos, construída à expensas de el Ilustrissimo Señor, Don Manuél de Samaniego y Jaca, su dignissimo Arzobispo de el Consejo de su Magestad, etc.. Que dedica y consagra à su Señoria Ilustrissima. Su avtor, Fr. D. Pablo Mendoza de los Rios, de el Abito de San Juan, y Prior de Santa Maria de Castrelo, Encomienda de Quiroga. Impresso en Burgos: En la Imprenta de los Herederos de Juan de Villar. Año M.DCC.XXXVII.

Ahora bien: ¿quién sería capaz de asegurar, al leer semejante título, á cuántas clases de personas podría interesar el contenido del libro que nos ocupa? A juzgar por lo que la portada reza, solamente á dos, es á saber: en primer lugar, á los aficionados á las *vidas de santos*, y en segundo, á los que lo son, como mi amigo D. Jenaro Alenda, á las obras que tienen por objeto dar á conocer las *relaciones de fiestas*. Aquí paz, y después gloria.

¡Claro, como la luz del día, que no se le ocurriría, verbigracia á un musicólogo, á un cervantófilo ni á un taurófilo, el buscar en semejantes páginas aliciente con que poder fomentar sus respectivas aficiones!; y, sin embargo, ese musicólogo, ese cervantófilo y ese taurófilo que siempre andan á caza de gangas y oliendo dónde guisan (y si no, que lo digan mis amigos Barbieri, Thebussem y Carmena, por lo que á su respectiva afición compete), podrán hallar, donde menos lo esperaban, algo que no les amargue.

Carta canta. Abro, leo y copio (págs. 115-16):

«La Música de esta Metropolitana Iglesia, tan admirada de muchos como de pocos competida, ya por lo exquisito de su ingeniosísimo maestro, preferencia de sus amables voces, pasmo de sus órganos, con todos los demás antiguos y modernos instrumentos, y ya por el superior método de su tarea, tributara gloriosos desempeños al séquito de estas festividades, sin la precisión de más capillas; pero aspirando al mayor el imponderable exceso de estos cultos, concurrieron obsequiosos los músicos de la Capilla de Santa María la Real de las Huelgas, cerca de esta ciudad de Burgos: asistencia que, por debida á la dignación de la primera entre las preladas, admirada de todas, la Ilustrísima señora, mi señora, doña Teresa de Badarán y Osinaldi, dignísima abadesa de aquel Real Monasterio, ofreciera venturosos principios al aplauso, sin lo sonoro de tan perfectas voces. . . . .

»Cedió sus primeros violines al crédito de estas solemnidades el religiosísimo y Real Convento de las Excelentísimas Señoras de la Encarnación de Madrid, franqueando á un tiempo los primorosos tiples y tenores de aquella famosísima Capilla: todas, en fin, las más ruidosas voces, para aumentar la perpetuidad de tan gloriosas fiestas. . . . .

»Añadióse á esta armonía el bélico estruendo de trompas y clarines, los que, en medio de sus marciales delicados ecos, nunca estuvieron más bien escuchados de la Fama, que en el empleo de tan sacros triunfos. Admiróse, como especial entre los de España, uno de los bajones de Toledo; pero como no discordaron los demás de este dificultoso ejercicio, se compartió entre todos el aplauso. . . . .

»Asistían otras muchas voces é instrumentos de Navarra y Castilla, todos tan perfectamente arreglados, como de la más diestra mano dirigidos; pues, para que ni la composición se compitiese, ni el compás más medido se extrañase, se aventajó á sí mismo don Francisco Hernández Illana, singularísimo compositor entre los mejores, y canónigo maestro de Capilla de esta santa Iglesia.»

De las veinticuatro parejas que compusieron la mascarada ó mojiganga con que se solemnizaron aquellos actos, una de ellas (la 21.ª) era formada por «un hombre vestido de golilla, con calzas atacadas, bigote, espada y daga, y una alabarda ó cuchilla al modo antiguo, y otro, vestido de malla muy vieja y roñosa, con una bacía de barbero por morrión, un lanzón grande y su rodela, figura de Don Quijote.» Sus respectivos motes eran del tenor siguiente:

UNO

Aborrezco las risadas,
Hago de todo misterio,
Uso voces recatadas,
Y, con calzas atacadas,
Vengo á ser un burro serio.

OTRO

Soy deshacedor de entuertos,
Soy salsa en todo almodrote,
Y risa de los despiertos,
Porque mancho mis aciertos,
Haciéndome Don Quijote.

Y aquí es digno de notarse que, á poco de haberse vulgarizado la lectura del *Quijote*, se hizo tema obligado el sacarlo á relucir en esa clase de festejos públicos, como lo evidencia, entre otros, el hecho de que se da cuenta en las fiestas celebradas con motivo de la beatificación de la madre Teresa de Jesús (1614), continuándose después semejante práctica en tales casos, según lo acreditan las que tuvieron lugar en la canonización de san Luis Gonzaga y san Estanislao de Kostka (1727) en Salamanca, y diez años después, en Burgos, las que promovieron el LIBRACO que da margen al presente artículo, así como otras muchas mascaradas, mojigangas y demás festejos, cuyo total relato se haría absolutamente imposible.

Así como antiguamente en España no había procesión sin tarasca (de lo cual aun hoy en día se dan también casos), de igual manera no había fiesta completa sin su correspondiente funcioncita de toros. (La afición á los estafermos y á los animales de cuernos es ingénita al pueblo español.) Por eso no podía faltar ésta en ocasión tan solemne, como lo prueba la obra que nos ocupa en este momento, y en la cual, á mayor abundamiento, se dedica como una quinta parte de su volumen á la descripción de semejantes desahogos, alternando la prosa con el verso, y no así como quiera, sino comenzando dicha descripción por el *Encierro*, siguiéndola por el riego de la plaza, continuándola por las suertes, intercalando un sainete intitulado *El Estrado de las damas toreras y Coloquio con los toros*, y acabándola con la retirada del piquete ficticio de Infantería, Caballería y Artillería, en medio de vistosos simulacros y complicadas evoluciones.

Copiaremos, como muestra, un suceso que tuvo lugar en uno de los días de dichos festejos, y que pudo haber parado en tragedia.

Dice así:

«Montó don Juan en nuevo alentado bruto, y apenas se registraba en nuestro campo, cuando el toro *Payo*, que se permitió en campaña, empezó á mostrarse marrajo, y sin hacer caso de la gente, se mentía cobarde, para conseguir avanzar, descuidando los escuadrones; como con efecto, atropellando la trinchera que miraba (1) á la calle de Trascorrales y queriendo forzar la muralla, hubo de conseguir su temerario avance, si el inaudito valor de la mujer de un vivandero, que se lo impedía por sus propios brazos, y el esfuerzo de un granadero miliciano que la ayudó en su empresa no le hubieran resistido, menospreciando el peligro por redimir mayor estrago; pero intentando avanzar de nuevo el enemigo, que no se contentó con este amago, le repitió de improviso por el baluarte de la calle de Cantarranillas, en donde, según su porfiado impulso, hubiera conseguido el designio, á no haberle cortado los hilos de la vida el puntual socorro de la compañía de Pedro Alonso.

OCTAVA

Que se llegue un ejército á perder
Porque alguna mujer asista allí,
Mil veces se ha llegado á conocer
Desde que hubo serpientes hasta aquí;
Pero que por sí sola tal mujer
La victoria le alcance, no lo oí
Sino ahora, que obró sin más ni más
Lo que no discurriera Satanás.»

Puse un verbigracia arriba, al sentar que «no se le ocurriría á un musicólogo, á un cervantófilo ni á un taurófilo el buscar en semejantes páginas aliciente con que poder fomentar sus respectivas aficiones;» pero ahora añado, que el amante de la lectura picaresca, jocosa, chispeante y desenfadada, tampoco podría sospechar, ni por asomo, el hallarse aquí con pasajes que no desdirían de la pluma de un Quevedo ó de un Gracián. ¡Y, sin embargo, nadie sabe quién sea Fr. D. Pablo Mendoza de los Ríos, ni si ha existido, y, por ende, jamás se le ve citado! Léase, en prueba de que nada exageramos, el trozo siguiente, dedicado á los que queman un grano de incienso en las aras del dios Baco, con ocasión de una

FUENTE DE VINO EN LA PLAZUELA DEL SARMENTAL

«Hízose la Fuente concurso de acreedores, y tan propio el sitio para alegar de su derecho, que, aunque

(1) «Quiso brincar el toro por un tablado.»



EN LA PLAYA, cuadro de Dionisio Baixeras, grabado por Sadurní

á muchos se les vino rodado, parece que le alcanzaban á pedir de boca. Salía cada pobre á más que á jarro por barba; y aunque para ir llegando se abrieron las boca-calles, tiraba cada lobo por su senda. Otros estaban hechos unos perros; y á fe que no eran de aguas; pues, como prácticos saludadores, apagaban una azumbre rabiosa en menos de un soplo, y sobre quién aquí me la puso, primero vine yo, y tan bueno me soy como cualquiera, solían dispararse los jarros á boca de cañón. Tropezábase en los difuntos como cosa de risa; y no hubo quien los echase de esa vida, pues como valía el vino caro en la otra, se quedaron acá por ánimas abintestato. Cuantos escupían en corro, toda era gente de pelo; pues aunque había *ex omni genere piscium*, no parecía una rana.

»Acercóse un septiembre de peregrinos (porque los más venían con calabazas), cuya mercadería era muy mala para barberos, pues la calabaza que llegó desocupada, no se volvió *bacía*. Procuré hacerme amigo con uno de estos extranjeros; y preguntándole quién era, me respondió, como pudo, que, no obstante aquellos trapos, era español por todos cuatro costados, por ser de la familia de los *Sarmientos*, y que su patria era la de *Cepeda;* pero que no extrañase la afición que había tomado á aquella fuente, porque, según los astrólogos, nació de tan notable signo, que le influía siempre una estrella que llaman la *Vendimiadora;* por cuyo motivo no había cosa que más estimase que el vino, ni que más aborreciese que la agua, pues hasta la de olor la tenía por cosa de *azar;* que era enemigo de las goteras en los tejados, porque podían caer en alguna taberna; que gustaba mucho de la verdad, porque la pintaban en cueros, y que siempre que podía, cenaba un estofado, porque le echaban vino; que de cuando en cuando apetecía un dolor de estómago, por si le ponían algún reparo, y que en todas sus enfermedades le había de asistir el doctor de la Parra; que era muy aficionado á ensaladas, porque de ordinario la salsa era hija de buenos padres. Gustaba mucho de instrumentos de boca, porque soplaba con ellos. Frecuentaba los templos, porque tenían tabernáculos; y en punto de órganos, ningunos le sonaban mejor que los de Móstoles. Ayudaba pocas veces á misa, por no soltar las vinajeras, y, para vestirse, se componía con los sacristanes, con que, por lo regular andaba con loba, y no quería gastar ropilla, hasta que se estilasen mangas de hipocrás; pero si pegaba algunas, era cuando cosía en las tabernas. Su conversación fué por lo común con gente *de-bota*. Solía reñir con las lavanderas, porque colaban con agua, y encargaba mucho á los sastres el cuidado de los bebederos. Trataba amigablemente con algunos quimeristas, por parecerle bien aquellos que provocaban. Sus diversiones se reducían á tirar al blanco; y si le convidaban á bodas, preguntaba si eran las de Caná, por no faltar á ellas. En materia de danzas, se alegraba en viendo danzar la jácara, por ver la mudanza del *borracho*. Era muy amigo de renunciar en juegos de naipes, porque no entendía de otros palos que los de cepas; y en preguntándole qué eran triunfos, respondía que copas. Apetecía á todas horas estar tomando tabaco de hoja, sólo por estar pipando; y no había trajes que le enamorasen más que los de *toneletes*. Su habitación en Burgos era la calle de la Pellejería, y sus paseos se reducían al *Parral*, por acercarse á las Huelgas, donde tenía ordinariamente sus consultas con el tabernero de aquel sitio. En punto de novedades, sólo sabía la historia de Noé, y tenía la cuba de Sahagún por una de las maravillas del mundo. Finalmente, aunque era hombre de buen gusto, tenía sus horas muy medidas, y en Madrid era conocido en la calle del Lobo y de los Tudescos, y me aseguró que tenía crédito hasta en los Carabancheles.

»Aquí llegábamos; y sin decir oste ni moste; alón, que pinta la uva; ahí te quedan las llaves, ni San Antón te la bendiga, se metió á somormujo en la Fuente, hasta que se perdía de vista, cuando en Dios y en buena hora, jugándola de codo otro aficionado, cara dificultosa, espantajo de la uva, bodega racional, pelo de erizo, guarnecido en morado, injerto en mosto, frente de enemigo, ojo de gallo, nariz corva montada á la jineta, boca de calle, barba á racimos, cuello de cántaro, brazo seglar, manos de carnero, talle de cuba, piernas de sábana y pies de amigo, bostezando las palabras, arqueando las cejas y masticando esdrújulos, prorrumpió» etc.

Juzgue ahora el lector si he andado algo exagerado al poner el pasaje preinserto en parangón con otros de igual índole debidos á la pluma de nuestros primeros escritores festivos, humorísticos ó chanceros.

Sea como quiera, harta razón le asistía al famoso y nunca lo bastante ponderado D. Bartolomé José Gallardo, cuando en pleno Congreso decía á los diputados de él, á fuer de Bibliotecario de las Cortes, en sesión del 19 de enero de 1838:

«El señor Fontán, confesando que no sabe siquiera dónde está, la pinta (la *Biblioteca del Congreso*), no obstante, como un almacén de fárrago teologal, haciendo de ella un retrato de fantasía; y para muestra, tan antojadizamente como en todo, saca sus *Sermonarios*, preocupado y antecogido el juicio con la idea exclusiva de los libros de los conventos.

»*¡Sermonarios!* Y ¿no había más que sermones y libros de esa especie en las librerías de los conventos? Y ¿no se compone sino de los libros de los conventos la del Congreso? – Reune los restos venerables, como dejo dicho, de la Biblioteca del sabio diputado *Navarro*, los del ilustrado *Infante Don Gabriel*, los de *Salazar*, los del naturalista *Cea*, los que de orden superior colectaba en París, al romper allí á fines del siglo pasado la revolución francesa, nuestro profundo y malogrado astrónomo *Mendoza de los Ríos*.

»¡Sermonarios, libros de conventos! – ¿Cree el señor Fontán que los libros de sermones no contienen sino vaciedades, y sólo fárrago las librerías de los frailes? Un concepto más favorable de esos libros, de esas librerías y de esos hombres desgraciados tendría S. S. si los mirase á la luz de una filosofía más ecléctica y poseyese un conocimiento menos liviano de tales sujetos y objetos. Los frailes son hombres, y en sus librerías se encontraban libros apreciabilísimos en todos los ramos de los conocimientos humanos y manuscritos antiguos muy curiosos.

»Entre varios de esta especie que posee el Congreso en su Biblioteca, procedentes de los de conventos suprimidos, es uno un códice original de fines del siglo XV del célebre astrónomo hebreo *Abrahán Zacut*, catedrático que fué de Matemáticas en la Universidad de Salamanca: volumen en folio Su contenido, unas *Tablas astronómicas*, con una curiosa introducción en castellano, aunque se cree que *Zacut* fué portugués de nación. Es obra desconocida.

»Pues en los sermones, ¿qué de especies peregrinas y curiosas no se encuentran, teniendo tiempo y paciencia para hojearlos? En las márgenes de un *Sermón de San Elías*, escrito por el autor del *Origen y primeras poblaciones de España*, el carmelita sevillano *Fr. Juan Félix Girón*, hábil paleógrafo, orientalista, matemático y dibujante, sobrino del Píndaro andaluz *Rioja*, bibliotecario de Felipe IV, se leen especies muy curiosas para la biografía de este eminente ingenio, cuya vida y escritos investigan hoy los eruditos con solícito afán.

»En los principios de un *Sermón de honras á Felipe III*, publicado y dedicado por *Fr. Pedro de Córdoba* al marqués de Priego, ilustre sordo-mudo *à nativitate*, discípulo del ingenioso maestro de sordo-mudos *Ramírez de Carrión*, se estampa un documento justificativo de que el marqués había aprendido por

arte á leer y escribir más de un siglo antes que en Francia se enseñase á hablar á los mudos.

»En un convento de Castilla, consta por los inventarios de las Bibliotecas de monasterios suprimidos, enviados á la de las Cortes por el Gobierno, en virtud de la ley arriba citada, que existía un libro de *Doctrina para los mudos sordos*, compuesto por el *Maestro Fr. Pedro Ponce*, inventor de este arte milagroso, etc., etc.»

Digásenos ya, si todos los libros calificados de LIBRACOS merecen la nota de *despreciables*, por el solo hecho de ser *despreciados*.

José María Sbarbi

¡POBRE FILIPÍN!

Jenaro Fernández, doctor en leyes, escritor y poeta á ratos perdidos, hallábase casado con Ángela y en su matrimonio no era feliz.

¿Cuáles eran las causas de su infelicidad?

Oígalas el lector de boca del mismo interesado:

– A vecir verdad, no hay motivo serio que explique el hastío que Ángela me causaba. Pero tampoco ella tenía nada que echarme en cara, y sin embargo no podíamos sufrirnos. Es decir, quien no podía sufrirla era yo: hay que ser justo.

Ángela es tan flemática que no es capaz ni de sentir antipatía. Cuando de ella hablaba á mis amigos, la llamaba pavisosa. Ángela es de movimientos tardíos, de hablar perezoso y lánguido: para andar, espera que un pie obtenga permiso del otro, y como con dificultad lo obtiene, van uno tras otro arrastrándose con pena. Sus ojos son de uzul claro, muy claro; en ellos no hay ni luz ni nada, ni pasiones; ojos, en fin, que la sirven para ver, pero que nada dejan ver en ellos. Sus delgados y pálidos labios permiten ver los dientes cuando sonríen y al reir enseñan las encías, señal cierta, según Descuret, de carácter apático. Cuando anda, cuando habla, cuando se mueve, parece una persona que teme romper alguna cosa.

Y siendo así, ¿cómo no hastiarse á su lado? ¿Cómo no bostezar continuamente? ¿Cómo no comprender el suicidio por spleen?

Bien pago el pecado mayor de mi juventud; dura penitencia sufro por haberme casado cuando acababa de cumplir veinte años y aún no había terminado mis estudios.

La inexperiencia de la juventud me hizo confundir la poquedad de ánimo con la dulzura: creí ver en ella talento, bondad, tiernas pasiones, y me equivoqué grandemente: mi mujer es un Juan de las Viñas. Si río, ríe conmigo; si rabio, calla, y su inexpresiva fisonomía ni muestra cólera ni dolor. Es inaguantable mi esposa; ¡Oh, mi odiado fantoche! ¡Cuán feliz sería yo si recobrara mi libertad perdida, mi felicidad de soltero!

A mi edad, con mi talento, – perdonen ustedes la inmodestia, – con una independencia absoluta y la fortuna que tengo, hubiera podido hacer un primer papel en la comedia del mundo; pero con ella, con mi bendita consorte, toda dicha es imposible. Un solo hecho bastará para retratar de cuerpo entero á mi esposa. Durante la luna de miel, que más que de miel fué de arrope manchego, cuando tenía la ingenuidad de leerla mis versos, ni una sola vez se dió el caso de que lanzara un grito de admiración, ni un elogio salió de su boca, ni por cortesía al menos. En suma, no hay matrimonio que se fastidiase tanto como el nuestro. Cuando Ángela y yo estábamos juntos bostezábamos hasta hacernos daño en la unión de las mandíbulas.

El nacimiento de Filipín no modificó en nada nuestra situación.

Ángela quiso lactar á su hijo y con este motivo se hizo mayor nuestra separación. Ella con Filipín ocupaba unas habitaciones, y yo otras separadas de las suyas.

Hay que confesar que Ángela amaba á su hijo Filipín y le cuidaba con gran esmero. Pasaba el día entero ocupado en lavarlo, asistirlo, hacerle saltar sobre sus rodillas. Al verla me parecía que estaba jugando á las muñecas.

Yo sentía por mi hijo un cariño digno, era yo un hombre demasiado serio para caer en esas ridiculeces en que incurren ciertos padres que se convierten en niñeras de sus mocosos.

Filipín crecía, y á los tres años y medio era un precioso bebé de grandes y coloradotes mofletes, de nariz chiquita y respingoncilla, vivo como una ardilla; un chicuelo, en fin, que hubiera hecho las delicias de un hombre menos serio. No era yo muy pródigo en caricias, y el niño, si yo no era pródigo en caricias, era avaro de las suyas.

Un día reñimos Ángela y yo por el niño, no recuerdo siquiera por qué: tan fútil era el motivo. A una palabra dura siguió un agravio, tras de los agravios vinieron las injurias y las recriminaciones.

Ángela dijo sin que una lágrima asomara á sus ojos:

– ¡Ay Dios mío! ¡Qué cansada estoy de esta vida! ¿Qué ángel malo me inspiró el día de mi matrimonio?

Esta frase me excitó más de lo que estaba.

– El maleficio que aquel ángel malo produjo es fácil vencerlo, contesté.

– Por mi parte ....

Cogí al vuelo la palabra y la propuse formalmente una separación amistosa.

Angela al oirme palideció un poco; pero cuando supo que la separación se realizaría sin escándalo y que yo le dejaría á su hijo hasta que cumpliera los catorce años, sin más obligación que la de mandármelo todos los meses una vez, expuso la idea de que para mí era buen proyecto. Creí comprender su pensamiento y contesté:

– Los dos salimos ganando.

Después continué:

– Habrá que escribir á tu padre para que venga á buscarte.

– Yo le escribiré mañana.

– Escríbele; pero no es preciso le cuentes nuestras discusiones.

– No; le causaría un disgusto.

– Se busca un pretexto. Tu salud.. la necesidad de respirar los aires del mar... A Filipín le sentaría muy bien un cambio.

– El niño no puede estar mejor de lo que está.

– No importa, esas son cosas que se dicen... Cuando lleves unos días en casa de tus padres, poco á poco...

Calló Angela y me pareció muy conforme.

Salí de mi casa como alma que lleva el diablo. Iba á reconquistar mi libertad y pensaba en la mejor manera de emplearla Todo me iba á estar permitido menos volver á casarme, y esta limitación de mi libertad me agradaba en sumo grado, pues me impedía cometer la mayor de las necedades humanas.

Como nunca he tenido el feo pecado de la hipocresía, no pensaba ocultar mi posición. Lo esencial era ser libre, feliz é independiente, como el cartaginés... é iba á serlo. La presencia de Angela, que sinceramente he de confesar que no era fea, me excitaba los nervios, y lo que es peor, me tenía aprisionado y me cortaba las alas; y yo necesitaba mucho espacio para volar.

Comuniqué á mis amigos mi resolución y recibí unánimes felicitaciones.

– Eso había de suceder algun día; cuando no se vive bien juntos, lo mejor y lo más acertado es separarse.

Esta fué la profunda sentencia de un doctorcillo en filosofía, que era el Solón de nuestra peña de café.

Después expuso cada uno la suya El de más edad de los concurrentes á la mesa de café contaba treinta y un años. Yo tenía veintiséis, y ya he dicho que me casé á los veinte. Sírvame esto de disculpa.

– A esa edad, dijo el patriarca de treinta y un años, no es uno responsable de sus acciones.

– Es verdad, contesté yo, y me quedé tan satisfecho.

Mi conciencia estaba tranquila, merced sin duda á que era más elástica que la goma y más ancha que manga de fraile franciscano.

En prueba de sinceridad, quiero decir que aquella tarde se destapó una botella de champagne para celebrar mi emancipación; se brindó por mis futuros triunfos literarios. ¿Quién podía dudar de mis triunfos? Los otros quizás; yo no, seguramente.

Salí de mi casa inmediatamente después de comer y volví á la madrugada.

Mi mujer me esperaba, y al abrir yo la puerta de mi habitación me salió al encuentro y me dijo:

– El niño se ha caído esta tarde, haciéndose una herida en la rodilla.

– ¡Se ha caído!, contesté; ¿y cómo ha sido?

Si hubieran cuidado de él.... Ya se sabe que los niños...

– No ha sido culpa de nadie, me respondió mi mujer. ¿Te parece que se avise al médico?

– Quizá con un poco de árnica...

– Esta tarde llamé al médico y calificó de grave la contusión.

– ¡Eh! No será nada.

– Sin embargo, el niño no está bien, está muy inquieto y se queja mucho. ¿No le oyes? ¿Quieres verle?

– ¿Para qué? Porque yo le vea no ha de sanar. Ya le veré mañana.

Al decir esto me separé de mi esposa y me dirigí á mi cuarto; cerré la puerta para que no me molestase ruido alguno, me desnudé y me metí en la cama.

Llamé al sueño y no vino.

Sin saber por qué, me sentía irritado.

Son tan imbéciles las mujeres, pensé, que se complacen en molestar á uno inútilmente. De cualquier cosa, la más insignificante, hacen un mundo.

¡Y los médicos! Los médicos por conveniencia propia echan leña al fuego. Un arañazo es una enfermedad grave; así se enriquecen.

¡Oh, el mundo! El mundo está lleno de egoístas.

Me desesperecé voluptuosamente en mi lecho, coloqué cómodamente mi cabeza sobre la almohada y me dormí persuadido de estas tres cosas: primera, que Filipín no se había hecho daño alguno importante; segunda, que Angela había exagerado el mal, por el solo placer de molestarme; y tercera, que yo era la única persona razonable de la familia.

A la mañana siguiente me levanté bastante tarde y entré en la habitación de Filipín. Mi mujer había pasado la noche junto á la camita del niño.

Filipín se quejaba y lloraba de dolor. Le toqué la frente y creí notar que tenía un poco de calentura.

Momentos después vino el médico, examinó la rodilla del niño, que estaba muy inflamada, y ordenó que se le pusieran sanguijuelas.

– ¿Hay fractura?, le pregunté.

– Fractura, no...

– ¡Ah, pues entonces la cosa no tiene importancia!, dije yo con cierto aire de suficiencia.

– Sin embargo, repuso el médico, hay contusiones peores que las fracturas.

Qué gusto tienen los médicos en asustar á las gentes, pensé.

El desgraciado accidente del niño hizo que no se escribiera á mi suegro, y que por lo tanto se retrasara el viaje de Angela. Filipín no mejoraba; con la rodilla inflamada no podía moverse sin dar grandes gritos de dolor. Acostumbrado á saltar y á correr durante todo el día, debía ser para él un gran suplicio estar días y días en la cama ó echado en un sofá.



LA BEATRIZ DEL DANTE, retrato tomado del cuadro de Hugo van der Goes, existente en la Galería Arcispedale de Sta. María la Nueva, en Florencia

En poco tiempo perdió las rosas de sus mejillas, entristeciéndose sus ojos, y grandes y negras ojeras los circundaron.

Angela no se movía de su lado, hacía cuanto una madre puede hacer para distraer á su hijo enfermo, y cuantas veces salía yo de casa me decía:

– Trae algún juguete á Filipín.

Y lo decía como la cosa más natural del mundo, como si mi única obligación fuera ir de bazar en bazar en busca de monigotes ó soldados de plomo.

La enfermedad de mi hijo duraba ya muchos días. El médico creyó necesario celebrar una consulta, y se llamó á los médicos de más nombre, los cuales después de muchos preámbulos vinieron á decir que se había formado un tumor, que el niño era de temperamento linfático, que la curación sería cosa de mucho tiempo y otras noticias tan consoladoras como estas.



EL COMPOSITOR, cuadro de R. Poetzelberger

Desde aquel día el pobre Filipín sufrió dolorosas curas y tormentos mil. Cataplasmas, vejigatorios, inyecciones, pinchazos; cada día una nueva tortura.

Era aquel un espectáculo superior á mis fuerzas, así que cuando iba el médico á casa sentía yo una irresistible necesidad de salir á tomar el aire. Mi mujer, feliz ella, con su carácter flemático, podía presenciar la cura, asistir al médico, sujetar las piernas del niño y merecer el título de enfermera modelo. Cuando yo al ver los sufrimientos de Filipín dejaba escapar alguna imprecación, ella encontraba fuerzas para sonreir y decirme:

– ¿Qué consigues con blasfemar?

La calma y la resignación de Angela no me maravillaban, las atribuía á su carácter, pero me asombró su resistencia física. La creí de un temperamento débil y flojo, y vi que era preciso fuera de acero para no enfermar velando casi todas las noches y pasando semanas y semanas encerrada entre cuatro paredes.

Muchos días habían transcurrido desde que mi hijo se había caído y el maldito tumor no se curaba Los dos médicos que le asistían no sabían ya qué contestar á nuestras preguntas

Esperaban que el tumor se resolvería; pero pasaba el tiempo y el pobre niño, no sólo no mejoraba, sino que se presentaron complicaciones.

Angela manifestó deseos de oir la opinión de otros médicos. Llamamos á un célebre cirujano, de esos cuyas palabras valen tanto oro. El insigne doctor examinó la pierna del niño, tocando é introduciendo la sonda sin compasión. Filipín daba gritos que partían el alma. Yo sudaba, sentía temblar mis piernas y dos ó tres veces tuve que salir de la habitación. Mi mujer, estrechando la mano del niño y besándole en la frente, callaba. Sus ojos estaban secos, sus labios estaban pálidos.

Después del reconocimiento local vino el reconocimiento general, que pareció dar resultados satisfactorios. Filipín era robusto á pesar de su temperamento linfático. Los médicos se retiraron á otra habitación, y después de una breve discusión acordaron un nuevo plan curativo.

– Si tampoco esto diera resultado... dijo el doctor Gutiérrez, que era el célebre médico á quien habíamos acudido últimamente.

– ¿Qué?, dijo mi mujer con voz apenas perceptible.

– No se alarme usted, señora: si este plan no diera el resultado que buscamos, acudiríamos á otros medios.

Cuando se fué mi mujer al cuarto del niño, pregunté yo al médico.

– ¿Cree usted que curará?

– Creo que sí, y si no, apelaríamos á un recurso extremo

– ¿Cuál?

– ¿Para qué hablar ahora de eso? Si llega el caso ya...

– No, no, interrumpí yo; diga usted qué recurso extremo sería ese.

– ¡La amputación!

Oyóse un grito ahogado. Era mi mujer que se había acercado sin ser vista ni oída y escuchó la terrible frase del médico.

– Señora, señora, dijo éste lamentando lo ocurrido, no hay que alarmarse... Son eventualidades remotas. El médico está obligado á prevenirlo todo.

Angela se tranquilizó aparentemente y contestó:

– Sí, lo sé; pero ¿verdad que curará?

Se convino en que el doctor volvería á la semana siguiente para esperar los resultados del nuevo plan curativo.

La idea de la amputación era terrible Yo no podía imaginarme á Filipín sin una pierna. Comencé entonces á conocer el sentimiento de la paternidad: la pierna de Filipín me pertenecía; yo no debía permitir que el cirujano la cortase. Quería que mi mujer pensara como yo; que protestara enérgicamente de la barbarie que se tramaba en nuestro daño. Angela me contestaba:

– Confiemos en que no será necesario.

Había momentos y aun días en que mi Filipín no sentía dolor alguno, momentos en los que reía y jugaba, pero no como en otro tiempo. Le compré un cochecito, y cuando hacía un día hermoso le paseábamos por el jardín y el bebía con avidez el aire libre, se bañaba en rayos de sol, aspiraba con delicia los perfumes de las flores y se extasiaba siguiendo el vuelo de las mariposas; ¡él, que poco tiempo antes era una mariposa y una flor!

A veces era preciso sujetarle, pues olvidando su mal, intentaba bajarse del cochecito y saltar y correr como los otros niños. ¡Ay! ¿Por qué mi hijo había de ser el desdichado?

Mi Filipín no se daba cuenta de la gravedad de su estado. Todos los días preguntaba:

– Mamá, ¿estaré bueno mañana? ¿Me levantaré mañana?

Para él mañana era el día en que volvería á ser lo que antes era. Su mamá secundaba aquellas fantasías; yo cuando oía aquellas inocentes preguntas apenas si podía reprimir las lágrimas que acudían á mis ojos,

Cuando la muchacha se fatigaba de llevar el cochecito, Angela, que era la única persona á quien el niño obedecía y que debía ir á su lado para cuidarlo, me decía:

– Jenaro, descansa un momento á la muchacha, pasea el niño

Yo obedecía, y así empecé á conquistar el cariño y la confianza de mi hijo. ¡Era tan hermoso! El viento jugueteaba con los dorados ricillos que caían sobre su frente y el sol teñía de rosa sus descoloridas mejillas. Sus ojos perdían por un momento la expresión de dolor y de tristeza y readquirían un rayo de la antigua luz. Sus bracitos se agitaban y sus manos batían palmas de alegría.

– ¡Cuán hermoso es!, dije una tarde delante de Angela.

– ¡Oh!, respondió mi mujer. ¿Y antes?

Y sus pupilas se humedecieron y pareció que miraban al tiempo pasado.

Todas las mañanas cuando no venía el médico hacía la cura al niño con una seguridad y un cuidado admirables: al verla hubiérase dicho que tenía muchos años de práctica en un hospital. Era innegable; mi mujer poseía algunas buenas cualidades, y era extraño por lo menos que quisiera yo separarme de ella, cuando hay maridos que..... Sólo aquella maldita incompatibilidad de caracteres..... y además ella también deseaba la separación.....

Y si el pobre Filipín no se curase..... ¡Oh! ¡Aquella idea era horrible!

Yo no me sentía con fuerzas para presenciar las curaciones y preguntaba á Angela:

– ¿Cómo está?

Y esta pregunta no recibía nunca una satisfactoria respuesta.

La nueva visita del médico Gutiérrez tuvo un resultado desconsolador.

– El niño no ha mejorado, dijo, respondiendo á las ansiosas miradas de Angela y mías.

Consultó después con sus colegas; y terminada la consulta, me llamó aparte y me dijo:

– Aún puede tenerse alguna esperanza..... ¿Quién sabe? La naturaleza hace milagros; mas si el milagro no se hace, es preciso apelar al último medio que da la ciencia.

– ¡La amputación!, exclamé.

La tremenda palabra quemaba mi lengua.

Mi mujer se acercó á nosotros.

Todo lo había adivinado.

Apoyó su mano en mi hombro y dijo:

– ¡Valor!

¡Ella infundiéndome valor!

– No es urgente el caso, continuó el doctor; pero no debe esperarse á que la enfermedad tome mayor desarrollo para no hallar al niño débil y sin fuerzas. Volveré dentro de pocos días, y entonces.....

– ¿Está V. seguro de salvarlo con la amputación?, interrumpió Angela.

– Seguridad absoluta no se tiene nunca, pero se puede tener una seguridad relativa.

Si el niño no fuese robusto, si el mal no hubiera tenido una causa traumática, confieso que no me atrevería á aconsejar este medio; pero en este caso hay un sesenta por ciento de probabilidades favorables.

– ¡Un sesenta por ciento!, dije, y las otras cuarenta...

– Amigo mío, contestó el médico, el caso es grave y no hay que hacerse ilusiones. Un sesenta por ciento de probabilidades favorables, vale más que un noventa y nueve por ciento de probabilidades contrarias.

– ¿Luego no hay otro remedio?, exclamé con el alma angustiada.

– Si en el término de ocho días no se declara una crisis favorable, no veo otro.

No pude oir más, y salí de la habitación. Mi mujer preguntó al médico:

– ¿Volverá V. la semana próxima?

Aquel mismo día, aprovechando un rato en que dormía el niño, dije á Angela:

– Los médicos opinarán lo que quieran, pero nosotros no debemos permitir que corten la pierna á á nuestro hijo. ¡Hacerle infeliz! No, no debemos consentirlo.

– ¿Pero y si se muere?

– Será una desgracia, una desgracia inmensa; pero

no habremos consentido una crueldad, no le habremos sacrificado á nuestro egoísmo.

– ¡Jenaro! ¡Jenaro!, prorrumpió mi mujer dando un grito que me desgarró el alma. ¿Y le dejaremos morir?

Quise responder que sí, pero los labios se negaron á pronunciar aquella bárbara palabra.

¡Maldita sea la medicina! ¡Malditos los médicos! Son todos unos ignorantes, unos estúpidos. No, no ha de ser.

Me levanté entonces y exclamé:

– Quiero que le vea otro médico. Y al fin del mundo iré á buscarlo si es preciso, antes que tal suceda

Angela no me contradijo; pero evidentemente nada esperaba de la nueva consulta que yo quería hacer, sin saber aún á quién.

Después de meditarlo detenidamente, decidí ir en busca de un médico muy celebrado que residía en Barcelona y resolví ir allá

Dispuse en pocas horas el viaje, y al despedirme de mi hijo, dándole un beso, díjome el niño:

– Papaíto, ¿tardarás mucho? Tráeme un juguete.

Le prometí traerle el juguete y él me dió un beso sonriendo.

Estaba delgado, pálido.

Aquella melancólica y triste sonrisa, en aquella carita de cera, me hizo un daño que á nada puedo comparar.

– Vuelve pronto, me encargó Angela, acompañándome hasta la escalera.

– Pasado mañana estaré de vuelta.

Nos dimos mutuamente la mano, que estrechamos con fuerza.

Nadie hubiera dicho que éramos dos esposos resueltos á separarnos.

Llegué á Barcelona, fuí en busca del doctor y supe que hacía unos días que se hallaba en Figueras.

Partí para Figueras y telegrafié á Angela diciéndole lo que ocurría.

En Figueras sufrí otro contratiempo, el médico no se hallaba en la ciudad, sino en una casa de campo con un amigo suyo. Dijéronme que volvería por la noche y le esperé. A más de las doce llegó la eminencia médico-quirúrgica; le expuse mi pretensión y me dijo que no podía salir de Figueras, pues estaba encargado de la curación de la marquesa de... no recuerdo, y el caso era grave é ineludible el compromiso

Mi viaje no pudo ser más desgraciado Hacía tres días que me había ausentado de mi casa y nada sabía de mi hijo.

Llegué á Barcelona, y allí me encontré un telegrama de mi mujer, que decía: – «El médico anticipó su venida; dice que no hay tiempo que perder. Ven pronto »

Al leer este telégrama creí morir.

¿Qué ocurre? ¡No había tiempo que perder! ¡Esto significaba que era necesaria la amputación! ¡Y me llamaban para presenciarla! ¡Quería que viese cómo mutilaban á mi hijo!

Quizá por culpa mía se malograra la operación Me pareció ver al doctor en el cuarto del niño con los instrumentos terribles en la mano, esperando mi llegada para cortar sin misericordia

¿Y si ya no fuese tiempo? ¿Llegaré para ver morir á mi hijo?

Quise persuadirme de que era mejor verle muerto que mutilado, mas no pude lograrlo.

Sí, sí, me decía, dejaré que le hagan la amputación, todo lo que quieran, pero que le salven, que no vea yo muerto á mi Filipín

Llegué al fin. En la estación del ferrocarril no me esperaba nadie.

Subí corriendo la escalera de mi casa. Angela me había oído y salió á abrir la puerta

– Di pronto; ¿el niño? ¡Habla! grité ahogándome de pena.

– Ahora duerme; entra. ¡Pobre Filipín!

– ¿Y el médico?

– Se ha marchado.

– ¿Cómo? Es preciso llamarle. No hay tiempo que perder, tú misma me lo has telegrafiado No me opongo..... sabes..... No me opongo ya á la amputación.

– ¡Ah, no!, exclamó Angela con un acento de alegría que me pareció muy extraño en aquel momento.

– No nos detengamos, añadí. ¡Quiera el cielo que no se haya esperado demasiado!

– Jenaro, dijo mi mujer cogiendo mis manos, ¿me perdonas?

– ¿Perdonarte? ¡Habla por amor de Dios! ¿Ha ocurrido alguna desgracia que no te atreves á decirme?

– No, te lo juro; es que...

– Estás turbada... Quiero ver á Filipín.

– Espera, espera, gritó Angela. El médico consintió en aguardar un día, pero nada más, porque... El caso era urgente... Se había agravado; por momentos podía declarársele la gangrena.

Comencé á presentir la verdad; pero no tenía fuerzas para articular una palabra; apenas respiraba.

– El médico me dijo: ¿Se siente usted con fuerzas para cargar con una gran responsabilidad?

– ¡Dios mío! Creo haber comprendido...

– Pero ¿se salvará?, grité yo.

– Si no se hace la operación la muerte...

– Muerto, ¿oyes Jenaro? Muerto.

– ¿Y tú?...

– Yo respondí: asumo la responsabilidad. Jenaro, ¿me perdonas?

– Continúa; ¿la amputación?...

– Se hizo ayer.

Lloré durante un largo rato.

Después exclamé: ¡Pobre hijo mío, pobre criatura!

– ¿Y ha podido resistir?

– Le dieron el cloroformo. Me miró con sus hermosos ojos llenos de amor, y me dijo: «Mamá, ¿qué es esto? ¡No, mamá, no!, yo no quiero.» Inclinó la cabecita y quedóse aletargado. Entonces...

– ¡Oh, calla! ¿Tu presenciaste?...

– Querían que estuviera en la habitación de al lado, pero me negué. Estuve con él hasta el fin Pocos minutos, un siglo, no sé... Lo oí todo, todo lo oí... ¡Oh, el rechinar estridente de la sierra le tengo aquí en el alma; aquella sangre la veré correr siempre, siempre!

Y cuando la operación acabó, aquella pierna que tantas veces besé, que tanto ha sufrido, que fué mi orgullo, que era carne mía, ¡qué digo mía, de mi hijo!, fué colocada sobre una mesa como algo inútil.

Calló la pobre Angela; el dolor no la dejaba continuar.

Durante un largo rato lloramos los dos en silencio.

Después dije:

– ¿Y cuándo volvió en sí Filipín?

– El pobrecito no se da cuenta de su desgracia. Al verse vendado, preguntó:

– Mamá, ¿y mi pierna? ¿Se me ha caído?

Yo no pude contestar.

El médico le dijo:

– No te cuides de eso; ya verás qué pronto te pones bueno.

– ¿Pero me volverá á crecer la pierna?

Callamos todos, y él empezó á quejarse de un gran dolor en la rodilla.

¡En la rodilla que ya no tiene!

– Angela, tú sabes querer más que yo á nuestro hijo; tú has tenido valor para presenciar esa terrible escena, y á mí me falta hasta para ver á mi cojito del alma.

Sequé mis lágrimas, entré en la habitación de Filipín, que dormía en aquel momento. ¡Hijo mío! ¿Dónde estás? ¿Eres aquel mismo cuyas mejillas eran de rosas?

Tanta era su palidez, que hubiera creído que no existía, á no ser por la débil respiración que movía su pecho.

Le contemplé en silencio algunos minutos, toqué su frente y vi que tenía una fuerte calentura.

Para ocultar mis lágrimas me aparté de la cama de Filipín, y apoyé mi frente, que ardía, sobre los cristales del balcón.

Así estuve un largo rato sin conciencia, sin ver lo que en la calle pasaba.

Salí de aquel estado de imbecilidad, producido por el intenso dolor que me dominaba, al ver en la calle á dos chicuelos harapientos y astrosos que corrían uno tras del otro, gritando y diciendo el de atrás: «¡Corre, corre, que te cojo!»

– ¡Papá!, oí entonces; me volví, y vi al niño inquieto y agitando fuera de las sábanas sus descarnadas manitas.

– Está delirando, me dijo Angela.

¡Deliraba!, y en su delirio me llamaba á mí, que durante cuatro años apenas le había acariciado alguna que otra vez!

Pronunció después palabras ininteligibles. Luego dijo con voz clara:

– Una, dos, tres... Más aprisa... Tu pagas... Salto más que tú.

En su delirio creía estar saltando á la comba en compañía de otros niños.

La calentura y el delirio duró todo aquel día.

A la mañana siguiente estaba más tranquilo: disminuyó bastante la calentura, desapareció el delirio y me reconoció.

Al verme, me dijo:

– Papaíto, ¿me has traído un juguete de Barcelona?

– No, hijo mío, no tuve tiempo; pero...

– Me alegro, interrumpió el niño, porque vas á tener que comprarme...

– Te compraré todo lo que quieras.

– Unas muletas con las que andaré hasta que me crezca la pierna, y me divertiré mucho como si jugara con unos zancos, como el chico de la portera.

Fué tan grande su deseo de tener unas muletas, que á los pocos días tuve que comprárselas.

Cuando las vió se puso muy contento. Aquella fué su última alegría, tener á su lado en la cama las muletas que no llegó á usar.

No puedo recordar lo que pasó en los últimos días de su vida, sólo sé que murió mi amado cojito.

Ya tengo cincuenta y dos años, y el cielo no ha querido darme más hijos.

Uno tuve, y quise romper los lazos que á su madre me unían.

Murió Filipín, y los lazos se estrecharon, el dolor los apretó.

Hoy Angela y yo vivimos compartiendo un recuerdo, besando de cuando en cuando unas muletas y yendo todas las semanas á visitar el sitio en que descansa el pobre Filipín.

Filiberto Osorio



UNA EXCURSIÓN POR EL LAGO, cuadro de Fernando Heilbuth

SECCION AMERICANA

EL DEMONIO DE LOS ANDES

TRADICIONES HISTÓRICAS SOBRE EL CONQUISTADOR FRANCISCO DE CARBAJAL

POR RICARDO PALMA

(Continuación)

I

LOS TRES MOTIVOS DEL OIDOR

El 27 de Octubre de 1544 estaban los vecinos de Lima que no les llegaba la camisa al cuerpo. Y con razón, eso sí.

Al levantarse de la cama y abrir puertas para dar libre paso á la gracia de Dios, se hallaron con la tremenda noticia de que Francisco de Carbajal, sin ser de nadie sentido, se había colado en la ciudad con cincuenta de los suyos, puesto en prisión á varios sujetos principales tildados de amigos del virrey Blasco Núñez, y ahorcado, no como quiera, á un par de pobres diablos, sino á Pedro del Barco y Machín de Florencia, hombres de fuste, y tanto que fueron del número de los primeros conquistadores, es decir, de los que capturaron á Atahualpa en la plaza de Cajamarca.

Carbajal previno caritativamente á los vecinos de Lima que estaba resuelto á seguir ahorcando prójimos y saquear la ciudad, si ésta no aceptaba por Gobernador del Perú á Gonzalo Pizarro, quien con el grueso de su ejército se encontraba esperando la respuesta á dos leguas de camino.

Componían á la sazón la Real Audiencia los licenciados Cepeda, Tejada y Zárate; pues el licenciado Alvarez había huído el bulto y declarádose en favor del virrey.

Asustados los oidores con la amenaza de Carbajal, convocaron á los notables en cabildo. Discutióse el punto muy á la ligera, pues no había tiempo que perder en largos discursos ni en flores de retórica, y extendióse acta reconociendo á Gonzalo por Gobernador.

Cuando le llegó turno de firmar al oidor Zárate, que según el Palentino era un viejo chocho, empezó por dibujar una ┼ y bajo de ella, antes de estampar su garabato, escribió: *Juro á Dios y á esta ┼ y á las palabras de los santos Evangelios que firmo por tres motivos: por miedo, por miedo y por miedo.*

Vivía el oidor Zárate en compañía de una hija, doña Teresa, moza de veinte mayos muy lozanos, linda desde el zapato á la peineta y que traía en las venas todo el ardor de su sangre andaluza; causa más que suficiente para barruntar que el estado de doncellez se la iba haciendo muy cuesta arriba. Añada usted que la chica no leía otros libros que *Vidas de Santos*, que tengo para mí que son la más pecaminosa de las lecturas. Vidas hay escritas con tal desenfado en la frase y lubricidad en las imágenes, que más que á la literatura mística pertenecen á la literatura de burdel.

La muchacha, cosa natural en las rapazas, tenía su quebradero de cabeza con Blasco de Soto, alférez de los tercios de Carbajal, quien la pidió al padre y vió rechazada la demanda; que su merced quería para marido de su hija hombre de caudal saneado. No se descorazonó el galán con la negativa y puso su cuita en conocimiento de Carbajal.

–¡Cómo se entiende!, gritó furioso D. Francisco. ¡Un oidor de mogiganga desairar á mi alférez, que es un chico como unas perlas! Conmigo se las habrá el abuelo. Vamos, galopín, no te atortoles, que ó no soy Francisco de Carbajal ó mañana te casas. Yo apadrino tu boda y basta. Duéleme que estés de veras enamorado; porque has de saber, muchacho, que el amor es el vino que más presto se avinagra; pero eso no es cuenta mía, sino tuya, y tu alma tu palma. Lo que yo tengo que hacer es casarte, y te casaré como hay viñas en Jerez, y entre tú y la Teresa multiplicaréis hasta que se gaste la pizarra.

Y el maestre de campo enderezó á casa del oidor, y sin andarse con dibujos de escolar pidió para su ahijado la mano de la niña. El pobre Zárate se vió comido de gusanos, balbuceó mil excusas y terminó dándose á partido. Pero cuando el notario le exigió que escribiese el consentimiento, lanzó el buen viejo un suspiro, cogió la pluma de ganso y escribió. *Conste por esta señal de ┼ que consiento por tres motivos: por miedo, por miedo y por miedo.*

Así llegó á hacerse proverbial en Lima esta frase: *los tres motivos del oidor*; frase que hemos recogido de boca de muchos viejos, y que vale tanto como aquella de las noventa y nueve razones que alegaba el artillero para no haber hecho una salva: razón primera, no tener pólvora; guárdese en el pecho las noventa y ocho restantes.

A poco del matrimonio de la hija, cayó Zárate gravemente enfermo de disentería, y en la noche que recibió la extremaunción llegó á visitarlo Carbajal y le dijo:

–Vuesamerced se muere porque quiere. Déjese de galenos y bébase en tisana una pulgarada de polvos de cuerno de unicornio, que son tan eficaces para su mal como huesecito de santo.

–No, mi señor D. Francisco, contestó el enfermo; me muero, no por mi voluntad, sino por tres motivos....

–No los diga, que los sé, interrumpió Carbajal, y salió riéndose del aposento del moribundo.

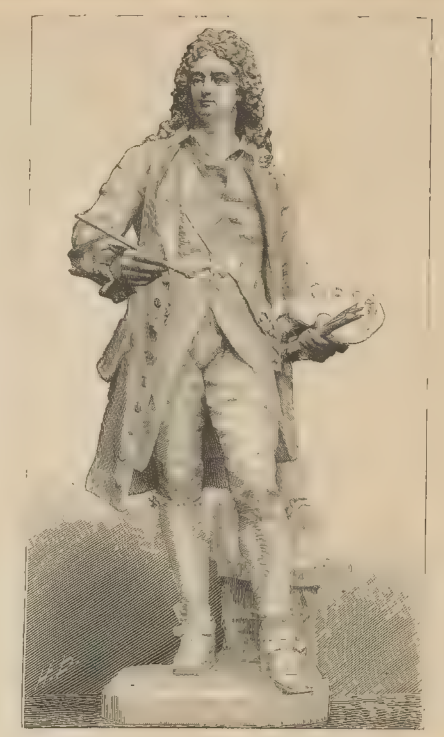
II

EL QUE SE AHOGÓ EN POCA AGUA

Dicen los fatalistas que la que está de condenarse, desde chiquita no reza; que á cerdo que es paŕa boca de lobo, no hay san Antón que lo guarde, y que el que nació para ahogarse, pierde el resuello en un charco de ranas.

No parece sino que para dar razón á tal doctrina, matadora del libre albedrío y anatematizada por la Iglesia, hubiera Dios echado al mundo á Juan de Porras, soldado que acompañó á Pizarro en la proeza de Cajamarca y á quien tocó del tesoro acumulado para rescate de Atahualpa una partija de ciento ochenta y un marcos de plata y cuatro mil quinientas cuarenta onzas de oro.

Juan de Porras blasonaba de hidalgo y decía que el escudo de su familia era un perro negro atado á una maza ó porra, en campo de oro. Y ciertamente que esas son las armas de los Porras en todos los libros de heráldica que por incidencia hemos consultado.



ESTATUA DE JACINTO RIGAUD
Inaugurada en Perpignán el día 20 de julio último

Corriendo los días, Juan de Porras, que era de genio inquieto y revoltoso entre los revoltosos, pasóse del bando del marqués al del Adelantado D. Diego, y como todos sus compañeros de desdicha, después de la batalla de las Salinas tuvo que pasar la pena negra, porque el vencedor dió palo de firme en los vencidos. ¡Eso sí que fué *argolla* y no la de mi paisano!

Al fin reventó la cuerda, y armada en Lima la tremenda para asesinar á Francisco Pizarro, fué Porras uno de los que, con Juan de Rada, salieron del callejón de los Clérigos en demanda del gobernador. La mayor parte de los conjurados eran de aquella gente malvada y fanática á la vez, que se persigna al ir á cometer un crimen y exclama: «Madre y señora mía del Carmen, que me salga bien dada esta puñalada, y te ofrezco un cirio de á libra para tu altar.»

Gómez Pérez, otro de los conjurados, dió un rodeo para no meter los pies en un charco de agua, formado por la ligera lluvia ó garúa con que el invierno se manifiesta en Lima, y Rada lo apostrofó con estas palabras:

–Cargado de hierro, cargado de miedo. Vamos á bañarnos en sangre, y vuesamerced está huyendo de mojarse los pies. Andad y volveos, que no servís para el caso.

Juan de Porras también le clavó un puyazo á su compañero:

–Vaya, Gómez Pérez, que estáis hecho una doña Melindres y que el charco se os antoja brazo de mar.

Y tras de echar un taco redondo, puso los pies en mitad del charco, diciendo:

–¡Caracoles! ¡Ahógueme yo en tan poca agua!

–¡Oígate Dios, compadre, y lo que dice tu lengua pague tu gorja!, le contestó Gómez Pérez entre mohino y zumbático; y obedeciendo la orden de Juan de Rada se regresó el muy cobardote al callejón de los Clérigos.

Gómez Pérez fué un pícaro de encargo, díscolo, fanfarrón y gallina y que anduvo siempre más torcido que conciencia de escribano. Así lo pintan los historiadores. Pero es preciso convenir en que á veces Dios está con humor de gorja, porque oye hasta las plegarias de los pícaros.

Y si no, van ustedes á saber cómo oyó la de Gómez Pérez.

Cuando Gonzalo Pizarro, alzado ya contra el virrey Blasco Núñez de Vela, llegó á Lima para recibir de los oidores vecinos el nombramiento de gobernador del Perú, fué uno de sus primeros actos echarse á perseguir á varios de los que, con razón ó sin ella, eran tildados de desafectos á su causa, y entre ellos al capitán Garcilaso de la Vega, quien tomó asilo en el convento de Santo Domingo.

Don Francisco de Carbajal recibió la orden de allanar el convento y no dejar escondrijo sin registro, y para cumplirla acompañóse de Porras y cuatro soldados. Cedamos aquí la palabra al cronista de *Los Comentarios reales*, que él cuenta las cosas sin floreos y mejor de lo que nuestra pluma pudiera hacello.

Así no tendrá nadie derecho para decirme que hablo á la birlonga ó sin fundamento.

«Alzó Carbajal los manteles del altar mayor, que era hueco, y vió á un infeliz soldado, Rodrigo Núñez, que también andaba fugitivo. Mas como no era



VENTUROSOS DIAS DE PRIMAVERA



LAS LAVANDERAS, cuadro de D. Tomás Muñoz y Lucena

(Exposición de Bellas Artes de Madrid de 1890)

Garcilaso, que era al que Carbajal tenía empeño en prender, soltó los manteles, diciendo en alta voz: «No está aquí el que buscamos.» En pos de él llegó Porras y, mostrándose muy diligente, alzó los manteles y descubrió al que ya Carbajal habia perdonado, y dijo: «Aquí hay uno de los traidores.» A Carbajal le pesó de que lo descubriese, y dijo con mal gesto: «Ya yo lo había visto.» Mas como el pobre soldado fuese de los muy culpados contra Gonzalo, no pudo excusarse Carbajal de ahorcarlo, sacándolo confesado del convento.

»Pero Dios castigó pronto al denunciante. Tres meses después salió Porras á desempeñar una comisión en Huamanga. El caballo, que iba caluroso, cansado y sediento, se puso á beber en un charquillo pequeño donde el mismo Porras le guió para que bebiese, y habiendo bebido se dejó caer en el charco y cogió una pierna á su amo debajo, y acertó Porras á caer hacia la parte alta de donde venía el agua. No pudo salir de debajo del caballo ni tuvo maña para que éste levantara, y así se estuvieron quedos hasta que se ahogó Porras con tan poca agua que no llegaba, con estar caído, ni al pescuezo del caballo. Vinieron otros caminantes, levantaron el animal y enterraron al jinete.»

Desde entonces quedó por refrán entre los españoles del Perú el decir, cuando un cristiano se atortola y mete en confusiones por asunto que no es de gravedad ó que tiene fácil remedio:

«¡Eh! No hay que ahogarse en poca agua, como Juan de Porras,» refrán que era de uso constante en boca de Carbajal.

III

SI TE DIEREN HOGAZA NO PIDAS TORTA

Crueldades aparte, es Francisco de Carbajal una de las figuras históricas que más en gracia me han caído.

Como en otra ocasión lo he relatado, nació Carbajal en Rágama (aldea de Arévalo), y el autor de los *Mármoles parlantes* dice, no sé con qué fundamento, que fué hijo natural del terrible César Borgia, y por ende nieto del papa Alejandro VI. A comprobarse este dato, no habrá ya por qué admirarse de la ferocidad de nuestro hombre, que en la sangre traía los instintos del tigre. La raza no desmintió en él.

Después de haber militado largamente en España, hallándose en la batalla de Pavía, en el sitio de Ravena y en el saco de Roma *con Borbón por Carlos Quinto*, como reza el romance, vínose á Méjico, con su querida Catalina Leytón, en comitiva del virrey Mendoza, conde de Tendiela y marqués de Mondéjar.

Fué Catalina una dama portuguesa, y la única mujer que algún dominio ejercía sobre el *Demonio de los Andes*. Sin embargo, no la trataba con grandes miramientos; pues habiendo en Arequipa convidado á comer á varios de sus amigos, éstos se excedieron en la bebida y, al verlos caídos bajo la mesa, exclamó Doña Catalina· «¡Guay del Perú! ¡Y cuál están los que lo gobiernan!» Mas Carbajal atajó la murmuración de su querida, diciéndola con aspereza: «Cállate, vieja ruin, y déjalos dormir el vino por un par de horitas; que en disipándoseles la embriaguez, el que menos de ellos es capaz de gobernar, no digo el Perú, sino medio mundo.»

A la llegada de Carbajal á América encontrábase D. Francisco Pizarro en serios aprietos. La sublevación de indios era general en el Perú; y si los españoles del Cuzco soportaban un tremendo sitio, no era menor el conflicto de los de Lima que veían el cerro de San Cristóbal coronado por un ejército rebelde.

El virrey de Méjico, tan luego como tuvo noticia del peligro de sus compatriotas, dió á Francisco de Carbajal el mando de doscientos soldados aguerridos, y sin perder minuto lo envió en socorro de los conquistadores Pero aunque Carbajal llegó al Perú cuando ya la tormenta había casi desaparecido, no por eso dejó de ser recompensado con profusión.

La liberalidad de Pizarro le conquistó para siempre el cariño de nuestro viejo capitán, que tenía el feo vicio de amar mucho el oro. Y tanto fué el afecto del capitán por el marqués, que puede decirse que sin él no habría sido vengada la muerte de Pizarro, en la batalla de Chupas, donde, como es sabido, sólo á la pericia militar de Carbajal se debió la victoria contra las entusiastas tropas de Almagro el Mozo.

Cuando vino el primer virrey Blasco Núñez á poner en ejecución las ordenanzas reales, Carbajal, que acababa de perder á su querida, vendió sus bienes en doce mil castellanos de oro, y se dispuso para regresar á España. Pero el hombre propone y Dios dispone.

Ni en el Callao, ni en Nasca, Quilca y otros puertos de la costa encontró don Francisco navío listo para conducirlo á la Península. Fué entonces cuando en un arrebato de rabia exclamó: «Pues que tierra y mar no consienten que en tal coyuntura pueda yo escapar de esta madriguera, juro y prometo que de aquí para siempre jamás, hasta que el mundo se acabe, ha de quedar en el Perú memoria de Francisco de Carbajal.»

¡Y vaya si dejó nombre!

Basta leer al Palentino ó cualquiera otro de los que sobre las guerras civiles de los conquistadores escribieron, para que se le ericen á uno los cabellos ante la sangre fría y el desparpajo con que Carbajal cortaba pescuezos, no diré á hombres de guerra, que al fin en ellos es merma del oficio el morir de mala muerte, sino hasta á frailes y mujeres.

Carbajal es una especie de ogro, un tipo legendario, un hombre enigma. En nuestra historia colonial no hay figura que más cautive la fantasía del poeta y del novelista. Grande y pequeño, generoso y mezquino, noble y villano, fué Carbajal una contradicción viviente. Con sentimientos religiosos que no eran los de su siglo, con una palabra en la que bullían el chiste travieso ó el sarcasmo del hombre descreído, con una crueldad que trae á la memoria los sanguinarios refinamientos de los tiranos de la Roma pagana, hay que admirar en él su abnegación y lealtad por el amigo y la energía de su espíritu. Celoso de la disciplina de sus soldados y entendido y valiente capitán, la victoria fué para él sumisa cortesana. Sagaz y experimentado político, es seguro que, á haber seguido sus consejos é inspiraciones, en vez de finar en el cadalso, otro gallo le habría cantado al *muy magnífico* señor D. Gonzalo Pizarro.

Presentáronle una tarde á Carbajal cuatro soldados españoles, de los que seguían la bandera del virrey, y que acababan de caer prisioneros en una escaramuza habida cerca de Ayabaca. Después de breve interrogatorio á cada uno de ellos, D. Francisco, cuya gordura picaba en obesidad, se cruzaba las manos sobre el abultado abdomen y concluía con esta horripilante frase: «Hermanito, póngase bien con Dios, ya que conmigo no hay forma de composición.»

Quedaba el último de los prisioneros, que era un mancebo de veinte años. Por supuesto, que el pobrete, viendo que iban á peinarles las barbas á sus tres compañeros, ponía la suya en remojo.

– ¿Cómo te llamas, buena alhaja?, le interrogó Carbajal.

– ¿Lope Betanzos, para servir á su señoría, contestó el soldado.

– ¡Betanzos! Apellido es de buena cepa. ¿Y de qué tierra de España?

– De Vitigudino, en Castilla.

– Pues sábete, arrapiezo, que el señor tu padre fué el mayor amigo que en mis nocedades tuve y que algunas bromas corrimos juntos en tiempos del condestable. El ser hijo de quien eres válete más que el ser devoto de algún santo para que el pescuezo no te huela á cáñamo.

Y volviéndose á uno de los que lo acompañaban, añadió Carbajal:

– Alférez Ramírez, numere vuesamerced en su compañía á este mozo, si es que de buen grado se aviene á cambiar de bandera.

El prisionero, que motivo tenía para contarse entre los difuntos, se regocijó como el que vuelve á la vida, y dijo de corrido:

– Señor, yo prometo de aquí adelante y juro por mi parte de paraíso servir á vueseñoría y al señor gobernador, y derramar la sangre de mis venas en su guarda y defensa.

– Dios te mantenga en tan honrado propósito, muchacho, y medrarás conmigo, que por venir de quien vienes te quiero como el padre que te engendró.

Y lo despidió dándole una palmadita en la mejilla, con no poco asombro de los presentes, que jamás habían visto al *Demonio de los Andes* tan afectuoso con el prójimo.

Pero condenada estrella alumbraba á Lope Betanzos; porque alentado con las muestras de cariño que le dispensara D. Francisco, no giró sobre sus talones, sino que, permaneciendo como clavado en el sitio, se atrevió á decir:

– Pues tanta merced me hace su señoría, quisiera que, para que mejor pueda llenar mi obligación, mande que se me devuelva mi caballo, siquiera para que pueda alzar los pies del suelo.

Nunca tal deseo formulara el infeliz. A Carbajal se le inyectaron los ojos, y murmuró con voz ronca:

– ¡Hola! ¡Hola! ¿Danle hogaza y quiere torta? Ya te lo dirán de misas, bellaco. Eres como el abad de Compostela, que se comió el cocido y aun quiso la cazuela.

Y volviéndose al negro que cerca de él ejercía funciones de verdugo, añadió·

– Mira, Caracciolo, ahórcame luego á este barbilindo, y sea de un árbol, y de manera que tenga los pies bien altos del suelo, todo cuanto él sea servido.

Lope Betanzos quiso reparar su imprudencia, y lleno de tribulación repuso:

– Perdóneme vueseñoría, que yo le seguiré á pie y aun de rodillas; porque de la suerte que vueseñoría manda, no querría yo alzar los pies del suelo.

Pero Carbajal le volvió la espalda, murmurando:

– ¿Habráse visto tozudo? La cuerda lo hará discreto.

Y se alejó canturreando una de sus tonadillas favoritas:

Mi comadre, mi comadre la alcaldesa,
Nunca en la suya, siempre en mi mesa,
Y cada año me endilga un ahijado.
¡Qué compadre tan afortunado!

(Continuará.)

EL CENSO DE LOS ESTADOS UNIDOS

El censo de los Estados Unidos está casi terminado, y se han publicado ya algunos datos sobre el número de la población. Algunos pueblos rivales se ríen acerca de la exactitud de estas cifras; pero creemos que lo que se ha trazado á grandes rasgos sufrirá una modificación muy insignificante, por los informes definitivos que nos prometen las autoridades de Wáshington, para el mes de Setiembre próximo.

De los informes publicados hasta ahora, resulta que á esta ciudad corresponde el primer puesto y el segundo á Chicago. La Reina de Oeste se le ha ido por delante á Filadelfia, que, según el censo de 1880, ocupaba un lugar después de Nueva York y Brooklyn; Chicago ha dejado también muy por detrás á su antiguo rival Saint Louis.

El hecho que se desprende de este censo, y que es incontestable, es el desarrollo de Chicago, cuya población fué de 291.977 almas en 1870 y de 503.185 en 1880, llegando en 1890 á 1.086 000. Esta ciudad ha pasado en el período de 20 años del quinto lugar que ocupaba al segundo en la lista de las grandes ciudades americanas; pero es justo hacer notar que durante este último intervalo, Chicago se ha absorbido muchas aldeas de su alrededor haciendo mayor de esta manera la extensión de su esfera territorial.

El siguiente cuadro da el estado comparativo de los puntos principales americanos por los dos censos recientes de 1880 y 1890, á excepción del estado de la población de San Francisco, que no se ha recibido:

Poblaciones	1880	1890
Nueva York.	1.206.299	1.627.250
Chicago.	508.106	1.086.000
Filadelfia.	847.170	1.040.490
Brooklyn.	566.663	806.583
Baltimore	322.313	432.094
Saint Louis.	350.518	450.000
Cincinnati.	255.139	315.000
Pittsburg.	156.389	250.000
Buffalo.	155.134	250.000

Por lo demás, el censo da á Nueva Orleans una población de 246 000, á Cleveland de 248.000 y á Detroit de 187.000 almas. Wáshington, la capital del país, ha aumentado su población de 147.293 en 1880 á 228.168 habitantes en 1890.

El director del Censo ha calculado por los informes recibidos hasta ahora que la población de la Unión Norte-Americana llega, poco más ó menos, á 64.500 000 habitantes, ó sea un aumento en números redondos de 14.000.000 desde 1880, realizando de esta manera la profecía emitida acerca de la última década.

(De *La Ilustración Norte-Americana*)

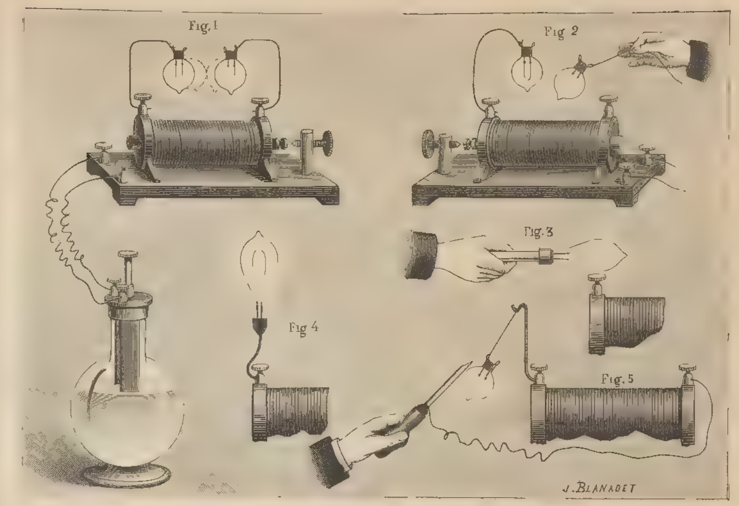
SECCIÓN CIENTÍFICA

EXPERIMENTOS DE ELECTRICIDAD

He aquí la descripción de algunos experimentos muy interesantes que pueden hacerse con una bobina de Ruhmkorff y lámparas incandescentes.

Si en los botones del circuito secundario de una bobina de Ruhmkorff (fig. 1) se fijan dos alambres encorvados que sostengan una lámpara incandescente cada uno, obsérvase una atracción entre las dos lámparas en el momento del paso de la corriente: este fenómeno se produce especialmente á una distancia de 3 á 5 milímetros. Pero hay que tener cuidado de que los soportes sean muy flexibles, siendo lo más propio para ello un alambre de cobre de 1 milímetro de diámetro, aislado con gutapercha. Importa también evitar las chispas directas entre los cubos de las lámparas. Para que la atracción se verifique, es preciso que se produzca un efluvio que atraviese las dos lámparas y las obligue á aproximarse. Se puede asimismo suspender una sola lámpara (fig. 2) y sostener otra delante de ella con la mano: en este caso hay también atracción de la primera lámpara y efluvio. Una lámpara colocada en un extremo del circuito secundario de una lámpara Ruhmkorff (fig. 3) se ilumina: basta también acercar una lámpara á un extremo para obtener luces bastante vivas (fig. 4). Si á una lámpara suspendida á un hilo flexible (fig. 5) se le acerca un objeto puntiagudo puesto en comunicación con el otro extremo de la bobina, se observa una atracción y una luz continuas.

Otros muchos experimentos pueden verificarse por este mismo estilo, pudiendo servir de modelo para los mismos los que hemos descrito.



Figs. 1 á 5. – Curiosos experimentos de electricidad ejecutados con una bobina de Ruhmkorff y lámparas incandescentes

CÁMARA OBSCURA DE CAMPAÑA

La cámara obscura portátil en que vamos á ocuparnos ha sido inventada por un distinguido oficial de caballería francés, el comandante H. Blain: este


Fig. *a*. – Cámara obscura portátil. – Disposición del aparato

aparato puede prestar grandes servicios á los aficionados y á los oficiales en campaña. El general de Brack dice con razón: «A un oficial de caballería le es tan indispensable saber dibujar como saber escribir; muchas veces dice más en dos líneas que en dos páginas escritas, y además algunos rasgos de lápiz se trazan más de prisa y fácilmente que una memoria y aseguran y clasifican los detalles de ésta mucho mejor que los recuerdos que se conservan de un largo reconocimiento... La costumbre de dibujar comunica á la memoria una facultad que podríamos llamar instintiva, cual es la de apoderarse, por decirlo así, sin querer y sin verse distraído por otras ideas, de la forma y del color de los objetos que ante nosotros se presentan, y ofrece una gran ventaja en la guerra, pues acostumbra á mirar y á ver bien, á apreciar las distancias y la naturaleza de los terrenos, á tener presente lo que se ha visto y sobre todo á juzgar la posibilidad de la velocidad y la oportunidad de las empresas...»

La cámara obscura, que facilita en alto grado la ejecución de croquis, se recomienda en extremo á los aficionados y á los oficiales de ejército, porque gracias á ella basta seguir con el lápiz las líneas de la imagen por medio de la misma obtenida. El nuevo aparato del comandante Blain es esencialmente portátil cuando está plegado y puede con facilidad llevarse á caballo, ya que consiste en una pequeña mesa de 40 centímetros de largo por 30 de ancho, provista de tres pies automáticos que se levantan del modo que indica la figura *a*. La cámara obscura propiamente dicha se monta sobre la mesita con una cortina opaca de una tela obscura: sobre la mesa se coloca una hoja de papel blanco, y puesta la cámara en lo más alto de los pies se la hace descender poco á poco hasta que la imagen aparezca con la limpieza necesaria, fijándola por medio de un tornillo, pudiendo entonces dibujar ó pintar sobre el papel sin más que introducir la cabeza por la abertura de la cortina. A menudo la sombra sola del cuerpo basta para que se refleje la imagen (fig. *b*), y con muy poca práctica se llega á poder pintar una acuarela sin necesidad de previo bosquejo.

Los experimentos hechos con esta cámara obscura han comprobado la suficiencia del poder reflector del aparato: la imagen obtenida es limpia, gracias á la calidad del cristal y de la lente rectilínea.

El comandante Blain, al estudiar su cámara obscura positiva, se ha propuesto especialmente proporcionar en poco tiempo á los oficiales informaciones infalibles que les permitan reproducir con gran exactitud lo que vean y cuyo empleo será eminentemente útil para apoyar las memorias de los reconocimientos.

NUEVAS APLICACIONES DE LA DISTRIBUCIÓN DE LA ENERGÍA ELÉCTRICA POR CORRIENTES ALTERNATIVAS TRANSFORMADAS

La lucha entablada entre las corrientes continuas y las alternativas es cada día más encarnizada: sin que pueda preverse aún de parte de quién se inclinará la victoria (y opinamos que ninguno de los dos sistemas resultará vencedor en definitiva, pues cada uno tiene su campo de aplicaciones importante y especial que le asegura su superioridad), no carece de interés pasar revista de los progresos realizados en menos de dos años en la aplicación de las corrientes alternativas y de los transformadores á la distribución de la energía eléctrica.

Hasta la Exposición de 1889, el empleo de transformadores de corrientes alternativas habíase exclusivamente limitado á la alimentación de lámparas incandescentes de potencial constante. En gran número son los transformadores á este objeto aplicados, y aunque de formas distintas, se componen siempre en principio de dos circuitos eléctricos: uno, el primario, montado en derivación sobre los botones del generador de corriente alternativa; otro, el secundario, que alimenta las lámparas montadas en derivación.

Las líneas de fuerza desarrolladas por la corriente periódicamente variable que atraviesa el circuito primario se desarrollan en un tercer circuito, llamado circuito magnético, que se suele fabricar de hierro dulce para disminuir lo más posible la resistencia que opone á la formación del campo. La fig. 1 muestra las disposiciones interiores de un transformador de M. Elihu Thomson, que hemos tomado por tipo á título de ejemplo. A fin de evitar la formación de corrientes de Foucault, ó corrientes locales parásitas, en ese circuito magnético, se le subdivide formándolo con láminas de palastro convenientemente cortadas y sobrepuestas. Los distintos tipos de transformadores actualmente empleados difieren entre sí especialmente por la combinación más ó menos acertada que ha presidido en el corte y arreglo de este circuito magnético, teniendo en cuenta una buena utilización de la materia, una economía en la mano de obra y una buena producción. Desde este último punto de vista, todos los transformadores modernos son sensiblemente equivalentes; pudiendo admitirse que para un transformador de una potencia igual ó superior á un kilowat, la producción á toda carga es de 95 por 100, á cuarto de carga de 90 por 100 y no menos de 85 por 100 cuando la carga es la décima parte de la potencia máxima. Estas condiciones industriales pueden ser calificadas de excelentes, pues son superiores á todas las conseguidas con cualquier otro aparato mecánico ó eléctrico.

El éxito logrado con los transformadores en el alumbrado por incandescencia y á distancia, no podía detenerse en esta sola aplicación: era conveniente, además, poder realizar también el alumbrado por arco voltaico, y este problema, hoy resuelto, permite una porción de soluciones interesantes, de las cuales únicamente indicaremos el principio en que se fundan, ya que las cuestiones de detalle exigen estudios teóricos que no se adaptarían bien á nuestra publicación.


Fig. *b*. Modo de usar la cámara obscura portátil

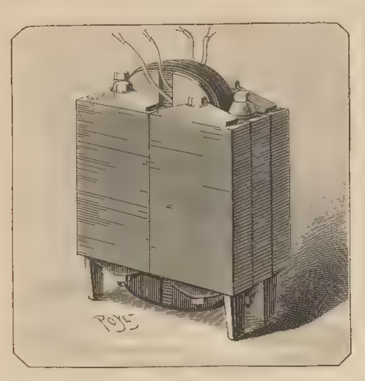


Fig. 1. – Transformador de potencial constante de M. Elihu Thomson

La primera aplicación que en este orden de ideas podemos señalar, es el empleo de transformadores á la alimentación de la bujía Jablochkoff: en el procedimiento ordinariamente seguido para la iluminación por medio de estas bujías, se intercalan los focos en un solo circuito, lo cual les convierte en solidarios y se opone á que se alimente un número excesivo de ellos. Para obviar este inconveniente, M. Labour, ingeniero de la Sociedad *L' Eclairage electrique*, ha estudiado un transformador (fig. 2) que permite alimentar un número de bujías cualquiera, asegurando al mismo tiempo la absoluta independencia de cada foco. El circuito primario del transformador está montado en derivación sobre la canalización general, y el circuito secundario alimenta una bujía. El transformador, que es de muy pequeñas dimensiones, está colocado en el zócalo mismo del candelabro que sostiene el foco luminoso, lo que facilita la instalación y pone al transformador al abrigo de la malevolencia de todo contacto accidental.

La extinción accidental ó á voluntad de un foco cualquiera queda, pues, limitada á este foco y no perturba en nada el funcionamiento de todos los demás.

Cuando se trata de lámparas de arco, es decir, de carbones cuya aproximación debe hacerse automáticamente por un mecanismo regulador, la cuestión se complica un poco, demostrando la experiencia que hay que apelar á artificios para que la corriente proporcionada al regulador sea de intensidad constante más bien que de potencial constante, como acontece con todas las distribuciones de corrientes alternativas hasta el presente establecidas.

Ha habido, pues, que inventar nuevas disposiciones para realizar esas condiciones especiales. Una de las más ingeniosas es la del profesor M. Elihu Thomson, quien ha combinado un transformador que presenta la propiedad singular de que manteniendo una diferencia de potencial eficaz constante en los botones del circuito primario, se obtiene una intensidad eficaz constante, ó sensiblemente tal, en el circuito secundario aun para grandes variaciones de resistencia del circuito secundario, pues la fuerza electro-motriz desarrollada en éste crece con la resistencia del arco alimentado por el transformador. La fig. 3 representa las disposiciones de este transformador, compuesto, como todos los demás, de un circuito primario, de un circuito secundario y de un circuito magnético de forma especial. Este circuito magnético está formado por tres núcleos, dos de los cuales atraviesan los dos circuitos primario y secundario, y el tercero establece una derivación magnética entre ellos; derivación que puede variarse á voluntad en el aparato de experimentos representado por la fig. 3, introduciendo más ó menos profundamente una pieza de hierro laminada en una abertura practicada en el tercer núcleo. La derivación magnética así creada es la que da al transformador la propiedad de mantener la corriente constante en el secundario cuando la diferencia de potencial se mantiene constante en el primario. El arreglo de una lámpara de arco intercalado en este circuito secundario llega á ser entonces cuestión relativamente sencilla.

Fig. 3. – Transformador de M. E. Thomson que produce una intensidad constante en el circuito secundario con una diferencia de potencial constante en los hilos del circuito primario.

Otro artificio que permite obtener una intensidad sensiblemente constante en el circuito secundario que alimenta una lámpara de arco, consiste en producir una diferencia de potencial constante de 100 volts en los botones del circuito secundario, y en intercalar en éste una bobina poco resistente, pero que presente un gran coeficiente del self-inducción. La experiencia y el cálculo demuestran que en estas condiciones se obtiene una intensidad sensiblemente constante en el secundario.

Mencionemos, finalmente, la solución adoptada por la Compañía Westinghouse, que consiste en montar los transformadores en tensión sobre un circuito cuya intensidad es mantenida de una manera constante: la máquina dinamo está construída ex profeso para obtener este resultado. Todos estos procedimientos resuelven perfectamente el problema de la alimentación de las lámparas de arco por corrientes alternativas. Pero no les bastaba á los electricistas partidarios de éstas haber sabido realizar aparatos que pudieran responder á todas las necesidades del alumbrado. Dos problemas esperan todavía solución: consiste el primero en la creación de un motor de corrientes alternativas que ofrezca las mismas ventajas de funcionamiento, suspensión, producción, etc., que los motores de corriente continua; y el segundo, aun más difícil, el almacenaje ó acumulación de la energía eléctrica producida por las corrientes alternativas. El primero de estos problemas casi está resuelto, y las recientes investigaciones permiten esperar que se ha dado con una solución satisfactoria del segundo. En estas condiciones, y si como es de creer, todas las esperanzas se realizan, las últimas objeciones hechas al empleo de las corrientes alternativas no tendrán muy pronto razón de ser, y entonces será difícil fijar los límites de las aplicaciones á que podrá dar lugar la distribución de la energía eléctrica por corrientes alternativas y acumuladores.

E. HOSPITALIER

***

SEPULTURA GALO-ROMANA ENCONTRADA EN BEAUVAIS

Un importante descubrimiento arqueológico acaba de hacerse, en 11 de julio del presente año, en el cementerio de los Capuchinos de Beauvais. Un sepulturero avisó á M. Vignon, conservador del cementerio, que había encontrado una piedra que dificultaba la excavación de un terreno en donde se había de abrir una fosa. Después de haber practicado las excavaciones metódicas con el concurso de M. Dauchín, se descubrió el sarcófago de piedra cuya cubierta pudo levantarse con ayuda de un cric.

El cadáver había sido depositado en un ataúd de plomo cuyas paredes tenían 5 milímetros de espesor: la tapa encajaba sin necesidad de soldadura en los costados de la caja. Unos bastones perlados, tres de ellos aislados puestos á lo largo y á través hacia el centro y cuatro en aspa en los extremos, constituían todo el adorno de este sarcófago.

En el fondo de éste, entre las cenizas, sólo quedaba del cuerpo (que había sido colocado con la cabeza mirando á Levante y los pies á Poniente, al revés de lo que se acostumbraba) las dos tibias, los dos fémures, una parte de la mandíbula inferior, dos maxilares y dos incisivos. Por el volumen de estos huesos se supone que tales restos pertenecen á un hombre.

El sarcófago en que está encerrado el ataúd de plomo mide exteriormente 2'35 metros de largo por 0'90 de ancho y 0'60 de profundidad, y es de forma rectangular sin estrecharse ni descender por la parte de los pies. En sus paredes, de 0'18 metros de espesor, descansaba la tapa monumental, hueca por debajo y labrada por arriba en forma de tejado, de 0'60 metros de altura.

En el centro, en el sentido longitudinal, un travesaño de 0'65 metros cuadrados constituye una mole horizontal destinada, al parecer, á servir de base á un monumento exterior.

Este sarcófago, cuyo peso es de 4 á 5.000 kilogramos, fué tallado en un bloque de piedra probablemente sacado de las canteras abiertas y explotadas en la colina Saint Jean desde la más remota antigüedad.

En el interior, á la cabeza y á los pies del cadáver, entre el plomo y la piedra, estaban alineados siete vasos de vidrio en extremo curiosos, tres de ellos rotos desgraciadamente, y cuatro en perfecto estado de conservación y completamente irisados. Estos últimos son: 1.°, un hermoso barrilito con círculos regulares, de 22 centímetros de altura; 2.°, un frasquito de elegantes proporciones, de 25 centímetros de alto: 3.°, una ampollita de largo cuello en forma de cono invertido, de 16 centímetros de altitud; 4.°, un vaso de paredes estriadas, de 12 centímetros de elevación.

El barrilito y el frasco contienen todavía un licor de color pardo y de olor pasado, que debió ser algún antiguo perfume y una parte del cual va á ser objeto de un análisis.

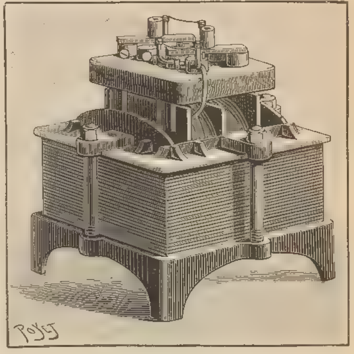


Fig. 2. – Transformador de la Sociedad de alumbrado eléctrico para la alimentación de las bujías Jablochkoff

Como detalle particular diremos que este descubrimiento debería datar de 30 años: en noviembre de 1860 se inhumó un cadáver sobre este sarcófago y en 13 de junio de 1875 se hizo en el mismo sitio otra inhumación. No estando situada la parte superior del sarcófago á más de un metro y algunos centímetros debajo del nivel del suelo, hay que deducir que el sepulturero de entonces no debió cavar á gran profundidad y que las fosas por él abiertas no fueron reglamentarias.

El descubrimiento del sarcófago que describimos ha llevado durante muchos días una multitud extraordinaria al cementerio de Beauvais. Los huesos han sido provisionalmente depositados en una dependencia de la capilla, y los vasos cuidadosamente colocados por el conservador en su casa. De París fueron también allí muchos aficionados para ver ese hallazgo, cuyo valor estima en 10.000 francos un inteligente que goza de cierta notoriedad.

En breve se procederá á desenterrar el sarcófago entero, operación que exigirá grandes cuidados y precauciones por razón del formidable peso de aquél: el ataúd solo pesa 300 kilogramos, y es probable que al levantarlo se encuentren algunas medallas cuyo descubrimiento contribuiría á determinar con exactitud la fecha de esta sepultura que, al presente y á falta de mejores informes, hacen datar los arqueólogos de 1500 á 1700 años.

Sea lo que fuere, al decir de los arqueólogos que han examinado la sepultura, el descubrimiento en que nos ocupamos parece constituir uno de los más bellos hallazgos de cuantos se han hecho en Beauvais de mucho tiempo á esta parte.

(De *La Nature*)

TODA UNA JUVENTUD

POR

FRANCISCO COPEE

(CONTINUACIÓN)

A todo esto, el camarero con facha de escamoteador ha traído la sopa, y al destapar la sopera hace tal mueca á lo Roberto Houdín, que es sorprendente que no salte de aquélla un cangrejo vivo ó un ramillete de rosas. Pero no, es sencillamente un puré de lentejas. Los convidados le asaltan en silencio, pero después del vino del Rhin, todas las lenguas se sueltan, cuando el sollo normando ha sido devorado ¡Oh envidiable apetito de los veinte años! Los cinco jóvenes hablan á un tiempo.

¡Qué bullicio! Las frases se cruzan; Gustavo, elogia las cualidades de un «stepper» que aquella mañana ha probado en la avenida de los Caballeros (acá para *inter nos*, hubiérale convenido más levantarse tarde y beber un poco de aceite de hígado de bacalao); Mauricio grita al camarero que destape el Chateau Leoville; Amadeo habla de su futuro drama al futuro actor Gorju, alias Jocquelet, y éste, como hombre de experiencia, le da consejos con su voz de trompeta que sale de su nariz de ídem, y cita la famosa frase de Talma á un poeta dramático: «Sobre todo, nada de versos;» Arturo Papillón que se dedica á la tribuna, encuentra excelente ocasión de ejercitarse en dominar el tumulto de las asambleas, y brama para él solo el elogio de un discurso de Julio Favre.

En esta mezcla de conversaciones, el tímido Amadeo es vencido de antemano. Tampoco Mauricio tarda en callarse, sonriendo un poco desdeñosamente por bajo de su bigote rubio, y un ataque de pituita pone á Gustavo fuera de combate. Sólo el abogado y el futuro actor, semejantes á dos navíos de línea que disparan sus andanadas, continúan cañoneándose de palabra. Arturo Papillón, que es de la oposición liberal, desea que el gobierno imperial vuelva al «juego pacífico y regular de las instituciones parlamentarias», y para apoyarlo despliega un número del *Correo del Domingo* y quiere leer un artículo; pero el futuro actor se lo impide dando rienda suelta á su terrible órgano de voz, que se asemeja á la bocina de Gedeón; y decididamente victorioso, prorrumpe en mil necedades, declarando que el personaje de Alcestes debe representarse en bufo. Critica á Shakespeare y á Hugo, y exalta á Scribe. Luego, sin interrupción, á pesar de su perfil de botarga de la Edad Media, que le asegura en el porvenir un puesto en el género cómico, afirma que él ha venido al mundo para representar papeles de galán joven, y que se encarga de hacer «simpático» el de Nerón en *Británico*.

Esta jerga hubiera sido abrumadora sin la entrada en escena de unas perdices trufadas, que el escamoteador trincha y distribuye en menos tiempo que hubiera empleado en barajar unos naipes «no preparados». Sirve al sencillo Amadeo el peor trozo, del mismo modo que le hubiera obligado á elegir el nueve de bastos. Luego llena las copas de Chambertin, las cuales se encargan de vaciar á porfía todos los concurrentes; exáltanse otra vez las imaginaciones de éstos; pónense de nuevo todas sus lenguas en movimiento, y la conversación (esto era inevitable) versa sobre mujeres.

Jocquelet empieza pronunciando el nombre de una de las más célebres y lindas artistas de París. Las conoce á todas, y las describe como si se hubieran quitado el corsé delante de él; menciona la lista de sus amantes, y detalla sus bellezas como un mercader de esclavas.

– Lucilita Prunelle, – dice, – acaba de enredarse con el gran Moncontour...

– No es cierto, – interrumpe Gustavo, con cara de desenterrado; – le ha dejado por Cerfbeer, el banquero.

– Te digo que no.

– Te digo que sí.

Y por poco arman camorra, si Mauricio, por ponerles en paz, no se hubiese chanceado con el bello Arturo Papillón á propósito de sus amores.

Porque el joven abogado bebe muchas tazas de te orleanistas, va á los mismos salones que Beulé y Prevost-Paradol, y acompaña á mujeres políticas á las recepciones de la Academia francesa.

– Allí, ¡malvado! – dice Mauricio, – debes hacer estragos.

Y Papillón lo niega con sonrisas llenas de fatuidad y de sobrentendidos, y añade sentenciosamente metiendo los dedos pulgares de ambas manos en las aberturas de su chaleco:

– *Abstineo Venere*, – y baja cómicamente los ojos; porque hay que tener en cuenta que no le asustan las citas en latín.

Además, se declara muy difícil en tales materias; sueña con una Egeria, con un espíritu superior.

Lo que se calla es, que ayer mismo una diablillo de modista, á quien quiso hablar en la calle Soufflot, al salir de la Escuela de Derecho le midió de pies á cabeza, amenazándole con llamar á la pareja de orden público si no la dejaba en paz.

A consecuencia de una nueva broma de Mauricio, el abogado formula en los siguientes términos su programa amoroso:

– Tened entendido que aun cuando una mujer poseyera la inteligencia de Hypatia, la sensibilidad de Eloísa, la sonrisa de la Yoconda y las piernas de la Antíope, si á estos atractivos no reunía la garganta de la Venus de Médicis... yo no podría amarla.

Sin elevarse tanto, el futuro cómico se muestra también muy exigente, especialmente desde el punto de vista plástico. Para él, Déborah, la trágica del Odeón, que es una estatua griega, tiene las manos demasiado grandes, y la hechicera Blanca Pompón, que incendia los proscenios de Variedades, no es más que una muñeca de cera.

Pero el más intratable de todos es Gustavo. Excitado por el vino de Borgoña (le sentaría mejor medio vaso de agua de Aguas Buenas, tomado con leche caliente por las mañanas) proclama que la más hermosa criatura del mundo no es agradable más que para una noche; esto, para él, es axioma inconcuso, y únicamente ha hecho una sola excepción en favor de la ilustre bailarina del casino Cadet, Nini la auvernesa, merced á la gracia diabólica que despliega cuando se cena con ella; es para morirse de risa.

En efecto, Gustavo, no os moriréis de risa, pero os iréis consumiendo poco á poco si no os decidís á llevar una vida más metódica y á pasar todos los inviernos en el Mediodía.

El sencillo Amadeo sufre un suplicio, porque siente heridas todas sus ilusiones, que son una mezcla de deseo y de sentimiento. Además, acaba de descubrir en sí mismo una deplorable facultad, una nueva causa para ser desgraciado, y es: que el espectáculo de la tontería le hace padecer. ¡Qué groseros y mentirosos son esos jóvenes! Gustavo le parece un tonto de solemnidad, Arturo Papillón un pedante, y respecto á Jocquelet le encuentra tan insoportable como un moscón que zumba entre el cristal y la cortina del cuarto de un hombre nervioso.

Afortunadamente, Mauricio da la nota alegre, prorrumpiendo en una juvenil carcajada.

– Pues bien, amigos míos, – exclama, – sois unos necios, y... ¡por Príapo! que yo no me parezco á vosotros; yo no me meto en tantos dibujos. ¡Viva la mujer y vivan las mujeres!... Sí, todas, las bonitas y las otras; porque verdaderamente no hay feas siendo del otro sexo. Yo no quiero notar que esa miss tiene pies de inglesa, y olvido la tez de vendimiadora de la posadera y que su garganta es tan basta que rompe el cuello de su camisa... Así, pues, no digáis majaderías y haced como yo: morded todas las manzanas mientras tengáis dientes... *Gaudeamus igitur*... ¿Sabéis por qué en el mismo momento en que requiebro al ama de la casa me llama la atención la nariz de la criada, que trae una carta? ¿Y sabéis por qué al salir de casa de Cydalisa, que me ha puesto una rosa en el ojal del paletó, vuelvo la cabeza al ver pasar á Margotón, que viene del mercado con la cesta debajo del brazo? Pues porque es otra, ¡hijos míos!, otra. ¡He aquí la gran palabra! Sí, las mil tres... Don Juan tiene razón... Yo siento correr por mis venas su hermosa sangre de libertino... y... el mozo va á servirnos un poco de champagne, ¿no es así?, para beber á la salud del amor.

Mauricio es un cínico, pero esta explosión de juventud resulta agradable. Todo el mundo aplaude. El prestidigitador, de delantal blanco, que bulle en torno de la mesa como un pensionista del palacio de los monos, hace saltar el tapón de una botella de Rœderer (es raro que no salgan de ella fuegos artificiales), y ved aquí que vuelve el buen humor. Reina este bullicio hasta el fin de la comida, y sólo es turbado por el imbécil Gustavo. Ha querido beber tres copas de kummel (¿por qué no le han servido jarabe de savia de pino?), y figurándose que Jocquelet le mira de reojo, manifiesta súbitamente la formal intención de tirarle una botella. El cómico, muy pálido, recuerda todas las escenas de provocación que ha visto en el teatro; se incorpora en su silla, arquea el pecho y balbucea: «Estoy á la orden de usted», procurando representar la situación. Pero todo es inútil. Gustavo, agarrado por Mauricio y Amadeo, está completamente ebrio; á las amonestaciones de sus amigos, sólo responde con un torrente de lágrimas, y cae de bruces sobre la mesa, rompiendo algunas piezas de vajilla.

– Vamos, es preciso acostar al niño, – dice Mauricio, haciendo una seña al camarero.

¡Ah, Roberto Houdín! En un abrir y cerrar de ojos, el harapo humano que se llama Gustavo, es levantado de su silla, abrigado con el sobretodo, cubierto con su sombrero, descendido por la escalera y tirado en un coche de plaza. Después vuelve el escamoteador, y ejecuta su última suerte, haciendo desaparecer el plato en donde Mauricio ha arrojado algunos luises para pagar la cuenta.



Es tarde, más de las once, y los amigos se dan los apretones de mano de despedida entre una niebla densa y húmeda, á través de la cual los mecheros de gas se parecen á los faroles de papel de los vendedores de naranjas. ¡Brr! ¡qué humedad!

De una y otra parte se oyen las consabidas frases de despedida.

- ¡Adiós!

Hasta la vista.

– Que sigas bueno.

– Gracias. Lo mismo.

– Memorias á las señoras.

Arturo Papillón, que está de frac y corbata blanca, como todas las noches, tiene tiempo todavía para presentarse en un salón político de la orilla izquierda para ver al historiador genovés Moichod, autor de esa famosa *Historia de Napoleón*, en la que sienta la premisa de que Bonaparte fué un mediano general y que todas sus batallas fueron ganadas por sus lugartenientes. También Jocquelet piensa entrarse en el Odeón para oir por quinta vez el quinto acto de una obra de la escuela del buen sentido, que ha obtenido gran éxito, y en la cual el protagonista, después de haber tronado en malos versos contra el dinero, durante cuatro actos, se casa, en el desenlace, con la hija de un millonario, para mayor satisfacción de éste.

En cuanto á Mauricio, antes de ir á reunirse en la calle de Monsieur-le-Prince con Irma, que ha debido tomar la llave de debajo de la puerta y que probablemente estará arreglándose los papelillos para rizarse el pelo, acompaña á Amadeo un trozo de camino.

– Los compañeros están algo chispos, ¿verdad? – le dice á éste.

– Te aseguro que casi me han disgustado, responde el tímido joven. – Su brutalidad, hablando de las mujeres y del amor, me ha hecho daño en el corazón. Tú mismo, te lo digo con franqueza, tú mismo que eres tan fino y tan orgulloso... déjame creer que no has dicho la verdad, que has hecho el fanfarrón del vicio por complacerles. No, no es posible que te contentes con satisfacer tus apetitos y obedecer á tu temperamento... Debes tener otro ideal; tu conciencia debe reprocharte...

Mauricio le interrumpe bruscamente, riéndose de antemano de lo que va á decir.

– ¡Mi conciencia!... ¡Oh tierno y sencillo Violette, modesta flor de los bosques!... Pero la conciencia, inocente Amadeo, es como los guantes de piel de Suecia que es moda llevar sucios. ¡Adiós! Ya volveremos á hablar de esto un día en que no me aguarde Irma.

Amadeo llega solo á la calle de Nuestra Señora de los Campos, tiritando entre la niebla y lleno de tristeza y malestar.

No, no es verdad. Existe otro amor distinto del de los brutos, y hay otras mujeres además de las hijas del placer. Y piensa en su compañera de infancia, la linda María, y se la imagina bordando al lado de la lámpara de la familia, hablando con él sin levantar la mirada, en tanto que él la contempla y admira aquellos hermosos ojos fijos en la labor.

Amadeo está estupefacto al pensar que la presencia de la deliciosa niña no le ha causado nunca ni la más mínima turbación, y que no ha deseado nunca más dicha que la de estar á su lado.

¿Por qué un sentimiento semejante al suyo no se desarrollará algún día en el corazón de María? ¿No han crecido juntos? ¿No es él el único joven que ella conoce íntimamente? ¡Qué dicha llegar á ser su prometido!

Por un encantador escrúpulo, el pobre muchacho echa en cara los deseos impuros que á veces le asaltan.

Sí, así es como debe amarse.

En adelante evitará todas las tentaciones, pasará todas las noches en casa de los Gerard, como le ha aconsejado la buena Luisa; permanecerá lo más cerca posible de María, contento con oirla hablar y verla sonreir; y esperará, refugiado en la castidad, el instante en que ella se persuada de que la ama, y entonces consentirá en ser su mujer.

¡Oh exquisita unión de dos virginidades, adorable beso de dos bocas inocentes! ¿Existirá semejante dicha?

Este hermoso ensueño ha refrescado el corazón del joven y llega gozoso á su casa.

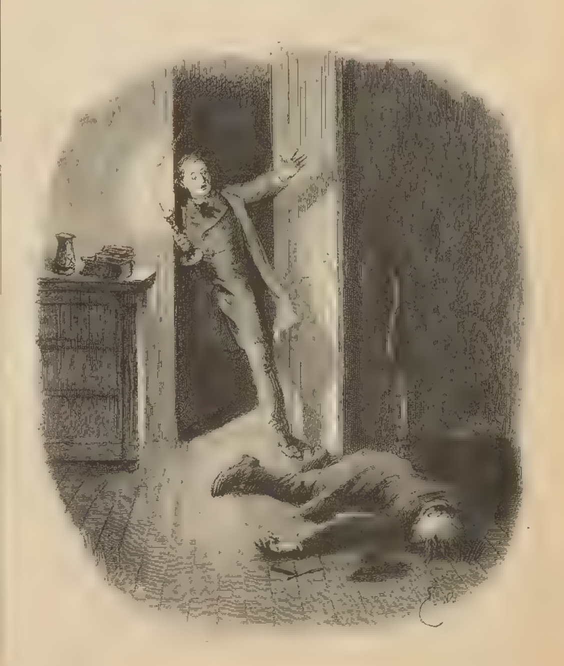
Da un fuerte tirón á la campanilla, sube lentamente la escalera y abre la puerta de su habitación.

¿Pero qué pasa? Su padre ha debido volver muy tarde, porque aun sale un hilo de luz por las rendijas de la puerta de su alcoba.

– ¡Pobre hombre!, – piensa Amadeo recordando la escena de por la mañana. – ¿Estará indispuesto? Voy á ver...

Mas apenas ha abierto la puerta, retrocede, exhalando un grito de espanto y horror.

A la luz de la bujía que estaba sobre la chimenea, Amadeo ve á su padre tendido en el suelo, con la camisa abierta y teñida en sangre, y muy cerca de su mano derecha, crispada por la agonía, la navaja de afeitar con la que se ha degollado.



Sí, alguna vez se realiza la unión absoluta en el amor de dos pobres seres, ¡que es la felicidad en la tierra!

Pero si uno de ellos muere, el otro no se consuela

M. Violette no se consoló.

(Continuará)

NUESTROS GRABADOS

Retrato de M. Luis Francais, grabado de Baude, premiado con medalla de honor en el Salon de París, 1890.—Los suscriptores de la Ilustración Artística están familiarizados con la firma del eminente grabador francés M. Baude, pues en nuestro constante deseo de dar á conocer las mejores obras que el arte produce, hemos acudido á menudo á ese artista para poder publicar en las páginas de este periódico las principales producciones de su buril salidas.

El grabado que hoy reproducimos merece figurar en primera línea entre los más notables de sus trabajos, y así hubo de comprenderlo el Jurado del último Salón de París cuando le otorgó la mayor recompensa que podía adjudicar, la Medalla de Honor, apreciando como se merecían las excepcionales cualidades del retrato del decano de los paisajistas franceses M. Luis Français, retrato lleno de vida y de expresión, del cual puede decirse sin pecar de exagerado y empleando una frase, no por lo vulgar, menos gráfica, que *está hablando*.

En la playa, cuadro de Dionisio Baixeras, grabado por Sadurní.—Se trata de una marina pintada por nuestro distinguido paisano el Sr. Baixeras, y con decir esto, casi podríamos suprimir toda otra observación, pues por demas sabido es que este artista ha logrado, como pocos, robar al mar el color y el movimiento, al cielo sus más hermosas tintas, á la playa la monotonía de sus tonos y á nuestros marineros sus varoniles facciones por el sol tostadas y su expresión de rudeza, para con todos esos elementos pintar bellísimos cuadros que le han valido justo renombre.

El que hoy publicamos representa el amanecer en un día brumoso en la playa de Barcelona; la niebla oculta la línea del horizonte y envuelve como entre gasas la lancha de pesca que se hace á la mar para entregarse al cotidiano trabajo que proporciona el necesario sustento á sus tripulantes; medio tendido sobre la arena de la ribera, un muchacho la contempla alejarse, y en su actitud y en su rostro se adivina el deseo de poder también algún día dedicarse á lo que para él constituye una diversión y que más tarde mirará, quizas, como pesada tarea.

Asunto tan sencillo como éste ha ofrecido á Baixeras recursos suficientes para dar una nueva prueba de su talento, que no necesita apelar á grandes efectos para producir obras dignas de calurosas alabanzas.

La Beatriz del Dante, retrato tomado del cuadro de Hugo van der Goes, existente en la Galeria del Arcispedale de Santa María la Nueva, en Florencia.—El cuadro de donde está tomado este retrato representa á santa Margarita, á santa María Magdalena y á las damas Portinari, madre é hija Beatriz, la amada de Dante. Su autor floreció en la segunda mitad del siglo XV: nacido en Gante, estuvo al servicio de Carlos el Temerario, y más tarde se trasladó á Florencia, en donde residió mucho tiempo bajo la protección de la familia Portinari. El retrato, pintado un siglo y medio después de la muerte de Beatriz, puede ser considerado como la verdadera efigie de la que tan sublimes creaciones inspiró al altísimo poeta; pues van der Goes, huyendo de las idealizaciones á que hasta entonces se habían entregado los artistas cuando trataban de trasladar al lienzo la interesante figura de aquélla, prefirió atenerse á la verdad, aun trueque de que pudiera ser su obra tachada de prosaica por aquellos que se forjan ciertas imágenes ideales y no consienten que la realidad venga á demostrarles que se han equivocado en sus presentimientos.

El compositor, cuadro de R. Poetzelberger, grabado por Brendamour.—Del mismo autor publicamos el cuadro *Arte y amor* en el número 385 de la Ilustración Artística: en aquél, como en el que hoy reproducimos, el arte musical entra por mucho en el asunto; pero ¡cuánta diferencia entre el artista del primero y el de ahora! Allí un joven mancebo abandonando el placer de la música por los goces del amor; aquí un hombre entrado en años, abstraído por completo del mundo que le rodea, fija su imaginación en las notas que su mano, empujada por febril inspiración, ha trazado en el papel pautado y saboreando para sus adentros la dulce melodía que aquel conjunto de signos convencionales representa. Váyanle á este compositor con tentaciones amorosas, y á buen seguro que á todas las manda noramala desde las sublimes regiones á que en alas de su genio se ha remontado. ¿Será que su amor al arte no admite rivales? ¿Será que su edad le ha puesto fuera de combate ó blindado su corazón con coraza á prueba de los dardos de Cupido? ¡Quién sabe!

Lo cierto es que en ambos cuadros se ha acreditado de maestro el célebre pintor de Munich R. Poetzelberger, demostrando que sabe concebir bien sus obras y que pocos le aventajan en la corrección con que dibuja y pinta sus composiciones.

Una excursión por el lago, cuadro de Fernando Heilbuth.—«El rasgo característico de los cuadros de Heilbuth es la elegancia», decíamos en el número 441 de la Ilustración al ocuparnos del que lleva por título *El pintor Wateau y su amada. Una excursión por el lago* es la mejor confirmación de nuestro aserto y de todo cuanto allí expusimos al enumerar las principales cualidades del celebrado pintor alemán.

Dos jóvenes elegantemente vestidas, en las que se descubre desde luego la distinción y el *chic* que caracteriza á las clases privilegiadas, recorren en ligero esquife el tranquilo lago cuya superficie surcan graciosos cisnes y en cuyas tersas aguas se reflejan los bosquecillos y las quintas que en aquellas poéticas orillas se levantan: una vaporosa luz ilumina la escena y una atmósfera clara aumenta los encantos del delicioso paisaje, inundando el ánimo de apacible bienestar y de bienhechora calma.

Este asunto, tratado por mano maestra, se ha convertido en uno de los más famosos cuadros de su autor.

La estatua de Jacinto Rigaud, inaugurada en Perpignan el día 20 de julio último.—Rigaud, nacido en Perpignan en 1659, conquistó inmensa fama como retratista durante los reinados de Luis XIV y Luis XV, y á los cuarenta y un años de edad veía abrirse para él las puertas de la Academia de pintura de su villa natal, de la que muy luego fué director. Sus obras principales son *La presentación en el Templo, San Andrés apoyado en una cruz*, los retratos de cuerpo entero de Luis XIV, de Luis XV niño, de Felipe V, de Bossuet, del P. Mignard, de Lebrun, de Mansard, de Martín Bogaert, etc., etc.

La estatua que le han levantado sus compatriotas en la plaza de *Blé* ha sido cincelada por Ferail, á quien M. Bourgeois, Ministro de Instrucción Pública, entregó las palmas de académico después del acto de la inauguración, en el que dicho miembro del Gabinete francés, en presencia de todas las notabilidades del departamento, hizo un entusiasta elogio del pintor Rigaud, con razón llamado el Van Dyck de Francia.

Venturosos días de primavera.—¡Venturosos, sí, aquellos días que tan grato recuerdo dejan en el alma! La naturaleza, prodigando los tesoros de vida que durante el triste invierno ha ido acumulando en las entrañas de la tierra, ostentase espléndida en aromas y colores, engalanando los árboles con rumorosos follajes, poblando las plantas de perfumadas flores, haciendo brotar del suelo los más ricos y variados productos y arrancando de las gargantas de los pajarillos los armoniosos trinos con que parecen saludar ese despertar sublime de la creación entera.

Venturosos también aquellos días de la infancia, primavera de nuestra existencia, en que el mundo se ofrece á nuestros ojos como conjunto de dulces armonías y de sumas perfecciones que entonces se nos antojan imperecederas y que el tiempo, por desgracia, se encarga demasiado pronto de destruir.

Difícilmente podremos hallar mejor alegoría de estas gratas ilusiones que en el cuadro que tales sentimientos nos ha inspirado. Aparecen en él tan bien combinadas las dos primaveras, resulta tan bello el grupo de los dos niños refugiados en la espesura de aquel rincón del bosque, armonizan tan cumplidamente con la inocente expresión de aquellas dos criaturas las humildes flores que en sus manos tienen y la placidez del sitio en donde descansan de sus juegos, que sin querer, el corazón se ensancha y el espíritu se rejuvenece y uno y otro se complacen en identificarse con la escena que á su vista se presenta y en recordar esas pasadas venturas á cuyo benéfico soplo se desvanecen la indiferencia, el hastío ó el desengaño que á tantos suelen amargar el presente.

Las lavanderas, cuadro de D. Tomás Muñoz y Lucena (Exposición de Bellas Artes de Madrid, 1890).—La aparición del cuadro de Muñoz y Lucena en la Exposición de Bellas Artes últimamente celebrada en Madrid fué un verdadero acontecimiento. La prensa casi unánime prodigó los calificativos mas encomiásticos al afortunado pintor; los artistas y literatos festejáronle á porfía, y cuantos visitaban el certamen nacional deteníanse admirados ante el lienzo y unían sus aplausos á los de la crítica.

¿Merece *Las lavanderas* el éxito que en la opinión pública alcanzó? En nuestro concepto sí: el efecto que el cuadro produce es realmente encantador, y aunque algunos críticos, muy contados, se han entretenido en buscar defectos en esta obra, apenas sí, á fuerza de someterla á un examen casi inquisitorial, han conseguido hallar en ella pequeños é insignificantes lunares, de que no está exento nada de lo que la mano del hombre crea.

Prescindiendo, pues, de ese análisis minucioso, que por el mismo empeño con que se hizo demuestra la valía del cuadro que de él era objeto, atengámonos á la impresión del conjunto y admiremos el delicioso paisaje impregnado de todo el aroma y de toda la poesía de las campiñas andaluzas, y el animado grupo de mujeres que, entregadas á su predilecta faena de lavar los trapitos para sus hombres ó para sus niños, alegran el aire con sus dichos, canciones y risotadas, y denuncian en sus ardientes ojos y en su tostada tez la influencia de ese sol de Andalucía, que abrasa el alma haciéndola desbordar en apasionados sentimientos.

Siendo esta la primera vez que la Ilustración Artística se honra con la firma del notable pintor andaluz, nos complacemos en enviarle desde nuestras columnas el más entusiasta aplauso y el más cariñoso saludo, y en predecirle, sin temor de equivocarnos, á juzgar por lo que hasta ahora ha hecho, un brillante porvenir que redundará en gloria para el arte de nuestra patria.












UNA VENGANZA

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCION

POR AUTORES Ó EDITORES

SEIS INVENTOS NOTABLES CON LOS DETALLES PARA SU EJECUCIÓN, por el Dr. Don Federico Gómez Arias. El inteligente Director de la Escuela provincial de Náutica de Barcelona ha reunido en un volumen sus estudios sobre los seis importantes problemas siguientes: 1.º Dirección de los globos ó manga dirigible en los aires; 2.º Balón atalaya ó de observación para elevarse á altitudes de atmósfera irrespirable y permanecer en ellas, pudiendo descender sin lanzamiento de gas; 3.º Insurcaguas, aparato flotante insumergible para la rápida traslación sobre las aguas; 4.º Urbicalefacción y urbirrefrigeración termoterráqueas, procedimiento para obtener en todas las estaciones del año una temperatura primaveral sin necesidad de combustible; 5.º Sifón centrífugo, para la fácil y económica elevación de las aguas á considerables alturas; y 6.º Ascensor automático para la utilización del trabajo mecánico que representan los cuerpos en el descenso libre y detención en su caída. En todos ellos demuestra su autor su competencia científica y conocimientos no comunes de tan importantes materias, corriendo unos y otros parejas con la modestia que revelan las pocas líneas que en forma de Advertencia encabezan el libro, en las que dice: «mas ya que mis escasas energías son insuficientes para la realización de tales inventos, y nulas mis pretensiones de lauro ni de lucro, creo un deber de conciencia publicarlos con toda claridad y precisión para que más ilustradas, competentes y técnicas autoridades, los informen é ilustren, á fin de que si mis propósitos no son utópicos, puedan contribuir al perfeccionamiento y bienestar de la humanidad, á la que después de Dios consagré todo mi amor y mis escasísimos conocimientos.»

Del propio señor son los *Ocios ó recreos poéticos* y el *Ramillete poético-filosófico* dedicado á los Excmos. Señores Marqueses de Comillas, colecciones de poesías escritas en diversos metros y de pensamientos en que se aunan el amor á la ciencia y á la religión y que encierran verdades inspiradas en delicados sentimientos y expresadas en forma llana y elegante.

ADVERTENCIAS

Siendo en gran número los trabajos literarios que recibimos para LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA y en la imposibilidad de contestar á todos los que con ellos nos favorecen, debemos advertir que sólo contestaremos á los autores de los artículos que aceptemos para insertarlos en este periódico.

No se devuelven los originales.

Suplicamos á nuestros corresponsales y suscriptores, especialmente á los de América, nos remitan cuantas fotografías de monumentos, obras artísticas, etc., consideren propias para ser publicadas en la ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, acompañándolas de los datos explicativos necesarios. En caso de que sean admitidas, tendremos el gusto de consignar, al confirmarlas en las columnas de nuestra publicación, el nombre de la persona que nos haya honrado con el envío de las mismas.

Asimismo agradeceremos la remisión de todas las noticias que tengan verdadero interés artístico ó literario.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustracion Artística

Año IX — Barcelona 1 de setiembre de 1890 — Núm. 453



VENTA DE UN ESCLAVO, cuadro de Veraschagin

LA MUJER ESCRITORA

Confieso humildemente mi pecado. Hasta ahora había compartido con el vulgo la idea de ser cosa harto ridícula y enojosa que la mujer, por el cultivo de las letras, deje de mano los quehaceres domésticos; por la impropia tarea de emborronar cuartillas y corregir pruebas, consienta rotos y descosidos en el traje del padre ó marido y el polvo se enseñoree de los desatendidos muebles.

Como todos los que se han parado á reflexionar seriamente sobre el particular, soy de los conversos. He aquí las razones que me han asistido en mi conversión.

Antes soboreaba con gusto los escritos de Santa Teresa, no tanto por el interés que despiertan aquellos engendros de su vesánico cerebro, dignos de observación y estudio, como por la encantadora naturalidad, ó mejor, espontaneidad del estilo, particularmente en las cartas, y el dominio asombroso que en todos los escritos ostenta de la lengua castellana.

Las Memorias de Mme. Roland eran, y siguen siendo para mí, lectura preferida entre todas en los momentos de inapetencia intelectual y decaimientos del espíritu, porque en todas sus páginas se transparenta con vigor aquel temple no igualado de ánimo, aquella superior y bien nutrida inteligencia, aquella honradez acrisolada, que hacen de Mme. Roland un ejemplo digno de imitación para los hombres aquejados de femeniles desfallecimientos en situaciones menos graves que las memorables y sangrientas escenas de la Revolución francesa.

Notaba cuidadoso los pensamientos profundos de Mme. Stael, y sin ser devoto de Georges Sand, admiraba su originalidad, como la de todas las mujeres extraordinarias que han inmortalizado su nombre en los anales del pensamiento humano.

Mas al propio tiempo tenía en aversión profunda á todas las poetisas y escritoras de nuestros tiempos. Esta aparente contradicción, si no se justifica plenamente, se explica de una manera satisfactoria.

Aquellas estrellas de primera magnitud, cuyo nombre ha llegado hasta nosotros con la sanción de los tiempos, eran excepciones consentidas en gracia á su genio nada común; se imponían en fuerza del poder que siempre ejerce un carácter independiente y victorioso en la protesta franca contra la sociedad y el medio en que vive; se presentaban á la consideración con todos los atractivos fascinadores y todas las tentaciones irresistibles de lo extraordinario. En una seduce la exaltación mística desbordada en páginas imperecederas, sólo por obediencia á los superiores; en otra encanta la voracidad intelectual, revelada en el hecho de leer en misa las *Vidas paralelas*, de Plutarco, y las particularidades todas de aquella existencia, escritas en dura cárcel para encontrar en el recuerdo de los serenos días alivio y confortación para las aflicciones presentes;... en todas resplandece el sello característico de los autores clásicos: el hecho de escribir por escribir, obedeciendo á mandato exterior ó á propio irresistible impulso, no como ocupación ordinaria ó por el afán de lucro y notoriedad.

Las discípulas distaban mucho de igualar á las maestras. Revistadas por lo común de erudición pedantesca, modestia de convención, aires de genio desconocido, convencimiento de la propia superioridad, no comprobada ciertamente por el mérito real; de inteligencia escasa, ordinariamente feas y con lentes, aparecían á los ojos de las personas sensatas como desahuciadas del mundo por carecer de las cualidades que constituyen el encanto de la mujer, buscando en la originalidad, siempre extravagancia cuando no es natural, un medio para distinguirse y un consuelo y desahogo para el tesoro de sentimiento que la pícara sociedad había tenido el mal gusto de no comprender.

Felizmente, las escritoras de hoy son muy otras que sus predecesoras de los tiempos románticos. A mérito real, reunen modestia positiva, se abren paso valientemente al amparo de un pseudónimo, seguro de las delicadezas de la mujer contra los inconsiderados ataques de la crítica ó las brutalidades de la lucha; han sustituído á la afectación y el sentimentalismo de entonces, la naturalidad y la verdad emocional; á los escapes de la fantasía y á los desbordes de la imaginación, la observación justa y el estudio profundo; se han convencido por fin que para emular á los hombres superiores en lo intelectual, no basta sentir con delicadeza, es necesario *además* pensar hondo y saber sólidamente.

Ejemplo elocuentísimo, nuestras excelentes escritoras Doña Emilia Pardo Bazán y Doña Concepción Arenal, con sus profundos estudios críticos henchidos de bien digerida erudición la primera, y sus obras científicas la segunda. Ahí está, despojada de aparato científico, pero dando gallardas pruebas de buen sentido y superior inteligencia en todas sus obras, Cordelia, escritora italiana ya popular entre nosotros, ciertamente con justicia. Es imposible leer sin emoción *Prime bataglie* (primera que conocí de la autora de *Dopo le Nozze*, y que devoré de punta á cabo). No se trata allí de hechos extraordinarios, ni de aventuras imposibles, ni de héroes imaginarios; es el relato sencillo de las luchas sostenidas por infortunada niña, que en edad harto temprana ve morir á su madre, providencia del hogar, á la cual ha de sustituir en la dirección de la casa y en la educación de sus hermanitos, en medio de las mayores escaseces y angustias: sus castos amores, los desgraciados que ponen á su hermana al borde de la tumba: la victoria definitiva. ¡Cómo se presta la lengua italiana para expresar en estilo simple, espontáneo, la rica variedad de matices que el sentimiento reviste en esta obrita! ¡Qué delicadeza en las descripciones, cuánta verdad en los más nimios detalles, cómo sorprende la profundidad y exactitud de las observaciones, cuán vivamente emociona el conjunto! No se concibe que ningún hombre alcance tanta perfección, que pueda pintar, ni siquiera de un modo vago, la intimidad de emociones que sólo una mujer puede expresar porque sólo una mujer puede sentir.

Ya que se habla de novelistas, por manera inevitable asalta la memoria el nombre de G. Eliot, la primera de las contemporáneas. Impuesta en la filosofía evolucionista de su ilustre amigo H. Spéncer, se da á conocer del público por su esmerada traducción al inglés de la *Vida de Jesús*, de Straus; perteneciente á esa clase media rural modesta, honrada, laboriosa, cuyo modo de ser retrata al natural y por manera tan admirable, sus novelas no son mero pasatiempo, intrigas más ó menos hábilmente urdidas, relación extremada de amores desaforados, sino la traducción viva de principios morales intachables, la refutación victoriosa de ese funestísimo principio de ¡la fatalidad, inspirador de casi todas las novelas, y la demostración de que cada uno es hijo de sus actos, no por insignificantes, á veces menos decisivos en el devenir de nuestra existencia.

De tales consideraciones vengo á deducir que es ridícula la escritora mala, pero digna de todo encomio la que tenga talento y conocimientos bastantes para entrar en liza. Negar sistemáticamente que la mujer pueda escribir, es negar que la mujer pueda hablar, comunicar sus ideas y sentimientos, puesto que en último análisis, escribir es expresar las ideas propias por medio de la escritura, como hablar consiste en expresarlas por medio de la voz articulada. A decir verdad, el *medio* escritura en nada choca ni por ningún concepto contradice la debilidad ó delicadeza del sexo.

¿De qué proviene, pues, la prevención abrigada contra la mujer escritora? Proviene de que en nuestro afán de generalización, imaginamos al punto que todas las mujeres no han de pensar sino en escribir. Esto sería indudablemente una calamidad, como lo sería no menor que todos los hombres abandonaran la labor fecunda de los campos, el trabajo útil de las industrias, la febril actividad del comercio y las profesiones liberales, no menos necesarias, para abandonarse á las contemplaciones científicas y á las disquisiciones filosóficas y á toda suerte de cultivos del espíritu para transmitir á la posteridad el fruto de sus especulaciones. Las necesidades apremiantes de la vida, las particulares aficiones de cada uno, nacidas siempre de la singularidad de aptitudes é idoneidades, producen por modo espontáneo esa rica variedad de actividades y ocupaciones que sabiamente eslabonadas dan de sí la armónica totalidad de la vida social.

De la propia suerte que entre los hombres los escritores constituyen el menor número, y aun éste reducido por selección á contadas individualidades de positivo mérito, es de pensar que serán pocas las mujeres que á las letras se consagren, y entre éstas, bien contadas las que puedan resistir la competencia implacable de sus colegas masculinos.

¿Cómo se operará esta selección? Descartemos desde luego ese número, por desgracia prodigioso, de mujeres que sin librarse de los sufrimientos propios del sexo comparten con el hombre los más duros trabajos y las más rudas faenas, porque de ninguna de ellas ha de salir la mujer escritora. Eliminemos el número no menos considerable de mujeres verdaderas esclavas del hogar, atentas tan sólo á economizar lo ganado por el marido, y en cuya vida la palabra vagar carece en absoluto de sentido; porque entre éstas no prosperará tampoco la mujer escritora. Nos quedan aquellas privilegiadas de la fortuna que nada hacen por sí, limitándose á lo sumo á dirigir y mandar, y emplean sus horas de ocio, que son casi todas, en el tocador, visitas, teatros, bailes, paseo, etcétera. Si éstas tienen además el privilegio de sentir su mayor delectación en el cultivo de sus facultades intelectuales, ¿no es preferible que consagren su tiempo á transmitir á los demás sus finas observaciones, sus sentimientos delicados, á que le gasten en chismes más ó menos aristocráticos, devaneos y tonterías? ¿Qué incompatibilidad habría con el cumplimiento de quehaceres domésticos que no las ocupan? ¿En dónde está la desnaturalización del sexo? ¿En dónde el trueque de papeles con el hombre?

Queda un remanente (perdónese la palabra). Hay esas mujeres de complexión delicada por naturaleza ó por haber recibido educación esmerada y superior cultura, que han de ocurrir por sí á la satisfacción de sus necesidades. Supuesta la aptitud y la capacidad de una mujer para las letras, ¿qué diferencia hay en que pase el día detrás de un mostrador si es tendera, en la oficina de telégrafos, ante sus dicípulas reunidas ó visitándolas á domicilio si es profesora, confeccionando ropas ajenas si es modista, ó sentada á la mesa del trabajo, sin necesidad de salir del hogar, inmortalizando quizá su nombre, proporcionándose buenos provechos si por ventura vive en un país en que la literatura dé con qué vivir? De condenarse el cultivo de las letras como incompatible con los quehaceres domésticos, caen bajo el mismo anatema todos los medios honrados con que cuenta la mujer para subvenir á sus necesidades... Demás de que el escribir no absorbe tan por completo todas las horas del día que no consienta otras atenciones y el cumplimiento de otros deberes.

¿Se cree que es este un recurso imaginario? Hace algún tiempo publicó Doña Casta Esteban y Navarro, viuda del inolvidable Gustavo Bécquer, una colección de cuentos titulada *Mi primer ensayo*.

En la dedicatoria de este libro dice su autora: «Pobre y enfermo estaba mi ser, porque enferma y dolorida tenía mi alma, cansada de luchar contra mi destino, cuando se me ocurrió escribir estas mal trazadas líneas, como último recurso para defenderme de la miseria y del hambre, que en esta tierra, patria de Cervantes y Calderón de la Barca, es la única herencia que por desgracia alcanzamos las viudas de los poetas...»

Ante este hecho ceden todo linaje de consideraciones fundadas en lo ridículo que puede ser para una mujer el ser escritora. No se trata ya de dar empleo á los ocios elegantes, se trata de dar amparo y satisfacción al desvalimiento honrado, á la miseria digna que no se esconde, que no se vende á la corrupción, que no se abandona á la indigencia, que lucha con las armas que tiene á mano y protesta con energía contra la situación difícil en que tienen sumida á la mujer las preocupaciones sociales y miramientos absurdos.

La sociedad que consiente á la obrera de la fábrica, expuesta á todas las corrupciones; á la labradora de atezado rostro, sujeta á todas las intemperies y durezas; á la mísera meretriz, víctima de todas las enfermedades, se escandaliza en presencia de la escritora al abrigo de todas las asperezas de la vida, explotando lo que más enaltece á la especie, la inteligencia. Mientras no se dé con la fórmula á beneficio de la cual pueda constituirse cada mujer en señora del hogar al amparo de las contingencias de la vida, no la quedarán sino dos caminos: el trabajo honrado, jamás ridículo, cualquiera que sea la forma bajo que se ofrezca, ó la prostitución, siempre abyecta, por brillantes que sean los oropeles con que se presente revestida.

JOSÉ ZULUETA

EL BLANCO Y EL NEGRO

CUENTO

Dios hizo el mundo de la nada; la cosa es grave, pero debemos estar conformes, así como que le hizo por su palabra y para su gloria. Eso aseguran las antiguas Escrituras; y aunque *la palabra* en Dios no sea cualidad muy conforme con los atributos de un ser extraterrenal y espiritual en su esencia, y por lo tanto desconocido en su forma; y aunque *la gloria* de haber hecho una obra tan imperfecta y tan perecedera (interpretando la voz *mundo* por la de *tierra*, como hacen todos los teólogos) no es muy brillante que digamos, ello es, si no hemos de pasar por rebeldes, y pese á todos los razonamientos de astrónomos, libre-pensadores y filósofos, que Dios hizo el mundo *de la nada, por su palabra* y *para su gloria*.

Establecido este hecho, pasemos al segundo. Dios hizo al hombre á su *imagen* y *semejanza:* verdad tan inconcusa y tan lógica como la primera. Contra ella, sin embargo, se han declarado algunos ingenios *minuciosos*, deduciendo que si los ángeles son unos *espíritus puros que no tienen cuerpo*, y Dios es el mayor ángel de la creación, con mucha más razón ha de dejar de tenerle. Y preguntan: Si Dios efectivamente no *tiene cuerpo*, ¿cómo hizo al hombre á su imagen y semejanza? ¿Fué á imagen y semejanza sólo del espíritu? Otros, más minuciosos todavía, se preguntan: El hombre, que Dios creó al principio del mundo, ¿fué el ser que hoy conocemos por tal en el planeta que habitamos? Si en los demás planetas hay seres vivientes, ¿no los habrá *pensantes*? Y si los hay, ¿no podrá en alguno de ellos existir el hombre con diferencias grandes del rey de la creación, *terráqueo*? Y en ese caso, ¿cuál es el que hizo Dios á su imagen y semejanza?

Dejemos á tales disquisidores de la verdad vivir en perfecta ignorancia y en eterna duda, y atengámonos sólo á nuestra tradición bíblica, á nuestra verdad revelada. Según la historia, la filosofía, la ciencia y la tradición, Dios ha hablado de distinto modo á cada pueblo del globo que habitamos. El indio no cree una palabra de lo que ha dicho al chino; el mahometano considera como fábula lo que ha dicho al cristiano; el judío mira al mahometano y al cristiano como corruptores sacrílegos de la ley Santa que su Dios había dado á sus padres; el cristiano, orgulloso con la revelación moderna, condena igualmente al indio, al chino, al mahometano y hasta al judío, de quien recibió sus libros Santos. ¿Quién tiene razón? Claro que nosotros, como dice cada uno de ellos cuando se le pregunta.

Teniéndola, pues, *nosotros* y habiendo hecho Dios al hombre á su imagen y semejanza, nos asalta necesariamente y como consecuencia forzosa de esa premisa otra pregunta.

¿A qué clase de hombres perteneció el primero? Porque así como los animales que pueblan la tierra ofrecen una infinita variedad de colores, dependientes en gran parte de la influencia del clima que habitan, así el hombre presenta ciertas modificaciones en el color de su piel en las diferentes latitudes del globo. Bajo los rayos abrasadores del sol en las regiones tropicales, el color del hombre es perfectamente negro; pero á medida que vamos caminando desde el Ecuador hacia las zonas templadas, va gradualmente aclarando hasta que llega á la delicada blancura que distingue á los habitantes de la parte central de Europa. Pasando del extremo del calor al del frío, y extendiendo nuestro examen hasta el círculo polar, hallamos que el cuerpo humano toma un color parduzco ó aplomado, como se observa en los lapones, los esquimales y los habitantes de la Groelandia.

Podemos, pues, establecer la siguiente clasificación de colores en la piel humana:

1.° El blanco.
2.° El verdoso ó aceitunado.
3.° El rojo ó color de cobre.
4.° El pardo ó mulato.
5.° El negro perfecto.

Ahora bien: ¿cuál de estos fué el color primitivo del hombre, ó qué hombre fué el primero?

La opinión general de los que han examinado este asunto con más atención, es que no fué el blanco, como queremos creerlo, sino uno de los intermedios; y si tenemos en cuenta que Adán fué creado en el Asia, convendremos sin dificultad en la probable exactitud de esta conjetura.

Ahora hay otra duda. ¿Ese color depende de la organización de causas internas, de motivos primordiales y propios, ó de causas externas, accidentales y subjetivas? Una prueba de esta última hipótesis tenemos en los *judíos*, que indudablemente proceden de un mismo tronco ó familia; y sin embargo, el judío portugués es moreno, el judío inglés blanco, el americano mulato, el de la Arabia color de cobre y el que habita en Africa negro

A creer en todos los pintores, Adán fué blanco. Verdad es que hay pocos pintores que no lo sean; y de seguro si apareciera un Velázquez negro, estoy por apostar que en sus cuadros sería Adán más negro que la tinta, por aquello de *no fué león el pintor*.

No es esta cuestión tan baladí como lo parecerá á nuestros lectores á primera vista; pues tratándose de nuestro primer padre, ó como si dijéramos, de nuestro primer pariente, hecho á *imagen y semenjanza de Dios*, cada cual de nosotros tendrá sumo gusto en poder hacer ilustre su abolengo y no verse precisado por la verdad incontrovertible de la historia á renegar de su más antiguo ascendiente.

Hallábame yo haciendo todas estas desocupadas reflexiones en una larga velada del pasado invierno, cuando tendiendo mis ojos sobre la mesa, vi asomar en agradable desorden entre los infinitos libros que siempre la llenan *Las ruinas de Palmira*, de Volney; *El ensayo sobre el Catolicismo, el liberalismo y el socialismo*, del marqués de Valdegamas; la *Parerga y paralipomena*, de Schopenhauer; la *Psicología celular*, de Hæckel; el *Criterio*, de Balmes, y los *Viajes curiosos de un filántropo*. Por no sé qué movimiento inconsciente de mi mano, cogí este último, y en un capítulo que hojeé á la ventura y que tenía por epígrafe (no se fíen ustedes mucho de mi memoria, por si no encuentran ni el capítulo ni la obra) *Un recuerdo de* 1830, leí lo siguiente:

«Cansado estaba de viajar por la vieja Europa. ¡Qué costumbres tan incoloras, qué escenas tan comunes!, y sobre todo ¡qué perversidad tan refinada, qué egoísmo individual y colectivo tan repugnante! Bien hayan los pueblos vírgenes, los países nuevos, las naciones recién nacidas! Y dicho y hecho: me embarqué en el Havre, y pronto divisé las orillas americanas; no las de la vieja América, sino las de los Estados Unidos.

»¡Salve!, dije yo entusiasmado y poniéndome de pie sobre la cubierta del buque. ¡Salve, tierra bendita donde el filantrópico Penn estableció sus paternales leyes! ¡Salve, patria de los Francklin! ¡Aquí se llenará el vacío de mi corazón, que sólo late por la libertad, por la igualdad y por la fraternidad de los pueblos!

»A pocos días de mi desembarco, unos me aconsejaban que estableciese mi residencia en Boston, otros en Filadelfia, pero yo preferí vivir en una pequeña aldea situada á las orillas del río Delaware. ¿Y por qué? Lo diré en pocas palabras: había leído en los primeros años de mi juventud, con religioso respeto, la novela *La familia de Wieland*, y los sucesos que se suponían acontecidos en las márgenes de aquel río,



Monumento elevado en Troyes á la memoria de los soldados del departamento del Aube muertos en la guerra de 1870 á 1871. Grupo de M. Boucher (de una fotografía)


UNA CALLE DE LUCERNA, cuadro al óleo de D. José M.ª Marqués

halagaban mis ideas de calma dichosa y de tranquila felicidad.

»Concluídas ya, á los dos meses de residencia, mis principales ocupaciones domésticas, traté de pagar las visitas que los obsequiosos vecinos me habían hecho, y una tarde, con la escopeta al hombro y seguido de un perro de caza, me encaminé hacia la vivienda de Mr. William, que vivía á media legua de la aldea. No lejos del camino había un espeso zarzal, y mi perro comenzó á ladrar alrededor de él con ahinco; un instante después me pareció oir unos quejidos que yo atribuí á ilusión de mi fantasía; mas insistió tanto el perro, que yo cuidadoso me acerco... aparto las matas... y ¡horror! – Han pasado algunos años, y no puedo recordar la aventura sin que se me erice el cabello... – En la gruesa rama de un alto cedro estaba colgada una gran jaula de hierro, y dentro una infeliz criatura, completamente desnuda, que más parecía esqueleto que sér viviente, exhalando roncos gemidos; me acerco más, y noto que le habían sacado los ojos y que innumerables insectos la picaban y devoraban á su sabor.

– »¡Qué espanto!, exclamé... ¿Quién te ha puesto así? ¿Quién eres?

– »¡Por Dios!... ¡Agua!... Hace seis dias... ¡Agua!...

»Díle mi sombrero lleno, bebió con la mayor ansia, pidióme más, y mientras yo la recogía del vecino arroyo, noté que se acercaba á mí un viejo trabajador, que se sonreía mirándome de hito en hito.

– »Muy afanado está V. hoy, amiguito, me dijo.

– »¿No oye V. esos lamentos?

– »Sí, me contestó con una frialdad estoica; eso es natural.

– »¿Cómo natural?, repliqué yo, dando un salto de cólera.

– »Es un castigo que con frecuencia da á sus negros Mr. William.

– »¿Y tratan así estos hombres blancos á sus esclavos negros?, grité, y sin esperar respuesta, no digo corrí, sino volé á la casa de mi despiadado vecino, colocada en el centro de un hermoso y dilatado cafetal.

– »¿Dónde está el amo?, grité al primero que vi; dile que con la mayor premura necesito hablarle.

»Salió Mr. William, en efecto, fumando con cachaza, y después de los preámbulos de estilo, le manifesté con dulzura lo que había visto, y le supliqué librase á su esclavo de aquel terrible castigo.

– »¿A un negro mío? Le juro á V. por mi honor que nada sé.

– »¿Cómo? ¿Conque á cuatro pasos de aquí está ese infeliz enjaulado dando dolorosos quejidos y V. nada sabe?

– »Esas son cosas peculiares á mi mayordomo, un inglés inteligentísimo.

– »Pues yo desearía...

– »Espere V. – Juan, infórmate de lo que ha pasado.

– »Señor, entró á poco diciendo el criado, el negro á quien se ha dado el castigo de la jaula es Pedro, muy conocido por su terquedad.

– »Sí, ya caigo, vete; á ese negro se le ha tratado aquí como á un blanco; pero es un holgazán, que sólo piensa en sus hijos, y no quiere trabajar más que seis ú ocho horas diarias; habrá hecho sin duda suficiente motivo para que mi mayordomo le castigue así.

– »Tiene V. razón, le contesté disimulando mi ira; con todo le suplico me entregue á ese esclavo por si puedo curarle, y si lo consigo se le compraré á V.

– »Llévese V. enhorabuena á ese tuno y que le haga excelente provecho tan hermosa adquisición.

»Retrocedí á la aldea, traje á dos de mis criados y con el mayor cuidado llevamos al infeliz hasta dejarle acostado en buena cama. Mas todos nuestros afanes fueron inútiles. El hambre había debilitado de tal modo sus órganos, que ni el alimento gradual que le dimos pudo salvarle. Por última merced me pidió tocar *con sus manos* á sus hijos, ya que le habían sacado los ojos y que la madre de aquellos niños no existía. Acercáronse aquellos *ángeles negros* á la cama de su padre y no es posible describir tan desgarradora escena.

– »Blanco, me dijo momentos antes de expirar, usted ha tratado de volverme á la vida, pero todo es inútil. Sólo siento lo que será de estos pedazos de mi corazón cuando yo muera.

– »Muere en paz y sin zozobra, desdichado, le respondí. Tus hijos serán mis hijos; yo no distingo el color: ¡para mí todos los hombres son hijos de un mismo Dios! ¡todos son mis hermanos!»

Aquí acababa la aventura del viajero. Ahora bien, queridos lectores míos, una pregunta, y á ver si podemos entendernos:

Mr. William, blanco, era un hombre; el negro, otro. ¿A qué hombre de estos dos había *hecho Dios á su imagen y semejanza*?

LUIS M. DE LARRA

¡Ó TODO Ó NADA!

(CICLORAMA MUNICIPAL)

Estamos en pleno período electoral.

Empiezo así para tranquilidad de los empleados públicos, siquiera este reposo sea tan efímero, como el lapso de tiempo que les garantiza en sus puestos.

El hecho es que nos hallamos en momentos críticos para la paz de la familia: que nos encontramos en cabal y completa perturbación de la tranquilidad doméstica.

Y por si les ocurre á Vds. dudarlo, lean y juzguen por sí mismos.

***

– Desengáñate, Bonifacio, tú nunca serás nada.

– ¡Pero mujer!...

– Nada, hombre, nada, te lo repito. Te has decidido á no vivir más que tras del mostrador; y así se hunda el mundo no hay quien te saque de la tarea de medir y pesar!...

– ¿Y te parece poco? Pues ¿á qué debemos este modesto, pero seguro pasar en que vivimos? ¿A qué tarea, si no es á la de pesar y medir, tenemos que agradecer *el que* cada domingo lleve yo á la Caja de Ahorros veinte, treinta ó cincuenta duros?

– ¿Ves?... ¿Te convences ahora de que no sirves más que para contentarte con miserias?...

– Pero mujer, ¿quieres que me dedique á robar?... es decir, ¿á robar... sin precauciones? Porque tú eres testigo de que, por tus consejos, he aprendido y practico lo mejor posible todos los medios de adquirir sin pizca de conciencia. Vendemos ya el azúcar en polvo, mezclado con harina; el vinagre con ácido sulfúrico; el aguardiente con acetato de plomo; los chorizos embutidos de carne de caballo; el petróleo con aguarrás; el vino con *fuchina*...

– ¡Sigue, sigue, mentecato! Todo eso y mucho más no sirve para otra cosa que para vivir estrecha y pobremente. Es necesario que pienses alto, más alto que hasta aquí...

– Pero mujer, ¿más alto que en la guardilla en que vivimos?...

– Precisamente: para vivir en *principal* y darnos tono con la portera y los vecinos, y no tolerar que te llame *de tú* ese escribiente del juzgado municipal, que tiene cuatro mil reales de sueldo y trae los dedos llenos de brillantes: por supuesto, que con tantos brillantes y todo, las cuentas de su casa andan como Dios... no quiere...

– ¡Mujer!...

– Nada, lo dicho dicho; es indispensable que te decidas á salir de pobrete. ¿Qué demonios has ganado, después de tantos años como vienes pagando tu suscripción para los emigrados, que de seguro andarán regodeándose con tus dineros por allí donde anden? Te lo repito, es preciso que seas hombre de una vez. Conque manos á la obra!

– Corriente: haré una vez más lo que quieras. ¿Pero qué debo hacer?

– ¿Qué?... Meterte en eso de las elecciones... trabajar para que te *voten* del Ayuntamiento: mira, tú tienes mucho adelantado para contar con *votos:* revisa todas las cuentas: llama á los *parroquianos* que no pagan, y al que no te *vote*, al juzgado!... Así, así, y si sales de la *urnia*, ríete del *ispetor*, y del *tiniente* alcalde, y de todos esos microbios que te sacan los cuartos por dejarte cerrar más tarde y vender con falta de peso. Mírate en el espejo de Martín, tu paisano, que bailaba en la plaza del pueblo con zapatos de cornisa y pañuelo de hierbas á la cabeza, y desde que le hicieron... no sé qué de consumos, se convirtió en personaje, se llenó de dinero, y ahora tiene sus casitas y sus ínfulas de mandón.

. . . .

Y el *honrado* medidor con fraude y pesador con


El monumento de Hondschoote. Obra del escultor Darocq (de una fotografía)



APUNTE DE EUGENIO DELACROIX

dolo, acaba por ceder á las tenaces intimaciones de su mujer, y se decide á presentar su candidatura.

¡Ay de nosotros si llega á sentarse en los escaños de la Casa de la Villa!

***

Variemos de cristal.

Por aquí se ven las cosas más en adelanto.

La escena pasa en el cuarto bajo de una casa de vecindad, alquilado para servir de punto de reunión á los muñidores y caciques de una elección con carácter de independiente

Allí se escribe á todos los vecinos del distrito, se revisan listas, se compulsan opiniones, se hacen cálculos, se cuentan y recuentan probabilidades, y cada uno de los que se mueven en aquel cuchitril húmedo y nada perfumado parece dotado de todas las condiciones de movilidad y agitación de la ardilla.

Se trata de sacar triunfante á D. Judas Garduña, notario muy conocido, hombre independiente, porque hasta el día ningún partido *le ha dado nada*, y no tiene más aspiraciones que las de servir *bien* y *fielmente* los intereses de la hacienda municipal.

Dicen los maldicientes que D. Judas aspira al cargo, porque hace veinte años que por herencia que el mismo se hizo en testamento ajeno, posee unos solares que no hay medio de vender, por hallarse en sitio por donde no ha pasado todavía la *tira de cuerdas;* y..., lo que él dice en voz baja á sus íntimos, no soy yo de peor condición que muchos otros que por derechos de expropiación han cobrado el triple del valor de sus suelos.

Esto sin contar con que una vez *dentro de la casa*, no han de faltar embolismos de curia y papel sellado.

Y es de presumir que D. Judas está en camino de ganar la elección, cuando con tal fe y tanto entusiasmo le ayudan sus paniaguados.

***

Pasemos á observar á través de otra lente.

Pero sin olvidar que todo resulta del color

del cristal con que se mira.

En la escena que ante nuestros ojos aparece se ven grupos de gente reunida, previa invitación y con propósito deliberado de antemano.

Asistimos á un *meeting*.

Predomina en el concurso el elemento *burgués*.

En el estrado que ocupa la presidencia figuran los representantes más caracterizados del *comité* del distrito.

Acaba de abrirse la sesión, mejor dicho, acaba el presidente de declararla abierta, y hállase en el uso de la palabra un orador, hasta cierto punto, á quien, por singular privilegio nuestro, oímos decir: «La administración, en todos sus ramos, necesita radical reforma: yo he sido durante toda mi vida hombre de bien *(murmullos)*, y quiero ir al municipio para... (Una voz: *Dejar de serlo.)* probarlo.»

El orador (continuando): ¡No, y mil veces no!, para garantizar los intereses del pro-común.

Un concurrente á otro: (No sé por qué este hombre no me parece bien.)

El orador: Todos mis esfuerzos se dirigirán á procurar una administración municipal buena, bonita y barata. Y en prueba de ello, y para concluir, os anuncio que, en mi calidad de cirujano-dentista, estoy resuelto á sacar *gratis* las muelas durante un trimestre á todos los electores del distrito que me presenten su cédula electoral! *(Sensación.)*

Al llegar aquí debió sufrir algún entorpecimiento el dinamo productor de la luz eléctrica que alumbraba el cuadro, porque la escena quedó repentinamente á obscuras.

***

A otro cristal.

Desde este se contempla de nuevo la intervención de la mujer en la cosa pública.

Volvemos á las escenas domésticas.

– Digas lo que quieras y hagas lo que te dé la gana, conste que no te dedicas más que á contrariarme; á trabajar en daño de tus intereses, de los de tu familia y hasta de tu propio decoro. ¿Qué vamos á ganar con que te elijan concejal? En primer lugar, vas á gastar y no poco en comilonas y convites de gente que te adulará mientras pueda explotarte, y luego...

– Luego y ahora y siempre serás tan .. infeliz, que no sepas apreciar los sacrificios que hago por darte posición, importancia y otra cosa que no quiero decir, pero que sale, y no en pequeña cantidad, de *las atribuciones del cargo.*

– Bueno, bueno: pues haz lo que te dé la gana, pero á mí no me vuelvas á dirigir la palabra para nada que se relacione con tus *infundios* electorales.

Tableau.

***

Huyamos de perspectivas que ofrecen tal fondo de desencanto para los que piensan y sienten con acreditada rectitud.

Pero no demos por esteriles las lecciones que nos ofrecen.

Sepamos de una vez que *cada quisque* trabaja, á título de servir á los demás y procurar el desarrollo de sus intereses, por servirse á sí mismo y acrecentar, caiga el que caiga, los provechos propios.

Recordemos las elocuentes frases de aquel obispo de la Edad media cuando decía:

Yo vi, en cort de Roma, do está la Santidat,
que todos al dinero fasianlé homildat.

Y lejos de ser pesimistas y hacer oraciones declamatorias contra el vicio, la corrupción y los procedimientos del día, dejémonos llevar por la corriente y... aspiremos á ser consejales.

¡Qué diablo!... *¡Ser ó no ser!*

¡O todo ó nada!

EDUARDO SACO

LA MADRE ANA JAVOUHEY

Y LA COLONIZACIÓN

«Esta mujer es un gran hombre.»
(Palabras del rey Luis Felipe.)

En el artículo necrológico que el *Univers* consagró á la fundadora y primera superiora general del Instituto de San José de Cluny, después de haber narrado los comienzos de la carrera apostólica de la Reverenda Madre Ana de Javouhey, el sacerdote M. Barbier se expresaba en los siguientes términos: «Hace de esto más de cincuenta años y hoy en día el Instituto de San José de Cluny se extiende por todos los puntos del globo y cuenta unas 800 religiosas, 135 establecimientos, noviciados, instituciones y hospitales, de ellos 83 en Francia y 42 en Africa, en las Antillas, en Oceanía y en el Asia meridional.»

La anciana religiosa que en 5 de julio de 1851 terminaba en París una carrera tan fecunda y tan bien desempeñada, nació en 10 de noviembre de 1779 en la municipalidad de Jallonges, en la Côte-d'Or. Sus padres, ricos cultivadores de antigua familia borgoñona y gentes muy positivas aunque buenos cristianos, vieron con cierto disgusto y aprensión las precoces disposiciones de su hija Ana para lanzarse á caritativas empresas. Durante su juventud, en Chamblanc, en la época de disturbios de la Revolución, Ana Javouhey dió en muchas ocasiones pruebas de su carácter decidido cuando se le presentaba alguna coyuntura de ayudar á los sacerdotes no juramentados que continuaban ejerciendo en aquella región un ministerio sembrado de peligros.

A la edad de diez y siete años, dice su historiógrafo (1), la futura fundadora de San José de Cluny era

(1) LA R. M. JOVOUHEY, *Histoire de sa vie, des œuvres et missions de la Congregation*, por el R. P. Delaplace, de la Con-

la alegría y la animación de todas las reuniones de familia; «por esto se solicitaba la compañía de aquella joven, que era objeto de continuas demostraciones halagadoras para su amor propio; nuevo cebo que, unido á la exuberancia de sentimiento y de vida, contribuía más y más á mantenerla en una especie de disipación relativa (1).»

Precisamente cuando sus padres trataban de establecerla, Ana empezó á dar libre curso á las irresistibles inclinaciones que hacia las obras de filantropía cristiana sentía crecer de día en día, comenzando por hacerse catequista de los niños de su parroquia, privados en aquella época de los medios de recibir con regularidad la instrucción cristiana. Después de haber reñido no pocas luchas con sus padres, Ana Javouhey obtuvo en 1800 permiso para entrar en el convento de la Caridad de Besançon para ver si su vocación era bastante; pero la víspera de tomar el hábito abandonó esta comunidad para regresar al lado de sus padres, á quienes los nuevos ensayos de obras y de instituciones benéficas de su hija habían de costar cuantiosas sumas. En 1802, Ana Javouhey hace una nueva tentativa de noviciado en el monasterio de las damas trapenses *de la Santa Voluntad de Dios*, en Suiza, y otra vez abandona el convento el día antes de tomar el hábito de profesa. Pero esta vez el ilustrado director espiritual, que detiene á la joven novicia en el dintel de la regla algo árida de la orden cisterciense, le predice que encontrará el camino que ha de seguir como fundadora de una importante familia religiosa. Así fué, bien que no sin antes haberse entregado á nuevas tentativas infructuosas y onerosas para sus padres. En 1805, la señorita Javouhey, alentada por Monseñor Fontanges, obispo de Autun, estableció sus escuelas para los niños del pueblo, echando con ellas los primeros cimientos del Instituto se San José de Cluny. El día 12 de mayo de 1807, después de haber recibido la profesión religiosa de la señorita Javouhey, de tres de sus hermanas (2) y de otras cinco jóvenes, el sucesor de Monseñor Fontanges, Monseñor Imbertin, presidió en persona la elección canónica en virtud de la cual la madre Ana Javouhey se hizo cargo del gobierno del Instituto de San José, al que tan brillantes destinos había de asegurar andando el tiempo.

Agradábale á la madre Javouhey contar que durante una grave enfermedad que tuvo en 1810 veía en su delirio á un gran número de niños pobres, enfermos, que lloraban y le tendían las manos; añadiendo que lo que más le había impresionado era una multitud de negros, hombres, mujeres y niños, que la llamaban su querida madre. «Entonces, – confesaba con su franqueza de aldeana apenas desbastada, - yo no sabía que hubiera negros y gentes de distintos colores (3).»

La madre Javouhey, consagrada á propagar y aumentar su Instituto y á perfeccionar sus organismos filantrópicos, pasó hasta el año 1814, en que se trasladó á París. Los comienzos del Instituto en la capital fueron en extremo penosos y accidentados: después de haber tenido que luchar con la miseria, la madre Javouhey estuvo á punto de comprometer su causa por haber adoptado para sus clases el método de enseñanza mutua, procedimiento pedagógico de importación inglesa que tenía muchos adversarios entre el clero y las Universidades. Las luchas que en aquella ocasión hubo de sostener y la manera notable como supo salir triunfante de ellas, empezaron á llamar sobre aquella mujer valerosa la atención de algunos elevados personajes de las esferas gubernamentales. Llegado á Francia con objeto de conferenciar con el gobierno acerca de los medios propios para mejorar la condición de las poblaciones de color el intendente de la isla de Borbón M. Desbassyns de Richemont, tuvo ocasión de hablar de sus proyectos filantrópicos con la madre Javouhey, la cual, más bien consultando su corazón que teniendo en cuenta la escasez de recursos de su Instituto, todavía tan joven, le prometió el concurso de las hermanas de San José para trabajar en pro de la moralización é instrucción de los jóvenes de color.

Algún tiempo después, sin consideración á los pocos días que contaba de existencia el Instituto de San José y dando sólo oídos á la confianza que le inspiraba la mujer superior que era el alma del mismo, el vizconde Lainé, ministro del Interior, pidióle hermanas para el servicio de las escuelas y hospitales de todas las colonias francesas.

La madre Javouhey y el Instituto comenzaron entonces á representar su papel colonial, y el 28 de junio de 1817 el navío del Estado *Elefante*, al mando de M. de Chefontaines, desembarcó en Borbón cuatro religiosas (4) que llevaban consigo á aquellas lejanas playas algo del alma de su valiente fundadora. El Senegal, restituído á Francia en virtud de los tratados de 1815, no le fué en realidad entregado hasta 1817: cuando se trató de enviar allí hermanas de San José, todas las del Instituto solicitaron ir á esa posesión. Hace de esto más de setenta años: era aquel el tiempo de las largas travesías en barcos de vela; los progresos de la ciencia, de la higiene exótica, de los conocimientos geográficos no habían aún atenuado en lo más mínimo los peligros y las aprensiones de la expatriación hacia las regiones tropicales.


OTOÑO, cuadro de W. Bernatzik

Retenida en Francia por los cuidados que exigía el gobierno de su Instituto, la madre Javouhey confió á una de sus hermanas, la madre Rosalía, la misión de presidir las primeras fundaciones de San José de Cluny en tierra africana. Me complazco en citar los nombres de estas santas jóvenes que, á principios de este siglo, hallaban en su vocación religiosa el valor necesario para abandonar el amado suelo de la patria con el fin de trabajar obscuramente y bajo un cielo mortífero por el engrandecimiento colonial de Francia. Con la madre Rosalía, la superiora, fueron las hermanas Cecilia Perrin, Clara Goudet, Ursula Ferré, Francisca Berard, Leonor Belin y Celestina Crety. El 19 de marzo de 1819 esas primeras hermanas misioneras desembarcaban en la playa de la isla de San Luis, en el Senegal. Sin embargo, el ministro reclamaba hermanas para las Antillas y para la Guayana, y el personal de los establecimientos de Borbón y del Senegal, castigado por los rigores de aquellos climas, demandaba refuerzos: en estas condiciones, afirmando la vocación colonial de su Instituto, la madre Javouhey no vaciló en detener por algún tiempo el curso de las fundaciones en Francia, á fin de poder hacer frente á todas las exigencias de la obra exótica á su celo confiada.

El día 1.° de febrero de 1822 la madre Javouhey abandonaba, á su vez, Francia para poner mano á la obra colonial y colocarse al frente de sus tropas para conducirlas al ataque de los problemas de civilización cuya solución depende de la abnegación cristiana, de la caridad, de la energía, de la inteligencia y de la perseverancia. Dudo que el senador Mr. Schœlcher y el difunto Cremieux hayan jamás sentido por la causa de las clases desheredadas un ardor tan sincero como el que en poco tiempo había de elevar el espíritu de la humilde borgoñona á la comprensión de las cuestiones más arduas relativas á la colonización.

Desde los primeros instantes de su permanencia en el Senegal, la madre Javouhey entrevé los grandes destinos que algún día podrá tener Francia en Africa. Sí, desde 1822 la fundadora de San José predicaba desde San Luis del Senegal la cruzada en favor del Africa francesa, esforzándose por infundir su entusiasmo á los hombres más indiferentes del gobierno de la Restauración y pidiéndoles que hicieran mucho por la colonización del Senegal, sin pérdida de tiempo, sin permitir que la mancha de aceite del islamismo extendiera más sus estragos. Desde San Luis del Senegal, la madre Javouhey trazaba su futuro programa á las congregaciones de hombres que se formarán más adelante para trabajar por la regeneración moral y religiosa de las poblaciones africanas, sepultadas en las tinieblas de la barbarie y amenazadas de adormecerse eternamente en ellas bajo el yugo embrutecedor del mahometismo.

En cuanto sus trabajos apostólicos la ponen en contacto con los musulmanes, la madre Javouhey presiente que el escollo de las tentativas civilizadoras surgirá en esta dirección:

«Sí, lo repito, – escribía desde el Senegal, – estos pueblos serán la condenación de los cristianos. Después de esto, hay entre ellos muchas ilusiones y fanatismo; son tan ignorantes que inspiran compasión, pero poseen tal dosis de buena fe que no se sabe cómo ilustrarles. Caen de una superstición en otra y serían precisos muy buenos ejemplos para atraerlos poco á poco á la verdad. Quedan, sin embargo, los niños: con ellos cuento principalmente.»

Desde su instalación en Africa, una de las preocupaciones constantes de la madre Javouhey fué la obra de la educación de los negros con el objeto de crear un clero indígena, problema delicado, cuya solución abordó por su propia iniciativa á su regreso á Francia, estableciendo en Bailleul-sur-Therain, en la diócesis de Beauvais, el embrión de un seminario africano. Después de haber consagrado su celo organizador en el dominio de la enseñanza y de los servicios coloniales, en San Luis y en Gorea, la madre Javouhey dirigió especialmente su atención hacia las fundaciones agrícolas, en las que con razón veía un procedimiento incomparable para regenerar por medio del trabajo á la juventud indígena.

(Concluirá)

gregación del Espíritu Santo y del Santo Corazón de María. París, 1886. – Dos volúmenes muy interesantes y muy instructivos, no sólo desde el punto de vista de los trabajos apostólicos y coloniales de la Madre Javouhey, sino también de la historia colonial de Francia en el siglo XIX.

(1) *La R. M. Javouhey*, tomo I, pág. 20.

(2) Estas hermanas de la madre Javouhey, llamadas en el claustro María Teresa, María Josefa y Rosalía, han representado un papel importante en el establecimiento y desarrollo del Instituto de San José, y la carrera colonial de la madre Rosalía, en particular, ha sido de las más notables.

(3) *La R. M. Javouhey*, tomo I, pág. 91.

(4) Las hermanas María Josefa Varin, Teresa Trotet, Victoria Desprez y Ana María Delorme.

SECCION AMERICANA

EL DEMONIO DE LOS ANDES

TRADICIONES HISTORICAS SOBRE EL CONQUISTADOR FRANCISCO DE CARBAJAL

POR RICARDO PALMA

(Continuación)

IV

COMIDA ACABADA, AMISTAD TERMINADA

Tres meses antes de la batalla de Yñaquito, en que tan triste destino cupo al primer virrey del Perú, habían los partidarios de Gonzalo Pizarro puesto preso en la cárcel de San Miguel de Piura al capitán Francisco Hurtado, hombre octogenario, muy influyente y respetado, vecino de Santiago de Guayaquil y entusiasta defensor de la causa de Blasco Núñez.

Cuarenta días llevaba el capitán de estar cargado de hierros y esperando de un momento á otro sentencia de muerte, cuando llegó á Piura Francisco de Carbajal, en marcha para abrir campaña contra Diego Centeno, que en Chuquisaca y Potosí acababa de alzar bandera por el rey.

El alcalde de Piura, acompañado de los cabildantes, salió á recibir á Carbajal y por el camino lo informó, entre otras cosas, de que tenía en chirona y sin atinar á deshacerse de él al capitán Hurtado.

–¡Mil demonios!, exclamó furioso don Francisco ¡Ah, señor Martínez! So cabello rubio buen piojo rabudo. ¡Y qué poco meollo para oficial de justicia tiene vuesamerced! Bien podía hacerle una punta á la vara que lleva y tirársela á un perro. ¡Cargar de hierros á todo un vencedor en Pavía! ¡Habrá torpeza! ¡Por vida de mi señor don Gonzalo, que no sé cómo no hago una alcaldada con el alcalde de monterilla! Corra vuesamerced, y deje libre en la ciudad al capitán Hurtado, que es muy mi amigo, y juntos militamos en Flandes y en Italia, y no es Francisco de Carbajal el alma de chopo que consiente en el sonrojo de hombre que tanto vale. ¡Voto va...! ¡Por los gregüescos del Condestable!

Y ante tal tempestad de exclamaciones iracundas, el pobre alcalde escapó, como perro en juego de bolos, diciendo para sí: «Eran lobos de una camada, no haya miedo que se muerdan. Allá se avengan, que en salvo está el que repica.»

Cuando Carbajal entró en Piura ya estaba en libertad el prisionero, quien se encaminó á la posada de su viejo conmilitón para darle las gracias por el servicio que le merecía. El maestre de campo lo estrechó entre sus brazos, manifestóse muy contento de ver, tras largos años, á su camarada de cuartel, hicieron alegres reminiscencias de sus mocedades y, por fin, llegada la hora de comer, sentáronse á la mesa, en compañía del capellán, dos oficiales y cuatro vecinos.

Ni Hurtado ni Carbajal trajeron para nada á cuento las contiendas políticas del Perú. Bromearon y bebieron á sus anchas, colmando el maestre de agasajos á su comensal. Los dos viejos parecían, en sus expansivas manifestaciones de afecto y de alegría, haberse desprendido de algunas canas. Aquello sí era amistad, y la de Orestes y Pilades pura pampirolada.

Cuando después de dos horas de banquete y de pronunciar la obligada frase con que nuestros abuelos ponían término á la masticación, «que aproveche, como si fuera leche,» un doméstico retiró el mantel, la fisonomía de Carbajal tomó aire pensativo y melancólico. Al cabo, y como quien después de meditarla mucho ha adoptado una resolución, dijo con grande aplomo:

–Señor Francisco Hurtado, yo he sido siempre amigo y servidor de vuesamerced y, como tal amigo, le mandé quitar prisiones y sacar de la cárcel. Francisco de Carbajal ha cumplido, pues, para con Francisco Hurtado las obligaciones de amigo y de camarada. Ahora es menester que cumpla con lo que debo al servicio del gobernador mi señor. ¿No encuentra vuesamerced fundadas mis razones?

–Justas y muy justas, tocayo, contestó Hurtado, imaginándose que el maestre de campo se proponía, con este preámbulo, inclinarlo á cambiar de bandera ó, por lo menos, á que fuese neutral en la civil contienda.

–Huélgome, continuó Carbajal, de oirlo de su boca; que así desecho escrúpulos. Vuesamerced se confiese, como cristiano que es, y capellán tiene al lado; que yo, en su servicio, no puedo hacer ya más que mandarle dar garrote.

Y Carbajal abandonó la sala, murmurando:

–Cumplí hasta el fin con el amigo; que buey viejo hace surco derecho. Comida acabada, amistad terminada.

V

EL SUEÑO DE UN SANTO VARÓN

Llegados eran para el *muy magnífico* don Gonzalo Pizarro los días en que su prestigio y popularidad principiaran á convertirse en humo. Sus partidarios más entusiastas, los hombres más comprometidos en la rebeldía, eran los primeros en la deserción. Hasta Menocal el ballestero, un valiente de embeleco que ocho días antes dijera en pleno festín: «Descreo en Dios si Dios no está con Gonzalo,» había puesto pies en polvorosa y presentádose á La Gasca.

Para impedir que la desmoralización cundiera como aceite en pañizuelo, creyó Francisco de Carbajal oportuno dictar medidas terroríficas. Pena de la vida al soldado que sin su permiso enfrenase el caballo; pena de la vida al que vagase por los arrabales de la ciudad; pena de la vida al que murmurase de sus jefes; y, en una palabra, los pizarristas no ganaban para sustos, pues menudeaban las ordenanzas que les ponían la gorja en peligro de intimar relaciones con la cuerda de cáñamo.

Una mañana despertaron á Carbajal para avisarle que cuatro soldados habían sido detenidos fuera de los arrabales de Lima, lo que hacía sospechar en ellos propósito de pasarse al campo enemigo. Vistióse de prisa el maestre de campo, y acompañado del verdugo y una manga de piqueros, dirigióse al sitio donde estaban los presos.

Por el camino vió á un joven alférez que marchaba por la calle con las espuelas calzadas y que procuró esquivar el importuno encuentro, perdiéndose tras una esquina.

–Venga acá, señor Martín Prado, le gritó Carbajal. ¿Dónde bueno tan con el alba?

–De paseo, señor Francisco de Carbajal, contestó con lengua estropajosa el interpelado.

–¡Elvirita de Meneses, cáscame acá esas nueces!, murmuró don Francisco, expresando su incredulidad con ese refrancillo, y luego añadió con voz clara: ¿Y para respirar el fresco aire de la mañana acostumbra usarced calzarse las espuelas? Por el alma del Condestable, que ó el olfato me engaña ó el señor Martín Prado trasciende á felón y tejedor.

La palabra *tejedor*, que después se ha generalizado aplicándola á los que no juegan limpio en política, era de uso en boca de Carbajal cuando hablaba de aquellos que en esa guerra civil huían de comprometerse, pensando sólo en la manera de quedar bien con el que resultase vencedor, ora fuese San Miguel, ora el demonio. Conste así para que nadie, ni la Real Academia de la Lengua, dispute á Carbajal el derecho de propiedad sobre la palabrita.

Y continuó don Francisco, interrumpiendo al alférez, que principiaba á balbucear una disculpa:

–Sígame el buen mozo, y por el camino acabaremos el ajuste de cuentas; que muy limpias han de ser para que yo le otorgue saldo y finiquito. Ya veremos si vuesamerced es tinaja de agua para estarse serenando.

Y Carbajal empezó á canturrear el estribillo jacarandino de la *zarabanda*, bailecito muy á la moda en España entre las sirenas del respingón y doncellitas contrahechas:

> Bullí, bullí, zarabullí,
> Que si me gané, que si me perdí,
> Que si es, si no es, si no soy, si no fuí,
> Por acá, por allá, por aquí, por allí.

Martín Prado púsose al lado de Carbajal, y durante la travesía hasta Charcas fué dando sus descargos, fundados en una vulgar historia de amoríos con una casada, devaneo que lo ponía en el compromiso de trasnochar; pero don Francisco encontraba tan soso el cuento, que de rato en rato se detenía, miraba á Prado á los ojos, como si en ellos leyera, y luego proseguía el viaje, murmurando:

–Bueno va el canticio, seor galán... Tejer amores adúlteros ó tejer traiciones, todo es tejer;... pero no hay tustús á perro viejo. Andallo, andallo, que fuí pollo y ya soy gallo.

Las disculpas del pobre alférez no eran de las que podían hallar cabida en un hombre como el maestre de campo, que no era ningún bobo cuatralvo y regoldón, y para quien ni las necesidades premiosas de la naturaleza eran excusa legítima, estando de por medio la rigidez de la diciplina. Así, refiere un cronista que en cierta marcha separóse un soldado de las filas, y escondióse por



CRUZANDO EL RIACHUELO, cuadro de Carlos de Bergen. (Exposición de Munich, 1889.)



EL REY ENRIQUE VIII DE INGLATERRA, cuadro de Juan Holbein

Propiedad del conde de Yarborough, que figuró en la Exposición Tudor



VENTA DE PESCADO EN LAS PLAYAS HOLANDESAS, cuadro de Juan de Bartels

breve rato tras de una roca, urgido por la violencia de un dolor de tripas. Viólo don Francisco, mandó hacer alto á la tropa, cruzó la pierna sobre la cabeza de su mula y esperó con toda pachorra á que el soldado, libre ya de su fatiga, volviese á ocupar su puesto. Carbajal lo despojó entonces de armas y caballo, y lo despidió del servicio militar diciéndole:

– Castígote así, ¡voto á tal!, porque no eres para el oficio, sino para fraile; que el buen soldado del Perú ha de comer un pan en el Cuzco y... echarle en el Titicaca.

En poder de hombre tal, estaba, pues, irremediablemente perdido Martín Prado.

Llegados al sitio donde se encontraban amarrados á un tronco los cuatro prófugos, dijo Carbajal al verdugo:

– Cuélgame de ese árbol á estos pícaros, y en concluyendo con ellos, harás la misma obra con este hidalgo, ahorcándolo en la rama más alta; que algun privilegio ha de tener el alférez sobre los soldados.

Martín Pedro se deshizo en súplicas, y convencido de que su jefe no lo escuchaba, terminó por pedir que siquiera se le diese un confesor.

– No se apure por eso, señor alférez, le contestó Carbajal, que mancebo es y escasa ocasión de pecar habrá tenido. Rece un credo; que para los pocos pecados que tendrá en la alforja yo los tomo por mi cuenta, cierto de que no añadirán gran peso al bagaje de los míos. ¡Ea! Acabemos y sepa morir como hombre; que de mujerzuelas es, y no de barbados, eso de andar haciendo ascos á la muerte. Conmigo no vale dar puntada sobre puntada como sastre en víspera de pascua.

Y sin más ni menos el verdugo colgó de la rama más alta al infortunado alférez.

Luego, volviéndose hacia el oficial que había estado al cargo de los presos, y á quien Carvajal tenía sus motivos para no creerlo muy leal, dijo con aire entre amenazador y zumbático:

– Señor Alonso Alvarez, roguemos á Dios muy de corazón que se contente con la migajita que acabo de ofrecerle.

En seguida Carbajal tendió su capa, que era de paño veintidoseno de Segovia, al pie del árbol, donde se balanceaban los cinco ahorcados, y acostóse sobre ella, murmurando:

– ¡Buen madrugón me he dado! Pues, señor, á gentil sombra estoy para echar un sueño.

Bostezó, hizo la cruz sobre el bostezo, y se quedó dormido con el sueño de un bienaventurado que no trae sobre la conciencia ni el remordimiento de haber dado muerte á una pulga.

VI

LOS POSTRES DEL FESTÍN

Gran banquete daba en el palacio de Lima el *muy magnífico* señor don Gonzalo Pizarro.

Pero antes de ir á la mesa se reunieron en el salón hasta sesenta de los personajes más comprometidos en la causa rebelde. Allí estaban, entre otros, D. Antonio de Rivera, Francisco de Ampuero, Hernán Bravo de Lagunas, Martín de Robles, Alonso de Barrionuevo, Páez de Sotomayor, Gabriel de Rojas, Lope Martín, Benito de Carvajal y Martín de Almendras, gente toda principal y que antes de quince días debía decir á la vuelta lo venden tinto, voltear casaca y traicionar á su caudillo. Allí estaba también el capitán Alonso de Cáceres (¡gran traidor!), quien besando á Pizarro en un carrillo, le dijo: «¡Oh príncipe del mundo! ¡Maldito el que te niegue hasta la muerte!»

Gonzalo quería poner en conocimiento de ellos pliegos importantes de Gasca, oir consejo y sondear el grado de devoción de sus capitanes. Gasca prometía amplio perdón á Gonzalo y sus secuaces.

Terminada la lectura de los pliegos, el licenciado Cepeda, que no era ningún necio de pendón y caldera, sino un pícaro muy taimado, dijo:

– Pues ven vuesamercedes el trance, dé cada uno con franqueza su parecer y voto; que el señor gobernador promete, como caballero hijodalgo, de no tocarlo en persona ni hacienda. Empero mire bien cada uno lo que para después prometa y jure; pues el que quebrante la fe ó ande tibio en los negocios de esta guerra, de pagarlo habrá con la cabeza.

Cuando calló Cepeda reinó por varios minutos el más profundo silencio. Ninguno de los asistentes osaba ser el primero en expresar su opinión. Al fin Francisco de Carbajal, viendo el general embarazo, dijo:

– Pues todos callan, seré yo el que ponga el paño al púlpito y lleve el pato al agua. Paréceme, señores, que esas bulas son buenas y baratas, y que vienen preñadas de indulgencias, y que las debe tomar el gobernador mi señor, y echárnoslas nosotros encima, y traerlas al cuello á guisa de reliquias. Por las bulas estoy y he dicho. Cruz y cuadro.

Miráronse unos á otros los de la junta, maravillados de oir tan pacíficos conceptos en boca del *Demonio de los Andes*, que, por esta vez, habló con sinceridad y sobre todo muy razonablemente.

El oidor Cepeda, recelando que la mayoría de los capitanes se inclinase en favor de la opinión de Carbajal, se apresuró á contestar:

– Dios me perdone la especie, pero se me figura que el maestre de campo empieza á haber miedo del clériguillo.

Carbajal brincó del escaño, que la cólera se le había subido al campanario, puso la mano en la empuñadura de su daga, y con voz airada gritó:

– ¡Miedo! ¡Miedo yo! ¿Quién lo dice?

Pero luego, reportándose, continuó con su babitual tono de burla:

– Mejor es tomarlo á risa. He dado mi parecer y voto sin encontrar sacristán de amén que conmigo sea. Pero no tomaré las bulas, así me prediquen frailes descalzos, si todos mis amigos no las toman. Por lo demás, soy la última palabra del credo, y tan buen palmo de pescuezo tengo yo para el cabestro como el señor licenciado. Siga el carro por el pedregal y venga lo que viniere. Cruz y cuadro. He dicho.

Y se puso á canturrear esta tonadilla:

Bien haya la niña,
Pues la van á ver
Dos paternidades
Y un vuesamerced.

Y con esto terminó la junta, deshaciéndose todos, menos el capitán Diego Tinoco, en protestas de adhesión á Gonzalo y juramentos de morir en la demanda. Al oirlos, Carbajal murmuraba entre dientes:

– Si como adoban guisan, bien andamos; pero ya saldremos con que se espantó la muerte de la degollada. Más puños y menos palabras quisiera yo.

Hallábanse los comensales á mitad de comida cuando un paje se aproximó á Gonzalo, hablóle al oído y le entregó una carta. Pizarro la pasó á Carbajal, diciéndole muy quedo:

– Lea vuesamerced y haga justicia, que en esta mesa hay un Judas.

Carbajal se impuso del papel, quedóse pensativo, y luego, como quien ha tomado una resolución, se levantó, tocó ligeramente en la espalda al capitán Tinoco, y le dijo:

– Sígame vuesamerced, pues tengo que hablarle cuatro razones al alma.

Levantóse el convidado, salió con Carbajal, y ambos se entraron en uno de los aposentos de palacio.

Las libaciones menudeaban y el banquete crecía en animación. Todos brindadan por las glorias futuras de Gonzalo Pizarro, su caudillo, su amigo.

Y casi todos los que brindaban iban muy pronto á ser desleales con el amigo, traidores con el caudillo.

Si Shakespeare hubiera oído aquellos brindis, habría repetido indignado su famoso apóstrofe: – *¡words! ¡words! ¡words!*

Un cuarto de hora después regresaba Carvajal al comedor trayendo una gran fuente cubierta, la que colocó en el centro de la mesa, diciendo:

– A sazón llegan los postres. Destape vuesamerced.

Martín de Robles levantó la tapa de la fuente, y todos, menos Gonzalo, lanzaron un grito de horror.

Allí estaba sangrienta, casi palpitante, la cabeza del capitán Diego Tinoco.

(Continuará)

NOTICIAS VARIAS

Utilización de la fuerza hidráulica de las cataratas del Niágara. – La historia del aprovechamiento de esta fuerza es ya bastante antigua, y aunque la solución del problema es un hecho desde hace cuarenta años, hasta el presente el éxito no había coronado los esfuerzos de los que querían llevar á la práctica lo que científicamente se había resuelto.

Ahora parece que se trata de proyectos más serios. En efecto; hace poco, la *Niagara Falls Power Company* ha firmado con la *Cataract Construction Company* un contrato en virtud del cual esta última sociedad se obliga á tener construído por todo el año 1891 una instalación por medio de la que se tomará á las cataratas del Niágara una fuerza de 120.000 caballos, que se obtendrá utilizando el 4 por 100 del volumen total del agua caída desde una altura de 40 metros. Para la explotación de esta empresa colosal se ha formado un sindicato que adquirirá una gran superficie de terrenos en los alrededores de las cataratas, en donde se construirán numerosas fábricas que aprovecharán la fuerza motriz de éstas.

Al propio tiempo se proyecta transmitir esta fuerza á la ciudad de Buffalo, que dista de allí 26 kilómetros. Para ello será preciso construir inmensas turbinas y elegir el medio más conveniente para la distribución de la energía. Según las condiciones especiales de la instalación, se escogerá entre los varios sistemas de transmisión existentes, tales como los cables telodinámicos, el aire comprimido, el aire enrarecido, el agua sometida á presión y la transmisión eléctrica. El sindicato ha resuelto abrir un concurso entre los ingenieros y someter las pruebas de este concurso á una comisión científica internacional que constituyen: Sir Guillermo Thomson, presidente; el profesor Mascart, director de la Oficina central meteorológica de París; el coronel Turrettini, antiguo director de los trabajos del San Gotardo y director de la Compañía de utilización de las fuerzas motrices del Ródano en Ginebra; el doctor Coleman Sellers, profesor de mecánica del *Stevens Institute* y del *Franklin Institute*, y el profesor W. C. Unwin, de Londres, secretario.

Tendremos, pues, en breve un gran ejemplo de transmisión de energía á poca distancia: el problema consistirá luego en extender esta distancia de transmisión á fin de conocer la distancia máxima en que la distribución deja de ser económica. Sería interesante establecer distintos sistemas de distribución para surtir de fuerza á varios puntos con el fin de poder comparar con datos numéricos el precio á que resultan la instalación y la explotación

Según un cálculo de Barret, el caudal de agua que se precipita por la catarata desde una altura de setenta ú ochenta metros es de 550.000 metros cúbicos por minuto, y según una apreciación recientemente hecha por Ayrton la energía de la catarata es igual á la que se obtendría con el conjunto de máquinas de vapor que consumieran 150 000 millones de kilogramos de carbón. Para que se comprenda la enormidad de esta cifra y para formarse idea de lo que aquella energía significa, bastará saber que el consumo de carbón para la producción de fuerza en todo el mundo no pasa de 200.000 millones de kilogramos anuales.

Producción de madera en los Estados Unidos. – Ignoramos hasta qué punto son exactas las siguientes cifras, que tomadas de una memoria presentada por Mr. Little al presidente de la cámara de comercio de Montreal publica el *Monitor del Comercio* de esa ciudad y que á título de curiosidad interesante reproducimos.

«He manifestado ya – dice Mr. Little – que la producción anual de madera para aserrar de los Estados Unidos llenaría un tren de 40.000 kilómetros de longitud, es decir una línea suficiente para dar la vuelta al mundo; pero esta madera para aserrar no es más que una pequeña parte del producto de los bosques norte-americanos, puesto que hay otras varias clases de maderas que sirven también de flete.

Juntando las maderas que se emplean para los ferrocarriles, para las minas, para la exportación, etc, llegaríamos á un tren de 100.000 kilómetros de largo, y si á todas ellas añadíamos las maderas destinadas á combustible, la longitud del tren resultaría ser de 463.000 kilómetros, distancia superior á la que separa á la tierra de la luna.

El peso del tren de 40.000 kilómetros de longitud se elevaría á 500 millones de toneladas.

El total de la madera manipulada anualmente por los obreros americanos demuestra cuán potente es el hacha en manos de los leñadores, que causan con ella más estragos que el fuego, las inundaciones y las tempestades.»

SECCIÓN CIENTÍFICA

EL DIAGRAMÓMETRO DEL CORONEL KOZLOFF

El *diagramómetro* es un aparato de medición que permite calcular rápidamente por medio de la gravedad todos los elementos de un diagrama ó de una curva. El modelo actual, representado en la fig. 1, es sólo un primer ensayo que demuestra todo el partido que podrá sacarse de instrumentos más especiales adaptados á las diversas necesidades de los calculistas: en un porvenir no lejano será indudablemente el *instrumento universal de cálculo* para el ingeniero, el físico, el químico, el mineralogista, el médico, el meteorologista, el agrónomo, el banquero, el industrial, el contador y el comerciante.

Difiere este aparato de todos los instrumentos de

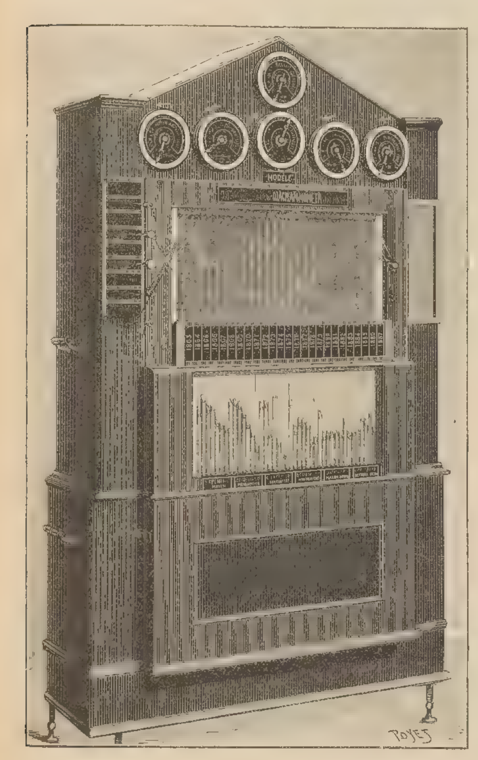


Fig. 1. – El diagramómetro del coronel Kozloff

cálculo hasta el presente conocidos, en que permite resolver simultáneamente un gran número de problemas y en que funciona por efecto de la gravedad. Hasta ahora apenas se conocían dos ó tres aparatos de este género, imitaciones de la *Balanza aritmética* de Cassini, descrita en el *Recueil des machines de l'Académie des sciences de Paris* (tomo I, 1699) y de la *Balanza* de M. Lalanne, senador, inspector general de puentes y calzadas. En el mismo orden de ideas podemos también señalar el puente levadizo, según el sistema del general Poncelet, que se encuentra en el monte Valeriano.

El *diagramógrafo* es un cuadro situado en un plano vertical, representado en la parte baja de la fig. 1, en el que hay trazadas líneas verticales y horizontales equidistantes. Delante de él encuéntranse unas correderas dispuestas verticalmente que se puede hacer subir ó bajar á voluntad. De este modo se puede figurar un diagrama, una curva cualquiera conforme al sistema de las coordinadas de la geometría analítica de Descartes.

Las correderas están numeradas horizontalmente de izquierda á derecha y representan las abscisas; las diferentes alturas de las correderas con relación á una horizontal cualquiera representan las ordenadas. Se puede, pues, figurar instantáneamente un diagrama correspondiente á un cuadro de cifras y producir de esta suerte gráficos de toda clase. Tomando como abscisas el tiempo medido en minutos y segundos, las ordenadas pueden figurar la trayectoria de un proyectil, las particularidades del movimiento de los órganos de las máquinas, las dilataciones y las temperaturas y, en general, todos los fenómenos que son funciones del tiempo. Tomando como abscisas las horas del día, las ordenadas pueden representar la temperatura, la presión barométrica, el estado higrométrico, la velocidad del viento, el pulso y la temperatura de los enfermos, etc., etc. Si se toman como abscisas los días de cada mes, los meses del año, los años de un siglo, las ordenadas pueden representar los cambios de la bolsa y de los valores fiduciarios, los ingresos y gastos de un comerciante, los diversos presupuestos de los Estados y de las ciudades, las temperaturas y las presiones medias, el producto y los precios de las cosechas, los resultados de la estadística, de los nacimientos y defunciones, etc. En una palabra, el *diagramógrafo* permite representar instantáneamente de una manera visible y evidente los resultados de un cuadro de cifras, el estudio de los fenómenos de las ciencias de observación y de los trabajos de la estadística: es el *fenomenógrafo* por excelencia, el verdadero mostrador de fenómenos. Pero esta parte es independiente del resto del aparato, y puede, en caso necesario, ser separada de él.

Un poco más abajo de la parte central de la fig. 1 se ve otro diagramógrafo en el que las correderas están reemplazadas por hilos verticales, á lo largo de los cuales se deslizan unos anillos ó cursores: un cordón de color pasa al través de todos los anillos, y levantando ó bajando éstos se figura un diagrama con el cordón tirado en sus dos extremos por tambores con resorte, estando el aparato dispuesto de tal suerte que se pueden representar á la vez cinco diagramas por medio de cordones de distintos colores. Pero basta con mostrar uno solo de estos diagramas.

A cada uno de los anillos del diagrama corresponde una cadena vertical (fig. 2), enganchada á la cruz de una balanza: cuando se levanta en una longitud determinada el anillo móvil, el extremo inferior de la cadena asciende en una cantidad complementaria y no pesa sobre la cruz más que en un peso proporcional á la longitud figurada por la ordenada. De aquí que si en el aparato se representa un diagrama, el peso efectivo de las cadenas permite determinar la media aritmética de las ordenadas. Otras palancas sostienen también unas cadenas unidas por medio de hilos á los anillos de un mismo diagrama, y el movimiento del anillo produce diversas disposiciones de las cadenas.

Unos cuadrantes llamados *medidores* están representados en lo alto de la fig. 1, y son, de izquierda á derecha: 1.°, término medio; 2.°, probabilidad; 3.°, intensidad; 4.°, máximo medio; y 5.°, movimiento probable. Encima hay un sexto cuadrante, el *resumen general*. El cuadrante 3 mide la longitud del diagrama por medio de un tambor. Para servirse de los demás se hace mover el puño de la aguja grande de manera que quede horizontal la pequeña aguja inferior, y entonces se lee en centésimos: 1.°, la media aritmética de todas las ordenadas; 2.°, la media aritmética de la desviación de cada una de las ordenadas con el valor medio; 3.°, la media aritmética de las ordenadas superiores á la media; 4.°, la probabilidad del movimiento ascendente ó descendente de la ordenada; y 5.°, finalmente, el resumen general permite reunir en una sola media los resultados indicados por los otros medidores afectándolos con coeficientes variables.

Los principios y los detalles de construcción de este aparato son en extremo ingeniosos y han recibido la alta aprobación de M. Marey, miembro del Instituto, que ha proporcionado al autor extensiones del aparato para el espacio de tres dimensiones y dado el nombre del nuevo aparato *stereogramómetro*. M. Marcel Deprez, miembro del Instituto, se ha acordado de sus trabajos originales sobre los integradores y sobre las aplicaciones de la mecánica y de la física á toda clase de cálculos, y ha felicitado al inventor. MM. Gariel, Cheysson, ingenieros jefes de puentes y calzadas; los coroneles Lanssedat, Manheim, Quinemant; MM. Matrot, ingeniero jefe de minas, Guieysse, Janet, Lemoine, Masson, Campion, etcétera, ingenieros, han aprobado las diversas aplicaciones del aparato y lo propio ha hecho el Dr. Bertillón, jefe de los trabajos de la estadística municipal.

El diagramómetro ha estado expuesto en el Conservatorio durante el mes de julio, y será presentado á los miembros del Congreso de Limoges por la *Association francaise pour l' Avancement des sciences*, después de lo cual el coronel Kozloff regresará al Cáucaso para perfeccionar sus aparatos y darles su forma definitiva. Allí encontrará el recuerdo de su antepasado Prometeo, que fué castigado con atroz suplicio por haber querido arrebatar el secreto de los dioses y robar el fuego del cielo. ¡Bella y poética imagen del inventor cuyo cerebro se ve devorado por ideas sin cesar renacientes y siempre nuevas!

EDUARDO LUCAS

* * *

EL NARVAL Y EL UNICORNIO DE LOS ANTIGUOS

En algunos blasones, y especialmente en las armas reales de Inglaterra, se ve figurar la imagen de un animal fantástico, del cual se habla á menudo en los escritos de los autores antiguos y que ha puesto á prueba la sagacidad de los comentaristas. Nos referimos al *unicornio*, representado en forma de un caballo cuya frente está adornada con un largo cuerno en espiral. Opinan algunos autores que la idea de este sér extravagante ha sido sugerida por la vista de un antílope oryx colocado de perfil, de manera que sus cuernos aparecieran sobrepuestos. Creen otros que el unicornio no es sino un rinoceronte cuyo apéndice nasal fué notablemente exagerado por la imaginación de los antiguos viajeros. Es muy probable que ambas versiones encierren un fondo de verdad. En efecto, nada se opone á que el *Oryx* que de pasada menciona Aristóteles en su *Historia de los animales* y al que atribuye un cuerno único, sea una especie de antílope del género de los que los naturalistas modernos designan todavía con el nombre de *Oryx*. Estos antílopes, ó por lo menos los de la especie llamada *Oryx beisa*, que habita en el Nordeste de Africa, eran tan bien conocidos de los antiguos egipcios, que se les ve representados en las escenas de caza que adornan las tumbas de los Faraones; su existencia no podía, pues, ser ignorada de los griegos del tiempo de Aristóteles, que mantenían con aquéllos frecuentes relaciones.

Por otra parte, diga de ello lo que quiera Bochart (1), parece fuera de toda duda que el asno de la India, citado por Aristóteles al mismo tiempo que el oryx, y que después ha sido considerado como el *Monoceros* ó el *Unicornio* por excelencia, no es otra cosa que el rinoceronte, que en ningún capítulo de la *Historia de los animales* aparece mencionado con su actual nombre. Sería, en efecto, muy extraño que el gran naturalista griego no hubiese oído hablar del rinoceronte de la India, él que, gracias á la munificencia del rey de Macedonia, tenía en Asia, al decir de Plinio, gran número de viajeros encargados de observar los animales y las plantas y de recoger los ejemplares de unos y otros destinados á sus estudios. Por otro lado, en los escritos de Ctesias de Cnido, de los cuales tomó Aristóteles una porción de datos sin tener, empero, gran confianza en su exactitud, se encuentra una descripción del asno de la India, que, sin convenir en su conjunto al rinoceronte, contiene ciertos rasgos que se adaptan muy bien á esta especie. Así Ctesias, que al parecer sólo vió un astrágalo y un cuerno de un asno de la India, dice que con cuerpos de este género se fabrican vasos que preservan á los que en ellos beben de convulsiones, ataques de epilepsia y tentativas de envenenamiento. En nuestros días, todavía en muchos países de Oriente se atribuyen precisamente las mismas virtudes á las copas fabricadas con cuernos de rinoceronte ahuecados y artísticamente cincelados.

Plinio, es cierto, menciona más tarde como dos especies distintas al unicornio y al rinoceronte, que empezaba á ser bien conocido de los romanos desde que había aparecido en los juegos del circo; pero es evidente que, como su predecesor Aristóteles, el naturalista latino tomó datos principalmente de los escritos de Ctesias. Sin embargo, en su descripción del unicornio introdujo algunas modificaciones que la hacen más especialmente aplicable al rinoceronte: así, no presentó á aquel animal como á un asno, un solípedo, sino que le dió forma de caballo, cabeza de ciervo con un cuerno en mitad de la frente, pies de elefante y cola de jabalí. Por el contrario, otros autores más recientes, engañados por la expresión del asno de la India empleada por Aristóteles, han confundido á ese animal con el onagro, y de este modo se ha ido poco á poco fijando la forma equina del unicornio.

Pero todo esto no explica cómo el cuerno pirami-

(1) *Hierozoicon*, lib. III, cap. XXVI.

dal y ligeramente encorvado del rinoceronte ha podido transformarse en esta larga defensa recta y adornada con espirales que sale de la frente del animal heráldico; para explicarlo hay que hacer intervenir en ello elementos tomados, sea de los antílopes del género Oryx, sea de un animal marino ó narval que posee una defensa larga y en espiral como la del unicornio.

El narval *(Monodon monoceros)* es un cetáceo de gran tamaño que mide 4, 5 y aun 6 metros y medio de largo en la edad adulta y que ofrece afinidades con el beluga *(Beluga catodon* ó *Delphinopterus leucas)* de la familia de los delfínidos: tiene el cuerpo alongado, grueso por delante, atenuado por detrás y terminado por este lado en una aleta caudal ancha y profundamente escotada, pero carece de aleta dorsal, que sólo está representada en él por una arruga cutánea irregularmente dentada. Las aletas pectorales son redondas en su borde inferior y relativamente poco desarrolladas, de tal suerte, que han de obrar más bien como balancines que como órganos de propulsión. El cuello es muy corto y grueso, y la cabeza, de forma globulosa y con los aventadores abiertos en la cara superior del cráneo, está cubierta, como el cuerpo, de una piel blanda y lustrosa de color variable. Casi siempre los adultos son de color blanco amarillento con manchas pardas ó negruzcas alongadas é irregulares que confluyen en la cabeza y son siempre mucho más numerosas en las hembras que en los machos. Los jóvenes, por el contrario, son de un gris azulado ó pizarreño casi uniforme, y los individuos de media edad ofrecen tintes más obscuros que los adultos.

El carácter más notable de la especie consiste en la presencia en el macho de una defensa que á veces alcanza una longitud de 2 metros con una circunferencia de 18 centímetros en la base. Esta defensa, absolutamente recta y gradualmente afilada, lleva un cordón saliente arrollado en espiral cuyas vueltas disminuyen y tienden á desaparecer hacia la punta. En su extremo, este diente es limpio y blanco, al paso que en el resto de su longitud está manchado por una capa grasienta de color pardusco: á pesar de cuanto en contra se ha dicho, es evidente que siempre está implantado únicamente en el maxilar, de tal suerte que hay que considerarlo más bien como un canino que como un incisivo. Siempre se desarrolla en el lado izquierdo de la mandíbula, estando sólo representado en el otro por una pequeña prominencia en espiral. En algunos casos, no obstante, el diente de la parte derecha adquiere tanto desarrollo como el de la izquierda, y entonces el animal se encuentra provisto de dos defensas paralelas. Mr. Brown ha podido examinar en Groelandia muchos individuos que presentan esta anomalía aparente, que no es, en realidad, otra cosa que la vuelta á un tipo normal de dentición, y M. J. W. Clark ha descrito hace unos veinte años el esqueleto de un narval así conformado, que fué cedido por M. Reinhardt de Copenhague al Museo de Cambridge (1). Nada de esto existe en la hembra del *Monodon monoceros*, en la que la defensa del lado izquierdo está tan atrofiada como la correspondiente al lado derecho. En cuanto á los demás dientes hay absoluta ausencia de ellos y su lugar no está indicado en las mandíbulas más que por impresiones transversales.

Se ha pretendido que el narval se servía de su defensa como de un arpón para coger su presa y llevarla á la boca; pero si así fuese, si realmente el animal se viese obligado á alimentarse por este extraño procedimiento, la hembra, que está desprovista de ese diente, se vería fatalmente condenada á perecer de hambre. Casi la misma inverosimilitud existe en la opinión expresada por Fabricius, que considera la defensa del narval como un pico con el cual el cetáceo rompe el hielo y mantiene abiertos durante el invierno los agujeros por donde sale á respirar en compañía de otros animales de su especie. Y decimos que hay inverosimilitud en esto, porque si bien parece fuera de toda duda, como dice Mr. Brown, que tales orificios existen en los campos de hielo y que los narvales y belugas acuden á centenares á ellos para respirar con avidez el aire tan necesario para sus pulmones, nada, en cambio, demuestra que estos respiraderos sean obra de los narvales. Por el contrario, todo hace creer que el diente del *Monodon monoceros* es un arma ofensiva y defensiva, una verdadera lanza con la cual el narval atraviesa á sus rivales y se opone, quizás, también á las acometidas de los demás cetáceos, de las focas y de los osos blancos. Entre los individuos que se cogen de la clase que nos ocupa, los hay, en efecto, en gran número que tienen la defensa rota más ó menos cerca de la cabeza, y míster Brown pretende que á veces se encuentran algunos de estos dientes rotos que llevan hincada la punta de otro diente que penetró cerca de la base en un punto en donde el tejido era poco resistente. En apoyo de esta hipótesis, puede citarse también el hecho de que entre los mamíferos terrestres no es raro ver en el macho un desarrollo extraordinario de los caninos, observándose esto especialmente en los gameznos y en los cervatillos, cuyos machos llevan verdaderas defensas, con las cuales se infieren profundas heridas en las encarnizadas luchas que, durante la primavera, sostienen con los individuos de su raza.

(1) R. Brown: *Notes on the History and geographical Relations of the Cetacea frequenting Davis Straits and Baffin 's Bay, Proceed. zool. Soc. Lond.* 1868, pág. 562. -J. W. Clark, *On the Skeleton of á Narwhal with two fully developped tusks.* Idem, 1871, pág. 42.

Fig. 2. – Mecanismo interior del diagramómetro

Sin embargo, en tiempos ordinarios los narvales son animales mansos y sociables que viven en buena armonía con sus semejantes. En determinadas épocas se reunen en grupos sumamente numerosos que realizan emigraciones regulares.

A pesar de lo que los antiguos autores afirman, los narvales son animales activos y ágiles con tal que tengan espacio suficiente para sus evoluciones: con un simple coletazo pueden cambiar bruscamente de dirección, y una vez heridos arrastran á menudo el arpón á una profundidad de 30 ó 40 brazas. Su alimento se compone de peces, á veces muy voluminosos, que arrollan con su lengua á fin de poderlos tragar, y cuyas espinas aparecen luego clavadas en su estómago con restos de crustáceos y de calamares.

Actualmente tienen estos cetáceos casi la misma distribución geográfica que los belugas, y sólo se encuentran en el estrecho de Davis, en la bahía de Baffiro y en el mar Glacial. Nordenskiold dice (2) que los pescadores noruegos no los ven ya en las costas de Nueva Zembla, pero que de cuando en cuando se les divisa en grupos numerosos entre esta tierra y el Spitzberg. En verano los narvales se remontan muy lejos hacia el polo, al paso que en la primavera y en el invierno frecuentan las costas de Groelandia, pero aun en la estación fría raras veces descienden al Sur del grado 69 de latitud. De dos siglos á esta parte apenas pueden citarse tres ó cuatro apariciones de estos animales en el mar del Norte, alrededor de las Shetland, en los alrededores de Boston, en el condado de Lincoln, en Inglaterra y en las costas de Alemania. No sucedía lo mismo en otro tiempo, y en el siglo XIII visitaban probablemente los mares occidentales de Europa, puesto que de ellos se habla en los escritos de Alberto Magno, que erróneamente los consideraba como peces muy peligrosos, pero por fortuna tardíos en sus movimientos. En época todavía más remota, en el último siglo antes de la era cristiana, los narvales aparecían con las ballenas en las costas de España: así resulta del testimonio de Estrabón, que designa á esta especie de cetáceos con el nombre de *unicornio marino.*

Se ve, pues, que los antiguos establecían una asimilación entre el narval y el unicornio, lo cual explica claramente por qué poco á poco nació la confusión entre el animal marino y el terrestre: algunos atributos del primero fueron aplicados al segundo, hasta que al fin nació la idea de plantar la larga defensa del cetáceo en la frente del unicornio transformado en caballo.

La causa de la desaparición gradual del *Monodon monoceros* de las regiones templadas de Europa es la misma que la que ha provocado la extinción paulatina de las ballenas y su retirada al Norte, á saber: la persecución demasiado activa de que han sido víctimas estos animales. En efecto, en otro tiempo los dientes de narval eran muy buscados, porque se les atribuía, como aún les atribuyen los chinos, toda clase de virtudes medicinales que aparecen enumeradas en las antiguas farmacopeas y especialmente en la *Histoire complète des drogues* del maestro Pomet. Utilizábanse también para fabricar objetos preciosos.

Los groelandeses tienen en grande estima la carne de narval, que comen cocida ó seca, y sobre todo la piel, que hervida ó reducida á gelatina constituye para ellos una verdadera golosina. Los tendones del mismo animal producen un hilo muy resistente; los intestinos sirven para confeccionar vejigas que se colocan en diferentes aparatos de pesca, y las partes grasas dan un aceite excelente para el alumbrado. La variedad de los productos que se obtienen del narval explica suficientemente el encarnizamiento con que los pueblos del Norte persiguen á esta especie de cetáceos.

(De La Nature)

(2) Viaje de la *Vega.*



TODA UNA JUVENTUD

POR

FRANCISCO COPEE

Ilustraciones de Emilio Bayard - Grabado de Huyot

(CONTINUACIÓN)

IX

Ahora Amadeo no tiene ya familia

Al día siguiente de la muerte de su padre ha roto violentamente con su único pariente M. Isidoro Gaufre, porque el explota-santos, bajo pretexto de que el suicidio le causaba horror, ha dejado conducir al cementerio en un coche fúnebre de sexta clase al marido de su propia sobrina, y no ha honrado con su presencia el triste convoy que no podía ir acompañado del clero parroquial, lo cual no ha impedido al santo hombre el devorar en el almuerzo de aquel mismo día, tronando contra los progresos del materialismo, unos callos al estilo de Caen, obra maestra hebdomadaria de Berenice.

Amadeo no tiene ya familia, y sus amigos se han dispersado.

En recompensa de los dos exámenes de Derecho, que para Mauricio casi han sido cosa de juego, la señora Roger ha obsequiado á su hijo con un viaje á Italia, y acaban de partir juntos.

Respecto á los Gerard, ¡pobres gentes!, precisamente un mes después de la muerte de M. Violette, el viejo grabador ha sucumbido á un ataque de apoplejía fulminante, cayendo herido de muerte sobre la plancha que grababa. Aquel día no se habrían encontrado ni cincuenta francos en el cajón de su cómoda. Alrededor de la fosa abierta en que fué enterrado el obscuro y honrado artista no hubo más que un grupo negro de tres mujeres que lloraban, Amadeo vestido de luto y una docena de antiguos camaradas de Gerard, viejos artistas de sombrero puntiagudo y encanecidas melenas románticas. Fué necesario vender en seguida, para reunir algún dinero, los pocos diseños que quedaban en los cartones, los pocos cuadros, regalos de amigos que se habían hecho célebres, los últimos y escasos objetos de arte, y en fin, todo el pobre tesoro que adornaba la casa. Luego, la mamá Gerard, con objeto de que su hija mayor estuviese menos lejos de sus lecciones, se fué á vivir á lo alto de la calle de San Pedro, en Montmartre, en donde encontró un pequeño cuarto bajo, no muy caro, con un jardín tan grande como un pañuelo de hierbas.

Amadeo, reducido á sus ciento veinticinco francos mensuales, tuvo también que dejar el cuarto demasiado caro de la calle de Nuestra Señora de los Campos, y vender la mayor parte del mobiliario, no conservando más que sus libros y lo preciso para amueblar un cuartito en una casa vieja del arrabal de Santiago. Estaba muy lejos de Montmartre y de la calle de San Pedro, y con gran disgusto por su parte, no podía ver con la frecuencia que hubiera deseado á aquellas amigas que por la comunidad del dolor hacíansele más queridas que nunca.

Sólo le quedaba un consuelo: el trabajo literario, al que se entregó con encarnizamiento para adormecer su pena con el maravilloso opio de la poesía y del ensueño. Además comenzaba á entrever su camino y sentía que le era posible decir algo nuevo. Desde hacía mucho tiempo había quemado sus primeros versos, imitaciones desgraciadas, de los maestros en boga, y su drama, en el que los dos amantes cantaban sobre el césped un dúo apasionado. Volvió á la verdad y á la sencillez por el camino de los escolares, que es el más largo. El gusto y la necesidad obligáronle á la vez á expresar sinceramente lo que tenía delante de los ojos, á apropiarse lo que podía haber de humilde ideal entre las pobres gentes, en medio de las cuales había vivido, y en los paisajes de los alrededores de París, en donde había pasado su infancia: en una palabra, tomó á la naturaleza por su maestra.

Probó, sintió que lograba su objeto, y vivió las más bellas y dulces horas de su existencia, en las que el artista, dueño de su expresión, y teniendo todavía la abundancia y vivacidad de sensaciones de la juventud, escribe la primera obra que reconoce como buena, y la escribe con entero desinterés, sin pensar en que otros han de verla; trabajando para él solo, por la sola alegría de producir y esparcir fuera de él todos sus recuerdos, toda su fantasía y todo su corazón. Instantes de puro entusiasmo y de perfecta dicha que no volverá á encontrar, cuando haya mordido el fruto sabroso del éxito y cuando se halle calenturiento por el deseo de gloria. ¡Horas deliciosas! ¡Horas sagradas, que sólo pueden compararse á la embriaguez del primer amor!

Durante los meses de invierno que siguieron á la muerte de su padre, Amadeo trabajó valerosamente. Se levantaba á las seis de la mañana, encendía su lámpara y la estufita de loza, estufa de lavandera, que calentaba su habitación; y paseando por ésta, ó bien encorvado ante unas cuartillas de papel en blanco, el poeta comenzaba vigorosamente su lucha con las imágenes, palabras é ideas. A las nueve salía, se desayunaba en una lechería próxima é iba á su oficina. Después de emborronar allí fastidiosos papelotes, quedábanle dos ó tres horas, en las que no hacía nada, pero que empleaba en leer y en tomar notas de los libros que se proporcionaba en un gabinete de lectura de la calle Royer-Collard; pues pronto comprendió que el que sale del colegio es tan ignorante que sólo conoce la necesidad de aprender. Al caer la noche salía como escapado del ministerio, volvía á su arrabal por los boulevares de los Inválidos y de Montparnasse, que en aquella época estaban plantados de olmos seculares que algunas veces se iluminaban á intervalos, cuando el encargado de encender los faroles, armado de su lanza, hacía que éstos alumbrasen, enviando reflejos y rayos de luz á los esqueletos de los árboles deshojados. Este paseo que Amadeo se imponía por higiene, conducíale á las seis al fondo de la lechería situada enfrente del Val-de-Grace, en donde hacía una comida de artesano. Luego subía á su granero de versos, encendía la lámpara y la estufa y... ¡á trabajar con ardor hasta media noche! Este esfuerzo caluroso, continuo, esta tensión de la voluntad, conservaban á su espíritu el vigor y la excitación indispensables á la producción poética. Su pensamiento, sin cesar exprimido, hallábase preparado para recibir los gérmenes que sopla el viento misterioso de la inspiración; y en algunos instantes, estupefacto, viendo correr su pluma tan rápidamente sobre el papel, se detenía lleno de inefable orgullo por haber reducido así á su obediencia á la palabra y al ritmo. Preguntábase qué poder sobrenatural le permitía encantar á esos dos feroces y divinos pájaros.

El domingo hacíase traer algo de comer por la portera de la casa, pensaba todo el día y no salía hasta las cinco de la tarde para ir á comer en casa de la mamá Gerard. Era la única distracción que se permitía, ó por mejor decir, la sola recompensa. Atravesaba á pie todo París, compraba un pastel en la calle de Fontaine para los postres; después subía sin cansancio, merced á sus piernas de veinte años, por las callejuelas escarpadas y solitarias del alto de Montmartre,

alumbradas entonces por reverberos que se bajaban y subían por medio de poleas y en las que podría uno creerse relegado á un rincón de provincia.

Le esperaban para poner la sopa en la mesa, y el joven, vestido de negro, se sentaba entre la viuda y las dos huérfanas.

¡Ay! ¡Qué austera es ahora la vida de estas pobres mujeres! Damourette, el antiguo premiado de Roma, miembro del Instituto, acordándose de que en otro tiempo había sido compañero de obrador de Gerard, ha obtenido para su viuda un socorro anual de la dirección de Bellas Artes; una limosna que no alcanza ni para pagar el alquiler del cuarto. Afortunadamente la buena Luisa, que tiene ya aspecto de mujer provecta, de veintitrés años, recorre la ciudad todo el día, con su rollo de papeles de música debajo de su pañuelo de luto. Tiene muchas lecciones, y más de veinte casas en París se han hecho inhabitables por causa de jovencitas de manos encarnadas que las hacen temblar con sus escalas cromáticas.

Lo que gana Luisa constituye hoy día la base de existencia de la familia. No hay paradoja más extraña que la vida social en las grandes ciudades, en las que *El último pensamiento de Weber* puede proporcionar el precio de un pan de cuatro libras, y se paga la cuenta de la tienda de comestibles con el producto del *Minué de Boccherini*.

A pesar de todo, nada hay que despilfarrar en casa de las Gerard, y María también ha querido ser útil y ayudar á su madre y hermana. Siempre ha demostrado grandes aptitudes para el dibujo, y su padre la dió lecciones. Ahora va á trabajar al Louvre, y se ejercita en copiar cuadros de Chardín y Latour. Va sola, lo cual es algo imprudente, siendo tan bonita; pero Luisa no tiene tiempo para acompañarla, y mamá Gerard se ve obligada á permanecer en casa para hacer la limpieza y guisar. Así, pues, la presencia de María en el Museo ha turbado el corazón de bastantes jóvenes principiantes, y se notan casos de tristeza persistente y de pérdida de apetito en el estudio de Flandrin. Dos discípulos de Signol, que se han sorprendido mutuamente haciendo la rueda á la linda copista, se odian en secreto como rivales, y abrigan proyectos de duelo á la americana.

Decir que á María no le halaga ni poco ni mucho el ver á estos jóvenes admiradores vagar tímida y respetuosamente en torno suyo; pretender que si ella se quita el sombrero colocándole sobre el montante de un caballete es únicamente porque el calorífero la produce jaqueca, y no para enseñar sus hermosos cabellos, sería mentir como un programa electoral. Sin embargo, la pequeña continúa seria, os lo aseguro, y los ve venir. Trabaja concienzudamente, hace progresos, y su última copia, que es el retrato de una joven marquesa que tiene sobre las rodillas un pichón adornado con cintas, no está mal, á decir verdad. Precisamente esta copia proporciona un negocio á la gentil artista.

El tío Issacar, el antiguo mercader del muelle de Voltaire, un judío á la antigua usanza, cuya sórdida hopalanda con agremanes produce desmayos á la vista, se acerca un día á María, que dibuja una rosa en la peluca empolvada de la marquesa, y después de haberse quitado su sombrero tan lleno de grasa que bastaría para hacer el rancho de un cuartel, la dice:

«Señorrita, ¿pudría usté fabricarme una dosena de retratos de famiglia?»

La joven no comprende al principio; mas á pesar de su abominable jerigonza, el judío logra explicarse.

En nuestros días todo se compra, hasta la nobleza, y nada es más sencillo con tal de que se posea una cartera suficientemente provista. Mediante el dinero, puede encontrarse en el Vaticano, segundo corredor de la derecha, tercera puerte á la izquierda, un título de conde romano de nuevo cuño. Una agencia heráldica (leed los anuncios) planta y hace crecer un árbol genealógico, bajo cuya sombra podría celebrarse un almuerzo campestre de veinticinco cubiertos. Compráis un castillo con almenas (las almenas son esenciales) en el rincón de una provincia muy reaccionaria; visitáis á los castellanos de los alrededores, llevando por alfiler de corbata una flor de lis de oro, os declaráis legitimista rabioso y clerical feroz, dais comidas y cacerías, y punto concluído: apostamos á que vuestro hijo se casará en el arrabal de San Germán con el vástago de una familia que descenderá auténticamente de los Cruzados.

Sólo que para llevar á cabo esta agradable bufonería, no deben olvidarse ciertos accesorios, principalmente los retratos de vuestros antepasados. Estos deben adornar las paredes del castillo, en donde obsequiáis á los hidalguelos de la comarca. Pero es preciso mucho tacto para confeccionar esta galería de familia. Nada de exageración, créame usted. No hay que remontarse muy alto. No se atribuya usted la fundación de una raza, representada en un caballero cargado de hierro, espantosamente pintado en madera con el escudo de armas en la sobrevesta, no; es preciso partir solamente del tiempo del Verde-Galán: esto es más verosímil. Conténtese usted con ser un caudillo de dinastía á lo Porbus, con la barba gris cayendo sobre una gorguera con muchos canutillos. A propósito, días pasados he visto algo bueno en este género, cerca de la plaza Real, en casa de un revendedor de la antigua calle del Paso de la Mula (había allí un perrito que levantaba la pata precisamente al pasar yo); y usted puede proporcionarse ese ascendiente por quince francos poco más ó menos, regateando algo.

Pero, mejor pensado, no se tome usted ese trabajo; diríjase al especialista, al tío Issacar que, no se asuste usted, vive todavía. En su casa se encuentran magníficos antepasados, y no muy caros, y si usted consiente en no descender más que de sencillos escuderos el precio será insignificante.

No hay que decir que los presidentes de tribunal están casi de balde. Pero si quiere usted la nobleza de espada, ó contar á algún prelado entre sus ascendientes, el precio aumenta, como es natural. No hay otro como el tío Issacar, para dar barato, relativamente, un obispo forrado de armiño, ó un maestre de campo con peluca á Luis XIV, cordón azul y una coraza sobre su casaca encarnada.

En una serie de retratos de familia sienta muy bien un corto número de pinturas al pastel: ¿qué le parece á usted un abate de ojos saltones, ó una señora vieja, pero bastante descotada, ó un capitán de dragones con el casco de piel de tigre? (Si tiene la cruz de San Luis, vale diez francos más.) El tío Issacar, que entiende su negocio, tiene siempre de reserva una treintena de esta clase de retratos, colocados en preciosos marcos de época, fabricados expresamente para él en el arrabal de San Antonio; que han sido enterrados durante quince días y acribillados con perdigones para simular los agujeros de la polilla y darles el indispensable signo de antigüedad.

Comprenderá usted ahora por qué el estimable judío daba por las salas del



Louvre su paseo hebdomadario, y por qué reparó en María que copiaba una encantadora marquesa de Latour. Precisamente entonces le hacían falta marquesas empolvadas, que son muy buscadas como género corriente. Propuso á la joven que se llevara la copia á su casa, y que la reprodujera doce veces al pastel, variando solamente el color del vestido y añadiendo un detalle particular á cada retrato. Así, pues, en el primer retrato la marquesa tendrá en vez de un pichón un recental, en el segundo un perrito, en el tercero un conejito de Indias y así sucesivamente. El rostro puede ser siempre el mismo. Según el tío Issacar todas las marquesas empolvadas se parecen, y era necesario que todas tuvieran dos lunares: uno cerca del ojo derecho y el otro en la parte izquierda del pecho: daba á esto mucha importancia; según su opinión, el lunar es el símbolo del siglo diez y ocho.

El tío Issacar, hombre de equidad, se comprometía á proporcionar todas las cosas necesarias y á pagar quince francos por cada marquesa. Además prometía, si quedaba contento de este primer trabajo, encargar en breve plazo á la joven artista una docena de canonesas de Remiremont y media docena de gendarmes de la Casa Real.

Tendría una satisfacción en que hubieseis ido á casa de las señoras Gerard el día en que María anunció esta buena nueva. Luisa, que volvía de hacer por la ciudad su distribución de semicorcheas, y la pobre mamá Gerard, tenían los ojos llenos de lágrimas.

–¡Cómo, niña mía!, –decía la mamá besando á su hija menor. –¿Tú también vas á contribuir á sostener nuestro puchero?

–¡Vaya, con la hermanita!, –exclamaba Luisa, riendo cordialmente. –Va á ganar más dinero que pesa. ¿Sabes que te tengo envidia, no obstante mi piano y mi arte de adorno? ¡Bendito pastel!... Y esto no mete ruido, ni incomoda á los vecinos. Cuando seas vieja podrás decir: «No he molestado á nadie con mi música.»

Pero María no quería que se chancearan. ¡Ah! ¡Siempre la habían tenido por una muñeca, por una niña mimada que no sabía más que peinarse y componerse! Pues bien: ¡ya verán, ya verán!

Y al domingo siguiente, cuando Amadeo vino á comer, trayendo el consabido pastel, le contaron muchas veces la historia con cien detalles, y le enseñaron las dos primeras marquesas que María había concluído y á las que había puesto lunares tan grandes como bollitos de pan.

(Continuará)

NUESTROS GRABADOS

Venta de un esclavo, cuadro de Veraschagin. —La repugnancia que el inicuo tráfico de carne humana produce sube de punto cuando se trata de infelices niños arrancados violentamente al cuidado de sus padres y entregados á un amo, que sin compasión ninguna procurará desde el primer momento obtener un crecido interés de la *mercancía* adquirida.

Por esto la escena que nos presenta el pintor ruso Veräschagin es en el fondo en extremo antipática; pero esta misma cualidad avalora más la obra; ya que en bellas Artes, como en literatura, tan bien cumplen su noble misión los que nos muestran lo bueno para que sea admirado é imitado, como los que nos enseñan lo malo para que lo maldigamos y evitemos.

Las figuras que componen este cuadro, admirablemente ejecutadas todas, ofrecen, además de sus particulares bellezas, la del contraste que resulta entre la expresión codiciosa del vendedor y del comprador y la inocencia y tranquilidad del pequeño esclavo que todavía no comprende la magnitud de su desgracia y para quien el cambio de amo no significa otra cosa que un variado incidente de su monótoma existencia.

Monumento elevado en Troyes á la memoria de los soldados del departamento del Aube muertos en la guerra de 1870-1871. – El grupo de mármol que corona el monumento es la obra del escultor monsieur Boucher, que con el título «Vencer ó morir» figuró en el Salón de 1887, habiendo sido adquirido por el Estado para contribuir con este donativo á la suscripción que se abrió al objeto de honrar la memoria de los soldados del Aube que perecieron en la guerra franco-prusiana.

El pedestal en que se levanta afecta la forma de una fortaleza de diez metros de altura, y en él están grabados los nombres de aquellas víctimas de la guerra, en número de unos mil: los hermosos bajo-relieves de bronce que lo adornan fueron gratuitamente cincelados por el citado M. Boucher en coloboración de su amigo M. Briden.

El monumento, que se alza en la avenida de la Estación, de Troyes, ha sido inaugurado el día 22 del corriente y es elocuente testimonio del religioso culto que á los muertos del *año terrible* consagra el corazón de las patrióticas poblaciones de la Champagne.

Una calle de Lucerna, cuadro al óleo de don José M. Marqués. – Pintada con la elegancia y la maestría que le son propias, nos ofrece hoy nuestro querido colaborador una nueva prueba de su claro talento y de lo bien que sabe sentir y expresar, amén de otras muchas, las infinitas bellezas que atesora la imcomparable naturaleza helvética. El lago de los Cuatro Cantones, poético como todos los de Suiza, lame con sus aguas algunos barrios de la lindísima capital del cantón de Lucerna, reflejando en su límpida corriente los blancos edificios que á su orilla se levantan. El espectáculo que allí se ofrece al turista no puede ser más encantador, y si el turista es artista de corazón, como Marqués, no puede menos de trasladarlo al lienzo en la seguridad de que por poco que de su parte ponga ha de resultar una obra acabada y de las que desde luego atraen á cuantos la contemplan.

El monumento de Hondschoote, obra del escultor Darocq. – Con grandes fiestas se ha celebrado en Hondschoote la inauguración del monumento erigido en conmemoración de la victoria allí obtenida en 8 de septiembre de 1793 por los heroicos batallones que acudieron al llamamiento de la patria en peligro.

La estatua, obra del célebre escultor M. Darocq, representa á la Victoria blandiendo con la diestra la espada y sosteniendo con la otra mano una bandera.

En la cara principal del zócalo hay escritas estas palabras: «Victoria de Hondschoote, 8 de septiembre de 1793», y en la cara opuesta se lee una sucinta relación de aquella gloriosa jornada.

Apunte de Eugenio Delacroix. – Eugenio Delacroix (1799-1863) fué en su época el jefe de los coloristas franceses: discípulo de Guerin, desde su primera obra, *Dante y Virgilio en los infiernos*, se separó de su maestro y de la escuela clásica para afiliarse á la romántica, en la que produjo obras como *La matanza de Chio*, *La muerte de Sardanápalo*, *La libertad guiando al pueblo*, etc. Además de los cuadros se dedicó á la pintura decorativa, obteniendo un gran triunfo en el decorado del Louvre, del Luxemburgo y de muchas iglesias. Las *Mujeres de Argel* que pintó á su regreso de un viaje á Marruecos es con razón considerada como su mejor obra y causó verdadera sensación.

El apunte que de él publicamos demuestra que además de ser un gran colorista, era un dibujante de primera fuerza, y en él se revela una mano robusta y enérgica y una extraordinaria habilidad para conseguir con pocos trazos un efecto admirable.

El otoño, cuadro de W. Bernatzik. – Casi todos los pintores que reproducen en sus cuadros las estaciones del año hacen de sus obras una alegoría poniendo al lado del espectáculo que en cada una de ellas ofrece la naturaleza alguna figura que con el mismo armonice. El otoño es indudablemente de todas aquéllas la que más dificultades ofrece al artista, porque, desprovisto de los encantos de la primavera y del verano, carece de la imponente desnudez del invierno, y á la par las presenta no menores aquella edad en que el hombre, sin los atractivos de la infancia y de la odolescencia, no se ofrece á nuestros ojos con la venerabilidad que caracteriza á la vejez.

Por esta razón se hace acreedor á mayores elogios quien como Bernatzik ha sabido vencerlas de la manera que puede observarse en el bonito cuadro que reproducimos.

Cruzando el riachuelo, cuadro de Carlos Bergen. – El personaje de Bergen reune todas las condiciones necesarias para que una obra de este género resulte bella: el sitio no puede ser más agradable á la vista, la vegetación sin ser exuberante tiene vida y está pintada con delicadeza, el agua del riachuelo es transparente, la perspectiva, el aire y la luz nada dejan que desear, y como complemento de estos encantos contiene dos figuras colocadas hábilmente y trazadas con gran acierto, que armonizan con el carácter del conjunto y que sin distraer la atención de lo principal contribuyen á dar animación al cuadro por la expresión que en sus rostros y actitudes se refleja.

El rey Enrique VIII de Inglaterra, cuadro de Holbein. – El grabado que reproducimos ha sido hecho con permiso del propietario del cuadro, el conde de Yarborongh, que lo prestó para la Exposición Tudor. El lienzo es un Holbein legítimo, y aunque esta afirmación parece ociosa, no lo es si se tienen en cuenta las muchas falsificaciones que se han atribuído á este insigne pintor y que por la cualidad y combinación de los colores harto claro dicen que datan de medio siglo ó más después de la muerte del pintor de cámara de Enrique VIII. El retrato de éste se considera como uno de los mejores de su autor.

Venta de pescado en las playas holandesas, cuadro de Juan Bartels. – Bartels es uno de los pintores alemanes que con mejor éxito han sabido reproducir las bellezas de colorido que presenta el mar y la grandiosidad de sus horizontes, para lo cual le han valido no poco la corrección con que dibuja y la finura con que ha estudiado las olas en sus menores detalles y en todos sus aspectos. Gracias á todo ello ha llegado á poseer una habilidad técnica extraordinaria para la que no existen dificultades; bien es verdad que tampoco se ha propuesto nunca forzarla para obtener imposibles, lo cual demuestra su mucho talento, ya que en pintura más que en ningún otro arte rige el principio de que la maestría está en saber contenerse dentro de justos límites

La *Venta de pescado en las playas holandesas* justifica la celebridad de que su autor goza en el mundo artístico.

Muerte de Gul-Babá, cuadro de Francisco Eisenhut. – Gul-Babá, nombre que significa «padre de las rosas», fué un gran poeta y un profeta venerado por los musulmanes de Buda, ciudad unida á la de Pesth y germanizada desde 1859: sus profesías le valieron el dictado de santo en todo el orbe musulmano.

El pintor húngaro Eisenhut lo representa en el momento de su muerte, vuelta la faz hacia Oriente y rodeado de un derviche, de su criado y de un discípulo: en el fondo se distingue la ciudad turca de Buda con sus blancas casas y sus esbeltos alminares.

Este cuadro ha alcanzado recientemente un primer premio en la Exposición de Buda-Pesth, y á juzgar por la opinión de cuantos lo vieron y por lo que de él nos permite apreciar el grabado, la recompensa no ha podido ser más merecida.

ADVERTENCIAS

Siendo en gran número los trabajos literarios que recibimos para LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA y en la imposibilidad de contestar á todos los que con ellos nos favorecen, debemos advertir que sólo contestaremos á los autores de los artículos que aceptemos para insertarlos en este periódico.

No se devuelven los originales.

Suplicamos á nuestros corresponsales y suscriptores, especialmente á los de América, nos remitan cuantas fotografías de monumentos, obras artísticas, etc., consideren propias para ser publicadas en la ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, acompañándolas de los datos explicativos necesarios. En caso de que sean admitidas, tendremos el gusto de consignar, al confirmarlas en las columnas de nuestra publicación, el nombre de la persona que nos haya honrado con el envío de las mismas.

Asimismo agradeceremos la remisión de todas las noticias que tengan verdadero interés artístico ó literario.



MUERTE DE GUL-BABA, cuadro de Francisco Eisenhut

ADVERTENCIA.- Cumpliendo lo ofrecido en el prospecto de esta nueva serie de la BIBLIOTECA UNIVERSAL, con el presente núm. 453 de la ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA repartimos el primer tomo de las obras con que se inaugura aquélla, y que, como se observará, es una nueva prueba de los esfuerzos que venimos haciendo por continuar mereciendo el apoyo del público. Dicho tomo elegantemente encuadernado es el primero de la notable HISTORIA DE LOS GRIEGOS, escrita por V. Duruy. El suscriptor á cuyas manos no llegare, deberá reclamarlo al respectivo corresponsal de la casa ó repartidor.

LOS EDITORES

La Ilustracion Artística

Año IX — Barcelona 8 de septiembre de 1890 — Núm. 454



EL MERCADO DE FLORES EN PARÍS, cuadro de A. Lonza

SUMARIO

ELEONORA DUSE

La eminente actriz que con su portentoso genio conmovió ha poco nuestras almas y despertó delirante entusiasmo en el público de Barcelona, hállase de nuevo entre nosotros tras una ausencia corta, si la medimos con el compás del tiempo, pero penosamente larga cuando la apreciamos por la fuerza del sentimiento con que vimos partir á la incomparable artista y por el deseo vehementísimo con que hemos esperado su regreso.

La ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, que en otra ocasión honró sus columnas con el retrato y algunos apuntes biográficos de Eleonora Duse, ha querido rendir nuevo tributo de admiración á la que hoy por hoy puede considerarse como la primera de las artistas dramáticas, y para acompañar dignamente la lámina que en el presente número publicamos acudió al distinguido crítico y erudito y castizo escritor D. José Yxart en demanda de uno de esos artículos que tan justa como extendida fama le han conquistado.

Pero el artículo que con tanto empeño de él solicitábamos estaba ya hecho y había ya aparecido en el último de esa serie de deleitosos volúmenes que con tan extraordinario como merecido éxito viene periódicamente publicando el Sr. Yxart y que han llegado á ser una verdadera necesidad para los amantes de la literatura y para cuantos se interesan por el movimiento literario y artístico, cada día creciente, de nuestra capital. En efecto, *El Año pasado* que se ha publicado recientemente contiene un primoroso y concienzudo estudio de Eleonora Duse tal como nosotros lo deseábamos, en vista de lo cual hemos solicitado y obtenido del Sr. Yxart, y por tan señalado favor le damos las más expresivas gracias, autorización para reproducir los principales párrafos del citado artículo que á continuación transcribimos:

«De Eleonora Duse, únicamente sabíamos aquí que algunos periódicos extranjeros la habían llamado la *Sarah Bernhardt italiana*. Tal vez esto, ayudado de otras circunstancias transitorias, contribuyó á que la noche del estreno no gustara á todos. El selecto público perdió de pronto una ilusión; la Duse no se parecía en nada absolutamente á la actriz francesa, como no fuese en que era delgada y de talle esbelto, y se volvía de vez en cuando para que las señoras examinaran á placer la rozagante cola del vestido. Fuera de esto, aunque la artista, en las principales escenas de *Fedora*, mostró, si no el mismo vigor, la propia maestría y talento que en las sucesivas representaciones, cundió aquella primera noche el desencanto, y aun hubo muchos que dieron por fracasado el éxito de la actriz entre nosotros. Pero ¡oh caso... iba á decir singular, cuando advierto que, según mis memorias, tiene varios precedentes! El caso fué que, á la siguiente representación, en *La Dama de las camelias*, toma la Duse el desquite y triunfa de pronto produciendo unánime, sincero y arrebatado entusiasmo. Nadie comprende, nadie se explica ya el fracaso de la víspera; cada uno de los espectadores se convierte en reclamo vivo y parlero, que extiende á los cuatro puntos de la ciudad la fama de la Duse, celebrándola como artista eminente y aun, para algunos, como la mejor que hemos visto. Esta fué la voz general, salvo las excepciones de que he de hablar luego. Y desde aquella noche, no sólo quedaron asegurados como quiera el éxito de la empresa y la reputación de la actriz, sino que de mucho tiempo acá no habíamos visto otra compañía italiana favorecida del público con tal constancia. . . . .

. . . .

Pero iba diciendo que el éxito de la insigne artista italiana fué tal, que ha de recordarse por mucho tiempo. Eleonora Duse, tiene extraordinario encanto; *ángel*, lo que se llama *ángel*; su atractivo es tanto más singular cuanto que, en cierto modo, resulta inexplicable con las frases consagradas por el uso; diré más: cuanto que la actriz parece, en la mayoría de las ocasiones, indiferente y displicente, con cierta displicencia dolorida y triste que se refleja en su rostro; diré más todavía: cuanto que son y serán ciertos muchos de los reparos que sugirió á los que guardaron oculta ó explícita la impresión desfavorable de la primera noche.

¿Quiere el lector que empecemos por estos reparos? Eleonora Duse, – se ha dicho, - recita con cierta monotonía en algunos pasajes á los cuales no presta atención; dice entonces con una rapidez vertiginosa, con un martilleo singular, de martillito de platero, que golpea el oído como pulsación febril. Bueno: dice así en ocasiones, concedido.

La Duse (otra objeción) no tiene verdadera distinción de modales. La primera vez que lo oí, me pareció este reparo uno de tantos con que se alardea de independencia de juicio y se reacciona contra el aplauso común; pero declaro también sin rodeos, que luego me convencí de que había en la objeción un fondo de verdad. La actriz no tiene siempre aquella finura que sienta tan bien en algunos de los personajes parisienses que representa. A lo mejor deja caer los brazos á lo largo del cuerpo ó cuelga las manos de las solapas; en algunos arranques de ira y provocación (por ejemplo, en una escena de *Fernanda*) dobla el cuerpo, y toma una actitud de acometida que no parece la más propia del personaje.

La Duse (tercera objeción) no *compone*. Entiendo aquí por *componer*, elegir en una escena el sitio más adecuado para que resalte, con la importancia del mismo ó el cuidado en la colocación, la intervención precisa que tiene en aquella escena el personaje; guardar una actitud propia de la situación; lograr, en suma, que una vez dispuesto el escenario con propiedad, la figura se mueva de modo que ofrezca, en relación con él, una serie de cuadros vivos, y en determinados momentos, un efecto plástico en consonancia con el dramático. «De nada de esto cuida la Duse.» Es mucho conceder, pero quiero concederlo ahora. Recuerdo, por ejemplo, que en el quinto acto de *La Dama de las camelias*, suprimido, ó reducido á la menor expresión todo aquel aparato fúnebre de la tisis sentimental, la actriz, sentada en la cama, ó paseándose en silencio y como una sombra por su cuarto, disponía las cosas de modo que transmitía el espectáculo del abandono absoluto, la desventura irreparable, la muerte próxima; aquel tedio, aquella suprema laxitud y resignación que sobrecogen á veces á los enfermos, en la soledad. Recuerdo igualmente otra escena de *Odette*, en el primer acto, en que sola también la actriz, apoyada junto al *secretier* y fingiendo leer una carta, se ofrecía como la sigilosa y siniestra figura de quien se dispone al delito, acechando de reojo la ocasión. Pero, en fin, como en este instante no recuerdo más, repito que he de conceder que la Duse no *compone*; sea; se presenta y allí está: se pone á hablar y no cuida del resto, en la mayoría de los casos.

¿Hay más? Pues, resumiendo: con todo esto, Eleonora Duse es simplemente una artista admirable, de raro talento y penetración; con todo esto, es de esos actores que en cuanto se retiran de la escena, la dejan vacía y se les echa de menos, y cuando reaparecen vuelven á comunicarnos, con sólo oirlos y verlos, un placer indefinible. Eleonora Duse tiene para causar este encanto una cualidad primordial, una exquisita y espontánea naturalidad, llevada al grado máximo, y hasta aquel punto en que el espectador se olvida completamente, pero completamente, de que esté oyendo y viendo una comedia. La pretendida y rara ilusión de que existe un muro invisible entre el proscenio y los espectadores, se logra en absoluto con la Duse: con ella no tiene nada que ver ninguna de esas leyes de la *acústica* ó la *óptica* teatral con que vemos excusar algunos esfuerzos y exageraciones, considerándolos imprescindibles para dar relieve á la actitud ó á las palabras. La actriz sale y habla, se mueve, ríe, llora, se enternece, se desespera, increpa, se mofa, suelta una frase irónica, sin que ni por casualidad, ni un solo momento, su entonación suene á falsa, ni parezca preparada, ni la frase, *subrayada* con intención, ni la exclamación ó el grito repentinos dejen de conmovernos como salidos directamente del alma; toda ella es vida, y vida naturalísima y espontánea que fluye, fluye sin parar, y sin vacilación ni tropiezo. Y para que este juicio no parezca en mí sistemático, diré más; añadiré que con él no hago más que consignar un hecho; añadiré que prescindo ahora de discutir la teoría de que no sea todo el teatro esta *ilusión escénica*. Excuso esto; digo que la Duse la produce en absoluto; consigno que con ella se apodera del ánimo del espectador y le deleita, ofreciéndose precisamente en las tablas como si él no existiera, sin dedicarle las frases intencionadas, sin elegir para él los párrafos consagrados por la atención de otros actores, sin buscar los efectos. Y como los diálogos en que interviene son ya interesantes por sí mismos, y los personajes, siendo contemporáneos, de esta naturalidad cobran vida, y el género del drama va por este camino, la actriz acaba por causarnos el placer delicioso de estar oyendo, como en visita ó en su casa, á una persona vivaz, ingeniosa, elocuente, sencilla y espontánea, que dice con extraordinario talento muy bellas cosas.

En los pasajes apasionados, su fuerza de expresión y el vigor del sentimiento subyugan completamente. Los que más resaltan ahora en mi memoria son esos diálogos de dos personas que altercan, disputan ó ventilan un interés del corazón: la escena de *Odette* y su marido, en que la primera hace valer sus derechos á ver á su hija: la escena en que Cesarina pretende engañar y seducir á su propio esposo en *La mujer de Claudio;* la escena de la confesión de su falta en *Dionisia*, la del abogado con Clotilde en *Fernanda*... ¡Cuántos espectadores se olvidaron de la actriz para atender sólo al personaje, y, absortos por completo, siguieron vertiginosamente sin reflexión alguna todos los movimientos de aquel ánimo alborotado que, con tan extraordinario calor y viveza, con tal sinceridad, con tal energía comunicativa, ora agolpaba á los ojos las lágrimas con sus sollozos y sus voces de ternura, ora aterraba con su furor malsano de mujer violenta é irónica, ora hería con sus atropelladas razones. Esta facultad nerviosa de comunicar á todos los espectadores el embebecimiento y olvido de que *aquello es comedia*, ¡nunca logrado como en el segundo acto de *Divorciémonos!:* la astucia, la travesura, los dengues de la mujer celosa, seguidos de aquel júbilo infantil, de aquella alegría creciente y arrolladora... Creciente también la fuerza expansiva y juguetona de la situación, he visto á un millar de espectadores sin pestañear, olvidarse de interrumpir el diálogo con la más pequeña muestra de aprobación, para estallar al final en unánime y triple aplauso como sacudidos sin querer por una corriente magnética.

Eleonora Duse parece nacida especialmente para interpretar las damas de carácter complejo y de temperamento nervioso, – de una nerviosidad enfermiza, – del teatro francés moderno; expresa generalmente con peculiar vigor su ironía mordaz, fría y cortante, y da singular realce á los súbitos cambios de aquellas heroínas que pasan de los arranques de amor á las reservas interesadas, que son sinceras y solapadas á un tiempo, resueltas unas veces, estremecidas de miedo otras... D. Santiago Estrada, distinguido escritor argentino, reprocha á la actriz en los comienzos de su carrera su predilección por tales tipos; la invitaba á la interpretación de la gran tragedia, la de Shakespeare, con sus mujeres ideales. Ignoro si la Sra. Duse hizo alguna vez papeles de Julieta, Desdémona, Ofelia ó Jesica; pero aquí en Barcelona, de todas aquellas creaciones eligió *Cleopatra*... Y resultó que no por haberse encaramado en las cimas de la tragedia, Eleonora Duse mudó de procedimiento; resultó que *Cleopatra*, interpretada por la Sra Duse, era ni más ni menos que una *Baronesa d' Ange*, ú otra dama por el estilo.... egipcia. Y ocurrió más, y fué que semejante interpretación encajaba perfectamente con la concepción del poeta inglés. *Antonio y Cleopatra* vino á ser para nosotros, ni más ni menos que un drama moderno, con alguna mayor grandiosidad: una mezcla portentosa y rara, de grandeza heroica y de verdad común. . . . .

. . . .

Alguien ha dicho que en las obras de los grandes ingenios, suelen ir viendo un trasunto y modelo todas las escuelas y todos los gustos, conforme se suceden. ¿Será así tal vez; quizás por esto Eleonora Duse puede interpretar á Shakespeare, con su sinceridad de siempre, con aquella interpretación compleja, nerviosa, refinada, toda de matices, veladuras y sordinas, todo lo *menos teatral* posible, de que es modelo acabado en el momento presente la insigne actriz italiana.»

Después de este juicio que expresa nuestros propios sentimientos é ideas mejor de lo que nosotros mismos podríamos expresarlos, réstanos tan sólo dar la más cordial bienvenida á Eleonora Duse, y unir nuestros aplausos á los del público entero que arrobado admira sus prodigiosas creaciones.

JOSÉ YXART



Cuentan las crónicas que en otro tiempo existió un hermoso convento...

EL TALLISTA DE IMÁGENES

CUENTO PIADOSO



Cuentan las crónicas que en otro tiempo existió un hermoso convento edificado sobre una alta meseta, en un declive de una montaña cubierta de abetos, sobre cuyo fondo sombrío se destacaban los techos puntiagudos y las torrecillas de la santa casa. Debajo veíase un ancho valle, viñas, campos de trigo, praderas rodeadas de álamos, y á lo lejos un pueblo asentado á lo largo de un apacible río.

Los monjes de este convento eran á la vez buenos servidores de Dios, grandes sabios y excelentes labradores. Durante el día veíanse sus blancos hábitos diseminados por el campo, y á los que los llevaban, inclinados hacia la tierra para ocuparse en sus faenas, y por la tarde, cruzando de pilar en pilar por el largo claustro, entregados á sus pláticas ú oraciones.

Había entre ellos un joven religioso llamado Norberto, que era un buen constructor de imágenes. Tallando la madera, trabajando la piedra ó amasando la arcilla, que teñía de vivos colores, conseguía labrar tan bellas efigies de Jesús, de María y de los santos, que atraían á sacerdotes y personas piadosas, que desde muy lejos venían á verlas y las compraban á buen precio con objeto de adornar sus iglesias ú oratorios.

Norberto era muy piadoso, y sobre todo tenía una devoción extraordinaria por la Santa Virgen. Con mucha frecuencia permanecía horas enteras prosternado ante el altar de la Inmaculada, inmóvil, cubierto con su capuchón y dejando caer sobre las gradas los pliegues de su hábito. Además, Norberto era soñador; especialmente cuando por la tarde contemplaba el sol que se extinguía en el horizonte, poníase triste é inquieto, y hubiera querido irse lejos y ver otros sitios del mundo distintos del en que vivía.

Entonces el prior solía decirle:

– ¿Qué podríais ver en otra parte que no veáis aquí? Ved el cielo, la tierra, los elementos origen de todas las cosas; aun cuando vieseis todas estas reunidas, sólo sería una vana visión (1).

Los buenos de los monjes eran muy caritativos, y como eran ricos, llegó el día en que no hubo ni un solo pobre en los alrededores. Entonces determinaron edificar á sus expensas una magnífica iglesia cerca del convento.

Hicieron venir con este objeto muchos centenares de trabajadores. Abriéronse canteras profundas que se asemejaban á llagas de deslumbrante blancura incrustadas á los flancos de la montaña, y sacáronse de ellas innumerables trozos de piedra que fué artísticamente tallada, de suerte que todo el exterior del convento veíase envuelto en un polvo blanco como harina.

Derribáronse las más hermosas encinas y los más frondosos abetos que había en las cortadas pendientes que dominaban el monasterio para construir andamios; se les destrozó y se les elevó para formar los caballetes, de suerte que el convento parecía envuelto en un polvo amarillo como el oro.

Y allí, en medio de aquella inmensa soledad, cada trabajador tallando sus piedras entre un ruido de colmena humana, ignoraba en qué sitio de la futura catedral serían colocadas aquellas piedras, así como también si serían ó no vistas por los fieles; pero sabían muy bien que serían vistas por Dios, y todos á la par se alegraban de colaborar, cada uno por su parte, á la santa obra.

Y así, muy pronto, piedra sobre piedra, aunque con alguna lentitud, la iglesia elevóse, elevóse hacia el cielo.

Uno de los antiguos monjes del convento, muerto en olor de santidad, había escrito las siguientes palabras en un librito de meditaciones piadosas que tituló *Imitación de Jesucristo:*

«No cuestionéis sobre los méritos de los santos, porque estas pesquisas suscitan frecuentemente contestaciones inútiles, alimentando el orgullo y la vanagloria, de donde dimanan la envidia y las discusiones: de suerte que éste prefiere á tal santo y aquél á otro. La controversia de semejantes cuestiones, lejos de ser fructífera, desagrada á los santos (2).»

Los buenos de los monjes faltaron á este precepto una tarde que conversaban en el terrado del convento, después del *ángelus;* y no sólo disputaban respecto al mérito de muchos santos, sino también á propósito de las tres personas de la Divina Trinidad.

Tratábase de dar advocación á la futura iglesia, y cada uno expresaba su idea, sosteniéndola con calor.

Probablemente, si no hubieran sido tan piadosos, habrían hallado mejor el disfrutar en silencio de la apacibilidad de la tarde. A corta distancia surgían las paredes en construcción del futuro santuario, agrandadas y como sumergidas en el crepúsculo, de modo que su armazón nuevo ofrecía el bello y majestuoso aspecto de las ruinas. Abajo serpenteaba el río esmaltado en plata; el oro del poniente del sol, por la parte de Oriente, daba tintas violáceas á los árboles de la llanura, y sólo á intervalos algún ladrido aislado ó algún chirriar de carretas turbaban el silencio.

El prior, hombre de experiencia y de tradición, fué el primero que dió su parecer.

– Conviene, dijo, que nuestra iglesia lleve la advocación de nuestro fundador san Onofre; pues de no ser así, los fieles creerán que puede haber mayor santo que el ilustre anacoreta, que ha instituído nuestra orden, y esto nos perjudicaría.

El subprior dijo:

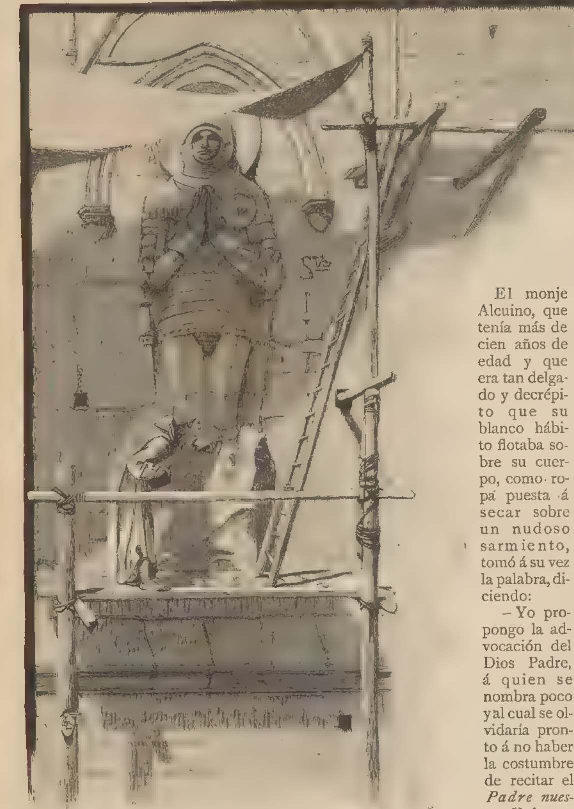
– Los santos más venerables no son más que pálidos reflejos del Cristo, su modelo. Si queréis creerme, consagraremos esta iglesia á Jesús Nuestro Señor, del cual ha venido la salud á los hombres y de donde toda santidad procede.

(1) *Imitación de Jesucristo*, I, 21.

(2) *Imitación de Jesucristo*, III, 58



El monje Alcuino, que tenía más de cien años de edad...


Talló con poco cuidado la de San Ildefonso...

El monje Alcuino, que tenía más de cien años de edad y que era tan delgado y decrépito que su blanco hábito flotaba sobre su cuerpo, como ropa puesta á secar sobre un nudoso sarmiento, tomó á su vez la palabra, diciendo:

– Yo propongo la advocación del Dios Padre, á quien se nombra poco y al cual se olvidaría pronto á no haber la costumbre de recitar el *Padre nuestro*. Y sin embargo, él es el que ha creado el mundo. Durante más de cuatro mil años los hombres no han tenido otro Dios; al presente le adoran muchos pueblos que no conocen á su hijo.

El monje Teobaldo se encogió de hombros. Era éste el más profundo teólogo de la abadía; nunca salía al campo y vivía en la biblioteca sepultado entre pergaminos, descifrando antiguas escrituras. Tenía fama de excéntrico por sus opiniones particulares sobre todas las cosas.

– Yo quisiera, dijo, dedicar nuestra iglesia al Espíritu Santo, porque su reino va á venir. Después de la revelación del Dios Padre á Abraham, después de la del Cristo á los Apóstoles, habrá la del Espíritu Santo. Es necesaria, porque considerad cómo está el mundo. Reinan la impiedad y la concupiscencia, y continúan condenándose la mayor parte de los hombres. El Espíritu acabará la redención: esto está anunciado en el Evangelio, y sólo falta saber leerlo...

Al oir estas palabras, el prior frunció el entrecejo, y el subprior hizo señas á Teobaldo de que se callara.

Eginardo, un monje de treinta años y de aspecto imperioso y duro, exclamó con voz fuerte:

– De buen grado elegiría para patrón de nuestra iglesia al papa san Gregorio Más poderoso que los emperadores y los reyes, comprendió que la fuerza material, que, como todo lo demás, proviene de Dios, es todavía el medio de acción más eficaz en manos de sus servidores, y que es verdaderamente caritativo el que se atreve á obligar á la humanidad á admitir su propio bien.

– Pues yo, dijo el padre jardinero, prefiero á san Fiacre, que no fué en su vida mortal más que un pobre hombre dedicado á su oficio, y que tenía el temor de Dios, pues justamente la mayor parte no somos más que pobres hombres, á quienes conviene dar ejemplo de virtudes que puedan comprender é imitar.

En este momento pasó por el sendero un labriego con su azadón al hombro. Cuando llegó al pie del terrado llamóle el prior cortésmente, y le dijo:

– Si fueras suficientemente rico para edificar una iglesia, ¿á quién la consagrarías?

El labriego contestó:

– No diré mal de Dios, ni de la Virgen María, ni de otros santos del cielo; pero si queréis saber mi intención, os digo que yo elegiría á san Cucufate: es en quien tengo más confianza, porque ha curado á mi vaca y me ha hecho encontrar tres gallinas que se me habían perdido.

Un poco después una mujer joven traspuso el recodo del sendero. Humilde, pero curiosamente vestida, llevaba un niño en los brazos y otro de la mano.

El prior la llamó cariñosamente, le hizo la misma pregunta que al labriego, y ella contestó sin vacilar:

– Yo dedicaría la iglesia á la Madre de Dios.

– ¿Por qué?

– Porque es madre.

Norberto había permanecido silencioso y pensativo, viendo desaparecer los oros y las púrpuras del sol poniente, pero cuando oyó la respuesta de la aldeana, exclamó:

– ¡Oh mujer, tienes razón!; pero yo no consagraría el templo á María madre de Dios, sino á la Virgen María, porque es inmaculada, porque no se entregó á ningún hombre, aunque tuvo compasión de todos ellos, y porque fué soberanamente pura y soberanamente dulce mereció ser la madre de Dios. Es, pues, permitido, y confieso que á mí me es particularmente agradable, el amarla sobre todo como virgen y como madre de los hombres, honrándola únicamente por su castidad y caridad.

De pronto el ecónomo del convento, hombre grueso, colorado, de cara larga y ojos vivos, adelantóse hacia el corro que formaban los monjes.

– Padres míos, dijo, si queréis creerme, no debemos dedicar nuestra iglesia, ni á Dios Padre, ni á Dios Hijo, ni al Espíritu Santo, ni á san Gregorio, ni á san Onofre, ni á san Fiacre, ni á san Cucufate, sino, si esto no os desagrada, al bueno de san Ildefonso.

– ¿Por qué razón, padre ecónomo?, preguntó el prior.

– Porque este es el nombre del noble duque de quien somos vasallos; esto le complacerá, y le hará desistir quizá de expoliarnos bajo pretexto de que somos ricos. Conviene atraerse á los poderosos, si se puede, por medio de procedimientos corteses; porque los tiempos están malos, y ya se empieza á tener menos miramientos con las gentes de iglesia y con los pobres religiosos.

– Pero vuestro san Ildefonso no es un santo muy notable, observó el monje Eginardo. ¿Qué ha hecho, qué se sabe de él?

– Poca cosa, en verdad; pero hay seguridad de que fué por lo menos un hombre de bien, puesto que figura en el calendario.

– Eso nada prueba, refunfuñó el monje Teobaldo.

– En fin, repuso el padre ecónomo, me parece que para nosotros debe ser el más grande el que mejor pueda servirnos. Por otra parte, todo templo es de Dios ante todo; esto se cae de su peso, y además, el que elijáis el patronato del santo cuyo nombre lleva nuestro digno soberano, no os impedirá adornar vuestra iglesia con las imágenes de la Santísima Virgen y de todos los santos que os plazcan.

Después de una discusión bastante viva, se decidieron por el parecer del padre ecónomo, conviniendo en que la estatua de san Ildefonso se colocara sobre la puerta principal de la nueva iglesia, un poco más arriba la de la Virgen María y sobre la punta de la cornisa la de Jesús crucificado.

Norberto fué el encargado de esculpir estas tres imágenes. Talló con poco cuidado la de san Ildefonso, pues no sabía con toda precisión qué profesión había ejercido el santo, é hizo de él un caballero con objeto de agradar al señor duque, revistiéndole de una armadura de hierro y juntando con exactitud sobre el pecho los enormes dedos de sus manos, cubiertas de guanteletes. Esta obra quedó pronto terminada.

Después esculpió en un trozo de granito un crucifijo de cuatro toesas de altura, descarnado, sangrando del costado, las rodillas parecidas á cabezas de muertos, con agujeros en los sobacos por causa de la tensión de los brazos, con hilos de sangre que se cruzaban por todo el cuerpo y venían á reunirse en sus pies hinchados, filtrándose por entre los dedos. Verdaderamente este Cristo, con su cabeza inclinada y convulsa, parecía haber acumulado en sí la gran miseria humana, la desesperación de los muertos de hambre, el desaliento de los abandonados, las torturas de los enfermos, de los endemoniados, de los leprosos, de los que mueren en suplicio, y en fin, de todos cuantos padecen en su carne; pero al propio tiempo la santa faz revelaba la resignación y la certidumbre de la libertad y del reposo; pues mientras el cuerpo sangriento decía *sufrimiento*, la cabeza, aunque coronada de espinas, expresaba claramente *esperanza*.

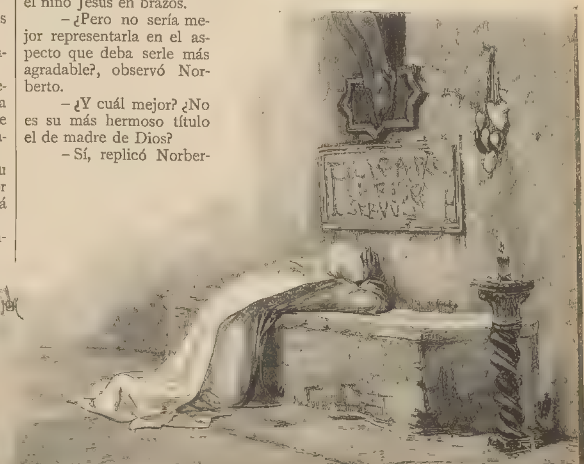
Pero aunque Norberto empleó en esta obra todos sus cuidados y toda su piedad, pensaba incesantemente en la Virgen María, cuya imagen debía tallar también, y reservaba para ella, sin decirlo, todo el esfuerzo de su arte y de su amor.

– Y bien, hijo mío, le dijo el prior, que Dios guíe vuestra mano para que nos talléis una imagen exacta de la Virgen María, con el niño Jesús en brazos.

– ¿Pero no sería mejor representarla en el aspecto que deba serle más agradable?, observó Norberto.

– ¿Y cuál mejor? ¿No es su más hermoso título el de madre de Dios?

– Sí, replicó Norber-


Y desde aquella noche demostró gran devoción hacia el Cristo Redentor...

to; pero á mi modo de ver, yo la enaltecería más, representándola, no en su gloria, sino en la actitud de las virtudes por las que la ha merecido. Si se la representa con un Dios en los brazos, aunque sea niño, ¿cómo elevar á ella nuestros ruegos sin detenerse en él? Además, ¿qué expresión puedo dar á su semblante? Me es difícil idearlo. Puede sentir por Dios los verdaderos afectos de una madre, el enternecimiento por la debilidad de aquel pequeño ser, la profunda alegría de poseerle enteramente y de protegerle; pero si ama á su hijo como verdadera madre, con ternura de carne y de sangre, paréceme que entonces no amará tanto á los hombres. Sin embargo, yo estoy persuadido de que nos ama, pues estando más cerca de nosotros que el Sér Supremo, nos comprende mejor. Hay pecados que Dios solo no perdonaría, y que quizá no tenga derecho á perdonar; pero allí está la Virgen, que le obliga á absolverlos, diciéndole: «¡Perdonad! Yo me hago responsable de sus faltas. ¡Si supierais cuán desgraciados son esos pobres hombres, cómo la materia les oprime y por lo tanto obran poco tal como desean! ¡Ah! ¡Todos ellos serían santos, si tuvieran las especiales gracias que yo he recibido!» La Virgen, pues, posee la inmensa compasión y la infinita misericordia: son su misma esencia y constituyen su verdadera gloria. Ahora yo os pregunto: ¿Puede ella tener piedad de Dios? Deseo representarla con las manos extendidas sobre los hombres, y no podría extenderlas teniendo un niño en brazos

—Hijo mío, replicó el prior, esas razones son extrañas con tendencias heréticas. Os mando que hagáis la estatua de la Virgen María tal como os he dicho.

Norberto no obedeció.

Mientras trabajó en la estatua no permitió que nadie la viese, bajo pretexto de que las observaciones de sus hermanos embrollarían sus ideas, y solo, con su sueño, talló la Virgen María tal como la había imaginado.

Alta y envuelta en grandes y flotantes pliegues, con la cabeza inclinada hacia los hombres, la Inmaculada les tendía sus dos manos abiertas que transmiten los perdones

Dicho con verdad, en aquella figura apenas se diseñaba el cuerpo, pero tenía el semblante tan bello, había en sus miradas tanta ternura, sonreía con una dulzura tan triste y la actitud de las manos prometían tanta gracia al mundo entero, que la sola contemplación de esta imagen daba ganas de rezar, de llorar y de ser santo.



Y solo, con su sueño, talló la Virgen María tal como la había imaginado

Cuando la vieron los monjes prorrumpieron en un grito de admiración, y el mismo prior hallóla maravillosamente bella; mas por causa de desobediencia á los mandatos de su superior condenó á Norberto á ayunar á pan y agua durante un mes.

La Santa Cruz, la estatua de la Virgen y la de san Ildefonso fueron colocadas en los sitios convenidos.

La iglesia se hallaba casi terminada Dos altas torres flanqueaban la puerta principal, que se asemejaba á dos haces de columnitas y de pequeños campanarios.

Norberto, poseído de ferviente celo por la casa de Dios, pasaba los días sobre la techumbre, en medio de la aérea selva de piedras, ó bien vagando por las galerías delicadamente talladas, entre los monstruos de los canalones y los arquitraves de las ojivas; llegando al extremo de que una tarde no bajó de aquellas alturas, pues quería meditar allí toda la noche y sorprender los fantásticos reflejos de la luna penetrando á través de aquellas obras arquitectónicas.

Hallábase en lo alto de una de las torres, sobre una plataforma, cuya balaustrada no estaba colocada todavía, é intentó ver si podía contemplar desde allí la efigie de su querida Virgen.

Se inclinó hacia adelante, y aunque muy lejos, creyó distinguir las dos manos que sobresalían del nicho.

Inclinóse un poco más, se le fué un pie y cayó dando un grito.

En su caída tropezó con una cornisa, botó sobre las planchas y fué lanzado sobre el friso saliente y puntiagudo, encima del cual se elevaba una cruz de piedra.

Agarróse con las dos manos á los brazos del Crucificado, y su cuerpo quedó pendiente en el vacío, á lo largo de la cruz.

Era ésta demasiado gruesa para poder abarcarla entre las rodillas, y además á Norberto se lo impedían los pliegues de su hábito blanco.

Allí, cara á cara con el Cristo, con los cabellos erizados de espanto, suplicóle humilde y desesperadamente que le salvara, y luego comenzó á gritar con todas sus fuerzas; pero los buenos de los monjes dormían con sueño tan profundo, que nadie oyó aquellos gritos.

Algunas aves nocturnas revoloteaban enfurecidas sobre la cabeza del desgraciado; los pies de éste rozaban en balde la resbaladiza piedra, buscando un punto de apoyo; sus dedos se aplastaban sobre los brazos de granito y sus uñas chorreaban sangre

Sentía un peso enorme atraerle hacia abajo, y hasta en un momento parecióle que el semblante del Cristo, iluminado por la luna, retrocedió, haciendo un gesto de desvío irónico.

Sus dedos resbalaron, soltando el asidero de piedra.

—¡Ah, Jesús, te vengas!, exclamó el desgraciado monje; ¡Virgen María, socórreme!

Y otra vez cayó.

Cayó sin hacerse mal alguno sobre las palmas de las marmóreas manos de la Virgen, que se alzaron un poco para detenerle.

Y allí quedóse dormido como un niño en su cuna.

Al ser de día despertáronse los monjes, le vieron, y subieron hasta donde estaba por medio de largas escalas Todavía dormía.

—¿Por qué me despertáis?, dijo.

No reveló á nadie los sueños que tuvo en los brazos de la Virgen ni lo que ésta habíale dicho.

Pero desde aquella noche demostró gran devoción hacia el Cristo Redentor, y vivió en la mayor santidad.

JULIO LEMAITRE.

TRADUCIDO POR F. MORENO GODINO

LA MADRE ANA JAVOUHEY

(Conclusión)

Apenas reintegrado en la posesión de las partes que nos corresponden de nuestro dominio colonial, el gobierno de la Restauración demostraba la más laudable preocupación por darles el merecido valor. A este objeto firmáronse en el Senegal, en 1819 y 1821, algunos tratados con los jefes ó soberanos indígenas, y el gobernador de la colonia, M. Royer, comenzó con gran competencia la creación de explotaciones agrícolas importantes que, repartidas en cuatro cantones, tenían sus principales centros en Dagana y Richard Toll: la madre Javouhey escogió la primera de estas localidades, situada á 40 leguas de San Luis, para establecer la colonia agrícola que, bajo la dirección de las hermanas del Instituto, debía servir especialmente para someter á los indígenas de ambos sexos á la saludable costumbre del trabajo de la tierra.

No contenta con haber cooperado, durante su estancia en el Senegal, á los esfuerzos del gobernador Royer para desarrollar entre aquellos indígenas el gusto por la agricultura, al volver á Francia desplegaba toda su actividad con el objeto de obtener de la casa real los subsidios necesarios para las colonias agrícolas de Senegambia. Por lo demás, en todo lo que á la colonización se refería, los horizontes de la madre Javouhey no estaban en modo alguno limitados por el celo apostólico, como lo prueba el siguiente pasaje de su correspondencia:

«He sabido que mi hermano ha llevado á Bailleul un coche lleno de nuestras queridas hermanas, lo que me complace en extremo. Sigo creyendo que acabará por venir á establecerse en Africa con su joven esposa. Construiremos una linda aldea de buenos cristianos; esta empresa la realizaremos cuando yo regrese; entonces todo estará preparado: las cañas de azúcar habrán crecido, los naranjos y limoneros producirán frutos, las casas estarán bien edificadas, nuestros rebaños se habrán multiplicado, etc. (1).»

Hasta 1827 los establecimientos agrícolas del Senegal dieron resultados tan satisfactorios y sorprendentes que hubiera podido creerse que el problema de la regeneración de los negros por el trabajo se hallaba en vías de resolución; pero el impulso dado á esta obra por el gobernador Royer y por la madre Javouhey no debía ser bastante para asegurar la existencia de la misma. Para proseguirla con éxito hubiera sido desde entonces precisa aquella congregación de misioneros africanos con que soñara la fundadora de San José de Cluny y que no debía hacer hasta más tarde su aparición en el continente negro. Sea lo que fuere, la cesantía del gobernador Royer y las poco honradas especulaciones de ciertos colonos fueron causa de la ruina de estos primeros establecimientos agrícolas, de cuya suerte no tardó en desinteresarse la metrópoli y cuya dirección no pudieron conservar las hermanas de San José.

Esto no obstante, el benéfico prestigio del Instituto de San José y su valerosa fundadora llegó á ser tal en Africa, que el gobernador de las posesiones inglesas de Santa María de Gambia y Sierra Leona pidió á la madre Javouhey hermanas para los hospitales y para las escuelas indígenas de su colonia.

Vivamente alentada por el M. R. Guillermo Poynter, vicario apostólico de Londres, la madre Javouhey acudió en persona al llamamiento del gobernador Maccarthy. Durante su permanencia en Santa María, consideró como un deber patriótico visitar la factoría francesa de Albreda, en el río Gambia, cuyo estado distaba mucho de ser floreciente, lo que le sugirió las siguientes reflexiones:

«Espero que cuando el gobernador del Senegal venga á visitar sus factorías de la costa, pondrá remedio á todo y sabrá, mejor que nadie, el partido ventajoso que puede sacarse de esta rica comarca, las mejoras que en ella pueden hacerse, etc., etc.»

Y en aquella circunstancia la buena hermana encontraba en medio de sus trabajos apostólicos suficientes ratos de ocio para hacer estrategia colonial excelente cuando, á propósito de la misma factoría, escribía en Francia:

«Paréceme un gran bien hacer este establecimiento, que será una garantía para nuestros demás establecimientos de Africa en caso de una ruptura entre los gobiernos francés é inglés.»

Después de haber permanecido tres meses en Bathurst para mejorar aquel servicio hospitalario y adoptar las medidas oportunas con el objeto de instruir á la juventud indígena, la madre Javouhey llegó el día 15 de marzo de 1823 á Sierra Leona, en donde su buen sentido se extrañó al ver los oropeles con que el recato británico había conseguido ya vestir á las negras. A sus ojos, la regeneración de los africanos no podía consistir en manera alguna en aprisionarlos en los trajes fabricados en Manchéster ó en Leeds.

Durante la estancia de la madre Javouhey en Sierra Leona, estalló allí una violenta epidemia de fiebre amarilla, que puso en peligro la vida de la religiosa, la cual contrajo el germen de la enfermedad prodigando sus auxilios á los que por ella se veían atacados. De regreso al Senegal, la fundadora de San José de Cluny se detuvo algunos meses en aquellas regiones para dirigir en persona las fundaciones del Instituto.



Agarróse con las dos manos á los brazos del Crucificado

«Al regresar á Francia, en la primavera de 1824, la R. M. Javouhey no debía volver á ver, contra todas sus esperanzas, el suelo africano. Pero siempre le cabrá la gloria de haber sido ella, simple mujer y religiosa no precedida ni acompaña por ningún sacerdote misionero, la primera que se atrevió á recorrer esas desoladas playas, desde San Luis del Senegal hasta Sierra Leona, en las costas de la Senegambia, y de haber casi echado de nuevo en estos países los cimientos del catolicismo, apoderándose de la educación de la infancia y del cuidado de los enfermos y sobre todo trabajando por su propia iniciativa en la otra capital de la formación de un clero indígena (2).»

Desde Francia, lo mismo que desde las sabanas de Guayana, la madre Javouhey no cesará un solo instante de perseguir la realización de su programa, cuyo objetivo es la regeneración de las razas africanas. Las escuelas por ella abiertas en San Luis y Gorea estaban casi exclusivamente destinadas á los hijos de los europeos y á las niñas de color, y á la fundadora de San José de Cluny no se le ocultaba que la obra del levantamiento social de la poblaciones autóctonas debía tener por punto esencial de partida el establecimiento de centros de instrucción para la juventud negra. He aquí uno los párrafos de la carta en que llamaba, en 1824, la atención del ministro de Marina y de las Colonias (3) sobre esta importante cuestión:

«Señor, la juventud me parece digna de merecer toda vuestra solicitud; sería, pues, preciso fundar para ella dos establecimientos, uno para los muchachos y otro para las jóvenes, que allí se instruirían en la religión y aprenderían las buenas costumbres y el trabajo. Es muy necesario conservar todo cuanto posible sea de estos usos sencillos que convienen al clima, y no reformar más que aquello que no sea bueno, siempre reemplazándolo por algo mejor. Habrá de transcurrir mucho tiempo antes que se vea un gran resultado; pero, en fin, importa comenzar y no descuidar nada para asegurar el éxito.»

Poco tiempo después, la madre Javouhey conferenciaba con el gobernador del Senegal, á la sazón en Francia, sobre la ejecución de sus proyectos, y algunos años después, las escuelas de jóvenes negras y los obradores estaban en plena prosperidad en muchos puntos de nuestras posesiones africanas.

Desde 1837 los hermanos del Instituto fundado en Saint-Brieue por el sacerdote Juan María de La Mennais emprendían, á su vez, el camino de las colonias para trabajar en la instrucción y regeneración de los jóvenes negros, según el programa que desde

(1) *La R. M. Javouhey*, tomo I, pág. 357.

(2) *La R. M. Javouhey*, tomo I, pág. 370.

(3) M. de Clermont Tonnerre.

antigua fecha les había sido trazado por el genio filantrópico de la gran hermana misionera. Finalmente, la congregación del P. Liberman, convertida en la del Espíritu Santo y del Sagrado Corazón de María, dirigió muy especialmente su actividad misionera hacia las regiones habitadas por la raza negra, realizando con ello uno de los más fervientes deseos de la madre Javouhey.

Si la fundadora de San José de Cluny no había de volver á trabajar en persona por la civilización de las tribus senegalesas, en cambio su reputación le valía el honor de colonizar por delegación oficial la Guayana. En efecto, después de muchas tentativas infructuosas para conseguir la colonización de ese rico territorio, el gobierno hubo de pedir auxilio á la madre Javouhey, la cual, antes de comprometerse, estudió profundamente el asunto y trazó un programa completo de lo que ella creía que debía hacerse. Aceptado su plan por el ministro de Marina y de las Colonias, la madre Javouhey, que á la sazón contaba cuarenta y ocho años, salió de Brest el día 26 de junio de 1828, al frente de una verdadera expedición, para cuyo transporte hubo que habilitar los dos buques del Estado la *Menagère* y la *Bretonne*.

Apenas llegada á Cayenne, envió algunas hermanas al barrio del Mana que en vano había tratado el gobierno de hacer prosperar, á fin de preparar lo necesario para la recepción de los emigrantes que con ella habían salido de Francia, y á partir del mes de agosto de aquel año púsose al frente de la dirección de esta colonia, dictando un notable reglamento relativo á los trabajos y á la instrucción de las colonias.

Organizadas que fueron las colonias de Mana, ausentóse de ellas la madre Javouhey durante tres meses para ir á inspeccionar las fundaciones de su Instituto en la Guadalupe y en la Martinica. La superiora general, al ver el estado próspero y los progresos de los establecimientos de San José en las Antillas, debía sentirse ampliamente indemnizada de las fatigas de tantos viajes y trabajos.

De regreso á Guayana, pensó en dar á sus fundaciones toda la amplitud que había soñado para ellas, queriendo, al parecer, vindicar á aquel territorio de la reputación injusta que se atribuía á su suelo y á su clima, y demostrar á la madre patria que la Guayana no era la isla mortífera de Cayenne, sino la sabana exuberante, el bosque de ricas esencias por donde corren el Maroni, el Kourou, el Apronage, el Mana y el Oyapock. En una de sus cartas al antiguo gobernador, cuyas tareas coloniales compartió algún tiempo allende el Atlántico, después de enumerar las excelencias de aquellas fértiles comarcas, decía: «¡Y pensar que hay en Francia tantos desgraciados que carecen de todo, que no tienen pan ni asilo! Siéntome dichosa, muy dichosa con la esperanza de ser útil á un gran número de infelices, y sobre todo de huérfanos que encontrarán aquí padres, patria y todo cuanto constituye la felicidad en la tierra.»

Hace algunos años, al volver de una misión á Guayana, adonde el gobierno le había enviado para estudiar sobre el terreno los documentos vivientes de la colonización penal, M. Leveillé, que con tanto talento desempeña la cátedra de derecho criminal de la facultad de París, rendía un tributo de admiración, que nadie tachará de parcial, al genio colonizador de la madre Javouhey, declarando en una de sus lecciones que sólo esta religiosa había ejecutado algo para hacer valer las inmensas riquezas de nuestra hermosa colonia. Pero en la Guayana, como en el Senegal, toda obra colonizadora sería debía tener por base la regeneración del negro por el trabajo; así es que cuando, después de haber estado en 1833 en Francia para atender á los asuntos generales del Instituto, regresó á Guayana en 1825, aceptó con entusiasmo la tarea de encargarse de la liberación de los negros africanos, ocupando desde entonces el primer lugar entre sus preocupaciones el mejoramiento progresivo de la suerte de la raza desheredada, objeto de su más viva predilección.

Acababa el papa Gregorio XVI de promulgar en 3 de diciembre de 1839 una circular apostólica contra el comercio de carne humana, y el gobierno francés no podía menos de comprender que los días del trabajo servil en nuestras colonias estaban contados, y que no tardaría en iniciarse la era de la crisis libertadora. Las eventualidades del período de transición se presentaban con colores sombríos ante los ojos de los hombres de Estado, á cargo de quienes estaban nuestros intereses coloniales. El gobierno, ansioso de pronósticos acerca de las consecuencias probables de la emancipación, dirigió á la madre Javouhey un cuestionario que, al decir del R. P. Delaplace, tendía principalmente á esclarecer dos puntos de suma trascendencia para el porvenir de los negros, y muy particularmente respecto á los de Mana, con referencia á los que la R. M. Javouhey contestó lo siguiente: «Que había logrado hacer entender á sus negros lo que entienden tan bien los habitantes de nuestros campos, á saber: que su patria es la tierra que les alimenta, y que creía poder afirmar que no abandonarían su existencia dulce y fácil por el tumulto y las agitaciones de una nueva posición, quizás más brillante, pero menos dichosa.»

El día 18 de mayo de 1843 la madre Javouhey se despedía para siempre de sus fundaciones de Guayana, y el 4 de agosto del mismo año volvía á pisar tierra francesa.

Desde su vuelta definitiva á Francia, sin dejar de sostener y desarrollar las primeras fundaciones continentales y coloniales del Instituto de San José, la madre Javouhey no se detuvo un instante en la marcha progresiva que era una necesidad inherente á su temperamento. Esta valerosa sentía, al parecer, una aversión supersticiosa hacia el *statu quo;* para ella, no avanzar era exponerse á retroceder. Por esto sus hermanas parten sucesivamente para Tahití, para la India francesa, para Madagascar, para las islas Marquesas, para todos los puntos del globo en donde la obra colonial de la Francia reclamaba el concurso de su abnegación.

Analizando desde un punto de vista estrictamente colonial la vida de la fundadora del Instituto de San José, hemos tenido que omitir forzosamente las pruebas, los obstáculos, las persecuciones de que hubo de triunfar.

Mucho tiempo antes de su muerte vió entrar en el campo apostólico del Africa á esa congregación de misioneros, cuya organización solicitó y deseó tan ardientemente en otros tiempos. La madre Javouhey terminó, bajo la dirección espiritual de un miembro distinguido de la congregación del Espíritu Santo y del Santo Corazón de María, su carrera apostólica, cuyos primeros pasos había guiado 50 años antes un ilustrado monje cisterciense. Un padre de la congregación del Espíritu Santo fué también el que escribió la historia de esa hermosa vida, que honra, así á la religión que la ha inspirado, como al país á cuyo servicio ha sido consagrada.

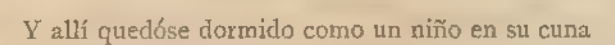
La madre Javouhey será indudablemente la figura más notable de la historia de la colonización francesa del siglo XIX: sus empresas son una elocuente refutación de esa antigua muletilla, hoy más que nunca de moda, de que *los franceses no son colonizadores.*

El alma de la fundadora de San José de Cluny, esa alma tan profundamente francesa, subsiste en sus hijas: su Instituto sigue siendo un arma poderosa que á nuestros gobernantes corresponderá saber utilizar para la grandeza colonial de Francia.

Francia, que comprende que para vivir necesita ser colonial, realizaría un acto de justicia elevando una estatua á la gran religiosa, cuya existencia y cuyas obras fueron consagradas á las colonias francesas. Semejante monumento levantado en las playas de esa rada de Brest, en donde en otro tiempo se embarcó la fundadora de San José para llevar á cabo sus lejanas campañas, reanimaría la fe colonial en los corazones franceses: la figura de la madre Javouhey, evocada por el cincel de un escultor en la punta extrema de nuestras posesiones coloniales, sería una saludable enseñanza para las futuras generaciones.

Lionel Radiguet

(De la *Gazette Geographique*)



Y allí quedóse dormido como un niño en su cuna



COMBATE EN EL PULPITO DE SAN AGUSTÍN DE ZARAGOZA, cuadro de César Alvarez Dumont



ELEONORA DUSE EN SUS PRINCIPALES CREACIONES, copia de fotografías de la casa Audouard y C.

SECCIÓN CIENTÍFICA

LAS FUNDACIONES DE LAS GRANDES PILAS DEL PUENTE DE FORTH

Las fundaciones de las grandes pilas del puente de Forth han dado un nuevo ejemplo de los resultados que pueden conseguirse por medio del aire comprimido en los trabajos en que las obras de mampostería, no sólo han de verificarse á una gran profundidad debajo del agua, sino que han de estar, además, expuestas á las perturbaciones que consigo trae la acción del viento y de las mareas. El sistema más comúnmente seguido en Inglaterra para las fundaciones de puente, consiste en sumergir verticalmente cilindros de hierro fundido, en los que se dragan los materiales, lo cual determina el hundimiento, y que se llenan de betún en cuanto se ha alcanzado una capa de suficiente solidez. Este procedimiento, sin embargo, no se prestaba á la ejecución de las enormes pilas del puente de Forth; para éstas era preciso ó bien asentarlas por medio de presas abiertas al aire libre, en las que se agotara el aire, ó bien regolfar esta agua con ayuda del aire comprimido de modo que la cámara de trabajo quedara estanca. A este último sistema se recurrió por ser el único de aplicación posible, dadas las profundidades de 22 á 27 metros debajo del nivel del agua á que debía llegar la mampostería.

Fig. 1. Cajón del puente de Forth, en Inchgarvie

Cada pila se compone de cuatro elementos cilíndricos de mampostería, de 21'35 metros de diámetro en su base, diámetro que se va reduciendo á 19'80 y por último á 14'70 metros en su parte superior, de donde arrancan los pies de las pilas metálicas. El puente, como recordarán nuestros lectores, pues de él nos ocupamos en el número 432 de esta ILUSTRACIÓN, consta de tres pilas principales: una en South Queensferry, en la orilla Sur del golfo de Forth; otra intermedia en la isla de Inchgarvie (fig. 1), y la tercera en North Queensferry, en la orilla Norte.

Tres de los elementos de esta última fueron cimentados en seco; el cuarto, por estar parte en seco, parte en el agua, permitió el empleo de una presa de tablones de dique con puntales de hierro fundido que penetraban en la roca.

Los cuatro elementos de la gran pila South Queensferry están cimentados sobre cajones á profundidades que varían entre 21'60 y 27'15 metros: los trabajos fueron ejecutados por M. Coiseau, ingeniero francés.

Los cajones que han sido estudiados por los ingenieros ingleses y que presentan espesores mucho más grandes que los que actualmente se emplean en los astilleros del continente, fueron construídos en toda su altura en la orilla del South Queensferry, lanzados al agua ni más ni menos que buques remolcados y conducidos al sitio que debían ocupar, en donde se les sumergió llenándolos de betún. Cada uno comprendía una cámara de trabajo de 2'10 metros de alto, á la que iban á parar tres chimeneas, una para el descenso de los obreros y dos para bajar los útiles y subir los escombros de rocas (fig. 2). La capa de limo poco resistente que cubría el terreno sólido en un espesor de 4 á 6 metros, era disuelta por la acción de una columna de agua procedente de un depósito situado en la parte superior del cajón; la presión del aire en la cámara del trabajo bastaba para evacuarla, en parte por debajo del filo mismo del cajón y en parte por el tubo de un deyector. Debajo del limo había una capa de arcilla tan resistente que era imposible desagregarla económicamente por medio de ningún explosivo, en vista de lo cual se recurrió á una pala hidráulica, constituída por un cilindro en el que se movía un pistón que la hacía funcionar (fig. 3), para lo cual se la apoyaba en el techo de la cámara de trabajo.

El alumbrado era por lámparas eléctricas incandescentes, á fin de evitar en todo lo posible la contaminación del aire en que trabajaban los obreros. La presión llegó á ser, en algunos momentos, de tres atmósferas, y fué necesario reducir las horas de trabajo á tres por tanda. La duración del hundimiento fué de cuatro meses en los tres cajones en que el trabajo se hizo en condiciones ordinarias, y de ocho para el cuarto que sufrió un accidente por causas no imputables al contratista.

En la pila de Inchgarvie hubo que vencer una dificultad especial respecto de los dos elementos del Sur, ya que los elementos del Norte puede decirse que se cimentaron en seco: la rosa basáltica en que aquéllos debían descansar presentaba, en efecto, una pendiente considerable; el desnivel entre los dos extremos de un mismo diámetro de un cajón era de 6 metros. En tales condiciones no había que pensar en hundir el cajón por el procedimiento ordinario, puesto que una gran parte de su circunferencia se habría encontrado asentada en falso. M. Coiseau propuso é hizo adoptar un medio ingenioso, que consistía en constituir un fondo artificial con sacos de arena, de los que se emplearon 50.000 que, cargados en lanchas, fueron transportados y sumergidos, durante los períodos en que se paran las aguas para empezar la pleamar ó la baja mar, en las partes más bajas (fig. 1), en el emplazamiento del filo del cajón hasta que este nuevo suelo llegó á un metro sobre el nivel de la roca. Hecho esto, el cajón fué varado y lastrado como de ordinario: su filo se apoyaba de un lado sobre la roca y de otro sobre los sacos, al través de los cuales penetró hasta que éstos vinieron á encontrar la banqueta de un metro de anchura colocada á media altura de las cartelas de la cámara de trabajo, y como la superficie de apoyo aumentó considerablemente, la presión sobre los sacos disminuyó en proporción, y el cajón se detuvo en una posición perfectamente horizontal. Entonces los obreros pudieron bajar y volar la roca hasta que formara una superficie de apoyo horizontal, después de lo que ya no hubo más que llenar de betún la cámara de trabajo.

El hundimiento de estos dos cajones que M. Coiseau había contratado por un precio alzado y estipulando una duración de ocho meses, se llevó á cabo en seis y en condiciones de marcha perfectamente regulares.

Los trabajos por medio de aire comprimido ejecutados en el puente de Forth fueron dirigidos con tanta habilidad y prudencia, que no ocurrió ni un solo fallecimiento por accidente desgraciado. Esto no obstante, el hundimiento ha sido penosísimo á causa de la alta presión en distintas ocasiones alcanzada y de los desprendimientos de gases procedentes del terreno que, de cuando en cuando, se inflamaban, bien que sin producir detonación. Por estas razones hubo que renovar tres veces el personal, á pesar de haber reducido á tres horas la duración del trabajo y de haberse adoptado las más minuciosas precauciones para el esclusaje y para la salida de los obreros.

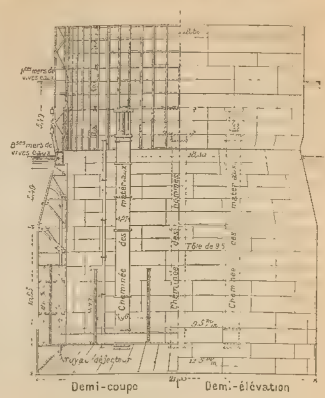


Fig. 2. Cajones Queensferry

El éxito obtenido en la aplicación del aire comprimido á los trabajos del puente de Forth se debe á la mucha experiencia y gran habilidad de M. Coiseau, que en estas difíciles circunstancias supo representar dignamente al cuerpo de ingenieros civiles franceses.

G. RICHON

* * *

NOTICIAS CIENTÍFICAS

LA FOTOGRAFÍA DE LOS COLORES. – Recientemente se ha hablado de experimentos para lograr la fotografía de los colores llevados á cabo por un operador húngaro, M. Veresz; pero ese problema dista mucho de haber sido resuelto. Las primeras observaciones acerca de la reproducción de los colores del espectro sobre el cloruro de plata fueron las que hizo en 1810 el Dr. Seebeck; más tarde, en 1839, sir J. Herschel hizo también mención de la producción de colores sobre el cloruro de plata. Los experimentos comenzados por Becquerel en 1838 no se hicieron públicos hasta 1848, luego vinieron los de Nieppe de Saint-Víctor en 1851; de Poitevin en 1866 y de Saint-Florent en 1882. Desde esta fecha muchos experimentadores han abordado el problema, pero sin éxito.

FISIOLOGIA DE LAS HOJAS DE LAS PLANTAS.—M. G. Bonnier ha estudiado la influencia de las alturas sobre el desarrollo de las plantas de una misma especie y ha podido observar que las hojas adquieren con aquéllas mayor espesor. De ello ha deducido y comprobado por los experimentos, que la descomposición del ácido carbónico es tanto más intensa cuanto más considerable es la altura.

M. Jumelle ha concebido la idea de investigar la diferencia de funciones fisiológicas que pueda existir respecto de las hojas del tipo verde y las del tipo rojo de un mismo árbol, variedades que presentan el haya, el sicomoro, etc., y ha observado que la aptitud para descomponer el ácido carbónico es enteramente distinta, hasta el punto de que en el tipo rojo apenas pasa de la sexta parte de intensidad que tiene en el tipo verde del mismo árbol.

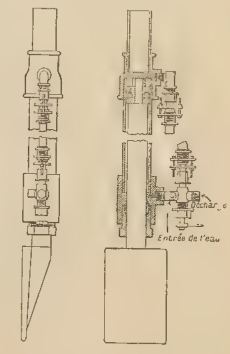


Fig. 3. Pala hidráulica

(De *La Nature*)

SECCION AMERICANA

EL DEMONIO DE LOS ANDES

TRADICIONES HISTÓRICAS SOBRE EL CONQUISTADOR FRANCISCO DE CARBAJAL

POR RICARDO PALMA

(Continuación)

VII

LAS HECHAS Y POR HACER

Andaba Francisco de Carbajal en persecución del capitán Diego Centeno, y cogiendo prisioneros á los rezagados que éste, en su precipitada fuga hacia Quilca, iba dejando.

Una mañana trajéronle sus exploradores dos de los soldados de Centeno. Era el uno hombre de marcial y noble aspecto, y el otro, reverso de la medalla, mellado de un ojo y lisiado de una pierna, parecíase á Sancho Panza en lo ruin de la figura.

Carbajal procedía siempre sumariamente con los prisioneros. Un par de preguntas, y lo demás era tarea del verdugo.

En esta ocasión empezó el *Demonio de los Andes* por interrogar al hidalgo y terminó por sentenciarlo. El prisionero, sin revelar una debilidad indigna, protestó con estas palabras:

– Guárdeme Dios, señor Carbajal, de una felonía, y no me dice la conciencia que la haya cometido para merecer la muerte á que vueseñoría me condena. En estas guerras de españoles contra españoles empecé sirviendo al rey, sin cambiar nunca de bandera.

– Entiendo, contestó Carbajal con su habitual ironía, que vuesamerced quiere dejar á sus herederos una ejecutoria limpia, y sepa que lo ahorco por hacerle favor; pues siendo vuesamerced tan leal servidor de su majestad, el rey habrá de reconocerlo así y premiará en los hijos el mérito del padre. Desengáñese que, muriendo, hace buena obra en provecho de los suyos y que de agradecérsela han. Conque así, siga á este hombre, rece un credo *cimarrón* y déjese matar sin hacer ascos.

Volviéndose luego al otro soldado, le preguntó:

– ¿Cómo te llamas, abejorro?

– Cosme Hurtado, para servir á Dios y á vueseñoría, contestó el de la ruin estampa.

Carbajal, al oir el apellido, soltó una estrepitosa carcajada, y dijo:

– ¡Hurtado! ¡Hurtado! ¡Por el alma del Condestable! Vaya un posma que no le vi más feo en cuanto de la cristiandad tengo visto! Nómbrase *hurtado* y no es bueno ni para *hallado*.

Y luego continuó:

– ¿Cuál es tu oficio?

– Curandero.

– Cierto que, por la facha, eres más sucio que un emplasto entre anca y anca. ¿Y á muchos curas?

– Cúralos Dios, que no yo.

– Agudo eres, bribón, y eso te salva, que siempre gusté de hombres despiertos. Tómote á mi servicio para que cures las caballerías de mi escuadrón, y ten presente que te perdono las hechas y por hacer.

– Vengo en ello, que vueseñoría me cautiva con su generosidad perdonándome *las hechas y por hacer*, recalcó el homólogo de Sancho.

Corriendo los meses, volvió Centeno á tomar la ofensiva y se presentó en Haurina con más de mil hombres aparejados para la batalla. Carbajal, cuyas fuerzas no excedían de la mitad, se dispuso también para el combate, confiando, no en el número, sino en la mejor disciplina y armamento de los suyos.

A pesar de las precauciones que el aguerrido maestre de campo adoptara, no pudo impedir que algunos descontentos se fugasen, la víspera de la batalla, al campo enemigo; y entre ellos encontróse Cosme Hurtado, antiguo soldado de Centeno

Comprometida la batalla, Carbajal dió á sus doscientos arcabuceros esta voz de mando (que literalmente copiamos de varios cronistas):

– Hijos míos, no apurarse en hacer fuego, gastando en balde pólvora y plomo. y puntería á los c...s.

Y tan acertada fué la orden, que á la primera descarga quedaron fuera de combate ochenta realistas, y el pánico se apoderó de sus filas.

Perdida, pues, por Centeno la batalla, cayó nuevamente prisionero el albéitar Cosme Hurtado. Cuando lo llevaron á presencia de Carbajal, éste lo cogió de una oreja, diciéndole:

– ¡Hola, pícaro! Hoy te ahorco.

– No puede ser, señor don Francisco; que vueseñoría es hombre de palabra y empeñada la tiene para dejarme con vida, contestó con desparpajo el prisionero.

– ¡Mientes por mitad de la barba, belitre!

– Sean jueces estos caballeros. Vueseñoría me dijo un día en público, y testificarlo han más de ciento, que me perdonaba *las hechas y* POR HACER. Ahora, si vueseñoría quiere olvidarlo, ahórqueme enhorabuena, que mala será para su fama, sobre la que echará el feo borrón de no haber honrado su palabra.

– ¡Miren por dónde se apea el bellaco!, murmuró Carbajal. Y lo peor es que dice cierto, y que resguardo tiene en mi palabra de caballero.

Y el *Demonio de los Andes*, recelando que Hurtado tuviera en el estuche otras *por hacer*, lo puso en libertad, permitiéndole que fuera á unirse con los realistas que, al mando del licenciado La Gasca, se aproximaban ya á Andahuaylas.

Los españoles de aquellos tiempos, por depravados y descreídos que fuesen, llevaban hasta la exageración el cumplimiento de la palabra empeñada. Por esto se inventó, tal vez, el refrán que dice: «Al toro por las astas y al hombre por la palabra »



BILLETE AMOROSO, estatua de G. van der Straeten

VIII

MALDICIÓN DE MUJER

Pacificado en apariencia el Perú con la muerte de Almagro el Mozo, encomendó Vaca de Castro á los capitanes Diego de Rojas, Felipe Gutiérrez y Nicolás de Heredia la conquista de Tucumán y Salta. Doscientos soldados se alistaron entusiastas para acometer esta arriesgada empresa, que duró más de tres años y en la que los expedicionarios tuvieron que sostener muy sangrientas batallas con los indios y pasar hambre, miseria y peligros sin cuento.

Muerto Diego de Rojas, que llevaba el cargo de gobernador, á consecuencia de una leve herida de flecha emponzoñada, vino la discordia á enseñorearse del campo español, y la mayoría resolvió deshacerse de Francisco Mendoza, valiente mancebo á quien Rojas dejara la herencia del mando, con agravio de Gutiérrez y de Heredia.

Empeñáronse algunos de los conquistadores en que Mendoza obsequiase con un caballo de que no hacía uso á Diego Alvarez, soldado que gozaba entre ellos de gran prestigio; pero á quien el gobernador tenía sus motivos para tratar con desapego. Contestó, pues, negativamente á los pedigüeños, y agregó en tono de burla:

– Mal dueño tendría el caballo; que Diego Alvarez duerme mucho y, por dormir, no habría de cuidarlo.

Refirieron el dicho á Alvarez, quien se ofendió tanto, que en el acto organizó la conspiración, y dos noches después, acompañado de tres de sus amigos, entraba en la tienda del gobernador. Este despertó al ruido y preguntó sin alarmarse:

– ¿Quién anda ahí?

– Quién ha de ser, señor don Francisco, sino Diego Alvarez que no duerme cuando no ha menester dormir.

Y sin dar tiempo á que Mendoza saltase del lecho lo mató á puñaladas.

Aunque Nicolás de Heredia no había tenido arte ni parte en el motín, fué proclamado gobernador, y para evitar desastres tuvo mal de su grado que aceptar el cargo. Resolvió entonces volver al Perú, y con los ciento cincuenta hombres que lo seguían púsose en Santa Cruz de la Sierra, á ordenes de Lope de Mendoza, que acababa de alzar bandera contra Gonzalo Pizarro.

La historia conoce bajo el nombre de *los de la Entrada* á esos bravos soldados, calificando de heroicos su valor y sufrimientos. Y no sólo ellos sino hasta sus mujeres realizaron verdaderas hazañas; que por tales tomamos lo que escri-

ben los cronistas de Leonor de Guzmán, esposa del alférez Hernando Carmona; de Clara Enciso, compañera de Felipe Gutiérrez, y de Mari-López, la querida entonces y mujer más tarde de Bernardino de Balboa. Ocasión hubo en que mientras los hombres andaban diseminados buscando víveres, las mujeres defendieron el campamento batiéndose vigorosamente con los indios.

Francisco de Carbajal hallábase en Quito con Gonzalo Pizarro cuando se tuvo noticia de que Diego Centeno y Lope de Mendoza habían en Arequipa proclamado la causa del rey. Pizarro ordenó entonces á su maestre de campo que con trescientos hombres se dirigiese sobre los enemigos, sin darles tiempo para que organizasen elementos de resistencia.

Fué en esta campaña, prodigiosa por la rapidez de las marchas, donde Carbajal ostentó todas sus admirables dotes militares, conquistándose la reputación de gran capitán. A fuerza de hábiles maniobras estratégicas derrotó primero á Centeno; y poco después, en Pocona, territorio de Santa Cruz de la Sierra, tomó prisioneros á Lope de Mendoza y Nicolás de Heredia que, como todos *los de la Entrada*, se batieron bizarramente.

En esta batalla el mismo Carbajal salió ligeramente herido en un muslo de un tiro de arcabuz, disparado contra él por uno de sus soldados, que se había comprometido con los realistas á matar á su jefe en el fragor del combate. El astuto Carbajal disimuló por el momento, procurando que ninguno de los suyos se apercibiese de lo ocurrido; pues hacerlo público era dar alas á la traición, con desprestigio propio y de la causa. Mas no por eso renunció á la idea de castigar al delincuente.

Dejó correr una semana, y al cabo de ella hízose una tarde encontradizo con el soldado traidor, y después de hablarle afablemente, dióle la comisión de ir con pliegos al Cuzco sin pérdida de minuto. El soldado, que era dueño de algún caudal y que veía la imposibilidad de transportarlo consigo, le rogó que lo excusase.

Entonces don Francisco, sin revelar pizca de enojo, le dijo:

– Pues, camarada, que no sea lo que yo quiero, que es ir, ni lo que vos queréis, que es quedar, sino que, como entre amigos, se tome un medio que ni vayáis ni quedéis ¿Que os parece?

– Que me place, contestó el soldado. Vuesamerced discurra.

– Discurrido está. El medio es... es..., articuló Carbajal rascándose la punta de la nariz.

– ¿Cuál, don Francisco?

– Que venga Cantillana y que lo ahorque sobre tabla; y no me diga el felón que ha menester confesarse, que de eso no se le dé nada; que yo tomo por mi cuenta sus pecados, que son muchos y gordos.

Y un minuto después emprendía el infeliz viaje á la eternidad.

Cuando en Pocona le presentaron herido y prisionero á Lope de Mendoza y á su segundo Heredia, díjoles Carbajal:

– ¡Hola! ¡Hola! ¿Conque eran vuesamercedes los malandrines que habían jurado ahorcarme por su mano? Pues ahora vamos á ver quién mata á quién.

Lope de Mendoza y su compañero levantaron con altivez la cabeza y se encerraron en un silencio despreciativo. Al fin, se cansó Carbajal de apostrofarlos, sin obtener de ellos una palabra, y dirigiéndose á la puerta gritó á un oficial que pasaba:

– Alférez Bobadilla, venga acá, si es servido, y mande dar garrote á este par de bellacos, y que les corten la cabeza y tráigamelas, que holgaréme de verlas separadas del tronco.

Cumplida la sentencia, el mismo Dionisio de Bobadilla partió para Arequipa, conduciendo las dos cabezas que debían ser puestas en la picota de la ciudad.

Sabido es que Carbajal quería infinito á su ahijada Juana Leytón, mujer de Francisco Voto, un tunante que traicionó más tarde al padrino pasándose á las filas realistas. Esta Juana era una muchacha portuguesa, hija adoptiva de doña Catalina, la querida que Carbajal trajo al Perú. Juana Leytón fué siempre, cerca del indomable *Demonio de los Andes*, un ángel que salvó muchas vidas é impidió no pocas atrocidades; pues el maestre de campo no desairó jamás ruego ó empeño de su mimada Juana.

Al saberse en Arequipa la comisión que traía Bobadilla, fué Juana Leytón á la posada de éste y le dijo:

– Suplícoos, señor don Dionisio, que me hagáis merced de la cabeza de Lope de Mendoza para que yo la entierre lo mejor que pudiere, aunque no sea como ella lo merece. Mirad que de nada os sirve puesta en la picota.

– Duéleme, doña Juana, que no seáis por mi servida; que yo ni por Dios ni por sus santos tengo que desobedecer á mi Señor don Francisco y arriesgarme á que en justicia me descuartice.

Insistió la dama, lloró, ofreció plata y agotó el arsenal de recursos que para casos tales puso el cielo á disposición de la mujer. Bobadilla era lo que se llama hombre de un sí y de un no. Cansada de bregar salióse doña Juana del aposento, gritando con aire profético:

– Pues ponla muy enhorabuena, que mala será para ti, y poco vivirá quien no la viere quitar para enterrarla con mucha honra, y poner la tuya en su lugar.

Bobadilla se echó á reir del pronóstico y encaminóse á la picota con el sangriento fardo. Al desenvolver las cabezas, uno de los ayudantes del verdugo hizo un gesto de asco y dijo: – ¡Puf! ¡Y vaya si apestan!

– Mientes, pícaro, le interrumpió Bobadilla; que cabezas de enemigos huelen á ambrosía.

Cuando dos años después, vencido el *muy magnífico* Gonzalo Pizarro, cayó prisionero Dionisio de Bobadilla, mandó La Gasca que le cortasen la cabeza y la colocasen en Arequipa en el mismo sitio que había ocupado la de Lope de Mendoza, cuya memoria se honró con una gran misa fúnebre.

La verdad es que una maldición de mujer es tan atroz como una maldición de gitano; pues no parece sino que las hijas de Eva tuvieran á veces el privilegio de deletrear en el libro del porvenir.

IX

UN HOMBRE INMORTAL

Juan Morales de Abad, natural de Cuenca, en España, era por los años de 1546 uno de los ciento cincuenta valientes *de la Entrada*. Y tan orgullosos (y con justicia) estaban del mote, que lo añadieron como título de honor á su apellido, y así firmaban Diego Pérez de la Entrada, Pedro López de la Entrada, etc.

Vencidos por Francisco Carbajal en Pocona, presentóse el terrible caudillo en la tienda donde estaban heridos nueve de los soldados de la Entrada y les dijo:

– Arreglen vuesamercedes sus cuentas con la conciencia; que el herido, después de sano, habrá de serme enemigo mayor. Usarcedes, los de la Entrada, gente sois de mucho brío y de grandes humos, y debo andarme con tiento

Aquellos heroicos soldados no desmintieron su reputación, y sin humillarse ni exhalar una queja iban entregando el cuello al verdugo.

Tocóle el turno al último de ellos, que era Juan Morales de Abad, el cual tenía la pierna derecha atravesada por una pelota de arcabuz. Fuése que su coraje hubiera desmayado al ver ajusticiados á sus ocho compañeros, ó que de suyo fuera mandria, enderezóse como Dios le ayudó, y dijo:

– Señor don Francisco, conmigo no reza el bando, que yo estoy sano y apenas si tengo un rasguño que se cura con agua de la fuente.

– Señor Morales, le contestó Carbajal, juro cierto que vuesamerced está mal herido, y así no puede dejar de morir.

– Protesto, señor don Francisco.

– Pues hermano de mi alma, la mejor protesta es que pruebe á andar, que por salvo le doy si de la puerta pasa.

Intentó el sentenciado dar un paso, y cayó exánime de dolor.

– Ahora que estáis convencido, señor Morales, continuó Carbajal, concluyamos, y que Cantillana haga su oficio.

Parece que Juan Morales, el de la Entrada, tenía gran apego á la vida, porque intentó ganar siquiera tiempo con esta súplica:

– Pues ya que ello ha de ser, concédame vuesamerced la gracia de que venga el padre Lucas á confesarme.

– ¡Valiente descuido! ¿Seguís al traidor de Lope de Mendoza y no andabais confesado? Pues así habéis de ir, que no soy yo remediador de descuidos.

Inmediatamente Cantillana le dió garrote, y dejándole la cuerda al cuello, arrojó el cuerpo al río.

Presumo que el verdugo sería novicio en la carrera, porque el ajusticiado, á quien arrastraba la corriente, volvió en sí, y haciendo un esfuerzo desesperado se arrancó la soga del pescuezo y logró pisar la orilla.

Deparóle su buena estrella que á pocos pasos estuviese la casa de Diego de Zúñiga el Talaverino, quien no sólo albergó y atendió á la curación del resucitado, sino que le alcanzó la gracia de Carbajal.

– ¡Ese hombre no tiene precio!, exclamó maravillado Carbajal. ¡No le matan balas, no lo daña el garrote, no lo sofoca la cuerda, ni lo ahoga el agua! Perdonado está, y dígale vuesamerced que lo tomo á mi servicio pero; que si lo pillo más tarde en una felonía, ya sabré encontrar forma de que muera de veras.

Juan Morales se avino muy gozoso al cambio de casaca, y fué á Carbajal y tomó plaza en la compañía del capitán Castañeda.

Entre los prisioneros que Carbajal había dado de alta en sus filas, contábanse cuarenta de los *de la Entrada*, que se concertaron en Chuquisaca con algunos de los cabildantes para asesinar al maestre de campo el día de San Miguel, empresa que habrían llevado á buen término, si dos horas antes de la convenida no hubiera sido denunciada por un soldado, Betanzos.

Don Francisco no se anduvo con pies de plomo para desbaratar el plan, y echóse á hacer prisioneros. Por el momento, muchos de los conjurados lograron fugarse; pero los pocos que cayeron fueron sin más fórmula sentenciados á muerte, dándoseles una hora de plazo para prepararse á cristiano fin.

Pocos minutos faltaban para que expirase el término, cuando entró en la tienda de Carbajal el padre Márquez, dominico á quien el maestre estimaba en mucho, acompañado de una mozuela de buenos bigotes, conocida por Mariquita la Culebra.

– Señor, por amor de Dios, que vuesamerced me oiga, dijo el fraile.

– Hable su reverencia, contestó Carbajal.

– Ya sabe vuesamerced, continuó el dominico, que Alonso Camargo es de la tierra del señor gobernador Gonzalo, y que es muy servidor de su casa. Por ende, esto de que ahora se le acusa, sin falta levantado es. Suplico á vuesamerced le perdone, que de casar ha con esta mujer, en lo cual vuesamerced hará buena obra y la sacará de pecado.

Carbajal se fijó entonces en la muchacha, la tomó la barbilla, y la dijo sonriendo.

– ¡No eres mal bocado, grandísima p ..ícara!

Y volviéndose al intercesor, añadió con sorna:

– Padre, á eso que su reverencia dice, quiérole contar un cuento. Ha de saber que en un pueblo sucedió á un hombre honrado que quiso matar al corregidor, y que éste prendióle, y sabida la verdad, condenóle. Y sacándole á justiciar los alguaciles, salió una p ..rójima, muy bellaca y muy sucia y con una cuchilladaza por la cara, dando gritos: «No maten al señor fulano y dénmelo por marido.» Y en aquella tierra era ley que cuando una hembra de esa clase pidiese por marido á un condenado á muerte, no le matasen si él quisiese casar con ella; y á los gritos que daba la mujer, pararon los alguaciles y dijeron: «Señor fulano, casaos con esta mujer y no moriréis.» Y él volvió la cabeza, y como la vió y conoció que era de las de cinturón dorado y como él era hombre honrado y caballero y de tanta presunción, contestó á los alguaciles: «Señores, ande el asno, que no quiero tal mujer.» Así que, padre reverendo, el señor Alonso Camargo, vecino y regidor del cabildo y merecedor de emparentar con duquesa, ha de decir lo que dijo aquel hombre honrado. Ello no tiene remedio y sin falta morirá, que ya otra vez perdonado lo hube. Y tú, lárgate, bribona, á pescar sin caña ni anzuelo, que anguila no te ha de faltar mientras te sobre desvergüenza.

Y Camargo y otros muchos fueron ajusticiados aquel día.

Juan Morales de Abad, después de andar una semana sin encontrar quien lo amparase, cayó en manos de la gente despachada en persecución de los fugitivos. Presentado á Carbajal, arrodillóse ante él pidiéndole gracia é intentó besarle los pies.

– ¡Cómo, señor Morales!, le apostrofó don Francisco. ¿No me pudisteis matar y queréisme ahora morder? Pues yo os prometo que aunque tengáis más vida que un gato, habéis de morir esta vez, porque para que no resucitéis os harán cuartos y ninguno llevarán al agua. Ya veremos si es obra de romanos el matar á vuesamerced.

Es popular en Chuquisaca la creencia de que ni aun hecho cuartos murió Juan Morales, pues en la noche de su suplicio desaparecieron sus restos De aquí saca el pueblo como consecuencia, que los cuartos volvieron á juntarse, y que el cuerpo de este pobre diablo pasea de noche embozado en una capa por las calles de la ciudad.

(Continuará)



TODA UNA JUVENTUD

POR

FRANCISCO COPÉE

Ilustraciones de Emilio Bayard - Grabado de Huyot

(CONTINUACIÓN)

Este día María le pareció al joven más seductora y hechichera que nunca, é hízole concebir sus primeras ambiciones. ¿Tendría bastante talento para salir de su obscuridad y miseria? ¿Podría ganarse fácilmente la vida, llegando á ser un famoso escritor? Después de todo, esto no era imposible. ¡Oh, entonces! ¡Con qué embriaguez pediría á aquella exquisita niña que fuera su mujer! ¡Cuán dulce sería que ella se considerase feliz y orgullosa por él! Mas por el momento era forzoso desechar estos sueños: eran ambos muy pobres; y además, ¿podría amarle María?

Muchas veces hacíase con inquietud esta pregunta. Estaba bien seguro de que en su corazón, la amistad de la infancia se había trocado en sincera ternura, en verdadero amor; pero nada podía hacerle esperar que se hubiera operado en la joven semejante transformación. Ella trataba siempre al poeta afectuosamente, pero como á buen compañero y nada más, y estaba tan poco conmovida en su presencia, como cuando en otro tiempo se parapetaban los dos detrás del canapé del papá Gerard, para desde allí cazar la gorra de pelo.

Amadeo, naturalmente, había hablado á la familia Gerard de sus trabajos literarios, y algunas veces, después de la comida dominical, agrupados en torno de la mesa cubierta de hule, en donde la vieja mamá servía el café, el joven leía á sus amigas en voz lenta y grave el poema que había compuesto durante la semana. Un pintor aficionado á los cuadros de vida íntima y á las escenas del hogar, como lo eran tan profundamente los antiguos maestros de la escuela holandesa, hubiérase conmovido al ver aquel grupo formado por los cuatro personajes enlutados. El poeta, teniendo en la mano izquierda su manuscrito y con la derecha evocando en el vacío una caricia rítmica, estaba sentado entre las dos hermanas; pero en tanto que Luisa, demasiado delgada, bastante demacrada y nada bonita, fijaba sus atentos ojos en el rostro del lector, escuchando con avidez, la hermosa María, distraída y con un gesto casi de disgusto, miraba maquinalmente á la mamá Gerard, que puesta de perfil al otro extremo de la mesa, hacía calceta, con aspecto serio y con los anteojos puestos muy abajo de la nariz.

¡Ay! Durante estas lecturas sólo Luisa exhalaba frecuentemente algún suspiro de emoción, al que á veces acompañaban las lágrimas que se asomaban á sus ojos. Ella era la única que para felicitar al poeta encontraba la palabra adecuada, probando que había comprendido y que se hallaba conmovida. María, todo lo más concedía á Amadeo, aun agitado por el recitado de sus versos, alguna que otra frase de asentimiento, como por ejemplo, «es muy bonito,» dicha por complacencia y acompañada de una vulgar sonrisa.

¿Ella, pues, no sentía la poesía? Y si algún día se casaba con él, ¿permanecería indiferente á los esfuerzos artísticos de su marido, á su vida intelectual y hasta insensible á la gloria que podría alcanzar?

¡Cuán doloroso era para Amadeo hacerse este razonamiento!

María le inspiró pronto un nuevo cuidado.

Hacía ya tres meses que Mauricio Roger estaba con su madre en Italia, y exceptuando dos cartas escritas desde Milán, al principio del viaje, en el primer arrebato de entusiasmo, Amadeo no había vuelto á saber de él. Excusaba esta negligencia de parte del perezoso Mauricio, que al marcharse habíale dicho sonriendo que no contara con su exactitud epistolar. Cada vez que iba Amadeo á casa de las señoras Gerard, María le preguntaba siempre:

– ¿Y tu amigo Mauricio, has sabido de él?

En un principio esto no le llamó la atención; pero tanta persistencia concluyó por chocarle, haciendo nacer en su corazón una sospecha que á la larga tomó consistencia en vista de la frialdad de la joven.

Mauricio Roger sólo había hecho dos ó tres visitas á la familia Gerard, en vida del padre y siempre en compañía de Amadeo; y había estado con María correctamente respetuoso, sin que entre ambos se hubieran cruzado arriba de veinte frases. ¿Por qué María conservaba un recuerdo tan particular de aquel casi desconocido? ¿Era posible que la hubiera dejado tan impresionada, inspirándola quizá otro sentimiento? ¿Esperaba ella su vuelta? ¿Deseaba volver á verle? ¿Ocultaba dentro de su corazón, pensando en él, una tierna esperanza?

Cuando estos temores cruzaban por el pensamiento de Amadeo, sentía turbado el corazón y amarga la boca. ¡Dichoso Mauricio, que no necesitaba para agradar más que presentarse! ¡Oh! En seguida el generoso poeta, rojo de vergüenza, rechazaba este movimiento de envidia; pero cada domingo, cuando María, bajando los ojos y con voz ligeramente alterada, renovaba su pregunta: «¿Y M. Mauricio, no has sabido de él?,» Amadeo sentía una cruel sensación de desaliento y pensaba con inmensa tristeza:

«¡No me amará nunca!»

Con objeto de olvidar este nuevo disgusto, quiso sumergirse aún más profundamente en el trabajo; pero no recobró su estímulo, su energía de antes. A través de los nublados y de los intervalos de sol del mes de marzo que acababa, llegó la primavera, y cuando Amadeo se levantaba á las seis de la mañana, era ya muy de día. Abriendo la ventana de su pobre vivienda, admiraba por encima del techo de los edificios el claro sol elevándose en un cielo de color gris suave. Del jardín del convento que estaba cerca subía un agradable olor de hierba y de tierra húmeda. En la calle de árboles que conducía al nicho de una virgen de yeso de la pared frontera, sentíase, por decirlo así, un presentimiento de verdor en las ramas de los tilos, todavía negras, y los tres almendros de una huerta cercana estaban ya adornados de sus delicadas flores. El joven poeta, á quien causaba horror el goce sensual, apenas furtivamente conocido, hallábase

invadido por una languidez abrumadora y sin embargo dulce. La pura imagen de María, á la que evocaba habitualmente al despertarse como una oración, hacíase confusa y se evaporaba de su memoria. Sentábase uno ó dos minutos á su mesa de estudio y releía las últimas líneas de una página empezada; pero pronto sentíase vencido por una especie de indolencia ó decaimiento de ánimo, y en la meditación á que se entregaba, decíase que á los veinte años, antes que todo, sería muy bueno gozar de la vida.



X

Estamos á 1.° de marzo. Las lilas del Luxemburgo aparecen ya cubiertas de flores. Acaban de dar las cuatro.

Amadeo, á quien el sol y el cielo puro hacen más odiosa que de ordinario la cautividad de la oficina, se escapa antes de la hora de salida y vaga, embriagado de los efluvios primaverales, por el jardín de Médicis, alrededor del estanque en donde para recreo de los niños del barrio una brisita del Norte hace navegar toda una escuadra en miniatura.

De pronto oye que le saluda una voz estrepitosa como la murga de una fiesta campestre.

«¡Buenas tardes, Violette!»

Es Jocquelet, el futuro actor, con su nariz remangada que hiende el espacio, parecida al espolón de un acorazado de primer orden; Jocquelet, soberbio, triunfante, adornado como un brasileño, completamente afeitado; Jocquelet, la más querida esperanza de la clase de Régnier en el conservatorio; Jocquelet, que ha causado un efecto asombroso en la escena de *Las preciosas* en el último examen del trimestre, como lo declara él mismo sin inútil modestia; Jocquelet, en fin, que obtendrá de fijo el primer premio de declamación en el próximo concurso y que hará inmediatamente su primera salida en la Comedia Francesa. Todo esto lo anuncia él de un tirón, como una relación sabida de memoria, con su terrible voz de charlatán sobre carretela dorada vendiendo pasta para afilar navajas de afeitar; puntuando las frases á cada segundo y repitiendo el «yo, yo, yo, yo,» peculiar á la gente de teatro.

Amadeo sólo está á medias satisfecho de tal encuentro; porque para él, Jocquelet siempre ha sido demasiado bullicioso y le cansa. Pero después de todo, es un antiguo camarada, y por cortesía el poeta le da la enhorabuena por su primer éxito.

Mas he aquí que Jocquelet le pregunta qué hace, en qué se ocupa, cómo van sus trabajos literarios, con tal cordialidad y calor, que hace suponer que Jocquelet profesa á Amadeo una amistad grande é íntima. Pero nada de esto; Jocquelet sólo se interesa por una persona en el mundo, y esta persona se llama Jocquelet; sólo que, ó se es actor ó no. Este lo es siempre y en todas partes: en el restaurant, en el ómnibus, poniéndose los tirantes, hasta en los brazos de la mujer amada. Cuando da los buenos días al primero que encuentra, preguntándole: «¿Cómo está usted?», se expresa con tanto calor al hacer esta pregunta de innegable originalidad, que el preguntado se pregunta á su vez si tendrá aspecto de convaleciente de una larga y peligrosa enfermedad. Ahora Jocquelet se halla en presencia de un poeta joven, pobre y desconocido: ¿qué papel debe desempeñar en tal circunstancia un personaje importante como Jocquelet? Pues mostrarse benévolo con el joven, alentar su timidez, protegerle sin demasiado orgullo: tal es la situación, y Jocquelet, á fuer de buen actor, la representa con fidelidad.

¡Pobre inocente! Amadeo se conmueve en vista del amigable interés que se le demuestra, y contesta con sinceridad:

– Pues bueno, mi querido amigo, he trabajado mucho este invierno, y no estoy descontento. Creo que hago progresos; pero si supieras lo duro y difícil que es...

Iba á confiar al cómico sus dudas y sufrimientos de artista sincero; pero ya he dicho que Jocquelet sólo piensa en Jocquelet, é interrumpe bruscamente al poeta, diciendo:

– ¿Tienes, por casualidad, un poema de efecto... alguna cosa corta... ciento ó ciento cincuenta versos... algo, en fin, que pueda *decirse*... Vamos, declamarse?

Precisamente Amadeo ha puesto en limpio hoy mismo, en la oficina, una relación guerrera, un heroico episodio de Sebastopol que oyó contar al coronel Lantz en casa de la señora de Roger y que él ha reproducido en versos expresados en un sentimiento enteramente francés, de acento militar; en estrofas que huelen á pólvora y que penetran como disparos de fusil. Saca las hojas del bolsillo, llevando al cómico á la solitaria avenida de los plátanos, que conduce al naranjal del Luxemburgo, y lee á media voz el poema.

Jocquelet, á quien no falta cierto instinto literario, y que sobre todo huele un éxito para él, se entusiasma.

– Lees los versos como un poeta, es decir, muy mal, – le dice á Amadeo, – pero no importa: tu batalla tiene mucho color, y estoy pensando qué relieve puedo darla... con mi voz... Luego añade cuadrándose delante de su amigo y mirándole cara á cara:

– ¿Cómo haciendo versos como esos nadie te conoce? ¡Es absurdo! ¿Pretendes imitar á Chattertón?; eso es muy antiguo: es necesario exhibirte, darte á conocer. Yo me encargo de ello. Supongo que esta noche no tendrás nada que hacer; pues bueno, ven conmigo, y antes de las seis habré pregonado tu nombre al son de veinte trompetas, que harán resonar en todo París que hay un poeta en el arrabal de Santiago. Apuesto, especie de salvaje, á que no has puesto los pies en el café de Sevilla; pues bien, querido, allí está la primera etapa de la gloria. Aquí viene el ómnibus del Odeón. ¡En marcha! Dentro de veinte minutos nos hallaremos en el boulevard Montmartre, en donde, con una copa de ajenjo, quiero administrarte el bautismo de grande hombre.

Aturdido, arrastrado, Amadeo deja hacer al cómico y trepa con éste á la imperial del ómnibus. «Ding, ding, ding, ¿no hay correspondencia?» ¡Arrea, conductor!» El vehículo baja hacia los muelles, atraviesa el Sena y el Carrousel, pasa por delante del Teatro Francés, al que Jocquelet, pensando en su próximo estreno, amenaza con el puño exclamando: «¡nos veremos!» Y ved á ambos jóvenes saltando al asfalto del boulevard, enfrente del café de Sevilla.

No vayáis á ver hoy día esta antigua covachuela que ha cobijado á tantas celebridades políticas y literarias; pues sólo encontraríais un café del boulevard, como otro cualquiera, con grupos de usureros que cotizan el curso de los valores, y acá y allá alguna ruinosa cocotte, ó bien una criada de algún restaurant nocturno abrumada como Jézabel y muriéndose de fastidio delante de un bock de cerveza.

Pero á fines del segundo Imperio (Amadeo Violette entró allí por primera vez en 1.° de mayo de 1866), el café de Sevilla era considerado, con razón, como uno de los sitios más notables de París. Porque ha de saberse que este glorioso establecimiento ha provisto casi por sí solo de personal á nuestra tercera República... Sea usted franco, señor prefecto, que preside allá abajo, en su departamento, la apertura de los comicios agrícolas, y que hace el pavo real con el frac bordado de plata delante de una imponente línea de animales cornudos; sea usted franco, y confiese que en el tiempo aquel en que usted combatía las candidaturas oficiales, en una publicación democrática, iba al café de Sevilla, fumando en una pipa que tenía grabado su nombre en esmalte blanco sobre el ennegrecido tubo... Acuérdese usted, señor diputado que votaba en contra de los casos de exención militar; acuérdese usted que aquí mismo, mientras jugaba al dominó, peroraba furioso contra los ejércitos permanentes, acostumbrándose al bullicio de las asambleas con el estrépito del café, y se ejercitaba al mismo tiempo en las victorias parlamentarias, gritando: «¡Cerrado á *seises* y á contar!...» Usted mismo, señor ministro, á quien todavía algún portero que data del tiempo de los tiranos da el tratamiento de «Excelencia» sin que usted se incomode; usted también ha sido uno de los pilares del café de Sevilla, y parroquiano tan asiduo, que la señora del mostrador le llamaba á usted por su nombre de pila... Sí, acuérdese usted, futuro Presidente del Consejo, de que no derrochaba mucho cuando la susodicha señora sedentaria, á la cual nadie vió jamás levantarse de su sillón, porque, según un bromista, tenía las dos piernas de palo, le llamaba á usted con un ligero movimiento de cabeza, y detrás del mostrador murmuraba con cierta severidad: «Sr. Eugenio, es preciso que vaya usted pensando en pagar esa cuentecita.»

No obstante su título de poeta, Amadeo no tenía el don de profecía. Al ver á aquellos hombres, vestidos con demasiado abandono, sentados á las mesas de la acera del café de Sevilla, tomando aperitivos, el joven no pudo figurarse que se encontraba en presencia de la mayor parte de los legisladores destinados á asegurar algunos años más tarde la felicidad de Francia. A haberlo sabido, hubiera hecho respetuosamente una lista de los nombres de aquellos consumidores, consignando además lo que estaban tomando; y por consecuencia, esto hubiérale sido muy útil como medio mnemotécnico para la inteligencia de nuestras combinaciones parlamentarias, que, forzoso es convenir en ello, son algo complicadas. Por ejemplo, hubiérale sido cómodo y agradable hacer constar que la reciente ley sobre azúcares había sido votada por la mayoría compacta de ajenjos y de vermouths, ó reconocer que la última caída del Gabinete debíase atribuir sencillamente al desleal y pérfido abandono de los bittermentas y de los casís aguados.

(Continuará.)

NUESTROS GRABADOS

El mercado de las flores en París, cuadro de A. Lonza. – Reune este cuadro cuantos elementos pueden hacer agradable una pintura: la transparencia del aire propia de un hermoso día de mayo, flores de variados y preciosos esmaltes artísticamente colocadas y un grupo encantador formado por una graciosa florista, una linda niña y una elegante dama. Con estos materiales cualquier mediano artista puede hacer una obra bonita; y si ese artista en vez de ser una medianía es una notabilidad, ¡qué mucho que su obra resulte bajo todos conceptos bella!

Hemos dicho que el autor es una notabilidad, y de que no exageramos al darle este calificativo podrán responder los que recuerden *El tirador de cuchillos* que del mismo publicamos en el número 422 de la ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA.

Creemos que el mejor elogio que de *El mercado de flores en París* puede hacerse, es decir que parece salido del pincel de un buen pintor parisiense: esto, tratándose de un asunto tomado de la capital de Francia, no puede menos de sonar á alabanza (en este caso muy justa) aun en los oídos de quien obtiene sus más señalados triunfos en Alemania.

* *

Combate en el púlpito de San Agustín de Zaragoza, cuadro de César Alvarez Dumont. – ¿Para qué describir lo que este cuadro representa? Los nombres de Zaragoza, Gerona, Bailén y tantos otros como hizo inmortales la guerra de la Independencia son el abecé de la historia patria moderna, y además de conocidos y venerados por todos los españoles han traspasado nuestras fronteras y héchose acreedores al respeto y á la admiración de los pueblos extranjeros.

Dejemos, pues, el asunto y fijémonos en el lienzo.

Dificultades al parecer insuperables ofrece al artista sintetizar en un episodio contenido en algunos metros de tela la grandiosa epopeya en que fué heroína la capital aragonesa: reducir á tan estrechos límites lo que ha merecido ocupar largas y gloriosas páginas en nuestros anales históricos, presentando dentro de aquéllos lo que podríamos llamar todo el espíritu de tan titánica lucha, es decir, la desesperación que en vez de abatir infunde mayores ánimos, el valor rayano en temeridad, la fraternidad nacida del común peligro, del común amor á la independencia, del odio común al invasor, es obra factible sólo para talentos verdaderamente excepcionales.

Nuestro distinguido compatriota ha demostrado ser uno de éstos: su hermoso cuadro expresa todo lo que apuntado dejamos, y en él á la magnitud del asunto corresponde la grandiosidad de la ejecución.

El sentimiento que el *Combate en el púlpito de San Agustín de Zaragoza* despierta en nuestros corazones de españoles, demuestra que el pintor ha sabido hallar por modo maravilloso la nota justa que ciñéndose á la verdad, sobrado sublime por sí sola para necesitar de aditamentos forjados por una fantasía más ó menos inspirada, llega al alma y hace vibrar en ella las delicadas fibras del santo patriotismo.

El Sr. Alvarez Dumont es autor de otros dos célebres cuadros, *Defensa de la torre de San Agustín de Zaragoza* y *El gran día de Gerona*, que fueron premiados con medallas de tercera y de segunda clase respectivamente en la Exposición nacional de 1884 el primero y en la de este año el segundo.

* *

Billete amoroso, estatua de G. van der Straeten. – ¿Quién no adivinaría, aunque el escultor se hubiese olvidado de decirlo, que se trata de un billete de amor? Entre los múltiples géneros del arte epistolar, ¿cuál otro que el amoroso es capaz de llevar al alma esa alegría especial que tan bien se revela en la expresión del rostro de esa gentil lectora? Mírense en ella las muchachas que todavía cuentan sus años por abriles, busquen en el fondo de su corazón un recuerdo ó un presentimiento, y digan luego qué les parece la estatua de van der Straeten. A buen seguro que convendrían con nosotros en que difícilmente se puede expresar mejor la verdad de un sentimiento. Y si para la parte estética consultamos con los representantes del sexo fuerte, ¿á que ninguno nos negará que la joven que á nuestra vista se ofrece es un portento de gracia y de belleza?

Oídas estas opiniones, ocioso nos parece solicitar el voto de los críticos: si la obra es bella, graciosa y sentida, no será de fijo porque el escultor haya cometido un desacierto, sino porque ha cumplido á maravilla las condiciones técnicas del arte sin las cuales no hay producción artística que resista al examen aun de los menos entendidos en la materia.

* *

Encantos primaverales, cuadro de J. R. Wehle. – Todo lo que sea primavera, juventud y gracia atrae á los artistas, y nos lo explicamos perfectamente. El pintor alemán, como tantos otros de otros países, se ha dejado seducir por aquellos tres elementos de belleza y ha trazado una nota en grado sumo simpático, que nos comunica, al contemplarla, el mismo suave deleite que debió experimentar el autor al concebirla. Y con decir esto, creemos hacer el elogio merecido de los *Encantos primaverales*.

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCION

POR AUTORES Ó EDITORES

CÓDIGO CIVIL ESPAÑOL comentado y concordado con el derecho foral vigente en Cataluña, Aragón, Navarra y demás territorios aforados, con la Jurisprudencia del Tribunal Supremo de Justicia y con los Códigos civiles de la mayor parte de los países de Europa y América, por D. León Bonel y Sánchez. Tomos I y II. – La publicación del Código Civil Español, iniciando una nueva era en la legislación de nuestra patria, ha abierto ancho campo á la actividad intelectual de los que conociendo á fondo por sus estudios y por su práctica cuanto á nuestra legislación se refiere, han querido imponerse la difícil cuanto honrosa tarea de analizar las prescripciones en aquél contenidas, comentarlas y concordarlas con las legislaciones forales y extranjeras. Lugar preferente entre todas las obras de esta clase publicadas merece sin disputa la que con tanto éxito viene dando á luz el digno é inteligente magistrado de esta Audiencia territorial D. León Bonel y Sánchez: completa como pocas, metódica y clara en su exposición, ajustada en sus comentarios á un espíritu de observación profundo, minuciosa y justa en sus concordancias, que revelan gran conocimiento, así de la legislación general como de las múltiples legislaciones forales que aun rigen en determinados territorios y de las principales legislaciones extranjeras, la obra del Sr. Bonel y Sánchez constituye un elemento indispensable para los que se dedican al ejercicio del derecho en todas sus manifestaciones.

Para ocuparnos de ella con la extensión y detenimiento á que su excepcional bondad la hace acreedora, necesitaríamos un espacio de que la índole de esta publicación no nos permite disponer. Nos limitaremos, pues, á consignar que el contenido de la misma corresponde con creces al vasto programa que el título encierra, y que bajo todos conceptos han de encontrar en ella un valioso consultor para el buen desempeño de su cometido los que á la judicatura se dedican.

Al agradecer la atención que el Sr. Bonel y Sánchez ha tenido para con LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA remitiéndonos un ejemplar de los dos tomos hasta ahora publicados de su importantísima obra, le enviamos nuestros modestos pero sinceros plácemes por el singular acierto con que la está llevando á cabo, prestando con ello señalado servicio á cuantos cultivan la ciencia del derecho y enriqueciendo con un libro de excepcional valía la literatura jurídica española.

La obra se vende en todas las librerías de Barcelona y en las principales de las demás provincias y Ultramar.

* *

ADVERTENCIAS

Siendo en gran número los trabajos literarios que recibimos para LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA y en la imposibilidad de contestar á todos los que con ellos nos favorecen, debemos advertir que sólo contestaremos á los autores de los artículos que aceptemos para insertarlos en este periódico.

No se devuelven los originales.

* *

Suplicamos á nuestros corresponsales y suscriptores, especialmente á los de América, nos remitan cuantas fotografías de monumentos, obras artísticas, etc., consideren propias para ser publicadas en la ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, acompañándolas de los datos explicativos necesarios. En caso de que sean admitidas, tendremos el gusto de consignar, al confirmarlas en las columnas de nuestra publicación, el nombre de la persona que nos haya honrado con el envío de las mismas.

Asimismo agradeceremos la remisión de todas las noticias que tengan verdadero interés artístico ó literario.

NOTICIAS VARIAS

Nueva secta rusa. – El *Swiet*, que es el periódico ruso mejor informado en todo cuanto se refiere á las provincias del vasto imperio moscovita, publicaba hace algunos días la siguiente noticia: «El país de Oufa (limítrofe del Ural) está aterrorizado por la aparición de una nueva secta: los dogmas profesados por sus adeptos son todavía desconocidos, pero se propagan con gran rapidez por las aldeas. Un hecho patente é innegable denuncia en seguida en cualquier punto la presencia de esos sectarios: en la primera noche que sigue á su aparición en una nueva localidad, los sectarios, á quienes se denomina *strigouny* ó *esquiladores*, arrancan las plumas de las aves de corral, esquilan á los carneros, cortan las colas de los caballos y hasta la barba y los cabellos de todos los borrachos que encuentran por la calle, y luego queman todos esos pelos y aventan las cenizas en medio de una gritería infernal. Los ortodoxos están alarmadísimos y suponen que la aparición de estos sectarios presagia una epidemia que ha de diezmar al pueblo ruso.»

A esta noticia añade un corresponsal de la *Revue Francaise*, que en todo ello nada hay que pueda causar sorpresa, porque sabido es que las sectas son una de las plagas de las campiñas rusas, y que en abundancia y variedad de las mismas, así como en lo absurdo de sus doctrinas, sólo América puede competir con la Santa Rusia, y aun América no ha llegado á la altura de los Skeptsy, esos discípulos de Orígenes que ven en las mutilaciones corporales la primera condición indispensable para alcanzar la salvación en la otra vida.

El buen pueblo ortodoxo haría bien en examinar si esos «nuevos sectarios» no están afiliados á la secta ya antigua de los comerciantes en plumas y en crines, y si esos terribles esquiladores no son simplemente ingeniosos industriales que pagan la primera materia con sustos y terrores, en vez de pagarla en moneda contante y sonante.



ENCANTOS PRIMAVERALES, cuadro de J. R. Wehle

***

Los ingleses en Venezuela. – El conflicto anglo-venezolano relativo á la frontera de Guayana, de que hablamos en uno de nuestros anteriores números, sigue preocupando á los hombres de Estado de aquella república, que no se sienten dispuestos á sacrificar los derechos seculares de Venezuela sobre los territorios ocupados, aunque la nación usurpadora sea tan poderosa como Inglaterra.

Los ingleses, menospreciando todos los tratados, no sólo ocuparon hace cinco años los territorios que estaban en litigio y que por el convenio de 1870 debían permanecer inocupados, sino que avanzaron hasta Bazo Barima y el Amocuro, es decir, hasta las bocas del Orinoco, á fin de apoderarse de un territorio rico en minas de oro y de proclamar la libre navegación de ese último río.

Compréndese que estas pretensiones alarmen á Venezuela y á todos los Estados americanos que no han de consentir que vaya á parar á poder de los ingleses una de las principales arterias fluviales del continente sudamericano. Por fortuna las cosas no han llegado aún á este extremo, y nadie duda de que gracias á la energía del presidente Andueza Palacio, apoyado por la opinión unánime de Venezuela, el gobierno británico, reconociendo al fin los derechos durante tanto tiempo menospreciados, no tardará en dar satisfacción á las legítimas reivindicaciones del pueblo venezolano.

(De *La Nature*)

ADVERTENCIA

Creemos oportuno anunciar nuevamente á nuestros suscriptores, que, según la Advertencia inserta en la última página del número anterior, con dicho número debió repartírseles el primer tomo encuadernado de la HISTORIA DE LOS GRIEGOS; así pues, el suscriptor que no lo hubiere recibido puede reclamarlo al repartidor ó corresponsal de esta casa.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustracion Artística

Año IX — Barcelona 15 de septiembre de 1890 — Núm. 455

SUMARIO

UNA COMISION BARCELONESA
EN ITALIA

En el número 441 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA publicamos un grabado, reproducción de la corona de hierro dedicada por Barcelona y la colonia italiana barcelonesa á la memoria de D. Amadeo de Saboya, ex rey de España, y al hacer la descripción de dicha corona en cuanto obra artística que honra á la casa F. Masriera y C.ª, indicamos también el objeto que guiaba á barceloneses é italianos al costearla por suscripción pública y voluntaria.

La comisión constituída para recaudar los fondos al efecto juzgó oportuno acompañar á la corona una misiva de pésame al rey Humberto I y otra al primogénito del duque de Aosta, y á este fin mandó extender una y otra en pergamino y con caracteres góticos modernos, exornando la escritura con iniciales y adornos primorosamente iluminados y uniendo á la primera un sello que llevaba estampado el escudo de Barcelona, pendiente de una ancha cinta, tejida ex profeso con los colores nacionales italiano y español.

Al tratar de hacer llegar á su destino estos objetos consideró también que, con preferencia á cualquier otro medio de envío, debía encargarse de ello una comisión que depositase la corona en la tumba del príncipe Amadeo y entregase los pergaminos en manos de las augustas personas á quienes iban dirigidos. Así lo hizo, quedando compuesta esta comisión de los Sres. Pujol y Fernández, concejal del Ayuntamiento de Barcelona; Squinabol, comerciante y ex vicecónsul de Italia; Canadell, banquero y armador; Pirozzini, individuo correspondiente de la Academia de Bellas Artes de San Fernando; Buogo, comerciante; Ferri, ingeniero; y el redactor de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA que traza estas líneas. Esta comisión se encargó también de llevar dos elegantes álbums de fotografías del monumento erigido á Colón en nuestra ciudad, uno para el rey Humberto y otro para el Municipio de Génova, y además una medalla de plata, encerrada en un rico estuche con iniciales de oro y granates, ofrecida por la Junta directiva de la

VIAJE DE LA COMISIÓN BARCELONESA Á ITALIA



Vista de la Basílica de la Superga, en Turín, donde está enterrado el príncipe Amadeo de Saboya

Exposición Universal á S. A. el duque de Génova, como recuerdo de su visita á dicha Exposición. Por último, los Excmos. Sres. gobernador y alcalde de Barcelona tuvieron á bien confiarla cartas en que saludaban á sus colegas de Génova, Turín y Milán. Partió la comisión mencionada el 7 de agosto último, y á su paso por Marsella fué recibida y obsequiada con un desayuno por el cónsul de Italia y los presidentes de las diferentes sociedades italianas de dicha ciudad. Tres horas solamente se detuvo en ella, y prosiguió el viaje, habiendo llegado á Génova á hora avanzada de la misma noche.

El recibimiento que en aquella ciudad se le hizo fué entusiasta y cordialísimo. Todas las autoridades la estaban esperando en la estación del ferrocarril, que se hallaba además ocupada por un numeroso gentío, y después de darle la bienvenida en los términos más afectuosos, la acompañaron en lujosas carretelas al magnífico hotel Isotta, donde el Municipio le tenía preparado alojamiento en sus principales y elegantísimas habitaciones.

Al otro día el Ayuntamiento celebró una recepción en su palacio en honor de los comisionados, á los cuales fueron á buscar algunos concejales que los acompañaron en coche á dicho edificio, penetrando en él la comitiva por entre una doble fila de individuos del cuerpo de bomberos, vestidos de gala y presentando las armas, y á los acordes de la marcha real española que la banda municipal tocaba en el vestíbulo.

El síndaco ó alcalde, rodeado de los concejales, recibió á la comisión barcelonesa en el espacioso salón principal, y reprodujo sus frases de bienvenida, dando gracias á los delegados barceloneses por la elevada misión que iban á cumplir y haciendo votos por la prosperidad de España, de su rey, de su augusta madre y de la ciudad de Barcelona. El Sr. Pujol y Fernández le contestó, agradeciendo á su vez en nombre de la comisión los obsequios que á ésta se hacían, y expresando análogos deseos con respecto á Italia, á su monarca y á Génova. En parecidos términos se expresó también el Sr. Canadell. Hecha entrega por el Sr. Pirozzini del álbum que para el Municipio de Génova llevaba, los comisionados pasaron á visitar las diferentes dependencias de aquel palacio, y luego, acompañados del síndaco y algunos concejales, continuaron visitando el Museo de Bellas Artes, la Universidad, la catedral, la iglesia de la Anunziata y el magnífico hospital de la duquesa de Galliera.

Por la noche se celebró el banquete de gala dispuesto por el Ayuntamiento en honor de la comisión y al cual estaban invitadas todas las autoridades y personas notables de Génova. En dicho banquete, suntuosa y profusamente servido, reinó la mayor cordialidad y sobre todo una deferencia extraordinaria para con los españoles, los cuales manifestaron toda su gratitud por ella en los brindis con que contestaron á los del síndaco, del prefecto y de otros comensales italianos, todos ellos inspirados en el más vivo afecto á España y á la dinastía en ella reinante. La banda municipal obsequiaba en el interior con una serenata á los huéspedes extranjeros, estrenándose en ella una preciosa mazurca original del director de la banda, quien la dedicaba á Cataluña, y que entregó como recuerdo la partitura á la comisión barcelonesa.

A la mañana siguiente, la Compañía nacional de navegación italiana dispuso en obsequio de los barceloneses una excursión marítima y un *lunch* á bordo del soberbio vapor *Domenico Balduino*, excursión en la que hicieron con suma amabilidad los honores el director de la compañía Sr. Crespi y el capitán del buque Sr. Gavino, los cuales invitaron también á las autoridades y principales personajes de la población, así como á una representación de la prensa. Aquel paseo de cinco horas por el amenísimo golfo de Génova, cuyos pintorescos puntos de vista no se cansaban de admirar los comisionados, fué uno de los agasajos de que conservarán éstos más agradable recuerdo.

Por la tarde el prefecto Sr. Municchi, funcionario altamente simpático, obsequió á la comisión con otro banquete, en el que italianos y españoles pronunciaron asimismo elocuentes é inspirados discursos, y después varios concejales condujeron á los segundos al teatro del Politeama, único abierto á la sazón en Génova.

Dedicó la comisión la siguiente mañana, siempre acompañada de las mismas complacientes autoridades, á visitar el campo santo de la ciudad, abundante en escultóricos sepulcros, algunos de relevante mérito, y al mediodía partió para Turín, siendo despedida cariñosa y cortésmente en la estación por las mismas personas que la habían recibido á la llegada.

En Turín el recibimiento fué más entusiasta si cabe que en Génova. Autoridades, corporaciones, personajes distinguidos y un numeroso gentío llenaban el espacioso ámbito de la monumental estación, y la comisión barcelonesa, después de las obligadas presentaciones, pasó á ocupar los coches que se le tenían preparados entre una doble fila de individuos del cuerpo municipal de bomberos que, vestidos de gala, presentaban las armas, á los ecos de las marchas reales española é italiana y saludada con vivas y aclamaciones por el pueblo que ocupaba todo el trecho comprendido entre la estación y el hotel de Europa, situado en la plaza del Castillo, hotel en que el Ayuntamiento le tenía ya dispuestas lujosísimas habitaciones.

A las ocho de la mañana siguiente procedió la comisión hispano-italiana á desempeñar la principal misión que la había llevado á Italia, la de depositar la corona costeada por los barceloneses en la tumba del malogrado príncipe Amadeo de Saboya. A dicha hora acudieron en su busca el síndaco, la junta municipal y el dignísimo cónsul de España Sr. Conde Gani, y todos se encaminaron á la colina de la Superga, á cuya cumbre ascendieron en el ferrocarril funicular. En esta cumbre se asienta, á 733 metros sobre el nivel del mar, la magnífica basílica que representa nuestro grabado y en la que está el panteón de los príncipes de la Casa de Saboya Dicha basílica, obra maestra del famoso arquitecto Juvara, es un templo grandioso y de bellísimas proporciones, dedicado á la Virgen María y mandado construir por el duque Víctor Amadeo II en acción de gracias por la victoria alcanzada en 7 de Septiembre de 1706 sobre el ejército francés mandado por el duque de Orleans, que hacía cuatro meses tenía puesto estrecho cerco á Turín.

La comitiva fué recibida por el abad Pavarino, quien después de darle la bienvenida la condujo á contemplar el templo, y acto continuo á la cripta donde, ya en artísticos mausoleos ó ya en grandes nichos, duermen el sueño eterno cuarenta y cuatro individuos de la familia real de Saboya.

El acto que allí tuvo lugar fué verdaderamente solemne. Delante del nicho que guarda los restos del duque de Aosta se colocaron dos individuos de la comisión, los Sres. Squinabol y Pirozzini, el primero italiano y el segundo español, sosteniendo la artística corona; enfrente de ellos, los otros delegados, y formando semicírculo, el abad, las autoridades y demás invitados á la fúnebre ceremonia Entonces los señores Pujol y Fernández y Canadell pronunciaron sentidos discursos alusivos al acto, y el abad Pavarino, con acento conmovido, dió las gracias á Barcelona y á la comisión por aquel homenaje, que calificó de nobilísimo.

Por la tarde los barceloneses fueron á visitar al síndaco Sr. Voli, que los recibió acompañado de toda la junta municipal en el salón de sesiones del Ayuntamiento, y durante la visita le entregaron aquéllos la carta que llevaban del Excmo. Sr alcalde de Barcelona, así como mil pesetas, sobrante de la suscripción de la corona, destinadas á la del monumento que se debe erigir en Turín á la memoria del duque de Aosta. El Sr. Voli recibió con vivas muestras de agradecimiento la carta y la expresada cantidad, y manifestando á los comisionados que quedaban desde luego invitados á asistir á la inauguración de aquel monumento, les indujo cortésmente á aceptar la invitación. Visitaron luego al prefecto Sr. Conde Lovera, que los acogió con no menor afabilidad y les hizo los honores de su palacio, y en seguida, acompañados por el cónsul de España Sr. Conde Gani, y dos concejales, fueron á ver el suntuoso Palacio Real y la Armería, y dieron un paseo por las principales calles de aquella hermosa ciudad.

Por la noche se celebró en un magnífico salón del hotel de Europa el espléndido banquete que el Ayuntamiento daba en honor de la comisión italo-española, figurando entre los invitados, además de todas las autoridades civiles y militares, senadores, diputados, industriales, representantes de la magistratura y del magisterio, presidentes de diferentes corporaciones é individuos de la prensa local. Los brindis que se pronunciaron en este banquete fueron muchos y expresivos y, como en Génova, inspirados todos ellos en los sinceros y recíprocos deseos de la prosperidad de ambas naciones y de sus respectivas dinastías.

Los comensales dirigiéronse al terminar el banquete á los balcones de la fonda para oir la serenata que la banda municipal dedicaba á la comisión, y al asomarse ésta á aquéllos fué saludada con un atronador aplauso en que prorrumpieron unánimes las innumerables personas que llenaban por completo la espaciosísima plaza del Castillo Aquella espontánea é inesperada muestra de simpatía por parte de un pueblo que tiene fama de no prodigarlas, llenó de emoción y de gratitud á los barceloneses, que saludaron á la muchedumbre agitando sus pañuelos y aplaudiendo á su vez cuando la música entonó la marcha real italiana. Por espacio de algún tiempo resonaron en la plaza continuos vivas á Italia, á España, á Barcelona y á Turín.

No hubieran terminado aquí los obsequios, pues el prefecto tenía algunos preparados para el otro día; pero la comisión, avisada por un telegrama del mayordomo de la casa real de que S. M. la esperaba en Monza á las seis de la tarde siguiente, hubo de marchar á Milán en la mañana de dicho día. La despedida en Turín fué tan lisonjera y cordial como el recibimiento, y los comisionados partieron profundamente impresionados por los inmerecidos agasajos de que se les había colmado.

En Milán los esperaban también las principales autoridades, el mayordomo de la casa real Sr. conde de Santa Rosa, un ayudante de campo de S. M. y el distinguido cónsul de España Dr. Broca

Condujéronles al elegante hotel Continental, y poco después una comisión del Municipio fué en su busca para acompañarlos á visitar á las autoridades local y provincial y á ver la admirable catedral y demás principales monumentos de la ciudad, y terminado este rápido paseo, la comisión se trasladó en un tren á Monza para ofrecer sus respectos á S. M. el rey Humberto.

Llegada á la estación de aquella ciudad, subió á los coches de la casa real que la estaban esperando, y la condujeron á Palacio El rey, con extremada bondad, se dignó salir á recibirla á la meseta de la escalinata exterior del edificio, donde el Sr. conde de Santa Rosa le fué presentando sucesivamente á los comisionados, á cada uno de los cuales estrechó S. M. la mano. Pasó luego seguido de éstos á un salón en el que conversó afablemente con ellos, presentándoles á S. A el conde de Turín, hijo segundo del príncipe Amadeo; y después de aceptar con manifiesta gratitud los pergaminos y demás presentes que respetuosamente le ofrecieron, les convidó á dar un paseo con él por el dilatadísimo y frondoso parque del palacio. Entretanto, el conde de Santa Rosa había manifestado á los barceloneses que el rey se complacía en honrarlos invitándolos á su mesa, haciéndoles saber además que mientras permaneciesen en Milán serían huéspedes de S. M.

En efecto, de regreso del paseo aquéllos tuvieron el honor de comer con el monarca, quien durante la comida sostuvo una animada conversación, expresándoles su agradecimiento por el homenaje tributado á su inolvidable hermano, añadiendo que recordaba con complacencia la cariñosa acogida de que fué objeto en su viaje á España y asegurando que no olvidaría aquél ni ésta. Sin duda en confirmación de sus palabras, se dignó beber el Champagne en honor de cada uno de los delegados, honor que éstos agradecieron profunda y reverentemente.

La comisión, al partir, significó á S. M. toda su inmensa gratitud por las inmerecidas atenciones y honores que de él ó por su orden había recibido desde su entrada en Italia, y el rey, al despedirla, volvió á darle las gracias por la piadosa y delicada misión que había cumplido, y la acompañó hasta la misma escalinata donde horas antes la recibiera, estrechando otra vez la mano á cada uno de los delegados.

Aceptando la galante invitación del Ayuntamiento de Milán, fueron éstos al día siguiente á visitar la maravillosa Cartuja de Pavía, acompañados de varios concejales, del profesor Magenta, perfecto conocedor de los menores detalles del soberbio templo, y del conservador del mismo, com. Rigoni. La Cartuja, cuyo actual estado es una prueba del exquisito cuidado puesto en su conservación, ofrece á la admiración del viajero tantas preciosidades artísticas que no basta para apreciarlas la rápida visita que hizo la comisión, por más que la guiaran en ella personas tan inteligentes como las nombradas. El Municipio de Milán tenía dispuesto en una celda del convento un abundante *lunch* con el que obsequió á los delegados.

Temerosos éstos de abusar de la hospitalidad del rey hubieran partido al día siguiente de Milán, pero debieron aplazar su marcha para aceptar un banquete ofrecido por el Sr. cónsul de España, y otro que con cariñosa insistencia les dió el escultor Sr. Buzzi, laureado expositor de la Universal de Barcelona.

La comisión regresó por fin á esta capital, felicitándose sus individuos por el honor recibido al confiárseles la misión en cuyo desempeño han tenido ocasión de apreciar las simpatías que el pueblo italiano siente por el español; la munificencia y bondad del rey Humberto; la cortesía y esplendidez de las autoridades; la galantería de la prensa; la actividad, laboriosidad y adelanto de las hermosas ciudades de Génova, Turín y Milán, y sobre todo, el alto aprecio que todas las clases de la sociedad han hecho del piadoso homenaje tributado por Barcelona y la colonia italiana á la memoria del duque de Aosta.

MANUEL ARANDA.



REGATAS Á REMOS, cuadro de F. Vezin. (Exposición de Munich, 1890.)

SECCION AMERICANA

EL DEMONIO DE LOS ANDES

TRADICIONES HISTÓRICAS SOBRE EL CONQUISTADOR FRANCISCO DE CARBAJAL

POR RICARDO PALMA

(Conclusión)

X

¡AY CUITADA! Y ¡GUAY DE LO QUE AQUÍ ANDABA!

Que el octogenario y obeso Francisco de Carbajal se pirraba por amontonar tejos de oro, es punto en que todos los cronistas convienen, sin referir de su merced un solo acto de largueza ó desprendimiento. Súplicas ó empeños no influían en su ánimo para que perdonase al enemigo, salvo cuando venían acompañados de argumentos de peso, es decir, de limpios ducados ó barrillas de metal.

A inmediaciones del Cuzco sorprendió una noche á un rico vecino, cuyo delito no era otro que haber permanecido quieto en su casa, negándose á tomar partido por Gonzalo.

– ¡Hola, seor tejedor!, le dijo don Francisco. Tejida tiene ya Cantillana la cuerda con que ha de ahorcarle. Que venga el padre Márquez y lo confiese.

El sentenciado que, aunque hombre de espíritu pacífico, no perdió la serenidad, acordóse de que el maestre de campo tenía su lado flaco, y contestó:

– Antes que con el capellán, querría confesar con vueseñoría.

Y acercándose al oído de Carbajal le dijo en voz muy baja:

– Doy dos mil pesos de oro por rescate de mi vida. ¿Acomoda el trato?

D. Francisco guiñó un ojo, en muestra de aceptación, y volviéndose á los capitanes que lo acompañaban, exclamó:

– ¡Loado sea el Señor que ha inspirado á vuesamerced á tiempo para revelarme su secreto! Y pues disfruta de privilegio de corona, vaya vuesamerced mucho con Dios, y esté seguro que, si somos contra el Rey, no somos contra la Iglesia.

Con estas palabras se propuso Carbajal alejar de los suyos la sospecha del positivo móvil de su inusitada clemencia. ¡Bueno era él para guardar respetos á gente de iglesia, él que había ahorcado en Ayacucho al padre Pantaleón con el breviario al cuello!

Cuentan de Carbajal que, en el saco de Roma, mientras sus compañeros andaban á caza de alhajas y disputándose entre ellos las prendas del botín, don Francisco se ocupaba tranquilamente en trasladar á su posada los protocolos de un escribano. Este, interesado en rescatar su archivo, pagó á Carbajal mil quinientos ducados. La soldadesca, que lo había calificado de loco porque se apoderó de pergaminos y papeles viejos, tuvo que confesar que procedió con talento, pues nadie logró en el saco de Roma provecho mayor que el obtenido por nuestro *Demonio de los Andes*. Las monedas del cartulario sirviéronle para trasladarse á México.

Pero los tesoros del avaro Carbajal tuvieron siempre la mala suerte de que otro y no él los disfrutase. Así, aunque vencedor en el combate de Pocona, los derrotados cayeron en su fuga sobre el equipaje de don Francisco, haciendo cata y cala de los tejos de oro.

Mucho dolióle al maestro de campo este percance, y pasó un mes practicando infructuosas diligencias para recobrar lo perdido. Al cabo recuperó un tejuelo. Veamos cómo.

Dados de alta entre los suyos varios de los vencidos, supo que uno de éstos, llamado Pero Hernández, estaba jugando á la *dobladilla* un tejuelo de oro. En la disciplina de aquellos aventureros era el juego lícita distracción para el soldado en las horas que el servicio dejaba libres.

Carbajal que, en el Perú por lo menos, nunca manejó los dados, encaminóse paso entre paso al garito, y entrando de rondón, dijo:

– Jueguen y huelguen los caballeros y estése queda esa moneda, que juro cierto que es muy buena.

Y puso la mano sobre el tejuelo, que pesaba quinientos castellanos, añadiendo alegremente:

– ¡Ay cuitada! Y ¡guay de lo que aquí andaba! ¡A las clines, corredor! ¡Ahora, por mi vida, que te va el recuerdo!

Y después de pelotear entre las manos la barrilla, como para acabar de convencerse de que era una de las que viajaron en su equipaje, continuó:

– Venga acá, señor Pero Hernández, que quiérole contar un cuento.

El soldado, que no creía ya su cabeza muy firme sobre los hombros, obedeció al llamamiento.

– Habrá de saber, señor Pero Hernández, que una honrada dueña quería mucho á su marido, y murióse éste; y un día, barriendo la casa, topó con unas calzas viejas del difunto; y cortando la bragueta púsola en un agujero; y cada vez que barría la casa, cuando llegaba al agujero comenzaba á bailar, cantando: – ¡ay cuitada! y ¡guay de lo que aquí andaba!

Y Carbajal, imitando á la dueña, se puso á bailar, repicando con el tejuelo y repitiendo el malicioso estribillo.

– Dígame ahora, señor Pero Hernández, ¿qué es de una carga de oro que estaba con este tejuelo, pues me faltan otros veinte de la familia?

– Señor, yo no lo sé, contestó el soldado; que este tejuelo me tocó en el reparto. En cuanto á los otros, que cada sacristán doble por su difunto, que yo no tengo por qué.

– Pues búsqueme á los hermanos y encuéntrelos, por su vida, ladroncillo de barjuleta.

Y Carbajal salió del garito canturreando muy alegre: «¡ay cuitada! y ¡guay de lo que aquí andaba!»

En cuanto á Pero Hernández, aquella misma noche tomó el camino del humo, temeroso de que á don Francisco se le antojara más tarde cobrar en su pescuezo el precio de los tejuelos.

XI

LA BOFETADA PÓSTUMA

Gran soldado y gran caballero fué el capitán Luis Perdomo de Palma, el mallorquín.

Leal á la causa del virrey Blasco Núñez de Vela, gastó cuanto poseía para equipar una compañía de piqueros y sobresalientes; mas en una ocasión sus soldados estuvieron á punto de desbandarse, alegando que su capitán les era deudor de pagas cuyo monto subía á mil ducados.

Súpolo Perdomo á buena sazón, y se presentó en medio de los amotinados.

– ¿Por qué me queréis dejar?, les dijo. ¿Heos dado motivo de agravio? ¿No os traté siempre como á hijos?

– Perdone vuesamerced, contestó el cabecilla, bueno es servir al rey, mo-

neda sobre moneda; pero ni pizca de gracia nos hace esto de batallar al fiado. Si su majestad nos ha menester, que nos pague la soldada, que vida horra y de menos peligro trae la gente del gobernador. No á su campo vamos que, señor por señor, de rebelde es su bandera; pero sí á lo de la villa de la Plata en pos del descanso y de la holgura.

Luis Perdomo de Palma frisaba ya en los cincuenta y su cabello empezaba á blanquear. Había en su persona un sello tal de altivez y nobleza, que inspiraba respeto y amor á cuantos le trataban.

Afeó con enérgicas razones la conducta de los amotinados, y éstos, arrepentidos del villano proceder, protestaron morir bajo la bandera del capitán y renunciar á las pagas.

– No en mis días, contestó su jefe, esperad un rato, que prométovos que poco he de valer ó habéis de quedar pagados esta misma vegada.

Y Luis Perdomo se encaminó á casa de un mercader y solicitó de él un préstamo de mil ducados por ocho días, tiempo en que esperaba recibir de su casa, convertidos en dinero, los últimos restos de su fortuna.

El mercader se encogió de hombros y contestó:

– Pobre prenda es una esperanza, que ella, señor capitán, puede marrar, y más en los tiempos de revuelta que vivimos. No me acomoda la prenda.

Ante la poca confianza que tan sin ambages le manifestaba el mercader, otro hidalgo lo habría echado todo á doce, tratádolo de perro y de judío y aun molídole las costillas. Pero el noble caballero se revistió de dignidad, y arrancándose un puñado de pelos de la barba, dijo:

– ¿Queréis que os empeñe por ocho días estas honradas barbas?

El mercader era también hombre de gran corazón, y descubriéndose con respeto, contestó:

– Señor Luis Perdomo, con prenda tal podéis disponer de cuanto valgo y poseo. Venid que os cuente los mil ducados

Al vencimiento del plazo desempeñó el hidalgo los pelos de su barba.

¡Qué tiempos! Y ¡qué hombres! La semilla de éstos no ha fructificado.

¿Habrá en el siglo XIX, no digo pelos, sino barba entera que para un usurero valga medio maravedí?

Después de la batalla de Yñaquito, anduvo Luis Perdomo de Palma por dos años á salto de mata y siempre en armas contra Gonzalo Pizarro.

Francisco de Carbajal era dueño de Chuquisaca.

Luis Perdomo, que vivía oculto en un monte, á pocas leguas de la ciudad, púsose de acuerdo con el alférez Betanzos, de las tropas de don Francisco, para matar á éste el día de San Miguel y levantar bandera por el rey.

Comprometiéronse en el complot Alonso Camargo, regidor de la ciudad, Bernardino de Balboa y muchos de los soldados *de la Entrada*.

El alférez Betanzos traía en las venas sangre de Judas; porque fuése á Carbajal y le denunció los pormenores del plan revolucionario.

El *Demonio de los Andes* echó la zarpa encima á los principales conjurados y encomendó á Betanzos que, pues él conocía el sitio donde se refugiaba Perdomo, fuese con cuatro hombres de su confianza y, muerto ó vivo, lo trajese á Chuquisaca.

Era la del alba y el capitán dormía descuidado en la espesura del monte, cuando despertó sobresaltado por un ligero rumor que sintió entre las ramas.

A pocos pasos de él estaban Betanzos y sus cuatro hombres.

Perdomo desenvainó su daga y emprendió la fuga, batiéndose desesperadamente con sus perseguidores.

Había ya conseguido dejar á dos de éstos fuera de combate y logrado poner el pie sobre un grueso tronco, que servía de puente á un caudaloso arroyo de cinco varas de ancho y que corría encajonado en un profundo lecho, cuando alcanzó Betanzos á darle tan recia cuchillada en la mano derecha que ésta quedó pendiente de un tendón ó nervio.

Sin embargo, el fugitivo pudo llegar á la orilla opuesta y dar un puntapie al tronco, que fué arrastrado por la corriente.

Y aquel valiente, cuya energía no se doblegaba ante el dolor físico, se inclinó hacia el suelo, puso la planta sobre la desprendida muñeca y, haciendo un esfuerzo de sobrenatural desesperación, se arrancó con la izquierda la mano derecha y exclamó, lanzándola á la orilla opuesta:

—¡Maldita seas, mano que no has sabido defenderte!!!

Y aquella mano sin vida fué á estrellarse en la mejilla del traidor alférez Betanzos.

Algunos días después el bravo y honrado capitán Luis Perdomo de Palma fué (según lo relata el Palentino en su crónica de las guerras civiles de los conquistadores) destrozado en el monte por los tigres.

XII

EL ROBO DE LAS CALAVERAS

Por los años de 1565 no tenía la plaza Mayor de Lima, no digo la lujosa fuente que hoy la embellece, pero ni siquiera el pilancón que mandara construir el virrey Toledo.

En cambio lucían en ella objetos cuya contemplación erizaba de miedo los bigotes al hombre de más coraje.

Frente el callejón de Petateros alzábase un poste, al extremo del cual se veían tres jaulas de gruesos alambres.

El poste se conocía con los nombres de rollo ó picota. Junto al rollo se ostentaba sombría la ene de palo.

Cada una de las jaulas encerraba una cabeza humana.

Eran tres cabezas cortadas por mano del verdugo y colocadas en la picota para infamar la memoria de los que un día las llevaron sobre los hombros.

Tres rebeldes á su rey y señor natural don Felipe II, tres perturbadores de la paz de estos pueblos del Perú (tan pacíficos de suyo que no pueden vivir sin bochinche) purgaban su delito hasta más allá de la muerte.

El verdadero crimen de esos hombres fué el de haber sido vencidos. Ley de la historia es enaltecer al que triunfa y abatir al perdidoso. A haber apretado mejor los puños en la batalla, los cráneos de esos infelices no habrían venido á aposentarse en lugar alto, sirviendo de coco á niños y de espantajo á barbados

Esas cabezas eran las de

GONZALO PIZARRO, *el Muy Magnífico*.

FRANCISCO DE CARBAJAL, *el Demonio de los Andes*.

FRANCISCO HERNÁNDEZ GIRÓN, *el Generoso*.

La justicia del rey se mostraba tremenda é implacable. Esas cabezas en la picota mantenían á raya á los turbulentos conquistadores, y eran á la vez una amenaza contra el pueblo conquistado.

Gonzalo Pizarro y seis años después Francisco Hernández Girón acaudillaron la rebeldía, cediendo á las instancias de la muchedumbre. Su causa, bien examinada, fué como la de los comuneros en Castilla. Si éstos lucharon por fueros y libertades, aquéllos combatieron por la conservación de logros y privilegios.

Los primeros comprometidos en la revuelta, los que más habían azuzado á los caudillos, fueron también los primeros y más diligentes en la traición.

Esto es viejo en la vida de la humanidad, y se repite como la tonadilla en los sainetes.

Volviendo á la plaza Mayor y á sus patibularios ornamentos, digo que era cosa de necesitarse la cruz y los ciriales para dar un paseo por ella, cerrada la noche, en esos tiempos en que no había otro alumbrado público que el de las estrellas.

No era, pues, extraño que de aquellas cabezas contase el pueblo maravillas.

Una vieja trota-conventos y tenida en reputación de facedora de milagros, curó á un paralítico haciéndolo beber una pócima aderezada con pelos de la barba de Gonzalo.

Otra que tal, ahita de años y con ribetes de bruja y rufiana, vió una legión de diablos bailando alrededor de la picota y empeñados en llevarse al infierno la cabeza de Carbajal, y añadía la muy marrullera que si los malditos no lograron su empresa fué por estorbárselo las cruces de los alambres.

En fin, no poca gente sencilla afirmaba con juramento que de los vacíos ojos de las calaveras salían llamas que iluminaban la plaza.

Estas y otras hablillas llegaron á oídos de doña Mencía de Sosa y Alcaraz, la bella viuda de Francisco Girón.

Como uniformemente lo relatan los historiadores, Girón y doña Mencía se amaron como dos tórtolas y para ellos la luna de miel no tuvo menguante. Doña Mencía acompañó á su marido en gran parte de esa fatigosa campaña que duró trece meses y que por un tris no dió al traste con la Real Audiencia, y acaso el único, pero definitivo contraste que experimentó el bravo caudillo, fué motivado por su pasión amorosa; porque entregado á ella descuidó sus deberes militares.

El 9 de diciembre de 1554 se promulgaba en Lima, á voz de pregonero, el siguiente cartel:

Esta es la justicia que manda hacer Su Majestad y el magnífico caballero don Pedro Portocarrero, maestre de campo, en este hombre, por traidor á la corona real y alborotador de estos reinos, mandándole cortar la cabeza y fijarla en el rollo de la ciudad, y que sus casas del Cuzco sean derribadas y sembradas de sal y puesto en ellas un mármol con rótulo que declare su delito.

Muerto el esposo en el cadalso, la noble dama se declaró también muerta para el mundo; y mientras le llegaba de Roma permiso para fundar el monasterio de la Encarnación, se propuso robar de la picota la cabeza de su marido. Ella no podía encerrarse en un claustro mientras reliquias del que fué el amado de su alma permaneciesen expuestas al escarnio público.

Desgraciadamente, sus tentativas tuvieron siempre mal éxito por cobardía de aquellos á quienes confiaba tan delicada empresa.

Doña Mencía derrochaba inútilmente el oro y era víctima constante de ruines explotadores.

También es verdad que el asunto tenía bemoles y sostenidos. La Audiencia había hecho clavar en la picota un cartel, amenazando con pena de horca al prójimo que tuviese la insolencia de realizar una obra de caridad cristiana.

Diez años llevaba ya la cabeza de Girón en la jaula, y más de quince las de Carbajal y Gonzalo, cuando un caballero recién llegado de España fué á visitar á doña Mencía. Llamábase el hidalgo don Ramón Gómez de Chávez, y tan cordial y expansiva fué la plática que con él tuvo la digna viuda, que conmovido el joven español, la dijo:

– Señora, mal hizo vuesamerced en fiarse de manos mercenarias. O dejo de ser quien soy, ó antes de veinticuatro horas estará la cabeza de don Francisco en sitio sagrado y libre de profanaciones.

Media noche era por filo cuando Gómez de Chávez, embozado en su capa de paño de San Fernando, se dirigió á la picota, seguido de un robusto mocetón cuya lealtad había bien probado en el tiempo que lo tenía á su servicio. El hidalgo encaramóse sobre los hombros del criado, y extendiendo el brazo, alcanzó con gran trabajo á quitar una de las jaulas.

Muy contento fuese con la prenda á su posada de la calle del Arzobispo, encendió lumbre y hallóse con que el letrero de la jaula decía:

ESTA ES LA CABEZA DEL TIRANO FRANCISCO DE CARBAJAL

Gómez de Chávez, lejos de descorazonarse, se volvió sonriendo á su criado y le dijo:

– Hemos hecho un pan como unas hostias; pero todo se remedia con que volvamos á la faena. Y pues Dios ha permitido que por la obscuridad me engañe en la elección, la manera de acertar es que dejemos el rollo limpio de calaveras, y andar andillo, que la cosa no es para dejada para mañana, y si me han de ahorcar por una que me ahorquen por las tres.

Y amo y criado enderezaron hacia la plaza. Y con igual fortuna, pues la noche era obscurísima y propicia la hora, descolgaron las otras dos jaulas.

Al día siguiente Lima fué toda corrillos y comentarios

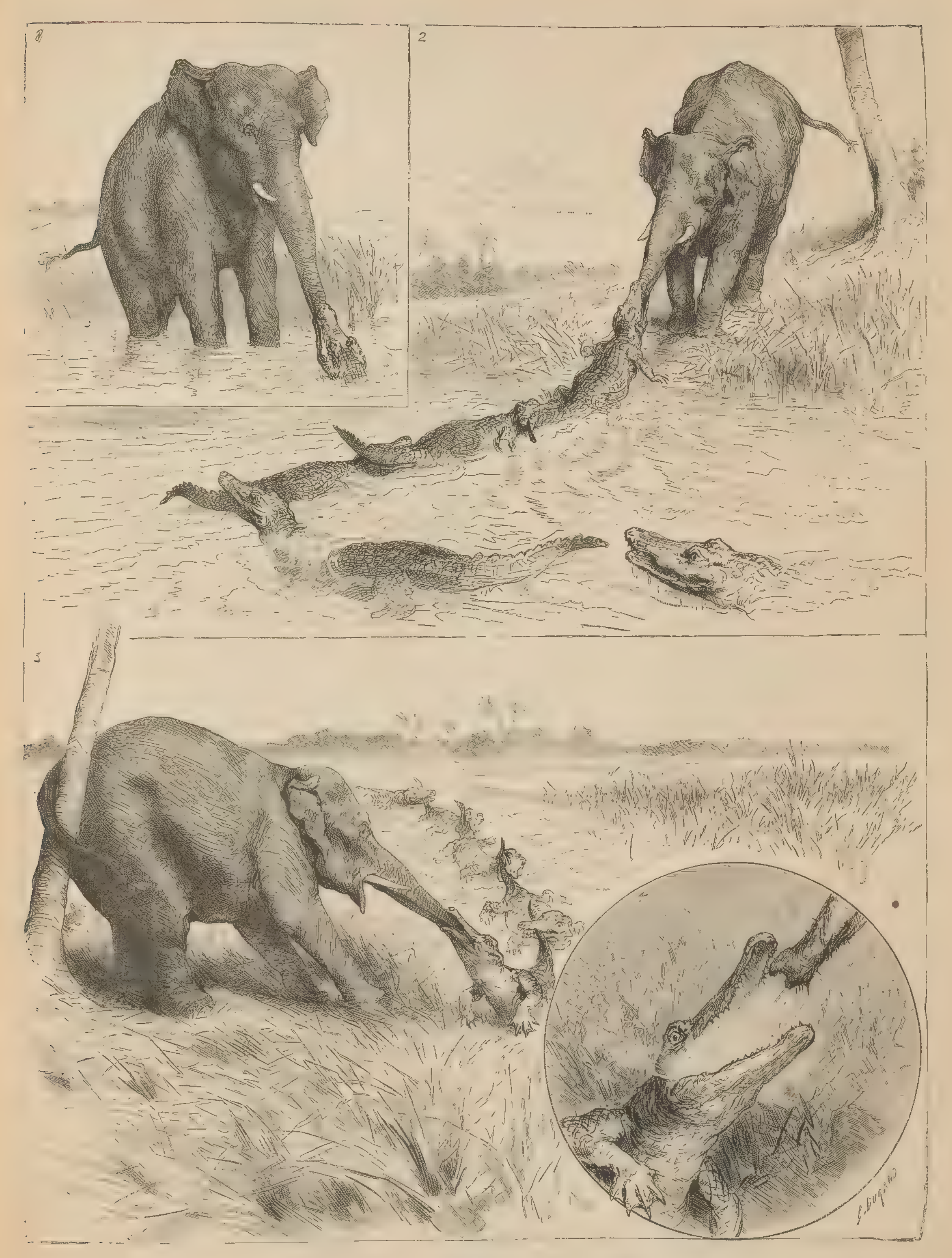
Y el gobierno echó bando sobre bando para castigar al ladrón.

Y hubo pesquisas domiciliarias, y hasta metieron en chirona á muchos pobres diablos de los que habían tomado parte en las rebeldías.

El hecho es que el gobierno se quedó por entonces á obscuras y tuvo que repetir lo que decían las viejas: «que el demonio había cargado con lo suyo y llevádose al infierno las calaveras.»

Gómez de Chávez, asociado á un santo sacerdote de la orden seráfica, enterró las tres cabezas en la iglesia de San Francisco.

R. PALMA



EL ELEFANTE Y LOS COCODRILOS, dibujos de Robley

LA HORMA DE SU ZAPATO

I

Unidas desde que tuvieron uso de razón por estrecho lazo de ternura, siempre juntas en el colegio donde ambas se educaban, confiándose sus pequeñas alegrías y sus ficticios pesares, amándose como hermanas, Anita y Celia se completaban; aunque eran muy diferentes, y quizá por eso, componían una sola alma y un solo corazón, obedeciendo á la misma ley física que hace brotar la chispa de dos electricidades contrarias.

Las dos se encontraban en esa edad en que el ángel pliega sus alas para atravesar el estrecho puente que separa la infancia de la pubertad.

Anita, alta, morena, de turgentes formas ya casi en completo desarrollo, acentuados rasgos fisonómicos, y ojos negros, intensos, de tal elocuencia en la mirada, que ni la pluma ni el pincel podrían dar idea de su expresión.

Celia, de la misma estatura, pero rubia, delicada, de finísimas facciones y ojos celestiales.

La primera, risueña, alegre y resuelta, representaba la atrevida malicia La segunda, sencilla y tímida, era el símbolo más perfecto de la inocente candidez.

La morena Anita tenía quince años y era una mujer en todo. La rubia Celia contaba diez y seis y era niña en cuerpo y alma.

En una hermosa tarde de mayo, mientras las otras niñas se entregaban en el jardín del colegio á toda clase de juegos, carreras y violentos ejercicios, las dos inseparables paseaban como siempre juntas y solas por una ancha calle de árboles.

El gracioso diablillo sonreía y el serafín lloraba.

– Pero, ¿por qué lloras, tontísima?, – exclamaba la morena.

– ¡Ay! Dentro de un momento nos separaremos para siempre!, – respondía Celia con un suspiro.

– ¡Para siempre! ¿Y por qué ha de ser para siempre?

– Porque tú te quedas en Madrid con tu familia, que te espera deseosa de hacer tu brillante presentación al mundo, una vez terminada tu educación, y yo me voy al rincón de mi provincia, donde sólo me aguardan los cuidados de un padre anciano. El destino nos separa, Anita.

– Y el destino nos reunirá otra vez, Celia. El tiempo es una inmensa rueda que en su continuo girar unas veces separa lo que otras reune. ¿A qué pensar siempre en cosas tristes? En mi corta experiencia ya he observado que el mundo busca siempre la alegría y huye del dolor. Reir es mi propósito.

– Y quizá llorar mi destino.

– ¡Vamos, vamos, doña *Augurios*, no te desanimes, que yo estoy segura de que tu lindo palmito es nuncio de suerte y garantía de felicidades.

Una dulce sonrisa iluminó el lloroso semblante de la rubia niña, como sol en día de lluvia

– ¡Mi palmito!, – exclamó con gracioso mohín, entre risueño y triste.

– Mira, si yo fuera hombre te amaría con locura, y correría á pedir tu mano á tu padre.

Celia soltó por fin la carcajada, diciendo:

– ¡Pero como no lo eres! No creas que en tal caso te desairaría; tu gracia, animada y resuelta, y esos hermosos ojos que tanto amo, hubieran sido mi delirio.

– No faltarán otros que pretendan serlo. ¡Ya verás qué sorpresa tan agradable la mía cuando pasados algunos años me anuncien un día una visita, salgo y me encuentro á mi Celia con un apuesto joven, su marido!

– ¡Bah! ¡Qué cosas tienes, Anita!

– No te apures, que yo te recibiré rodeada de angelitos, unos morenos y otros rubios.

Las dos se echaron á reir alegremente.

Su hilaridad fué interrumpida por la sonora voz de una camarista, que les dijo:

– En la sala de visitas esperan á la señorita Ana

Como por encanto cesaron las risas y las dos palidecieron. Había llegado el terrible momento de la separación.

Un instante después Anita y Celia se abrazaban una y otra vez con febril vehemencia, y entre besos y sollozos cambiaban los últimos juramentos de eterna amistad.

– ¿Me olvidarás, Anita, en ese mundo de fiestas y placeres?

– Nunca, nunca; te lo juro. Dondequiera que nos volvamos á encontrar, seré siempre tu hermana del alma.

– ¡Adiós, Anita de mi alma!

– ¡Adiós, mi Celia querida!

Y el coche partió llevándose á Anita que ocultaba su emoción tras el pañuelo, mientras la superiora recibía en sus brazos á Celia sin conocimiento.

II

En la elegante morada de Anita, un lujoso hotel de la Castellana, se preparaba siete años más tarde un fausto acontecimiento. Todo era animación y alegría en la casa; el alma de ella, la alegre morena que conocimos en el colegio, se casaba muy pronto y á gusto de todos.

La niña que tanto prometía entonces, era á la sazón una espléndida realidad, una joven de veintidós años en todo el desarrollo de sus encantos físicos, sus gracias seductoras y excelentes condiciones morales; mujer de talento y artista notable. Correspondió al amor de un joven y ya acreditado abogado que era el tipo de su soñado ideal; rubio, de expresivos ojos azules y poblada barba, cuidadosamente recortada; él la adoraba, y la inteligencia fué rápida, la dicha completa.

Los dos enamorados habían empleado la tarde en colocar sobre mesas y tableros las prendas del lujoso *trousseau* y los numerosos regalos, para que fueran á admirarlos las amigas, y ya fatigados descansaban en cómodas butacas.

– No te quejarás de los regalos, – decía él; – todas tus amigas te han dedicado un recuerdo de gusto y de valor.

– Todas no, Enrique; me falta el de la amiga que más he querido, el de mi hermana de colegio.

– ¿Y cómo es eso?

– Hace más de tres años que no sé de ella. En estos felices instantes la recuerdo con tristeza, y pienso en sus dolorosos presentimientos.

– Probablemente se habrá casado y no se acuerda de ti, – le dijo, deseoso de apartar de aquella serena frente la inoportuna nube.

– ¿Ella olvidarme? ¡Imposible!

– De todos modos, y ya que nada puedes remediarlo, deja eso, Anita mía, y pensemos en nosotros, en nuestro amor, en nuestra dicha

Anita, contra su costumbre, estaba seria, quizá por efecto del recuerdo evocado.

– Dime, – exclamó de pronto, – ¿á cuántas mujeres has amado?

– A ti en ideal, á ti en realidad, á ti antes y después y siempre, – respondió sonriendo.

Anita movió la cabeza con ademán de duda

– No es posible, no lo creo Mira, tú ya conoces mi carácter firme y resuelto, y sabes que todo lo perdono menos el engaño y la mentira.

– ¿Qué quieres decir con eso?, – preguntó palideciendo.

– Que quiero conocer el pasado del hombre á quien entrego mi vida, que quiero saber tus relaciones anteriores.

– No las he tenido. Tú eres mi pasado, mi presente y mi porvenir.

Anita clavó sus negros ojos escrutadores en los azules de él, y tras una pausa añadió:

– Quizá mi empeño sea una curiosidad importuna, no lo niego; pero es más la medida de tu confianza. Yo la tengo en ti completa, absoluta, ciega; ¿por qué no tenerla tú lo mismo?

– La tengo, vida mía, no lo dudes, – afirmó él con persuasivo acento.

– Pues entonces, Enrique mío, dime la verdad. No temas que me moleste; yo creo que así como el hombre debe desear ser el primer amor de su mujer, la mujer debe contentarse con ser el último amor de su marido. Como ya te he dicho, lo único que me ofende es el engaño, lo que no perdono es la mentira.

Enrique hizo un movimiento de impaciencia.

– Te repito, – dijo, – que no he amado, amo ni amaré á nadie más que á ti.

– ¿Lo juras por tu honor?

– Por mi honor lo juro.

Anita lo miró otra vez; su mirada era tan franca, tan sincera, tan amante, que todas sus dudas se desvanecieron.

– Te creo, te creo, – exclamó con ternura, – es tal mi fe en ti, que nadie en el mundo podría hacerme dudar de tu palabra; pero si me engañaras...

– ¿Qué harías?, – preguntó curioso.

– No sé si odiarte ó despreciarte. Más bien lo último.

Un ligero estremecimiento recorrió la epidermis de Enrique, pero contestó con tierno acento:

– Tranquilízate, mi adorada visionaria, que nada de eso sucederá. Te amo como jamás hombre alguno amó á la elegida de su corazón, y sólo pienso en hacerte tan dichosa, que nunca esos importunos temores turben ya más tu acostumbrada alegría.

De la intensa mirada de ambos brotó esa chispa que jamás los sabios sabrán definir, ni los artistas copiar; esa chispa misteriosa que lleva en sí todo el fuego de dos corazones y hace de dos almas una sola, y un estrecho apretón de manos puso fin al tierno diálogo de los futuros esposos.

Al obscurecer, Enrique se había ido á comer y Anita recibía los trajes de la modista

En la semiobscuridad de la habitación miraba los trajes sin ver. De pronto la estancia se ilumina, la gran señora y la modista se hallaron frente á frente, y ambas dieron un grito y retrocedieron pálidas de asombro y de emoción. La primera abría los ojos no creyendo lo que veía; la segunda aguardaba con los suyos llenos de lágrimas y en triste actitud.

El traje se desprendió de las manos de Anita y rodó sobre la alfombra, mientras la noble joven estrechaba entre sus brazos á la modesta obrera, repitiendo:

– ¡Celia, Celia! ¡Por fin te encuentro, por fin te vuelvo á ver!

Durante algunos instantes no se oyó más que ruido de besos, las alegres exclamaciones de Anita y los sollozos de Celia.

III

Pasados los primeros transportes de ternura, y después de contemplarse con cariño una á otra, se sentaron las dos amigas con las manos enlazadas.

– Sí, – pudo al fin articular Celia, temblorosa aún de emoción, – me vuelves á ver, ¡pero en qué estado tan diferente al que soñabas!

Anita la examinaba asombrada.

– En verdad que no acierto á comprender tal cambio. Tu padre era un acomodado propietario de Asturias. ¿Cómo has llegado á este extremo?

– Mi padre murió después de grandes pérdidas y grandes pesares. Soy muy desgraciada; pero todo lo he merecido.

Anita abrió desmesuradamente los ojos.

– ¿Tú, tú?, – exclamó.

– Yo, sí.

– ¿Estás loca?

– ¡Ojalá! La locura es á veces el descanso. Te suplico que no te ocupes en mí y me hables de tu dicha. Según veo te casas muy pronto.

– Así es. Pero la felicidad no tiene historia. Tú eres desgraciada y tengo el derecho de conocer tus penas, el deseo de compartirlas y el deber de remediarlas á ser posible.

– ¡Oh, Anita, remediarlas! Tu generoso deseo es tan imposible como escalar el cielo.

– ¡Quién sabe! Abre, mi querida Celia, tu corazón á tu hermana del alma. ¿Has amado?

Encendido rubor subió al rostro de la dulce Celia.

– Con locura y con desgracia, – dijo.

– ¿Era indigno de ti?

– ¡Un miserable!

Las lágrimas nublaron los hermosos ojos de Anita.

Celia bajaba los suyos y se encerraba en su dolor, como quien prepara una dolorosa confesión.

– ¿Te engañaba?, – preguntó Anita vacilando ante el temor de avivar dolorosos recuerdos.

– Eso hubiera sido un desengaño nada más, y te hablo de dolores incurables y de recuerdos que matan.

– Escucha, – exclamó de pronto resuelta. – Mi padre se oponía tenazmente á nuestras relaciones por temor á que algún día lo dejara. El, indignado, herido en su amor propio, me comunicó su rencor, me persuadió de sus honradas intenciones, de su profundo amor, y enloquecida, fascinada, sólo á él vi en el mundo, sólo en su amor pensé. Apoyada en su brazo dejé un día mi casa para buscar la bendición de un sacerdote en la iglesia, y en su hogar la dicha. Pero todo era mentira. El miserable me dió su amor y me negó su nombre.

– ¡Pobre Celia!

– Yo era demasiado honrada para consentir en pasar de víctima á manceba, – continuó con febril vehemencia. – He sido una insensata, pero nunca seré una mujer despreciable. Vilmente engañada, perdidas todas mis ilusiones, y huérfana ya, me vine á Madrid, donde nadie me conocía, á ganar trabajando mi triste subsistencia y á llorar mi desgracia. No quise buscarte por no turbar tu dicha con mi dolor. Hoy he venido sin saber que era esta tu casa.

– Sólo hace un año que vivimos en este hotel que compró mi padre. Pero tú debiste buscarme; para estos casos es la amistad, Celia mía. Hoy te quiero más que nunca, y si otra cosa no puedo, procuraré alejar de ti el terrible recuerdo que te mata.

Celia se arrojó llorando en los brazos de su amiga.

– ¡Olvidar!, – articuló tras una pausa, limpiando sus lágrimas. – ¡Ni aun ese consuelo tengo!

– ¿Amas todavía á ese hombre?

– No sé si le amo ó si le odio. Enrique es de esos hombres á los que se puede adorar ó aborrecer; pero nunca olvidarlos.

– ¿Enrique has dicho?, – preguntó Anita con extrañeza.

– Sí, ese es su nombre.

– ¡Qué coincidencia!, – añadió sonriendo. – Enrique se llama también mi prometido; el hombre más bueno y leal que existe.

– Enrique.. ¿qué?, – interrogó la pobre joven asaltada por terrible presentimiento.

– Enrique de Ampudia.

Celia dió un salto en su asiento y quedó de pie pálida, trastornada.

– ¿Es abogado?, – articuló con débil voz.

– Sí.

– ¡Oh! ¡Anita, Anita, qué ruda prueba nos manda Dios!

– ¿Por qué? ¿Qué quieres decir?, – exclamó ya alarmada.

– Que temo que tu Enrique y el miserable que me engañó sean una misma persona.

Anita palideció, pero replicó sin vacilar:

– ¡Imposible, Celia, imposible! Te engaña una fatal coincidencia. El, Enrique, que hace una hora me juraba por su honor... ¡Qué desatino! Vas á convencerte ahora mismo de tu error y á tranquilizarte; yo estoy tranquila, no dudo.

Pero á pesar de su acento sus manos temblaban al abrir un lujoso *bureau* y sacar de él un retrato que presentó con febril precipitación á Celia, diciendo:

– Mira y convéncete. Este es mi prometido.



EL TORMENTO, estatua de Felipe Cifariello. Dibujo de E. Ximenes

Celia miró y su palidez se hizo lívida, sus dientes chocaron impidiéndola hablar.

– Y bien, ¿qué dices? Habla, – gritó impaciente.

Celia no pudo contestar, las palabras se ahogaban en su garganta.

– ¿Es él, es él?, – preguntó con angustia.

– Sí, mi pobre Anita.

La noble joven quedó extática, inmóvil, helada como si por un instante la sangre hubiera dejado de circular por sus venas. Sus pupilas se cristalizaron y sus yertas manos chocaron en convulsivo temblor.

Celia tuvo miedo de que durara aquel estado cataléptico, y estrechándola entre sus brazos devolvió á fuerza de besos el color á aquel rostro de mármol mientras decía:

– Anita, Anita mía, no me desprecies tú también, no me maldigas.

– A ti, no, – dijo con voz ahogada, luchando por dominar su violenta emoción; – tú has sido la víctima. A él, que mentía al jurarme como te mintió á ti antes, á él sí. Pero no creas que yo me contentaré con llorar y gemir como tú, no. Juro vengarte y dejarle memoria de mí.

– ¿Qué vas á hacer?

– No lo sé; el golpe ha sido demasiado rudo para que pueda pensar. Dame un abrazo y vete; necesito reponerme y meditar; vuelve mañana.

Las dos jóvenes se abrazaron de nuevo estrechamente, y Celia salió de allí aun más desgraciada que antes.

Anita oprimió con ambas manos su corazón, como si temiera que saltara.

– ¡Calla, calla!, – gritó, – no salgáis de ahí bastardos sentimientos de celos y de odio, que mi voluntad os ahogará al nacer! Mi amor ha muerto hoy y mi dignidad le pondrá la losa funeraria. ¡Yo no puedo amar al miserable seductor de Celia!

IV

Al día siguiente no quedaba de la violenta tempestad que rugía en el pecho de Anita más signo exterior que el brillo febril de la mirada y la intensa palidez del rostro. Más animada aún que de costumbre recibió á su futuro, cariñosa y expresiva como siempre. Pero su padre dijo á Enrique que había sabido de él historias pasadas, que de ser ciertas elevarían su fama de Tenorio á costa de su buen nombre de caballero y hombre honrado, y que deseaba aplazar la boda á fin de que Anita pudiera reflexionar y decidir con acierto, para lograr lo cual, libre de toda influencia, le rogaba suspendiera por algún tiempo sus visitas.

Enrique protestó indignado.

– ¿Y tú crees esas absurdas calumnias?, – preguntó luego á Anita.

– ¡Yo!, – contestó con aplomo. – Teniendo tu palabra de honor hubiera sido ofenderte. Estoy tan segura de tu pasado como de tu amor.

– ¿Y me amarás siempre?

– Todo cuanto mereces. No te apure este contratiempo, yo no te retiro mi palabra, será un aplazamiento, nada.

Enrique salió tambaleándose, el corazón le latía, y sus sienes estallaban porque entonces era sincero, amaba á Anita con la doble fuerza de la pasión y el interés.

No volvió á visitar á su amada, pero desde entonces se comunicaron por el balcón y por escrito.

Enrique se desesperaba cada día más, temiendo se le escapara la mujer encantadora y el pingüe dote, y apremiaba para poner término á aquella situación. Anita calmaba su impaciencia prometiéndole aprovechar la primera ocasión favorable.

Esta no tardó en presentarse. Anita le escribió:

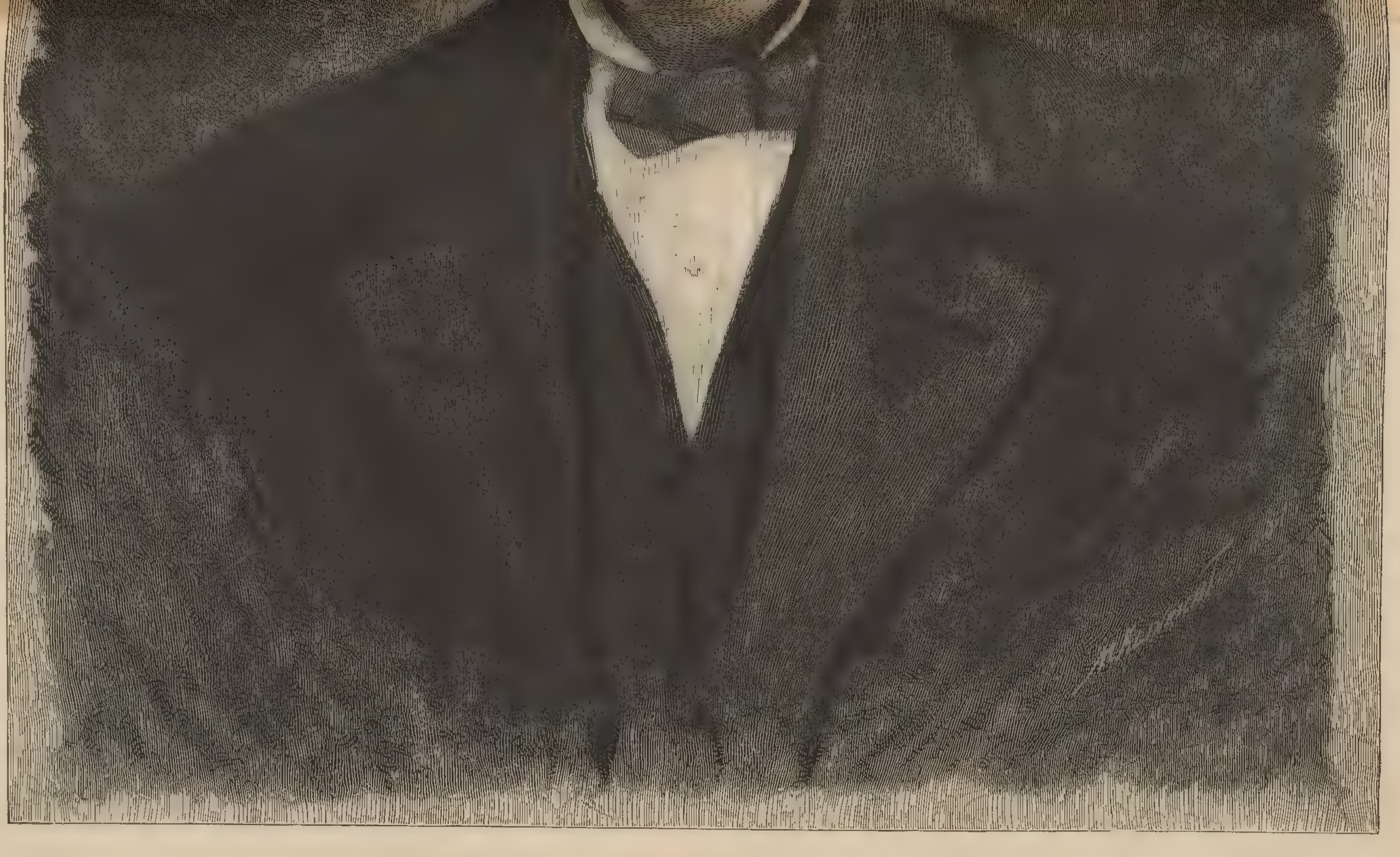
«La circunstancia de aproximarse el carnaval nos es muy favorable, y pienso aprovecharla, Enrique mío.

»Mañana es el baile de «Escritores y Artistas» en el Real, no faltes á él. Allí resolveremos nuestra suerte futura. Mi doncella y yo llevaremos capuchones de seda negra con lazos blancos. Hasta mañana »

Enrique se consideró feliz, besó muchas veces el amoroso billete y bendijo otras tantas la resolución de su amada.

La noche designada, apenas eran las doce cuando ya se paseaba vestido de rigurosa etiqueta por el soberbio salón del teatro Real, sin fijarse en el brillante aspecto que ofrecía, deslumbrador de luces, de lujo, de animación y alegría, sin ver nada.





TOMÁS ALBA EDISSON, CÉLEBRE ELECTRICISTA NORTE AMERICANO

Se abría paso con trabajo por entre la apiñada y elegante concurrencia, buscando ansioso sus dominós de negro con blanco sin encontrarlos.

Cuando empezaba á darse á todos los diablos divisó á lo lejos dos máscaras exactamente iguales, cubiertas de elegantes capuchones de seda negros y anchas cintas, caretas y guantes blancos.

Se lanzó hacia ellas con la posible celeridad, dando empellones, que le valieron duros apóstrofes, y una vez ante las que con tanto afán buscaba se detuvo confuso. ¿Cuál de ellas era Anita?

Una de las máscaras dejó en seguida el brazo de su compañera, y se asió al suyo, diciendo con su voz natural:

– Gracias á Dios que te encontramos, Enrique.

– ¡Oh! ¡Gracias, gracias, Anita mía!, – exclamó oprimiendo su brazo con pasión. – ¡Qué feliz me haces!

– ¡Calla, imprudente!, – interrumpió ella en voz baja, pero siempre sin fingirla. – ¿No ves que aquí todo se oye?

– Pues vámonos á otra parte, á un gabinete reservado donde cenaremos tranquila y alegremente.

– A cenar bueno, y sobre todo donde podamos hablar, pero no á gabinete reservado. Vamos al salón del *restaurant.*

– Vamos donde quieras, – dijo con un gesto de desagrado.

La acompañante de Anita los siguió un instante, y luego se perdió entre la gente.

Sentados en la mesa más apartada del concurrido *restaurant*, mientras Enrique comía y bebía con excelente apetito, Anita, que no se había quitado la careta ni tocaba apenas los manjares, habló así:

– Convencida como tú, mi querido Enrique, de que la situación en que estamos no puede prolongarse más, he decidido ponerle el término natural, y todo está dispuesto para realizar nuestros deseos

– ¿Cuándo y cómo, Anita mía?, – preguntó ansioso.

– ¿Cuándo?... Esta misma noche.

Enrique hizo un movimiento de alegría.

– ¿Cómo? Vas á saberlo. Tengo tomado, amueblado y dispuesto un bonito cuarto en la calle del Arenal, que será nuestra residencia futura, y donde nos aguardan un sacerdote y tres testigos, todos antiguos amigos de mi familia y fanáticos en su cariño hacia mí.

– ¡Alma de mi alma!, – exclamó besando con pasión las manos de Anita. – ¡Qué agradable sorpresa! Me vuelves loco de alegría. Vamos en seguida.

– Aguarda que aún no es la hora.

– Brindemos entretanto por nuestra completa dicha, por nuestro eterno amor, con manzanilla, el dorado licor que enciende la sangre.

– No, – dijo ella quitándole la botella, – la manzanilla perturba el cerebro. Brindemos con champagne, que es el licor de la alegría; anima y no embriaga.

– Tienes mil veces razón; ¡viva la alegría!

– ¡Y viva nuestro amor!

Los dos chocaron las copas llenas del espumoso néctar una y otra vez y muchas más, con la diferencia de que Anita apenas la llevaba á sus labios, mientras Enrique la apuraba entera.

Con la doble embriaguez del champagne y el amor, el arrogante calavera, el seductor de Celia, se creía transportado al paraíso; con los ojos chispeantes veía tras un rosado nimbo sonreirle los lindos rostros de todas las mujeres que había amado, y entre ellas destacarse gentil y graciosa á Anita, ofreciéndole con su mano el vellocino de oro.

Por fin Anita se levantó.

Los dos cogidos del brazo, ella tranquila al parecer y él radiante de alegría, gozoso y triunfante, atravesaron de nuevo el salón de baile y subieron al coche de la hermosa joven, donde los esperaba muellemente recostada la segunda máscara de capuchón negro y blanco.

V

Cinco minutos después se apeaban los tres en la calle del Arenal y subían á la elegante habitación, decorada por Anita con tanta sencillez como buen gusto y confort. En el gabinete habían improvisado una bonita capilla adornada con flores, y en ella aguardaban un sacerdote y tres caballeros con las luces encendidas y los almohadones en su sitio.

– Fuera esa importuna careta que me impide ver el sol de mi vida, – había dicho Enrique al entrar en la sala.

– Más tarde. Ahora me importa llevarla.

– ¿Por qué?

– Luego te lo diré.

Las dos máscaras hablaron un instante con el sacerdote, arreglaron los últimos detalles y todos se arrodillaron. Junto á la novia, la del capuchón como madrina; junto al novio, uno de los caballeros oficiando de padrino, y los otros dos como testigos.

Enrique continuaba entregado á sus alegres ideas, y dirigía chistes picantes á su padrino, que con voz baja lo animaba y exitaba con oportuno gracejo, y de todas las frases de ritual sólo oyó pronunciar al sacerdote las que le interesaban, contestando con un «Sí quiero,» rápido y sonoro.

El sí de la novia fué trémulo y apagado, y después de la larga consabida epístola, á la que el novio prestó tanta atención como á lo anterior; el párroco les dedicó una sentida plática, recomendándoles el mutuo amor y la fidelidad á sus respectivos deberes.

Durante la ceremonia Enrique hizo varias veces ademán de quitar á la novia el antifaz; pero siempre fué contenido por el padrino, que le decía:

– ¡Dejad á cada cual con su capricho!

Terminado el desposorio, las dos mujeres se abrazaron con tierna efusión.

Los hombres estrecharon la mano de Enrique y todos se alejaron.

La joven enmascarada, que iba la última, al atravesar la segunda puerta, volvió hacia la sala su mirada acerada y sarcástica, y dijo entre nerviosa y risueña:

– ¡Has encontrado la horma de tu zapato, mi bello Tenorio! ¡Esta vez no serás tú quien ría el último!

Los novios habían quedado frente á frente; ella inmóvil como una estatua, él contemplándola amoroso.

Ebrio de felicidad alargó la mano para quitar delicadamente la careta á la que ya era su esposa; pero ésta hizo un brusco movimiento y con rápido ademán se despojó de la careta y el capuchón, apareciendo la rubia Celia, elegantemente vestida de negro; la blancura mate de su rostro resaltaba sobre el negro gro que la embellecía infinito

Enrique lanzó una exclamación de asombro y retrocedió hasta la pared. Por un instante no pudo hablar; contemplaba rojo de rabia aquella extraña aparición que surgía del pasado, como evocada por un mago, y clavando sus uñas crispadas en el respaldo de una butaca, articuló con voz ronca:

– ¿Qué significa esto, señora?

– Sencillamente, que acaba V. de aceptarme por esposa y darme su nombre.

– ¿Quiere V. burlarse de mí?

– Nada más lejos de mi ánimo, – repuso con calma.

– Yo no puedo haber hecho á V. mi esposa no habiéndola visto.

– El sacerdote ha pronunciado mi nombre y apellido con todas las formalidades debidas al hacer á usted la pregunta, y V. ha contestado clara y terminantemente.

Enrique empezaba á comprender con terror. Sus uñas se clavaban cada vez más en la mullida tela.

– ¿Cómo ha podido Anita hacerse cómplice de esta infame intriga?, – exclamó.

– Cómplice, no; ha sido la única autora, y yo sólo su auxiliar. Anita, mi hermana del alma, que no perdona la traición ni la mentira, lo desprecia á V. y ha querido reparar en lo posible una de sus malas acciones, vengando al mismo tiempo á las víctimas de sus caprichos. Esta vez le ha salido á V. mal la jugada. Ahora no se trata de una niña inocente, sino de una mujer enérgica que lo condena á V. al suplicio de unir su suerte á la de una de sus víctimas y á renunciar para siempre á sus sueños de ambición. Si un día ama V. de veras, podrá ofrecer su amor á la mujer amada como á la pobre niña que sedujo, pero no hacerla su esposa. Anita lo ha querido, está V. castigado.

Celia se expresaba con dulce entonación, tranquila y severa. Enrique la escuchaba en silencio, y á su pesar se sentía impresionado por aquella voz armoniosa.

¿Era que las palabras de Celia llegaban al corazón del hombre, ó que la belleza de la mujer en todo su esplendor fascinaba al *amateur*? ¡Quién lo sabe!

Hizo un esfuerzo para sustraerse á aquella impresión, y dijo friamente:

– Está bien, señora, me resigno porque no me conviene entablar un pleito escandaloso que perjudicaría mis intereses. Pero...

– Entre nosotros no puede haber nada de común, – interrumpió Celia. – Se lo iba á decir á V. Cumplido, aunque contra su voluntad, el acto de justicia de reparar el crimen cometido, tengo de V. lo único que quería, su nombre, que tantas veces me juró darme. Ni deseo ni aceptaría nada más.

La cólera de Enrique se había ido desvaneciendo, y quedó asombrado ante aquella firme altivez que no esperaba.

– ¿Tanto me odia V.?, – murmuró en voz apenas perceptible.

– Me es V. indiferente, – contestó ella haciendo un gesto desdeñoso.

Enrique se sintió profundamente herido en su vanidad de galán afortunado, y no menos orgulloso que Celia avanzó lentamente, le hizo un profundo saludo y salió de la habitación.

Un instante después volvía sorprendido, pero no irritado, diciendo:

– La puerta que va á la escalera está cerrada con llave.

Celia palideció intensamente.

– ¡Oh, Anita!, – exclamó. – ¡Qué fatal idea!

Enrique comprendió por la sorpresa y el pesar de la joven que no era cómplice de aquélla.

– Ya ve V. que no es culpa mía si la molesto con mi presencia.

Celia le señaló el balcón.

– ¡Oh! ¡Un piso segundo!

– ¡Es verdad!

Celia se dejó caer sobre un diván y ocultó el rostro entre sus manos por no ver á Enrique.

. . . .

¿Se reconciliaron en aquella noche de mutua prisión? Del fuego siempre quedan rescoldos prontos á incendiarse. ¡Y luego, el champagne seguía retozando de las venas al cerebro de Enrique, y era Celia tan bonita!

A. Sánchez Cantos

NOTICIAS VARIAS

Las fresas desde el punto de vista terapéutico. – A propósito de un artículo que sobre las propiedades terapéuticas de la fresa publicó hace poco la notable revista francesa *La Nature*, el Dr. Le Roy d'Etioles ha reproducido algo de lo que tiene consignado en su *Tratado de los cálculos* sobre este punto

Las aguas minerales alcalinas, dice, y el bicarbonato de sosa que contienen son un remedio contra la gota y el mal de piedra, enfermedades en las que las secreciones (orines) son muy ácidas. Esta acidez se neutraliza con las sales alcalinas.

Las fresas comidas en gran cantidad producen el mismo efecto, y este fenómeno se explica químicamente.

La experiencia ha demostrado á los más famosos químicos que se podía convertir en alcalina la orina de un animal ó de una persona con la simple ingestión de una abundante cantidad de frutas maduras: fresas, cerezas, uvas, etc.

Los frutos rojos sazonados (excepto las grosellas) no contienen ácido oxálico, sino otros ácidos orgánicos vegetales que fácilmente se descomponen en ácido carbónico y en óxido de carbono, tales como los ácidos péctico, málico, tartárico y cítrico. El ácido acético (vinagre) experimenta igual transformación.

Estos ácidos están combinados en las frutas con la soda y la potasa y dan lugar á la producción de carbonato sódico y carbonato potásico, sales alcalinas que dan una reacción alcalina á las secreciones

Como las fresas no contienen litio, su descomposición no puede producir carbonato de litina, y no creo que pueda atribuirse á los fosfatos del abono intensivo que se emplea en el cultivo de fresales la reacción alcalina que las fresas comidas en abundancia dan á las secreciones animales.

Las náuseas en los ascensores. – Los ascensores, de uso tan generalizado hoy en día, sólo ofrecen un inconveniente de fácil remedio al decir de la revista *Yron*. Las personas de constitución delicada no pueden utilizar estos aparatos sin experimentar, en el momento en que el ascensor se detiene, unas náuseas tan violentas á veces, que muchas repugnan valerse de este medio tan cómodo de locomción vertical. La parada más ó menos brusca del ascensor produce vértigos y revuelve el estómago como si los órganos internos se subieran á la garganta. Este efecto, perfectamente ajustado á las más elementales leyes físicas, obedece sencillamente al hecho de que en el instante de la parada no todas las partes del cuerpo se detienen al mismo tiempo. Los pies, en contacto directo con el suelo son los primeros que se paran, al paso que las demás partes del cuerpo continúan su movimiento: si todos pudieran detenerse simultáneamente, no se producirían los desagradables efectos que acabamos de enunciar, y este resultado puede conseguirse muy fácilmente apoyando con cierta fuerza la cabeza y las espaldas en las paredes del ascensor, pues de este modo todo el cuerpo es solidario en su movimiento y no se experimenta ningún malestar cuando se producen los cambios de velocidad.

Si esta receta es buena, explicaríase por ella por qué la mayoría de los que navegan sienten menos los terribles efectos del mareo estando acostados que hallándose de pie

(De *La Nature*)

SECCIÓN CIENTÍFICA

ESTACIÓN DE ENSAYOS DE MÁQUINAS AGRÍCOLAS INSTALADA POR EL MINISTERIO DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA DE FRANCIA

Esta estación, cuyas inmensas ventajas, así para los constructores como para los compradores de máquinas agrícolas, se comprenden con sólo tener en cuenta el objeto á que está destinada, fué creada por un decreto ministerial de 24 de enero de 1888, gracias á los incesantes esfuerzos del que es hoy su director, M. Ringelmann, profesor de mecánica agrícola en la Escuela de Grignon, y se levanta en un solar de 3.309 metros cuadrados situado en la calle de Jenner, que su propietario, el Ayuntamiento de París, ha cedido por 15 años al Ministerio de Instrucción pública.

Una cerca de 70 metros limita la estación: un portal de hierro se abre en una rampa empedrada que termina en el departamento de ensayos (véase nuestro grabado): éste contiene, además del despacho del ingeniero director, un motor de gas M, de 6 caballos de fuerza, poleas P de diversos diámetros, de las que hablaremos luego, dinamómetros, indicadores-registradores automáticos D, contadores, balanzas, etc.

Anejo á este edificio hay un pequeño taller de mecánico con su torno, fraguas, máquinas perforadoras, etc.

El departamento en que nos ocupamos está destinado á los ensayos de diferentes máquinas llamadas de interior de granja (aventadoras, aplanadores, trituradores, molinos harineros, tajaderas, corta-raíces, aparatos para la industria lechera, etc.) y á los de las máquinas industriales, tales como las que se usan en la curtiduría, la filatura, alumbrado eléctrico, etc.

Un tejadillo de 14 metros de longitud por 4 de profundidad, cerrado en sus dos caballetes, puede abrigar máquinas cuyo funcionamiento produce polvos: estas máquinas están movidas por el árbol motor del departamento principal, que para ello sale unos 3 metros fuera del edificio.

Los ensayos de las trilladoras movidas por la parte exterior del árbol pueden hacerse al aire libre, por el lado de la rampa de entrada, ó á cubierto debajo del tejadillo.

Para ciertos ensayos especiales (prensas de forraje, trilladoras, elevadores de paja, etc.) hay en el fondo del terreno una línea de transmisión de 40 metros de longitud, uno de cuyos extremos está ocupado por un cobertizo de 10 metros de largo por 4 de ancho. En la pared del fondo se apoya otro tejadillo de 15 metros de largo por 3 de profundidad, destinado á depósito de los grandes materiales y también del hierro, de la madera, del carbón y de las diferentes materias necesarias para las pruebas.

Los ensayos de máquinas de vapor y de locomóviles se verifican al aire libre ó en uno de los tejadillos

Para los ensayos de malacates ó de máquinas movidas por animales, tales como trilladoras, molinos de manzanas, máquinas para preparar el mortero, etcétera, se dispone de una pista circular.

En el centro del solar se levantará muy pronto un pilón de 18 metros de altura destinado á los ensayos de bombas: unos pisos colocados de 5 en 5 metros, una grúa fijada en la parte superior y aparatos de aforo completarán esta instalación hidráulica que permitirá efectuar los ensayos en excelentes condiciones.

Finalmente, en el fondo del solar se reserva un gran espacio para los concursos especiales que pueda organizar el Ministro ó las Sociedades bajo los auspicios de la Administración

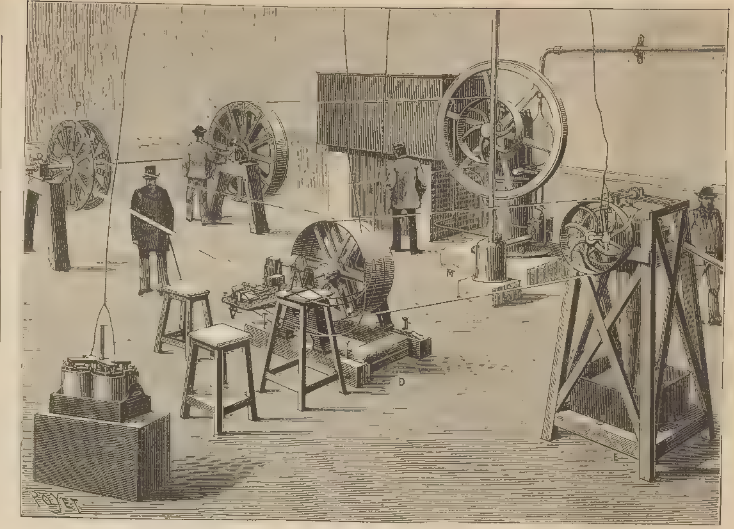
Tales son, con la casa del director y la del mecánico, que es á la vez conserje, los principales edificios de la estación de ensayos.

Un laboratorio especial destinado á los experimentos sobre la resistencia de los materiales, que en breve se construirá y que estará provisto de las máquinas de precisión necesarias, prestará grandes servicios á los constructores, pues les permitirá darse cuenta exacta del valor de los materiales que empleen.

Las máquinas cuyo ensayo se solicita se envían al director de la estación, el cual las somete á un examen cuyos puntos principales son: producción mecánica, calidad del trabajo producido, gastos de funcionamiento y desgaste aproximado. Los interesados, así los constructores como los compradores, pueden pedir que el examen sea más minucioso sobre tal ó cual punto. Al terminar los ensayos se extiende un *boletín de experimentos*, en el que se consignan los resultados obtenidos y que es un documento oficial que en lo sucesivo acompañará á la máquina y será una garantía para el comprador.

Además de esta clase de ensayos hay otros, no menos importantes, que sólo al constructor se refieren: éste puede verse obligado á abandonar el perfeccionamiento de una máquina por falta de los conocimientos científicos necesarios, ó puede dudar acerca de la mejor forma que haya de dar á alguna pieza. Pues bien: en estos casos el laboratorio le suministrará las indicaciones que necesite, y estos ensayos, llamados de información, sólo se comunican al interesado.

Aunque la estación funciona desde hace muy poco tiempo y es poco conocida, ha efectuado ya ensayos de bombas, de molinos y de algunas otras máquinas.


Estación de ensayos de máquinas agrícolas instalada por el Ministerio de Instrucción pública de Francia

Por la instalación general que ha logrado realizar, se ve que M. Ringelmann ha creado un establecimiento que responde perfectamente á una necesidad y que ha conseguido el objeto que el Ministerio se proponía.

Los ensayos se verifican por medio de procedimientos científicos y de instrumentos de precisión que permiten determinar de un modo absoluto el verdadero valor de las máquinas y materiales empleados.

Esta estación prestará los mayores servicios á los industriales y á los agricultores.

G. MARESCHAL

***

EL CILINDRÓGRAFO

Muchos de los inventos más bellos y más sorprendentes descansan, no en el descubrimiento de nuevos principios de las ciencias naturales, sino en la utilización ingeniosa y útil de leyes de la naturaleza de antiguo conocidas, pero poco observadas. Tal sucede con el invento en que vamos á ocuparnos.

Los que visitaron la última Exposición de París y quisieron adquirir algunas fotografías que les recordaran lo que habían visto, hubieron de sorprenderse ante las que se les ofrecían y que pertenecían á un género completamente nuevo. En efecto, con una longitud de 50 ó 60 centímetros y una altura de 20 á lo sumo presentaban esas fotografías una prodigiosa extensión de la imagen reproducida: una de ellas, por ejemplo, representaba toda la plaza de la Opera con todas las entradas de las calles que á ella desembocan. El que conozca aquel sitio sabrá que no hay en él lugar alguno desde el cual pueda tomarse tal vista comprendida en un ángulo no menor de 120 á 130 grados, y sabido es también que no hay ningún objetivo que pueda abarcar este ángulo. Pero hay más que esto: las citadas fotografías son instantáneas en la más genuina acepción de la palabra; centenares de figuras en movimiento atestiguan que las vistas han sido tomadas en pleno día y cuando el tráfico de la ciudad es mayor: este hecho es otra prueba de que no han sido obtenidas con ninguno de los objetivos de mayor ángulo hasta ahora conocidos, porque éstos no poseen la suficiente fuerza luminosa para tales instantáneos, ni pueden poseerla, puesto que la misma disminuye á medida que aumenta el ángulo de desarrollo del objetivo.

La posibilidad de que tales fotografías sean el conjunto de varios instantáneos pegados unos á otros debe ser también desechada, porque es punto menos que imposible hacer esta operación sin que aparezcan en la prueba total las soluciones de continuidad.

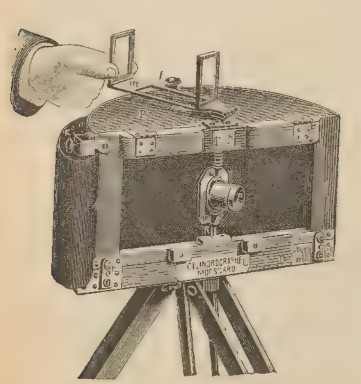
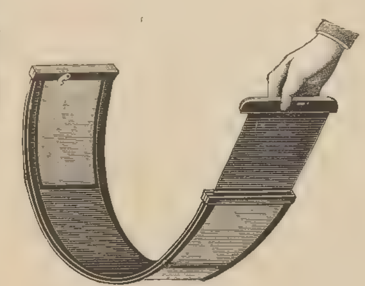
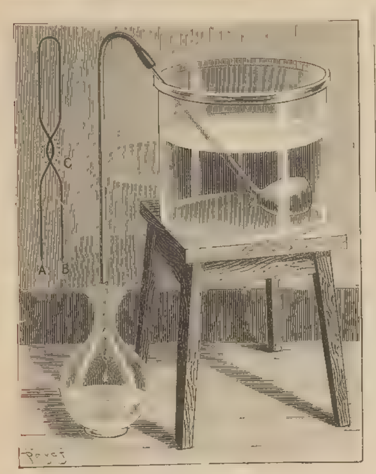


Fig. 1. El cilindrógrafo


Fig. 2. El cilindrógrafo



Filtro económico

El enigma se descubrió muy pronto: las admirables fotografías eran producto de un nuevo aparato, el cilindrógrafo de Moessard: éste no es otra cosa que la más ingeniosa demostración práctica y la utilización del hecho conocido (consecuencia necesaria de las propiedades de una lente) de que si se proyecta la imagen obtenida con una lente sobre una superficie cilíndrica de manera que aquélla esté situada en el centro exacto de ésta, puede hacerse girar la lente alrededor del eje del cilindro sin que se mueva la imagen en el cilindro proyectada: lo único que sucede es que las distintas partes de la imagen se iluminan sucesivamente y vuelven á la obscuridad á medida que salen del ángulo de visión de la lente.

Para la aplicación práctica de este principio, Moessard ha construído para su cilindrógrafo una nueva forma de cámara fotográfica, que es la que reproduce la fig. 1.

Esta cámara, como se ve, tiene la forma de un semicilindro: el objetivo, un aplanético común muy claro y de pequeño ángulo, está colocado en la cara plana de la cámara de modo que su centro óptico coincida exactamente con el eje del semicilindro. Algunos tornillos de presión permiten ajustarlo con toda la precisión necesaria. El marco en donde se ajusta el objetivo puede girar alrededor de un cilindro cuyo eje coincide con el eje del cilindro principal, y para que pueda girar con más facilidad, la pared de la cámara que se une con el marco no es, como en los aparatos ordinarios, de madera, sino de caucho. El eje y con él el objetivo pueden girar por medio de la manecilla que se ve en la parte superior de la cámara. La imagen recibida por el objetivo surge y desaparece sucesivamente en la pared interior semicilíndrica de la cámara.

Esta pared no consiste, como en las demás cámaras fotográficas, en un cristal mate, ni es necesario, puesto que la cámara se dispone de una vez para la distancia que exige el objetivo para los objetos más apartados: de aquí que una vez dispuesto el aparato se introduce en él el correspondiente chassis ó bastidor con la placa sensible seca. Esta placa no puede ser de cristal, puesto que ha de arquearse hasta tomar la forma cilíndrica, sino de una materia flexible. El bastidor es también de un material flexible, como, por ejemplo, de goma dura. Dispuesto así todo y destapado el chassis, conforme lo indica la fig. 2, puede sacarse la fotografía, destapando el objetivo y haciendo girar una ó más veces la manecilla de un lado á otro. Para las instantáneas basta moverla una vez, colocando á cierta distancia del objetivo una pantalla con una estrecha rendija vertical: de este modo la parte de la placa seca iluminada forma una delgada tira que con gran rapidez se desliza á lo largo de toda la placa. La imagen en ésta reproducida abarca un ángulo de visión de 170 grados, casi un semicírculo.

Ya hemos dicho que con este sencillo aparato pueden obtenerse imágenes sorprendentemente bellas é imposibles de conseguir por cualquier otro procedimiento: las líneas verticales y horizontales de las mismas no ofrecen la menor incorrección, sólo las que las atraviesan en sentido diagonal aparecen un poco curvas, lo cual se explica porque han nacido en un cilindro que al copiar la imagen y al contemplarla se presenta desarrollada en una superficie plana. Así, por ejemplo, en una de las fotografías citadas, la corriente casi recta del Sena que se divisa en el fondo ofrece una curvatura no insignificante. Pero este defecto raras veces perjudica la bondad del conjunto.

Merece también consignarse que con ayuda del cilindrógrafo pueden fotografiarse desde muy cerca objetos extraordinariamente altos, para lo cual basta colocar horizontalmente el eje del cilindro, que para los demás casos se mantiene en posición vertical, y proceder del mismo modo antes descrito: por este procedimiento se han podido obtener hermosas fotografías de la torre Eiffel, por ejemplo, tomadas desde muy corta distancia.

Por su difícil construcción y por su elevado coste, comparados con el coste y construcción de la cámara común, el cilindrógrafo no es fácil que llegue á ser un aparato propio para aficionados; pero es de suponer que gracias á él se enriquecerá en breve tiempo la colección de vistas de ciudades y paisajes con un gran número de fotografías que representarán aquellas imágenes mucho mejor que las que hasta ahora hemos conocido Las vistas panorámicas, hasta el presente poco comunes, ocuparán en lo sucesivo y mediante el cilindrógrafo un puesto preferente en las colecciones. Las imágenes obtenidas con el cilindrógrafo están respecto de las fotografías ordinarias en la misma relación que los panoramas respecto de los lienzos planos. En la actualidad se han trasladado ya sobre cristal imágenes cilindrográficas, que colocadas en forma de círculo, constituyendo un verdadero panorama, y puestas al través de la luz, producen «un efecto mágico», al decir de los que las han visto La labor del cilindrógrafo se parece á la del ojo humano que, al contemplar un paisaje, se mueve de un lado á otro de modo que la imagen percibida abarca un ángulo de cerca de 180 grados.

(De la Revista alemana *Prometheus*)

***

FÍSICA SIN APARATOS. – FILTRO ECONÓMICO

En estos momentos en que la cuestión de la purificación del agua está á la orden del día, no carece de interés dar á conocer un filtro simplificado que cualquiera puede construir á muy poco coste.

Tómese una pipa de tierra de fogón grande, llénese éste con pequeños fragmentos de carbón vegetal, cegando con polvos de lo mismo los intersticios, y ciérrese la pipa con una rodaja de corcho para que no se escape de ella el carbón; antes de meter el carbón tápese con un poco de algodón el agujero del interior de la chimenea.

Si al extremo del tubo de la pipa se adapta un pedazo de tubo de caucho, se obtiene un excelente sifón. Para hacer funcionar el aparato, se hace el vacío en el sifón aspirando fuertemente por el tubo de caucho y el agua cae en el recipiente que se quiera, como nuestro grabado representa.

Es indispensable que el extremo del tubo esté á un nivel más bajo que el fogón de la pipa: si se quiere interrumpir la destilación del agua, bastará colocar en el extremo del tubo una pequeña pinza como la indicada por el dibujo que se ve á la izquierda del grabado; esta pinza es sencillamente una horquilla plegada en la forma A, B, C. Se introduce el caucho en G, y cuando se quiere que el agua vuelva á correr no hay más que apretar los extremos A y B, que al aproximarse ensanchan el espacio G y dejan libre el tubo.

***

LA CORBATA FOTOGRÁFICA

Al lado de los admirables resultados obtenidos por los sabios, hace años que los inventores se ingenian en confeccionar aparatos minúsculos que permitan á los aficionados sacar fotografías sin que lo advierta la persona que ha de ser retratada. De todos los inventos en este género realizados hasta ahora, se lleva indudablemente la palma la corbata fotográfica destinada á obtener gran éxito entre los prácticos en el arte de la fotografía. La corbata que representa nuestro grabado es ni más ni menos que una cámara obscura y el alfiler que se ve en ella un objetivo; cuando cualquiera se acerca á una distancia de 50 centímetros y hasta de un metro á hablar á quien la lleve, no tiene éste más que apretar una pera de caucho que tiene colocada en bolsillo para poseer el retrato de su interlocutor.

Este ingenioso aparato, que sirve también para tomar vistas de conjunto, ha sido inventado por M. Edmundo Bloch, y aunque no es todavía del dominio de la industria, creemos que su conocimiento interesará á nuestros lectores.

El número 2 de la fig. 1 representa la corbata ó plastrón fotográfico visto de frente tal como debe llevarla el operador; la cámara obscura metálica es muy achatada y muy ligera y debe ocultarse debajo del chaleco. El número 1 la reproduce vista por detrás, y en él aparece la cámara obscura sin su tapa para que pueda verse su mecanismo interior. En ella hay seis *chassis* minúsculos que pueden pasar sucesivamente por delante del objetivo y que permiten obtener seis clichés distintos: el instrumento puede construirse hasta con 12 y 18 *chassis*. He aquí la manera de funcionar el aparato. Puesta la corbata, se arma el obturador tirando del botón A (fig. 1, número 2) que pasa por debajo del chaleco: para cambiar la placa, se da vuelta de izquierda á derecha al botón B, que se abrocha en un ojal del chaleco como si realmente perteneciera á esta prenda. Es preciso dar vuelta á este botón hasta que se sienta el efecto de un ligero encajamiento que se produce en C (fig. 1, número 1) y que coloca la placa exactamente delante del objetivo.

Para abrir el objetivo se aprieta la pera de caucho D que se lleva en el bolsillo del pantalón: el tubo de caucho E pasa por debajo del chaleco y sirve para transmitir la acción de la mano. Para cargar el aparato se abre éste por su parte inferior, y apartando los pequeños resortes G, G, G, se colocan las placas sensibles en los *chassis* y se vuelve á colocar los resortes en su posición primitiva.

El aparato no es mucho más grueso que una de esas corbatas que los camiseros denominan *Regatas*, pues el espesor de la cámara obscura que contiene las placas es sólo de 5 milímetros. La circulación de los seis pequeños *chassis* delante del objetivo se obtiene por medio de una cadena sin fin, como lo indica el grabado número 1 de la fig. 1.

La fig. 2 representa tres retratos obtenidos con la corbata fotográfica y con el objetivo minúsculo hábilmente disimulado en el centro de un alfiler: esas pruebas tienen 4 centímetros cuadrados y son bastante claras para poder reconocer perfectamente á las personas retratadas.

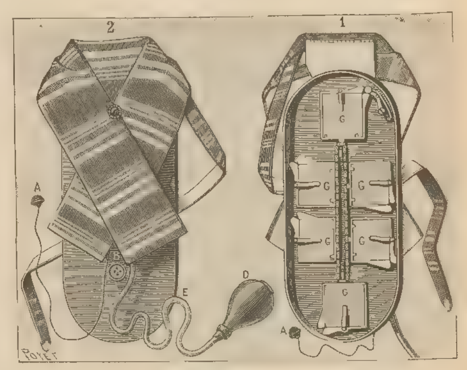


Fig. 1. Corbata fotográfica



Fig. 2. Facsímile de los retratos obtenidos con la corbata fotográfica

Si este aparato puede ser bien construído creemos que está llamado á obtener un gran éxito.

GASTÓN TISSANDIER

(De *La Nature*)



TODA UNA JUVENTUD

POR

FRANCISCO COPEE

Ilustraciones de Emilio Bayard - Grabado de Huyot

(CONTINUACIÓN)

Jocquelet, que en política profesaba las más avanzadas opiniones, distribuyó algunos fuertes apretones de manos, con aire protector, entre los hombres de Estado del porvenir, que bajo pretexto de abrir el apetito, atrapaban resfriados y gástricas para cuarenta días; luego entró seguido de Amadeo en el interior del establecimiento.

También había allí políticos, pero abundaban asimismo los poetas y literatos, en confusa mezcla y en buena inteligencia con aquéllos; aun cuando no era fácil confundir á los unos con los otros. Los políticos todos llevaban barba y los literatos melenas

Jocquelet dirigióse sin titubear hacia la enmarañada y magnífica caballera roja del poeta fantástico Pablo Sillery, guapo joven de despierta fisonomía, que estaba negligentemente reclinado sobre el respaldo de terciopelo encarnado de la banqueta, delante de una mesa, en derredor de la que formaban corro otros tres melenudos, dignos de nuestros reyes de la primera raza.

– Mi querido Pablo, – dijo Jocquelet con su acento más mordaz, alargando á Sillery el manuscrito de Amadeo. – He aquí unos versos que me parecen soberbios, y que voy á declamar así que pueda en un concierto ó en un beneficio... Léalos usted y díganos qué le parecen.. Presento á usted el autor M. Amadeo Violette... Amadeo, te presento á M. Pablo Sillery.

Todas las melenas (que servían de marco á jóvenes y amables rostros) volviéronse con curiosidad hacia el recién venido, á quien Pablo Sillery invitó cortésmente á sentarse, con la fórmula de cajón: «¿Qué va usted á tomar?» Luego se puso á leer las hojas que le había dado el cómico.

Amadeo, sentado en el borde de la silla, estaba trastornado por la timidez. Entre los poetas primerizos, Pablo Sillery gozaba de cierta reputación. Había fundado una hoja literaria, *La Avispa*, que publicaba en la primera página caricaturas de hombres célebres con cabezas gordas sobre cuerpos enanos, y Amadeo había leído algunos poemas de Sillery llenos de impertinencia y de gracia. ¡Un autor cuyas obras se imprimían! ¡Un director de periódico! Esto era enorme para el inocente Amadeo, que no sabía que *La Avispa* sólo tenía catorce suscriptores y que consideraba á Sillery como un coloso; así es que palpitándole el corazón, esperaba con angustia la sentencia de un juez tan temible.

Pero un minuto después, Sillery, sin levantar los ojos del manuscrito, dijo entre dientes:

– ¡Buenos versos!

Una ola de delicias inundó el pecho del poeta del arrabal de Santiago.

Cuando acabó de leer, el director de *La Avispa* levantóse de su banqueta y alargó las dos manos á Amadeo por encima de los vasos y de las botellas.

– Ante todo, – exclamó con alegre entusiasmo, – déjeme usted darle un buen apretón de manos. La descripción de la batalla es admirable y sorprendente; clara, concisa á lo Merimé, llena de color é imágenes superiores á las de Merimé; en fin, una cosa enteramente nueva. Mi querido M. Violette, felicito á usted de todo corazón. No puedo pedir á usted para *La Avista* este hermoso poema que Jocquelet tendrá la satisfacción de interpretar y que indudablemente tendrá extraordinario éxito, pero solicito de usted como un gran favor algunos versos para el periódico. Estoy seguro de que serán tan buenos como éstos, si no mejores. Pero debo advertir á usted que no podremos pagárselos. *La Avispa* no prospera; puede decirse que vuela con un ala rota. Para sostenerla algunos meses todavía, he tenido que recurrir á un usurero, que me ha entregado, entre otros valores, en vez del clásico cocodrilo empajado, un caballo sabio, que proviene de un circo ecuestre quebrado. Primeramente determiné montar el noble animal para ir al Bosque, mas al llegar á la Avenida de los Campos Elíseos comenzó á valsar alrededor del pilón de la fuente, y me he visto precisado á vender con pérdida considerable ese cuadrúpudo coreográfico. La colaboración de usted en *La Avispa* será, pues, gratuita ¡ay! como la de los demás redactores. Pero usted, M. Violette, tendrá en cuenta que he sido el primero en saludarle con el raro y glorioso título de verdadero poeta, y me concederá la alegría de haberle procurado la primera emoción que produce el olor á imprenta de las primeras pruebas. ¿Está usted conforme?

¡Que si estaba conforme! Amadeo estaba conmovido hasta el fondo del corazón por tanta bondad y cordialidad fraternal, y además tan turbado que se esforzaba en vano para encontrar palabras que expresaran su gratitud; así es que tropezó cien veces cuando quiso dar las gracias.

– No me dé usted gracias, – repuso Pablo Sillery, con su agradable sonrisa algo escéptica, – y no me suponga mejor de lo que soy. Si todos los versos de usted tienen la misma fuerza que los que acabo de leer, pronto publicará un volumen que causará sensación, y que inspirará, quizá á mí el primero, movimientos de envidia Los poetas no valen mucho más que los otros hombres: son como la inmensa mayoría de los hijos de Adán, vanidosos y envidiosos; sólo que conservan el don de admirar, y esto constituye su superioridad y su honor. Hoy por hoy siento un gran placer en haber encontrado un mirlo blanco, un poeta original y sincero, y con permiso de usted celebraremos este buen hallazgo. No habiendo sido suficiente la venta del caballo valsador para saldar la cuenta del impresor de *La Avispa*, no estoy esta noche en fondos; pero tengo crédito en casa del tío Lebuffle, é invito á todos ustedes á comer en su fonducho. Después iremos á mi casa, adonde aguardo á otros amigos, y allí, usted,

Violette, nos leerá sus versos, todos haremos lo mismo, y tendremos una deliciosa orgía de hermosas rimas.

Esta proposición fué calurosamente acogida por los tres jóvenes de melenas á lo Clodión y Chilperico. En cuanto á Amadeo, en aquel instante hubiera seguido á Pablo Sillery hasta á los infiernos.

Sólo Jocquelet no podía acompañarlos, porque había dedicado aquella noche á una señora; y presentó excusa con una sonrisa tan de suficiencia, que



todos se quedaron persuadidos de que iba á coronarse de mirtos y laureles á casa de una princesa de sangre real, siendo así que la actual amiga de Jocquelet era sencillamenre una compañera de Conservatorio: una muchacha grandota, desgarbada, negra como un topo y llena de pretensiones, que se dedicaba á la tragedia y que no correspondía á las caricias de su amante sino después de haberle espetado el sueño de *Atalía*, las imprecaciones de *Camila* y el monólogo de *Fedra*.

Pagado el gasto, Sillery, dando el brazo á Amadeo y seguido siempre por los tres Merovingios, salió del café, y atravesando la multitud que obstruía la acera del arrabal Montmartre, condujo á sus convidados á la mesa redonda del fonducho Lebuffle, que estaba situado en el piso tercero de una casucha de la calle de Lamartine y cuyo olor nauseabundo á grasa quemada sentíase desde el portal.

Instaláronse en una mesa cubierta de un mantel notable por el gran número de manchas de vino. Dos ó tres melenudos feroces y cuatro ó cinco barbudos avanzados devoraban ya la sopa servida por el tío Lebuffle y por una criada muerta de cansancio. El nombre con que Sillery había designado al patrón de la mesa redonda debía ser un apodo, porque este obeso personaje, en mangas de camisa, atraía, en efecto, la atención por su fuerza bovina y sus apagados ojos de rumiante. Con gran asombro de Amadeo, el tío Lebuffle tuteaba á la mayor parte de sus parroquianos, y no bien los recién venidos se sentaron á la mesa, el poeta neófito preguntó en voz baja á Sillery el motivo de tanta familiaridad.

– Esto proviene de las desgracias de la época, mi querido Violette, – contestó el director de *La Avispa*, desdoblando su servilleta. – Ya no existen Mecenas ni Laureano el Magnífico, y el último protector de las letras y de las artes es el tío Lebuffle. Este bodegonero, que probablemente nunca ha leído un libro ni mirado un cuadro, es aficionado á pintores y poetas, y les permite cultivar en su casa la preciosa planta de la deuda, que al revés de los otros vegetales, crece más cuanto menos se la riega con el pago. Preciso es perdonar á este buen hombre – repuso bajando la voz – su único pecadillo de vanidad y el que le complazca mucho el ser tratado como compañero y amigo por los artistas... Los que tienen consignados en el libro del establecimiento grandes cuentas llegan hasta á tutearle, y yo ¡ay! soy uno de ellos. Pero gracias á esto, voy á hacer que beban ustedes algo que no sea tan purgante como el llamado vino de esa botella, del que aconsejo á usted que desconfíe... Oye, Lebuffle, este amigo, aquí presente, será más ó menos pronto un poeta célebre; por tanto, viejo mío, trátale como se merece y tráenos una botella de *Moulin-á-Vent*.

Inmediatamente la conversación se hizo general entre los barbudos y los melenudos. No hay necesidad de decir que... todos, los unos en política, los otros en literatura, estaban animados de las ideas más revolucionarias. Cuando se sirvieron las sardinas, que parecían estar fritas en aceite de quinqué, un terrible barbudo, la barba más negra de todas, que subía hasta los ojos de su propietario y se le desbordaba en mechones de pelo por la nariz y orejas, expresó ciertos conceptos elegíacos á la dulce memoria de Juan Pablo Marat, y declaró que *en la próxima* era al fin necesario realizar el programa del delicioso amigo del pueblo, haciendo caer cien mil cabezas.

– ¡Voto al demonio, Flambard, tienes la mano dura!, – exclamó un barbudo menos importante, uno de esos barbas que degeneran en patillas á los treinta años y se hacen del centro izquierdo ó conservadores. – ¡Nada menos que cien mil cabezas!

– Es el *mínimum*, – replicó el barbudo sanguinario.

Este nombre de Flambard hizo comprender á Amadeo que bajo aquella barba feroz se ocultaba un fotógrafo muy conocido por sus quiebras, y el joven no pudo menos de pensar que si las cien mil cabezas se hubieran colocado en el objetivo del dicho Flambard, haciendo de este modo la fortuna de su establecimiento, no demostraría tanta impaciencia por verlas gesticular en la media luna de la guillotina.

Las conversaciones que mediaban entre las melenas literarias no eran en su clase menos anarquistas. Cuando se sirvió el asado que, según las muestras, provenía del legendario animal llamado vaca rabiosa, la más larga y espesa de todas las melenas, que se esparcía sobre las espaldas de un joven novelista (que hacía gala de no peinarla á menudo), contó á los otros cabelludos el argumento de una novela, que verdaderamente debía erizarles de horror, puesto que la violación de una muerta en un cementerio y á la luz de la luna, constituía el principal episodio de aquella graciosa ficción.

Hubo entre los concurrentes una especie de emoción repulsiva, y Sillery, con una ligera expresión de enojo en la mirada, preguntó al novelista absaloniano:

– ¿Por qué diablos quieres contar esa historia?

Para dejar pasmada á la gente sencilla.

Y nadie tuvo nada que objetar.

¡Dejar pasmada á la gente sencilla! Tal era, en efecto, la ardiente preocupación, la querida esperanza de todos aquellos jóvenes, y este deseo se descubría en sus menores palabras.

Hasta Amadeo la juzgó legítima y digna de elogio; sin embargo, no creyó, preciso es confesar su falta de confianza, que tan gloriosos esfuerzos fueran coronados por el éxito: hasta llegó á preguntarse si el carácter popular, si su misma esencia y por consiguiente su fuerza no consistía precisamente en ignorar, no sólo las obras, sino hasta la existencia de los que buscaban el modo de asombrarla, y pensaba, no sin melancolía, que cuando *La Avispa* hubiese publicado la composición diabólica del joven novelista no influiría para nada en las gentes sencillas, que continuarían apaciblemente entregadas á sus costumbres habituales, tales como la de consultar el barómetro para saber si ha pasado el tiempo variable ó exclamar entre un gran suspiro «¡Menos mal!» después de haber apurado la sopa.

A pesar de sus reservas mentales, que Amadeo se reprochaba recelando ser un impuro y despreciable filisteo, el poeta estaba encantado de sus nuevos amigos y del mundo desconocido que se abría ante él. En aquel rincón de bohemios, en donde se sentaban locas premisas y monstruosas paradojas, reinaban la frivolidad y la alegría. Había allí el hechizo soberano, la juventud; y Amadeo, que hasta entonces había vivido en su agujero oculto en la sombra, sentía dilatarse su corazón en aquella caliente atmósfera.

Después de un indigesto postre de queso y de ciruelas, dispersáronse los parroquianos del tío Lebuffle. Entonces Sillery condujo á Amadeo y á los tres Merovingios al pequeño entresuelo, amueblado á medias, que habitaba en la calle de Pigalle. A poco, una media docena de otros líricos, que también hubieran podido proveer de magníficos trofeos cabelludos á un guerrero apache, vinieron á reforzar el cenáculo, que se reunía todos los miércoles por la noche.

Muy pronto faltaron sillas; pero Sillery sacó de un obscuro gabinete una maleta vieja en la que podían sentarse dos, y como dueño de casa se contentó con instalarse á ratos con las piernas colgando en el mármol de la chimenea. De este modo la reunión pudo disfrutar de cierta comodidad relativa, sobre todo cuando una vieja de pañuelo sucio á la cabeza (la portera probablemente) instaló sobre un velador en medio del cuarto seis botellas de cerveza, vasos desportillados y en un gran tiesto un abultado paquete de tabaco con pipas y libritos de papel de fumar.

Y entre una nube de humo comenzaron á recitar versos, unos detrás de otros, como en las coplas que se cantan al fin de una boda de aldea. Nombrado por Sillery, cada poeta se levantaba sin hacerse de rogar, colocaba su silla delante de él, y apoyando una mano en el respaldo declamaba su soneto ó elegía. Varios de aquellos bardos carecían de genio y algunos eran algo grotescos. Había entre otros un jovencito de menudo cuerpo y aspecto cadavérico, que declaró en una larga tirada de tercetos que el harén de un sátrapa asiático no era capaz de saciar su ardiente sed de voluptuosidad; y un mofletudo, con buen color de provinciano recién venido, anunció en una retahila de estrofas su formal intención de morir de languidez por causa de la traición de una cortesana de marmórea frente; cuando, á decir verdad, este apacible muchacho vivía maritalmente con una sencilla hija del pueblo, bruñidora de oficio, reducida por él á la esclavitud y que le limpiaba las botas todas las mañanas antes de marcharse al obrador.

Mas á pesar de estas ridiculeces, semejante areópago, compuesto de poetas que todos sabían su oficio y entre los cuales algunos tenían verdadero talento, infundía á Amadeo gran respeto y temor, y por esto se puso en pie con la boca seca y el pecho oprimido de angustia cuando Sillery le dijo:

(Continuará)

NUESTROS GRABADOS

Regatas á remos, cuadro de F. Vezin. – (Exposición de Munich de 1890). – Los que estén acostumbrados á presenciar las regatas en nuestros puertos, encontrarán sin duda, á faltar en el cuadro de Vezin, la animación, la vida que tanto contribuye á hacer interesante el *sport* náutico en los pueblos que, como el nuestro, necesitan dar expansión á su entusiasmo con manifestaciones más expresivas que la aprobación casi silenciosa ó revelada á lo sumo por algunos *hurras* incoloros.

Mas no se juzgue por esto defectuosa la pintura; cúlpese de esta deficiencia al carácter, á las costumbres de la sociedad de donde tomó el autor asunto para su cuadro, que, prescindiendo de éste que ya hemos dicho no es defecto, constituye un conjunto poético, agradable y pintado con maestría. Las tranquilas aguas del río, las pintorescas riberas que lo bordean cubiertas de frondosas arboledas y animadas por las tribunas en donde ondean vistosos gallardetes, las figuras, así de los actores como de los espectadores de la fiesta, todo acusa en el pintor talento no escaso para observar y conocimiento perfecto de la técnica del arte para reproducir.

El elefante y los cocodrilos, dibujos del mayor general Robley. – Cierto día un elefante acudió á apagar su sed á un estanque, y cuando saciado ya se disponía á retirar del agua su trompa, un desmesurado cocodrilo hizo presa en ésta con tal fuerza que el pobre animal se estremeció y forcejeó para librarse del temible adversario. Tras breve lucha, cuando la victoria se inclinaba á favor del paquidermo, cátate que una nueva resistencia vino á oponer mayor obstáculo á sus esfuerzos: en efecto, las mandíbulas de un segundo cocodrilo aferráronse á la cola del primero prestándole refuerzo valioso. No hubiera, sin embargo, bastado esto para dar en tierra con los bríos del elefante; pero como por arte de magia la cadena de cocodrilos fué aumentando progresivamente hasta el punto de poner en inminente peligro al gigantesco mamífero, que por fin logró hacerse fuerte enroscando su cola en el tronco de un árbol cercano. En tan comprometida situación, y para librarse de una vez de sus enemigos, apeló á su natural astucia, y rellenando con fuerza soltó por su trompa toda el agua que había bebido y que al penetrar en forma de potente chorro en las fauces del primer reptil lo dejó casi ahogado y le obligó á abrir las mandíbulas y por ende á soltar su presa. Aprovechando esta favorable coyuntura el elefante huyó á toda prisa, felicitándose de la salvadora idea que había tenido.

En este relato, que como histórico y presenciado por él contó algún émulo de Manolito Gázquez al mayor general Robley, se inspiró éste al trazar los graciosos croquis que en nuestro grabado reproducimos.

El Tormento, estatua de Felipe Cifariello, dibujo de E. Ximenes. – La simple vista de esta escultura revela que se trata de una víctima de la inquisición que atado con fuertes ligaduras metálicas al banco del tormento, hace un esfuerzo supremo, y con expresión de dolor inmenso contempla la efigie del Crucificado, de ese Dios todo bondad y dulzura que los sayones inquisitoriales quisieron en vano hacer cómplice de sus abominables crímenes.

Cifariello, oriundo de Molfetta, cerca de Bari, cuenta veinticinco años: hasta ahora se había dedicado á los pequeños bronces y barros que el buen gusto ha introducido en las más ricas y aristocráticas viviendas; pero con un sepulcro poco ha levantado en el cementerio de Roma y con la estatua que reproducimos ha demostrado excepcionales dotes para obras de más vuelo, que le aseguran un brillante porvenir.

Tomás Alva Edisson, célebre electricista norte-americano. – En el número 406 de la ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA publicamos el retrato de este insigne inventor y con él algunos datos biográficos y noticias referentes á su morada de Menlo-Park. Hoy con motivo del hermoso grabado que reproduce al insigne sabio, creemos que interesarán á nuestros lectores los siguientes detalles de su vida y de su carrera, en los que aparece descrita la titánica labor de Edisson hasta llegar á ocupar la posición de que actualmente disfruta y á gozar de la fama universal en que hoy aparece envuelto su nombre.

Edisson nació en el Estado del Ohio en 1847. Educóse en el Michigán, y falto por completo de recursos, logró, sin embargo, adquirir una instrucción científica muy extensa.

Para atender á sus necesidades vióse obligado á ejercer en una línea férrea el oficio de *train-boy*, que consiste en vender á los viajeros refrescos, periódicos y cigarros. Contaba entonces doce años de edad, y formó el propósito, que realizó, de publicar un diario, aunque no tenía dinero, ni trató de buscar colaboradores. Al efecto, dirigió una carta al presidente de la Asociación sindical de informes telegráficos, rogándole que le dijera en qué condiciones podría recibir en las diferentes estaciones del ferrocarril de Nueva York á Chicago todas las noticias que tuviesen algún carácter extraordinario. Obtenida la autorización necesaria para recibir estos telegramas, pidió permiso al director de la compañía para instalar en un vagón una humilde prensa de mano, y durante la marcha del tren imprimió su diario, *The Great Trunk Herald*, hojita microscópica, escrita con muy pocas filigranas de estilo y que se vendía á quince céntimos.

«Las noticias que yo daba en mi hoja, dice el gran inventor, eran de un carácter tan local, que no podían interesar á ninguna persona que no fuese cualquiera de las que el tren conducía ó las que en las estaciones se hallaban.» Considerábase Edisson como un periodista importantísimo, y estaba orgulloso de los trescientos lectores que aproximadamente tenía su periódico. No contribuía poco á este orgullo el contar en su lista de suscriptores el nombre de Roberto Stephenson, el gran ingeniero.

A pesar de esto, las noticias que daba el periódico de Edisson no pecaban por exceso de interés. Limitábanse á participar los accidentes de la línea y los pocos interesantes sucesos acaecidos en las estaciones. Los caracteres de imprenta se los facilitaba Mr. Wilbur Storey, propietario del *Detroit Free Press*. A este considera Edisson como el iniciador de su fortuna.

Al principio de la guerra separatista, la situación pecuniaria del hoy inventor insigne era muy apurada. Edisson ideó un medio ingenioso de hacer que su periódico aumentase de venta. Procuróse relaciones con un impresor de la *Free Press*, y éste le facilitaba todas las mañanas una prueba del número del diario, del cual extractaba Edisson las noticias más importantes para insertarlas en su periódico. Apenas empezó á usar de este medio, publicando detalles de lo sucedido en el teatro de la guerra, la venta desde 200 ejemplares subió hasta más de 300. Un día dió nuevas de la batalla de Pittsburg Landing, llamada después batalla de Shiloh. El número de muertos y heridos se valuaba en la cifra de 60.000, y el director, redactor é impresor del *The Great Trunk Herald* comprendió que los detalles contenidos en aquella relación habían de impresionar hondamente al público. Logró también Edisson que por telégrafo se comunicase á las estaciones del tránsito el anuncio de la batalla, anuncio que había de fijarse en los tablones donde se inscriben las marchas de los trenes. Adquirió después 1.500 ejemplares de la *Free Press*, montóse en el tren y comenzó el viaje.

El telegrafista había cumplido su palabra, y el anuncio de la batalla circuló por todas las estaciones. En la primera de ellas vendía ordinariamente Edisson dos números; al llegar, asomó la cabeza por la ventanilla y vió una multitud que invadía el andén. Allí vendió 100 números á real cada uno. En la siguiente vendió 300 números á dos reales. Al final del viaje, en vista de la demanda creciente de ejemplares, expendió éstos á cinco y seis reales. Edisson dice que fué aquella la primera vez en que comprendió el poder maravilloso del telégrafo.

Con las ganancias que le proporcionó su original publicación, de la que habló la prensa norte-americana, comenzó á salir de la apurada situación económica en que hasta entonces había vivido. Día y noche trabajaba sin descanso en el furgón de un tren aquel niño, ansioso de adquirir recursos para estudiar los misterios de la electricidad. Más tarde fundó en Port-Huron otro periódico que duró muy poco y en el que no faltaron bombos y reclamos expresivos para todos los empleados de la compañía que auxiliaban al precoz periodista. Habiendo aprendido por casualidad algunas nociones de telegrafía que le enseñó un jefe de estación, á cuyo hijo había salvado la vida, presentóse á examen para ingresar como empleado de primera clase en el ministerio de telégrafos.

Consagrado al estudio de los fenómenos eléctricos, descubrió aplicaciones muy ingeniosas y cedió la explotación de las mismas á la Compañía de la Unión del Oeste, á cambio de una renta anual de 6.000 dollars. Desarrolló rápidamente su genio inventivo, y construyó multitud de instrumentos diversos, el *teléfono*, el *fonógrafo*, el *micrófono*, el *megáfono*, etc., que le dieron fama universal, aun antes de que se generalizara el uso de los mismos.

Desde hace quince años trata de resolver el problema de la división de la luz eléctrica hasta el infinito, á fin de poder suministrar á bajo precio buen alumbrado á las ciudades y las casas.

A fines de 1878 se organizó en Nueva York con un capital de 300.000 dollars una sociedad para la explotación de los nuevos descubrimientos del ilustre norte-americano.

Edisson vino á Europa en agosto de 1889 y visitó la Exposición Universal de París, acompañado de varios jóvenes compatriotas suyos, que le sirven de secretarios y ayudantes en sus trabajos electricistas. Por esto se ha dicho que Edisson no es un inventor en el sentido estricto de la palabra, sino gerente de un sindicato científico. Hoy posee un hermoso palacio en Menlo-Park, y allí continúa sus admirables investigaciones.

En enero de 1790 ha construido un nuevo aparato que denomina *linguágrafo*, compuesto de algunos tubos ó hilos de bronce y un teclado que hace funcionar cierto número de fonógramos. Un chorro de vapor al atravesar el recipiente hace sonar el aparato y produce una voz formidable, espantosa, que pronuncia, ya el nombre de las estaciones, ya el de los túneles, puentes y ríos, y avisa á los viajeros en caso de peligro.

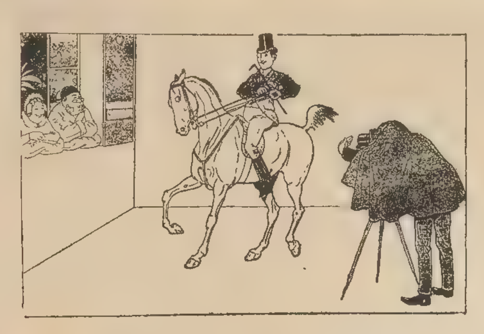
ADVERTENCIAS

Siendo en gran número los trabajos literarios que recibimos para la ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA y en la imposibilidad de contestar á todos los que con ellos nos favorecen, debemos advertir que sólo contestaremos á los autores de los artículos que aceptemos para insertarlos en este periódico.

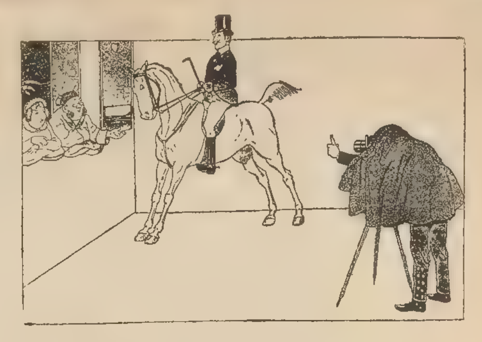
No se devuelven los originales.

Suplicamos á nuestros corresponsales y suscriptores, especialmente á los de América, nos remitan cuantas fotografías de monumentos, obras artísticas, etc., consideren propias para ser publicadas en la ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, acompañándolas de los datos explicativos necesarios. En caso de que sean admitidas, tendremos el gusto de consignar, al confirmarlas en las columnas de nuestra publicación, el nombre de la persona que nos haya honrado con el envío de las mismas.

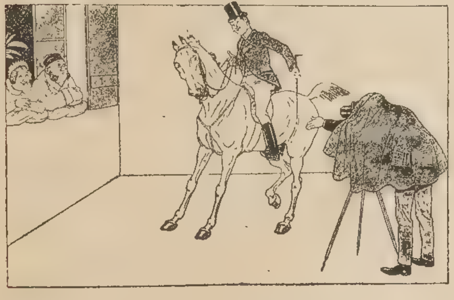
Asimismo agradeceremos la remisión de todas las noticias que tengan verdadero interés artístico ó literario.



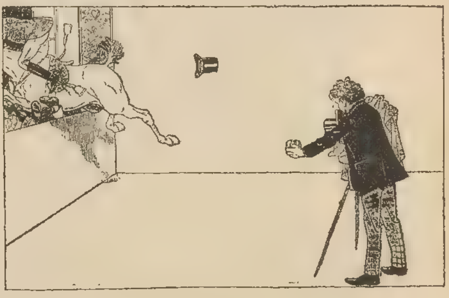
¡Alto!



Perfectamente



¿Te estaras quieto?



¡Demonio!

EL CABALLO SALTADOR Y LA FOTOGRAFÍA INSTANTÁNEA

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjanse para informes á los Sres A. Lorette, Rue Càumartin, núm. 61, París.—Las casas españolas pueden hacerlo en la librería de D. Arturo Simón, Rambla de Canaletas, núm. 5, Barcelona

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

Año IX — Barcelona 22 de septiembre de 1890 — Núm. 456

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



EL FAVORITO, grupo escultórico de G. van der Straeten

EL SALTO DE LA LIEBRE

(EPISODIO NATURALISTA)

Liborio tenía muchos amigos, muchos; no podían contarse, como dice de los Sumos Pontífices el personaje de *Los Hugonotes* (*Los Hugonotes* de Miguel Echegaray, por supuesto). Y no es en verdad maravilla que fuesen muy numerosos los amigos de Liborio, del Puente y Torcida, por más señas; era muy rico, daba bien de comer y fumaba legítima regalía británica *extra*, y con fumar tan excelentes tabacos nunca dejaba de poner en práctica la máxima famosa del barón de Andilla:

> El que entre amigos el cigarro saca,
> Debe ofrecer, al punto, la petaca.

La petaca y los cigarros y el corazón ofrecía Liborio, y lo ofrecía todo con sinceridad, y lo daba con alegría; porque, fuera de su mujer, á quien profesaba un cariño rayano en adoración, lo que él más quería en este mundo eran sus amigos, y no lograban desarraigar ese afecto suyo las exhortaciones constantes de un señor Sancho, tío de Liborio por parte de madre, el cual Sancho recordaba sin cesar á su sobrino el conocidísimo dístico:

> *Donec eris felix, multos numerabis amicos,*
> *tempora si fuerint nubila, solus eris,*

y no descansaba en la tarea de convencer á Liborio de que sus amigos no eran tales amigos, sino aduladores que lo explotaban y gorrones que se burlaban de él y comían y bebían y fumaban á su costa; á la de Liborio, quiero decir, y eso quería decir Sancho.

– Pero, bobo de Coria, solía exclamar éste, ¿á santo de qué, ni con qué motivo habían de profesarte amistad verdadera todos esos gandules? Cuando son contados, muy contados, los hombres que consiguen hallar en toda su vida un amigo leal, ¿por qué razón habías de ser tú bastante afortunado para hallarlos á centenares? ¿No comprendes, alma de cántaro, que eso va de todo en todo contra la naturaleza misma de las cosas?

– ¿Yo aduladores, tío? ¿Yo cortesanos?, replicaba Liborio ¿Por qué he de tenerlos? Soy rico, es cierto; pero observe V. que casi todos mis amigos son tan ricos como yo; y aun más ricos que yo muchos de ellos. ¿Qué puedo yo darles? ¿Qué puedo hacer en obsequio suyo? Nada que ellos no puedan darme, nada que ellos no estén dispuestos á hacer por mí. ¿Por ventura un veguero, una copa de champagne, un almuerzo serían bastante para comprar la amistad fingida de quien no me la profesase verdadera? Muchos de esos amigos á quienes V., con injusticia notoria, califica de parásitos, me han ofrecido en más de una ocasión: dinero, amistad, favores.., que yo no he aceptado.

– Precisamente por eso te los han ofrecido, porque sabían que no ibas á necesitarlos; ¡valiente chasco os hubierais llevado ellos y tú si les hubieses cogido la palabra!

– Por mi parte no me lo hubiese llevado, tío, ni grande ni pequeño; pues de sobra sé que no todos habrían hecho efectivos sus ofrecimientos.

– Ninguno, Liborio, ninguno.

– Me parece que V. exagera, tío.

– No, Liborio, no; no exagero. Hay en la amistad con las gentes ricas, fuera del propósito de explotarlas que muchos tienen, algo indefinible, algo obscuro que halaga aun á los que no se proponen precisamente esto: la vanidad lisonjeada; esa tranquilidad que da la certeza de no ser molestado con peticiones molestas; quizá una esperanza remotísima de hallarse en un caso, hoy inverosímil tal vez, pero nunca imposible, auxilio en cualquier tribulación... no sé qué, pero, en fin, algo, ya lo he dicho, algo que hace agradable el trato con hombres de tu posición. Pero que esa posición desaparezca, que vean tus amigos en ti un necesitado de protección, un menesteroso de amparo, quizá un peticionario de dinero, y el encanto desaparecerá de un solo golpe, y los que hoy te buscan, huirán de ti mañana, y como dijo el poeta latino: *¡Solus eris!*



COPA DE METAL CINCELADO

– ¡Bah!, no tanto, no tanto. Ya sé, ¿cómo no había de saberlo?, que entre los egoístas á quienes solamente el espectáculo de la ajena desgracia disgusta, no por amor al prójimo, sino porque puede perturbar la tranquilidad propia, un cambio repentino de posición produciría un simultáneo cambio de conducta; pero créame usted, tío, donde menos se piensa salta la liebre..., y si ese caso llegase (que no lo deseo), vería V. cómo aun entre los mismos á quienes V califica de aduladores y falsos habría algunos, pocos tal vez, pero algunos de fijo, que me demostrarían lo sincero de su cariño.. , acaso, acaso, aquellos de quienes menos lo esperásemos.

– Yo, por sí ó por no, no lo esperaría de nadie.

– Pues yo sí.

– Pues allá tú; y Dios te haga un santo, que lo que es tonto ya lo eres.

– Tentaciones me dan de hacer una prueba.

– ¿Piensas dar tu fortuna á los pobres?

– No, pero pienso arruinarme de mentirijillas.

– Hombre, no me parece mala idea; por supuesto, si lo haces bien, porque si llegan á sorprender tus amigos que sólo se trata de una broma, se darán todos de ojo para probarte su desinterés y su abnegación.

– No, no hay miedo; tan bien lo haré, que usted mismo, aun estando advertido, llegará á creer en la verdad de mi ruina.

– Pues si es así, ya verás como ni un solo amigo te queda. Te lo repito: *Solus eris.*

– Ya verá V. como alguno me queda: donde menos se piensa salta la liebre.

– Bueno, pues fíate en el salto de la liebre y no corras.

Liborio hizo perfectamente las cosas. Sin que se supiese en dónde, nació el rumor de considerables pérdidas sufridas en varias operaciones de Bolsa; extendióse la voz de su completa ruina, y... en efecto, sus numerosos amigos huyeron de él como de un apestado. Decir que aquellos que más favores le debían fueron los más presurosos en el huir, manifestar que aquellos que más ofrecimientos le habían hecho eran los que más ostensiblemente volvían la vista hacia otro lado cuando lo hallaban en la calle, no sería decir ni manifestar nada nuevo; eso lo comprende perfectamente cualquiera, aun teniendo escaso conocimiento de mundo. El resultado, por consiguiente, no sorprendió en manera alguna á Liborio, que ya se prometía un resultado así de su prueba; pero que continuaba esperando en el *salto de la liebre* que, según el refrán, ocurre donde menos se piensa. La liebre, sin embargo, no saltaba, y para provocar el salto, el fingido pobre, el arruinado de comedia, se dirigió con sendas misivas á todos sus amigos. Pidió á los unos dinero, solicitó de otros préstamos; de éstos impetró trabajo, de aquéllos mendigó recomendaciones.

El resultado de estas gestiones daban la razón al tío pesimista; las respuestas de los que respondieron, pues la mayor parte ni se dignaron contestar ni se dieron por entendidos, eran desconsoladoras. Los unos deploraban no estar en disposición de prestar auxilio á su querido amigo, al que de todo corazón deseaban fortaleza para sobrellevar aquellos apuros y energía para salir de ellos; los otros le daban atinadísimos consejos acerca de lo que debería hacer para remediar su situación tristísima; éstos le contestaban con una seca y categórica negativa; aquéllos le sermoneaban sobre lo imprudente que es jugar á la Bolsa, y así sucesivamente; en suma, la derrota de Liborio fué casi completa, y el tío se ufanaba con la victoria; pero cuando el sobrino se disponía á declararse vencido, anunciaron á Liborio la llegada de un su amigo, de los menos íntimos por cierto, y de aquellos á quienes, por la misma razón, ni aun se había él dirigido en solicitud de apoyo.

No dejó ciertamente de sorprender aquella visita inesperada á Liborio; pero ocultando cuanto le fué posible su asombro, preguntó al recién llegado en qué podía servirle.

– Amigo don Liborio, dijo el visitante, por alguno de mis compañeros del Casino he sabido la situación apurada en que V. se encuentra; sé también que ha acudido V., aunque inútilmente, en petición de socorro y de ayuda á sus antiguos amigos: comprendo que al no acudir á mí demostraba V. que no me contaba entre ellos, y no sé si tengo derecho á ofrecer á V. lo que no ha solicitado; pero así y todo, como entiendo que los hombres de corazón han nacido y viven en el mundo para entenderse, yo, que lo soy, me dirijo á V., que también lo es, y le digo: señor mío, ¿necesita V. dinero?, yo lo tengo; no sé cuánto es lo que V. necesita, pero sí que puedo ofrecerle lo que sea. Aquí está mi mano de amigo; en esta cartera los billetes del auxiliar ó del socio ó del prestamista (sin interés por supuesto). Lo que V. quiera, y en el concepto que á V. convenga más, le ofrezco.

El gozo de Liborio no es para expresado: aquel rasgo llegaba, no á sacarle de apuros, que, como es sabido, no los tenía, sino á darle la razón contra su tío; á justificar su esperanza en la *liebre que salta donde menos se piensa*; manifestó, pues, su agradecimiento estrechando con efusión la mano de aquel protector no esperado, y diciéndole que aceptaba desde luego el ofrecido auxilio, y que para formalizar algo en condiciones decorosas para todos, iría al siguiente día con su tío á casa del generoso amigo, con cuya ayuda esperaba salir á flote en muy poco tiempo.

Faltóle tiempo á Liborio, luego que se hubo despedido del amigo, para buscar á su tío y darle cuenta de lo que ocurría, dándole también, al propio tiempo, el pésame por su derrota.

Paró el tío silencioso un momento, como quien no acierta á explicarse un suceso y busca la manera de comprenderlo; por último preguntó á su sobrino:

– Pero sepamos: ¿quién es, cómo se llama ese ave fénix de los amigos? ¿Ese amigo, en el cual no creo..., ni tú tampoco, toda vez que estás tan sorprendido como yo...?

– Pues es Pedro Gil, contestó Liborio.

El tío, al oir el nombre del amigo improvisado, dióse una palmada en la frente, y soltando una carcajada que no acababa nunca, exclamó:

– ¿Conque el ínclito Pedro Gil?... Pues amigo, puedes estar satisfecho con ese auxiliar que te ha salido..., no por ti, ciertamente, sino por tu mujer, á quien galantea (aunque en vano, hay que hacer esa justicia á Carmen) hace dos años. De suerte que tus amigos no te ayudan, pero ya ves que se prestan á venir en socorro tuyo los adoradores de tu mujer.

Al fin y á la postre, para mí no es inesperado ese *salto de liebre*.

A. Sánchez Pérez

SECCION AMERICANA

UNA VUELTA POR MÉXICO

ESCRITO É ILUSTRADO POR E. HOPKINSON SMITH

En un interesante libro sobre viajes publicado hace más de cuarenta años, su autora, la señora Calderón de la Barca, de origen escocés y esposa del primer ministro español enviado á México, después de haber proclamado este país su independencia, decía lo siguiente: «No hay ser humano en México, ni objeto alguno, que no sea en sí una pintura.»

El país no ha degenerado desde entonces: con su variado paisaje, sus costumbres, su arquitectura especial y su género de vida al aire libre, aun es hoy día la tierra más maravillosamente deliciosa que el sol alumbra; es una Venecia tropical, una España pintoresca, una nueva Jerusalén.

Hasta que se inauguró el presente sistema de vías férreas hará unos cinco años, los habitantes de la mayor parte de México habían estado, durante más de tres siglos completamente aislados del resto del mundo, excepto por algunas limitadas vías de comunicación, como el camino de herradura ó el sendero del desierto. De aquí resulta, naturalmente, que esa considerable población, que cuenta lo menos diez millones de almas, ha tomado muy poco de América y Europa, con lo cual el mexicano de hoy es aún el que existió trescientos años hace, con su sombrero de anchas alas y su *zarapé*, con su indolencia y lánguido mirar; y en el peón indio vemos el mismo airoso hombre de la naturaleza que Cortés encontró y esclavizó.

Para estudiar y conocer bien un pueblo es preciso vivir en las calles: un ratito de conversación con la anciana frutera, que vende su mercancía junto á la puerta de la catedral; media hora de plática con el sacristán después de la misa de la mañana, y un breve diálogo con el burrero y el aguador darán mejor idea de ese pueblo y de su vida íntima, que las continuas visitas al palacio del gobernador ó al museo.

Aquel que, provisto de una sombrilla blanca, se sienta en algún sitio conveniente y cobijado bajo ella ocúpase en bosquejar el delicioso paisaje que seduce su vista, no solamente tendrá muy pronto á su alrededor una multitud de curiosos, sino que muchos de ellos manifestarán su simpatía dispensándole bondadosas atenciones, que el viajero no olvidará seguramente mucho tiempo después de haber sacudido de la ropa el polvo blanco de las ciudades y pueblos de aquel país.



Iglesia de la parroquia, en Guanajuato

UNA MAÑANA EN GUANAJUATO

Esta mañana visito Guanajuato, extraña y antigua ciudad situada cerca de la línea férrea central, á una jornada de México. Había llegado la noche anterior, rendido de cansancio, y me desperté tan temprano, que el sol y yo aparecimos en las calles casi á la misma hora.

El aire era muy agradable por lo fresco, y provisto de mi álbum y mi sombrilla, encaminé mis pasos hacia la iglesia de la parroquia. Había pasado por allí la víspera, y sus pilares de piedra, así como su estilo arquitectónico, vistos á la escasa luz de las estrellas, me embelesaron de tal modo, que durante una parte de la noche soñé en los detalles.

En las calles vi una multitud de fieles que llevaban sus libros de misa y sus rosarios, y que sin duda iban á asistir al servicio divino. En cuanto á mí, limitábame á vagar de un lado á otro y hacer apuntes en mi álbum, saturándome en la encantadora novedad que me ofrecían aquellos sitios.

Cuando llegué á la plazoleta que está enfrente de la gran puerta de la magnífica y antigua iglesia, la luz brillante del sol comenzaba á dorar las torrecillas del edificio y sus cruces de piedra, destacándose los curiosos pilares como un obscuro relieve bajo el azul del cielo.

Mezclándome con la multitud entré también en el templo, y poco después volví á la plaza á fin de elegir algún punto de vista que me permitiera abarcar bien el conjunto del noble monumento para dar idea de él en mis croquis.

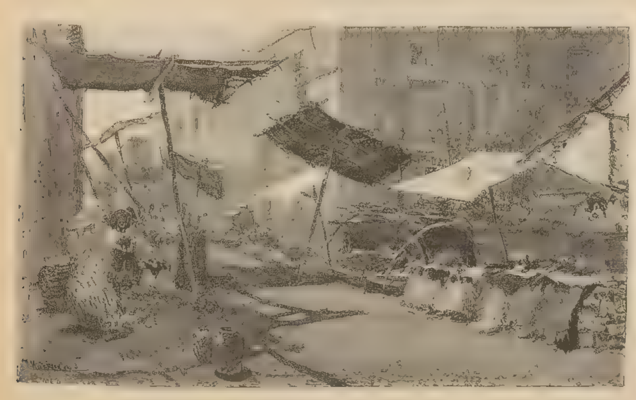
Cuantas más vueltas daba más difícil me parecía el problema; diez ó doce veces pasé por el mismo sitio, deteniéndome y retrocediendo á cada paso, hasta que al fin llamé la atención de muchos transeuntes, los cuales creyeron sin duda que era loco ó imbécil, ó que me disponía á practicar algún rito desconocido de ellos.

Al fin me convencí de que no podía utilizarme sino de un punto de vista, que era el portal de una casa particular situada enfrente del templo; me introduje allí sin vacilar y tomé posesión de mi observatorio.

Sin embargo, no se penetra libremente en la casa particular de una ciudad española. Un portero vigilante, medio oculto en el jardín ó el patio, suele tener la vista fija en la entrada, y apenas se penetra en el portal, detiene al visitante con estas palabras: «¿A quién busca V., caballero?» También se observará que las ventanas del piso bajo están protegidas por rejas de hierro, á través de las cuales se podrán besar tal vez las puntas de los dedos de alguna linda morena, pero nada más. Sin embargo, para el corazón de todo español hay una llave que rara vez me ha falseado, y es la cortesía; esto llama su atención, y si se agregan algunos cumplidos, se ganará del todo su buena voluntad.

He vivido lo suficiente en algunos países de España para que me sea fácil adaptarme á sus costumbres, regulando por ellas mi conducta, y así es que, al reconocer en aquella ocasión que mi única esperanza estaba en posesionarme del observatorio por mí elegido, residencia de un hombre á la vez opulento y de distinción, sometíme sin vacilar á la ley del país. El resultado compensó con creces mi proceder, permitiéndome aprovechar un tiempo precioso, y digo precioso, porque en aquel momento la luz del sol iluminaba la fachada de la magnífica y antigua iglesia, con su escalinata de piedra, y á las pocas horas todo aquello quedaría cubierto de sombra y se perdería el efecto.

En el patio de la casa estaba sentado el portero, hombre de aspecto bonachón, que se ocupaba en hacer cigarrillos de papel; acerquéme gravemente, tarjeta en mano, y le rogué la entregase á su señor, manifestándole que yo era un pintor llegado de lejano país, y que solicitaba permiso para hacer un boceto de la catedral dentro de la casa.



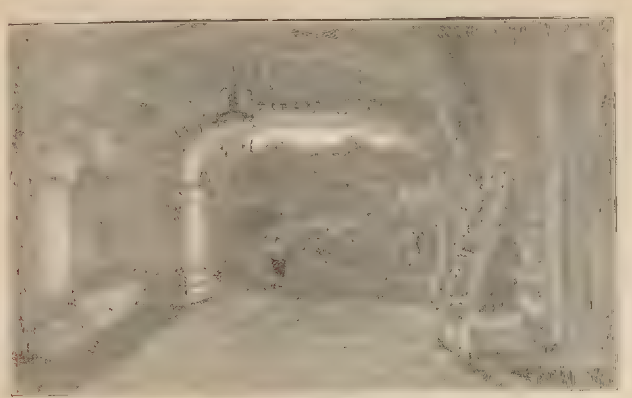
Mercado del Canal

Antes que hubiera tenido tiempo de examinar bien el patio, con sus arcos y columnas de estilo árabe, y el jardín lleno de preciosas flores tropicales, percibí el rumor de pasos presurosos en el piso principal, y un momento después varios caballeros bajaban por la escalera de mármol, precedidos de un anciano de cabello blanco, que llevaba mi tarjeta en la mano y se acercó presuroso.

- Con mucho gusto, caballero, me dijo; no solamente puede usted disponer del patio, sino también de toda la casa. Creo que el balcón será un buen punto de vista, y le invito á subir; pero antes permítame presentarle á mis amigos. Espero también que almorzará con nosotros.

Yo no necesitaba el balcón ni tenía tiempo para almorzar, pues el sol avanzaba, había pasado la mitad del día, y no me era posible permanecer muchas horas en Guanajuato. En su consecuencia contesté que si se me permitía sentarme en el sitio elegido, para pintar tranquilamente mi boceto, quedaría en extremo agradecido.

Un momento después puse manos á la obra, y mientras proseguía mi trabajo, los caballeros, que ya almorzaban, bajaron cinco ó seis veces, servilleta en mano, para ver cómo progresaba mi boceto. En una de estas visitas prorrumpieron en tales exclamaciones de admiración, que varios transeuntes, poseídos de curiosidad, detuviéronse ante la puerta, formándose muy pronto tan compacto grupo, que ya no pude ver la iglesia. El dueño de la casa, comprendiendo al punto mi dificultad, dió una breve orden al portero, que saliendo

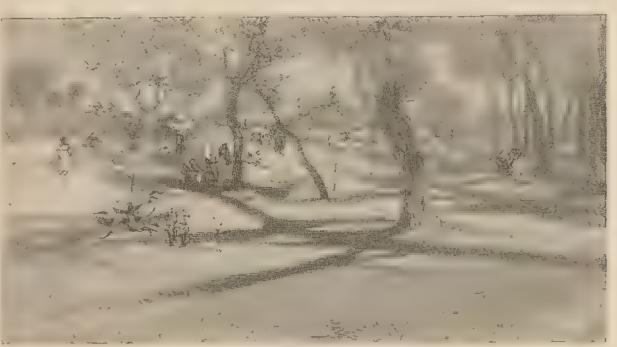

El patio de un bienhechor

al punto, volvió á poco acompañado de un oficial; este último escuchó atentamente lo que se le dijo y retiróse á su vez. A los cinco minutos vi llegar un piquete de soldados, que despejaron al punto la entrada de la casa y fueron á formar después dos filas en la calle, montando así la guardia hasta que hube concluído mi trabajo. Yo comencé á preguntarme quién sería aquel caballero que así daba órdenes como un rey y era obedecido al punto.

Al fin terminé el boceto, y dejando mis artefactos en la portería, subí por la escalera de mármol y presentéme en la puerta del comedor. Al verme, no solamente el caballero, sino todos sus amigos, pusiéronse en pie y me felicitaron, agrupándose después todos alrededor de la silla donde acababa de colocar la pintura.

Casi en el mismo instante abrióse una puertecilla en el ángulo del comedor, y en el umbral apareció la señora de la casa con sus dos lindas hijas, que corrieron presurosas para ver también el boceto, declarando que era maravilloso combinar tantos colores en tan poco tiempo. Añadieron que debía estar muy cansado, é invitáronme á tomar una taza de café, que hube de aceptar.

Después fué necesario conformarse con ver el jardín, las cotorras en sus doradas jaulas y los diminutos perros de Chihuahua, subiendo por último al terrado para contemplar el extenso panorama que se ofrecía á la vista. Habíame apoyado en la barandilla de hierro y admirado el paisaje, con la ciudad á mis pies y las colinas en las alturas, cuando de pronto me ocurrió la idea de dirigir á mi anfitrión una atrevida pregunta.


Carretera de Aguas Calientes

– Caballero, le dije, ya puede V. comprender cuál es mi género de vida y cuál mi eterna ocupación. ¿Podría saber á mi vez á quién tengo el honor de hablar?

– Con mucho gusto se lo diré, contestó; yo soy minero. Aquel tinglado que puede V. ver á la derecha es la entrada de la mina de plata que aquí poseo; y también soy agricultor; mi hacienda está aquí detrás de esa montaña que se eleva frente á nosotros. Ese edificio blanco que se halla á la izquierda es el hospital que he mandado edificar para los pobres. Por eso me llaman el *bienhechor*.

Al despedirme del minero, á quien consideraba como mi protector, llamé á un muchacho de mirada melancólica y triste expresión, á quien había dado orden de esperarme hasta que concluyese mi boceto; entreguéle mis artefactos, y poco después nos perdíamos entre la multitud.

– ¿Cómo te llamas, muchacho?, preguntéle de pronto.

– Matías, señor.

– ¿Y en qué te ocupas?

– En nada.

– ¡Cómo! ¿No haces nada en todo el día?

– Ni de noche tampoco.

Aquel muchacho era una especie de bohemio, y regocijábame de poder hablar con él sin cumplidos ni rodeos; comenzaba á interesarme y le miré con atención. Sus ojos, negros y rasgados, miraban con languidez, y sus facciones eran muy agraciadas. Bajo las alas de un sombrero de paja muy ordinaria sobresalían los rizos de su ensortijado cabello negro; llevaba la camisa abierta por delante, y su calzón corto de piel estaba sujeto en la cintura por una faja encarnada con fleco en las extremidades. Su calzado consistía en las alpargatas que se usan en el país.

– ¿Conoces bien Guanajuato?, le pregunté.

– Sí, señor, palmo á palmo.

En otro tiempo, esta antigua ciudad, tortuosa y accidentada, era conocida con el nombre de *Quanashuato*, que en lengua tarascana significa *lugar montuoso de ranas*, no á causa de abundar aquí ese reptil, sino porque los indios, según Janvier, hallaron en este sitio una enorme piedra que afectaba la forma de una rana, y á la cual adoraron. La ciudad está á 1834 metros sobre el nivel del mar, y hállase situada en un estrecho y profundo barranco, cuyos lados se escalonan, formando pisos, donde se han construído las casas.

La pequeña ciudad de Márfil, curiosa por su aspecto morisco, elévase á la entrada del estrecho desfiladero, como para guardarle, y sus pesadas casas de piedra invaden de tal modo el camino, que las mulas deben subir y bajar continuamente para llegar á la línea férrea que corre por debajo.

Al pasar por este sitio obsérvase que á través del canal se desliza una corriente cenagosa, á la cual van á parar todas las basuras de la ciudad de las ranas, así como las escorias y restos de las minas de plata que están á los lados. En aquella especie de barrizal revuélcanse varios cerdos al sol, y según me dijo Matías, sus dueños los lavan cuidadosamente todas las semanas para recoger las partículas de plata contenidas en el cieno adherido á sus cuerpos.

Trepando siempre, llégase al fin al sitio desde donde se ve el gran edificio de la *Alhóndiga de Granaditas*, tomado por el cura patriota Hidalgo en 1810, y donde aun se ve el instrumento que dividió su cabeza al año siguiente. Poco después llegamos á la plaza de Mejía Mora, especie de parque encantador que ocupa el centro de la ciudad.

Aquel era el sitio que me convenía, y me senté en un banco de piedra rodeado de flores y de palmeras: varias lindas señoritas escuchaban atentamente los acordes de la música de una banda bastante buena que tocaba en una especie de pagoda china.

El calor y el polvo del camino que acabábamos de recorrer y el estrépito que producen los muleteros y vendedoras de la calle contrastaban agradablemente con aquel retiro lleno de frescura. Invité á Matías á ir á comprar naranjas, café y pan, y compartí con él este frugal refrigerio en el mismo banco de piedra, con no poco asombro de cuantos allí se hallaban, pues no acertaban á comprender por qué prefería yo tomar allí un bocado con un pillete callejero, en vez de ir al café de enfrente, donde se reunía la mejor sociedad de Guanajuato.

Matías aprovechó la ocasión para darme á conocer todas las celebridades á medida que pasaban por la plaza: el obispo, que volvía de la iglesia; el gobernador y su secretario, y una hermosa señorita que se había casado en la catedral el mes anterior con mucha pompa.

– ¿Y qué iglesia es esa, le pregunté señalando con el dedo, á cuya puerta se arrodilla la gente?

– Esa es la iglesia de San Diego, señor. Hoy es Jueves Santo y no se permite el tránsito de caballos y carruajes. Las señoras van á la iglesia vestidas de negro, y á causa de la solemnidad del día se ven tantas á la puerta del templo.

Mientras me decía esto el muchacho pasó junto á nosotros una dama muy joven, singularmente bella y de ojos picarescos. Al verme, una sonrisa entreabrió sus carmíneos labios, permitiéndome ver una magnífica dentadura, y como observase que yo compartía una naranja con Matías, tocó el brazo de su compañera, mujer de edad, y ambas dejaron escapar una carcajada. Por mi parte, levantéme con la mayor gravedad, y acercándome á las damas, saludélas con la mayor cortesía. Entonces la dueña dejó de reir; pero la señorita, prodigándome sus sonrisas y moviendo con infinita gracia su abanico, alejóse y desapareció en la iglesia.


Estaciones de la Cruz


Una calle de Aguas Calientes

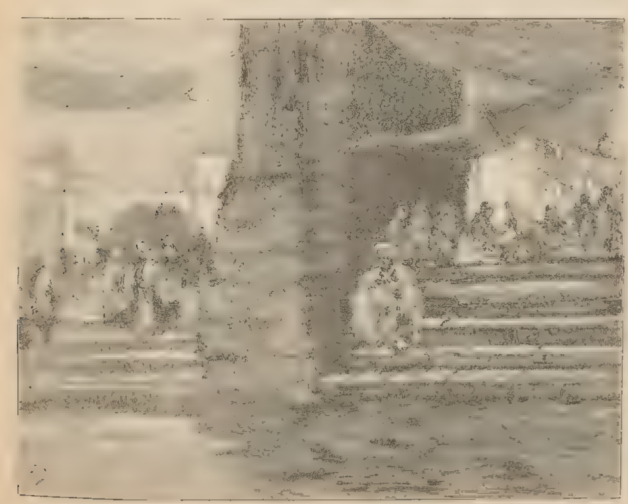
-¿Quiere V. ver el templo?, preguntóme Matías, como si con aquel incidente diera por concluído el almuerzo.

Accedí á ello, y fuí á colocarme junto á una columna para observar á los penitentes, arrodillados ante el altar; entre ellos estaba la señorita que tanto se había reído, y que en aquel momento ocupábase en hablar con el abanico, como lo hacen las damas españolas en la ciudad de Tacón, en la Habana. Pero esta vez no se entendía conmigo, sino con un joven devoto que estaba á cierta distancia. Sin duda no tardaron en comprenderse en su mudo lenguaje, pues á poco la dama se levantó y ausentóse, desapareciendo también el joven por otro lado.

A mi vez salí del templo, pues ya había visto bastante, y al observar la mirada triste de Matías, no pude menos de compadecerle por la vida de miseria y de pobreza á que estaba condenado en medio de aquel pueblo que durante siglos había sido víctima de las revoluciones, de la anarquía y de la superstición.

Y movido por estas tristes reflexiones, llené de monedas de cobre y plata la mano del pobre Matías, de cuyos ojos brotaron lágrimas de contento. Poco después franqueaba una pendiente pedregosa, iluminada en aquel momento por los rayos del sol, y al pasar delante del vetusto edificio que sirve de cárcel observé que los presos, á quienes se dejaba aspirar el aire fresco de la tarde á causa de la solemnidad del día, se agrupaban en el tejado de dos en dos, sujetos por las esposas.

Al verlos, olvidé sus cadenas y los delitos que las forjaran, y sólo vi la ciudad purpúrea flotando entre la dorada luz y las densas sombras de las montañas.


Arcadas de Aguas Calientes

EN AGUAS CALIENTES

Un sol deslumbrador; un ancho camino, donde el pie se hunde en el polvo, y flanqueado por una doble línea de corpulentos árboles, cuyas ramas se enroscan como serpientes; un largo y estrecho canal medio lleno de agua, de la cual se escapan espesos vapores; á cierta distancia extensos campos de color sonrorado, violáceo ó verde, y en lontananza las torrecillas de una iglesia. Por el camino largas recuas de burros, todos cargados y cubiertos de una espesa capa de polvo amarillento; grupos de indígenas que llevan aves de corral y toda clase de cacharros, y mujeres con sus niños á la espalda y sus grandes sombreros de paja para preservarse de los ardientes rayos del sol. Tal es el conjunto que se ofreció á mi vista cuando estuve en la inmediación de Aguas Calientes. Pero otra cosa me llamó más la atención, y fué que á lo largo de la orilla del canal numerosos descendientes de Moctezuma, de ambos sexos y de todas edades, bañábanse tranquilamente, sin importarles al paracer que se les viese tan en paños menores. Varias mujeres jovenes, que después de lavarse la ropa habíanla puesto á secar, y solamente se cubrían con las puntas del *zarapé*, miráronme con sus grandes ojos de gacela sin perturbarse en lo más mínimo.

A corta distancia de allí, sin embargo, están los *Baños grandes*, donde por una peseta el individuo puede lavarse á su gusto privadamente, dándosele toalla y sábana y cuanto allí le sea necesario. Por desgracia el indígena, cuyo jornal no llega á una peseta, no puede disfrutar de tales comodidades, y se ha de contentar con bañarse en el canal y al aire libre.

Desde los tiempos de Hernán Cortés hasta la época de Díaz ese pueblo no ha conocido más que la humillación, la degradación y la esclavitud. Todo su patriotismo, su confianza en sí propios y su independencia fueron sofocados largo tiempo ha. Es un pueblo que, siempre pobre en el pasado, se resigna á dormir y padecer hambre en el futuro. Viviendo en míseras casuchas ó cabañas de adobe, y sin más utensilios que sus cacharros y el mortero de piedra en que machacan el trigo de que se alimentan, los naturales pasan su vida aguardando lo inevitable, sin esperanza y sin ambición.

Y no es porque á esos descendientes de los guerreros aztecas les falte inteligencia, ingenio ó capacidad; la causa es el aislamiento social á que se hallan sometidos, y que les tiene alejados de todas las influencias á que los blancos deben su reconocida superioridad.

Todos los mercados de Aguas Calientes son interesantes, porque en la comarca abundan las frutas y muchas especies vegetales, siendo extraordinaria la fertilidad del país. El mercado de los cacharreros está en una pequeña plaza cuadrada, circuída de construcciones bastante altas, no lejos del mercado principal. Los pucheros, cazuelas y toda clase de vasijas forman grandes montones, y las indias permanecen junto á ellos todo el día bajo sus enormes sombrillas para despachar á sus parroquianos.


En torno de los confesonarios

He observado que en cada provincia, ó mejor dicho, casi en cada pueblo, los objetos de alfarería difieren por el color, por la consistencia de la pasta y los adornos. Si se visitan México, Guadalajara, Zacatecas, Puebla y otras ciudades, se notarán desde luego las diferencias en la industria alfarera de cada cual. Los industriales son generalmente indios que no tienen más oficio ni beneficio.

Desde el mercado me trasladé á la iglesia de San Diego, y poco después penetraba en la estrecha calle que conducía á mi alojamiento. En la esquina más lejana, bajo un balcón muy saliente vi un grupo de muchachos é indígenas que rodeaban á cuatro músicos ambulantes, cuyo aspecto difería mucho del de los indios que yo había visto en Aguas Calientes, distinguiéndose sobre todo por cierto aire de independencia. Uno de ellos tocaba el arpa, el otro un triángulo, el tercero un tamboril, y el último, muy joven, verdadero tipo griego, acompañaba en el canto. Colocados en la sombra de la casa, con sus *zarapés* pendientes de los hombros, y marcando con los pies el compás de la música, el efecto era tan clásico, que el grupo me recordó uno de los frisos del Partenón.

Una vez en mi cuarto, y apenas abrí el balcón, la música cesó; el que tocaba el arpa, acercándose presuroso, levantó la cabeza, presentóme su ancho sombrero, en el cual eché toda la calderilla que llevaba, y alejóse diciendo: «Muchas gracias, señor.»

Después me senté para revisar mis croquis y dibujos. Además del boceto que hice en Guanajuato, tenía un bosquejo del patio de la casa del minero, una vista del mercado del Canal en México, otra que representa un puesto de alfarero en la plaza, un diseño de los confesonarios en la última iglesia que visité, y varios croquis hechos en Aguas Calientes, como son el titulado *Estaciones de la Cruz*, la carretera de dicho punto, una calle de Aguas Calientes, que me llamó la atención por su conjunto, y por último las arcadas de la plaza.

TRADUCIDO POR E. L. VERNEUILL

EL DO DE PECHO

I

Ah! trop po tar - di....

(Norma, atto II.)

Sí: tarde, muy tarde llegué al Teatro Real, y todo por culpa del tresillo de la generala. ¡Ay! Lo tengo muy experimentado, por mi desdicha! Una de las plagas más temibles que afligen á la sociedad moderna es la mujer tresillista. Si Jehová hubiese enviado á Egipto esta calamidad, antes consintiera Faraón en la hégira de los isrealitas; pero sin duda el Señor en sus altos juicios comprendió que castigo tal era superior y desproporcionado á las culpas de los egipcios y no quiso infligirles tamaño tormento. Nosotros, los que ahora vivimos sobre la haz de la tierra y sobre todo los que habitamos en este Madrid vicioso y corrompido, debemos de ser peores que la quina, cuando se ha decretado en las alturas que descargue sobre nos tan intolerable suplicio. Yo no sé cómo se las componen las distinguidas señoras que me honran invitándome á echar una partidita; el caso es que, aunque me persigan los solos y los estuches, ellas acaban con mis cuartos y mi paciencia. Y la generala es el *non plus*, el prototipo, el modelo inimitable de la tresillista aristocrática; ella nos invita, nos sonríe, nos regaña, nos despluma y nos obsequia con unas cuantas frioleras que no le cuestan, de seguro, ni la vigésima parte de lo que nos gana. ¡Y aun le damos las gracias!... ¡Oh dioses!

En fin, el caso es que por culpa de la generala y su maldito tresillo llegué tarde al Real aquella noche. Y lo sentí infinito. Debutaba Doli, el gran tenor. Se contaban de él mil maravillas. Se decía que ni Tamberlick ni nadie había cantado *El Trovador* como él. Sobre todo las célebres seguidillas trágicas que todo el mundo conoce por el *Madre infelice*, eran, cantadas por él, de un efecto asombroso, irresistible, arrebatador. Y justamente *El Trovador* era la obra que había elegido Doli para presentarse al público madrileño. Y yo, ¡pecador de mí!, atravesé el pasillo de las butacas cuando aún sonaban los delirantes aplausos con que el público premiaba la maestría y la amabilidad del gran artista que, después de repetir la popular *cavaletta*, emocionado ante aquel triunfo, daba las gracias inclinando la enmarañada cabeza y llevándose las manos al corazón.

Llegué á mi butaca, y Juanito Rubio y su señora, mis vecinos de abono, me interpelaron cariñosamente:

– Pero ¡hombre de Dios!, ¿cómo viene V. tan tarde?

– Lo que te has perdido, chico. Es mejor de lo que dicen.

– Buena figura sí tiene, contesté mirando al flamante Manrique.

– Figura, y voz, y arte, y todo. Vamos, una eminencia...

– Pero, ¡calla, interrumpí, si esa cara no me es desconocida!...

– Quizás le hayas oído en alguno de tus viajes por Italia.

– No. ¿A Doli? Nunca: estoy seguro. ¿Cómo dicen que se llama?

– Pues hombre... ¿no lo acaba V. de decir? Doli.

– No, no... El nombre...

– ¡Ah! Creo que *Giacomo*...

– Giacomo... Doli... No recuerdo... Pero no importa; estoy cierto de que he visto y he hablado á ese hombre, y ahora mismo me voy al escenario á despejar la incógnita.

– Luego nos contarás, ¿eh?

– Sí, sí... á la salida... iré á que me des te antes de acostarme.

Y salí por la puerta lateral de la derecha, y me metí en el escenario.

II

Oh! sei tu! Siebel mio....

(Fausto, atto IV.)

¡Menudo baturrillo había allí dentro! El empresario, con igual expresión beatífica en el rostro que si le dieran la noticia de que le había caído el premio gordo; los músicos principalitos de la orquesta, el primer flauta, el violín concertino, el violoncelo, todos esos que hacen mil escarceos y volatines en el pentagrama mientras el tenor ó la tiple rezan *in mente* devota salve á la *Madonna dei Galli* para que los aleje de su garganta; los críticos musicales más importantes, los que estropean la lengua castellana por la tarde llenando de flamenquismos y gitanerías la revista de toros y por la noche escribiendo en inteligible jerga italo-española la de la ópera; los aficionados más entusiastas, ora partidarios del arte por el arte, ora del arte por la tiple ó la contralto; los esforzados campeones del conde de Luna y las aguerridas huestes del enamorado hijo de la gitana; todos, ya fundiéndose en apretadísimo grupo, ya disgregándose y desparramándose por el tablado, como humana nebulosa, chillaban, se agitaban, bullían y comentaban de mil maneras la ovación justísima de que había sido objeto el gran Doli.

Pregunté á tres ó cuatro por la dirección que debía seguir para dar con su cuarto, y, por fin, el empresario me contestó que me acompañaría gustosísimo hasta allí, pero que el insigne *virtuoso* había dado orden severísima de que no se dejara entrar á nadie hasta que terminase la ópera: era su costumbre.

Insistí, sin embargo, en mi deseo de verle, y tuve la feliz idea de rogar que le pasaran mi tarjeta.

Si, en efecto, ha sido amigo mío, pensé, por su contestación recordaré dónde nos hemos conocido: si me he equivocado, con no volver más ya estoy arreglado.

No sé quién quedó más sorprendido, si el empresario ó yo. Momentos después de haberle entrado mi tarjeta, se abrió la puerta del santuario, y Doli, el mismo Doli en persona, me cogió de la mano, me arrastró hacia sí y me estrechó apasionadamente entre sus brazos, á tiempo que un criado volvía á cerrar herméticamente, diciendo:

– *Ma... ¿sei tù?...* Y yo que no sabía que estuvieses en Madrid...

Y presa de nueva efusión de cariño, tornó á abrazarme y me aplicó dos sonoros besos en las mejillas. En ellos debía residir gran virtud mnemotécnica, porque en aquel punto y hora se iluminó mi memoria, recordé quién era el que así me estrujaba, dónde le había conocido... y... todo, en fin, todo.

– Pero ¿tú no te llamabas Lido?, le dije, comenzando á sacar notas del arsenal de mis recuerdos.

– Sí, en aquel tiempo feliz en que nos conocimos. ¡Oh!

Nessun maggior piacere
Che ricordarsi del tempo felice
Nella ventura...

– ¿Y por qué?...

– ¡Ah, *mio caro!* Ese nombre pertenece á la era del *fischio;* del silbido, como decís vosotros...

– Sí... entonces cantabas...

– Muy mal, dilo. No me importa. ¡Oh! Es una historia... *Aspetta*. Un proyecto... Cuando concluya la ópera, te vienes á cenar conmigo y hablaremos de Venecia, de Milán, de mi hermosa patria... ¿Eh, qué te parece? *¿Verrete à cena?*

Ahuequé la voz cuanto pude, y con la faz más severa que pudo poner Comendador alguno, contesté:

– Sí.

III

A mensa a mmm ..

(Gli Ugonotti, atto I.)

Mi amigo Giacomo Lido ó Doli, puesto que el orden de las sílabas no alteraba su afecto, vivía como un príncipe. Mejor aún, es claro. ¡Habrá tantos príncipes por esos mundos de Dios que suspirarán por la renta de que disfrutaba el gran tenor! Cuando llegamos al *hotel* en que se hospedaba, ya esperaba suculenta y apetitosa cena, destinada á hacerle olvidar sus penas de trovador y á reponer las fuerzas malgastadas en luchar con el Conde de Luna.

Cubierta estaba la mesa por limpio mantel color garbanzo que, al reflejar la luz de la lámpara suspendida en el centro de la cámara, no ofendía ni molestaba á la vista; erguíase en medio esbeltísimo jarrón de porcelana, del que desbordaba desordenado y artístico ramillete de frescas flores; en su torno, como palaciegos alrededor del monarca, veíanse en platillos, fruteros, compoteras y convoyes encarnadas fresas húmedas y brillantes, uvas opalinas ó de color granate, dulces, pastelillos, aceitunas, pepinillos en vinagre, manteca, caviar, cuanto puede soñar para aperitivo ó entretenimiento el más sibarita de los estómagos, y por último, uno frente á otro, dos cubiertos que ostentaban en correcta formación, cual soldados dispuestos á la batalla, hasta media docena de copas de diversas formas, tamaños y colores, estampando con sus brillantes reflejos en el mantel el iris de la borrachera.

Doli, que sin duda venía con gran apetito, arrojó al entrar su abrigo en los brazos de un criado, me quitó de las manos el sombrero, me sentó, acomodóse enfrente y exclamó:

– Mejor hablaremos cenando. Tengo un hambre digna del conde Ugolino. *Pietro... la cena... subito...*

Un momento después humeaba en nuestros platos una exquisita sopa de macarrones.

IV

(Gli Ugonotti, atto I.)

Apenas la hubo trasegado Doli del plato al estómago, se enjugó el sedoso bigote y me dijo:

– Perdona, *mio caro*, pero como hace ya tantos años que no nos habíamos visto, y yo he corrido después tanto, no me acordaba de ti cuando llegué á tu patria. Por eso me ha sido más grato tu encuentro.

– Pues yo, te confieso que dudé un momento... porque como...

– Sí, como he cambiado tanto .. *¿Non é vero?...*

– Hasta de nombre.

– ¡Ah! Fué preciso. Mi verdadero apellido tenía una historia tan poco honrosa... ¿Te acuerdas de la noche en que me conociste, mejor dicho, en que me viste por primera vez en aquel teatrillo de los arrabales de Milán?

– Sí. Hacías *Norma*.

– Y me dieron una silba horrible apenas canté el aria...

– Pero yo protesté aplaudiendo...

– Ese fué el origen de nuestra amistad. Te empeñaste en crearme una reputación, y llevaste al barracón en que yo destrozaba partituras á todos tus amigotes de la aristocracia milanesa. Por mi desgracia...

– Ninguno fué de mi opinión.

– Me dieron silba tras silba, hiciste quebrar á mi empresario y me quedé en medio de la calle sin contrata y sin un cuarto... Tuve la feliz idea de ir á verte para pedirte cuenta de tu pernicioso entusiasmo, y no sólo me diste dinero, sino tu mano de amigo...

– Aparte de que era una reparación justísima del mal que, sin querer, te había hecho, te confieso que en mi entusiasmo por ti, había mucho de secreta é inexplicable simpatía. Tu único defecto, ó por mejor decir, la causa de todos tus defectos como cantante era el miedo... Salías siempre á escena tembloroso, emocionado...

– Previendo la grita, querido. Sufría por entonces un *orgasmo* crónico.

– ¿Y te duró mucho la enfermedad?

– ¡Oh! ¿Cuántos años hace que nos separamos?

– Deben ser unos ocho ó diez...

– Pues todavía sufrí bajo el poder del *fischio* lo menos un año. El pobre Lido desapareció de los carteles con la más emborronada y sucia de las hojas de servicio. Mi persona ejercía entonces una especie de *gettatura* funesta para las empresas. Yo me guardaba muy bien de decirlo, pero lo presentía. Cuadro artístico en que yo formaba iba, gracias á mis gallos, de mal en peor, hasta estrellarse en la bancarrota. Gracias á los periodistas que telegrafiaban á sus respectivos diarios elogiándome y mintiendo descaradamente, podía obtener nuevas contratas. Algunos decían, sin darse cuenta de ello, la verdad. *Sucesso stupendo*, solían escribir. Y lo era, *mio caro*, lo era en toda la extensión de la palabra.

– Pero ¿cómo se verificó la dichosa transformación de Lido en Doli? Cuéntame tus aventuras artísticas...

– Oye y admírate. *E un romanzo d' amore...*

– Ya escucho.

– Espera antes que tome fuerzas, porque la historia es larga.

Y mi ilustre amigo la emprendió á cuchillada limpia con un regular trozo de ternera, sazonándolo con algún que otro trago de *Beaujolais*. Le imité y hubo una pausa elocuente é higiénica.

L. Cánovas

(Continuará)

¡SE PARECE Á VOLTAIRE!

I

El mar de la vida está lleno de escollos, pero no sólo de esos escollos á flor de agua, que pueden sortearse con más ó menos facilidad sino de sirtes ocultas contra las que choca impensadamente la nave y se desvencija. ¿Quién había de decir á don Anastasio Capdevila lo que le está sucediendo, ni cómo había yo de imaginar siquiera que habiéndole dejado feliz é independiente (como España antes de la invasión cartaginesa) en su bien surtido almacén de géneros ultramarinos de la plaza de la Leña, habíamele de encontrar, á mi regreso á Madrid, tal como en la actualidad me le encuentro?

Los soberanos, los príncipes, los potentados, los bolsistas; en fin, todos los que se entrometen en la *cosa pública*, pueden estar expuestos á las peripecias del drama ó de la comedia humanos; pero hay existencias y posiciones sólidas como un guardacantón.

Vean ustedes: D. Anastasio era dueño de una respetable tienda de ultramarinos, y digo respetable, porque estaba llena de cuanto Dios creó apetitoso allende y aquende el mar, especialmente en bacalaos, que venían á buscar, no sólo los vecinos del barrio, sino que también los de las lejanías de los de Maravillas y Lavapiés. D. Anastasio estaba satisfecho de la situación topográfica de su almacén; pero ahora veo que era de mal augurio el hallarse en la confluencia de las plazas de la Leña y de la Bolsa, que evocan recuerdos de palizas y de cambios de fortuna.



VIRGEN ADORANDO AL NIÑO JESÚS
Relieve en mármol de Mino da Fiesole, existente en el Museo de Berlín

En el barrio llamaban á la de D. Anastasio *la familia feliz*, y ciertamente bien merecía este dictado. Figúrense ustedes (y digo que se figuren, pues aunque el bueno del almacenista vive todavía, ya no es ni su sombra) un hombre de cuarenta años de edad, fresco, colorado y con un cerviguillo de toro colmenareño, sentado junto al mostrador de su tienda, pensando en sus treinta mil duros de ahorros, y paseando una mirada satisfecha por los anaqueles de su repleto almacén, ó bien represéntensele ustedes en la trastienda recibiendo las visitas, ya de su amada esposa, ya de alguna de sus dos hijas, ó quizá de las tres á un mismo tiempo, que bajaban cariñosas por la escalera de caracol que unía la trastienda con el entresuelo.

Damas de esta comedia casera:

Doña Eloísa. *Treinta y seis años de edad. Buen ver todavía. Cabello negro y brillante á fuerza de pomada. Ojos un tanto antojadizos. Color de arroz. Genio vivo, oscilando entre la devoción y los devaneos de las novelas que leía.*

Micaela. *Hija mayor. Diez y nueve años de edad. Morena agraciada, con una ligera patillita y un ligero bigotito. Temperamento sanguíneo que hacíala asomarse con frecuencia al balcón.*

Juanita. *Trece años menos dos meses de edad. Físico endeble. Moral en crisálida. Carácter, como el de todas las pollas, que maldicen sus pantalones y que cuando se quedan solas en casa se ponen los vestidos de su madre ó hermanas mayores para estar de largo.*

Estas tres gracias domésticas amaban á su esposo y padre respectivo, y eran, como es natural, entrañablemente amadas por él.

Dos dependientes fieles y listos, uno joven y otro adolescente, ayudaban en sus faenas á D. Anastasio; su comercio prosperaba, su hogar doméstico era una balsa de aceite, y por eso en el barrio llamaban á la del almacenista de ultramarinos *la familia feliz*.

Aunque doña Eloísa leía algunas novelas eran inofensivas. En una ocasión en que cayó en sus manos la *Vida de Abelardo y Eloísa* (que se parece á una novela), la buena señora demostró su disgusto y hasta el que sentía por llevar este nombre. «¿Por qué, mujer?,» preguntóla D. Anastasio. «Léela y lo sabrás,» contestó ella; y efectivamente, cuando éste la leyó ambos estuvieron de acuerdo.

A pesar de estas lecturas, y aunque algunos días de fiesta iba la familia al próximo teatro de *La Infantil* y al no muy lejano de *Eslava*, estas diversiones mundanas no alteraron en lo más mínimo la consistente moral de aquélla.

II

¡Hacienda, tu amo te vea!, y por eso D. Anastasio se pasaba todo el día y parte de la noche en su almacén, sólo permitiéndose asomarse alguna que otra vez á la puerta para ver el zurriburri de bolsistas que pululaban en la plaza adyacente. Pero algún desahoguito había de tener; así es que á las diez en invierno y á las once en verano, horas en que se cerraba la tienda, bajábase pacíficamente por las calles de la Paz y del Correo, atravesaba la Puerta del Sol y entrábase en el Café Universal, en donde se reunían algunos amigos y conocidos suyos. Era una mesa tranquila la de aquellos antiguos parroquianos del establecimiento: nada de ruidosas discusiones políticas, ni mucho menos de camorras sobre Lagartijo ó Frascuelo. Casi todos eran de edad provecta y buenas personas.

Un jubilado del Tribunal de Cuentas y su perro, un capitán de reemplazo, el dueño de una lencería de la calle de la Montera, un corrector de pruebas de un periódico y el bueno de D. Anastasio constituían el núcleo de aquella reunión morigerada. Algunas veces se filtraba en ella el elemento joven, representado por un sobrino de dicho corrector y un amiguito suyo, *plaza montada* de otro periódico.

Este elemento fué en el que naufragó el pobre almacenista de ultramarinos.

La conversación se basaba en lo de siempre: en que el Gobierno gobernaba muy mal, y en que el país estaba dando las boqueadas. En este último punto no estaba conforme D. Anastasio, aunque no lo decía, porque recordaba los treinta mil y pico de duros de que era poseedor. Luis XIV de Francia decía: «el Estado soy yo;» el almacenista de ultramarinos tal vez pensaba que el país era él

En aquel círculo moderado (en sentido social), la nota aguda solía darla el capitán jubilado, porque como en estos últimos años apenas ha habido pronunciamientos, y sólo tenía el grado de capitán y rayaba en los sesenta, creíase postergado, como todos los militares de España.

Una noche, ¡noche infausta!, puesto que fué la del memorable ciclón que inundó Madrid, arrancó de cuajo millares de árboles é hizo volar á transeuntes y chimeneas; pasado el siniestro, y bajo un cielo otra vez límpido y azul, D. Anastasio, después de haber presenciado la maniobra de cerrar su tienda, encaminóse al café Universal, que debería estar muy animado. Estábalo en efecto: en la mesa del corro del almacenista se comentaba, como en todas las demás, la reciente catástrofe. Cuando llegó aquél tenía la palabra el lencero de la calle de la Montera, y contaba un lamentable suceso que había presenciado. Parece ser que en los instantes en que el viento huracanado soplaba con más violencia, bajaban dos personas de distinto sexo y por distinta acera por la calle de Capellanes, é impelidas por el ciclón chocaron cabeza con cabeza en el comedio de la calle. Esto, en aquella noche, nada tenía de particular; pero fué el caso que detrás de la persona del sexo débil venía su marido algo escamado, por lo que después se supo, y creyendo que aquella conjunción no había sido casual, la emprendió á palos con el que había sufrido el choque. A éste, viéndose agredido después de chocado, se le fué el santo al cielo, y sacando un revólver le disparó á boca de jarro contra su agresor, depositándole dos balas en la cabeza.

Sentóse D. Anastasio á la mesa del café y tomó parte en los comentarios que se hacían de este drama callejero. Aquella noche, además del sobrino del corrector de pruebas y su amiguito, había en la reunión otro joven, nuevo en ella, con lentes y con aspecto de literato precoz, que miraba al almacenista de ultramarinos y cuchicheaba con sus jóvenes compañeros

Húbolo de notar éste y puso la cara hosca. Entonces el sobrino del corrector le dijo:

– D. Anastasio, nos ocupamos de V., pero no en mal sentido, como puede suponer. Este amigo dice que es V. el vivo retrato de Voltaire.

III

Pocos en España han leído á Voltaire, pero muchísimos conocen su nombre. Para los lectores de *Las Dominicales* y de *El Motín*, Voltaire es un semidiós, y digo *semi*, porque el gran filósofo tuvo la bondad de ser deista. La mayor parte del clero le supone el precursor del Antecristo, y la gente sencilla é indocta da á su nombre una significación espantable y tremebunda Así fué que las palabras del joven causaron mucho efecto en los concurrentes á la mesa del café. El corrector de pruebas, que por razón de su profesión era algo instruído y que había estado en París, quedóse mirando de hito en hito á D. Anastasio, y dijo:

– ¡Pues es verdad que se parece á Voltaire!

Desde aquella noche el bueno del almacenista de ultramarinos fué mirado y observado con cierta atención por sus contertulios de café, y descubrieron en él aplomo en expresarse y agudeza y profundidad en sus conceptos; tanto, que cuando había una duda ó se suscitaba una cuestión, dirigíanse á él diciendo:

– ¿Usted qué opina, D. Anastasio?

Este, por su parte, contribuía á sostener su reputación de hombre de talento, medía sus palabras y procuraba velar su pensamiento para que cada cual lo interpretara á su antojo; en esto anduvo experto y hasta cierto punto se conoció á sí mismo, y digo hasta cierto punto, porque voy á explicar someramente cuánto influye el amor propio hasta en un tendero de ultramarinos. Antes del incidente que le puso en relieve, ya tenía D. Anastasio cierta tenden-



CONTEMPLACIÓN, tomado de «The Illustrated Sporting and Dramatic News»



DESPUÉS DE LA CORRIDA, cuadro de D. Juan de Guzmán

cia á creerse persona no vulgar y no del todo ignorante. Entre otras obras serias, había leído tres importantes, á saber: *Las ruinas de Palmira*, *Las palabras de un creyente* y *La familia de Vielant ó los prodigios*, y á consecuencia de estas lecturas habíase adjudicado á sí propio ciertos ribetes científico-filosóficos; sin embargo, no se extralimitó y siguió pensando preferentemente en el bacalao truchuela, que era su especialidad.

Pero la frase oída en el café le soliviantó, y comenzó á preocuparse de su parecido con Voltaire. Cuando aquella noche volvió á su casa, miróse al espejo, y notó en su frente ciertas protuberancias que antes no había descubierto. A la siguiente mañana dijo á su mujer:

– Sabes, Eloísa, que en el café dicen que me parezco á Voltaire.

– ¿Y quién es Voltaire?

– Pues un filósofo morrocotudo. Voy á proporcionarme sus obras, porque es vergonzoso que no haya leído ninguna.

Y con efecto, en gorro griego y en zapatillas, como estaba, bajóse D. Anastasio por la calle de la Paz, en donde hay una librería de libros usados, y preguntó al librero, que era conocido suyo, si tenía las obras de Voltaire. No había más que una: *Cándido ó el optimismo*. El almacenista de ultramarinos la compró, encargando á aquél que le proporcionara cuantas pudiese á precio equitativo, y vuelto á su casa se engolfó en la lectura de las correrías del joven inexperto y de la señorita Cunegunda.

Toda la familia leyó esta obra edificante, incluso el dependiente mayor, y todos convinieron en que el filósofo francés tenía mejor estilo y más intención que la señora de Sinues y Enrique Pérez Escrich, y pronto se notó la influencia de esta lectura, pues doña Eloísa y sus hijas, que se confesaban con un sacerdote de la iglesia de San Ignacio, indignadas por las fechorías que los jesuítas habían cometido en el Paraguay, buscaron otro confesor.

Desde entonces la gloria de Voltaire se reflejó, hasta cierto punto, en D. Anastasio

Su familia le miraba con veneración. Los vecinos del barrio, que le trataban, y muchos parroquianos de su tienda supieron que se parecía al gran filósofo. Cuando los días de fiesta salía á paseo con su mujer é hijas, éstas le dejaban ir un poco delante, y espiaban el efecto que su presencia causaba en los transeuntes. Si alguno le miraba por casualidad ó porque le chocase su aspecto grave y satisfecho, la madre y las niñas se daban codazos significativos, como diciendo:

«Ese ha visto el retrato de Voltaire.»

Gloria y popularidad obligan, y D. Anastasio se vió precisado á variar la muestra de su tienda, que estaba algo deteriorada, sustituyéndola con otra más grande, en la que en letras doradas, sobre campo de gules, leíase este rótulo:

EL VOLTAIRE

ALMACÉN DE GÉNEROS DE ULTRAMARINOS

IV

A mediados del pasado estío doña Eloísa y sus hijas estuvieron en Loeches, bebiendo el agua de *La Margarita* y entretenidas en leer algunas obras del gran escritor francés. A su regreso á Madrid, D. Anastasio emprendió á su vez un viaje á Santander, tanto para refrescarse un poco, como para ultimar un negocio de bacalaos de Escocia, dejando encargada la dirección de la tienda á su dependiente mayor. El negocio le entretenía, y no pensaba volver á Madrid tan pronto, pero recibió un telegrama de su hija mayor, que decía: *Mamá y Roberto desaparecidos*.

– ¡Cómo desaparecidos!, pensaba el almacenista estupefacto, maldiciendo el laconismo de su hija ¿Qué quiere decir esto? Pues qué, ¿pueden desaparecer las personas, siendo así que Voltaire niega los milagros?; y aun admitiéndolos, ¿cómo han podido desaparecer milagrosamente mi mujer y mi dependiente mayor, cuando ni siquiera, que yo sepa, estaban en olor de santidad?

Azorado y no sabiendo cómo entender aquello, don Anastasio hizo el cofre apresuradamente y regresó á Madrid. Cuando llegó á la puerta de su tienda, se apeó de un ómnibus que tenía un letrero que decía *Serbicio Publico;* sus dos hijas estaban al balcón y bajaron á la trastienda á recibirle. Por ellas supo el golpe doloroso y terrible con que le abrumaba la suerte. Un día de fiesta doña Eloísa había salido por un lado y el dependiente mayor por otro, y no volvieron á parecer. Aquella misma tarde recibió Micaela una carta por el último reparto del correo interior: era de su madre y sólo contenía las siguientes líneas:

«Me marcho de viaje, no sé cuándo volveré. Cuando regrese á Madrid tu padre dale una carta que queda en el cajón de mi mesa de noche. Tened juicio, imitad á vuestra madre.»

D Anastasio, algo más repuesto de la consternación que le causó el relato que le hizó su hija, leyó la carta dejada por su mujer. Decía así:

«Mi querido Anastasio: estoy cansada de vivir oliendo á bacalao, en una calle por donde apenas circula el aire y en un entresuelo en donde apenas puedo levantar la cabeza sin tropezar con el techo. La mujer es como la flor: necesita sol y ambiente y voy á buscarlos. Tu parecido con Voltaire me garantiza de la elevación de tu juicio. ¿Qué es el matrimonio entre personas que piensan como tú y yo y como Voltaire? Una asociación legal, una máquina para propagar la especie, un pabellón bajo el cual cada uno de los cónyuges conserva su independencia, para no parecerse á dos presidiarios unidos por su grillete. Yo ya he cumplido mis deberes de madre dejándote dos retoños, que espero imitarán mis virtudes: nada tengo ya que hacer contigo. Me llevo veinticinco mil duros: esto es lógico y natural. Cuando me casé contigo aporté al matrimonio veinticinco mil pesetas de dote, por lo tanto aquella cantidad puede considerarse como bienes gananciales, así como los siete mil duros que te dejo para que sigas redondeándote y *nuestro* buen surtido almacén. Gózalo todo en paz, en compañía de nuestras amadas hijas, y si te parece, de alguna otra señora que me sustituya. Voltaire nos ha enseñado á tener el espíritu ancho y la conciencia libre. ¡Adiós para siempre! Tu esposa, que no te olvidará, *Eloisa Peralvillos*.»

Apenas hubo leído esta carta volteriana, el desgraciado almacenista bajó desolado al sótano de su tienda, en donde guardaba sus valores en una caja de hierro. La cerradura estaba intacta; pero en efecto, veinticinco mil duros habían también *desaparecido*. Dió parte á la policía; pero en efecto, ésta no pudo encontrar ni muerta ni viva á la interesante doña Eloísa, así como tampoco al joven ex dependiente mayor.

Desde esta época todo le sale mal á D. Anastasio. Su comercio decae, su especialidad en bacalaos va *desapareciendo* Una noche encontró á su hija mayor en la calle de la Lechuga en compañía de un individuo de la Escolta Real.

Su otra hija, ya canija de suyo, se va poniendo pálida y delgada como una lombriz; pero el bueno del almacenista de ultramarinos apenas se fija en estas cosas. Ha envejecido veinte años Se entretiene todo el día en la trastienda haciendo solitarios con una baraja. No va al café ni lee á Voltaire. A la caída de la tarde suele dar un paseo alrededor de su manzana. Alguna vez se alarga hasta la plaza de Santa Ana y se pasa largos ratos contemplando los volátiles de venta.

¡Pobre D. Anastasio! En la parte física podrá parecerse á Voltaire, mas no así en la fortuna. El filósofo francés vivió ochenta años, y al almacenista español apenas le doy cuatro años de vida. Este, habiendo cumplido todos sus deberes de esposo y padre, se ve abandonado de su mujer y un tanto descuidado por sus hijas; aquél, afortunado hasta ultratumba, después de haber llamado á los franceses *pueblo de tigres y de monos*, yace en el Panteón Nacional. y este mismo pueblo le ha erigido estatuas, dedicándole un *boulevard* que se pierde de vista.

F. Moreno Godino

EL FERROCARRIL TRANSSAHÁRICO

LAS AGUAS, LAS DUNAS, LOS HABITANTES

M. V. Largeau, que ha pasado cuatro años en las regiones del Sahara antes de los viajes del coronel Flatters, ha dirigido á un diario francés, á propósito del proyecto actual de una línea al través de aquel desierto, una comunicación de la que entresacamos los siguientes interesantes datos:

«Era entonces general creencia que los xotts (1) del Sud tunecino eran un antiguo golfo del Mediterráneo, y que las aguas subterráneas del Ued Rirh, que algunos intrépidos oficiales hicieron brotar á costa de sus vidas para crear nuevos oasis, procedían del Atlas; pero poco me costó adquirir la certeza de que estas aguas proporcionábanlas exclusivamente las altas mesetas del Sahara central (djebel Hoggar y Tidilkelt). En cuanto á los xotts, estaban formados por la reunión en una vasta depresión de las aguas del Ued Igharghar y del Ued Miya, del Ued Suf ó antiguo Tritón, hoy casi enteramente sepultado bajo las grandes dunas del Zemul-et-Akbar, y finalmente de las muchas corrientes que descienden del Atlas y de las que la más considerable es el Ued Djeddi. Todas estas aguas reunidas formaban el lago Tritón (hoy región de los Xotts) que desaguaba en el Mediterráneo por un estrecho canal.

»Las aguas suministradas por las mesetas del Sahara central corren, al presente, por debajo de los aluviones reunidos en los lechos de los antiguos ríos; pero el Igharghar, que tiene todavía una anchura de 6 kilómetros, á 50 leguas al Sur de Tuggurt, y el Ued Miya, que se confunde con éste para formar el Ued Rirh, arrastran todavía gran caudal de aguas cuando caen lluvias abundantes sobre los puntos elevados que los alimentan; sus aguas, sin embargo, absorbidas por las arenas, llegan á los xotts únicamente por canales subterráneos.

»He podido comprobar que estas aguas eran en otro tiempo utilizadas por una población agrícola relativamente numerosa; ruinas de aldeas, restos de canales, troncos petrificados, depósitos de sílice tallados que he encontrado en todas partes, demuestran claramente que si en otras épocas hubo desiertos en el Sahara, éste, considerado en su conjunto, no era un desierto. Este vasto país estaba entonces habitado por una raza negra, inteligente y laboriosa, que había sentido la influencia de la antigua civilización egipcia y que es hermana de la raza fullah: así me lo han demostrado los estudios que más tarde he hecho en el mismo Sudán, en donde me he puesto en contacto con los fullahs.

»En el Sahara es en donde se han llevado á cabo las primeras cacerías humanas para proporcionar esclavos á los sibaritas de la antigüedad: para apoderarse más fácilmente del hombre se han incendiado los bosques y todo lo que podía servirles de asilo; vinieron después los bereberes y los árabes nómadas enemigos de toda vegetación arborescente, y hoy sólo aparece el negro en los oasis, cuyos pozos conserva y cuyas palmeras cultiva con la paciencia que le caracteriza. Con esta raza principalmente hemos de contar para la obra de que se trata.

»No hay que temer, pues, que falte agua en el trayecto de la vía férrea: algunos sondeos bastarán para hacerla brotar, y si á los negros se les conceden algunas tierras regables, no tardarán en fundar aldeas alrededor de nuestras estaciones. Las casas surgirán allí como por encanto y sin costar un céntimo al Estado, pues esas gentes están acostumbradas á no contar más que consigo mismas.

»El Hoggar es colonizable inmediatamente y su actual población es una garantía de la rápida aclimatación de la raza blanca; los tuaregs que lo habitan podrían, una vez disciplinados y pagados, llegar á ser soldados tan valientes como leales.

»La llanura sahárica desciende por el Sud en suave pendiente hacia el Níger, y también en esta parte se encuentran corrientes subterráneas

»La naturaleza del terreno en que ha de sentarse la vía hace que no sea de temer que ésta quede cegada por las arenas. Las obras de fábrica que habrá que construir son pocas en número, pero los puentes deberán ser muy sólidos para poder resistir las inundaciones que experimentan los valles durante las torrenciales lluvias que caen después de largos períodos de sequía.

»Las grandes dunas que se extienden entre el Igharghar y Radamés serían infranqueables para un ferrocarril, pero no así las que de cuando en cuando atraviesan los valles, en la dirección general de SE. á NO. Y respecto al clima, si los días de verano son terribles, en cambio las noches son claras y hermosas.

»Quince años hace que no he visto el Sahara, pero en este tiempo he podido conocer las riquezas del Sudán y de nuestras colonias del Senegal, en donde hay magníficos bosques y tierras fertilísimas que explotar y agricultores negros que sólo esperan una protección eficaz para dedicarse á estos trabajos.

»Recientemente he atravesado en ferrocarril los Estados Unidos, desde Nueva York á San Francisco, y comparando la empresa allí realizada con la que se trata de llevar á cabo en el Sahara, creo que la ejecución de ésta será mucho más fácil que la de aquélla; cualquiera que haya cruzado los desiertos del Far-West, las Montañas Roquizas y la Sierra Nevada será indudablemente de mi parecer á poco que desde la cima del Atlas dirija la mirada sobre el gran desierto africano.

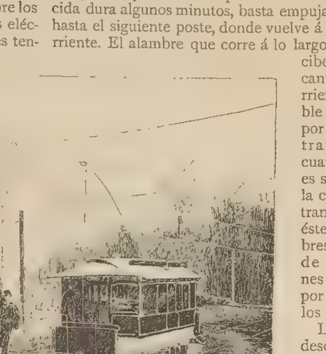
»En resumen, si en pocos años el Transcontinental ha transformado la California haciendo de ella una de las más prósperas comarcas agrícolas de América y el granero de los Estados Unidos, con el ferrocarril al través del Sahara, Francia y Argelia no tardarían en ser los países más ricos y más independientes del mundo.»

(1) Lagos salados.

SECCIÓN CIENTÍFICA

TRANVIA ELÉCTRICO EN LONDRES

Son tantas y tan grandes las ventajas que sobre los tranvías movidos por fuerza animal presentan los eléctricos, que creemos ocioso insistir en ellas, pues tendríamos que reducirnos á copiar lo mucho que sobre este particular se ha dicho y que, en resumen, no es otra cosa que lo que el mismo sentido común dicta.


Tranvía eléctrico de Londres

Nos limitaremos, pues, á describir el sistema en virtud del cual esos tranvías funcionan.

Mirando por debajo de uno de estos coches eléctricos, se ven dos electro-motores, es decir, dos máquinas dinamo-eléctricas que convierten en fuerza mecánica la corriente eléctrica en otro sitio producida y que se unen á los ejes del coche por medio de ruedas dentadas, á fin de disminuir en las ruedas del carruaje la velocidad de los motores, que para desarrollar la necesaria energía han de dar 1.000 y 1.200 vueltas por segundo: de esta suerte se consigue que á cada 10 ó 12 vueltas de éstos corresponda una vuelta en aquéllas. Generalmente sólo funciona un motor; el otro no se pone en actividad más que cuando no basta el primero, como sucede en las grandes cuestas ó cuando se agrega al vehículo otro vagón.

¿De dónde viene la corriente eléctrica que hace funcionar los motores? Esta corriente, como la luz eléctrica, se produce en fábricas, siendo otras de las ventajas de las vías eléctricas la de que una misma instalación proporciona luz y fuerza y la de que varias líneas y aun toda una red de una ciudad, como sucede en Richmond y sucederá en Boston, pueden ser servidas por una sola fábrica. Durante el invierno, en que el mayor consumo de luz coincide con el mayor tráfico de los tranvías, se apela al auxilio de los acumuladores que de día hacen acopio de electricidad y de noche la comunican, bien al aparato que produce luz, bien al que desarrolla fuerza. Los dinamos para la producción de fuerza difieren de las máquinas que proporcionan luz en que están dispuestos para una corriente de mayor tensión, que, sin embargo, es siempre suficientemente pequeña para excluir todo peligro.

Para alimentar los electro-motores, es decir, para conducir á ellos la corriente producida en la fábrica, se emplean dos sistemas: ó el de los acumuladores colocados debajo de los asientos del coche, ó el mismo que se usa para alimentar las luces eléctricas. En teoría es preferible el primero; pero como éste resulta muy caro, suele utilizarse en la práctica generalmente el segundo. Para ello, Siemens se vale de un cable colocado en una canal abierta en el pavimento entre los rieles; pero los americanos, considerando este procedimiento demasiado costoso y algo expuesto, proceden del modo siguiente:

A lo largo de la vía va tendido un cable grueso que corre dentro de un canalizo subterráneo ó se apoya en unos postes colocados á una distancia uno de otro de 40 metros á los dos lados de la vía ó entre las dos vías. Estos postes, cuya instalación es barata, están unidos por alambres transversales que sostienen un delgado alambre de cobre situado á una altura de 6 ó 7 metros sobre la vía: este alambre completamente aislado de los postes, sufre en cada poste una pequeña interrupción, de modo que la conducción de la corriente se compone de trozos sueltos de 40 metros. Esto tiene la ventaja de que en caso de romperse el alambre, lo cual rara vez sucede, ó de tenerse que reparar algún trozo, no queda inutilizada toda la línea, sino sólo el trozo comprendido entre dos postes; y si la interrupción con tal motivo producida dura algunos minutos, basta empujar el vehículo hasta el siguiente poste, donde vuelve á recibir la corriente. El alambre que corre á lo largo de la vía recibe la misma cantidad de corriente que el cable y la recibe por los alambres transversales: cuando el cable es subterráneo la corriente se transmite desde éste á los alambres por medio de ramificaciones que pasan por el interior de los postes.

La corriente desde el alambre largo hasta los motores del coche se transmite por medio de un tubo de acero, fijado en el techo del carruaje, que termina en un cilindro metálico con una ranura; este cilindro por su parte inferior está en contacto con el aparato motor. La retrodirección de la corriente tiene lugar por uno de los rieles, lo cual no ofrece el menor peligro.

Se ha dicho que la conducción de la corriente por encima del suelo es peligrosa; pero esto que podría ser verdad si se tratase de corrientes alternativas de alta tensión, no lo es en los tranvías de que nos ocupamos, porque en ellos se emplean las corrientes continuas de tensión relativamente pequeña.

En cuanto á los gastos que suponen estos tranvías, el ahorro que en la explotación de los mismos se consigue, y que varía naturalmente según las condiciones de lugar (los americanos lo estiman en un 30 y hasta 50 por ciento sobre el gasto de los tranvías movidos por fuerza animal), compensa con creces el coste de instalación.

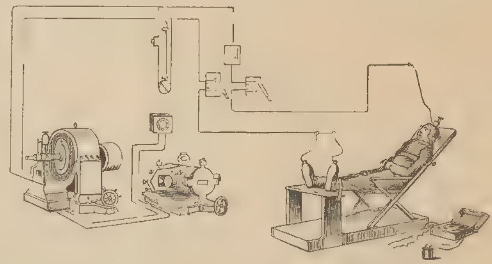
Nuestro grabado representa el tranvía de Londres instalado y explotado por el sistema que someramente hemos descrito.

***

LA PRIMERA EJECUCIÓN ELÉCTRICA

Después de los relatos publicados acerca de la primera ejecución eléctrica llevada á cabo el día 6 de agosto último en la cárcel de Auburn (Estados Unidos), creemos conveniente dar á conocer algunos datos sobre esta triste tentativa

El aparato que sirvió para la ejecución se componía de una máquina de corrientes alternativas Westinghouse y de su excitador: estas dos máquinas, gobernadas por correas, eran movidas por medio de una transmisión intermediaria de una máquina de vapor de 45 caballos, situada en el segundo piso de la cárcel, á una distancia de 300 metros de la silla fatal. Los hilos de este dinamo, de corrientes alternativas, iban á parar á un cuadro de órdenes en el que había dos vóltmetros de Cardew, con sus resistencias adicionales, y 20 lámparas Edisson de 100 volts, montadas en tensión y en derivación sobre los bornes de la máquina, que indicaban, gracias á esto, cuando tenían su brillo normal, que había una diferencia eficaz de 1.000 volts entre los dos puntos en donde las lámparas estaban puestas. En la parte inferior del cuadro un amperémetro Bergman intercalado en el circuito general debía indicar la intensidad de la corriente que atravesaba el cuerpo del condenado: el cuadro contenía además dos conmutadores, uno destinado á intercalar las lámparas en derivación sobre la máquina, y otro, llamado el *conmutador fatal*, que servía para cerrar el circuito en la silla. Esta (fig. 2) estaba provista de correas para atar al paciente. La corriente de la máquina llegaba por la coronilla del cráneo (fig. 1) y por la espina dorsal por medio de dos electrodos que contenían una esponja húmeda, en la cual se perdían las extremidades desnudas del cable conductor. Tal es el aparato en que se sentó el desgraciado Kemmler.


Fig. 2. Actitud del condenado á muerte Kemmler en el momento de su ejecución

Conocidos son los detalles de esta ejecución: la corriente interrumpida después de una aplicación de 17 segundos, la muerte aparente seguida de sonidos extraños que salían del pecho del hombre á quien todos creían muerto, la reanudación de la corriente, el terror de los asistentes al acto, etc.; no insistiremos, pues, en ellos, y nos limitaremos á consignar las opiniones de algunos sabios sobre el nuevo procedimiento para ejecutar la pena capital.

El doctor A. P. Southwick, autor de la ley relativa á la ejecución eléctrica, dice que la primera prueba de su sistema ha sido un triunfo, pues Kemmler ha muerto sin dolor.

El diputado Coroner Jenkins, que hizo la autopsia del cadáver, considera este sistema preferible á la horca, por ser más expeditivo y menos peligroso.

Mr. C. R. Barnes, á cuyo cuidado estaba el dinamo, dice que la ejecución de Kemmler fué un fracaso por no haberse tomado las debidas precauciones.

Mr. P. Cravath, consejero de la *Westinghouse Company*, manifiesta que el mal éxito de la ejecución podía ser previsto por todos los que se han tomado el trabajo de estudiar la cuestión: 1.º, porque había que emplear un dinamo, cuya fuerza no se podía comprender ni registrar; 2.º, porque los medios de medir la corriente no son siempre absolutamente seguros, y 3.º, porque por estas causas era imposible á los conductores de un dinamo conocer exactamente el efecto que una corriente eléctrica así transmitida podía producir en un objeto que se pusiera en contacto con ella.

Edisson, interrogado sobre este asunto, ha dicho: «En 1887 ya escribí que me asociaba de todo corazón á cualquier movimiento que tendiera á la abolición de la pena de muerte, añadiendo que de no abolirse debería aplicarse por el método más expeditivo y menos doloroso. Entonces señalé como medio más á propósito un dinamo de corrientes alternativas, opinión que todavía sustento. A juzgar por lo que han dicho los periódicos, la culpa de lo ocurrido en la ejecución de Kemmler es de los médicos que, procediendo según las indicaciones de la teoría, y sabiendo que la base del cráneo es el centro nervioso del sistema humano, han procurado herirla del modo más directo posible. En teoría tenían razón, pero la experiencia se la quitado. En ninguno de los treinta casos de muerte instantánea ocurridos en Nueva York y en los alrededores, la corriente ha sido aplicada á la cabeza, sino que por el contrario llegaba al individuo por las manos, y en ninguno de ellos ha pasado por la víctima una corriente de la mitad de intensidad que la que ha atravesado el cuerpo de Kemmler. La electricidad atraviesa los líquidos, y más especialmen-


Fig. 1. Primera ejecución eléctrica



Fig. 1. El puente de Kirchenfeld, en Berna

te los líquidos salados del cuerpo humano, con mucha mayor facilidad que los huesos. Las manos bien limpias é impregnadas de soda cáustica constituyen un excelente conductor eléctrico por la gran cantidad de carne que tienen, al paso que los huesos son medianos conductores. Estableciendo los contactos en la parte más espesa del cráneo, los médicos han promovido voluntariamente un fracaso; no podían escoger una parte más desfavorable, pues los cabellos son también malos conductores y ofrecen una resistencia considerable al paso de la corriente. La piel de Kemmler ha sufrido quemaduras, lo cual indica que su cuerpo ha recibido una parte de la descarga relativamente pequeña: á haber recibido los 1.300 volts durante el tiempo indicado, habría sido carbonizado ó momificado... Por lo que toca á los movimientos respiratorios que se produjeron después de cerrada la corriente, creo que, á pesar de ellos, el reo estaba ya muerto, pues sabido es que análogos movimientos musculares se producen en los ahorcados. Kemmler, á menos de que se haya incurrido en graves errores, ha debido morir instantáneamente, y así creo que morirá el primero que vuelva á sentarse en la silla fatal.»

***

LOS PUENTES DE HIERRO
DESDE EL PUNTO DE VISTA ESTÉTICO

¿No pueden ser bellos los puentes de hierro? Esta pregunta parece necesaria en presencia de las grandes construcciones modernas, y si no ésta, puede formularse esta otra más grave: ¿por ventura es preciso que sean feos los puentes de hierro? Esto podrá preguntarse aquella parte de público que no concibe los progresos técnicos separados de lo que en otras esferas de la creación humana producen *la fuerza y la boca del espíritu.* Grandes concursos se anuncian cuando se trata de construir edificios para el Parlamento, catedrales, museos, etc., y en ellos los jurados estudian, con sentido eminentemente estético, hasta en sus más nimios detalles, el trazado de las líneas, las agrupaciones, las distribuciones de espacios y los efectos de las masas antes de pronunciar su veredicto que, á veces, por el solo hecho de no responder á las exigencias de la estética, rechaza trabajos que representan una suma enorme de estudios y cuidados. En cambio, para la construcción de puentes, sobre todo de hierro, nuestro fallo es mucho menos severo, á pesar de que éstos, como los templos y como los palacios, se construyen para que duren siglos. Así, por ejemplo, para nada tuvimos en cuenta las condiciones estéticas del puente que en Colonia cruza el Rhin, y esto que esa obra había de construirse no lejos de la hermosa catedral de dicha ciudad, orgullo de la nación alemana y admiración de cuantos la visitan; en aquella ocasión se prescindió por completo del chocante contraste entre la forma utilitaria, cruda, desprovista de toda elegancia, y la forma bella que tan bien armoniza con las aspiraciones del espíritu. Pareció entonces, y sigue pareciendo todavía, que la satisfacción de aprisionar á un río debajo de un puente, hizo dejar á un lado toda otra consideración más elevada. Todos los accesorios, inclusa la instalación de la excelente estatua ecuestre sobre la torre de las pilas, no bastan á armonizar lo que es desde su origen inarmonizable. Así lo estiman cuantos hoy contemplan esta obra.

Esta opinión ha servido de experiencia en otros puntos de la corriente del Rhin, puesto que en las ulteriores construcciones de puentes se ha atendido como se merecía la cuestión de forma, iniciando esta saludable reacción el primer puente de Coblenza, cuyos magníficos arcos demuestran que la antipática forma de los entrelazados no es la única que resuelve el problema técnico. En el segundo puente de Coblenza todavía se ha conseguido mayor belleza, aunque para ello hubo de prescindirse de la otra consideración, la de lugar, emplazándose el puente, no diagonalmente á la orilla, sino perpendicularmente, con lo que se vino á tratar al *sagrado* río ni más ni menos que si fuera un torrente que opusiera un obstáculo al trazado de un ferrocarril. El empequeñecimiento que con ello ha sufrido la comarca de Coblenza es sorprendente y lamentable, y hemos de confesar que la importancia de la vía férrea, estratégica antes que todo, hizo prescindir del interés estético; sin embargo, hízose á éste una no despreciable concesión con la hermosa forma de los arcos del puente.

En el puente del ferrocarril de Maguncia, gracias al sistema de Pauly, que ofrece gran amplitud en los tirantes y elevación en las líneas principales, consiguióse cierta belleza, por lo menos vista la obra desde lejos, aunque perjudicada por el número de arcos, que siendo par obligó á sentar una pila en el centro de la corriente.

Los puentes de las vías férreas por su magnitud é importancia son muy propios para formar escuela en todas partes é influyen poderosamente en la construcción de los puentes de otros caminos: algunas veces esta influencia ha sido perniciosa, ya que la construcción por medio del entrelazado, que es muy buena para las obras puramente de utilidad, ha sido empleada también en otras obras que fácilmente hubieran podido afectar forma más bonita. ¡Estaba tan bien determinada hasta en sus menores detalles la teoría de esos puentes! Como en virtud de los cálculos hechos podía apreciarse cuál había de ser el *mínimo* de los materiales que se necesitaban, de aquí que por este medio se llegara á la fijación de un máximo, que había de servir de norma para la aprobación de los proyectos que se presentaran para la construcción de puentes en las urbes. Y cuando algunos amantes de la estética que figuraban en las corporaciones municipales preguntaron tímidamente si con igual cantidad de materiales, ó con unos pocos más, se podría dar á los puentes una forma más bella, el autor del proyecto se encerraba en el baluarte de su taller de dibujo, y declaraba á poco: ¡que los puentes de hierro no pueden ser construídos de manera que resulten bellos!

Esta contestación, que ataba de manos á los que volvían por los fueros de la estética, encerraba tácitamente el principio de que al menor coste de materiales corresponden menores gastos de construcción, y ¿qué corporación parlamentaria podrá en nuestros tiempos resistir á este argumento? Sin embargo, mejor examinado este principio, resultó insostenible. Al prescribir estos puentes calculados al peso mínimo, las herrerías se equivocaron: calcularon, según costumbre, el precio que en el mercado tenía el mineral de hierro, la mano de obra, los transportes, etc., y las posturas presentadas vacilaron entre una y dos veces y media el valor de la oferta mínima. El empleo de materiales no podía, pues, ser el verdadero fundamento de aquel principio, y hubo, por ende, que buscarlo en otra parte, en lo cual se procedió acertadamente, ya que con ello recuperaron sus antiguos derechos las exigencias del buen gusto. Entonces se hizo aplicación de la experiencia en el entretanto adquirida y de los perfeccionamientos introducidos en los cálculos.

(Continuará) F. REULEUX



Fig. 2. Pila central del puente de Kirchenfeld, en Berna

TODA UNA JUVENTUD

POR

FRANCISCO COPÉE

Ilustraciones de Emilio Bayard-Grabado de Huyot

(CONTINUACIÓN)



– Ahora toca el turno al neófito. Recítenos usted su «Trinchera ante Sebastopol.»

Sin embargo, como buen caballo de guerra, como poeta de raza que era, Amadeo dominó su emoción y recitó con voz vibrante sus estrofas militares, al modo que un veterano en el ejercicio hace resonar la culata de su fusil.

El último verso del poema fué celebrado con un caluroso aplauso, y todos los oyentes se levantaron para rodear al poeta, felicitarle y verle de cerca.

– ¡Es soberbio!

– ¡Enteramente nuevo!

– ¡Tendrá un éxito enorme!

– ¿Qué más se necesita para levantar al público?

– ¡Recítenos usted algo más; sí, recite alguna otra cosa!

Y tranquilo, alentado, dueño del presente, Amadeo recitó una escena popular, en la que había derramado profusamente su ternura hacia los pobres. Luego declamó una de sus descripciones parisienses, después una serie de sonetos titulada «Esperanza de amor,» inspirados por su querida María, y dejó admirados á todos aquellos poetas por la facilidad y variedad de su inspiración.

A cada nuevo poema los aplausos estallaban como truenos. El corazón del joven dilatábase de alegría con el grato calor del éxito. Disputábanse todos el acercarse á Amadeo para demostrarle su admiración personal y estrecharle las manos. ¡Ay! algunos de los presentes debían más tarde afligirle con su baja envidia y sus traiciones; pero en aquel momento, en la generosa franqueza de la juventud y del entusiasmo, le aclamaron como á un maestro.

¡Qué noche tan embriagadora! Entre una y dos de la mañana, el poeta, con las manos ardorosas por los últimos apretones, el cerebro y el corazón embriagados por los vapores del elogio, volvió á grandes y alegres pasos al arrabal de Santiago, alumbrado por los mágicos juegos de una clara luna y arrullado por el fresco viento nocturno que hacía flotar sus ropas y que acariciándole el rostro le hacía creerse oreado por el propio soplo de la gloria.

XI

El éxito, que de ordinario es tan cojo como la justicia, corrió á paso gimnástico y dobló las jornadas para llegar al encuentro de Amadeo. Desde entonces el café de Sevilla y el cenáculo de los melenudos ocupáronse del naciente poeta. Su colección de sonetos, publicados por *La Avispa*, encantó á algunos periodistas, que reprodujeron varios en publicaciones muy leídas.

Por último, diez días después del encuentro de Amadeo y Jocquelet declamó éste «La trinchera ante Sebastopol» en una espléndida representación dada en la Gaité á beneficio de un antiguo é ilustre actor dramático que á consecuencia de haberse quedado ciego vivía en la mayor miseria.

Esta solemnidad dramática, según el lenguaje empleado en el bombo, comenzó aburridamente. Asistía el público de costumbre en las representaciones extraordinarias: ese público gastado de espectáculos hasta la medula de los huesos, y que á consecuencia del calor de aquella noche de mayo, que hacía sofocante la atmósfera del teatro, sentíase aún más cansado é insensible que de ordinario.

Los periodistas dormitaban hundidos en sus butacas, y los rostros de las mujeres, casi verdes á fuerza de colorete, se destacaban sobre el fondo encarnado de los palcos, denunciando el abrumador cansancio de un largo invierno de placeres. Aquellos parisienses habíanse reunido allí maquinalmente, por obligación ó por costumbre, sin tener el menor deseo de hacerlo, como se reunían siempre, á modo de condenados perpetuamente «á las primeras representaciones» y tan inertes que ni siquiera sentían el horror de verse envejecer los unos á los otros.

Delante de este auditorio cloroformizado transcurría lentamente una función demasiado recargada, como es costumbre en esta clase de representaciones: trozos de obras archiconocidas, piezas de ópera caídas en desuso hasta en los organillos; y aquel público, siempre el mismo, veía desfilar á aquellos actores, los mismos de siempre, entre los cuales los más famosos eran los más monótonos, abusando los cómicos de su gracia, los enamorados hablando con la nariz, y la gran coqueta, la Celimene por excelencia, destilando su papel con tal lentitud, que cuando pronunciaba un adverbio finalizado en *mente* hubiérase podido ir á beber un vaso de cerveza y fumar un cigarro antes de que ella acabara de proferir la susodicha palabra.

Pero el momento más letárgico de aquella adormecedora representación, fué cuando después de haber representado los actores del Teatro Francés pontificalmente un acto de tragedia, apareció de repente Jocquelet; Jocquelet, todavía alumno del Conservatorio, presentándose al público por vez primera y por excepcional favor. Jocquelet, totalmente desconocido, entablerado en su frac negro; Jocquelet, demasiado bajito, á pesar de los dos juegos de Whist que había introducido en sus botas. Presentóse con desparpajo, empinándose sobre sus espolones, levantando hacia el gallinero su cara de perro dogo; y con su voz capaz de derribar las murallas de Jericó y de resucitar á los muertos de Josafat, declamó de un solo tirón, pero con inteligencia y actitudes heroicas, el poema de su amigo, que produjo gran efecto. Aquel actor descarado, vulgar, pero de órgano poderoso; aquellos versos tan pintorescos y modernos, constituían un conjunto nuevo (nuevo, fíjense ustedes) que fué una buena sorpresa para aquel público saturado de antiguallas. ¡Dos cosas nuevas á la vez! ¡Descubrir un poeta inédito y un cómico no visto todavía: morder en dos frutos verdes! Todo el mundo sacudió su letargo. Los periodistas hipnotizados se despertaron, las señoras, exangües y cayéndose de sueño, recobraron un poco de animación; y cuando Jocquelet hubo recitado el último verso, todo el mundo aplaudió hasta romper los guantes.

Detrás de un bastidor del teatro, medio oculto en un biombo hecho de antiguos carteles, Amadeo Violette oyó con delicia el lejano ruido de los aplausos, parecidos á una tempestad de granizo. Apenas se atrevía á dar crédito á sus oídos: ¿era verdaderamente su poema lo que producía tan grande emoción que deshelaba á aquel helado público? Mas pronto dejó de dudar: Jocquelet, que había sido llamado tres veces á escena, se precipitó en los brazos del poeta, acercando á la de éste su cara empapada en sudor.

– Y bien, chiquito, ¿qué tal, eh?, – gritó reventando de gozo y vanidad. – ¿Has oído cómo les he endilgado eso?

Inmediatamente, veinte, treinta, cien espectadores vinieron de la sala á la escena. La mayor parte de ellos, correctamente vestidos y con corbata blanca, llegaron con apresuramiento y aire satisfecho pidiendo ver al autor del poema y á su intérprete, y haciéndose presentar, les felicitaron con frases entusiastas y apretones de manos. Sí, fué un éxito, éxito instantáneo, estrepitoso: fué esa flor tropical de la estufa parisiense, que brota muy raras veces, pero espléndida, al ruido del trueno.

Un hombre grueso, vulgar, con cara de verdugo, que llevaba soberbios brillantes en la pechera, vino á su vez á estrechar la mano de Amadeo, y con voz ronca, voz de gnomo, que hubiera sido excelente para vender cerraduras de seguridad ó billetes más baratos que en el despacho, pidió á aquél el texto de su poema, diciéndole:

– Es para insertarle en la primera página de mi número de mañana, joven; tiro ochenta mil ejemplares... Víctor Gaillard, director de *El Estrépito*... ¿Creo que le convendrá á usted?

Y le arrebató el manuscrito sin escuchar al poeta, que le daba las gracias, estremeciéndose de alegría al considerar que su obra había inspirado aquel ca-

pricho al más famoso bombista de la prensa, al primer reclamista de Francia y Europa, y que sus versos serían colocados ante los ojos de doscientos mil lectores.

Sí, aquello fué un éxito, y Amadeo experimentó la primera amargura desde el día siguiente, cuando entró en el café de Sevilla, adonde solía ir cada dos ó tres días, á la hora del ajenjo. Se habían publicado sus versos aquella mañana en *El Estrépito*, impresos en tipo de anuncios, precedidos de algunas líneas encomiásticas, redactadas por Víctor Gaillard á son de tambor. Desde que Amadeo entró en el café, notó que era objeto de la atención general, y los melenudos líricos le acogieron con bravos y aclamaciones; mas, por cierta expresión de fisonomías, miradas de reojo y sonrisas forzadas, el impresionable joven sintió con súbita tristeza que ya le envidiaban.

– Ya se lo había advertido á usted, – le dijo Pablo Sillery, llevándole á un rincón del café, – nuestros amiguitos no están contentos, y es natural. La mayor parte de esos rimadores, preciso es confesarlo, sólo son artífices en *dublé*, y tienen envidia al maestro platero... Sobre todo haga usted como que no lo nota; pues no le perdonarían el haberles adivinado sus malos sentimientos... Además es necesario ser indulgente. Usted tiene su hermosa charretera de teniente coronel, no sea duro con los pobres rancheros. Ellos, en suma, también combaten por la bandera de la poesía, y el nuestro es un regimiento de miseria. Ahora debe usted aprovechar la vena, puesto que es célebre durante veinticuatro horas... Vea usted, hasta los políticos le miran con curiosidad, con la barba hasta el pecho; y sin embargo, el poeta en la consideración de esos austeros ciudadanos no es más que un ser inferior é inútil: sólo y á duras penas admiten á Víctor Hugo, y eso porque ha escrito los *Castigos*... Es usted el hombre de moda; no pierda el tiempo. He encontrado hace un momento en el boulevard á Massif, el editor del Pasaje de los Príncipes, que ha leído *El Estrépito*, y le espera á usted: llévele mañana todos sus versos, con los que habrá para hacer un tomo. Massif le publicará por su cuenta, y podrá darse á luz dentro de un mes. Usted no volverá á domesticar á ese animal de Gaillard, que sólo ha podido tener por usted un pasajero capricho de turco; pero no importa, conozco los versos de usted, y estoy seguro del éxito. Está usted en camino. ¡Adelante, pues! Decididamente, soy mejor de lo que me creía, porque la buena suerte de usted me satisface.

Las palabras de este amable compañero disiparon fácilmente la impresión penosa que acababa de experimentar Amadeo. Por otra parte, hallábase en una de esas horas de embriaguez, en las que no se admite que exista el mal. Se detuvo un rato con los poetas, esforzándose por tratarles con mayor amistad que nunca, y les dejó, persuadido ¡niño inocente! de que les había desarmado con su modestia. Lleno de impaciencia por hacer partícipes de su satisfacción á sus amigas las señoras Gerard, subió á buen paso hasta lo alto de Montmartre y llegó á su casa á la hora de comer.

No le esperaban, y sólo tenían aquel día una sopa de hierbas y un resto del guisado de la víspera, remendado con pepinillos; pero Amadeo llevó un pastel, según costumbre, y además dos salsas que harán siempre que parezca delicioso el más lacedemonio *menú:* la dicha y la esperanza.

En la calle de San Pedro habían leído los periódicos, y estaban enterados de que el poema fué aclamado en la Gaité; y habíanle visto impreso vivito y coleando... Estaban todas tan contentas, que besaron al poeta en ambas mejillas. La mamá Gerard se acordó entonces de que aun tenían en la cueva seis botellas de añejo Chambertín, y aun cuando se hubiera interpuesto la fuerza armada, no habría conseguido impedir que la excelente mujer, tomando su llave, bajara á buscar las susodichas botellas, llenas de polvo y telas de araña, para beber á la salud del triunfador. En lo tocante á Luisa, no cabía en sí de gozo. En varias casas de las en que daba sus lecciones habían hablado delante de ella de los hermosos y admirables versos publicados por *El Estrépito*, y estaba muy orgullosa (¿lo oyen ustedes?) de pensar que el autor era amigo suyo. Pero lo que colmó la satisfacción de Amadeo, fué que María por vez primera pareció interesarse por la poesía, y lo repitió varias veces, con cierto airecillo vanidoso, con frases como estas:

– ¿Sabes, Amadeo, que es muy bonita esa batalla tuya?... De modo que vas á ser un gran poeta, un hombre célebre... ¡Tienes un porvenir soberbio!

¡Ah! ¡Cuán dulces y halagüeñas esperanzas llevóse el poeta aquella noche á su desván del arrabal de Santiago! Esas esperanzas que le hicieron gozar de hermosos sueños, aun perfumaban su pensamiento al siguiente día cuando la portera le subió dos cartas.

¡Todavía más felicidad! La primera contenía dos billetes de cien francos, con una misiva de Víctor Gaillard, en la que felicitaba de nuevo á Amadeo, y le pedía para el periódico algunas cuartillas de prosa: una novela, una fantasía, lo que él quisiera. Bajo el otro sobre reconoció, dando un grito de alegre sorpresa, la letra de Mauricio Roger.

«Acabo de llegar á París, mi querido Amadeo, – escribía el viajero, – y parece como que tu éxito me ha dado la bienvenida. Necesito abrazarte pronto, y expresarte cuán dichoso soy. Ven á buscarme á las cuatro á mi cuartito de la calle de Monsieur-le-Prince. Comeremos juntos, y no nos separaremos en toda la noche.»

¡Ah! ¡Cómo amaba el poeta la vida aquella mañana, hallándola tan dulce y tan buena! Vestido con su traje de fiesta, baja alegremente por la antigua calle de Santiago, embalsamada por los manojos de espárragos y los cestos de fresas de las fruteras. Llega al boulevard de San Miguel, compra una linda corbata para hacer honor á la primavera, y luego en el café de Voltaire, donde almuerza, cambia su segundo billete de cien francos para sentir en su bolsillo, con infantil placer, los hermosos luises de oro, que debe á su trabajo y á su éxito. Después entra en el ministerio, en donde el jefe de su negociado, hombre muy corriente que canta estribillos en las grandes comidas, le felicita por su poema, dando pie á que Amadeo le pida permiso para salir á las doce con el objeto de llevar sus versos al editor.

Vedle de nuevo en la calle al claro sol de mayo. Con aspecto de nabab toma por horas un coche abierto y se hace conducir al Pasaje de los Príncipes, á casa de Massif El editor de los jóvenes, tan conocido por su magnífica barba negra y su inmenso cráneo calvo, sobre el cual un bromista le ha aconsejado que pegue sus carteles de anuncios; el editor de los autores audaces de li-



bros de sensación, que ha compartido con Carlos Bazile, el poeta de los *Endemoniados*, el honor de estar preso en Santa Pelagia, hace entrar á Amadeo en su gabinete, adornado de aguas fuertes y de hermosos relieves. Al principio recibe al joven con frialdad en atención á su delgado semblante de rimador; pero el poeta le dice su nombre, Amadeo Violette, y de repente aquél le tiende la mano, con una sonrisa de satisfacción y con ávida mirada de inteligente y experimentado.

Amadeo le entrega su manuscrito y Massif le abre.

«Veamos... Perfectamente... Con los blancos y con los títulos podremos llegar á las doscientas cincuenta páginas.»

Y se hace el negocio redondo. ¡Pronto, una hoja timbrada! Massif costeará una primera edición de mil ejemplares, y si se tiran más (que sí se tirarán) dará al poeta cincuenta ejemplares. Amadeo firma sin leer; sólo pide que el libro se publique inmediatamente

«Pierda usted cuidado, mi querido poeta, dentro de tres días recibirá las primeras pruebas y dentro de un mes nos daremos á luz.»

¿Será posible? ¿No sueña Amadeo? ¡Él, el hijo del pobre Violette; él, el empleadillo de oficina, verá impreso su libro en seguida! Los lectores, esos amigos desconocidos, se conmoverán con sus emociones, y sufrirán con sus sufrimientos. Los jóvenes le amarán hallando en sus rimas un eco de sus sentimientos. Las mujeres meditarán, señalando con el dedo y repitiendo en voz baja una estrofa preferida, que las acariciará el corazón. ¡Ah! Tiene necesidad de hacer partícipe de sus emociones á un amigo verdadero.

– ¡Cochero!, calle de Monsieur-le-Prince.

Sube de cuatro en cuatro escalones la escalera de casa de Mauricio. La llave está en la puerta. Entra. El viajero se encuentra allí de pie entre el desorden de las maletas abiertas.

– ¡Mauricio!

– ¡Amadeo!

¡Qué abrazo! Permanecen mucho tiempo con las manos entrelazadas mirándose con una sonrisa de felicidad.

Mauricio está más seductor, más gracioso que nunca. Su belleza se ha hecho varonil y su rubio bigote resplandece sobre su fina tez. ¡Qué amable joven! ¡Cómo se regocija por el primer éxito de su amigo!

– Estoy seguro de que tu libro va á trastornar las cabezas. Siempre he dicho que eras un verdadero poeta... Ya verás.

Mauricio está también muy contento. Su madre le dispensa de acabar su carrera y le permite seguir su vocación. Va á alquilar un estudio y á pintar, según se decidió en Italia, en donde la señora de Roger fué testigo del entusiasmo de su hijo ante las obras maestras. ¡Ah! ¡Italia! ¡Italia! Y refiere su viaje enseñando á Amadeo los mil objetos que ha traído y que casi obstruyen la habitación. Da vueltas entre sus dedos á una figurita de barro que es una reducción del Antinoo del Museo de Nápoles, abre una cartera llena de fotografías, la hojea al azar, y se la da á su amigo con exclamaciones de admiración retrospectiva.

– Mira: el Coliseo... Las ruinas de Pœstum... Este cuadro antiguo del Vaticano... Ese fresco de Miguel Angel... ¡Eh! ¿Qué tal? ¡Es hermoso!

Y al mirar las fotografías recuerda las impresiones que le produjeron los originales. En aquel jardín Bobolí de Florencia había una turba de colegiales, con calzones cortos y zapatos con hebillas como los abates de otro tiempo; era verdaderamente una diablura el ver jugar al paso á aquellos sacerdotes infantiles... Y allí, en la *Riva dei Schiavoni*, había seguido á una veneciana .. ¡Oh, qué veneciana!...

(Continuará.)

NUESTROS GRABADOS

El favorito, grupo escultórico de G. van der Straeten. – Las escenas de la vida moderna tienen un hábil reproductor en van der Straeten, tanto que aun en París, en donde tanto abundan los que con excelente éxito á este género se dedican, sus trabajos llenos de vida han llamado poderosamente la atención.

Van der Straeten nació en Gante, y su padre, abogado, quiso dedicarle á la carrera jurídica, pero el sentimiento artístico era en él más poderoso que la afición al estudio del derecho, así es que después de algunos años de ejercer la abogacía, se trasladó en 1883 á París, en donde se consagró exclusivamente á la escultura. Desde 1884 fué expositor asiduo en el Salón, siendo objeto de general aplauso sus obras, llenas de vida y de gracia. Entre las más notables pueden citarse *Pierrot y Pierrette*, *Idilio*, *Primavera*, *El billete amoroso*, etc.

Este último lo conocen nuestros lectores, porque lo reprodujimos en el número 454 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA.

El favorito merece sin duda figurar entre las más notables obras de este escultor; difícil, por no decir imposible, ha de ser imaginar grupo en que la sencillez, la naturalidad y la belleza aparezcan más armónica y artísticamente reunidas. La actitud de las dos figuras, la dulce expresión de la joven, la perfección de las líneas que marcan sus hermosas formas, y sobre todo el *chic* que, así en los detalles como en el conjunto, se refleja, son cualidades tan salientes en esta escultura, que hacen inútil toda ponderación, porque al primer golpe de vista se descubren.

***

Virgen adorando al Niño Jesús, relieve en marmol de Mino da Fiesole, existente en el Museo de Berlin. – El escultor florentino Mino da Fiesole fué uno de los más grandes artistas de su tiempo; nació en la ciudad de Fiesole en 1430, estudió bajo la dirección de Desiderio de Settignano, autor de famosísimas imágenes que adornan las iglesias de Florencia y de hermosos bustos de damas notables de la aristocracia florentina. El discípulo nada tuvo que envidiar al maestro, pues sus obras le conquistaron imperecedera gloria. Mino falleció en 1486.

El Museo de Berlín, en donde recientemente, gracias al celo é inteligencia de su infatigable director el Dr. Bode, se ha organizado y ampliado notablemente la sección de esculturas procedentes del Renacimiento italiano, estima como una de sus más preciadas joyas el bellísimo relieve que reproducimos, y cuyas figuras, trazadas con sobriedad extrema, ostentan en toda su pureza la gracia, la corrección y la dulzura que han inmortalizado aquel período en que brillaron Donatello, Michelozzo, Riccio, Verrocchio y el imponderable Miguel Angel.

***

Contemplación, tomado de *The Illustrated Sporting and Dramatic News*. – El hermoso grabado que reproducimos no necesita ser descrito: la figura en él representada expresa tan bien lo que el autor se propuso, que basta contemplarla para hacerse perfecto cargo de ese estado especial del ánimo que se llama contemplación, estado puramente emocional, antecedente de la reflexión, pero no la reflexión misma, como ha dicho un distinguido filósofo español contemporáneo.

En cuanto á la parte artística, esta obra contiene primorosas bellezas de dibujo y de composición, que indudablemente la hacen acreedora á un puesto principal entre los productos de la escuela inglesa.

***

Después de la corrida, cuadro de D. Juan de Guzmán. – Este cuadro, el segundo que del distinguido pintor granadino honra las columnas de nuestro periódico, confirma en un todo el juicio que acerca del autor emitimos en el número 432 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, con motivo de la publicación de *El recovero*.

La escena no puede ser más española, y el lugar en que se desarrolla y los dos personajes que en ella intervienen son andaluces por sus cuatro costados; aquel patio al que da ingreso el típico arco, alegrado por los cantos del jilguero que se rebulle en estrecha jaula y por el macizo de plantas, cuyas ramas se elevan hasta besar las flores que puestas en rústicas macetas guarnecen el alféizar de la ventana; aquella cabeza de toro, recuerdo de alguna estocada por todo lo alto ó quizás de algún luctuoso drama; aquel picador que trasiega al estómago el contenido de un no pequeño jarro, ahogando en los vapores del vino los dolores de las costaladas sufridas y las zozobras por el incesante peligro pasadas, y aquella barbiana, ejemplar precioso del tipo agitanado, una de esas mujeres que sólo el cielo y las pasiones del Mediodía engendran, desnudando á su torero y escuchando, con mezcla de admiración y de angustia, el relato de las peripecias de la lidia y las proezas realizadas por su hombre, todo dice á voz en grito: España, Andalucía.

¿Qué mejor aplauso puede solicitar nuestro querido colaborador que esas impresiones que con nosotros compartirán sin duda cuantos vean su obra?

NOTICIAS VARIAS

UN CONCURSO DE ARQUITECTURA MODERNA. – Los palacios levantados en el Campo de Marte de París con sus formas nuevas y con el empleo en ellos de materiales inesperados, han demostrado cuán sin razón se afirmaba que la arquitectura del siglo XIX carecía de estilo. La falta de originalidad que se echa en cara á nuestros artistas depende exclusivamente de la falta de medios para impulsarla, que es consecuencia de la diversidad entre las condiciones en que el artista trabajaba en otro tiempo y las que en la actualidad se le imponen.

Antes de que una instrucción politécnica diera á los que la siguen conocimientos superficiales, pero generales, todo el mundo se confiaba á los especialistas en aquello que se salía de la esfera de sus ordinarias ocupaciones. El ciudadano de la clase media, lo mismo que el gran señor, dejaban en completa libertad al arquitecto. ¡Cuánto ha cambiado la situación de éste desde que cada cual se cree capaz de dirigirlo todo! Hoy se le impone un tipo y se le obliga á ampliarlo, á reducirlo, pero sobre todo á imitarlo, y al obrar así, los clientes sólo pueden escoger entre los tipos existentes, puesto que carecen de la experiencia y de los conocimientos técnicos indispensables para la creación de formas nuevas. ¿Cómo es posible que el siglo XIX tenga un estilo propio si todo contribuye á esterilizar la imaginación de los artistas? Si nuestros arquitectos hubiesen gozado de la libertad de acción que se concedía á sus predecesores, nuestras necesidades, completamente transformadas, les habrían hecho sin duda encontrar formas apropiadas al estado de civilización actual.

En presencia de esta situación, la *Encyclopédie d'architecture* ha dirigido recientemente un llamamiento á todos los arquitectos franceses para que acudan al concurso que organiza con la esperanza de demostrar que la imaginación no ha muerto en Francia, sino que, por el contrario, ha conservado todo su ingenio y toda su energía. La característica de este concurso es *libertad absoluta* para cuantos en él tomen parte; no se les impondrá programa alguno, siendo admitidos los proyectos de casas de renta, hoteles particulares, edificios públicos, edículos, en suma todos los proyectos que sean inéditos. Las condiciones de ejecución de los trabajos, sus dimensiones, escalas, fechas de envío, etc., serán indicadas a los interesados por la *Encyclopédie d'architecture*. Todos los dibujos interesantes serán publicados en esta revista, y un jurado, compuesto de los señores Bailly, de Baudot, Carlos Garnier, de Joly, Lheureux, Lisch, Moyaux, Narjoux, Raulin, Sanvageot, Seimersheim y Vaudremer, distribuirá la suma de 2.000 francos en premios que podrán llegar al máximo de 500 francos.

Aplaudimos de todo corazón la feliz iniciativa de la *Encyclopédie d'architecture*, pues con ella se fortalecerán más los lazos ya tan estrechos que unen al arte y á la ciencia. La gran competencia y la absoluta imparcialidad del jurado llamado á dar su veredicto en este concurso nos parecen garantía del mejor éxito.

***

UN TROZO DE GRANITO MONSTRUOSO. – La *Bodwell Granite Company*, de Vinalhaven (Maine) ha extraído recientemente de sus canteras un bloque de granito que, á creer lo que dice la revista *Iron*, es el trozo de piedra más grande que hasta ahora se ha sacado de una cantera.

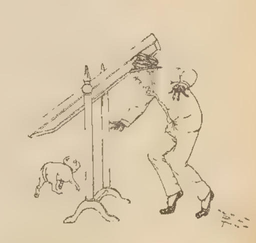
Si se procede á su erección, constituirá el monolito de piedra sólida más alto, más ancho y más pesado de cuantos han existido, ó por lo menos de cuantos se conserva memoria. Su altura es superior á la de los mayores obeliscos egipcios: en efecto, el más elevado de éstos, que fué transportado por Constantino desde Heliópolis á Alejandría y de allí a Roma, en donde todavía se conserva, tiene 105 pies (32 metros) de altura, mientras que el monolito moderno tiene 115 pies (35 metros) de longitud, 10 (3'1 metros) de anchura en su base y pesa 850 toneladas.

La *Bodwell Granite Company* ha extraído este monolito por su propia iniciativa, no por encargo de nadie, y para aprovechar este raro hallazgo se suscita el proyecto de que el Estado del Maine lo ofrezca como donativo particular suyo para el monumento que se erige en América en honor del general Grant.







EL ESTRENO DE UN SOMBRERO

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCION
POR AUTORES Ó EDITORES

Acta de la sesión solemne de la Sociedad de Amigos del País de Santiago, celebrada en 26 de julio de 1890. – Con motivo de la adjudicación de premios á los alumnos que concurren á las escuelas de esa Sociedad, pronunció el ilustre Director de la misma, el Exmo. Sr. D. Joaquín Díaz de Rábago, un elocuente discurso sobre «La jornada internacional de las ocho horas.» Empieza señalando la importancia de la cuestión social, se ocupa luego de la intervención que debe tener el Estado en el régimen de la industria en lo que afecta al trabajo de las mujeres y de los niños, sin incurrir en las exageraciones del socialismo, estudia las huelgas en todas sus fases y efectos, habla de la misión del Estado cuando se trata del trabajo de los adultos, analiza con imparcial criterio los problemas de la duración de la jornada y de la cuantía del salario, hace una crítica razonada de las teorías socialistas y termina llamando la atención sobre los peligros que la cuestión obrera entraña para nuestra producción nacional y para la clase trabajadora de nuestro país.

El discurso del Sr. Díaz de Rábago, escrito en estilo claro, castizo y elegante, y lleno de sanos pensamientos, de profundas observaciones y de prudentes consejos, dirigidos al capital y al trabajo, merece ser leído y meditado por cuantos se interesan por el problema social, hoy preocupación constante de los filósofos, de los economistas y de los políticos.

Contiene, además, el folleto una bien escrita é interesante Memoria, redactada por D. Salvador Cabeza León, Vicesecretario general de la Sociedad, referente á la vida de ésta durante el año 1889-1890. De los datos en ella contenidos se desprende cuán bien sabe llenar su complejo cometido la Sociedad Económica de Amigos del País de Santiago.

El Municipio. Estudio histórico-filosófico-legal, por D. Ramón Forn y Bellet. – Abarca este libro cuatro partes: 1.ª, origen del Municipio; 2.ª, el Municipio en España; 3.ª, acción del Municipio en la sociedad; 4.ª, el Municipio según la ciencia, y en todas ellas hace gala el autor de sólidos conocimientos en esta importantísima materia, resultando del conjunto una obra completa y notable dentro del espíritu autonomista en que está inspirada. El Sr. Forn, Abogado y Notario de los Iltres. Colegios de Barcelona y Archivero general de protocolos del distrito de Valls, deseoso de traducir en preceptos concretos los principios científicos por él defendidos, termina su obra con un proyecto de Ley municipal, digno de estudio por más de un concepto.

ADVERTENCIAS

Siendo en gran número los trabajos literarios que recibimos para La Ilustración Artística y en la imposibilidad de contestar á todos los que con ellos nos favorecen, debemos advertir que sólo contestaremos á los autores de los artículos que aceptemos para insertarlos en este periódico.

No se devuelven los originales.

* * *

Suplicamos á nuestros corresponsales y suscriptores, especialmente á los de América, nos remitan cuantas fotografías de monumentos, obras artísticas, etc., consideren propias para ser publicadas en la Ilustración Artística, acompañándolas de los datos explicativos necesarios. En caso de que sean admitidas, tendremos el gusto de consignar, al confirmarlas en las columnas de nuestra publicación, el nombre de la persona que nos haya honrado con el envío de las mismas.

Asimismo agradeceremos la remisión de todas las noticias que tengan verdadero interés artístico ó literario.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

AÑO IX — BARCELONA 29 DE SEPTIEMBRE DE 1890 — NÚM. 457

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SUMARIO



VIGO.—MONUMENTO ERIGIDO EN HONOR DE MÉNDEZ NÚÑEZ, obra del escultor D. Agustín Querol.

(De una fotografía de D. C. Novoa.)

EL ÁNADE DE EDREDÓN

(SOMATERIA MOLLISSIMA)

Si el amante del arte y de la industria encontró en el gran certamen universal de Barcelona infinidad de objetos dignos de estudio y admiración, también el naturalista halló cosas que satisficieron sus aficiones. Me refiero á unos artículos que presentó Suecia y Noruega, artículos que únicamente aquellos países del extremo Norte de Europa llevan al mercado del mundo: pieles finísimas de marta, otras de rengífero, de lince, de zorras y de osos blancos, y sobre todo colchas para cama, hechas de la piel y de las mullidísimas plumas del *Eidervogel*, ó sea del ánade que nos provee del edredón.

Los mencionados mamíferos, que habían pagado con su vida tributo al gran certamen industrial, son bien conocidos, ya por la descripción que de ellos se hace en cualquier libro de zoología, ya por haberlos visto en jardines zoológicos.

No sucede otro tanto respecto al ave que nos presta su blando plumaje para forrar los mejores abrigos ó para llenar los más escogidos cobertores de nuestra cama.

Estas aves no se ven vivas en ningún parque zoológico, porque sólo el Océano del Norte es su patria; sólo en el agitado mar glacial tienen su domicilio.

Sobre la naturaleza y la vida de esa ave, tan útil para los habitantes de las costas é islas de la zona boreal, séame permitido comunicar al benévolo lector unas breves noticias.

Tres especies del *Eidervogel* habitan el mar glacial de nuestro continente, las que llevan los nombres científicos de *Somateria mollissima*, *Somateria spectabilis* y *Heniconetta Stelleri*. Las tres prueban con su preciado plumaje que no es sólo el esplendente sol de los trópicos el que produce en las plumas de sus predilectos hijos, de los parleros pájaros, colores brillantes que encantan nuestra vista, sino que también en las cercanías del polo se encuentran aves que respecto al colorido de sus plumas pueden competir dignamente con las que nacieron y viven bajo el siempre sereno cielo tropical. No conozco ninguna ave acuática que ostente una combinación tan preciosa de colores como la del plumaje de los ánades del edredón.

La primera especie, *Somateria mollissima*, es de tamaño algo menor que nuestros gansos, pero bastante mayor que todos los ánades ó patos conocidos: tiene de largo 26 pulgadas (antigua medida de París, la usada por los naturalistas) y 49 de ancho. Su aspecto es algo pesado, lo mismo que sus movimientos en tierra; mas en la natación y al sumergirse en el agua y bajar hasta el fondo del Océano, es el *Eidervogel* maestro de todas las aves acuáticas; para ello, no sólo se sirve de sus palmípedes, sino también de sus alas, cual los peces de sus aletas. En alta mar se le ve en grandes bandadas, porque el ánade del edredón es ave muy sociable, que vive en paz con todos los demás pájaros del mar y en la mejor armonía con sus iguales.

Su alimento consiste exclusivamente en conchitas, pequeños cangrejos, peces diminutos y moluscos Las primeras son su comida predilecta, y siempre tiene el buche y el estómago repletos de ellas. La concha entera de esos moluscos es para el pato del edredón lo que las piedrecitas que otras aves acuáticas engullen para facilitar la digestión de sus alimentos. Para proporcionárselas bajan hasta el fondo del mar, que les proporciona su alimento en abundancia.

La carne de esta ave será sin duda grato manjar para el paladar del esquimal, pero al europeo le repugna por su pronunciado sabor de aceite de pescado.

En la época de anidar el *Eidervogel* cambia por completo sus costumbres y hasta su carácter. Si antes en alta mar estaba receloso del hombre y no dejaba que se acercase ninguna lancha ó bote á corta distancia, si vivía con sus semejantes unidos en bandadas y juntos buscaban el sustento, cuando llegan los últimos días de marzo se separan y reunen en parejas, que se instalan en todos los *fiords* de Noruega y en las acantiladas costas de Islandia y Groelandia, azotadas sin cesar por las furiosas olas del mar glacial. El macho, entrado en celo, llama á la hembra emitiendo un sonido que puede representarse por *ahu ahua*, y ella contesta como los demás con su *gak*, *gak* y la enamorada pareja busca el sitio más á propósito de la escarpada costa, donde pueda salir fácilmente á tierra y donde además encuentre abrigo contra el fuerte viento.

No se precipitan para la elección del lugar en donde piensan establecer su nido, sino que lo eligen á su gusto. El hombre, que recibe á los huéspedes del mar con toda la consideración que le permite la codicia, les ha preparado ya sitios á propósito para sus nidos.

Todos los arbustos y matas han sido cuidadosamente conservados, ni uno solo se ha cortado, además se han aprovechado las grietas y huecos de los peñascos de fácil acceso para convertirlos por medio de viejas tablas ó haces de ramaje en incitadoras casitas para los huéspedes con tanto afán esperados.

Pronto empieza en la orilla un verdadero hormiguero de aves en busca de rincón más ó menos oculto y seguro para el nido. Los ánades pierden por completo su temor, se acercan confiados al hombre, como si se pusieran bajo su tutela, y se convierten por ese tiempo en aves domésticas. Sin miedo alguno hacen su nido, algunos entre hierbas ó piedras de la misma orilla, la mayor parte debajo de espesos enebros que espontáneos nacen en aquellas costas, ó en los sitios preparados expresamente para ello por el habitante de aquellos desolados países, é invaden hasta la casa misma de su egoísta protector. Este, no sólo les deja escoger el sitio que mejor les parezca, sino que cuida de que nada les estorbe ó inquiete. Las leyes alejan de aquellos parajes á los cazadores furtivos, y el dueño del terreno maneja tan sólo la escopeta para preservar á sus huéspedes de la voracidad de algún cuervo ó de alguna gaviota de rapiña.



EL ÁNADE DE EDREDÓN

En algunos puntos se muestran los ánades del edredón tan importunos, que molestan al dueño de la casa. El hombre soporta gustoso todas esas incomodidades, porque los nidos le compensan bien de ellas, y cuanto mayor sea el número de aquéllos que en su terreno se establezcan, tanto mayor será el provecho que obtendrá su dueño.

La hembra se arranca de su pecho los más finos edredones para forrar el hoyo del nido y cercarle además de una tupida corona de ellos; y si sus plumas no bastan para tapizarlo todo, tiene que acudir en su ayuda el macho y prestar parte de las suyas.

En ese mullido nido pone la hembra de cuatro á ocho y hasta diez huevos bastante gordos, de color verde-sucio ó azulado, y empieza á empollarlos desde luego A los dos ó tres días está la madre tan abstraída con su ocupación, que no sólo permite, sin inquietarse, que se acerque la gente al nido, sino que se deja coger, levantar de los huevos y aun tocar éstos sin por eso abandonarlos, como suelen hacer otras aves.

Pero no es fácil poder descubrir un nido, si éste se halla en las rocas; los colores del plumaje de la hembra, completamente distintos de los del macho, se acomodan tan perfectamente á los de las peñas, que cuesta trabajo distinguir al ave que está incubando

Sólo para buscarse el indispensable alimento dejan las hembras el nido por corto tiempo, cubriendo entonces cuidadosamente los huevos con los edredones, que forman la corona de alrededor para que aquéllos no se enfríen mientras tanto.

Mientras la hembra del *Eidervogel* está empollando con tanto afán, la mayor parte de los machos se juntan en bandadas á orillas del mar; algunos salen á tierra y quedan cual fieles custodios al lado del nido. Si algún hombre se acerca á éste, alzan la cabeza y gruñen, pero no se atreven á abalanzarse á él. En su mayoría quedan en el agua y forman alrededor de las islas una verdadera corona que parece tejida con las más bellas rosas. Mirando desde la punta más alta de la isla ofrecen los cientos de millares de ánades de edredón un aspecto admirable.

En Noruega se recogen los edredones del nido cuando han salido los pollitos del huevo; pero en Islandia se les quita cuando la hembra se los ha arrancado; ésta no deja por eso el nido; le forra de nuevo con las plumas que le quedan y con las que tiene que prestar de las suyas el macho. La primera recolección es indudablemente la mejor, porque la pluma conserva toda su elasticidad. También les quitan los islandeses cierto número de huevos para comérselos y obligan á la pobre ánade á poner veinte y aun treinta más A las tres semanas de incubados los huevos nacen los pollitos; inmediatamente y aunque estén todavía mojados los lleva su madre al mar, marchando delante de ellos, que la siguen muy listos, si el nido está muy próximo al agua, y para no volver á tierra hasta la época de cría del venidero año. Si el nido está distante de las olas, más al interior de la isla, el dueño de aquel terreno recoge todos los polluelos en un cestito, y seguido de la madre, que va detrás de su cría cual una ave domesticada, los lleva al mar, en el cual se zambullen como si le hubieran conocido y habitado desde mucho tiempo. Muy pronto aprenden á buscar por sí solos su alimento, porque el saber nadar, sumergirse y bajar al fondo del Océano son facultades innatas en ellos. Algunas madres se juntan con sus crías y forman pequeñas bandadas, hasta que los pollitos están ya del todo crecidos; entonces vuelven á reunirse todos con los machos, que mientras tanto se habían divertido solos, sin preocuparse en lo más mínimo de la educación de sus hijos. En los primeros días se suben los pollitos alguna vez encima de su madre, en cuya espalda encuentran el sitio á propósito para descansar algunos ratos; pero pronto no necesitan apoyo alguno y se dejan mecer día y noche por las turbulentas olas del mar glacial.

El ánade de edredón tiene por enemigos al águila de mar *(Aquila albicilla)* y al halcón de caza *(Falco Islandicus* y *Falco Gyrfalco)* y además al lapón y al esquimal. En Finlandia y Noruega severas leyes prohiben matar á tan útil ave. Los cuervos y las gaviotas grandes de rapiña roban á estos ánades algún huevo ó pollito cuando los últimos salen á tierra á tomar el sol ó limpiarse el plumaje.

Fuera de la época de cría no es fácil acercarse á esas aves recelosas y matar alguna de un tiro, porque saben muy bien conservar la conveniente distancia entre sí y la lancha del cazador. La utilidad que dejan al dueño del terreno en que anidan, si aquél sabe cuidarlas, no es pequeña. Para juntar medio kilo de edredón de primera clase se necesitan unos treinta nidos del *Eidervogel*; pero como casi todos aquellos islotes que esta ave escoge para su cría no producen absolutamente nada, y como en alguno de ellos anidan hasta mil parejas y el sustento de éstas no origina á su protector gasto alguno, es dinero regalado el que la venta de las plumas produce. De Noruega se exportan pocos edredones, porque al noruego, aunque sea el más pobre pescador, le gusta dormir bajo el abrigo de un plumón de tan apreciado animal. Los edredones que se venden en los demás mercados de Europa proceden casi en su totalidad de Islandia y del Spitzberg, islas que anualmente exportan por más de diez mil duros de esas plumas.

Los edredones del *Eidervogel* son más ligeros, finos, blandos y elásticos que los de todas las otras aves acuáticas; tres ó á lo más cuatro libras de aquéllos bastan para llenar una colcha que cubre toda la cama de una persona y la preserva perfectamente del frío, hasta del de la zona boreal. La libra de edredón de primera clase vale unas 15 pesetas.

Los esquimales hacen camisas con las pieles del ánade de edredón, á cuyo efecto arrancan al ave las plumas de encima y dejan puestas las mullidas que hay debajo, curtiendo luego las pieles, como si fueran de un mamífero.

Hasta la fecha no se ha podido conservar vivo al *Eidervogel* fuera del mar; separado del elemento vital, vive muy poco tiempo en el cautiverio, aunque se le provea del mismo alimento de que se sostiene en estado silvestre; le falta el movimiento de las olas y la libertad ilimitada que en el mar disfruta Llegado el verano, todos los *Eidervogel* cautivos enferman, salen del estanque en que se los ha puesto, dejan el agua aunque sea traída del mismo mar, se acurrucan detrás de alguna piedra ó en un rincón de la orilla y se mueren sin exhalar un quejido, al parecer consumidos de tristeza.

Dr. Brehm

SECCIÓN AMERICANA

LA PECHOÑA

(RECUERDOS DE CHILE)

¡Cuidadito con el adjetivo! ¿No es verdad que vale un imperio en punto á expresar su significado?

Pechoña equivale á beata, rezadora, amiga de confesarse á menudo; mujer que se da *golpes de pecho;* mujer que hace de la iglesia un lugar de recreo y una sucursal de su domicilio.

Aquél es un *pechoño,* dicen en Chile; pues ya se sabe que es un hombre que se come los santos y entona el *mea culpa* cada cuatro minutos, señal inequívoca de que cada dos ó tres comete un pecado.

Y esta opinión, de la cual participo, está robustecida por la de un santo varón, eminencia católica y reverendo fraile franciscano, que me decía muchas veces: «Azotaría de buena gana á las que se me confiesan cada ocho días y siempre me traen los mismos pecados La Iglesia es muy sabia, añadía; establece el precepto una vez al año; así, en el transcurso de doce meses, ya puede uno enmendarse de yerros pasados y hasta desgraciadamente cometer otros nuevos.»

Aquel hombre santo, que era catalán por más señas, y del cual pienso ocuparme con alguna extensión en un artículo dedicado á su memoria, se ponía furioso cuando la penitente de la semana anterior se acercaba al confesonario sin variar de pecados.

Esa es la *pechoña:* siempre confesando y siempre la misma.

La devota de que voy á ocuparme no pertenecía al género que fustigó en Chile un poeta que vale la pena de ser mentado, Martínez de Velasco.

Escribió éste una comedia titulada *Por amor y por dinero,* la cual aderezó con un salpimentado criollo que no desdeñaría Bretón de los Herreros, y retrató de mano maestra á la *pechoña* chilena, que dicho sea de paso, es una beata igual á la de cualquier otra parte; pues en ese ramo, como en todos, se cuentan felizmente honrosas excepciones.

La mujer americana es religiosa en grado sumo.

Ninguna como ella para ejercitar poéticamente sus oraciones; cuando reza se nos presenta extasiada ante la imagen de sus simpatías, y su fervor llega á tal exaltación que recurre dos ó tres veces al año á la casa de ejercicios para mortificarse con disciplinazos y abstinencias.

Y á este respecto retózame la gana de referir cómo un caballero chileno curó á su devotísima esposa de la mística afición que sentía hacia las *casas de ejercicios.*

Era él un militar, curtido en las fronteras araucanas y de cuero *bordado* en fuerza de cicatrices. Dos ó tres cuchilladas le cruzaban el rostro, y nadie al verlo diría que era el comandante C. un hombre complaciente y bondadoso cual ninguno.

Júzguese si lo era: trinaba contra los fervores monásticos de su mujer, pateando y rabiando durante los nueve días que su costilla vivía recluída, y sin embargo, no podía negarse á llevarla del brazo hasta la puerta del convento, cuando ella, que era una mujer tímida y *pechoña* sin pizca de hipocresía, le suplicaba que la acompañase.

Recurría el *fiero* comandante á todos los expedientes de persuasión, sin lograr que su mujer cediese en lo más mínimo, y él, que había sido hasta temerario batiéndose con los salvajes araucanos, no tenía valor para imponerse á los fanatismos de su compañera.

Salió con su mujercita una mañana, bastante disgustado por el novenario de viudez que le imponía la estrecha regla de los ejercicios, á cuya casa se dirigían.

Una de las prácticas *cilícicas* más usuales entre las penitentes consistía en los azotes que, sin piedad de sus carnes, se propinaban; pero esto no lo sabía el comandante, porque ya ponía su media naranja buen cuidado en ocultarle esas demasías religiosas

Llegaron á la puerta del convento, y cuando se preparaban para decirse adiós hasta la semana siguiente, se les acercó un *roto* socarrón y malicioso, como lo son todos, diciendo al oído de la señora con mucho misterio:

– ¿Necesita V. un azota-*potos?* (posaderas que diría Sancho).

La señora dió un grito, y toda ruborosa apretó el brazo de su marido, refugiando su rostro entre los pliegues del manto.

Iba el comandante á castigar al insolente sin haberse dado cuenta de lo que ocurrido hubiera; pero el *roto* dió un paso atrás, y sacando de debajo del *poncho* unos cuantos látigos de correa, semejantes á los zorros que nosotros usamos para sacudir el polvo, dijo:

– Si es que los vendo *eñor,* si es que los vendo.



SANTO TOMÁS DE AQUINO, estatua de César Aurelli, para cuyo examen salió por vez primera del Vaticano S. S. León XIII

– ¿Pero qué es lo que vendes?

– Azota-*potos, eñor,* y como vi que iba á *dientrá* la *eñorita,* quería que me *mercase* si es que no tiene.

– ¡Vámonos! ¡Vámonos!, decía la devota avergonzada del espectáculo.

¡Jesús, Jesús! ¡Hablarle de aquello! ¡Un hombre tratando en medio de la calle y con tal descaro un asunto tan íntimo, tan santo y el cual ni á su propio marido había querido jamás comunicar!...

Esto era horrible para una criatura que, á pesar de no ser niña, tenía todas las místicas pudibundeces de la esposa de Cristo.

– ¡Vámonos á casa!, repetía.

– No; aguárdate, respondía el comandante, déjame darle un peso á este *roto* y comprarle un látigo para *ejercitarlo* en ti cuando pretendas volver.

¡Santo remedio! El ridículo fué arma de más poder persuasivo que las razones, y jamás pretendió encerrarse de nuevo la buena *pechoña.*

Pero si no se ha encerrado ésta, enciérranse otras muy frecuentemente y no hay poder en el hogar que impida, á las que tal costumbre de clausura tienen, que dejen de practicarla.

También es verdad que muchísimas harían otro

tanto en España si hubiese análogos establecimientos de reclusión. No me meto en aplaudir ni en censurar el procedimiento; narro fielmente las costumbres y relato hechos que á su gusto comentarán los lectores.

No faltará quien suponga que siendo por regla general tan *pechoñas* las mujeres de Chile, han de igualarlas los hombres, por aquello de que la mujer hace al marido; mucho más en América, en donde el sexo femenino goza, gracias á la galantería de los hombres (y Dios se la conserve *per vitam æternam)* de preeminencias y dominios que para nosotras quisiéramos las españolas.

Pues no, señor. El chileno deja que su mujer rece hasta que se le seca la boca; ni le manda ni le prohibe pasarse las horas muertas desgastando las rótulas en las baldosas del templo; pero surge una cuestión entre la Iglesia y el Estado y la resuelve en favor del último, cuando con razón ó sin ella se le pone en el sombrero que se pretende rebajar con imposiciones la dignidad de la patria.

Admirable es el puntillo patriótico de las repúblicas americanas; pero ninguna como Chile, fuerza es decirlo, se ha impuesto hasta el presente con más energía á las dominaciones extrañas, siquiera fuesen éstas de orden moral, como la del sucesor de San Pedro.

También es verdad que ningún territorio americano ha dado á la patria mayor contingente de hombres eminentes en la época de su independencia: puede decirse sin temor á ponderaciones, que tenía Chile entonces ciudadanos de tal temple, que fueron timbre glorioso para España, como hijos que eran de los conquistadores, y serán siempre en la historia orgullo legítimo de la raza latina.

A raíz de la independencia chilena surgió el primer choque con el Vaticano.

Pío VII quiso poner cortapisas al patronato, y los mismos varones católico-apostólico-romanos que demostraron afanes por establecer el concordato de la república naciente, plantaron al primer nuncio Monseñor Muzzi á la *puerta de la calle* después de haberlo recibido casi como al Rey de los judíos en Jerusalén.

Y aunque sea de paso, diré que en aquella primera embajada iba como auditor el que después se llamó Pío IX.

Otros intentos de concordato hubo después, sin que de intentos pasasen hasta el presente, que parece que va de veras; y esta interdicción en país que repito es eminentemente católico, revela el dualismo que en aquella sociedad existe, amén de otra cosa: que es el chileno el americano que menos se deja influir por la mujer en lo concerniente á los negocios de Estado.

Las mujeres en América sienten las pasiones políticas con más intensidad que los hombres; y se comprende: allá por regla general se discuten personas y no principios, pues que éstos consignados están en la Constitución y basta con interpretarla al pie de la letra. Pero en Chile no he oído hablar á las mujeres de política más que cuando se trataba de candidatos simpáticos á los curas; éstos eran los preferidos por el bello sexo.

No se crea por esto que va la chilena á la zaga de otras mujeres en ilustración y energías viriles; por el contrario, matronas tuvo Chile durante el período de insurgente lucha, que han levantado los timbres gloriosos de nuestro sexo; y una dama tan linajuda como hermosa, la célebre doña Francisca Javiera Carrera, rama importantísima de aquella dinastía de ilustres mártires que no pueden recordarse sin que asome el llanto á las pupilas, fué grande en todos los momentos de su vida, así en el fausto como en la miseria, tanto en los fugaces momentos de dicha como en los interminables días de amargo desconsuelo. Pues bien: no fué sola, y otras mujeres siguieron su ejemplo dando muestras de ser dignas descendientes de madrileñas y zaragozanas. Esto en cuanto á valor cívico. Respecto á los progresos que la *patria nueva* conquistó para sus mujeres, bastaráme consignar una cosa: el año 1876 ya estaban los telégrafos de Chile servidos por mujeres, adelanto que en aquella época no contaba nación alguna de raza latina.

Hay que tener en cuenta que el año 1813 había en Chile cuatro malas escuelas para un territorio de más de dos mil kilómetros de extensión, con una anchura que se aproxima á los doscientos cincuenta. Pedro de Valdivia llamó á la parte de América conquistada por él «la foja de una espada por lo larga y estrecha.»

Pues bien: ese mismo año 1813, cinco antes de que se hubiese sellado la nacionalidad independiente de los chilenos, ya se ocupaban los prohombres de la patria en introducir el adelanto en aquella nación estancada por la restricción intelectual en que había vivido.

Así los chilenos antes de ratificar sus victorias sobre el pasado con la del 5 de abril de 1818, en las orillas del Maipo, último baluarte español en la tierra cantada por Ercilla, buscaban en el extranjero artesanos, fabricantes, instrumentos de ciencias y de artes, químicos, mineralogistas y cuantos libros fuesen precisos para difundir luces allí donde habían sido contrabando aduanero hasta los silabarios; y conste que no exagero.

He ahí los hombres y he ahí las cosas: adelantos morales é intelectuales que no impedían á un célebre jesuíta tener en la iglesia de la Compañía un buzón en el cual las sencillas santiaguinas depositaban cartas de consulta y súplicas á la Virgen María, y católicos fervorosos que desconocían el poder papal cuando creían que el Papa les imponía condiciones por las cuales llegase á mermar la soberanía del Estado.

Ese era Chile y ese debe seguir siendo. Chilenos antes que católicos en sus relaciones políticas, pero católicos antes que todo de la puerta del hogar para dentro.

Como no me he propuesto otra cosa que relatar, reservo mi opinión respecto á este dualismo... (casi se me escapa un adjetivo); pero la tengo, ¡ya lo creo que la tengo!, aunque me la deje en el tintero por causas que no son pertinentes.

Para poner las cosas en su lugar, hacíase indispensable esbozar la historia: así se comprenderá mejor el tipo de la *pechoña* dentro de un pueblo que ha tomado la delantera á los de su común origen en cuanto á descentralización religiosa.

Todos los países y todas las religiones tienen fanáticos: el tipo de la beata nos es muy conocido; pero sea por diferencias de clima y de imaginación como es consiguiente, sea por el gráfico nombre que me parece más propio que el de beata, es lo cierto que á la *pechoña* chilena la he encontrado diferencias que me la han hecho excepcional. El tipo cuyo retrato sirve para el presente artículo me fué descrito por un inglés de cuya veracidad no hay para qué dudar.

Me habló Mr. Peenter de la que había sido su amada con el acento conmovido y la voz alterada por los recuerdos. Mr. Peenter era protestante y pretendía echar la carga de sus amarguras sobre las ceremonias del culto católico.

Viajábamos juntos en el vapor «Lontué» desde Valparaíso á Mollendo. Era un inglés achilenado, hablaba bien el castellano y desde luego se podía juzgar que lo conocía mejor que lo pronunciaba.

Nos amistamos pronto (¡quién no se amista en viaje con un inglés comunicativo!). Había hecho algo más que saludar la literatura española, y hablaba, con gran conocimiento, de Cervantes, Quevedo, Hurtado de Mendoza, Espronceda, Zorrilla, Fernández y González, Campoamor, Pérez Escrich y María del Pilar Sinués.

Júzguese por tan pintoresco mosaico de los puntos críticos que calzaría Mr. Peenter. Nada más tentado á la risa que oirle emitir opinión sobre la literatura española, circunstrita por él á los nombres citados.

A pesar de hacerme rabiar con algunas de sus aficiones literarias, era el buen inglés un excelente compañero de toldilla y me halagaba que solicitase mi conversación, no por mi persona, para que le hablase de España.

A los tres días de habernos domiciliado en el «Lontué» discutíamos en grande.

Había ido á Chile á la edad de quince años y era uno de esos caracteres que se asimilan inmediatamente al terreno que pisan, por lo que resultaba más *chilote* que *gringo*.

Para la gente del pueblo son gringos en Chile todos los de raza teutona, sajona, moscovita y sus similares, así como los de raza latina *gabachos*, excepción hecha de los españoles, que somos *góos* (godos) por honrosa galantería y para distinguirnos de los otros.

Sin saber cómo ni por qué, llegamos un día á poner el dedo en la llaga enconada que Mr. Peenter tenía en el alma. ¿Pero yo qué sabía? ¿Quién me lo había dicho?

Como anduviese ya pisando los talones á los cuarenta, le pregunté por qué no se casaba.

– Soy viudo, me dijo.

Sorprendíme en verdad del tono con que pronunció estas palabras, y supuse que era un viudo al cual vivía la compañera, pero no quise meterme en honduras.

El inglés no era lerdo:

– Ha puesto V. cara de incredulidad, me dijo.

– ¿De incredulidad? No, señor.

– Pero confiese que le queda un escozorcillo de duda.

– Pues sí, señor, lo confieso.

– Y sin embargo, he dicho la verdad: soy viudo.

– ¿Por qué lo dice V. en ese tono? En su acento no advierto pena, tampoco alegría; pero el semblante acusa un pesar de indefinible carácter.

– Y tan indefinible.

– ¿Amaba V. á su esposa?

– Con delirio.

– Habrá V. sufrido mucho entonces.

– ¿Sufrido?... No... Sí; he sufrido porque hubiera querido hablarla después de muerta.

– ¡Jesús! ¿Para qué?

– Para decirle que me alegraba de su muerte.

– Es V. un hombre muy raro, Mr. Peenter.

– Muy raro, no, señora; muy corriente.

– ¿Quiere V. explicarme el enigma que sus palabras encierran?

– Sí, señora. Vine á Chile como dependiente de un hermano de mi madre, que poseía respetable caudal, extraído de las minas de *Caracoles*, cuando era joven y pobre.

Colmadas sus aspiraciones vínose á Santiago, y gracias á su noble figura y á su apetecible fortuna logró la mano de hermosa y aristocrática mujer de ilustre prosapia, tan llena de preocupaciones religiosas como apegada á los hábitos de Calatrava, Santiago, etc., que habían lucido sus antepasados.

Mi tío estaba ciegamente enamorado, y cuando se vió dueño de la mujer amada y rodeado de la etiqueta clerical que imperaba en el palacio de sus suegros, olvidó el obscuro minero su origen plebeyo y hasta la religión que había sido fielmente observada por sus padres.

Se hizo católico, pero católico tan intransigente como su esposa.

Tuvo una hija; yo la llevaba dos años, y cuando al entrar en su casa me la presentaron, sentí el primer consuelo que podía mitigar la pena del adiós materno.

Yo vivía en casa de mis tíos, y por consiguiente al lado de *Lolo* (Lola).

Ella fué mi maestra de castellano, y tan aprovechado discípulo hice, que á los quince días de hablarnos en este bello idioma, hubiera podido conjugar el verbo *amar* de corrido.

Pero mi prima tenía trece años y era rica; yo contaba quince y era pobre.

Nos fuimos queriendo poco á poco; no le faltaron pretendientes muy luego; no aceptó ninguno; parecía como que todo el mundo en aquella casa hubiera tácitamente acordado que fuésemos el uno para el otro.

Un obstáculo grande nos separaba, sin embargo: yo no tenía el carácter flexible de mi tío, y ni los sermones de la madre ni los halagos de la hija hacían mella en la religión de mis mayores.

El culto de la honrada mujer que me dió la vida no podía yo trocarlo por otro alguno.

Mis padres no habían necesitado cambiar de creencias para ser espejo de virtudes, y si yo lo hubiera hecho me conceptuaría indigno de llamarme heredero de sus bondades.

Lolo me amaba, así lo creía yo al menos, y sufría y lloraba por mi terquedad, tanto como yo sufría convencido de que la iglesia ocupaba en su corazón un lugar preferido al que reservaba para el esposo que con su beneplácito le destinaban.

Pasó de la niñez á la juventud, amándome y rezando para que Dios hiciese el milagro de *convertirme*, ya que sus incesantes súplicas (que para mí eran órdenes en todo menos en eso) no lograban lo que ella y su madre se habían propuesto.

Yo, que amo mi religión, respeto la de otros, pero á cambio de absoluta libertad.

Mi tío era en el hogar un cero á la izquierda; el pobre hombre no se atrevía á darme consejos. ¡Quizás le remordía la conciencia por su conducta pasada!

Presentábanse grandes dificultades para nuestro matrimonio; Lolo confesó al fin que me adoraba, y que de no ser mi esposa lo sería de Cristo; pero quería tranquilizar su conciencia. ¡La conciencia de un ángel, señora! ¿Comprende V. semejante aberración?

Convencido yo de que las ideas místicas con que mi tía había saturado la existencia de aquella planta de estufa, eran causa primordial de nuestra desgracia, y previendo que la muerte por consunción sería el resultado final para Lolo si persistía en ser monja, me decidí á visitar á un hombre que en la casa ejercía decisiva influencia. Excuso decir que era un sacerdote.

Felizmente para mis pretensiones, se trataba de un hombre de más corazón que cabeza, y después de ocho sesiones, en las cuales debí llevar la mejor parte, puesto que logré convencerlo, acordamos, cediendo cada uno un poco, la forma en que debía celebrarse nuestro matrimonio; aceptada por él, seguro estaba yo que tenía la rúbrica de Lolo y de su madre.

Nos casamos; mi dicha estaba lograda: Lolo era



VISTA DEL ZOCO DE FUERA, TÁNGER. (De una fotografía instantánea.)

tan feliz como yo; así me lo decía, pero desde el propio instante que unimos nuestros destinos y nuestros amores, comenzó la batalla que tenían hija y madre planeada para catequizarme.

Me apercibí pronto de los planes estratégicos y me aresté á la defensa con las armas de la razón, de la conciencia pura, de mi amor de esposo y de mi honra de ciudadano

Tuvimos un hijo y se le hizo católico; así lo habíamos convenido el sacerdote amigo de la familia y yo en nuestras mutuas capitulaciones.

Deseaba que mi esposa amamantase al ídolo que aguardábamos, y no pude conseguirlo á pesar de tener ella las mejores disposiciones.

¿Y sabe V. por qué? Porque los deberes de la maternidad hubieran sido obstáculo á llenar las exageradísimas prácticas religiosas que se había impuesto, siguiendo en un todo las costumbres de su madre. Mi esposa no sabía bailar ni jamás había pisado un teatro, y fuéme imposible convencerla de que no eran éstos contrarios á las concesiones sociales que hace la Iglesia.

Ella me abandonaba para ir al templo; yo puedo jurar á V. que jamás la dejé sola para asistir á diversión alguna.

Se buscó un ama que criase á nuestro hijo, y Lolo, quizá porque le arguía su amor de madre, ó porque deseaba complacerme, compartió con ella los deberes de la maternidad: así se conciliaba todo.

Era el mes de mayo, y por nada del mundo hubiera perdido mi esposa las célebres fiestas del Mes de María, organizadas por el padre jesuíta Ugarte (1).

Dos años llevábamos de matrimonio, y cuatro veces fué mi esposa en este corto tiempo á la casa de ejercicios. Ya he dicho á V. que Lolo era un ángel; su alma purísima no podía estar empañada con la sombra de una mancha; sin embargo, su preocupación consistía en martirizar la carne y elevar el espíritu hasta perder la conciencia de su ser humano.

Quise oponerme á su ingreso en la casa de reclusión, pero no pude: ó ceder ó separarnos; el dilema estaba planteado.

Mi esposa rezaba más de casada que de soltera, porque rezaba por ella y por mí.

También se tenía como gran pecadora y se reprochaba su poco celo por no poder hacer de mí un católico ferviente, cosa que fiaba á la Divina Providencia y á todos los santos, á los cuales hacía novenas y regalos para tenerlos propicios y que me recomendasen á Dios.

No quiero decir á V. que gastaba más en funciones de desagravios por mis supuestas herejías, que en sostener la casa, á pesar de estar montada según á nuestra posición convenía.

En perpetua lucha religiosa llegó el 8 de diciembre de 1863.

Al oir esta lúgubre fecha adiviné el desenlace de la historia que Mr. Peenter me estaba contando, y comprendí las enigmáticas palabras con que la había comenzado.

Un escalofrío recorrió mi cuerpo eléctricamente, y eso que no presentí la catástrofe en todo su horror.

– ¿Ya sabe V. lo que aconteció en esa fecha maldita?, me dijo con voz ronca y dando á su semblante siniestra expresión.

– Sí señor, sí, lo sé; no siga V., no se martirice con ese recuerdo, porque preveo el fin de la desgraciada Lolo.

– ¿De Lolo? ¡Oh! ¡Si hubiera sido ella sola!

– ¿Pues qué?, pregunté alterada y temblando á la respuesta.

– ¡Mi hijo! ¡También mi hijo!, un inocente de nueve meses.

– ¡Jesús!

Me cubrí la cara con las manos; estaba aterrada y el corazón me latía violentamente, impresionado por el acento con que el simpático hijo de Albión había pronunciado las últimas palabras.

Aquel día no le consentí hablar más del asunto, y procuré distraerlo cuando yo me encontré con fuerzas para sobreponerme á la impresión; pero sentía deseos vivísimos de saber cómo Lolo había llevado su hijito al sagrado recinto que debía convertirse en horno infernal para más de dos mil mujeres católicas.

Al siguiente día recayó la conversación sobre lo mismo; yo no quería reprocharme una iniciativa que recrudeciese la herida; pero creo que á pesar de mis propósitos pudo más la inconsciencia, impelida por la imaginación, fija en aquel espantoso drama.

– Se celebraba en Santiago la fiesta de la Purísima, continuó Mr. Peenter, con el brillo y esplendor que á sus funciones daban los padres de la Compañía de Jesús.

El día anterior habíase marchado el ama de mi hijo, y no tenía Lolo quien le ayudase en las funciones de nodriza.

Estaba preocupadísima: quería asistir al anunciado sermón de un predicador adorado por las *pechoñas* santiaguinas, y no quería dejar sin alimento á su hijo.

Tuvimos un fuerte altercado: yo abogaba porque se quedase cumpliendo con sus deberes de madre, y ella insistía en que no podía perder el sermón.

Llegó á proponerme que llevaría el niño con una criada. «Si haces tal cosa, le dije, renuncia á mi amor para siempre; mañana mismo me embarco para Inglaterra. Meter esa criatura en tal aglomeración de personas y condenarlo á respirar una atmósfera como la que allí debe respirarse, equivale á matarlo; terminantemente lo prohibo.»

Salí de casa, porque tenía que hacer, convencido de que Lolo no arrostraría las consecuencias con que la desafié seriamente y por vez primera. Acaso por esto mismo creyó fácil convencerme, una vez que regresase del sermón.

Apenas había yo marchado cuando mi mujer se encaminó á casa de su madre con el niño y una criada; mi tía estaba indispuesta, y con harto dolor de su alma no podía ir á la iglesia.

No hizo nada por disuadir á su hija aconsejándola que obedeciese mis súplicas, convertidas aquel día en enérgico mandato.

Por el contrario, se santiguó sorprendida de mi atrevimiento, y fulminó anticristianos anatemas contra el herejote *gringo*.

La noticia del incendio que con la rapidez de una desvastadora centella corrió por Santiago, llegó á mis oídos cuando acababa de saber que había ganado cincuenta mil pesos en un negocio; yo no dudaba que mi esposa había obedecido mis órdenes, pero sentí horrible malestar.

(1) Este jesuíta gastaba diariamente en el Mes de María, según asegura el eminente Vicuña Mackenna, 500 pesos, y durante tres ó cuatro horas ardían en la iglesia de la Compañía más de tres mil luces.



Matrimonio retirado de los negocios

Quedé un instante perplejo: el corazón me empujaba hacia el sitio fatal y la cabeza quería llevarme á casa, calculando fríamente que allí encontraría á los pedazos de mi corazón.

Puedo servir de algo, me dije. Voy hacia la *Compañía*

Y fuí volando más que corriendo.

El espectáculo era terrible.

Cuando llegué derribaban á hachazos las puertas del templo. Habían sido éstas cerradas por orden del jesuíta doctor Yugart, y como se abrían hacia dentro se hizo imposible la salida de tantas infelices devotas.

En los alrededores de la iglesia no se oían más que gritos desgarradores: padres llamando á sus hijas, esposos á sus esposas, hijos á sus madres.

¡Aquellos horrores no pueden ser descritos! No hay frases, no hay plumas que lo copien con su aterradora verdad.

Una voz conocida resonó en mi corazón como la última hora de la vida debe sonar en los oídos del condenado á muerte.

Era mi tía, que con desgarradores gritos llamaba á su hija.

Lo comprendí todo: Lolo estaba dentro, pero ¿y mi hijo? ¡mi hijo del alma!, le pregunté desesperado.

«¡Con ella!,» me dijo.

¡Con ella! Sí, señora; ambos perecieron en aquel incendio, cuyas llamas abrasan mi corazón eternamente.

Jamás he vuelto á cruzar mi palabra con la de mis suegros.

Diez años estuve fuera de Chile, y á mi regreso supe que la dote de Lolo ha sido donada por su madre á los hijos de Loyola para la reedificación del soberbio edificio que será de la nueva *Compañía*.

– ¿Pero no ha encontrado V. otra mujer que endulce el recuerdo de sus amarguras?, le pregunté.

– He amado á otra, á otra que no creí fanática porque la conocí en el teatro, la vi en el paseo y la encontré también en bailes y reuniones.

Nos hablamos; me gustó; le pregunté si quería ser mi esposa, y me contestó que la pidiese á su padre. Este era un cumplido caballero; me conocía y no me la negó; por el contrario, creo que hubiera tenido íntima satisfacción llamándome su yerno.

Se convenció de que yo amaba á su hija y me dijo:

– Hágala V. feliz, porque es muy buena; merece su amor; pero á fuer de hombre honrado debo poner á V. al corriente de cuanto al carácter de mi hija concierne. Tiene excelentes condiciones, únicamente peca de ser un tantico *pechoña*.

No quise oir más; salí de aquella casa y salgo de Chile por algún tiempo; deseo olvidarla y que me olvide si es cierto que me ama.

– Quizás ésta no hubiera sido tan...

– Por si acaso. No rechazo á las mujeres católicas, pero no me hable V. de *pechoñas*.

EVA CANEL

LOS COPISTAS EN EL MUSEO DEL LOUVRE

ARTÍCULO CON ILUSTRACIONES DE RENOUARD

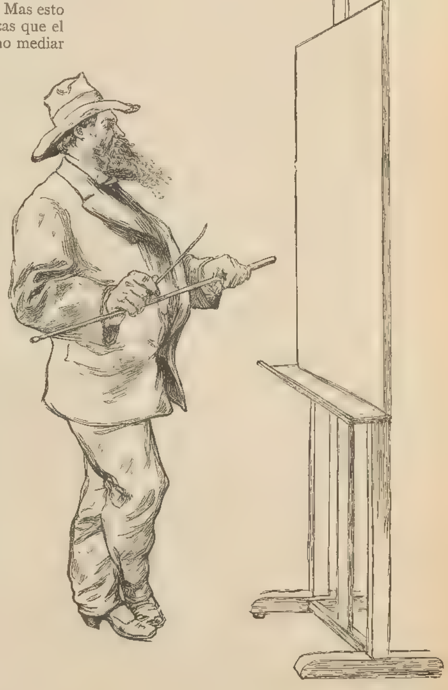
El difunto M. Borniche cuyo recuerdo vivirá eternamente en el corazón de los pintores, nos ofrece el más curioso ejemplo de los coleccionistas que en estos últimos años cifraban todo su afán en acaparar obras artísticas. El bueno de M. Borniche dejó al morir la friolera de 35.000 lienzos modernos, unos con otros sin marco, de modo que su casa de la calle de San Honorato estaba completamente llena, desde el sótano al granero, de cuadros de todos los géneros y estilos: la mitología, la historia, el retrato, el paisaje, la marina, la pintura anecdótica ó militar se escalonaban en formidables montones y confusa amalgama, muy á propósito para reconciliar á todas las escuelas. En aquel *pandemonium* el impresionista se codeaba con el discípulo de Bouguereau. Mas esto no era nada, en comparación de las riquezas que el excelente M. Borniche hubiera poseído á no mediar los acontecimientos de 1870. Dícese, aunque no sabemos si es verdad, que en aquella época funesta la *galería* quedó en cierto modo desmantelada á consecuencia de las brechas practicadas por necesidad patriótica; si hemos de dar crédito á personas bien informadas, ó que pretenden estarlo, el gobierno de la defensa nacional hizo un considerable acopio de lienzos de M. Borniche, para convertirlos, después de ligeras modificaciones, en capotes para los individuos de la guardia nacional movilizada.

Con frecuencia se han preguntado muchos cómo nuestro aficionado pudo reunir colección semejante sin llamar la atención; y es cosa probada que tan sólo la muerte nos ha revelado su secreto. La mayor galería del mundo permanecía ignorada en el centro de la ciudad de la luz; nada decían de ella el Bædecker ni el Johanne. Ha sido necesario el anuncio de la venta en pública subasta de ese cúmulo de pinturas para que llegásemos á conocer su existencia. El hecho es que M. Borniche practicaba sus operaciones con un misterio que era difícil penetrar; no enseñaba nunca sus obras ni vendía ninguna. No obstante, había circulado por los talleres el rumor de que en alguna parte de París existía un sitio en donde era dado trocar una pintura por cierta cantidad de metálico; pero los iniciados se guardaban bien de decir en dónde estaba este sitio. Todos los artistas de París, sin embargo, han pasado por allí, desde el discípulo de la escuela hasta el laureado de Roma que regresa de la *villa* Médicis; desde el fantoche del *luminismo* hasta el discreto amante de los colores, funcionario ó dependiente de comercio, que pinta por la noche á la luz de una bujía, y se empeña en copiar la naturaleza durante sus horas de ocio. Pero es el caso que allí se entraba con mucho sigilo por una puertecilla baja, la cual se abría solamente para los iniciados. El santo y seña era: «Pintura y misterio.» Desempaquetado el lienzo, M. Borniche tomaba su metro y en un abrir y cerrar de ojos quedaba cerrado el trato. El buen hombre no se las echaba de crítico ni mucho menos; el negocio se arreglaba ni más ni menos que si de pasteles se tratara; tomadas las medidas del lienzo, el coleccionista no tenía más que consultar el precio corriente por unidad cuadrada.

Ya se comprenderá que los pintores no se vanagloriaban de tener entrada en aquella casa hospitalaria..., iba á decir hospicio, y por lo mismo, cuidábanse también de no pronunciar el nombre del coleccionista. ¡Cuántos lienzos almacenados en los *docks* de M. Borniche pasaron como adquiridos por el museo de Chicago!

Sin embargo, la prodigiosa afición de M. Borniche no podía satisfacerse solamente con la producción original contemporánea, y por eso las copias obtenían en su casa la mejor acogida. Como el aficionado á libros y estampas que recorre perezosamente á lo largo de los muelles los puestos de los vendedores, registrando con mano febril todos los estantes de los libreros de viejo, el maestro Borniche vagaba alrededor de los caballetes de las salas del Louvre, fijando en todas las obras de arte su mirada ansiosa, y más de una vez tuvo allí oportunidad de saciar á poco coste su fatal pasión por la pintura.

Nadie mejor que él conoció la falange original de los artistas aficionados, que por gusto ó por necesidad ejecutan diariamente las variaciones más inesperadas alrededor de las obras maestras del museo. Y cuando digo obras maestras, esto no es más que una manera de hablar, pues apenas se copia más que de una serie de cuadros siempre los mismos, clasificados



Tela blanca

como propios para ese trabajo, y algunos de los cuales no merecen la alta consideración en que se les tiene. ¡Cuántos *Cántaros rotos*, de Greuze; *Asunciones*, de Murillo; *Madonas*, de Andrea del Sarto, y escenas antiguas de Pousin estaban amontonados en los sótanos de M. Borniche! No he ido á verlo, pero se puede apostar á que la colección abundaba en Giocondas y en vírgenes de Rafael, pues de este artículo hay gran acopio en el mercado.

No hablo aquí de las copias formales, ejecutadas por vía de estudio por jóvenes alumnos de la escuela y hasta por pintores de renombre; entre esas copias, obras de artistas de gran valía, tales como Fantin-Latour y Degas, algunas casi llegan á igualar á los lienzos originales, y hasta conozco varias superiores á los modelos, aunque esto parezca paradógico. Inútil me parece decir que esas copias no se compran por cuatro ó cinco duros, y hasta se da el caso de que se hagan por encargo del Estado, el cual no vacila en pagar por alguna de ellas mil doscientas y hasta mil quinientas pesetas.

Ninguno de los copistas de ambos sexos, trazados por el chispeante lápiz de M. Renouard, que reproducimos aquí, nos parece destinado á obtener semejantes sumas del presupuesto nacional. Los más de esos aficionados son buena gente que trabaja por amor al arte; pues á decir verdad, esa pasión por la pintura es una de las que con más fuerza arraigan en el corazón del hombre, y con la que sólo puede compararse, á mi entender, la de la pesca con con caña. Si el Louvre hubiera estado abierto durante el sitio, es indudable que los obuses prusianos no habrían podido desalojar de allí á los copistas, como el fuego de fusilería de la *Commune* no logró perturbar á los pescadores de caña escalonados á lo largo de las orillas del Sena.

En el primero de nuestros dibujos, M. Renouard ha querido representar un *matrimonio retirado de los negocios*. En plena fiebre de su trabajo, se han sentado de espalda, como es costumbre, según parece, en los matrimonios que datan de larga fecha; el marido copia un Terburg: no le habléis de la pintura descuidada, pues en materias de arte no conoce más que las obras acabadas; meticuloso en su vida íntima, también lo es en sus tentativas pictóricas Por lo demás, reconozco que ha elegido un buen modelo. La esposa, más inclinada á la meditación, ha elegido un retrato de van Dyck; ese gallardo joven, de bigote sedoso y retorcido, ¿será tal vez una imagen acariciada en sus ensueños de doncella y quizás también de mujer?... Pero pasemos adelante, no sea que el marido nos oiga.

Ved después esa *tela blanca*, virgen aún de toda mancha, y que muy pronto sufrirá los asaltos estéticos de ese atlético mozo, que colocado delante de ella parece querer desafiarla. El *maestro* fija en su modelo invisible una mirada ya triunfante, y es porque conoce todos los secretos Rembrandt, y domina los tonos brillantes y difundidos en la magia del claro obscuro. El alma de Ryn se posará en ese blanco lienzo, animándole de un soplo divino; y la imagen creada por su genio se reflejará allí como en un espejo. Al propio tiempo que el cuadro podremos admirar el modo de vestir puramente convencional, que consideraciones de tiempo le han ido imponiendo; pues hay que tener en cuenta que en donde mejor se revela el encargado de manchar esa *tela blanca* es en la copia de cuadros antiguos.

«Es luminoso porque hay vigor, y hay vigor porque es luminoso,» exclama modestamente más lejos un venerable pintor de carnes, contemplando la *Antiope* que sus pinceles acaban de producir en colaboración con el Corregio. Su amigo, veterano como él en esas lides, aprueba con un movimiento de cabeza aquella teoría tan gastada Estos señores os dirán, no sin cierto orgullo, que ellos no trabajan sino en los coloristas. Como á los bienaventurados, mucho les será perdonado, aunque hayan rendido demasiado culto al *Enterramiento* del Ticiano

Un pequeño rodeo nos conduce á las salas de escultura, ante una de esas obras maestras del arte griego arcaico, que un rótulo define en estos términos: «DIVINIDAD DESCONOCIDA, estatua ática de fines de la segunda mitad del siglo VI; faltan la cabeza, el brazo izquierdo y una parte del pecho; el de la derecha y los pies parecen ser de la época romana.» Aquí tocamos en los dominios de la arqueología superflua. La joven que se ve tomando notas delante de la *Divinidad desconocida*, no es otra que la antigua ama de gobierno del doctor Schliemann. Apasionada del arte, como aquel honrado negociante, acompañóle y secundóle en todas sus investigaciones; ha visto desembalar el tesoro de Agamenón, descubierto en las ruinas de Hissarlik, y sus manos fueron las primeras que tocaron el cofre de Príamo, donde estaban los artílos de tocador que habían pertenecido á la hermosa Elena.

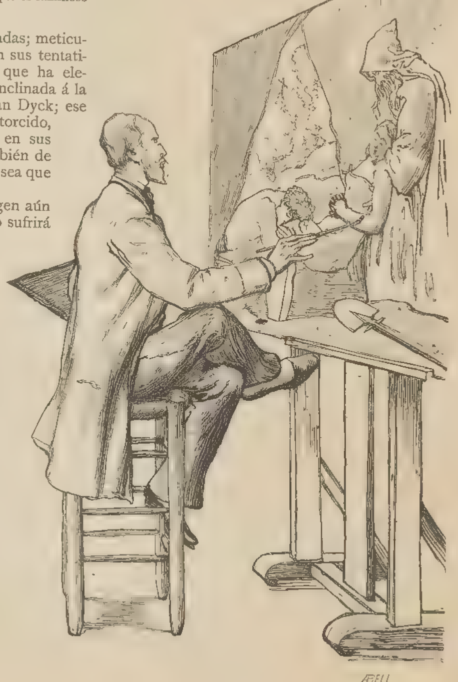
No es manco, que digamos, el excelente artista que M. Renouard nos representa copiando *Los funerales de Atala*, de Girodet-Trioson.

«¡Pintor, poeta, corista de la Opera y empresario de los gabinetes del pasaje Choiseul!»

He aquí un hombre bien preparado, se dirá, para la lucha por la existencia;

Es luminoso porque hay vigor, y hay vigor porque es luminoso

Arqueología



Pintor, poeta, corista de la Opera...



EN AMOROSA CONTEMPLACI



...ON, cuadro de Marco Stone

ni el mismo Fígaro tenía tantas cuerdas en su arco, y no obstante, la vida no ha sido de color de rosa para ese sér, adornado de tantas y tan diversas cualidades. Le he conocido mucho: *Los funerales de Atala* no se vendían tanto como él quería; en la Opera la paga no era gran cosa, pero hay allí derecho á un retiro; y de la poesía ¿quién se mantiene? Dos ó tres que ya no existen: Víctor Hugo, Lamartine y Musset. Además, sea dicho acá para *inter nos*, los versos de nuestro amigo sólo servían para cierta clase de gabinetes; por fortuna es empresario de los del pasaje Choiseul, y esto le ha salvado. «Los gabinetes, decía con ese aire melancólico que nunca abandonaba y que tan bien ha sabido reproducir M. Renouard, los gabinetes dan con qué poner el puchero.»

En ese mundo de los copistas no se ha de contar mucho con la caridad del vecino, pues unos á otros se hacen la guerra, y no hay broncas que no se permitan cuando el guardián vuelve la espalda. Muchos hay que son los primeros en reirse de su propio trabajo, y no falta quien por pura diversión se entretiene en cambiar todos los colores del cuadro que reproduce, de lo cual resulta á veces un efecto de los más singulares. Para obtener buen resultado en este entretenimiento, necesítase cierta habilidad, y hay ejemplos de cambios de éstos, hechos con deliberado propósito, que valen tanto como el original

No comunicaré nada nuevo al decir que el desinterés clásico de los pintores pasó ya al estado de pura ficción en este *fin de siglo*, lo cual producirá más dinero para el arte.

Todos los copistas tienen sus manías, pero no debemos decírselo, pues lo que nosotros calificamos de tales, considéranlo ellos como una cualidad preciosa de su arte, como la quinta esencia de los frutos de su práctica personal. Defienden con celoso cuidado el secreto de recetas miríficas de que se creen únicos depositarios; cada cual tiene su paleta, y á ninguno de ellos le agrada que nadie ande á su alrededor cuando hacen sus preparativos para ponerse á trabajar, y hasta la manera de colocarse tiene para esas almas cándidas virtudes particulares. Aficionado de esos hay que emprende una peregrinación á Madrid para estudiar á Velázquez, que como gran maestro que es, no se hace rogar para proporcionarle buenos modelos. A nuestro hombre se le ocurre entonces que para copiar al gran pintor es preciso sentarse de lado en su banqueta, de manera que pueda balancearse de izquierda á derecha y de delante á atrás, y coger el pincel como si fuese el mango de un látigo. ¡Pobre iluso! Si poseyera la seguridad magistral en el dibujo, ese sentimiento de la armonía de los colores que permite pintarlo todo francamente con el tono local, sin comprometer el conjunto, y en una palabra, si pudiese apropiarse el genio de un hombre que fué único en su arte, como aquel célebre artista español, entonces sería á su vez un Velázquez y no necesitaría copiarle.

Por lo dicho se puede ya formar idea de lo que son los copistas en el Museo del Louvre (y aun añadiremos en todos los museos del mundo), y no es necesario citar más ejemplos para dar á conocer sus caracteres y condiciones.

EL DO DE PECHO

(Continuación)

V

Di pescato-re igno-bi-le . .

(Lucrezia, atto I.)

– No sé si te dije alguna vez, comenzó á decir Doli luego que sintió reparadas sus fuerzas, que soy veneciano. Mi padre era gondolero. Apenas tuve vigor para mantenerme sobre las ágiles y delgadas piernecillas y bríos para ayudarle en la limpieza y arreglo de la góndola, me sacó de la miserable casucha en que vivíamos y me llevó consigo á todos los paseos y excursiones que sus muchos parroquianos le ordenaban. Siempre recordaré con delicia aquellos primeros años de mi vida. La frágil embarcación era para mí un juguete precioso que me proporcionaba múltiples y agradabilísimas diversiones. Cuando estábamos desocupados, empuñaba yo, ora los remos, ora la pértiga, y gozaba infinito viendo que la góndola obedecía á mis débiles esfuerzos y se deslizaba, más lenta sí, pero siempre gallarda, por la superficie de los lagos. Allí empecé á cantar. Cuando las noches eran claras y tranquilas y esperábamos desalquilados algún romántico extranjero que quisiera pasear y soñar con la Borgia y los Falliero, yo, con mi vocecilla de chicuelo, entonaba las barcarolas más populares recostado en el fondo de la góndola. Bien pronto me hicieron una reputación los compañeros de mi padre. «*Giaco*, me decían, canta esto ó lo otro;» y yo, incansable, soltaba canción tras canción, haciéndome el estribillo un coro abigarrado y poético, compuesto de toda clase de voces y estilos. Extendióse mi nombre, y ya se daba el caso de que los que se embarcaban en nuestra góndola pidieran á mi padre que yo cantase alguna cosilla mientras paseaban. Como gracias á mi habilidad artística se aumentó la clientela, instigado á la vez por mi padre y por mi vanidad, díme á aprender, no ya sólo canciones populares, sino trozos de ópera y todo cuanto llegada á mis oídos, cosa que me era sumamente fácil, porque retenía lo que escuchaba con rapidez asombrosa. Una noche entró un caballero apuestísimo en la góndola, me hizo sentar á su lado y me rogó que cantase Obedecí, y apenas hube terminado, me dió un beso y me dijo:

– *Ragazzo, hai una bela voce. Bisogna studiare, ed essere un gran artista.*

Llamó luego á mi padre, le habló y le convenció de que yo debía estudiar música; le ofreció el dinero que le faltase para sufragar mi educación artística y se fué, dejándome su nombre y su inolvidable recuerdo.

Doli se puso en pie, empuñó una copa que parecía tallada en un enorme y sangriento granate, la levantó en alto y, poseído de viva emoción, prorrumpió:

– ¡A la memoria de Mario, el rey de los tenores!

Le imité, bebimos, tornó á sentarse y reanudó la narración.

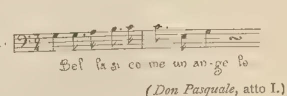
– Desde aquel momento comencé á padecer el más horrible de los tormentos. Di á un pajarillo, acostumbrado á trinar libremente en las ramas de los árboles, que es preciso que olvide sus amorosas y espontáneas canciones y que se sujete á la intolerable férula de las cinco líneas y de los cuatro espacios: le habrás condenado á tristeza perpetua. Eso me pasó á mí. ¡Adiós góndola, y paseos á la luz de la luna, y *dolce far niente*, y aplausos de gondoleros, y propinas de paseantes! Todo acabó. Un pobre copista del teatro de la Fenice, á quien conocía mi padre, se encargó de enseñarme á subir los primeros peldaños de la escala musical, y todos los días iba yo, solo y triste, á su casa, llevando bajo el brazo el cuaderno sucio y viejo en que el vejete garrapateaba las lecciones que había de darle. Por fin, vencidas las primeras dificultades, cobré gran afición á estudiar, y esto fué lo que me salvó, porque mi maestro adquirió entonces la enfermedad que le llevó al sepulcro y sus lecciones no lo eran más que de nombre. Figúrate que, por entonces, la fiebre amarilla comenzó á hacer grandes estragos en vuestra España, y el mísero Fioretti, que así se llamaba mi maestro, poseído de cerval terror, llenó su casa y sus bolsillos de preservativos contra el temible enemigo. El principal entre ellos era el alcanfor, que llevaba en una cajita de rapé: dióse á olerlo de continuo, y el primer síntoma de su atontamiento fué el de dormirse á todas horas y en todas partes. Como él no quería confesarlo, sus frecuentes cabezadas eran para mí muy ventajosas. Atisbaba diligente el momento en que se le cerraban los párpados y saltaba el trozo de lección en que no estaba muy seguro. Cuando despertaba el pobrecillo creía de buena fe que yo había cantado todo aquello, fingía haberlo oído y me daba su calurosa aprobación. ¡Pobre Fioretti! Llegó á oirme cantar sin acordarse de que yo había sido su discípulo... Por fin, gracias á una recomendación de Mario, á quien me llevó á ver mi padre una de las temporadas en que estuvo contratado en Venecia, entré de partiquino en la *Scala* y de alumno en el Conservatorio de Milán. ¡Ah, *mio caro!* Apenas pisé la escena, empezó para mí el más doloroso de los calvarios. A mis solas, en mi casa y aun en cátedra enfrente del ceñudo y exigente maestro Lamperti, mi voz salía clara, suave, flexible, plegándose obediente á las órdenes de mi voluntad; pero en escena, un miedo inmenso, indescriptible, más grande que el de Fioretti á la fiebre amarilla, me obscurecía la voz, ponía tirantes y rígidas mis cuerdas vocales, cerraba mi garganta, y ora me hacía desafinar como un pavo real ora soltar espantosa serie de gallos. Llegó á hacerse célebre mi malaventura. Los abonados de la *Scala* aplaudían mis intolerables gritos. No había ovación cómica más ruidosa que la que yo provocaba al salir en el primer acto de *Africana* á anunciar: «*Il concillio, signor..*»

– ¿Y cómo, le interrumpí, te silbaron después tan despiadadamente?

– ¡Ah! Los silbidos primeros sonaron en mis oídos como la música más celestial. Sentía ya mucho menos miedo. Cantaba mejor. Ya no se reían de mí. Comenzaban á tomarme en serio. Créeme: cuando yo arranqué el primer silbido al público, sonreí satisfecho de mi triunfo. Pero eso no fué en la *Scala*. Allí mi rehabilitación era imposible. Fué en el teatrillo en que me conociste destrozando las clásicas frases de Pollión. Entonces empezó la segunda de las épocas de mi vida de cantante. La que yo llamo la era del *fischio*. ¡Bebamos otra copa á la memoria del desdichado Lido, *fischiato* en cuantas óperas tomó parte!

Y llenando de rico Oporto dos copas verdes, como el agua del mar en día de tormenta, alargóme una, acercó á sus labios la otra y las apuramos alegremente.

VI



(Don Pasquale, atto I.)

Antes de continuar su narración, Doli se levantó, descolgó de la pared una fotografía encerrada en sencillo marco de felpa azul, y acercándoseme, dijo:

– Quiero que mi novela sea ilustrada, y aquí tienes la más interesante y preciosa de las viñetas. Mira...

Y puso en mis manos el cuadrito. Era el retrato de una mujer hermosa, alta, esbeltísima, vestida con la blanca túnica y la corona de flores de la aletargada Julieta.

– ¡Buena mujer!, dije saboreando su vista con el mismo placer con que antes paladeara la copa de Oporto.

– *¿Ti piace?...*

– Mucho.

– Bueno: ponla aquí para que presida la cena y oiga el canto de amor que entono á su recuerdo.

Quitómela de la mano, la apoyó sobre un frutero y siguió contando:

– Un año después de conocerte y quedarte agradecido por toda la vida, porque aún más que tu dinero me obligó el cariñoso afecto que me mostraste, fuí contratado á un teatro mísero y destartalado que había entonces en Pisa. Llegué á la histórica ciudad, y en el primer ensayo á que tuve que asistir quedé enamorado, deslumbrado, hechizado por la belleza de la primera tiple absoluta, como que no había otra, la *signorina Medea Corsi.* Era alta y rubia como una Margarita alemana, sin que en sus ojos ni en su aire hubiera esa placidez é indiferencia que caracteriza á nuestras vecinas de allende los Alpes; su figura y sus ademanes tenían una majestad, no aprendida en ninguna clase de mímica, sino natural, espontánea y por lo mismo más subyugadora: el rostro era oval y perfecto como el de una *Madona* de Rafael; los labios sonrosados, tenían aún un tinte más vivo por la costumbre graciosa de morderlos de continuo con sus menudos dientes; para hablar entornaba dulcemente los ojos, mostrando con coquetería los transparentes párpados, sutiles como pétalos de una flor, y las sedosas pestañas; y el italiano en sus labios era canto de ruiseñores, lengua de dioses, beleño con que adormecía y dominaba las almas. En fin, ahí la tienes. ¡Cuántas veces mientras ella reposaba sobre su sepulcro, representando el papel de la apasionada Julieta, yo, vestido de Romeo, aprovechaba los ritornellos y frases de la orquesta para murmurar á su oído palabras mucho más ardientes y amorosas que las que contenía el libreto de la ópera! Te aseguro que en todos los dúos de amor estuve, como actor, á gran altura. Romeo, Ernani, Manrique, Ruy-Blas tuvieron en mí el más concienzudo de los intérpretes. Sobre todo, el final de *Lucrezia* era, representado por mí, de una verdad insuperable. ¡Cuánto cariño... filial había en mis apretados abrazos! ¡Con qué placer reclinaba, para morir, mi cabeza en su seno! En resumen, que, como se llamaba Medea, me hechizó por completo...

– ¡Bravo!, interrumpí levantándome. Pues ahora me toca á mí.

Llené de *Champagne* dos copas planas y abiertas, como campanillas próximas á marchitarse y alzando la mía coronada de lechosa espuma, grité:

– *¡Evviva Medea!*

– *¡Evviva!*, repitió entusiasmado Doli.

Y para que nadie volviera á posar sus labios en aquellas copas que sirvieran para la libación en honor á tal diosa, una vez vacías las arrojamos con violencia al suelo, donde se quebraron en menudos pedazos.

L. Cánovas

(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

LOS PUENTES DE HIERRO DESDE EL PUNTO DE VISTA ESTÉTICO

(Conclusión)

Un hermoso modelo de este nuevo sistema nos lo ofreció hace muy pocos años la ciudad de Zurich con la construcción del moderno y atrevido puente del Limat, que consta de cinco grandes arcos de acero calculados como sostenes; es decir, que al sostén del puente se le ha dado la forma de arco, comunicándole la suficiente resistencia en los delgados puntos centrales por medio de materiales fuertes y calculados con escrupulosa exactitud. Con ello el aumento de coste de construcción no ha sido relativamente muy grande; lo que se explica teniendo en cuenta lo que debieron costar los trabajos de fundación, que duraron muchos años, los accidentes naturales en los mismos, las pilas y los acarreos, la construcción de caminos, las expropiaciones, etc. Hoy posee Zurich un hermoso puente que cruza el desagüe del lago, trazando líneas elegantes y, sin embargo, muy resistentes, y cuyas formas aumentan las bellezas de la incomparable perspectiva que ofrecen las orillas del lago y la comarca alpina, en vez de afearla, como hubiera hecho el esqueleto de un puente de enrejado.

También en Ginebra se rindió algún día tributo al principio del menor peso posible en los puentes, con sujeción al cual se construyó el puente del Monte Blanco con sus delgados sostenes en forma de vientre de pez; pero hace unos años triunfó el buen gusto, y en la actualidad el fuerte puente de arcos de hierro que ha reemplazado á aquella otra obra pobre y exclusivamente utilitaria, constituye uno de los más bellos adornos de la ciudad de Juan J. Rousseau.

Las construcciones ferroviarias llevadas á cabo con tan exquisito cuidado, aportaron á la construcción de puentes en las urbes una condición de la que durante mucho tiempo se había prescindido, á saber: la línea recta ó la superficie plana, que siendo indispensable en las vías férreas no lo es en los puentes á otros fines destinados. Esta condición que prácticamente no es desagradable resulta serlo cuando se atiende al efecto estético Una elevación, una ligera pendiente desde ambos extremos al centro, en donde puede darse un suave descenso á las líneas, es de gran importancia para la eficacia de los puentes como construcciones. Los que lo hayan visto, recordarán la excelente forma del nuevo puente de las Cuatro Estaciones de Florencia, que presenta una pequeña elevación hacia el centro. El puente recto del ferrocarril de Dresde no puede competir con el puente inclinado de María. El buen efecto de los caminos en pendiente estriba en que la línea curva superior abarca en un todo unido la obra y sus varios arcos, haciendo de ella una construcción con vida propia, por decirlo así, que une de una manera simpática las dos partes de la ciudad; al paso que una serie de arcos en línea recta es indeterminada y mentalmente puede uno trazarse su prolongación.

Este criterio había sido completamente olvidado; el gran público prescindía en absoluto de las aplicaciones á que se presta. En Berlín mismo se cometió la falta de anular la suave bóveda central del puente del *Kurfursten* (Elector) por medio de tres apéndices colocados horizontalmente en las aceras á modo de balaustradas. En el puente del Emperador Guillermo, empero, aquel criterio volvió á prevalecer, y lo propio ha sucedido con el nuevo puente de Moltke.

Esta rehabilitación tiene su pequeña historia. Después que en Francfort sobre el Main se hubo construído el puente llamado de la carretera de Maguncia, á cuyo piso se dió la horizontalidad que es costumbre en las vías férreas, el autor del mismo, el ingeniero Schmick, al contemplar su obra, en todos los demás conceptos excelente, se convenció de que los pedantes que abogaban por la belleza tenían razón al pedir un piso inclinado, y cuando más tarde, con motivo de la construcción del puente sobre el Alto Main, se le ofreció una coyuntura propia, empleó la forma ligeramente curva. La ejecución de la obra demostró claramente con cuánta razón merecía ser preferida esta forma, y así lo comprendieron nuestros constructores de puentes, tanto que al ponerse poco después á concurso en Maguncia la construcción del grandioso puente sobre el Rhin, de los diez y siete proyectos presentados, quince trazaban el «piso ascendente.» Y á pesar de todo esto, la idea no ha arraigado todavía profundamente, como lo prueba el hecho de que en el puente que al fin se construyó en la ciudad últimamente citada, el piso asciende, es cierto, desde los extremos al centro, pero no en una sola curva suave, sino en una serie de líneas cortadas: en efecto, las partes correspondientes á cada arco son horizontales y sólo en los puntos de unión de una á otra se elevan formando ángulos bastante obtusos, lo cual perjudica algo al efecto del conjunto de esta magnífica obra. Ciertamente el empleo de la curva supone un trabajo muy grande, sobre todo en la parte del dibujo, puesto que exige un cálculo detalladísimo de longitudes para la serie de barrotes sucesivos. pero hemos de ahogar todo sentimiento de compasión hacia los dibujantes. El rendir culto á la estética cuesta, es verdad, algunos meses más de trabajo; pero hay que tener en cuenta que la obra ha de subsistir durante siglos, que ha de encerrar en su forma un pensamiento, que es una obra pública y que en su estilo y en sus líneas ha de quedar impreso y sometido al juicio de las venideras generaciones el grado de elevación de nuestra educación estético-arquitectónica, y esto recompensa suficientemente las gotas de sudor que la mayor suma de trabajos de cálculo y de dibujo haya podido hacer derramar. Así lo hizo Schmick en su puente sobre el Alto Main y así lo ha hecho Eiffel en su admirable torre que tantos aplausos le ha conquistado.

El algebrista aplicado hubo de abandonar el criterio de la limitación de los materiales de construcción á su valor mínimo, porque se demostró que éste no significaba el precio mínimo. Que la obra debe ser sólida, buena, duradera, útil bajo todos conceptos, es cosa que se cae de su peso; pero los que constituímos el público exigimos, además, que sea bella tanto cuanto lo permitan los medios de que se dispone, y es de esperar que las corporaciones no combatirán esta exigencia. Los Municipios están dispuestos en su mayoría á mostrarse liberales, no sólo con las obras de altura, sino también con las hidráulicas, siempre que sean obras públicas y no simplemente de utilidad.

Acerca de la noción de la belleza de los puentes, hay muchas opiniones que no han llegado á presentar una solución definitiva única; algunos creen que se consigue amontonando en aquéllos estatuas, balaustradas y ornamentos de distintas clases; pero estas cosas, si bien contribuyen á la belleza de una obra, no son la base de la misma; pues es en vano que se intente cubrir con ellas las feas formas principales, que se quiera adicionar el *estilo* á un puente de hierro antiestético en su origen. Los adornos pueden, á lo sumo, velar las fealdades; pero éstas en realidad existen, como subsiste la fealdad de una Venus hotentote ó kalmuka, aunque se vista á ésta con las más preciosas telas.

Para demostrar lo más claramente posible qué es lo que el constructor de puentes entiende por belleza de sus obras, acompañamos con este artículo los grabados que representan dos puentes de construcción moderna, en los cuales, sin necesidad de adorno alguno y sólo por la buena elección de formas y proporciones, se ha conseguido un excelente efecto. El primero es el llamado puente de Kirchenfeld, de Berna (véanse los grabados del número anterior), que tiene 230 metros de largo y 35 de ancho y que atraviesa un valle y el río Aar, poniendo en comunicación la ciudad con los arrabales. El piso del puente describe una ligera pendiente, apenas perceptible en el grabado, siendo muy notables los asientos de los pilares sobre las grandes pilas de fundación de piedra, en los que se ha prescindido por completo del *mínimo* por desgracia tan generalizado por los aritméticos. Estos recomiendan que los arcos se asienten en punta y con articulaciones movibles, por cual razón se denomina á esos puentes puentes á charnela: esta forma la adoptó Eiffel, el constructor de la torre, en un ancho puente sobre el Duero cuyos sostenes principales sólo tocan en el suelo por la punta, como las bailarinas en ciertos ejercicios de su arte: por esto el tal puente produce el efecto de una obra atrevida, temeraria, afectada en extremo. En el puente de Kirchenfeld, en cambio, la grandiosa obra que atraviesa con sus dos arcos (de 83 y 85 metros) el valle, ha sido construída atendiendo á la resistencia, á la seguridad y á la belleza. La forma adoptada no sugiere la idea de que se hayan empleado masas colosales de hierro ni realizado ímprobos trabajos de cálculo. El grabado de la fig 2 del número anterior representa el pie de la pila central del puente y demuestra que las moles de hierro no están reñidas con la estética.

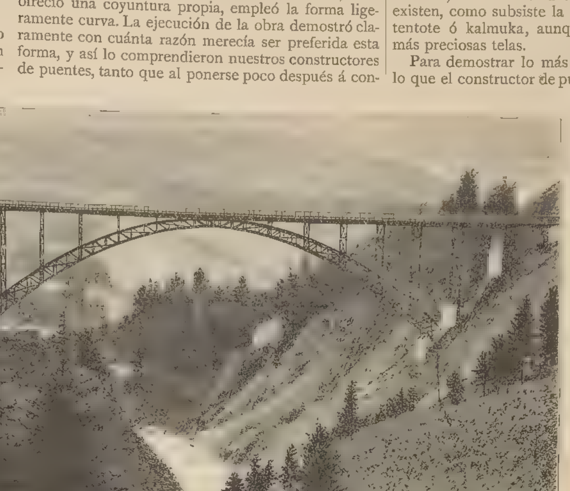


Fig. 3. – Puente sobre el valle del Javroz

El otro grabado (fig. 3 del presente número) reproduce un puente viaducto muy sencillo, pero muy largo, que cruza el valle del Javroz, en Charmay (cantón de Friburgo, Suiza), con una longitud de 86 metros y una altura de 57 sobre el fondo de aquél. En él domina la sencillez suma, y sin embargo, la impresión que produce es de las que cautivan y admiran al espectador, sin que aparezca el menor desentono, la más pequeña contradicción de mal gusto entre el puente y la comarca en que se ha emplazado. Al propio tiempo, á nadie al ver esta obra se le ocurre pensar en las dificultades de ejecución que para construirla se habrán tenido que vencer, lo que no sucede con los puentes de Eiffel.

Esos dos puentes han sido construídos por el actual ingeniero municipal de Berna M. Probst, antiguo alumno del que estas líneas escribe: ambas construcciones demuestran que la belleza, la sencillez y la utilidad ó adaptación al objeto destinado, lejos de ser antitéticas pueden muy bien marchar armónicamente unidas.

Si el benévolo lector, después de haber meditado las anteriores observaciones, dirige una mirada examinadora al puente del Forth, de fijo admitirá que en esta obra tan colosal y tan costosa se hubiera podido hacer mucho más de lo que se ha hecho en pro de la belleza no recargada de adornos, pero sí de impresión agradable. Esta obra atrevida, importantísima, se ha realizado de una manera brillante desde el punto de vista práctico y honra en alto grado á sus constructores. Pero de quien ha hecho esto se exige y se puede exigir mucho.

La falta de belleza es mayor todavía que en el



Fig. 1. *Araña doméstica (Tegenaria).* – Macho. – Hembra cerca de sus huevos

puente del Forth en el proyecto de puente para atravesar el Canal de la Mancha, y aunque hay muy pocas probabilidades de que se lleve á cabo, siempre da que pensar sobre el criterio que aun prevalece entre los autores de grandes obras de utilidad.

En mi opinión, é inspirándonos en el espíritu y en el conocimiento que en punto á construcciones predominan en Alemania, podemos contestar á la pregunta que encabeza este artículo diciendo: «Los puentes de hierro no deben ser construídos antiestéticamente.»

F. Reuleux

(De la Revista alemana *Prometheus*)

***

LAS ARAÑAS

En un ángulo del techo de una habitación, una araña ha tejido su tela, ó mejor dicho su red: el ama de casa, enemiga de la suciedad, ha tomado el plumero y brutalmente destruído esa pequeña obra maestra. Esta calificación de obra maestra hará sonreir al lector que no conoce más telarañas que las que el polvo ensucia, ni ha visto al animal en su trabajo ni observado la red cuando sale de sus... patas, ¡bamos á decir de sus manos.

El pequeño insecto tan sin razón difamado y con el que se atemoriza á los niños, había construído con un hilo largo y sedoso esa tela fina, ligera, elástica que encuentra los elementos de resistencia en su misma flexilidad, en su forma, en su disposición. El viento puede agitarla, como á la vela de un barco, sin romperla; cual la flexible caña, se dobla pero no se quiebra. Muy limpia, reluciente y blanca en un principio, poco á poco se ha ido ennegreciendo y ha tomado un aspecto repugnante á medida que en ella se ha posado el polvo que flota en la atmósfera y que las corrientes de aire ascendentes arrastran hasta el techo.

¿Cómo un sér tan pequeño ha podido sacar de su cuerpo y de una manera casi continua una cantidad de hilo tan prodigiosa? Y aunque para fabricarla no hiciera más que desdevanar algún ovillo, ¿en que parte de su cuerpo cabría éste? Pero el hilo sólo se forma al salir del cuerpo, como nuestra barba y nuestros cabellos: en el interior es un líquido viscoso, espeso, pegajoso; una pasta blanda que segregan unos órganos denominados glándulas. Glándulas son también las que producen los cabellos, los pelos, las lágrimas, las uñas, las mucosidades de la nariz y el cerumen.

Esta pasta, en el momento de salir al aire se seca y solidifica, del mismo modo que la pasta con que se hacen los macarrones y la arcilla con que se fabrican las tejas y los ladrillos se endurecen al contacto con aquél.

Antes de salir del cuerpo del animal la materia blanda no tiene forma: la araña la expulsa por una especie de mamas ó hileras que en número de dos ó tres pares se encuentran en la parte inferior de su vientre. La extremidad de las hileras tiene varios agujeros, á modo de roseta de regadera, á cada uno de los cuales corresponde un diminuto tubo abierto. Por estos tubos sale la materia viscosa, y esos diversos chorros, todavía blandos, se sueldan para formar uno solo, que constituye el hilo de la araña. Este hilo, pues, está en realidad formado por varios hilos: ¡Júzguese de la finura de éstos cuando aquél es el emblema de la delgadez!

Unas arañas poseen una sola especie de glándula que no produce más que una clase de hilo; otras están provistas de varias glándulas que proporcionan hilos de tenacidad, finura y elasticidad distintas. ¡Qué sería una vaca que diera diversas clases de leche más ó menos rica en manteca ó materia caseosa!

El papel de la araña no se limita á la producción de la primera materia: como hábil hilandera, perfecciona, pule, regulariza el hilo bruto y luego dirige el hilo así preparado hasta formar con él la red, tela ó tapiz, como quiera llamársele. Todo lo saca de sí misma; para ella no se siembra cáñamo ni lino; ella lo es todo á la vez, máquina de hilar y de tejer, llevando en sí la materia primera, el mecanismo y el mecánico.

Las extremidades de sus patas son verdaderos peines, unos con dientes finos y apretados, otros con dientes gruesos y distantes; en una palabra, peines espesos y escarpidores. Da gusto verla trabajar apartando el hilo con una pata ó dirigiéndolo al través de los dientes, ni más ni menos que una mujer cuando al peinarse traza surcos en su cabellera.

Las hileras no presentan todas el mismo sistema de agrupación, sino que unas están dispuestas en haz y otras en roseta, de lo cual naturalmente se deduce que el hilo no debe tener las mismas cualidades en

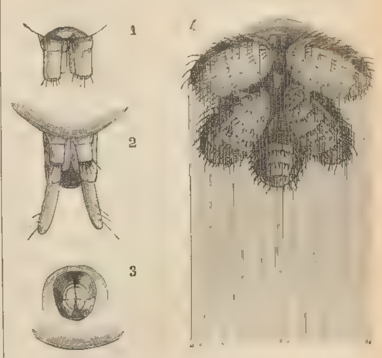


Fig. 3. *Hileras.* – 1. En haz. – 2. Palpiforme. – 3. En roseta cerrada. – 4. La misma abierta y muy aumentada: en ésta se ven los hilos paralelos antes de unirse.

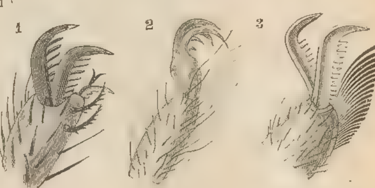


Fig. 4. *Extremidades de las patas.* – 1. Epeira. – 2. Scytoda. 3. Phileus

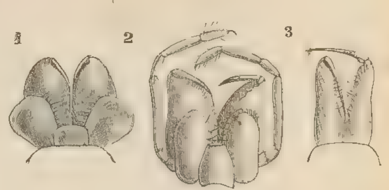


Fig. 5. *Organos.* – 1. Epeira. – 2. Tegenaria. – 3. Clubión

estos distintos casos, y que su espesor, su tenacidad su elasticidad, su flexibilidad deben variar con su forma, es decir, según que sea más ó menos denso, más ó menos torcido.

La constitución de la tela y su dirección varían con las especies; así, por ejemplo, la araña doméstica *(Tegenaria)* construye una tela más ó menos irregular y en un sentido horizontal, una especie de hamaca, y añade á ella un tubo, que es su vivienda, así como la tela es la trampa para coger insectos.

La *Epeira* dirige su red en un plano sensiblemente vertical, y á ella sobre todo se refiere cuanto se dice de la araña y de su tela, porque esta especie ejecuta una red muy conocida cuya regularidad ha admirado, no sólo á los observadores, sino también á los mismos indiferentes. Esta regularidad, sin embargo, no es geométrica, y algunas modificaciones introducidas en la forma permiten reconocer las especies. Distínguense las redes como se distinguen los nidos de los pájaros, bien que las arañas no empleen, como éstos, distintos materiales y que en ellas el método y los procedimientos sean iguales, puesto que todo de sí mismas lo sacan.

Varias veces se ha descrito con más complacencia que exactitud la manera cómo la araña construye su red. Vamos á tratar de describir con precisión este notable trabajo (1).

Félix Hermet

(De *La Nature*)

(Continuará)



Fig. 2. *Epeira diadema y su tela.* – Hembra vista de espalda sobre la tela. – La misma suspendida de su hilo

(1) M. Simón, el que en Francia ha hecho estudios más detenidos acerca de las arañas, ha tenido la bondad de comunicarnos sus observaciones, y nuestro dibujante M. Clement, tan hábil artista como buen entomólogo, era el especialmente llamado á ejecutar los dibujos que á sus cualidades artísticas unen el mérito de una rara fidelidad.

TODA UNA JUVENTUD

POR

FRANCISCO COPEE

Ilustraciones de Emilio Bayard-Grabado de Huyot

(CONTINUACIÓN)



—Vestida de riguroso guiñapo, ¡figúrate, querido!; sin nada en la cabeza, envuelta en un chal amarillo con franjas verdes, y arrastrando las chinelas sin tacón... Pero no, aunque era una hermosa ladina, me hice cuenta de que en la casucha adonde me llevó poseí en ella á todas las diosas de Giorgione y á todas las cortesanas del Ticiano.

Porque Mauricio siempre es el mismo: libertino, calavera; pero ¡bah! no lo niega y hasta se vanagloría de ello con tan alegre ardor y con tal fuego de juventud, que constituyen en él un encanto más.

Dan las siete, toma á Amadeo del brazo y atraviesan el barrio latino, contando aquél sus aventuras galantes del otro lado de los Alpes.

—¡Ah, amigo mío!, —dice, —allá está el verdadero país del amor; no se vive más que para esto. La última de las perdidas, cuya fotografía enseña un supuesto hermano de café en café, es capaz de perder la cabeza si le dices que es bonita y que la deseas... Palabra de honor: yo he sido seguramente amado hasta en los tugurios adonde por cuarenta sueldos me llevaba algún rufián.

Cuando Mauricio habla de estas cosas no acaba nunca, y mientras comen los dos amigos en un restaurant del boulevard San Miguel, al lado de una ventana, el viajero, excitado por el Champagne, prosigue describiendo las calurosas noches de Roma y de Florencia. Este tema de conversación era peligroso para Amadeo. No olvidemos que desde hace algún tiempo comienza á pesar su inocencia al casto poeta de guardilla, y aquella noche tiene en su bolsillo algunas monedas de oro, que resuenan con la música del placer. Mientras Mauricio, con los codos sobre la mesa, le cuenta sus proezas amorosas, Amadeo mirando á la luz del gas que acaban de encender y que alumbra con tibio resplandor el verde de las hojas de los árboles, ve pasar por la acera mujeres vestidas en traje de primavera, que se detienen delante de las terrazas de los cafés, saludando con ligeros movimientos de cabeza á los estudiantes á quienes conocen. El aire está impregnado de voluptuosidad; y Amadeo (sí, Amadeo, á fe mía, ¡personas virtuosas, velad la faz!) es el primero en levantarse de la mesa, recordando á Mauricio que es jueves y hay baile en Bullier; y también es él el que añade deliberadamente:

—¿No te parece que vayamos á dar una vuelta por allí?

—Con mucho gusto, —responde el vividor. —¡Ah! ¡ah! ¡Empezamos á desperezarnos un poco, señor Violette! Pues bien; subamos á Bullier. No me será desagradable el cerciorarme de que todavía amo á las parisienses.

Se dirigen hacia el lado del Observatorio, fumando sus cigarrillos. En la calzada, en la misma dirección que ellos, algunas victorias conducen parejas de mujeres, cuyos sombreros con flores y trajes primaverales se destacan en la obscuridad nocturna.

A cada instante los dos amigos se codean con bandadas de estudiantes que entonan canciones populares y marchan en compactas filas.

¡He aquí Bullier! Atraviesan la resplandeciente entrada, y desde la escalera que conduce al célebre baile público, se sienten medio ahogados por un penetrante olor á polvo, gas y carne humana, que produciría náuseas á un alcantarillero; y sin embargo, en todas las pequeñas poblaciones de Francia hay médicos con cabriolé, notarios rurales y jueces de paz y sustitutos que recuerdan aquella cloaca cuando toman el fresco al aire libre bajo el firmamento estrellado, aspirando el exquisito perfume de la cosecha. Porque esa peste está mezclada con algo de poesía que ellos han sentido alguna vez, con sus amoríos de estudiante, con la etapa de su juventud.

Y no obstante, Bullier es un lugar innoble: una caricatura en cartón de la Alhambra, tres ó cuatro mil cabezas dislocadas en una nube de tumulto y de humo de tabaco; y delante de la orquesta desesperada que dispara metralla de rigodones, bailarines y bailarinas que se estrujan, levantando la pierna, con rostros tranquilamente espantosos ó con locas muecas obscenas.

—¡Qué sentina!, —dice Amadeo, con algo de disgusto. —Vamos al jardín.

Allí deslumbra la luz del gas. Los bosquecillos parecen decoraciones viejas, y casi se echan de menos en ellos los antiguos dragones de peto amarillo de las viejas óperas cómicas. La gruta es una parodia de tal y los surtidores recuerdan á los de los tiros de pistola en los que sube y baja una cáscara de huevo.

Pero á pesar de todo, allí se respira un poco, y en medio de aquel conjunto artificial, ¡cosa extraña!, mirando á lo alto se descubren algunas estrellas naturales.

—Mozo, dos sodas, —dice Maricio, golpeando la mesa con un junquillo.

Y los dos amigos se sientan al lado de una calle de árboles, por donde pasa la multitud. Diez minutos hace que están allí cuando dos mujeres se detienen delante de ellos.

—Buenas noches, Mauricio, —dice la mayor, morena gallarda y rica en colores: verdadero tipo de criada de figón.

—¡Hola, Margarita!, —exclama el joven. —¿Quiéres tomar algo? Siéntate, y que se siente también tu amiga. ¿Sabes que tu amiga es preciosa? ¿Cómo se llama?

—Rosina, —contesta la aludida, casi modestamente, porque sólo tiene diez y ocho años, y á pesar de su peinado provocativo, todavía la pobre muchacha no es desvergonzada. Se comprende fácilmente que empieza su carrera.

—Pues bien, señorita Rosina, venga usted aquí, que la veamos, -dice Mauricio, haciendo sentar á la joven á su lado con ademán cariñoso. —Y tú, Margarita, te autorizo para que me seas infiel una vez más, en obsequio de tu vecino y mi amigo Amadeo, que esta noche padece de mal de amor, como si fuera de dolor de muelas. ¡Corazón á alquilar! Aunque poeta, por casualidad tiene en su bolsillo con qué convidarte á cenar.

Como siempre y en todas partes, el egoísta y amable Mauricio se queda con la parte del león; y Amadeo, prestando escasa atención á la gruesa Margarita, que le suplica que la haga un acróstico con su nombre, encuentra encantadora á la joven Rosina, á quien su elegante amigo entretiene con chistosas frases. Pero á pesar suyo, el poeta considera á Mauricio como á su superior, y encuentra muy natural que él se haya adjudicado desde luego la más bonita de las dos mujeres. No importa, Amadeo desea una noche de placer, porque la sangre le abrasa las venas. Margarita, que acaba de quitarse los guantes para beber un vaso de jarabe, tiene las manos encarnadas, y parece tonta de capirote; sin embargo, es bella, y el poeta, con apetito de principiante, comienza también á hablar inclinándose hacia el cuello de la muchacha, que ríe á carcajadas y le mira provocativamente.

Entonces la orquesta empieza á preludiar una polka, y Mauricio, que tiene que alzar la voz para hacerse oir de su amigo, le llama varias veces por su nombre y al fin por su apellido Violette. De pronto, la jovencita, la linda Rosina, se estremece, mira al poeta, y sorprendida le dice:

—¡Cómo! ¿Se llama usted Amadeo... Amadeo Violette?

—Sí.

—Entonces es con usted con quien tanto he jugado cuando pequeña.

—¿Conmigo?

—Sí, acuérdese usted... Rosina, Rosina Combarieu... En casa de la señora Gerard, la mujer del grabador, calle de Nuestra Señora de los Campos. ¡Cuántas diabluras hemos hecho con aquellas niñas! ¡Y cómo á lo mejor se vuelven á encontrar dos personas!

¿Qué es lo que siente Amadeo? Los recuerdos de toda su infancia evocados, el nombre de la familia Gerard pronunciado en aquel sitio, la amargura de haber conocido á aquella joven todavía inocente; todas estas cosas llenan de singular tristeza el corazón del poeta, que no acierta más que á decir:

—¡Usted!... ¿Es usted?...

Entonces la joven baja los ojos y se pone muy encarnada.

Mauricio tiene tacto. Notando la emoción de Amadeo y de Rosina, se levanta bruscamente y dice con fingida alegría:

– ¡Vamos, Margarita! Creo que estos muchachos tienen necesidad de hablar de sus recuerdos infantiles Renuncia á tu acróstico, hija mía. Toma el brazo y vamos á bailar... Te ofrezco una contradanza holandesa.

Solo ya con Rosina, Amadeo la mira melancólicamente. Es muy bonita á pesar de su tez de clorótica. Es la hija de los arrabales, nacida con el genio del tocador, que se adorna con un vestido de percal, con una flor en el sombrero, con una nada, y que se alimenta de ensaladas y cosas crudas para comprarse botas bien hechas y guantes de diez y ocho botones.

La linda rubia mira también á Amadeo, y en sus ojos de color de avellana se diseña una tímida sonrisa.

– Vamos, señor Amadeo, – dice, – no debe causar á usted pena ni sorpresa el encontrar en Bullier á la picaruela con quien tanto ha jugado al escondite detrás de los muebles del buen Gerard. No debe chocar á usted el que no *haiga* llegado á ser una señora; por el contrario, esto sí que sería sorprendente. No soy muy juiciosa, ciertamente; pero trabajo, y no vaya usted á creer que me entrego al primero que se presenta. Su amigo de usted es muy guapo y amable y, sin embargo, no he aceptado sus galanterías más que porque conocía á Margarita. Con usted es muy diferente, y me siento dichosa en charlar con un antiguo amiguito, que me recuerda las bondades de la señora Gerard. ¿Qué ha sido de ella, de su marido y de sus hijas?...

– El señor Gerard ha muerto, – contesta Amadeo, – pero las señoras están buenas y yo las veo con frecuencia.

– No les dirá usted que me ha encontrado aquí, ¿verdad? Será mejor. Si yo hubiese tenido una buena madre, como mis compañeras de juego, otra hubiera sido mi suerte... Pero ya recordará usted que papá sólo se ocupaba en política. A los quince años me puso de aprendiza en casa de una florista, y el amante de la maestra, un hombre infame, es el que me ha perdido... Papá ejerce ahora un oficio muy penoso: es editor responsable de un periódico republicano, y aunque no tiene nada que hacer, siempre está preso... Yo sigo de florista. Tuve un amiguito, un alumno del Valde-Grace, pero acaba de marcharse de médico militar á Argelia. Me he quedado sola y me fastidiaba, y esta noche Margarita, á quien he conocido en el almacén, me ha traído aquí para distraerme... Y usted ¿qué hace? Su amigo de usted decía antes que era usted poeta. ¿De modo que escribe usted canciones? A mí me gustan mucho. ¿Se acuerda usted cuando intentaba tocarlas con un dedo en el viejo piano de los Gerard?... Entonces era usted un niño muy guapo, dócil como una niña .. Aun conserva usted sus ojos azules á pesar de ser moreno... Bien los recuerdo... No puede figurarse cuánto me alegro de volver á verle...

Y continúa charlando y evocando los antiguos recuerdos. Cuando habla de las señoras Gerard toma un aspecto seriecillo que agrada mucho á Amadeo: éste adivina que es una pobre loca, que al primer verso pierde la cabeza; pero que al menos conserva el tesoro de los pobres: un corazón sencillo y alegre. El joven se deja influir por la gracia de la muchachita; piensa en el pasado y se siente enternecido como un lugareño que se encuentra con una paisana.

La orquesta dispara nueva contradanza, que da idea del estrépito del bombardeo de una plaza fuerte, y Rosina enmudece un momento.

– Sabe usted, – la dice el poeta, – que se ha hecho muy linda. Sobre todo esa tez mate, esa interesante palidez!...

Pero la joven, que ha sufrido muchas miserias, le interrumpe con una frase amarga:

– ¡Oh, mi palidez! Vale bien poco, no es la palidez de los ricos.

Pero en seguida, recobrando su buen humor, continúa:

– Dígame usted, señor Amadeo, ¿le ha gustado á usted Margarita?

– ¿A mí?

– Como ha empezado usted á hacerla la corte...

– ¡Gustarme esa gordota!, – exclama el poeta con vivacidad, – ¡nunca!

Y luego añade:

– Mire usted, Rosina, he venido para distraerme un poco, se lo confieso á usted: creo que esto es propio de mi edad; pero ahora me disgusta ese baile... ¿Tiene usted aquí alguna cita, espera á alguien?... ¿No?... ¿De veras? .. pues entonces tome usted mi brazo y vámonos. ¿Vive usted lejos?

– En la Avenida de Orleans, cerca de la iglesia de Montrouge.

– Permítame usted que la acompañe, ¿quiere usted?

La joven no tiene inconveniente en ello, se levanta, y juntos salen del baile, pareciéndole al poeta que el brazo de la muchacha se ha estremecido bajo el suyo con abandono. Ya en el boulevard desierto, inundado por una luna azulada, Rosina acorta el paso, y se queda pensativa, bajando la cabeza, cuando Amadeo busca sus ojos en la obscuridad.

¡Cuán dulce es el nuevo deseo que turba el corazón del joven y al que se mezcla algo sentimental!

Su corazón palpita al pensar que no tiene más que decir una palabra para coger aquella flor temprana. Rosina está también conmovida, y sólo encuentran ambos cosas insignificantes que decirse.

– ¡Qué noche tan hermosa!

– Sí, da gusto respirar.

Continúan andando en silencio. ¡Oh! ¡Qué hermoso fresco el de los árboles! ¡Qué silencio tan voluptuoso!

Por fin se detienen á la puerta de la casa de Rosina, que lleva lentamente la mano á la campanilla... Entonces Amadeo, haciendo un esfuerzo y con voz balbuciente, se atreve á pedirla que le permita subir con ella para ver «su cuartito.»

Pero ella le mira algunos instantes con ojos tiernos y tristes y le dice con mucha dulzura:

– No, decididamente no. Es preciso tener juicio. Esta noche le gusto á usted, señor Amadeo, y usted comprende que á mí me parece encantador... Verdaderamente, habiéndonos conocido tan pequeños, haríamos bien en amarnos... Pero sería una gran locura, créame usted, y quizá un mal. Más vale que no, se lo aseguro á usted. Olvide á la linda rubia, como decía el amigo á quien ha encontrado usted en Bullier con Margarita, y acuérdese solamente de su compañerita de la calle de Nuestra Señora de los Campos. Esto es mejor que un capricho, porque conserva puro el corazón. No manchemos nuestro recuerdo de la infancia, señor Amadeo, y separémonos como buenos amigos.

Y antes que el joven pudiera contestarla (¿qué podría objetar á un sentimiento delicado?) sonó la campanilla. Rosina dirigió á Amadeo una sonrisa de despedida, y un beso con la punta de los dedos, y desapareció con presteza detrás de la puerta, que se cerró con estrépito.

¡Ah! Ciertamente en aquel instante el poeta siente un movimiento de despecho. «¡Cabeza de chorlito! ¡Voluble como todas!» Pero no bien ha andado algunos pasos por la acera de la avenida de Orleans, se dice, casi con remordimiento: «Rosina tiene razón.»

Y se complace en pensar que aquella pobre joven... *caída* guarda en un rincón de su alma un escrúpulo de pudor que él no ha tenido, y aunque contrariado en sus deseos sensuales, el poeta se considera dichoso al pensar que se engrandece en su alma el sagrado respeto debido á la mujer.

¡Amadeo, hijo mío, no vale usted nada para los amores ligeros, y no ha venido al mundo para las uniones de una sola noche! Vale más que renuncie usted á estas cosas.

XII

Hacía un mes que el volumen de versos de Amadeo Violette, titulado *Poemas de la Naturaleza*, esmaltaba con su cubierta de azul claro los escaparates de las librerías, y aun no se había calmado en el café de Sevilla la emoción suscitada por el éxito de la obra y por los artículos laudatorios que habíanla dedicado un gran número de periódicos.

Pero entiéndase que esta emoción sólo existía entre los melenudos. Los barbudos no se ocupaban de semejantes majaderías; sabido es que desdeñaban la poesía y á los poetas.

Estas barbas severas tenían que arreglar otros asuntos de interés capital; por ejemplo: derribar al gobierno, después refundir el mapa de Europa. ¿Qué había que hacer para anonadar al imperio? Primero, conspirar; segundo, levantar barricadas. ¡Conspirar! Nada más fácil en aquel entonces. Todo el mundo conspiraba en el café de Sevilla: achaques propios del carácter francés, burlón de nacimiento, pero ligero, charlatán y aficionado á conspirar en los sitios públicos. No bien alguno de nuestros compatriotas se afilia á una sociedad secreta, su primer cuidado es correr á su café ó taberna predilectos y confiar bajo el sello de la más absoluta reserva á amigos íntimos, conocidos cinco minutos antes, el objeto de la conspiración, los nombres de los conjurados, el lugar, el día, la hora de la cita, la seña y los signos de reconocimiento; y poco tiempo después de haberse desahogado así, se admira de que intervenga la policía, haciendo abortar un proyecto preparado con tanto misterio y discreción. De esta manera se entregaban al carbonarismo los barbudos del café de Sevilla. En la hora del ajenjo ó del masagrán agrupábanse en torno de cada mesa cierto número de Fiesquis ó de Catilinas; en un extremo de la terraza cinco viejos barbudos encanecidos en el crimen político ideaban una máquina infernal, y en la última pieza diez robustas manos juraban sobre la mesa del billar armarse para el regicidio. Pero como entre las barbas, naturalmente, habíalas también postizas; todos los complots urdidos en el «Sevilla» habían abortado miserablemente.

Y no duden ustedes de que en este templo de la anarquía se estudiada con ardor el arte de hacer barricadas, y esta rama especial de la ciencia de las fortificaciones contaba allí con más de un Vaudán y de un Gribeauval. «Profesor de barricadas» era un título muy honroso en el café de Sevilla y que todo el mundo hubiera deseado consignar en sus tarjetas; y adviertan ustedes que la enseñanza no era solamente teórica. Indudablemente, con motivo de los agentes de orden público no podían darse lecciones prácticas á los bullangueros del porvenir, que constituían el núcleo de la clientela, y el maestro ó doctor en guerra civil no podía salir con sus discípulos y, por ejemplo, desempedrar la calle Drouot; pero había un recurso, un medio de practicar el negocio, valiéndose de los juegos de dominó. Seguramente á ustedes se les hará difícil creer que unos inofensivos pedazos de hueso tomasen aspecto revolucionario entre las sediciosas manos de los parroquianos del café de Sevilla; pero lo cierto es que aquellas fichas inocentes simulaban en las mesas de mármol reducciones de barricadas muy complicadas, con toda clase de baluartes, cortinas, reductos y contraescarpas. Asemejábase esto, hasta cierto punto, á esos modelos de buques de guerra que se ven en el Museo naval. Cualquiera, no estando en el secreto, hubiera creído que los barbudos jugaban sencillamente al dominó; nada de eso, sino que seguían un curso técnico de insurrección. Al gritar «¡cerrado á cincos!», ciertos jugadores parecían ordenar una descarga cerrada, y había una manera de decir «paso», que equivalía á expresar la desesperación del combatiente que ha quemado su último cartucho. Un barbudo con anteojos y sombrero de muelles, un barbudo matemático, reprobado en su juventud en la Escuela Politécnica, se distinguía entre todos por la aterradora precisión con que alzaba en tres minutos una barricada de dominós. Cuando este barbudo cerraba á *seises*, el espectador sentíase transportado por la imaginación á la calle Transnonain ó al claustro de San Merry. ¡Aquello era horrible!

(Continuará)

NUESTROS GRABADOS

Monumento erigido en honor de Méndez Núñez, obra del escultor D. Agustín Querol (de una fotografía de D. C. Novoa). – El día 22 de agosto inauguróse el monumento que en la ciudad de Vigo se ha erigido en honor del ilustre marino cuyo nombre ocupa una de las más hermosas páginas de la historia de la marina española. La sociedad *El Gimnasio* concibió el proyecto hace algunos años, y á su llamamiento respondieron con entusiasmo todas las provincias gallegas, en especial la de Vigo Confiado el modelado de la estatua á nuestro querido paisano el célebre escultor D. Agustín Querol, éste ha llenado su cometido como de costumbre, con lo que dicho se está que ha cumplido como bueno, produciendo una obra digna de la extendida y justa fama de que goza en el mundo del arte. Querol representa á Méndez Núñez en el momento de pronunciar aquellas sublimes palabras: «Más vale honra sin barcos que barcos sin honra,» y es innegable que tanto en la actitud como en la expresión de la estatua ha sabido el escultor imprimir toda la grandeza que encerró en su alma el invicto héroe del Callao.

En el centro del grupo que hay junto al monumento está de pie el ilustrado marino, inventor del submarino de su nombre, D. Isaac Peral, á quien se invitó expresamente para asistir á la inauguración de la estatua; detrás de él, sentado en el zócalo, el autor de la escultura; Sr. Querol, y á ambos lados de ellos la Junta de *El Gimnasio*, algunos distinguidos escritores y varias personas notables de Vigo.

Santo Tomás de Aquino, estatua de César Aurelli. – Por iniciativa del Seminario de Roma abrióse una suscripción, en la que han interesado todos los seminarios del mundo, para regalar al Sumo Pontífice la estatua de Santo Tomás de Aquino, á quien profesa especial veneración Su Santidad León XIII. De la ejecución de la misma se encargó el notable escultor romano César Aurelli, el cual expuso en la Exposición vaticana de 1888 el modelo en yeso de la obra que recientemente ha terminado en mármol y que ya entonces fué la admiración de cuantos la vieron.

La estatua del eximio autor de la *Summa theologica* está destinada á la Biblioteca del Vaticano, y á la verdad no podía destinarse á sitio más apropiado la efigie del Doctor angélico, que ha sido indudablemente uno de los más grandes teólogos de la Edad media, cuyo sistema filosófico es uno de los más notables monumentos del espíritu humano y cuya *Summa* fué colocada por los padres del Concilio Tridentino al lado de los libros santos.

Para ver esta estatua decidióse el Papa á visitar el estudio de Aurelli, situado muy cerca del Vaticano, hecho del que tanto se habló y que dió lugar á animados comentarios y controversias, en las que no hemos de entrar porque nos lo veda la índole de nuestra publicación.

El Zoco de fuera, Tánger (de una fotografía instantánea). – Edmundo de Amicis dice en su viaje á Marruecos, hablando del Zoco, que de todos los sitios que ha visitado en el Imperio marroquí es éste el que más vivamente le ha hecho sentir el carácter del país, lo cual se explica perfectamente, porque siendo el lugar en donde todos los jueves y domingos se celebra un importante mercado, júntase en él una muchedumbre abigarrada que no puede menos de llamar poderosamente la atención del viajero por sus trajes, por sus costumbres y sobre todo por el animadísimo espectáculo que ofrece. Es además el sitio por donde pasan los jueves por la tarde los cortejos de las bodas árabes.

Forma el Zoco una gran plaza abierta en el flanco de una colina, en cuya cúspide se alza la Alcazaba ó recinto fortificado y puede decirse que constituye la única curiosidad de Tánger, ciudad de estrechas y laberínticas calles y pobre de monumentos, es decir, con todos los defectos y sin ninguna de las bellezas de las ciudades árabes.

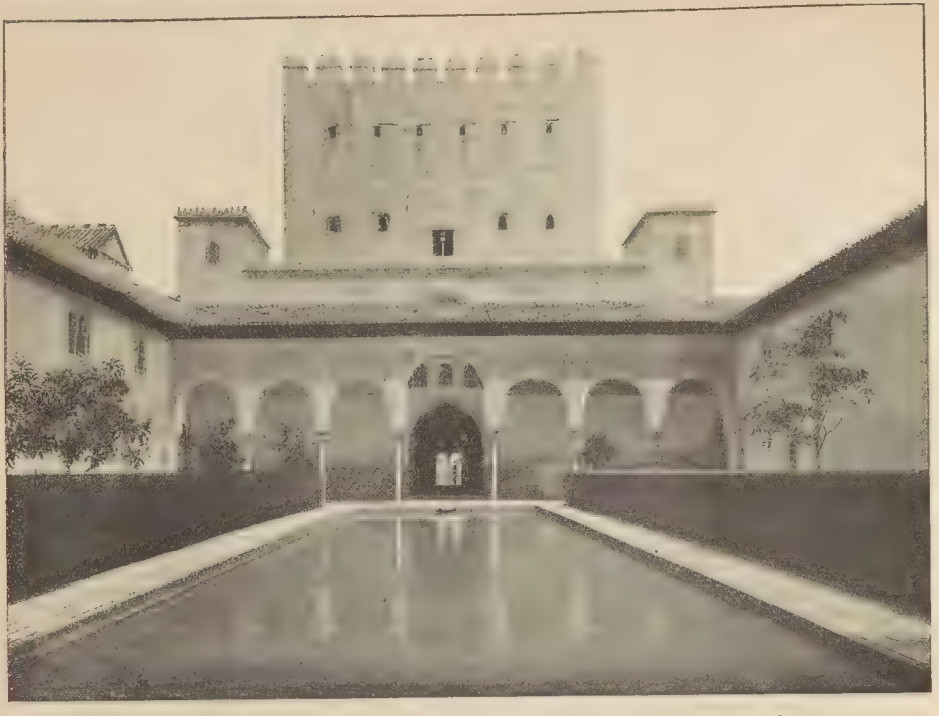
En amorosa contemplación, cuadro de Marco Stone. – La moderna escuela inglesa ha producido pocos cuadros tan poéticamente concebidos y tan bien ejecutados como el de Marco Stone que reproducimos y cuyas bellezas permite apreciar hasta en sus menores detalles el hermoso grabado de Ricardo Bong. Hay en este lienzo una armonía tan perfecta entre el poético paisaje que ostenta en toda su esplendidez las mejores galas de la naturaleza y el sentimiento de que están poseídos los dos enamorados jóvenes, que al contemplarlo se experimenta esa impresión agradable que en el ánimo produce la presencia de lo verdaderamente bello, no turbada por la más pequeña discordancia La pasión que se refleja en los dos rostros se adivina sin el menor esfuerzo con sólo fijar la atención en la mirada de él y en la ruborosa actitud de ella: esto por lo que toca á la parte íntima. En lo que respecta á la mecánica, las dos figuras admirablemente colocadas y el paisaje hábilmente escogido acusan en el autor un conocimiento profundo de los recursos que posee el arte para hacer que la pintura llegue á confundirse, en lo humanamente posible, con la realidad misma.

La Alhambra. - Patio de los Arrayanes –Vestíbulo que precede á la Sala de la Barca, casi destruído por el fuego. Por la galería que se ve en el fondo y que comunica con la sala de la Barca ó *baraka* se supone que comenzó el incendio que en la noche del 15 del presenmes amenazó destruir la portentosa maravilla, única en el mundo, que se alza en la ciudad de Granada

No es nuestro propósito ocuparnos de este siniestro, que por fortuna ha tenido consecuencias menos terribles de lo que se podía temer, ni en investigar sus causas, ni en señalar responsabilidades: esto nos llevaría demasiado lejos tal vez, y nos obligaría á extendernos en consideraciones que, si pueden tener cabida en otras secciones de la ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, holgarían en ésta, destinada á descripción de los grabados. Nos concretaremos, pues, á dar una idea de lo que es el patio de los Arrayanes ó de la Alberca.

El llamado *patio de los Arrayanes* es el mayor del edificio y presenta á la vez el aspecto de una sala, de un patio y de un jardín. Un gran receptáculo rectangular lleno de agua, rodeado de una hilera de mirtos, se extiende de un lado á otro del patio, reflejando cual limpio espejo los arcos, arabescos é inscripciones de las paredes. A la derecha de la entrada se ven dos hileras superpuestas de arcos moriscos, sostenidos por ligeras columnas, y del lado opuesto del patio se eleva una torre con una puerta, por la cual se entrevén las salas interiores medio obscuras, las pequeñas ventanas con sus ajimeces, y por entre las ventanas el azul del cielo y las cumbres de las lejanas montañas

Las paredes se hallan adornadas hasta cierta altura por zócalos de espléndidos mosaicos y desde éstos hasta arriba de arabescos de delicado dibujo que parecen moverse y cambiar á cada paso Aquí y allá entre las trecerías intrincadas y á lo largo de los arcos serpentean y se enlazan como guirnaldas inscripciones árabes que encierran saludos, proverbios y sentencias. Junto á la puerta de entrada se lee en gruesos caracteres: «¡Salud eternal!» «Bendición,» «Prosperidad,» «Felicidad,» «Alabado sea Dios por el beneficio de Islam.» A otro lado se ve escrito: «Yo busco mi refugio en el Señor de la Aurorá. – ¡Oh Dios! A ti se deben acción de gracia eterna y alabanzas imperecederas » En otras partes se leen versículos del Aclorán y poesías enteras en alabanza de los califas.



LA ALHAMBRA. – Patio de los Arrayanes. – Vestíbulo que precede á la Sala de la Barca, casi destruído por el fuego

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustracion Artística

Año IX — Barcelona 6 de octubre de 1890 — Núm. 458

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



EXCMO. SR. D. FRANCISCO DE P. RIUS Y TAULET, primer marqués de Olérdola

Alcalde que fué de Barcelona, † el 26 de Septiembre (Dibujo de J. M. Marqués)

SUMARIO

Texto.—*El águila real (Aquila fulva)*, por el Dr. Brehm. — SECCIÓN AMERICANA: *Una exploración enojosa*, escrito é ilustrado por Federico Remington. — *La frase final*, por José M. Matheu. — *El DO de pecho* (continuación), por L. Cánovas. — SECCIÓN CIENTÍFICA: *El telégrafo taquigráfico, sistema A. Cassagnes.* — *Las proyecciones y la enseñanza.* — *Toda una juventud* (continuación), por Francisco Copée. Ilustraciones de Emilio Bayard. Grabado de Huyot. — *Nuestros grabados.* — Libros enviados por autores ó editores.

Grabados.—*Excmo. Sr. D. Francisco de P. Rius y Taulet*, primer marqués de Olérdola y alcalde que fué de Barcelona, fallecido el 26 de septiembre de 1890. (Dibujó de J. M: Marqués) — *Marcha por el desierto*; *Silla de montar para viaje*; *Subiendo una cuesta*; *Un arriero*; *Una charca en el desierto*; *Marcha por las montañas*; *Escena de campamento*; *Un percance*; *Lenguaje mímico*; *Alto por el camino para afianzar los fardos*; *Bajando una cuesta*; *Un trago de brandy*, doce grabados correspondientes al artículo titulado *Una exploración enojosa.* — *Salón Parés. El duelo interrumpido*, cuadro de D. José Garnelo, premiado con medalla de segunda clase en la última Exposición Nacional de Bellas Artes de Madrid. — Figuras 1 á 6. El telégrafo taquigráfico. Aparato receptor é impresor y varios diseños é impresiones. — Figuras 1, 2 y 3. Cuba-laboratorio para proyecciones y sus accesorios. — *Monumento erigido en Verjux en honor de Mme. Boucicaut*, fundadora del *Bon Marché*, obra del arquitecto M. Boileau y del escultor M. Perrey.

EL ÁGUILA REAL

(AQUILA FULVA)

Si al león se le tiene por el rey de los mamíferos, al águila corresponde este atributo entre las aves. Ninguna de éstas se le disputa, todas reconocen su absoluto poder sobre ellas, y la temen como á su más poderoso, cruel y temible enemigo. Tampoco le niegan los hombres su majestad real, y las más poderosas naciones del mundo han puesto el emblema del águila en su escudo de armas. Bajo las águilas se batían ya las legiones del Imperio romano, y el águila constituye hoy día el blasón del Imperio alemán, del austriaco y del moscovita, como el de la República de los Estados Unidos de América. La efigie de la misma coronaba, así los victoriosos estandartes del primer Imperio francés, como las banderas vencidas del segundo.

El águila real ocupa el primer lugar entre todas las demás especies de la familia, pues aunque en tamaño la supera el águila de mar, ésta no puede compararse con ella en punto á noble aspecto y á fuerza.

El águila real habita toda la Europa; su plumaje es de color pardo obscuro; la cabeza, el cogote y la nuca están cubiertos de plumas de color dorado y la raíz de la cola forma una faja cenicienta. Su pico es fuerte y puntiagudo y sus garras largas y afiladas cual punzantes alfileres. Fuerza y valor, poder y conocimiento de éste aparecen reflejados, no sólo en su figura, sino también en la mirada de sus grandes, hermosos y relucientes ojos.

Mide nuestra ave de la punta de una ala á la otra unos dos metros treinta centímetros y un metro de largo desde el pico hasta el fin de la cola. A pesar de no ser la mayor de las águilas, es la más perfecta, la verdadera, y por eso le llama la gente *águila real.* Como todas las *águilas nobles,* lleva los pies calzados de pluma hasta los dedos, mientras otras de la misma familia, las águilas de mar, de peces y de culebras, que los naturalistas miramos como innobles, los tienen descalzos.

Al águila real se la encuentra en Europa, en el Norte de Asia y de América, en todos aquellos parajes donde hay grandes bosques; prefiere, sin embargo, las regiones montañosas á la llanura. Donde el hombre domina por completo el territorio, de allí desaparece el águila real; por eso se la ve rara vez en la Europa central, mientras abunda todavía en el Mediodía y en el Norte de nuestro continente. Donde una vez ha fijado su residencia, allí se la ve, lo mismo en el verano que en el invierno, porque el águila no emigra, y sólo traspasa los límites de su territorio en el caso de que éste no le dé el alimento necesario. En esto se distingue de todos sus semejantes menores, que todos los años emigran al Sur, algunos hasta el centro de Africa.

Todos los movimientos de esta majestuosa ave son rápidos y seguros. Su vuelo es más bien un cernerse en el aire; casi sin mover las alas traspasa rápidamente largas distancias. Andando ó saltando en el suelo, parece otra, y pierde toda la elegancia y gravedad que ostenta cuando está sentada, derecha como un hombre de pie, encima de un risco ó de la punta de un gigantesco árbol secular.

Indescriptible terror se apodera de todos los animales débiles al aparecer el águila real; su voz de reclamo, un chillante *jía, jía ó quija, quija* que de vez en cuando lanza al aire, es bastante para que mamíferos y aves emprendan espantados precipitada carrera ó rápido vuelo, á fin de esconderse y escapar de las temibles garras de su implacable y sanguinario enemigo. Pero á la vista perspicaz del águila real no se le oculta fácilmente la apetecible presa en que ya se había fijado.

Tranquila, y al parecer indiferente de lo que en la tierra pasa, describe el rey de las aves en lo alto del éter sus círculos, reconociendo, sin embargo, escrupulosamente el terreno y escudriñando peñas, arbustos, campos y lagunas De repente encoge sus poderosas alas, y en dirección oblicua se precipita cual el rayo desde la altura á la tierra ó al agua del lago, y estiradas las patas y abiertas las garras, para clavarlas en la espalda de su elegida víctima, cae sobre ella.

Desde la temerosa corza hasta el roedor ratón, desde la recelosa avutarda, que con tanta maña sabe burlarse del hombre cazador, hasta la veloz paloma ó el acuático ánade, nadie está seguro de las garras del águila real; lo que ésta puede vencer y llevárselo, lo ataca sin temor y sin compasión. No perdona ni al niño pequeño que está jugando en el suelo al lado de sus padres en el campo, y bastantes ejemplos hay de haberse un águila llevado á una criatura para cebar con su carne á sus aguiluchos. El perro de caza ha sido cogido muchas veces por el rey de las aves, levantado al aire y llevado al nido, á pesar de los disparos del cazador sobre el atrevido ladrón. A la astuta zorra no le sirven sus mañas; el águila real le clava sus garras y se la lleva; alguna vez, sin embargo, el ave paga caro su atrevimiento, porque la zorra consigue cortar con sus dientes las arterias del cuello de su raptor y caer con él otra vez sobre la tierra, aunque herida por las afiladas garras de su enemigo.

Cervatos y corcitos, jabatos, corderos y cabritos, liebres y conejos, tejones y gatos son la presa ordinaria del águila real, aunque tampoco desprecia ni al topo ni al ratón campestre en cuanto éstos salen por un momento de sus habitaciones subterráneas. De las aves, caen en poder del terrible carnicero silvestre la grulla, la cigüeña, el ganso, el pato, la perdiz, la codorniz, el pavo y la gallina casera, la paloma torcaz y la doméstica.

Por lo dicho se comprende fácilmente el daño que un águila real hace en el territorio que ha elegido por sitio de su residencia, y doble ó triple se dejan sentir sus estragos en la época de la cría, cuando la pareja tiene que buscar alimento para sus hijos.

El águila real lo mismo coge la presa cuando ésta está sentada ó nadando, que cuando corre ó vuela. Únicamente refugiándose la víctima en una cueva ó en lo más espeso de un bosque ó sumergiéndose en el agua, puede salvarse de su implacable enemigo. Generalmente éste la ahoga entre sus poderosas garras, pero algunas veces, á pesar de sus quejidos y gritos, empieza á comérsela viva. Frecuente es ver al águila perseguir al noble halcón de caza, en cuanto éste ha cogido alguna pieza, y se la lleva en las garras para comérsela encima de su predilecto peñasco. El halcón perseguido suelta entonces con desprecio su presa y se la deja á su más poderoso perseguidor, que la coge en el aire antes de que llegue á tocar el suelo.

No desprecia el águila real la carne fresca de un animal muerto; he matado buen número de ellas cuando acudían á devorar la carne que había puesto de cebo para ellas y para los buitres. Antes de tocar á tal comida, se sentaba el águila encima de una peña cercana ó de otro punto más elevado, que la permitía reconocer con su perspicaz vista todo el terreno que á su alrededor se extendía. Allí quieta por espacio de media ó de una hora, observaba escrupulosamente todo lo que pasaba, y cuando se había asegurado de que no le amenazaba peligro ninguno, venía volando hasta un par de pasos de distancia del cebo, se sentaba en el suelo, escudriñaba otra vez durante algún rato el terreno, y luego se acercaba á la carne y empezaba á comer de ella, sin manifestar ansia alguna y siempre con mucho recelo, porque después de cada bocado que engullía volvía á tender su escrutadora mirada á su alrededor. El puesto en que yo me ocultaba estaba tan disimuladamente hecho, cubierto espesamente de ramaje y luego de matas de romero ó tomillos, que no podía distinguir, á pesar de su vista de águila, á su escondido cazador. Una vez sucedió que un águila real se sentó sobre el mismo tollo en que yo estaba oculto, y allí, á la corta distancia de medio metro encima de mi cabeza, se quedó quieta más de media hora.

El águila bebe con afán la sangre de sus víctimas, que puede decirse que constituye su bebida predilecta, porque pasan semanas sin que pruebe el agua.

En marzo hace el águila real su nido, aprovechando casi siempre el mismo de otros años, ó escogiendo un sitio nuevo para ella, si el año anterior le ha sucedido algún percance en su antigua casa. Generalmente anida en algún hueco de un inaccesible peñasco ó encima de la corona de uno de los más altos árboles. El nido lo construye con fuertes palos, sobre los cuales coloca ramas secas de menor tamaño, y encima de éstas otras más delgadas, raíces, pedazos de lana que ha recogido, pelo de animales de todas especies, y hasta trozos de cuerdas que ha encontrado en el campo. El nido, cuando ha servido ya algunos años y ha sido remendado cada primavera, llega á tener tal extensión que un hombre se puede echar en él y estar tendido sin que se le vean asomar ni la cabeza de un lado, ni del otro opuesto los pies.

Conocí en los alrededores del Escorial uno de estos nidos de águilas, y á pesar de haber matado la pareja de ellas que le habitaba y recogido sus dos hijos, al año siguiente estaba el nido ocupado por otro matrimonio; también maté á éste y cogí á sus aguiluchos, y sin embargo, otros dos años seguidos pude repetir lo mismo, hasta que al quinto el dueño del terreno había cortado el pino que tanto atractivo tenía para las águilas y no menos para mí.

Mientras el águila construye su nido, se ve á la pareja hacer en el aire toda clase de ejercicios gimnásticos, elevarse en espiral por encima de las nubes, arrojarse desde la altura hasta casi tocar el suelo, describir círculos en el transparente éter y jugar el macho con la hembra; da gusto observar á los dos y admirar cómo dominan su elemento, el espacio.

La hembra pone casi siempre sólo dos huevos, muy rara vez tres. Estos son de bastante tamaño, de figura redonda y de color blanco sucio con manchitas rojizas. Los pollos salen del huevo cubiertos del todo de una especie de lana blanca, que va cayendo poco á poco á medida que van naciendo las plumas; sin embargo, se la puede observar todavía adherida á la punta de éstas cuando el aguilucho está ya crecido. Más de dos pollos no se encuentran nunca en el nido del águila real. Sus padres los ceban con abundancia, y en la época de la cría parece el nido del águila una carnicería, pues en él se ven muslos de liebre y conejo, piernas de cordero y cabrito, perdices, etc.

En los primeros días después de haber salido los pollos del huevo, los ceban los padres con carne reblandecida ó medio digerida en su buche; luego se la dan fresca, pero cortada ya por su pico en pedacitos; más adelante les llevan las piezas cazadas enteras, y empiezan á comer algo de ellas delante de sus hijos, los cuales, imitando su ejemplo, pican de la carne hasta que poco á poco se la comen.

Los aguiluchos necesitan lo menos tres meses para poder salir del nido y volar. Mientras están en el nido los padres cuidan bien de ellos para que nadie les haga daño, y no permiten que ninguna otra ave de rapiña se acerque al sitio en donde aquél está situado. Uno de los padres vigila constantemente su cría, mientras el otro caza. Hasta al hombre que se atreve á subir al nido y coger los pollos suelen atacarle con tal furia, que ó le obligan á retroceder ó á exponerse á ser gravemente herido por ellos. Sobre eso circulan noticias curiosas, en particular de Italia, del Tirol, de Suiza y otros países. Una de ellas dice que un cazador atrevido bajó atado de una larga cuerda á un nido de águilas que se hallaba en el hueco de una altísima peña, que subía perpendicular de un profundo abismo. Sus compañeros sujetaban arriba la cuerda y esperaban la señal para volverle á subir. Armado de un sable llegó nuestro hombre felizmente al nido, cogió á los dos aguiluchos, que cuando se vieron agarrados por él pegaron agudos chillidos, los metió en el saco que llevaba atado á la espalda y dió la convenida señal para que le subieran, cuando de repente se presentan los padres, que con la velocidad del rayo se precipitan sobre el raptor de sus hijos, atacándole con las garras y el pico. El valiente mozo desenvaina su sable y pega sablazos á derecha é izquierda para defenderse contra los impetuosos ataques de las furiosas aves. De repente siente un golpe en la cuerda, y mirando hacia arriba descubre con espanto y horror que una de las cuchilladas la ha cortado casi por completo. Al fin llega felizmente arriba; pero ¡cuál sería la sorpresa de sus compañeros cuando le miran y ven que el hermoso pelo castaño del muchacho se había puesto del todo blanco por la impresión del terror y susto pasados.

Salidos los aguiluchos del nido son adiestrados por sus padres durante un par de meses en el arte de cazar y en el modo de buscarse la vida. Después se separan de ellos y vagan por el país algunos años, hasta que se aparejan y construyen su nido. Hasta el quinto año ningún águila real ostenta el plumaje en todo su desarrollo, por lo que hace al color, y hasta entonces no cría. Algunos naturalistas opinan que mientras el águila real no tiene diez años de edad no piensa en buscarse su futura compañera.

En algunos países, principalmente de Asia, como en Persia, Siberia y otros, enseñan al águila, como al halcón de caza, á cazar y coger con ella corzos, cabras montesas, gacelas, liebres, zorras y hasta lobos, cisnes, grullas, gansos y ánades.

Dr. Brehm



Marcha por el desierto

SECCION AMERICANA

UNA EXPLORACIÓN ENOJOSA

ESCRITO É ILUSTRADO POR FEDERICO REMINGTON



Silla de montar para viaje

Hallábame en la habitación de un teniente amigo mío, que estaba de servicio en el fuerte Grant, en el Sur de los Estados Unidos, y me refocilaba con un buen habano, complaciéndome en contemplar, á través de una ventanilla, las nubes de polvo, al paso que me congratulaba de estar en aquel cómodo alojamiento, libre por el pronto del calor, que en el territorio de Arizona tiene algo de espantoso durante el verano.

De pronto entró el teniente, que dejando su gorra sobre la mesa, sacó tabaco para hacer un cigarrillo de papel.

– Sepa V., me dijo, que el jefe me ha dado orden de emprender una exploración hacia San Carlos, y que debo marchar mañana á primera hora. ¿Quiere V. venir conmigo?

Así diciendo, encendió su cigarrillo é interrogóme de nuevo con la mirada.

A decir verdad, yo estaba muy á gusto en aquel momento, y sabía por experiencia propia que viajar en verano, bajo el ardiente sol de Arizona, era someterse á un tormento. Por otra parte, recordaba que mi amigo el teniente era un jinete infatigable, y pensé que sin duda iba á elegir otros no menos endurecidos que él para que le acompañaran, á fin de recorrer el país con toda la rapidez posible. Yo no tenía reputación de ser tan consumado jinete, sin contar que hacía lo menos un año que no montaba, y por último, no ignoraba que todos cuantos acompañan á los dragones del regimiento número 10 no han de esperar más alimento que el que á cada soldado corresponde.

Sin embargo, deseaba mucho viajar por el país en la dirección Norte, y sin reflexionar mucho acepté la invitación.

– Debe V. comprender, continuó el teniente entre grave y jocoso, mirándome con aire de superioridad, que al venir con nosotros quedará sometido á la disciplina.

– Ya lo sé, repuse irónicamente.

– Pues en pie, paisano, en pie, caballero, y á la orden, prosiguió el oficial con acento breve y aparente formalidad.

– Nunca obedeceré en este punto de tan buena gana como después de haber montado dos días un caballo del gobierno, repliqué, pues entonces me agradará de fijo más estar de pie que montado.

– Bien, bien, dijo el teniente, ya que estamos convenidos, hágame el obsequio de ir á la cuadra para escoger la montura que más le agrade, ó si no, mejor será que yo le acompañe. V. será buen jinete, pero me parece que vamos á dejarle atrás.

Dicho esto, los dos bajamos á la cuadra, ó mejor dicho, al corral, donde varios soldados negros con chaquetones blancos ocupábanse en limpiar el sucio pelaje de algunos caballos; debo advertir que el regimiento de caballería número 10 del ejército de los Estados Unidos se compone de hombres de colór. El finísimo polvo alcalino del país se adhiere como una lapa á cuantos objetos se hallan al aire libre, y de consiguiente, limpiar los caballos es casi tan inútil como empeñarse en barrer el agua del mar en la playa con una escoba.

Se eligió para mí un caballo veterano, pero de buena estampa; el tal cuadrúpedo, de mucha alzada, era fuerte y sano al parecer, pero en la parte posterior del cuello tenía una llaga, que sin duda se había cerrado hacía tiempo. A esto se debía tal vez que el animal fuese díscolo y maligno, defecto que conocían seguramente todos los soldados, pues uno de ellos me dijo: «Ya puede ir alerta su señoría, porque si no, ese caballo le hará saltar de la silla.»

El teniente me dijo que si conseguía montar aquel cuadrúpedo hasta el fin, sin que se le abriese la llaga cicatrizada, me cubriría de gloria.

– Por lo demás, añadió mi amigo, si V. no es práctico en el terreno, ese caballo le conoce á palmos, y sin duda no hay hoyo alguno donde no haya sentado el anca, pues hace cinco años que recorre el territorio.

Satisfecho de mi montura, me retiré al pabellón; llegada la noche, varios oficiales fueron á visitarme, y permitiéronse algunas bromas sobre mi capricho de montar *el caballo de la llaga*, haciendo tristes pronósticos sobre las consecuencias de tal viaje.

– El ciudadano de Nueva York viene á competir con los dragones en punto á equitación, dijo uno de los oficiales á mi amigo el teniente, y bien veo que no quieres que se vaya de aquí pensando que no sabemos montar.

No me costó mucho comprender que los oficiales se proponían humillarme en la próxima excursión, suponiendo que yo me envanecía de ser buen jinete; pero esto me importaba poco, pues mi único objeto era ver el país que se proyectaba recorrer.

Por la mañana, á primera hora, despertóme el asistente de mi amigo, y al punto me levanté para ponerme el traje de campaña. El caballo, que ya estaba á la puerta, fijó en su nuevo jinete paisano una malévola mirada, lo cual me hizo pensar que hasta los cuadrúpedos pertenecientes al ejército participaban de ese tranquilo desdén con que el soldado mira al hijo de la ciudad, y que no es otra cosa sino una manifestación del espíritu militar, tan antiguo sin duda como la época en que los hombres se armaron para combatir contra sus semejantes.

A dos pasos del fuerte habíanse reunido ya todos los que debían tomar parte en la expedición. De pie, junto á su montura, distinguíase entre todos un sargento veterano, de elevada estatura y marcial aspecto, hombre endurecido ya en los combates, según lo demostraban algunas cicatrices; más allá cuatro soldados, con su pintoresco uniforme de



Subiendo una cuesta



Un arriero

campaña, parecían esperar órdenes, y dos muleteros, con sus broncos cargados de paquetes, se disponían á marchar.

Mi amigo llegó muy pronto, seguido de un ordenanza que conducía su caballo, y saltando ligeramente á la silla, dió la orden de montar. Poco después perdíamos de vista el grupo de casuchas que constituye un pueblo militar de la frontera, y entonces nos detuvimos para que los caballos bebieran en una charca casi seca, pues no habíamos de encontrar ya más agua en un trayecto de muchas millas. Después penetramos resueltamente en el desierto.

A la cabeza de la caravana íbamos el teniente y yo; seguían, de uno en fondo, cinco soldados, que montaban descuidadamente, apoyando apenas el pie en el largo estribo usado por la caballería de la Unión; las alas de sus sombreros les cubrían casi los ojos, y su equipo de campaña, carabina, frasco de pólvora y municiones, parecióme no molestarles mucho. En último término iban las mulas, en número de cuatro, cargadas de paquetes y bagajes, y dos de ellas montadas por sus conductores, que á cada momento las reprendían con voz estentórea, porque los buenos animales, avanzando á veces con un trote desordenado, deteníanse otras para arrancar la escasa hierba que encontraban al paso. Debo advertir que los muleteros debían ir alerta para evitar que sus cuadrúpedos se saliesen de la línea y escaparan para volver al fuerte, como lo habrían hecho sin duda al menor descuido.

El sol, elevándose cada vez á mayor altura, comenzaba á brillar con toda su fuerza; nubes de un polvo amarillo, levantadas por los caballos, rodeábannos por todas partes, y después iban á depositarse sobre las hierbas secas; á nuestra derecha extendíase la línea purpúrea de Sierra Bonitas, que se perdía gradualmente entre las brumas del desierto horizonte, y sobre nosotros, la bóveda azul, límpida y serena, no presentaba la más ligera nube.

Muy pronto volvemos á detenernos y nos apeamos para que los muleteros aten de nuevo los paquetes y fardos que se han aflojado; pero como cada hombre se cuida de su caballo, la operación no se prolonga en demasía, y podemos continuar la marcha, comenzando á subir por la pendiente que conduce á las Sierras. La cuesta es cada vez más empinada, y al fin forma un ángulo asombroso.

Al llegar á cierta altura, el teniente da la orden de desmontar; obedecemos al punto, dejando la brida sobre el cuello del caballo, y el cantinero se encarga de servir de beber. Entonces observo que cada hombre saca de la ancha campana de su bota de montar una hoja de tabaco de un pie de longitud, y arranca con los dientes un pedazo para mascarle. Esto me divierte mucho, y al mismo tiempo no puedo menos de admirar el ingenio del soldado, reflexionando que el oficial inventor de la bota de montar no pensó seguramente que ésta serviría también de petaca.

Siempre montaña arriba, tan pronto encontramos alguna arboleda, espesos matorrales y el terreno cubierto de fragmentos de roca, como pendientes casi perpendiculares y un suelo de superficie tan tersa como la palma de la mano. Entonces pensé que la caballería no era propia para recorrer semejantes sitios; pero después he reconocido que cualquiera de estos oficiales que haya cazado apaches no vacilaría en escalar el monumento de Bunker Hill.

Las pendientes de Sierra Bonitas son muy escabrosas, y como el aire se rarificaba cada vez más á medida que ascendíamos, al fin parecióme que me faltaba el aliento, y me confirmé en ello por los fuertes resoplidos de mi caballo, montañés veterano que tantas veces había recorrido la montaña.

El teniente, que iba á la cabeza de la caravana, se apeó de pronto, y yo imité su ejemplo porque ya no podía resistir más. Jamás roca alguna me había parecido tan blanda como aquella en que entonces me senté, y estoy seguro que tampoco mi caballo había tenido nunca tanto sueño, pues dejando escapar un fuerte resoplido, dejóse caer en tierra, inclinó la cabeza, y un momento después dormía profundamente.

Los soldados negros, sentados acá y allá, me inspiraron alguna compasión; el sudor hacía brillar su piel; mas no parecían cansados, pues reíanse y bromeaban como si acabasen de dar un paseo; se conforman con todo, y nunca se quejan ni murmuran, cualidad sumamente apreciable en ellos. Algunos oficiales me confesaron que durante las marchas monótonas ó un prolongado servicio en el campamento, cuando su espíritu se deprime y están completamente aburridos, bástales visitar los grupos de negros alrededor de sus hogueras para distraerse y reirse al oir los absurdos de sus soldados. Las relaciones personales pueden ser mucho más íntimas entre oficiales blancos y soldados negros que en el ejército en que todos son blancos, sin que por eso se rompan las barreras que son necesarias para la disciplina militar. Los soldados admiran á un buen oficial, confían en él, y hasta le buscan para pedirle consejo sobre sus asuntos particulares.

Después de tomar un frugal refrigerio, continuamos nuestra marcha *hacia las nubes*, y trepando durante largas horas, llegamos al fin á la cima de la Sierra. A nuestros pies veíamos la inmensa llanura amarillenta del valle llamado del Manantial de Azufre, y frente á nosotros desarrollábase el del río Gila, semejante al lecho de un mar sin agua. Aquí el teniente hizo sus observaciones y ocupóse en trazar el itinerario que debíamos seguir. En cumplimiento de una orden del gobernador, general Miles, las partidas exploradoras, como la nuestra, salen de continuo de la cadena de fuertes que circuye la gran Reserva de San Carlos, siendo el objeto evitar las intentonas de los apaches y familiarizar á los oficiales y soldados con las vastas soledades de las montañas y del desierto. A la vez se abren nuevos senderos para las columnas de caballería y se reconocen todos los sitios que puedan ocultar enemigos. De este modo, los apaches suelen ver con frecuencia á nuestros soldados, y esto produce saludable efecto en el ánimo de los salvajes.

Llegados á la cima de la Sierra, como ya he dicho, era indispensable bajar por el otro lado, y con esto comenzó una nueva prueba. La perspectiva de verse arrollado por los que iban detrás á consecuencia de la caída de un caballo ó cualquier otro percance, bastaba para que todos fuesen muy alerta; mas por fortuna los cuadrúpedos de allí tienen el pie seguro, y rara vez tropiezan, excepto en el caso en que un espacio de terreno ceda traidoramente y haga rodar por tierra al caballo que le pisa. En la cumbre la vista era magnífica, y además no hacía tanto calor, porque los pinos interceptaban los rayos del astro del día.

Bajábamos trazando curvas entre moles peñascosas, cuando de pronto nos encontramos en una especie de cornisa de roca. Quisimos evitarla haciendo un rodeo; pero después de una fatigosa marcha volvimos á dar con una parte de ella, que era preciso franquear en un trayecto de cien pies por lo menos. El teniente, después de contemplar las profundidades ocultas en el fondo por la maleza, limitóse á decir con cómica gravedad que aquel sería el mejor sitio para bajar pronto. No pude menos de convenir en ello, reconociendo que no se tardaría en llegar al fondo, una vez lanzado en el espacio; pero en cuanto á mí, no experimentaba el menor deseo de dar semejante brinco.

Cogiendo de la brida su caballo, el joven oficial comenzó á bajar. La pendiente formaba un ángulo no menor de sesenta grados, y estaba cubierta de fragmentos de piedra y de peñascos, algunos de ellos ocultos en parte por la maleza. El caballo de mi amigo vaciló un momento, después inclinó la cabeza poco á poco, adelantó un pie y emprendió la marcha; pero de pronto tropezó en una gran piedra cubierta de tierra, que rodó por el precipicio abajo, rebotando en las salientes de roca, hasta que se detuvo en el fondo. Si la situación no hubiera sido tan crítica, me habría parecido chistosa, porque el ángulo de inclinación era tan considerable, que el caballo quedó sentado sobre el cuarto posterior como un perro. «¡Vamos!,» gritó el teniente, y como yo iba detrás de él por la estrecha cornisa y no podía retroceder ni dejar á ninguno el paso libre, hice de tripas corazón, como vulgarmente se dice, y avancé sin vacilar. Mi viejo caballo manifestaba la mayor indiferencia, y bajamos rápidamente, arrastrando tras nosotros la parte de guijarros y tierra que á cada cual acompañaba. Los soldados negros nos seguían con tanta holgura como si se hallaran en una planicie, y cuando hubieron pasado me entretuve en observar las mulas. Tenía confianza


Una charca en el desierto



Marcha por las montañas

en el instinto y destreza de estos cuadrúpedos; y en efecto, vilos bajar sin tropezar apenas una vez en las piedras que se hallaban á su paso. Detrás iban los muleteros, y confieso que me asombró la facilidad é indiferencia con que pasaban por aquel peligroso sitio.

Franqueada la cornisa, proseguimos nuestro viaje montaña abajo por lo que llaman en el país un *cañón*. Poco después formamos nuestro campamento junto á una pequeña colina, cerca de la cual deslizábase un arroyuelo; dejáronse en tierra los arreos y bagajes, y las mulas fueron conducidas á la falda de la montaña por un soldado, que, carabina en mano, para vigilarlas más cómodamente fué á sentarse en una roca.

Yo estaba rendido de fatiga, y el hambre me aguijoneaba; mas por lo que vi no debía esperar mitigarlo por el pronto. Encendida la hoguera de costumbre, nos sentamos alrededor para hablar. Un muletero viejo tenía al parecer fecunda imaginación para contar historias, inventadas algunas tal vez, pero verdaderas otras y referentes á varios curiosos episodios de su vida pasada Los demás muleteros formaron círculo, y uno de ellos, mostrando una baraja, propuso á los otros jugar algunos cuartos. Para que la distracción fuese completa, cada cual sacó una pipa ó un pedazo de hoja de tabaco, conservado en la bota, como ya he indicado antes. El juego prosiguió hasta que ya no fué suficiente el resplandor de la hoguera para ver los naipes, y como los soldados no usan tiendas de campaña en este país, nos embozamos en nuestras mantas para descansar al fin de nuestra fatigosa excursión Antes de cerrar los ojos observé la figura del centinela, que iluminada por el último fulgor rojizo del sol, parecióme un gigante; luego miré la azulada cúpula de un cielo tachonado de estrellas, y un momento después dormía profundamente.

Al despertar á la mañana siguiente, un torrente de luz iluminaba la montaña, que desde lejos habría parecido de oro en aquel instante, mientras que los tintes grises de nuestro campamento se desvanecían poco á poco. Los soldados acababan de poner dos ollas de hierro sobre la hoguera, y algunos ocupábanse en limpiar los caballos. El sargento veterano, después de peinarse, atusábase el bigote, al parecer con cierta fruición. El vapor del café llegaba hasta nuestras narices, y previendo que pronto se repartiría el agradable líquido, dirigíme hacia el arroyo para lavarme cara y manos, hecho lo cual me presenté á mi amigo, y díjele que ya estaba tan fresco como si no hubiera viajado en quince días. Faltaba á la verdad, y mis tardos movimientos debían revelar sin duda que yo no era el hombre más propio para semejantes excursiones.

Nuestro descanso fué corto, y sin echarlo de ver apenas, halléme montado de nuevo y en marcha. El camino de la montaña volvía á ser incómodo, más propio para las cabras que para nuestras monturas; el viento, que amenazaba llevarse nuestros sombreros, comenzaba á soplar con fuerza, y á lo lejos veíase un espacio arenoso del desierto.

Al cabo de una hora, poco más ó menos, habíamos acabado de bajar, y entonces no fué ya necesario ir uno tras otro, y pudimos trabar conversación, con lo cual debía parecernos más corto el camino. Desmontamos para franquear una pendiente que conducía al valle del Gila, y allí comenzamos á sentir una temperatura más ardiente de lo que yo podía imaginar. El brillo deslumbrador del sol en las arenas de aquel desierto ofendía la vista, las nubes de polvo blanco alcalino elevábanse y se perdían en las alturas, sin duda porque aquél era demasiado fino para depositarse en el suelo y el calor era sofocante. Con esto había suficiente para que la conversación decayera, y tanto es así, que muy pronto volvió á reinar el silencio.

Para que se forme idea de la temperatura que reinaba, basta decir que el agua contenida en mi botella estaba tan caliente que no se podía beber, y el cañón de mi carabina se había caldeado de tal modo, que al aplicar los dedos tuve que retirarlos para no quemarme. A través de las ráfagas de aquel aire ardiente que lo secaba todo á su paso, observamos de repente un espantoso remolino de polvo, especie de tromba de arena que se elevaba en espiral, hasta que al fin fué á perderse en el intenso azul del cielo.

Los caballos avanzaban con la cabeza baja y las orejas caídas, y los soldados no podían ocultar una grave expresión de cansancio y disgusto, tanto que alguno se dormía casi sobre el cuello de su montura.

Así marchamos todo el día, con los frascos vacíos, hasta que al fin, á la caída de la tarde, dimos á vista del fuerte Tomás, donde se nos ofreció esa hospitalidad que es una especie de francmasonería entre los oficiales del ejército. El coronel hizo una deliciosa bebida, no sé con qué, y dió orden de poner hamacas en un sitio fresco, para que estuviésemos con más comodidad. El teniente F... repartió cigarros y mandó que nos preparasen un baño. Todo esto me halagó mucho y agradecílo en el alma; pero sin dejar de reconocer que el fuerte Tomás es un lugar espantoso y el más cálido que en mi concepto puede haber en la costra terrestre. El *siroco*, que reina allí de continuo, barre las arenas del desierto, y el termómetro marca con tenaz empeño la cifra 125° F. Los soldados no permanecen más de seis meses en el valle del Gila, y después se les releva. El día que salen de allí es para ellos una verdadera fiesta.

A la mañana siguiente, muy temprano, nos despedimos de nuestros bondadosos amigos, y continuó la marcha por el valle. Son tan desagradables mis recuerdos de aquella expedición, que no tengo el menor deseo de entrar en detalles, y hasta me parece que no encontraría palabras con que expresar bien mis enojos. Si alguno creyese que la vida del soldado de caballería es aquí lo mismo que bañarse en agua de rosas, bastaríale una expedición como la de que hablo para convencerse de que no tiene nada de apetecible. Las espesas nubes de polvo cubren al jinete y su caballo, sofocándolos casi, y al fin el soldado blanco no se distingue apenas del negro. El ruido que produce el caballo durante la marcha ocasiona la mayor molestia, y los jinetes no pueden ir nunca cómodamente en la silla. No se perdona sacrificio alguno para tener aquí buena caballería, y cada soldado sabe muy bien cuánto le importa conservar en buen estado su montura, pues si no lo hiciera así, cada marcha sería para él un peligro. Cuando los soldados están de guarnición nada les falta; mas llegado el día en que han de recorrer el ardiente desierto y la escarpada montaña, deben resignarse á sufrir las mayores molestias.

A través de los árboles divisamos un campamento y nos detuvimos para observarle; había allí dos ó tres tiendas de campaña y varios cobertizos formados con troncos de árboles, y en último término una acequia. Alrededor de la hoguera en que se preparaba el alimento vi tres hombres, de la frontera sin duda, á juzgar por su rudo aspecto; con sus camisetas de lana roja, su sombrero de anchas alas y su cutis bronceado, cualquiera los tomaría por piratas ó corsarios; pero con gran asombro mío, al acercarnos á ellos se levantan de improviso y saludan al teniente con la sonrisa en los labios y como si fuesen militares. Aquello era un campamento de instrucción para los indios, á la vez que un puesto de observación. Los tres hombres se condujeron con mucha cortesía; nos ofrecieron una tienda, y al punto prepararon algún alimento para oficiales y soldados. Después de comer nos echamos sobre nuestras mantas, observando los grupos de apaches de San Carlos, que nos miraban con curiosidad. Algunos de los indios conocían al teniente, á cuyas órdenes habían servido, y dábanle el nombre de «joven jefe.»

Mucha excitación se produjo entre aquellos salvajes cuando vieron que yo dibujaba en mi álbum, y forzoso fué enseñarles lo que hacía, y suspender después mi trabajo para acceder á las repetidas instancias de los indios, pues entre todos estos, los apaches en particular son los que más repugnancia manifiestan cuando se quiere retratarlos.

Al día siguiente, mientras proseguíamos nuestra marcha, rara vez perdimos de



Escena de campamento



Un percance

vista las chozas de los indios. De vez en cuando, algún salvaje desnudo aparecía de improviso detrás de un matorral, espantando al primer caballo que encontraba; pero los jinetes se han acostumbrado de tal modo á estos encuentros imprevistos, que no les causa la menor inquietud.

A lo largo del valle del Gila se pueden ver aún muchas de las piedras que fueron cimientos de las casas de una populosa ciudad desaparecida hace largo tiempo.

En lontananza se distinguían las construcciones de la agencia de San Carlos y del acantonamiento. Después de vadear el río Gila, cuyas aguas refrescaron á los caballos, nos acercamos insensiblemente á las tiendas de lona del fuerte de San Carlos; muy pronto se distinguen con toda claridad las blancas líneas de aquéllas, y al fin llegamos á la explanada, donde los oficiales se agrupan para recibirnos y felicitarnos. El capitán, al saber que yo soy un artista de Nueva York, de donde él es natural también, insiste en hacerme aceptar la hospitalidad en su



Alto por el camino para afianzar los fardos

palacio, según llama él á su tienda de campaña, que á decir verdad es la más grande y cómoda de todas.

Como ya no estábamos en nuestro propio territorio, se nombró á un oficial para que nos acompañase; era todo un caballero, muy cortés, y trabó conversación conmigo. Díjome que había pasado la mayor parte de su vida en aquel país, y que se había identificado de tal modo con los apaches, que durante las marchas procedía exactamente como si fuera un salvaje, habiendo adquirido ese instinto de localidad peculiar del hombre de la raza roja. A la mañana siguiente, llegada la hora de ponernos en marcha, me llamó la atención el traje del citado oficial. En vez de botas llevaba zapatos, y había sustituído la casaca con una camisa muy blanca. Montaba una jaquita que parecía no tener más que la piel y los huesos, y tal era el aspecto de mi hombre, que nadie le hubiera tomado por un oficial del ejército de los Estados Unidos.

El calor era insoportable, y al pasar por un *cañón*, parecióme estar en una sartén candente. Yo iba detrás del oficial de guía, y me admiró no observar en él la menor señal de molestia ni de fatiga; era insensible al cansancio, al calor y al polvo. Durante largo tiempo atravesamos entre colinas resecadas, donde el terreno, agrietado sin duda por la fuerza del calor, estaba lleno de piedras y fragmentos de roca, abundando particularmente los cactus. Aquello era la naturaleza bajo su más desagradable aspecto, y el silencio que allí reinaba oprimía el corazón.

Por la noche llegamos al fin á un sitio donde había agua, y allí acampamos. Nuestro ascético oficial fué el primero que bebió, y lo primero que hizo después fué llenar todas las vasijas de los oficiales. Los apaches de Juma, míseros salvajes, se presentan á poco en nuestro campamento, ofrecen su mano á todos con la mayor gravedad, y preguntan con muchos rodeos, según su costumbre, si tenemos bastante café y harina, sin duda con la esperanza de que se les dé un poco. La leña de la hoguera comienza á chisporrotear; los soldados forman corro, comen y beben, y después salen á relucir las barajas; los oficiales hablan de los asuntos del ejército, y yo prefiero echarme sobre mi manta para fumarme un cigarro, trabando conversación al mismo tiempo con un pequeño apache, que me mira cual si yo fuese alguna cosa extraña. Al fin puedo conciliar el sueño, pero la luz del sol vuelve á herir mis ojos cuando pienso no haber dormido aún más de media hora, y héteme otra vez á caballo.

Estamos ya en las altas colinas, y el aire es más fresco; el chaparral presenta en algunos sitios frondosa espesura; acá y allá las colinas forman cordilleras, y las moles volcánicas, algunas de ellas formidables, presentan las más extrañas formas. La cincha de mi caballo se afloja, y me apeo para arreglarla, mientras que la caravana desaparece en un barranco, de tal modo que la pierdo de vista, y un momento después ya no sé por dónde van mis compañeros. Para averiguarlo debo retroceder y subir á una altura, desde donde columbro á los muleteros en la pendiente de una montaña, no poco lejos de mí, pero de pronto vuelven á desaparecer trás un grupo de pinos, cuyas altas copas parecen desafiar las nubes.



Lenguaje mímico

Al cabo de algún tiempo consigo reunirme con el jefe de la caravana, precisamente en el momento en que se ha detenido en una cornisa de roca tan estrecha, que hasta los mismos montañeses la observan con inquietud. Un muletero acaba de descubrir una senda para bajar, pero la tal senda sería más propia para los lagartos que para los hombres. Sin embargo, no hay más remedio que pasar por allí, y por lo tanto seguimos adelante. De improviso óyese un estrépito como de estribos que chocan, manoteo de caballos, y rumor de cuerpos pesados que cayeran desde una altura; una nube de polvo nos impide observar qué ha ocurrido, y cuando se desvanece vemos que un soldado acaba de rodar con su montura por la pendiente; pero como el hombre y el cuadrúpedo se levantan muy pronto, y vuelven á subir, presumimos que no se habrían hecho mucho daño.

Aquella noche fué preciso acampar en seco, es decir, en sitio donde no había una gota de agua, y esto es tan angustioso en un país donde el calor lo reseca todo, que ni siquiera me atrevo á recordar lo mucho que sufrimos. En su consecuencia, todos se alegraron de emprender la marcha á la mañana siguiente, tanto más, cuanto que no recorrimos muy larga distancia sin encontrar un torrente. Hombres y caballos pudieron apagar su sed entonces, y como debíamos acampar allí, hubo soldado que bebió quince ó veinte veces; en cuanto á mí, me harté de tal manera, que estaba materialmente hinchado.

A primera hora de la mañana siguiente proseguíamos nuestra marcha, y á poco penetramos en un desfiladero, donde el aire, bastante fresco, me reanimó mucho. La jornada terminó sin novedad, y por la noche acampamos de nuevo en un pinar, donde el terreno estaba tan reseco, que preferí hacer mi cama en la planicie de una roca. La última jornada, que fué la más corta, no se señaló por ningún accidente digno de mención, y á su debido tiempo llegamos al fuerte, y pude entregarme al descanso en el mismo sitio donde me hallaba el día de emprender la expedición.



Bajando una cuesta

LA FRASE FINAL

Entre doce y una se retiraba aquella noche á su casa D. Juan Nicasio. No solía retirarse tan tarde; pero por ser el santo de su antiguo administrador, el señor Rodríguez, hubo de acceder á la afectuosa invitación, acudiendo á los postres para tomar unos dulces, una taza de café y una copa de ron ó de *fine champagne* en compañía de los convidados. Era una atención del propietario á su fiel servidor, al inteligente empleado que acababa de obtener un ascenso en las oficinas del Ayuntamiento.

A las doce y media se despidió, como decíamos, D. Juan Nicasio de todos ellos, y salió á la calle abrochándose el gabán y pensando con tristeza en los años transcurridos desde aquella olvidada fecha en que fué á darles la enhorabuena por el nacimiento de su primer hijo. Al llegar á la plaza de Olavide se dirigió á la calle de Trafalgar, para salir al paseo de Luchana, y en este intermedio pudo observar que alguien seguía sus pasos.

En efecto, á los pocos momentos se le acercó un hombre de mediana traza, aunque no mal vestido, y le pidió una limosna. Metió la mano en el bolsillo D. Juan Nicasio; pero reparando en la ropa, olor y pelaje del mendigo, que representaba á lo sumo treinta y siete años, contuvo este primer impulso, y le preguntó con algún interés:

– ¿No encuentra V. trabajo?

– No, señor, por ahí no...

– Pues preséntese V. mañana en el derribo de la calle de Toledo, más allá de la iglesia.

– No soy albañil, caballero, y no sirvo para eso.

– No importa, unos cien pasos más abajo hay un almacén de maderas finas y allí encontrará V. ocupación, de seguro.

– Pero ¿me da V. una limosna, sí ó no?, insistió el importuno con repentina insolencia.

– Yo no socorro á los vagos; téngalo V. entendido.

Cruzaban en tal momento por delante de uno de esos grandes solares que interrumpen frecuentemente la línea de la edificación nueva por aquellos sitios; la obscuridad era casi completa en aquel punto; no se distinguía en cuanto alcanzaba la vista ni ser viviente, ni sereno, ni la pareja de guardias; pudo, pues, el importuno, que no estaba muy en sus cabales, según lo arrebatado de su rostro, lanzarse sobre D. Juan Nicasio, con intención de agarrotarle los brazos y echarle á tierra. No era nuestro propietario hombre que se amilanase ante cualquier acometida, así es que desasiéndose de repente levantó el bastón para defender á palos su perfecto derecho á la negativa, pues el agresor le había dicho al sujetarle: «si no es por voluntad será á la fuerza.» Mas como era natural, ni el bastón ni sus puños, que al fin tenía ya cincuenta y seis años, fueron suficientes para contrarrestar el empuje rabioso de su enemigo. Resbalaron fácilmente los pies de D. Juan Nicasio en la lucha sostenida cuerpo á cuerpo, por estar el suelo humedecido todavía con las primeras escarchas, y cayó bajo el peso del brutal agresor, que le arrancó el reloj, le desgarró los bolsillos y le despojó del dinero que llevaba encima.

Hubo en esta lucha la particularidad de que ni aun viéndose vencido, sujeto y saqueado, lanzase el primero ni una voz, ni una interjección, ni un grito en demanda de socorro, lo que probaba la energía y la entereza de su carácter. Prefería la humillación á solas, sin testigos ni curiosos, á una reparación lejana ó problemática. En cuanto desapareció el ladrón encendió D. Juan Nicasio un fósforo y buscó por el suelo el alfiler de la corbata, que además de ser de algún valor, lo tenía aún mayor para él como regalo de su señora. Por el pronto no halló el alfiler, pero recogió una carterita de piel, que no era suya, y que probablemente debía habérsele caído al bribón que acababa de robarle. No dejó, sin embargo, de chocarle bastante que un objeto tan fino estuviera en tales manos, pero en la sospecha de que fuese de su pertenencia, lo guardó cuidadosamente. ¡Quién sabe si le daría alguna luz sobre el autor de la pasada fechoría!

Apretó, pues, el paso como movido por esta repentina idea, que vino á ser para él como resorte que diera mayor fuerza de impulsión y de elasticidad á todo su cuerpo En menos de trece minutos llegó á la calle del Pez, que era donde vivía, y después de subir y llamar entró en su despacho, y á la luz de la bujía encendida por la sirvienta se puso á examinar el hallazgo. Contenía éste dos pliegos blancos de cartas, un retrato y unas cuantas tarjetas. Cogió una de éstas y leyó con indecible sorpresa y mudo de asombro el nombre del dueño allí estampado: *Manuel Antúnez Blanco*. ¿No era para asombrar á cualquiera la circunstancia de llamarse así su hijo y no caber la menor duda de que la cartera con todo su contenido le perteneciese? Quedóse por lo tanto el buen padre como el que ve visiones, no acertando á explicarse la singularidad de que aquel objeto encontrado en la calle fuese á parar á sus manos. ¿Habría sido también robado su hijo?... Era ya esto demasiada casualidad para buscar en ella la explicación del hallazgo. Que se le extraviara precisamente en aquel trayecto, era asimismo una coincidencia tan rara, que no cabía suponerlo ni aun pensar en ello. Fatigado por estas y otras cavilaciones, y necesitando el descanso más que todo, determinó dejar su aclaración para el venidero día.

A la mañana siguiente, entrando de nuevo en el despacho, volvió á examinar por segunda vez la carterita, porque todavía dudaba de lo que había visto á las altas horas de la noche, aun viéndolo tan claro. Pero ¿cómo dudar? Además de las tarjetas, registrando por uno y otro lado encontró la nota de una comida en un *restaurant* de moda, cuya cuenta total ascendía á treinta y cinco pesetas. Luego se fijó en el retrato que había al lado de las tarjetas y que era una fotografía admirable. Representaba una mujer joven, guapa, de grandes y hermosos ojos, vestida y peinada como una gran duquesa, á pesar de que el escote del pecho, lo mismo que el de los brazos, no era de lo más correcto, conveniente y bien visto para retratos.

Ello es que después de pensar y vacilar mucho, D. Juan Nicasio se quedó tan á obscuras como antes estaba acerca del punto principal. Y como nada adelantaba con esto, discurrió que sería mejor dejarlo para más adelante, á ver si la casualidad le favorecía con alguna inesperada circunstancia. Salió, pues, á desayunarse en compañía de la familia, que se reducía á su mujer, una excelente señora, dos hijas casaderitas y el Manolo, que como varón y primogénito, era el niño mimado de la casa, sin dejar por esto de ser un calaverón de tomo y lomo. Eso sí, por su buena presencia y su donosa labia, el muchacho resultaba de lo más simpático del mundo; pero ¡qué cabeza, qué cabecita más deshecha la del caballero Manolo!

Acabado el desayuno, D. Juan Nicasio salió de casa, como de costumbre, para dar cumplimiento á algunos de sus asuntos particulares. Luego, al volver á la hora del almuerzo, se encontró de frente con su hijo, que se dirigía muy de prisa hacia la Corredera.

– ¿Qué es eso? ¿Adónde vas? ¿No almuerzas con nosotros?

Quedóse Manolo no poco sorprendido al ver á su padre, pero reponiéndose en seguida, contestó que iba por unos apuntes á casa de un compañero, que despacharía en un periquete, que no le esperaran y que no tardaría en volver.

Al separarse de su hijo D. Juan Nicasio, se preguntó lo que Mefistófeles pregunta á Fausto: *¿Porchè tal sorpresa?* Ocurrióle, pues, sin saber por qué, volver pasos atrás y ver si alcanzaba al de los apuntes, aunque debía ser algo difícil según el paso que llevaba. Sin embargo, al cruzar la calle de la Luna pudo observar que el joven bajaba justamente por esta calle, y andando hasta el final, se metía en la de la Cruz Verde. Allí se quedó sin género de duda, puesto que D. Juan Nicasio no le vió salir por el otro extremo. La calle era ya un dato, y para el plan que se había trazado bastaba con reunir algunos datos como este. Sin más averiguaciones se encaminó de nuevo á su casa para esperar tranquilamente la hora del almuerzo. Media hora después apareció Manolo y se sentó, como de costumbre, ponderando en todos los tonos el gran apetito, el apetito disparatado que sentía. Durante el almuerzo, y á pesar del buen humor que aparentaba, observó el padre que en algunos momentos en que la conversación se hacía general, Manolo se quedaba silencioso y como pensativo. Por esta observación y por las ideas que le sugirió aumentaron grandemente sus recelos.

Toda la tarde la pasó D. Juan Nicasio pensando en esto. Reunida otra vez la familia para comer y llegados los postres, se levantó de la mesa con intención de poner en obra lo pensado. Suponiendo que de noche había de acudir Manolo al mismo sitio, colocóse con anticipación en un portal, y con la santa paciencia de un enamorado, ó mejor dicho, de un



Un trago de brandy



SALÓN PARÉS. - EL DUELO INTERRU

PREMIADO CON MEDALLA DE SEGUNDA CLASE EN LA ÚLTI



...MPIDO, CUADRO DE D. JOSÉ GARNELO

...MA EXPOSICIÓN NACIONAL DE BELLAS ARTES DE MADRID

padre que ama entrañablemente á su hijo, esperó más de media hora. Al fin lo vió doblar la esquina y avanzar por la calle de la Cruz Verde, con aquel paso rápido y desigual que él conocía bastante. Dos minutos después salió D. Juan Nicasio de su escondite y cruzó por delante de la casa que visitaba su hijo. Ese mismo día le llamó su mujer aparte.

– ¿Sabes lo que he observado, Juan?... No quería decirte nada, porque son cosas que duele tanto el confesarlas... sobre todo á las madres.

– ¿Qué es ello?... Acaba, dijo el marido asaltado por repentinas sospechas.

– Ayer tarde tenía que ir á la platería por un encargo de mi sobrina Amelia, y me vino la idea de llevar una de mis pulseras que no cierra bien. Fuí, pues, al armario de luna, abro el cajón y me veo que...

– Que no estaba la pulsera.

– No sólo la pulsera, sino que me faltan también los pendientes buenos, y un medio aderezo y la sortija de mi madre y otra porción de cosillas...

– ¿Y tú sospechas de?...

– Qué quieres, Juan... si sólo se tratase de temer un extravío, una falta por grande que fuese... tal vez me callara, pero he sorprendido á Manuel en mi gabinete á ciertas horas de la noche, y ha fingido que venía como trastornado, como ebrio, que se equivocaba de cuarto, que no sabía por dónde salir...

– ¡No digas más! Este hijo nos va á dar algún disgusto...

– Pero ¿has observado algo en él estos días?

– Nada, de extraordinario nada; pero mañana pienso cogerlo por mi cuenta y hablarle seriamente. Y ahora veremos á qué hora se retira esta noche á casa.

Uno y otro estuvieron en vela hasta las dos de la madrugada. Con los precedentes que tenía el padre y esta injustificada ausencia, ¿cómo poder descansar?

Antes del amanecer se levantó D. Juan Nicasio, vistióse con febril apresuramiento y aguardó dando vueltas por el gabinete á que se hiciera de día. En cuanto hubo luz y oyó gente en la calle cogió la capa, se lanzó fuera y llegó en pocos minutos á la calle de la Cruz Verde, deteniéndose delante de uno de los portales de mejor apariencia. Estaba el portal cerrado como la mayor parte de ellos, y no determinándose á llamar tuvo que esperar desde el más cercano, con triste resignación. Al poco rato se abrió el portal y apareció la portera con la escoba en la mano. Sin vacilación ninguna acercóse D. Juan Nicasio, habló unos minutos con la portera y subió al tercer piso. Después que hubo llamado se presentó en la puerta una señorita de unos veintidós años, con sombrero de viaje, el velo recogido, los guantes en la mano y un aire particular de soberanía.

– Buscaba á D. Manuel Antúnez... ¿No está aquí?, pues estaba muy seguro de encontrarlo.

– No, señor, aquí no vive ningún Antúnez.

– Falta usted á la verdad, señora... y yo sabré encontrarlo.

Comprendió la joven que el abrir la puerta en vez del ventanillo había sido una imprudencia, pero ya no tenía remedio. D. Juan Nicasio entró casi á viva fuerza y en el mismo pasillo, que era largo, tropezó con su hijo, á quien la curiosidad y la ansiedad lanzaban á la puerta del cuarto. Cogióle de la solapa de la americana y poco menos que á empellones lo metió en el primer gabinete que halló abierto, y allí, á solas, le arrojó al rostro la vergüenza de aquella bribonada, de aquella fea acción, de aquel proceder incalificable:

– Cuenta, habla, confiesa la verdad, ante todo la verdad. ¿Qué significan estos preparativos de viaje, ese baúl-mundo que he visto en el recibidor, esa mala mujer?... Y ¡por Dios vivo! que me dan tentaciones de abandonarte, de no acordarme que tengo tal hijo. ¡Dios mío! Si parece mentira que hayamos alimentado un ser tan descastado y tan ingrato. Cuenta, dime: ¿Adónde ibas con esa tal? ¿Cómo no viniste anoche?... Pero no, no es este sitio decente para hablar de... Vamos á casa, á tranquilizar á tu pobre madre.

Siguió, pues, el joven á D. Juan Nicasio sin decir palabra, porque tan sorprendido, confuso y anonadado se hallaba, que no acertaba á formular una excusa, ni aun á inventar algo que atenuase de algún modo la terrible acusación de los hechos. Salieron de la casa y llegaron á la calle del Pez, pudiendo reparar desde cierta distancia que había una persona asomada al balcón. ¿Quién debía ser esta sino la propia madre, para quien no hubo sosiego desde el instante en que vino en sospechas de lo sucedido? Conociéndolos al momento, fué ella misma la que les abrió la puerta y los acompañó á su gabinete. Es de presumir la escena conmovedora que seguiría á su entrada. Reunidos allí los tres, confesóles Manolo su nueva locura, la pasión que le arrastraba hacia aquella mujer, el ansia que le entró por el dinero, el trastorno de sus sentidos; en fin, la historia completa, desdichadísima, que afortunadamente no tuvo las funestas consecuencias de todas ellas.

Después de escucharle como inteligente y severo juez, sacó D. Juan Nicasio la carterita de piel y le preguntó si recordaba cuándo y en qué sitio pudo perderla. Volvió á sonrojarse el hijo y contestó á medias palabras y vacilando mucho, que la necesidad de tener dinero para irse con la consabida fuera de Madrid, lo llevó á una casa de juego, tal vez de las peores. Sintiendo gran calor ó excitado por el afán de ganar, se había quitado el gabán y arrojádolo á la silla más cercana. Indudablemente algún jugador sin conciencia registró los bolsillos de la prenda para llevarse lo que le pareciera de valor. Puede suponerse que este jugador ó *gancho* bebía también más de lo debido y había caído en la tentación de sorprender á una persona decente para robarle. El que detuvo á D. Juan Nicasio, ó era el mismo mal hombre, ó algún compañero de timba que recibiría la cartera á cambio de algo ó por cualquier otro motivo.

Quedóse D. Juan Nicasio muy pensativo y aun después de haber hablado mucho de este asunto, al volver al poco rato á su despacho no pudo menos de pronunciar algunas palabras sueltas, pues al fin y al cabo todas las situaciones de la vida se resumen en una frase: «¡A no ser por esa coincidencia, quién sabe lo que hubiera pasado!»

Por su parte el hijo, al quedarse solo en el cuarto, sacó la cartera, la contempló buen espacio de tiempo y arrojándola sobre la mesa exclamó con visible enojo: «¡Maldita casualidad! Ni el diablo que lo entienda cómo suceden estas cosas.»

José M. Matheu

EL DO DE PECHO

VII

Io o-diarti e in a-mor ga-ti siamo...

(Ernani, atto I.)

– Pero ya habrás supuesto, *mio caro*, que siendo ella tan hermosa no había de ser yo solo el que quedara preso en la red de sus encantos. Otros había en la compañía que suspiraban, como yo, por la primera tiple. Mas entre todos descollaba por enamorado y por temible uno, que era el supremo árbitro de nuestros destinos artísticos: el director de orquesta. El caballero *Aristide Burrone* era una eminencia, si se atendía á su colosal estatura; sus brazos eran tan largos que cuando se sentaba en su sitial para dirigir un ensayo y la ópera no salía bien tan pronto como él deseaba, y montaba en cólera, y se volvía al músico infeliz causa del desbarajuste momentáneo, el pobrecillo culpable se encogía y amenguaba, temiendo que aquella mano ganchuda llegase, como la de Dios, á todas partes, y lo cogiera y lo enviase á las bambalinas en un rapto de furor filarmónico. Pues ¿y cuando se levantaba del sillón? Todos los días nos causaba la misma sorpresa. Se nos olvidaba, viéndole sentado, lo largo que era, y cuando se desplegaba retrocedíamos instintivamente como si viésemos venir al gigante Briareo. Ocultaba los ojos saltones y sin expresión tras unas gafas de miope, cuyos cristales tenían casi medio dedo de grosor, y se peinaba de un modo tan extravagante que un mechón espesísimo de cabellos le bajaba, queriendo huir de sus patrios lares, hasta el nacimiento de la nariz, dividiéndole la frente en dos mitades igualmente sucias y arrugadas. Cuando llegaba la *stretta* de un concertante y él comenzaba á dar saltos en el sillón y á agitar los brazos como alas de murciélago, y el mechón á volar arrastrado por aquel huracán de notas, el maestro Burrone se ponía del todo imponente, y hasta que caía el telón no volvía la calma á los conturbados espíritus de los que gemíamos bajo su potestad. Aparte de esto, como su carácter era huraño y sombrío, bien podía decirse que el ilustre director era tan obscuro y tenebroso como su apellido.

Tal era el principal de mis rivales. Medea, es claro, tenía que guardarle ciertas consideraciones y miramientos, para que no le hiciera una noche cualquier barrabasada que la pusiera á dos dedos de la silba y del descrédito; y como el muy estúpido no pensaba que le acariciaban por miedo, cada día se apasionaba más de su ídolo y cada día me miraba á mí con ojos más aviesos y traidores, como pidiéndome cuenta del nunca visto atrevimiento mío, que me inducía á disputarle el amor de aquella mujer. Yo veía más claro que él, entre otras razones, porque ¡gracias á Dios! no era corto de vista ni usaba lentes; comprendía que, como Medea cantaba poco más ó menos como yo, necesitaba tener contento al maestro para que éste velase con un fuerte oportuno sus descarrilamientos musicales; pero así y todo, me fastidiaba ver á aquel mochuelo empeñado en la conquista de mi divina compañera.

VIII

Si vendetta la tre me-da ven-det-ta.

(Rigoletto, atto II.)

Y por fin, un día que ensayábamos *El Trovador*, la tormenta que amenazaba estallar hacía tiempo, comenzó á dejar oir sus primeros truenos y á lanzar sus primeras chispas. Mi pasión creciente por Medea me hizo olvidar toda prudencia y decidirme á poner en claro la situación y á pedir á la codiciada tiple que eligiera entre el amor gigantesco de Burrone y el mío. Aproveché para proponer tal dilema un breve descanso que mi tiránico rival nos concedió, después de hacernos ensayar sin tregua los dos primeros actos de la ópera. Medea estaba sentada de espaldas á una caja de bastidores, envuelta en monumental abrigo de pieles y cubierta la cabeza por una gorra rusa que, como todo lo que se ponía, le sentaba divinamente. Cogí un taburete, me senté tras ella, amparado por la sombra que proyectaba el bastidor, y desde aquella especie de confesonario comencé mi plática.

– Medea, es preciso que hablemos seriamente.

– ¿Seriamente? ¿De qué?...

– Yo no puedo resistir más. Yo la quiero á V. más que á mi vida, y deseo saber si V. me corresponde y me da derecho á que espante á toda esa turba de estúpidos que la persigue...

– ¿Tan antipáticos le son?... ¡Pobrecitos!...

– Sí... los odio á todos... pero principalmente á Burrone, á ese mamarracho de director que está persuadido de que V. le distingue...

– Y puede que no se equivoque...

– Medea ¡por Dios!... no tome V. á broma lo que le estoy diciendo. ¡Usted no sabe lo que yo sufro cada vez que veo pavonearse á ese mentecato por esa preferencia imaginaria!...

– Pero, Giacomo, reconozca V. que sufre sin motivo alguno. Si V. mismo reconoce y comprende que esa distinción de que Burrone se cree objeto, sólo existe en su mente y no es verdadera, ¿cómo no le sirve á V. de diversión tal error de su vanidad, en vez de servirle de tormento? ¿Qué quiere V. que yo haga para evitarlo? ¿Decirle á V. que es buen adivino y que, en efecto, yo no distingo ni amo á ese espanta-pájaros y que no le querré nunca? Vaya, pues téngalo V. por dicho y no se martirice V. más, y ríase V., como yo, de nuestro maestro *concertatore è direttore*, que en este asunto ha perdido la batuta.

– Gracias, Medea, gracias. Pero entretanto ese necio continuará en sus trece, robándome ocasiones de hablar con V., interponiendo siempre su tétrica figura entre los dos y, en fin, haciéndome pasar muy malos ratos... ¡Vamos... dígamelo V. una vez siquiera!... ¿Usted me quiere?

– *Un pochettino.*

– Y queriéndome, ¿por qué no le da V. pasaporte á ese fantasmón?

– ¡Ah, Giacomo! Eso es imposible por ahora. Cuando concluya la temporada, en seguida. Entretanto paciencia... No quiero ser silbada.

– Si ahora ya no puede V. serlo. Usted, con su hermosura y su gracia, se ha atraído todas las simpatías del público y lo tiene por completo de su parte. Las maquinaciones y estratagemas de Burrone no harán á V. daño y se volverán en contra suya... ¡Vamos!... ¡Por un día al menos, cara fosca al presumido gigantón!...

– No, no es posible...

– ¡Por tu pobrecito Giacomo!...

– *¡Sei un pazzo!* No es posible...

– Tienes más miedo que amor.

– Sí.

– Pues á mí no me importa, con tal que tú me quieras, ser silbado.

Y aún no había acabado yo de pronunciar estas palabras, un mechón más terrorífico que toda la cabellera de Medusa apareció entre nosotros dos y una voz cavernosa y lúgubre gritó en mi oído.

– *¡Lo sarai, stupido tenore!*

Me volví y quedé petrificado. Ni Macbeth ante la sombra de Bango, ni Póstumo ante la de su padre, ni Hámlet ante la del rey, quedaron más espantados y confusos que yo. El interlocutor inesperado era Burrone. Se alejó, pronunciada la profética sentencia, y Medea y yo nos miramos temblando, como si nos hubiese acometido el frío precursor de la *malaria*.

L. Cánovas

(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

EL TELÉGRAFO TAQUIGRÁFICO, SISTEMA A. CASSAGNES

La necesidad de conocer en todas partes cualquier suceso á poco de acaecido, ha dado excepcional importancia al telégrafo; pero éste ofrece algunos inconvenientes, entre ellos la producción limitada que se obtiene aun con los más perfeccionados aparatos y lo caro que resulta el precio de transmisión.

Fig. 1. El telégrafo taquigráfico. Aparato receptor é impresor.

El *telégrafo taquigráfico* remedia estos defectos, pues, como su nombre lo indica, transmite con la velocidad de la palabra y transcribe la taquigrafía por los procedimientos de la telegrafía múltiple, imprimiéndola en una tira de papel en caracteres tipográficos. Los elementos esenciales de este aparato son el *transmisor* en la estación de partida, y el *receptor* en la de llegada (figs 1 y 2): para las distancias de 2 á 3 kilómetros el transmisor y el receptor están unidos por un cable de 20 hilos; en caso de mayor distancia la transmisión y la transcripción se realizan con los mismos aparatos enlazados por un solo hilo telegráfico ordinario, en cual caso en el punto de partida se hace uso de algunos aparatos intermediarios.

Como transmisor emplea M. Cassagnes el teclado del aparato de taquigrafía mecánica, sistema Michela; consta éste de 20 teclas, cada una de las cuales mueve, por medio de una palanca horizontal, una barrita vertical con un signo de imprenta convencional en su extremo. Las 20 barritas reunidas debajo de una tira de papel de 0'044 metros de ancho, imprimen en ésta los signos correspondientes á las teclas que se han tocado, como lo indica la fig. 4 (1).

La disposición del aparato es tal, que una línea representa una sílaba formada del modo siguiente: una de las 6 primeras teclas de la izquierda del teclado ó una combinación de dos ó tres da la primera consonante de la sílaba; las 4 siguientes, la segunda; las otras 4, la vocal, y las 6 restantes la última consonante. La manipulación de este aparato, empleado con éxito en el Senado italiano, es muy sencilla.

M. Cassagnes utiliza el teclado y el alfabeto Michela, con la diferencia de que en el telégrafo taquigráfico la presión sobre las teclas sirve sólo para cerrar un circuito eléctrico que obra sobre el receptor, el cual transforma los signos convencionales en los correspondientes caracteres tipográficos.

El receptor (figs. 1 y 2) se compone esencialmente: 1.°, de 20 electro-imanes A, cada uno de ellos enlazado por medio de un hilo del cable (en el caso de distancias cortas) con una tecla; estos electros están dispuestos en 4 grupos de 6, 4, 4 y 6, correspondientes á los grupos de teclas de que antes hemos hablado; 2.°, de 20 correderas horizontales B, dispuestas sobre los electros y agrupadas á su vez en 4 series: normalmente cada corredera está retenida por un eje *t*, que forma cuerpo con la armadura *a* del correspondiente electro y que penetra en la muesca *e* de aquélla; 3.°, de cuatro ruedas de los tipos R, ajustadas á un árbol O delante de los cuatro grupos de correderas. La primera de estas ruedas lleva en su periferia 26 caracteres tipográficos é imprime la primera consonante de la sílaba; las ruedas siguientes llevan respectivamente 11, 11 y 26 caracteres para la impresión de la segunda consonante, de la vocal y de la última consonante de la sílaba. Cada rueda forma cuerpo con una espiral dentada D, que tiene un número de dientes igual al de tipos de la rueda correspondiente.

He aquí cómo funciona el aparato: Cuando en el punto de partida se oprime una tecla, el circuito del electro correspondiente, A por ejemplo, del receptor queda cerrado; la armadura *a* es solicitada y con ella el eje *t*, que se retira de la corredera B, la cual solicitada por el resorte M se mueve en el sentido de la flecha. Entonces el tornillo V toca al extremo derecho de la corredera B^1 y el extremo izquierdo de la corredera B se ve detenido á una distancia previamente determinada del eje O. Si al mismo tiempo se provoca el libre movimiento del árbol O, que gira por medio de un motor eléctrico, las ruedas con tipos de imprenta giran á su vez, y la que está delante de la corredera B se detiene cuando el diente de la espiral D, que está á igual distancia del eje de rotación O que el extremo de la corredera, viene á chocar con ésta.

El aparato está dispuesto de tal suerte que en el momento de parada la letra correspondiente al avance de la corredera se encuentra debajo del cojinete de impresión.

Supongamos ahora que para obtener una letra hay que oprimir dos teclas que cierren los circuitos de los electros A y A'; en este caso la corredera B^1 avanza hacia la izquierda en una cantidad regulada por el tornillo V^1 y el pasador del tornillo V retrocede en una cantidad igual. La distancia recorrida por la primera corredera B es, pues, la suma de las distancias parciales recorridas por las citadas correderas, y en este caso el diente de la espiral detenida corresponde á la combinación de las dos teclas oprimidas. El conjunto del receptor se completa con algunas disposiciones de detalle; así, una serie de espigones S producen, en el momento que se desea, la impresión, el avance del papel y el retroceso hacia la derecha de las correderas B que los ejes *t* retienen de nuevo en su posición inicial.

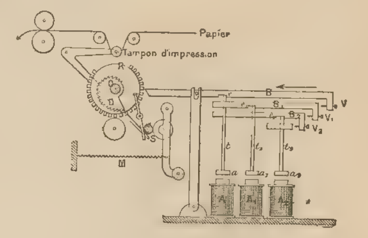


Fig. 2. Diseño del mecanismo del aparato receptor

Lo mismo sucede con las demás ruedas, quedando las sílabas impresas del modo que indica la figura 5, que es la traducción de los signos convencionales de la fig. 4, y resultando una tira perfectamente legible.

Este aparato que transmite más de 200 palabras por minuto (la rapidez de la palabra rara vez es de 180) es, pues, de evidente utilidad desde el punto de vista taquigráfico propiamente dicho.

Para las grandes distancias, como en todos los telégrafos de transmisión múltiple, se utiliza un distribuidor cuyo principio es el siguiente: supongamos en la estación de partida un círculo de hierro D (fig. 3), dividido en un determinado número de sectores aislados unos de otros, sobre los cuales se mueve un frotador F, montado en el eje de una rueda fónica A, de P. la Cour, y admitamos por un instante que los sectores, en número de 20, están unidos cada uno por un hilo á las teclas del teclado. Imaginemos en la estación de recepción un aparato análogo, cuyos sectores estén unidos á los electros del receptor impresor, y supongamos finalmente que los dos frotadores F y F', unidos por un hilo telegráfico L, giran con la misma velocidad y pasan en el mismo instante por los sectores de igual condición. Si se oprime una tecla, la n.° 4 por ejemplo, la corriente pasará por aquel hilo y accionará sobre el electro n.° 4 cuando los frotadores pasarán por los sectores n.° 4: el electroimán atraerá entonces su armadura y se obtendrá con un solo hilo el mismo efecto que con el cable de 20. En las grandes distancias se hace preciso, sin embargo, emplear á la llegada los hilos suplementarios R que cierran el circuito de una corriente local que obra sobre los electros del receptor.

Para que la transmisión pudiese hacerse sin perder contactos, sería preciso tocar el teclado en la estación de partida de modo que cada sílaba correspondiera á una vuelta del frotador; pero como la manipulación de ha de estar subordinada á la velocidad de la palabra, M. Cassagnes usa dos pequeños aparatos, un *perforador* con 20 punzones que agujerea la tira de papel en la forma de la fig. 6, en sitio dis-

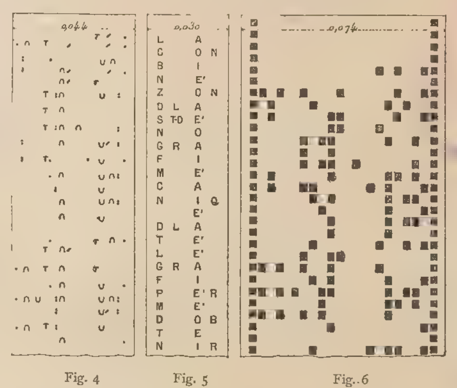


Fig. 4 Fig. 5 Fig. 6
Impresiones y tira de papel perforado del telégrafo taquigráfico

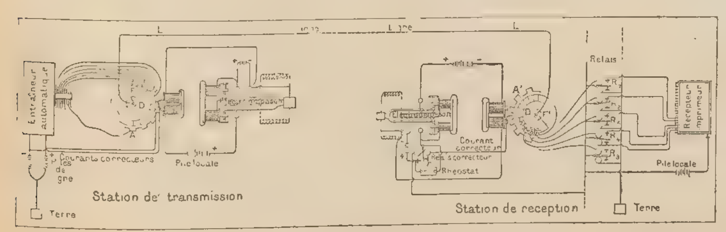
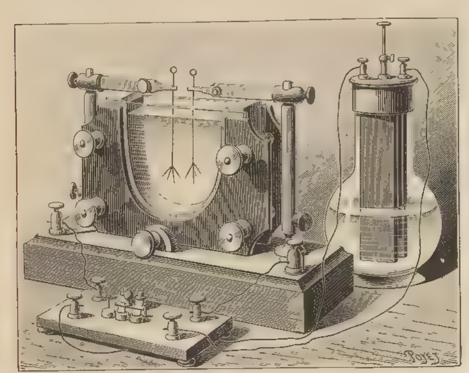


Fig. 3. Diseño de la instalación de dos estaciones en comunicación

(1) Traducción: *la combinaison de la stenographie mecanique et de la telegraphie permet d'obtenir une rapidité de transmissión inconnue jusqu'a ce jour.*

tinto según la tecla que se oprima, y un *arrastrador* que arrastra la tira á sacudidas periódicas con 20 palancas de muelle que tienden á penetrar en los agujeros de la tira para establecer una serie de contactos y cerrar los circuitos de los hilos suplementarios


Fig. 1. Cuba-laboratorio para proyecciones

instalados en la estación de llegada, y que sólo logran realizar esto cuando se encuentran con el agujero que á cada uno corresponde, pues de lo contrario el papel hace las veces de aislador. En la práctica, los sectores del distribuidor de partida van unidos á esas palancas y no á las teclas, como hemos dicho para hacer comprender el sistema.

Con el telégrafo taquigráfico pueden transmitirse en las grandes distancias 288 palabras por minuto y en las pequeñas 432, cuando el telégrafo común más rápido sólo transmite de 25 á 30.

(De *La Nature*)

***

LAS PROYECCIONES Y LA ENSEÑANZA

Probada suficientemente la utilidad de las proyecciones para la enseñanza, luchábase hasta ahora con la dificultad de no poseer aparatos construídos expresamente para ellas. Esta dificultad la ha obviado M. H. Fourtier con el instrumento de su invención destinado á salvar los inconvenientes hasta el presente observados y á facilitar en alto grado la enseñanza científica La idea de M. Fourtier consiste en colocar en la linterna de proyección un recipiente estanco de caras paralelas, en donde deben ponerse todos los objetos para los experimentos: la *cuba-laboratorio*, que así se llama el recipiente (fig. 1), es de construcción sumamente ingeniosa y práctica: consiste en un pedazo de caucho grueso en forma de U, puesto entre dos cristales que se ajustan á él por medio de dos piezas metálicas provistas de tornillos de presión,

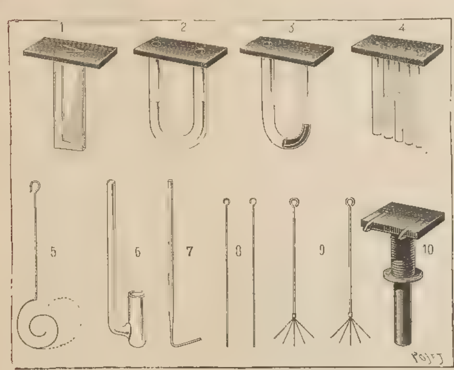


Fig. 3. Accesorios de la cuba-laboratorio para proyecciones

gracias á lo cual la cuba puede desmontarse y limpiarse fácilmente. Esta cuba se coloca en la linterna en el mismo sitio que la vista de proyección ordinaria.

La fig. 2 representa la instalación general de la cuba montada en la linterna: á la izquierda se ve el aparato de proyección cuyo sistema óptico está colocado á distancia bastante para recibir la cuba-laboratorio, y á la derecha la tela en que se refleja la imagen agrandada, que en nuestro dibujo es la del agua descompuesta por una corriente eléctrica Obsérvese que la imagen aparece en su verdadero sentido y no á la inversa, como sucede con las otras linternas (lo que obliga á colocar los objetos al revés), resultado obtenido por medio de un prisma colocado delante del objetivo.

A los dos lados de la cuba hay dos pilares metálicos que sostienen dos barritas en ángulo recto que sirven para sostener los objetos y que se pueden cambiar según sea la forma de éstos: estos pilares, en comunicación con las dos bornas del zócalo, pueden servir de conductores eléctricos. La corriente necesaria para los experimentos se obtiepor medio de una pila al bicromato de potasa: en el primer término del grabado (fig. 1) se ve un inversor de corriente, que es muy útil para los experimentos de electrolisis.

La fig. 3 representa los accesorios que acompañan la cuba-laboratorio y que son necesarios para los experimentos que vamos á enumerar.

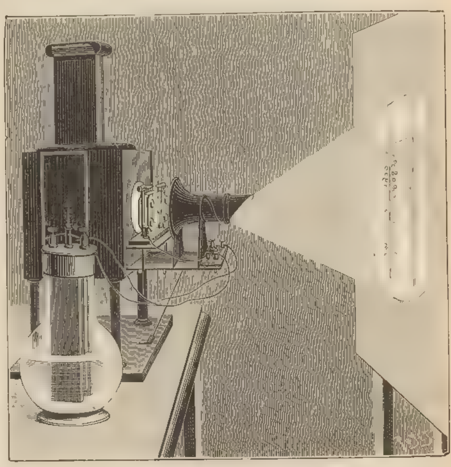
Placas de cristal inclinadas. – Este dispositivo sirve para evidenciar la capilaridad: colocadas las placas en la cuba que contenga una pequeña cantidad de un líquido ligeramente coloreado, éste se eleva entre aquéllas (fig. 3, número 1), obteniéndose así una curva en extremo característica. Otro dispositivo (n.° 4) que en vez de placas tiene una serie de tubos de distintos diámetros, permite hacer el experimento en otra forma. El dispositivo n.° 2 es para demostrar la ley del equilibrio de los líquidos, y el n.° 3 para hacer ver que la altura de éstos, establecido el equilibrio, está en relación inversa de su densidad. El n.° 5, que es una planchita de paladio cuyo extremo está arrollado en espiral y uno de cuyos lados tiene una capa de barniz aislador, permite hacer ver el fenómeno de la oclusión indicado por Graham, pues el paladio tiene la propiedad de absorber 376 veces su volumen de hidrógeno. El n.° 6 representa un recipiente de cristal que permite introducir un líquido denso dentro de otro menos denso que llena la cuba: la difusión de los dos líquidos se produce sucesivamente dando lugar á la formación de curiosas volutas. La pipeta n.° 7 permite dejar caer en un líquido una gota de un producto cualquiera para producir tal ó cual reacción. Los dos hilos n.° 8 son de platino y sirven para demostrar la electrolisis del agua; los del número 9, terminados en abanico, son para probar la electrolisis de ciertas sales metálicas. El último accesorio, número 10, es un electro-imán de núcleo prolongado: llena la cuba de glicerina, se echan en la superficie de ésta lentejuelas de hierro que descienden hasta el fondo lentamente; si se coloca entonces en el líquido el electro-imán, las lentejuelas son atraídas rápidamente y se agrupan alrededor de éste en formas variadas que constituyen el espectro magnético.

Como se ve, los accesorios que acompañan la cuba-laboratorio no son muchos en número, pero no sucede lo propio con los experimentos que con ellos se pueden realizar y que el operador puede multiplicar hasta lo infinito. A título de ejemplo vamos á enumerar algunos, además de los que incidentalmente hemos indicado al estudiar el empleo de los diversos accesorios del aparato.

I. *Reacciones químicas.* – Estas se hacen en la cuba con soluciones diluídas de manera que no extingan los rayos luminosos, empleando, según los casos, la pipeta (n.° 7) ó la cuchara de cristal (n.° 6). Llenando la cuba de sulfato de protóxido de hierro y echando en ella gota á gota una solución de ferro-cianuro de potasio se produce el azul de Prusia. De igual modo con sulfato de cobre y amoniaco se obtiene un precipitado verdoso, que con un exceso de amoniaco se convierte en azul celeste; con nitrato de plata y una solución de sal marina se logra un precipitado blanco de cloruro de plata; con cloruro de bario y ácido sulfúrico echado poco á poco prodúcese el precipitado de sulfato de barita en forma de gránulos finos; proyectando en una solución de nitrato de plomo (4 partes de agua y 1 de sal) un cristal bastante grueso de sal amoniaco se formarán arborescencias curiosas de cloruro de plomo.

II. *Fenómenos de coloración.* – Si en la cuba llena de tintura de tornasol azul se echan algunas gotas de ácido sulfúrico diluído, el tornasol se vuelve rojo; con una adición de amoniaco recobra su primer color. Unas gotas de amoniaco en una solución de rosanilina descoloran ésta, que vuelve á su color primitivo saturando el amoniaco con un poco de ácido.

III. *Mezcla y difusión de líquidos.* – La cuba-laboratorio es eminentemente á propósito para demostrar estos fenómenos en extremo curiosos que difícilmen-


Fig. 2. Empleo de la cuba-laboratorio para proyecciones

te se prestan á la observación directa. Los líquidos se mezclan por penetración ó por difusión: en el primer caso, las moléculas se interponen á consecuencia de la agitación ó de cualquiera otra causa; en el segundo, las moléculas se mezclan por acción espontánea, pero ni en uno ni en otro hay acciones químicas. Unas gotas de tinta echadas por medio de la pipeta en la cuba llena de agua producen una serie de volutas de curioso efecto. La introducción en agua alumbrada de un líquido menos denso, como una solución alcohólica de color de anilina, producirá movimientos del líquido de una forma en extremo singular. Un cristal de violeta de anilina puesto sobre la superficie del agua de la cuba se disolverá poco á poco, produciendo sutiles hilos que formarán unas volutas especiales. Si en la cuba llena de agua tibia á la temperatura de 15 á 20 grados se coloca un pedazo de hielo, la mezcla de los dos líquidos de distinta densidad dará lugar á curiosas ondulaciones, que serán perfectamente visibles, gracias á la amplificación del fenómeno, cuando no lo son para la observación directa.

Estos y otros muchos experimentos pueden hacerse con la cuba-laboratorio.

Este ingenioso aparato debiera ser de uso constante en los cursos de física y de química, en los que actualmente los profesores han de limitarse á presentar únicamente las grandes reacciones, las solas que pueden apreciar los alumnos, con lo que podrían completarse las lecciones de una manera eminentemente instructiva (1).

(De *La Nature*)

(1) La cuba-laboratorio de M. Fourtier permite realizar con gran facilidad delante de un auditorio numeroso el experimento del desarrollo de la imagen latente en una preparación fotográfica. En este caso se sustituye el cristal posterior de la cuba por un cristal de color de rubí muy pronunciado. Este experimento, que ha sido hecho por vez primera por M. Davanne en una conferencia en la Sorbona, puede ser ejecutado con gran facilidad por medio de la cuba-laboratorio.



TODA UNA JUVENTUD

POR

FRANCISCO COPÉE

Ilustraciones de Emilio Bayard-Grabado de Huyot

(CONTINUACIÓN)

Respecto á la política exterior y reforma del mapa de Europa, ambas cosas constituían la diversión y recreo de los barbudos, y se efectuaba sencillamente por medio de la baraja. Porque efectivamente era agradable, mientras se preparaba una jugada decisiva en los *cientos*, para apuntarse quinto y catorce, libertar á la desgraciada Polonia, ó al enseñar el rey en el *ecarté*, impedir á los rusos que entraran en Constantinopla. Sin embargo, algunas barbas del café de Sevilla, las más solemnes, se dedicaban con preferencia á las cuestiones internacionales, á los grandes problemas de equilibrio europeo. Uno de estos profundos diplomáticos, que probablemente no tendría con qué comprarse unos tirantes, pues su camisa se desbordaba siempre entre el chaleco y el pantalón, hallábase persuadido de que una indemnización de dos mil millones bastaría para obtener del Papa la cesión de Roma á los italianos, y otro Metternich en miniatura, que mejor hubiera hecho comprándose un cepillo para los dientes, tenía la especialidad de hacer á Inglaterra serias advertencias, amenazándola, si no atendía á sus consejos, con perder en breve plazo su imperio de las Indias y demás posesiones coloniales.

Así, pues, los barbudos, absortos en tan graves cuestiones, no se ocupaban de esa vanidad llamada literatura, y les importaba un comino el libro de Amadeo Violette

Pero entre los melenudos, lo repetimos, la emoción era grande.

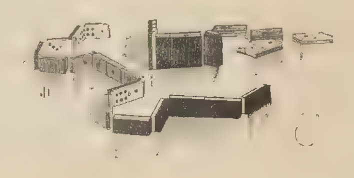
Estaban furiosos los melenudos. Se agitaban y erizaban, porque el primer entusiasmo suscitado por los versos de Amadeo Violette sólo podía ser y sólo había sido fuego de paja. Los Merovingios, pues, se mostraban respecto al joven poeta tales como debían ser, tratándose de un compañero; es decir, severos hasta la crueldad. ¡Cómo! ¿Se había agotado la primera edición de los *Poemas de la Naturaleza*, y Massif estaba tirando otra? ¡Cómo! ¿Los burgueses, lejos de desdeñarle, declarábanse encantados del libro, lo compraban, lo leían y quizá lo daban á encuadernar? ¿Hablaban con elogio de la obra los periódicos populares, es decir, los que tienen más lectores? Añadíase, además, que Violette, excitado por Jocquelet, trabajaba en una comedia en verso, y que el Teatro Francés, predilecto de los burgueses, había hecho al poeta halagadoras promesas. Si tanto gustaba Amadeo á los burgueses era, ¡oh horror!, por ser él también burgués: esto era evidente. ¿De qué ceguedad habían sido víctimas los poetas cabelludos para no haberlo comprendido antes? ¿Por qué aberración pudieron confundir la vulgaridad con la sencillez y la sorpresa con la emoción sincera, cuando Amadeo recitó sus versos en casa de Sillery? ¿Qué tenían que ver con el arte aquellos groseros esbozos? ¡Ah! Pierdan ustedes cuidado, no volverá á pasarles otra vez.

Así es que desde hacía algún tiempo las mesas del café de Sevilla habíanse transformado en lechos de tortura, sobre los cuales estaban tendidos y agarrotados todas las tardes, de cinco á siete, los poemas de Amadeo Violette y sometidos al tormento extraordinario. El amable Pablo Sillery, con sonrisa burlona, trataba algunas veces de pedir perdón para los versos de su amigo, entregados á trituraciones tan feroces; pero los verdugos literarios cuando tratan de destrozar el libro de un compañero son más implacables que los del Santo Oficio. Sobre todo había allí dos inquisidores más encarnizados que los otros: uno, el pequeño sibarita, que pedía para su consumo diario todas las huríes del paraíso musulmán; y el otro, el grueso elegíaco de provincia, á quien sus penas hacían echar vientre hasta el punto de que su humilde compañero tuvo que mudarle el broche del pantalón.

Excusado es decir que cuando se presentaba Amadeo los melenudos mudaban de conversación, y poníanse á comentar cualquiera insignificante noticia de periódico; por ejemplo: la explosión de grisú que acababa de ocurrir en una mina del departamento del Norte, pulverizando á ochenta trabajadores; ó bien el naufragio de un transatlántico enteramente perdido con ciento cincuenta pasajeros y cuarenta hombres de tripulación; acontecimientos poco importantes, comparados con el reciente descubrimiento hecho por los poetas inquisidores de dos frases poco correctas y de cinco versos flojos del libro de su compañero.

Amadeo, naturaleza sensible, notaba demasiado, bien á su pesar, la sorda hostilidad de que era objeto en el grupo de los melenudos, y sólo iba raras veces al café de Sevilla para estrechar la mano de Pablo Sillery, que no obstante su aire irónico, siempre se había mostrado leal y fiel camarada.

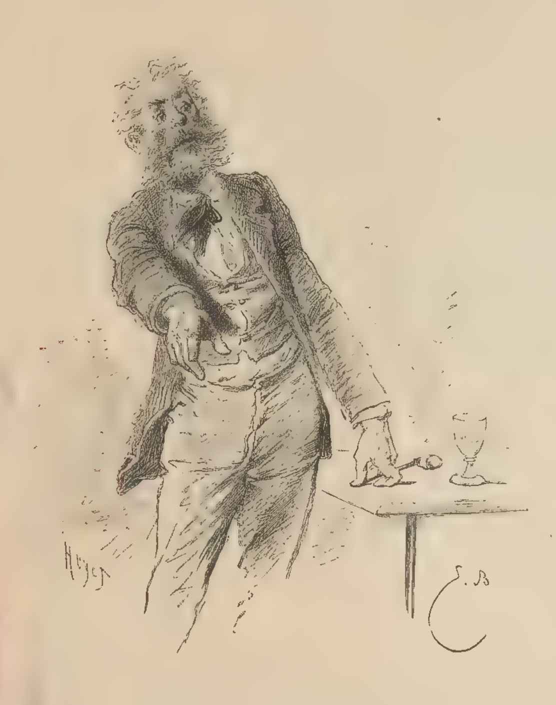
En el café encontróse una noche á su condiscípulo del liceo, el antiguo premio de honor Arturo Papillón, sentado á una mesa de políticos. El poeta preguntóse con asombro cómo el bello abogado, de opiniones moderadas, encontrábase en medio de aquellos fogosos revolucionarios, y qué interés común podía reunir á aquel par de patillas rubias con aquellos zarzales de pelos incul-



tos. Pero no bien Papillón vió á Amadeo, se despidió del grupo en donde estaba, vino á expresar sus calurosas felicitaciones al autor de los *Poemas de la Naturaleza*, le sacó al boulevard y le dió la clave del misterio.

Todos los antiguos partidos se coligaban contra el Imperio para las próximas elecciones. Orleanistas y republicanos estaban en aquel momento á partir

un piñón; y él, Papillón, que acababa de sostener brillantemente su tesis de doctor en leyes, habíase uncido al carro de un antiguo personaje del gobierno de Julio, el cual, después de haber permanecido en sus tiendas desde 1852, consintió en presentarse candidato de oposición liberal por el Sena y Oise Papillón se removía como un gusano cortado; á fin de hacer triunfar la candidatura de



su jefe, había venido al café de Sevilla para asegurarse de la neutralidad benévola de los periódicos irreconciliables, y estaba lleno de esperanza.

– ¡Ah, querido, – dijo, – qué difícil es luchar contra el candidato oficial!... Pero mi jefe es un hombre sorprendente. Viaja todo el día en tercera clase por los caminos de hierro del departamento, exponiendo su programa ante los campesinos que van en el tren y mudando de coche en cada estación. ¡Qué rasgo de genio! La reunión pública ambulante... Se le ocurrió esta idea recordando á un harpista que hacía cuatro veces al día la travesía del Havre á Honfleur, tocando sin descanso el *Baccio*. ¡Oh! Es preciso moverse. El prefecto no perdona medios de combatirnos. ¡Pues no ha esparcido en nuestra circunscripción, qué es de las más católicas, la calumnia de que éramos volterianos, enemigos de la religión y devoradores de curas! Afortunadamente aun faltan cuatro domingos hasta el día del escrutinio, y el jefe irá á misa mayor á comulgar en las cuatro parroquias más importantes .. Si semejante hombre no es elegido, habrá que desesperar del sufragio universal.

Amadeo en aquella época no estaba tan desencantado de la política como algún tiempo después; y por tanto, preguntábase, no sin inquietud, si aquel modelo de candidatos, que iba tal vez á sufrir una indigestión sacrílega y que desvalijaba sus profesiones de fe como un buhonero desenvuelve sus cuchillos de doble hoja, no era más que un estupendo saltimbanquis. Pero Arturo Papillón no le dejó tiempo de entregarse á sus pesimistas reflexiones.

– ¿Y tú, chiquito, á qué altura te encuentras?, – preguntó el abogado con cierto dejo protector. – ¿Sabes que has tenido mucho éxito? La otra noche, en casa de la condesa Fontaine... ¿La has oído nombrar?... La hija del mariscal Lelievre, viuda del antiguo ministro de Luis Felipe, Jocquelet nos recitó tu «Trinchera de Sebastopol,» y produjo un efecto enorme. ¡Qué voz tiene ese Jocquelet: no hay otra semejante en los tribunales de París!... ¡Dichoso poeta! He visto tu libro en el gabinete de más de una hermosa dama.. Espero que abandonarás el café de Sevilla, para no estancarte como todos esos mal peinados Es preciso presentarse en el mundo, esto es indispensable á un literato, y yo te llevaré cuando quieras.

En aquel momento Amadeo está algo desencantado de la Bohemia, en donde ha hallado tan pocas simpatías, y que además repugna á su delicadeza por otros motivos; y le preocupa poco el honor de ser tuteado el mejor día por el tío Lebufle.

¡Pero presentarse en el mundo! ¡Su educación ha sido tan modesta! ¿Podrá hacer buen papel?, pregunta tímidamente á Papillón. El poeta es orgulloso, y no consentirá en hacerlo malo en parte alguna: teme el ridículo Además, hasta entonces su éxito es sólo platónico: está tan pobre como siempre, y vive todavía en el arrabal de Santiago. Dentro de algunos días, Massif le entregará quinientos francos por la segunda edición de su libro; pero esto, sólo significa un puñado de napoleones.

– Es bastante, – replica el abogado, que trata de apoderarse de su amigo. – Es más de lo que se necesita para proveerte de ropa blanca aceptable y de un frac bien hecho, que es lo esencial. Has de saber que los buenos modales consisten principalmente en callarse. Dada tu organización fina y flexible, pronto te transformarás en un perfecto *gentlemán*. Además, no eres feo, tienes una palidez interesante, estoy seguro de que agradarás. Estamos á principios de Julio y París se halla casi desierto; pero la condesa Fontaine no se va hasta después de vacaciones, por causa de su nieto, del que es tutora, y que concluye sus estudios en el liceo Bonaparte. Hasta fin de mes la condesa recibe todas las noches, y en su salón se reune toda la gente elegante rezagada en París. La condesa es una señora anciana muy amable y de mucha valía, y le gustan los escritores cuando son bien educados. Así, pues, no hagas el tonto y mándate hacer un frac negro. Presentándote allí, querido, puedo asegurarte que dentro de unos quince años tendrás un puesto en la Academia... ¿Estamos conformes? Haz tus preparativos para la semana próxima.

¡Atención! Amadeo Violette va á presentarse en el mundo.

Aunque su portera le ha ayudado á vestirse, y al verle ponerse su corbata blanca le ha dicho: «¡Qué guapo novio haría usted, señor Amadeo!», el poeta siente que le palpita fuertemente el corazón, cuando el carruaje en que va sentado al lado de Arturo Papillón hace rechinar la arena del patio, y se detiene al pie de la meseta de un antiguo palacio de la calle de Bellechasse, habitado por la señora condesa Fontaine.

Desde el vestíbulo, procura imitar el aspecto lleno de seguridad del abogado, y desespera de poder conseguir como éste que la pechera de su camisa se destaque correcta bajo su chaleco de etiqueta, ante la primera inspección de cuatro lacayos con medias de seda. Amadeo se encuentra tan preocupado como si se presentara enteramente desnudo á un consejo de policía; pero sin duda le consideran «apto para el servicio,» puesto que se abre una puerta que da á un luminoso salón en donde penetra siguiendo á Arturo Papillón, como una frágil chalupa remolcada por un imponente navío de tres puentes. He aquí, pues, al tímido poeta pisando alfombras y envuelto en los rayos de luz de una araña, presentado en toda forma á la dueña de la casa.

Es ésta una señora de dimensiones elefantescas, en la flor de los sesenta años, notable por la camelia blanca que se destaca en su peluca de color de palisandro, y cuyo rostro, brazos y cuello están salpicados de harina suficiente para confeccionar una fuente de buñuelos de manzana, acompañado todo esto de un aspecto muy distinguido y de ojos soberbios, cuya imperiosa mirada está atenuada por una sonrisa llena de bondad, que tranquiliza algo al pusilánime y atolondrado Amadeo.

Dice que le han gustado mucho los hermosos versos de M. Violette, declamados por Jocquelet en la última de sus recepciones, y que acaba de leer con vivo placer los *Poemas de la Naturaleza*. Después, dejando caer sus lentes saluda á Papillón, dándole gracias por haberle presentado á M. Violette, á quien tiene mucho gusto en conocer.

Amadeo está muy turbado y no acierta á responder á este cumplimiento banal, pero expresado muy bondadosamente. Felizmente le saca del compromiso la llegada de una señora de edad, muy huesuda y muy compuesta, á cuyo encuentro sale la condesa con vivacidad sorprendente, si se considera lo voluminoso de su persona, y exclamando con satisfacción: «¡Señora Mariscala!»

Amadeo, siguiendo siempre la estela de su amigo, que boga hacia un ángulo del salón y echa allí el ancla entre una flotilla de fracs negros, empieza á adquirir aplomo, y examina aquellos sitios tan nuevos para él y en donde ha sido admitido merced á su reputación naciente.

Es un salón inmenso, de estilo del primer Imperio, tapizado y amueblado de raso amarillo, con altos tableros blancos adornados de panoplias de armas antiguas esculpidas en madera dorada. Un chusco de la Escuela de Bellas Artes hubiera bautizado de «pomposos» los sillones y los canapés adornados con cabezas de esfinges de bronce, como también el macizo reloj de mármol verde, sobre el que se destaca un dorado grupo, compuesto de un personaje de patillas cortas, sin más vestiduras ni galas que un casco, una espada y una hoja de parra y que está en ademán de requerir de amores á una joven de flotante túnica, con el talle debajo del sobaco y peinada exactamente como la emperatriz Josefina. Pero el chusco, á pesar de sus irónicas reticencias, hubiera reconocido que este pesado lujo no carecía de carácter ni grandeza. Sólo dos cuadros animaban un tanto la frialdad de las paredes. El uno, firmado por Gros, era el retrato ecuestre del padre de la condesa Fontaine, del glorioso mariscal Lelievre, duque de Eylau, antiguo tambor del puente de Lodi y uno de los más intrépidos capitanes de Napoleón. Está representado de gran uniforme, con un enorme sombrero con plumas blancas, blandiendo su bastón de terciopelo azul, sembrado de abejas de oro, y por debajo de su caballo encabritado percíbese á lo lejos y confusamente una gran batalla, nieve y bocas de cañón haciendo fuego. El otro cuadro, colocado sobre un caballete é iluminado por una lámpara de reverbero, es una obra maestra de Ingres, y representa un suave medallón de una joven, que es la dueña de la casa cuando tenía diez años de edad, comparada con la cual la actual condesa Fontaine resulta ser una caricatura vieja y monstruosa.

Arturo Papillón, hablando en voz baja con Amadeo, le explica que el salón de la señora de Fontaine es un terreno neutral, abierto á personas de todos los partidos. Hija de un mariscal del primer Imperio, la condesa conserva altas relaciones en el mundo de las Tullerías, aun cuando sea viuda del Conde Fontaine, uno de los doctrinarios salidos de entre la bata de Royer-Collard, parlamentario ennoblecido por Luis Felipe, colega en dos ocasiones de Guizot, en el banco ministerial, y muerto de despecho y ambición después del 48 y del gol pe de estado.

(Continuará.)

NUESTROS GRABADOS

El Excmo. Sr. D. Francisco de P. Rius y Taulet. – Nació el 29 de enero de 1833 en Barcelona, y en esta Universidad hizo sus estudios de Filosofía y Jurisprudencia, habiendo obtenido en todas las asignaturas la nota de sobresaliente y conquistado desde los comienzos de su carrera envidiable fama y señaladísimos triunfos en el foro.

No menos brillante fué el papel que desempeñó en la política: liberal de corazón, luchó con fe y ardimiento por el triunfo de sus ideales, combatiendo, así los retrocesos de la reacción, como las exageraciones del radicalismo, y llegó á ser el amigo íntimo y cariñoso del jefe del partido liberal monárquico Sr. Sagasta, y jefe á su vez de los liberales monárquicos catalanes.

Pero no es en el foro ni en la política donde debe estudiarse la verdadera personalidad del Sr. Rius y Taulet, sino dentro del Ayuntamiento de Barcelona. Elegido concejal á raíz de la revolución de 1868, muy pronto se distinguió por su iniciativa, talento, honradez, actividad y energía, cualidades que fueron adquiriendo cada día mayor relieve y que acabaron por hacer de él un elemento indispensable para la prosperidad de la capital de Cataluña. Su paso por la Alcaldía se señaló siempre por importantes reformas en la ciudad.

El Sr. Rius y Taulet tenía por divisa el *for ever* que tantos milagros ha realizado en todos los tiempos, y fiel á ella, ni le arredraron los obstáculos, ni los sacrificios le dolieron, ni los ataques le desanimaron cuando de la mejora y del progreso de Barcelona se trataba.

Su nombre va unido á las más importantes obras que en poco tiempo han transformado por completo nuestra capital: los hermosos jardines del Parque por él ampliados y embellecidos; los mercados de San Antonio, de la Barceloneta, de Hostafranchs y de la Concepción; la apertura de la ex-puerta del Angel, hoy una de nuestras vías más hermosas; la prolongación de la calle de Cortes, avenida digna de una gran capital yankee; la urbanización de la Rambla de Cataluña, que hizo de un sitio intransitable uno de los paseos más bellos del Ensanche; el nuevo Cementerio, digno de figurar al lado de los mejores de Italia, que son sin disputa los mejores del mundo; el paseo de Colón, los proyectos de un sistema general de alcantarillado y de la reforma interior de Barcelona y otras muchas mejoras materiales, al señor Rius y Taulet se las debemos los barceloneses.

Y si atendemos al fomento de los intereses morales, que al fin y al cabo también en beneficio de los materiales redundan, ¿cómo olvidar la terminación del Museo Martorell, la creación de una Galería de Catalanes ilustres en el Salón de Ciento de las Casas Consistoriales, la erección de los monumentos de Colón y de Prim, el embellecimiento del Salón de San Juan con las estatuas de los más preclaros hijos de Cataluña, la creación de bibliotecas populares, las subvenciones á las Academias de Buenas Letras y de Ciencias Naturales y Artes y tantas y tantas otras fundaciones por él concebidas y á feliz cima llevadas?

Glorioso y digno remate de esta obra gigantesca de su prodigiosa actividad fué la Exposición universal celebrada en Barcelona en 1888. No hemos de hacer la historia de este grandioso acontecimiento: la honra de nuestra ciudad estaba empeñada en esta empresa que muchos calificaban de absurda, de inútil y ruinosa no pocos y de imposible algunos. El Sr. Rius y Taulet, sin embargo, no vaciló en acometerla, y dominado por el más puro entusiasmo y por dejar en el puesto que le correspondía el buen nombre de Barcelona, llevó la fe al ánimo de los incrédulos y el ardimiento al corazón de los indiferentes, y atento á todo, acudiendo á todas partes, multiplicándose lo que no es decible y olvidando el descanso no ya conveniente sino necesario para una vida tan trabajada como la suya, logró al fin ver realizado el hecho que indudablemente constituye el timbre más hermoso de su existencia ¡Cuántos sufrimientos hubo de soportar, cuántos desengaños hubieron de herir su alma generosa en aquellos días de titánica lucha! Pero ¡cuán dulce emoción debió sentir cuando delante de SS. MM., de los representantes de las potencias extranjeras, de individuos del Gobierno y de un público en donde estaba condensada la opinión pública, atronadoras aclamaciones y aplausos entusiastas, que se confundían con los armoniosos acordes de cien intrumentos, respondieron á la frase solemne con que, embargada la voz por la emoción, declaró el Presidente del Consejo de Ministros, en nombre del Rey, inaugurada la Exposición Universal de Barcelona!

La apoteosis de la fiesta del trabajo fué también la apoteosis del Sr. Rius y Taulet.

Antes de terminar, séanos permitido dedicar dos palabras al precioso trabajo de nuestro querido colaborador Sr. Marqués. El retrato que publicamos y que ha sido dibujado por el notable artista en pocas horas, lleva impreso el sello de los sentimientos que guiaban su lápiz al trazarlo: el cariño y la gratitud. Cuando felicitábamos á Marqués por su obra, nos contestaba modestamente: «La he sentido, he aquí todo su mérito. ¡Profesaba tanto afecto al Sr. Rius y le debía tantos favores!»

Esta frase y esta exclamación son el mejor elogio del retrato, del retratado y del artista.

¡Felices los hombres que en pos de sí dejan tan gratos recuerdos! ¡Felices también los que junto á una tumba depositan la sublime ofrenda de la gratitud!

Salón Parés. – El duelo interrumpido, cuadro de D. José Garnelo, premiado con medalla de segunda clase en la última Exposición Nacional de Bellas Artes. – Es el cuadro de este joven, pensionado en Roma, eminentemente dramático; en un baile aristocrático, uno de los concurrentes hubo de pronunciar algunas frases ofensivas para una dama, cuyo marido al escucharlas contestó al grosero insulto con la violencia que lo injusto y procaz del ataque á su honra exigía. Muy graves debieron ser la ofensa y la agresión para que, prescindiendo de todas las reglas que la práctica tiene para tales casos establecidas, se concertara el lance inmediatamente, y sin esperar un instante marcharan los dos adversarios acompañados de cuatro testigos, á ventilar la cuestión en el campo del honor; mas apenas se aperciben á cruzar los aceros, la llegada de la esposa injuriada, viene á interrumpir el combate. Aunque el Sr. Garnelo para conseguir el efecto apetecido hubo de incurrir en cierto convencionalismo, resultado del modo de plantear el asunto, no puede menos de reconocerse que el cuadro en conjunto interesa y en muchos de sus detalles cautiva: el paisaje, iluminado por los primeros albores de la mañana está bien entendido y tiene las cualidades que en primer término se requieren en ese género de pintura: luz, aire y perspectiva; los grupos que forman los distintos personajes están bien combinados, y las figuras, de correctísima factura, expresan bien los varios sentimientos que á cada una animan.

La obra del Sr. Garnelo denota en su autor alientos sobrados para tratar asuntos de alto vuelo y conocimiento no escaso de la mecánica del arte, cualidades que no basta á empañar el defecto antes señalado que, como hijo más de la inexperiencia que de otra cosa, irá desapareciendo á medida que el artista avance en la carrera que indudablemente le brinda un brillante porvenir.

Monumento erigido en Verjux en honor de Mme. Boucicaut. – La aldea de Verjux, patria de la fun-

dadora de los grandes almacenes del *Bon Marché*, en París, y que tanto debe á esta ilustre hija suya, ha inaugurado recientemente el monumento dedicado á su memoria y que reproducimos. Consiste en una elevada pirámide, en cuya cúspide se alza el genio de la Caridad, y en cuya base se ve el busto de Mme. Boucicaut sostenido por la Historia y coronado por la Gratitud. A lo largo de la pirámide y en planchas de mármol negro están inscritas las principales disposiciones testamentarias de aquella señora, cuyo nombre bendicen no pocos desgraciados, entre quienes, tanto durante su vida como después de su muerte, hizo distribuir una gran parte de la inmensa fortuna que con su inteligencia, honradez y laboriosidad había sabido crearse.

Este monumento, obra del arquitecto M. Boileau y del escultor M. Perrey, honra tanto á la persona en cuyo honor se ha levantado, como al pueblo que lo ha erigido, rindiendo un merecido tributo de veneración á la que halló su mayor satisfacción en compartir los goces de la fortuna con sus semejantes desgraciados.

***

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCION

POR AUTORES Ó EDITORES

Aspiraciones nacionales de España. — *Primera parte. Gibraltar*, por D. Manuel Olivié. — En estos tiempos en que, cuando de ciertas cuestiones de derecho internacional se trata, el entusiasmo, algunas veces irreflexivo, se sobrepone á la razón; en que la nota patriótica es, en no pocos casos, socorrido recurso con que se suple la falta de conocimientos sólidos y profundos, y en que, por último, cualquiera se cree autorizado á resolver los más arduos problemas con procedimientos que asombrarían por lo sencillos y al parecer fáciles, si no movieran á lástima por lo cándidos y peligrosos, merecen, á nuestro juicio, bien de la patria los que huyendo de toda exageración y anteponiendo á lo que el sentimiento exige lo que el imparcial y severo juicio impone, estudian concienzudamente las cuestiones que por su excepcional importancia maduro estudio requieren, y presentan soluciones lógicas dentro del espíritu moderno y factibles dentro de los principios que en porvenir no lejano están llamados á regir las relaciones nacidas del derecho de gentes.

Sugiérenos estas consideraciones la lectura de la primera parte de la obra que con el título de *Aspiraciones nacionales de España* se propone ir dando á luz D. Manuel Olivié, de Vigo, y que ha de abarcar las cinco partes siguientes: Gibraltar, Marruecos, Unión Ibérica, Alianza latina y Unión Ibero-americana.



Monumento erigido en Verjux en honor de Mme. Boucicaut, fundadora del *Bon Marché*
Obra del arquitecto M. Boileau y del escultor M. Perrey

La primera parte, única hasta ahora publicada, trata de la cuestión de Gibraltar, que el autor estudia con gran riqueza de datos y elevadísimo criterio, analizándola desde los puntos de vista histórico, político y estratégico, y dando en su luminosa crítica á la tendencia patriótica, á la conveniencia y á la justicia lo que de derecho á cada una corresponde. Desapasionado, razonador y apartado, tanto del fanatismo que nada reflexiona como del escepticismo que nada cree, así del optimismo que nada teme como del pesimismo que nada espera, el Sr. Olivié ha sabido colocarse en un justo medio y escribir un libro que merece ser leído dentro y fuera de España; el asunto es interesante, tanto más, cuanto que el autor estudia, con ocasión de él, aunque de pasada y someramente, los principales problemas que están actualmente sobre el tapete de la diplomacia moderna, y la solución por él dada al conflicto entre Inglaterra y España, conflicto que no desaparecerá mientras ondee en el Peñón del estrecho el pabellón británico, cabe perfectamente en los límites de lo posible y, quizás algún día, de lo probable. Nada hay que esperar, según el Sr. Olivié, de la conquista; todo hay que fiarlo en la razón, y aun en la común conveniencia, que más ó menos tarde impondrán una transacción honrosa para ingleses y españoles, que pondrá término al actual estado anómalo.

El libro, editado en Vigo, se vende al precio de dos pesetas en las principales librerías.

***

ADVERTENCIAS

Siendo en gran número los trabajos literarios que recibimos para La Ilustración Artística y en la imposibilidad de contestar á todos los que con ellos nos favorecen, debemos advertir que sólo contestaremos á los autores de los artículos que aceptemos para insertarlos en este periódico. No se devuelven los originales.

***

Suplicamos á nuestros corresponsales y suscriptores, especialmente á los de América, nos remitan cuantas fotografías de monumentos, obras artísticas, etc., consideren propias para ser publicadas en la Ilustración Artística, acompañándolas de los datos explicativos necesarios. En caso de que sean admitidas, tendremos el gusto de consignar, al confirmarlas en las columnas de nuestra publicación, el nombre de la persona que nos haya honrado con el envío de las mismas.

Asimismo agradeceremos la remisión de todas las noticias que tengan verdadero interés artístico ó literario.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjanse para informes á los Sres A. Lorette, Rue Caumartin, núm. 61, París. — Las casas españolas pueden hacerlo en la librería de D. Arturo Simón, Rambla de Canaletas, núm. 5, Barcelona

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

AÑO IX — BARCELONA 13 DE OCTUBRE DE 1890 — NÚM. 459

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



LA TRADICIÓN, escultura de D. Venancio Vallmitjana

Premiada con medalla de primera clase en la última Exposición Nacional de Bellas Artes de Madrid

SUMARIO

LA NUTRIA

(LUTRA VULGARIS)

Piel de nutria. ¿Cuál de mis estimadas lectoras no ha llevado un manguito de dicha piel ó no ha adornado con ella su abrigo de invierno? Tanto como es



LA NUTRIA

conocida la piel, ó á lo menos el color de nutria, tan poco lo es en general el animal mismo, que tiene que prestarla al enemigo común de todos los animales, al hombre.

No me parece inoportuno dedicar á la nutria unos cuantos renglones.

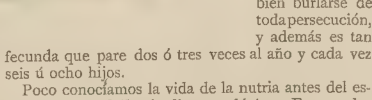
La nutria ó nutra *(Lutra vulgaris)* es animal de rapiña y pertenece á la familia de las martas de agua, formando la especie que los naturalistas señalamos con el nombre *lutra*. «Es una marta pesada, de cabeza, cuerpo y cola aplastados,» como la describe con pocas pero muy gráficas palabras mi hermano. El cuerpo de la nutria es bastante largo, pero más ancho que alto; la cola recogida desde arriba hacia abajo y más adelgazada en la punta; la cabeza aplastada, larguilla-redonda; la boca ancha; la oreja tan reducida que apenas sobresale de los pelos, y armada de un pliegue de la piel que permite al animal cerrar el oído cuando le conviene; el ojo pequeño, pero vivo; las piernas muy cortas, y los pies dotados de una membrana que llega hasta las uñas de sus cinco dedos y hace de la nutria un verdadero palmípedo. La nutria del todo desarrollada mide 4 pies de largo, contando con la cola, cuya longitud es de 1 $^1/_2$: su altura no llega á 1 pie.

La hermosa piel, formada de espeso pelo lanudo de color pardo-obscuro y de otro más largo de color obscuro reluciente, caracteriza á la nutria como animal acuático.

No habrá río en Europa, ni en el Asia central y del Norte, en el cual no se encuentre la nutria. De los grandes ríos pasa á los riachuelos, de éstos sube por los arroyos hasta los estanques á pescar, aunque tenga que atravesar largos trechos de tierra. Habita también el mar, sin alejarse sin embargo mucho de la costa, en la cual se oculta de día, buscando de noche en el líquido elemento su comida.

En las orillas de los ríos, lagos y estanques cava desde debajo del agua largas madrigueras, que se juntan todas en una especie de cueva, su verdadera habitación, que está siempre situada á mayor altura que la de la superficie del agua, y por consiguiente en seco, á excepción de cuando hay alguna crecida mayor del río: en tal caso emigra y busca refugio en cualquier parte donde se crea segura. La nutria es más bien animal nocturno, aunque en parajes tranquilos por donde pasa poca gente sale también de día de su escondite en busca de alimento, mientras en caso contrario. permanece todo el día durmiendo y no se la ve hasta después de la puesta del sol. El cazador que quiere cazar nutrias debe aprovechar las noches de luna, ocultarse cerca de sus viviendas y estar horas y horas en acecho, hasta que salgan aquéllas y se presenten á tiro en el río ó estanque. Si el disparo no la mata, sino que simplemente la hiere, aunque la herida sea grave, no cobrará el cazador la deseada pieza, porque el animal tiene la vida muy dura y consigue refugiarse en su madriguera, donde muchas veces cae muerta al poco rato.

La nutria es en el agua lo que la tan apreciada marta *(Mustela martes)* en los árboles: un animal de rapiña muy ágil, muy listo, inquieto y sanguinario, que persigue á todos los otros vertebrados habitantes del agua, lo mismo que á los cangrejos. Es muy delicada respecto á la elección de su comida, y mata por lo general bastantes peces antes de encontrar uno que satisfaga su goloso paladar. Un estanque de pesca donde se aloje la nutria queda muy pronto despoblado de peces, pues ella acaba con todos, así con los grandes como con los pequeños. Por este motivo es tan perseguida por el hombre, que con la caza de la nutria, no sólo libra de su peor enemigo sus viveros de peces, sino que además cobra una piel que se puede aprovechar todo el año, y no como la de la marta, que sólo sirve en los meses de riguroso invierno. Sin embargo, es difícil exterminar á la nutria en los sitios en donde ha sentado sus reales, pues este animal sabe muy bien burlarse de toda persecución, y además es tan



fecunda que pare dos ó tres veces al año y cada vez seis ú ocho hijos.

Poco conocíamos la vida de la nutria antes del establecimiento de los jardines zoológicos. En esos lugares tan útiles para el estudio de las costumbres de los animales hemos hecho las observaciones que sobre la nutria voy á comunicar á mis benévolos lectores.

Las nutrias cogidas cuando son jóvenes se dejan domesticar fácilmente, y se hacen tan mansas que llegan á ser el encanto de sus dueños, á quienes acarician como los gatos, escuchan y siguen como perros fuera de la casa, al campo, hasta al río ó á los estanques, y trabajan por ellos pescando y trayéndoles los peces de que se han apoderado. Cogidas de viejas son como las martas, animales muy soberbios, que no sólo no se domestican nunca, sino que aprovechan todas las ocasiones para lastimar y morder. Tal mordedura puede resultar peligrosa, porque su dentadura, que se compone de 36 fuertes y bien afilados dientes, no suelta fácilmente lo que ha cogido.

La nutria es lisa, cual una anguila, muy ágil y por eso se hace muy difícil el sujetarla. Rara vez se amansa una nutria cogida en edad madura; la única que he visto estaba en el jardín zoológico de Hamburgo. Al principio se mostraba muy rabiosa, pero poco á poco cambió de carácter, y aunque no se amansó del todo, se hizo, sin embargo, tratable.

Su casa reunía todas las comodidades que una nutria podía pedir en la prisión. Consistía en un pequeño estanque con una isla en medio y cercado de una jaula redonda: en la isla estaban las madrigueras en las cuales se podía refugiar la prisionera, y desde ella un pequeño puente conducía á la orilla del estanque, que le ofrecía un paseo en tierra.

El agua misma de ese estanque circular formaba, por decirlo así, un río sin fin, no muy hondo ni muy ancho, pero interminable. Así al menos debía juzgarlo su habitante, porque una vez en el agua daba vuelta sobre vuelta alrededor de la isla, ya desapareciendo debajo del agua, ya sacando de vez en cuando su redonda y chata cabeza para respirar y sumergirse en seguida de nuevo en el húmedo elemento.

Los visitantes de aquel parque zoológico no siempre conseguían ver á la nutria; ésta metida en su madriguera pasaba la mayor parte del día durmiendo, seguramente durante las horas del mediodía. A las tres de la rarde, la hora en que se cuidaba á los animales del establecimiento que se alimentan de pescado, salía de su escondite después de haber mirado antes con recelo á su alrededor, y empezaba á dar vueltas en el estanque, fija su ansiosa mirada en la casa de donde debía salir el hombre que diariamente le llevaba la comida. Si éste retrasaba algo su salida, el animalito se ponía muy furioso, se levantaba sobre sus patas traseras, llamaba con una especie de silbido al mozo y se tiraba al agua, reconociéndola hasta el fondo para ver si por acaso encontraba algún pez en que hincar el diente. Desengañada volvía á dar vueltas en la orilla; su impaciencia crecía á cada minuto que pasaba; vuelta á sumergirse en el agua, vuelta á salir, cada vez más ansiosa, hasta que al fin aparecía á lo lejos el deseado guarda, llevando sobre su hombro el conocido cubo lleno de peces. Un grito chillón le saludaba, y ya no tenía límites la impaciencia de nuestro animalito, que se entregaba á todos los movimientos de que es capaz su ágil cuerpo, ora arrastrándose como una serpiente, ora deslizándose al arrojarse al agua como una anguila.

Tira el hombre el primer pez, vivo todavía, al agua, y tras de él se precipita la nutria, que en un momento lo coge y colgando de los dos lados de su boca le lleva á la orilla; le mata con un mordisco de sus afilados dientes y se lo come desde luego. Otros peces tira el hombre al agua, vivos los unos, muertos los demás, y todos á los pocos minutos son cogidos y llevados á la orilla, en donde reciben su correspondiente mordisco, lo mismo los vivos que los muertos, estos últimos por si acaso podían escaparse todavía.

Cuando se le echan pequeñas anguilas vivas, entonces se ofrece al espectador un espectáculo muy divertido. Como la nutria necesita de ellas lo menos una docena para que quede satisfecho su apetito, y como esas doce anguilas sean arrojadas al agua todas de una vez, hay que ver su ansia para que ni una se le escape. Con la velocidad del rayo desaparece la nutria debajo del agua y vuelve á aparecer á los pocos segundos llevando en la boca una anguila que conduce á la orilla, en donde la mata y se la come.

Terminada su faena se arroja de nuevo al estanque, sale con la segunda anguila, la mata y la deja en tierra para apoderarse de las demás. Cuando ya no se mueve nada en el agua, empieza la nutria á comer su presa, pero como la anguila tiene la vida muy dura, sucede que algunas de las víctimas que no estaban del todo muertas, empiezan á moverse y á arrojarse al agua. Tras de ellas va la nutria, y aunque haya vuelto á cogerlas todas, sigue aún dando vueltas en el estanque, para asegurarse de que no ha dejado ninguna en el fondo, y sólo cuando se ha persuadido de que ni una se le ha escapado, empieza nuestro animal de rapiña su comida formal y no la interrumpe hasta que se ha acabado el último bocado.

Mucho se ha escrito en obras de Historia natural sobre los movimientos de la nutria silvestre en el agua, sobre su manera de nadar, de sumergirse y de jugar con las olas. Toda descripción resulta incompleta cuando se ha tenido ocasión de observar dicho animal en un jardín zoológico y en jaula á propósito, como arriba hemos relatado. En alemán se llama á la nutria *Fischotter*, culebra de pez, nombre que le cuadra perfectamente, porque parece una culebra qua serpentea por el agua. No hay otro animal mamífero que se mueva con tanta agilidad en el líquido elemento como ella. Los delfines y otros peces mamíferos pueden nadar con más rapidez, las focas pueden bajar á mayor profundidad, los roedores acuáticos recorren quizás mayores distancias que la nutria; pero en agilidad, en variedad y habilidad de movimientos ésta deja atrás á todos ellos. Los movimientos que la marta noble *(Mustela martes)* ejecuta encima de los árboles, ejecútalos la nutria en el agua con una facilidad que sorprende al que la observa. La manera de precipitarse la nutria al agua llama la atención, pues lo hace sin el menor ruido, deslizándose y desapareciendo casi sin que se mueva la superficie del estanque ó del río en que se ha hundido. Cualquier ave acuática mueve más el agua y produce nadando mayor ruido que la nutria, á pesar de que ésta se mueve mucho más de prisa Generalmente nada nuestro animalito en la superficie del líquido

elemento enseñando su chata cabeza y parte de la espalda, y trazando una estela, producida por la rapidez de su movimiento.

La nutria caza entre la superficie y el fondo, serpenteando y bajando ó subiendo, según donde va la presa que persigue. Muchas veces se la ve nadar vuelta al revés, es decir, con la espalda hacia el fondo y el vientre mirando arriba. Tales ejercicios los ejecuta, no sólo con sus patas traseras, sino principalmente por medio de su larga cola, de la que se sirve como de timón. Las manos las lleva cruzadas sobre el pecho, y saca la cabeza, la boca y barba fuera del agua.

Según las observaciones que hice con la nutria del jardín zoológico de Hamburgo, creo poder afirmar que anda también por el fondo del agua en busca de alimento y que de ese modo se apodera de los cangrejos, comida muy apetecida por ella. Cuando en la citada jaula las pequeñas anguilas se refugiaban en los tubos conductores del agua, la nutria los arañaba, creyendo que así podía apoderarse de su deseada presa. Cual las martas terrestres, observa la nutria con mucha atención todo lo que pasa. Una piedrecita que caiga al agua la inquieta y no la deja tranquila hasta que ha bajado al fondo y se ha persuadido por minucioso reconocimiento de que no hay peligro. A mi hermano se le cayó un manojo de llaves al estanque de la mencionada jaula; la nutria se precipitó en seguida tras de ellas y las subió, sujetándolas con sus manos; antes de llegar á la orilla se le volvió á caer el manojo, y lo volvió á subir, hasta que le dejó caer en la red que un guarda traía para pescarlo.

La nutria, que en el agua es sumamente ágil, preséntase en extremo torpe fuera de su elemento, en tierra. Más bien que andar anadea moviendo el cuerpo al modo de los patos. Cuando quiere observar alguna cosa que le ha llamado la atención, se sienta sobre sus patas traseras y levanta su cuerpo como algunos roedores, aguantándose en esta posición por medio de su cola.

A pesar de que su oído es muy fino y su vista muy perspicaz, el olfato es su principal sentido y le sirve especialmente para descubrir la presa de que se quiere apoderar. Eso se observa en la nutria amansada lo mismo que en la silvestre, que es mirada como el animal de rapiña más delicado que se conoce en lo que toca á su alimentación.

DR. BREHM

SECCIÓN AMERICANA

MI TIA MARIA

POR MISS GREENWOOD

Hay en este mundo muchas Marías; pero no sabe lo que se pierde el que no conoce personalmente á mi tía María. Voy á darte, lector mío, una ligera idea de su moral y de su físico mientras vuelve á casa. La pobre no está ya en la primavera, sino en el otoño de la vida. Tiene cuarenta y seis años. Pero no pongas gesto, ni digas que mi tía pertenece á la historia, pues te aseguro bajo mi palabra de honor, que aún es una mujer muy seductora; y puedes descansar tranquilo en mi palabra, porque es tan sólida como una columna de piedra. Sí, señor, mi tía María se conserva hoy con la belleza suficiente para llevar con gracia su nombre, el más hermoso de todos los nombres de mujer, con la elegancia necesaria para volver el juicio á media docena de *pollos*, y con la alegría y el contento indispensables para desterrar los malos espíritus del cuarto de un hipocondriaco inveterado.

Para mí tengo que en esto debe de haber algún misterio, y que no es todo debido á las dotes de naturaleza, porque si bien es cierto que mi tía fué guapísima, según dicen, cuando joven, ¡cuántas y cuántas son las muchachas que á los quince años parecen sílfides, y á los treinta diablejos con faldas!

Por lo que toca á mi tía, siempre ha sido de genio muy alegre, lo cual es cosmético más eficaz que todos los conocidos en la química; además no ha contribuído poco á esta conservación de los rasgos de su agraciada fisonomía su infatigable actividad y su verdadera y constante afición á los tranquilos y dulces placeres del hogar doméstico, que preservan á la mujer de los dispendios de hermosura que exigen las grandes reuniones y espectáculos. El secreto de su bienestar, de su contento, de su jovialidad, consiste en que toda ella es amor y siempre lo ha sido.

Porque sólo ha amado con la independencia de un corazón generoso y puro, como aman los ángeles, á cuanto ha encontrado digno de inspirar tan hermoso sentimiento; pero sin poner restricciones, sin aprisionar en estrechos límites al amor, blanca paloma que viene de las alturas del cielo, del seno del mismo Dios; sin contener jamás su libre vuelo con las severas máximas del egoísmo, sino dejándolo suelto, á su albedrío, volar de corazón en corazón, y gozándose después en verlo volver puro y contento. Sin embargo, no vayas á figurarte que mi tía es una visionaria ni una loca entusiasta; porque, gracias á Dios, el corazón y el espíritu los tiene profundamente penetrados de esa poesía verdadera, que tanto puede llamarse buen sentido como elevación y grandeza de pensamiento.

Ahora bien; después de una introducción tan larga, me parece lo mejor dejar que mi tía, por sí sola, se te revele en una carta que me escribió reservadamente el día mismo que cumplí diez y siete años, á consecuencia de cierta observación que le hice la víspera, con toda la presunción de una colegiala, sosteniendo que no se amaba real y verdaderamente sino una vez en la vida, y que el primer amor era el único que podíamos experimentar, la A y Z de cuanto hubiéramos de saber y entender en el asunto. Tal vez te parezca la carta escrita muy á ligera; pero esa es la costumbre de mi tía, lo mismo cuando habla que cuando escribe. He aquí la carta:

«De suerte, querida mía, que tú crees imposible amar más de una vez en la vida. ¡Vaya! Pero dime, ¿cómo siendo tan niña todavía, has llegado á formarte una opinión tan profunda? Me parece que con las novelas y con los poemas, y de ningún modo con la experiencia y el estudio; por tanto, y como se me antoja que tales ideas pueden convertirse en fuente de muchos males y errores, he determinado revelarte el corazón de una mujer, lo cual es ponértelos todos de manifiesto.

»Mira, Engracia, yo he amado dos veces, primero en los albores de mi caprichosa juventud; después en edad más tranquila y reposada. Aún me acuerdo perfectamente del objeto de mi primer amor. El rostro de mi amado era sombrío y severo, de maravillosa hermosura clásica, iluminado del fuego de un carácter ambicioso y vehemente. La antorcha del genio brillaba en su fisonomía; pero su corazón era frío; nada en sus ojos revelaba la ternura del amor; jamás sonreía su boca; todo en él era varonil, reposado, altivo, soberano. Su estatura no era elevada, ni su cuerpo robusto; pero cuando se presentaba á mis ojos, me hacía el efecto de una torre, y yo bajaba mis débiles párpados, temblaba ante la majestad y el brillo de su mirada. Su voz sonora é imperiosa me hacía estremecer como el sonido de un clarín; no comprendía la posibilidad de reirse; despreciaba la dulzura; la vida no era para él sino lo que un negocio grave para un comerciante, y no aspiraba á otra cosa que á los honores y á la gloria; ni alimentaba su corazón sino es de ambiciones; ni nunca se veía más en su centro que cuando daba una gran prueba de insensibilidad.

»Este fué el hombre que buscó, ó por mejor decir, que exigió mi amor. Con los otros había yo sido siempre presumida, caprichosa, antojadiza; pero con él era sumisa y tímida, y hasta mi dignidad, esa diadema de la mujer, la ponía gustosa á sus pies; en fin, lo amaba con un amor profundo, reconcentrado, inmenso; con un amor exclusivo, que no dejaba lugar para otras afecciones ni me permitía reflexionar; y de tal modo estaban mis sentidos subyugados á su influencia, que en el fuego de mi adoración entusiasta morían de una muerte incomparablemente dulce y llena de voluptuosidad, como la de los insectos que perecen en el humo perfumado de los incensarios.

»Y así como después de haber mirado al sol su dorada imagen, permanece largo tiempo fija en nuestros ojos, así, cuando me volvía de cualquier lado, brillaba ante los míos la de mi amor. Primero hubiera confiado la Lilis de Moore sus recelos y cuidados al ángel que la amaba, que yo los míos al hombre que me pretendía; porque ¿con qué derecho podía turbar con mis quejas la sublime armonía de un alma como la suya? ¡Aún me estremezco al pensar con cuánta ligereza caí en tan ciega idolatría!

»Pero llegó un tiempo en que se apoderó de mí un cierto temor, un miedo indefinible que me puso en la situación de una persona que sueña que se pasea en el paraíso y conoce que sueña, ó que anda sobre un cristal muy delgado y siente debajo las ondulaciones del mar. Muy orgullosa estaba, es cierto, de mi amor; pero se me deshacía en llanto el corazón al pensar que, tal vez, la nueva estrella de mi existencia podría desaparecer del horizonte; que aquel rocío de la mañana de mi vida podría convertirse en una niebla que, al primer soplo de viento, desapareciese para siempre.

»Yo creo que el ángel de mi guarda me advertía. Carlos vive, y no estamos casados. Si nuestra separación hubiese sido causada por algún defecto moral suyo, me guardaría muy bien de revelarlo, porque el amor es de tal naturaleza que, una vez sentido, imprime carácter sagrado al objeto que lo produce, aun cuando se muestre indigno de él. Si hubiera cometido alguna falta, mi ternura lo habría defendido contra todos los ataques; si la sociedad lo hubiera condenado, mi corazón, al menos, le habría permanecido siendo fiel hasta la muerte; pero no, el mundo lo

VISITA INTERESADA, cuadro de E. Pratje

contempla con respeto y admiración, y él ha llegado al colmo de sus ambiciones.

»La causa de nuestro rompimiento fué otra.

»Poco á poco había yo ido conociendo, con harto dolor, que aquel á quien había levantado un altar en mi pecho y tributaba un culto que sólo pertenece á Dios, ni me amaba ni podía tampoco amarme como yo quería ser amada. Porque si bien al principio me satisfacía el verme obsequiada por un hombre de mérito tan superior, luego comencé á suspirar por esa ternura que él no era capaz de manifestarme, por esas palabras dulces, esas suaves sonrisas, esas cariñosas atenciones de que siempre se ha alimentado el corazón de la mujer, desde el momento en que Dios la creó para amar y someterse al hombre.

»Al fin, vi claramente que Carlos era una estatua que, desde el pedestal de su grandeza, contemplaba inmóvil y frío la entusiasta adoración de que era objeto; que era una orgullosa encarnación de la inteligencia; que cuanto en él había de sentimientos humanos lo necesitaba para sí, para su propio consumo, y que no le quedaba nada para su prójimo; que el tálamo nupcial sería un ara de sacrificios para mí, una pira fúnebre, en la cual iría consumiéndose á fuego lento cuanto hubiera en mí opuesto á su naturaleza, ó que no pudiera identificarse con la suya; que mis alegrías, lo propio que mis pesares, mi vida, mi individualidad misma, deberían no mezclarse y confundirse con las suyas, sino estrellarse y aniquilarse en él; que las fuentes de mi corazón se agotarían, y que él no tendría con qué alimentarlas; que el jardín de mi alma se convertiría en un desierto por no tener él tiempo de cultivar sus flores. No quise someterme á tan triste porvenir, y concluyeron nuestras relaciones.

»Cuando la muerte nos arrebata un sér querido, el dolor que experimentamos es inmenso; pero ¿cómo expresar el dolor que se siente al destruir de propósito deliberado un amor que, como débil planta, se apoya en aquel que lo inspira y cuya causa es? ¿Cómo expresar el martirio, el suplicio de ir arrancando uno por uno todos los brotes, llenos de savia, que se han abrazado al tronco robusto, á cuya sombra crecieron?

»Pasaron algunos años, y amé por segunda vez. Pero ¡cuán diferente era el objeto de este amor del ídolo de mi primera pasión! Eduardo reunía la seductora dulzura de la mujer á la vigorosa dignidad del hombre; tenía todas las cualidades más femeniles sin ser afeminado; su imaginación no se parecía á una de esas cultivadas llanuras que no serían nada sin el incesante trabajo del hombre, sino á las praderas del Oeste, en que la vegetación es espontánea, lozana y espléndida. Era de elevada estatura; pero no pretendía ser más *elevado* que yo; era hermoso, y su fisonomía respiraba la tranquilidad, la paz y el contento; en fin, la luz, no el fuego del genio, era lo que iluminaba su frente.

»Su caridad lo había hecho tan amado de los pobres; su carácter noble y su vida inmaculada le habían granjeado tanto la estimación de los ricos, y todos los buenos lo elogiaban tan unánimemente, que mi amor inefable no era otra cosa sino la concentración del aprecio de los demás.

»Sin embargo, pasó mucho tiempo antes de que nos amásemos, pues el germen de este divino sentimiento fué desarrollándose con lentitud, como el capullo de una flor que no debe marchitarse nunca.

»Dicen que el amor es la rosa del corazón; pero, por desgracia, ¡cuántas veces se transforma el corazón en invernáculo para precipitar su florescencia! Y si, al contrario, se dejase al sol de la naturaleza, al rocío de la inocencia y de la verdad, al cuidado de los ángeles, ¡qué placer tan grande causaría el verle crecer, el seguir el desarrollo de sus pétalos, á los cuales cada hora que transcurre va dando más perfume y más vivo colorido, hasta que la rosa se entreabre, al fin, en toda la plenitud y perfección de su hermosura incomparable!

»Nuestra vida, gracias á Dios, ha estado exenta de eso que se llama desgracias; pero hemos tenido nuestros malos ratos. Sin embargo, no podíamos quejarnos, puesto que nos consolábamos mutuamente, sobrellevándolos entre los dos. Ni tampoco podía ser de otra manera, porque esa confianza completa, absoluta, espontánea, recíproca, que nos prometimos al pie de los altares, y sin la cual el matrimonio es una mentira, ni por un solo momento nos ha faltado.

»No creas por eso que nos adorásemos ciegamente; no por cierto; nos conocíamos todos nuestros defectos, hasta los más triviales; pero á medida que uno de nosotros los descubría en el otro, los ocultaba con el negro manto del olvido, ponía sobre ellos el puro velo de la caridad y los encerraba en un impenetrable santuario.

»Al concluir, mi querida Engracia, te compararé mis dos amores. El primero era un águila enjaulada por mano inteligente, y sometida á su cautiverio; pero que aspiraba á su antigua libertad, y recordaba con placer el tiempo en que batía sus alas poderosas en la inmensidad. El segundo era un pájaro más doméstico, que se deslizaba contento en el seno de quien lo tenía preso, y plegaba sus alas con un movimiento de placer.»

De esta manera concluía la extraña carta de mi tía María, y á pesar de su sencilla elocuencia, no pudo convencerme; porque para mí era inadmisible que lo que llamaba su primer amor lo hubiera sido realmente. Mi tía no pudo acercarse lo bastante al corazón de Carlos para amarlo; y si se hubiera casado con él, habría sido como la mujer de Catón, que, según dijo su austero marido, no se permitía estrecharlo en sus brazos sino cuando tronaba Júpiter.

Lo que mi tía experimentó no fué otra cosa sino admiración, orgullo satisfecho, vértigos, todo lo que se quiera, excepto esa esclavitud del alma en que el esclavo besa su cadena; esa locura del corazón que el loco prefiere mil veces á estar en sano juicio. Ella tuvo la balanza en sus manos; ella pronunció la separación: ¿hubiera podido hacerlo si verdaderamente hubiese amado con la ciega abnegación, con la sublime locura de la mujer? La fuerza que sostiene y que impulsa á la mujer en casos de corazón, es las más de las veces orgullo excitado por las ofensas ó los desprecios; y mi tía no fué ultrajada ni despreciada tampoco. En cuanto á su segundo amor, nada quiero decir. Pero como me es imposible dar el nombre de amor á su primera prueba, quedo *in statu quo* por ahora.

TRADUCIDO POR M. JUDERÍAS BÉNDER

UNA BROMA ESPIRITISTA

I

PRESENTACIÓN DE TIPOS

No muy lejos de la ciudad de Vitoria existe un caserío, con honores de pueblo, cuyo nombre es..., no lo recuerdo, pero es una cosa así como Betaño ó Betoño; no, Betoño no es, pero es un nombre por el estilo.

Recuerdo que Betoño no dista de la capital alavesa más que media hora ó tres cuartos, y el pueblo á que me refiero está algo más distante: cuatro ó cinco leguas.

Los vecinos del pueblo de... (supongamos que su nombre es Betaño) son, como todos los de aquellas tierras, gentes bondadosas y pacíficas, temerosas de Dios hasta dejarse conducir como mansísimos corderos por el pastor de la iglesia.

Por causas y motivos muy largos de contar, y que no importa callarlos, el pueblo de Betaño perdió mucha y buena parte de su fe religiosa, y negó obediencia á su buen pastor, dejando casi desierta la antes concurrida iglesia de la Virgen Blanca, patrona del pueblo.

Ocurría esto allá por los años de 1876 ó 1877, es decir, poco después de la terminación de la última guerra civil.

Una empresa, que por rara casualidad no era extranjera, estaba haciendo los estudios de una línea férrea que había de unir Vitoria con Durango.

El pueblo de Betaño, como hemos convenido en llamarle, era uno de los que se hallaban en el trayecto proyectado.

Accidentalmente residía en Betaño uno de los ingenieros de la empresa; muchacho recién salido de la escuela de caminos, de veinticinco años de edad y más alegre que unas Pascuas.

Jorge Lasala terminó su carrera de ingeniero con el número uno de su promoción; fué contratado por la empresa del ferrocarril de Vitoria á Durango con un gran sueldo, y salió de Madrid, donde había nacido y pasado los veinticinco años de su edad.

En los primeros días de su residencia en Betaño se aburrió grandemente; mas su aburrimiento se cambió en regocijo cuando se enteró de que hondas cuestiones y profundos agravios separaban al padre Félix, cura del pueblo, y al alcalde y demás individuos del ayuntamiento.

No podía decirse de Jorge que fuera uno de esos jóvenes á quienes acusan las gentes conservadoras de estar tocado del gusano repugnante del materialismo moderno. No era materialista, ni era devoto, ni mucho menos creyente, no era nada; se reía de Leibnitz, lo mismo que de Kant y Krausse, y de Hobbes y Buckner. Era un escéptico que dejaba muy atrás á Voltaire y que tenía algo de la sal cáustica de Pigault Lebrun, que aplicaba lo mismo á los que creen que *in principio creavit Deus cœlum et terram*, que á aquellos que con fuerza y materia explican la creación y defienden la teoría de la selección natural y otras zarandajas «que nadie ha visto,» según la frase de Jorge.

Aceptando, en cierto modo, la clasificación de Allán Kardec, nuestro ingenierito podía ser colocado en el grupo de los espíritus guasones. De todo se mofaba y reía, y sólo para él eran cosas ciertas el teorema de Arquímedes, el binomio de Newton y las leyes descubiertas por Laplace.

Hizo amistades con el secretario del ayuntamiento de Betaño, y por él supo que el padre Félix y D. Nicanor, el alcalde, se miraban con recelo y hasta casi casi se odiaban.

Y no era, en verdad, nada extraño que entre ellos existieran estas antipatías, puesto que D. Nicanor había sido, durante la guerra civil, teniente de forales en Bilbao; y según malas lenguas murmuraban, por aquel tiempo la parroquial iglesia de Betaño había estado servida por un teniente cura, pues dió la casualidad que D. Félix necesitó ausentarse por tres ó cuatro años, que pasó, según él, en los baños de Alhama, para curarse de unos dolores reumáticos.

El odio recíproco que sentían el alcalde y el cura estuvo por algún tiempo disimulado y en estado latente, pero salió al exterior y se manifestó ruidosamente con motivo de unas elecciones para diputados á Cortes.

Salió triunfante el candidato de D. Nicanor, y este triunfo, el carácter atrabiliario del padre Félix y sobre todo las ventajillas que alcanzaba el pueblo por mediación de su diputado, hicieron engrosar el partido de D. Nicanor y disminuir el del Padre.

El secretario, D. Isidro, era un buen hombre, honrado á carta cabal, inocente como una paloma y con menos hiel que uno de estos animalitos.

Llevaba la secretaría como una seda, siendo un modelo de burócratas y de hacendistas municipales, y le sobraba tiempo para cultivar por sí mismo un maizal, un campo de habas y de patatas, que con una vaca procedente de la granja modelo de Vitoria constituían su hacienda, que consumía, tres cuartas partes en libros para su recreo é instrucción, más para ésta que para aquél, y el resto en satisfacer sus necesidades físicas, que eran muy pocas. Leche y *talos* por mañana y noche, un puchero con muchas habas y patatas al mediodía, sin que ni en domingos ni fiesta alguna tuviera añadiduras, como las que se permitía D. Quijote, con quien alguna semejanza tenía.

Al ingenioso hidalgo se le derritieron los sesos por pasarse las noches de claro en claro y los días de turbio en turbio; á D. Isidro, por más que también pasó su vida *leendo*, *leendo*, como dice aquel personaje de una comedia de Serra, no se le derritieron los sesos, porque al nacer, ya derretidos los tenía.

El buenazo y cándido de D. Isidro, incapaz de matar á un mosquito, aun cuando le picara, convertíase en un chacal cuando le hablaban de los curas. Sentía las hermosas doctrinas del cristianismo y como nadie cumplía el precepto «Ama á tu prójimo como á ti mismo;» y sin embargo, á los curas no los amaba. «Y no se me acuse ni tache de ilógico, decía un día á Lasala, yo amo á mi projimo; pero ¿es que un cura es mi prójimo?»

Al ingeniero le divertían mucho las candideces del secretario, y con él hizo amistad estrecha, pues encontró en D. Isidro un hombre relativamente ilustrado y de conversación amena.

Tenía el secretario una verdadera pasión por la lectura, y sin orden ni concierto había tomado ideas de aquí y de allá, y en su cerebro se había armado una madeja de ideas tan enredada, que no era posible encontrar un extremo para tirar de él y devanarla.

Los libros de caballería trastornaron á D. Quijote, que fué hombre de mucho seso; ¿cómo los libros de filosofía alemana no habían de trastornar á quien tan poco seso tenía?

La primera vez que cayó en sus manos una obra de Krausse creyó morirse de alegría. Entendió muy poco de lo que decía el libro; pero le entusiasmó todo aquello de lo inmanente, lo subjetivo, las condiciones de modalidad, etc., etc., palabras que barajaba *en redondo*, armando una jerga que él decía era más clara que la luz.

D. Isidro acabó por donde debía acabar. Un teniente de la guardia civil que estuvo de comandante del puerto de Betaño, y que aun tenía menos seso que D. Isidro, le convirtió al espiritismo, y hete aquí al secretario de Betaño hablando con Cicerón por medio de un telégrafo nuevo, las patas de un velador.

¡Cuántas conversaciones tuvieron él y su amigote el teniente con Napoleón, Pericles, Isabel la Católica, Sebastián Elcano y con Costillares; y qué buenos ratos pasaron!

La mayor pena que tenía D. Isidro es que no era buen *medium*. A haberlo sido, ayudado de Euclides hubiera resuelto con las patas, con las patas del velador, entiéndase bien, la cuadratura del círculo, cosa que también le tenía altamente preocupado.

Ocultaba sus creencias D. Isidoro por miedo al cura y al pueblo.

–¡El pueblo!, exclamaba con entonación de orador convencido y con ademanes trágicos. ¡El pueblo, masa ignorante, que crucificó á Jesús! ¡El pueblo, ¡ah, sí!, el enemigo del progreso, el que con la pantalla de la tradición y de la *rutaina* (rutina quería decir), pretende y pretendió siempre tapar la luz de la verdad! Y ¡ah, señores!, ¿quiénes creéis que son los que forman el pueblo? ¿Tan sólo esas bestias humanas que abren el seno de la tierra con la pesada reja, ó forjan el hierro con el pesado martillo, ó arrancan de las canteras piedras y las levantan con la pesada palanca? No, no son esos ni otros que con la pesada;... pero no quiero ponerme pesado. También son pueblo, y más que pueblo vulgo, los que por sabios se tienen; los que se rieron de Colón, y dieron tormento á aquel sabio que se llamó *Galleo*, si mal no recuerdo, y que dijo *E pur si muove*, *E pur si muove*, que quiere decir: ¡Y á mí qué me importa! Esos también son pueblo; su ignorancia les lleva á reirse de todo, de todo... ¡Si serían capaces de reirse de mi velador y hasta de mí mismo!



UNA PARTIDA DE SACANETE, cuadro de W. Schwar

Y no se engañaba en esto D. Isidoro; capaces y muy capaces serían de reirse.

Discursos como este ó parecido pronunciaba el pobre hombre, encerrado en su cuarto á altas horas de la noche y dirigiendo su peroración á dos bustos en yeso que sobre su mesa tenía, que representaban á Séneca y Cervantes, que impávidos le escucharon hasta un día en que D. Isidro en el calor de la improvisación dió tan fuerte palmada sobre la mesa, que tambaleóse Cervantes, como si se desternillara de risa, y vino á caer sobre Séneca, á quien rompió las narices.

No se percató don Isidro del percance sufrido por el sabio, y aun creyó que el ruido que en su caída produjo Cervantes eran murmullos de admiración, que acalló diciendo:

–¡No me interrumpáis, señores, os lo ruego; dejad los aplausos, que pueden halagar al necio, mas no á mí!

El daño causado en la nariz de Séneca quedó re-

APOSENTADORES DEL EJÉRCITO RUSO EN TIEMPO DE MANIOBRAS, dibujo de Cokolokcharo

mediado con un poco de engrudo, ó por mejor decir, con un mucho, que al secarse produjo una cicatriz que parecía una corona de verrugas, y todo siguió lo mismo: D. Isidro perorando, y aprobando sus oyentes con su silencio.

Calcúlese cuál sería el asombro y el regocijo de Lasala cuando descubrió el flaco espiritista y la manía oratoria de D. Isidro.

Con disimulo y astucia procuró ganarse su amistad y se fingió tan entusiasta de Allán Kardec como él, y como él tan *clerófobo*.

Pensó para matar su aburrimiento sacar partido de aquel *ejemplar* rarísimo, como llamaba al secretario, y para ello comenzó á ensayar una farsa con su ordenanza Matías.

Pero la presentación de este personaje y lo que entre amo y criado tramaron merece párrafo aparte

II

MATÍAS RÓDENAS

Matías Ródenas nació en Zaragoza; á los siete años quedóse huérfano, y fué recogido por unos parientes que vivían en Orense. La protección que sus parientes gallegos le dieron fué más una explotación que una obra de caridad. Matías, á cambio de una alimentación que tuvo siempre despierto su apetito y que en muchas ocasiones le hizo conocer lo que es el hambre, fué mozo de labranza, pastor, cocinero y niñero de los hijos de sus generosos parientes.

En Orense aprendió esa honradez gallega que convierte á los hombres en máquinas para el trabajo, y máquinas tan bien engrasadas, que jamás dejan oir un chirrido, junto á esa paciencia y resignación que se consuela con sólo oir las poéticas y melancólicas notas de la muñeira.

Cuando cumplió Matías los veinte años, la patria reclamó sus servicios, y él se los prestó, más que de buen grado con entusiasmo.

Con el fusil al hombro recorrió España entera. Estuvo en Cataluña con Nouvilas, en el Norte con Moriones, en el centro con Pavía. De guarnición estuvo en Málaga, Sevilla y Córdoba, y en Cataluña aprendió á cantar ampurdanesas; zortzicos en el Norte; malagueñas, polos y seguidillas gitanas en Andalucía, y como nadie, cantaba la jota de su país y la gallegada.

Al mismo tiempo tomó de todos estos países, de unos la firmeza y voluntad que nunca cede, de éstos la gracia y la malicia, y la astucia de aquéllos.

Le sobraban condiciones para crecer y ser algo, pero junto á estas buenas cualidades tenía otras que le cortaban toda carrera; era derrochador y manirroto y carecía de constancia para todo, menos para ser fiel á los hombres con quienes hacía amistad, ó á quienes el destino le unía con cualquier clase de vínculos.

Después de haber sido cuanto ya se ha dicho, fué, cuando le dieron el canuto, banderillero de invierno, comerciante ambulante de pitos á real y gaitas á dos reales, ayudante de un sacamuelas de esos que venden un ungüento hecho de todas las hierbas buenas que se crían en el campo y que curan los dolores de estómago y muelas, jaquecas, cierran las heridas y extirpan los callos. Fué también cartero durante unos meses, y por fin entró de ordenanza de Jorge Lasala.

Amo y criado se completaban, y muy pronto se entendieron.

El ingeniero se propuso divertirse á costa del secretario de Betaño, y cuando hubo ganado toda la confianza de D. Isidro y madurado un plan con todos sus detalles, llamó á capítulo á su siervo leal, como llamaba á Matías, y le habló de esta manera:

– Señor Matías, has de saber que he decidido convertirme al espiritismo, y como señor y soberano tuyo que soy, he tenido á bien ordenar que seas *medium*.

– Pues si V. lo ha decidido, cuente con que ya soy... eso.

– ¿Y sabes en qué consisten tus obligaciones?

– Haré lo que V. me mande.

– ¿Comprendes de lo que se trata?; de ser *medium*.

– Pues no veo *medium* de serlo si V. no me explica...

– Te dormirás cuando yo te lo mande y...

– Sí, señor, cuando V. no me lo mande también.

– Adivinarás los pensamientos, el pasado, el presente y el porvenir, y...

– Entendido; diré la buenaventura.

– No te adelantes y escucha.

– Escucho, pero he querido probar á V. que ya comienzo á adivinar. Usted quiere, para divertirse, que represente yo aquí una comedia de sonambulismo. Sé lo que es eso; fuí sonámbulo cuando recorrí los pueblos de la provincia de Valencia, como ayudante del doctor Ala-Key, dentista del bey de Túnez, condecorado con quince medallas de oro, plata, cobre y nada, inventor del ungüento sanalotodo, hecho con sándalo, espliego del monte Sinaí, cascarilla de arroz de la India que cura las tercianas, bálsamo de rosas del Japón que hace crecer las muelas, aceite rojo de...

– ¡Eh!, basta; veo que he encontrado lo que necesitaba. Mañana empezaremos los ensayos.

– A la orden de V., soy su servidor, sonámbulo, hipnótico y *medium*.

Rióse grandemente Jorge, y al siguiente día enseñó á su ordenanza á parecer hipnotizado, á manejar los veladores parlantes y otra infinidad de habilidades, que hicieron de él un *medium* capaz de ponerse al habla con el alma de Garibay.

Cuando D. Isidro conoció al ingeniero estaba loco como uno, y á los pocos días lo estaba como ciento. Jorge le había referido tales maravillas del magnetismo, hipnotismo y sonambulismo, que el pobre hombre soñaba que era un imán (¡qué idea se habría formado del magnetismo!), y se creía con gran fuerza hipnótica, porque todos los lunes cuando el ayuntamiento celebraba sesión se dormían el alcalde y los concejales mientras él leía el acta de la sesión anterior.

Una mañana, muy temprano, fué Jorge á despertar al inocente D. Isidro, y después de muchos preámbulos y con gran misterio le notificó un gran descubrimiento que había hecho. Matías era un *medium* de primera fuerza. En la noche anterior había conseguido Jorge hipnotizarle, y en su sueño hipnótico le había dicho que el padre Félix había recibido una carta anónima en la que se le decía que en el pueblo tomaba gran incremento la secta espiritista de la que era fundador y jefe D. Isidro.

La noticia resultó cierta en todas sus partes; como que el autor del anónimo era el mismo ingeniero.

No se sentía muy tranquilo D. Isidro, temiendo alguna barrabasada del presbítero, y aumentaron sus temores y zozobras cuando le refirieron que el padre Félix había pronunciado un sermón anatematizando á los espiritistas y dedicando al secretario alusiones muy directas.

Pronto recobró la calma y hasta se sintió feliz y regocijadísimo cuando vió que el alcalde y con él las personas de más viso del pueblo querían entrar en su secta, bien en odio al cura, bien por necedad, bien por la tendencia á lo extraordinario, sobrenatural y maravilloso que existe en todas las personas poco ilustradas.

Tomó tal incremento y desarrollo el espiritismo en Betaño, que llegó á preocupar hasta al obispo de Vitoria, quien con este motivo publicó una pastoral. Pero lo que dijo D. Isidro al leerla: «¡Pastorales á mí, á mí que ya soy pastor de la nueva y verdadera religión; á mí, al apóstol de la nueva iglesia! ¡Chilla, hijo, chilla, pero rabia!»

Las sesiones de espiritismo, magnetismo, etc., menudeaban, y crecía el número de los sectarios fervientes, merced al ingenio de Jorge y á la gracia y malicia de Matías, quien dormido adivinaba á cualquiera los años que tenía como le dijera únicamente el año en que había nacido.

El pueblo entero no hablaba de otra cosa; los más, para creer en aquellas maravillas; los menos, capitaneados por el cura, para maldecir aquellas brujerías.

Ocurrió un suceso importante que por unos días apartó la atención que tan fija estaba en las cosas extraordinarias realizadas por el ingeniero y el pícaro de su ordenanza.

Una mañana aparecieron asesinados los dueños y la criada de una posada situada á media legua del pueblo, en la carretera que une Betaño á Vitoria.

Los bárbaros criminales, en su furor no habían dejado vivos ni á los animales que en la posada había. Dieron muerte á los posaderos, á una criada, al perro, á dos gatos y á un caballo.

Aquel pueblo tan pacífico y poco habituado á estas atrocidades se indignó ante tanta ferocidad.

Los autores del crimen no habían sido habidos, como dijo *La Correspondencia* al dar cuenta del hecho.

III

MISTERIO

Por una de las callejas que dan á la plaza mayor del pueblo de Betaño, caminaba ya muy entrada la noche un hombre que por las precauciones que tomaba para que sus pasos no hicieran ruido alguno, parecía indicar que algo tenía que temer.

Ocultándose cuanto podía, arrimándose á la pared y volviéndose muchas veces para ver si alguien le seguía, llegó á la plaza, la cruzó por dos de sus lados y entró en otra calle.

Anduvo aún algún trecho, y parándose frente á una casa de buen aspecto llamó despacio, dando en la puerta tres golpecitos con los nudillos de la mano. Dió un silbido, y sin que se oyera ruido alguno se abrió la puerta, dejando ver la silueta de otro hombre que no llevaba luz alguna.

– Soy yo, dijo el primero; vengo temblando; me parece que he hecho una barbaridad.

– ¿Te ha visto alguien?

– Creo que no.

– Entonces nada temas. Además aunque te hubieran visto, no es fácil que te reconozcan con ese traje.

– Déjame entrar, que es una imprudencia estar aquí.

– Tienes razón, entra.

Entraron, cerróse la puerta y la calle volvió á quedar en silencio.

Ricardo Revenga

(Concluirá)

LOS AGOREROS

I

Salían de casa de Perico Fuentes, sin duda de acompañarle un rato, pues hallábase el bueno de Perico molestado por un ligero catarro, y previsora como todas las madres y aprensiva como pocas, habíale obligado la suya, con dulces reconvenciones entreveradas de súplicas, á permanecer en el lecho, mientras no desapareciesen los síntomas de la pequeña indisposición.

Dieron vuelta á la esquina que formaba la casa de Perico, internáronse en los soportales de la Rua Central, y á pocos pasos que por ellos anduvieron, detúvose D. Gonzalo, y clavando sus ojillos de zorra, grises y pequeños, en el rostro por todos conceptos menguadísimo de D. Secundino, preguntó á éste:

– ¿Qué le parece á V. de ese chico?

Encogióse de hombros el interrogado, miró á su interlocutor dando á entender que comprendía el alcance de la pregunta, y con una expresiva mueca contestó:

– ¡Pchsss!... ¿Qué quiere V. que le diga?...

– ¿Se ha fijado V. en el color?...

– Hombre, sí; el color no me gusta; me parece demasiado pálido para un catarrillo ligero.

– ¿Y aquella tos tan bronca..., tan fatigosa?...

– En eso sí que no reparé.

– ¿No?... ¡Pues si es lo que á mí me ha causado más impresión! Créame V., D. Secundino, aquella tos da á entender claramente que Perico..., en fin..., ¡quiera Dios que me equivoque!... Pero si V. se fijó en el decaimiento del pobre muchacho..., en aquella risa tan forzada, aunque él aparentase reir con toda su alma..., y en los ojos..., y en todo, me parece que estará V. conforme conmigo.

– ¿Pero V. cree que?...

– Yo no creo nada, por ahora; es decir, no aseguro que la cosa sea ya tan... ¡vamos! Pero la familia de Perico, sin alarmar á éste, bien podía avisar un médico que reconociese al chico y dispusiese lo conveniente, antes de que el mal se haga incurable.

– Quizá la familia juzgue sin importancia la enfermedad de Perico, y...

– D. Secundino, todo el mundo sabe que un catarro puede traer malas consecuencias, y que es bueno estar siempre prevenido. V. recordará, como yo, que el abuelo de Perico (que santa gloria haya) tuvo á los cincuenta años una tosecilla que le molestó algún tiempo; y cuando él y todos creían que la dichosa tos había desaparecido del todo, recordará usted también que le dije· «¡D. Fabián!, cuídese usted, que esas toses al principio parecen nada y al fin concluyen por derribar á un hombre...» Rióse de mí el buen señor, llamándome ave de mal agüero, y ¡qué sé yo cuántas cosas más!; ¡pero quién le diría que veinte años después!...

– Sí. ¡Pobre D. Fabián! Aquella congestión...

– ¡Qué congestión ni qué niño muerto! Eso dijeron los médicos... ¡Bah!, ¡bah! Si hubiese cuidado la tosecilla, como yo le aconsejaba, aún estaría tan campante y tan famoso, porque lo que es robusto era como un toro el bueno de D. Fabián.

– Y volviendo á Periquillo, interrumpió D. Secundino, ¡qué desgracia para la familia si se muere!

– Sí, en efecto; sobre todo la madre, ¡pobrecilla!, no encontrará consuelo, porque Perico es el hijo á quien quiere con más locura. Pero la verdad, aunque sea duro el decirlo: de la muerte del chico, sólo tendrá la culpa su familia... ¡Estar el muchacho tan

abandonado!... ¡sin un médico!... Y vaya V. á hacerles la menor indicación... ¡Quién se atreve!... Serían capaces de creer... ¡qué sé yo!

– Por mi parte, ¡líbreme Dios de tamaña atrocidad! Lamento la ceguera de la familia de Perico, y ó mucho me equivoco, ó me parece que no han de tardar sus padres en lamentarla también y de modo inolvidable: pero ¡buen cuidado tendré de decirles una sola palabra! Y eso que temo que la enfermedad de Perico va á ser breve, muy breve.

No dijeron más, y reanudando el interrumpido paseo llegaron al Casino, en cuyo pórtico, sentados en sendas mecedoras, hallábanse una media docena de los más ilustres zánganos de Villasombría, y allí se detuvieron para dar cuenta, sin duda, de sus impresiones sobre la próxima muerte de Perico Fuentes.

II

No se engañó en sus predicciones D. Secundino. La enfermedad de Perico fué, en efecto, breve, muy breve. Dos días después del fúnebre vaticinio, podía vérsele en la Universidad, en paseo, en todas partes, á despecho de las lúgubres profecías de D. Gonzalo y de su compañero. Yo le vi entonces, y puedo jurar que ni color pálido, ni ojos hundidos, ni decaimientos, ni nada de aquella monserga que con tan tristes colores describía D. Gonzalo se observaban en Perico. Sano, colorado, con un buen humor á prueba de malos pronósticos y tan satisfecho y alegre que daba gozo el mirarle, riendo y haciendo reir á sus amigos con las picarescas jovialidades propias de su carácter abierto y zumbón, bien hacía entender á quien quisiese entenderlo que el muchacho podría morir de cualquier cosa, menos de la tosecilla tan fatal á su abuelo.

Encontráronle los dos profetas, en ocasión en que se hallaban midiendo á lentos pasos la Rua Central, y saludáronle afables y le felicitaron por su restablecimiento.



EL MONUMENTO VISTO EN CONJUNTO



DETALLE DE LA ESTATUA QUE REPRESENTA Á ITALIA

MONUMENTO ERIGIDO EN MÓDENA EN HONOR DE VÍCTOR MANUEL, OBRA DEL ESCULTOR GHIBELLINI

Contestóles él con agrado, sí, pero impaciente, más ganoso de seguir á Juanita, una rubia como unas candelas, de ojos negrísimos, que de emprender conversación con aquel par de carcamales, enfundados en sus largos gabanes, que les daban aspecto tétrico, muy en consonancia con su carácter.

– Y cuidarse, Periquillo, que un catarro puede tener consecuencias desagradables; y aunque el de usted haya sido poca cosa..., sin embargo, no conviene abandonarse. ¡No digo esto porque V. tome aprensión!... ¡Dios me libre!..., sino porque sabe V. que le quiero, y sentiría ..

– Muchas gracias, D. Gonzalo, por su interés; pero pierda V. cuidado. Me encuentro perfectamente, á Dios gracias.

Y saludando rápido, echó á andar, sin curarse de las advertencias de aquel bolonio, que parecía complacerse en suponer á todos sus semejantes *in articulo mortis*, como si á todos esperase heredarles. Volvióse D. Gonzalo á D. Secundino, y con una sonrisilla escéptica, que contraía desagradablemente su faz, ya de suyo harto antipática, masculló entre dientes:

– ¡Sí, sí! Perico está muy confiado, pero me temo que cuando menos se piense...

– ¡Y qué extraño es se halle tan ciego, cuando su familia!... Que él se crea sano del todo, no me asombra; pero ¡su padre!...

– A su padre hablarle de que Perico no se encuentra más fuerte que un roble, es hablarle de los perros que se crían en la luna. Se ríe..., y tan satisfecho.

– No se reirá así el día en que el mal se presente con toda franqueza.

– Entonces me dará la razón, como sin duda al morir me la dió D. Fabián. ¡Bien recordaría el pobre señor lo que veinte años antes le había dicho yo, y bien se lamentaría por no haber seguido mi consejo, descuidando aquella tosecilla que al fin le llevó al sepulcro... ¡No lo dude V., D. Secundino! Aunque no soy médico, he visto mucho; y enfermo de quien yo diga «se muere,» podrá vivir algunos años, pero al fin concluye dándome la razón.

– Y hoy no tenía mal color Perico: pero ¡quién se fía!...

– ¡Qué! ¡Si venía sofocadísimo, santo de Dios!; y á pesar de eso, apenas si unas rosetillas, que también me dan muy mala espina, se le veían en la cara.

– ¡Cómo ha de ser!... ¡Pobre Periquillo!, tan joven...

– Y lo más sensible es que acudiéndole en tiempo quizás se evitaría.. Por lo menos iría tirando algunos años. Pero con esa ceguera de los padres, se las liará el muchacho sin remedio.

– ¡Qué quiere V., D. Gonzalo! Pero en fin, nosotros hemos hecho cuanto hemos podido, y nuestra conciencia puede estar tranquila. Si el chico muere ya serán las ¡madres mías! de la familia..., y el lamentarse . , y nos darán la razón cuando ya la cosa esté perdida. Así fué siempre. Conque hasta mañana, si Dios quiere.

– Muy buenas noches, D. Secundino.

. . . .

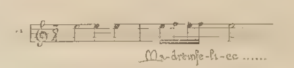
Ahora ¡vaya V. á convencer á D. Secundino y á D. Gonzalo de que Perico, que vive, come, bebe y goza de una salud que para mis lectores deseo, no está tísico en tercer grado!

SALVADOR CABEZA LEÓN

EL DO DE PECHO

(Conclusión)

IX



(Il Trovatore, atto III.)

Doli suspiró ante el recuerdo de aquella escena terrible, y luego dijo:

– Ahora permíteme que, antes de continuar la historia, te haga, á guisa de paréntesis, digresión ó como quieras llamarlo, una confidencia artística importante. Quédese, por ahora, el cuento en tan dramática situación, y así me acreditaré ante tus ojos de artista apto para escribir folletines á lo Jerónimo Paturot. Volvamos á Milán y á la clase en que el eximio maestro *Lamperti* nos enseñaba con furibundo ceño y coléricas frases el arte de respirar, *filar* las notas, hacer mordentes y apoyaturas y demás secretos y garatusas del arte. *Lamperti* y tú habéis sido los únicos, después de Mario, que han adivinado mi actual nombradía. El célebre catedrático se esforzaba día y noche en convencerme de que yo tenía una hermosa voz y que, desechado el miedo que me obscurecía y apagaba, podía hacer con ella maravillas. Pero sus predicaciones eran inútiles. El miedo era, por entonces, la característica de mi sér. El *do* de pecho que *Lamperti* se empeñaba en que diese, se-



EN EL JARDÍN, cuadro de Gustavo Courtois, grabado por Baude



PESCADOR DE ALMEJAS, cuadro de D. Dionisio Baixeras, grabado por Baude

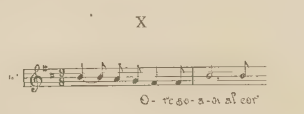
(Salón de París de 1890)

guro, como él decía, que era para mí cosa fácil, ó no salía de mi garganta, detenido allí por las férreas cadenas de la *paura*, ó si brotaba era una nota angustiosa, trémula, vacilante, como viajero que caminaba entre dos abismos, próximo á derrumbarse doquiera le empujase su mala suerte. Y es evidente que, si en clase, ante mi maestro y entre mis discípulos, la malhadada nota se hacía tanto de rogar para salir á luz, fuera de allí cualquier tentativa hubiera sido temeraria y expuesta al más horrible de los fracasos. Esta reflexión me había detenido siempre, y jamás abrigué el osado propósito de entusiasmar á un público con ese famoso *do* que hoy le enloquece y apasiona. *Lamperti* concluyó por convencerse de que mi miedo era insuperable y, aunque con pesar, me aconsejó al separarme de él que continuase siendo prudente y no me arriesgara á la peligrosa aventura de dar en público el *do* de pecho. ¿Y cómo, me preguntarás, estando vedada para ti la famosa nota, cantabas El Trovador en aquellos tiempos? Aquí de la receta artística, del camelo musical empleado por mí y por tantos otros Lidos que van por el mundo, y cuyo secreto te ruego y encomiendo que conserves. Como el miedo me impedía subir á aquellas vertiginosas alturas de la voz humana, cuando llegaba la popular *cavaletta* del aria de la ópera, el director hacía que la orquesta transportase medio tono más bajo todo el resto de la pieza, y yo, tranquilo ya con la complicidad de tanto músico, me lanzaba desde el fondo del escenario á la concha del consueta á carrera abierta, emitiendo con toda la fuerza de mis pulmones aquel *do* falsificado, que era lo único que los espectadores me solían aplaudir, tomando cándidamente gato por liebre. Me dirás que eso es una picardía, una estafa musical; que aquel *si* natural que yo daba cometía una usurpación de estado civil haciéndose pasar por un *do*; pero ¿qué quieres? De un lado está la ignorancia de los públicos que no paran mientes en esos tiquis-miquis filarmónicos; de otro el temor horrible mío que se contagiaba á la empresa, á mis compañeros, á la orquesta y hasta á los acomodadores del teatro, obligándoles á erigirse en cómplices y encubridores de mi superchería; de otro la poca piedad del que es hoy mi ilustre amigo, de Verdi, que ha escrito sus inmortales partituras – perdóname la inmodestia – para que las canten los Dolis, y no los míseros tenorcillos que las destrozan en los teatros de cuarto orden. Estas tres consideraciones me empujaban á cometer aquel fraude artístico, y el éxito con que lo repetía una y otra vez me hacía envalentonarme de mi delito. ¡Ay! Era mi único triunfo, y, por otra parte, los grandes moralistas lo han dicho: el primer paso es el que cuesta en la pendiente del crimen. Hecha ésta indispensable digresión, prosigo el relato. Capítulo veintiocho. La venganza de Burrone.

Llegó la noche y la hora de la representación, y me vestí de Manrique y canté la trova entre bastidores haciendo pucheros como los chiquillos. El termómetro de mi temor había subido á cien grados sobre cero. Cuando salí, gracias á la visera calada, no vi gran cosa; pero cuando la levanté para mostrar mi irritada faz á la engañada Leonor, no sé qué misterioso imán me llevó á fijar mis miradas en el ofendido Burrone, y le vi mirarme con expresión mefistofélica, como anunciándome que la hora de su venganza y de mi desdicha estaba próxima. Palidecí. Medea tampoco las tenía todas consigo porque estaba cantando peor que nunca. Pero pasó aquel acto y el siguiente, y nada: la orquesta, sumisa y cariñosa como siempre, me seguía, velaba por ocultar mis desaciertos y realzar mis escasas gracias. ¡Ay! Era el halago del monstruo, la caricia del tigre antes de desgarrar á su víctima. El infame se complacía en infundirme confianza y ánimo, deseoso de que así la caída fuera más inesperada, más terrible, más mortal. Hubo un momento en que pensé si le habría juzgado mal, y el alma de aquel hombre sería tan grande que me perdonaría las ofensas que vomité en mi diálogo con Medea, y las castigaría con un olvido tan generoso como impensado. Mas llegaron los compases que preceden al recitado del aria de tenor, y se me apretó el corazón, olfateando la catástrofe que se acercaba. Muerto de miedo y con la frialdad mayor del mundo canté el *andante*; aquellas apasionadas notas que otras veces decía yo con tanto amor, estrechando entre las mías las manos de Medea y devorándola con mis ardientes miradas, salían aquella noche de mi garganta con la misma indiferente expresión con que un pregonero lanza á los vientos las órdenes del alcalde ó un sereno participa á los adormitados vecinos las horas que les quedan de reposo. El público comenzó á agitarse y cuchichear, presagiando futuras muestras de desagrado. Sentí que me latían las sienes y que mi pulso caminaba á desordenados saltos como caballo á quien no rige el freno. Al fin, ¡oh instante inolvidable!, sonó el acorde en que la orquesta hacía el trampantojo de bajar medio tono lo que restaba de aria, y sonó como la trompeta del juicio final en mis oídos. El infame *Burrone* había circulado, sin duda, órdenes nuevas, y la orquesta seguía tocando en el tono escrito por Verdi y conduciéndome á mí al más afrentoso de los suplicios. Miré á Medea con angustia; vi en sus ojos idéntico pavor al que moraba en los míos. Sostuve el diálogo con el mensajero que trae á Manrique tan aciagas nuevas de su madre como un sonámbulo; yo no sabía si cantaba: era como un organillo que, obedeciendo á la mano que da vueltas al manubrio, lanza notas tras notas sin conciencia de lo que hace. Lo que pasaba en escena era para mí como un sueño, una ilusión en que yo no tomaba parte. Yo no era Manrique: era el mísero Lido que iba á salir de allí silbado, pateado, arrastrado, hundido para siempre, víctima de la pérfida venganza del rencoroso director. ¿Qué me importaban á mí ni qué tenía yo que ver con las zozobras ni los sentimientos del enamorado trovador al saber que Azucena, la mísera gitana que creía su madre, estaba presa en poder de su poderoso rival? Otras angustias, otros terrores me llenaban el alma y me hacían casi perder la luz de los ojos. Cuando salieron de mis labios las primeras frases del *allegro;* cuando el *di quella pira* sonó en la sala, el público se estremeció, comprendiendo que nunca Manrique alguno había expresado mejor la pena que el amor filial le inspiraba. Había intensa palidez en mi rostro; nubes de dolor en mis ojos; lágrimas y sollozos en mi garganta. El murmullo de admiración de los espectadores llegó hasta mí y me despertó del letargo de terror que me dominaba. Comprendí que era preciso jugar el todo por el todo. El amor de Medea; el triunfo sobre mi rival; el aborto de su infame venganza; mi reputación ya tan quebrantada... Todo me empujaba á la lucha. Estaba al borde del precipicio. Era necesario intentar el salto. Llegó el instante. Cerré los ojos, hice un esfuerzo, y el *do* de pecho, el legítimo, el verdadero, el que es hoy firme base de mi celebridad, el que me profetizaba una y mil veces el maestro Lamperti, brotó de mi garganta claro, potente, sonoro, brillantísimo. Un aplauso nutrido, inmenso, interrumpió mi canto. Me sentí cambiado. Avancé saludando al público y clavé mis triunfadoras miradas en el desdichado *Burrone:* allí estaba absorto, espantado, con los ojos fuera de las órbitas y la batuta inmóvil, como muñeco al que se le acaba la cuerda. Seguían los aplausos: hice una señal con aire de dictador, y repetí el *allegro* y tornó á vibrar en mis labios la famosa nota, más enérgica, más hermosa, más pujante que la primera vez. Tenía razón mi maestro: aquello era para mí juego de niño, una nota como otra cualquiera. Cuando cayó el telón, Medea se arrojó en mis brazos y me dijo:

«¡Cuánto te amo, Giacomo!»

X



(*Romeo é Giulietta*, atto IV.)

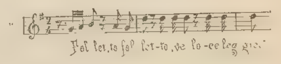
A partir de aquella inolvidable noche, comenzó para mí una serie inacabable de dulzuras y felicidades. Medea, que tenía tanto ingenio y travesura como poca voz, fué quien me sugirió la idea de cambiar de nombre y borrrar de esta suerte todas las obscuras páginas de la historia de Lido. Apenas terminó la ópera, inundóse mi cuarto de gente que acudía á sancionar mi triunfo, á estrechar mi mano, á felicitarme; mi idolatrada compañera reunió en torno suyo á los periodistas pisanos y á los corresponsales de las revistas musicales, y fraguó con ellos la conspiración que tuvo por fin el trastrueque de las sílabas de mi apellido. El nombre de Doli comenzó á elevarse en alas de la fama y á esparcirse por el mundo, unido ya para siempre á la romántica partitura verdiana, que canto cada vez con más cariño, recordando que le debo mi nombradía y mi felicidad.

No necesitarás que te diga que al siguiente día se volvió á poner en escena El Trovador y que el teatro estuvo, como no lo habíamos visto nunca, rebosando espectadores. El desdichado *Burrone* pretextó una enfermedad para no dirigir, y pocos días después volvió á alegarla para romper su contrata y alejarse de Pisa, vencido, desesperado y encorvado por el despecho. Nos pareció, al alejarse, una copia humana de la famosa torre inclinada de la histórica ciudad.

Lo que sí es preciso que te cuente es que Medea ya no opuso resistencia á mostrar públicamente su amor por mí; antes bien, pareció cifrar en ello su orgullo. Mis rivales respetaron mi indiscutible superioridad, y concluí aquella temporada mimado por el empresario, aplaudido por el público, elogiado por los periódicos é idolatrado por Medea. *¡Oh, mio caro!* El dúo de amor que Wagner escribió con el título de *Tristan é Isolda* es pálida sombra del que nosotros entonamos sin tregua ni reposo desde la noche de mi triunfo. Hasta ella, transfigurada por la pasión, cuando se puso en escena *Romeo y Julieta* sacó fuerzas de flaqueza y llegó á realizar el milagro de cantar toda la ópera sin desafinar una vez siquiera. De entonces es ese retrato que guardo como preciosa reliquia, como la imagen del ángel precursor de mis triunfos, de la diosa protectora que me infundió aliento para la lucha y la victoria. ¡Cuán divinas horas pasé en sus brazos repitiendo *sotto voce* las inspiradas frases que el amor dictó á Gounod para que las escribiera en sus celestiales dúos! ¡Cuán inolvidables las que gocé bebiendo su aliento más aromático que este delicioso café que ahora nos incita humeando en las tazas! ¡Cuán felices las que disfruté oyendo á aquella sibila enamorada profetizar mi gloria presente! Como nuevo Jason, aquella Medea me llevó á la conquista del vellocino de oro, y hoy tu amigo Giacomo Lido, el hijo del pobre gondolero veneciano, tiene una renta de príncipe, coches, caballos, joyas y una preciosa quinta en Italia, á la que, por gratitud, llamo Villa-Medea. Allí te invito á pasar unos cuantos alegres días de la próxima primavera, cuando termine mi contrata en el Real. Formarás el primero en el círculo de buenos amigos que vienen á disfrutar conmigo las delicias de mi casa de campo. ¿Y cómo no? Ellos no han concedido su afecto más que á Doli, al que se enorgullecen de llamar amigo, y tú, tú no vacilaste en ofrecérselo á Lido, que necesitaba del amor para transformarse de gusano en mariposa.

Levantóse al decir esto el gran tenor, rodeó la mesa y me estrechó de nuevo con emoción entre sus brazos. Correspondí con entusiasmo á su demostración de cariño. No cabía duda. Doli tenía un alma de artista.

XI



(*Mefistófele*, atto II.)

– Y ¿qué fué de Medea?, pregunté deseoso de poner un epílogo á tan soberana historia

– ¡Medea!... ¡Oh! La realidad tiene soluciones muy cómicas, contestóme Doli riendo.

– ¿Por qué?

– Te satisfaré en dos palabras. Nos separamos en Pisa, ella contratada para Palermo y yo para Milán. No he vuelto á encontrarla. Pero año y medio después leí en la *Gazzetta Musicale* que la eminente soprano *Medea Corsi* había contraído matrimonio en Viterbo con el eminente maestro *Aristide Burrone.* Reí tan de buena gana como si leyera uno de los más atrevidos cuentos de *Messer Giovanni Bocaccio.*

– ¡Pobre Medea!, exclamé desalentado ante tan prosaico desenlace.

– ¡Y pobre Burrone!... Porque ella parecía dispuesta á ser la Julieta de todos los Romeos con quienes cantara...

– En fin, adiós, dije levantándome. Volveré á verte. Entretanto y por si te hago falta, ahí tienes mi tarjeta.

Y la dejé sobre la mesa.

Aspetta un po... Falta la última libación. ¿No apurarás una copa de *Chartreuse* á la salud de tan ilustre matrimonio?

– Tienes razón. Venga una copa.

Llenó Doli del tan exquisito licor, brillante como oro fundido, dos copitas tamañas como dedales y las apuramos entre risas y cuchufletas.

Tras un último y amistoso apretón de manos, salí.

***

Y miren Vdes. si soy trasnochador, que aún fuí á casa de Juanito Rubio, seguro de encontrarle en pie, porque tiene, como yo, el vicio de acostarse con el alba. Y mientras saboreábamos el te ofrecido me dispuse á contarle de pe á pa la historia de Doli. Pero como Vdes. ya la han oído de labios del propio cosechero, no es cosa de volver á comenzar el cuento.

L. CÁNOVAS

SECCIÓN CIENTÍFICA

RELOJ ASTRONÓMICO UNIVERSAL DE M. A JOURDÁN

Dada la conveniencia de poder conocer en un momento dado qué hora es en un punto cualquiera del globo, y teniendo en cuenta que aunque fácil no está



Reloj astronómico universal de M. A. Jourdán.
Este reloj indica la hora de todos los países del mundo

la resolución de este problema al alcance de todo el mundo, M. Jourdán ha inventado el aparato que reproducimos y que es de indudable utilidad. Consiste en un globo terráqueo, en donde están bien marcadas las ciudades, que descansa sobre una cúpula, cuya base está dividida paralelamente al ecuador del globo en dos veces doce horas consecutivas, graduadas de Oeste á Este; la mitad de este cuadrante, el de las horas del día, es blanca, y la otra negra. El globo efectúa una rotación completa alrededor de su eje en 24 horas, gracias á un aparato de relojería, de suerte que cuando un punto del mismo se encuentra sobre su hora local, los demás están sobre la que les corresponde.

La aguja dorada L marca la hora local y corresponde á un meridiano dorado I que pasa por el lugar en que habita el observador. Para saber la hora de una ciudad, se hace girar el aparato hasta que ésta está delante del observador, se coloca el borde del meridiano M (que es móvil é independiente) en el centro de la misma y la aguja *m* de que va provisto indica exactamente la hora media de aquel punto.

Este aparato, utilizable en todos los puntos de la tierra, puede, aun sin el movimiento de relojería, facilitar los mismos datos, á excepción de la hora local, colocándolo con la mano en la hora del lugar en que se reside.

UN REFUGIO EN EL MONTE BLANCO (ALTA SABOYA)

La falta de un refugio había hecho siempre que la ascensión al Monte Blanco fuese una de las más penosas de los Alpes, y la construcción del mismo presentaba tales dificultades, que nadie se había atrevido á acometerla. Pero gracias á la intrepidez de M. J. Vallot, hoy se levanta en la roca llamada de las *Jorobas*, á 4.400 metros sobre el nivel del mar, un edificio sólidamente construído, cuya dirección corrió á cargo del referido señor, distinguido ingeniero. Las piezas, ejecutadas en Chamonix, fueron numeradas y distribuídas en cargas de quince kilogramos, encargándose gratuitamente de su transporte un centenar de guías robustos y enérgicos. El número de cargas fué de 112 para las vigas y planchas y 90 para el mobiliario, material, útiles, víveres, instrumentos científicos; estos últimos fueron conducidos á expensas de M. Vallot. El transporte de cada carga se hacía en tres días y la operación duró desde el 15 de junio á 31 de julio del presente año. Entonces empezaron los trabajos de construcción. A pesar del frío excesivo que allí reinaba, y que algunas veces llegaba á 9 grados bajo cero, los obreros (cinco hombres vigorosos, escogidos por M. Vallot) trabajaban con gran ardor y actividad: en dos días la roca quedó planificada y al tercero estaba montado el armazón, á pesar de la fuerza del viento (fig. 1). Al día siguiente quedaban clavadas las planchas del techo y de las paredes, y los trabajadores pudieron abandonar sus tiendas glaciales para dormir en el refugio.

Para que la cabaña fuese impermeable faltaba tan sólo colocar sobre las maderas anchas tiras de fieltro embreado, pero los operarios se sintieron atacados por el mal de montañas, y los expedicionarios hubieron de regresar á Chamonix el 29 de julio. El día 31 púsose de nuevo en marcha hacia el refugio la expedición, á la que se agregaron madame Vallot y Mr. Lawrence Rotch, director del Observatorio de Bluc-Hill (Estados Unidos), que había cruzado el Atlántico para examinar la organización de la estación científica del Monte Blanco.

Entonces se colocaron los fieltros embreados, se fijaron los pararrayos y se construyeron paredes de piedra alrededor de la cabaña. Terminados los trabajos, el día 2 de agosto descendieron los obreros, quedando sólo en el refugio los jefes de la expedición, quienes en medio del terrible huracán que aquella noche se desencadenó se dedicaron á hacer observaciones científicas y pudieron comprobar la solidez de la cabaña.

El día 5 regresaron los ascensionistas á Chamonix, siendo recibidos por el Ayuntamiento y entre los acordes de las músicas y las aclamaciones de los guías, de la población y de los extranjeros.

La cabaña (fig. 2) es de madera de abeto, está situada á 4.400 metros altitud y se compone de dos pequeñas habitaciones: una, el *refugio* público, contiene nueve camas de campaña; una estufa, dos fogones, servicio de mesa, utensilios de cocina y provisiones de petróleo, te, café, conservas, caldo, etc., completan la instalación. La otra habitación, cerrada al público, es el *observatorio*, provisto de todos los instrumentos necesarios, entre ellos varios instrumentos registradores que se regulan cada quince días.

La inauguración definitiva del refugio del Monte Blanco tuvo lugar el día 19 de agosto último. Monsieur Janssen, del Instituto, y M. Durier, presidente del Club alpino francés, en unión de M. Vallot verificaron en esta fecha la ascensión hasta el refugio, en donde pasaron unos días.

Durante esta interesante excursión pudieron estudiarse en aquellas alturas los ciclones que en aquellos días asolaron tantas comarcas, habiendo la cabaña resistido perfectamente los furiosos embates del huracán, que al decir de M. Vallot debió tener una velocidad de 100 metros por segundo.

He aquí en qué términos describe el mismo señor esta tempestad:

«La tempestad era interesante, por lo que la estudié noche y día. El barómetro y el *estatóscopo* presentaban continuamente bruscas variaciones con menos de medio minuto de intervalo: la amplitud de estas variaciones era, algunas veces, de varios milímetros en un segundo. Estas bruscas variaciones que mis barómetros registradores me habían ya indicado, son producidas por torbellinos superiores que no descienden hasta el valle y que no son sensibles en Chamonix: no me pesa haberlos visto tan de cerca y estudiádolos con el estatóscopo.»

M. Vallot termina su relato, del que hemos entresacado las anteriores líneas, con el siguiente párrafo:



Fig. 2. El refugio del Monte Blanco después de construído

«En suma, mi pequeño observatorio ha recibido el bautismo de la tempestad y ha resistido admirablemente. Animado por este resultado, el año que viene ensancharé el refugio, actualmente demasiado pequeño, duplicando, cuando menos, la superficie, y quizás lo dividiré en cuatro habitaciones para que pueda trabajarse en él cómodamente.»



Fig. 1. La estación científica más alta del mundo. – Refugio de M. J. Vallot en el Monte Blanco á 4.400 metros de altura, durante su construcción. (De una fotografía.)

***

EL «NEVERSINK,» BARCO INSUMERGIBLE

En distintas ocasiones ha habido hombres bastante audaces para emprender largas travesías en frágiles embarcaciones, pero los resultados no han correspondido á las esperanzas, y en algunos casos ha estado en inminente peligro la vida de aquellos intrépidos navegantes. Dígalo, si no, entre otros el capitán Rogers, de Boston, que después de cuarenta y cinco días de surcar los mares en una pequeña lancha fué recogido casi moribundo por un schooner, que lo condujo á Nueva York, en uno de cuyos hospitales estuvo siete semanas entre la vida y la muerte.

En cambio, sólo una expedición ha podido llevar á feliz término el atrevido proyecto de atravesar los mares en un barco de reducidas dimensiones.

Por el mismo tiempo en que el capitán Rogers fracasaba, como hemos dicho, en su tentativa, el capitán Josiah W. Lawlor, también de Boston, el marino noruego Hans Hansen, y Mr. Ed. Mac-Kinney acometían la temeraria empresa de cruzar el Atlántico en condiciones análogas á las anteriores tentativas. La embarcación de que se sirvieron fué un yawl de 8 toneladas, de una longitud total de 10'98 metros y de 9'15 en la línea de flotación, de quilla fija, con un mástil de 12 metros de altura y un velamen de



Fig. 1. El *Neversink*, barco insumergible durante su travesía del Atlántico

unos 63 metros cuadrados de superficie (figs. 1 y 2). Este barco fué construído por M. Lawlor, constructor de primer orden y padre del capitán de aquél, según el plano adoptado por M. Norton para las embarcaciones de salvamento de su sistema, que, al decir de este ingeniero, son insumergibles. De aquí el nombre de *Neversink* (que nunca se sumerge) dado al yawl de que nos ocupamos.

Para conseguir su objeto, M. Norton suprime el lastre substituyéndolo por depósitos de agua que se llenan automáticamente en pocos segundos, en cuanto el barco entra en el mar, y forman un *water-ballast* que se extiende en toda la longitud de la embarcación, como lo indica la parte de sombra DD del grabado (fig. 3). La parte superior que en éste aparerece blanca A, A, A, A, B, B, está llena de aire comprimido, lo que asegura la estabilidad del barco.

El *Neversink* hizo felizmente su travesía, habiendo salido de Boston el día 23 de mayo y llegado al Havre el día 28 de junio de 1889. Los víveres para la tripulación se componían de conservas y de 675 litros de agua.

Los valientes marinos, además de la satisfacción de haber salido bien de su empeño, vieron recompensadas sus fatigas con una medalla de bronce que les adjudicó la Comisión de la Exposición Universal de París y con una autorización del Ministro de Marina francés para que su barco entrara en el arsenal de Cherburgo, en donde el *Neversink* ha sido objeto de profundos estudios.

No es esta la primera vez que la marina francesa fija su atención en las embarcaciones del sistema Norton, pues en 1885 una comisión oficial asistió á algunas pruebas que se hicieron primero en el Havre y luego en la desembocadura del Gironde y en las cuales doce hombres no pudieron tumbar un barco á fuerza de brazos, y cuando lograron su intento con ayuda de un cabrestante la embarcación recobró su posición normal apenas se soltó la cuerda.

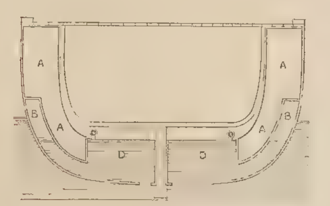


Fig 3. Sección transversal del barco insumergible DD Water-ballast. – A, A, A, A, B, B, cajones de aire comprimido.

Igual ensayo se practicó en 1889 con el *Neversink*: en el extremo del mástil se ató un cable del que luego se tiró hasta dejar el barco tumbado; pero en cuanto se cortó bruscamente la cuerda, la embarcación recobró su horizontalidad casi sin oscilaciones.

En cuanto á su navegabilidad y á su estabilidad, los resultados de la travesía del Atlántico prueban que son excelentes.

La *Norton Naval Construction and Ship Building Company* está persuadida de que en el porvenir todos los buques se construirán según su sistema, y en sus oficinas hay innumerables planos de barcos de todas dimensiones, pues M. Norton asegura que su sistema puede aplicarse, así á la modesta canoa de salvamento como á un acorazado de 10.000 toneladas.

Si el inventor no se equivoca, y hasta el presente nada induce á creer que se haya equivocado, su descubrimiento merece llamar muy seriamente la atención de los marinos.

***

TROMPO MAGNETO-ELÉCTRICO DE M. TRUFFERT

Trátase nada menos que de una máquina magneto contenida en un trompo exteriormente parecido á todos los juguetes de esta clase: dos pequeños mangos pueden adaptarse á un eje vertical y tienen un resorte que permite la atracción. Para hacer funcionar el trompo basta, como lo indica la parte inferior de la figura, apoyar uno de los mangos sobre el eje central de aquél, tirar violentamente del otro y retirar muy de prisa los dos mangos.

Veamos ahora el interior del trompo.

Encontramos primeramente en A, en una caja metálica, tres piezas de hierro imanadas y dispuestas como lo muestra el grabado: en la parte central hay un eje que sirve de punto de apoyo al carrete de la máquina magneto. En B, un disco de cinc sostiene tres carretes de madera C con alambres arrollados y montadas en tensión: uno de sus extremos va unido al disco de cinc y el otro comunica con una pequeña pieza de madera D, montada sobre el mismo disco. En la prolongación del montante de madera D y al otro lado del disco hay fijada una barrita que atraviesa la segunda caja metálica E (que sirve de protección exterior al trompo) y está provista de una pequeña rueda dentada.

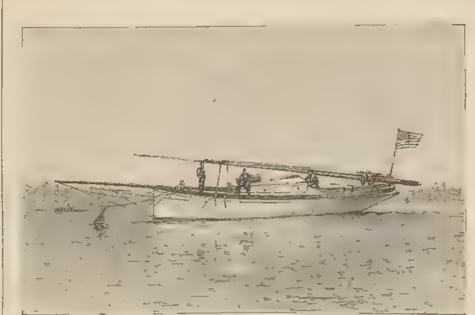


Fig. 2. El *Neversink* anclado con la arboladura tumbada

Esta última parte del trompo está representada por separado en el grabado.

En F hay un pequeño disco anular de cobre que tiene en un lado un botón G, que se puede manejar desde el exterior del trompo y que permite hacer girar al disco en un determinado espacio. Además, el disco lleva un travesaño de cobre horizontal soldado en un punto H y apoyado en I sobre un contacto unido al centro del trompo: en J se encuentra la abertura por donde pasa la barrita del carrete de que antes hemos hablado.

Veamos cómo funciona este aparato.

Cuando se hace girar un mango tirando sobre el otro, el carrete cambia de lugar en un campo magnético y se produce una corriente de inducción. Gracias á las comunicaciones establecidas, el operador se encuentra en contacto con las bornas de la máquina magneto; además el carrete al girar hace mudar de sitio la rueda de contacto que establece y rompe el circuito á cada instante, recibiendo el operador á cada momento una sucesión de sacudidas más ó menos agradables.

Con este trompo sería fácil á cualquiera seguir un pequeño tratamiento eléctrico.

(De *La Nature*)

NOTICIAS CIENTIFICAS

LA ASFIXIA PRODUCIDA POR LAS GRANADAS DE ARTILLERIA. – Las granadas cargadas con melinita hacen en el suelo agujeros mucho más profundos que las granadas ordinarias, y los artilleros han observado que para introducirse en las cavidades de este modo abiertas es preciso adoptar las mayores precauciones.

Sucede, en efecto, que aun una hora después de haber caído el proyectil, la atmósfera que en tales agujeros se respira es absolutamente deletérea, y más de un caso de asfixia lo demuestra suficientemente. Los artilleros, sorprendidos por la dificultad con que se disipaban esos gases no respirables, se preguntaban si la tierra á cuyo contacto la explosión se verifica ejercería quizás una especie de facultad de oclusión cuyo resultado sería una verdadera combinación química de la cual se escaparía el gas poco á poco.

Sometida esta cuestión al ilustre químico M. Berthelot, éste ha presentado á la Academia de Ciencias de París un informe del resultado de sus estudios. En su notable trabajo, empieza por reconocerse que la substancia tóxica consiste en óxido de carbono que, como es sabido, produce la muerte aun respirado á dosis extremadamente pequeñas. En segundo lugar, afirma M. Berthelot que este gas no tiene para la tierra mayor afinidad que el aire mismo y que se le puede extraer por los mismos medios que se extrae éste, con igual facilidad y de una manera igualmente perfecta. La ventilación basta para desalojarlo de un sitio cualquiera, pero tiene que ser muy prolongada para conseguir completamente el objeto.

Esta conclusión es tanto más importante cuanto que tiene su aplicación en las galerías de las minas en donde hoy en día se emplean con frecuencia cartuchos de melinita y de algodón pólvora, que causa los mismos efectos que aquélla.

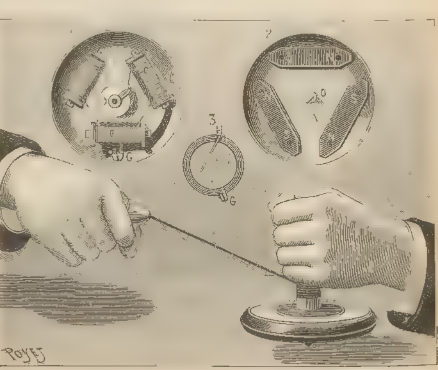
Habíase planteado el problema de si podría encontrarse un absorbente que fijara el óxido de carbono y restituyera á la atmósfera viciada sus cualidades higiénicas; pero hasta el presente no se conoce ningún reactivo á propósito para lograr este resultado, pues si bien existen absorbentes, como el cloruro de cobre amoniacal, éstos son muy caros y no menos nocivos que el gas en cuestión.

***

EL ALUMBRADO ELÉCTRICO EN BERLÍN. – Es interesante seguir paso á paso los progresos del alumbrado eléctrico; por esta razón vamos á consignar algunas cifras relativas al número de lámparas de arco y de incandescencia actualmente instaladas en Berlín, tomadas de la memoria del Curador de esta ciudad.

En 31 de marzo de 1888, Berlín poseía 2.249 lámparas de arco y 45.552 de incandescencia, y en 31 de marzo de 1889 el número de las primeras ascendía á 3.622 y el de las segundas á 62.816, ó sea un aumento de 1.373 y de 17.264 respectivamente.

El alumbrado público de Berlín comprende 104 lámparas de arco que alumbran hasta media noche en la *Leipzigerstrasse* y otras 104 en el paseo de los Tilos: de éstas, 56 alumbran toda la noche y 48 hasta las doce.



Trompo electro-magnético. – Modo de hacerlo funcionar y detalle del mecanismo

TODA UNA JUVENTUD

POR

FRANCISCO COPEE

Ilustraciones de Emilio Bayard - Grabado de Huyot

(CONTINUACIÓN)



Además, el hermano de la condesa, el actual duque de Eylau, está casado desde 1829 con una de las más nobles herederas del arrabal de San Germán, una Croix Saint Jean, porque su padre el mariscal, cuyo carácter no igualaba al valor, habíase afiliado á todos los regímenes y había llevado un cirio en las procesiones del Corpus, en tiempo de Carlos X, acabando por ser gobernador de los Inválidos al principio de la monarquía de Julio.

Gracias á este cúmulo de dichosas combinaciones, reúnense en este salón de tendencia liberal grandes señores, orleanistas, cierto número de personajes oficiales y hasta algunos republicanos bien educados; y la condesa, admirable señora de casa, atrae también á su círculo á sabios, escritores, artistas, hombres ilustres de todas clases y mujeres jóvenes y bonitas.

Por causa de lo avanzado de la estación no hay aquella noche gran afluencia de gente en casa de la condesa Fontaine; y por tanto, haciendo caso omiso de algunos aristócratas sin importancia, cuyos abuelos han sido tal vez fabricados por el tío Issacar, Papillón señala á su amigo algunas celebridades.

Ved en primer término ese condecorado de la Legión de Honor, con un frac que parece procedente de una pollería: es Forgerol, el gran geólogo, el más intrigante y acaparador de los hombres de ciencia, poseedor de veinte productivas prebendas, para quien uno de sus compañeros del Instituto tiene reservado el siguiente epitafio: «Aquí yace Forgerol, en la sola plaza que no ha solicitado.»

Ese viejo de alta estatura, de cabeza venerable y temblona, cuyos cabellos blancos y finos parecen derramar beneficios y bendiciones, es M. Dussaut du Fossé, filántropo de profesión, presidente obligado de todas las obras de beneficencia, senador después de haber sido par de Francia y que dentro de algunos años cuando hayan pasado los prusianos y todos los desastres, vegetará dedicándose á negocios obscuros y acabará en la policía correccional.

Pedante de pies á cabeza, espetado en su corbata, colocado en su actitud favorita junto á la chimenea del salón, que sólo está llena de flores y delante de la cual trata probablemente de perfumarse las pantorrillas, aquel otro antiguo hombre de Estado, cuyos rudos cabellos grises se asemejan á uno de esos plumeros que sirven para limpiar telas de araña, y que por su testarudez de mulo ha contribuído mucho á la caída de la última monarquía, es escuchado con respeto y tratado de «querido maestro» por un orador republicano que empieza á declinar en sus convicciones rojas, y que pronto, como ministro del imperio liberal, hará lo posible por precipitar la total ruina del régimen.

Aunque Amadeo se halla todavía en la edad del respeto, los nombres de estas notabilidades, pronunciados por Papillón con cierto balbuceo de deferencia, no impresionan al poeta tanto como los de otros concurrentes que pertenecen al mundo de las letras y de las artes. Al fijarse en ellos, el joven se sorprende y hasta se entristece algo, considerando el desacuerdo que existe entre sus fisonomías y el género de su talento. El poeta Leroy de Saules tiene la altiva actitud y el rostro apoloniano que corresponden á la noble y perfecta belleza de sus versos; pero Eduardo Durocher, el Veronés del siglo XIX, el pintor del lujo y de la alegría, es un hombre grueso, muy vulgar, que lleva bigotes recortados como un jefe de claque, y Teófilo de Sonis, el elegante narrador, el novelista de las mundanas, tiene la nariz cobriza y la áspera barba de un capitán de carabineros.

Pero lo que sobre todo preocupa y absorbe la atención de Amadeo son las mujeres del gran mundo, que ve de cerca por primera vez. Algunas son viejas é inspiran horror: las joyas de que están cubiertas hacen más chocantes su aspecto de cansancio incurable, sus ojos mortecinos, sus perfiles demacrados y sus flojos y caídos labios de dromedario. El escote, que es de etiqueta en las recepciones de la condesa Fontaine, y que muestra entre encajes, ora blandas gorduras, ora delgadeces de esqueleto, es tan ridículo como un elegante dolmán de húsar colocado sobre la espalda de un viejo coronel arrugado y calvo.

Ante estas caducidades ajadas, el joven siente con espanto desvanecerse en él el respeto debido á la edad.

No quiere, pues, mirar más que á las mujeres jóvenes y bellas, cuyo busto se escapa del corsé y que tienen en los labios una sonrisa triunfal, flores en los cabellos y diamantes sobre la piel. Pero tanta carne desnuda le intimida, y Amadeo, criado en el París del pueblo modesto y puritano, se turba hasta bajar la vista ante tantos brazos, gargantas y hombros, y recuerda de súbito á María Gerard, tal como se la encontró el otro día, cuando iba á trabajar al Louvre, fresca, vestida de color obscuro, desbordando su magnífica cabellera por debajo de la cerrada capota, y llevando en la mano su caja de pinturas. ¡Ah! ¿Por que no le ama María? ¡Cuánto prefiere él aquella rosa envuelta entre espinas á estas peonías tan abiertas! ¡Qué encanto tan divino tiene el pudor!

La enorme y amable condesa se dirige al poeta, que se siente en extremo turbado y le ruega que recite algunos versos: Amadeo se ve precisado á hacerlo, y vuelto de espaldas á la florida chimenea, perfumándose también á pesar suyo las pantorrillas, complace á la dueña de la casa, obteniendo afortunadamente un nuevo éxito. Todas las peonías, exageradamente escotadas, que no comprenden gran cosa de versos, pero que encuentran muy guapo á aquel morenito de ojos azules y de mirada ardiente y melancólica, le aplauden tanto cuanto se lo permite la estrechez de sus guantes. Todos le rodean y le felicitan. La condesa le presenta al célebre poeta Leroy de Saules, que le cumplimenta con una palabra adecuada y le invita paternalmente á ir á su casa. Hubiera sido aquel un buen momento para Amadeo, si una de aquellas viejas señoras de labios de camello, cuyas medias son probablemente tan azules como sus párpados, no le hubiese acaparado durante un cuarto de hora, haciéndole sufrir una especie de examen de bachillerato sobre poesía contemporánea.

Por último, el poeta se retira de casa de la condesa, confortado con una taza de te é invitado á comer para el martes siguiente, y no bien sube al coche con Arturo Papillón, le da éste un gran golpe en el muslo con la palma de la mano, diciéndole alegremente:

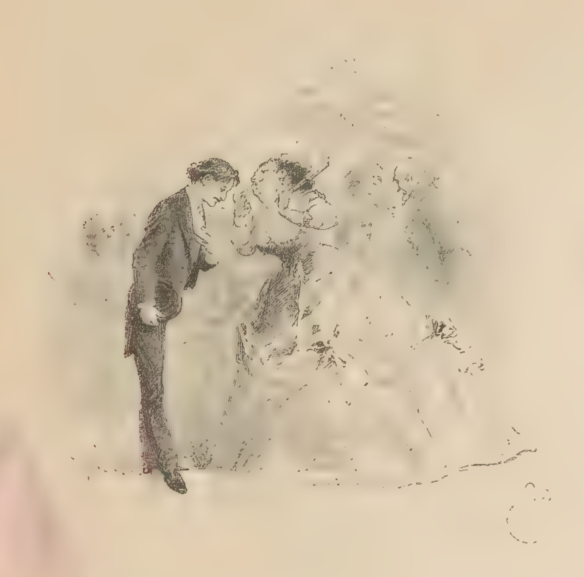
—¿Qué tal? Ya estás en camino.

Es verdad, está en camino, y respondo de que destrozará más de un frac negro antes de saber todo lo que significa la acción de «frecuentar el mundo,» que no parece nada á primera vista, y que no es nada en sí, pero que para quien tiene que trabajar implica movimiento inútil y tiempo perdido.

¡Está en camino y empieza bien, con un convite! Desde el martes próximo en casa de la condesa Fontaine, que apenas come y que sólo bebe agua, podrá saborear un salmón inquietante y vinos abominables que le serán servidos por un maestresala llamado Adolfo, que debía más bien llevar el nombre de Exili ó de Castaing, y que en quince años, á lo sumo, de servir en casa de la condesa, ha logrado hacerse propietario en París de dos buenas casas de vecindad de cinco pisos. Por ahora todo va bien, porque el poeta tiene estómago de veinte años y digerirá aunque sean botones de uniforme; pero á la vuelta de media docena de inviernos de ser servido por esos Borgias de medias de seda negra y guantes de algodón, que desean hacer ahorros, ya veremos cómo se las compone con sus dispepsias el pobre convidado. Sin embargo, el banquete del martes es divertido y merece que se hable de él. Desde que se sirve el salmón sospechoso, el hombre de Estado con cabeza de zorros de limpiar paredes, el que ha derribado inconscientemente al pobre Luis Felipe, comienza á pronunciar un discurso para explicar que, si hubiesen oído sus consejos, la dinastía de este rey constitucional estaría aún en el trono; y en el momento en que el maestresala envenenador llena las copas del Pomard más venenoso, la señora anciana que se parece á un dromedario con pendientes, hará sufrir á su desgraciado vecino Amadeo un nuevo examen oral sobre los poetas del siglo XIX, preguntándole (pregunta lisonjera para un compañero) qué opina de las deudas escandalosas de Lamartine, del orgullo insensato de Víctor Hugo y de las costumbres intemperantes de Alfredo de Musset.

¡Ya está en camino el buen Amadeo! Devolverá visitas de digestión, aparecerá en los días en que se reciba en casa de la señora de tal y de otras muchas señoras de cual; y como principiante, permanecerá tontamente media hora en cada casa, hasta que se haga cargo de que los demás se limitan á entrar y salir, como los curiosos en la barraca de una giganta de alguna feria. Verá desfilar

ante él (pero ahora acorazados de terciopelo y raso) todas las gargantas y hombros que ya conoce: los que le disgustan y los que le obligan á ponerse colorado. Y cada señora de tal que entre en casa de otra señora de cual, se sentará al



borde de un diván ó de un sillón, y dirá siempre lo mismo, la misma cosa fatal, la única que puede y debe decirse hoy en día al principio de todas las conversaciones; por ejemplo: «¿Conque ha muerto ese pobre general?» O bien: «¿Ha visto usted la obra estrenada en el Teatro Francés? No es gran cosa, ¡pero está tan bien ejecutada!...» Aquello será delicioso, y Amadeo podrá admirar los cambios de fisonomía de la dueña de la casa. Cuando la señora A la entere de que la señora B casa á su hija con el sobrino de la señora C, aquélla, que apenas conoce á los aludidos, demostrará una alegría tan viva como si la anunciaran la muerte de una anciana tía suya, con cuya herencia cuenta para renovar los muebles de su casa. Por el contrario, si la señora D le dice que el niño de la señora E tiene la coqueluche, de repente, sin transición, la dueña de la casa, por un cambio de aspecto que haría la fortuna de una actriz, se mostrará consternada, como si de súbito supiera que el granizo había destruído todas las cosechas, ó que el cólera se había presentado en el barrio de los Mercados.

He dicho que Amadeo está en camino. Todavía algo inexperto, será mixtificado durante mucho tiempo por esas hipocresías, gestos y sonrisas falsas que dejan ver tantas dentaduras postizas. A primera vista todo le parece elegante, armonioso, delicado: ignora que la célebre cabellera de la princesa Krazinsca ha sido cortada de la cabeza de tres aldeanas bretonas en la última feria de San Juan del Dedo. ¿Cómo podría Amadeo comprender que el austero maestro Lemarguillier, el abogado clerical, ha estado gravemente comprometido en un asunto de moralidad, del que se ha salvado arrojándose á los pies del prefecto de policía, y pidiéndole por Dios «¡que no le perdiera!» Cuando se encuentra en un salón con el rey de la moda, el joven duque de La-Torre-Ten-Cuidado, descendiente del que estuvo en el puente de Taillebourg y que en la actualidad pone en boga un pantalón, Amadeo no puede sospechar, ¿no es cierto?, que el goce favorito de aquel elegante consiste en «matar el gusanillo» por la mañana, en compañía de su cochero, en la tienda de vinos de la esquina, jugando una partida de *mus*. Cuando la linda baronesa de los Nenúfares se pone encarnada hasta las orejas porque se ha pronunciado delante de ella una palabra inofensiva en la que encuentra, no sé por qué, una indecencia intolerable, no será ciertamente nuestro joven amigo el que adivine que, para pagar las deudas de juego de su tercer amante, aquella pudibunda persona acaba de vender secretamente joyas de familia de que no podía disponer.

Tranquilícense ustedes. Amadeo acabará por perder sus ilusiones. Llegará un día en que ya no tomará por lo serio la gran comedia de corbata blanca; pero sigan ustedes tranquilizándose, tampoco sentirá ya indignaciones de mal gusto. No; más bien compadecerá á esos desdichados del gran mundo condenados á la hipocresía y á la mentira, y excusará sus faltas y sus vicios haciéndose cargo del espantoso fastidio que les devora. Sí; tendrá en cuenta que un desventurado como el duque de La-Torre-Ten-Cuidado, que durante el invierno se ve obligado á oir diez y siete veces *La Favorita*, experimenta á veces la necesidad de una distracción violenta, y va á beber vino blanco con su criado. Convenimos en que Amadeo estará lleno de indulgencia, y que también será necesario perdonarle á él su fondo plebeyo y su nativa grosería; porque cuando haya sondado el vacío y la vanidad de la farsa mundana, reservará toda su simpatía para las gentes sencillas que están más cerca de la naturaleza. ¡Ah! ¡Sí, Dios mío! El poeta juzgará infinitamente más digno de estima al último de los trabajadores, prefiriendo un vendedor ambulante de refrescos á un político de salón perorando delante de la chimenea, y comparando á una vieja señora literaria, resplandeciente como un escaparate del Palacio Real y retocada como un caribe, con una pobre abuela de villorrio, dará la preferencia á esta última, que se presenta francamente arrugada y cubierta con su cofia blanca, y que á pesar de sus setenta y cinco años va todavía á limpiar de maleza su reducido campo de patatas.

XIII

Acaba de transcurrir algo más de un año.

Estamos en los primeros días de octubre.

Cuando se disipa la bruma de la mañana, el cielo tiene un azul límpido, y el aire es tan puro y fresco que Amadeo Violette, en su calidad de antiguo hijo de París, siente algunas veces el deseo de hacerse una cometa como cuando era pequeño, é ir á volarla en los taludes de las fortificaciones.

Pero esto no corresponde ya á su edad. La actual cometa de Amadeo es más frágil que la que de niño confeccionaba con cañas y papelotes encolados: no se eleva mucho y la cuerda que la amarra no es muy sólida. La cometa de Amadeo es su naciente reputación de poeta, y es preciso trabajar y sostenerla; y Amadeo trabaja siempre con una vaga y secreta esperanza de hacerse amar de María.

Por otra parte, no es tan pobre como antes. Ahora tiene doscientos francos mensuales en el ministerio, y de vez en cuando le compran alguna novela que se publica en los periódicos. Por esto ha dejado su buhardilla del arrabal de Santiago y habita en la Isla de San Luis, en un cuarto de una sola pieza, pero grande y clara, desde donde apoyado de codos en la ventana, puede ver los barcos que van y vienen por el río y la puesta del sol detrás de la iglesia de Nuestra Señora.

Amadeo trabaja especialmente en el drama destinado á la Comedia Francesa y está á punto de terminarle. Es un drama moderno, en verso, titulado *El obrador*. La acción es tan sencilla como la de una tragedia, pero él la cree patética y conmovedora; pasa entre gente del pueblo, y Amadeo supone que ha encontrado para el diálogo versos sencillos y al mismo tiempo sonoros, en los que no ha temido introducir ciertas palabras pintorescas y locuciones enérgicas del lenguaje de los trabajadores.

El agradecido poeta destina el principal papel á Jocquelet, que el año anterior se ha presentado con éxito en las *Picardías de Scapin*, y que desde entonces consolida su reputación; á Jocquelet que, como todos los actores cómicos, pretende también representar el drama, y que puede hacerlo, pero excepcionalmente, en condiciones particulares; pues á pesar de su grotesca nariz, tiene cualidades de fuerza y calor y dice bien los versos.

El personaje que debe representar en la obra de su amigo es el de un antiguo mecánico, honor de su oficio, especie de Nestor del arrabal, y este tipo puede acomodarse al rostro poco aristocrático de Jocquelet, quien además ha demostrado su habilidad en caracterizarse. Sin embargo, el actor no está enteramente satisfecho.

Acaricia también el sueño informe y monstruoso á la vez de casi todos los cómicos; desea, como los demás, lo que ellos llaman «un hermoso primer papel,» aunque no se explican con precisión en lo que consiste; pero en su imaginación llena de humo, se diseña confusamente un prodigioso Almanzor que sale á escena en una carretela de cuatro caballos á la Daumont, y se apea presentándose con un pantalón gris, botas de campana y una espetera de condecoraciones. Este personaje, seductor como Don Juan, valiente como Murat, poeta como Shakespeare, y caritativo como San Vicente de Paúl, debe en el primer acto inspirar un amor loco, frenético, á la primera dama joven, dispersar con el



viento de su espada á doce espadachines, dirigir á las estrellas, esto es, á los espectadores del tercer anfiteatro, una tirada de ochenta versos y recoger en los vuelos de su capa á dos niños expósitos.

(Continuará)

NUESTROS GRABADOS

La Tradición, escultura de D. Venancio Vallmitjana, premiada con medalla de primera clase en la última Exposición Nacional de Bellas Artes de Madrid. – Sobresalen en esta obra del famoso escultor catalán dos cualidades, la grandiosidad y la sencillez, que nos recuerdan la antigua estatuaria clásica y que, lejos de ser antitéticas, como á algunos podrá parecerles á primera vista, hanse unido siempre para constituir esos admirables productos del arte escultórico que las remotas edades nos legaron.

La hermosa figura del Sr. Vallmitjana envuelta en el manto que en amplios y artísticos pliegues se ajusta su cuerpo, teniendo en su diestra el libro de la historia y á sus pies la coronada calavera, símbolo de la grandeza que fué, tendido el brazo y abiertos los labios en ademán de hablar á la posteridad; esa hermosa figura, majestuosa y severa, es la perfecta imagen de la Tradición, que conserva y transmite á las generaciones presentes las heroicas gestas del pasado que han de servirles de elocuente ejemplo para el porvenir. Por su expresión y por su actitud, es la tradición en el sentido más elevado de la palabra; la tradición de los grandes hechos y de los grandes hombres.

* * *

Visita interesada, cuadro de E. Pratje. – En distintas ocasiones hemos dicho que con un asunto insignificante y con sencillos elementos puede hacer un pintor de genio una obra encantadora, y cada día se ofrecen á nuestra vista nuevos cuadros que confirman esta opinión, cuadros que nada dicen y que, sin embargo, cautivan nuestros sentidos. Este género de pintura, por lo mismo que atiende exclusivamente á la forma, requiere en su ejecución condiciones de excepcional bondad para que resulte bello: el observador, á quien no distrae el interés del asunto, puede con ánimo más sereno apreciar los efectos de factura y se muestra en este punto tanto más exigente cuanto que sólo á este elemento del arte puede consagrar su atención.

Visita interesada pertenece á esta clase de obras y responde á las antes citadas exigencias de los amantes de la pintura: es un cuadro bien concebido, distribuído con acierto y notablemente pintado. La actitud de la figura es natural, el grupo de palomas resulta elegante, como elegantes son también las dos aves que volando se dirigen al comedero, y los detalles de la estancia y el jardín que en el fondo se descubren están perfectamente entendidos y acusan en quien los pintó talento claro y mano experta.

* * *

Una partida de sacanete, cuadro de W. Schwar. – La partida es empeñada, á juzgar por la atención que en ella tienen puesta los jugadores, y si, como es de suponer, ha de correr de cuenta del perdidoso el pago del vino consumido, fácilmente se explica que el juego interese tanto á los dos contendientes, pues las botellas vacías y las que se ven dispuestas á ser vaciadas indican que el gasto hecho no deja de ser de alguna monta. En cuanto á quién sea el que lleva más probabilidades de resultar convidado, sin vacilar apostaríamos á que es el personaje de la izquierda: su tranquila actitud, la seguridad con que espera la jugada del contrario y su semblante un tanto malicioso y si es no es burlón contrastan de tal modo con la preocupación é incertidumbre que reflejan el rostro y ademán del de la derecha, que no cabe la menor duda sobre este punto.

El autor de la *Partida de sacanete,* que tan bien ha sabido darnos á entender el argumento de la escena, puede estar satisfecho de su obra, ya que el mejor elogio que cabe hacer de un cuadro es decir que se explica por sí solo, como con el de W. Schwar sucede, á fuerza de la naturalidad y de la expresión que en él ha sabido imprimir el pintor.

* * *

Aposentadores del ejército ruso en tiempo de maniobras, dibujo de Cokolobckaro. – La vida militar, sobre todo en tiempo de campaña ó de maniobras, se presta extraordinariamente á que el dibujante llene álbumes y más álbumes con croquis de los variados y pintorescos cuadros que de continuo á su estudio se ofrecen. Como todas las que en los distintos países de Europa se verifican de unos años á esta parte y con las cuales los pueblos modernos siguen el antiguo consejo de *si vis pacem para bellum,* las últimas maniobras del ejército ruso han proporcionado asuntos á granel á los artistas que las han presenciado, y de ellas está tomado el dibujo que reproducimos, debido á la pluma del ruso Cokolobckaro, y que no titubeamos en calificar de conjunto de primores: la espontaneidad y exactitud con que están dibujados los hombres, los animales, la rústica cabaña y cuantos objetos figuran en el paisaje, prueba elocuente son de que no pecamos de exagerados; y si no bastaran las bellezas apuntadas para convencer á nuestros lectores, fíjense en el efecto de perspectiva obtenido con la menor suma de recursos y artificios posible, y comprenderán que no el deseo de prodigar alabanza, sino el espíritu de justicia nos ha movido á usar un calificativo tan encomiástico.

* * *

Monumento erigido en Módena en honor de Víctor Manuel, obra de José Ghibellini. – El día 24 de junio último, el rey Humberto, acompañado de su primogénito, inauguró en Módena el monumento levantado á la memoria de su augusto padre.

Este monumento, obra del escultor modenés José Ghibellini, mide 13 metros desde la base al vértice y descansa sobre tres escalones de granito. El pedestal, de granito rosa de Baveno, es de estilo dórico: de una primera base cuadrada arrancan dos cuerpos salientes, en dirección Este y Oeste respectivamente, y en las cuatro caras hay escritas en letras de bronce otras tantas inscripciones.

En el cuerpo saliente que mira al Oeste está sentada la estatua de *Italia,* de 3'60 metros de altura. Esta figura, modelada con gran valentía, sostiene en su derecha el haz de los lictores, y con el brazo izquierdo señala la roca en donde está escrita la palabra *Statuto,* detrás del escudo de la casa de Saboya, con lo cual ha querido significar el escultor el pacto estrechado entre ésta y el pueblo italiano para la redención de la patria.

En el cuerpo saliente del Este, ó sea en la parte posterior del monumento, hay un león soberbiamente colocado, símbolo de la fuerza popular, que custodia la bandera tricolor extendida encima de él en una cornisa.

De esta doble base de granito arranca el pedestal, adornado con las armas de Italia, de la casa de Saboya y de Módena, sobre el que se alza la estatua de Víctor Manuel, vuelta de cara á la ciudad. El rey lleva en la espalda el *spencer* y sostiene con la mano derecha el casco, teniendo la izquierda apoyada en la empuñadura de la espada. A sus pies abre las alas para emprender el vuelo el águila saboyana.

* * *

En el jardín, cuadro de Gustavo Courtois, grabado por Baude. – Si considerado desde el punto de vista de la pintura de paisaje es por muchos conceptos notable el cuadro de M. Courtois, su valor sube de punto teniendo en cuenta que la figura en él puesta es un acabadísimo retrato, pintado con tanta elegancia como soltura, de la esposa del célebre pintor Dagnan Bouveret, que obtuvo el premio de honor en el Salón de 1889 por sus *Aldeanas de Bretaña en la romería* que publicamos en el número 398 de la ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA. Correctamente dibujada, colocada con verdadera gracia y naturalidad, destacando la blancura de su airoso traje sobre el fondo de árboles y arbustos, puede decirse que la figura de Mme. Dagnan está tan bien sentida como concienzudamente ejecutada.

Del grabado ¿qué diremos? Lleva la firma de Baude, y éste es su mejor elogio.

* * *

Pescador de almejas, cuadro de D. Dionisio Baixeras, grabado por Baude (Salón de París de 1890). – Ya en el número 452 de la ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA expusimos á grandes rasgos el concepto que nos merecía como pintor nuestro paisano el Sr. Baixeras. Todos los elogios que en aquella ocasión le dedicamos á propósito del cuadro *En la playa,* denlos por reproducidos y aun aumentados nuestros lectores, con motivo de la publicación del *Pescador de almejas.* Y decimos aumentados, porque siendo este cuadro de mayor empuje que aquél y estando pintado con el mismo acierto, sus bellezas han de aumentar naturalmente en proporción á la importancia del asunto.

La especialidad del Sr. Baixeras es la gente de mar, y dentro de esta clase, los marineros de nuestro puerto y de las hermosas playas que á uno y otro lado de nuestra ciudad se extienden: pocos como él han estudiado sus tipos, sus ocupaciones y sus costumbres, pero también pocos como él han logrado reproducirlos con perfección tanta, que para los que estamos acostumbrados á ver continuamente los modelos, no tienen los cuadros de Baixeras punto alguno vulnerable.

El *Pescador de almejas* es el retrato exacto de uno de esos jubilados del oficio que no pudiendo ya resistir las fatigas que la pesca en alta mar trae consigo, y sintiendo en tierra la nostalgia de los mares, se resigna á cruzar las aguas del puerto y se entretiene en coger, á falta de cosa mejor, los pequeños moluscos que entre las rocas se crían.

Este cuadro de excelente dibujo y de acertado y justo colorido figuró en el último Salón de París, en donde dejó bien sentado el pabellón del arte pictórico catalán.

* * *





MÁS VALE LLEGAR Á TIEMPO QUE ESPERAR UN AÑO

PATE ÉPILATOIRE DUSSER destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. **50 Años de Éxito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en **cajas**, para la barba, y en **1/2 cajas** para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el ***PILIVORE***, **DUSSER, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.**



GARGANTA

VOZ y BOCA

PASTILLAS DE DETHAN

Recomendadas contra los **Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Iritacion que produce el Tabaco**, y specialmente á los Sñrs **PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES** para facilitar la **emicion de la voz.**—PRECIO : 12 REALES.

Exigir en el rotulo a firma

Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO

PASTILLAS y POLVOS

PATERSON

con BISMUTHO y MAGNESIA

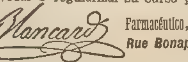
Recomendados contra las **Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.**

Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.

Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS



Participando de las propiedades del *Iodo* y del *Hierro*, estas Píldoras se emplean especialmente contra las **Escrofulas**, la **Tísis** y la **Debilidad de temperamento**, asi como en todos los casos (**Pálidos colores, Amenorrea, &a**), en los cuales es necesario obrar sobre la sangre, ya sea para devolverla su riqueza y abundancia normales, ó ya para provocar ó regularizar su curso periódico.



Farmacéutico, en Paris, **Rue Bonaparte, 40**

N. B. El Ioduro de hierro impuro ó alterado es un medicamento infiel é irritante. Como prueba de pureza y de autenticidad de las ***verdaderas Píldoras de Blancard***, exigir nuestro **sello de plata reactiva**, nuestra **firma** puesta al pié de una etiqueta **verde** y el Sello de garantía de la **Unión de los Fabricantes** para la represión de la falsificación.

SE HALLAN EN TODAS LAS FARMACIAS

ENFERMEDADES del ESTOMAGO

Pepsina Boudault

Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA

PREMIO DEL INSTITUTO AL Dr CORVISART, EN 1856

Medallas en las Exposiciones internacionales de

PARIS 1867 – LYON 1872 – VIENA 1873 – PHILADELPHIA 1876 – PARIS 1878

SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS

DISPEPSIAS

GASTRITIS – GASTRALGIAS

DIGESTION LENTAS Y PENOSAS

FALTA DE APETITO

Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION

BAJO LA FORMA DE

ELIXIR · · de PEPSINA BOUDAULT

VINO · · de PEPSINA BOUDAULT

POLVOS · de PEPSINA BOUDAULT

PARIS, Pharmacie **COLLAS**, 8, rue Dauphine

y en las principales farmacias.

36, Rue Vivienne **SIROP** du Doctr **FORGET** RHUMES, TOUX, INSOMNIES, Crises Nerveuses



VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL Dr FRANCK



Querido enfermo. — Fíese Vd. á mi larga experiencia, y haga uso de nuestros GRANOS de SALUD, pues ellos le curarán de su constipacion, le darán apetito y le devolverán el sueño y la alegria. — Asi vivirá Vd. muchos años, disfrutando siempre de una buena salud.

Las Personas que conocen las

PILDORAS del Dr DEHAUT

DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el causancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

Jarabe Laroze

DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Desde hace mas de 40 años, el **Jarabe Laroze** se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las **gastritis, gastraljias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes**, para facilitar la **digestion** y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.

JARABE

al Bromuro de Potasio

DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del **corazon**, la **epilepsia, histéria, migraña, baile de Sn-Vito, insomnios, convulsiones y tos** de los niños durante la denticion; en una palabra, **todas las afecciones nerviosas.**

Fábrica, Espediciones : **J.-P. LAROZE** 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.

Deposito en todas las principales Boticas y Droguerias

PAPEL WLINSI

Soberano remedio para rápida curacion de las **Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos**, de los **Reumatismos, Dolores, Lumbagos**, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.

Depósito en todas las Farmacias

PARIS, 31, Rue de Seine.

VINO DE CHASSAING

BI-DIGESTIVO

Prescrito desde 25 años

Contra las AFFECCIONES de las Vias Digestivas

PARIS, 6, Avenue Victoria, 6, PARIS

Y EN TODAS LAS PRINCIPALES FARMACIAS



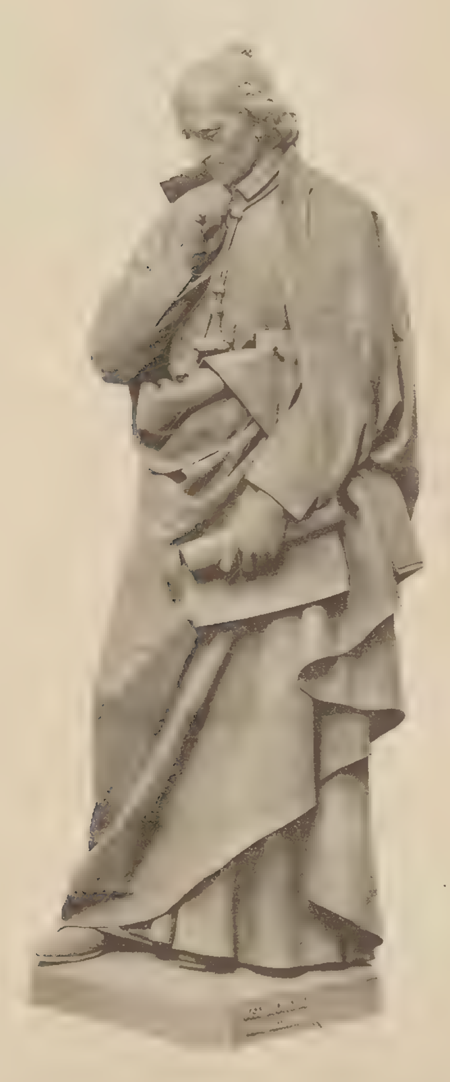
Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjanse para informes á los Sres A. Lorette, Rue Caumartin, núm. 61, París.–Las casas españolas pueden hacerlo en la librería de D. Arturo Simón, Rambla de Canaletas, núm. 5, Barcelona

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustracion Artística

Año IX — Barcelona 20 de octubre de 1890 — Núm. 460

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



EL PADRE PIQUER, fundador de la Caja de Ahorros de Madrid, estatua de D. José Alcoverro

IMPRESIÓN FOTOTÍPICA

SUMARIO

HECHOS RECIENTES

DE LITERATURA Y ARTES EN EUROPA

Los que miran la superficie del suelo europeo, solamente descubren los hechos políticos y las alteraciones de cada Estado. Los que miran las entrañas observan, allá en lo profundo, aquellas corrientes de ideas y de inspiraciones varias, á cuya virtud é impulso corren los hechos y cambian los Estados. Parecen de más bulto las manifestaciones políticas que las manifestaciones literarias, porque despiertan más pasión y arrastran más intereses; pero tal intensidad evidente de las unas, hállase compensada con lo que perduran las otras. Nadie se acuerda hoy, por ejemplo, de las fases políticas por donde pasó el reinado célebre de Luis Felipe, y todo el mundo se acuerda hoy de sus fases literarias Ningún emperador alcanzó jamás en su muerte la incomparable apoteosis alcanzada por el jefe de la escuela romántica, por esa especie de dios, á quien hemos llamado Víctor Hugo. Alemania no se ufana tanto de las victorias conseguidas en sus múltiples batallas, como de los lauros que le han ceñido las trilogias músicas de su inspirado maestro, el Víctor Hugo de la música. En cosa ninguna muestra Inglaterra que la educación clásica se sobrepone allí con todos sus esmaltes á la complexión sajona, cual en ese amor puesto por su artista eximio el admirado Alma Tadema en resucitar los antiguos tipos cincelados en mármoles phentélicos, á los besos del sol de Atenas, por los buriles de Fidias y de Praxiteles El realismo de Zola enseña todo un estado psicológico de la sociedad moderna, cual mostraba un estado psicológico de la sociedad antigua el ateísmo de Lucrecio. Miremos, pues, las metamorfosis ó transformaciones del espíritu europeo é historiémoslas á medida que vayan pasando. El Otelo de Verdi recién aparecido en Madrid, la Cleopatra que resucita París, el monumento próximo á levantarse por los campos donde Horacio naciera, los arqueros de las antiguas monarquías babilónicas puestos en las paredes mismas del maravilloso Louvre, nos interesan tanto cual pueda interesarnos cualquier hecho político, y trascienden á nuestra vida tan intensamente como la gobernación misma de los modernos Estados.

Una ceremonia muy tierna se ha celebrado en modesto rincón del jardín de Luxemburgo, vecino al Palacio de la presidencia del Senado, cámara que tiene allí su vivienda: la inauguración del monumento al pintor Delacroix. Y digo tierna, porque se han visto resucitar en sus incidencias poetas y críticos, inspiradores de sus obras, los cuales parecían muertos ú olvidados, y han venido, como del otro mundo, á esta Pascua de Resurrección. Delacroix, por audaz y original, fué un artista muy discutido en su tiempo; que todos los innovadores encuentran guerras y todas las innovaciones encuentran resistencias. Su pincel, emancipado del corte académico, á que sujetara David la pintura suya, muy semejante á la oratoria convencional, sugerida por griegos y latinos enteramente, su pincel parecía un manojo de fulminantes rayos revolucionarios En vano Ingres, émulo y contemporáneo suyo, quiso detener á la generación de aquel tiempo en los altares académicos, de antiguo consagrados por las tradiciones del siglo anterior. Delacroix combatió estas convenciones tiránicas del uso, y triunfó, cual triunfara Víctor Hugo de la tradición literaria. No debe, pues, extrañarnos que los últimos legionarios de aquellas huestes del progreso hayan ido, aunque inválidos y moribundos, al ara, depositando una ofrenda de recuerdo ante quien los ha precedido en la inmortalidad.

Acaba de morir Alfonso Karr. A mis lectores jóvenes acaso no les diga este nombre cosa ninguna; pero debe decir muchas á los lectores viejos. Escritor de orden secundario, ejerció soberana influencia por su estilo, en que, mezclados tisúes con trapos, fingían cierta originalidad rayana en extravagancia. Karr perteneció en los romances y en las novelas al género aquel de historiadores que derivaba los máximos efectos de las mínimas causas. Entre sus héroes, un joven resulta infeliz perdurable por haber cambiado en la juventud, aturdida de suyo, dos cartas, mandando al sastre la que había escrito para su novia y mandando á su novia la que había escrito para el sastre. Otro señor tiene también una serie de amargas contrariedades por llegar una hora más tarde de lo debido á todas partes. La novelita donde refiere las aventuras de aquel que se pasó la vida queriendo recordar una canción de su juventud, cuyas cadencias le renovaban sus amores, y luego, á la hora de su muerte, supo que no cantaba otra la cocinera, existente como un vínculo en la familia; esta novelita, ligera por el estilo y profunda por la intención, plañe bien y con gracia la mayor entre todas las humanas desventuras, nuestra sujeción á la fatalidad. Pero en lo que principalmente se distinguió Karr fué de seguro en sus artículos cortos á diario. El aristofanesco nombre de *Avispas*, con tanta gracia puesto á la colección de aquellas ocurrencias y salidas tan donosas, recuerda el inmortal nombre de Aristófanes. Pero Karr, cual todos los escritores de segunda categoría que se creen de primera, pasó entre los engaños y tristezas la parte de vida en que, debiendo cosecharse frutos sabrosos, de corresponderse mérito y renombre, cosechó tan sólo el montón polvoriento de sus esperanzas mustias ó secas. Entonces aquel escritor mundano que redactaba *Las Avispas* en *El Fígaro*, se trocó en verdadero solitario, bajo el cielo de Niza y sobre la tierra del Mediterráneo, entre naranjales y palmas, viviendo las Eglogas virgilianas en tierra y en mar las Eglogas teócritas. Así, ora cultivaba flores, por su azadón artístico escardadas, ora surcaba olas removidas por sus helénicos remos. De todas suertes, aquella fantasía con alas de mariposa y aguijón de abeja, retozona y alegre, la cual, bajo una especie de pesimismo convencional ocultaba el júbilo y alegría de los antiguos, hace falta hoy á la decaída literatura contemporánea.

Falta nos hubiera hecho también, de haberse incendiado, como temimos, la incomparable Alhambra. En su lengua erótica, un tanto audaz, los árabes llamaban á las colinas donde se levantaba la oriental Alhambra el ombligo de la tierra. Y en verdad, aquellos cármenes, que parecen cónicas macetas; aquellas umbrosas alamedas, á las cuales se dan cita los ruiseñores todos del campo, cantores de su hermosura; el susurro de los manantiales corrientes en todas direcciones y descendidos en trenzas desde las cumbres del encantado cerro; las gotas de los surtidores prendidas como rocío á los pétalos y á las ramas; el gallardeo de las rosáceas torres cortadas por ajimeces de mármoles y celosías de oro; los arcos de herradura en competencia con los arcos de arte gótico, que dan á tal jardín, estancia ó castillo, ingreso; los paisajes que se descubren unas veces sobre los cristales de Sierra Nevada, otras veces sobre las floridas profundidades del Darro, otras veces sobre la vega, divierten allí los ánimos y los recrean hasta cuando son presa de los más profundos pensamientos. Hoy es, hoy mismo; después que los siglos han pasado con la fuerza de sus torrenciales años; después que los moros han huído al desierto africano; después que la incuria y el abandono de tristes épocas han cegado mil fuentes y derruído mil camarines hermosísimos, reduciendo tantas maravillas á polvo, por lo menos afeándolas con la triste sobreposición de monumentos á ellas dispares; y cuando entráis os sobrecoge de tal suerte la magia propia del sitio encantador, que creéis oir las guzlas acompañando á las serenatas, ver los ojos de las sultanas convertidas en huríes tras de las celosías y habitar aquel mundo extraño en que los caballeros juegan á la sortija por Bibarrambla, los muezines cantan sobre los alminares de las mezquitas, el postrer ejército moro alardea en la vega, mientras el romance morisco resuena sobre los pavimentos de jaspe al lado de los surtidores que fluyen por las tazas de alabastro, bajo techumbres de alerce cuajadas con varias incrustaciones de blanco marfil africano y estrellas de oro puro. Poned ahora con vuestra imaginación el árabe satisfecho de poseer tanta tierra; los cuerpos de guardia y sus soldados vestidos de varias túnicas y armados de alfanjes y sables y puñales con vainas damasquinadas; las diversas tribus curtidas por el ejercicio de las batallas y por el sol de los desiertos; la diversidad múltiple de trajes; la copia de objetos artísticos; la riqueza de bazares tenidos por los primeros del mundo; el carmen de raras plantas orientales; el juego increíble de las aguas; los baños con la luz tibia que finge un crepúsculo de Andalucía y sus estrellas en la bóveda que fingen una noche de Oriente; las pajareras formadas con alambres de oro, en cuyas redes y jaulas cantan las aves más canoras; el concierto de las dulzainas y chirimías durante la paz, así como el fragor de los atabales y clarines durante la guerra; los encuentros y competencias propios para que los poetas cantasen á porfía el amor y el heroísmo; los desafíos caballerescos, las zambras continuas, los torneos inacabables, la llegada de los emisarios idos á ofrecer sus presentes y á dar promesas de auxilio á los últimos sustentadores en Europa del Islam; y decidme cómo resplandecería Granada y su palacio, con cuál brillo, hallándose uno y otro en el sublime apogeo de su ascensión y en la plenitud completa de su gloria. Ningún poeta moderno ha dejado de contemplar este maravilloso espectáculo, redivivo á las evocaciones del genio, sobre las alturas de su fantasía; pues Alhambra quiso decir tanto en todas las lenguas, como copiosa fuente de donde fluyen inspiraciones sin término.

La parte perdida de Alcázar tan poblado de sueños, es la correspondiente al ingreso del patio de los Arrayanes. En mi sentir, este patio superaba en hermosura, y mucho, al patio de los Leones. Yo lo he reconstruído mil veces en mi fantasía. En los siglos medios tenía el nombre de Mesuar. Vistoso mosaico, de brillo semejante al de la pedrería, engalanaba las bases de sus airosas paredes; mostagueras vidriadas, azules y blancas, ornamentaban el suelo, tan brillante como la veneciana cristalería; una grande alberca, por murmuradora fuente alimentada, retrataba en su alegre superficie los esplendores del aire aromados por las rosas y los azahares; guirnaldas de mirtos y arrayanes contrastaban el claro color de los mármoles con el obscuro y metálico verdor de su follaje, despidiendo juegos maravillosos de aguas; numerosas puertas, á cual mejor adornadas con marqueterías riquísimas, como se dice, y con verdaderas incrustaciones de nácar, oro, marfil, abrían paso á misteriosas estancias y ornaban con sus primores las paredes artísticas del patio; dos grandes galerías corrían al extremo Norte y Sur maravillosamente alicatadas, con cubos teñidos á iris, con rombos circundados de alharacas, con extrañas cintas que diríais flotar al aire, con hojas de una vegetación casi edénica, con innumerables conchas tan admirablemente pintadas como las producidas por el mar, con piñas de pinares fantásticos: aquí un arco semejante á los admirados en Córdoba y sus aljamas, allí cartelas indias con animales simbólicos, recordando las orillas del Ganges, junto á tablados de maderas con letras harmáticas, expresión de leyendas parecidas á las resonantes, así por las riberas del Eufrates como por las riberas del Nilo; y doquier preciosas hornacinas ocupadas con vasos gigantescos de áureos esmaltes, columnas torneadas como los troncos de las palmas sosteniendo archivoltas de proporciones armoniosas y arcos parecidos á joyas por sus adornos; alhamíes ó sitios de descanso, especie de alcobas estrechas, semejantes á capillas, con techumbres de estalactitas lápiz-lázuli, con cornisas alacenadas, en los cuales alhamíes veíanse los búcaros de rojo barro, las armas á maravilla cinceladas, los candiles de bronce, los pebeteros de olorosas esencias, coordinado todo con tal arte, que hasta los más inquietos y activos deseaban detenerse allí entre tantas maravillas y entregarse por completo á la contemplación del arte y sus milagros en una oriental soñolencia. Muy decaído este patio de su antiguo esplendor, aun le apreciaba yo como el más bello entre todos cuantos enaltecían aquel encantado palacio. El incendio halo nuevamente afeado, y una parte considerable de su esplendoroso alero hase venido á tierra en humeantes horrorosos escombros. Cuando el telégrafo anunciaba que ardía maravilla tan extraordinaria, todos cuantos aman las Bellas Artes apenábanse á una de tal catástrofe, sucedida tristemente á edificios que por su belleza monumental y por su valor histórico forman parte integrante del patrimonio común á la mísera humanidad. En los primeros instantes llegó á creerse perdida para todos la maravilla y la honra de todos. Una hoguera semejante á erupción enorme rodeaba el edificio y como que lo consumía en sus llamas. Pero disipado el humo de aquellos angustiosos instantes, y atajada la línea exterminadora, pudo verse con toda claridad cómo importaba cortar la comunicación entre los arrayanes y las partes restantes del milagroso alcázar. La acequias de la Huerta, que pasan cerca del palacio, no podían subvenir á la necesidad y conjurar el peligro por hallar-

se cortadas completamente y no correr el agua en sus cauces. Tal coincidencia hizo que se atribuyese á malicia esta catástrofe nacida de una indudable torpeza. Nosotros cuidamos poco de nuestras glorias artísticas. Ricos, muy ricos en ellas, tanto casi como Italia, no les prestamos el culto que los italianos. Sin embargo, en ninguna manifestación de su actividad se conoce tanto la grandeza de nuestra patria como en sus maravillosos edificios, cristalizaciones brillantísimas del espíritu de los siglos y del genio de la española historia. Por eso creo necesario proponer á las próximas Cortes, donde mis electores me reservarán el viejo asiento, un presupuesto de Bellas Artes, que guarde y prospere la gloria de nuestro creador genio plástico. Espero en el triunfo de esta generosa idea.

EMILIO CASTELAR

SECCIÓN AMERICANA

LOS AZOTES DE SAN SIMÓN

(HISTÓRICO)

Me lo contó un bravo militar, que ya no existe, dándome palabra de honor de ser verdad en todos sus detalles.

El cuento, pues, no es mío; yo no pretendo más que darle forma literaria; si ficción hay, que no lo creo, pertenece ésta á un coronel peruano que murió peleando con denuedo contra los chilenos, en los campos de San Juan, el 13 de enero de 1881.

Llamábase Buenaventura Aguirre; era pequeño, grueso, bastante feo, con un defecto en la vista y de raza que más se inclinaba á la conquistada que á la conquistadora, pero muy oportuno y gracioso, á la vez que caballero cumplido.

Como un valiente, como lo que era, sucumbió, y al recordarle hoy, evocando historias y cuentos del continente americano, me parece tenerlo á mi lado, refiriéndome costumbres de los indios, entre los cuales se había criado, y enseñándome canciones *quichuas*, que cantaba muy mal, pero con mucho carácter.

Que el hecho era cierto, decía seriamente, y que todavía recordaban, temblando, las carnes de sus posaderas, las rajaduras del látigo, puesto que él y un hermano suyo habían participado de la azotaina.

***

La cosa ocurrió en Puno...

¡En Puno!..... Permíteme, lector, que antes de explicarte el título que he puesto á la cabeza, te hable un poco de la capital de este departamento del Perú, siquiera sea para que rías á mi costa, leyendo las peripecias que allí me ocurrieron.

Está la ciudad de Puno situada 155 leguas al SE. de Lima, y á la respetable altura de 3 915 metros sobre el nivel del grande Océano.

Llueve allí, ¡qué horror!, con furia tan espantosa, que el más torrencial de nuestros aguaceros de tormenta, de esos que duran pocos minutos felizmente, es una *lloviznita*, si se le compara con aquel *baldeo* celeste.

Pero en cambio, comienza á las doce del día, poco más ó menos, y no lo deja hasta que sale el sol á la mañana siguiente; eso sí, sale y luce el astro espléndidamente hasta... las once y media; después vuelta á comenzar de nuevo la lluvia

Este trajín se traen en Puno las nubes seis meses del año, pues los otros seis meses entran los hielos en turno, y es de ver cómo se chupa uno los dedos de frío y hasta se chuparía las orejas y la punta de la nariz si pudiera alcanzarlas

Bajando, bajando un día entero en ferrocarril, llegamos á Puno á fines del mes de enero de 1877.

Si después de bajar tanto nos encontrábamos á la respetable altura de 3.915 metros sobre el nivel del mar, figúrate lector en dónde habríamos pasado la noche; aun diciéndote que en el sotabanco (léase quinto piso) del palacio atmosférico, ten por seguro que nada pongo de mi cosecha.

Fué el hoy departamento de Puno, en tiempos del coloniaje, la ubre metálica más productiva para la corona de Castilla; pues considerando que solamente las minas de Carabaya produjeron á España 33 millones de pesos fuertes, cantidad que representa el doble por aquello de que en todas las épocas ha sido el *vil metal* castigado con *infundios* y *chanchullerías*, debemos pensar que se trataba de un terreno inmensamente rico.

Conserva allí la tradición el recuerdo de una *Josefa* (no me atrevo á llamarle *Pepita)* de oro nativo, que pesó más de cien libras; afectaba la forma, no muy bien dibujada, de un caballo, y fué remitida al señor Carlos V, como muestra de lo que producían aquellas tierras, que jamás visitaron los reyes, sus dueños, y ¡Dios no les tome en cuenta tamaña necedad!



ELENA, cuadro de Conrado Kiesel

Una bola, de oro también, de las propias minas de Carabaya y del tamaño de una cabeza humana de las más desarrolladitas, vino consignada á Felipe II, y no sé qué habrán hecho con aquellos recuerdos el bilioso señor del Escorial y su padre el tétrico relojero del monasterio de Yuste.

Era Puno, cuando yo lo he visitado, lo que debe ser hoy: un poblachón feo y destartalado; pero gracias á su situación, que le hace llave de Bolivia por ese confín, no carece de importancia, mucho más si tenemos en cuenta el gran comercio de lanas de alpaca y vicuña que hace con el exterior y la cantidad de ganado que apacenta en sus montañas. Corónanle éstas por una parte y báñale por otra el grandioso lago Titicaca, del que no me ocupo hoy, reservándolo para ocasión más en punto.

Llegamos á Puno á las cuatro de la tarde; y excuso decir que las cataratas del firmamento se portaban como de costumbre, sabiendo que nos encontrábamos en el invierno húmedo, como llaman allí á los seis meses de lluvias para distinguirlos del otro invierno, al cual denominan seco.

En la estación había muchos indios, y maldito el caso que nos hacían cuando les rogábamos que cargasen con nuestras maletas

Mi *compañero de viaje* estaba de humor detestable á causa de una fluxión á la boca, y tenía yo por consiguiente que entendérmelas con aquellos condenados, que no hacían más que mirarme y reir, pero sin coger las maletas que les alargaba.

Hablaban los unos *quichua* y los otros *aymara*, pues que las dos razas se mezclan en Puno; pero ni una palabra entendían de castellano, cosa que me desesperaba tanto en aquellos momentos, como me hubiera divertido en otra ocasión.

De unos en otros íbanse dando aviso, y pronto observé que era yo el objeto de su admiración y de sus risas.

Supuse que mi traje pudiera ser la causa de la persecución de que me hacían objeto, y la verdad es que pensándolo bien era un poco llamativo para una población del interior, en donde la moda va siempre con paso tardo.

Ibamos de Chile, y allí andaba el último figurín corriente y al día con los caprichos de Francia. Consistía, pues, mi atavío de *touriste* en un traje á grandes cuadros obscuros, de forma entre griega y judía, con gorra de la misma tela y una larguísima capa de paño gris con capucha de terciopelo negro, cuya punta, rodeada con grandes cordones, bajaba hasta el borde.

«Es indudable, me decía, el traje asusta á estos diablos.»

Cogimos nuestras maletas para transportarlas nosotros mismos, y lo propio tuvieron que hacer los demás pasajeros.

No hubo medio aquella tarde de hacer que nos sirviesen los indios.

Nos informamos de que había un hotel en la plaza y allá nos encaminamos, cargados como mozos de cuerda y aguantando la lluvia, que ya nos había llegado á lo vivo.

¡Cuál no sería nuestra rabia al ver que los indios nos seguían en tropel, mirándome siempre, riendo estúpidamente y hablando entre sí, como si se comunicasen algo que les espantaba!

El trayecto desde la estación á la plaza era muy largo; y en todo él no dejó de correr la gente y avisarse los unos á los otros para que saliesen á las puertas y á las ventanas.

«Decididamente no es el traje, pensé, porque ya no son los indios los que me miran y se ríen; veo señoras que hacen lo mismo, y esto me da qué pensar.»

¿Qué diablos sería?

Después de mil fatigas llegamos al hotel de *Serafini*, un italiano, casado con una *chola* boliviana, cuya suciedad y desidia eran proverbiales en todo el alto Perú.

Pedimos un cuarto; nos dieron una sala grande, negra, destartalada y más fría que la misma cordillera, cuyo solo recuerdo nos hacía dar diente con diente.

El agua arroyaba por nuestras personas entre cuero y camisa; y lo que era peor, no había esperanza de poder mudarse: habíamos dado orden de trasladar el equipaje desde la estación al vapor en que debíamos cruzar el lago al siguiente día, y la cosa no tenía remedio.

«Nos acostaremos aunque sea sin comer,» dijimos.

Descubrí las camas y me asusté. Tenían sábanas, ¡sí que las tenían!, pero tan rotas y negras, que volví á tapar precipitadamente temiendo que saliesen sapos y culebras.

Díme á cazar por el intrincado caserón á la esposa de Serafini con ánimo de hacerle los *ojos dulces* para lograr que me cambiase la ropa de la cama; y cuando después de cruzar patios y corredores dí con sus greñas en la cocina, ¡qué cocina!, me dijo que no le era posible complacerme porque no tenía más ropa que aquélla.

– Le doy cinco *soles* (duros) si me cambia las sábanas.

– Pero si no tengo.

– Pues le doy un *condor chileno* (moneda de oro del valor de diez duros).

Ya en el Perú no se veía más que papel, y papel que comenzaba á despreciarse, por lo cual la perspectiva de una moneda de oro, y moneda tan apreciada como el *condor*, hizo que la *chola* aguzase el sentido

– En fin... buscaré... veré si encuentro algo.

Volví á mi habitación para infundir ánimo en mi enfermo, y cuando creí encontrarlo medio muerto por el frío, la humedad y los dolores, vi con asombro... que *no lo veía* por ninguna parte.

Lo llamo inútilmente: no me contesta.

Recorrí de nuevo la casa y nadie podía darme razón, hasta que alarmada sin saber qué pensar, se me ocurrió abrir el balcón de un largo corredor que daba á la plaza, y le encontré sentado en una silla coja, creo que era la única que tenía nuestra sala, contemplando las gradas de la catedral, que estaba precisamente en el otro extremo frente al hotel.

– ¿Qué haces aquí con este frío? ¿No estás bastante remojado todavía?

– Estaba mirando ese atrio y figurándome ver á los Pizarros, Almagros y Maldonados pasear, haciendo sonar sus espuelas y con la mano en el puño de la espada.

– Llévete el diablo con tus idealidades, dije furiosa por su lirismo, cuando yo andaba ocupada en cosas tan prosaicas.

Nos llamaron á comer; y como las sábanas no parecían y por lo tanto no queríamos acostarnos, bajamos al comedor.

Allí estaban nuestros compañeros de tren aguardándonos y gozando ya con la sorpresa que habíamos de recibir al ver el servicio de una mesa larguísima y derrengada.

El mantel era dibujado á la aguada sobre un lienzo muy negro: algunos cuchillos no tenían mango, otros tenían media hoja solamente; las vinagreras estaban tumbadas *de babor;* de los tenedores, ostentaba dos dientes el que más; y por último, no nos fué posible encontrar un plato que no estuviese desportillado.

Los *camareros* estaban también en carácter; un rebañito de chiquillos muy listos, tan listos como zafios, hijos todos del italiano y de la *chola*, nos oían hablar y reir burlándonos del servicio, pero seguían imperturbables atendiéndonos con diligencia y buena voluntad.

Aquello había que tomarlo á broma.

Terminada la comida echéme de nuevo á buscar á la dueña para ver si lograba las sábanas limpias, pues ya nos era imposible resistir por más tiempo la ropa mojada.

Como todo llega, también llegó la *señora* de Serafini con algo que me llenó de gozo, porque divisé tela blanca doblada.

– No he podido encontrar más que una, me dijo; pero traigo un mantel, que como está lavado puede servir lo mismo.

Olí las piezas para convencerme que estaban del agua, y dí gracias á Dios por tener algo limpio en que acostarme, aunque fuese un mantel y me costase tan caro.

Este era el mejor hospedaje que en aquel entonces podía ofrecer Puno al viajero; pero á los ocho meses, á mi regreso de Bolivia, se complacía otro fondista, que no era Serafini, en hacerme ver el mismo edificio convertido por él en hotel confortable

Nos embarcamos al día siguiente á las once de la mañana, pues aunque no debía salir el vapor hasta la marea de media noche y con la luna, no queríamos aguardar en tierra el aguacero Sin embargo, comenzaron á caer gotas gruesas cuando íbamos para el muelle, y por cierto que me alegré mucho de este contratiempo que nos proporcionó un curioso espectáculo.

Tan pronto caía una gota de agua en el suelo, saltaba un diminuto sapo; y como las gotas menudeaban, eran tantos los sapitos que á nuestra vista brincaban alegres, que asegurábamos, y nadie nos apeaba del burro, que en Puno caían sapos de las nubes.

Los últimos pasajeros que llegaron á bordo á las doce de la noche, me explicaron el porqué del alboroto que mi presencia había producido entre los indios y los que no lo eran.

Llevaba yo flequillo recortado sobre la frente, moda que no había hecho su aparición todavía en aquellas alturas y que á mi salida de Chile acababa de ser importada: hasta entonces solamente los frailes habían usado por aquellas tierras tan raro peinado, y de ahí la admiración y extrañeza con que me miraban, creyéndome un leguito vestido de *niña*.

Alguna de mis lectoras supondrá que exagero; pues en mi ánima juro que he dicho la verdad purita.

***

Volvamos ahora al cuento del coronel, ya que hemos dado una idea de la ciudad en que los azotes de San Simón fueron aplicados.

Había en Puno, allá por el año 40, un maestro de primeras letras, patriota exaltado que se había batido por la independencia á las órdenes del gran Bolivar, y que sentía por éste veneración rayana en culto idólatra.

Apenas sabía enseñar otra cosa *ño Pepito* (señor Pepe), que lecciones de buena crianza, para lo cual era muy escrupuloso y puesto en puntos; pero en cuanto á instrucción, *¡válgame Dios!* y qué deficiente era la que podía dar á los chiquillos puneños el antiguo soldado de la patria.

Era un hombre bonísimo; de carácter tan dulce, que los muchachuelos hacían de él mangas y capirotes, mientras no cometían algún atentado contra la cortesía; pues tocante á esto, como un discípulo faltase á la corrección y á la etiqueta, de las cuales era esclavo *ño* Pepe, le sacaba tiras del pellejo, á punta de látigo bien sacudido.

Leía á tropezones; escribía muy mal y no sumaba tres unidades sin equivocarse; mas á parte de estas *pequeñeces*, resultaba un preceptor excelente, porque hacía del chiquillo más diablo un caballerete con ribetes de moral cristiana, inculcada á fuerza de discursos interminables y laberínticos.

Este era el fuerte de *ño* Pepito: á cada triquitraque mandaba que cerrasen los libros, y se *arrancaba* con una homilía digna de más formal auditorio, ó con un trozo de historia peruana y aun universal muchas veces, porque en esto sí que no era lego el dómine patriota

Tenía el hombre asombrosa facilidad de palabra, y cuando estaba de vena porque le inspirase un asunto, hablaba tan bien y tan de corrido, que nadie escuchándolo pudiera creer que, leyendo, tartamudease de la pícara manera que lo hacía.

Ninguno de los discípulos de *ño* Pepito pasaba de los diez años, pues dicho se está que en cuanto tenían edad para ello, los mandaban sus familias á Lima ó Arequipa para que supiesen algo más de lo que el ex soldado podía enseñarles.

Como de costumbre, entraron una mañana los chicos en la escuela, alegres y contentos, saludando al maestro con el filial cariño que le profesaban. Pero ¡cuál no sería el asombro de las criaturas, al ver que les contestaba airado, sin mirarlos y tan pensativo que cualquiera diría se le acababa de morir el ser más querido que tuviese en la tierra!

Pasó la mañana con alternativas, y tan pronto parecía que dulcificaba el acento, como gritaba desaforadamente por la más mínima cosa.

Los niños, que no estaban acostumbrados á tales excesos, temblaban de miedo sin atreverse á rechistar; pero niños al fin, en cuanto salieron á la calle olvidaron el mal humor del maestro y volvieron á la tarde como si tal cosa.

Entonces ya no era *ño* Pepito un hombre, era una fiera.

– Hoy no se estudia, dijo después de pasar lista para cerciorarse de que no faltaba ninguno y de cerrar herméticamente puertas y ventanas.

Los chicos comenzaron á desasosegarse, y los más entendiditos presumían que podía haberse vuelto loco de remate.

Encendió el maestro un velón, y una vez que la estancia quedó con la luz mortecina del grueso pábilo, que daba más humo que llama, gritó con voz estentórea:

– ¡Calzones abajo!

Los muchachos no se movieron; digo, sí se movieron, porque se echaron á temblar como si estuvieran azogaditos, pero ninguno llevó la mano á la pretina para obedecer el mandato.

– ¿No habéis oído? He dicho que os quitéis los pantalones.

En aquellos momentos estallaba sobre Puno furiosa tempestad, pero más asustaba á los chicos la que se cernía sobre sus caritas posteriores.

– A ver si obedecéis, dijo *ño* Pepito, cogiendo un látigo nuevo con muchos ramales de finas correas, que los discípulos no habían visto nunca, porque el que de vez en cuando empuñaba con suavidad, valgan verdades, no era de tanto castigo.

A la vista del feroz instrumento, se apresuraron las criaturas á bajarse los pantaloncitos, y comenzaron á llorar con gana, sin que el maestro hiciera nada por tranquilizarlos.

Por el contrario, parecía que sus llantos le regocijaban.

No se contentó *ño* Pepito hasta que sacaron las perneras; y como ninguno llevaba calzoncillos, quedaron todos con las camisitas menguadas, que no les cubrían ni el sitio en donde las madres castigan poniendo la palma de la mano.

Cuando hubieron quedado desnudos, comenzó el maestro, convertido aquel día en verdugo cruel, á latiguear en los angelitos; pero con tal fuerza, que al que cogía por derecho le rajaba la piel; y al cabo de una hora que, fatigado ya, puso término á la salvaje azotina, corría la sangre de las tiernas víctimas, y algunas se veían, faltas de fuerzas, tendiditas en el suelo.

La tormenta seguía furiosa en las nubes, y ahogaba los desesperados gritos de los colegiales.

Ño Pepito había vuelto á sentarse en su antiquísimo sillón de vaqueta y á tomar la casi fúnebre actitud que tenía por la mañana.

Conforme recobraban las fuerzas, iban los niños vistiéndose y suspirando, y hasta la hora de salir continuaron en aquella triste semiobscuridad sin que el maestro despegase los labios.

Por fin les dijo:

– Cuidado con que me falte mañana ninguno, y si contáis en casa lo que aquí ha pasado, os prometo que se repetirá la escena. ¡Ay del que lo diga!

¡Qué lo habían de decir! ¡Angelitos! Casi todos se fueron á la cama sin cenar, pretextando no tener gana y negándose á contestar cuando les preguntaban qué tenían.

A la mañana siguiente iban para la escuela tiritando de miedo; pero ¡cuán agradable no sería la sorpresa que recibieron al ver que *ño* Pepito los aguardaba con los brazos abiertos y colmándolos de caricias!

– Sentaos, hijos míos, sentaos, les dijo; necesito explicaros el sagrado misterio que encerraba ayer mi conducta: cuando lo sepáis, me daréis la razón, porque en vuestros corazones, aunque muy tiernos, he inculcado la veneración por nuestros héroes; por los que han dado libertad á la patria y han hecho libres nuestros esclavos hogares

La oratoria, como se ve, tenía casi tanta fuerza de lógica como la azotaina

– ¿Sabéis qué día fué ayer, hijos de mi alma? Ayer, 28 de octubre, día de San Simón, fué el santo de nuestro libertador, del gran Simón Bolivar. Vosotros, hijos míos, no tenéis suficiente conciencia de su grandeza ni de cuánto le debemos; por eso no podíais celebrarlo dignamente más que de una manera: llorando su muerte.

¿Y cómo habíais de llorarla sin sentirla? ¿Y cómo habías de sentirla, si no sabéis todavía cuánto hemos perdido con perderle?

¡Acordaos siempre del día de ayer, mis queridos niños; acordaos para celebrarlo con algún sacrificio, que más padeció por nosotros aquel grande hombre; no lo olvidéis: 28 de octubre!...

Y tánto como se acordaron.

Al año siguiente todos hicieron novillos.

Eva Canel



EL PEQUEÑO EGOÍSTA, cuadro de J. Dvorak

UNA BROMA ESPIRITISTA

(Conclusión)

Al siguiente día de esta escena Matías recorrió casi todas las casas del pueblo anunciando que aquella noche se celebraría sesión de espiritismo en casa de su señor, el ingeniero D. Jorge Lasala, á quien se le había ocurrido la idea salvadora de averiguar quiénes eran los autores del crimen que tanta indignación había causado, por medio del hipnotismo y con ayuda del espíritu de la diosa Themis.

Esto de la diosa Themis era una nueva guasa que se le había ocurrido á Jorge, y que ni Matías ni las gentes del pueblo entendían.

Recibieron el aviso cien personas y acudieron á la sesión más de trescientas; es decir, casi toda la población letrada masculina y de mayor edad.

Jorge recibió á los invitados con gran cortesía; les hizo entrar en un salón de vastas dimensiones, y cuando dieron las nueve en el reloj de la iglesia, les dijo:

– Amigos y hermanos míos en el espíritu divino (este era el lenguaje que había adoptado para burlarse de aquellos infelices). La diosa Themis me ha sugerido una idea, que tengo para mí que puede ser luminosa y sirva quizás para descubrir á esos espíritus malignos que aún habrán de sufrir ocho ó nueve encarnaciones en cuerpos de animales inmundos para purgar el horripilante delito que como bestias humanas cometieron.

– ¡Bravo!, gritó el secretario.

– No podré aseguraros que descubramos los nombres de esos á quienes pudiéramos llamar seres primarios de la escala zoológica; pero confío en que con la ayuda de esos buenos espíritus que caminan por las llanuras del éter y que aman á sus semejantes, y porque los aman desean la destrucción momentánea de los extraviados, ó por mejor decir, de los imperfectos, ó que no llegaron á su madurez en la tierra, alcanzaremos nuestro objeto. Sin duda alguna un espíritu justiciero, quizá el espíritu de Salomón, me ha inspirado la idea de reuniros aquí esta noche, de hipnotizar á Matías y tratar de que con su doble vista reconstituya la escena del crimen y nos diga quiénes son sus autores. Reconcentrad vuestro pensamiento, pensad en la grandeza del acto que vamos á realizar, rogad al sublime espíritu que tiene en sí á todos los espíritus y que es el Todo en que todo se contiene, á fin de que ningún espíritu guasón venga á turbarnos en este momento solemne; y si nuestras preces son escuchadas, los espíritus imperfectos que lesionaron el derecho, arrebatando unas vidas que no habían cumplido su misión, se verán redimidos, cumplida la venganza y satisfechos los eternos principios de la justicia.

Este disparatado discurso fué recibido por la mayoría de los oyentes con murmullos de aprobación, y con bravos y palmadas por D. Isidro y algunos otros tan cándidos como él, que si no lograron entender una palabra de lo dicho por Jorge (y en verdad que no era cosa fácil), les sobraban entusiasmo, fuerzas y pulmones para aplaudir y aclamar al orador.

Cuando Jorge terminó el discurso apareció en el salón Matías, quedándose á la puerta como si ignorara que había de servir como instrumento de una experiencia interesantísima.

Jorge le miró, y dijo:

– ¿Por qué no entras Matías?

– Señor, el respeto...

– Bien está que me respetes, pero el respeto no es enemigo del amor ni de la fraternidad: entra, que todos somos hermanos, puesto que somos partes de la unidad, que es en sí infinita como unidad, é infinita en las partes que con ella, por ella y sobre ella forman la naturaleza, que en su totalidad es Dios y un solo Dios.

Todos estos desatinos los decía Jorge con tal seriedad y hasta con tanta unción, que los que le escuchaban lo hacían con gran fervor, y no faltó alguno que, creyendo cercana alguna tempestad, rezara entre dientes: «Santa Bárbara bendita, que en el cielo estás escrita,» etc.

Entró y se sentó Matías muy cerca del ingeniero; prosiguió éste su discurso paseándose de un lado á otro del salón, y cuando pasaba junto á Matías le dirigía algunas frases, mirándole fijamente á los ojos, haciendo movimientos con las manos, colocándole los dedos índice y meñique de la mano junto á los pómulos, y dándole pases naturales, de telón y de pecho, como él con cierta gracia decía.

Al fin Matías se quedó profundamente dormido, tan dormido que dejaba escapar grandes ronquidos y daba cabezadas como si hiciera corteses saludos.

– Estoy esta noche muy cargado de fluido, dijo Jorge; el *medium* estará muy clarividente. Themis nos protege.

– ¡Matías!, añadió, ¿estás ya en la región de los espíritus?

Matías soltó un ronquido que asustó á los concurrentes.

– ¡Matías!, volvió á decir el ingeniero.

Nuevo ronquido del *medium*.

Acercóse á él el experimentador, y dijo entre dientes:

– ¡Este pillo se ha dormido de veras; está con los espíritus, ó por mejor decir con el espíritu del vino!

Matías, como si oyera á su amo, silbó de una manera que parecía decir que sí.

Jorge, que no era hombre que se dejara burlar por aquel tunante, dijo:

– Está tan dormido que ha perdido la sensibilidad; ahora veréis cómo le atravieso el brazo con una aguja y no se queja.

Acercóse á él, le dió un fuerte pellizco; despertó el *medium*, y exclamó dando grandes gritos:

– ¡Todo lo veo, todo lo veo! ¡Ah, infames, no le matéis! Quiere defenderse; ¡ay!, le han degollado. La mujer llora, grita, suplica; se esconde la criada, ladra el perro! ¡Ladrones, ladrones! ¡Verdugos! ¡Pobre mujer, pobre niña!, ya murieron á manos de esos asesinos... ¡Ah!, no perdonan al fiel perro que ya calló y lame la mano del cadáver de su amo!... Ahora registran la casa, todo lo destrozan y saquean. Sus deseos no están satisfechos, creyeron encontrar un tesoro y nada hallan. Se enfurecen. Creen oir ruidos que los alarman; se dirigen hacia el corral, y al pasar por la cuadra, en su sed de sangre y para calmar su furor, matan también el caballo. ¡Infames! ¡Asesinos, asesinos!

Calló Matías.

Reinó un profundo silencio.

Todos los que presenciaban esta escena hallábanse atemorizados; hasta Jorge parecía sobrecogido y medroso.

Pasaron algunos instantes y el ingeniero preguntó:

– ¿Conoces á los asesinos?

– No, no los conozco, han huído, la noche les protege; son tres, uno de ellos es tuerto, otro es ya viejo, tiene ya más de sesenta años, el otro es barbilampiña, bajito y regordete, si los viera... Pero ¡ah! ¿qué veo? Veo una taberna, en ella están los asesinos, la guardia civil llega, cerca la casa, los prende, los amarra codo con codo y los trae á la cárcel de Betaño; los veo, vienen por la carretera, no tardarán en llegar; mañana estarán a... a... aquí.

Dijo esto Matías y cayó al suelo presa de un terrible síncope, prestáronle los auxilios que su estado requería y terminó la reunión.

Suponga el lector los comentarios que harían los que á la sesión asistieron; yo le diré únicamente que los incrédulos eran los más, pero que todos abrigaban cierta duda.

IV

¡YA LLEGAN!

La plaza mayor del pueblo de Betaño estaba llena de gente.

La excitación era grande.

Todo el pueblo sabía que el ingeniero había averiguado con la ayuda de su *medium* que los autores del horroroso crimen habían sido presos por la guardia civil.

En unos grupos se creía como artículo de fe lo que el *medium* había dicho y se esperaba la llegada de los criminales que debían ser encerrados en la cárcel del pueblo, á ser cierta la noticia.

Otros dudaban, negaban algunos, que eran del partido del cura; pero todos hablaban, discutían, gritaban, chillaban, apostaban y aun se dió el caso de que algunos vinieran á las manos.

El secretario iba de corrillo en corrillo, queriendo convencer á los unos, confirmando á los otros en su creencia y pronunciando en todos discursos que terminaban siempre con estas palabras:

– Podrá ó no ser cierto que los criminales hayan sido presos, pero nadie me negará que el *medium* lo ha visto con los ojos de su espíritu. El lo ha visto, y esto es lo importante, lo interesante para mí; si luego resulta que los criminales no han sido presos ¿qué probará esto? Que hay espíritus guasones, lo cual es una prueba de que hay espíritus y de que se ponen en comunicación con nosotros, digo, me parece.

– Naturalmente, le respondían unos.

– Tú sí que eres guasón, le contestaban otros

Cuando más animadas eran las discusiones llegó á la plaza sudando y jadeante Matías. Se dirigió hacia el secretario, y con voz ahogada por el cansancio y por la emoción le dijo:

– ¡Señor secretario!, señor secretario!, por la carretera trae la guardia civil á los autores del crimen de la posada; son tres, uno tuerto, otro ya bastante viejo y el tercero barbilampiño y regordete.

– ¿De veras?

– Y tan de veras como la luz.

La noticia circuló por todos los corrillos.

Rodearon á Matías y le hicieron tantas preguntas, que no le era posible responder á ninguna.

D. Isidro, después que se hubieron calmado algo los ánimos, dijo á Matías:

– ¡De modo que vencemos, ya no habrá quien dude! Se realiza lo que dijiste en tu sueño *hiptónico* (no había logrado aprender á decir hipnótico).

– ¡En mi sueño! ¿Qué sueño es ese, D. Isidro?

– El tuyo, hombre, el tuyo.

– ¡Pero si yo ahora no tengo sueño!

– ¿Y quién te dice que lo tengas ahora? Basta con el que tuviste ayer, que fué muy bueno, de primera, muchacho, de primera.

– Y yo digo que no entiendo lo que está V. diciendo.

– ¿No mientes?

– Por estas que son cruces, añadió cruzando las manos y besándoselas.

– ¡Ah!, vamos, sí; no recordaba que los *hiptonicados* no recuerdan luego.. Ven ustedes, señores, continuó dirigiéndose á las muchas personas que escuchaban aquel diálogo con la boca abierta por el asombro, esta es una prueba más; pero ¿para qué más prueba si van ustedes á tener la de Santo Tomás?; van á ver y á creer.

Oyéronse entonces voces que decían:

– ¡Ya llegan! ¡ya llegan! ¡ya están ahí!

Momentos después por una de las calles que dan á la plaza entraban un cabo y cuatro individuos de la guardia civil conduciendo á tres hombres, uno tuerto, otro viejo y otro barbilampiño y regordete, que al ser presos en una taberna habían confesado ser autores del crimen de la posada

El pueblo se indignó y quiso arrastrarlos, costando gran trabajo á los guardias librarlos del furor popular.

Y vea ahora el lector cómo se explica lo que aconteció después.

El furor popular se volvió contra el ingeniero, el secretario y Matías, llamándoles brujos y gritando que los echaran de aquel pueblo, que por ellos se había perdido la cosecha; por ellos había habido epidemia variolosa, y que ellos tenían la culpa de que Cánovas les hubiera quitado los fueros y tuvieran que ser soldados.

Esta excitación no se calmó tan fácilmente.

El secretario tuvo que encerrarse en su casa, y el ingeniero y Matías hubieron de salir del pueblo protegidos por los mismos guardias que condujeron á los criminales

Matías, al verse fuera del pueblo, dijo sonriéndose á su amo:

– Señor, así paga el pueblo á...

– Quien quiere reirse de él La broma ha podido costarnos cara.

V

SOLUCIÓN DE LA CHARADA

La descifró el padre cura y la hizo saber á todo el pueblo.

Matías era amigo de un guardia civil que estaba de ordenanza del teniente, comandante del pueblo.

Por éste supo la prisión de los criminales.

Hacía días que el guardia ordenanza había convenido con Matías en ir una noche á ver á unas muchachas del pueblo con las cuales tenían amores, y pasar con ellas unas horas de bullicio y alegría

Para realizar su proyecto tuvo que fingirse enfermo, salir con grandes precauciones de casa de su teniente é ir en busca de Matías.

Todo esto lo supo el cura por una de las muchachas; lo refirió y convenció á todo el mundo, menos á D. Isidro, que contestaba siempre:

– ¡Sí, sí, á mí con esas!

Y se murió convencido de que Matías era un *medium*

De lo que jamás pudo tener una prueba incontestable es de que hubiera espíritus guasones.

Ricardo Revenga

EL TEOREMA DE PITÁGORAS

RECUERDOS DE LA VIDA DE ESTUDIANTE

– Joaquín Sánchez, gritó el bedel.

– Servidor, respondí, y entré en el aula temblando todo mi cuerpo y con un nudo en la garganta.

Me senté, no sin antes haber tropezado con la silla y haber dado un empujón á la mesa, que por poco la derribo.

Presidía el tribunal el profesor de Geometría y tenía á su lado al de Física é Historia natural.

Saludé torpemente y entregué á D. Antonio mi papeleta de examen.

D. Antonio, como presidente del Tribunal, leyó: Joaquín Sánchez, y me preguntó:

– ¿Vá V. á examinarse de Geometría?

– Sí, señor, dije yo, que ya iba adquiriendo relativa serenidad.

D. Antonio me miró de una manera muy expresiva, y después, consultando su lista de clase y sus notas, dijo:

– Ventitrés faltas y ninguna nota buena. Malas, muy malas recomendaciones son; pero en fin, eso no obsta para que sepa V. más Geometría que Euclides. Todo puede ser, y ojalá sea así. Vamos á verlo. Saque V. una bola.

Movió el bombo. metí yo en él la mano y saqué una bola que dí á D. Antonio.

– El 27.

– El 27, pensé yo, ¿de qué tratará?

Miró D. Antonio el programa y dijo:

– El teorema de Pitágoras. Salga V. á la pizarra y diga lo que sepa

Me levanté, y mientras me dirigía hacia la pizarra iba pensando en que no sabía más de aquel teorema, sino que muchas veces me había reído de su nombre. El teorema de *Pintagorras*, como yo le llamaba, me era tan desconocido como el emperador de la China.

Haciendo un esfuerzo de memoria, recordé haber visto trazada la figura en el libro de texto, y con gran desenfado cogí el yeso y comencé á trazar rayas con mucha parsimonia, pues cuanto más tiempo emplearа en la parte gráfica tanto menos me quedaba para la oral.



EN LAS DUNAS DE KATWYK, cuadro de Juan Bartels

D. Antonio tenía poca paciencia y era ya profesor antiguo, y no tardó en comprender mi inocente artificio.

– Dése V. prisa, me dijo, no se trata de que dibuje V. una virgen de Murillo Ponga V. ahora las letras.

Seguí en mi ardid y comencé á dibujar unas hermosas letras.

– ¿Se dedica V. ahora á la Caligrafía?, me preguntó D. Antonio.

Borré una G que había puesto.

– ¿Por qué borra V. esa G?, me dijo el profesor.

– Para que no se confunda con esta C, contesté señalando esta última letra.

– ¡Pensamiento acertadísimo!, observó D. Antonio con ironía. ¿Ha terminado V.?

– Sí, señor.

– Pues comience su explicación.

Entonces empezó Cristo á padecer; esto es, entonces empezaron mis sufrimientos.

Callé un rato mirando á la pizarra, al techo y al suelo, como si de allí hubiera de venir la ciencia.

– Estamos esperando, dijo D. Antonio. ¿Sabe usted ó no enunciar el teorema?

– Sí, señor.

– Con verlo basta; conque vamos á verlo.

Me rasqué la cabeza, saqué el pañuelo é hice como si me sonara, tragué saliva y dije tartamudeando:

– En un triángulo... en un triángulo...

– Vamos á ver, ¿qué pasa en un triángulo?

Me sentí inspirado de pronto y añadí:

– En un triángulo, el cuadrado de la hipotenusa es igual al cuadrado de los dos catetos.

– ¿En un triángulo?, me objetó D. Antonio. ¿En cualquier triángulo?

– No, señor, dije.

– Explíquese V ¿En qué triángulo?

– En un triángulo rectángulo, me dictó el Espíritu Santo ante mi duda.

– Eso es; en un triángulo rectángulo. De modo que, según dice V., ¿ese cuadrado grande es igual á cada uno de los dos cuadrados pequeños?

– Sí, se.., comencé á decir, pero miré la figura y



PESCADORES DE MADEROS EN EL LAGO DE CONSTANZA, cuadro de J. Wopfner
Premiado en la actual Exposición de Obras de Arte de todas las Naciones, de Munich



TOLEDO PUERTA DEL CLAUSTRO, EN EL MUSEO - SAN JUAN DE LOS REYES

IMPRESIÓN FOTOTÍPICA



MARTE, estatua de D. José Alcoverro. Premiada con medalla de segunda clase en la última Exposición Nacional de Bellas Artes.

IMPRESIÓN FOTOTÍPICA

en seguida me saltó á la vista lo desatinado de la respuesta.

– No, señor, dije rectificando, y otra vez mi ángel bueno me inspiró y dije: es igual á los dos juntos.

– Pues, si es igual á los dos juntos, diga V. equivalente á su suma y no igual. De manera que tenemos que en un triángulo rectángulo el cuadrado de la hipotenusa es equivalente á la suma de los cuadrados de los catetos. ¿No es eso?

– Sí, señor.

– Trabajillo costó, pero salió. Y diga V., si yo le dijera que eso no es verdad, ¿qué diría?

– Yo, nada.

D. Antonio y los otros dos profesores que componían el tribunal echáronse á reir al oir mi inocente contestación.

– Es V. de muy buen componer. Así que si yo digo que eso no es verdad, ¿V. tan conforme?

Callé y comencé á sudar.

– Vamos, conteste V. ¿Es verdad ó no es verdad?

– Sí, señor.

– Pues yo no lo creo; conque será preciso que V. me lo demuestre, porque yo soy como Santo Tomás. ¿V. sabe lo que hizo Santo Tomás?

– Demostrar que en un triángulo rectángulo el cuadrado de la hipote…

Las carcajadas de los profesores me cortaron la frase y me dejaron helado, pues yo creí haber puesto una pica en Flandes.

– Vamos, ¿recuerda V. la demostración?, dijo don Antonio.

Silencio profundo por mi parte.

– ¿No recuerda V. que debe prolongar los dos lados D E y M F hasta que se encuentren? Prolónguelos V.

Yo continuaba mudo

– ¿No le parece á V. necesario trazar una línea desde N por A hasta la base del cuadrado B H F C?

A decir verdad, á mí no me parecía muy necesario, pero lo hice.

– ¿Y después no deberá V. prolongar los dos lados B F ó F C?

Prolongué los dos lados y mi suplicio me pareció mucho más prolongado. Apenas respiraba; ya no podía más.

– Ahora, continuó D. Antonio, la demostración la haría un niño de dos años. ¿No tiene V. nada que decir sobre los triángulos B A C y N A F?

Yo hubiera dicho que me parecían soberanamente antipáticos, pero preferí terminar de una vez mis angustias y dije:

– No tengo nada que decir.

– De manera que esos dos triángulos no valen nada para…

– Para mí entre los dos no valen dos cuartos.

– ¡Bravo!, replicó el profesor. ¿Toma V. así las cosas? ¿Confiesa V. que no sabe una palabra?

– Palabras, sé muchas; pero no sé ninguna sobre el teorema, ni conozco al señor de Pitágoras más que para servirle.

– Puede V. retirarse y ya sabe V. lo que le espera. Veremos si el año que viene pasa V. las horas de clase leyendo novelitas y pintando monigotes mientras yo explico, y si además se entera de que en Geometría el teorema de Pitágoras es el *quis vel qui* del latín. Todos los borricos se atascan aquí.

Salí del aula, y tres ó cuatro condiscípulos que me esperaban y que habían hecho un examen tan brillante como el mío me preguntaron:

– ¿Qué tal?

– Suspenso, contesté pavoneándome con cierto orgullo. Y añadí: Siempre he dicho que las matemáticas no se han hecho para mí; eso se queda para los machacones.

– Claro, exclamó uno de mis émulos.

– ¿Y qué lecciones te han tocado?

– Una sola, como no he respondido á la primera ni siquiera he sacado las otras dos bolas He dicho que no sabía una palabra del teorema de Pitágoras y se acabó el examen. ¡El teorema de Pitágoras! ¿Y á mí qué me importa que el cuadrado de la hipotenusa sea igual… digo, no, equivalente al cuadrado de los catetos?

– Qué cosas tan interesantes nos quieren enseñar los profesores, dijo uno.

– Gracias á que nosotros no queremos aprenderlas, objetó otro sabio del porvenir.

– Y además, añadió un tercero, si son iguales ¿para qué nos lo han de estar contando?

– La verdad es, dije yo resumiendo la cuestión con la prosopopeya de un hombre de gran experiencia, que la educación que nos dan es de lo más deficiente que puede haber. La manera de examinarnos es absurda. Sacar tres lecciones á la suerte, esto es jugar la ciencia como quien juega á la lotería. ¿No puede darse el caso de que uno sepa tres lecciones y deje de saber noventa y siete y le toquen en suerte las tres únicas que sabe? A ese le darán sobresaliente. Y ahora bien, añadí (debo advertir que entonces tenía yo mis pretensiones de orador y que era secretario de la Juventud Escolar), y por el contrario, ¿no puede haber uno que sepa noventa y siete lecciones y deje de saber sólo tres y sean éstas las que le toquen? A este tal le darán suspenso. Así se juzga de la capacidad y de la ciencia La cosa no puede ser más absurda. Si á mí me hubieran salido las tres primeras lecciones tendría yo ahora un sobresaliente como una casa. ¡Yo sobresaliente en Geometría! ¡En lo que más odio!

Mi discurso produjo tal efecto entre mis oyentes, que me entusiasmé y con gran fuerza proseguí mi peroración. Hablé de la libertad de enseñanza, ensalzándola mucho, de los sistemas de educación en Alemania y Francia y de otras mil cosas que si no probaban que supiera yo Geometría, probaban al menos que tenía un desparpajo y una desvergüenza como pocos.

Concluyó mi discurso y llegó la hora de ir á mi casa, después de haber recibido de manos del bedel mi papeleta de examen en la que se veía escrito en gruesos caracteres: «Geometría: Suspenso.»

Mientras me encontré entre mis compañeros me sentí muy valeroso; pero al subir la escalera de mi casa huyó el valor, no me acordé de mis argumentos en pro de la reforma del sistema de enseñanza y pensé en el sermón que iba á regalarme mi padre y en el disgusto que mi madre iba á recibir. Aquel examen tan ignominiosamente perdido tuvo una gran influencia en mi porvenir.

Era aquel el cuarto fracaso que había sufrido en mis estudios, y mi familia decidió que puesto que no quería estudiar debían renunciar á darme una carrera literaria. Además, la posición de mi padre no le permitía sufragar los gastos de una carrera no demostrando yo gran afición al estudio. Era preciso, dada mi edad, que ganara algo, y se decidió que entrara en una casa de comercio.

Era el partido más razonable y práctico que debía tomarse, y no tuve derecho ni fuerza para oponerme á él; pero aún lo recuerdo, aquella decisión me causó una gran pena Mi aversión se extendía á las ciencias matemáticas, pero no á las otras materias de enseñanza. Además gustábame mucho ir á la Universidad, sentía gran afecto á aquellos severos claustros que llenábamos de vida y alegría. Iba á perder aquellas horas en las que con mis amigos referíamos cuentos sentados en un banco, mientras que otros compañeros escuchaban las explicaciones de los profesores

Y todo esto por el maldito teorema de Pitágoras. Si me hubiera salido otra lección hubiera podido salir del paso como en años anteriores.

Durante muchas noches soñé con el maldito teorema. Veía siempre aquel triángulo con sus cuadrados y las letras mayúsculas que parecía se mofaban de mí, diciendo:

– ¡Imbécil, torpe! ¿No sabes que B A C es igual á N A F, A F B N A B igual á D E A B? En mi sueño cambiaban las letras de lugar, combinándose de mil maneras danzaban y bailaban.

La F parecía decirme: te has quedado con un palmo de narices, y la B me gritaba: detrás de mí vienen más compañeras y entre ellas y yo formamos tu nombre: B, u, Bu…; rr, o, rro.

Este sueño llegó á ser mi pesadilla durante muchas noches Veía siempre aquel terrible triángulo rodeado de sus cuadrados

El suplicio no fué constante; que todo acaba en el mundo, como dijo el poeta; y el tiempo con su esponja borró de mi mente aquel recuerdo.

Han pasado muchos años, y hace pocos días se apareció ante mí inopinadamente la malhadada figura del teorema de Pitágoras dibujada en un cuaderno de mi hijo

– Esta es sin duda la maldición de Dios, pensé, que se trasmite de padres á hijos hasta la cuarta generación. ¿Si también á mi pobre hijo le será fatal el teorema de Pitágoras?

Quise averiguarlo, y cuando el niño volvió del colegio le pregunté:

– ¿Habéis llegado ya al teorema de Pitágoras?

– Sí, papá, me respondió.

– Teorema difícil, ¿eh?, añadí.

– ¡Difícil! No, dijo el niño sonriendo.

– ¡Hola! ¿Quieres presumir de listo haciéndome creer que te parece fácil?

– Ya lo creo que me parece.

– Vaya, pues pruébamelo, dije sin saber lo que decía y sin darme cuenta de que no podría enterarme de la prueba.

– En seguida, dijo el chicuelo. Y á las palabras siguieron los hechos.

Cogió una hoja de papel y un lápiz y trazó rápidamente la cabalística figura.

– ¿Qué demostración quieres?, me preguntó.

– La que más te guste, respondí yo, que no sabía ninguna.

– Pues daré la más común, prosiguió mi matemático.

Dicho esto, trazó y prolongó las líneas que D. Antonio me había hecho prolongar hacía ventiséis años, y con gran seguridad me demostró que el triángulo B A C era igual al triángulo N A F, y continuó su demostración.

Cuando hubo terminado dijo el muchacho:

– Ahora si quieres podemos llegar á la misma conclusión por otro camino.

– ¡Por Dios hijo mío!, interrumpí, ya que hemos llegado descansemos de las fatigas del viaje.

– ¡Pero si yo no estoy cansado!

¡No estaba cansado! Indudablemente el chicuelo era un Newton en estado de canuto. ¡Qué hablen ahora del principio de herencia!

– ¿Supongo que en matemáticas serás el primero de la clase?

– No, me respondió; hay tres que están primero que yo. El teorema de Pitágoras es muy fácil; ya sabes que es como el *quis vel qui* todos los borri…

– Sí, le interrumpí, y pensé: después de ventiséis años oigo en boca de mi hijo las mismas frases que había oído á D. Antonio el día memorable de mi examen. Quise salvar el decoro, y dije con seriedad:

– Ya sé todo eso; hablé en broma y por probarte. Cuida mucho de no enfatuarte por tan poco. El teorema de Pitágoras lo sabe todo el mundo menos ..

– Los que no están atentos en clase, y en lugar de escuchar al profesor leen novelas ó pintan monigotes.

– Otro castigo del cielo, pensé.

Mi hijo añadió:

– Hay algunos que no son burros, pero como no atienden…

Me así á aquella tabla de salvación y dije:

– Así es, todos los que no atienden, y añadí: indudablemente yo no debí atender.

– ¿Cómo? ¿tú?, dijo mi hijo queriendo averiguar y sintiendo grandes ganas de reir. ¿Tú?

– ¡Eh, basta!, dije haciendo el serio, no profundicemos.

Como se ve, el teorema de Pitágoras me ha costado una nueva y gravísima humillación y, sin embargo, le tengo cariño; me parece que es algo mío, algo como de mi familia, el teorema de Pitágoras.

RAFAEL M.ª LIERN

LAS GRUTAS DE KOURSK

(RUSIA)

Recientemente se han descubierto en el gobierno ruso de Koursk dos curiosas grutas, una en el distrito de Starookolsk y otra en el de Novooskolsk, practicadas ambas en montañas de greda.

La entrada de la primera se abre á unos treinta *sagenes* (noventa y cuatro metros) sobre el pie de la montaña, y presenta una abertura bastante estrecha que da acceso á un corredor suficientemente ancho para que por él pueda circularse sin dificultad. Otras tres galerías que van á parar á la entrada principal están divididas por varias columnas, y tienen en sus paredes laterales unos nichos en los que cómodamente puede colocarse un hombre. Los muros están adornados con cruces labradas en relieve y con inscripciones hechas al carbón. Una de esas galerías conduce á una capilla subterránea abovedada, en la que se ve una especie de iconostasio y de puerta santa, de la que sólo quedan el pilar de la derecha y un trozo del de la izquierda, todo ello tallado en la greda.

La capilla de la segunda gruta, más vasta y mejor conservada, ostenta seis columnas: una galería lateral conduce desde el corredor principal á una fosa, que debía ser el lugar de sepultura. Contiene la gruta además seis celdas, y cerca de su entrada hay una vieja capilla de madera, que al decir de los ancianos de la comarca se construyó á mediados del siglo anterior.

Algunos creen que esas grutas fueron obra de sectarios fugitivos; otros opinan que datan de la época remota de las incursiones de diversas hordas salvajes en las localidades que hoy constituyen la provincia de Koursk. Mas sea de esto lo que fuere, lo cierto es que se trata de un descubrimiento digno de profundo estudio y de un ejemplar arqueológico bastante raro.

SECCIÓN CIENTÍFICA

LAS CENIZAS GEOLÓGICAS

Al concluir el carnaval, cuando las escayoladas ó enceradas caretas caen y quedan los rostros pálidos ó rosados al descubierto, como última careta del alma que sólo la muerte hace caer en plazo fijo; cuando dominós ó disfraces se desprenden con los jirones que en ellos dejó la desenfrenada orgía, abandonando su puesto á otros disfraces más ó menos ridículos, que la moda prepara para cubrir el terrenal disfraz de la carne; cuando, en suma, el cansancio del placer deja el cuerpo maduro para las tristezas y contriciones de la cuaresma, á todo fiel cristiano le ponen la *ceniza en la frente*, sin que esto quiera decir que no se la pongan, aun con más frecuencia y con mucho más encarnizamiento, en todo el resto del año.

A nuestro viejo y venerable globo pusiéronle la ceniza en toda su redondez desde las primeras épocas geológicas.

¿Qué es la ceniza? Los residuos fijos de la combustión; lo que no se redujo á gas; lo que no se fué por los aires; lo que quedó como frío y triste residuo del alegre hogar, cuando se desvanecieron las flotantes llamas y se apagaron las rojizas ascuas; las pulverulentas cenizas de su cuaresma, como despojo de sus carnavalescos y juguetones resplandores.

Pues esto es, ni más ni menos, casi toda la envolvente de la masa terráquea

Pisamos más que polvo; pisamos ceniza. Aquellas alegres fiestas del planeta hecho fuego, que se iba girando por el espacio como en gigantesco vals, tuvieron un fin y quedó la inmensa superficie del esferoide cubierto de helados residuos; helados decimos con verdad al comparar su temperatura de hoy con la de sus pasados ardores.

Y para que no se crea que estas son comparaciones más ó menos caprichosas, pero sin fundamento serio y positivo, fijemos las ideas y sustituyamos á las imágenes los hechos.

Cuando en el orden de los fenómenos químicos se ponen dos cuerpos en presencia, y entre ambos cuerpos existe lo que hasta aquí se ha llamado afinidad, y las circunstancias son favorables, siempre se precipita uno hacia otro, como si en uno solo quisieran confundirse; es algo así como un amor inorgánico, un deseo de unidad, una boda atómica, de la cual la naturaleza es el gran sacerdote, y el químico, llámese Lavoisier ó Bertelot, lleva en su laboratorio algo parecido al registro civil.

Los dos cuerpos, el carbono y el oxígeno, pongo por caso, andaban sueltos por el espacio en alegre soltería; pero les envolvió la misma esfera de atracción y se precipitaron arrebatados y amorosos para formar una familia, un todo más ó menos estable; que en la química hay también sus adulterios y sus divorcios.

Pero el carbono y el oxígeno al chocar traían grandes velocidades, ó como se dice en mecánica, grandes *fuerzas vivas:* después del choque ambos quedan á pequeñísima distancia uno de otro, formando un grupo permanente que marcha unido, y la curiosidad pregunta: ¿aquellas velocidades, aquellas fuerzas vivas, *qué se hicieron?* Y la pregunta es natural y la curiosidad legítima; que no siempre ha de preguntarse con Jorge-Manrique: ¿los infantes de Aragón, qué se hicieron?

Yo creo, á fuer de hombre del siglo XIX, que con tanta razón puede preguntarse por las fuerzas vivas de dos átomos, como por los *paramentos, bordaduras* y *cimeras* de que nos habla el inmortal poeta.

Y penetrado de este mi derecho, sigo preguntando á los espacios intermoleculares y á las leyes de la química y á todo el que lo sepa ó lo sospeche, por el paradero de las mencionadas *fuerzas vivas* ó de las supuestas *velocidades*.

La termo-química contesta que esas velocidades ó fuerzas vivas se convierten en calórico; que en *casi todas* las combinaciones químicas hay desprendimiento de calor; que en estos consorcios inorgánicos, como en todas las bodas de plantas y animales, la *temperatura* se *eleva* Se unen dos seres, un galán y una dama, ó dos flores de distinto sexo, ó un modesto *pistilo* y un gallardo *estambre*, ó un átomo de carbono y otro de oxígeno, y el termómetro sube, como diciéndonos: «gran fiesta, la unidad suprema se realiza, la variedad egoísta cede á misteriosa atracción, el amor triunfa, bodas tenemos.»

Pero la comparación que empezó alegre, acaba triste; porque realizada la unión química, desvanecido el calórico, lo que queda es precisamente *ceniza;* algo ya saciado é inerte, sin energía potencial, sin germen de nueva vida, á no ser que nuevas atracciones químicas le soliciten. En cuyo caso tendremos la repetición compleja del fenómeno simple que antes analizamos; por ejemplo: el carbono y el oxígeno formando ya ácido carbónico, se podrán unir á la *cal*, y resultará *carbonato de cal; ceniza de cenizas*, residuo de grandes potenciales caloríficas, un esqueleto que olas y vientos reducirán á polvo en los acantilados de las costas bravas.

Toda la corteza sólida del globo no es otra cosa que lo que ha quedado después de grandes evoluciones químicas y de grandes maridajes, divorcios, nuevas uniones, luchas y catástrofes más formidables que las que nos pintan todos los trágicos y dramáticos del ciclo clásico ó del mundo moderno.

Hoy el químico en su gabinete, como el autor dramático y el actor en el escenario de un teatro, reproducen en mezquina escala aquellas luchas de atracciones y repulsiones atómicas, que son en cierto modo como las rígidas y reglamentadas pasiones de la materia inerte.

Por ejemplo: el químico toma un pedazo de roca caliza, la tritura y la arroja en un vaso. Aquella roca entera ó desmenuzada, ¿qué es en sí misma? Un maridaje químico, un consorcio del *ácido carbónico* con la *cal* (ú óxido de calcio). Si la comparación no pareciese á ciertos lectores serios y estirados sobradamente extravagante, diríamos que la caliza en cuestión no era otra cosa que el matrimonio atómico de un esposo respetable y respetado, es decir, el *ácido carbónico*, con una señora digna de toda consideración que no responde al nombre de *cal*, pero que *cal* se llama, como pudiera llamarse Paz, Sol ó Luz. Esta unión del ácido carbónico y de la cal se apellida por la unión de los nombres de ambos cónyuges *carbonato de cal*.

La unión es íntima, profunda y al parecer feliz, si hay felicidades en el mundo imperceptible de las moléculas y de los átomos.

Pero el químico, á manera de diablo tentador, arroja *ácido sulfúrico*, que vulgarmente se llama vitriolo, sobre el carbonato, y ¡adiós paz, tranquilidad y constante unión!

El *ácido sulfúrico* es una especie de don Juan Tenorio, bravo, impetuoso, de fuerza incontrastable, apasionado de todas las *bases*, que es como si dijéramos de todas las *damas* de la Química. Nada respeta, ni nada le contiene; destruye, abraza, pincha, muerde; ni el héroe del inmortal Zorrilla hizo mayor estrago en el mundo de los humanos de ambos sexos con sus pasiones y su tizona.

Llegar el ácido sulfúrico á ponerse al alcance del carbonato de cal y empezar la tragedia y el adulterio, todo es uno. ¡Y luego hay pobres diablos que se quejan de ciertos argumentos!

Ello es, que el fogoso galán destruye implacable la unión de don *ácido carbónico* con doña *cal*. Arroja ignominiosamente al pobre ácido carbónico, que se va echando espumarajos de rabia por los aires, y se apodera con irresistible pasión de la pobre y débil esposa. Escena final de esta tragedia: el ácido carbónico, que se evapora, como debiera evaporarse todo esposo que en idéntica situación se encuentre; y he aquí cómo á veces los sères inorgánicos dan muestras de prudencia suma y de exquisito tacto

Esto por una parte, y por otra el ácido sulfúrico y la cal, que se unen estrechamente formando un nuevo consorcio, el *sulfato de cal;* unión que por sus especiales condiciones siempre me pareció menos legítima que la precedente

¿Pero cómo pudo desalojar el ácido sulfúrico al ácido carbónico de su íntima unión con la cal? ¿Por qué esta *base* prefirió el intruso galán al esposo legítimo que en el seno de las evoluciones geológicas le deparó el destino?

¡Oh ley suprema de la naturaleza! ¡Oh unidad eterna de las grandes leyes! ¡Cuántas que parecen comparaciones, imágenes, metáforas, juegos de la imaginación, analogías artificiosas, caprichosas combinaciones, serán tal vez íntimas y profundas verdades de *esencia única* con apariencias y vestiduras diversas!

Ello es que la *cal*, la dama de nuestro ejemplo, la desposada con el ácido carbónico, prefiere á éste el ácido sulfúrico por esta razón suprema de la termoquímica; á saber: porque su unión con el último desarrolla más calor que con el primero.

El galán, en forma de vitriolo, tiene más potencia calorífica que el gaseoso y legítimo esposo.

Toda unión química que desarrolla *mayor número de calorías*, por regla general se realiza, aunque provoque catástrofes, rupturas y escándalos efervescentes. Toda unión que desarrolle *menor número de calorías* se deshace sin respeto á la tradición geológica.

¿Por ventura esta ley de la química está encerrada en los frascos y retortas de un laboratorio? No lo parece; más bien se diría que se escapó del poder de Fausto y que anda desatada por el mundo.

En resumen, la costra de nuestro planeta es un montón de cenizas.

Ceniza, el carbonato de cal; cenizas, las arcillas que constituyen inmensas formaciones geológicas; ceniza, el hierro que casi siempre se presenta oxidado, como producto de una combustión; cenizas, casi todos los metales, que ya se encuentran unidos al oxígeno, ya en otras combinaciones más ó menos complicadas.

Toda la industria no hace otra cosa *que animar, que resucitar*, diríamos mejor, estas frías é impotentes cenizas prehistóricas por la fuerza fecunda del *calor*, que es algo así como el instinto amoroso de la materia inerte.

JOSÉ ECHEGARAY

* * *

NAVEGACIÓN Á LA VELA

¿Qué es la navegación á la vela? Según Muchall Viebrook, autor de la excelente obra *Seglers Handbuch*, es el arte de mover un barco utilizando el viento, y no sólo en la dirección de éste, sino también en una línea que forme con ella un ángulo más ó menos abierto. Esta definición tiene un ligero defecto: navegar con viento de popa por medio de una ó más velas no es en rigor un arte; el arte comienza propiamente cuando se quiere navegar en una línea que forma ángulo con la dirección del viento, siendo mayores las dificultades cuanto más agudo es este ángulo.

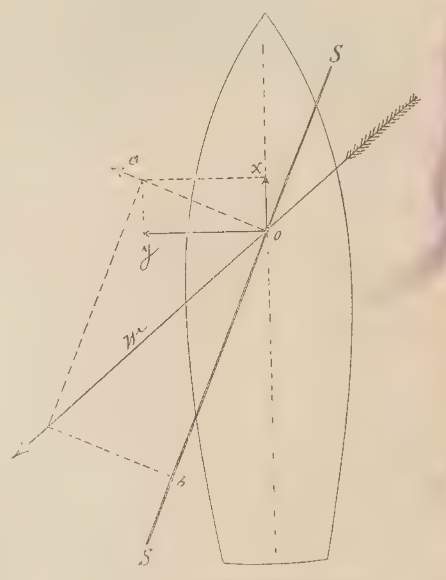


Fig. 1. Barco de vela navegando con viento contrario

Veamos de qué medios se ha valido el hombre para haber llegado á navegar en todas direcciones, excepción hecha de la enteramente opuesta al viento. Para ello hemos de explicar la acción que éste ejerce sobre la superficie del velamen.

La fig. 1 representa un yacht que navega con viento contrario: la flecha W indica la dirección del viento, y la línea S la posición de la vela. La fuerza del viento que formando ángulo obra sobre el punto *o* de la vela puede descomponerse, según acertadamente indica Viebrook, por la ley del paralelogramo de las fuerzas, en la fuerza *o a*, que obra en ángulo recto sobre la vela, y en la *o b*, que se desliza á lo largo de ésta y no ejerce acción sobre ella La fuerza *o a*, á su vez, se descompone en la fuerza *o x*, que impulsa al barco hacia adelante y en la *o y*, que forma ángulo recto con la anterior y empuja hacia un lado la embarcación. «Como la resistencia opuesta al avance – dice Muchall – es mucho menor que la lateral, el abatimiento (ó sea el movimiento lateral) será pequeño en



Fig. 2. Yacht de regatas inglés

proporción del avance y disminuirá á medida que aumente la resistencia lateral producida por la presión del agua sobre la parte sumergida de la nave.

En estas líneas está todo el secreto de la navegación á la vela con viento contrario; bien entendido que navegar así, sólo es posible cuando la resistencia del barco al abatimiento es mayor que la que encuentran las busardas para cortar el agua. Así se explica que las canoas de quilla plana y sin carga sólo puedan navegar viento en popa, y que los barcos estrechos y de mucho calado naveguen más fácilmente en una dirección en que el viento forme con la quilla el ángulo más agudo posible Esto último debe entenderse dentro de ciertos límites, pues con el calado aumenta la resistencia del agua al avance, además de que el gran calado es peligroso en muchas costas de poco fondo.

Para que los barcos de quilla plana puedan navegar en aguas profundas con viento contrario, se ha inventado lo que se llama *espada*, ó sean dos tablas que se colocan á los lados de la embarcación y de las cuales se deja caer al agua la que está á sotavento, merced á lo que se aumenta la resistencia lateral y se disminuye algo el abatimiento Otra espada más perfecta consiste en una tabla recia proporcionada á las dimensiones de la nave ó en una plancha de hoja de lata que por una hendidura especial se hace descender hasta la quilla cuando el barco ha de oponer una gran resistencia al abatimiento; para evitar que el agua penetre por esta rendija, hay construída sobre ella lo que se llama la caja de la espada, que llega hasta más arriba de la línea de flotación y en la cual va contenido aquel aparato supletorio.

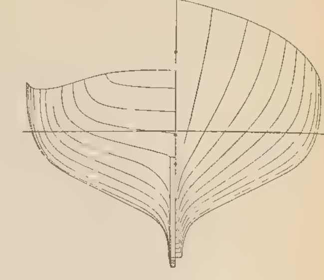
Recientemente, comprendiendo la conveniencia de construir barcos que viniesen á ser el término medio entre los de quilla plana y anchos y los de gran calado y estrechos, se ha creado el tipo medio, que es el que hoy prevalece para los yachts de regatas: como modelos en este género podemos citar el *Wannsee* (figura 3) y el *Ostsee*, cuyas costillas reproduce la fig. 4, en la que las líneas de la derecha representan la posición de las costillas de la proa y las de la izquierda las de la popa. El *Ostsee*, á pesar de todo, lleva su espada, que utiliza poco porque su calado es bastante grande.

La propiedad de navegar con viento contrario aparece sobre todo en los barcos provistos de cangrejas, cuya posición normal es paralela á la quilla, y que son, para lograr aquel objeto, mucho más útiles que las velas cuadradas ó trapezoidales. La forma y posición de las cangrejas puede verse en la fig. 3: el mástil se alza en un tercio de la eslora; detrás de él se ve la vela mayor trapezoidal, y en la prolongación del mástil, ó sea en la verga, la gavia, trapezoidal también. Delante del mástil hay una pequeña vela triangular, la vela de mesana, y otra mayor, el foque Suelen además estas embarcaciones llevar otras velas complementarias.

La fig. 5 representa la posición de la vela mayor en un yacht en las distintas direcciones del viento; las minúsculas y las flechas indican la dirección del viento y las mayúsculas la posición de la vela. Si el viento sopla en dirección *a*, la vela se coloca en la posición A y el barco navega contra viento y lo más cerca posible de la dirección de éste; y si el yacht ha de ir al punto mismo de donde el viento viene, avanza en zigzag acercándose á cada bordada más á la meta. Cuando el viento sopla en *b* se dice que el barco anda á medio viento y la vela se coloca en B: con tres cuartos de viento, es decir, cuando éste sopla en *c*, la vela se pone en C, y si el viento es de popa, *d*, la vela forma con la quilla un ángulo de 90 grados. Este último modo de navegar no es, como generalmente se cree, el mejor, puesto que la presión del viento sobre la vela y sobre el mástil hunde la proa y dificulta el avance, y además, las velas bajas no toman viento alguno. La mayor rapidez se logra con tres cuartos de viento, y casi igual se obtiene con medio viento. La navegación más lenta es, como se comprenderá, la que se hace contra viento.

Para evitar los peligros á que está expuesto un barco que navega á sotavento (peligros que se comprenden con sólo tener en cuenta la presión que el viento ejerce sobre los costados de la nave); es decir, para lograr la estabilidad del barco, los buques mercantes tienen la carga ó el lastre, que se coloca en lo más hondo de los mismos: los barcos de recreo apelan para ello al lastre artificial permanente, y como la arena, la piedra y el agua tienen menos peso específico de lo que aquéllos necesitan y ocupan demasiado espacio, emplean para ello las barras de plomo colocadas, no dentro del barco, sino debajo de la quilla, con lo que es imposible que puedan ser tumbados.

Pero con este sistema se hace indispensable que las embarcaciones no puedan hacer agua, pues de lo contrario el peso de la quilla precipitaría la inmersión; para ello se colocan debajo de cubierta y de los bancos cajones de aire, calculados de modo que sean bastantes á sostener el barco y la tripulación aunque aquél se llene de agua. En los barcos grandes ó muy cargados, en los cuales los cajones serían imposibles por su excesivo volumen, se logra el mismo objeto cerrando la cubierta y dejando solo un espacio aislado del resto de la obra para los tripulantes; espacio calculado de manera que aunque se llene de agua, el peso de ésta no influya en la estabilidad del barco.



Fig, 4. Posición de las costillas de proa y de popa del yacht *Ostsee*

El peso del lastre ha de estar en relación con el tamaño del barco, con su estructura y con la superficie del velamen: así las embarcaciones estrechas y de mucho calado necesitan más lastre que las anchas y planas.

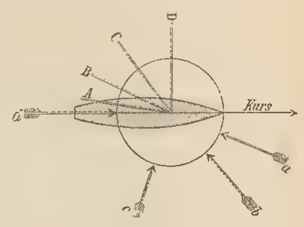


Fig. 5. Distintas posiciones de la vela mayor según la dirección del viento

Los yachts de regatas llevan, en proporción á la parte sumergida, doble y aun triple velamen que los mercantes de iguales dimensiones, de suerte que por poca brisa que sople corren mucho; en cambio han de tomar rizos más pronto en cuanto el viento arrecia algo. En este caso se empieza por arriar el perroquete y la vela del estay, y si esto no basta, se quita una vela baja ó se sustituyen las grandes velas bajas por pequeñas y al propio tiempo se disminuye la superficie de la vela mayor en proporción á la fuerza del viento y á la estabilidad del barco.

Esto que en los buques que cruzan el mar se obtiene por medio de los rizos, se logra en los yachts destinados á la navegación fluvial por un procedimiento menos seguro, pero más práctico y rápido, que consiste en estar la vela de tal manera unida al mástil, que dando vueltas á éste con un aparato especial, aquélla se va plegando en la medida que se quiere La fig. 2 representa arrollada de esta suerte la vela. Si el viento se hace tempestuoso, se sustituye la vela baja por un contrafoque y la mayor por una vela pequeña triangular ó cuadrangular.

El difícil arte de navegar á la vela no se aprende en los libros, sino con la práctica y la costumbre, y sólo á fuerza de viajes puede enriquecerse el caudal de conocimientos en esta materia. Lo más difícil es navegar muy contra viento, sobre todo cuando se trata de *ganar altura*, es decir, de llegar á un punto de donde el viento viene: el arte consiste entonces por un lado en dirigir el timón de modo que las velas permanezcan llenas, que no relinguen, lo que acontece cuando el timonel estrecha demasiado el ángulo que forman la quilla y la dirección del viento; y por otro en aprovechar todos los impulsos de la brisa para disminuir este ángulo y aproximarse de este modo al punto hacia donde el barco se encamina.

(De la Revista alemana *Prometheus.*)

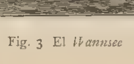


Fig. 3 El *Wannsee*



TODA UNA JUVENTUD

POR

FRANCISCO COPEE

Ilustraciones de Emilio Bayard - Grabado de Huyot

(CONTINUACIÓN)

El «hermoso primer papel» en el curso de la obra debe llevar todavía á cabo cierto número de acciones sublimes, arengar á la multitud desde lo alto de una escalera practicable, insultar cara á cara á un poderoso monarca y arrojarse, siempre con botas de campana, en las llamas de un incendio. El ideal sería que pudiese descubrir América como Cristóbal Colón, ganar batallas campales como Bonaparte y morir en la Cruz como Jesucristo; pero lo esencial es que no abandone casi nunca la escena, que hable continuamente, y que la obra sea una especie de monólogo en cinco actos.

El papel de viejo trabajador ofrecido por Amadeo á Jocquelet, sólo obtuvo de éste, en la primera lectura, una mueca de descontento. No obstante, el actor concluyó por reconciliarse con el personaje, le estudió, le *ahondó*, valiéndonos de su expresión, y un día llegó acalorado á casa de Violette:

– Creo que ya he cogido á mi buen hombre, – exclamó. – Le vestiré con un chaleco de tricot, manchado y roto, y una blusa azul muy sucia. Porque representa un viejo conejo de mucho pelo, ¿no es así?... Pues bien: en la escena del acto tercero, cuando le dicen que su hijo es un ladrón y él desafía á todo el obrador, al batirse se abrirán sus ropas, inclusa la camisa, y como yo no soy velludo, me pegaré crepé gris en la boca del estómago... ¡Ya verás qué efecto!

Reservándose el disuadir á Jocquelet de ensuciarse el pecho para tiempo oportuno, Amadeo ha llevado su manuscrito al director del Teatro Francés, que le ha pedido algún tiempo para examinarle, prometiendo al joven poeta que le dirá en seguida si se compromete ó no á leer la obra al comité.

Amadeo, pues, está lleno de ansiedad, aunque Mauricio Roger, que conoce la obra acto por acto, le haya predicho que será recibida con entusiasmo.

Desde hace un año el hermoso Mauricio se halla instalado en un estudio de la calle de Assas, y hace alegre vida. ¿Trabaja? Alguna vez, por capricho, como voluptuoso que es; y aunque apenas están indicados y aun cuando los abandona al primer acceso de pereza, sus bocetos no carecen de encanto, haciendo más notoria la única preocupación del ardiente joven, que es ¡la mujer, siempre la mujer!, pero no en su desnudez completa y sin indecencia, como tratan de reproducirla fiel y concienzudamente, con sus defectos y hasta con sus fealdades, los estudiosos aprendices del arte. Por el contrario, al mirar los estudios de Mauricio, se comprende que ha deseado á sus modelos. Su pincel libertino sólo presenta á la mujer medio desnuda, provocativa, pronta al amor.

Si llega á tener talento pictórico, tratará de reproducir el desorden de un atavío amoroso, apenas velando un seno juvenil: será el Fragonard moderno.

Entretanto, uno de los grandes placeres del oficio es para el sensual Mauricio el ver desfilar delante de él todos aquellos hermosos cuerpos á diez francos por sesión.

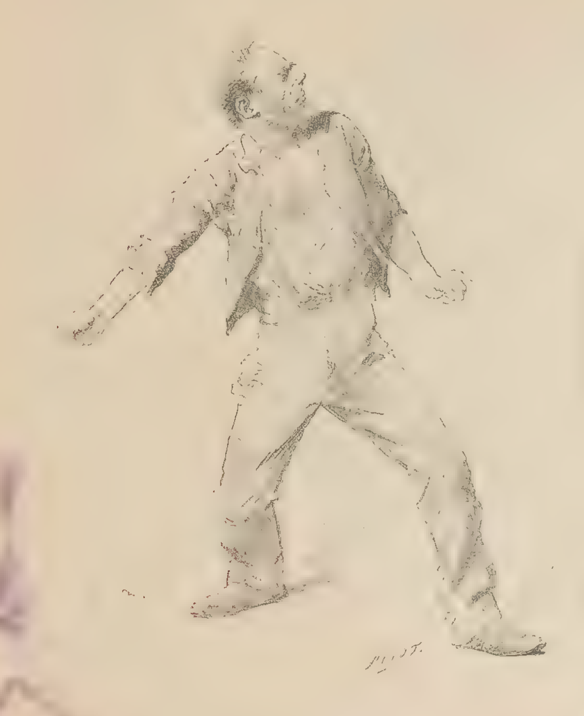
No desea á ninguna de aquellas muchachas: se ha vuelto difícil, hasta el punto de que cuando se desnudan tiene que disimular un gesto de disgusto al ver los tacones torcidos de las botas ó los corsés de cretona gris. Lo que le basta y satisface es el tener á su lado sobre la mesa de modelos el cuerpo desnudo y la carne viva. Con la paleta en la mano, habla con la modelo, le recita historias entretenidas, y hace que ella le cuente sus cuitas y sus humildes amores. Cuando vienen á verle sus amigos, lo cual sucede con frecuencia, notan éstos al entrar que la modelo se esconde detrás de un tapiz, poniéndose precipitadamente la camisa; pero la llaman, vuelve á presentarse, y suele fumar cigarrillos de Levante en amable compañía.

Amadeo, siempre algo turbado cuando la modelo le pide fuego, generalmente pasa en el estudio ó en la habitación de Mauricio todas las tardes de los días de fiesta.

Allí suele encontrar á Arturo Papillón, que prepara su carrera de política, defendiendo procesos por delitos de imprenta. Aun cuando en el fondo es un liberal muy moderado, aquel joven de correctas patillas defiende á los barbudos más republicanos, si es que lo que él hace merece el nombre de defensa; pues lo cierto es que, merced á los violentos ataques contra el gobierno que el abogado introduce siempre en sus discursos, los acusados suelen ser obsequiados con el máximum de la pena; siendo lo más raro que los mismos condenados están contentísimos de su defensor, pues entre los irreconciliables, una condena política es un título de gloria muy solicitado y por otra parte muy fácil de obtener. Están convencidos de que los tiempos se aproximan, y de que van á derribar el Imperio, sin pensar ¡ay! en que para esto serán precisas un millón y doscientas mil bayonetas alemanas. Al siguiente día del triunfo se les tendrá en cuenta indudablemente sus meses de prisión, esto aparte de que Santa

Pelagia no es *carcere duro*. Papillón, que es hábil y quiere tener un pie en todos los partidos, va á almorzar un día á la semana en compañía de los que le deben su estancia en aquel encierro poco riguroso, y lleva generalmente una langosta como obsequio al prisionero.

Pablo Sillery, que se ha hecho amigo de Mauricio, pasa también muchos



ratos en el estudio de éste. El amable bohemio no ha pagado aún su cuenta al tío Lebufle; pero se ha cortado al rape la cabellera, y publica todos los sábados en un periódico elegante crónicas que rebosan mucha chispa y gracia, lo cual, por supuesto, no lo perdonan en el café de Sevilla, en donde los melenudos reniegan de aquel traidor que se ha pasado al enemigo y sólo es un repugnante y fétido burgués. Si la inquisición de los poetas pudiera hacer ejecutar sus sentencias, Pablo Sillery sería inmediatamente vestido con el «sambenito,» azotado y quemado vivo, ni más ni menos que un judío relapso.

Pablo Sillery no se preocupa de ello, y de vez en cuando se presenta descaradamente en «Sevilla» y obsequia á los miembros del Santo Oficio con una ronda de copas que paga con el dinero de su deshonor.

Algunas veces también se deja ver en casa de Mauricio la cara afeitada de Jocquelet; pero sus visitas no son muy frecuentes, porque el hombre está sumamente ocupado y ha adquirido verdadera celebridad. En los escaparates de los fotógrafos su audaz nariz, reproducida en todas las posturas, de frente, escorzada, de perfil, figura al lado de los clichés más en boga, como por ejemplo, el rostro paternal y venerable del papa Pío IX, ó las piernas internacionales de Mlle. Ketty, la majestuosa hada de calzón de malla de las comedias del Chatelet. Los periódicos citan todos los días el nombre de Jocquelet, tratándole de simpático y eminente, y dedicando largos artículos á su gloria de artista: en ellos ensalzan su gran corazón y refieren de él anécdotas enternecedoras, diciendo que cuida á su anciana tía como el mejor de los hijos pudiera hacerlo con su madre, que reparte limosnas y que una noche recogió á un perro perdido. Un artista como él, que ha sacado á todo el repertorio cómico del olvido en que se le tenía y que protege personalmente á Molière, no tiene tiempo de ver á sus amigos: es natural. Sin embargo de esto, honra con breves visitas á Mauricio Roger: el tiempo preciso para hacer temblar con su terrible voz los cacharros y chucherías del aparador, y sobre todo para contar que la víspera, en el salón de descanso de la Comedia, vestido aún con la capa rayada de Scapin, se dignó recibir con la mas fría dignidad los cumplimientos de una Alteza Real; ó bien que una persona de la alta sociedad, «sí, hijos míos, una mujer de elevado rango,» se muere de amor por él desde hace seis meses, en el fondo del proscenio n.° 6 Dicho lo cual abandona el estudio con no poca satisfacción de los asiduos concurrentes á éste

Amadeo se divierte en el estudio del pintor aficionado, adonde van á charlar artistas alegres y de talento. Allí se ríe y se bromea, y este descanso del domingo es el más agradable entretenimiento para el laborioso poeta. Amadeo lo prolonga todo lo posible, y cuando se quedan solos los dos amigos, tendidos en los almohadones del diván turco, hablan con el corazón en la mano de sus deseos, ambiciones y sueños de porvenir.

Sin embargo, Amadeo tiene un secreto para Mauricio, nunca le ha dicho que ama á María Gerard. A su vuelta de Italia el viajero preguntó varias veces por aquellas señoras, lamentando cortésmente su infortunio y enviándoles memorias por medio de Violette. Pero habiéndose éste mostrado altamente reservado en sus respuestas, Mauricio no ha vuelto á mentarlas en sus conversaciones. ¿Es esto olvido? Después de todo, apenas conoce á las señoras Gerard; pero á Amadeo no le disgusta el no tener que hablar de ellas, y cuando la linda María le pregunta por Mauricio, responde siempre con cierto desagrado hijo de los celos.

Pero la encantadora María acaba por no interrogarle sobre este particular y se muestra triste, nerviosa y pensativa. Porque al presente, en casa de las señoras Gerard, sólo se ocupan de una cosa, siempre la misma, del vulgar y cruel cuidado de procurarse la subsistencia, pues desde hace algún tiempo vanse deslizando poco á poco por la escalera de la miseria. Ganar con lecciones de piano y una caja de pinturas lo necesario para mantener tres bocas, no es posible, ó por lo menos dura poco. Luisa tiene menos discípulas, el tío Issacar ha disminuído sus encargos, y mamá Gerard, que es ya una anciana, se ve precisada á redoblar sus esfuerzos económicos, á pesar de lo cual no logra que los ingresos cubran los gastos. Amadeo nota todo esto y sufre mucho, aunque las pobres mujeres tienen orgullo y se quejan lo menos posible; pero la decadencia de la casa, siempre de suyo modesta, se manifiesta por muchas señales. Han vendido en un día de extrema necesidad dos buenos grabados, último recuerdo del padre, y el sitio de la pared que aquéllos ocupaban, en donde el papel está menos deteriorado que en el resto de la pieza, parece conservar una sombra, un espectro de los caros objetos desaparecidos. Los trajes de luto de mamá Gerard y de sus hijas van tomando un tinte verdoso que denota su vejez, y Amadeo, cuando va á comer á aquella casa los domingos, en vez del pastel tradicional lleva una empanada que á veces constituye toda la comida. Ya no queda en la cueva ni una sola botella, y los comensales tienen que beber vino de taberna.

Cada nuevo detalle que le hace comprender la creciente estrechez de sus amigas, entristece al sensible poeta. En una ocasión en que cobró doscientas pesetas, producto de un trabajo literario, llamó aparte á la pobre madre y la obligó á aceptar la mitad de esa suma. La desgraciada anciana, temblando de emoción y llenos de lágrimas los ojos, le confesó que la víspera habían tenido que empeñar el reloj de pared, único que había en la casa, para pagar á la lavandera.

¿Qué hacer para sacarlas de aquel mal paso, para crearles una existencia menos dolorosa? ¡Ah! Si María quisiera se casarían en seguida, sin más gasto que el de un vestido blanco, como hacen los pobres, y todos vivirían juntos. Las dos mil cuatrocientas pesetas que él tiene de sueldo, algún billete de mil que suelen proporcionarle sus trabajos extraordinarios y lo que ganara Luisa dando lecciones, constituirían un ingreso seguro y casi suficiente. Además procuraría colocar sus originales, trabajaría mucho, y en fin, ya se arreglarían para pasarlo lo menos mal posible. Cierto que sería muy grave tomar á su cargo toda la familia: podía además tener hijos; ¿pero por ventura no contaba con un comienzo de reputación y con un hermoso porvenir? Si su comedia se representaba, lo que era muy posible, y tenía éxito, todos estaban salvados. ¡Oh, qué dulce hogar, qué hermosa vida de familia la suya si tal caso llegaba! Sí, si María le quiere un poco, como él se obstina en esperar, y se siente con fuerza para estar á todas las contingencias, ésta es la mejor solución posible.

Exaltado por este proyecto, Amadeo se decide á someterlo á la aprobación de la excelente Luisa, en quien tiene entera confianza, y á la que considera como la bondad y la razón personificadas. Todos los martes, á las seis de la tarde, la joven sale del colegio de señoritas de la calle Rochechouart, en donde enseña solfeo; allí va á esperarla Amadeo. Por fin la ve acercarse. ¡Pobre Luisa! Su traje es lamentable, y ¡qué mala cara, qué aspecto de tristeza y de desaliento!

–¿Tú aquí?, – dice Luisa sonriendo bondadosamente cuando él le sale al encuentro.

–Sí, querida Luisa. Toma mi brazo. Y permíteme que te acompañe un poco. Hablaremos andando. Tengo una cosa muy seria que decirte confidencialmente, un consejo importante que pedirte...

Y empieza á hablarle de su proyecto. El poeta le recuerda su infancia y sus juegos, allá abajo en la calle de Nuestra Señora de los Campos. Desde entonces, desde aquel lejano pasado. siéntese hechizado por la pequeña María, y desde joven comprendió que amaba á la encantadora criatura. Siempre ha alimentado la esperanza de inspirarle un sentimiento de ternura, el deseo de unirse un día á él. No ha hablado antes por causa de su pobreza, pero siempre la ha amado, la ama y á nadie amará más que á ella. Luego explica sus proyectos en términos sencillos y conmovedores: será el hijo de la señora Gerard, el hermano de su querida Luisa, y la unión de estas dos pobrezas constituirá casi el bienestar. ¿No es esto sencillo y razonable? Está seguro de que Luisa, modelo de jóvenes juiciosas y verdadero jefe de la familia. aprueba sus planes.

Pero en tanto que él habla, Luisa baja la cabeza y mira al suelo, y Amadeo no nota que la infeliz está temblando. ¡Ciego, ciego Amadeo! No lo has visto, no lo verás nunca; pero Luisa es la que te ama... ¡oh! sin esperanza. Sabe demasiado que tiene más edad que tú, que no es bonita, que siempre la considerarás como á la hermana mayor de adopción que en otro tiempo te señalaba con su aguja las letras del alfabeto. Luisa ha adivinado años ha tu amor á María, y aunque ha sufrido mucho se ha resignado á ello. De todo corazón desea servirte; pero esta confesión que le haces, el nombre de María que murmuras á su oído con acento tan apasionado, ese sueño de ventura en que, en tu sencillo egoísmo, sólo le reservas el papel de soltcrona que educará á tus hijos, casi de una criada... ¡Cuán cruel es todo esto!

(Continuará)

NUESTROS GRABADOS

El Padre Piquer.—Marte, estatuas de D. José Alcoverro.—Este notable escultor catalán, discípulo del insigne D. José Piquer, heredó de su maestro las raras dotes que tan justo renombre le han conquistado y tan merecidas recompensas le han valido en su carrera artística. Muy joven todavía, obtuvo en 1866 una medalla de tercera clase por su *Ismael desmayado de sed en el desierto de Betsabet*, obra que fué adquirida para el Museo Nacional; otra distinción igual consiguió en 1881 por su grupo en yeso *El primer lazo de amor*. Posteriormente ha logrado otros premios, siendo el último la medalla de segunda clase que el jurado de la última Exposición Nacional le otorgó por su *Marte*, que reproducimos. Esta estatua, de estilo completamente clásico, está modelada con una valentía digna del mayor aplauso, y con una verdad que demuestra un estudio profundo del desnudo y no pocos conocimientos anatómicos, tan necesarios en los que profesan el arte escultórico.

Su estatua del *Padre Piquer*, premiada en concurso y muy elogiada por la Academia de San Fernando, presenta, aunque en otro género, bellezas superiores, si cabe, á las que en el *Marte* se admiran, mereciendo señalarse entre ellas la dulce expresión del venerable sacerdote, la actitud reposada y natural en extremo de su simpática figura, y sobre todo la factura del manteo que, recogido debajo del brazo, cae en holgados pliegues que dan á la escultura un carácter grandioso.

Esta estatua ha sido admirablemente fundida en los acreditados talleres de D. Federico Masriera y compañía, de esta ciudad, y está destinada al edificio de la Caja de Ahorros de Madrid, de la que fué fundador el Padre Piquer.

Elena, cuadro de Conrado Kiesel.—En presencia de esta bellísima obra del reputado pintor alemán, se ocurre preguntar qué cosa ó qué feliz mortal habrán podido hacer sonreir de un modo tan encantador á esa divina criatura. Y siendo, como parece ser, la pintura un retrato, no podémos menos de exclamar: ¡feliz el artista á quien ha sido dado estudiar ese rostro, conjunto de perfecciones, y feliz también la dama cuya belleza ha tenido tan insigne intérprete!

Elena viene á enriquecer la notable colección de mujeres hermosas que se ha propuesto formar el afamado artista y alguno de cuyos ejemplares son ya conocidos de nuestros lectores.

El pequeño egoísta, cuadro de J. Dvorak.—Fueron dos en cogerla, quizás el cuadrumano solo alcanzó la codiciada manzana que, como dorada mancha, se ostentaba en lo más alto del árbol; sin embargo, solamente uno la saborea, mientras el verdadero socio industrial podrá darse por muy satisfecho si logra hincar el diente en el corazón del apetecido fruto despreciado por su egoísta compañero

El nombre de Dvorak es bastante conocido de nuestros lectores para que nos entretengamos en encomiar la obra debida á su pincel que hoy reproducimos. *El pequeño egoísta* puede calificarse de capricho, y en él se admiran la finura de líneas, la suavidad de tonos, la gracia especial con que pinta los niños; en suma, las cualidades que tantas veces hemos encomiado en el autor de *¡Sangre! ¡Buena presa! Coqueterla* y otros cuadros publicados en esta ILUSTRACIÓN.

En las dunas de Katwyk, estudio del natural de Juan Bartels.—En la costa occidental de Holanda existe la aldea de Katwyk, muy frecuentada por los holandeses durante la temporada de los baños de mar, y próxima á la cual desemboca, en el Mar del Norte, uno de los varios brazos en que se divide el Rhin al término de su curso.

De las dunas que se extienden en las cercanías de Katwyk está tomado el estudio del natural de J. Bartels, que da perfecta idea de aquellos tristes y solitarios sitios, animados en la pintura del artista alemán por la presencia de una gentil aldeana que rompe la monotonía del paisaje.

Pescadores de maderos en el lago de Constanza, cuadro de J. Wopfner.—Valiente en sus composiciones y vigoroso en el modo de ejecutarlas, Wopfner cuenta por el número de sus obras el de sus triunfos. El último que ha obtenido lo ha logrado en la Exposición anual de obras de Arte de todas las naciones que actualmente se celebra en Munich, cuyo jurado ha concedido un premio á sus *Pescadores de maderos en el lago de Constanza*. Cualquiera que se fije en lo bien tratados que están los menores detalles del cuadro, tales como las aguas del lago, que cuando las azota el viento Noroeste toman el imponente aspecto de un mar borrascoso, la frágil embarcación combatida por las olas, los atrevidos tripulantes dedicados á la pesca de maderos que la tempestad ha arrancado de la muralla ó ha arrebatado á algún buque, el encapotado cielo, etc., etc., habrá de reconocer que la recompensa alcanzada por el artista bávaro es perfectamente merecida.

Toledo. Puerta del claustro en el Museo. San Juan de los Reyes.—Entre los más bellos monumentos que encierra la imperial ciudad, figura el templo de San Juan de los Reyes, que la piedad de los Monarcas Católicos elevó, según se cree, en cumplimiento de un voto por haber vencido á los portugueses en la batalla de Toro. Innumerables son las bellezas allí acumuladas por los más hábiles artífices del siglo XV; pero el claustro es, sin disputa, la que entre todas se lleva la palma: las bóvedas del mismo, cruzadas de aristas salientes, forman graciosos arcos cuyos pilares están materialmente cuajados de prolijas labores primorosamente ejecutadas.

Como muestra del valor artístico de esta parte del edificio, véase la puerta que reproducimos, hermoso ejemplar del estilo ojival florido, que tan admirables obras produjo en nuestra patria.

El templo de San Juan de los Reyes fué saqueado é incendiado por las tropas francesas en 1809, pereciendo en el incendio otro claustro, el muro meridional del que nos ocupa y la rica librería con multitud de códices de gran estima.

Bethlem. La ciudad de Bethlem está situada sobre una alta colina que, formando bancales cubiertos de viñedos y olivares, desciende hasta los profundos valles que la rodean por tres de sus lados. El panorama que desde allí se domina es magnífico: desde aquellas alturas distínguense el pico coronado por un torreón que se conoce con el nombre de *Monte de los Francos*, las cúpulas y los alminares de Jerusalén y la azulada cordillera de Moab. La población, rebelde y belicosa, se compone principalmente de cristianos de los tres principales ritos, y se dedica á la agricultura y á la fabricación de rosarios, cruces de nácar y otros objetos de devoción, que vende á buen precio á los peregrinos y viajeros.

Tal es la ciudad cuya vista reproducimos y que figura en el número de los Santos Lugares.



SANTOS LUGARES.-BETLHEM

IMPRESIÓN FOTOTÍPICA

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustracion Artística

AÑO IX — BARCELONA 27 DE OCTUBRE DE 1890 — NÚM. 461

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



DESIGUALDAD CONYUGAL, cuadro de R. Poetzelberger

AVES DE CORRAL

GALLINAS, GANSOS Y PATOS

Esos nombres representan tres especies de aves que han llegado á tener tanta importancia para la economía doméstica, que se vería el hombre en grave apuro si hubiese de sustituirlas con otras. ¿Quién renunciaría sin gran disgusto al pollo asado, á su acostumbrado cuarto de gallina en el puchero ó á los huevos de la misma? Tampoco es bocado despreciable un ganso ó un pato cebado, como los comen en los pueblos del centro y Norte de nuestro continente; en particular de aquellas regiones en donde el invierno exige para la cama el abrigo de un buen plumón relleno con las mullidas plumas de la primera de esas aves.



PATO Ó ÁNADE SILVESTRE

Respecto á su carne, muchos gastrónomos la prefieren á la del clásico pavo de Nochebuena.

Pero á pesar de la utilidad que prestan por su carne y por sus plumas, el ganso y el pato no se han generalizado ni se generalizarán tanto como la gallina. El gallo *(gallus)* lo encontramos en todos los países del mundo donde ha puesto su planta el hombre civilizado. Dondequiera que el europeo ha ido á colonizar, allí ha llevado consigo la gallina. Ninguna otra ave ha podido sustituirla; las ha vencido á todas y ha reemplazado á las otras que ya desde antiguo habían sido domesticadas. Cuando los españoles descubrieron América, sus conquistadores encontraron domesticadas, entre los habitantes del Perú y los salvajes que habitaban las orillas de los afluentes del río Amazonas, otras especies de la familia gallinácea; los llamados hoccos (*Grax Elector* y *Grax Yarellii)*, que tienen próximamente el tamaño de un pavo. Introducida nuestra gallina en América, muy pronto sustituyó á aquéllas.

La patria natal de la gallina doméstica es Asia, y pertenece á las 300 especies que forman la gran familia de las gallináceas, á la de los cañaverales de la India, á la que los naturalistas damos el nombre de *Gallus Bankiva*. Carecemos en absoluto de noticias acerca de la época en que esta especie fué domesticada y adoptada como ave de corral, pero podemos calcular que lo habrá sido desde tiempo remoto. Los escritores de la antigüedad mencionan ya al gallo, y de que en la primitiva Grecia era muy conocido, es prueba el nombre que le daban, «ὄρνις» ¡pájaro!

Cuando el apóstol San Pedro renegó del Señor, cantaba el gallo; por consiguiente, al principio de nuestra era figuraba ya como ave doméstica entre el pueblo de Israel.

Es curioso, sin embargo, que nos falten todos los datos sobre su aclimatación casera, mientras que de otras aves nos habla á lo menos la leyenda. Por ésta sabemos que los argonautas trajeron á Europa, cuando su célebre expedición en busca del vellocino de oro á Arquis, en las orillas del río Phasis, el faisán, que toma su nombre, *Phasianus Colchicus*, de los nombres de dicho río y de aquel país. A pesar de estar aclimatado hace ya muchos siglos en Europa, á pesar de su sabrosa carne y de su precioso plumaje, el faisán no se ha generalizado en nuestro continente, ha sido siempre pájaro más ó menos extraño, asiático, mientras que la gallina se ha extendido por el orbe entero, y se ha abierto de tal modo paso entre todas las clases de la sociedad, que así la vemos en la choza del pobre, como en los palacios de las testas coronadas.

¿Quién no sabe que la reina Victoria de Inglaterra posee los mayores y mejor cuidados gallineros del mundo, y que encuentra gran placer en ocuparse en la cría y cuidado de sus plumados habitantes?

No quiero cansar á mis benévolos lectores con la enumeración de todas las variedades que el estudio y la diligencia del hombre ha conseguido del *Gallus Bankiva* ó gallina primitiva, desde el disforme gallo de Cochinchina, hasta la linda gallina enana. Dejemos los resultados que el capricho de cada aficionado ha obtenido de la cría de las gallinas, y ocupémonos de lo más práctico, á saber: ¿qué debe hacerse para aumentar el uso de esta utilísima y apreciada ave, y para lograr que su carne sea tan económica como sabrosa?

Lo primero se consigue por medio de un procedimiento conocido y puesto ya en práctica por los antiguos egipcios: la incubación artificial. Sabido es que la gallina necesita tres semanas para incubar sus huevos. Esta operación nos priva, no sólo por ese término, sino casi por lo que resta de año, del utilísimo producto de esa ave: de sus huevos. La incubación artificial evita tales inconvenientes, porque por medio de ella se consiguen pollitos tan sanos y robustos como si la propia madre los hubiera empollado y se obtiene el número que se quiera de estos animales: millares y centenares de millares, si los aparatos incubadores son bastante grandes y si se dispone de suficientes huevos frescos. A pesar de que ya en tiempos muy remotos, como queda dicho, se conocía este procedimiento que aún se conserva en Egipto, todavía no se ha generalizado bastante y apenas ha salido del estado de ensayo. A los franceses corresponde el mérito de haberlo resucitado y perfeccionado.

Nuestros vecinos de allende el Pirineo han trabajado más que ninguna otra nación para dotar nuestra mesa con los más sabrosos pollos que se conocen.

El procedimiento de la incubación artificial consiste en llenar con huevos fecundizados los departamentos que el aparato llamado incubadora contiene, y sostener constantemente en él por espacio de tres semanas una temperatura igual á la de la sangre de la gallina cuando está empollando, temperatura algo más alta que la que tiene en su estado normal Si no se llenan á la vez los departamentos de la incubadora, se comprende que unos pollitos nacerán antes que otros, y que el aparato deberá calentarse tantos días más, cuantos haya de diferencia en la colocación de los huevos. Cuando los pollitos han salido del cascarón, se les guarda en una caja forrada de plumas y en sitio templado, hasta que se les entrega á su madrastra para su crianza: á una gallina que ya tiene pollos ó á una pava. Estas últimas se prestan generalmente muy gustosas á tomar sobre sí la carga de criar y educar los hijastros, de quienes cuidan como si fuesen sus propios hijos.

Como la gallina es ave que se alimenta, no sólo de granos, sino también de insectos, ha de procurarse que los pollitos encuentren ese alimento tan sano y provechoso para ellos. Si tienen ocasión de salir al campo, ya procuran ellos mismos cazar toda clase de coleópteros; pero si están encerrados en algún corral, se les debe proporcionar en lo posible tan apetecida comida.

El medio más sencillo es establecer un gusanero, es decir, poner en un rincón del corral algún pedazo de carne y dejar que los moscardones, que en todas partes se encuentran y que en seguida lo descubrirán, depositen en él sus huevos. Cuando éstos cubren la carne en forma de puntitos blancos, se echa sobre aquélla un poco de tierra arenosa y se la deja algunos días, al cabo de los cuales se la destapa y se la encontrará convertida en criadero de gusanos, que serán engullidos por los pollitos con gran afán, sirviéndoles de excelente alimento.

Crecidos los pollos, se les lleva al cebadero para engordarlos. El cebadero es un edificio largo y bajo de techo, en el cual hay colocados á los dos lados y en medio largas pilas de jaulas, unas sobre otras, y en cada jaula un pollo ó gallina. Esas jaulas deben ser bastante estrechas para que sus habitantes apenas se puedan mover en ellas. Comida no se les pone ninguna; su ajuar debe consistir en un bebedero con agua, y arena en el suelo de la jaula. Una persona, generalmente una muchacha, es la encargada de cebarlos dos ó tres veces al día. La comida, preparada con cebada, centeno ó avena y lentejas quebrantadas ó molidas á grano grueso, se mezcla con salvado y se remoja con agua para que todo junto forme una especie de gacha ó papilla. La chica lleva en una mano el cubo con la comida y en la otra un embudo; se acerca á la jaula del pollo, que en seguida saca por entre los listones de su prisión la cabeza con el pico abierto; le mete el embudo en el pico; echa unas cucharadas de la comida, que el pollo engulle con gran placer, y sigue cebándolo hasta que el ave tiene el buche bien repleto; en seguida se dirige á la jaula del vecino, repite la misma operación y continúa hasta que todos los pollos estén cebados. Pronto se acostumbran estos animales á recibir de esta manera el alimento; aumentan de día en día su volumen y gordura, y en un par de semanas se ha conseguido convertirlos en un excelente y sabroso manjar.

Tales cebaderas, lo mismo que las incubadoras, se ven y estudian en los jardines zoológicos del extranjero, y como estos establecimientos son de gran utilidad para la enseñanza y el estudio del público en general, y en ellos se aprenden mil cosas prácticas para la economía doméstica, deseamos con afán que se generalicen en España.

El ganso y el pato son naturales de Europa, y no importados, como lo es la gallina; mas á pesar de eso, nos faltan noticias respecto de la época en que el hombre los amansó y los convirtió en aves domésticas.

Por la historia sabemos que los gansos salvaron el Capitolio de Roma despertando con sus graznidos á la dormida guarnición, que á tiempo pudo rechazar la sorpresa que sin ellos hubieran llevado á cabo los sitiadores. No cabe, pues, duda que la domesticidad del ganso es muy anterior al imperio romano.

El pato *(Anas boschas)* habita en toda Europa, desde Gibraltar hasta Hammerfest, desde Portugal hasta los límites de Rusia; pero el ganso ceniciento *(Ansar cinereus)*, del cual desciende nuestro ganso doméstico, sólo en la época de la cría se le encuentra en el Este y Norte de Alemania, en la Rusia Septentrional (Europea y Asiática), en Inglaterra, Suecia y costa de Noruega. En los primeros de los citados países se le halla en el interior; pero en los últimos, casi no se separa de la costa. Vive y cría en lagos y pantanos con espesos cañaverales, y emigra en agosto ó principios de septiembre, pasando los meses del invierno en Egipto, en el Mediodía del Asia, principalmente en la China meridional ó la India, de donde á últimos de febrero ó mediados de marzo vuelve á su patria. El pato ó ánade no se separa del agua; el ganso sale del elemento líquido para buscar en los cercanos campos su alimento predilecto, es decir, toda clase de grano, raíces, nabos y hierbas. Del reino animal no come nada, ni peces, ni moluscos, ni insectos, que constituyen la principal alimentación del pato. A pesar de sus *palmípedes*, anda el ganso muy bien en terreno firme, al contrario del pato, que fuera del agua se mueve con dificultad, por lo cual se indica su andar con el verbo anadear.

El ganso vive aparejado con una sola hembra, de la cual no se separa en toda la vida. A mediados de marzo empieza la pareja la construcción de su nido, en el que, á fines del mismo mes, y después de haberlo forrado con las plumas que se arranca del pecho, pone la hembra 7, 8, 10 y hasta 12 huevos. A los veintisiete ó veintiocho días de empollarlos, salen los gansitos cubiertos de una especie de lana amarilla, que poco á poco se les cae, según van saliéndoles las plumas.

En el Norte de Europa, donde la gente se dedica más á la cría del ganso que en el Mediodía, se le ve



UN EPISODIO DE LA INFANCIA DE GARIBALDI
Escultura de C. Fontana, premiada en la última Exposición Artística de Roma



ENSUEÑO EN EL CLAUSTRO
Escultura de L. de Lucca, presentada en la última Exposición de Nápoles

en grandes bandadas en cualquier pueblo, porque cada vecino, aun el más pobre, tiene por lo menos una pareja. Allí se les trata con bastante crueldad para conseguir abundante cosecha de las apetecidas plumas. Antes de la época de la muda, que es en junio, el dueño les despluma el pecho, repitiendo en septiembre la misma operación. Llegado el invierno, época en que se comen los gansos, se obtiene la tercera cosecha de plumas, quitándoles definitivamente su mullido ropaje.

Tiene de particular el ganso, lo mismo que el pato, respecto á la muda de sus plumas, que éstas se le caen rápidamente, las grandes de las alas casi todas de una vez; quedando el animal tan pelado, que no puede volar hasta que no salen las nuevas. Los gansos silvestres se ocultan por esta circunstancia, durante la época de la muda de su plumaje, en los más espesos cañaverales de los lagos y pantanos, y no se les ve hasta que reaparecen de nuevo armados con ese medio indispensable para el vuelo. Los cazadores aprovechan la ocasión, no para cazar al ganso viejo, cuya caza está prohibida en ese tiempo, sino á los pollos. Estos, que ya son volanderos, levantan el vuelo cuando los buscan los perros de agua. A estos gansos jóvenes se les puede tirar, pues las leyes de caza de Alemania lo autorizan, y como su carne es manjar muy delicado, son muy codiciados y perseguidos.

Los gansos viejos tienen la carne dura; pero el ganso joven cebado puede competir con el ave más sabrosa. Para cebarlos, se les encierra en estrecha jaula de madera, donde apenas pueden moverse; se les da cebada, avena, patatas cocidas y crudas en abundancia y toda el agua que quieran. A media noche cuando el desgraciado ganso está durmiendo, se le despierta, se le abre el pico y se le hace tragar, hasta que tiene el buche bien repleto, unas bellotas hechas con harina y salvado amasado con agua.

Por medio de este cruel procedimiento se consigue que adquieran una capa de grasa, que muchas veces pasa de un centímetro de espesor, entre piel y carne, y que, depositándose gran cantidad de sebo en los órganos abdominales de la víctima, adquiera el hígado la enfermedad que los médicos llamamos adiposidad, *hepar adiposum*.

Tales hígados patológicos constituyen el tan delicado *foie gras*, que nuestros lectores habrán comido muchas veces sin pensar que saboreaban el hígado enfermo del ganso cebado. Strasburgo tiene fama de llevar al mercado los más delicados *foies grasses* del mundo, y efectivamente, en la capital de la Alsacia se había conseguido degenerar rápidamente los hígados de los gansos, convirtiéndolos en hígado adiposo.

El inhumano procedimiento consistía, no sólo en encerrar á las víctimas y rellenarles constantemente el buche como queda dicho, sino que además los colgaban por medio de un cinturón puesto en el pecho, de manera que la pobre ave no pudiese tocar con las patas el suelo de su cárcel.

Cuando el difunto emperador de Alemania Guillermo I tuvo noticia de tan cruel procedimiento, lo prohibió en absoluto bajo severas penas.

De los países situados á orillas del Danubio se envían en el invierno á Alemania, empaquetados entre hielo, millares de hígados de ganso para convertirlos en el muy sabroso embutido que se conoce con el nombre de *Gaenseleberwurst*, salchichón de hígado de ganso.

Para que los patos se críen bien, necesitan agua, sea en estanque, arroyo ó charco, donde puedan bañarse, nadar ó sumergirse; como no es siempre fácil proporcionarles ese elemento, para ellos vital, y como sus plumas se aprovechan poco, no se crían estas aves en tanta abundancia como los gansos, y mucho menos como las gallinas.

DR. BREHM

SECCIÓN AMERICANA

EL PARAISO PERDIDO

POR N. HAWTHORNE

Allá en los primeros años del mundo, vino á él, sin padre ni madre, un niño llamado Epimeteo; y como el pobre se aburría de estar solo en su cabaña, le enviaron de regiones muy apartadas una niña preciosa, también sin padres (1), para que le hiciese compañía. Se llamaba Pandora.

Al llegar Pandora á la cabaña de Epimeteo, ¿qué creerán ustedes que le llamó la atención?

Una caja.

¿Y qué pregunta la primera que hizo á Epimeteo? Qué tenía dentro.

El interpelado, que era, según lo pinta la tradición, un niño muy formal y muy juicioso, le contestó:

– Aquí la trajo un caballero para que se la guardase; y como no me dijo su contenido, no lo sé.

– Pero ¿de dónde vino ese caballero?

– Tampoco lo sé.

– ¡Jesús! ¡Qué fastidio! – exclamó Pandora, haciendo un mohín remonísimo; – ¿y cuándo se la llevan?

– ¡Qué sé yo! – dijo el chico encogiéndose de hombros.

– Por mi parte, ya se la podían haber llevado.

– Pues no pienses más en esto y vámonos á jugar.

Dichosa edad y siglos dichosos aquellos en que andaban los niños libres y sueltos por el mundo; pues como no había inquietudes, afanes, ni peligros, ni calcetines que zurzir, ni era preciso para alcanzar el sustento necesario tomarse otro trabajo que el cogerlo de los árboles, los papás y las mamás eran cosa inútil y no se conocían! ¡Oh vida deliciosa, y cuán diferente de la trabajada que pasamos en estos detestables tiempos! Todo era paz, todo amistad, todo concordia entre los chiquillos, que ni trabajaban, ni estudiaban, ni reñían, ni lloraban nunca. ¡Bien hicieron los antiguos en llamar á ese tiempo, que ya pasó, para nunca más volver: *¡Edad de oro!* También es verdad que las *penas* y los *cuidados* hoy tan innumerables, no se conocían; como que antes de la curiosísima de Pandora jamás sufrió ningún chiquillo desazón tan grande como la suya al verse contrariada por Epimeteo, delante de la caja.

Lo que tenía Pandora no era, sin embargo, una *pena*, sino la sombra de ella; pero la niña dió en pen-

(1) ¿Ni qué falta le hacían á una niña modelada por Vulcano, animada por Minerva y dotada por los dioses con tanta generosidad como lo fué ella? – *(N. del T.)*

sar en aquello; y como se pasaba el angelito las horas muertas haciendo reflexiones acerca de la dichosa caja, se puso pálida, embebida y triste, y Epimeteo se aburrió, y la cabaña se convirtió en un calabozo, relativamente, por supuesto, á las cabañas de los otros chicos de la vecindad, donde todo era contento y alegría.

– Anda, Epimeteo, dime: ¿de dónde han traído esa caja? – repetía sin cesar Pandora. – ¿No sabes tú lo que tiene dentro?

– ¡Por Dios, hija, siempre estás á vueltas con la caja! Ya te he dicho que no lo sé. Vamos, – prosiguió cambiando de tono, – vente conmigo por uvas para merendar. Mira, yo sé una viña que tiene unos racimos que da gloria verlos.

– Y tú no piensas sino en comer, – exclamó la niña de mal humor.

– Pues entonces, – replicó Epimeteo, que tenía muy buena pasta, – iremos á jugar.

– No quiero, ¡ea!; ya me fastidio de jugar y de todo.

– ¿De todo?

– Sí, de todo, si no me dices qué tiene esa caja.

– Pero, mujer, si no lo sé, ¿cómo te lo he de decir?

– Ábrela y lo veremos, – le replicó Pandora, dirigiendo á Epimeteo la mirada más provocativa que se puede imaginar.

– Que se te quite eso de la cabeza. – Y la fisonomía del niño expresó tanto terror á la idea de violar el secreto que le habían confiado, que Pandora tuvo por cuerdo no volver á decírselo. Pero como seguía preocupada con la misma idea:

– Pues dime siquiera: ¿quién la trajo? – le preguntó.

– Mujer, la dejó á la puerta, poco antes que tú llegases, un hombre con la cara más burlona que se ha visto, y por poco no suelta el trapo á reir cuando la puso en el suelo. Tenía puesta una capa muy rara y un sombrero con alas. ¿Quieres que te lo diga otra vez?

– ¿Con bastón?

– Sí, por cierto, y muy extraño: con dos culebras enroscadas á manera de borlas.

– Ya sé quién es, – exclamó Pandora, quedándose pensativa: – ¡Mercurio! Él me trajo también. Ya ves tú si en esa caja no vendrá mi ropa, ó muñecas ó algo para nosotros.

– Podrá ser; pero mientras él mismo no me dé licencia de abrirla, ni tú ni yo debemos hacerlo.

– ¡Ave-María! ¡qué chiquillo más tonto! – murmuró Pandora viendo alejarse á su compañero; – ¡y qué corto es!

Verdaderamente era un fastidio para el pobre niño estar oyendo siempre la misma canción, de la mañana á la noche, y sobre todo en unos tiempos en los cuales, como ya dije antes, la gente menuda sufría tan pocas contrariedades, que la menor cosa les producía el mismo efecto que en nuestros días causan á los hombres los males más graves.

No bien hubo salido Epimeteo, se quedó Pandora como en éxtasis, contemplando la caja. Muchas, infinitas veces había dicho la caprichosa niña que la caja era fea; pero, á pesar de esto, la tal caja era un mueble de la más exquisita elegancia, tanto que hoy día hubiera hecho buen papel en el gabinete mejor amueblado. Figúrense Vds. que la madera de que estaba hecha era hermosísima, veteada de colores y tan perfectamente pulimentada y bruñida como un espejo. Sólo por esta circunstancia, ya que Pandora carecía de espejo, debía desear conservarla. Luego, los filetes y cantoneras estaban tallados con primor y maestría maravillosa, y alrededor ostentaba una guirnalda de figuras de hombres, mujeres y niños entre follaje; pero todo de dibujo y trabajo tan delicado y de composición tan artística, que las flores y las formas humanas ofrecían, al combinarse, un conjunto de singular belleza. No obstante, Pandora creyó descubrir una ó dos veces entre la hojarasca una figura menos hermosa que las demás, con cierta expresión desagradable; pero mirándola más despacio y tocándola, no vió en ella nada que la confirmase en su primera impresión: en realidad, aquella cabeza tenía buenas facciones; mas el artista, que debía serlo consumado, la dió tal traza que, al mirarla de cierto modo, pareciese fea.

La obra más notable se hallaba esculpida en un círculo sobre la tapa; dentro de aquel círculo campeaba, en el fondo negro y brillante, un busto con la frente ceñida de flores. Después de haberla contemplado largo rato, Pandora se convenció de que la boca se sonreía y se ponía seria como la de cualquier mortal, y de que reinaba en las demás facciones una expresión viva, suspicaz y maliciosa en grado sumo.

Estoy cierto de que si aquella boca hubiese hablado, habría dicho: «¡No tengas miedo, Pandora!, ¿qué mal puede pasarte de abrir esta caja? No hagas caso del tonto de Epimeteo. ¡Pues no faltaba otra cosa, teniendo tú diez veces más talento que él! ¡Abre la caja, niña, y verás qué cosas tan lindas trae dentro!»

La caja, y ya se me olvidaba decirlo, estaba cerrada, no con llave ni cosa parecida, sino por medio de una cuerda de oro, atada con el nudo más ingenioso, complicado y difícil que pueda imaginarse; y esto mismo aumentaba la curiosidad de Pandora y le avivaba el deseo de desatarlo, únicamente, así decía ella, para resolver el problema de su combinación. Dos veces, abismada en sus reflexiones, llevó distraída la mano á la cuerda.

– Ya me parece que voy dando con el secreto, – dijo para su sayo. – Si lo desato, lo vuelvo á atar y punto concluído; por eso no se incomodará Epimeteo... En no abriendo la caja... Eso no, lo que es la tapa no la levanto aun cuando no pueda volver á echar el nudo.

Mejor hubiera sido para Pandora tener alguna laborcita entre manos, y distraerse bordando siquiera unas zapatillas para Epimeteo, ó una randa para ella, que no estarse todo el día de Dios con los brazos cruzados mirando la caja. ¡Pero ya se ve, los chicos hacían una vida tan holgazana antes de que los males invadieran la tierra! ¡Como si cuando no hace falta trabajar para comer, no fuese indispensable trabajar para *vivir!*

No sé si la tal caja llegó á convertirse con el tiempo en una distracción para Pandora; lo que sí sé es que le inspiraba muchas y diversas cavilaciones el bruñido de sus tablas, y los festones y las orlas de sus filetes y cantoneras. También solía ponerla de mal humor, y entonces, ¡oh! entonces se desahogaba dándole un puntillón con sus piececitos, y así llevó infinitos... ¡más se merecía!

– Pero, ¿qué tendrá esta caja? – exclamaba sin cesar.

Pónganse en lugar de Pandora todas las niñas del universo, y en las mismas condiciones de *farniente*, y les sucede lo propio.

Ignoro si Pandora creía encontrar juguetes en la caja, porque á la verdad, entonces no se hacían, probablemente á causa de que en aquella época el mundo todo no era otra cosa que un gran juguete para sus habitantes. Lo que sí esperaba descubrir dentro era alguna cosa muy bonita, y ved ahí por qué la consumían la impaciencia y la curiosidad.

El día de que hablamos, mientras Epimeteo jugaba á los pollitos en el prado vecino con una caterva de chiquillos de su edad, le dió á Pandora más fuerte que nunca por la caja, y se fué á ella casi decidida á destaparla si podía. ¡Infeliz criatura!

Quiso levantarla, pero pesaba demasiado para las fuerzas de una niña; así que, no bien la hubo alzado algunas pulgadas del suelo, se les cayó de las manos. Porecióle entonces que se escapaba del interior de la caja un leve ruido; puso atención, detuvo el aliento y escuchó. ¿Serían los latidos de su corazón? Ella misma no lo sabía; mas es lo cierto que su curiosidad iba creciendo de una manera extraordinaria.

Al levantar la cabeza, sus ojos se fijaron en la cuerda de oro.

– Por supuesto que es preciso tener mucho talento, – dijo casi en alta voz, – para echar un nudo semejante. Pues yo voy á ver si lo suelto.

Cuando más engolfada estaba en su trabajo, entró por la ventana un rayo de sol muy brillante y muy dorado, y lo llenó todo de alegría, y detrás del sol entraron por el mismo sitio qué sé yo cuántas carcajadas de los amigos de Epimeteo, que bullían por allí junto. Pandora se detuvo para oirlos.

– ¡Qué día tan hermoso! – exclamó, y se le escapó un suspiro.

El manuscrito que me está sirviendo para hilvanar esta historia, dice que en aquel momento tuvo Pandora impulsos de soltar la cuerda, de no pensar más en la caja y de irse á correr con los demás chicos de la vecindad; y yo creo al manuscrito bajo su palabra. Pero lo cierto y averiguado es que sus deditos no desistieron de la empresa, y que, aun cuando le pareció notar en la cabeza esculpida sobre la tapa cierto gesto desagradable, siguió dando tirones, apretando de aquí, aflojando de allí, hasta que al fin, ¡qué horror!, sin saber cómo, se soltó la cuerda.

Pandora se quedó inmóvil.

– ¡Ay! ¿Qué va á decir aquél cuando entre? ¿Cómo podría yo hacer el nudo otra vez?

¡Pues ahí era nada reanudar aquello! ¡Así hubiera estado hasta la consumación de los siglos en probaturas! ¿Ni cómo había de dar tampoco con la clave, si ya se le había borrado de la memoria de qué manera estaba hecho el lazo? No tenía, pues, más remedio que fastidiarse y aguantar la reprimenda de Epimeteo.

Ocurriósele entonces una idea peregrina.

– Si cuando entre mi compañero, – dijo, – ve la cuerda en el suelo, desde luego se figurará que yo la he desatado para registrar la caja, y aunque me ponga en cruz no va á creer que no me he atrevido á tanto; pues si de todos modos me ha de atribuir esa indiscreción, levantemos la tapa y veamos.

¡Pícara niña! Lo que debió de haber hecho, la creyesen ó no, era dejar quieta la caja, y no apurarse por las dudas de Epimeteo; que, cuando se inculpa sin razón, la conciencia puede aguardar tranquila á que, más tarde, ó más temprano, brille la verdad y triunfe. Tengo para mí que Pandora hubiera obrado así de no advertir en la figura de la tapa una expresión seductora y persuasiva, y, lo que es peor, percibir ciertos rumores vagos de la parte de adentro, los cuales se iban haciendo por momentos más claros é inteligibles, hasta el punto de parecerle que le decían muchas vocecitas:

– Déjanos salir, Pandora, y estaremos siempre contigo.

– ¿Qué podrá ser esto? – se preguntaba la niña. – ¡Pues yo he oído bien; esas son voces! ¡Ea! Pecho al agua; voy á levantar la tapa, miro una vez no más, y vuelvo á cerrar en seguida. ¿Qué tiene eso de malo?

Pero volvamos á Epimeteo, á quien nada le salía derecho aquel día: si jugaba al toro, siempre le tocaba ser caballo; si buscaba uvas, todos los racimos eran agraz; si higos (Epimeteo gustaba mucho de los higos), no había uno sano para él. Resultado: que se aburrió, que cerró su boca y que se fué á un rincón á llorar su mala ventura. Los demás niños se devanaban los sesos por darse cuenta de lo que le pasaba, cosa que ni él mismo comprendía; pues, como ya dije al principio, todo el mundo era feliz entonces, y nadie había sufrido todavía lo más mínimo, física ni moralmente.

Conociendo al fin el pobrecillo que sólo servía de estorbo á sus compañeros, tomó el camino de su casa en busca de Pandora, con quien es fama se llevaba perfectamente, excepto en el asunto consabido. Para no entrar con las manos vacías, cortó unos pensamientos, y fué por la vereda tejiéndole una corona con el primor y la destreza que en aquellos felices tiempos hacían estas cosas los muchachos.

Bueno será dejar consignado que mientras iba Epimeteo la vuelta de su casa, comenzaron á formarse en el cielo unos nubarrones muy densos, los cuales fueron poco á poco extendiéndose, hasta interceptar el sol completamente á tiempo que entraba en ella. Quiso el niño ir de puntillas hasta donde estaba Pandora (la cual, de espaldas á la puerta, se disponía entonces á levantar la tapadera), para ponerle por sorpresa la corona; pero bien hubiera podido adelantarse, no digo á su paso, sino con más ruido que un elefante, seguro de que ella lo sintiese. Cuando Epimeteo vió en qué se ocupaba su compañera, se quedó parado, con los ojos de par en par, pero no chistó.

¡Ay, Epimeteo!, si hubieras dado un grito, tu compañera no habría levantado la tapa, y ¡quién sabe si el misterio fatal que contenía la caja no se hubiera conocido jamás!

Pero también Epimeteo, á pesar de la poca curiosidad que aparentaba, sentía de vez en cuando muchas ganas de asomar las narices por allí. Así fué que, al ver á Pandora en actitud de apoderarse del secreto, siguió el partido de no dejar que ella sola lo poseyera. Y luego, si había allí dentro juguetes ó golosinas, era preciso repartírselo como buenos hermanos. De este modo Epimeteo se hizo tan culpable como Pandora, y, por tanto, siempre que en el curso de la presente maravillosa historia digamos mil merecidas picardías de la curiosa niña, no podremos menos de encogernos de hombros al pensar en su cómplice.

Apenas hubo Pandora levantado la tapa, se llenó la cabaña de tinieblas y de horror; y las nubes, pardas y amenazadoras, se interpusieron entre el sol y la tierra, como si estuviese á punto de caer nuevo diluvio universal en medio de un tumulto de truenos.

Pero la funesta niña, sin parar mientes en tan lúgubres presagios, acabó de abrir la caja y miró dentro. Entonces, una multitud innumerable de seres con alas de murciélago y colitas de escorpión, tan menudos como abejas, salieron en tropel, tropezando con su cara y desparramándose por la cabaña.

– ¡Ay! ¡ay! ¡Dios mío! ¿Qué es esto? – gritó con toda la fuerza de sus pulmones Epimeteo, á quien por lo visto habían saludado ya los animalitos con sus lancetas. – ¿Por qué has abierto esa caja? ¿No te lo decía yo?

Asustada Pandora con las voces de Epimeteo, dejó caer la tapa del cofre y miró á su alrededor, pero fué en vano, porque nada le permitía ver la nube que formaban los fugitivos.

Aquella escena era horrible. La cabaña, sumida en sombra; Epimeteo, llorando á grito herido; Pandora, muertecita de miedo y toda temblorosa; por el aire,

millones de insectos, zumbando como cien enjambres de abejas, y desde fuera, dominándolo todo con voz pavorosa, el trueno, que resonaba por las nubes con infernal estrépito.

Cuando los ojos de Pandora se hubieron hecho algo á la obscuridad, vió que á Epimeteo le había picado uno de aquellos insectos. Ella misma estuvo á punto también de recibir un saetazo de cierto monstruo tamaño de una mosca.

¿Y saben Vds. qué clase de animalitos era la que se escapó de la caja? Pues nada menos que la terrible familia de las *penas* terrestres: las *malas pasiones*, los *cuidados*, más de doscientas clases de *pesadumbres*, quinientas *enfermedades*, todas las *infamias* y todas las *malicias*; en fin, cuantos males afligen ahora á la especie humana y que habían sido encerrados allí de orden superior para preservar de sus estragos á los venturosos hijos de la naturaleza.

Si los depositarios de la tranquilidad universal hubieran sido fieles y obedientes, nadie habría sufrido jamás el más leve, el más insignificante dolor; pero ¡admírense Vds. de la calamidad que trajo al mundo la falta de un solo individuo! Pandora con abrir la caja y Epimeteo con tolerarlo, dieron lugar á que todas las *penas* se desparramasen por la tierra, y vivieran, creciendo y multiplicándose entre nosotros por los siglos de los siglos.

Como no era posible que los dos niños pudieran soportar aquella nube de malignos animales en los estrechos límites de su cabaña, abrieron de par en par puertas y ventanas para librarse de ellos; los cuales, una vez fuera, se extendieron á su placer por toda la redondez de la tierra á caza de criaturas humanas. Todo se puso triste, y hasta la misma naturaleza pareció resentirse de aquella invasión inesperada. Las flores, que antes no se marchitaban, comenzaron á tener vida fugaz y leve, quedando en estrecho límite encerrada; y los niños, ¡qué dolor!, dieron en crecer, en hacerse hombres, en ponerse viejos y en morirse después, sin haber tenido tiempo siquiera de pensarlo.



MENSAJEROS DE LA PRIMAVERA, dibujo de María Laux

La pícara de Pandora y su cómplice se habían quedado muy serios y pensativos, suspirando y poniéndose saliva en los picotazos para calmar sus dolores, que les parecían insufribles. Ya se ve, ¡no estaban acostumbrados á padecer!

Al fin, Pandora rompió á llorar y apoyó tristemente su cabecita en la caja para dar mejor salida á las lágrimas y sollozos que la ahogaban. Estando así oyó dentro del cofre un golpecito.

– ¿Qué será eso, Epimeteo?

El niño no contestó palabra.

– ¿Epimeteo? – dijo la niña entre suspiros, – ¡contéstame!

Y el ruido volvió á percibirse más claro, como si una mano muy pequeña diese contra las tablas.

– ¿Quién eres? – preguntó Pandora por un resto de curiosidad.

Una voz sutil y armoniosa le respondió: – Levanta la tapa y lo sabrás.

– No por cierto.

Y se volvió hacia Epimeteo, esperando que aprobase su prudencia; pero el niño se contentó con decir: – ¡A buena hora!

– Abreme Pandorita, que yo no soy hermana de esos que han salido. Abreme, sí, Pandora, y verás cómo te quiero.

Había en el acento de la voz una dulzura tan encantadora, que no era posible resistir. Además, los niños, sólo con oirla, experimentaban cierto consuelo, cierto alivio en sus penalidades, como si les quitasen un peso de encima del corazón.

– ¡Epimeteo! – exclamó Pandora, – ¿has oído? ¡Qué voz tan bonita! ¿no es verdad?

– Sí, ¿y qué?

– ¿Abro?

– Como quieras. Después de lo que has hecho, tanto da una pena más ó menos.

– ¡Pícaro! – el gritó desde adentro la vocecita riéndose: – ¡Si tú tienes más ganas que ella todavía de saber quién soy! Abridme, que quiero salir para consolaros: ya veréis cuando yo esté fuera cómo las cosas no son tan malas como parecen.

– Epimeteo, yo voy á abrir.

– Espérate, mujer, y te ayudaré.

UN TROMPETAZO, cuadro de Barison

Y entre los dos alzaron la tapa, y al punto salió volando de la caja una figura humana del tamaño de una muñequita; pero muy esbelta, muy simpática, muy risueña, y con un mirar tan resplandeciente, que allí donde ponía los ojos, al punto quedaban disipadas las sombras. ¿Han hecho ustedes alguna vez bailar un rayo de sol en la pared con la luna de un espejo? Pues eso parecía la encantadora aparición, volando de acá para allá, hasta que acercándose á Epimeteo, le puso la punta del índice sobre la picadura de una pena, y le quitó el dolor, lo mismo que á Pandora todos los suyos, dándole un beso en aquel pimpollo que tenía por boca. Y siguió la risueña criatura dando vuelecitos por la cabaña, y llenándola toda de una cosa mejor que la alegría. Tan amable, tan afectuosa, tan buena se mostraba, que llegaron los chicos á ponerse contentos de haber abierto por segunda vez la caja. A decir verdad, hubieran hecho muy mal en dejar cosa tan peregrina dentro de ella.

– Dime, ¿quién eres? – le preguntó Pandora.

– Soy... la *Esperanza*, – respondió la aparición; – y como tengo el poder de consolar, me pusieron en esta caja con las *penas*. Ya ves que no era justo estuviesen ellas libres y yo prisionera.

– ¡Qué alas tan preciosas tienes!

– Sí, son de los colores del arco iris; pero no creas al verme alegre que hay en mí menos lágrimas que sonrisas.

– ¿Quieres quedarte con nosotros para siempre?— le preguntó Epimeteo.

– Mientras que os haga falta estaré con vosotros, – contestó la *Esperanza* sonriendo, – y duraré mientras estéis en el mundo. Tal vez haya momentos, – añadió, – en los cuales creáis que os dejo en olvido; pero tened por cierto que, cuando menos lo penséis, veréis brillar el iris de mis alas en vuestra cabaña; sí, y además, yo sé una cosa muy buena, muy buena, que os está reservada.

– Pues di lo que es, sí, dilo.

– Por ahora es un secreto; pero no hay que desesperar si no veis realizada esa esperanza mientras estéis en la tierra. Confiad y esperad.

– Mira que confiamos en ti, – exclamaron á una voz Epimeteo y Pandora.

Y no sólo confiaron ellos en la *Esperanza*, sino es todos los demás mortales.

A decir francamente mi opinión, reconozco que Pandora cometió una falta gravísima por ser curiosa, pero casi me alegro de ello Porque si bien es cierto que por su desobediencia se extendieron las *penas* por el mundo, creciendo y multiplándose entre nosotros de una manera prodigiosa, también lo es que tenemos la *Esperanza* en el punto mismo que la necesitamos; que ella espiritualiza la vida y la renueva sin cesar, y que, hasta en los momentos de mayor ventura, cuando se nos ofrece la existencia como un sueño de color de rosa, la *Esperanza* nos hace ver en esa dicha misma un destello de la infinita felicidad que, siendo buenos, podemos alcanzar en el cielo.

TRADUCIDO POR M. JUDERÍAS BÉNDER

LA MUSICA INSTRUMENTAL (1)

Y LOS TRES REINOS DE LA NATURALEZA

II

No se pueden sentar así á bulto tesis generales, so pena de exponerse á verlas desmentidas por una práctica ante la cual no queda otro recurso que bajar la cabeza.

En efecto, el que los naturalistas hayan dividido á la Naturaleza en tres grandes zonas ó reinos principales, ó séase considerándola por su aspecto animal, vegetal y mineral, y establecido semejante orden de sucesión, en conformidad con su relativa importancia, no arguye en absoluto á favor de que el mérito ó valor de los instrumentos músicos dependa del orden de antelación ó de posterioridad á que, por razón de su respectiva materia ó estructura, deben su existencia; y tan cierto es esto, que con sólo que Mr. Lasalle hubiera parado mientes, v. g., en que el registro de flauta travesera de algunos órganos, hecho de metal, nada tiene que envidiar á una flauta, propiamente dicha, de boj ó de granadillo, así como que el registro de voz celeste ó angélica habla en ocasiones al alma, á pesar de deber su mágico efecto á una lengüeta de latón, con tanta expresión como hacerlo puedan las cuerdas de un violín hábilmente manejado, no habría sentado en absoluto la tesis de que arriba dimos cuenta, en orden á la prioridad ó mérito de los instrumentos músicos de acuerdo con el reino de la Naturaleza á que pertenecen.

(1) Véase el núm. 440.

No hay que hacerse ilusiones: los efectos mágicos que operan los instrumentos músicos son debidos á un número de concausas, mucho mayor que el que á primera vista parece; tales, entre otras, como la especie zoológica cuyos sean los intestinos, así como el procedimiento usado en la curación de éstos; la clase de madera empleada en su construcción, de igual manera que sus cualidades constitutivas; la diversa naturaleza de los metales, habido igualmente en cuenta su proporcionada aleación, etc., etc., etc.

Si es cierto que los instrumentos metálicos ocupan en merecimiento el grado ínfimo, ¿se atrevería Mr. Lasalle á preferir un concierto de guitarras solas, á otro de guitarras y bandurrias?...

¿Estimaría en más una guitarra cuyas cuerdas todas fueran de tripa, con absoluta exclusión de las entorchadas?... Pues qué, ¿tan poco efecto causan en nuestro ánimo y tan escaso deleite á nuestro oido una lira hecha de barras metálicas ó un tímpano construído de tiras de cristal?

Y considerado el asunto por otro aspecto, ¿qué pito tocarían, ya que de música vamos tratando, las cuerdas sacadas de los intestinos de todos los animales habidos y por haber, si no fuera por la resonancia que le comunican las cajas sonoras, siquiera de madera, siquiera de metal, á que deben en primer lugar el timbre, el volumen y la propagación del sonido? Hágase, si no, la prueba de estirar una cuerda fijándola por sus extremos á un muro, hiérasela, y dígasenos después qué efectos de sonoridad se obtienen con semejante procedimiento; luego no son tan inferiores el reino vegetal y el mineral al animal como se pretende, tratándose de la construcción de instrumentos músicos. Y es que en el particular ocurre una cosa parecida á lo que pasa con el reverbero ó reflector respecto de la luz: que así como la claridad de ésta se aumenta considerablemente merced á dicho aparato, de igual manera crece en volumen el sonido bajo el influjo de la caja armónica, experimentando diversas modificaciones en relación con las cualidades constitutivas de dicho aparato auxiliar, tan eficaz como inexcusable.

Es cosa para hacer reir, no ya á un ser racional, sino hasta á un guardacantón (hecho de bronce, materia mineral, ¡ahí que no es nada!), la consecuencia que de sus premisas deduce Mr. Albert de Lasalle, y que, por lo chistosa, nos complacemos en volver á exponerla á la vista de nuestros lectores; á saber:

«Podemos, pues, sacar en conclusión, sin aventurar demasiado, que los instrumentos animales y vegetales, como hechos de substancias orgánicas, salen de su adormecimiento bajo la impulsión del sujeto hábil que los maneja, y, por decirlo así, *dan señales de vida* en virtud de un galvanismo especial. Por otra parte, ¿quién podría asegurar que ese pedazo de haya transformado en oboe, ó ese intestino de gato convertido en prima, han muerto completamente? Cierto que han sido arrancados de su centro de acción natural, y no podemos menos de convenir en que parte de sus propiedades ha tenido que perecer de resultas de tan súbita mudanza; pero la descomposición, prueba inequívoca de la muerte, no les ha alcanzado, y su constitución molecular sigue siendo la misma.»

Repuestos ya de nuestra risa, meditemos.

En la sed insaciable que devora á la sociedad por arrancar sus secretos á la Naturaleza, pasa lo que con todo linaje de investigaciones; á saber: que unas dan por resultado la verdad ó la utilidad, y otras el desencanto ó la irrisión. A estas últimas pertenecen, entre otras, la metempsicosis ó transmigración de las almas, la tesis recién publicada por la *Society for Psichical Research*, de Londres, respecto á que los muertos sueñan, y la teoría, en nuestros días renovada por Mr. Lasalle, referente á que los despojos, restos ó reliquias de un animal ó de un vegetal no han muerto completamente.

Todas las diversas y múltiples aberraciones que ha padecido, padece y padecerá el entendimiento humano acerca del particular que en este momento nos ocupa, giran forzosamente en torno de uno de estos dos ejes: ó materializar sobradamente el espíritu, ó espiritualizar con exceso la materia.

Hemos mentado en primer lugar la metempsicosis, y de ella diremos dos palabras.

Pitágoras fué el primero que enseñó entre los griegos y en Italia el sistema de la *Metempsicosis*, ó sea la transmigración, traslación ó traspaso de las almas de un cuerpo á otro cuerpo después de la muerte. Parece ser que aquel filósofo había aprendido ese dogma de los sacerdotes egipcios, los cuales enseñaban que después de la muerte pasaba sucesivamente el alma á los cuerpos de los animales terrestres, acuáticos y volátiles, y que lo verificaba en un período de tres mil años, pasados los cuales volvía nuevamente á animar el cuerpo del hombre. Por eso, los que creen en la metempsicosis, como los banianos, no matan ni comen ningún ser animado, por temor de matar ó comerse á alguno de sus ascendientes.

Cuéntase, á este propósito, de uno de esos bufones que nuncan faltan en sociedad, que se acordaba de haber sido siglos atrás el *becerro de oro*. «Pues mire, – le hizo notar con harta agudeza una de las contertulias, – sólo ha perdido usted el *dorado*.»

Con respecto al *ensueño de los muertos*, nada podrá dar mejor idea de semejante delirio que copiar aquí textualmente lo que leímos en *Los lunes del Imparcial* (3 de marzo de 1890). Dice así:

«¿Sueñan los muertos?

»La Society for Psychical Research, de Londres, publica todos los semestres un tomo de estudios psicológicos, que suele ser fecundo en teorías novísimas sobre la manera de ser del alma y en revelaciones sorprendentes al extremo. En el último volumen dado á la estampa por la profunda asociación es donde una de las celebridades de ella, Mr. Myers, sostiene la teoría de que los muertos sueñan.

»Soñar no es, sin embargo, la palabra más apropiada para definir lo que hacen los muertos, pues en realidad lo que Mr. Myers les atribuye es la facultad de pensar. Pero como se llama ensueño al pensamiento de la persona que duerme, de igual modo cree el honorable individuo de la S. P. R. que debe decirse que los muertos sueñan, y no que los muertos piensan.

»La teoría de Mr. Myers puede condensarse en las ideas siguientes:

»Así como después de apagada la llama de una luz queda todavía encendido durante algunos momentos el pábilo y despidiendo débiles fulgores, de igual manera el espíritu de los muertos no abandona brusca (2) y totalmente la tierra, ni los seres queridos, sino que por algún tiempo conserva lazos que el transcurso de los años va debilitando.

»Durante ese lapso de tiempo, los muertos piensan en las cosas de la tierra, en los afectos profundos que aquí dejaron, en las cosas graves que callaron y que querrían comunicar á los vivos, en las injusticias profundas, – si las hay, – que de su voluntad pendía remediar si hubieran continuado viviendo.

»Cuando el muerto no tiene nada que comunicar á los vivos ó lo que quisiera decirles no tiene verdadera importancia, la fuerza de su pensamiento y de su intención es pequeña, y por consiguiente, no produce fenómeno alguno. Pero cuando se trata de revelaciones de magnitud, como, por ejemplo, de un asesinato de que haya sido víctima el muerto y que no haya sido descubierto ni castigado; de riquezas ocultas que pudieran sacar de la miseria á personas queridas; de un testamento perdido en daño de la voluntad del difunto, etc., entonces el pensamiento del muerto puede adquirir tal intensidad y tal energía que llega á causar en el espíritu de los vivos efectos verdaderamente hipnóticos, siempre que encuentre un «sujeto» favorable; es decir, siempre que el muerto encuentre un vivo cuya voluntad y fuerza de pensamiento sean más débiles que las suyas, como sucede entre el hipnotizador y el hipnotizado.

»Mientras el vivo está despierto no es fácil la comunicación del muerto con él. Pero cuando el vivo duerme se aproxima grandemente el estado de su espíritu al del muerto, y entonces la aproximación de ambos espíritus es fácil y con ella la acción hipnótica. Cree entonces el hombre vivo que sueña determinada cosa, cuando en realidad es que el pensamiento del muerto ha logrado sobreponerse al suyo propio. Y cuando el durmiente despierta le sorprende la fuerza con que ha soñado, y la cosa soñada se convierte en obsesión durante la vigilia. Si el vivo no acierta, sin embargo, que aquello es una revelación y se trata de un hombre débil, el muerto vuelve á la carga, y apoderándose de su espíritu cuantas veces duerme, le hace soñar dos y tres veces lo mismo, hasta que el vivo, alarmado por tanta persistencia, se decide á dar pasos que le convenzan de si lo que sueña es verdad.

»Mr. Myers ilustra su artículo con multitud de ejemplos, cuya verdad garantizan varios testigos en la mayoría de los casos.

»El más extraordinario de todos, por tratarse de un hecho reputado como histórico, y que ilustra muy bien la teoría de Mr. Myers, es el de un muerto que pensaba en su esqueleto.

»Un hombre muere asesinado en una posada soli-

(2) Entiéndase que ese *brusca* que ponemos aquí, lo hacemos en fuerza de copiar literalmente. El *brusquement* francés equivale á *repentinamente* en castellano, sin necesidad de hacer incurrir en la nota de *brusco*, grosero, endriago ó zafio á quien por su comportamiento actual, ó su educación, no merece tal calificativo. – *José María Sbarbi.*



JOVEN ROMANA, dibujo de Casimiro Tomba

taria de Escocia y lo entierran secretamente en el campo, sin que de su desaparición ni de su muerte quede rastro alguno. Pasan algunos años, durante los cuales el muerto no cesa de pensar en el asesinato alevoso de que fué víctima y en su entierro en la triste y pedregosa ladera del cerro donde durante la noche sepultaron su cadáver. Llega una noche á la hostería un viajero sensible á este género de revelaciones, y el muerto, apoderándose de su espíritu, le hace soñar toda la escena del crimen y del enterramiento. Por la mañana, el viajero se despierta y el ensueño ha producido en su mente efecto tan profundo, que se convierte en obsesión, y al cabo de dos ó tres días de lucha, la obsesión le obliga á ir secretamente á cavar en el sitio donde fué enterrado el muerto. Descubre un esqueleto humano, avisa á las autoridades, practícanse averiguaciones y los asesinos caen en poder de la justicia.

»Mr. Myers no desecha en absoluto la posibilidad de apariciones de muertos á vivos; pero las considera como muy raras y extraordinarias, y las explica también por medio de la sugestión hipnótica del espíritu del muerto sobre el del vivo. El vivo ve entonces al muerto por igual procedimiento que, según el doctor Charcot, ve el «sujeto» hipnotizado la imaginaria fotografía que el hipnotizador le dice que hay sobre una cartulina en blanco.

»A este cuento refiere Mr. Myers otro suceso extraordinario. A un muchacho extremadamente susceptible á la acción hipnótica se le apareció estando despierto una hermana suya que había muerto hacía bastante tiempo antes. El muchacho refirió espantado á sus padres la aparición, y dando pormenores de ella dijo que su hermana se le había presentado con un arañazo en la cara. La madre, al oir esto, se desmayó, y sólo con gran trabajo pudieron arrancarla la confesión de que al ir á cerrar la caja había querido besar á su hija y la había hecho involuntariamente un gran arañazo en el rostro con un alfiler que llevaba en el pañuelo del cuello. «Nadie, – dijo la madre, – sabía esto, y el detalle del arañazo me hace ver que la aparición es verdad.»

»Mr. Myers habla muy en serio, y como él piensan la mayoría de los individuos de la grave Society for Psychical Research.»

¿Y qué diremos ahora de la extravagancia en que da de hoz y de coz Mr. Albert de Lasalle con su resucitada teoría del resto de vida que anima á los desechos animales y vegetales?... Diremos:

1.° Que unimos tan altas é inescrutables filosofías á las de los que sostienen que una tabla de madera aserrada por un carpintero, ó una barra de hierro golpeada al yunque por el martillo del herrero, se quejan, doloridas, en su respectivo lenguaje;

Y 2.°, que á imitación del juez que había sido abofeteado en la persona de su alguacil, *ahí nos las den todas.*

Volviendo ya, para concluir, á los efectos mágicos y sorprendentes causados por los instrumentos músicos, añadiremos á lo anteriormente expuesto, que siendo muchos los agentes que concurren á semejante operación, uno de los más eficaces es esa especie de corriente eléctrica que se establece entre el ejecutante y el oyente, según la mayor ó menor aptitud ó predisposición que entre ambos existe, lo cual depende de un sinnúmero de concausas cuyo simple planteamiento ocasionaría por sí solo un tratado de no escasas dimensiones.

Estudio fisiológico musical es éste, que, como otros muchos, se halla por hacer, especialmente aquí, entre nosotros, donde la *filosofía de la Música* se contempla aún en mantillas.

JOSÉ MARIA SBARBI

JUAN SANGRÍA

Desde pequeño fué muy negado.

Parecía á primera vista un niño muy listo, parlaba como una cotorra, no se acobardaba delante de la gente, decía una desvergüenza al lucero del alba; pero no le entraban las letras.

Comenzó á ir á la escuela con los demás niños de su edad, y en los dos primeros años no pudo aprender el Padrenuestro, ni supo conocer más letras que la *a*, á la cual llamaba el maestro la letra del burro.

En los años siguientes, á fuerza de machacar en él, fué aprendiendo algo, pero muy poco. Nunca jamás supo una lección ni medianamente sino á la tercera ó cuarta tentativa.

Había en la escuela bandas de Roma y de Cartago, y ya se sabía, la banda á que pertenecía Juan era la que perdía la semana.

Porque á última hora del sábado, por muy atrasada que estuviera la otra, empezaba el contrario de Juan á hacerle preguntas y cada pregunta le valía un punto.

Después, el domingo, iban á misa los niños de la escuela, formados en dos filas, cantando versos á la Virgen, como aquellos que empiezan:

¡Oh María!
Madre mía,
¡Oh consuelo del mortal!
Amparadme
Y guiadme
A la patria celestial.

Cada fila era constituída por una banda, y la que había ganado en la semana anterior llevaba en un cartel pintado un *victor*, mientras la que había per-

EXPOSICIÓN DE CERÁMICA DE ROMA, 1889



PLATO DE MAYÓLICA EXPUESTO POR EL CAB. VICENTE [illegible]NGHINI



PLATO CAFFAGGIOLO EXPUESTO POR EL SR. TORCUATO CASTELLANI



UNA PROFESIÓN RELIGIOSA, cuadro de A. Fellmann



ANTE EL JUEZ, cuadro de Otón Baditz. (Exposición de Obras de Arte de todas las naciones. Munich, 1890.)

dido llevaba otro cartel con la estampa de un burro. Y como éste le había de llevar necesariamente el que había tenido la culpa de que fuera vencida la banda, siempre era el portador del burro Juan Sangría, ó Juan *el burro,* como le iba llamando ya la gente del pueblo.

Con estos auspicios y con esta fama llegó Juan Sangría, un lustro más tarde, al estudio de latín, donde fué el hazmerreir de sus compañeros, y donde en tres años seguidos no pudo pasar del *quis vel qui,* ó como se suele decir, del puente de los asnos.

Cuando el dómine le despidió, completamente desesperado de poder sacar nada de él, su padre le llevó al Instituto á ver si allí pasaba.

Pero en el Instituto sucedió lo mismo.

En dos años no pudo aprobar ni una asignatura siquiera.

– ¿Cuál es la capital de Grecia?, le preguntó el catedrático de Geografía en el examen.

Y Juan Sangría contestó:

– Ataulfo.

En el examen de Historia le preguntaron qué rey fué el que cayó prisionero en la batalla de Pavía, y dijo que Esopo.

En fin, que el padre de Juan se persuadió de que su hijo no servía más que para empleado, cuando mucho, y como no estaba en las mejores relaciones con el diputado del distrito, se decidió á llevar á Juan para su casa á que esperara allí mejores tiempos.

Pero Juan tenía un tío carnal, cirujano del antiguo régimen, que dió en llevarle de acompañante cuando iba á ver á algún enfermo, y hasta concibió la mala idea de dejarle por heredero del partido.

– Mira, le dijo un día al salir para una aldea cercana al pueblo que les servía de ordinaria residencia, vete fijando en estas cosas que, como ves, no son muy difíciles, y con que aprendas regularmente á sangrar y sacar una muela, yo te daré los formularios para que recetes tártaro emético ó tisana laxante, y con poco más puedes hacerte hombre.

Juan, que había envidiado muchas veces la buena vida que llevaba su tío, no echó la advertencia en saco roto.

Comenzó á pensar en la cosa, y á poco de pensarlo ya no cabía en sí de regocijo, figurándose que había de oirse llamar con el tiempo *el señor cirujano.*

¡Qué dirían entonces sus antiguos condiscípulos que tanto se reían de él, y el que más no había pasado de fiel de fechos!

Su mismo apellido *Sangría,* cuyo significado era la esencia de la cirugía, y aun de la medicina de entonces, constituía para Juan el más feliz augurio.

Tenía gran padrino y excelente maestro, que además de los libros, le dejaría en herencia un partido completo y un nombre no mal acreditado...

No cabía duda que llegaría á ser el rey del contorno.

Con estas esperanzas no perdía ocasión de acompañar á su tío á visitar, ni perdía palabra ni gesto ni movimiento que su tío hiciera ó dijera delante de un enfermo, proponiéndose en todo imitarle y copiarle.

Una tarde fueron á ver á un vecino que tenía una fiebre gástrica, y á quien habían dejado la tarde anterior muy aliviado, casi en convalecencia.

– Me alegro de que venga V., señor D. Lesmes, dijo la mujer del enfermo al tío de Juan.

– Pues qué, ¿hay alguna novedad?, la dijo el cirujano.

– Sí, señor; me parece que Francisco está peor que ayer tarde.

– ¿Pues qué ha habido?... ¡Si le he dejado tan bueno!...

Y diciendo esto entró el cirujano, acompañado de su sobrino, en la habitación del enfermo, y se puso á tomarle el pulso.

– ¡Es claro!, comenzó á decir con tono severo. ¡Está peor!... ¡Yo lo creo!... No hacéis caso maldito de las prescripciones facultativas... ¡Qué remedio tiene más que estar peor!... Te dije que continuara á dieta, añadió dirigiéndose á la mujer, que había entrado en la habitación detrás de ellos, y ha comido...

– No señor, no ha comido, balbuceó tímidamente la consorte.

– ¿Cómo que no ha comido? ¿Me lo vendrás tú á decir á mí, que lo estoy conociendo en el pulso?... Y hasta te puedo decir lo que ha comido... Este enfermo ha comido..., además del sopicaldo que te dije que le podías dar, ha comido gallina y hasta algunos garbanzos.

– Ocho ó diez nada más, señor D. Lesmes, dijo el enfermo con voz temblorosa, maravillado completamente de la ciencia de aquel hombre; y también es verdad que chupé una zanca de un pollo... Pero ¿quién había de pensar que tan poca cosa me había de hacer daño?...

– ¡Pues ya se ve!... ¡Quién había de pensar!..., replicaba entre burlón y enfadado el físico. Y todavía quería esta tonta venir á meterme á mí los dedos por los ojos... ¡Como si yo no conociera!...

– Es verdad, señor D. Lesmes, es verdad, replicaban á un tiempo marido y mujer. El que le haya de engañar á V...

– No, añadía D. Lesmes muy satisfecho; á mí no se me engaña. Y entre paréntesis, has tenido la fortuna, decía dirigiéndose al enfermo, de que me diera la idea de venir esta tarde. Que si no vengo, esta noche vas á cenar con Cristo... Mientras que habiendo venido, creo que no habrá caso. Pero cuidado para otra. A ver, un poco de papel y un tintero...

Y después de haber recetado un vomitivo, encargando que fueran en seguida á la botica y lo tomara pronto, salió de la casa con su acompañante, dejando al enfermo y á su mujer tan agradecidos como asombrados.

– Pero diga V., señor tío, le preguntó Juan á don Lesmes cuando iban ya los dos solos á la calle abajo, ¿cómo ha podido V. conocer en el pulso, no solamente que había comido el enfermo, sino hasta la clase de alimento que había tomado? *Cencia* es esa á la que yo no me creo capaz de llegar en mi vida.

– Ni yo tampoco, hombre, ni yo tampoco, le respondió D. Lesmes; ni es necesario.

– Pues eso valdrá, repuso el sobrino; porque si lo fuera, así llegaría yo á ser cirujano como V. papa.

– Bueno, hombre, bueno; te repito que no es necesario; pero atiende, y no seas bruto. Mira: al entrar yo en el cuarto de un enfermo me fijo en todo, y observo con cuidado hasta los menores detalles, especialmente hacia la cabecera de la cama. Esta tarde, apenas entré en el cuarto de este infeliz, comencé á observar como acostumbro, y en seguida vi á los pies de la silla en que me senté, junto á la cabecera del enfermo, dos medios garbanzos y la pelleja de otro; tendí la vista hacia el rincón de enfrente y vi dos huesos de pata de gallina. La cosa era indudable. ¿Para qué nos ha dado Dios el discurso?... Claro es que aquellos eran despojos de la comida del enfermo. ¿Qué otra persona, si no, había de haber ido á comer allí? Fundado en este raciocinio hice la acusación, y ya ves qué pronto lo confesaron todo... ¡Cualquiera convence ahora á esos desdichados de que yo no soy un pozo de ciencia!

– Está bien, señor tío, está bien, replicó muy satisfecho Juan. La verdad es que á mí no se me hubiera ocurrido nunca; pero ahora que V. me lo dice, no se me ha de olvidar la treta.

. . . .

. . . .

Como todo llega en el mundo, á la vuelta de media docena de años estaba ya D. Lesmes, después de haber dado cuenta á Dios, comiendo tierra en el santo malvar, y su sobrino visitando enfermos.

Por cierto que la cuenta de D. Lesmes no debía de haber sido del todo llana, puesto que unas horas antes de morir se le oía decir, en el delirio, muy apurado y como quien contesta á una acusación:

– No, ese no le maté yo; le mató el mancebo de la botica, que no entendió la cifra y en lugar de medio grano de opio, puso media onza... No, ese tampoco le maté... ¡Si no le receté más que flor de malvas!...

Y así por este estilo.

Pero Juan Sangría, que no pensaba por entonces en dar cuentas, sino en cobrarlas, no se acobardó por estas cosas, y en cuanto su tío espurrió la pata, se presentó á los avenidos que tenía, solicitando rehacer las escrituras á su favor, y dale de aquí, dale de allá, á medio duro anual cada vecino, logró encabezar seis ó siete lugares que le habían de producir tres mil reales largos, cantidad bastante mayor que la que él soñó ganar en toda su vida.

Usaba el libro de recetas que tenía su tío, y aunque no le entendía del todo bien, cuando se encontraba con una palabra latina que no podía traducir ni apenas copiar, la sustituía con la castellana que le parecía más semejante, resultando de este modo unas ensaladas de castellano y de latín que hacían á los boticarios morirse de risa.

A veces despachaban éstos lo que buenamente creían que el sangrador había querido pedir; á veces determinaban llamarle para averiguarlo, y á veces, después de averiguado, despachaban solamente agua clara, para evitar un envenenamiento.

Con todo lo cual, bien se comprende que otro que no hubiera sido Juan Sangría, hubiera pasado gravísimos apuros.

Mas también se comprende que Juan no se apuraría demasiado; porque si en él la ciencia era poca, la vergüenza era menos.

Lo cierto es que así, con su completa falta de aprensión, y con las cosas que había oído y había visto hacer á su tío, las cuales procuraba guardar en la memoria para aplicarlas cuando caía ó cuando á él le parecía que caía, aunque no cayera, iba tirando, y cobrando, que era lo principal de su intento.

Pero el refrán lo dice: «no hace tantas la zorra, como paga en una hora,» y eso que hace muchas. Y tampoco el sangrador había hecho tantas como pagó en la hora verdaderamente aciaga en que le sucedió lo que voy á referir para finalizar la historia.

Un día fué avisado Juan muy de mañana para ver á un enfermo.

Era éste ya bastante anciano, y estaba atacado de pulmonía; pero Juan, que no supo apreciar otro síntoma que el de la tos, creyó que se trataba de un simple constipado, y quiso curársele como él se solía curar los suyos.

Le mandó que se estuviera en la cama, que no comiera y que tomara cazuelas de vino hervido con azúcar, con lo cual la calentura del enfermo fué creciendo hasta lo indecible.

Por la tarde al obscurecer volvieron á llamar á Juan Sangría, diciéndole que el enfermo estaba mucho peor, que se estaba ahogando.

– Cuando estos bárbaros se apuran así, decía Juan para su anguarina, el pobre hombre debe de estar, efectivamente, muy grave.

Y echó á andar inmediatamente para casa del enfermo, discurriendo á ver á quién echaría la culpa del desastre.

Tenía el enfermo tres hijos, robustos mocetones y algo brutos, uno de los cuales había ido esta segunda vez á llamar á Juan, y entró con él en el cuarto donde estaba acostado el paciente, ya moribundo.

Juan Sangría recordó entonces uno de los recursos de su tío que más le habían llamado la atención, y comenzó á observar los alrededores de la cama.

No vió más que unas pajas por el suelo, caídas sin duda del jergón cuando le habían querido mullir un poco para que el enfermo estuviera más descansado, y después de un breve rato de tener cogida la muñeca del enfermo, como si le tomara el pulso, exclamó con insolente gravedad:

– ¡Es claro! Está peor, mucho peor; pero no tiene nada de extraño que lo esté, porque como no hacen ustedes caso de las prescripciones facultativas... Les dije á Vds. que estuviera á dieta y ha comido.

– No, señor; perdone V., D. Juan, pero no ha comido, le contestó el mozo que le acompañaba; no ha hecho más que tomar las tres cazuelas de vino con azúcar que V. le mandó esta mañana.

– Sí, señor, insistió Juan cada vez más serio; este enfermo ha comido. ¡Vaya! ¡Me lo vendrán Vds. á negar á mí, que se lo estoy conociendo en el pulso!

– Pues no ha comido.

– Pues sí ha comido. Y hasta les puedo decir á ustedes lo que ha comido... Este enfermo ha comido paja...

– Señor D. Juan, le contestó el mozo formalizándose mucho; me parece que no es ocasión de andar en bromas. Considere V. que se está muriendo mi padre, y vea si le puede aliviar; lo demás...

– No ando en bromas, zoquete, no ando en bromas, le interrumpió Juan levantando cada vez más la voz, y dispuesto á sostener su afirmación á todo trance. ¿Qué sabes tú de esto? Ha comido y sé lo que ha comido... Sí, señor... Lo he conocido en el pulso... A más de que ¿no tengo yo ojos?... ¿Crees que no he visto en cuanto entré las pajas caídas por el suelo? Este enfermo ha comido paja...

– Paja la habrá comido V., so animal, ó si no la ha comido, merecía comerla, dijo el mozo ya fuera de sí, soltando á Juan Sangría tan fuerte bofetada, que le hizo rodar por el suelo.

A los gritos acudieron los dos hermanos del agresor, y enterados brevemente del caso por esta exclamación del primero: «¡Pues no dice el grandísimo bestia que padre ha comido paja!...,» tomaron cartas en el asunto, y entre los tres llevaron á Juan Sangría á estacazos y á puntapiés hasta la puerta de la calle, administrándole tan formal paliza, que á duras penas salvó la pelleja.

No le quedó ganas de volver á visitar enfermos.

Y todavía tiempo andando, cuando iba al monte á hacer carbón, que fué el oficio que tomó después, le hacían burla los otros carboneros voceándole desde un cerro á otro:

– ¡Juan! Ese enfermo ha comido paja.

Y contestaba el pobre Juan, escociéndose todavía de los golpes:

– Lo que comí fué leña...

Antonio de Valbuena

SECCIÓN CIENTÍFICA

EL ACUEDUCTO DE SERINO Y LA DISTRIBUCIÓN DE LAS AGUAS DE NÁPOLES

Entre las grandes obras públicas que nos han dejado los romanos, las más numerosas y las más imponentes son indudablemente las que tienen por objeto la conducción de aguas potables. Sabido es que el famoso puente del Gard estaba destinado á surtir de aguas á la ciudad de Nimes, y que los acueductos de la Roma de los Césares proveen aun hoy en día abundantemente á las necesidades de la capital de Italia.

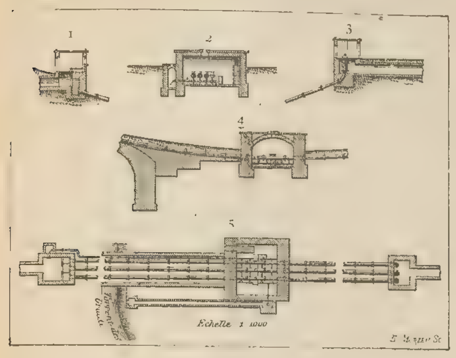


Fig. 1. Detalles del sifón de los Gruidi
Secciones: 1, de la cámara de toma de agua; 2, de la de carga y descarga; 3, de la de llegada; 4, del sifón; 5, Plano del sifón.

Una empresa acaba de dotar á la ciudad de Nápoles de una distribución de agua proporcionada á su población (500.000 habitantes), y da ocasión para hacer un estudio comparativo entre los recursos empleados por los ingenieros de la antigüedad y nuestros modernos ingenieros; las fuentes de Serino que el emperador Claudio destinó á la alimentación de Nápoles y de las ciudades florecientes que en aquella época existían en las costas del golfo de ese nombre, son precisamente las mismas que una sociedad francesa, la *Compañía general de aguas para el extranjero*, ha utilizado, bien que limitando su distribución á la ciudad de Nápoles únicamente.

Nacen esas fuentes en el alto valle del Sabato, y son casi las únicas que, capaces de dar un caudal suficiente, se encuentran en la masa montañosa, á cuya falda se alza la ciudad nombrada: en efecto, la naturaleza de los terrenos eminentemente permeables de casi toda esta comarca, trae como consecuencia inmediata la pérdida de las aguas superficiales, razón por la cual los romanos habían tenido que ir á buscar las fuentes de Serino para llevarlas á Nápoles por medio de un acueducto de 80 kilómetros de longitud y de libre corriente, pues la falta de tubos á propósito les impedía emplear las cañerías forzadas y les obligaba á salvar por medio de puentes colosales los valles que hoy se atraviesan con sifones metálicos invertidos

El acueducto de Serino representa desde este último punto de vista la más grandiosa y atrevida instalación de cuantas hasta el presente se han intentado. Debemos, sin embargo, consignar que sólo ha podido aplicarse gracias á la grande altura del salto de agua de que se disponía, pues la aducción de las aguas por medio de sifones invertidos produce una pérdida importante de carga.

Antes de describir esta parte capital del acueducto de Serino hemos de consignar que un primer proyecto, debido al ingeniero italiano F. Abate, no fué aprobado por el Municipio de Nápoles á causa de lo incierta que se presentaba la reparación del acueducto romano, que era indispensable para la realización del mismo, y se prefirió que las obras sortearan el macizo montañoso de Avella, descendiendo primero el valle del Sabato y franqueando la cordillera de Monte Vergine, que separa á éste del valle que se extiende entre los montes de Avella y el monte Taburno. El acueducto libre sigue luego hasta la cumbre de la colina de Cancello, á partir del cual tres sifones metálicos ajustándose al perfil de la llanura de Nápoles desembocan en los depósitos de distribución. Este trazado era el más racional, porque el perfil relativamente poco accidentado del terreno, permitía disminuir la longitud de los túneles, sin aumentar notablemente el desarrollo total de la obra.

Los manantiales Urcinoli, que proporcionan un caudal de 17.000 metros cúbicos de agua al día, están situados á 330 metros sobre el nivel del mar; su limpidez es perfecta y su temperatura, casi constante, no pasa de 12 grados durante el verano. Estas aguas son recogidas en tres galerías de mampostería subterráneas y rodeadas de un drenaje de grandes guijarros, en el que penetran aquéllas por las barbacanas que de trecho en trecho hay practicadas en los muros verticales. Las galerías se reunen en una cámara central de tres pisos sobrepuestos: el más alto, situado al nivel del suelo, contiene los aparatos de las maniobras de las compuertas colocadas al extremo de cada galería, y los otros dos son subterráneos. La cámara intermedia recibe las aguas del colector y comunica con un canal de descarga; á la cámara baja va á parar la boca del acueducto de libre desagüe, el cual tiene una longitud total de 59.551'75 metros, desde los manantiales hasta la colina de Cancello, distribuídos del siguiente modo: zanja, 39.986'55; dos sifones, 1.114; puentes, 1.706'95; túneles, 16.744'25.

Fig. 2. Primer puente-acueducto de Atripalda

En las partes de zanjas el acueducto está cubierto de una capa de tierra de un metro por lo menos de espesor, para que el agua se mantenga fresca. El perfil más frecuentemente empleado es aquel en que el zampeado tiene la forma de un arco de círculo invertido, unido á dos muros verticales, sobre los que descansa una bóveda de medio punto; la altura desde la clave es de 2 metros y la anchura entre los muros verticales de 1'60. El canal, construído con piedras calizas ó con toba, está interiormente revestido de una capa de cemento de Grenoble de 15 milímetros de espesor para facilitar el curso del agua, disminuyendo el roce y evitando las pérdidas y las filtraciones. La sección transversal es de 2'80 metros, y con una pendiente de 50 centímetros por kilómetro puede dar un volumen de agua mayor que el prescrito en la concesión (2 metros cúbicos por segundo).

El acueducto cruza por medio de puentes todos los valles, excepción hecha de los Tronti y de los Gruidi que no ofreciendo bastante estabilidad para las obras de fábrica, han sido atravesados por medio de dos sifones invertidos; uno de 588 metros de longitud, compuesto de 4 tubos, y otro de 526 metros con tres filas de tubos. Este último es el que representan en su conjunto la fig. 3 y en sus detalles la fig. 1.

Los tubos han sido colocados en zanja siguiendo la inclinación del terreno, y para que no se deslicen van sostenidos por cadenas transversales de albañilería. En el fondo del barranco corre un torrente, sobre el cual se ha construído un puente de mampostería para sentar el sifón. Las cañerías arrancan de una cámara de dos pisos, situada en la parte alta de la obra; en el piso bajo desembocan las aguas del canal libre que luego entran en los tubos; en el superior hay los aparatos para maniobrar las compuertas que permiten hacer independientes entre sí las cañerías. En el otro extremo del sifón las cañerías van á parar á una cámara de llegada análoga á la de partida.

Los sifones se cargan por la parte inferior y el agua se toma de las cámaras de arriba por medio de una cañería de 0'150 metros, que se ajusta á cada una de las filas de tubos en el puente que hay al fondo del barranco; de este modo el agua se eleva regularmente en las dos ramas á la vez, y el aire se escapa sin sacudidas por el extremo superior de cada rama hasta que el sifón está lleno. Las llaves de descarga están también colocadas en el punto más bajo de la misma cámara que las de carga.

El número de puentes acueductos es de 20, de los que los más importantes son los de Atripalda, el primero de los cuales (fig. 2) atraviesa la carretera provincial de Melfi, tiene 303 metros de longitud y consta de 18 arcos. Más lejos, en los valles de Río-Vergine y de Río-Noci, se encuentran otros, uno de 354 metros con 20 arcos y otro de 493 con 31.

La perforación de túneles ha sido en extremo difícil, especialmente la del de Ciardelli (de 3.240 metros de longitud), y de algunos otros de la misma región, en donde se ha encontrado una arcilla húmeda que producía enormes empujes y dejaba además escapar gases explosivos que constituían un peligro constante para los obreros y empleados de la compañía.

En el canal destinado á alimentar las fábricas se han establecido tres saltos de agua, de 5, 36 y 37'43 metros de altura, emplazados respectivamente más arriba del gran puente acueducto de Atripalda, cerca de Arpaja y en el extremo del canal sobre la vertiente de la colina de Cancello.

Los saltos se diferencian del perfil normal en que el zampeado está dispuesto en peldaños y en que en el punto de arranque de cada uno de ellos se ha construído una cámara, en el fondo de la cual se ha dejado el agua necesaria para el funcionamiento de las cañerías de fundición que llevarán el agua á los motores de las fábricas. Al pie del salto hay una segunda cámara, adonde aquellas cañerías conducirán el agua después que haya sido utilizada como fuerza motriz.

Los aparatos de maniobra del acueducto libre están colocados en 14 cámaras, distribuídas á lo largo de la línea, que contienen

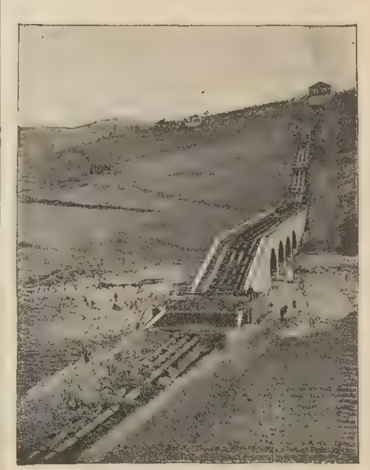


Fig. 3 Sifón de los Gruidi. Vista general

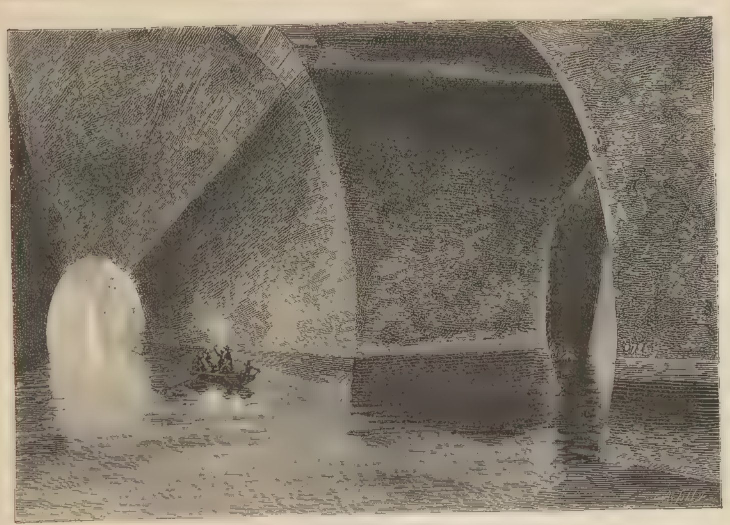


Fig. 4. Una de las cinco galerías de Capodimonte, cerca de Nápoles

las compuertas de cierre y de descarga; estas últimas permiten vaciar el acueducto por trechos de 5 kilómetros. De 200 en 200 metros hay construídos atarbes.

Henos ya llegados al extremo del acueducto libre, es decir, al punto desde donde la colina de Cancello domina la llanura de Nápoles, y á partir del cual se extienden las tres grandes cañerías forzadas ó sifones invertidos.

Veamos ahora la disposición de la parte de las obras que funcionan por presión, ó sea de los sifones que unen la colina con la ciudad.

El acueducto de libre corriente proporciona un caudal de aguas de 2 metros cúbicos por segundo, ó sea de 172 800 por día. Ahora bien: Nápoles cuenta 500.000 habitantes y el contrato de concesión impone la conducción á los depósitos de 200 litros por habitante, lo que equivale á un total de 100.000 metros. Este es el volumen que han de dar los sifones, de modo que quedan en la colina de Cancello 72.000 metros cúbicos disponibles, sea para aumentar la distribución, sea para la fuerza motriz.

Uno de los sifones lleva el agua al depósito superior, á 183 metros de altura sobre el nivel del mar, tiene un diámetro de 0'70 metros y arranca de la colina de Cancello á la cota de 207'77 metros; mana á razón de 232 litros por segundo, su longitud es de 22 700 metros y la pérdida de carga por esta longitud y aquel caudal es de 24'77 metros.

Los otros dos sifones alimentan el depósito inferior; su diámetro interior es de 0'80 metros y su caudal total de 928 litros por segundo; la altura del punto de partida es de 135'36 metros, la del de llegada al depósito de 93'60; su longitud de 18.727 metros y la pérdida de carga de 42'05.

En su parte inferior el sifón de 0'700 metros sufre una presión de 186 metros y los dos sifones de 0'800 de 113.

El agua entra en los sifones por las cámaras de partida situadas en la colina, la más elevada de las cuales constituye el punto de partida del sifón del servicio de las mayores alturas, y está dividida en tres compartimentos: el de la izquierda recibe las aguas procedentes del acueducto principal; el del centro da paso á las que no entran en el sifón de 0'70 metros y que prosiguen su camino hacia la cámara inferior, y el de la derecha sirve para la toma del referido sifón.

La cámara inferior, de la que parten dos sifones de 0'80 metros, está igualmente dividida en tres compartimentos: uno para recibir las aguas de la cámara superior, otro para la toma de esos dos sifones, y el último para el sobrante de agua que los sifones no pueden recibir ó para la descarga de las que fluyen por el acueducto, si no se las quiere introducir en aquéllos.

Entre el extremo del acueducto libre y la primera cámara de partida de la cañería de 0'70 metros, lo propio que entre esta cámara y la segunda que sirve de punto de partida de los sifones de 0'80, el canal forma pendiente según la inclinación de la colina, y su zampeado está dispuesto en peldaños. Las tres cañerías forzadas van á parar á unas cámaras de llegada análogas á las de los sifones de los Gruidi y de los Tronti, después de haber seguido el nivel de la llanura de Acerra y atravesado por medio de galerías subterráneas las líneas de ferrocarril que por ella cruzan y por medio de puentes los canales ó barrancos que por ella corren. La carga de estas cañerías se efectúa por la parte baja en las mismas condiciones que la del sifón de los Gruidi. Varios desagües permiten vaciar los tubos para hacer las reparaciones necesarias, pero el agua no puede ser desalojada de aquéllos sino desviándola desde la parte alta, porque habría sido peligroso, tratándose de cañerías de tan grandes diámetros y sometidas á tan fuertes presiones, emplear llaves de cierre colocadas en el curso de las mismas

Los sifones de 0'80 metros terminan en el linde derecho de la cañada de Miano y desembocan en un canal libre de mampostería que conduce las aguas al depósito de Capodimonte. El sifón de 0'70 tiene un recorrido algo más largo para llegar al depósito de Scudillo, destinado al servicio de las mayores alturas. Los dos depósitos ofrecen la particularidad de que en vez de estar construídos de mampostería han sido abiertos en la mole de toba, que constituye la mayor parte del subsuelo de Nápoles; como dicha mole es muy compacta, teníase la seguridad de obtener una completa solidez, y al propio tiempo cierta sencillez de construcción, además de la apreciable ventaja de poner el agua al abrigo de las influencias exteriores de la temperatura.

El depósito de Scudillo se compone de tres grandes galerías, abiertas en la dirección de Este á Oeste á una profundidad media de 30 metros y revestidas de una capa de cemento de Grenoble. El perfil transversal de las mismas tiene la forma de óvalo más estrecho hacia el vértice y terminado en la base por un zampeado ligeramente deprimido en el centro. El nivel del agua cuando el depósito está lleno es de 183 metros sobre el nivel del mar; las galerías tienen 9'50 de altura máxima y 10 metros de ancho, y la altura del agua es de 6 metros. Las tres galerías, independientes y separadas por una mole de rocas de 10 metros de espesor, tienen una longitud de 114 metros cada una, y se ventilan por medio de pozos verticales. Las maniobras se ejecutan por medio de dos galerías superpuestas, una al nivel de la bóveda para la entrada del agua, otra al nivel del zampeado para el desagüe.

El sifón de 0'70 por donde el agua llega desemboca en la cuneta del zampeado de la galería superior y el caudal sobrante que no puede entrar en el depósito baja al canal de desagüe. Las cañerías de salida son tres y pueden ser alimentadas por los tres compartimentos á la vez ó por uno solo ó por el tubo de llegada, según se abran ó cierren una ó varias compuertas. El desagüe se verifica por un tubo situado en el fondo de cada galería del lado de la entrada, que va á parar á un canal abierto á lo largo de la galería de servicio inferior, que también recibe el sobrante de las aguas conducidas por el sifón de llegada. Este canal, que fuera del depósito es abierto, desagua en la cañada de Fontanelle.

El segundo depósito, situado en la colina de Capodimonte, está destinado á los servicios de baja y media elevación, tiene una capacidad de 80.000 metros cúbicos y consta de cinco galerías paralelas, abiertas á una profundidad de 50 metros (fig. 4). El perfil transversal de estas galerías es análogo al del depósito de Scudillo: tienen una altura de 10'80 metros y una anchura de 9'25 con pilares de igual espesor. Las galerías extremas comunican entre sí por medio de brazos transversales; la central está aislada, lo cual permite reunir los depósitos ó formar tres independientes. Las paredes están cubiertas de una capa de cemento de Grenoble hasta 0'50 metros sobre el nivel del agua. La ventilación se obtiene por medio de siete pozos verticales que van á parar al exterior.

Los aparatos para las maniobras están dispuestos de una manera análoga, en principio, á los del depósito de Scudillo, pero el número de galerías es de tres: una para la entrada del agua, otra para la salida y la tercera para el desagüe.

La distribución de las aguas se reparte en dos zonas distintas, y asegura un caudal de agua de 200 litros diarios por habitante.

Los trabajos de esta obra, comenzados en 1882 simultáneamente en varios puntos, quedaron terminados en diciembre de 1884, siendo inaugurada la explotación por el rey de Italia en 10 de mayo de 1885.

Esta grandiosa empresa, combinada con la creación de una nueva red de cloacas, ha permitido sanear la ciudad de Nápoles, respondiendo á las exigencias de la higiene municipal y á todas las necesidades domésticas.

En cuanto á lo atrevido de la construcción y á la habilidad de ejecución, el acueducto de Serino puede sostener con ventaja la comparación con las más famosas obras de los romanos.

Estos trabajos honran á M. Marchant, director de la *Compañía general de aguas para el extranjero*, y á M. Schnœbele, uno de sus ingenieros que han concebido el proyecto y el encargado de ejecutarlo.

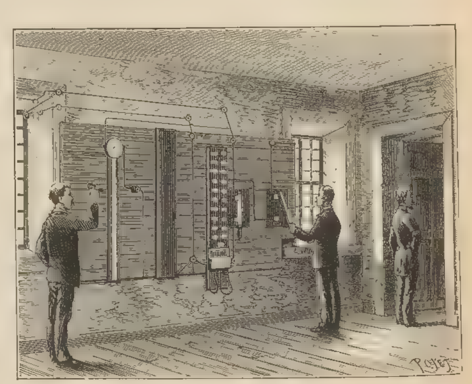
(De *La Nature*)

***

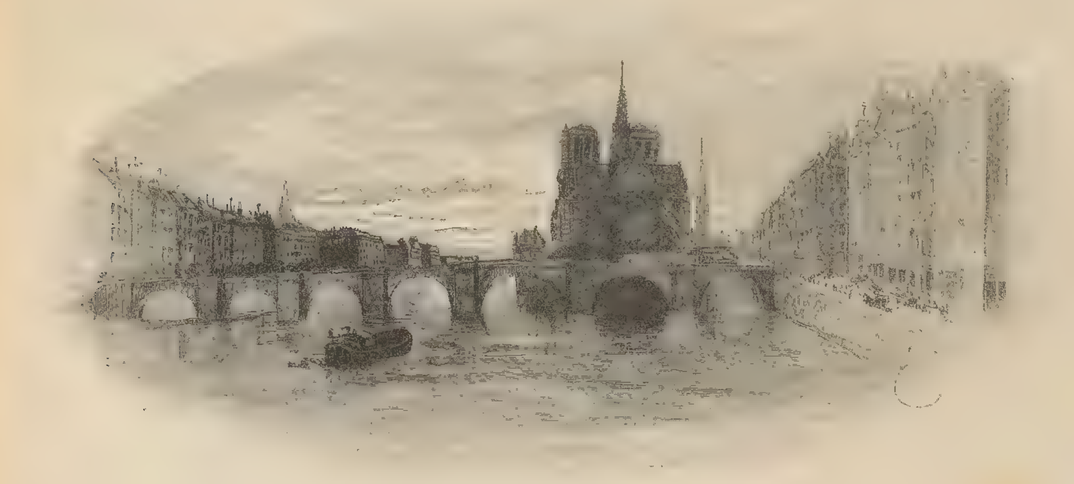
PRIMERA EJECUCIÓN ELÉCTRICA

Cuadro de órdenes que ha servido para la misma

En el número 456 de esta ILUSTRACIÓN hemos descrito minuciosamente los aparatos que se emplearon en la primera ejecución llevada á cabo en los Estados Unidos por medio de la electricidad. Allí encontrarán nuestros lectores la descripción detallada del cuadro de órdenes que hoy reproducimos, y que con los grabados entonces publicados permite formarse una idea completa de ese nuevo sistema de aplicación de la pena de muerte, cuyos resultados, á decir verdad, no han correspondido á las esperanzas que en él se habían cifrado, puesto que en vez de abreviar ha prolongado horriblemente las torturas del infeliz condenado á la pena capital en quien se hizo el primer ensayo.



Primera ejecución eléctrica. – Cuadro de órdenes que ha servido para la misma



TODA UNA JUVENTUD

POR

FRANCISCO COPÉE

Ilustraciones de Emilio Bayard - Grabado de Huyot

(CONTINUACIÓN)

Llegan al boulevard Pigalle. El sol se ha puesto, el cielo límpido y sereno se tiñe de azul turquesa y el áspero viento de la noche desgaja de los árboles medio secos las últimas hojas del otoño parisiense, hojas secas carcomidas de polvo.

Amadeo enmudece. Su ansiosa mirada solicita y espera la respuesta de Luisa.

– Querido Amadeo, – le dice entonces Luisa mirándole con sus ojos llenos de franqueza y de bondad, – tienes un corazón bueno y generoso como ninguno... Sospechaba que amabas á María y quisiera poderte contestar inmediatamente que ella te corresponde, y que de hoy en adelante tú y nosotros formaremos una sola familia... Pero sinceramente no puedo hacerlo... Aunque esa querida niña es algo frívola, su instinto de mujer ha debido adivinar tus sentimientos, y no obstante nunca nos ha hablado de ellos ni á mamá ni á mí... Tranquilízate: en esto no veo un mal presagio: es tan joven é inocente que bien pudiera amarte sin darse cuenta de ello, es posible que tu declaración la entere del estado de su corazón, y estoy segura de que se conmoverá por el amor y por el afecto que profesas hacia nuestra familia. Deseo con toda el alma, querido Amadeo, que se realicen tus esperanzas... porque, á ti ya puedo decírtelo, es necesario que inmediatamente nuestra querida María goce de un poco de ventura, pues me traen inquieta desde hace algún tiempo sus horas de profunda tristeza y sus crisis de llanto. Tú mismo habrás notado que la devora el fastidio, y no cabe duda de que sufre más que mamá y que yo con la dura existencia que llevamos; lo cual se explica perfectamente. Sentirse, como ella, bonita, seductora, nacida para la felicidad, y ver el presente y el porvenir tan sombríos, es cosa que causa pena. Comprenderás, pues, amigo mío, cuánto deseo que se efectúe vuestra unión. Eres bueno y amable y estoy segura de que harás muy dichosa á nuestra María... Pero tú lo has dicho, yo represento en la casa la prudencia. Concédeme algunos días para observar á María, para arrancarle sus confidencias, y si alguna tiene que hacerme, para despertar quizás en ella un sentimiento ignorado, y está persuadido de que tienes en mí la aliada más segura y más fiel.

– Tómate el tiempo que necesites, querida Luisa, – contesta el poeta. – Confío en ti. Todo cuanto hagas estará bien hecho.

Le da las gracias, y cuando se separa de ella al fin de la calle Lepic, la pobre desdeñada siente una amarga dulzura al abandonar al joven sus manos deformes de pianista, cubiertas de guantes reteñidos y demasiado grandes, y al sentir que Amadeo las estrecha con efusión, impulsado por la esperanza y la gratitud.

Luisa quiere y debe hacer este matrimonio, y así se lo dice y repite al subir la escarpada calle, en donde se agita entre las sombras del crepúsculo el tumulto popular propio de aquella hora en que los obreros abandonan sus trabajos. No, no, María no piensa en Amadeo: está bien segura de ello; pero es necesario que á toda costa aparte á su joven hermana de los desalientos y malos consejos de la miseria. Amadeo ama á María y sabrá hacerse amar: es preciso unir á los dos jóvenes y asegurar su felicidad. Tocante á ella, ¡qué importa! Si tienen hijos ella acepta de antemano sus funciones de tía mimosa y vieja madrina, con tal de que María se deje aconsejar y consienta. Esta, como linda que es, es también algo vanidosa y tal vez alimenta alguna loca esperanza, basada en sus veinte años y en su belleza. Todo esto preocupa mucho á Luisa. La pobre joven, cubiertas las delgadas y encorbadas espaldas con su pañuelo negro, olvidando sus propios disgustos y sólo pensando en el bien de los que ama, gana trabajosamente la altura de Montmartre; pero al llegar á la salchichería próxima á la alcaldía, se acuerda de un encargo de su madre; y como en la existencia de los pobres siempre se mezcla al drama de la vida algún trivial detalle, Luisa, sin distraerse de sus pensamientos, que significan el sacrificio de su corazón, compra dos chuletas empanadas para la cena y hace que se las envuelvan en un papel.

Al día siguiente de su conversación con la buena Luisa, Amadeo experimentó la impaciencia casi dolorosa que sufren las personas nerviosas cuando esperan algo que les interesa. Las horas de oficina pareciéronle interminables; y á las cinco, para evitar la soledad, fué á casa de Mauricio, á quien hacía quince días que no veía, y le encontró solo en su estudio.

El joven artista tenía un aspecto preocupado, y mientras Amadeo alababa un boceto colocado sobre un caballete, Mauricio, con los ojos bajos y las manos metidas en los bolsillos de su chaquetón encarnado, paseaba de uno á otro lado de la pieza sin contestar á las alabanzas de su amigo.

De repente se paró, y mirando á Amadeo le preguntó:

– ¿No has visto estos días á las señoras Gerard?

Desde hacía algunos meses Mauricio no le hablaba de aquellas señoras, así es que, algo sorprendido, contestó:

– Sí, ayer mismo encontré á la señorita Luisa.

– Y... – repuso Mauricio titubeando, – ¿está buena toda la familia?

– Sí, todos.

– ¡Ah!, – exclamó el artista con acento particular, y continuó su interrumpido paseo.

Amadeo experimentaba una emoción desagradable siempre que oía el nombre de las señoras Gerard en boca de Mauricio; pero esta vez, el semblante equívoco y el tono singular con que el joven pintor le preguntaba por ellas produjeron en el poeta un verdadero malestar. Sobre todo le impresionó la exclamación de Mauricio, aquel «¡ah!» que parecía tener algo de enigmático. Pero después de todo, su recelo no tenía fundamento y las preguntas de su amigo eran naturales.

– Pasaremos la noche juntos, querido Mauricio.

– Hoy, imposible, – respondió éste, siempre preocupado, y haciendo resonar bajo sus pies el piso de madera del estudio. – Tengo una cita, voy á una reunión.

Amadeo comprendió que había venido con poca oportunidad y se despidió discretamente. Pero el apretón de mano de Mauricio parecióle más flojo, menos cordial que de costumbre.

– ¿Qué tendrá?, – se preguntó varias veces el poeta, mientras comía en un restaurant del barrio latino. Después fué al Teatro Francés para matar el tiempo y además para pedir noticias de su drama á Jocquelet, que aquella noche representaba el *Legatario universal*.

El cómico, ataviado con el calzón negro y las botas de Crispín, le recibió en su cuarto. Estaba sentado en mangas de camisa, despechugado delante de su mesa, y acababa de pegarse debajo de la nariz los bigotes de gato enfurecido del personaje tradicional. Sin levantarse ni dar las buenas noches, dijo al poeta, á quien vió en el espejo:

– Nada nuevo de tu obra. El administrador está muy atareado. Estamos ocupados con la reproducción del *Compadrazgo*, pero le echaremos fuera dentro de un par de días... y entonces...

En seguida, hablar por hablar, sólo por ejercitar su formidable órgano vocal, vomita con estrépito de esclusa abierta un torrente de cosas vulgares. Alaba la obra de Scribe, que van á volver á poner en escena; declara que el famoso Guillery, su antecesor, estaría execrable en ella y haría una plancha. Y... ¡ah, hijos míos!, Jocquelet se lamenta de estar abrumado de las persecuciones de una gran señora: ya se sabe, la del palco número 6, y señala con un ademán lleno de fatuidad una carta arrojada entre los botes de pomada. Después, elevándose á consideraciones de más alto orden, condena la política de las Tullerías y abomina de la corrupción imperial, reconociendo que «ese pobre Badingue» (que tres días antes en Compiegne había felicitado al actor) valía más que cuantos le rodeaban.

El poeta se fué á acostar aturdido por esta charla.

Cuando se despertó al día siguiente se redobló la angustia que experimentaba pensando en María. ¿Cuándo volvería á ver á Luisa? ¿Le traería una respuesta fovorable? A pesar de la hermosura de aquella admirable mañana de otoño, Amadeo tenía nublado el corazón y se sentía desfallecido.

Nunca le pareció más nauseabunda su tarea oficinesca. Su compañero de negociado, cazador de afición, que había obtenido una licencia de dos días, le hizo escuchar, quieras que no, una porción de insípidas historias de perdices sacrificadas y de perros que paraban las piezas maravillosamente; por supuesto, todo acompañado de los correspondientes «¡pim! ¡pom!» para imitar la detonación de las carambolas.

Sin embargo, á la salida del ministerio, Amadeo se serenó un tanto. Volvió despacio á la Isla de San Luis, siguiendo los muelles, mirando los objetos expuestos en los tenduchos, gozando de la dulzura de aquella hermosa tarde y fijando sus miradas en el dorado cielo que se destacaba sobre la flecha de la Santa Capilla y de las torres de Nuestra Señora, para seguir el vuelo de las golondrinas, que se reunían para su próxima partida.

Ya de noche, comió en su barrio, y resolvió, para engañar su impaciencia, trabajar toda la noche en corregir una escena de su drama, que no le satisfacía por completo. Subió á su cuarto, encendió la lámpara y se sentó delante su mamanuscrito. ¡Ea! ¡Al trabajo! Desde el día anterior había estado preocupado absurdamente. ¿Por qué imaginarse que le amenazaba alguna desgracia? ¿Existen acaso los presentimientos?

De pronto sonaron en la puerta tres golpes ligeros, pero precipitados, bruscos, siniestros.

Amadeo se puso en pie, tomó su lámpara, fué á abrir y retrocedió dos pasos delante de Luisa Gerard.

– ¿Tú, en mi casa?... A esta hora... ¿Qué sucede, pues?

La joven entró, dejóse caer en el sillón del poeta, que, al volver á colocar la lámpara en la mesa, notó que Luisa estaba pálida como un cirio, y asiendo fuertemente las dos manos de su amigo, le dijo con voz enronquecida por la desesperación:

– Amadeo, he acudido á ti por instinto, como á nuestro único amigo, como á nuestro hermano, como al solo hombre que podrá tal vez ayudarnos á reparar la espantosa desgracia que nos abruma...

Y al llegar aquí faltóle aliento para continuar.

– ¡Una desgracia!, – exclamó el joven. – ¿Qué desgracia?... ¿María?...

– ¡Sí, María!

– ¿Un accidente?... ¿Una enfermedad?

Luisa hizo un ademán violento con el brazo y con la cabeza, que significaba: «¡Si no fuera más que eso!» Y después, con los ojos fijos y extraviados, contraída la boca por un gesto de amargura, hablando bajo, con palabras entrecortadas:

– El señor Mauricio Roger, – dijo, – ¡sí... tu amigo Mauricio!... ¡un miserable!... ha engañado... seducido á la desdichada niña!... ¡Oh! ¡Una infamia!... Y ahora... ahora...

Su rostro hasta entonces pálido se encendió de repente.

– Ahora... ¡María está embarazada!

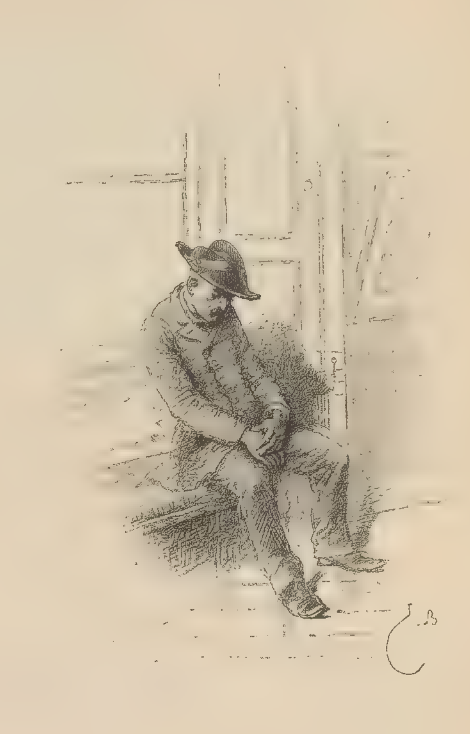
Al oir estas palabras, el poeta dió un grito espantoso, aterrador. Vaciló y hubiera caído á no estar próxima la mesa. Se sentó en el borde de ésta, apoyándose con ambas manos, y permaneció así helado por un escalofrío, con la boca llena de bilis. Delante de él, hundida en el sillón, avergonzada Luisa se tapaba la cara, y gruesas y desgarradoras lágrimas corrían lentamente entre los dedos de sus pobres y raídos guantes.

XIV.

Hacía más de tres meses que Mauricio y María habían vuelto á verse un día de verano en que el joven fué al Louvre á admirar á sus maestros preferidos, los pintores galantes del siglo XVIII; hubo de llamar en la sala de pasteles su atención, siempre alerta cuando de mujeres se trataba, la admirable cabellera de una joven artista, vestida de negro, que copiaba un retrato de La Rosalba. Eran los cabellos de la linda pastelista, los célebres cabellos de oro y de fuego que traían revuelta á la pollería pictórica del Museo, y que hacían volver coloristas á los mismos discípulos de Signol.

Mauricio se acercó á la copista, y ambos á dos exclamaron á un mismo tiempo:

– ¡Señorita María!



– ¡Señor Mauricio!

¿Era posible? ¿Tan pronto le reconocía, y no así como así, sino con una sonrisa encantadora? ¡Hola, hola! Luego aquella linda joven no le había olvidado. La verdad es que en las visitas que en otro tiempo había hecho á la familia Gerard, ya notó que su presencia no desagradaba á la muchacha; pero después de tanto tiempo obtener de sopetón aquel recibimiento expresado por aquel grito casi de alegría, era ciertamente cosa harto lisonjera para él.

De pie cerca del caballete, con el sombrero en la mano, esbelto y vestido con irreprochable elegancia, Mauricio se puso á hablar con la señorita Gerard. Primeramente le recordó en términos convenientes y discretos la dolorosa pérdida de su padre; luego le preguntó por su madre y hermana, le manifestó cuánto le había complacido que le hubiera conocido tan pronto; y por fin, cediendo á su carácter algo atrevido añadió:

– Respecto á mí, en el primer momento dudé al ver á usted... ¡En estos dos años se ha hecho usted tan hermosa!...

Y como María se pusiera colorada, continuó con acento gracioso, que disculpaba su atrevimiento:

– Ya me había dicho Amadeo que estaba usted deliciosa; pero ahora casi no me atrevo á pedirle noticias de ustedes; porque desde que viven en Montmartre, y aunque sé que las ve todos los domingos, nunca se ha brindado á llevarme á ofrecer á ustedes mis respetos. ¡Palabra de honor, señorita María!, me parece que está enamorado de usted y que es celoso como un turco.

La joven protestó confusa, pero sonriente; y al punto el deseo se despertó en el sensual joven.

¡Ah! ¡Si supiera las ilusiones que María se forja en lo más recóndito de su corazón, desde el punto y hora que le vió por primera vez hace unos años! ¡Si hubiera comprendido su antigua aspiración á ser distinguida, elegida, amada por el hermoso Mauricio, que había pasado como un meteoro por el reducido tugurio del papá Gerard, allá abajo, en la calle de Nuestra Señora de los Campos! Después de todo, ¿por qué no ser amada? ¿No poseía el supremo poder, la belleza? Su padre, su madre, su misma hermana la juiciosa Luisa, se lo habían repetido sin cesar. Sí, desde un principio, se sintió hechizada por aquel joven de bigote de oro y de modales de gran señor, y á su vez esperó agradarle. Luego, á pesar del luto y de la miseria (¡ay! quizá por causa de ésta!), había continuado embriagándose en aquella locura, en aquel narcótico contra la tristeza, soñando, como en las comedias de magia, con la vuelta del príncipe encantador. ¡Pobre María, tan buena, tan sencilla, pero á quien habían persuadido de que era hermosa! ¡Pobre niña mimada!

(Continuará.)

NUESTROS GRABADOS

Desigualdad conyugal, cuadro de R. Poetzelberger.—También pudiera titularse este cuadro el suplicio de Tántalo. Ved, si no, á ese anciano decrépito, sediento de una pasión que corresponda á sus afanes, ávido de saborear las dulzuras de un amor juvenil cuyos ardores reaviven el extinguido fuego de su corazón caduco: tiene á su lado una mujer joven, hermosa, capaz de sentir los más ardientes afectos; es dueño de ella porque á ella le une santo é indisoluble lazo, y sin embargo, como en la narración mitológica, las frescas aguas que sus labios tocan se alejan apenas se entreabren éstos para apagar su sed abrasadora, y los tentadores frutos huyen de su alcance cuando tiende sus manos para cogerlos.

Digno ciertamente de lástima es este desgraciado, pero ¡cuánta mayor compasión inspira su infeliz compañera! Joven, bella, nacida para amar y ser amada, vió muertas sus más risueñas ilusiones al tener que unirse con quien no podía realizar sus amorosos ensueños, sin otra esperanza que la de que la muerte del hombre cuya existencia pesa sobre la suya como losa de plomo, le devuelva algún día la dulce libertad perdida. ¡Cuán bien se aviene con el estado de su alma el melancólico espectáculo del otoño arrancando una á una las hojas que fueron el más preciado adorno de su jardín! ¿Volverá para ella la primavera que no ha de tardar en cubrir de nieve los árboles con frondoso follaje?

Esta preciosa obra de Poetzelberger llega al alma de tal manera, que ante la intensidad del sentimiento que su contemplación despierta, desaparecen las innumerables bellezas de la ejecución que la avaloran, y sólo cuando se desvanece esa primera impresión surgen en todo su vigor la elegancia de la ejecución, los primores del dibujo, el bien entendido contraste entre las dos figuras, la expresión de los rostros y de las actitudes de éstas y el tinte poético y encantador en que aparece envuelto todo el cuadro.

Un episodio de la infancia de Garibaldi, escultura de C. Fontana, premiado en la última Exposició Artística de Roma.—Este grupo escultórico del célebre artista italiano está inspirado en una página del libro *Garibaldi y sus tiempos,* de la señora Mario, en la que, describiendo la infancia del ilustre caudillo, refiere que éste, á la edad de ocho años, salvó á una lavandera que estaba á punto de ahogarse.

En el trabajo de Fontana se ve una inteligente y sabia agrupación de las dos figuras que forman un conjunto armónico: la de Garibaldi en actitud de gritar pidiendo auxilio para terminar la obra de salvamento comenzada, está modelada con gran talento y reproduce en todo su vigor la energía, la intrepidez, la fuerza muscular de que estaba dotado el pequeño héroe.

Ensueño en el claustro, escultura de L. de Lucca, presentada en la última Exposición de Nápoles.—Lucca es un escultor joven que desde los comienzos de su carrera mostró aptitudes para el arte á que se había consagrado. De sus rápidos progresos es prueba la escultura en yeso que reproducimos, y en la cual se patentiza el laudable deseo de representar un hecho humano, verdadero, claro y perfectamente comprensible. Una joven monja, vencida por el sueño, se deja caer en un viejo sillón, y soltando el libro con cuya lectura piadosa se elevaba á las celestiales alturas, abandónase á los ensueños terrenales, recordando quizás algún hecho de su vida en el mundo, y sintiendo tal vez renacer inocentes deseos que la austeridad de las tocas y las soledades del claustro no han conseguido todavía extinguir por completo.

Mensajeros de la primavera, dibujo de María Laux.—Alguien ha dicho que los pájaros son los seres más bellos y graciosos de la creación: su figura esbelta y sus elegantes movimientos, ora anden á saltitos por el suelo buscando su sustento, ora hiendan los aires con rápido vuelo, ora se posen en la rama de un árbol para lanzar sus armoniosos trinos, justifican, en nuestro sentir, aquellos calificativos. De aquí que nos expliquemos la predilección que hacia ellos han mostrado siempre algunos pintores y dibujantes, entre los cuales ocupa indudablemente el primer puesto el sin par Giacomelli, quien ha logrado componer, con escenas de la vida de estos animales, cuadros no sólo bonitos, sino también impregnados de sentimiento.

Al género tan bien cultivado por el insigne pintor italiano pertenece el dibujo de María Laux, *Mensajeros de la primavera,* que representa á dos golondrinas en su nido, y no vacilamos en afirmar que esta composición es digna de figurar al lado de las más primorosas producciones de aquel artista.

Un trompetazo, cuadro de Barison.—Barison, de origen italiano, ha logrado conquistar envidiable fama en el mundo del arte como pintor de género. En sus obras campean una gracia y una naturalidad que hacen de ellas acabadas reproducciones de las costumbres y de los tipos que se ha propuesto tratar en sus cuadros.

En *Un trompetazo,* divertida escena de los tiempos de los lansquenetes, pueden ver nuestros lectores la confirmación de nuestro juicio: en él aparece retratado el modo de ser de aquellos mercenarios, que así hundían sus lanzas en el pecho de sus enemigos, como encendían una pasión en el corazón de sus enemigas, y así entraban á saco una bien provista despensa, como acaudillados por el condestable de Borbón asaltaban á Roma y obligaban á Clemente VII á refugiarse en el castillo de Sant'Angelo.

Joven romana, dibujo de Casimiro Tomba.—Cuando se trata de dibujar ó pintar un busto, sobre todo si el busto es de mujer, para que el trabajo produzca el debido efecto se requiere, más que en ningún otro género de pintura ó de dibujo, que la belleza del modelo y las excelencias de la ejecución sean tales, que al contemplar la imagen no se echen de menos los accesorios, que tanto halagan y que en tal alto grado contribuyen á dar mayor valor y realce á las obras de arte.

La *Joven romana,* dibujada por Tomba, reune estas condiciones: en ella se junta á la juventud y á la hermosura la delicadeza del modelado que se traduce en suaves contornos y en sombras perfectamente distribuidas y con habilidad graduadas.

Platos expuestos en la Exposición de objetos de cerámica de Roma (1889).—Comprendiendo los inconvenientes que, dados los colosales progresos realizados en todos los ramos de la actividad humana, ofrecen las Exposiciones universales, hanse organizado en Roma unas exposiciones parciales que se celebran cada dos años y en cada una de las cuales figuran solamente los objetos producidos por una industria artística.

La que se verificó en 1889 estuvo consagrada al arte de la Cerámica, y en ella expusiéronse los dos platos que reproducimos: uno, perteneciente al caballero Funghini, es una bellísima mayólica del siglo XV, procedente probablemente de Pesaro; el otro, propiedad del señor Torcuato Castellani, es un hermoso Caffaggiolo del siglo XV también, que reproduce una escena de caza y se distingue por lo vigoroso del dibujo.

Una profesión religiosa, cuadro de A. Fellmann.—Asuntos como el que reproduce la bellísima composición de este pintor alemán están erizados de dificultades que sólo á un talento privilegiado le es dado vencer.

Trasladar al lienzo una escena tan grande y trascendental como la que representa *Una profesión religiosa,* y trasladarla con tanta perfección en el conjunto y en los detalles como lo ha hecho Fellmann, constituye un título de gloria para un artista. La agrupación y la expresión de las figuras del cuadro en que nos ocupamos están bien entendidas, el lugar en donde la profesión se verifica tiene todo el carácter que se admira en las joyas de la arquitectura cristiana, los accesorios acusan un detenido estudio y el tono general del cuadro resulta solemne y grandioso, cual corrresponde á la ceremonia que en él se representa.

Ante el juez, cuadro de Otón Baditz.—Exposición de Obras de arte de todas las Naciones de Munich, 1890.—La escena pasa en Alemania, en lo que nosotros llamaremos un Juzgado municipal: una joven acusada comparece ante el juez que se apercibe á interrogarla mientras el secretario extiende las fórmulas de rúbrica que han de preceder á la declaración.

El cuadro, como se ve, pertenece á la escuela moderna, que tiende á interesar al espectador presentándole los más usuales episodios de la vida ordinaria, sin intentar mover las fibras del sentimiento con grandes hechos ó con rebuscadas composiciones: causa en el ánimo una impresión grata y aun conmueve, no tanto por lo que representa como por lo que expresa y por el modo como lo expresa. La actitud de la muchacha cuyos ojos fijos en el suelo y cuyo rostro avergonzado denotan en la culpable más bien ligereza que instintos criminales; la figura del juez que ha de administrar justicia en nombre del emperador, sin que le sea dado ceder á los impulsos de misericordia que la vista del Crucificado pueda despertar en su alma; el personaje

mismo que, vuelto de espaldas y sin curarse del fondo del proceso, sólo atiende á las formas, de que ha sido celoso y fiel guardador durante toda su larga carrera, constituyen un grupo delicadamente sentido y exento de toda afectación, que dice al espectador todo lo que el artista quiso que le dijera.

La severa sobriedad con que está dispuesta la escena contribuye no poco al efecto de esta pintura, que ha merecido grandes elogios de cuantos la han visto en la Exposición que actualmente se celebra en el Palacio de Cristal de Munich.

Buenos amigos, dibujo de Guillermo Schade. – El corazón de los niños necesita más que otro alguno expansión, comunicación de afectos, una persona, un animal, un objeto, alguien ó algo, en fin, en quien depositar el cariño ó la simpatía, á quien hacer partícipe de las alegrías ó con quien llorar las penas. La niña del bellísimo dibujo de Schade, que quizás no ha conocido el cariño de una familia, se ha visto obligada á buscar un compañero, un confidente entre los corderos del rebaño confiado á su custodia, y si hemos de juzgar por la alegría que su semblante revela y por el bienestar que reflejan sus hermosos ojos no le pesa de su elección, porque sin duda ha recibido del inocente animalito las caricias que no había podido lograr de los hombres. Algún día, seguramente, este afecto no satisfará por completo sus aspiraciones, pero mientras tanto se considera feliz con pensar que no está sola en el mundo y que tiene en su cordero favorito un buen amigo.



BUENOS AMIGOS, dibujo de Guillermo Schade

* * *

ADVERTENCIAS

Siendo en gran número los trabajos literarios que recibimos para La Ilustración Artística y en la imposibilidad de contestar á todos los que con ellos nos favorecen, debemos advertir que sólo contestaremos á los autores de los artículos que aceptemos para insertarlos en este periódico.

No se devuelven los originales.

Suplicamos á nuestros corresponsales y suscriptores, especialmente á los de América, nos remitan cuantas fotografías de monumentos, obras artísticas, etc., consideren propias para ser publicadas en la Ilustración Artística, acompañándolas de los datos explicativos necesarios. En caso de que sean admitidas, tendremos el gusto de consignar, al confirmarlas en las columnas de nuestra publicación, el nombre de la persona que nos haya honrado con el envío de las mismas.

Asimismo agradeceremos la remisión de todas las noticias que tengan verdadero interés artístico ó literario.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustracion Artística

AÑO IX — BARCELONA 3 DE NOVIEMBRE DE 1890 — NÚM. 462



VERDUGO MARROQUÍ, cuadro de José Signorini

RÉPLICA ARTÍSTICA AL SR. CASTELAR

El Sr. Castelar, en un artículo inserto en el número 448 de esta ILUSTRACIÓN, elogiando el cuadro de un compatriota con rasgos de la erudición que caracteriza su mágica facundia, no ha titubeado en emitir algunas ideas generales referentes á las Bellas Artes, en mi concepto no muy exactas, diciendo: «Cada vez que pensamos en la fundación de la Academia de Roma, sentimos interior envanecimiento, muy aumentado por el incomprensible olvido é injusticia de nuestros contemporáneos. Entre los horrores de implacables guerras, tanto coloniales como civiles, tuve yo harto ánimo para fundar, cuando la nave del Estado hacía por todas partes agua, un templo á las Bellas Artes. Convencidísimo de que nuestro genio nativo y original necesitaba escuela, y disciplina, y regla, y freno, fundé un centro de altos estudios que diese á la juventud artística española y á sus geniales propensiones la disciplina severa y la instrucción técnica, procuradas en la contemplación y estudio de los modelos acabados y perfectísimos. Naciones donde la uniformidad reina despóticamente como en Francia, necesitan que se busque al individuo aire y espacio. Pero nación como la nuestra, donde la espontaneidad brota sin trabajo tantas obras geniales, necesita reglas y escuelas...»

Estas ideas, por su alguna certeza en varios extremos, pertenecen al orden de aquellas delicadísimas que requieren depurarse de lo inexacto para que no produzcan obscuridad y daño, mayor éste cuanto de más elevado origen proceden; por lo cual es necesario salirles al encuentro, suscríbalas quien las suscriba, por mucha que sea su autoridad; que en último resultado no es otra cosa que el juicio apreciativo de otro hombre, sujeto, como todos, á equivocación.

No me propongo mortificar en lo más mínimo al Sr. Castelar, quien para mí tiene altos títulos de especial aprecio por lo que á favor de las Bellas Artes ha realizado, y porque, á no dudar, arde en su pecho la pura llama del sentimiento de lo bello, y en su privilegiada inteligencia reside la facultad necesaria para comprender el arte en todas sus manifestaciones.

Como tampoco llevo intención de aminorar y acibarar los esfuerzos, resultados y triunfos de nuestros pintores contemporáneos; amigo de algunos de ellos, á los cuales, y á todos, como artista de corazón, quiero entrañablemente.

Hechas estas importantes salvedades, entro en materia.

Intenté condensar esta réplica á muy reducido límite: pero como muchos lectores no estarán al corriente del asunto, hay necesidad de explicarlo, y cuando se trata de una refutación no puede prescindirse de demostrar; de lo contrario, lo poco que se dice poco prueba. Suponiendo que el Sr. Castelar no pretenderá que se le crea bajo la fe de su palabra, mucho menos puedo pretenderlo yo, y por esto he de ser algo extenso.

Ha tocado el Sr. Castelar, incidentalmente, quizá sin querer y me parece que no con el conveniente acierto, dada su importancia, un punto que hoy reviste motivo de controversia, y ésta de grave trascendencia artística, y es: la agitada cuestión referente á la conveniencia de las Academias y Escuelas de Bellas Artes, ó á lo innecesario de ellas; es decir, lo que aquello significa, *la enseñanza preceptista*, y lo que esto expresa, *la libérrima interpretación*, la regla y el freno de la enseñanza y de la educación al frente de la espontaneidad del sentimiento y de las explosiones del genio. Punto en mi concepto muy difícil de tratar y muy embarazoso de resolver. Adviértase bien que no digo escuelas ó establecimientos para la enseñanza del dibujo; refiriéndome, sí, á lo concerniente á la enseñanza, ó mejor dicho, educación, necesaria á las Bellas Artes.

Es incuestionable la necesidad de Escuelas para enseñar los elementos del dibujo, desde sus más sencillos rudimentos hasta los estudios y conocimientos superiores completarios, para que el artista, al llegar al grado de suficiencia necesaria en este especial saber, grado muy difícil de exacto aprecio, pueda confiar en sus propias fuerzas y tender el vuelo por los sublimes espacios en que respiran y viven el sentimiento y el genio; en lo cual se contienen dos períodos importantes: en el primero, dígase de instrucción, *la escuela* y *la disciplina severa;* en el segundo, de educación, *la regla, el freno;* ni en lo uno la senda angosta y rígidamente trazada sin la más leve y prudente extralimitación, ni en lo otro la regla que coarta y el freno que sujeta, sino la que impide y el que evita el desbordamiento. En arte no puede decirse más que adónde se ha de ir, no cómo; sólo puede advertirse cómo no se debe ir. Precisamente por carecer de reglas precisas y ciertas y de resultado exacto, son Bellas, Nobles y Liberales Artes, y con reglas precisas dejarían de serlo; sin embargo, á su principio esencial, siempre idéntico á sí mismo, ó sea su razón de ser, á ésta jamás puede faltarse. Podrá el genio producir, y produce, en obras aunque incorrectas, bellísimos y sorprendentes rasgos; pero el talento y el genio, cultivados por el estudio y la educación, por dirección ajena, ó por experiencia propia, se ven necesariamente obligados á seguir los inmutables principios esenciales al arte si quieren producir obras relativamente perfectas.

Dadas estas ineludibles condiciones, por las que en tanto son Bellas Artes en cuanto dejan de ser ciencia, por más que ésta les sea útil, necesaria é imprescindible, en su justo límite; dadas las condiciones que en el artista se requieren, se tendrá que las Bellas Artes, en su vasta esfera de acción y de aplicación, no pueden amalgamarse ni confundirse con ninguno de los otros ramos del saber; y por esto necesitan, con una atmósfera propia, una autoridad propia también, que parsimoniosa en sus apreciaciones, previsora en sus consejos, calmosa en sus pasiones, mesurada en sus censuras y justa en sus aprobaciones, anime, conduzca, estimule y contenga. No menos importante que la Escuela ha de ser la autoridad que la rija; y que á las Academias de Bellas Artes corresponde ejercer acción tan importante y elevada, es cosa que ha de quedar fuera de toda duda; considerándose y acreditándose ellas como las conservadoras del buen gusto, de la delicadeza y expresión del sentimiento de lo bello, puro lenguaje del alma, y del decoro del arte en todas sus manifestaciones, como evidente demostración de la cultura social. En todos los actos, discursos, obras, y trabajos de los cuerpos académicos, de los artistas y talentos que del arte se ocuparon poniendo á su servicio su inteligencia, aparecerá esa identidad de pensamiento, aspiración y anhelo.

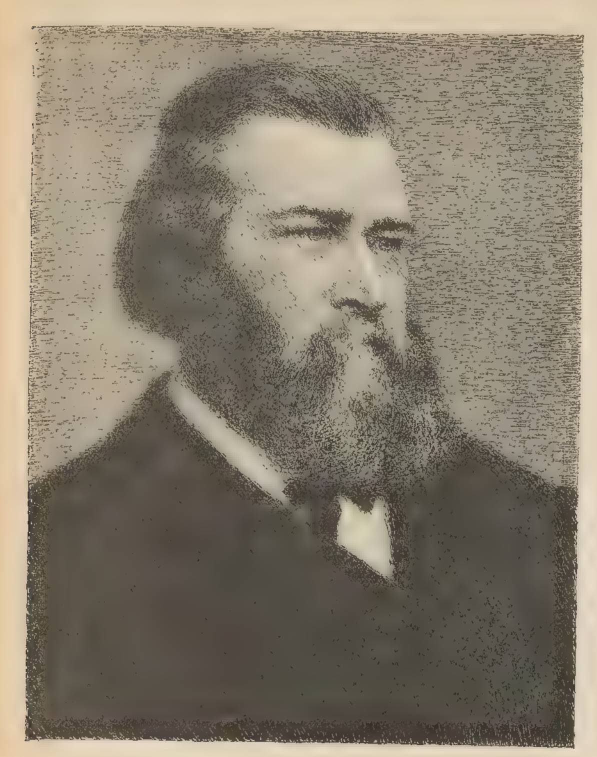
De otra parte, difícil es, muy difícil, por las dificultades del arte complicadas con las continuas variantes de las condiciones de los tiempos, trazar sobre seguro el rumbo que debe seguirse. Y si hasta los mismos cuerpos académicos, formados de individualidades competentes, de inteligencias especiales, de artistas prácticos y de profesores expertos, pudieron alguna vez equivocarse... ¿qué extraño que el individuo guiado por su criterio particular, encariñado con una idea, ofuscado por una pasión, sucumbiendo á vicios de época... qué extraño que se equivoque? Necesario es recurrir á lo que ofrezca mayor probabilidad de garantía, al mayor número y á la calidad de inteligencias, ó sea á las Academias, porque éstas serán siempre, ó brillantes focos de luz y de doctrina, ó resplandecientes faros señalando los puertos de refugio durante las borrascosas noches en que la inteligencia y el sentimiento, impelidos por las veleidades del capricho y los extravíos del gusto, se hallen expuestos á naufragar.

Concedamos, si así se quiere, á sus enemigos algunos lunares y equivocaciones como el fundamento de los ataques á su autoridad artística, sin detenernos en los errores cometidos por los adversarios; practiquemos la generosidad de la razón y de la fuerza; pero de pasada preguntemos «¿fueron ellas ó su tiempo?» para que á su vez se vean obligados á concedernos que, ellas las primeras en reconocerlo, con sus actos y conducta acudieron al remedio, y previsoras de las nuevas ideas que como impelidas por la fuerza del aprisionado vapor y con la velocidad de la sujetada chispa eléctrica, se precipitaban cual imponente catarata, envolviéndolo y arrebatándolo todo en la evolución que en el mundo de las ideas y del sentimiento se verificaba, dando á la sociedad con un distinto modo de ser un diferente carácter, elaborándose la demarcación de un período social, de consecuencia inevitable, las Bellas Artes en toda su acción, aplicación y utilización debían armonizarse con los nuevos tiempos, modo de sentir y predominio de la inteligencia: la sociedad exigía que se llenasen las necesidades creadas por su transformación: los artistas, como miembros de ella, respirando y saturándose de aquella atmósfera, ni querían ni podían dejar de complacerla y complacerse; y las Academias y Escuelas ó debían colocarse en oposición á aquel cambio, ó seguirlo... porque resistirlo era imposible. El arte del siglo XIX, de este período de laboriosa crisis con la que se está marcando una época de la humanidad, sigue hoy como siempre, sin discrepar en un ápice, su constante marcha de caracterización en perfectísima armonía con las ideas de los tiempos y correspondiendo á sus necesidades, como se caracterizó en su decadencia durante el XVIII y XVII, en su esplendor en el XVI, en su impulso en el XV, en su severidad y rigidez del XIII al XI, y así por este orden y retrocediendo más nos encontraríamos con el arte bizantino, el romano, el griego, el etrusco, el egipcio, el judío, el mejicano, el babilónico... ¿Fueron acaso todas esas manifestaciones y caracterizaciones del arte otra cosa que una armonía perfectísima con las ideas, sentimientos y necesidades de aquellos tiempos? Indudablemente, pues para la expresión del sentimiento artístico poco importa que predomine un principio, un sistema, una forma de gobierno cualquiera, una teocracia, una oligarquía, una democracia ó una aristocracia; es igual: poco importa que el jefe del Estado sea un Faraón, un tribuno, un rey, un emperador, un califa, un dux, un pontífice, un director... nada significa que se llame Ramsés, Pericles, Adriano, Constantino, Abderramán, Fóscari, Médicis, Carlos V, Francisco I, Felipe II, León X, Napoleón, Haussmán... porque el arte es tan grande, que además de caber en todo eso, está muy por encima de todo ello, con medios y fuerza propia para reflejar, siempre fielmente, el estado de las inteligencias, sentimientos y necesidades sociales de las épocas, ya dándoles impulso, ó amoldándose á él; siempre idéntico á sí mismo en cuanto á su esencia única, y siempre variado en sus múltiples manifestaciones ó exteriorizando, y en su aplicación y utilización: de esto proceden ó esto produce los estilos, los gustos, los caracteres; y por eso, unas y otras cosas pasan á la categoría de lo utilizable ó de lo inservible y anacrónico al cambiar las condiciones de la vida social, presentándose desconocidas necesidades, ó legítimas y hasta caprichosas exigencias; porque por más que se diga que todo vuelve en este mundo, no es exacto en su absoluto sentido, pues hay cosas que no se van jamás, y nada vuelve sin modificación, alguna tan radical, que al reaparecer no parece la misma cosa.

Por esto ha de ponerse especialísimo cuidado en mirar, estudiar é impresionarse por los modelos del arte sin incurrir en la imitación que lleve al plagio; utilizando lo servible y adecuable á hoy, no lo que correspondió á entonces; no lo que hicieron aquellos artistas, sino cómo hicieron; porque en pintura, en estatuaria y escultura está hecho todo; y la primera, de que nos ocupamos, gira en un límite del cual no se puede salir, porque no puede crearse una cosa que no sea aquello, no puede inventarse una pintura nueva; y la gran dificultad está en caracterizarla con los mismos elementos, sin uno solo nuevo, ó sea estando siempre dentro de las condiciones del mismo arte ejecutado por los grandes maestros, separándose de su estilo, por otro propio é igualmente bueno. Lo mismo, siempre igual á sí, fué la pintura griega y la etrusca, la romana, la bizantina; la misma pintura la florentina, la veneciana, la boloñesa, la española, la holandesa, la francesa, y la inglesa, y todas; la misma entre los mismos artistas en sus diversos estilos, como Ribera en el suyo, ó imitando al Caravaggio ó Correggio; como Murillo en sus tres distintos, frío, vaporoso y cálido; como Velázquez en sus primeras obras y sus últimas; como Giordano pintando á su modo ó imitando al Veronés ó á Ticiano... Eso es difícil, pero factible cuando así se evidencia con tan repetidos ejemplos: eso es como un misterio, de todo punto incomprensible no comprendiendo el arte, pero de facilísima explicación para los artistas y los conocedores, que con certeza distinguen, no sólo las marcas de escuela, sino las diferencias de estilos, impresiones, imitaciones, tendencias, autenticidades y copias.

JUAN O. NEILLE

(Continuará)



JUAN FRANCISCO MILLET

RECUERDOS DE JUAN FRANCISCO MILLET

CON ALGUNOS APUNTES SOBRE SUS DIBUJOS PARA SUS HIJOS Y NIETOS

En el invierno de 1872 á 1873 trabajaba yo bajo la dirección de Gerome en la Escuela de Bellas Artes.

Cerca del edificio, en la calle de Bonaparte, había una antigua imprenta, cuyas puertas vidrieras tenían por adorno varios grabados antiguos y modernos, entre los cuales vi con frecuencia algunos en madera, copias de dibujos de Millet. Me llamaron principalmente la atención cuatro que representaban *La mañana*, *El mediodía*, *La tarde* y *La noche*, y en otros ocho ó diez figurábanse hombres y mujeres en miniatura, ocupados en trabajos agrícolas, como la siega, la recolección, etc.

No me cansaba nunca de mirar todo esto, y no pasé ni una sola vez por delante de la imprenta sin mirar al menos la figura de un segador, que me sedujo por la naturalidad con que el cuerpo parecía moverse, mientras el pie derecho se apoyaba con fuerza en el suelo.

Así trabé conocimiento por primera vez con Millet, aunque en América había visto una litografía, copia de un cuadro suyo, titulado *Mujeres cosiendo.*

Llegado el invierno, varios americanos del barrio Latino fueron á Barbizón á recrearse durante una semana, y cuando volvieron dijéronme que este pueblecillo se hallaba situado en el lindero del bosque de Fontainebleau, y que Millet vivía allí cerca del palacio, desde donde se podía ver la ventana de su estudio, que daba á la calle.

Al oir esto, sentí mucho no haber ido con mis amigos; pero propúseme hacer una visita á Barbizón en la primavera, á fin de ver el bosque y el exterior de la casa de Millet.

En Durand-Rouel me habían enseñado ya uno ó dos paisajes de ese artista, los cuales no me llamaron mucho la atención por entonces; al contrario, me familiaricé con las obras de Delacroix, Rousseau, Díaz y Jules Dupré, y todas mis simpatías se concentraron en estos artistas.

Más tarde, en una exposición que durante la primavera se celebró en el Hotel Drouot, donde estaban muy bien representados todos aquellos maestros y otras grandes cosas, incluso un Meissonier que me pareció muy pálido y flojo, vi una pintura de Millet, que representaba una madre cosiendo á la luz de un velón, con su niño dormido detrás de ella.

Por el realismo de la escena, la naturalidad del movimiento y lo perfecto de su expresión, esta obra parecía destacarse de todas las demás, y desde aquel instante, Millet fué para mí el más notable de los pintores modernos.

A principios del verano fuí á Barbizón, donde pude ver el bonito palacio, el inmenso bosque y la ventana del estudio de Millet.

El pueblo, con una sola y estrecha calle, era tan reducido, que me pareció muy probable encontrar al pintor en el momento menos pensado, y tal vez trabar conocimiento con él.

Sin embargo, no lo conseguí entonces, y después de hacer dos ó tres croquis en el bosque regresé á París á fin de preparar algunos trabajos para el resto de la estación.

Desde aquel momento, mis visitas á Fontainebleau fueron muy frecuentes, y siempre me complacía en contemplar desde la calle del pueblo la casita y el estudio de Millet, situándome para esto á veces en un campo que había detrás, por donde se prolongaba una senda que conducía al bosque.

Siempre que paseaba por allí, dirigía maquinalmente mis pasos hacia la casa del artista, como atraído por un imán.

El estudio de Millet estaba separado de la casa por un patio, elevándose aquélla sobre la línea de la pared que forma un lado del camino; la ventana del comedor daba á la calle, y á veces pude ver en parte á la familia del artista y oir los gritos de los niños, bastante numerosos por cierto.

Una tarde atisbé al maestro, aunque solamente de perfil, y parecióme que tenía alguna semejanza con un retrato del Ticiano. Entonces nadie hubiera podido inducirme á creer que algún día iba á penetrar en aquella tranquila morada para departir con Millet amistosamente sobre cosas de arte.

Digo esto porque nunca se veía al pintor en el pueblo, ó cuando más, muy raras veces.

Con frecuencia encontré numerosos artistas que habían vivido largo tiempo en Barbizón, pero ninguno de ellos parecía conocer á Millet; todos se reunían en una especie de posada, y juntamente con los viajeros en ella hospedados hacían mucho ruido, jugaban al billar y entreteníanse como les era posible, sobre todo en los días lluviosos; pero Millet no entraba jamás allí para beber un vaso de cerveza ó distraerse un rato en algún juego.

Por eso los artistas le llamaban *el oso*, dudando algunos de su capacidad como pintor; pero los aldeanos reconocían en él un buen vecino, y cuando cualquiera de ellos se hallaba en apuro, podía contar con el auxilio de la señora de Millet.



Apagando la vela

Por fortuna trabé conocimiento con Mr. William Babcock, que después de viajar muchos años había resuelto establecerse en Barbizón.

Su casa estaba llena de grabados, fotografías ó dibujos de los mejores objetos y monumentos que el arte había producido, y reconocí en él un hombre muy capaz de apreciar las bellezas acumuladas á su alrededor.

Había recibido algunas lecciones de Millet en París hacía muchos años, y su entusiasmo por las obras de este artista no reconocía límites.

En diversas ocasiones habíale comprado varios dibujos y croquis, algunos de ellos notables por su belleza y por lo bien acabados; también tenía algunos bocetos al óleo, pinturas del mismo autor, y varios trabajos de Díaz y Delacroix. Todo esto habíalo adquirido por reducidas sumas, que pudo ahorrar cuando estudiaba en las escuelas de París.

Gracias á esta circunstancia, mientras estuve en el campo copiando la naturaleza me fué fácil aumentar mis conocimientos sobre el arte antiguo y los mejores maestros de la escuela moderna; Babcock conservaba cuidadosamente fotografías de todas las reproducciones de los trabajos de Millet, y así pude conocer mucho mejor aún su arte y su historia.

Desde luego me confirmé en mi primera suposición, es decir, que este pintor era especial en su siglo, y que su amor á la naturaleza no reconocía límites; lo cual, según imaginé entonces, se observa en pocos artistas. Estos suelen preferir otros asuntos que les convienen más; pero Millet era hombre que adoraba las estrellas, la luna, la tierra, el aire, el sol y todo cuanto éste ilumina; y por este amor, todo lo que el artista tocaba, aun las cosas más insignificantes, convertíanse en monumento.

Vivir junto á semejante hombre era para mí una verdadera satisfacción.

Así pasó el verano, trabajando mucho y haciendo proyectos para introducirme en casa de Millet, proyectos á los cuales renunciaba pronto, sin explicarme mi

El estudio de Millet, de una fotografía hecha algunos años después de su muerte por Karl Badmer
Aspecto parcial del estudio, en vida del artista



Millet á los 40 años. (De una fotografía tomada en su jardín.)

timidez. Sin embargo, acercábase el tiempo en que debía regresar á París, con motivo de abrirse las escuelas, y por lo tanto me armé de valor.

Un domingo, después de calcular cuidadosamente la hora en que la familia habría ya comido, fuí á la casa, llamé ligeramente á la puerta y pregunté por Francisco, el hijo mayor del artista, con quien había trabado conocimiento en mis frecuentes paseos por el bosque.

Le rogué que pidiera permiso á su padre para visitar su estudio, y también para ofrecerle mis respetos; el joven se ausentó breves instantes, y al volver díjome que Millet me recibiría dentro de media hora.

Al cabo de este tiempo volví á la casa; el pintor me esperaba ya, y después de estrecharme la mano afectuosamente, condújome al sagrado recinto, es decir, á su taller.

Una luz suave iluminaba allí todos los objetos; de la parte inferior de la ventana pendía una cortina verde, lo cual no es raro en varios estudios; pero dos cosas me llamaron particularmente la atención: en la extremidad más lejana, á cierta distancia del caballete, vi un espejo muy grande, que en mi opinión debía servir á Millet para estudiar sus propios movimientos ó algún detalle de sus ropas, y de ello pude cerciorarme á los pocos días, pues sirvióse del espejo para llamar mi atención sobre ciertos detalles de su misma persona, mientras criticaba algunos dibujos que yo le presenté.

El otro objeto que me chocó, era una cortina pendiente junto á la ventana y que formaba con ésta ángulos rectos: Millet se colocaba detrás para mirar sus obras ó mostrarlas á sus visitantes; la cortina interceptaba la luz, y de este modo la pintura podía ser mucho más fácilmente examinada.

De las paredes del taller, de estuco y obscurecidas por la acción del tiempo, pendían varios modelos en yeso, relieves de la Columna de Trajano, cabezas de Donatello y Luca de la Robbia, el brazo del *Esclavo*, de Miguel Angel; algunas figuras góticas: otras pequeñas, esculpidas en madera, á las que Millet era muy aficionado, y varios torsos antiguos.



El niño quitando las botas al Ogro

Todos los accesorios del estudio y sus adornos ocupaban tan poco lugar, que en mi primera visita no me fijé en ninguno de ellos.

Apoyados junto á un ángulo de la sala, vi varios lienzos, con sus marcos de madera y todos vueltos de cara á la pared: Millet cogió uno de ellos, y poniéndole sobre el caballete en medio de la habitación, hízome seña para que me colocase con él detrás de la cortina; de modo que nos hallábamos á considerable distancia de la pintura.

Así me enseñó diez ó doce, varios de ellos muy adelantados, pero sin acabar.

La vaca rebelde

Como ya he dicho, había visto muy pocas obras de este artista completamente concluídas; pero entonces pude apreciar su vigorosa y admirable ejecución, sin que me fuese dado en aquel momento expresar bien con mis palabras lo que sentía. Al maestro, no obstante, debió satisfacerle mucho lo que le dije, y dióme gracias por mis comentarios.

Millet insistía en que era preciso ver las pinturas á larga distancia, colocándose cuando menos en un punto que se hallara separado del lienzo por un espacio de cuatro ó cinco veces la altura del mismo.

Entre los trabajos que me enseñó llamóme la atención uno por sus pesados contornos, trazados con tinta; y en contestación á las observaciones que le hice sobre esta particularidad, mostróme una especie de enorme pluma de caña que le había servido para este trabajo.

En varias pinturas noté lo mismo en la parte inferior del lienzo, sobre todo en uno que representaba una vacada.

Esta obra, notable como pintura, distinguíase en particular por la transparencia de los colores; siendo de notar que el artista no se había servido de los tonos opacos más que para el cielo y para uno ó dos de los animales que figuraban en primer término. Millet no habría empleado seguramente en aquel trabajo más de un día, ó quizás pocas horas. Otro lienzo, sin concluir también, representaba unas mujeres volviendo del campo cargadas de haces de espigas.



Un leñador y su mujer

Millet lo había pintado con notable sencillez, sirviéndose únicamente de tres ó cuatro tonos; mas á pesar de esto, el efecto era notable, seguramente tanto como el que podía esperarse de una cosa muy acabada.

Aquel día comprendí cuánto partido sabía sacar el maestro de los asuntos más triviales. Así, por ejemplo, al examinar un boceto que representaba tres peras en un plato, me interesó esta pintura tanto como la más complicada composición; en aquellas frutas parecíame ver todos los tonos de un paisaje, y los tallos retorcidos de las peras recordáronme al punto el tronco reseco del árbol gastado por la acción del tiempo. En cuanto á las formas de las frutas, no se podía pedir más exactitud y naturalidad, reconociéndose por ellas que el artista había estudiado el asunto con tanta detención como si se hubiese tratado del cuerpo humano.

Millet quedó al parecer muy complacido al oirme decir que admiraba tanto aquel boceto como cualquiera de las otras pinturas que había visto.

Ahora comprendo muy bien que el artista dijera en uno de sus escritos: «Es preciso ser capaz de comunicar á lo trivial la expresión de lo sublime »



El Ogro

En su lecho de muerte, en ocasión de estar mirando su jardín y la puerta cerrada de su estudio, manifestó tan grandes deseos de vivir como si fuera un joven, solamente para tener oportunidades de hacer alguna cosa buena.

No era aficionado á los lienzos colosales y de mucha complicación; prefería las escenas de la vida tranquila: la falda de una montaña, un grupo de rocas ó una arboleda constituían su asunto favorito.

Si hubiera vivido, seguramente habría hecho grandes cosas con los más sencillos materiales.

Millet me dió una rara prueba de amistad al hablarme sin reserva de su persona y del aislamiento en que vivía.

Aproveché la oportunidad para hacerle algunas preguntas relativas á mis estudios, manifestándole entre otras cosas que deseaba saber si consideraba la anatomía como necesaria para el arte, á lo cual me contestó que todo estudio era útil.

Al hablarle de la pintura sólida y ligera, me referí á un cuadro del mismo Millet que yo había visto en París algún tiempo antes, en el que se representaba á Edipo en el momento de ser retirado del árbol, y en el cual la cara del niño había sido modelada en relieve.

El artista se rió mucho al oirme decir esto, y díjome que era muy joven cuando pintó aquel lienzo, añadiendo que se debe aprender y olvidar mucho antes de que el artista pueda entrar de lleno en el ejercicio de sus facultades.

Habíamos discutido sobre lo hermoso en la naturaleza, y antes de despedirme de Millet, preguntéle si en su opinión había en aquélla algo que no fuera bello.

A esto me contestó, con una energía digna de elogio, «que el hombre á quien no parecen hermosos cualquiera fase ó efecto de la naturaleza, es porque le falta algo en el corazón.»

El recibimiento que merecí de Millet había sido tan cordial, que al salir de su casa parecíame haber estado en su compañía sólo algunos minutos, y ni siquiera pensé que le había robado un tiempo precioso.



El sembrador, grabado por T. Cole,
según autotipia de Brown, copia de una pintura de la colección de Mr. Whitney

El maestro me dió permiso para llevarle mis trabajos, á fin de someterlos á su examen. Desde el estudio del padre pasé al del hijo, quien se ocupaba entonces en pintar un lienzo que representaba un segador sentado en el campo y afilando su hoz; el estilo tenía bastante semejanza con el del padre, y lo que más me admiró en el cuadro fué la riqueza y el encanto del colorido.

En mi concepto, el joven artista prometía mucho, y era digno discípulo del buen maestro que le había tocado en suerte.

Mientras examinaba el trabajo de Francisco, Millet entró á su vez en el estudio para ver la pintura, y después de hacer una ligera crítica, elogió el trabajo.

Aquella inesperada visita proporcionóme nueva ocasión de dirigir otras preguntas al maestro, quien me contestó con su acostumbrada bondad, pues complacíale mucho hablar de la naturaleza y del arte.

Nunca olvidaré las dos primeras horas que pasé en aquella casa.

Cuando salí parecíame que me faltaba aire para respirar, y que mis pies no



Tomando un vaso de leche

tocaban apenas el suelo; creía hallarme en una nueva atmósfera y en otro mundo superior, y todos los objetos tenían más encanto á mi vista: la llanura, el bosque y el cielo, cuyo color azul obscuro hacía resaltar más el brillo de las estrellas.

Antes de regresar á París volví á ver á Millet y le enseñé algunos de mis trabajos.

Díjome que carecían de sencillez, y que había en ellos muchos detalles innecesarios, así como falta de corrección en el dibujo de las figuras.

Al decir esto, trazó algunos contornos para explicar sus observaciones, contornos que me hicieron recordar la sencillez de las primeras esculturas egipcias ó asirias.

Su crítica respecto al tecnicismo fué muy análoga á la de mi maestro Gerome, é hízome comprender que en este punto son muy elevados los principios que rigen el buen arte. Durante el invierno volví con frecuencia á Barbizón, y una vez permanecí allí algunas semanas para terminar un cuadro que había principiado en el otoño.

Francisco Millet me acompañaba siempre, y no pocas veces fuí invitado á tomar café con la familia. El maestro, rodeado de sus hijos, parecía un verdadero patriarca, y me trató siempre con la mayor cordialidad.

En la primavera volví á verle en París, adonde había ido con su señora y Francisco, á fin de informarse sobre una orden recibida del ministro de Obras públicas para que se encargase del decorado de una de las capillas del Panteón.

Cuando fuí á visitarle, parecióme que estaba muy satisfecho de que se le hubiera encomendado aquel trabajo, y quiso que le acompañara á tomar café.

Esta vez me habló de su vida pasada en París, refiriéndome varios incidentes curiosos.

Cierto día fué á verle un negociante en cuadros para comprarle alguna pintura; Millet no tenía nada hecho, pero invitó al hombre á esperarse un poco, y dióle un libro ilustrado para que se entretuviera.

Después entró en su estudio, cogió un lienzo, y en dos horas pintó una graciosa figura desnuda, la cual presentó á su cliente, que muy complacido dió por ella cinco duros.

En estos últimos tiempos hemos visto pagar por cada una de semejantes pinturas algunos miles de pesetas; pero Millet no vivió lo bastante para conocer los elevados precios que son familiares ahora para nosotros. Solamente algunos años antes de su muerte se vendió el *Angelus* por 50.000 duros. Esta le pareció á Millet una cantidad enorme, y dijo á un amigo suyo que él no había tenido nada que ver con la transacción.

Si la memoria no me es infiel, Millet vendía por 5.000 pesetas cada uno los lienzos más grandes é importantes en que trabajó durante los últimos años de su vida, y en aquella época había recibido adelantos á cuenta de varias obras sin concluir.

Con la subida de precios, el artista empleó mucho más tiempo en las obras que se le encomendaban, buscando siempre la mayor sencillez, la fuerza de expresión, el vigor en el colorido y el conjunto más acabado.

El hombre cruel

Sé que se hicieron á Millet ventajosas ofertas, poniéndose considerables sumas á su disposición, si quería trabajar para determinadas personas; pero nunca aceptó, prefiriendo ante todo su vida independiente.

Volví á Barbizón en el verano de 1874, que fué el último para Millet.

¡Cuán lejos estaba yo de pensar que muy pronto dejaría de pasar á su lado tan agradables noches! Ya era sabido que no gozaba de buena salud, y que no emprendía largos paseos como algunos años antes; pero yo creí que su enfermedad era alguna afección crónica que no abreviaría su existencia.

El artista no hablaba nunca de esto, y solamente alguna vez quejábase de indigestión y de falta de energía, tanto, que en ciertas ocasiones molestábale mucho levantarse de su asiento para ir á la mesa á buscar colores frescos.

En aquella época, el artista estaba muy ocupado en la composición de la *Historia de Santa Genoveva*, y no pensaba en otra cosa.

Caída de caballo

Con frecuencia oíale hablar de las dificultades que aquel trabajo ofrecía. Díjome que la luz de la capilla en que debía pintar el asunto era muy escasa, y que se había propuesto hacer figuras cuya silueta resaltara bien. Con este motivo observó también que el pintor de historia debe representar su asunto con



La niña saliendo de la casa

tanta claridad que no le sea necesario al espectador apelar á los libros para explicárselo.

Los croquis que Millet dejó de esta gran obra eran muy ligeros; en algunos de ellos, los movimientos se indicaban sólo con ligeros contornos al carbón trazados rápidamente.

Muy lejos estaba entonces el maestro de imaginar que la muerte le sorprendería en medio de los preparativos que tan afanosamente hacía para lo que en su concepto debía ser la obra más importante de su vida.

Durante el verano y el otoño pasé varias tardes con Millet, jugando con él algunas partidas al dominó, juego á que era muy aficionado. Como no podía dibujar ni leer con luz artificial, á esto se reducía su única diversión, y debí reconocer que también era maestro en el manejo de las fichas, pues rara vez podía ganarle, lo cual excitaba su hilaridad.

Siempre me arrepentiré de no haberle pedido, por delicadeza, un croquis que hizo en un pedazo de papel mientras jugábamos, en el cual me representó tendido sobre una tumba.

Cierto día quise saber la opinión de Millet respecto á las pinturas japonesas, y me extrañó que no manifestase la admiración que yo esperaba. Preguntéle si no las juzgaba superiores á las obras del moderno pintor parisiense, á lo cual contestóme que sí, pero que el trabajo de aquellos artistas distaba mucho de alcanzar la belleza reconocida en Fra Angelico.

Recuerdo que en la primera visita que hice á Millet sacó de su bolsillo un pequeño álbum, y enseñóme el estudio que había hecho de los haces de heno, objeto principal del asunto de su pintura titulada *El Invierno*.



Alin en.ando a la cabra

El croquis, así como otros muchos del mismo carácter, era realmente una obra maestra; cada línea rebosaba de vida, y hasta creíase ver el movimiento de los haces que ondulan agitados por el viento.

Algunos de los estudios de Millet sobre paisajes hechos á la pluma parecían verdaderamente una obra topográfica, y eran admirables por su precisión y naturalidad.

Francisco me aseguró que á su padre le agradaba el estudio de los modelos vivientes, y que si no se dedicaba más á él era porque tenía reparo en solicitar los servicios de algún campesino, hombre ó mujer, con este objeto, y esto que tenía buen cuidado de no molestarles demasiado cuando á ellos recurría, limitándose tan sólo á estudiar los detalles de forma ó color que cada modelo le ofrecía en particular.

La señora Millet me dijo que su esposo la obligaba á llevar siempre en casa un traje de campesina y camisa de lienzo ordinario, como las que usan las aldeanas, á fin de que estuviera siempre á punto para servirle de modelo.

Varias veces me habían hablado de Millet cuando era joven, asegurándoseme que llamaba la atención por su gallarda figura: era alto, de vigorosa musculatura, de pecho muy desarrollado y miembros que revelaban una fuerza nada común. Tenía la cara ancha, ojos azules, nariz bien perfilada y hermosa frente.

Su cabello y barba, muy espesos y de color castaño cuando el artista era joven aún, tomaron muy pronto un color agrisado.

Millet calzaba siempre zuecos en el campo, pero no tenía costumbre de vestir como los aldeanos, como algunos han asegurado; su traje se parecía más bien al que usan los labradores ó gente del campo en América.

Solamente cuando iba á París consentía en ponerse zapatos de cuero, levita negra y sombrero de copa, lo cual parecía molestarle mucho. Con este atavío ya no parecía ser la misma persona.

De todos modos, el artista era un tipo notable como hombre.

Recuerdo que cierta tarde, al divisarle desde lejos en el bosque, parecíame estar viendo la figura de su *Sembrador*, ó algún otro de los tipos heroicos que tan magistralmente nos ha representado.

Aquel encuentro con el artista fué muy casual; pues, como ya he dicho, raras veces salía de su casa, y por lo regular encontrábasele siempre en el jardín.

Si la vida de Millet y sus obras no fueran de por sí una refutación del cargo que se le ha dirigido, acusándosele de revolucionario, las observaciones que varias veces me hizo al hablar sobre el arte me habrían convencido de que la censura era injusta.

Varias veces le oí decir que le sería simpático un asunto de la historia bíblica para alguno de sus cuadros, y aseguróme que cuando llegara el caso de elegir tema procuraría representar á José y María en el acto de ser expulsados de la posada antes del nacimiento del niño Jesús.

En la descripción que me hizo de la escena, tal como él la había concebido, figuróseme ver ya la pintura tratada con todo el cariño que el arte puede inspirar.

Creo que esta fué la última conversación que tuve con Millet sobre tan agradable asunto.

Antes de regresar á París, en octubre, pasé mis últimas tardes con el artista, á quien distraje con su juego favorito. Parecía entonces muy satisfecho, y despedíme de él sin imaginar ni por asomos que su muerte estuviera próxima.

Con sus trabajos del Panteón y otros proyectos que tenía entre manos, jamás había pensado en el futuro tanto como entonces.

Más tarde, en el otoño, ó á principios del invierno, algún asunto, no recuerdo cuál, indújome á volver á Barbizón.

Al punto me hablaron allí de la enfermedad de Millet; fuí á su casa, y encontré á la familia con Mr. Babcock en el comedor, todos silenciosos, como si en aquella casa hubiese penetrado ya la muerte.

Me senté sin decir palabra ni preguntar la menor cosa, pues hasta comprendía la causa de aquella tristeza general.

En la alcoba del artista reinaba también profundo silencio.

Al fin cogí de la mano á Francisco, y apenas salimos del comedor, díjome con acento angustioso:

— ¡No hay esperanza; todo ha concluído ya!

Luego nos despedimos, demasiado entristecidos ambos para cruzar ninguna palabra más.

Creíase que Millet no llegaría al fin del mes, pero sobrevivió hasta el 20 de enero, tanto que sus amigos y parientes abrigaron la esperanza de que se restableciera.

Babcock me escribió en la mañana de su muerte, é inmediatamente me puse en marcha para ver á Francisco.

Era un magnífico día de invierno, y fuimos á sentarnos en el jardín, en el mismo sitio donde el artista acostumbraba á colocarse.

El joven me dijo que su padre había dispuesto que se le enterrara como á un labrador; que no se repartiesen esquelas mortuorias, y que un vecino se encargara de ir de casa en casa para anunciar la defunción y la hora del entierro, según costumbre del país.

El día en que debía efectuarse la fúnebre ceremonia era frío y lluvioso; mas no por eso dejaron de asistir muchas personas al entierro.

Millet fué sepultado junto á la tumba de su querido amigo Rousseau, en el pequeño cementerio que hay cerca de la iglesia.

II

En vida de Millet vi algunos dibujos hechos en diferentes épocas por el artista para sus hijos y nietos; y en Barbizón obtuve fotografías de varios de ellos, reproducidos en el presente artículo, con varios apuntes sobre su historia y las circunstancias en que se hicieron.

Otros, adquiridos por Mr. Felix Feuardent, yerno de Millet, completan la ilustración de esta fase de las obras del artista.

Francisco me habló de un dibujo de su padre que representaba *El leñador y su mujer*. El objeto del asunto era expresar que no había en la casa nada que comer, y en este trabajo revélase particularmenre la rara facultad de Millet para expresar el pensamiento con los más sencillos medios. El hombre y la mujer



Llegada y sorpresa



El Angelus, célebre cuadro de Millet adquirido en 553.000 pesetas por la *Art American Association* en la subasta de la galería de M. Secretan, verificada en 1889

están sentados delante del hogar sin fuego, y en él se ve el puchero boca abajo como para indicar mejor la situación.

Francisco reconoció en esta escena á su propio padre y á su madre; Millet había querido recordar la triste situación en que se halló á veces cuando le faltó pan para sus hijos.

He aquí la historia de ese dibujo: Francisco, que ya estudiaba el arte, ocupábase en sacar copias del natural. Una tarde, hallándose Millet hablando con su hijo, díjole que debía tener más práctica en la composición, y le preguntó si cuando leía se le quedaban impresas alguna vez en la imaginación las imágenes de cosas y escenas. Francisco contestó afirmativamente, y entonces el padre invitóle á recordar alguna cosa que le hubiese impresionado.

Esto era muy repentino para el muchacho, y como no se le ocurriese nada, preguntó á su padre si quería proponerle algo.

– No, replicó Millet; mas por lo pronto tenemos una cosa muy sencilla. Ya conoces el cuento del leñador, y aquel paraje en que dice: «No podemos alimentar á nuestros hijos, y es necesario hacer que se extravíen en el bosque. Esto servirá.»

Aceptado el asunto, Millet quiso que se hiciera entre los dos una especie de *concurso*; Francisco empezó á dibujar desde luego, mientras que su padre, reflexionando sobre lo que se proponía hacer, apenas había comenzado cuando su hijo acabó, y éste hubo de esperar con impaciencia á que Millet terminara su trabajo.

Entonces Francisco enseñó su croquis.

– No está mal, dijo el padre después de examinarlo; pero la interpretación se hace demasiado transparente. Yo he pensado algo más conmovedor; he aquí mi dibujo.

En ese trabajo, con el que, según creencia de algunos, Millet no trató más que de intimidar á sus hijos, revélase la experiencia más dolorosa de su vida.

En 1856 ó 1857, cuando Francisco no tenía más que seis ó siete años, el muchacho importunaba siempre á su padre para que le hiciese un retrato del Ogro del cuento, hasta que al fin consiguió que el artista lo dibujase en su álbum, conservado después cuidadosamente por Francisco El primer dibujo se ejecutó con lápiz plomo, proponiéndose Millet sin duda solamente divertir al chico, pero interesándose él mismo en el trabajo, hizo otra cabeza con su propio lápiz, comunicándole la verdadera expresión que en su concepto debía tener.



Venganza del caballo



Caída del caballo

Poco después se entretuvo en hacer otros dibujos del Ogro, uno de ellos de cuerpo entero y echado, mientras el niño del cuento le despoja de sus botas.

El artista hizo también varios dibujos entre 1872 y 1874, para ilustrar el cuento titulado *Caperuza encarnada*.

Lo mismo que los del Ogro, hiciéronse una noche á petición de la hija menor de Millet, niña de muy pocos años.

El primer dibujo se indicó muy ligeramente con lápiz plomo, y después fué repasado con tinta; Millet quiso representar á la niña estúpida que se asombra porque debe ir á cierto punto lejano de su casa en cumplimiento de lo que la manda su madre.

Los dibujos siguientes completan la ilustración del cuento de *Caperuza encarnada*, y en ellos se representan la conversación de la niña con el lobo y las demás escenas de la narración

Los dibujos más sencillos, como los de los caballos y el del niño alimentando la cabra, fueron los últimos que Millet hizo para su familia. El de la cabra se hizo para Antoñito, una criatura que aun no podía hablar; pero el artista supo hacerle comprender. Cuando Millet presentó el dibujo al niño, éste reconoció al punto el animal, alargó los brazos y dejó escapar un grito.

Gran satisfacción fué para el artista haber conseguido hacer comprender á la criatura lo que había representado.

Cierta noche, Millet dijo que haría alguna cosa que Antoñito no reconocería tan fácilmente, y dibujó á la criatura con las mejillas infladas, y soplando la llama de una enorme vela. El niño miró detenidamente el dibujo, y volviéndose después con evidente satisfacción, apagó la vela que estaba sobre la mesa.

Este fué un verdadero triunfo para Millet, quien hizo observar á su hijo en tal ocasión la importancia de esto como principio en el arte; había exagerado mucho las dimensiones de la vela á fin de que el niño pudiera verla fácilmente y reconocer lo que era.

Del mismo modo, según dijo, en la pintura se deben acentuar y exagerar ciertas formas, efectos y expresiones para que su relieve sea más marcado.

Wyatt Eaton



LA OCTOGENARIA; cuadro de Alejo Douillard. Salón de París de 1889



ESTRELLA MATUTINA, cuadro de D. L. Alvarez

(Exposición Nacional de Bellas Artes de 1890)

MADRE TERESA

I.

Si la hubierais conocido como yo, raramente se borrara su angelical imagen de vuestra memoria.

Sus límpidos, serenos y rasgados ojos castaños reflejaban en su suave transparencia la hermosura y pureza de su alma. El timbre de su voz era afable y armonioso cual eco de ese dulce metal que puso Dios sin duda en la boca de los ángeles. Su estatura, algo más que regular; su paso mesurado, no exento de cierta elegancia; su aire majestuoso á la par que humilde y sencillo; la blancura mate de su tez, que obscurecía la de sus tocas, sus facciones bondadosamente bellas y el cariño que con marcada predilección demostró siempre por la infancia, hacía que la adorásemos todas las niñas de su clase.

Yo aprendí las primeras letras de sus labios, ella me enseñó á balbucear la oración dominical y ella fué la que amañó mis tiernos dedos á manejar las agujas de la calceta, la del ganchito y la de la costura. ¡Dios la bendiga! Era una santa mi maestra. ¡Con qué cariñosa paciencia y sublime mansedumbre pasaba las horas á nuestro lado inculcándonos en clara y sencilla doctrina las reglas de la más sana moral! No era ridículamente mística como esas monjas que hacen aspavientos de las cosas terrenales que no deben ignorar las niñas; no era fanática, no era hipócritamente beata; había en su corazón inagotable fuente de amor maternal. Indulgente siempre con la niñez, recta y bondadosa con la culpable, veíamos en ella, no sólo la cariñosa maestra, sino la amorosa madre que en amistosa plática nos enseñaba el buen camino, mostrándonos á la vez las punzantes espinas que pudieran lastimarnos.

Alguna vez, sin embargo, parecía anublar un algo melancólico y sombrío de su pasado la transparente limpidez de su tranquila mirada; pero era tan momentáneo y pasajero, cual esas pequeñas nubecillas que instantáneamente nos privan de los rayos del sol.

Una temporada hacía que en su salud se notaba visible decaimiento. Una tarde (la recordaré toda mi vida), una tarde en que el sol no alegraba con sus rayos, y el cielo estaba triste y nublado, y la atmósfera fría y lluviosa, nos fué llamando una por una, y á la par que imprimía un cariñoso beso en nuestra frente, nos exhortaba en tiernas y sentidas frases á que fuéramos obedientes á la religiosa que la acompañaba y que por su delicada salud debía sustituirla. Siguióse después un brevísimo y sombrío silencio, sólo interumpido por alguno que otro gemido que pronto se convirtió en entrecortados sollozos. Salió madre Teresa hasta el dintel de la puerta, y nosotras pegadas á su hábito le besábamos, á su pesar, sus blancas y descarnadas manos. Se apretó ella el corazón con la diestra cual si sintiera desgarrarse el pecho, y con voz trémula de emoción y casi apagada, «adiós, hijas mías – nos dijo - rogad al Señor por vuestra maestra» Un hondo suspiro llegó hasta nosotras, nos dirigió por última vez su amorosa mirada bañada en lágrimas y desapareció á nuestra vista

Se pasaron algunos meses: «continúa enferma,» invariablemente se nos contestaba cuantas veces preguntábamos por ella; y nosotras en nuestras infantiles oraciones pedíamos á Dios con cándida inocencia la salud de nuestra querida maestra.

Un día (era uno de los plácidos del mes de abril) se nos anunció que no había clase, y más que en nuestros oídos, en nuestro corazón sonaba melancólico y plañidero el eco de las campanas tocando á muerto. ¡Ay, cuán triste era su tañido... y cuán lúgubre fué después!... ¡Madre Teresa había muerto!...

. . . .

II

¿Cuál había sido en el mundo la historia de mi querida maestra, historia de la cual no conocía yo más que el epílogo?

Algunos años después, cuando aún se conservaba en mi pecho su recuerdo con ese tinte melancólico y poético que respiran las baladas de Heine, pude saberlo.

Amelia (así se había llamado en el mundo madre Teresa) era hija única de una acomodada familia. Desde muy niña estaba prometida á un primo suyo, y en contraposición de lo que suele suceder en esos contratos de familia, en los que no se cuenta para nada con la voluntad de los contrayentes, los dos primos se amaban con pasión.

No sé si en el teatro ó en el paseo hubo de ver, por mala fortuna, á la hermosa niña un joven capitán andaluz, guapo de cara, gallardo de cuerpo, aire marcial, temerario y osado de genio. Locamente prendado de su belleza, le paseó la calle hasta llamar la atención de transeuntes y vecinos, la siguió é importunó en todas partes, la asedió con misivas amorosas y aun creo fueron parte á servir de incentivo á su pasión los desdenes de Amelia y el saber que estaba prometida á otro.

Enrique (así se llamaba el primo) había estado á punto muchas veces de dar una solfeada lección al importuno militar; pero los ruegos y súplicas de Amelia, que temía un funesto desenlace, lo detuvieron siempre.

Una noche en que no sé por qué suceso de familia se prolongó más que de ordinario la estancia de Enrique en la casa de su amada, tropezó al salir de ella con el impertérrito capitán, que al ver á Amelia asomada á una ventana, desde donde tenía por costumbre dirigir una última mirada á su amante antes de doblar la esquina, empezó á endilgarle piropos y ternezas. Una oleada de ira y de sangre debió cruzar ante los ojos del joven, que de un salto se plantó frente al capitán. Dos vibraciones secas y estridentes repercutieron en el estrecho espacio de la angosta calle. La mano de Enrique, crispada y nerviosa, había azotado las mejillas del militar. Un ¡ay! angustioso y desgarrador se escapó de la garganta de Amelia, que cayó dentro de la habitación sin sentido, al mismo tiempo que sonaba una detonación. Algunas horas después levantaban á un hombre con el cráneo destrozado. Era el cadáver de Enrique.

Primero se temió por la vida de Amelia, después por su razón. Un día su pobre padre, creyendo serviría de algún lenitivo á su destrozado pecho, le comunicó que el funesto capitán se había envenenado en la prisión.

Un rato se agitó convulsa y casi lívida la infeliz Amelia; luego levantando sus hermosos ojos al cielo, en los que brillaba algo sublime, murmuró con voz apagada y trémula, cual si sus palabras fueran un corrosivo para sus descoloridos labios: «Que Dios le perdone, como le he perdonado yo.» Y dos gruesas lágrimas, dos solas, las únicas que brotaban de sus párpados después del trágico suceso, se abrieron paso por sus frías y descarnadas mejillas.

Algunos meses más tarde, á pesar de los ruegos y súplicas de sus padres, tomaba el velo de religiosa en el convento de Nuestra Señora de N. Al pronunciar definitivamente los últimos votos que la separaban para siempre del mundo, pareció que su espíritu tomaba un nuevo vuelo y su cuerpo se desprendía con infantil alegría de algo terrenal que la agobiaba.

¿Pudo ser el frío hábito un bálsamo para su lacerado pecho? Madre Teresa bajó al sepulcro cuando aún no contaba veinticinco años.

Francisca Sánchez de Pirretas.

FANATISMO RELIGIOSO EN LA INDIA

Las muchas y sobradamente conocidas descripciones que se han hecho de las crueles y estúpidas manifestaciones del fanatismo de los indios, dejan siempre en nuestro ánimo cierta duda acerca de la verdad de los hechos narrados, por la sospecha de que el narrador puede haberse dejado llevar de sus preocupaciones ó prevenciones religiosas.

Hace algún tiempo, un indígena indio, llamado Luttfallah y que se da el pomposo título de *caballero mahometano*, publicó una autobiografía en la que, además de describir su propia vida, narra algunos notables sucesos por él presenciados, y entre ellos un entierro celebrado según el ritual de la ortodoxia india, que á continuación transcribimos.

«Un día, dice Luttfallah, estaba yo sentado con el teniente del 24.° regimiento de infantería indígena, Mr. E. M. Carle, practicando el persa, idioma que yo le enseñaba, cuando supimos que dentro de pocas horas se verificaría en la vecina aldea de Maholi la cremación de una viuda junto con el cadáver de su esposo. Esta noticia nos indignó, pues parecíanos imposible que tal crimen pudiera cometerse en las cercanías de una residencia inglesa.

»Pronto, empero, divisamos la ominosa procesión que al compás de los instrumentos indios desfilaba por delante de la residencia del ministro británico, y apresurándonos á montar á caballo nos encaminamos al lugar de la ejecución, en donde se hallaba ya otro de mis discípulos ingleses, el Dr. Kay.

»Después de un descanso de media hora junto al río y á la sombra de un frondoso pigal, la procesión se acercó al sitio del suplicio y los bracmanes depositaron en la ribera las angarillas en que iba colocado el cadáver de modo que los pies de éste tocaran el agua

»A juzgar por su rostro, el difunto era un hombre robusto y como de unos cuarenta años; luego de haberle contemplado, fijamos nuestras miradas en la joven viuda que sentada enfrente del inanimado cuerpo de su esposo se disponía á sacrificarse viva.

»Rodeada de sus parientes y de otras personas, en número de unas veinte, conversaba sin cesar con ellos y contestaba tranquilamente á las preguntas que le dirigían. Era hermosa, contaría unos quince años y en su encantador semblante no había la más leve huella de angustia. El teniente Carle, gran conocedor del idioma marathi, entabló conversación con ella y con elocuentes y exaltadas frases intentó disuadirla de su deliberado propósito de suicidio, crimen que las puras doctrinas indostánicas prohiben terminantemente. Pero á todas esas observaciones contestó la joven diciéndole:

–»Por más que me digáis, partiré con mi esposo. En el libro del destino estaba escrito que fuera yo su mujer; así es que debo ser su única mujer, en el sentido verdadero de la palabra, y no la mujer de otro. Sólo á él amaba y á nadie puedo ya amar con esta sinceridad. Por esta razón he de ser su compañera dondequiera que vaya. No os esforcéis en disuadirme de mi intento porque será en vano. ¡Que la paz sea con vos, señor!

»Instámosla á que diera oídos á las reflexiones que le hacía Carle, el cual le dijo:

–»Meditad un poco lo que hacéis; no obréis contra lo que la razón os dicte y estad convencida de que somos amigos, no enemigos vuestros, y de que á la menor indicación que hagáis os salvaremos de la espantosa muerte que os espera y cuidaremos de aseguraros un honrado porvenir.

»La joven sonriendo desdeñosamente contestó al teniente Carle que agradecía su consejo, pero que no lo necesitaba, y que su resolución era inquebrantable.

»Y esto diciendo, rasgó un pedazo de su pañuelo y mojándolo en el aceite de la lámpara que delante de los cadáveres suelen colocar aquellas gentes, lo arrolló á su dedo meñique y le prendió fuego. Mientras su dedo ardía, la hermosa muchacha departía con los que á su alrededor estaban, sin dar la menor señal de sufrimiento, á pesar de que la sangre se agolpaba en su rostro y de que un copioso sudor inundaba su frente. Para mantener á las víctimas en este estado de paroxismo, se emplean los narcóticos, especialmente el alcanfor, que los implacables bracmanes aplican en grandes dosis á sus futuras víctimas apenas ocurre una defunción y cuya acción se extiende por todo el sistema nervioso, produciendo un verdadero letargo, de modo que el cuerpo de las desdichadas puede decirse que está muerto ya antes de que en él hagan presa las llamas.

»La pira estaba terminada. El cadáver fué lavado y colocado entre maderos. La joven viuda, que llevaba atado al cuello un paquetito conteniendo media libra de alcanfor, levantóse ligera, elevó una plegaria á sus dioses y se dirigió corriendo al sitio donde yacía el cadáver, como se lanza la mariposa hacia la llama que la atrae y ha de consumirla. Después de dar siete vueltas alrededor de la pira penetró en ella, se sentó y colocando la cabeza de su esposo sobre su pecho, prendió fuego con una mecha que entre los dedos pulgar é índice aguantaba á los materiales de fácil combustión que entre los maderos habían sido amontonados. En el entretanto los bracmanes habían cerrado la entrada de la pira.

»El Dr. Kay no pudo contener por más tiempo su indignación, y con toda la fuerza de sus pulmones empezó á gritar en marathi, idioma que apenas conocía:

–»¡Infames! ¡Esto es repugnante! ¡No cometáis tamaña crueldad!

»Este singular apóstrofe, pronunciado con acento extranjero, hizo prorrumpir á los de la comitiva funeraria en una estrepitosa carcajada que no se compadecía con el horror de la escena que se desarrollaba. Una columna de fuego envolvió la pira, los bracmanes y los indígenas invocaron á su dios Navá y mandaron tocar todos los tambores, flautas y címbalos á fin de que el estrépito por tales instrumentos producido ahogara los gritos de dolor que tal vez lanzara la víctima.

»Cuando las llamas hubieron invadido los cuatro costados de la pira, se derribaron á hachazos los pilares que formaban los cuatro ángulos, y aquella inmensa mole de maderas se vino abajo, cayendo sobre la bella y encantadora viuda, que debió quedar aplastada

»Pasados quince minutos la hoguera quedaba reducida á un montón de cenizas: cesaron entonces los gritos, y la música y los ejecutores de aquel acto se sentaron fatigados á la sombra de un árbol esperando que las cenizas se apagaran por completo para arrojarlas al río.

»En cuanto á nosotros, volvímonos á nuestra residencia tristes y con el corazón oprimido por la vista de aquel horrible espectáculo, cuyo recuerdo tardó mucho en borrarse de nuestra memoria»

X

SECCIÓN CIENTÍFICA

LAS ARAÑAS (1)

La epeira, después de haber escogido un punto de una rama ó de un objeto cualquiera, deja resudar el líquido de su hilera en mayor ó menor cantidad: el

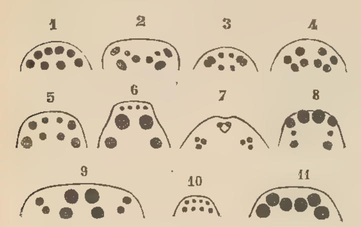


Fig. 1. Disposición de los ojos en las diversas especies de arañas. – 1. *Argironeta*. – 2. *Teniza*. – 3. *Teridio*. – 4. *Agelena*. – 5. *Tomiso*. – 6. *Licosa*. – 7. *Especie afín de las arañas*. – 8. *Saltador*. – 9. *Epeira*. 10. *Tetragnato*. – 11. *Segestria*.

hilo es muy ligero; el más leve soplo de aire, que no sería suficiente para hacer ondular la superficie del agua, basta para ponerlo tirante y estirarlo en la dirección en que sopla, y de este modo llega hasta una nueva rama, á cierta distancia de la primera, en donde la araña lo fija y tira de él hasta darle el grado de tirantez conveniente. Hecho esto, el insecto repite la misma operación partiendo del segundo punto fijo y escogiendo uno nuevo más bajo que el primero, después de lo cual vuelve al primer hilo, que recorre en parte para detenerse en un punto desde el que irá á buscar el segundo. De esta manera habrá formado un triángulo sensiblemente vertical, ó en todo caso ligeramente inclinado, cuyos ángulos trunca con nuevos hilos más cortos. Este marco exterior, andamiada de la tela propiamente dicha, está hecho con un hilo más fuerte que el de los radios y travesaños.

Regresa luego al primer hilo, y recorriéndolo con seguridad, llega á un punto desde el cual, haciendo descender un hilo hasta el extremo opuesto del marco, pasará por el centro. Durante su marcha el hilo la sigue como una cuerda floja, y sólo cuando ha fijado el segundo extremo le da la tensión conveniente. Esto hecho, y partiendo del centro del último hilo, dirigirá los radios á los distintos puntos del marco de una manera generalmente regular y simétrica: para construir cada radio, recorre el precedente al mismo tiempo que produce su hilo, que aparta con una de sus patas traseras, como una mujer se levanta ligeramente el vestido al andar, á fin de que los dos hilos no se aglutinen, y de esta suerte llega al marco, que recorre un momento, siempre segregando hilo, fija el extremo de éste y luego lo tiende de modo que el nuevo radio venga á ser el tercer lado de un triángulo cuyos otros dos lados ha recorrido. Del mismo modo son construídos los demás

Los radios son espaciados regularmente, y los ángulos formados por dos radios consecutivos son sencillamente iguales. Entonces la araña, partiendo del centro, construye una espiral que se extiende hasta el marco, con la particularidad de que esta espiral está hecha con un hilo seco, no pegajoso; y á partir de cierta distancia, dispone hilos transversales que van de un radio á otro y cuyo conjunto forma un polígono casi regular. Estos hilos son viscosos, y á medida que los va construyendo, el animal destruye la parte de espiral correspondiente á los mismos, de la que sólo dejará las primeras espiras alrededor del centro: parece, pues, como si la espiral únicamente hubiera servido de andamiada.

Algunas especies dejan un espacio vacío entre dos radios; otras fabrican una cinta sinuosa fija, en la que depositan sus huevos.

Si se observa de cerca los hilos, se ve que el de la espiral difiere del de los polígonos, pues no tienen la misma forma ni el mismo color: los últimos están formados por una línea de glóbulos comparables á perlas engarzadas á cierta distancia una de otra.

Para las especies sedentarias, la tela es á la vez una trampa y una vivienda: el animal no sale á caza, no corre en pos de la fortuna, sino que espera tranquilamente en su nido á que ésta vaya á su encuentro, con lo que algunas veces se expone á quedarse en ayunas. Pero las moscas abundan dentro y fuera de nuestras casas, y ¡desgraciado del insecto que aturdido venga á dar contra este frágil edificio! La araña ha sentido bajo sus patas cierto estremecimiento, y no ha hecho más que salir de improviso de su escondite, precipitándose sobre el imprudente, á quien acribilla con sus garras, destilando al propio tiempo en la herida una imperceptible gota de veneno: entonces chupa la sangre y las partes blandas del cuerpo de la víctima y abandona en la tela los restos de su comida.

Si la mosca se defiende, la araña la envuelve en sus hilos á fin de dificultar sus movimientos; pero si el prisionero es bastante fuerte para comprometer con sus sacudidas la seguridad de la tela, la araña será la primera en desembarazarse de él rompiendo algunas mallas de su red.

Parece que la araña es bastante conocida para que sea ocioso hacer una descripción de ella; pero lo cierto es que aunque muy extendido, pocos son los que examinan de cerca este animal, gracias al injustificado terror que inspira á algunos y á la repugnancia invencible que produce en otros. Además hay detalles que sólo pueden verse con la lente y aun fijando mucho la atención. Vamos, pues, en pocas palabras á señalar las principales particularidades de su estructura y de su organismo.

Consta el cuerpo de la araña de dos partes perfectamente distintas y separadas por una estrangulación: una que comprende juntos la cabeza y el pecho *(céfalotórax)* y otra el abdomen. En la parte anterior de la cabeza hay dos apéndices provistos de dientes venenosos, y en la posterior se encuentran los ojos en número de seis y más frecuentemente de ocho. La araña doméstica *(tegenaria)* posee ocho, dispuestos en dos hileras paralelas, á razón de cuatro por fila, formando dos líneas casi rectas (fig. 1).

Todo es extraño en los ojos de este animal, el número, la disposición y la diversidad de tamaño y de forma; lo cual no significa necesariamente una vista ni muy extensa, ni muy delicada, ni muy perspicaz. Por de pronto son fijos; de suerte que, no moviéndose como los nuestros dentro de sus órbitas, el animal no puede dirigirlos á los distintos puntos del espacio.



Fig. 2. *Licosa* á la entrada de un nido

¿Estará el mayor número de ojos destinado á suplir esa falta de movilidad? En vez de un ojo único que se mueve en su órbita y se acomoda á las diferentes distancias, ¿serán, quizás, ojos fijos, cada uno con su dirección especial y que permitan á la araña ver á distancias variadas? Y ¡quién sabe si unos le sirven para la obscuridad y otros para la luz! Respecto de esto, pueden hacerse varios estudios colocando al animal en condiciones que no le permitan usar necesariamente más que algunos de sus ojos.

Las arañas son diurnas ó nocturnas, y las hay que habitan debajo de la tierra, lo cual exige ojos en armonía con esas distintas condiciones de vida. El agrupamiento de los ojos caracteriza tan perfectamente á las especies, que ha servido de medio de clasificación, habiendo permitido luego el estudio de las costumbres darse cuenta de las particularidades que en aquellos órganos se notan.

El tacto parece ser el sentido por excelencia, el más desarrollado y más fino en las arañas; pues por lo que al oído toca no cabe admitir, por lo menos hasta ahora, que lo posean, desde el momento en que no se les conocen orejas, y en cuanto al pretendido sentido musical, que sólo Pelison, débil observador por cierto, les atribuye, bien puede ser clasificado en el género de las fábulas. Cuando una araña sale de su nido al oir sonar algún instrumento, lo hace sin duda á causa de las trepidaciones producidas en su tela por las vibraciones sonoras, que lejos de agradarle la inquietan. En algunas especies de la familia de



Fig. 3. *Migala* y su madriguera

las *Theridiidæ*, el macho posee un órgano estoidulatorio, lo que permite suponer que el oído existe en la hembra.

Las arañas, como es sabido, tienen ocho patas; pero lo que se ignoraba, antes de los ingeniosos experimentos de M. Carlet, era la manera como andaban. El sabio catedrático de Grenoble ha estudiado comparativamente la andadura de los animales de cuatro, de seis y de ocho patas. Entre los cuadrúpedos, la jirafa, por ejemplo, amblea, es decir, adelanta alternativamente las dos patas de un mismo lado, al paso que el caballo tiene dos andaduras, pues puede amblear ó andar avanzando una de las patas delanteras con la trasera del lado opuesto. La andadura de los lagartos, de las ranas y de las tortugas en nada se parece á la de los mamíferos cuadrúpedos, á pesar de la igualdad de número de sus miembros.

Los insectos adelantan simultánea y alternativamente las patas impares de un mismo lado (primera y tercera) con la pata par (segunda) del lado opuesto, mientras descansan sobre las otras tres, que sirviendo de puntos de apoyo son los vértices de un triángulo; andan, pues, como dos cuadrúpedos que tuviesen de común las patas medias y poseyesen el uno las cuatro primeras y el otro las cuatro últimas.

Finalmente, las arañas andan como dos cuadrúpedos que se siguieran, es decir, avanzando las patas de la fila impar de un lado (una y tres) al mismo tiempo que las de la fila par del otro (dos y cuatro): si se suprimen dos patas de una misma fila, dos impares ó dos pares, pero una de cada lado, de modo que el número de miembros quede reducido á seis como en los insectos, las arañas andan como éstos. Por último, si se les arrancan otras dos patas, andan como los cuadrúpedos. Hay, pues, en la andadura de los

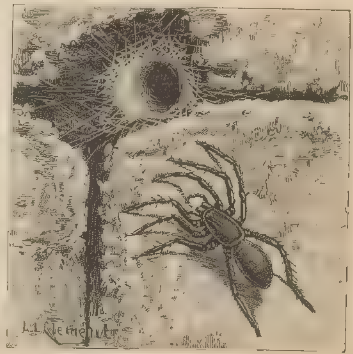


Fig. 4. *Segestria* y su nido tubular

(1) Véase el núm. 457.

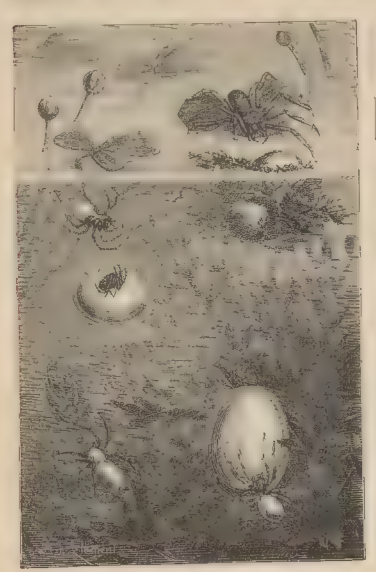


Fig. 5. *Argironetas* acuáticas y sus campanas

seres vivientes una ley general que asegura la estabilidad de éstos durante el movimiento.

Más que por su fealdad física son repulsivas las arañas por sus costumbres especiales. Contra lo que es regla general en los animales, la araña vive casi siempre sola, y así como en aquéllos se cita á menudo como digno de atención su instinto maternal, pocas veces se oye hablar de la familia de la araña y de su ternura por sus pequeñuelos. Los que la observan son á veces testigos de un hecho sorprendente, de una verdadera anomalía, en el momento de la unión de estos seres; en la tela de la hembra ven aparecer un macho, generalmente más pequeño que su compañera, y algunas veces de un tamaño completamente desproporcionado; este ser diminuto mide sus pasos, avanza con precaución sobre la punta de sus patas, como si alimentara una esperanza no exenta de recelo. ¿Teme por ventura no agradar? De ningún modo. La confidencia dura poco, pero en seguida de terminada, tiene el marido que darse prisa en tomar las de Villadiego si no quiere que su esposa lo devore como á una mosca vulgar. El hecho, sin embargo, no es general, y nos complacemos en creer que el marido es de esta suerte inmolado cuando la hembra está en ayunas desde hace algún tiempo, lo cual sería una circunstancia atenuante.

Pero si por un lado la araña cumple tan mal los deberes conyugales, por otro, en cambio, cuida mucho de sus huevos, que encierra, ora en una cáscara, ora en un sedoso saquito, según la especie á que pertenece, habiendo algunas que los reunen en un montón debajo de su cuerpo. Al cabo de unos quince días, las pequeñas arañas salen del huevo; difieren poco de sus padres y no sufren metamorfosis alguna. La madre las protege con mucha ternura y abnegación hasta que están en condiciones de bastarse á sí mismas; entonces las arroja de su lado y se queda sola en su nido. En cuanto al padre, nunca conocerá las cargas ni las dulzuras de la paternidad.

La fig. 4 reproduce la *segestria* y la entrada de su nido tubular: los diversos hilos van á parar á un punto del tubo en el que la araña posa sus dos primeras patas cuando está en el interior. Las arañas aéreas nos son familiares; en cuanto á las que viven debajo de tierra ó en el agua, hay menos ocasiones de observarlas. La *licosa* tiene una verdadera madriguera (fig. 2): la *tarántula* pertenece al género de las licosas.

Entre las demás arañas terrestres citaremos la *migala*, cuyas patas están conformadas de manera que unas sirven para huir y otras para hilar. Esta araña abre un pozo cuya profundidad varía desde algunos centímetros hasta dos ó tres decímetros, y cuyo diámetro es proporcionado al tamaño del animal: éste comienza por consolidar y unir las paredes y luego las reviste de una tela sedosa, blanca y brillante, más ó menos espesa, que se adhiere fuertemente. El orificio del nido está cerrado por medio de una tapadera de tierra con una capa sedosa en su cara inferior: esta tapadera afecta ligeramente la forma de embudo y el orificio está recortado en bisel, de modo que aquélla se adapta perfectamente á éste. Una bisagra de seda elástica y resistente permite al animal levantar la tapa como una puerta que gira sobre sus goznes (fig. 4). La parte exterior de la tapadera está sembrada de pequeñas piedras que hacen que, una vez cerrado el nido, la entrada del mismo se confunda con el resto del terreno. Finalmente, en la parte opuesta á la bisagra hay varios agujeritos en los cuales el animal clava sus garras, y de esta suerte se agarra y se hace fuerte en la pared para mantener cerrada la tapadera cuando está dentro del nido y algún enemigo intenta penetrar en él.

Ciertas arañas construyen pozos curvos con dos aberturas: otras los bifurcan interiormente variando las formas y las dimensiones de sus diferentes partes y estableciendo tapaderas en los puntos de bifurcación, con lo cual consiguen tener una vivienda con varias piezas independientes; otras finalmente construyen subterráneos más ó menos tortuosos é irregulares. Hay en Africa una araña que guarnece su madriguera con un tubo de seda blanca que se prolonga hasta 10 y 15 centímetros debajo del suelo, se dilata ligeramente y está sostenido en posición vertical por medio de hierbas. Otras del mismo país prolongan su nido fuera del suelo á una altura variable según las especies, á veces hasta 10 centímetros, poniéndole algunas tapadera y otras no. Este tubo exterior, formado de un tejido sólido y resistente, está cubierto de fragmentos de hojas y de tierra (1).

Digamos, para terminar, algo de la araña acuática ó *argironeta*. Gris ó parda y velluda, cuando construye su nido se la ve sumergirse en el agua, nadar, ganar la superficie y sumergirse de nuevo. Obsérvémosla: hela ahí, cerca de la superficie, con la cabeza hacia abajo y no sacando fuera del agua más que el extremo posterior de su abdomen: cruza rápidamente las patas vecinas debajo de su cuerpo y alrededor de la parte que sale del agua se forma una ligera depresión, y el aire que allí se encuentra es aprisionado por los pelos; el animal queda envuelto en aire por decirlo así, lo cual hace que sumergida en el agua despida brillantes y argénteos reflejos. Entonces se sumerge y con sus patas recoge el aire que la cubre formando con él una burbuja única que coloca debajo de unos ligeros hilos ó que fija en algunas briznas de hierba, hecho lo cual remonta á la superficie, repite la misma operación, y á cada nueva inmersión aumenta su provisión de aire. Pronto se distingue la burbuja, y cuando tiene el tamaño de una pequeña bola, la araña tiende por encima de ella sus hilos, cuyo brillo plateado ha valido al animal el nombre de *argironeta*, es decir, *hilandera de plata*, y pasa una y otra vez cruzando sus hilos y fijándolos por sus extremos en las plantas vecinas; de esta suerte la campana de forma ovoide se encuentra mantenida en suspensión en el aire. Esta campana es próximamente unas diez veces mayor que el animal: cuando no está terminada es transparente, y así la vemos de ordinario representada; cuando está concluída es opaca como un capullo de gusano de seda. En este abrigo aéreo, especie de campana de buzo, enciérrase la araña acechando á los pequeños seres acuáticos de que se alimenta y que devora en su guarida. La fig. 5 reproduce las argironetas acuáticas: la primera, la de la superficie, está en actitud de andar; la segunda se dispone á nadar, y la tercera descansa debajo de su burbuja. La última de la derecha está en parte metida en su campana por la abertura que se encuentra en su parte inferior. Cerca de la superficie hay una campana en un grupo de plantas.

Si por casualidad se escapa el aire, la araña comienza de nuevo su tarea, sin mostrar en ella impaciencia ni cansancio: lo propio hace cuando aquél, viciado por la misma respiración del animal, ha de ser renovado. La argironeta pone en la campana sus huevos cubriéndolos con un capullo sedoso que fija en los hilos que envuelven aquélla.

Un miembro de la congregación del Oratorio, el padre Lignac, fué el primero que describió, en 1774, las costumbres de la argironeta, que observó en el riachuelo del Huisne, cerca del Mans. Desde entonces, ese animal ha sido visto en otras corrientes de agua, por lo general poco rápidas, y sobre todo en las aguas estancadas: se la encuentra en Versailles y en Gentilly. M. Plateau, de Gante, la ha descubierto en los fosos de esta ciudad y ha enviado algunos ejemplares á M. Blanchard, del Instituto, quien, á su vez, las ha observado en su laboratorio, comprobando sus estudios las observaciones del padre Lignac. Posteriormente, M. Ponjade ha hecho nuevas é interesantes investigaciones que han confirmado las antiguas.

FÉLIX HÉMENT

(1) Observaciones de M. Simón en las *Actas de la Sociedad Linneana* de Burdeos.

PARARRAYOS FERRER PARA LINEAS ELÉCTRICAS

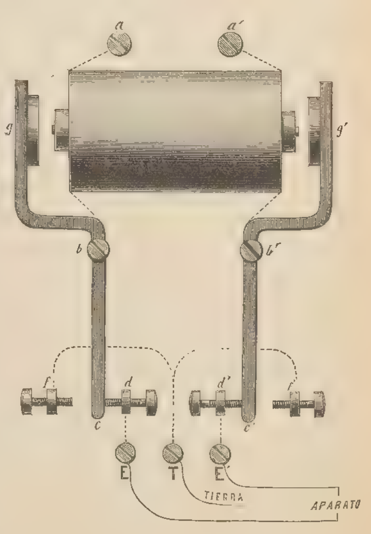
Hace algún tiempo verificáronse, con excelente éxito, en los talleres de los señores N. Xifra y compañía, de esta ciudad, las pruebas de este aparato inventado por D. Jacinto Ferrer y Ganduxer, vicepresidente de la Academia Politécnica Universal.

Nada más sencillo que este aparato que reproduce nuestro grabado en la escala $^1/_2$ y cuya descripción vamos á hacer, tomándola de la acreditada revista *Anales de la Electricidad*, que dirige el notable electricista D. Antonio Suárez Saavedra.

B es una bobina de grueso hilo, elegido de manera que, oponiendo pequeña resistencia al paso de la corriente, y siendo incapaz con la corriente ordinaria voltaica de producir la imanación del núcleo, dicha corriente puede circular por su circuito ordinario pasando por el aparato receptor, sin que las armaduras *gb*, *g' b'* sean atraídas, al paso que serán atraídas si circula por el alambre de la bobina una derivación de la corriente atmosférica, que es lo que constituye la chispa eléctrica. A fin de que cada aparato pueda servir de pararrayos para una línea de uno solo ó de dos conductores, es decir, para una línea que emplee ó no la tierra, hay dos circuitos en las bobinas, esto es, se arrollan dos hilos á la vez, terminando el uno en *a*, *b* y el otro en *a'*, *b'*.

Supongamos, pues, el estado ordinario de transmisión. La corriente que viene de la línea entra por *a*, recorre la bobina *B*, sale por *b* sin atraer armadura alguna, y como la palanca *b c* unida á la armadura y que puede girar sobre *b*, está dispuesta en su peso de modo que en estado ordinario *c* choque contra el tornillo *d*, resulta que por este contacto la corriente marcha á *E*, recorre el aparato y por *d' c' b' a'* marcha á la línea si el circuito es metálico ó tiene dos hilos, ó á tierra si se hace uso de ésta y el hilo de tierra se empalma á *a'*. Si en tal circuito todo metálico la corriente entrase por *a'*, recorrería el camino *a' B b' c' d' E aparato E d c b B a*. Ahora bien: si una corriente atmosférica entra por *a* ó por *a'*, al pasar por *B* imana lo suficiente al núcleo para atraer la armadura correspondiente, la *g* por ejemplo, si ha entrado por *a*; se rompe entonces el contacto de *c* con *d* y se establece el de *c* con *f*, que como se ve comunica con la borna *T* que se halla en comunicación con tierra, quedando así preservado el aparato y marchando á tierra, tanto la corriente atmosférica como la voltaica, si en el momento emite corriente la estación con quien se funciona.

Si este pararrayos sirve para preservar de la chispa de electricidad atmosférica á los aparatos telegráficos y telefónicos, en principio sirve lo mismo para preservar á las máquinas dinamos, y por lo tanto puede aplicarse también á las líneas de luz y de transmisión de la fuerza, puesto que todo se reduce á dar una mayor sección al conductor aislado que forma sus bobinas, y de aquí el título que hemos dado á este artículo.



Pararrayos Ferrer para líneas eléctricas



TODA UNA JUVENTUD

POR

FRANCISCO COPÉE

Ilustraciones de Emilio Bayard–Grabado de Huyot

(CONTINUACIÓN)

Al despedirse de ti, después de media hora de atractiva conversación, Mauricio te ha dicho en tono chancero: «sobre todo, no diga usted á Violette que nos hemos encontrado, porque perdería mi mejor amigo.» Y tú, no sólo no has dicho nada á Amadeo, sino que tampoco á tu madre ni á tu hermana; porque Luisa y mamá Gerard, que son la prudencia y el juicio en persona, te aconsejarían evitar á ese temerario que se ha dirigido á ti en un sitio público, diciéndote á las primeras palabras que eras bella y amada; te regañarían con dulzura y te harían comprender que ese joven pertenece á una familia rica y distinguida, que su madre funda en él grandes esperanzas, y que tú no posees más que un vestido viejo y dos hermosos ojos. Y mañana, para mayor seguridad, cuando vuelvas al Louvre (porque para pagar el alquiler del cuarto, es preciso entregar acabadas al tío Issacar sus marquesas empolvadas), mañana te habría acompañado mamá Gerard y se habría instalado junto á tu caballete, con sus anteojos y sus avíos de hacer calceta, con lo que el galán acabaría por desengañarse.

Pero tú, en vez de esto, te ocultas de Luisa y de tu madre; tú tienes un secreto para tu familia, y mañana, cuando delante del espejo rajado peines tu abundosa cabellera de color del sol, sentirás en el corazón un latido de esperanza y de vanidad. En el Louvre te distraerás de tu faena cuando oigas resonar pasos de hombre en la soledad de las próximas salas y te turbarás á la llegada de Mauricio. Pero, confiésalo, no te sorprenderá su presencia, ni te disgustará... ¡Ah! No, por el contrario. ¡Mariquilla, Mariquilla!, ahora te habla en voz baja, y esto no me parece bien. Su rubio bigote está muy cerca de tu mejilla, y cuando bajas los ojos, observo un rayo de placer que brilla al través de las pestañas. No oigo lo que te dice ni lo que tú le contestas; pero ¡qué de prisa va el tentador, cómo se apodera de tu confianza! Mira, Mariquilla, que te comprometes permitiéndole estar tanto tiempo cerca de tu caballete.

Van á dar las cuatro. El guarda de levita verde, que dormita con el tricornio calado hasta los ojos, en la sala de al lado, sacude su pereza, estira los brazos, mira el reloj y se levanta de su banqueta gritando: «¡Se va á cerrar!»

Mariquilla, ¿por qué permites que Mauricio te ayude á recoger tus chismes de pintura, y que luego te acompañe á través de las galerías, llevando tu caja? La mujer alta y seca del salón cerrado, la que gasta tirabuzones como en tiempo de Luis Felipe, la que aún no ha acabado de copiar *La virgen del almohadón verde*, os ha seguido hasta el patio del Louvre. ¡Ten cuidado! Como envidiosa que es, ha notado que estabas muy emocionada al despedirte de tu acompañante, y que has dejado durante un minuto tu mano entre la suya. La vieja de los largos rizos tiene una lengua de víbora: desde mañana serás la fábula del Museo, y la murmuración se extenderá desde la Escuela de Bellas Artes hasta el taller de Signol, en donde los dos aprendices, tus respetuosos admiradores, que piensan en cortarse el cuello en honor tuyo, se reunirán, diciéndose: «¿Qué tal la linda pastelista?» – «Sí, ya sé que hay uno que le hace el amor.» ¡Si no fuera más que hacer el amor!

Pero la linda pastelista ha sido más ligera, más loca de lo que se figuran los aprendices y la mujer seca. ¡Es tan dulce oirse decir «amo á usted,» es tan dulce oirse preguntar «¿y usted me ama un poco?» cuando abrasa el deseo de responder: «sí!» Bajando la cabeza y encarnada de vergüenza al sentir junto á su rostro el ardiente aliento de Mauricio, María ha acabado por murmurar el «sí» fatal. Entonces ha visto palidecer de alegría á Mauricio, que le dice:

– Es preciso que hable á usted, que la hable á solas, no delante de importunos.

Y habiéndole ella contestado «pero ¿cómo? ¡Eso es imposible!» él en seguida le ha preguntado si tenía confianza en él, si le creía hombre honrado, y la mirada de la joven le ha respondido mejor que todos los juramentos.

– Pues bien: mañana por la mañana, á las diez... En vez de venir al Louvre... ¿Quiere usted?... La aguardaré en el muelle de Orsay, delante del embarcadero de Saint Cloud.

María llegaba allí á la hora indicada, rendida de emoción, próxima á desfallecer... Mauricio la tomó del brazo y la llevó al barco de vapor, que lanzaba bocanadas de humo.

– Ya estamos casi solos... Concédame usted el placer de que corramos juntos por el campo... ¡Hace un tiempo tan hermoso!... Pierda usted cuidado, volveremos temprano.

¡Oh embriagadora expedición! Sentada al lado de Mauricio, que murmuraba junto á su oído palabras llenas de fuego y de pasión y cuyas miradas la envolvían prometiéndole embriagadoras caricias, María vió pasar por delante de ella, como en un sueño, panoramas de París que no conocía, las altas murallas de los muelles, los arcos monumentales de los puentes, después las afueras pintorescas y los humeantes hornos de Grenelle, el Bas-Mendon con sus barcos y chalanas. Al fin apareció en la orilla del río el hermoso parque con su exuberante vegetación.

Los dos jóvenes vagaron mucho tiempo bajo la franca sombra de los castaños cargados de fruto. Amortiguado por el follaje el sol de julio, matizaba las calles de árboles de anchas y movibles manchas luminosas; y Mauricio no cesaba de repetir á María que la amaba, que no había amado más que á ella, que la amó desde el momento en que la vió en su casa, y que ni el tiempo ni la ausencia habían podido borrar su recuerdo; y la embriaguez del deseo que abrasaba su sangre de libertino era tal, que se imaginaba que cuanto decía era verdad. No, en aquel momento no creyó que mentía. En cuanto á la pobre María... ¡Oh! No la juzguéis con severidad, pensad en su juventud de miseria, en su vida de flor aprisionada. Hallábase como pletórica de felicidad, no encontraba palabras que responder, y apoyándose en el brazo del joven, sólo tenía fuerzas para de vez en cuando mirarle con ojos agonizantes de amor.

¿Será preciso decir cómo sucumbió? ¡Ah, don Juan, seductor de vírgenes! ¡Cuán fácil es tu victoria! ¿Será preciso presentarlos á ambos almorzando en el gabinete de *La cabeza negra*, desde donde se veía correr el cristalino río? La emoción, el pesado calor de la siesta, el champagne helado, este vino dorado

que prueba por vez primera, aturden á la imprudente niña: su encantadora cabeza se inclina sobre el almohadón del diván; va á desmayarse...

– Tiene usted demasiado calor, – dice Mauricio. – Tanta luz la incomoda.

Pronto corre las cortinas y ambos quedan en la sombra...

Después del minuto irreparable, él la jura que es para siempre su mujer, y sólo le pide algún tiempo, unas cuantas semanas, para preparar á su madre, la ambiciosa señora de Roger, antes de participarle la noticia de este matrimonio inesperado.

María no duda de él; pero anonadada por su falta, experimenta inmensa vergüenza; y ocultando el rostro en el hombro de su amante, á quien inunda con su suelta cabellera, evoca á la luz de un relámpago de recuerdo todo su pasado de inocencia y de miseria, el humilde hogar lleno de honradez, á su padre muerto trabajando, á su madre y á su hermana, ó mejor dicho, á sus dos madres, que todavía la llaman «la niña,» considerándola como tal en toda su pureza. Y al recordar todo esto se siente como invadida por su pecado, y quisiera morir en seguida allí mismo.

¡Oh! ¡Sed clementes, os lo suplico, para con la débil María!... Es tan joven... y va á sufrir tanto!

Mauricio en el fondo no es un malvado. Hablaba de buena fe cuando le prometió casarse con ella inmediatamente. Desde el día siguiente tuvo intención de decírselo todo á su madre; pero al hallarse en presencia de ésta, parecióle más imponente que nunca, con sus cabellos grises y su toca de viuda. Se estremeció al prever las escenas de lágrimas, de enojo y de reproches que le aguardaban, y en su pereza de voluptuoso, se dijo: «Se lo diré otro día.» Entretanto María es su querida, y él, á su modo, la ama más que á todas cuantas ha tenido. Le es fiel, y cuando ella, robando una hora á su trabajo, ha de ir á verle á escondidas á su estudio, se inquieta al más mínimo retardo y le palpita el corazón: ¡palabra de honor! Porque María es verdaderamente adorable con sus quejas de pájaro y sus pudores de sensitiva, manifestados aun en los momentos en que más por completo se abandona á Mauricio. Todavía lleva al cuello una medalla bendita, como cuando era niña. ¿No es esto, en verdad, delicioso? Pero á Mauricio no le gusta el aspecto de tristeza que toma la joven cuando al marcharse le pregunta con acento tembloroso y dejando de tutearle:

– ¿Ha hablado usted á su madre?

El la abraza y la tranquiliza, diciéndole:

– No tengas cuidado, dame tiempo para hacerlo con oportunidad.

Lo cierto es que ahora ya empieza á preocuparse con la idea de este matrimonio. Sabe que es su deber; pero aun no tiene veintitrés años. No es urgente. La joven se le ha entregado muy fácilmente: es su querida, no de capricho, sino tal vez para siempre. ¿No tiene el derecho de someterla á prueba, y de hacerle esperar un poco? Esto es lo que le aconsejará su madre, está seguro de ello, aun suponiéndola muy indulgente. ¡Vamos! Este proceder es el más razonable.

¡Ay! Los egoístas y cobardes siempre saben encontrar razones que justifiquen su infame conducta.

¡Cuán cara cuesta á la pobre María aquella locura! ¡Y qué pesado es un secreto de esta índole en un corazón de niña! A cambio de algunos instantes de embriaguez inquieta y breve, pasados al lado de un hombre del que ya duda y que á veces le da miedo, es preciso engañar á su madre sin ponerse encarnada ni bajar los ojos, atravesar todo París seguida por la voz de sus remordimientos que le reprocha al oído, y entrar en casa de Mauricio, con el velo echado, ocultándose como una ladrona. ¡Y si fuera esto solo! Después de algún tiempo de esta vida angustiosa, siente dentro de sí algo inexplicable, misterioso. Pierde la salud y sus entrañas se estremecen. ¡Gran Dios! Ha sentido cómo en el fondo de su ser se agita su falta viviente! ¡Pronto, á casa de Mauricio! Llega cuando no es esperada, le sorprende lánguidamente tendido en el diván, con el cigarro en la boca, y sin darle tiempo de levantarse, se arroja en sus brazos, prorrumpe en sollozos, y le hace su terrible revelación.

Al principio Mauricio experimenta un movimiento de asombro, y dice contrariado y mirándola con dureza:

– ¡Bah! Debes estar equivocada.

– ¡No; estoy segura, te repito que segura!

María ha observado la siniestra mirada de su amante, y se considera de antemano condenada. Sin embargo, el joven le da un beso sin amor; y ella, haciendo un gran esfuerzo, balbucea:

– Mauricio... ahora es preciso que hables á tu madre...

Pero Mauricio se ha puesto de pie haciendo un ademán de impaciencia, y delante de María, que está sentada porque sus fuerzas la abandonan, se pone á pasear á lo largo de la pieza.

– Mi pobre María, – dice deteniéndose y titubeando. – No me atrevía á decírtelo... Mi madre no consiente en nuestro matrimonio... al menos por ahora.

¡Miente, miente! No ha dicho nada á su madre: la infeliz lo adivina. ¡Ah desdichada! ¡No la ama! Y desesperada, sintiendo rugir una tempestad dentro de su cabeza, oye á Mauricio hablar con voz lenta y sin calor:

– ¡Oh! No tengas cuidado, pobre niña mía, yo no te abandonaré jamás... Si lo que me has dicho es verdad, si estás bien segura de ello, el mejor partido que podemos tomar es el de que dejes á tu familia y te vengas á vivir conmigo... Desde luego, nos iremos lejos de París, saldrás de tu cuidado en el campo y confiaremos la criatura á una nodriza. No faltará quien la cuide bien... Y más tarde, no mucho quizá, mi madre se apaciguará comprendiendo que es necesario que nos casemos... No, verdaderamente, cuanto más lo reflexiono no hallo solución mejor. Ya se me alcanza que será duro tener que separarte de tu familia; pero ¡cómo ha de ser, niñita!... Escribirás á tu madre una carta bien expresiva...

Y tomándola inerte y desfallecida en sus brazos, trata de mostrarse más tierno.

– Tú eres mi mujer, mi querida mujercita: lo digo y lo repito. ¡Vaya! ¿No estarás contenta de que vivamos juntos, completamente juntos?

He aquí todo lo que á Mauricio se le ocurre, todo lo que le inspira su corazón: ser públicamente su amante, patentizar su vergüenza á los ojos de todos.

María se siente perdida, y levantándose bruscamente contempla como atontada á Mauricio, y le dice:

– Está bien... Ya hablaremos.

Y se va precipitadamente, vuelve á Montmartre á paso de loca, encuentra á su madre haciendo calceta y á su hermana poniendo la mesa para comer, como si no pasara nada.

María les toma las manos y cae de rodillas...

¡Ah! ¡Pobres mujeres!

Ya habían pasado por bastantes pruebas. Era lamentable la decadencia de aquella desgraciada familia; y sin embargo, ayer mismo soportaban su destino con resignación. Sí, todo lo sufrían con tristeza, pero sin quejarse: las sórdidas eco



nomías, las pocas entradas de dinero, los apuros siempre crecientes y renovados. Sosteníalas y les daba valor la gran idea del deber. La anciana mamá, cubierta la cabeza con su papalina, guisaba y lavaba; la hermana mayor daba lecciones á domicilio á dos pesetas, y la pequeña emborronaba sus copias al pastel.

(Continuará)

NUESTROS GRABADOS

Verdugo marroquí, acuarela de José Signorini. – Este pintor italiano cuyas obras se distinguen por la corrección del dibujo y la solidez de la pintura, ha trasladado recientemente su estudio de Roma á París y expuesto, en el último Salón, la media figura que reproducimos y que fué unánimemente admirada y alabada.

El *Verdugo marroquí* acaba de cumplir una terrible sentencia dictada por el sultán y presenta á éste la sangrienta cabeza de la infiel odalisca. El asunto peca quizás de un exceso de crudeza, pero ha dado ocasión al artista para hacer gala de su talento y de sus conocimientos orientalistas y le ha permitido encontrar contrastes de factura que imprimen en su acuarela un vigor y una expresión superiores á todo encomio. No hay en el cuadro el más pequeño detalle descuidado, todos están tratados con *amore*, como dicen en la patria del autor, y en todos se trasluce un estudio profundo y se revelan hermosos rasgos de alta inspiración.

* * *

La octogenaria, cuadro de Alejo Douillard. – Salón de París de 1889. —Aunque otra cosa no tuviera, cautivaría el cuadro de Douillard por el sentimiento de que está impregnado el encantador grupo que forman la venerable octogenaria y la inocente niña. La pobre vieja, á quien los años impiden dedicarse á las faenas domésticas y al cuidado de la familia, que constituyeron en sus buenos tiempos su mayor placer y casi su único entretenimiento, está sentada á la puerta de su humilde vivienda tomando el sol y rezando, es decir, buscando los solos consuelos que á su edad confortan el cuerpo y el espíritu. Con el rosario en la mano y fijos los ojos en el cielo, piensa sin duda en la otra vida, que siente cercana, y su rostro refleja la tranquilidad que en los últimos momentos de su existencia debe experimentar todo el que cree haber cumplido bien su misión en esta tierra. Hermoso contraste con la anciana ofrece la niña, que con sus caricias y sus dulces palabras trata de distraer á su abuelita y de llevar un poco de vigor y de alegría á aquella alma próxima á abandonar su envoltura para volar á las celestes regiones.

Este lienzo, además de bien sentido, está bien ejecutado y cuantos lo vieron en el Salón de 1889 colmáronle de elogios por su colorido.

* * *

Estrella Matutina, cuadro de D. Luis Alvarez. (Exposición Nacional de Bellas Artes de 1890). – Una de las preces más poéticas del culto católico es indudablemente la *Letanía de la Virgen*, que un reputado crítico ha calificado con razón de sarta de perlas purísima. Por poco sentimiento religioso que exista en el alma de un artista, la sola anunciación de aquellos dulces nombres con que se saluda á María ha de hacer brotar en su mente hermosas inspiraciones que un pincel hábil convertirá en encantadoras realidades.

Podrá suceder que, efecto de las tendencias y de las ideas en nuestros tiempos predominantes, la obra sea poco mística, que el realismo y aun el idealismo profanos sustituyan al idealismo religioso que tan bien supieron expresar antiguos maestros; pero un pintor de talento logrará, aun con esa deficiencia, cautivar nuestros ojos siempre que sepa sentir la poesía de aquellas celestiales invocaciones.

Tal acontece con la *Estrella Matutina* de Luis Alvarez: quizás alguien encuentre en esta pintura sobra de fantasía y falta de la sencillez que tan bien cuadra á los asuntos religiosos; mas no se negará que el cuadro produce buena impresión, que las figuras están graciosamente trazadas, que la composición resulta elegante y los tonos simpáticos, y en fin, que esta obra, considerada en conjunto, no desmerece de las muchas y muy notables debidas á nuestro paisano, algunas de las cuales conocen los lectores de la ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA.

* * *

Estatua del Exmo. Sr. D. Práxedes Mateo Sagasta, modelada por D. Pablo Gibert. – Por encargo del Ayuntamiento de Logroño, patria del Sr. Sagasta, y con destino á uno de los paseos de aquella ciudad, modeló nuestro paisano, el notable escultor D. Pablo Gibert, la estatua que nuestro grabado reproduce.

Siguiendo la voluntad expresa del Sr. Sagasta, el artista ha representado al ilustre jefe del partido liberal-monárquico, vestido sencillamente de levita, sin decoración ni distinción de ninguna clase. Con muy buen acuerdo ha elegido el escultor para la actitud y expresión de la estatua el momento de perorar el Sr. Sagasta, habiendo estado sumamente feliz en su interpretación, pues la actitud es natural y la expresión y el parecido son exactísimos. La línea general de la obra resulta acabada; en la testa del personaje, ejecutada con gran facilidad, hay nobleza, y en el resto de la estatua abundan los detalles dignos de encomio.

La escultura, hecha en yeso, ha sido fundida en bronce en esta ciudad en los talleres de los Sres. Comas hermanos, quienes merecen plácemes por la perfección con que han llenado su difícil cometido.

La estatua con el plinto mide dos metros treinta centímetros de altura.

* * *

COMISION ORGANIZADORA

DE LA PRIMERA EXPOSICIÓN GENERAL DE BELLAS ARTES

Se han publicado ya en el *Boletín oficial* de esta provincia correspondiente al día 14 de octubre último y en la *Gaceta de Madrid* las Bases y el Reglamento de la primera Exposición general de Bellas Artes que se celebrará en esta ciudad en la primavera próxima.

La Comisión organizadora ha tomado ya posesión del Palacio de Bellas Artes, edificio en donde dicha Exposición ha de verificarse, y nombrado una subcomisión encargada de hacer los trabajos preliminares y de proponer el plan que en este certamen artístico internacional habrá de seguirse.

Entre las reformas que se proyectan en el mencionado edificio figuran la de unir al mismo el jardín exterior, la construcción de una amplia escalera que desde el testero del salón principal conducirá á las galerías laterales, y la de construir en el techo del mismo una claraboya de cristales.

El salón del primer piso, en donde estuvieron instalados durante la Exposición Universal los objetos de la casa real, será destinado á Museo de Bellas Artes, y á medida que las necesidades lo exijan se irá aumentando con la adición de las galerías inmediatas.

La sección de escultura se instalará en el gran salón central, y las demás en las salas y galerías adyacentes.

La Exposición se abrirá el día 29 de marzo próximo y se cerrará el 31 de mayo, y el plazo de admisión de las obras se ha fijado desde el 26 de febrero al 7 de marzo.

La Comisión se propone organizar durante la Exposición algunos conciertos.

Ocioso creemos señalar la importancia que tendrá para nuestra ciudad y para España entera esta Exposición internacional, primera que se celebra en nuestra patria; inútil, por lo mismo, creemos excitar á nuestros artistas para que contribuyan con todas sus fuerzas al mejor éxito de la misma: sabemos cuánto se interesan por el progreso de nuestras Bellas Artes, y esta es la prenda más segura de que la representación española en el certamen será digna de nuestra gloriosa tradición artística.

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCION

POR AUTORES Ó EDITORES

ZARAGOZA ARTÍSTICA, MONUMENTAL É HISTÓRICA, POR A. Y P. GASCÓN DE GOTOR. – Hemos recibido la primera entrega de esta obra que publican en Zaragoza los hermanos Sres. D. A. y D. P. Gascón de Gotor. Propónense los autores reproducir en fotografías (hechas ex profeso) los monumentos más importantes en la historia y en las artes desde los tiempos más remotos hasta nuestros días, los fragmentos de escultura y arquitectura, las pinturas, los grabados, ornamentos, vasijas, armas, códices, etc., que pertenezcan ó hayan pertenecido ó existan en la heroica capital aragonesa. Acompañará á las fotografías, además del texto explicativo de las mismas, una extensa Introducción en la que se tratarán á grandes rasgos los tres puntos más culminantes de la historia de Zaragoza: el espíritu religioso, el espíritu patrio y las Instituciones y acuerdos, y que á juzgar por lo que de ella hemos leído estará á la altura de la grande y laudable tarea que los autores se han impuesto.

La primera entrega, que tenemos á la vista y que va acompañada de una preciosa alegoría del eminente artista D. Marcelino de Unceta, nos permite apreciar toda la importancia de esta publicación, que á no dudarlo obtendrá, porque lo merece, el favor de los que se interesan por las bellezas y las glorias de nuestra patria.

En Barcelona se admiten suscripciones en la librería de D. Arturo Simón, Rambla de Canaletas, 5.

***

APUNTES DE CLIMATOLOGÍA, HIGIENE Y SANEAMIENTO DE MURCIA Y SU HUERTA, POR D. MANUEL MARTÍNEZ ESPINOSA. – Creemos que el mejor elogio que podemos hacer de esta extensa Memoria, es copiar un párrafo del dictamen que dictó el jurado nombrado en el certamen científico-literario que organizó en 1888 *El Diario de Murcia* y en el cual fué aquélla premiada. Dice así:

«De gran extensión, como exige la multiplicidad de »materias propias de la higiene de una población, puesto que en ella hay que tratar de los infinitos modificadores que de continuo obran sobre nosotros: el aire, »el calor, la electricidad, la luz, los meteoros, el suelo, »la casa, la vida social, etc., ha sabido tratar de estos »puntos de una manera detenida, con conocimiento »científico, proponiendo el remedio más fácil y hacedero; que en ello no sabe qué apreciar más, si la ilustración científica del autor ó el talento práctico que »revela para hacer que en esta ciudad sean posibles »tales mejoras.»

Esta Memoria es importante y merece ser leída y estudiada, no sólo por los murcianos, sino por todos los que se interesan por la higiene de las urbes, por desgracia tan descuidada en las ciudades de nuestra patria. El Sr. Martínez Espinosa, Médico de la Beneficencia Municipal, individuo de la Real Academia de Medicina y Cirugía de este distrito y su Secretario perpetuo, Corresponsal de la de Cádiz y premiado en varios concursos médicos, ha prestado con su obra un valioso servicio: ahora sólo falta que los que pueden y deben sepan aprovechar sus observaciones y seguir sus consejos.

Del propio señor es una interesante Cartilla higiénico-popular contra las infecciones palúdicas, premiada también en el certamen de *El Diario de Murcia* celebrado el 7 de Septiembre último.

***

POETISAS BOLIVIANAS (PERFILES), POR TOMÁS O'CONNOR D'ARLACH, miembro del Instituto Geográfico Argentino de Buenos Aires y del Círculo Literario de Lima. – Este distinguido escritor boliviano ha reunido en un pequeño folleto lo que acertadamente denomina *Perfiles* de las más notables poetisas de Bolivia. Es un trabajo curioso y revela un estudio profundo de las producciones de las principales escritoras americanas, cuyo retrato literario hace en pocas palabras.

El folleto va dedicado á la ilustre americanista, nuestra distinguida colaboradora Eva Canel.

***



ESTATUA DEL EXCMO. SR. D. PRÁXEDES MATEO SAGASTA

Modelada por D. Pablo Gibert

ADVERTENCIAS

Siendo en gran número los trabajos literarios que recibimos para LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA y en la imposibilidad de contestar á todos los que con ellos nos favorecen, debemos advertir que sólo contestaremos á los autores de los artículos que aceptemos para insertarlos en este periódico.

No se devuelven los originales.

Suplicamos á nuestros corresponsales y suscriptores, especialmente á los de América, nos remitan cuantas fotografías de monumentos, obras artísticas, etc., consideren propias para ser publicadas en la ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, acompañándolas de los datos explicativos necesarios. En caso de que sean admitidas, tendremos el gusto de consignar, al confirmarlas en las columnas de nuestra publicación, el nombre de la persona que nos haya honrado con el envío de las mismas.

Asimismo agradeceremos la remisión de todas las noticias que tengan verdadero interés artístico ó literario.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

AÑO IX — BARCELONA 10 DE NOVIEMBRE DE 1890 — NÚM. 463

ADVERTENCIA.—Con el próximo número repartiremos á nuestros suscriptores el correspondiente tomo de la Biblioteca Universal, segundo de la presente serie. Será éste el «VIAJE POR EL NILO,» ilustrado con profusión de grabados y fototipias.



EL GENERAL CONDE DE MOLTKE

Con motivo del nonagésimo aniversario de su natalicio

SUMARIO

RÉPLICA ARTÍSTICA AL Sr. CASTELAR

(Continuación)

Más amplio y nuevo campo se ofreció al arte arquitectónico y construcción utilitaria, en fuerza de las nuevas y desconocidas necesidades y aplicación de materiales, como el hierro y el cristal, y que con ellos solos ó en combinación con los demás se han levantado á usos diferentes esos inmensos espacios cubiertos, jardines, pasajes, mercados, estaciones... y esos palacios del arte y de la industria, como el de Londres, París y demás que conocemos; esos sorprendentes puentes colgantes ó tubulares, esos armazones en forma de torres lanzadas á la región de las nubes, esos monstruos recorriendo las líneas férreas y oprimiendo las superficies de los mares, á cuya manifestación artística, si bien utilitaria, empieza á dársele especial y apropiada belleza: arte y estilo de arte distintos de todo lo conocido, sin casi punto de contacto con lo anterior, y que por esto caracterizan la arquitectura nuestra marcando la época en que nació.

Véase, pues, si es muy delicado tocar á la ligera tales asuntos, porque sin querer se remueven sus principios fundamentales, y en consecuencia se ocasionan disturbios y perjuicios que hasta las mismas Academias ni con prudente tino, práctica constante y especialísimo conocimiento de ello, apenas pueden evitar; porque, no se dude, á resultados negativos y á males gravísimos puede lo mismo conducir la enseñanza y educación por un sistema rígidamente preceptístico, que por un lato abandono y olvido de las leyes artísticas inmutables.

Manifestado esto, me parece queda demostrado estar acorde con el Sr. Castelar en cuanto al beneficio, acción y necesidad de las Academias y Escuelas de Bellas Artes, de unión tan íntima é inseparable como la del espíritu y la materia, siempre y cuando rija é impere en ellas el criterio del rígido precepto en lo esencial y necesario, la libertad del juicio individual apreciativo y la fuerza del genio creador en todo lo que no afecte y perjudique á aquello, y en uno y otro caso, siempre, fundar la inspiración y el consejo en lo verdadero, lo bello y lo bueno. Y ya que no se puede decir en absoluto cómo se puede ir á ese resultado, advertir cómo no se debe, cómo no se puede ir á él.

De lo dicho en concisas indicaciones, porque no pude darle más extensión, se ha de deducir que en el arte de lo bello, como lenguaje del alma, existe una finísima línea de deslinde que separa la salvación del peligro: salvado y llevado el Arte á gran altura desde el momento de ver esa línea y contenerse en ella; precipitado y destruído desde el momento de no verla ó excederse de ella; advirtiendo que en uno y otro lado de esa línea divisoria el espacio es de una extensión inmensa.

***

Del modo como el Sr. Castelar empezó su artículo, entiendo podría deducirse lo que quizá no quiso decir, ó no hubiera dicho si hubiese fijado su atención y claro talento en los resultados y consecuencias á que podría dar lugar lo que dijo: ó la idea del señor Castelar no está claramente expresada, ó yo no supe aclarármela. En ello aparece más que una apreciación, una equivocación de gran resalte... ó dos á la vez, si se quiere, al afirmar que *en Francia la uniformidad reina despóticamente, y que allí necesitan que se busque al individuo aire y espacio; pero que nación como la nuestra, donde la espontaneidad brota sin trabajo tantas obras geniales, necesita reglas y escuelas, instrucción técnica y disciplina y freno, contemplación y estudio de los modelos acabados y perfectísimos.* O no entiendo una sola palabra en historia y teoría de Bellas Artes, ó en eso hay un lío de contradicciones, inexactitudes é incoherencias, las que obligan á preguntar: ¿en qué quedamos? Si la espontaneidad brota sin trabajo entre nosotros tantas obras geniales, y en este sentido se ha de aceptar como significado gráfico de la palabra, obras de relevante mérito artístico, ¿á qué reclamar todo eso en que se encierra la instrucción, la enseñanza, la dirección y la educación artística? Si esto falta y se reclama, no se tiene aquello; si se tiene aquello, todo eso sobraría.

De la suposición del Sr. Castelar se desprende que la producción espontánea de obras artísticas geniales brota entre nosotros tan fecunda y abundantemente, cual si el genio nacional, á modo de constante erupción volcánica, arrojase en forma de geniales obras, torrentes de fuego artístico; pero él mismo destruye su afirmación al decir que necesitamos reglas, escuelas, instrucción, disciplina, freno, contemplación y estudio de modelos acabados y perfectísimos, á lo cual pudiera haber añadido, ó cualquiera puede añadirlo, ¡porque todo eso y algo más nos falta! Permítame que á la primera parte de esa pintura ilusionista elaborada en su imaginación, aplique el final del soneto de Lupercio de Argensola... *¡Lástima grande que no sea verdad tanta belleza!* Pues bien; respecto á nosotros, también se equivoca el Sr. Castelar, porque tenemos Academias, Escuelas, instrucción, regla y freno; tenemos además criterio y buen gusto, inteligencia y lo que se llama sentimiento artístico, modelos suficientes para la contemplación y el estudio... Lo que no tenemos es voluntad para su aprovechamiento; lo que no tenemos es respeto y consideración á lo que debiera tenerse; lo que no tenemos, y hace mucha falta, es educación artística general ó pública, con muchísima sobra de atrevimiento. Y á la segunda, que *en Francia, por el contrario, reinando despóticamente una uniformidad, se necesita buscar al individuo aire y espacio.*» Contestaré á esto en otro sentido: viendo las cosas como son y no como queremos que sean.

En Francia, en esa nación de exuberante patriotismo, de amplia vida intelectual, de criterio muy suelto, de profundo estudio y educado sentimiento, en consecuencia rica y poderosa y con recursos para atender á todo; grande siempre, aun en medio de sus extravíos, defectos y ligerezas, glorias y desastres, y que si puede tener enemigos precisamente por lo que vale, por lo que vale precisamente nunca le faltan admiradores; en esa nación se aceptan todos los timbres de valía, sea cual fuere su sello y significación, con tal que la honren y enaltezcan, cabiendo todos, recibiéndose y conservándose en el ancho espacio de su nacionalidad. En esa nación precisamente, refiriéndonos á la escuela moderna contemporánea, á la que sin duda se alude, á pesar de la rigidez académica exageradamente preceptística, marcada por la escuela de I. L. David, robustecida por sus discípulos, propagada por sus secuaces, desbordándose por las fronteras, influyendo en las demás naciones y dejando en ellas rastro, la Francia, sin embargo, y á pesar de la base de esa escuela, ha ofrecido y ofrece gran variedad de espontaneidades y genialidades artísticas, siempre dentro del estudio de las inmutables leyes del Arte, creadoras de estilos diferentes y caracteres distintos en cuanto puede el Arte dentro de un mismo período diferenciarse y distinguirse.

Yo creo que no debe decirse que hoy en esa nación, en punto á Arte, reine uniformidad despótica, sino que impera un criterio y un espíritu, por temperamento nacional, como despótico: pues aun cuando en sus apreciaciones y juicios artísticos se acepten y distingan las obras de arte en algún modo ajenas á lo suyo, su tendencia á lo suyo siempre se acentúa. Esto se explica, y casi me atrevería á decir que se legitima; porque en Francia, á pesar de los trastornos en que se agitó, y con los cuales conmovió repetidas veces á toda la Europa, aun durante ellos ha existido un gran centro de enseñanza y de emulación artística: brillante foco que atrajo á crecidísimo número de artistas nacionales y extranjeros: en París ha brillado continua esa luz de instrucción, y educación en el arte de lo bello, irradiando directamente sobre unos, y por incidencia sobre otros. Era natural que en lo relativo al número de discípulos y adeptos, los que sobresaliesen y se distinguiesen en estilos y caracteres distintos, en proporción fuesen muchos; y sin salirnos de nuestro siglo, en el que si no nació, se regeneró y desarrolló la escuela francesa, nos ofrece, con las obras de David y las de sus discípulos y hechuras, las de Querín, Gericault, Horacio Vernet, Delarroche, Corot, Delacroix, Rosa Bonheur, Daubigny, Laurent, Bonnat, Durand, Reignault, Ingres, Millet, Gerome, Flandrin, Cabanel, Decamps, Bretón, Doré, Courbet y el gran Meissonier, suficiente él solo, sin menoscabar la de los nombrados y otros, para dar gloria artística á una nación y á una época; entre esos otros, de gran valía y estilo propio, sobre los cuales ese arte francés, dígase así, pudo haber influído en grado muy notable, deben incluirse también los extranjeros, como Cornelius, Kaulbach, Wilkie, Calame, Almatadema, Munckassy, Morelli y muchos más que en Arte quizá no puedan dejar de considerarse franceses; alcanzándonos á nosotros buena parte de esa influencia, que no hay necesidad de demostrar por sabida y conocida.

Si el arte jamás fué nacional, y sólo adquirió en virtud de circunstancias locales cierto carácter confundido con el de nacionalidad, se ha de considerar como frase breve y convenida para distinguir las escuelas; pero hoy que no existen éstas, ni locales, ni regionales, ni nacionales, la frase no tiene aplicación ni sentido claro, porque las cintas de hierro, los hilos del telégrafo, la imprenta, los procedimientos prontos y perfeccionados del aparato óptico y su aplicación á la tipografía, han arrasado las fronteras en el orden intelectual y artístico; hoy se pinta en París, pensando en París, y como en París en Roma, en Venecia, en Florencia, en Nápoles, en Madrid, en Dresde, en Munich, en Viena, en Berlín, en Londres, en Moscou, en Amberes... en todas partes: las Bellas Artes, fiel reflejo de la sociedad, fueron siempre cosmopolitas. ¡Cómo no serlo, cómo ponerse hoy el Arte, menos que en ningún tiempo, en contradicción con las condiciones de su época! Así vemos que una pintura, por ejemplo, se concibe en Roma, se ejecuta en Granada, se retoca cambia ó modifica en Madrid, y se termina en París ó en Munich... ¿Buscando y anhelando qué? Esa senda trillada, esa imitación del género y hasta de una pintura con cuyo afortunado acierto un artista haya obtenido éxito... como quien repite y apropia y llega á gastar una frase que haya caído en gracia.

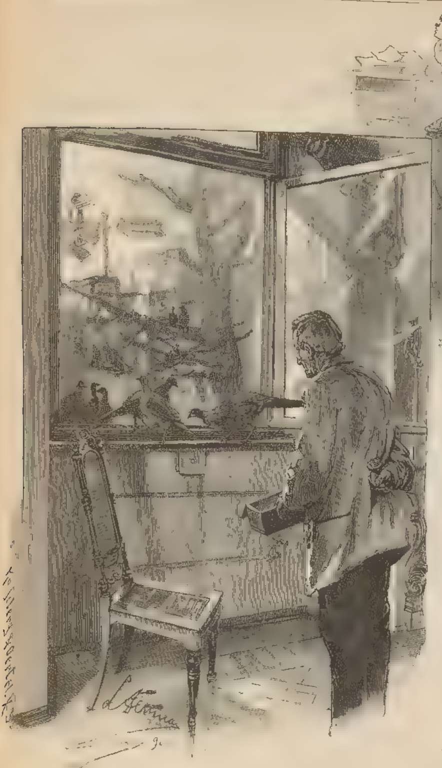
Concretémonos á esta *nuestra nación donde la espontaneidad brota sin trabajo tantas obras geniales*, etc. Con perdón del Sr. Castelar que así se lo pinta, y de los que así lo creen, confieso que no sé por dónde ni cómo coger esa idea, pues no le encuentro asideras. Para llegar á hoy por ilación histórica debiéramos tomarlo desde muy atrás, analizando nuestras escuelas de pintura, refundidas después en la Castellana, figurando en el mundo del Arte con el título de Española; y si bien es cierto que durante algún tiempo adquirió una fisonomía fuertemente marcada, encerrándose en un carácter local, y que fué de las más importantes, no por eso puede desconocerse y menos negarse que se inspiró mucho en influencias extrañas... No se vea en esto que trate de aminorar el alto aprecio de nuestra antigua escuela de pintura, porque prueban lo contrario los artículos que publiqué en el *Museo Balear*, interrumpida la serie por estar en suspenso la publicación de dicha revista.

Si fijamos detenidamente la atención en dichas nuestras antiguas escuelas regionales hasta su unión en una sola, constituyendo la pintura española, aceptando la frase; si la examinamos libres de toda pasión, con la imparcialidad del historiador verídico y con la frialdad del analítico, no podremos descubrir, ni aun entonces más que ahora, esa espontaneidad y esa genialidad que tan fácilmente se concede y encomia.

Pongamos á prueba las tres principales y las obras de los grandes maestros que las fundaron ó les dieron carácter; y en las del místico jefe de la valenciana, Juan Vicente Macip, más conocido por Juan de Juanes, veremos muy transparentado el estilo de Rafael, aunque más cristiano, expurgado del idealismo pagánico; en las del religioso naturalista sevillano Bartolomé Esteban Murillo, alguna impresión del gusto y colorido de Wan-Dick, transmitido por Pedro de Moya al regresar de Londres, y de las de Tiziano, Rubens, Ribera y Velázquez, cuyas obras copió y sobre todo estudió en Madrid; y en las de la gran lumbrera de la castellana, el naturalista y realista D. Diego de Silva y Velázquez, el más espontáneo, el más genial, el más cínico, dígase así, sin precursores y sin secuaces de igual empuje, de quien con razón puede decirse que antes de él nadie como él, y después de él nadie como él... hasta en las obras de su segunda época, tan distintas de las de su primera, algo se descubre del colorido de Tiziano, su artista predilecto, y algo de la franca ejecución en las de Andrés Sacchi, á quien conoció y miró con no menos interés artístico. Y entiéndase bien que al pronunciar los nombres de Velázquez, Murillo y Juanes, debe hacerse con todo el respeto que merece su justa fama y gloria.

Juan O. Neille

(Continuará.)



Moltke y sus faisanes

Moltke en su estudio

EL FELDMARISCAL MOLTKE

CON MOTIVO DEL NONAGÉSIMO ANIVERSARIO DE SU NATALICIO

I. EL PROPIETARIO DE KREISAU

El que en un hermoso día de primavera y á cosa de las ocho y media de la mañana se encuentre en la estación de la calle de Federico, de Berlín, podrá ver entre los viajeros á un caballero de porte militar, elevada estatura y cabellos grises, á quienes todos saludan respetuosamente. Es el mariscal Moltke, que se dispone á trocar la residencia imperial por su idílica residencia de verano. El tren correo transporta al autor de tantos y tan maravillosos planes de batalla á la estación de Schweidnitz, en donde un carruaje espera al propietario de Kreisau para conducirle á su encantadora y tranquila quinta.

La propiedad de Kreisau, que Moltke adquirió en 1867, es considerada como una de las más hermosas fincas de Silesia. La aldea, situada á una milla de Schweidnitz, extiéndese pintorescamente en un delicioso valle, detrás del cual se alza trazando elegante silueta la cordillera cubierta de bosques. El pueblecito, de aspecto humilde, pero sumamente limpio, lleva impreso el sello que caracteriza á todas las aldeas montañesas de aquella provincia alemana: las casas bajas y con techos de paja tienen cada una su jardincito perfectamente cuidado, pues los silesianos pasan, con razón, por ser aficionadísimos á las flores.

El camino de la aldea conduce á la entrada de la finca, delante de cuya sencilla puerta, á derecha é izquierda adornada con reproducciones del famoso gladiador de la *Villa Borghese*, álzase el roble de la paz plantado en 1870, debajo del cual un bloque de granito ostenta la siguiente inscripción: *Sedán* 1/9 1870. La fiesta de Sedán conmemórase en Kreisau, por voluntad del propietario, no el día 2, sino el 1.° de Septiembre; y bien debe saber mejor que nadie el tal propietario cuándo acaeció aquel suceso decisivo.

El patio de la casa es muy espacioso y en él se encuentran grandes edificios destinados á las faenas agrícolas, la casa del inspector y vastas cuadras para los caballos. La quinta propiamente dicha que, precedida de un hermoso jardín, se alza en el lado Sudoeste, es un magnífico edificio cubierto de pizarra. Una gran escalera al aire libre, rodeada de frondosos laureles, da acceso á la casa, sobre cuyo portal vense todavía las armas de la familia cuya era la finca antes de que pasara á manos del feldmariscal. A los dos lados de la escalera se ven los viejos cañones de bronce que el emperador Guillermo I regaló á Moltke el día del primer aniversario de la batalla de Mars-la-Tour.

Un ancho vestíbulo adornado con la estatua ecuestre de Guillermo I y los bustos de algunos príncipes alemanes y extranjeros produce gratísima impresión en el ánimo del visitante, cuyos ojos se fijan desde luego en un precioso busto de mármol de Víctor Manuel: allí se divisa también el gran tam-tam que sirve para dar la señal de las comidas.

Las habitaciones están amuebladas con distinción y sencillez sumas, y en ellas se buscaría en vano la más pequeña representación del lujo de las grandes capitales. Desde una ventana del comedor da de comer Moltke á sus faisanes, y de que tiene buena mano para criarlos, son buena prueba el parque y el bosque poblados de infinidad de esas preciadas aves. Como unos doce faisanes se pasean constantemente por el patio: son por decirlo así los niños mimados del general. Uno de nuestros grabados reproduce fielmente esta deliciosa escena que el artista ha copiado del natural: Moltke está representado teniendo en una mano y detrás de la espalda una campana y en la otra una caja de cigarros que contiene la comida de las aves, y es un cuadro encantador ver cómo los mansos animales penetran por la ventana para tomar el alimento de manos del anciano. Fuera de una habitación alhajada á la antigua usanza alemana, en donde Moltke suele entregarse á la lectura, sólo merece ser mencionado el cuarto dormitorio, pequeña pieza con una sola ventana y completamente ocupada por los muebles, que se reducen á una mesa, un lavabo, dos sillas y un viejo y deteriorado tapiz. El general duerme con la cabeza muy cerca de la ventana, á un metro de ella poco más ó menos; á pesar de esto y de que la tal ventana no cierra herméticamente y ostenta una rendija por donde libremente entra el aire, aquel veterano no se constipa nunca.

En el piso superior hay el gran salón y varias salas de reunión, amueblados uno y otras muy sencillamente y adornadas sus paredes con antiguos y por añadidura malos retratos de individuos de la familia del feldmariscal. Este vive en Kreisau consagrado por completo á la naturaleza, y es muy entendido en cuanto con ella se relaciona, como lo demuestran sus muchos escritos, lo cual puede haber influído en la taciturnidad que le caracteriza, pues todos los que en Kreisau han tratado á ese gran hombre están contestes en que se muestra avaro en demasía de sus palabras. Aquella apacible tranquilidad, los deliciosos encantos de aquella naturaleza alimentan las ideas que sin cesar se agitan bajo la espaciosa frente de aquel hombre que recorre su finca siempre inclinado el cuerpo hacia adelante y cruzadas las manos en la espalda. El sitio predilecto de Moltke es el parque, que puede recorrerse en media hora, y hacia el cual siente especial cariño el general, que conoce uno por uno todos los árboles y arbustos del mismo y que siente gran desasosiego cada vez que, durante su permanencia en el invierno en Berlín, llega á su noticia que uno de aquellos árboles ha sido arrancado. En la pasada primavera, apenas llegó de Berlín y se enteró de que los trabajadores desenterraban un árbol, corrió echando los bofes al sitio en donde tal desaguisado se llevaba á cabo, y armó gran estrépito porque tal se hacía, hasta que le tranquilizaron asegurándole que el árbol estaba muerto. Durante horas, y á menudo todo el día, trabaja Moltke en el parque, arrancando ramas secas, dando órdenes para nuevas plantaciones que él mismo dirige, enterándose minuciosamente de todo por el jardinero y comunicando á éste minuciosas instrucciones, y entretenido en tales pasatiempos se olvida frecuentemente de que es la hora de la comida, con gran disgusto del cazador que le ayuda en sus faenas agrícolas, y cuando cae en la cuenta de que su compañero ha de comer, lo despacha y prosigue trabajando solo como si tal cosa. El mal tiempo no es obstáculo para sus tareas; aunque el viento sople y caiga la lluvia, el general trabaja sin cesar vestido con un traje que parecería indescifrable al ojo del sastre más experto. Una comitiva que había ido á Kreisau para ver á Moltke, buscóle por el parque y no lo conoció, antes bien tomóle por un jardinero. Desde hace algún tiempo, el general ha tenido que renunciar á ciertas labores, pero todavía se entretiene en aserrar las ramas viejas. El estanque, situado detrás de la casa, es objeto de sus preferentes cuidados; en la primavera sirve para regular el caudal de aguas del Perle, que atraviesa el parque y que á menudo se sale de madre. Los asuntos referentes á este lago son el principal objeto de una animada correspondencia que, durante el invierno, mantiene Moltke desde Berlín con su inspector. Gracias á los cuidados de su dueño, el parque es un modelo en su género; altos y hermosos árboles, especialmente robles, hayas y álamos blancos lo embellecen. Debajo de un roble colosal y en un sencillo banco rústico suele sentarse el general, á quien se encuentra asimismo con frecuencia en la presa, en donde mugen las aguas con estrépito y adonde se llega por una angosta palanca. En el parque también hay comederos para los mimados faisanes. Al riachuelo va á parar un arroyo que en determinados sitios se ensancha, formando estanques en los cuales se crían truchas y delante de los que hay dispuestos numerosos bancos: sentado en ellos al caer la tarde, Moltke contempla los peces que saltan fuera del agua, escucha atentamente el murmullo que al recogerse en el ramaje producen los faisanes y observa á los corzos que no temen en acercársele. Hace



Moltke en el corral de las aves


La aldea de Kreisau

años que el general no caza; á pesar de ello sigue en coche á sus huéspedes en sus excursiones cinegéticas y de cuando en cuando dispara una escopeta, alegrándole todavía el ruido que el tiro produce. También ha tenido que renunciar á la equitación: los alemanes recuerdan aún aquella frase con que encabezó la solicitud que en 3 de agosto de 1888 dirigió al emperador Guillermo II pidiendo su retiro: «Creo un deber advertir á V. M. que mi edad avanzada no me permite montar á caballo.» Pero no hace muchos años dió en compañía de sus sobrinos un paseo á caballo, tan largo, que al regresar á su casa, éstos hubieron de irse á descansar, mientras el general enderezó sus pasos al parque para serrar ramas secas.

Sólo una naturaleza tan vigorosa como la de Moltke puede hacer frente y resistir los embates de los años y las inclemencias del tiempo. Un día en que llovía á mares, sus deudos y sus criados, presa de gran inquietud, buscáronle por todas partes sin lograr dar con él: por fin un criado le encontró paseando tranquilamente sin curarse de la lluvia que caía, y habiéndole el servidor ofrecido un paraguas, le contestó: «¡Quita! Más que mojado no puedo ya estar.» Y sin paraguas se encaminó hacia la casa y ni siquiera se cambió la ropa.

Moltke comparte el interés que su parque le inspira con el que le merecen las faenas agrícolas que en sus tierras se verifican. A fines del verano se le ve á menudo en el campo presenciando la recolección del grano y prestando á todo tan minuciosa atención cual si se tratara del aprovisionamiento de un cuerpo de ejército. Los carros vacíos han de regresar al campo con puntualidad militar. ¡Ay del trabajador que se descuida!

El general se hace dar cuenta por el inspector de los menores detalles, y durante el invierno cada tres días, por lo menos, llega á Kreisau una carta suya; pero como es sumamente económico, á fin de que la correspondencia no le resulte demasiado cara, el inspector no ha de emplear para sus relaciones una hoja grande de papel, como suelen hacerlo los administradores al contestar á sus amos, sino que debe concretarse á una hoja de papel de cartas muy delgado. No es tampoco el general gran amigo de los telegramas largos, y á este propósito se cuenta que cuando el emperador le felicitó por telégrafo desde Grecia con motivo de su cumpleaños, el general quedó muy sorprendido al ver lo caro que le había costado contestar telegráficamente agradeciendo la atención del soberano.

Algunos ratos pasa nuestro héroe en los establos de las vacas, pero le interesan más que éstos las cuadras.

En todo lo que se refiere á materias agrícolas, da una prueba de su talento confesando francamente que en cuanto á ellas atañe entiende mucho más que él el inspector que tiene al frente de sus fincas. Por esta razón nunca se mezcla en tales cuestiones y antes bien se complace en aprender lo que en este punto puede su inspector enseñarle. Alguna veces intenta seguir un procedimiento erróneo ó dicta disposiciones equivocadas; entonces el inspector sabe con buenas razones y con hábil diplomacia disuadirle de su empeño. Cuando esto acontece, el feld-mariscal que tan intransigente se muestra cuando se trata de imponer y hacer cumplir su voluntad en el campo de batalla, acepta convencido y sumiso las atinadas indicaciones de su inspector.

Este inspector, dicho sea de paso, es un joven adornado de las más bellas prendas, que á sus conocimientos vastos y profundos une una actividad extraordinaria y una energía á toda prueba. Ha servido en la segunda guardia del regimiento de uhlanos, y dicen las señoras que debe haber sido uno de los más guapos mozos de esta arma.

Luis Franz

II. Moltke en familia

El destino ha negado á este gran hombre la dicha de tener hijos; también le arrebató prematuramente á su adorada compañera; pero no por esto se ha agriado su carácter, ni ha tratado de aislarse haciéndose misántropo. La familia de sus hermanos y de los hijos de éstos es la suya, y causa una grata impresión ver al anciano jugar en el parque con sus sobrinitos. El sobrino del mariscal, que como éste se llama Hellmuth de Moltke, es ayudante suyo: una hermosa y amable señora, también condesa de Moltke por nacimiento y que pertenece á la rama sueca de la familia, es la esposa del mayor Moltke, y los cuatro preciosos hijos de este matrimonio alegran los últimos años de la vida del general. La señora del mayor sabe llevar admirablemente á su célebre tío, obligándole con su femenina diplomacia á hacer en pro de su misma comodidad toda suerte de concesiones, que á buen seguro de otro modo no se permitiría el anciano conde, tan refractario á todo lo que á regalo propio trasciende. Por la tarde, el mariscal se entretiene jugando al kroquet con los niños ó se divierte con ellos en el juego de la pelota y los bolos, en el que algunas veces, á fuer de estratégico prudente, logra derrivar «los nueve.» Moltke parece profesar gran afición á los niños: en las fiestas de la cosecha que se celebran en la aldea, en la colonia de vacaciones instalada en un pueblecito cercano, en todas aquellas solemnidades en que los niños pueden entregarse á sus ruidosos juegos, disfruta el general lo que no es decible con la alegría y el buen apetito de los chiquillos. Para estas fiestas complácese en facilitar dinero y materiales, y quiere convencerse personalmente de la satisfacción de los pequeñuelos. No contento con esto, ha fundado un establecimiento en donde los hijos de los jornaleros de Kreisau encuentran ocupación ajustada á los principios de Froebel; causándole gran alegría, cada vez que procedente de Berlín llega á sus posesiones, oir á aquel ejército infantil entonar, dirigidos por su maestro, cantos patrióticos en testimonio de bienvenida al propietario bienhechor.

La vida de Moltke en Kreisau está regulada por una severa orden del día. El mariscal se levanta á las siete, se viste solo, toma una taza de café no muy fuerte y lee ó trabaja hasta las diez, hora en que da su paseo por el parque favorito. El domingo asiste á los oficios divinos de la cercana iglesia de Graditz. Antes, cuando todavía estaba al frente del estado mayor general, despachaba antes del mediodía y en poco rato el correo de Berlín; y aun ahora los trabajos que se le envían como presidente de la defensa del país le ocupan durante muchas horas. Sus trabajos por la mañana no sufren más interrupción que la necesaria para tomar un ligero tente en pie, consistente en una taza de caldo ó en un poco de pan con manteca y una copa de vino. A las cuatro suena el tam-tam, de que antes hemos hablado y que muchas veces toca el mismo Moltke, y la familia se reune para comer. El general se sienta á un extremo de la mesa teniendo á sus lados á su sobrino y á su sobrina y enfrente á los tres hijos mayores de éstos, Alfredo, Guillermo y Elsa, con su institutriz. Moltke es sumamente sobrio; come y bebe muy poco, siendo su bebida predilecta un ligero vino del Mosela, sin que desdeñe por eso de vez en cuando un buen Burdeos; no ha sido nunca aficionado á dormir después de comer, y aunque suele dar algunas cabezadas mientras su sobrina le lee algo, levantados que han sido los manteles, su sueño no puede ser calificado de siesta en el verdadero sentido de la palabra. Si el tiempo es bueno, Moltke da por la tarde un largo paseo en coche descubierto; á las siete toma el te, luego se entrega á su juego favorito, el noble *whist*, y entre diez y once se acuesta. Un telégrafo doméstico pone en comunicación el cuarto del general con las habitaciones del mayor.

Ya hemos visto cómo la compañía de niños alegres lleva la alegría al ánimo del gran silencioso: en medio de la gravedad que caracteriza el modo de ser de ese gran hombre, aparece de cuando en cuando alguna manifestación de buen humor, y de ello son prueba algunas frases auténticas que de boca en boca han circulado.

Su excesiva modestia hace que siempre procure que su personalidad aparezca en segundo término: hija de esta cualidad es la conducta que sigue el día que para el común de los mortales lo es de agradable fiesta. A la familia de Moltke no le es concedido celebrar, como hacen otras familias, el 26 de octubre, cumpleaños de su querido y venerado jefe, puesto que éste, en tal día, no se deja ver de nadie, sino que desde muy temprano por la mañana sube á su coche y emprende una excursión sin que ninguno sepa adónde se dirige, así es que los que van á felicitarle han de dejar sus tarjetas sin tener el gusto de ver al ilustre general.

Quizás este año, en vista de que toda la nación quiere festejar el nonagésimo aniversario de su natalicio, se decida el gran estratégico á romper con su tradicional costumbre y á recibir personalmente y no en silencio la tarjeta que pondrá en sus manos Alemania entera.

Juan Frisch

III. Moltke como instructor militar.

por un oficial alemán

El estampido de los cañones delante de Koniggratz, de Sedán, de Metz y de París es el himno de gloria que coloca á Moltke, como autor de planes de batalla y director de una guerra, en el número de los héroes de todos los tiempos.

Federico el Grande llegó á la mayor altura en el arte de la guerra dentro de las trabas que en su tiempo lo apresionaban; Napoleón mostró cuánto puede alcanzarse con este arte una vez rotas las cadenas que lo sujetaran; Moltke ha abierto la grandiosa senda por donde deben marchar las grandes masas en una época en que tantos progresos ha hecho el armamento y en que valor é influencia tan extraordinarios han adquirido los medios de comunicación. Es el verdadero organizador de la victoria y el primero que ha comprendido que las improvisaciones, por muy hábiles que sean, no caben ya en las guerras modernas, donde combaten pueblos enteros, y que sólo puede lograrse un éxito definitivo por medio de un trabajo incesante en tiempo de paz, durante el cual ha de prepararse la primera operación, la marcha del ejército. El nos ha enseñado que en la más grave de las ocupaciones del hombre, en la guerra, sólo los puntos de vista grandes por su misma sencillez pueden ser eficaces, y que en ella todos los artificios, todas las pequeñas astucias únicamente daños pueden producir.



Se ha querido á menudo explicar los éxitos de Moltke como resultados de algunas desconocidas fórmulas de victoria. Débense á la estrategia y á la táctica



Moltke jugando con sus sobrinos

vía sujetos á constituciones militares contrarias á la naturaleza, hubo de sentir desde el primer momento la necesidad de un cuerpo escogido, que por un lado facilitara apoyos y auxiliares al jefe supremo, cuya mirada no puede distraerse en detalles propios de su cargo, no por lo pequeños menos importantes, y por otro revelara á los oficiales del ejército, harto ocupados con los trabajos precisos para atender al bienestar de sus jóvenes é inexpertos soldados, de todo cuidado respecto de las innumerables cosas que necesitan las tropas en campaña, y que á la par atendiera á la perfecta cohesión entre las partes y el todo. En el pueblo armado cuyo rey, según untigua costumbre germánica, era por su mismo cargo el jefe nato del ejército, hubo de arraigar firmemente el convencimiento de que al monarca le era indispensable un ayudante noble, leal y conocedor de los secretos técnicos de la carrera militar que pudiera completar al primer caudillo allí donde este complemento se hiciese necesario.

El mérito de Moltke estriba, no sólo en haber sido el primero en ver clara y exactamente esta necesidad, sino también en haber procurado los medios de satisfacerla. De cuánto valor estimaba él mismo este lado de su actividad, son prueba las palabras de despedida que dirigió á sus inmediatos subordinados, únicos con los cuales estaba en contacto: «Puedo afirmar – les dijo – que los brillantes servicios prestados, así en la guerra como en la paz, y la inteligente cooperación de todos á un mismo fin, han infundido en el ejército una confianza absoluta en el estado mayor general.»

En efecto; desde el primer general al último soldado, todos los individuos del ejército, más aún, el pueblo entero, tienen una confianza inquebrantable en el estado mayor general, y esto se debe – cosa que el feldmariscal calla – á él única y exclusivamente. Sin su abnegación y su modestia infinitas, sin la atención que consagró á la misión que se había impuesto, hubiera sido insostenible su posición como jefe del estado mayor general, en el sentido que hoy damos á esta palabra, y sin un hombre como él no tendríamos un estado mayor general como el que hoy poseemos.

Cuando Moltke se puso al frente del estado mayor general, creó una institución militar única en el mundo: desde hace treinta años ha sido la conciencia, la previsión militar de Prusia-Alemania, vigilándolo y preparándolo todo. El fué quien creó y organizó la verdadera escuela de la alta dirección, y tan bien supo crearla y organizarla, que su obra no puede perecer con él, sino que aun hoy en día subsiste tan lozana como cuando la dirigía personalmente.

¿Cómo ha podido lograr todo esto? ¡Quién podría en el breve espacio de unas pocas líneas describir la silenciosa obra realizada en treinta años por este hombre! Es imposible referir someramente cómo agrupó á su alrededor las verdaderas fuerzas, cómo supo instruirlas é influir en ellas con sus lecciones y con sus ejemplos, y finalmente, cómo su claro talento penetró, animó é inflamó el todo y cada una de las partes que este todo componían.

La importancia de Moltke como estratégico es bastante grande para asegurar á su nombre la inmortalidad y á él el eterno agradecimento de la nación entera. Pero el mismo general no se ha conquistado el corazón de sus compatriotas, no se ha hecho popular como estratégico, como jefe del estado mayor general, sino como hombre: lo que tan querido de todos nosotros le hace es que en todos los momentos de su vida puramente como hombre se nos presenta. El retrato que de él tiene grabado en el corazón el pueblo, carece por completo de aquel rasgo diabólico que pesa como maldición sobre todas las glorias militares de este mundo, lo que lejos de perjudicarle favorécele en alto grado á nuestros ojos. Se puede admirar al *gran capitán Bonaparte* y aborrecer al hombre así llamado; puede sentirse la mayor admiración por el mismo Federico el Unico como rey y como general y tener algo que reprochar al mortal del mismo nombre. En cambio, nadie podrá dirigir el menor reproche á Moltke: sin mancha y sin vacilaciones ha seguido su camino hasta el día de hoy; su vida ha transcurrido como la de centenares de miles de hombres. «Hacéis mal en venir á mí – dijo el vencedor de Koniggratz á cierto periodista que obtuvo de él una *interview* y que consiguió hacer despegar los labios al *silencioso pensador* – si creéis que mi vida se presta á una de esas brillantes descripciones á que tan aficionados suelen ser los señores poetas y aun el público. Mi vida es tan pobre en episodios, que casi se la puede calificar de monótona, y en ella no sé qué podrían encontrar los biógrafos como no fueran fechas y más fechas.»

Desgraciadamente no poseemos una extensa y completa característica de Moltke, trazada por mano apta para ello; de aquí que huyamos de contentarnos con lo que refieren los que en la guerra y en la paz han vivido cerca de este gran hombre.

La principal cualidad de su carácter es la modestia, y á ella se deben los nombres de gran *taciturno*, y de *silencioso* pensador que erróneamente se le han dado.

Moltke no es en modo alguno especialmente silencioso ni taciturno, sino que le gusta hablar cuando está en compañía que le agrada. Sus noches de *whist*, por ejemplo, á las que durante el invierno asiste á menudo el joven emperador, se distinguen por la animada conversación del general. Sin embargo, á los que quieran oponer este detalle á la leyenda de la taciturnidad de Moltke, aun sin esperanza de poder destruirla, hay que decirles que esto no significa que el feldmariscal no posea aquella calma y mesura propias de las naturalezas verdaderamente distinguidas; por el contrario, «toda su persona respira agradable apacibilidad y nadie le ha visto nunca encolerizado ni siquiera fogoso, porque es inaccesible á todo apasionamiento.» Esta tranquilidad no abandona al general ni aun en los más difíciles momentos de su vida.

Acerca de esto, conocida es la narración humorística de Bismarck que, hablando de los momentos críticos de Koniggratz, cuando nada se sabía del ejército del príncipe heredero tan ardientemente esperado, dice que ofreció al hombre más importante de aquella jornada un cigarro tras otro, y que le alegró en gran manera, pero también le sorprendió, verle fumar cigarro tras cigarro con la mayor tranquilidad del mundo.

La calma en Moltke es sin duda alguna consecuencia de su modo de pensar. «Apenas se le plantea una cuestión ó se le encomienda una tarea, enciérrase con ella dentro de su espíritu, y mientras la medita no existe para él el mundo exterior. Sus grandes y límpidos ojos se clavan en el suelo, todo su ser se concentra en la idea que le preocupa, y hasta que ha dado con la solución deseada no vuelve á pertenecer al mundo que le rodea. La magnitud de su potencia reflexiva es tal, que abarcando todas las relaciones y posibilidades nunca le sorprenden los sucesos por muy especiales que sean las circunstancias en que aparezcan envueltos: todo, hasta lo más inesperado, se presenta claro en seguida á su talento, que no vacila un punto en señalar el camino que se debe seguir.»

¡Quién no recuerda, al leer la anterior descripción,

ampliamente concebidas en los conjuntos, dice el uno; la causa de ellos, opina otro, es el principio de marchar separados y pelear unidos. Nada más erróneo que estas misteriosas explicaciones, de las cuales puede con sobrada razón afirmarse que las palabras suplen muchas veces á las ideas. Ni existe ni ha existido nunca lo que pudiéramos llamar un método Moltke, y precisamente su nuevo sistema de no obedecer á sistema alguno, su mayor mérito, estriba en que en el momento oportuno, libre de todo formalismo y de todo método rutinario, supo siempre elegir el medio más sencillo y por consiguiente el más seguro para llegar al fin que se proponía. Como en todas las artes, son siempre los mismos en la estrategia los principios fundamentales; lo que hace los verdaderos maestros es la manera de aplicarlos. Los hechos de Moltke predican constantemente la verdad sublime de la sencilla majestad de la guerra: el general ha sido al par el más prudente y el más atrevido estratégico de todos los tiempos, y así lo acreditan de una parte la preparación de las campañas de Austria y de Francia y la continuación de ésta contra la República, y de otra Koniggratz, Gravelotte y la marcha sobre Sedán. Allí, donde podía precaverse toda sorpresa, nada dejó á la casualidad; aquí, colocado en otras condiciones y adepto incondicional del gran principio de Scharnhorst de que en la guerra, mucho más que lo que acontece, interesa que lo que se haga se realice con perfecta unidad y energía, reunió todas sus fuerzas y con temeraria audacia se lo jugó todo en una carta. Pero aun en esas ocasiones nunca aventuró más de lo que aventurar podía; así es que jamás confió, como Napoleón, ciegamente en la mudable fortuna; antes bien, siempre se mantuvo fiel á la divisa por él espontáneamente elegida: primero pesar, y después atreverse. En los planes de campaña de Moltke no hay un solo punto obscuro, inexplicable; en todos dominan la claridad y la sencillez, combinadas con una infinita variedad. De aquí lo difícil que es darse cuenta de su manera de dirigir una guerra.

Y aun cuando esto se consiguiera, aun cuando se lograra desmenuzar por completo la importacia de Moltke como estratégico, no se obtendría la imagen acabada de su significación militar.

Háblase mucho de que trazó el plan de esta ó de aquella campaña, de que proyectó el orden de tal ó cual batalla; pero lo que pocas veces se ha consignado es que él solo se ha creado la posición que le permite funcionar con tal actividad. Moltke es el creador del estado mayor general moderno; él es el primer jefe moderno del estado mayor general.

El hecho de que el modo de ser especial del estado mayor se haya organizado entre nosotros antes que en ningún otro pueblo, no se debe á la casualidad. El pueblo armado que disponía de todas las inmensas fuerzas de la nación en una época en que todos los Estados de su alrededor permanecían toda-



Retrato de Moltke, croquis de T. Rocholl



Moltke dirigiendo la recolección

Moltke jardinero

aquel detalle grandioso ocurrido en la noche que precedió á la batalla de Kroniggratz! Todo estaba preparado; el plan había sido completamente acordado y se habían circulado ya las órdenes para su ejecución, cuando de repente la noticia de que los austriacos habían tomado posiciones al otro lado del Bistritz vino á echar por tierra todos los cálculos y proyectos: pues bien; al cuarto de hora de recibida la noticia, salían del cuartel general los mensajeros despachados para que sin pérdida de momento se reunieran las tropas á fin de dar la batalla decisiva repentinamente acordada. ¡Quién no recuerda asimismo aquella partida de naipes de Bar-le-Duc, durante la cual se recibió la confirmación de la marcha emprendida por Mac Mahón para libertar á Bazaine, y en la que los compañeros de Moltke jugaron unas pocas manos sin éste, que aprovechó aquellos breves instantes para disponer las principales órdenes para la marcha sobre Sedán!

Tan sencillo como su modo de dirigir la guerra es el modo de ser de Moltke como simple particular, considerado así exterior como interiormente. «Su espíritu se inclina principalmente á la dirección matemática, y está educado con la escuela de la sencillez y de la rigurosa lógica.» Ninguno de sus triunfos ha sido debido á un poco meditado rayo de inteligencia; es más, Moltke no es amante, y así lo tiene á menudo repetido en las admirables conferencias que sobre trabajos tácticos ha dado en el seno del estado mayor general, de los impremeditados impulsos de los llamados genios, ni de estos genios mismos. «Unicamente el que se presenta tal cual es, sin el menor artificio, puede esperar que Moltke haga justicia á su mérito, y si el que esto ha conseguido logra distinguirse durante mucho tiempo por sus servicios, merece y obtiene la especial confianza del feldmariscal que abandona para con él su natural reserva.» Porque este hombre de hierro, cuya vida, en el verdadero sentido de la palabra, ha sido una existencia sólo de cuidados y trabajos, cuya pesada planta ha dejado indelebles huellas en los campos de batalla de Schleswig, de Bohemia y de Francia, y que desde la muerte de su esposa sobre todo y sobre todos por él amada vive aislado en la altura á que ha sabido colocarse, tiene un corazón no seco y momificado, sino joven y sensible y quiere entrañablemente á sus subordinados y á todos los que cerca de él viven. Adora especialmente á los soldados rasos, cuya perseverancia y resistencia no tiene palabras bastantes con que alabar y á quienes atribuye siempre la mayor parte en los triunfos del ejército. Pero cuando más apasionados se muestran sus sentimientos es cuando se trata de su patria, de Prusia, de Alemania. El mismo escribió para el Museo germánico aquel hermoso pensamiento que traduce claramente su manera de sentir:

Allezeit – Treu bereit – Für des Reiches Herrlichkeit!

«Dispuesto siempre con lealtad á fomentar el esplendor del Imperio.»

Y en verdad que él siempre ha sido leal: aun hoy en día, á pesar de sus noventa años, sigue prestando con indomable energía sus valiosos servicios á su rey y á su pueblo. Cierto que ha tenido que renunciar á su cargo de jefe del estado mayor general «porque ya no puede montar á caballo;» pero de hecho y como presidente de la Comisión de la defensa del territorio, sigue prestando á la patria sus valiosos servicios, y todavía se deja ver de cuando en cuando en la oficina central de su «fábrica de genios» para enterarse con su dulzura y tranquilidad acostumbradas de tal ó cual asunto, y aún le ocupan todas las cuestiones de que dependen el bienestar ó el malestar del país.

Tal se nos presenta esa figura colosal: grande como héroe de guerra, grande como creador del estado mayor general y grande también como hombre.

Laméntanse muchos á menudo, y no del todo sin razón, de que nuestro pueblo está amenazado de ver desaparecer todos los ideales; pero ¿es acaso exacto que se trate de sustituirlos con nebulosos esquemas de tiempos pasados? Creo que no. En la figura de nuestro Moltke tenemos un ideal de carne y hueso, que vive entre nosotros, que se ofrece clara y francamente á nuestra vista. No sólo para los soldados, no; para toda la nación es la importancia de Moltke como preceptor, tan grande como haya podido ser la de cualquier otro en otros tiempos. En el pueblo de los pensadores, el pensador es con razón la figura realmente popular. Pero ¿se procura imitarle, pensar y vivir como él piensa y vive? Hasta que esto suceda no habrá pagado nuestro pueblo la deuda inmensa de gratitud que tiene contraída con el gran guerrero y gran hombre. Moltke no será apreciado en toda la magnitud de su genio hasta que, contemplando á todo el pueblo, podamos hablar de «Moltke como educador.»

EL SANTUARIO DE KREISAU

En el bello parque de Moltke hay un sitio predilecto del mariscal. Sobre una colina, á cuya cima conducen sombrías avenidas de abetos, álzase un edificio sencillo, de estilo gótico, coronado por el sagrado símbolo de la cruz: es la capilla sepulcral que encierra los restos mortales de la que fué compañera de ese gran hombre. Llenos de profundo respeto acerquémonos á este silencioso santuario, y antes de penetrar en él sentémonos en alguno de los bancos de piedra que se encuentran en la plazoleta que delante de la capilla se extiende y desde los cuales se descubre un sitio plantado de sauces y cipreses. Rosales trepadores circuyen el portal de la capilla, que, rodeada de cipreses y abetos, producen una impresión triste. En aquel severo lugar acude á nuestra mente la memoria de la noble dama que por espacio de veintiséis años fué el ángel de paz de aquella casa en que moraba el hombre cuya vida estaba consagrada á la guerra.

Una hermana de Moltke había casado con un inglés, Joh Heyliger Burt, viudo de una noble señora de la familia Stafseldt. Burt se había establecido en el Holstein: de sus hijas habidas en el primer matrimonio, la mayor era esposa de un barón de Brockdorff; la menor, María (su nombre completo era Berta María Guillermina), mostró siempre vivísimo interés hacia su tío Hellmuth, con quien mantenía animada correspondencia, y admiró las artísticas descripciones contenidas en sus cartas de Oriente en aquel entonces publicadas. Cuando conoció personalmente á su pariente, á la sazón mayor del ejército y que contaba veintiséis años más que ella, quedó desde luego prendada de él, concertándose entonces la boda, que se celebró en 20 de abril de 1842 en Ytzeboe. Aquel matrimonio fué sin duda uno de los más felices que han existido en la tierra. La joven esposa, que además del de su marido supo conquistarse con su encantadora amabilidad y con los atractivos de su belleza los corazones de cuantos la trataban, fué la inteligente y fiel compañera de su marido en todas las posiciones y en todos los parajes adon-



1859

1870. Moltke militar

de la llevaron los deberes que á Moltke imponía su carrera. La vida de aquel matrimonio fué un idilio, especialmente en Magdeburgo, en donde hubo de residir Moltke desde 1849 á 1855 como jefe del estado mayor general del cuarto cuerpo de ejército. El principio de Moltke de «marchar separados,» no fué nunca aplicado por él en los paseos que daba con su esposa, la cual era su constante compañera, así en las expediciones á pie como en las que hacían á caballo. La naturalidad de su carácter no la abandonaba ni aun en el trato con las esposas de los demás oficiales y contrastaba con la afectación y ceremonia que á muchas de éstas distinguían. Aun cuando aquella feliz pareja no tuvo hijos, la unión de las almas de aquellos dos seres excepcionales fué tan íntima, que el dolor experimentado en la Nochebuena de 1868 por el ilustre estratégico es imposible de describir. María, que contaba á la sazón cuarenta y dos años (había nacido en Kiel en 21 de junio de 1826), había sido siempre de constitución sana y robusta, hasta que en un paseo que dió á caballo en invierno con un huracanado viento Noroeste, contrajo un reumatismo articular que la llevó al sepulcro.

Embebidos en estos tristes pensamientos, subamos los escalones que conducen á la capilla sepulcral. Lo primero que atrae nuestra vista son dos sarcófagos cubiertos de flores y envueltos en la azulada luz que por los ventanales llega hasta ellos: uno encierra el cadáver de la esposa del feldmariscal; otro el de la hermana de éste, la señora de Burt. Una copia del Cristo de Thorwaldsen adorna la capilla, que ostenta el versículo de la Biblia predilecto de Moltke: «El amor es el cumplimiento de la ley.»

El amor alegró también la vida del gran hombre cuyo corazón permanece solo desde hace veintidós años. Imposible es imaginar el dolor que se apoderó del alma del sobreviviente. Los hombres más grandes, las mayores energías históricas anhelan abrasarse en la llama de un corazón amoroso que lata al par del suyo: ¡quién sabe si los héroes de la historia que se encontraron aislados en el pináculo de su gloria no sintieron alguna vez ese anhelo en sus horas de apacible calma! Todo el que en la lucha de la vida ha perdido á una esposa amada, á una fiel compañera y tiene que proseguir su camino en este mundo, eleva su alma á un silencioso heroísmo. Uno de estos héroes fué Moltke.

¡Cuántas veces paseando solo por el parque de Kreisau habrá recordado el general aquellos felices días que pasó al lado de su adorada esposa!

F. H.

(Traducido de la Revista alemana *Schorers Familienblatt.*)

FIESTAS PARA SOLEMNIZAR EL NONAGÉSIMO ANIVERSARIO DEL NACIMIENTO DE MOLTKE

Los honores con este motivo dispensados al anciano feldmariscal sólo habían sido hasta ahora concedidos á los soberanos, y á ellos se asociaron con los príncipes de las casas reinantes de Alemania las clases todas de la población, deseosas de rendir homenaje de admiración y respeto al gran militar, al entusiasta patriota, al virtuoso ciudadano.

Los hechos más culminantes de estos festejos han sido la marcha de las antorchas, verificada la víspera del día del cumpleaños, y la visita que el emperador con las representaciones de todo el ejército hizo á Moltke en su propia casa.

A las siete de la noche del 25 púsose en movimiento la comitiva que formaba la marcha de las antorchas: abría la marcha un heraldo seguido de timbaleros y músicos montados; detrás iban las comisiones de estudiantes, después de los cuales la comitiva se dividía en dos secciones de varios grupos, representando el desenvolvimiento histórico de Alemania.

Formaban el primer grupo antiguos germanos cubiertos de pieles, el segundo personificaba la época de Carlo Magno, y constituía el tercero un pelotón de cruzados. El período de los Habsburgos estaba representado por caballeros pesadamente armados y en traje de torneo, y en pos de él aparecían características figuras del tiempo de la guerra de los aldeanos.

La otra sección reproducía en forma muy ingeniosa la vida de los lansquenetes, detrás de los cuales figuraban soldados de tres épocas, de Wallenstein, de la guerra de Treinta Años y de los tiempos de los grandes príncipes electores. Luego seguían la guardia prusiana, las representaciones de las épocas de Federico el Grande y de la guerra de la Independencia, soldados de la actualidad y una guardia de Camerún con una cantinera negra.

Cerraba la marcha el homenaje de los artistas, que era la parte más brillante de la procesión. Un carro dorado y cubierto con guirnaldas sostenía la diosa de la Victoria con sus grandes alas desplegadas; otro grupo representaba la ciencia militar, por medio de una figura de tamaño natural, apoyada en un león y llevando en la diestra una espada y un libro en la izquierda. En otro carromato, sentada en un trono y debajo de un dosel de brocado de oro forrado de púrpura, aparecía Germania, teniendo á sus lados la pintura y la industria, ésta representada por un fornido herrero blandiendo sobre el yunque colosal martillo: en el fondo se veía la figura de un mercader del siglo XV con la balanza y la bolsa en la mano; más hacia adelante la escultura estaba simbolizada en un picapedrero del siglo XIV modelando un busto de Moltke y á la izquierda se veía á un labrador con su arado: completaba el grupo la imagen del general con la antorcha encendida en una mano y una corona de laurel en la otra.

La comitiva fué recibida por Moltke en el vestíbulo de su palacio: el presidente del comité de los festejos pronunció el discurso de felicitación y entregó al feldmariscal la corona de plata que la población de Berlín le dedicaba, y la notable actriz de la corte, la señorita Wegener, que se había prestado á ser la Germania, recitó una entusiasta poesía de felicitación al nonagenario general.

Una fiesta excepcional, más que excepcional, única en su clase, fué la que se celebró en la mañana del 26, memorable fecha en que nació ese coloso del arte militar; puede decirse que se representó una página de la historia de Prusia en el estrecho espacio comprendido entre las columnas erigidas en memoria de los grandes hechos de guerra y que abarca los palacios del estado mayor general y de la Dieta. Todo el ejército alemán, ese ejército al cual el anciano héroe ha consagrado incesantemente durante toda su vida sus esfuerzos, y gracias á cuya preciosa cooperación ha prestado tan inapreciables servicios á su patria, acudió por medio de las correspondientes representaciones para felicitar al caudillo que tantas veces le dirigió con acierto en la lucha y supo llevarle con heroica seguridad á la victoria.

Formado delante del palacio del estado mayor general, el cuerpo de cadetes de Lichterfelde fué revistado por Moltke, que vestía el uniforme de general y ceñía la banda del Aguila Negra, y cuya aparición fué saludada con júbilo delirante por el inmenso público allí agolpado, después de lo cual fueron llevados al salón del palacio del ilustre caudillo los gloriosos estandartes y banderas de la guardia prusiana y los del regimiento que ostenta el nombre del conde de Gneisenau.

El emperador penetró en aquel salón, en donde bajo los pliegues de aquellas banderas se agrupaban los príncipes de casi todas las casas reinantes de Alemania; el jefe del estado mayor general, conde de Waldersee, y el general Wittich entraron en las habitaciones particulares de Moltke y lo condujeron á presencia de Guillermo II, quien salió á recibirle y colocándole en medio del semicírculo que formaban los generales dirigióle un sentido discurso, agradeciéndole en nombre de la patria los valiosísimos servicios que durante su larga vida había á ésta prestado.

¡Cuán conmovedor espectáculo el que entonces se ofrecía á los que contemplaban al viejo feldmariscal colocado á la derecha de su joven emperador, delante de aquella corona formada por príncipes alemanes y por generales, en su mayoría discípulos suyos y llamados á cultivar y defender la semilla por el gran maestro sembrada y á ellos transmitida! El emperador, después de pronunciado el discurso, hizo entrega á Moltke de un precioso bastón de feldmariscal.

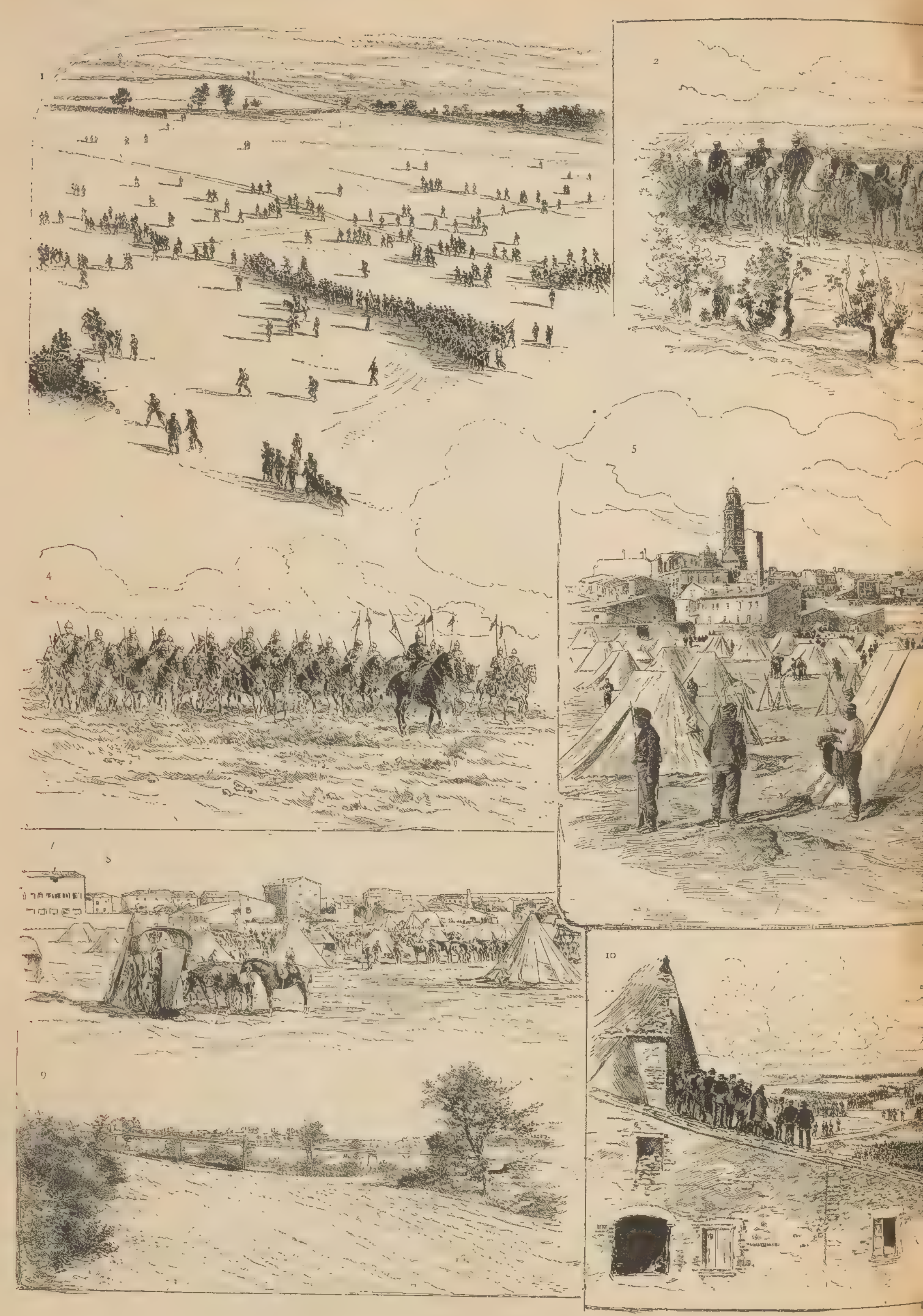
El mango de este bastón es de terciopelo azul celeste y va adornado por cuatro series de pequeñas coronas y águilas de oro: tiene en un extremo las iniciales del emperador formadas de brillantes y rodeadas de una corona de rubíes, y en el otro el águila imperial sobre un fondo de esmalte blanco. A la felicitación del emperador siguieron las del príncipe heredero y de su hermanito, que vestidos de marineros asistieron á la ceremonia, y las de todos los circunstantes que se asociaron á estas manifestaciones con frases que expresaban todo el entusiasmo y toda la veneración hacia Moltke de que estaban poseídos.

Puso término á los festejos un espléndido banquete que se celebró en el nuevo palacio de Potsdam y en el cual se dispensaron al feldmariscal honores verdaderamente regios.

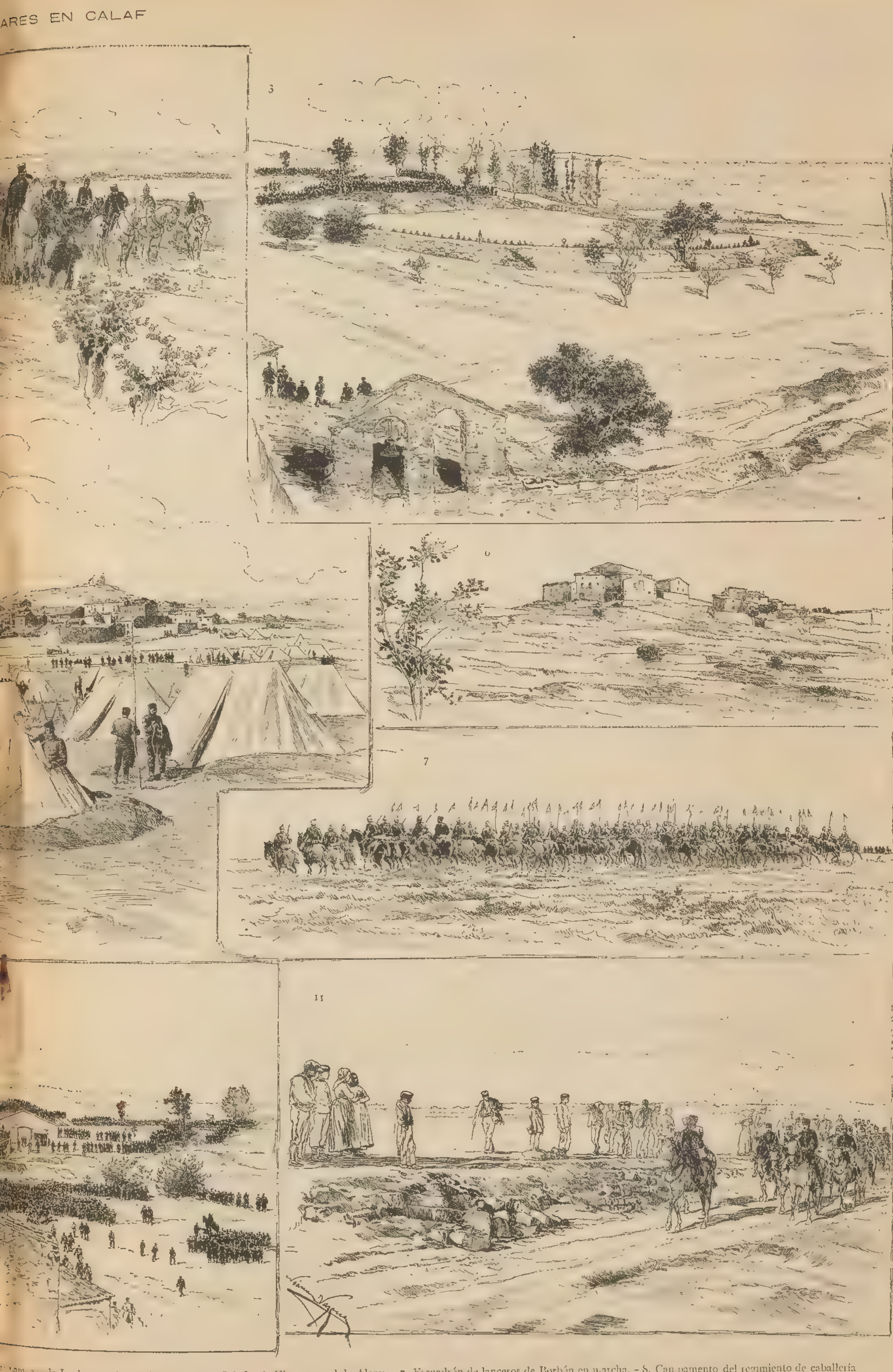


Retrato de Moltke, croquis de T. Rocholl

Con motivo de la conmemoración del aniversario del natalicio de Moltke se ha probado una vez más en cuánta estima tiene el mundo entero al invicto



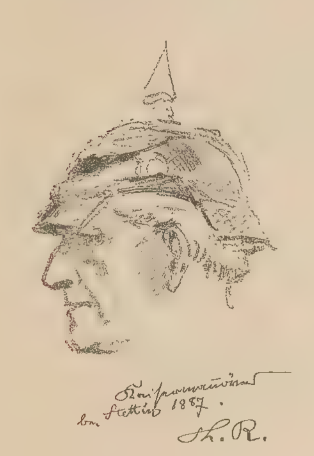
1. Ejercicios de infantería - 2. El cuartel general oyendo la misa de campaña. - 3. Trincheras de Sa Forteza defendidas por ingenieros. - 4. Escuadrón de lanceros de Borbón. - 5. C
de Tetuán. - 9. Puente de tablas levantado por los ingenieros en el Noya. 10. Entrada de las fuerz



...amentos de Luchana y San Quintín: vista de Calaf. 6. Vista general de Aleny. - 7. Escuadrón de lanceros de Borbón en marcha. - 8. Campamento del regimiento de caballería ... en Sa Torteza. 11. El general Martínez Campos dirigiéndose al campo de operaciones

general prusiano, cuyo nombre ha sido puesto al lado y aun por encima de los más grandes capitanes de todos los tiempos.

La prensa nacional y extranjera le ha consagrado extensos é interesantes artículos laudatorios. El *Times* escribía: «Mientras el arte de la guerra sea objeto de estudio, las campañas de Moltke serán leídas



Retrato de Moltke, croquis de T. Rocholl

con tanta atención como las de Napoleón en Italia; y si por un lado la fama militar de Moltke se extiende por toda la faz de la tierra, por otro no habrá nadie que no ensalce la sinceridad y la grandeza de su carácter. El anciano feldmariscal puede decir satisfecho que no tiene enemigos, sino solamente admiradores de sus dotes extraordinarias.»

En Alemania hanse publicado innumerables biografías de Moltke que anteponen lo que vale moralmente considerado á todas sus cualidades, que por otra parte unánimemente admiran, como genio militar.

De todos los obsequios que á la memoria de Moltke se han dedicado con ocasión de su último cumpleaños, merece especial mención el que concibió y puso en práctica el sultán de Turquía Abdul Hamid. Este soberano hizo buscar á los veteranos que habían combatido con Moltke y á las órdenes de Hafis Bajá en la batalla librada en Nisid en 24 de junio de 1839, convidóles á un gran banquete y les hizo á cada uno de ellos un regalo que les recordase al gran general que supo prever la inevitable derrota por Hafis Bajá sufrida.

Esto trae á la memoria el hecho de que ya el rey de Prusia Federico Guillermo IV supo apreciar en lo que valía el talento estratégico de Moltke cuando, por los méritos por éste contraídos durante los cuatro años que mandó las tropas en Turquía, le otorgó la orden *pour le mérite* que ostenta en su pecho el retrato del feldmariscal que en nuestra primera página publicamos.

A las fiestas del aniversario han asistido, además del emperador, los príncipes de la Corona real de Prusia, el rey de Sajonia, el príncipe regente de Baviera, los grandes duques de Hesse y de Baden, el duque de Connaught, hijo de la reina de Inglaterra; el gran duque de Wladimiro Alexandrowitch de Rusia, el general Caprivi, canciller del Imperio; el conde de Waldersee, jefe del estado mayor general; el general Wittich, jefe del cuartel general de Berlín; los ministros de la Guerra y de Marina, los generales Hahneke y Steinheil y los de los gobiernos de Munich, Sutttgart, Dresde y demás Estados independientes de Alemania, y delegaciones militares de Austria, Italia y Bélgica, presididas cada una por un general de estado mayor.

X

LA GARZA

Habiéndose publicado en el número 446 de esta Ilustración un artículo mío, titulado *El halcón de caza*, no me parece inoportuno, después de haber hablado en aquél de las tan celebradas cacerías que con dicha ave de rapiña se celebraban, comunicar á mis benévolos lectores algunas noticias respecto al ave para quien estaba reservado el triste papel de *víctima* en tales diversiones de reyes y magnates.

Aquellos gratos tiempos para el cazador, en que éste salía llevando sobre el enguantado puño la más gentil de todas las aves de rapiña, el blanco halcón de las costas del mar glacial, para cazar con él la garza, pasaron para siempre, por lo menos en Europa. La caza con halcón sólo era posible en la época del feudalismo, y con la caída de los castillos señoriales tuvo que cesar uno de los deleites de aquellos señores feudales, que estimaban en más la vida de un venado ó de otra pieza de caza, que la de uno de sus súbditos. Cuantas tentativas se hicieron para restablecer la caza con el halcón en las épocas modernas, fueron otros tantos fracasos.

Por fortuna para la humanidad, ni el feudalismo ni muchas de las diversiones anexas á él son posibles en nuestros tiempos de progreso político y de cultura.

Las garzas pertenecen á la clase de las aves zancudas, y se distinguen en lo general de las demás especies de éstas por sus largas y desnudas patas, su delgado y flexible cuello y su pico puntiagudo y más ó menos largo. Su cuerpo es aplastado en los costados y más alto que ancho; sus alas medianamente largas, pero anchas y redondas; la cola corta, el plumaje espeso, en particular en el pecho y vientre, donde tienen en cuatro sitios unas plumas finísimas, que más bien parecen seda ó terciopelo.

Todas las plumas son más largas que redondas, y varias especies de nuestra ave ostentan en su cabeza ó en la espalda unas plumas largas de delicada y preciosa figura, muy apreciadas y conocidas con el nombre de *plumas de garza*. Sirven para adornar la cabeza de las señoras elegantes, pero más se usan como distintivo de nobleza en ciertos países, como por ejemplo, en Hungría, donde al sombrero característico del noble *magyar* no debe faltar su plumero de garza, sostenido por garzota de brillante esmeralda rodeada de diamantes. Las garzas habitan los terrenos pantanosos, en donde hay extensas lagunas y estanques, las orillas de los grandes ríos y la costa del mar; suben á los árboles y se alimentan de pequeños animales vertebrados, principalmente de peces, salamanquesas, de moluscos, insectos, gusanos, etc. Todas tienen mucho parecido en sus costumbres; sin embargo, se distinguen bastante en que las unas son nocturnas, mientras las otras sólo de día ejercen su oficio.

Para la caza con el halcón servía principalmente la *garza común*, llamada, sin embargo, también impropiamente *garza real (Ardea cinerea)*, y la *garza color de púrpura (Ardea purpurea)*, nombre que debe á las plumas de este color, que cubren parte de su cuello, pecho y vientre.

La *garza común* es tan conocida, que no necesita una descripción más detallada; tanto menos, cuanto que en su vida y costumbres se parece en todo á la *garza purpúrea*. El color principal de su plumaje es ceniciento claro, mezclado con negro y blanco; en la cabeza ostenta unas plumas largas, que en forma de coleta caen por el pescuezo á lo largo del cuello. La *garza color de púrpura* presenta en la parte inferior de su cuerpo plumas del color á que debe su nombre, mientras el plumaje de la espalda y de las alas es de color ceniza obscuro, mezclado con plumas rojo-claras; un penacho de dos plumas negras adorna su cabeza; el pico es amarillo, verdoso-córneo el color de los pies y color de naranja el ojo.

La garza purpúrea habita en la Europa Meridional (cerca de Barcelona, el Prat), pero también se encuentra frecuentemente en Hungría y Holanda; anida sola ó en sociedad con las de su especie ó de otras garzas en terrenos pantanosos ó en islas bien cubiertas de cañas, de lagos ó estanques; construye el nido con palitos, cañas y hojas secas, en el mismo suelo, en arbustos espesos ó en la corona tupida de los árboles, y pone á fines de abril ó principios de mayo tres ó cuatro huevos de color verde-azulado y de la figura y del tamaño de los de gallina.

En el otoño emigra en bandadas con las de su clase al Mediodía y hasta á Africa, para pasar allí los meses de invierno.

Antes de que se establecieran los jardines zoológicos, poco se sabía de la vida y costumbres de esta ave, como de las de los demás individuos de su clase. Todas las garzas son pájaros recelosos que no dejan que nadie se acerque á ellas para observarlas. Como ladrón inaguantable de los peces, criados con cuidado por el hombre en los estanques, éste no puede tolerar las libertades que la garza se permite y los estragos que hace en sus criaderos; por esto la persigue donde la encuentra. En la actualidad no se caza la garza con el halcón, sino con la escopeta. En Hungría y en la parte baja de Austria se deja que la garza haga su nido en los altísimos árboles que cubren las orillas del Danubio, que empolle sus huevos y críe á sus hijos sin perturbarla en lo más mínimo; pero en cuanto los pequeñuelos son ya voladeros, entonces ha llegado el día de la venganza para los dueños de los estanques, quienes se reunen en bastante número, bien armados de escopetas se sitúan antes de que anochezca debajo de los grandes árboles que han escogido las garzas para dormitorio general, y en cuanto éstas ya se han acomodado, frecuentemente diez ó doce en una sola rama, principian el tiroteo y caen los desgraciados pájaros á centenares bajo la lluvia de plomo de sus implacables perseguidores. Las que se salvan de esta carnicería pasan el río para dormir en los árboles de la opuesta orilla, sin sospechar que allí les espera la misma mala suerte que alcanzó á sus desgraciadas compañeras.

De esa manera se venga el hombre de sus alados enemigos, y teniendo en cuenta los perjuicios que éstos le originan, bien se le puede perdonar tan cruel venganza; y más sabiendo positivamente que en los países donde el hombre se ha hecho único dueño de la tierra, la garza sólo sirve para hacer daño, y por este motivo no se la puede ni se la debe tolerar.

En los jardines zoológicos necesitan las garzas un espacioso departamento, de lo contrario se mueren en poco tiempo. Si están juntas con las aves acuáticas hay que tener cuidado, para que no destrocen á éstas, por lo menos á sus pollos. En el de Hamburgo había varias garzas que hubieron de ser sacadas del estanque general porque se comían, no sólo á los patitos, sino que perseguían hasta á los padres de éstos. Allí tuve ocasión de observarlas detenidamente, y no se me ha olvidado lo traidoras que son. Se había preparado una jaula muy á propósito para las garzas purpúreas; corría en el centro de ella un pequeño arroyo para que no les faltase su elemento predilecto, el agua. Al arroyo se echaban peces vivos, y en tal abundancia, que sobraba el alimento á los prisioneros. Además comían algunos granos de trigo remojado en agua caliente. Los gorriones que habitaban el jardín y sus alrededores, y que como pájaros tan atrevidos se metían en todas las jaulas de ancho tejido de alambre á comer con sus habitantes, también entraban en la de las garzas para satisfacer su apetito. Acostumbrados á la bondad de los flamencos, gansos, patos, grullas y otras aves acuáticas ó palustres, no sospechaban que las garzas eran de otro temperamento y que su atrevimiento les costaría caro. Cuando las garzas habían observado que los gorriones entraban sin recelo en su departamento, se colocaban al lado del comedero, al parecer sin malicia ninguna y como si ni siquiera honrasen con una sola mirada á los confiados gorriones. Sin movimiento, cual una estatua, encogida una pierna, doblado el cuello y metida la cabeza entre los hombros parecían dormidas, y sólo sus pequeños y relucientes ojos indicaban que vigilaban bien á los intrusos. Estos se acercaban confiados al comedero, que pronto estaba lleno de pájaros. De repente, extendió la garza el encogido cuello, y el punzante pico se clavaba con certero golpe en un gorrión; éste, golpeado contra el suelo, tirado al aire, recogido al instante, acababa por ser sepultado en el buche de la traidora garza, que ni siquiera había cambiado de sitio, adoptando nuevamente su inmovilidad de estatua. Los demás gorriones, peleándose por la comida, no habían advertido lo que con la velocidad del relámpago había pasado, y seguían comiendo, hasta que al fin notaron lo que sucedió á sus compañeros. Entonces huyeron espantados, pero la garza estaba satisfecha porque se había tragado ya tres ó cuatro pájaros.

Otra garza de la especie ordinaria del mismo jardín andaba muy domesticada entre otras aves zancudas, tomaba el alimento de la mano del hombre que cuidaba aquel departamento y no mostraba recelo ni aun de las personas que visitaban el establecimiento. Como era tan mansa, no se la habían cortado las plumas de las alas, y con placer mío la veía elevarse todas las tardes á hora fija al aire, alejarse y volver cuando anochecía. Pocos días después se presentó el dueño de unos estanques donde criaba truchas, y se quejó á mi hermano de que una garza del jardín zoológico se le comía todos sus peces. Mi hermano dió al querellante el permiso de pegarle un tiro, á lo que aquél contestó que ya lo había intentado, pero siempre en balde, porque dicha garza no dejaba acercarse á nadie ni á tiro de rifle, sino que se levantaba antes para volver muy de prisa á su refugio del jardín zoológico. Llegada allí, andaba con la mayor tranquilidad por entre la gente. De esto puede fácilmente deducirse que ese pájaro tenía perfecto conocimiento de que andaba en terreno vedado cuando pescaba en aquellos estanques.

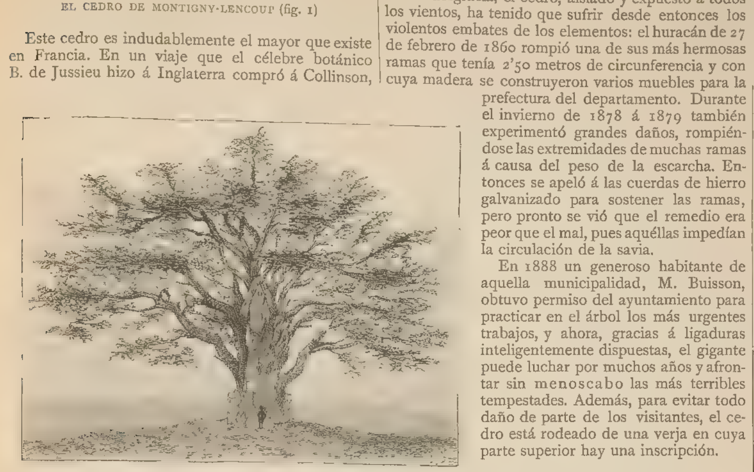
Dr. Brehm

SECCIÓN CIENTÍFICA

ÁRBOLES NOTABLES

EL CEDRO DE MONTIGNY-LENCOUP (fig. 1)

Este cedro es indudablemente el mayor que existe en Francia. En un viaje que el célebre botánico B. de Jussieu hizo á Inglaterra compró á Collinson, médico inglés, dos cedros pequeños traídos del Líbano por éste, de los cuales uno fué plantado en 1734 en el Jardín de Plantas de París, y el otro fué ofrecido por Jussieu á M. Trudaine, entonces director de puentes y calzadas, de comercio y de las plantaciones reales, que lo hizo plantar en el sitio más pintoresco del parque de su quinta de Montigny-Lencoup.



Arboles notables. – Fig. 1. El cedro de Montigny-Lencoup (De una fotografía.)

Con ser los dos de la misma edad, el cedro de Montigny, sin duda por estar plantado en mejor terreno y más al abrigo de las intemperies del invierno, adquirió desde luego dimensiones mucho mayores que el de París, cuyo tronco apenas es hoy comparable con la más pequeña de las ramas principales de aquél.

La forma del cedro que nos ocupa es pintoresca y elegante: su flecha, cuya altura es de 32 pies, está intacta y se alza con majestad imponente dominando las inmensas ramas y el espeso follaje, que se desarrolla en gradas horizontales.

En 1822 la quinta de Montigny fué vendida al conde Stacpoole, y á la muerte del hijo de éste dividióse la finca entre sus hijos, excepción hecha del edificio y de los bosques del parque que fueron vendidos á una sociedad de especuladores de Valenciennes, la cual arrancó todos los árboles y se disponía á hacer otro tanto con el cedro cuando algunas notabilidades del departamento abrieron una suscripción para adquirir ese árbol y una porción de terreno que lo rodeaba. La suma reunida no fué suficiente, pero el municipio de Montigny autorizó al alcalde para tomar á préstamo lo que faltaba, y de esta suerte se salvó el cedro y quedó de propiedad del pueblo.



Arboles notables – Fig. 2. El tejo de la Haye-de-Routot (Eure). (De una fotografía.)

Por desgracia, el cedro, aislado y expuesto á todos los vientos, ha tenido que sufrir desde entonces los violentos embates de los elementos: el huracán de 27 de febrero de 1860 rompió una de sus más hermosas ramas que tenía 2'50 metros de circunferencia y con cuya madera se construyeron varios muebles para la prefectura del departamento. Durante el invierno de 1878 á 1879 también experimentó grandes daños, rompiéndose las extremidades de muchas ramas á causa del peso de la escarcha. Entonces se apeló á las cuerdas de hierro galvanizado para sostener las ramas, pero pronto se vió que el remedio era peor que el mal, pues aquéllas impedían la circulación de la savia.

En 1888 un generoso habitante de aquella municipalidad, M. Buisson, obtuvo permiso del ayuntamiento para practicar en el árbol los más urgentes trabajos, y ahora, gracias á ligaduras inteligentemente dispuestas, el gigante puede luchar por muchos años y afrontar sin menoscabo las más terribles tempestades. Además, para evitar todo daño de parte de los visitantes, el cedro está rodeado de una verja en cuya parte superior hay una inscripción.

EL TEJO DE LA HAYE-DE-ROUTOT. (fig. 2)

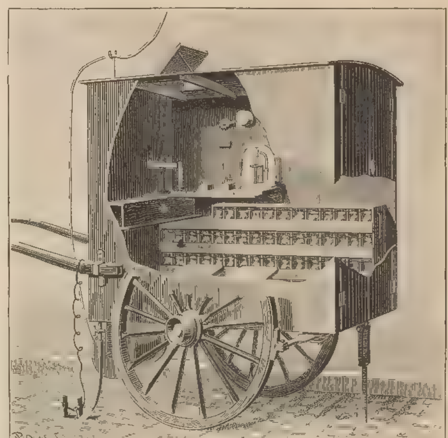
El cementerio de la Haye-de-Routot posee dos tejos notables, uno de los cuales mide 12 metros de circunferencia, y tiene, segun cálculo del célebre arboricultor M. Dubreuil, de 1300 á 1400 años de existencia. Este tejo, en el interior de cuyo tronco se construyó en 1886 una pequeña capilla, conserva toda su lozanía; sus ramas, que en nuestro grabado sólo en parte se ven, no son muy largas y su forma general es la de pirámide.

***

LABORATORIO AMBULANTE
PARA EL ENSAYO DE LOS CABLES ELÉCTRICOS

Conocida la importancia que tiene el aislamiento de los cables en las instalaciones del alumbrado eléctrico, se hace preciso comprobar el aislamiento de los cables tendidos en la calle y de los ramales; pero para ello se presenta la dificultad grave de tener que efectuar en la vía pública una operación que aun hecha en un laboratorio ordinario resulta relativamente delicada y que se hace impracticable en medio de las trepidaciones y de los estorbos de la calle.

Para subsanar estos inconvenientes, la *Societé d' éclairage et de force par l' électricité, á Paris*, utiliza desde hace tiempo un laboratorio ambulante que, por los resultados hasta ahora conseguidos, parece responder al *desiderátum* antes expresado y que será seguramente imitado por otras empresas de alumbrado. Este laboratorio está establecido en una especie de cajón puesto sobre dos ruedas, dentro del cual pueden acomodarse dos personas: en las paradas está mantenido horizontalmente en equilibrio por medio de tentemozos á tornillo, cerrándose los resortes para evitar toda trepidación. En el interior, como se ve en el grabado, hay una mesa con los instrumentos de medición y de pruebas (galvanómetro de espejo, lámpara, escala, cajas de resistencia, pila de 100 elementos, etc.).



Nuevo laboratorio ambulante para el ensayo de los cables eléctricos

Este laboratorio permite ensayar el aislamiento de un cable ó de una ramificación, así como la instalación en una casa particular por el método de sustitución que, en este caso, funciona á la misma tensión á que está sometida la red. La prueba se verifica, pues, en las condiciones exactas de funcionamiento de los cables, y la facilidad de cambiar de sitio el vehículo permite repetir los experimentos tantas cuantas veces se quiera.

He aquí cómo se procede, por ejemplo, para la recepción de una instalación de abonado: en la parte anterior y exterior del vehículo hay un carrete de un hilo fuertemente aislador. La toma de tierra se hace por medio de piquetes que se introducen entre las piedras del piso y que están constantemente mojados por un chorrito de agua procedente de un depósito superior. Colocado el carretón delante del ramal que se quiere ensayar y una vez inmovilizado del modo que se ha dicho, se desenrolla el hilo, que se ata á uno de los polos de la canalización cerca del contador del abonado: otro hilo pone en comunicación el vehículo con los piquetes, y el operador colocado dentro del cajón se comunica por medio de un teléfono con el agente de la compañía encargado de examinar la instalación.

Este sistema ha dado excelentes resultados, pues permite ejercer cómodamente la vigilancia continua, que es el único medio de conocer á tiempo los defectos de una instalación eléctrica y de prevenir los accidentes que éstos podrían ocasionar.

***

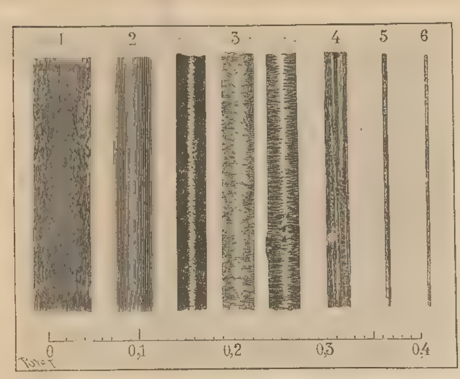
LA MEDICIÓN DE LAS PEQUEÑAS FUERZAS

De todos los medios de que disponemos para medir las pequeñas fuerzas, el más cómodo es indudablemente la torsión de un hilo suspendido. Utilizando este principio en la *balanza unifilar*, estableció Coulomb, en sus memorables experimentos, las leyes de las acciones eléctricas y electroestáticas y determinó Cavendisch el volumen de la tierra.

Las leyes de la torsión por Coulomb sentadas nos enseñan que el par necesario para torcer un hilo de una substancia determinada varía en razón directa de la cuarta potencia del diámetro. Con hilos muy sutiles y con el método de reflexión que permite notar desviaciones sumamente pequeñas es posible, si no medir, por lo menos observar fuerzas cuyo límite inferior es de una centésima de miligramo aproximadamente. Estas fuerzas por pequeñas que parezcan son, sin embargo, enormes, comparadas con las que hoy día se pueden medir con los nuevos métodos y los nuevos medios de investigación de que dispone la física moderna.

Para la medición de las fuerzas inferiores á las que acabamos de indicar, es preciso renunciar en absoluto á las suspensiones metálicas: cuando se pretende obtener por medio de la hilera un hilo de cobre de un diámetro inferior á cinco centésimas de milímetro, se presentan dificultades especialísimas. Cierto que se logra fabricar hilo de cobre de un diámetro inferior á tres centésimas de milímetro, pero este hilo no ofrece la menor resistencia y su empleo se hace difícil por no decir imposible. Lo propio sucede con la plata.

Nuestro grabado reproduce las fotografías aumentadas de cierto número de fibras que pueden servir para el establecimiento de las suspensiones unifilares; dichas fotografías muestran en la misma escala el aspecto que las fibras presentan. El número 1 es un cabello considerado como de los más finos; el número 2 es un hilo de cobre del diámetro menor que actualmente se puede fabricar; el número 3 representa varias muestras de cristal hilado. Este último ofrece, como modo de suspensión, muchas ventajas por su uniformidad, por su indiferencia á las influencias atmosféricas y sobre todo por la posibilidad de obtenerlo en todas las longitudes deseables; pero todas



Fibras que pueden servir al establecimiento de suspensiones unifilares. – 1. Cabello fino. – 2. Hilo de cobre. – 3. Hilo de cristal. – 4. Hilo de capullo de seda. – 5 y 6. Hilos de cuarzo. (La escala está indicada por milímetros. Cada división elemental representa una centésima de milímetro.)

estas ventajas van acompañadas de un defecto grave que destruye todas sus buenas cualidades como torsión destinada á la medición del par de torsión: cuando se imprime una torsión á una suspensión semejante, se produce un cambio de lugar del cero y el aparato abandonado á sí mismo indica una nueva posición de equilibrio. Por esta razón y porque el par de torsión de una suspensión en cristal hilado es demasiado elevada, este modo de suspensión no se emplea nunca en la fabricación de instrumentos de precisión.

Reconocida la imposibilidad de construir suspensiones cuyo par de torsión fuese para un ángulo y una longitud dados más pequeños que los obtenidos con el cristal hilado, se resolvió abandonar las suspensiones en las cuales el hilo servía de par director, y se procuró realizar suspensiones sin el par de torsión, en las que el hilo sólo sirviera para suspender el juego móvil y utilizando otros medios auxiliares para crear el par director.

Hasta el presente las suspensiones con los hilos de capullo de seda se han llevado la preferencia para constituir la suspensión de los aparatos delicados. El capullo natural (n.° 4) se compone de dos hilos irregulares de unos 0'0125 metros de diámetro adheridos con una especie de goma. Cada una de estas fibras puede soportar un peso de 4 gramos y regular y normalmente el de 1 gramo; de modo que su resistencia á la tracción varía entre 15 y 20 toneladas por pulgada cuadrada, y es, por ende, superior á la del cristal y del hierro, suponiendo que con estas substancias pudieran fabricarse hilos tan sutiles. Pero el par de torsión de la seda por débil que sea es bastante elevado para turbar el funcionamiento de todo aparato delicado, por causa de su inconstancia, pues en un momento dado la fibra se tuerce de un lado y luego de otro, efecto que sólo puede mitigarse empleando fuerzas relativamente enérgicas que obren sobre aparatos de grandes dimensiones. Toda tentativa para aumentar la delicadeza de un aparato por la reducción de sus dimensiones lucha con el inconveniente de las irregularidades de la suspensión.

Ante esta dificultad, el hallazgo de una suspensión más perfecta había de constituir un medio de perfeccionamiento de los aparatos y de abrir paso á nuevos progresos. M. Vernon Boys ha descubierto esta suspensión: buscando el modo de perfeccionar los aparatos destinados al estudio de la materia radiante, hubo de abandonar, por las razones indicadas, el hilo de capullo de seda y tampoco pudo hacer uso del hilo á la Wollaston sobradamente frágil. El hilo de cristal era demasiado inconstante y el par director que producía era mil veces demasiado grande, dada la pequeñez de las fuerzas empleadas en los delicados experimentos que emprendía. Como resultado de sus múltiples investigaciones para dar con una nueva substancia conveniente para ese estudio, ideó un procedimiento sencillísimo para la fabricación de hilos de cuarzo muy sutiles. El aparato se compone de una pequeña ballesta cuya flecha es una pajita terminada en una punta de aguja, y en cuyo mango se fija un pequeño cilindro de cuarzo cuyo extremo ha sido fundido en la llama de un soplete oxídrico. Al disparar la flecha, ésta se lanza hacia su meta, que se coloca lo más lejos posible: en virtud de su inercia, la parte fluida del cuarzo no sigue á la flecha en su movimiento, sino que se desarrolla entre la meta y el soplete en forma de un largo filamento más fino que el hilo de una telaraña y que por su misma finura cae al suelo muy lentamente. Por este procedimiento se obtienen fibras de cuarzo de longitud y regularidad grandes y de extraordinaria resistencia á la tracción. El número 6 de nuestro grabado representa en la misma escala que los otros modos de suspensión una fibra de cuarzo de 5 milésimas de milímetro de diámetro, montada en un instrumento de observación en el que la parte suspendida pesa unos dos gramos. Su sección es de la sexta parte de un hilo sencillo de capullo y su resistencia mecánica es sensiblemente la misma: su constitución inorgánica le pone al abrigo de todas las variaciones que alteran la suspensión de un hilo de seda, menos sensible.

La longitud de la suspensión es sólo de 40 centímetros, y su par de torsión es tan débil que si hubiera que sustituir esta fibra de cuarzo por un hilo de cristal, por fino que fuese, éste habría de ser tan largo como alta es la torre Eiffel.

Por el expresado procedimiento se llegan á obtener hilos de cuarzo aun más sutiles, tanto que se hace imposible fotografiarlos y su presencia sólo se manifiesta por un fenómeno de difracción. A falta de una medida exacta de estos diámetros hay que contentarse con una estimación. Según M. Piggott, el diámetro de las más pequeñas fibras de cuarzo no excede de 25 milésimas de micrón (1), y para que se tenga una idea tangible de esa finura, basta decir que un bloque de cuarzo de 25 milímetros de longitud por 25 de diámetro, hilado á aquel diámetro podría dar 658 veces la vuelta al mundo.

Pero estas fibras son curiosidades sin interés práctico: las empleadas en los instrumentos de M. Vernon Boys tienen 2'5 micrones de diámetro y ofrecen un par de torsión diez mil veces más pequeño que el hilo de vidrio más sutil. A medida que el diámetro de estas fibras disminuye, su resistencia á la tracción aumenta y llega á sobrepujar la de las barras de acero: las fibras más finas sostienen 130 kilogramos por centímetro cuadrado de sección y las ordinarias de 90 á 100. Estas fibras no se alteran con la humedad y producen pares de torsión extremadamente pequeños, pero no era evidente *a priori* que no manifestasen fatiga, como el cristal hilado, después de sometidas á una torsión exagerada: para probarlo M. Boys hace dar dos vueltas completas alrededor de su eje á la extremidad de una fibra rectilínea de la que pende un cristal; abandonando luego el aparato á sí mismo, vuelve exactamente al cero, demostrando de esta suerte la perfecta elasticidad de la suspensión.

A pesar de su excesiva finura, las fibras de cuarzo tienen un diámetro perfectamente uniforme y permiten someterlas á un severo examen óptico, tanto que irregularidades invisibles al microscopio se hacen con este examen aparentes.

Con estas fibras ha logrado M. Vernon Boys hacer, entre otros experimentos hasta ahora tenidos por imposibles, el de Cavendisch sobre la atracción newtoniana, con la diferencia de que así como éste empleaba grandes masas de plomo de algunos quintales de peso y pequeñas balas móviles de 900 gramos, aquél ha hecho visibles las atracciones utilizando como grandes masas pesos de plomo de 900 gramos y como pequeñas unas bolitas de 1 gramo. Cavendisch suspendía las balas de una palanca de 1'8 y M. Vernon Boys las suspende de un hilo de cuarzo de 2 centímetros de longitud. Las fuerzas en acción en este experimento son inferiores á $\frac{1}{200.000.000}$ de gramo y aun pueden medirse con las fibras de cuarzo fuerzas 2.000 veces mas débiles.

***

LA CIENCIA EN EL TEATRO.

MARCHA POR EL TECHO

Este curioso ejercicio no es más que una ingeniosa aplicación de las leyes de la presión atmosférica. El techo sobre el cual se anda es una plancha de acero bruñido de 8 metros de largo, y la adherencia al mismo se obtiene por medio de dos discos de caucho, de 11 centímetros de diámetro por 15 milímetros de espesor y de forma cóncava (fig. 2). Estos discos, que se atan fuertemente á los pies de la acróbata, llevan en su centro un botón agujereado transversalmente en su extremo anterior y encajado á un cubo también provisto de un agujero transversal y sólidamente fijado en la suela del zapato. Una barrita formando eje pasa por los agujeros de la aguja del eje y del cubo y constituye de esta suerte una articulación entre el disco y la bota.

El cubo está á la altura del tarso y va fijado al empeine. Un alambre torcido en forma de U se prolonga hasta el pulgar del pie y gira sobre dos gorrones colocados en la guarnición metálica del disco. En su posición normal, el alambre se mantiene apartado del disco por medio de un resorte que lo aprieta contra la suela, y una parte de él se proyecta hacia atrás y por medio de una palanca acciona sobre una pequeña válvula de escape practicada en la parte posterior del disco. Este al ser apretado sobre una superficie plana, se adhiere fuertemente á ella á causa del vacío hecho en su interior por la presión ejercida: si entonces se hace presión sobre la parte anterior del alambre en U, éste abre la válvula, deja entrar el aire en el vacío y la adherencia cesa. Todo el talento de la andadora consiste, pues, en hacer jugar de tal suerte sus patines que siempre haya uno adherido.

Fácil es calcular la fuerza que esta disposición representa: cada disco de 11 centímetros de diámetro tiene una superficie de 105 centímetros cuadrados; la presión atmosférica total correspondiente á esta superficie, suponiendo un vacío perfecto, sería de 108 kilogramos. La disposición del sistema permite realizar casi completamente este vacío perfecto; pero como la persona que ejecuta este ejercicio no pesa, ni con mucho, tanto, queda siempre un sobrante de resistencia para compensar las imperfecciones del aparato.

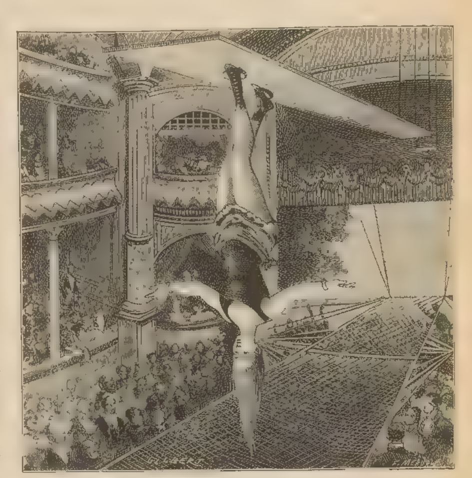


Fig. 1. Marcha por el techo en un circo acrobático

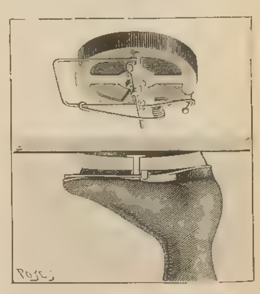


Fig. 2. Detalle del patín neumático

Esto no obstante, como la seguridad del sistema no es absoluta, hácese indispensable el empleo de la red tendida debajo de la acróbata.

(De *La Nature*)

(1) El micrón equivale á un milésimo de milímetro.



TODA UNA JUVENTUD

POR

FRANCISCO COPÉE

Ilustraciones de Emilio Bayard - Grabado de Huyot

(CONTINUACIÓN)

Tenían conciencia de que representaban algo muy humilde, pero también augusto y sagrado: eràn una familia sin tacha, sentíanse envueltas en una atmósfera de estimación y respeto. «Esas señoras del cuarto bajo, – decían los vecinos, – esas señoras del cuarto bajo sí que son dignas de consideración.» Su pobre vivienda, sucia por la acción del tiempo, con el papel de las paredes despedazado, pero en la que se unían para el trabajo y se estrechaban unas á otras para amarse mejor, tenía aún las dulzuras de un hogar. Y sobre su luto hecho girones, sobre los restos del antiguo mobiliario, sobre el mísero potaje que constituía toda su cena, sobre toda aquella miseria, en fin, cerníase una llama pura: el honor. Ahora, después de la confesión de la hija culpable, todo había concluído y se había perdido para siempre: había una mancha en su existencia pobre, pero consagrada al deber; mancha que empañaba su pasado irreprochable, y que alcanzaba á la misma memoria del padre. Ciertamente, la madre y hermana mayor disculpaban á la pobre criatura, que desfallecida en un sillón respondía á sus besos sollozando y pidiendo perdón. No obstante, mirábanse consternadas, con los ojos encendidos y los labios amargos á fuerza de llorar; y por primera vez medían en toda su extensión la profunda caída de la familia, y por vez primera veían cuán espantosos eran su abandono y su miseria, y sentían deslizarse en su corazón el insoportable sentimiento de la vergüenza, semejante á un huésped siniestro é inesperado que desde el primer momento hace comprender que viene á enseñorearse del hogar.

Este era el secreto, el abrumador secreto, de cuyo peso quiso librarse aquella misma noche la desolada Luisa Gerard, confiándolo á su único amigo, á Amadeo Violette, y obrando de esta suerte por instinto, de igual modo que una mujer agobiada por el peso de una excesiva carga, la arroja al suelo demandando ayuda.

Cuando Luisa hubo acabado de hacer su cruel confidencia, que el poeta oyó ocultando la cara entre sus manos, y cuando éste descubrió su rostro surcado por las súbitas arrugas de la desesperación, la joven sintió un escalofrío de terror.

– ¡Cuánto daño le he hecho!, – pensó. – ¡Cómo ama á María!

Pero vió brillar en los ojos de Amadeo una sombría resolución.

– Está bien, Luisa, – murmuró entre sus apretados dientes. – Está bien. No me digas más, te lo suplico. No sé á estas horas en dónde ver á Mauricio; pero él me verá mañana; tranquilízate, y si no repara el mal que ha causado... y en seguida...

Se interrumpe ahogado por un hipo de dolor y de cólera, y á un ademán suyo casi imperioso, Luisa le deja, espantada del paso que acaba de dar.

Sin embargo, Mauricio Roger no era un malvado. Cuando se fué María se sintió avergonzado, descontento de sí mismo. ¡Embarazada! ¡Era bien digna de lástima! ¡Pobre niña! Cierto que pensaba portarse como un caballero haciéndose cargo de ella y de su hijo. Mas ¡ay! Ya no la amaba tanto: su condición de amigo de los placeres, tan pronta en el deseo como en el hastío, se había cansado de aquel amorío sin voluptuosas emociones y demasiado empapado en lágrimas. ¿Debía, por causa de este embarazo, casarse como un hombre vulgar, hacerse padre de familia? ¡A su edad, teniendo delante de sí un halagüeño porvenir de juventud y de placer! Francamente, era esto tan tonto como romperse una pierna cayendo en un agujero. Además, ¿quién sabe?; los abortos son frecuentes, quizá no viviría la criatura. De todos modos, era natural que se tomara algún tiempo, que viese venir los acontecimientos. ¡Bah! La suerte, que le había favorecido siempre, se encargaría de arreglar este enojoso asunto, como había llevado á buen término tantos otros.

Al día siguiente, el frívolo Mauricio, que ¡á fe mía! no había dormido mal, preparaba tranquilamente su paleta, esperando al modelo, cuando vió entrar en su estudio á Amadeo Violette.

Desde el primer momento comprendió que el poeta estaba enterado de todo.

– Mauricio, – dijo Amadeo con trémulo acento, – ayer recibí la visita de la señorita Luisa Gerard... Me lo ha dicho todo... ¿Comprendes?... Y vengo á saber si no me he equivocado respecto á ti y si Mauricio Roger es un hombre honrado.

Una llama brilló en los ojos del joven pintor. Pero Amadeo, abatido, con

el semblante lívido y las facciones descompuestas por una noche de insomnio y de lágrimas, daba compasión. Además, era Amadeo, Amadeíto, á quien Mauricio quería sinceramente, hacia el cual experimentaba desde que habían estado juntos en el colegio un afecto tanto más precioso, cuanto que halagaba su vanidad, el afecto indulgente y protector de quien conoce su superioridad.

– ¡Oh!, ¡oh! ¿Te vienes con palabrotas de melodrama?, – dijo dejando la paleta sobre la mesa. – Amadeo, querido amigo, no te conozco; y si tienes que pedir explicaciones á tu antiguo amigo, no debes presentarte de esa manera. Dices que la señorita Gerard se ha confiado á ti: sé cual es tu cariño hacia esas señoras, comprendo tu emoción y encuentro tu intervención legítima. Pero, ya ves que te hablo con calma, amistosamente, apacíguate tú también, y no olvides, no obstante tu interés por esas señoras, que soy tu mejor, tu más querido compañero de infancia y de juventud. Me hallo, ya lo sé, en una grave circunstancia de mi vida. Hablemos, aconséjame; tienes el derecho y el deber de hacerlo, pero sin ese tono de cólera y de amenaza, que te perdono, aunque me aflige, y que me haría dudar, si esto fuera posible, de tus sentimientos hacia mí.

– ¡Eh! Demasiado sabes que te quiero, – contestó el desgraciado Amadeo; – mas ¿para qué necesitas consejos? Tienes la franqueza de no negar nada, convienes en que es verdad que has seducido á una joven; ¿pues por ventura tu conciencia no te dicta lo que te falta hacer?

– ¿Casarme con ella? Sin duda, tal es mi intención. Pero, Amadeo, tú no piensas en mi madre. Este matrimonio va á desesperarla, destruyendo todas sus ambiciones, todas sus esperanzas... ¡Oh! Confío en persuadirla para que consienta en este enlace, pero me hace falta tiempo para conseguirlo... Más tarde... tal vez pronto... no digo que no... si la criatura vive...



Esta frase arrancada por el cinismo, que constituye el fondo de todos los egoístas, hizo que Amadeo volviera á encolerizarse.

– ¿Tu madre?, – exclamó. – Tu madre es viuda de un oficial francés muerto delante del enemigo; y estoy seguro de que es entendida en materia de honor y de deber. Háblale, dile que has deshonrado á una desdichada niña que se halla encinta por tu causa. Tu madre te aconsejará que te cases con ella: es más, te lo mandará.

El argumento era vivo y directo, é hizo impresión en Mauricio; pero el tono violento de su amigo comenzaba á irritarle.

– Amadeo, procedes mal, te lo repito, – respondió alzando la voz. – No tienes derecho á prejuzgar la opinión de mi madre, y yo no recibo órdenes de nadie. Después de todo, nada te autoriza á dármelas, y no es razón el que hayas estado enamorado de María para que...

Un grito furioso le interrumpió. Amadeo, con ojos de loco y apretando los puños, adelantó dos pasos hacia Mauricio, y hablándole desde muy cerca con acento desgarrador:

– Pues bien, sí, – dijo, – la amaba y deseaba hacerla mi mujer. Y tú que ya no la amas, tú que la has tomado por capricho, para divertirte, como tomas á todas, has destruído mis ilusiones del porvenir. En fin, ella te ha preferido, y has de saber, Mauricio, que soy demasiado orgulloso para quejarme y demasiado justo para guardarte rencor. Te juro por mi honor que sólo estoy aquí para impedirte que cometas una infamia. Si me rechazas, nuestra amistad se despedazará para siempre, y no quiero pensar en lo que pasará entre ambos; pero será terrible... ¡Ay! Hago mal, no te hablo como debo... Mauricio, aún es tiempo, escucha sólo á tu corazón, que sé que es generoso y bueno. Has abusado de una niña inocente, y sumido en la desesperación á una digna y pobre familia. Puedes reparar el mal que has causado: tú lo querrás, tú lo quieres. Te lo suplico: hazlo por tu propia estimación, por respeto al nombre que llevas. Pórtate como hombre noble y honrado. Da á esa joven, que no ha cometido más falta que haberte amado demasiado, á la madre del niño que va á nacer, tu nombre, tu corazón y tu amor. Serás dichoso con ella y por ella, te lo aseguro,... y yo no tendré envidia de tu dicha; antes al contrario, será grande mi satisfacción por haber vuelto á encontrar á mi amigo, á mi leal Mauricio, y poder todavía amarle y admirarle como en otro tiempo.

Conmovido por estas calurosas palabras, cansado de discusión y de lucha, el pintor, volviendo la cabeza, alargó una mano á su amigo, que la estrechó entre las suyas. De pronto miró á Amadeo, vió sus ojos llenos de lágrimas; y un poco por enternecimiento y mucho por falta de voluntad, por pereza moral, por acabar, profirió estas palabras:

– Tienes razón... después de todo... Arreglemos en seguida este asunto... ¿Qué quieres que haga?

¡Ah! ¡Qué abrazo le dió Amadeo!

– ¡Mi bueno, mi querido Mauricio!... ¡Pronto!, vístete, corramos á casa de esas señoras, ven á abrazar y á consolar á la pobre niña... ¡Ah! Bien sabía yo que me comprenderías, y que tu corazón respondería á mis ruegos... ¡Cuán felices van á ser esas pobres mujeres! Dime, mi antiguo compañero, ¿verdad que es bueno cumplir con un deber?

¡Ah! Sí, Mauricio sentía ahora el placer que este cumplimiento proporciona.

Enardecido, arrastrado por su amigo, se apresuraba á realizar la buena acción que le indicaba, como si fuera á una partida de recreo, y al cambiarse la chaqueta para salir á la calle, decía con entusiasmo á Amadeo:

– Después de todo, mi madre no puede menos de aprobar mi conducta. Además, hace cuanto quiero, y estoy seguro de que acabará por adorar á mi pobre María... Es igual... no hay medio de resistirte, Violette, eres una dulce y persuasiva violeta... Vamos, ya estoy listo... un pañuelo, el sombrero... ¡Andando!

(Continuará)

NUESTROS GRABADOS

LAS MANIOBRAS MILITARES DE CALAF

Que las maniobras militares son no sólo convenientes, sino de todo punto necesarias para la instrucción y buena organización de los ejércitos y para acostumbrar en tiempo de paz á las tropas á las prácticas y fatigas propias de la guerra, es verdad tan inconcusa, que desde tiempos inmemoriales ha venido siendo axiomático el principio *si vis pacem para bellum*; que esta necesidad se deja sentir igualmente imperiosa, tanto en los Estados obligados por permanentes razones de política internacional á estar constantemente apercibidos á la lucha, como en los que si por sus condiciones especiales pueden considerarse libres de tal contingencia, no deben, por otra parte, olvidar las precauciones que se imponen para su defensa contra cualquiera agresión del exterior y aun contra cualquier enemigo interior, es verdad no menos palmaria que aquélla, sobre todo en una nación como la nuestra, en donde en menos de medio siglo hemos visto consumir nuestras fuerzas y malgastar nuestras actividades en horribles cuanto vergonzosas luchas fratricidas.

Merece, pues, en nuestro concepto, ser ensalzada toda tentativa que se haga para seguir el ejemplo que en este punto nos dan las demás potencias europeas, y no hemos de escasear en este sentido nuestros aplausos al general que ha tomado la iniciativa en este asunto. Pero entendemos también que no debe darse á las maniobras recientemente practicadas en Calaf más alcance ni más importancia de las que en realidad tienen; es decir, creemos que todo lo que no sea considerarlas como ensayo, aunque laudable, modesto, es quitarles su verdadera significación, y estimamos que presentarlas como suceso de extraordinarias proporciones, exagerar las alabanzas por lo que ahora se ha hecho, antes perjudica que favorece á los mismos á quienes los elogios se dirigen.

La índole especial de nuestra publicación nos veda extendernos en ulteriores consideraciones. Dejando, por consiguiente, este terreno, vamos á describir á grandes rasgos lo que han sido las maniobras practicadas desde los días 21 á 25 de octubre último en los alrededores de Calaf.

La villa de este nombre está situada en la comarca de la Segarra, en el centro de Cataluña, y de su importancia estratégica son buena prueba los muchos hechos de armas de que su territorio ha sido teatro en las diversas guerras sostenidas en nuestro principado.

Las fuerzas que tomaron parte en las maniobras fueron: los regimientos de infantería de Almansa, Guipúzcoa, Asia, Luchana, Navarra, Albuera y un batallón de los de Aragón y San Quintín; los batallones de cazadores de Figueras y Alfonso XII; del arma de caballería los regimientos de lanceros de Borbón y del Príncipe y los de cazadores de Alcántara y de Tetuán y dos escuadrones del de Mallorca; de artillería cuatro baterías del primer regimiento de artillería de montaña y el 4.º regimiento divisionario, y el regimiento de zapadores minadores.

Estas fuerzas se descomponían del modo siguiente: 9 generales, 73 jefes, 497 oficiales, 7.801 individuos de tropa, 1.620 caballos, 319 mulos, 28 piezas de artillería, 15 carros de sección y 3 carros catalanes. De ellas, unas acamparon en los cuatro campamentos de San Fernando, Alfonso XII, Alfonso XIII y Reina Regente, levantados en las cercanías de Calaf, y otras se alojaron en este pueblo y en los de Prats de Rey, Forteza, Aleny, San Pasalás, Sa Llavinera y San Pedro. El número de tiendas de campaña que se instalaron fué de 327, entre ellas 16 para el cuartel general.

Reunidas todas las fuerzas en el terreno de maniobras, comenzaron el día 21 los ejercicios parciales, que se repitieron en los días 22 y 23, y el día 24 se verificó el simulacro de combate entre las brigadas La Cerda y Denis, preparatorio del ataque general que debía tener lugar al día siguiente.

Inicióse éste á las diez y media de la mañana, comenzando por algunas escaramuzas entre las dos vanguardias, hasta que retiradas las tropas de defensa ante la superioridad del número de las de ataque, entró en juego la caballería atacante, que repelida por los fuegos de las baterías y por los escuadrones de defensa, hubo de emprender la retirada, dándose con este motivo brillantes cargas. Entonces las piezas del divisionario rompieron el fuego contra la extrema izquierda de la línea de defensa, en tanto que otras baterías batían las fortificaciones de la derecha y que las brigadas primera y cuarta de infantería atacaban las posiciones de Puig Maya y Aleny respectivamente, que se defendieron muy bien. En aquel mismo momento generalizóse el combate, porque las brigadas segunda y tercera, después de una brillante carga de caballería, desplegaron sus líneas de tiradores. Retiradas las tropas que defendían el lado derecho, trabóse con ardor el combate en el izquierdo, avanzando cada vez más los ataques y retirándose las tropas de defensa hasta concentrarse la acción en una hondonada que forma el terreno entre Sa Llavinera y Forteza. El radio de acción de la defensa fué acortándose hasta concentrarse todas las fuerzas en el reducto central de Forteza, al cual convergieron desde aquel instante los fuegos de las cuatro brigadas y de las baterías de ataque; cuando las tropas se batían casi á quemarropa, el general en jefe, que durante la batalla había recorrido casi toda la línea, dió orden *de alto el fuego*, con lo que cesó el combate, dándose por tomada la línea de defensa, que había sido el objetivo de la lucha.

El resultado de las maniobras ha sido por todo extremo satisfactorio: en ellas se han puesto de relieve una vez más las excelentes condiciones de nuestro ejército, por todos reconocidas y por propios y extraños admiradas. Jefes, oficiales y soldados, todos han rivalizado para el mejor éxito de este primer ensayo, dando pruebas los unos de su inteligencia y los otros de su marcialidad, de su instrucción, de su disciplina y sobre todo de esa virtud especial que ha valido á nuestros soldados el honroso título de ser los más sobrios y sufridos del mundo. El soldado español resiste como ninguno, y cuando llegan las horas del reposo, todavía sabe robar al descanso espacio suficiente para alegrar el aire con los rasgueos de la guitarra y con cantos populares, que trayendo á su memoria el recuerdo del lejano hogar parecen infundirle nuevos bríos para sobrellevar nuevas fatigas.

Por esto en los campamentos de Calaf, como sucedía en los campamentos levantados en tiempos de guerra de triste recordación, al cesar el estrépito de los cañones y de los fusiles sonaban por todos lados los animados acordes de la jota, las plañideras notas de la muñeira, las dulces melodías de las malagueñas y los sentidos acentos de nuestras sardanas, confundiéndose todos esos armoniosos cantos en un himno á la patria grandioso, conmovedor, entonado por aquellos que encargados de defender su honra están siempre dispuestos á derramar por ella hasta la última gota de sangre.

Los dibujos que en el presente número publicamos son debidos al excelente lápiz del distinguido artista Sr. Vázquez y están tomados de las fotografías de los señores Areñas, Esplugas y Puiggarí, que nos han autorizado para reproducirlas, y á los cuales damos por ello nuestras más expresivas gracias.














EL PRIMER HECHO DE ARMAS, por A. Pons

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustracion Artística

Año IX — BARCELONA 17 DE NOVIEMBRE DE 1890 — Núm. 464

Con el presente número 464 se reparte el tomo **VIAJE POR EL NILO**, segundo de la nueva serie de la Biblioteca Universal. El suscriptor á cuyas manos no llegase deberá reclamarlo al respectivo corresponsal ó repartidor.



ALFREDO TENNYSON, eminente poeta inglés

Grabado de T. Johnson

SUMARIO

RÉPLICA ARTÍSTICA AL Sr. CASTELAR

(Conclusión)

No me detendré en otros, de grande y positivo mérito, por más que se llamen Cano, Zurbarán, Morales, Herrera, Pacheco, Céspedes, Antolínez, Ribalta, Cerezo, Navarrete, Mazo, Tristán, Pantoja y otros muchos, porque el excesivo número dificulta y haría pesado el particular análisis, del cual podrían resultar decepciones poco gratas para los ligeros ilusionistas. Dejando de citar á Ribera, aunque nuestro, por haber fijado su residencia en Nápoles erigiéndose en jefe de aquella escuela, y premuerto á Velázquez; pero ni el discípulo de D. Diego, D. Juan Carreño de Miranda, ni sus coetáneos Rizi y Coello pudieron continuar sosteniendo el esplendor de nuestra escuela española, y extinguióse aquel brillo, y hubo de recurrirse á artistas extranjeros, entre otros á Lucas Jordán ó Giordano, y más recientemente á D. Antonio Rafael Mengs, cuando Carlos III intentó la regeneración del arte con mejor deseo que feliz resultado.

De Velázquez acá, ó hasta principios de este siglo, durante el espacio de unos ciento cincuenta años, ¿qué genialidad y espontaneidad artística ha brotado entre nosotros? ¿Qué maestro genial y espontáneo ha merecido legítimamente este honroso título? ¿Qué contingente de artistas pintores podemos presentar?

¡Sólo uno! Yo no veo á otro más que el indómito, el fogoso, el verdaderamente genial y espontáneo aragonés D. Francisco Goya y Lucientes, el cual, sacudiendo todo freno, traba, precepto y tradición de escuela, y afirmándose en las reglas del arte, y sujetándose al ideal de la belleza, que sentía de un modo distinto; guiándose por su genio, talento y estudio; tratando con igual facilidad y acierto lo mismo los asuntos religiosos que los históricos, lo sagrado que lo profano, las costumbres que el retrato, el capricho que la caricatura; colocándose frente á frente de la escuela académica y del estilo de su amigo y coetáneo David, presentándoles batalla con armas de buena ley, y desarrollando toda la fuerza de su temperamento naturalista, venció, y dejó afirmada la base del carácter que los mismos franceses adoptaron luego, abandonando en parte á su maestro y corifeo, siguiendo á Goya, acentuándose más y más de cada día en la exageración del *realismo*, sin que tal probablemente fuese el propósito del maestro aragonés. Hecho que no puede negarse, sanción perenne del triunfo del artista Goya, gloria grande haber trazado un rumbo al arte, y verlo seguido de más ó menos cerca por casi la totalidad de los pintores en todo el mundo.

A causa de perturbaciones graves en nuestra nación, y durante todo lo que va transcurrido de siglo, de olvidos en la enseñanza, de vicios de escuela, de malos ejemplos en la educación y amor al arte, de falta de verdadera protección y bien entendido estímulo,... no se siguió ni el rumbo señalado por Goya, ni el seguido por nuestros buenos artistas antiguos, ni el impulso dado al arte en las demás naciones; mientras en ellas adoptaban lo nuestro, para devolverlo servido en vajilla extranjera, y nos pareciese más sabroso, nos satisfacíamos en bravatear recuerdos gloriosos evaporando vitales fuerzas. Los artistas apenas pudieron contar más que con sus propias fuerzas y recursos, y unas y otros se agotaban, quedando rezagados; y cuando empezó á fijarse la atención en tan importante asunto, permitiéndolo períodos más aparentemente tranquilos, aunque en otro orden de ideas absorbentes no menos agitados, aunque no hubiese necesidad de empezar por crearlo y hacerlo todo, que algo había aprovechable, no fué posible alcanzar á los demás, y se hubo de seguir de nuevo, atraídos y llevados por él, otra vez el impulso extraño.

Brotaron los destellos del genio de Eduardo Rosales, casi sin protección, y discutido, casi negado su mérito,... no arrebatado, porque los esfuerzos fueron impotentes para tamaña injusticia,... y por desgracia apagados á sus primeros brillos, y cuando su sentimiento, talento y estudio hacían esperar mayores resplandores.

Brotaron las obras del genial Mariano Fortuny, cuyo peligroso estilo, por ser tan conocido y gozar de universal renombre, no calificaré; pero muere ese notable artista casi repentinamente, cuando se esperaba en su promesa y buen deseo algo más nuevo todavía, más sólido y de carácter distinto.

En el arte pictórico, todo lo demás que tenemos, por más que entre sus producciones se ofrezcan algunas muy notables y muchas muy recomendables, no como espontáneo y genial, no como de estilo propio y carácter especial se ofrece al examen; y no es eso lo que se requiere para presentarnos bien prevenidos en esas luchas internacionales de las artes de la paz, ni á la defensa en nuestras exhibiciones regionales ó locales.

¡Cómo no hallar, repito, los que aun sueñan en las *escuelas nacionales*, que fueron, cómo no hallar por inevitable resultado en el arte nuestro el sello del cosmopolitismo, impresionándonos por lo extraño, imitando lo extraño, viviendo la vida intelectual y de sentimiento con alimento extraño, y buscando los artistas, por precisión, en centros extraños los elementos que no encuentran en nuestra patria, la atmósfera de que carecen en sus regiones y lo indispensable en sus localidades! Y en esta completa carencia de elementos, de atmósfera, de indispensabilidades, puede figurar como suma y conjunto la falta general de educación artística, ó los resabios de la mala educación, que es peor cosa, y consecuentemente el desconocimiento del valor y la importancia transcendental del arte de lo bello en sus variadas manifestaciones y aplicaciones. Eso produce la indiferencia artística, y de ésta nace el asfixiante vacío, cegando á la vez un inagotable manantial de riqueza para los pueblos y la nación.

Yo aplaudo y admiro á esa juventud y á esa pléyade de artistas, que luchando con tantas dificultades y carencias y faltos de protección se empeñan y continúan luchando y produciendo obras de arte de mérito notable, y cuyo genio y talento y estudio quizá realizarían obras de mayor importancia, de primer orden, á contar con otros medios y con otro género de seguridades, y con estimulada lucha, pura y exclusivamente artística

Dando fin á esta *Réplica artística* (dejando para otra ocasión abundante materia), yo creo que el señor Castelar, con su clarísima y elevada inteligencia, con su delicado y fino sentimiento artístico, con su posición y medios para hacer resonar su voz y ser escuchado y atendido, no debiera emplearla en esas frases de relumbrón, derrochando y despilfarrando sólidos conceptos revueltos con otros ilusorios, los cuales en vez de conducir al esclarecimiento de la verdad, la extravían y se convierten en puntos de partida para correr por las sendas de los errores; en vez de entregarse á esa historia ficticia é ilusionista, debiera verla tal cual es, no sembrando nieblas para recoger obscuridades. Y colocándose en firme, decir que en esta nación, en la que las predisposiciones de sus naturales para las Bellas Artes son excelentes, con menos esfuerzos y dispendios que en otras, podrían obtenerse grandes y quizá mayores resultados Que no es verdadera ni bien entendida protección á los artistas, ni fomento al arte, dispensarla á gran precio, aunque la merezcan, á unos pocos privilegiados en un solo centro, y concentrar en él la instrucción, la enseñanza, la educación y todos los medios de ejemplo y estímulo, limitándolo, dificultándolo y negándolo á otros; que la exuberancia de vida intelectual y de sentimiento de un estado, aglomerándose en su centro puede ser efímera y por su desequilibrio hasta mortal, como lo es el exceso de aglomeración de sangre en el corazón ó en la cabeza; porque una nación es exactamente parecida á la estructura del organismo humano; no es bastante para su vida ni ésta se comprendería con un corazón ó un cerebro, sino que necesita toda su armoniosa combinación, sus extremidades para su movimiento y vida, afluyendo la sangre al corazón y refluyendo de él; llevando de igual modo desde el centro á ellas y de éstas al centro su fuerza:... lo que la sangre representa en la vida del ser, lo representa en la nación la savia intelectual, científica y artística. Desde el punto de vista de lo que se trata, creando, fomentando y protegiendo Academias, y Escuelas de Bellas Artes, y de Artes y Oficios, Conservatorios de Música y Declamación, Centros de Literatura y Buenas Letras, Bibliotecas, Museos de Arte, Arqueológicos y de Industria suntuaria, publicaciones de obras importantes encaminadas á ese fin, exposiciones, concursos, certámenes, cuyos premios principales consistiesen en la compra ó remuneración de las obras de mérito real y positivo, librándolas de pandillajes y padrinazgos, camarillas, ingerencias é influencias relacionadas con miserias y pequeñeces que nunca deben alcanzar á las Bellas Artes, y que cual activo veneno las mata; menos ampulosos preámbulos, menos imprácticos artículos encomiásticos, menos jefes de oficina y más jefes de taller, menos bordados uniformes y más blusas trabajadoras, más obras de arte y de industria y menos saturación de tinta de imprenta...

Si el Sr. Castelar se hubiese colocado en tal orden de ideas, y en este sentido hiciese resonar su autorizada voz, ó con la pluma las repitiese cuantas veces fuese necesario,... que son muchas, el Sr. Castelar podría producir un mágico efecto y un gran bien.

Juan O. Neille

SECCIÓN AMERICANA

ARQUEOLOGIA MEXICANA

EL MONUMENTO DE LA DIOSA DEL AGUA

La estatua colosal de que vamos á ocuparnos y que es muy conocida de los arqueólogos, tiene su origen en la noche de los tiempos. Durante muchos años la *Diosa del agua* permaneció oculta en uno de los montículos que se alzan al Noroeste de la gran plaza situada al pie de la pirámide de la *Luna*, á 500 metros del límite meridional de la base de esta misma pirámide: allí permanecía con la faz vuelta á la tierra.

M. Mayer, en un opúsculo que escribió sobre México, habla de las antigüedades de Teotihuacán, y representa esta estatua con la cara tocando al suelo, pues así estaba cuando este autor trazó su dibujo. En 1865, cuando Maximiliano visitó las pirámides y las ruinas de San Juan de Teotihuacán, interesóse en gran manera por la *Diosa del agua*, y no satisfecho del nombre de *mesa* con que los indígenas designaban este monumento, nombró una comisión científica de ingenieros, encargada de levantar la piedra, y puso á sus órdenes una compañía de zuavos franceses que secundara sus trabajos. De la posición horizontal que ocupaba, la piedra fué colocada en posición vertical, y este cambio permitió ver que la cara interna, hasta entonces oculta, estaba esculpida y representaba un rostro de mujer. La comisión dió cuenta de su cometido al emperador, el cual dió orden de que el enorme monolito fuese transportado á México, para lo que se necesitaba hacer un gasto de 40.000 pesetas, sin contar los pelotones de soldados que el transporte hacía indispensables, y cuya misión había de consistir en practicar las convenientes excavaciones y abrir el camino que debía recorrer el monumento. Este proyecto no pudo realizarse por causa de los sucesos que se desarrollaron á la sazón en aquel imperio.

Desde aquella época la piedra fué abandonada y punto menos que olvidada; los naturales de aquellos lugares, sea por el respeto supersticioso que todavía profesan á sus antiguos ídolos, sea por el firme deseo de no desprenderse de la *piedra*, que á sus ojos representaba una tradición, concibieron el plan de volver á derribarla colocándola en su posición primitiva; pero no pudiendo lograr su intento, trataron de sepultarla debajo de tierra, piedras y barro No les salió mejor esta tentativa que la anterior, y sólo consiguieron cubrir la estatua de piedra y de guijarros en su longitud, dejando, sin embargo, en descubierto la cabeza.

Así quedó la cosa durante muchos años, hasta que en agosto de 1889, por iniciativa mía y del coronel Rafael Echerrique, y con autorización del general Porfirio Díaz, presidente de la República, que siempre ha demostrado muy buena voluntad para asegurar el éxito de la empresa, y gracias también al apoyo del ministro de Instrucción pública el señor licenciado D. Joaquín Barranda, tomé las oportunas medidas para llevar á cabo el transporte del monumento.

Este monumento es, á mi entender, la representa-



Fig. 1. – El monumento de la *Diosa del agua*, de Teotihuacán (México), recientemente transportado al Museo de México

ción auténtica de la escultura más arcaica de los *toltecas* en el continente americano, y representa la imagen de *Chalchuitlicue* ó *Diosa del agua*. La diosa lleva el collar, conserva el sitio ocupado por la medalla de que nos habla Sagahún en la descripción de esta divinidad, y ostenta la saya y el *huipil*, que constituyen su traje; á sus pies están las cañas que menciona Baturini en la descripción que nos hace de este ídolo, y parece tener en el mismo sitio el *apantle*, que es la característica especial del signo jerolífico *Atl*.

El monumento forma un paralelepípedo rectángulo; su altura es de 3'17 metros, su mayor ancho de 1'69 y de 1'52 su anchura menor; la roca de que está hecho es de pórfido basáltico, y su peso total es de 22.000 kilogramos. Para colocarlo en la sala de los monolitos del Museo Nacional de México se construyó un pedestal á propósito.



Fig. 2. – El monumento de la *Diosa del agua* colocado en el carro de transporte

Para los trabajos necesarios al transporte del monumento, tuve á mi disposición la 4.ª compañía del primer batallón de artillería, al mando del capitán D. Florencio Aguilar.

Los artilleros comenzaron por quitar las piedras y los guijarros y desembarazar la estatua de la tierra y escorias que la cubrían, operación que á pesar de las dificultades que ofrecía, fué ejecutada en cuatro días. Cuando la *Diosa del agua* quedó así desenterrada (fig. 1), ocupéme, con ayuda de los oficiales de artillería, en trazar y abrir el camino por donde debía el monumento ser transportado, y cuya longitud total fué de 7.600 metros, quedando terminado á mediados de noviembre, lo propio que el puente que hube de construir sobre el barranco que se encuentra á la entrada de la aldea de San Juan de Teotihuacán.

El día 16 de noviembre procedí á la maniobra de colocar la estatua en posición horizontal, maniobra difícil á causa de las grietas que presentaba la piedra y para la cual empleamos cinco horas.

Una vez la estatua puesta horizontalmente, izámosla debajo de un carro, suspendiéndola por medio de seis grandes cadenas y sujetándola por su parte inferior, como indica la fig. 2

El día 2 de diciembre la operación de carga quedaba terminada, y el carro pudo ponerse en marcha tirado por 46 mulos, á pesar de lo cual en muchas ocasiones hubieron de tenderse rieles en el suelo.

Al llegar el monolito delante del río de San Juan de Teotihuacán, pregunté al ministerio de Obras públicas si el puente podría resistir el peso de aquella mole de piedra. La respuesta del ministerio fué negativa; la sección de puentes y calzadas nos manifestó que los arcos no resistirían una carga mayor de ocho toneladas y que el puente se vendría abajo.

Vencí este obstáculo construyendo planos inclinados en cada una de las dos orillas del río, dando al descenso una pendiente de 12 por 100, y de 3 por 100 á la dirección por donde el monumento, colocado en una balsa, debía ganar la ribera opuesta. Esta balsa estaba construída con traviesas, sobre las cuales se colocaron rieles engrasados, y el monolito pudo deslizarse y llegar á la otra margen sin el menor accidente. Esta operación duró un día y medio, y vencido aquel obstáculo, el ídolo prosiguió su marcha y llegó felizmente á la estación de embarque el 28 de febrero.

El 1.° de marzo se procedió á la maniobra de izar el monolito sobre una plataforma *ad hoc*, empleando para ello un plano inclinado, y en la noche de aquel mismo día quedaba el monumento instalado en el nuevo carro que debía transportarlo y que se puso en marcha el día 2, á las once de la mañana, en dirección á la capital, llegando á la una á México con la diosa, la compañía de soldados y los útiles del trabajo. Para efectuar el desembarque se apeló al mismo método que se había utilizado para izarla sobre una plataforma en Teotihuacán, y finalmente el 17 de marzo pudimos encaminarnos al Museo Nacional de México, adonde llegó la *Diosa del agua* el día 9 de abril.

Leopoldo Batres
Conservador de los monumentos arqueológicos de la República Mexicana

NOTICIAS AMERICANAS

Los negros de América. – La Convención constitucional del Mississipí ha introducido en la nueva Constitución del Estado el siguiente artículo: «Para ser lector es preciso saber leer el texto de la Constitución del Estado, ó poderlo comprender oyéndolo leer á otro y dar de él una explicación suficiente.»

Desde el momento en que se toma por base del derecho electoral la instrucción, el poder pasará legalmente de la mayoría negra á la minoría blanca.

Este texto permite una gran latitud para una apreciación arbitraria del grado de instrucción de los electores, porque no ha de serles difícil á los blancos hacer ver á los negros que sus comentarios de la Constitución son insuficientes.

Ya la prensa americana indica esta innovación como un medio de resolver la cuestión de los negros, que de día en día se agrava, y es muy posible que aquel artículo sea introducido en las constituciones de todos los antiguos Estados de esclavos.



Fig. 3. - Transporte del monumento. (De fotografías del Sr. D Leopoldo Batres.)

Inmigración en los Estados Unidos. – La Memoria del comisario del comercio exterior y de inmigración correspondiente al mes de agosto llama la atención sobre el cambio que de muchos años á esta parte se produce en la inmigración de los Estados Unidos: algunos países europeos que hace veinte años no proporcionaban á la misma el menor contingente son hoy los que lo dan mayor. Las naciones que desde un principio contribuían mucho á ella no han variado. La inmigración de Inglaterra se mantiene igual desde hace mucho tiempo; la de Irlanda, antes igual á la mitad de todo el contingente europeo, ha disminuído en un 10 por 100 y disminuye regularmente, y la de Alemania sigue siendo considerable.

Los pueblos germánicos contribuyen á la inmigración en un 56 por 100, la raza céltica en un 12, los eslavos en un 18 y los latinos en un 16.

Antes, á excepción de algunos franceses, ni los eslavos ni los latinos se establecían en los Estados Unidos.

En agosto de 1890 el número de inmigrados bohemios ha sido cuádruple que en igual mes de 1889; el de húngaros ha aumentado en un 50, el de italianos en un 150, el de polacos en 350 y el de rusos en un 50 por 100.

A propósito de la emigración en los Estados Unidos, el padre Hamón acaba de publicar un notable artículo, en que estudia desde el punto de vista de los intereses católicos la influencia de la emigración canadense á Nueva Inglaterra, de la que no pueden ya prescindir los capitalistas americanos sin encontrarse frente á frente de una completa ruina, puesto que los 400.000 cultivadores canadenses convertidos en obreros de las fábricas del Este representan la mayor parte del trabajo en esos territorios. Estos emigrantes llevan edificadas en veinte años 120 iglesias ó capillas servidas por sacerdotes canadenses y 50 grandes conventos en donde se educan más de 30.000 niños, y estos datos bastan para demostrar con cuánta razón dice el padre Hamón que el contingente que esta emigración proporciona á la Iglesia católica será pronto bastante considerable para merecer el respeto de los católicos americanos de otras nacionalidades.

BOCETOS MARÍTIMOS

LO PASADO Y EL PORVENIR

Una de las ficciones que más gusto han dado á los señores habitantes del planeta este en que tenemos la inmerecida honra de vivir, es la que llaman *tiempo presente*, y tales prosélitos ha hecho y tantos, que muchísima gente cree que el presente existe y que es algo tangible y manejable, sin que basten para sacarla de su error las mil pruebas negativas que á diario se pueden observar, tan inesperadas como irremediables, es decir, sin que antes del «momento dado,» del presente, se las haya previsto, sin que en el tal momento pueda uno enterarse casi de ellas, y sin que luego quepa otra cosa que lamentar sus efectos; bien es verdad que las ciencias matemáticas, ese colmo de la exactitud, se basan sobre el punto y la línea, que son otras dos ficciones, pues ni al punto matemático es posible verlo ni tocarlo, ni nadie puede, por consiguiente, tirar una línea matemática, que es, en puridad, una sucesión de esos puntos ideales

Por eso, yo que pretendo hablar en este artículo de lo que la Marina fué y de lo que será probablemente, voy á decir muy poco de lo que es en la actualidad, tanto porque la actualidad es un mito, cuanto porque, aun concediendo que existiese de veras, resulta lo que estamos viendo tan inconexo y tan anómalo, tan en pugna lo que se hizo ayer ó esta mañana con lo que se proyecta para esta tarde, que ni es posible encontrarle atadero, ni podríamos sacarle punta á la relación y fijarla de algún modo: lo pasado escrito está en su mayor parte, y á la disposición de todos; lo futuro vendrá, mal que nos pese, y en un momento se convertirá en pretérito, como las flores se convierten en estiércol; á nadie le está prohibido hacer calendarios, y yo, aprovechando esa libertad, voy á ocupar mi inteligencia un rato en hacerlos á beneficio de la marina del porvenir, y ahí me las den todas; pero conviniendo, antes de resucitar el pasado y evocar el porvenir, en que el presente no existe, como tiempo útil al menos, sino cuando más haciendo los oficios de una cama en la que se reposa de las luchas y de los descalabros sufridos, tomando fuerzas para nuevas y próximas tentativas.

El presente es tiempo muerto en la marina. Surge primero la competencia entre la coraza y el cañón, y sería el cuento de nunca acabar dar cuenta ahora de las fases infinitas que ha presentado, de los cuartos *no menos infinitos* que ha hecho gastar y de las dudas sin fin, un golfo de confusiones, en que todavía viven con respecto á ese punto los industriales artilleros y los industriales coraceros; todos quieren y creen tener razón. A la coraza de hierro sustituye la de acero, á ésta la de ambos metales *(compound)*; la de acero endurecido, mezclándolo con cromo y otros materiales ó fabricándolo por procedimientos especiales, viene después, y la acompañan la celulosa y otras substancias obturadoras de los chirlos: con estas idas y venidas aumentan y disminuyen los espesores, la extensión y la aplicación de las corazas; unos buques van cubiertos de hierro de popa á proa con un caparazón como los que llevaban los caballos de Carlos I; otros solamente lo llevan sobre los órganos vitales más expuestos, calderas, pañoles de municiones y otros, como los picadores de toros llevan la mona en la pierna derecha; éstos se ciñen con una estrecha faja de acero, y de acero y convexa llevan la cubierta primera ó exterior, como los individuos del escuadrón de escolta real usan para campaña peto y casco; aquéllos, los torpederos de alta mar y los cazatorpederos, no quieren coraza alguna y fían todos sus éxitos á la velocidad en el ataque y á la rapidez de los movimientos, como nuestros cazadores, ó los zuavos franceses, ó las tropas alpinas en Italia, y todo esto «á escape y al vuelo,» como el poemita de Zorrilla; no bien se inventa una cosa cuando ya está desechada; junto á una ventaja hay cien inconvenientes y viceversa, sin que á la postre sepa nadie con fijeza qué debe subsistir y qué es lo que huelga.

Con el cañón sucede dos cuartos de lo mismo: vienen los de retrocarga con las luchas homéricas é intestinas de la cuña (Krupp) y del tornillo (Armstrong), y se vuelve á los que se cargan por la boca para preterirlos luego; se llega al cañón de 120 toneladas, cada uno de cuyos disparos es un terremoto por el estruendo y por lo costoso, para caer en la cuenta de que hacen el mismo papel, ó que lo deshacen, mejor dicho, que es á lo que estamos, los de 75, porque ganan en rapidez de tiro lo que pierden en fuerza; salteado todo eso con ametralladoras, cañones revólver y cañones de tiro rápido de diferentes calibres hasta los de 16 centímetros, en que estamos hoy, que hacen cinco disparos por minuto lanzando granadas de 56 kilogramos con 10 de pólvora y más de 500 metros de velocidad inicial; entretejido con la cuestión de las pólvoras que, desde negras como el carbón y humeantes que eran, se nos presentan pardas y después de color de chocolate, y ahora blancas y sin humo para mayor claridad; entreverado con el problema repleto de incógnitas que se refiere á los proyectiles, troncocónicos, ojivales, perforantes, de rotura, con pólvora, dinamita ó melinita, según el contenido; de choque ó de tiempos, según la espoleta; y entrelazado, por último, con el nudo gordiano de los montajes, que cada día sale uno *ú* dos, con sus peines, correderas, frenos de contravástago central, muelles Belleville, líquidos, etcétera, y la mar..., la mar con sus arenas, pero éstas las dejaremos quietas por ahora.

Y en otros muchos aspectos del presente marítimo sucede algo análogo á lo expuesto; la manoseada tela de Penélope es tortas y pan pintado si se la compara con el continuo tejer y destejer que nos rodea: el torpedero ha de ser muy pequeño, dicen, para poder llegar hasta el costado formidable del imponente acorazado enemigo, sin que desde su bordo lo vean y destruyan; pero va creciendo, creciendo y nos dan como bueno hoy y único el torpedero de alta mar, que es, ni más ni menos, que un crucero protegido ó blindado, aunque los otros más pequeños sirven todavía; el aparejo ya no tiene aplicación y debe suprimirse en absoluto sobre los buques de combate; pero no estaría de sobra un poquito de aparejo, dice otro constructor, y lo pone; las máquinas de triple expansión son el *acabóse* en materia de máquinas marinas de vapor; viene en seguida otro y las hace de cuadruple expansión, y dos, independientes en el mismo buque, desde las hélices á los hornos; mientras que otros, preocupándose por las provisiones y el consumo enormes de carbón que han de hacer los buques modernos, buscan y ensayan un combustible líquido, el petróleo, por ejemplo, y quieren cambiar la forma de los cascos, pretendiendo además instalar á proa y en túneles los órganos propulsores que hoy van á popa y descubiertos. Mientras tanto la electricidad, que es la verdadera tía Javiera y la dueña del porvenir, se cierne en lontananza preñada de promesas, impulsa ya buques, incluso los submarinos ciegos que en todos los países se construyen, y ofrece resolver arduos problemas: desde la visión en esos barcobuzos hasta todos los de fuerza en los demás.

Eso es el presente en la marina, un barullo, una cosa *insaisissable* si es que es cosa; y así como en la vida individual los hechos, en el momento de realizarse, no son más que ejemplos ó escarmientos para lo futuro, pues ellos por sí son relámpagos en el tiempo y átomos en el espacio, así también ocurre en este ramo que estudio: sobre las enseñanzas de un pasado luctuoso, no sobre hechos ú objetos que desaparecieron para siempre, vive el presente inquieto sólo como preparación é impulso para un porvenir, que hallará su punto de partida seguro y fijo cuando algún cataclismo horroroso cubra los mares de despojos sangrientos de entre los cuales pueda escogerse lo mejor, lo que sobreviva y quede en el tremendo choque, ó elegir algo nuevo si no queda nada.

Lo pasado pasó para no volver; se lo llevaron la galera y el navío, esas dos hermosas y curiosísimas fábricas flotantes, tan perfectas, al parecer, y tan acabadas; lo que no naufragó quedando en el fondo obscuro de los mares, la región predilecta del olvido, vive en los museos y en los libros eruditos viejos; apenas se conserva en la práctica nada de ellas, algún nombre, algún derrotero, algún manojo de laureles marchitos, salpicados de manchas rojizas con reflejos de gloria.

La galera, sin embargo, ¡cuánto duró, cuánto hizo! Durante varios siglos fué señora del mar. Cervantes, el maestro de los maestros, que convertía la pluma en buril ó en pincel, ¡cómo la aguza y templa cuando de las galeras trata, en aquella página inmortal del *Quijote* en que nos hace visitar las del Quatralvo conde de Elda fondeadas en Barcelona! Él las conocía bien; en Lepanto, á bordo de la *Marquesa*, en donde mandaba un pelotón de 12 hombres encargado del esquife, «perdió el movimiento de la mano izquierda para gloria de la derecha» y de las letras; así es que el cuadro lleno de realidad en que nos pinta la caza y apresamiento de los corsarios argelinos con la «bella morisca» (cap. LXIII de la segunda parte), no puede ser más viviente, animado por la magia de su portentoso estilo.

Ellas fueron las naves de Lepanto (7 octubre 1571), de la grandiosa batalla en que se decidió la suerte, no de dos pueblos ó de dos dinastías, como en otras, sino de dos civilizaciones. Allí los turcos con 210 galeras y 63 galeotas y fustas *(Rossell)*, con unos 88.000 hombres embarcados, ocupando un frente de acción de 4.300 metros *(general Veroggio)*, presentaron la batalla á la escuadra de la Liga, compuesta de 203 galeras y 6 enormes galeazas, llevando á bordo unos 84.000 hombres *(Girolamo Catena)*, que ocupaba una línea de combate de 3.300 metros; allí, desde las once de la mañana, hora en que empezó la lucha, hasta por la noche, en que cesó *(de la Gravière)*, murieron 7.500 cristianos *(Diedo)*, 2.000 españoles, 800 soldados del papa *(Pío V)* y el resto venecianos, y hubo además 7.784 heridos del mismo campo, mientras que unos 50.000 combatientes musulmanes *(Hadji-Kalifa)* fueron muertos ó hechos prisioneros por los contrarios, pasando en su mayoría *(Conforti)* «á reunirse con su maldito Mahoma.» Si esa atrocidad tan grande no fué una gran batalla naval, yo no sé á qué podrán llamárselo con justicia; pues eso se hacía con galeras, con unos buques que ninguno llegaba á tener el tamaño de uno de los actuales cruceros, llevando á bordo unos 280 combatientes, sin velas casi y fiando su agilidad y su fuerza motriz á los 40 ó 50 remos, á los «pies colorados,» que les llamaba Sancho, de unos 13 metros de longitud cada uno y movido por 5, 6 y hasta 8 hombres, sujetos con cadenas á unos barcos, desnudos completamente, mal comidos, peor bebidos y azotados de continuo, «mosqueadas las espaldas,» por el corbacho del cómitre.

De ellas se componía también la famosa armada Invencible (1588), el *pendant* que por mar hizo Felipe II á su *piramideo* monasterio del Escorial; aquella masa de 132 buques con unas 60.000 toneladas de desplazamiento total, llevando á bordo 32.000 hombres, cuya manutención costaba más de 30.000 ducados diarios, 3.000 cañones, 7.000 mosquetes, 10.000 alabardas y partesanas, 1.200.000 balas, 5.600 quintales de pólvora, 800 mulas para la artillería y seis meses de víveres; la que al pasar por frente de Eddystone, ya en Inglaterra, ocupaba un frente de más de siete millas, presidida por la capitana general, una galera que desplazaba cerca de 1.000 toneladas, como nuestros cruceros *Isla de Cuba* y *Luzón*, y montaba 50 cañones; pues también esa hazaña, que lo es y grande, de transportar tan inmenso material flotante desde Lisboa á las costas de la Mancha, se realizó con y por galeras, las cuales es muy posible que, si en vez de ir mandadas por un duque cualquiera, lo hubieran estado por alguien del oficio, no hubieran dado el triste espectáculo que dieron poco después.

Eso, nada menos, hacían las galeras, y justo es dedicar un tributo de admiración á los hombres aquellos, duros y animosos, que las tripulaban y conducían; verdad es que por entonces se hacía cada

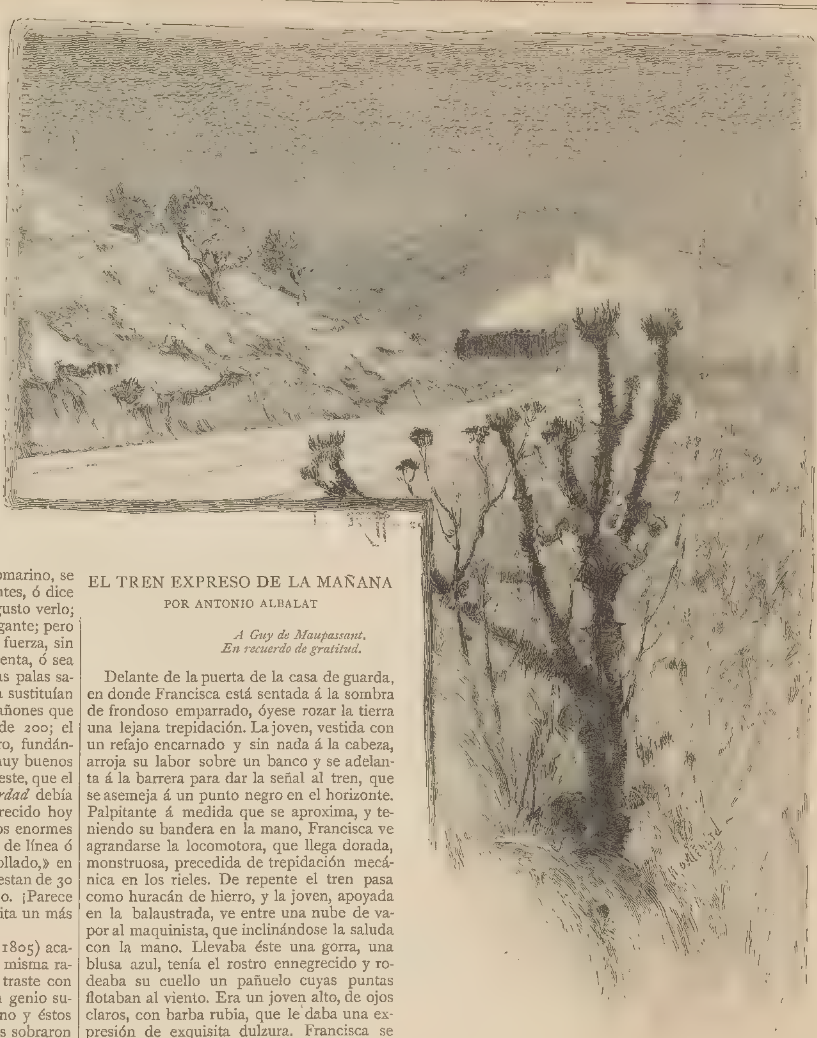
heroicidad en la mar que cantaba el credo, y yo, aun siendo como soy, aunque indigno, un entusiasta modernista, en lo que cabe, no puedo dejar de reconocerlo, alabarlo y propagarlo. Mucho antes, en 1492, se echó á la mar Colón con sus carabelas, que eran unos barquitos de lo peor que darse puede, de 120 á 130 toneladas (120 desplazan nuestros torpederos *Rayo* y *Ariete)* y 50 hombres de tripulación; el 3 de agosto salió de España y el 15 de marzo siguiente ya estaba de vuelta, trayéndose á remolque un nuevo mundo y llenos sus cayucos de «negros y loros,» como dice el cronista. Hasta la hora de ahora ningún acorazado ha hecho ni la octava parte.

Pero los remos estaban «llamados á desaparecer,» y lo hicieron por el foro en «alas del viento,» que traía é imponía los imponentes navíos, esas máquinas de tres puentes y hasta de cuatro, que fueron por mucho tiempo y con perfecto derecho el terror de los mares, siendo tal su superioridad efectiva y reconocida, que hasta los marineros que los tripulaban miraban por encima del hombro, si es que se dignaban mirarlos, á los pobretes tripulantes de las fragatas y de los bergantines; hoy, en cambio, un torpederillo insignificante, y no digo nada del submarino, se atreve con los mayores acorazados existentes, ó dice que se atreve. Era un palacio que daba gusto verlo; la fragata resultaba más gallarda, más elegante; pero el navío era el digno representante de la fuerza, sin dejar por eso de aparecer airoso; la palamenta, ó sea la faja formada por todos los remos, cuyas palas salían del costado y rodeaban á la galera, la sustituían en el navío las bocas de los numerosos cañones que lo artillaban y que en algunos pasaban de 200; el aparejo era también hermoso, y yo aseguro, fundándome para ello en la vista de muchos y muy buenos grabados del siglo pasado y principios de este, que el aspecto de una escuadra de navíos *de verdad* debía ser precioso, muchísimo mejor que el ofrecido hoy por cualquier escuadra compuesta de estos enormes zapatos mochos que se llaman acorazados de línea ó de combate que «llevan el viento en el sollado,» en sus potentes máquinas de vapor, y que cuestan de 30 millones de pesetas para arriba cada uno. ¡Parece mentira que esa cantidad *imaginaria* admita un más allá!

En la batalla de Trafalgar (21 octubre, 1805) acabaron los nuestros, nuestros navíos, por la misma razón, y mejor es no meneallo, que dió al traste con los franceses en Abukir: porque ante un genio sucumben todos los talentos, y aquél es uno y éstos pueden ser mil; á nosotros en Trafalgar nos sobraron héroes y talentos, pero nos faltó un genio capaz de medirse con el que guiaba á los ingleses, con NELSON: Villeneuve, aquel pobre predestinado al suicidio, nuestro aliado y jefe entonces, ya había demostrado en Egipto que no servía ni para descalzarle. En Trafalgar acabaron nuestros navíos, y allí se fué á pique, que es lo mejor que pudo sucederle, nuestro magnífico *Santísima Trinidad*, mandado por *Uriarte*, con sus 136 cañones y todos los filisteos.

Pero el porvenir es nuestro; nadie puede mermarnos la esperanza ni detentarnos el derecho de creer que nuestros futuros transatlánticos, impulsados por motores eléctricos y provistos de medios para sumergirse, dejando pasar sobre ellos los ciclones y sus efectos, disputarán á los ingleses y á los franceses y á todos la primacía en los mares, llevando de un continente á otro las riquezas materiales en forma de mercancías y las intelectuales y vivas en forma de pasajeros: si la fraternidad universal ha de pasar algún día de la categoría de utopía, ha de ser el buque su agente y su lazo de unión, como será su causa probablemente, porque el horror que ha de producir la primera guerra naval que estalle, si la práctica responde á los preparativos, provocará el desarme; y nada será más hermoso y productivo que ver todas las capacidades admirables que hoy se consagran á la navegación guerrera, así en los buques como en los arsenales, dedicadas á fomentar las relaciones y la amistad que deben existir entre las familias dispersas de este mísero género humano, tan combatido ya y tan castigado por enemigos implacables y fatales que no necesitan de la guerra para perseguirle airados con sus eternos *¡vœ victis!*...

FEDERICO MONTALDO



EL TREN EXPRESO DE LA MAÑANA

POR ANTONIO ALBALAT

A Guy de Maupassant.
En recuerdo de gratitud.

Delante de la puerta de la casa de guarda, en donde Francisca está sentada á la sombra de frondoso emparrado, óyese rozar la tierra una lejana trepidación. La joven, vestida con un refajo encarnado y sin nada á la cabeza, arroja su labor sobre un banco y se adelanta á la barrera para dar la señal al tren, que se asemeja á un punto negro en el horizonte. Palpitante á medida que se aproxima, y teniendo su bandera en la mano, Francisca ve agrandarse la locomotora, que llega dorada, monstruosa, precedida de trepidación mecánica en los rieles. De repente el tren pasa como huracán de hierro, y la joven, apoyada en la balaustrada, ve entre una nube de vapor al maquinista, que inclinándose la saluda con la mano. Llevaba éste una gorra, una blusa azul, tenía el rostro ennegrecido y rodeaba su cuello un pañuelo cuyas puntas flotaban al viento. Era un joven alto, de ojos claros, con barba rubia, que le daba una expresión de exquisita dulzura. Francisca se sintió satisfecha de la sonrisa del joven, que desapareció como un relámpago, y que ella creía ver todavía entre las ligeras nubes de humo blanco que huían á lo lejos.

La casita vuelve á tomar su aspecto triste en la soledad del campo, en donde se prolongan hasta perderse de vista los cuatro rieles que relucen al sol. Oyese de nuevo la corriente del río y á las gallinas cacarear al lado de los arroyos. La muchacha, suspirando, va á abrir la valla y á preparar la báscula de señales; después vuelve á tomar la aguja, se sienta sobre un tonel y continúa su trabajo, esperando á su padre, que ha ido á la majada á comprar provisiones.

Dos veces á la semana tiene Francisca la satisfacción de ver pasar el tren. Los maquinistas cambian todos los días de itinerario, porque la compañía varía los trayectos que aquéllos recorren, y Francisca, admirada de ver tan frecuentemente en la máquina al mismo empleado, se entera de que este joven, protegido personalmente por el director, había obtenido autorización para permanecer en la línea de Niza, á fin de no verse precisado á abandonar á su anciana madre achacosa, que habitaba en Marsella. La muchacha no pudo menos de fijarse en los grandes ojos de mirada leal del joven empleado, y en la vivacidad de su semblante, que la hulla no alcanzaba á desfigurar. A su vez, el joven se impresionó á la vista de aquella muchacha de diez y ocho años, la más linda guarda-barrera de toda la línea; y de su simultánea curiosidad, del cambio de sonrisas, de su recíproca presencia á las mismas horas nació un amor singular, basado en cortas apariciones y largas ausencias. Sola con su padre, al lado del camino, por donde no transitaban más que carretas de campesinos, la esperanza de volver á ver al maquinista constituyó la única preocupación de la joven. Pensaba en él mientras zurcía sus medias ó remendaba su vestido, ó echaba el grano á las gallinas, ó sacaba agua del pozo, ó tendía á secar la ropa en los olmos. Ignorante del mundo, criada en el rincón de la caseta oficial, Francisca sintió por aquel joven aparecido entre una nube de humo el primer amor de su vida. El movimiento de civilización se resumía para ella en el rodar de trenes, que la preocupaban cuando eran conducidos por el guapo maquinista. ¿Adónde iban? ¿Por qué se viajaba? Ella no viajaba nunca: permanecía siempre en el mismo sitio como una estatua. ¿Dónde terminaban aquellos brillantes rieles? ¿En Marsella, en Lyón, más lejos todavía? ¿en esas comarcas misteriosas en las que se perdía su imaginación? Ella había reemplazado á su padre en las cosas del oficio, y éste habíase reservado la ruda faena del cultivo de la huerta, cuyo producto, á fuerza de trabajo, casi les bastaba para la manutención. Los labriegos suponían que el guarda-barrera tenía ahorros, y no era tan desgraciado como parecía. Antiguo soldado, honradísimo, llevaba largos bigotes y usaba una gorra militar. El viejo Roure adoraba á su hija, que, como suele decirse, le tenía cogido por la punta de la nariz; pero con tanto cariño y dulzura, que al obedecerla figurábase que la mandaba. Ella sólo era maliciosa para inventar pretextos á fin de alejar á su padre cuando había de pasar su maquinista, como si el buen hom-

bre hubiese podido sospechar las sonrisas y saludos á toda velocidad que con aquél cambiaba.

– Padre, le decía, voy á regar los guisantes... Tengo que arrancar hoja para la ensalada... Voy á ver si tienen hierba los conejos..

– No, respondía él, eso es de mi incumbencia: ocúpate de dar la señal y no te olvides de que va á pasar el expreso.

– Está bien, padre

Y el buen hombre se iba á la huerta, diciéndose: «¡Qué hija tan buena: hace todo cuanto la mando!»

A principios del mes de julio Francisca obtuvo licencia para ir á la fiesta del lugar, en compañía de una campesina de las cercanías, que vino á buscarla á mediodía. Ataviadas con sus trajes domingueros, siguieron el camino paralelo á la vía férrea, sentándose de vez en cuando en el linde de las praderas para descansar. Cogidas con la boca las puntas del pañuelo que llevaba á la cabeza, Francisca levantaba algunas veces la falda de su vestido para mirarse los lindos zapatos con que pensaba bailar, y mientras que su amiga cogía flores, ella pensaba tristemente en su maquinista, que vivía allá abajo en una ciudad desconocida, y que quizá se burlaba de ella al sonreirla por entretenimiento, y se decía que sería más juicioso no pensar en él.

El sol era sofocante, y no corría ni una ráfaga de aire. Cuando llegaron encontraron á todo el pueblo en movimiento. Se cantaba, se bebía cerveza. Había una vendedora de pasteles y dos de barquillos de azúcar y canela. ¡Ah! ¡Era una hermosa fiesta! El tamboril golpeaba estrepitosamente en la plaza, en donde los jovenes, emperejilados, bailaban bajo los pinos de la verde avenida. Los jóvenes que allí había rodearon á las dos recién llegadas; pero en el momento de aceptar una contradanza, Francisca estuvo á punto de desmayarse de emoción, porque acababa de ver á su maquinista frente á ella, con gorra y americana, sin carbón en la cara, iluminada por sus grandes ojos azules, acariciando maquinalmente su corta barba y viendo divertirse á aquella alegre multitud. ¡El allí! ¿Cómo, por qué? Francisca no acertaba á darse cuenta de ello. Sólo le había visto con blusa, y se admiraba de encontrarle tan bien vestido. Se levantó, hizo con lentitud las figuras del baile, y á pesar de las palpitaciones del corazón, tuvo valor para detenerse delante de él, aun cuando la sorpresa no la permitiera contestar si él la hablaba. Cuando él se volvió, se puso muy encarnada y bajó los ojos, como si todos los bailadores se fijaran en ella. El joven se aproximó, y saludándola le ofreció el brazo. Ella dejóse llevar sin decir nada, y sólo recobró algo de aplomo cuando se vió impelida por el torbellino del vals. Terminado éste, su pareja la llevó á tomar limonada y se puso á beber á su lado, haciéndose aire con el pañuelo. Cada vez que dejaba el vaso en la mesa, bajaba los ojos sonriente y encarnada como una amapola. Los hoyuelos que tenía en sus mejillas la daban un aspecto infantil, á pesar de su soberbio busto de aldeana que se asemejaba á un cuadro de Rubens destacado del marco. Reponiéndose poco á poco, acabó por contestar á su compañero, y comenzaron á charlar, pero sin hablar de amor todavía. Salieron en seguida del pueblo, y guarecidos bajo una higuera, después de recordar sus rápidas entrevistas en el camino, se contaron mutuamente cosas insignificantes que les distrajeron mucho.

Los verderones comenzaron á abatir su vuelo sobre los zarzales, las nubes de la tarde flotaban en el cielo como muselinas, el estrépito lejano del tamboril turbaba la soledad del campo. De repente un brusco silbido desgarró el aire ¡Ah! Ya podía pasar el tren, entonces les era indiferente. Pusiéronse en pie para marcharse, y el maquinista se ofreció á acompañarla; pero ella rehusó diciendo:

«No, Luisa me espera,» y suplicándola él que se detuviera todavía un instante, repuso con aspecto contrariado desprendiéndose las ortigas que se habían pegado á su falda: «No, aseguro á V. que no puedo .. Mi padre me regañaría.»

Viéndola decidida, el joven le tomó las manos estrechándolas entre las suyas, y la dió un suave beso en la mejilla. Francisca dejóle hacer, con la boca apretada de emoción y mirando á lo lejos; después, desenlazando sus manos, se marchó corriendo

Un cuarto de hora más tarde las dos jóvenes tomaron juntas el camino paralelo á la vía férrea, que abandonaron pronto, Luisa para volver á su granja, y Francisca para entrar en su casilla, cuyo farol rojo parecía brillar en el cielo. La noche diseñó su imperceptible creciente de luna, meciendo las hierbas y haciendo chillar á los insectos. En el azulado espacio revoloteaban los murciélagos. Aun conmovida por su encuentro, Francisca pensaba en aquel guapo joven tan respetuoso y honrado, preguntándose si le había juzgado bien, cuando una sombra se destacó de detrás del tronco de un árbol y se dirigió derecha á ella.

Era Isidoro, el hijo de un campesino que habitaba al otro lado del río. Vagabundo y holgazán, complicado recientemente en un proceso por actos contrarios á la moral, y condenado dos veces por robo, empleaba su tiempo en rondar la caseta de guarda para ver á Francisca, de la que estaba enamorado. La muchacha había tomado la determinación de hacer como que no reparaba en él; pero le odiaba, y su presencia de noche y en aquel sitio la dió miedo.

– Buenas noches, señorita Francisca, la dijo.

– Buenas, señor Isidoro, contestó ella esforzándose para parecer tranquila.

Isidoro era un tagarote, delgado, largo de piernas y cuello, sin pelo de barba, desconfiado y socarrón como un cazador furtivo acosado por sus perseguidores.

– Vengo de la fiesta.

– Yo también.

– ¿Quiere V. que la acompañe?

– Muchas gracias. No hay necesidad.

– ¿Es que tiene V. miedo á los jóvenes?

Ella se hizo la valiente y contestó:

– Según y conforme.

– ¡Me parece que hoy ha encontrado V. uno que no la daba miedo! ¡Caramba! Si fuera él quien se ofreciese á acompañar á V., de seguro no lo rehusaría... Supongo que se habrá cobrado de sus parlanchinerías de debajo de la higuera.

Francisca apretó el paso, fijando los ojos en el farol rojo, que parecía alejarse, murmurando al andar:

– Déjeme V. en paz: no sabe lo que se dice.

Pero siguiéndola con sus largas piernas él repuso.

– Me refiero al maquinista. ¿Cree V. que no le conozco? El mejor día tendrá noticias mías. ¡Vaya!

Francisca, cada vez más asustada, echó á correr, gritando: «¡Padre! ¡Padre!» pero sólo percibió los murciélagos que la rozaban la cara, el ruido de su falda y los pasos de Isidoro que la seguía repitiendo:

– Ese tal, no se casará con V.... V. no es nada para él... Yo sí, si V. quiere...

La idea de ser mujer de aquel vagabundo la estremeció. Redobló su carrera y continuó gritando para ahogar aquel acento de pesadilla, que murmuraba detrás de ella:

– Si V. no me quiere, no será de nadie. ¿Entiende V? Y en cuanto á ese maquinista, si continúa haciendo á V. la rueda, no lo pasará bien. Ahora corra cuanto quiera

Dicho esto se detuvo. Sólo el temor al viejo Roure le contuvo para no haberse propasado con Francisca.

Al día siguiente, cuando colocaba la leña debajo del cobertizo, el anciano guarda vió á Isidoro que con el azadón al hombro saltaba la valla, é interrumpiendo su tarea, se encaró con él, afirmándose en sus piernas y echándose hacia adelante su gorra militar.

– ¡Eh!, le gritó, ¡largo de aquí! Le advierto que deje tranquila á mi hija, ó puede que le cueste caro. Francisca no es para V.; téngalo entendido.

Isidoro siguió andando y repitiendo con un acento de perro que aulla:

– ¿Y quién le pide á V. su hija?

El viejo hizo un ademán como para indicarle el camino, diciendo:

– Está bien; tengamos la fiesta en paz.

Precisamente aquella tarde le tocaba pasar al maquinista. Cuando iban á comer, Roure dijo á su hija:

– Es casi de noche, yo daré la señal.

– No, padre, eso me entretiene.

– Ve á cuidar de la sopa y á poner carbón en la hornilla.

La joven hizo como que no oía. Tomó la linterna de servicio y salióse fuera.

Los dos llameantes ojos del monstruo proyectaban sobre la vía un rápido triángulo de luz. Cuando se aproximó el tren con sus bocanadas jadeantes, Francisca vió al maquinista inclinarse y arrojarla alguna cosa. Cuando el tren estaba lejos y sólo se distinguían las tres linternas rojas del último vagón, la muchacha recogió del suelo y desenvolvió el misterioso envío: era un ramillete. Le guardó debajo del delantal y entró en su casa con el corazón henchido de alegría sin pensar en Isidoro que la espiaba detrás de la barrera.

– Padre, dijo, todo está en orden: la señal, el picaporte y la puerta de la huerta.

– ¡Muy bien!, contestó el viejo. Eres una muchacha hacendosa.

Desde aquel momento Francisca vivió en la adorable sobrexcitación del primer amor, que puebla de ensueños la soledad de los corazones de veinte años. Parecía que el maquinista tomaba aquel amor por lo serio, aun cuando tuviese un modo particular de manifestarlo... A veces hacía que la máquina arrojara vapor sobre la joven, otras la aturdía á silbidos, ó se ponía sobre el banquillo de aquélla meneando el pañuelo, imprudencia que conmovía siempre á la enamorada muchacha.

No bien hubo alejádose el tren, Francisca sintió redoblarse su aislamiento, y reflexiones desconsoladoras sucedieron á aquellos cortos momentos de dicha. Lo que más la contrariaba era la continua presencia de Isidoro, unas veces sentado bajo los árboles, y otras asomando la cabeza por encima de la barrera para observar la casa, obligado sólo á alejarse cuando el viejo Roure le amenazaba. Recogiendo legumbres en la huerta, ó mondando patatas á la puerta, estaba segura de ver al vagabundo en acecho detrás de algún zarzal. Holgazán y cínico, siempre acechando algo que merodear, saliendo al encuentro ó fisgoneando á cuantos transitaban por el camino, llevaba una vida de ocio y de desorden que indignaba á las muchachas Francisca sólo podía evitar su presencia encerrándose en su habitación, único sitio en que se entregaba libremente á sus pensamientos

A fuerza de pensar en su maquinista, acababa por exagerarse la imposibilidad de semejante amor, lo cual la desesperaba frecuentemente ¡Casarse con un hombre que tenía tan buena posición, ella, una guarda-barrera, no podía ser! Lo comprendía así é inclinaba la cabeza sobre su labor, repitiéndose la frase de Isidoro. «V. no vale nada para él.» Si era una pobre muchacha, que sólo servía para hacer la sopa y jabonar ropa, sola había vivido, sola continuaría, aislada del mundo, desdeñada. Y sin embargo, ¡debía ser tan dulce el poseer el amor de un joven que os toma en sus brazos, y al cual se comunican disgustos y satisfacciones! ¡Ah! ¡El tren! Entonces desechaba su tristeza y corría para volver á ver al maquinista y respirar el penetrante olor á hulla que la fortificaba el corazón.

Un día, á las dos de la tarde, mientras su padre repasaba sus utensilios de hortelano en el granero, Francisca, con un ovillo en la mano y una hebra en la boca, estaba detrás de las vidrieras de la ventana de la cocina, en donde un violento maestral la había obligado á refugiarse. Era aquel uno de sus días más tristes. Un vago desaliento la desolaba el alma escuchando los gemidos del viento que azotaba la puerta de la casa con sus ráfagas furibundas. Un ruido que se produjo en la arena del terrado la obligó á salir para ver si la barrera estaba bien cerrada, ó si Isidoro se hallaba oculto frente á la ventana. No vió á nadie. La tempestad obscurecía al sol, estremecía el campo, doblaba los árboles y hasta arrancaba matas de hierba. Los postes telegráficos vibraban como arpas, los aisladores de porcelana silbaban como locomotoras. Una gran ráfaga la arrancó el pañuelo de la cabeza, levantó su ropa y estuvo á punto de derribarla. Cuando se repuso, profirió un grito: el maquinista estaba allí, parado delante de ella, riéndose de su sorpresa y sujetando su gorra con la mano. ¡Venir á su casa! ¡Qué imprudencia! «Mi padre está aquí: váyase V. Va á sorprendernos.»

El contestó sonriendo:

– Tanto mejor. Quiero ver á su padre de V.

Y siguió á Francisca, que llena de turbación se puso á llamar á su padre á gritos, como si se hallara á algunos kilómetros. Después, avergonzada de estar despeinada y tan mal vestida, se refugió en un cuarto para arreglarse un poco. Era éste un pieza harto pobre, blanqueada de cal, sin más muebles que una cómoda con un espejo encima, que aquel día hizo bien su oficio. Arrebatado el semblante, punzándose los dedos por apresurarse, retorcióse el pelo, se prendió las trenzas, y se puso su vestido negro. ¿Con qué pretexto se presentaba? ¿De dónde venía? ¿Por qué aparecerse así como caído de las nubes, cuando no se le esperaba? Francisca titubeó antes de volver á la cocina. ¿Qué pensaría su padre al verla tan bien ataviada? Pero el viejo no reparó en esto. Con su delantal de trabajo, enjugándose los ojos y con voz conmovida, dijo á su hija, señalando al joven que se hallaba en pie al lado de la mesa:

– Francisca, el señor Julio Auffand, maquinista de la Compañía, viene á pedirte en matrimonio... Es mucho honor para nosotros... Según parece se conocen Vdes. En vez de responder, Francisca se sentó temblando en una silla, y miró con fijeza á Julio con sus grandes ojos negros, que no tardaron en llenarse de lágrimas.

– ¿Quiere V. aceptarme por marido?, preguntó el joven.

Ella se comprimió el pecho con las manos como para retener su corazón y tartamudeó:

– ¡Oh! Sí, sí.

En el conmovedor silencio que se siguió, el maestral, como para pregonar aquella dicha, multiplicó

sus locos estrépitos, desplegando sus miles de soplos, que perecían gruñir fuera como el ruido de una esclusa.

–Señor Julio, somos muy pobres, dijo Roure yendo á buscar una botella de vino añejo, y cuando volvió, repuso:

–Francisca no tiene dote, como hija de un guardabarrera. Sin embargo, yo he hecho algunas pequeñas economías para ella, y dentro de dos años recogeré una corta herencia, cinco mil francos entre todo... No es gran cosa, pero con esto se puede poner una casa.

–A mí no me importa el dinero, dijo Julio, sentado al lado de Francisca. Mi madre también es pobre, está achacosa y no la vendría mal una joven que la cuidase. Con semejante carga, yo no puedo aspirar á un matrimonio rico. Además, he tomado informes: la señorita Francisca me agrada, y no deseo otra.

Y con aire inquieto, volviendo su rubia barba hacia la joven, le dijo:

–Será preciso que améis á mi madre.

A lo que ella repuso en un arranque de sentimiento:

–La amaré como á V. mismo, señor Julio.

–En cuanto á usted, señor Roure, dijo el joven estrechando la mano del viejo, obtendrá usted la dirección de una estación de pueblo. Se hacen gestiones para lograrlo. Yo estoy muy bien con el director: mi padre fué arrendatario suyo y le salvó la vida en un accidente de caza.

El anciano soldado profirió una exclamación y abrazó al maquinista. Francisca le miraba con una emoción que se revelaba por el movimiento de sus labios, y volviendo los ojos hacia la ventana para ocultar poderosamente su alegría, los fijó en un alto y solitario ciprés, que se estremecía al soplo del viento.

Decidióse que se celebraría la boda pasados dos meses.

Desde entonces Francisca no se recató para saludar á su novio, y el padre Roure no faltaba jamás al paso del tren, quitándose su gorra militar. Palpitante al rodar de la máquina, que multiplicaba sus alegres golpes de pistón, Francisca desfallecía de felicidad cuando llegaba á su oído el brusco soplo entrecortado por la corriente de aire. Era la dicha que pasaba... ¡Ay! La dicha pasa todavía más rápida... Algunas veces Julio acortaba la marcha del tren para ver de cerca á su prometida, que le reñía dulcemente: «Va V. á retrasarse. Amenaza lluvia... Abríguese usted bien.» La pobre temía al frío por él, y el menor cambio de temperatura la inquietaba.

Por aquella época Francisca hizo un viaje á Tolón en compañía de una granjera amiga suya, para comprarse vestidos y una canastilla de boda. Cantaba todo el día. Se hizo coqueta, hablaba sin ton ni son y abrazaba á su padre á cada instante.



Era preciso separar aquella piedra á toda costa

Una noche de luna llena, apoyada en el brocal del pozo, escuchaba el lejano canto de los grillos que el viento de las praderas hacía llegar hasta ella, cuando sintió abrir con precaución la puertecita de la huerta. Era Isidoro. Iba á llamar á su padre, pero él la dijo en seguida:

–Nada más que una palabra. No quiero hacer á V. ningún mal... porque amo á V. demasiado. Formalmente ¿Consiente V. en ser mi mujer? Tenemos propiedades al otro lado del río, y mi padre me ha dicho que si me caso me cederá la mitad

Francisca se marchó corriendo, y desde el umbral de la puerta de su cuarto le gritó:

–Es inútil que piense V. en mí. Estoy prometida al señor Julio el maquinista, que ha venido á pedirme en matrimonio.

Isidoro quedóse mudo como las cañas que tenía al lado Luego, atravesando el camino en donde la luna proyectaba, prolongándolas, sus largas piernas, tomó la dirección del río, rechinando los dientes á la idea de que Francisca se le escapaba para siempre. Concibió tentaciones de violación, conatos de homicidio y espasmos de celos contra aquel maquinista que le robaba su dicha. Apoyóse en el tronco de un árbol, revolviendo en su imaginación proyectos feroces. Miró de lejos la casita que la blanca luz de la luna bañaba hacia el lado de la vía férrea: esta vía tersa y limpia, en donde el menor choque constituye un peligro y el más mínimo obstáculo produce una castástrofe. En seguida atravesó las praderas, volvió á la barrera, y allí oculto en la sombra fugitiva de las nubes, que se deslizaban bajo la luna con un movimiento mecánico, examinó los rieles con atención, como si meditara un golpe siniestro. Cuando se alejó tenía ya formado su plan.

El primer mes de espera fué corto para Francisca, ocupada en los absorbentes preparativos de boda. Había clavado en un acerico tantas agujas como días faltaban, y cada mañana desprendía una y la arrojaba por la ventana. Julio volvió varias veces, y se convino en que Roure se haría reemplazar durante veinticuatro horas, para poder ir los tres á Marsella á visitar á la madre del maquinista.

Una mañana, ocho días antes de este viaje en proyecto, Francisca se levantó al rayar el alba, vistióse de prisa, bajó antes de preparar el café, y se fué á la huerta á coger flores. Una vez fuera, aún con el pelo suelto y apoyadas las manos en las caderas, miró á lo largo del camino, y se admiró de percibir á lo lejos, á trescientos metros, precisamente en el sitio en donde la vía férrea formaba una curva pronunciada, alguna cosa parecida á una rama de árbol caída sobre los rieles: sin duda zarzales arrastrados por algún rebaño que había atravesado la vía. Sintióse inmutada al pensar que el menor obstáculo es siempre peligroso, como decía su padre, que cansado del trabajo del día anterior, no se había aún levantado para hacer su inspección matinal del ferrocarril. Francisca, pues, siguió la vía al lado de la balaustrada, satisfecha de que el sol naciente calentara sus mejillas enfriadas por el aire húmedo de aquella mañana de septiembre. Sonriendo de placer, aunque algo inquieta, y puesta la mano sobre los ojos para mejor distinguir el objeto que estaba sobre la vía, la joven vió que no era una rama. Sintió miedo, y se puso á correr, se aproximó y hallóse que era una piedra muy grande, colocada precisamente en la curva del camino, recién apisonado á consecuencia de una compostura de traviesas: una piedra enorme que al hombre más forzudo debía costar trabajo levantar y que ella difícilmente podría separar de la vía. Se estremeció á la idea de que si no la hubiese visto, el tren habría descarrilado y Julio hubiera perecido. Aproximándose más, estuvo á punto de desmayarse de espanto, al notar que la piedra estaba perforada, y que una barra de minero, atravesando el agujero y clavada en el suelo, la fijaba sólidamente sobre el riel. ¡Un crimen! ¡Una tentativa de descarrilamiento! Pensó en las amenazas de Isidoro. ¡Miserable! ¡Había querido matar al maquinista!... Y el expreso iba á llegar.

Espantada, llorando de rabia, apretando los puños, empujó la piedra con todas sus fuerzas, gritando «¡Padre! ¡Padre!...» ¿Tendría tiempo de avisarle, y hacer las señales para que se detuviese el tren, que ya venía retardado?



BROMA PESADA, tomado de «The Illustrated London News»



APIO CLAUDIO EN EL SENADO ROMANO, copia de un fresco de César Maccari, existente en el Palacio del Senado (Palazzo Madama), de Roma

Oyóse un silbido que la atravesó las entrañas. ¡El expreso!... No se veía aún, pero repercutía en las colinas. Entonces la pobre muchacha sólo vió aquella espantable piedra que era preciso separar á toda costa. De rodillas, con las manos ensangrentadas, la ropa hecha girones, despedazadas las uñas, sintió como si estallaran sus nervios y se crispasen sus músculos al esfuerzo que la encorvaba sobre aquel hierro y piedra malditos. Trabajo de gigante, exasperada por el miedo de la catástrofe inminente, en donde iba á perecer Julio entre los vagones destrozados Por fin la barra se aflojó, un esfuerzo más y cedería, y la piedra podría ser separada prontamente. Pidió socorro gritando desesperadamente, haciendo estremecerse á los hilos telegráficos. Súbito pudo arrojar la barra fuera de la vía Había terminado...

Pero ella, en su encarnizamiento, no había reparado en nada, y sólo cuando levantó la cabeza, percibió en el horizonte la mancha negra del tren, que no cesaba de silbar Francisca se hallaba todavía entre los dos rieles, por donde debía pasar aquél. Tenía tiempo. Agobiada, extenuada, cogióse la falda entre las piernas. Sus cabellos rasaban la tierra, el sudor la inundaba los ojos, y sentía las ballenas del corsé clavarse en sus carnes Su cuerpo sólo vivía para aquella sorda trepidación que se aproximaba, para aquellos rieles que rozaban sus pies, para aquel trágico silbido de alarma que hacía acudir á los labriegos del campo.. Por fin rodó la piedra. La vía estaba libre; pero cuando Francisca se enderezó medio muerta de fatiga, la máquina sólo estaba á unos trescientos metros de distancia. Entonces sucedió una cosa horrible Cuando trató de separarse corriendo de la vía, Francisca tenía cogido el zapato entre las piedras y el riel. En vez de descalzarse, perdió la cabeza, é hizo un violento esfuerzo para huir, que desprendió el zapato de su pie, pero que la hizo tambalearse, y la arrojó cuan larga era entre los dos rieles en el preciso momento en que la máquina se la venía encima. Llevándose su grito de agonía, el monstruo, con un silbido formidable, pasó sobre ella, hollando y nivelándolo todo con su pesantez colosal.

Deslumbrado de lejos por el sol, y tomando á Francisca por un trabajador, el maquinista primeramente había acortado la marcha del tren Después, asegurado por la falta de señales, volvió á dar más fuerza de vapor, viendo á aquel obrero de larga blusa apartarse del riel y mirando hacia atrás como para calcular el tiempo que necesitaba para separarse de la vía.

Sólo conoció á la joven cuando estuvo á cien metros de distancia; es decir, ya casi encima. Aterrorizado al verla inmóvil, quiso detenerse; pero en aquella época aún no funcionaba el freno Westinghouse.

No pudo pararse ni neutralizar la pendiente insensible de la vía, que en aquel paraje alcanzaba el máximum de su curva. Isidoro había calculado bien el golpe.

Cuando la desgraciada cayó debajo de la máquina, y se figuró ver aquel cuerpo querido despedazado por las ruedas, aplastado, muerto por él mismo, Julio comenzó á dar gritos de horror, y corriendo al balaustre de la máquina quiso saltar. El fogonero se lo impidió, reteniéndole por los puños, y le dijo, enmendando una falsa maniobra que redoblaba la velocidad:

–¡Vaya! Tengamos sangre fría; no ha sido culpa de usted.

–¡Pero si es mi mujer! ¡si es mi mujer!... exclamó Julio, inclinando desesperadamente su cara teñida de carbón, medio lavada por las lágrimas.

Apenas pudo detenerse el tren, se bajaron, pero habían recorrido dos kilómetros. Vieron á lo lejos campesinos que atravesaban la vía, y que transportaban quizá á la caseta aquel cuerpo despedazado, ó mejor dicho, lo que quedaba de él

¿Qué hacer? Retroceder á ver el espantoso cadáver, oir la desesperación del padre, perder el tiempo cuando el tren iba retardado, cuando debía marchar á todo vapor para recuperar el tiempo perdido, y no ser alcanzado por el rápido!

El fogonero trató de hacer comprender á Julio su deber, y le conjuró á que no se detuviera. En semejantes momentos el duro oficio de maquinista se elevó á la heroicidad.

Era preciso olvidar á aquella pobre joven aplastada, que era su mujer, y sólo pensar en centenares de existencias que estaban bajo su responsabilidad ¡Pobre Francisca! Su sola alegría, su único bien, su primer amor: ¡la felicidad prometida después de la fatiga de sus viajes!... Todo había acabado: había muerto... ¡y de qué muerte!

Y era preciso seguir conduciendo el tren, ahogar sus lágrimas, vigilar la máquina, en pie delante del calentador, estoico, con el silbato en la mano y la vista atenta á lo largo del camino.

En la estación de Rochevieille hizo avisar al jefe, que envió inmediatamente un médico y socorros. Después, cuando hubo pasado el rápido, Julio volvió á colocarse en su máquina, y el tren se encaminó hacia Niza, adonde llegó á la una de la tarde. Julio, atontado, estúpido, incapaz de pensar ni hablar, sólo se tomó tiempo para beberse una taza de caldo; y como se hallaba libre, pidió permiso para partir en seguida como simple viajero en la locomotora del primer tren, que le dejaría delante de la casa del guarda á las siete de la tarde.

En este tren, que no se detiene en Rochevieille, no se tenía noticia de la catástrofe. Julio estaba impaciente por hallarse al lado del viejo Roure: le consolaría, llorarían juntos, y juntos acompañarían al cementerio el cuerpo de la bien amada... El desdichado se figuraba ver el ataúd, el entierro, y sobre todo á la pobre joven precipitada entre las ruedas, la cabeza aplastada y el cerebro hecho pedazos.

Cuando se apeó del tren, á cien metros de la casilla, y echó á andar solo por el campo, iluminado hacia el lado del horizonte por un blanco crepúsculo, sintió tal angustia en el corazón, que se preguntó si no haría mejor en desandar el camino, y huir del horrible espectáculo que le esperaba.

Acortando el paso, á medida que caía la noche sobre los árboles, cuyo follaje teñía de rojo un rayo de luna, llegó á la casa solitaria, y detúvose de repente, como si fuera á estallar su pecho

Ningún ruido se oía en la línea férrea gran silencio reinaba en los campos.

Esforzó su ánimo, siguió la barrera, subió el escalón de la caseta y entró sin llamar. A la primera persona que vió fué á la joven sentada al lado de la mesa, arreglando ropa blanca á la luz de una lámpara.

Julio dió un grito de loco y exclamó:

–¡Francisca!

Quiso adelantarse; no pudo, y se dejó caer sobre una silla, rendido de emoción.

La joven corrió hacia él, diciendo:

–¡Julio!... ¿Me has creído muerta?

Notando que estaba sentada sobre las rodillas de su prometido, que la besaba apasionadamente, se puso en pie y tranquilizó con una sola palabra la desfallecedora alegría de aquél, que reía inconscientemente

–¡Julio!... Un verdadero milagro... Cuando caí á la vía, creí que todo había acabado, que iba á ser aplastada. Afortunadamente caí entre los agujeros del balastro, entre las traviesas. Me encogí cuanto pude, sin moverme, sin respirar;... y como la curva de la vía es muy pronunciada en aquel sitio, todo el tren me ha pasado por encima, sin producirme ni siquiera un arañazo. Ni siquiera me ha tocado el cenicero de la máquina.. Pero ¡qué momentos!.. Me parecía que estaba debajo de un puente... Cuando pasó el último vagón me desmayé... He debido guardar cama, por causa de la fatiga de separar aquella gran piedra... Ya te explicaré en seguida... Has estado en peligro de descarrilar... Por eso estaba yo en la vía.. Espera, voy á llamar á mi padre

Presentóse el viejo Roure; lloraron, se abrazaron, y Francisca puso el mantel en la mesa, contando los detalles de aquella conmovedora aventura. Julio quedóse confundido de admiración y de amor cuando supo que, por salvarle la vida, Francisca había estado á punto de perder la suya.

Una semana después verificóse la boda, y al cabo de un mes, Roure fué nombrado jefe de una estación de aldea, donde puede vérsele todos los días vestido de uniforme, esperando el tren. Cuando Julio llega en su máquina, se abre la ventana de la pequeña estación, y el maquinista saluda con una sonrisa á su joven esposa y á su anciana madre, que viven juntas. Isidoro fué acusado y preso, pero hubieron de soltarle por falta de pruebas. Francisca no ha vuelto á verle.

Traducción de F. Moreno Godino

EL SENTIDO DE LA VISTA Y LOS COLORES.

El sentido de la vista, el más indispensable, el que mayores goces proporciona es indudablemente el que menos cuidamos y educamos Ejercitamos de continuo nuestro gusto, nuestro olfato y nuestro tacto y obligamos á nuestros hijos á que ejerciten su oído teniéndolos horas enteras delante del piano; pero ¿qué hacemos para educar nuestros ojos? Poco, casi nada: un poco de dibujo, quizás algún estudio de los principios fundamentales de perspectiva. Así muchos hombres no tienen los ojos más desarrollados que los niños, cuya candidez en punto á masas, distancias, sombras y matices es bien conocida; así cuando se trata de distinguir y juzgar de colores, la mayoría de las gentes no sabe utilizar sus ojos, diciendo por toda excusa que padecen la ceguera de los colores, sin pensar que ésta sólo se extiende á los colores complementarios (azul, amarillo y más á menudo encarnado y verde) y que la absoluta ceguera de colores únicamente en muy raros casos se presenta. El que no sabe distinguir el azul del verde y el rojo del morado no es ciego, sino obtuso, y no lo es de nacimiento, sino por falta de educación.

Hay hombres en quienes es innata la aptitud para sentir y distinguir los colores, para gozar con los bellos y sufrir con los feos, como los hay que son músicos por naturaleza: á los tales les es concedido gozar de placeres á los demás negados; pueden sentir lo que con razón se ha llamado la embriaguez de los colores, y su memoria, en este punto, les permite reconocer al cabo de muchos años cualquier matiz que sólo una vez hayan visto

Indagar las leyes que presiden en los efectos que á nuestros ojos causan las hermosas combinaciones de colores, es tarea de la ciencia, tan agradecida y encantadora como el estudio de los sonidos: en una y otro se trata de tonos aislados y de acordes; en una y otro es bello lo que se ajusta á determinadas leyes y es feo lo que constituye una disonancia.

Así como para todo el que está dotado de un oído delicado hay notas de la escala que le agradan más que otras, así también los que poseen una vista fina tienen colores predilectos y otros que le son antipáticos. Hay colores que armónicamente se combinan y los hay que no pueden combinarse; esto lo sabe todo el mundo; pero lo que muchos ignoran es que esta armonía no es individual, sino que obedece á una ley. Del mismo modo que en todo acorde musical preside un tono fundamental, en todo acorde de colores hay uno que podríamos llamar director, resultando antiestético todo acorde de colores en donde haya dos que se disputen el predominio. No están en lo cierto los que afirman que los colores complementarios (verde y rojo, morado y amarillo, azul y anaranjado) no concuerdan; por el contrario, se combinan perfectamente, sólo que no han de tener demasiada intensidad. El rojo brillante se combina perfectamente con el verde obscuro y viceversa, y en estas combinaciones cada parte adquiere el valor que le corresponde: lo brillante toma mayor luz, lo esfumado aparece más sombreado.

Los colores indeterminados, esos que se llaman colores de moda, armonizan entre sí porque nuestros ojos completan involuntariamente el tono del color consonante.

Si se coloca un anillo de papel gris puesto sobre un fondo encarnado resulta verdoso, y sobre un fondo verde aparece rosado: en este caso el ojo crea el color mate complementario que aumenta el efecto de un color brillante. Y lo que sucede con este anillo gris acontece con cualquier otra combinación de colores.

Si colocamos una hoja encarnada sobre una azul, nuestros ojos añaden al encarnado tanto amarillo, que aquél se convierte en anaranjado, y por esta razón no armonizan entre sí determinados matices de amarillo y verde, porque en las combinaciones de éstos y á consecuencia de la adición inconsciente de colores complementarios nacen mezclas que en vez de realzar destruyen el tono de los colores principales.

El azul no va bien con el verde azulado porque con éste no quiere mezclarse el color de naranja que nuestra vista añade á la combinación. Con mucha frecuencia vemos análogas discordancias de colores.

Nuestra moda, que favorece para nuestros trajes los colores indeterminados y obscuros, es un testimonio de pobreza que nosotros mismos nos ponemos á la vista: con ello confesamos que nuestros ojos son incapaces de apreciar y disfrutar de los efectos de colorido, y renunciamos, como desesperanzados de lograr un éxito, á toda tentativa de enmendarnos en este concepto. Sólo cuando llegan á nosotros, procedentes del lejano Oriente, de aquellos países cuyos habitantes «poco ó nada ilustrados» miramos con cierta lástima, productos tales como los tapices de Persia, los chales de Cachemira, los brocados de oro de Bagdad y otros, cuyos colores cautivan dulcemente nuestros sentidos; sólo entonces nos entra la sospecha de que, por lo menos en cuanto al conocimiento de los colores se refiere, somos unos niños y unos ignorantes, comparados con los sabios de aquellos territorios orientales

X

SECCIÓN CIENTÍFICA

EL SIMILÍGRAFO-NIVEL

Una obra recientemente publicada, *Le Dessin de paysage d' après nature*, debida á MM. Guiot, pintor, y G. Pillet, profesor de la Escuela de Bellas Artes y de la Escuela politécnica, ha inspirado al capitán del 6.° regimiento de húsares M. Billioque la idea de construir un instrumento sencillo y portátil, que permita practicar rápidamente y con mucha exactitud todas las operaciones del ajuste y del trazado perspectivo de un dibujo, sin necesidad de poseer grandes conocimientos de las leyes de la perspectiva. En el paisaje tomado directamente del natural, el instrumento en cuestión ayuda á situar con seguridad algunos puntos, algunas direcciones principales, y una vez éstas indicadas el dibujante puede añadir lo que quiera de su cosecha y dar á su obra cierto sello de originalidad, sin que el dibujo pierda su carácter de verosimilitud.

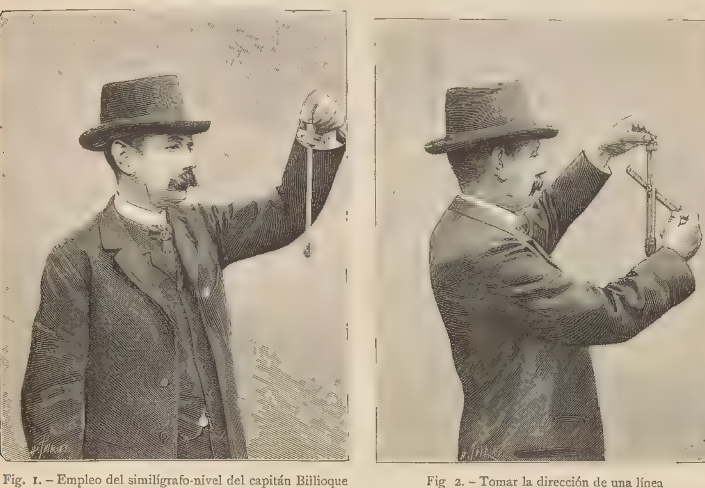


Fig. 1. – Empleo del similígrafo-nivel del capitán Billioque. Encontrar el horizonte

Fig. 2. – Tomar la dirección de una línea vista en escorzo

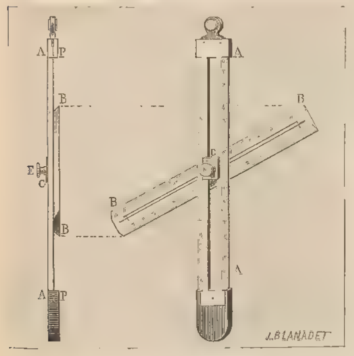


Fig. 3. – El similígrafo-nivel

El similígrafo-nivel, que así se llama ese instrumento, se compone de dos reglas graduadas: una, A (fig. 3), tiene en su longitud una ranura que forma corredera; suspendida en su parte superior por un sistema especial que se coge entre el pulgar y el índice de la mano izquierda y lastrada en su parte inferior, da la vertical. La otra regla B puede girar alrededor de una clavija fijada en un cursor C que se desliza por la corredera de la regla A, con relación á la cual puede aquélla tomar todas las inclinaciones, quedando inmóvil á voluntad en sus diversas posiciones por la presión de una tuerca E, pulimentada de modo que haga las veces de espejo. Dos apoyos P permiten colocar la regla B en posición perpendicular á la regla A; la regla B tiene á su vez dos ventanas, en las que hay tendidos dos pelos que corresponden al centro del espejo.

Veamos ahora los usos á que está destinado el similígrafo-nivel.

Para el dibujo gráfico sirve á la vez de escuadra en T, de cartabón, de falsa regla y de doble decímetro, permite trazar paralelas, dibujar ángulos simétricos y trasladar directamente los ángulos y las líneas rectas en su posición relativa: el similígrafo-nivel sirve, pues, para copiar, ampliar ó reducir los dibujos.

Sobre el terreno, da el horizonte en un campo muy extenso; sirve de investigador, de plomada y de nivel; permite trasladar directamente en el dibujo las líneas de frente, las verticales en tamaño proporcional y en dirección exacta, y las líneas de lontananza en dirección y tamaño proporcional de escorzo para el punto de vista en que el dibujante se encuentra.

En topografía sirve para evaluar las pendientes; permite trazar, por decirlo así, sobre el terreno las curvas de nivel delante del ojo del observador, y proporciona finalmente el medio de nivelar desde una sola estación un gran número de puntos lejanos.

Encontrar el horizonte (fig. 1). Suspender el instrumento delante del ojo derecho, después de haber fijado la regla móvil B contra el apoyo superior P; subir ó bajar la mano hasta que se vea la pupila reflejada en el centro de la tuerca espejo, y dirigir una mirada al pelo que cubre el horizonte. De este modo también se nivelan varios puntos.

Trasladar al dibujo una línea del terreno vista en escorzo (línea de lontananza) (fig. 2). Mantener el instrumento suspendido con la mano izquierda, aflojar un poco la tuerca, mirar con el ojo derecho la línea cuya dirección se quiere tomar, subir ó bajar la mano izquierda y hacer girar con la derecha la regla móvil hasta que una de sus aristas cubra la línea que se mira, y entonces apretar la tuerca. Hecho esto, basta hacer coincidir la regla A con una vertical del papel y trazar una línea á lo largo de la regla B.

Como las dos reglas se doblan una encima de otra, el instrumento puede llevarse en el bolsillo.

El similígrafo-nivel está llamado á prestar grandes servicios, así á los maestros como á los discípulos, facilitando á los primeros las demostraciones y ejercitando el golpe de vista á los segundos.

(De *La Nature*)

***

POLEA DE DIÁMETROS VARIABLES
sistema Albaret

Cuando se quiere hacer variar la velocidad de un aparato movido por un motor de vapor ó de otra clase, se recurre á poleas de transmisión de distintos diámetros. Sobre todo, es necesario poder obtener velocidades muy distintas en las pruebas á que son sometidas las máquinas (molinos, bombas, dinamos, etcétera), sea que el constructor quiera estudiarlas antes de la construcción definitiva, sea que el comprador quiera hacerse cargo de las condiciones de funcionamiento de las mismas. A fin de no tener que cambiar cada vez de polea, lo que es costoso y á veces irrealizable, se han ideado, desde hace mucho tiempo, poleas de diámetros variables, generalmente compuestas de cierto número de segmentos de cilindro que pueden acercarse ó alejarse del eje por medio de un mecanismo especial. Pero con tal sistema, la circunferencia de la polea no es nunca continua, y cada parte tiene una corvadura distinta de la que corresponde al diámetro de la polea.

A fin de evitar estos inconvenientes, y por encargo de M. Ringelmann, el inteligente director de la *Estación de ensayos de máquinas agrícolas*, instalada por el Ministerio de Instrucción pública (1), M. Albaret ha construído un nuevo sistema de polea, en el cual la variación del diámetro está basada en otro principio que permite obtener una superficie continua con la corvadura correspondiente al diámetro empleado.

Compónese de dos discos planos, uno de ellos solidario del cubo y el otro alisado, de modo que se aplique exactamente contra el extremo de este cubo, en donde se le fija por medio de clavijas; en los dos discos hay practicadas varias ranuras circulares concéntricas y muy aproximadas á un centímetro de distancia una de otra.

Para utilizar la polea, después de haber destornillado el disco móvil se introduce en la ranura correspondiente al diámetro escogido una delgada lámina de acero (que el grabado representa aparte, C), que se arrolla sobre sí misma, si es preciso, y que se sostiene provisionalmente por medio de un cerco AB provisto de una tuerca; se aproxima luego el disco móvil y se hace penetrar la lámina de acero C en la correspondiente ranura. Entonces se aprietan las clavijas que reunen los dos discos y que son en número suficiente para constituir un conjunto perfectamente sólido, y se puede quitar el cerco AB, que sería inútil y aun molesto para la colocación de la correa. La cinta de acero tiene la longitud que corresponde al mayor diámetro, de modo que en los diámetros pequeños se encuentra varias veces arrollada sobre sí misma; la anchura de las ranuras está también calculada en proporción á esto. Además, si se quiere que en esta polea los cruzamientos de esta cinta sean menos numerosos, no hay más que disponer de varias cintas de acero de diferentes longitudes.

Fácil es comprender que con dos poleas de este sistema, unida una al motor y otra á la máquina que se ha de ensayar, pueden hacerse variar las velocidades en proporciones muy considerables, conservando siempre en su verdadera forma las poleas. Este sistema es indispensable en todo laboratorio destinado al ensayo de máquinas.

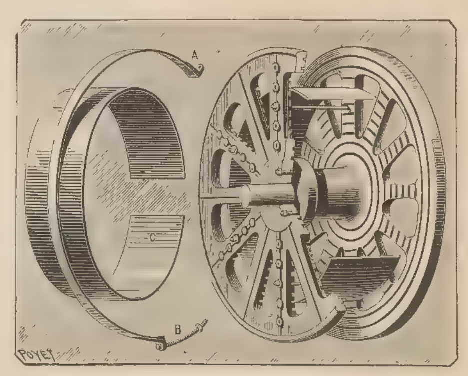
G. MARESCHAL

***

UN NUEVO DINAMÓMETRO

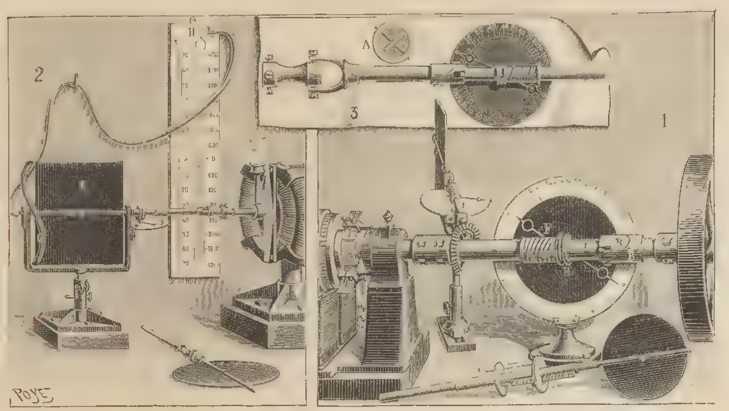
La potencia mecánica de una máquina puede medirse de muchas maneras; cabe medir la potencia desarrollada directamente por los pistones por medio del indicador de Watt, el aparato clásico, por demás conocido, que acusa la *potencia indicada* ó *potencia de los pistones*.

(1) Véase el núm. 455.



Polea de diámetros variables

Puede medirse directamente la potencia producida en el árbol motor ó en la polea, valiéndose de aparatos de rozamiento y de absorción, llamados *dinamómetros de absorción* ó *frenos dinamométricos*. Entre estos últimos aparatos citaremos el freno de Prony y el de M. J. Carpentier y la balanza dinamométrica Raffard. Con otros aparatos denominados *dinamómetros de transmisión* que se intercalan entre el motor y la máquina movida se mide la potencia consumida por ésta.



El dinamómetro de M. G. Trouvé

El nuevo aparato de M. Trouvé constituye á la vez un freno dinamométrico ó de absorción y un dinamómetro de transmisión, y ofrece, además, la ventaja de que con muy ligeras modificaciones puede ser aplicado á la medición de las grandes y de las débiles potencias.

La potencia mecánica tiene por expresión el producto de la fuerza ejercida por la velocidad de desplazamiento del punto de aplicación de esta fuerza, y también el producto del momento de un par por la velocidad angular del sistema. De suerte que si se puede medir separadamente estos dos factores se obtendrá en seguida la potencia producida. El dinamómetro de M. Trouvé permite la aplicación de un dispositivo para la medición de los momentos de los pares y de otro para la medición de las velocidades angulares.

Medida de los momentos de los pares. – En el aparato de M. Trouvé la medida del par se obtiene por medio de un resorte de hoja elástica plana que puede verse en A (fig. 3); esta hoja va colocada en el eje mismo, formado por dos tubos metidos uno dentro de otro, y va fijada por sus extremos á estos dos tubos, que pueden seguir los movimientos de rotación y de deslizamento longitudinal que les imprime la torsión de la hoja. Uno de los tubos termina en un cilindro fijo B (fig. 1) cortado en plano inclinado; el otro tubo lleva también un cilindro análogo B' en plano inclinado, que se encuentra constantemente atraído al anterior por medio de un resorte antagonista en espiral C. El cilindro móvil B' va provisto de una pequeña corredera D, que sólo le permite verificar un movimiento longitudinal, bajo la acción de los pares de torsión ejercidos, movimiento que sirve para hacer mover una aguja indicadora sobre un cuadrante. Para ello el tubo B' lleva una gola profunda E, á la que va á parar el extremo de un pequeño árbol acodillado que gobierna la aguja F. El cuadrante nos dará, pues, las indicaciones proporcionales á la torsión del resorte, y por consiguiente á los momentos de los pares ejercidos. Una operación se hace entonces indispensable, la graduación empírica del cuadrante, que se obtiene del modo siguiente: el eje del resorte se fija sólidamente por uno de sus extremos al árbol del motor y en el otro extremo se fija una doble palanca equilibrada de 0'1592 metros de radio

Este radio se elige de modo que corresponda exactamente á una circunferencia de un metro de desarrollo. En estas condiciones, cada kilogramo aplicado al extremo del brazo de la palanca representa un trabajo de un kilográmetro por vuelta del sistema. Entonces se carga uno de los extremos de esta palanca con pesos sucesivos hasta alcanzar el máximo de torsión del resorte, máximo limitado por dos apoyos; al propio tiempo se hace operar al motor un movimiento lento, de modo que mantenga la palanca en posición horizontal. La aguja cambia de sitio en el cuadrante; entonces se anota la posición que ocupa y se indica la misma cifra que el número de pesos de que está cargado el platillo, y se tienen las expresiones de los momentos de los pares en kilográmetros. Luego se van retirando sucesivamente algunos kilogramos hasta llegar al cero, cuidando en cada una de estas operaciones de mantener la palanca en su posición horizontal, y así se va anotando cada nueva posición de la aguja. De este modo la graduación del cuadrante queda hecha desde el máximo al mínimo.

Medida de las velocidades angulares. – En principio, cualquier contador de vueltas, cualquier taquímetro hubiera podido dar la medida de la velocidad angular; pero M. Trouvé ha inventado dos aparatos especiales más sencillos todavía.

Consiste el primero en un tubo G (fig. 2), que forma torniquete, montado en su centro sobre un eje hueco con el que está en comunicación y que á su vez va unido por medio de un tubo de caucho á un manómetro H. El motor, al girar, atrae el torniquete, produciéndose con esto aspiración de aire por el eje hueco y aspiración por los extremos del torniquete. Esta aspiración determinará una depresión en la columna barométrica, con lo que tendremos una variación de nivel entre las dos columnas; á medida que aumentará la velocidad del motor aumentarán igualmente las depresiones. A fin de aumentar la sensibilidad del aparato, M. Trouvé recomienda que se incline la columna líquida y que se cambie de sitio el torniquete, poniéndolo en un medio más denso que el aire, por ejemplo, el agua ó el mercurio. Sea como fuere, una vez así dispuesto el manómetro no hay más que graduarlo empíricamente, para lo cual se hace girar al motor á velocidades variadas, cuya determinación se hace con mucha exactitud por medio de contadores de vueltas y aun mejor de torniquetes, y una vez hallados los distintos resultados, éstos se inscriben teniendo en cuenta las diferentes posiciones ocupadas por la columna del líquido.

El segundo aparato, que puede verse en la fig. 1, es parecido al que sirve para medir los pares y va unido al árbol por medio de una pequeña rueda de transmisión; está graduado sólo para indicar las velocidades angulares.

Como se ve, estos aparatos nos permiten determinar á un mismo tiempo los pares y las velocidades angulares, con lo que tendremos fácilmente la expresión de la potencia de una máquina

Ya hemos dicho al principio que el dinamómetro Trouvé podía servir á la vez de freno de absorción y de dinamómetro de transmisión. Veamos las disposiciones que se adoptan en cada uno de estos casos.

En el dinamómetro de absorción ésta se efectúa por medio de un volante K (fig. 2) de aletas planas indeformables, puestas en rotación en el aire, y cuyas dimensiones varían según la potencia que haya de medirse. A primera vista, extraña que se haga absorber cierto trabajo por una aleta que se mueve también en el aire. M. Trouvé ha reconocido por experiencia que para absorber una potencia de 78 kilográmetros por segundo, ó sea un caballo ó 0'78 *Poncelet*, á una velocidad angular de 2.320 vueltas por minuto, bastaba equilibrar con un peso de 1.800 gramos el arrastre sobre una palanca de 0'1592 metros. La fig. 1 presenta la disposición de una paleta montada sobre el árbol de un pequeño motor; esta paleta es de forma cuadrada, pero es evidente que puede revestir todas las formas, especialmente la circular, más fácil de hacer con el sacabocado. De este modo se dispone de una serie de aletas, y para cada caso se hace uso de la que más conviene á la velocidad de régimen del motor. No insistiremos en las formas particulares que hay que dar al trinquete según los distintos casos, pues basta para nuestro objeto haber indicado el principio que las informa.

La disposición del mismo aparato como dinamómetro de transmisión es sencillísima aun para las máquinas más potentes. La fig. 1 nos da un ejemplo de ella.

Por un lado la máquina motriz está unida al árbol sobre el que va montado el aparato; en el otro hay una dinamo ó máquina receptriz cualquiera. El dinamómetro de transmisión mide entonces exactamente la potencia mecánica transmitida al árbol de la dinamo, y esta misma potencia es la única especialmente interesante para conocer el producto propio de la transformación de la energía mecánica en energía eléctrica.

J. LAFARGUE

***

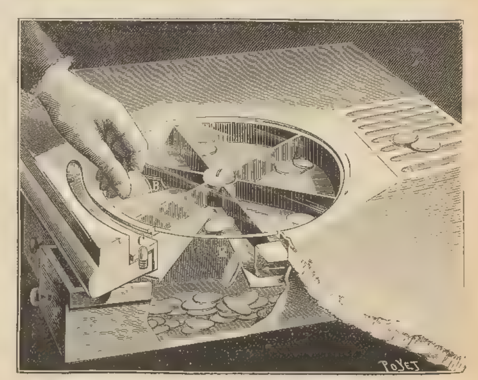
LA CIENCIA PRÁCTICA. – REGISTRADOR DE CAJA

Los ingleses, gente práctica y poco amiga de disputas inútiles, tienen para los usos ordinarios de la vida, y especialmente para los pagos de mano á mano, totalizadores de ingresos, registradores de pesos, etc., una gran variedad de aparatos ingeniosos.

Entre ellos figura el *registrador de caja*, de uso muy extendido en Londres y en París; es un aparato sencillo de cobre pulimentado y dividido en compartimientos cubiertos de una plancha de cristal templado. Puede ser adaptado á un mostrador, á una mesa cualquiera, pues ocupa muy poco sitio; nuestro grabado lo reproduce en la cuarta parte de su tamaño. Debajo de él se coloca un cajón para recibir la moneda.

Su modo de funcionar es sencillísimo. La suma que se percibe se introduce por una ranura B, y una vez caída la moneda en el compartimiento no puede ser extraída de él. De fácil comprobación, es á la vez testigo y juez mudo de las reclamaciones que pudieran producirse. Oprimiendo un poco el resorte C, y empujando el aparato en el sentido de la flecha en un recorrido de la sexta parte de la circunferencia, el sistema giratorio queda nuevamente fijado y dispuesto á recibir el pago siguiente.

De este modo las monedas están siempre en evidencia, pudiendo evitar de esta suerte las disputas que pudieran originar la mala memoria de unos y la mala fe de otros.



Registrador de caja

Hay aparatos de éstos de varias dimensiones y con distinto número de compartimientos. La ranura del botón central sirve para probar si las monedas son de plomo.

(De *La Nature*)



TODA UNA JUVENTUD

POR

FRANCISCO COPEE

Ilustraciones de Emilio Bayard - Grabado de Huyot

(CONTINUACIÓN)

Salieron del estudio, y en el coche que les conducía hacia Montmartre, Mauricio, el inconstante Mauricio, reconciliado con su porvenir, forjaba mil proyectos y se trazaba todo un plan de vida. Una vez casado trabajaría formalmente. Por de pronto, inmediatamente después de la boda partiría con su mujer para pasar el invierno en el Mediodía, donde ella saldría de su cuidado. Conocía un lindo rincón en la Corniche, cerca de Antibes, en donde por otra parte no perdería el tiempo y de donde traería no pocos estudios de marinas y de paisajes. Al invierno siguiente arreglaría definitivamente su género de vida. El pintor Laugeol, su vecino, acaba de dejar su habitación: él la tomaría: «un estudio soberbio, con seis ventanas que daban al Luxemburgo.» Mauricio se consideraba ya allí, trabajando mucho y obteniendo un éxito en la exposición, con la correspondiente medalla, y escogía de antemano hasta la tapicería de su dormitorio. Además, ¡qué comodo sería para la nodriza y el niño tener el jardín tan cerca durante el buen tiempo!

Pero de pronto, en medio de su charlatanería, notó el doloroso aspecto de Amadeo, silencioso y arrinconado en el fondo del coche.

– Perdona, mi querido amigo, – dijo tomándole afectuosamente la mano. – Me olvidaba de lo que acabas de decirme... ¡Qué absurda es la suerte! ¡Cuando pienso que mi dicha te hace daño!...

El poeta miró á su amigo tristemente.

– Sé feliz con María y hazla dichosa; he aquí todo lo que para vosotros dos pide mi amistad.

Habían llegado á la falda de Montmartre y el carruaje subía lentamente por las montuosas calles.

– Amigo mío, – dijo Amadeo. – Pronto llegaremos. Tú te presentarás solo en casa de esas señoras, ¿no es así? ¡Oh! Pierde cuidado. Conozco á Luisa y á su madre: no te dirigirán ni una palabra de queja, y tu honrada acción será apreciada por ellas en todo su valor... Pero permíteme que no te acompañe... Me sería muy doloroso.

– Sí, comprendo, mi pobre Amadeo. Como quieras... Pero... ¡Vamos! Todo se cura, todo se calma, – contestó Mauricio, que suponía en los demás su ligereza de carácter. – ¡Ea! ¡Valor! Siempre me acordaré del servicio que acabas de prestarme. Porque ahora me avergüenzo de pensar... Sí, iba á cometer una villanía... ¡Vamos! Amadeo, un abrazo.

Diéronselo mutuamente, y el cochero se detuvo. Ya en la acera, Amadeo notó el gesto que hizo su amigo al ver la casa de las señoras Gerard, triste edificio destinado á hospedar á gente pobre, y cuya fachada de yeso cuarteado se asemejaba á las arrugas de un menesteroso. A uno y otro lado del portal había dos tiendas, una salchichería y una frutería, que exhalaban fétidos olores. Amadeo trató de desvanecer esta postrera repugnancia del delicado Mauricio.

– ¿Ves ese jardincito del fondo?, – le dijo. – Allí es... Hasta la vista.

Después de un último apretón de manos, se separaron. El poeta vió á Mauricio trasponer el sombrío pasillo, atravesar el patio, abrir la verjecita del jardín y desaparecer detrás de un macizo marchito. ¡Cuántas veces había pasado por allí Amadeo dulcemente emocionado con la idea de que iba á ver á María! Y era para arrebatársela para lo que Mauricio franqueaba aquel sitio por vez primera. ¡Y él lo había querido; él, Amadeo, había dado á otro la que tanto amaba! ¡Había suplicado á su rival, forzándole, por decirlo así, á que le robase su esperanza más querida! ¡Qué amargura!

Amadeo dió las señas de su casa al cochero y subió al coche alzando los cristales, porque empezó á caer una fría lluvia de otoño. Violentamente traqueteado en el infecto carruaje, que bajaba al trote por las calles de París, el joven poeta, estremeciéndose, veía pasar los relucientes coches y á los transeuntes cobijados bajo sus paraguas. Parecía que del plomizo cielo caía una tristeza pesada, y Amadeo, alelado por el disgusto que sentía, experimentaba la sensación del vacío, como si le hubieran robado el corazón.

Vuelto á su casa y en la Isla de San Luis, sintió repugnancia hacia sus muebles, sus grabados, sus libros en desorden y su mesa atestada de papeles. Las vigilias consagradas al estudio á la luz de la lámpara, las largas horas de meditación de la obra difícil, los años de juventud austera, sin placeres, que había vivido allí: todo había sido dedicado á María. Por ella, para conseguirla en su día, habíase entregado á aquel trabajo asiduo, á aquel obstinado esfuerzo. ¡Y en aquel mismo momento, la frívola y culpable niña estaría llorando de alegría en brazos de Mauricio, de su futuro esposo!

Sentado delante de la mesa, con la cabeza entre las manos, Amadeo se abismó profundamente en su melancolía. Entonces parecióle su vida tan quebrantada, su destino tan funesto, su porvenir tan sombrío; se sintió tan desanimado, tan solitario, que durante un momento le abandonó el valor de vivir. Parecíale que una mano invisible le tocaba compasivamente en el hombro, y experimentaba á un mismo tiempo miedo y deseo de volver la cabeza; pues harto sabía que aquella mano era la de la muerte. No se la imaginaba con el aspecto de espantoso esqueleto que reviste en las danzas macabras, sino como una figura tranquila, envuelta en negros crespones, solemne y por tanto muy suave, que le estrechaba sin sacudidas contra su seno con ternura maternal, y que le adormecía sepultando su dolor en un reposo profundo, eterno y sin ensueños. Súbito se volvió lanzando un grito desgarrador, pues durante un momento creyó ver tendido á sus pies, apretando en su convulsa mano una navaja de afeitar, el cadáver de su desventurado padre, del suicida, del desesperado de amor, con el cuello desgarrado por una roja y horrible herida y con los grises cabellos esparcidos entre un mar de sangre.

Todavía tembloroso por aquella siniestra alucinación, oyó llamar á la puerta. Era el portero, que le traía dos cartas.

La primera tenía el célebre sello de «Comedia Francesa, 1680.» El administrador general, en términos muy amables, decía á Amadeo que había leído con el mayor gusto su drama en verso, titulado *El obrador*, y que esperaba que el comité de lectura aprobaría la obra.

– ¡Demasiado tarde!, – pensó el joven poeta, abriendo el otro sobre.



Esta segunda carta traía las señas de un notario de París, y participaba á M. Amadeo Violette que M. Isidoro Gaufre, director del *Crédito de las parroquias*, había muerto sin testar; y que por consecuencia, en calidad de sobrino del difunto, tenía derecho á una parte de herencia, no avalorada todavía, pero que podía calcularse en doscientos cincuenta ó trescientos mil francos

¡Exito y fortuna! ¡Todo á la vez le caía del cielo! Al pronto, Amadeo tuvo un vértigo, un deslumbramiento de sorpresa; empero estos inesperados favores de la fortuna, que no tenían el poder de reparar su infortunio, hicieron comprender al noble poeta que la riqueza, la misma gloria, no valen lo que un sentimiento grande ó un hermoso ensueño; y enervado por la ironía de su destino, prorrumpió en una estridente carcajada.

XV

M. Violette padre no se equivocaba al suponer á M. Gaufre capaz de desheredar á su familia en provecho de su criada y amante; pero á Berenice habíale faltado paciencia. El turbante y la barba corrida de un irresistible sargento mayor de zuavos de la guardia fueron causa de la perdición de la hermosa muchacha.

Un domingo en que M. Gaufre, según inmutable costumbre, cantaba las vísperas en San Sulpicio. echó de ver que por primera vez de su vida se le había olvidado su caja de tabaco, y como para este hipócrita personaje los santos oficios sólo eran soportables tomando frecuentes polvos, en vez de esperar á la bendición final y de dar en seguida su habitual paseo por los muelles, se quitó su ropón de cofrade, volvió impensadamente á la calle Servandoni y sorprendió á Berenice en tierno coloquio con el militar. La cólera del explotador de imágenes fué implacable. Despidió á la normanda ignominiosamente, rompió el testamento que había hecho en su favor, y algunas semanas después, ahogado por una indigestión de trufas á la marinera, dejó, á pesar suyo, todos sus bienes á sus herederos naturales.

Amadeo, cuyo drama, admitido en la Comedia Francesa, no debía representarse hasta la primavera, y á quien el notario encargado de liquidar la herencia de M. Gaufre adelantó algunos miles de francos; Amadeo, siempre triste y no sintiéndose con valor para asistir á la boda de Mauricio y de María, quiso, por lo menos, gozar un poco de su nueva fortuna y de la independencia que ésta le proporcionaba. Hizo dimisión de su plaza en el ministerio, y partió para Italia, esperando olvidar sus pesares.

¡Ah! ¡No viajéis teniendo una pena en el corazón! No os adormezcáis durante la noche en el vagón oyendo en el pensamiento el eco de un nombre demasiado querido. Amadeo sufrió este suplicio. En medio del ruido continuo de los rieles, creía oir voces lamentables, desesperadas, que pronunciaban repetidas veces el nombre de la mujer amada y perdida. A veces el tumulto se apaciguaba algo, los frenos, los resortes, las ruedas, toda la furiosa máquina de acero parecía como que se cansaba de aullar, atenuando su rítmico galope, y el viajero, rudamente mecido, percibía entonces en el ruido apaciguado una frase musical, al principio confusa, semejante á un lejano gemido, y luego más clara, pero siempre igual, cruelmente monótona, que era el fragmento de una canción que María cantaba en otro tiempo, cuando ambos eran niños. De repente resonaba un silbido lúgubre, que se prolongaba al través de la noche; el expreso se engolfaba rabioso en un túnel, bajo la bóveda sonora se redoblaba y exasperaba el espantoso concierto, y entre todos aquellos clamores metálicos, Amadeo aun percibía un ruido distinto, regular, semejante al de los martillos de una fragua de cíclopes, y cada uno de aquellos golpes enormes repercutía dolorosamente en su corazón.

¡Oh! Si tenéis algún pesar no viajéis, y sobre todo no viajáis solos. ¡Cuán hostil é inhospitalaria es entonces la primera sensación que se experimenta al llegar á una población desconocida!

Amadeo tuvo que sufrir la fastidiosa espera de los equipajes en la estación, las incomodidades del registro, la instalación difícil en el ómnibus entre viajeros prensados que se echaban miradas de sospecha y de mal humor; el recibimiento en el portal del hotel por el inevitable portero suizo de gorra galoneada, escuchando todas las jergas de Europa, asaltado por los que llegaban y embrollado por los «*yes, sir*,» los «*ja, wohl*» y los «*si, signor*.» Turista sin experiencia, Amadeo, que no llevaba una docena de maletas y que no tenía el aire insolente de rico, fué por instinto del suizo políglota relegado á un cuarto del piso ídem, con vistas al patio interior, tan lúgubre, que al lavarse las manos tuvo miedo de caer enfermo en semejante agujero y morir sin socorro. Para tranquilizarle, un aviso escrito en cuatro lenguas, colgado en la pared, le conminó á depositar en la oficina del hotel todo cuanto tuviera que fuese de valor ó importancia, igual que si hubiese penetrado en una selva infestada de bandidos, y además, el severo escrito le advertía que se le consideraba como un tramposo probable y que se le pasaría la cuenta cada cinco días.

Comenzó para él la abrumadora existencia de camino de hierro y mesa redonda. Iba á ser consignado de ciudad en ciudad como un saco de trigo ó un tonel de vino. Iba á hospedarse en las fondas presuntuosas y monumentales, en donde sería numerado como un presidiario y en donde encontraría en todos los comedores la misma familia de ingleses carnívoros, con la cual podría dar la vuelta al mundo sin cambiar ni un solo saludo. Iba á comer todos los días la sopa sosa, el pescado pasado, la carne correosa y el Burdeos insípido, que tienen, por decirlo así, un carácter internacional, y sobre todo, iba á experimentar todas las noches, al volver á acostarse, el horror de recorrer los monótonos y desolados corredores alumbrados por gas, en los que se deja sentir sobre uno el peso de la tristeza de los falansterios, viendo delante de las puertas cerradas pares de calzado cosmopolitas, gruesos zapatos con clavos de los alpinistas, innobles botas de alemanes, botinas conyugales de milord y de milady, que por su dimensión hacen pensar en las épocas de los gigantes trogloditas y que esperan con aspecto de cansancio al limpiabotas matinal.

En Italia, el imprudente Amadeo estaba destinado á todas las desilusiones y desencantos, á todas las nostalgias del turista solitario. Ante los famosos monumentos y los sitios célebres que desde hace siglos reproducen los pintores y mencionan los narradores de impresiones de viaje, y que han pasado, hasta cierto punto, al estado de antiguos modelos y de materia á propósito para el desenvolvimiento literario, Amadeo experimentó esa sensación de «ya visto,» esa falta de sorpresa que paraliza la facultad de admirar. ¿Me atreveré á decirlo? La catedral de Milán, ese enorme carcaj de flechas de mármol blanco, no le emocionó. Permaneció frío ante el sublime follaje de bronce del Baptisterio de Florencia, y en Pisa, la Torre inclinada le produjo el efecto de una sencilla mixtificación. En las silenciosas galerías de los museos, anduvo kilómetros, saturado de arte, empachado de obras maestras, y notó con disgusto que no podía soportar doce Adoraciones de Pastores y catorce Descendimientos de la Cruz consecutivos, aunque estuvieran firmados por los más gloriosos nombres. Las escenas de martirio y de suplicio tantas veces repetidas le fueron particularmente antipáticas, y sobre todo tomóle cierta tirria, más aún que al sempiterno San Sebastián atravesado de saetas, á cierto monje representado siempre de rodillas, orando, con un hacha colocada sobre la tonsura. Su atención enervada y depravada no discernía en una obra de arte más que el aspecto desagradable, el lado fastidioso. En los Primitivos, adorablemente cándidos, sólo distinguía el diseño infantil y bárbaro, y en los coloristas más renombrados sólo encontraba un tono monótono de amarillo de yema de huevo.



Quiso, á pesar de todo, estimular sus sensaciones, ver cosas extraordinarias, y corrió á Venecia, á la ciudad sin ruido, sin pájaros, sin verdor, al silencioso paisaje de cielo, mármol y agua; pero una vez allí, la realidad parecióle inferior á sus ensueños. Delante de San Marcos y de las *Procuraties* no experimentó la sorpresa, la sacudida de entusiasmo que deseaba Desgraciadamente había leído demasiadas descripciones de estas maravillas y visto de ellas reproducciones más ó menos fidedignas. En su desencanto recordó una pantalla de casa de sus padres, que había excitado su imaginación de niño; una mala pantalla de cartón azul, en la que estaba representada una fiesta nocturna de Venecia con una serie de picaduras de alfiler, figurando las iluminaciones del palacio ducal.

(Continuará)

NUESTROS GRABADOS

Alfredo Tennyson. – Nació este eminente poeta inglés en 6 de agosto de 1809 en Somerby (Lincolnshire), estudió en Cambridge y á los 21 años publicó con su hermano Carlos los *Poems of two brothers.* En 1830 dió al público sus *Poems chiefly lyrical*, que tuvieron poco éxito, á pesar de que en muchos de sus detalles se revelaba el genio poético que resplandecía también en *Mariana recollection of the Arabian nights* y en *Claribel.* Un tomo de poesías que vió la luz en 1833 fué bastante maltratado por la crítica. Su primer triunfo se debió á los dos tomos de *Poems* que aparecieron en 1842, de los que se hicieron muchas ediciones; algunos de estos poemas, como *Morte d'Arthur, Godiva, The May Queen, The gardeners daughter*, son aun hoy día considerados como las más bellas creaciones de Tennyson. Su *Locksley Hall* ha sido siempre admirado por la profundidad y grandiosidad de sus conceptos, y su *The princess, a medley* es un precioso poema semirrealista semifantástico. En 1850 dió á la estampa un tomo de poesías con el título de *In memoriam*, dedicado á su amigo Arturo Hallam, fallecido hacía poco: en las composiciones de este libro se refleja toda el alma y toda la ternura del poeta. En 1851, Tennyson fué nombrado *Poet laureate* y vió aumentar considerablemente su fama con la *Ode on the death of the duke of Wellington* (1852), con su *Maude* (1855) y sobre todo con sus *Idylls of the King* (1858), colección de narraciones poéticas relativas al legendario rey Arturo, que más tarde se completó con *The Holy Grail* (1869), *Tristan and Iseult* (1871), *Gareth and Lynette* y *The last tournament* (1872). Además publicó *Enoch Arden* (1864) y *The Window or the songs of the Wren* (1870) y otras muchas obras que sería prolijo enumerar.

Como autor dramático ha escrito *Queen Mary* (1875), *Harold* (1876), *The Falcon* (1879), *The Cup* (1881), *The promise of May* (1882) y *Becket* (1884).

Otras de sus obras son: *The lover's tale* (1879); *Ballads and other poems* (1880), *Tiresias* y *Locksley Hall, sixty years after* (1886).

La tendencia poética de Tennyson es principalmente contemplativa; de aquí que sus descripciones de la naturaleza y de la vida del espíritu puedan con justicia ser calificadas de magistrales. Poeta lírico por excelencia, apenas deja entrever en sus composiciones el drama íntimo, el hecho humano de que dimanan las efusiones de su pensamiento; la realidad se confunde en él con el ensueño; sus personajes son, por decirlo así, intangibles, y aunque á veces despunta en sus obras el rasgo realista, Tennyson casi siempre rinde culto al más puro idealismo.

La Universidad de Cambridge ha honrado á Tennyson colocando en su Biblioteca el busto de este gran poeta, y la de Oxford concediéndole el grado de doctor.

En 1884, la reina Victoria, entusiasta admiradora de sus armoniosos versos, le elevó á la dignidad de par del reino, otorgándole el título de barón de *Altworth.*

Broma pesada. – Lo es, en efecto, la que algunos amigos guasones han jugado al protagonista de esta escena, enviándole una supuesta misiva en que la dama de sus pensamientos se mostraba dispuesta á huir con él y le daba cita para llevar á cima el proyecto.

Cierto que pecó de ligero nuestro hombre, no tratando de asegurarse de la legitimidad de la carta y acudiendo, sin más ni más, con sendos caballos para él y para su compañera al sitio y á la hora que en aquélla se le indicaban; pero ¿no sabemos, por ventura, que lo primero que hace el amor al apoderarse de un corazón es cubrir con tupida venda los ojos del enamorado?

En resumen; llegó la hora marcada y el burlado galán comprendió tarde el engaño. Es de suponer que los autores de la pesada broma no dejarían de presenciar ocultos el efecto de su plan y de reirse á más y mejor á costa del cándido amigo.

Todo esto se desprende del bello dibujo que reproducimos, en el que, aun estando de espaldas el personaje, se adivina la impresión que debe reflejarse en su semblante, y aun sin estar en escena los burladores se presiente su presencia para gozarse en la comprometida situación del infeliz burlado.

Apio Claudio en el Senado romano, copia de un fresco de César Maccari, existente en el palacio del Senado de Roma. – Obligado á abandonar la Macedonia, que por un momento tuvo bajo su poder, y llamado y tomado á sueldo por los tarentinos en guerra con los romanos, mecíase Pirro, rey del Epiro, en las más halagüeñas ilusiones y acariciaba las más dulces esperanzas soñando con un imperio que comenzara en Roma, continuara por Sicilia y Cartago y terminara en Grecia, aspiración suprema del príncipe de los moloses. Tras algunas victorias obtenidas no sin grandes pérdidas sobre sus enemigos, acampó en las colinas que rodean á Roma y envió á su consejero Cineas á los romanos, proponiéndoles la paz.

Ya el Senado romano, amedrentado por las derrotas sufridas y dominado por la elocuencia de Cineas, se disponía á entrar en negociaciones con Pirro, cuando el viejo censor Apio Claudio el Ciego, conducido por sus cuatro hijos, todos los cuales habían sido cónsules, se presentó ante la Asamblea y pronunció un fogoso discurso, terminando con estas palabras, que fueron la respuesta que en definitiva obtuvo Cineas de los senadores: «Si quiere la paz – dijo – que empiece por salir de Italia.» El patriotismo de Apio Claudio salvó á Roma y á la Península: Pirro, derrotado en algunos combates y vencido por la grandeza de ánimo del pueblo romano, acabó por evacuar la Italia.

El notabilísimo pintor italiano César Maccari ha estado en extremo feliz al escoger para uno de los frescos del actual palacio del Senado de Roma, cuya ejecución le fué encomendada, este interesante episodio de la historia romana. Y no menos acierto ha demostrado en la ejecución del asunto: su composición es grandiosa, como la índole del motivo escogido exige, y la pintura abunda en toques enérgicos propios de la situación que reproduce; no hay en ellos confusión á pesar de las numerosas figuras que aparecen hábilmente agrupadas, ni monotonía no obstante predominar en la misma el color blanco de las senatoriales togas. Las figuras, llenas de expresión y naturalidad, están perfectamente sentidas, sobresaliendo entre ellas la del anciano ciego y la del emisario de Pirro, que airado y sorprendido se levanta de su asiento al ver escapársele de las manos la tan codiciada victoria.

Es, en suma, una pintura digna del asunto que representa, del edificio á que está destinada y de la fama que ha alcanzado su ilustre autor.

Los hermanitos, cuadro de José M. Marqués. – Tantas veces hemos elogiado á nuestro querido colaborador, que forzosamente hemos de incurrir en repeticiones cada vez que publicamos alguna de las preciosas composiciones de su pincel salidas. Cada nueva obra suya es una confirmación del juicio que siempre nos ha merecido el Sr. Marqués, á saber: que sabe *ver* la naturaleza y reproducirla, que sabe sentir sus figuras y

hacerlas sentir á los demás; que sus cuadros, en suma, son de los que verdaderamente deleitan, y que para llegar á este resultado nunca tiene que apelar á falsos efectos y sí sólo á lo que sus ojos de artista de verdad descubren y á lo que su delicado sentimiento le dicta, dando á lo concebido una forma elegante y simpática y un colorido armonioso, brillante y exacto.

En *Los hermanitos* se descubren desde luego estas cualidades, y por esto estimamos inútil hacer á este cuadro aplicación especial de lo que dejamos dicho; aplicación que, por otra parte, harán mejor que nosotros los que lo vean y que de fijo serán de nuestro mismo parecer.

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCION

POR AUTORES Ó EDITORES

REVOLTILLO, *por D. Gonzalo Picón Febrés.* – Con este título ha publicado el distinguido escritor venezolano una colección de interesantes artículos políticos y literarios. En los primeros se estudian algunos hechos y algunos hombres de la historia de Venezuela, y en los segundos se reflejan los juicios del autor sobre asuntos de críticos, se describen impresiones de viaje y se contienen entretenidas narraciones.

Bien pensados y bien escritos, los trabajos del Sr. Picón Febrés constituyen una amena y provechosa lectura y justifican el renombre que ha alcanzado el autor del *Parnaso venezolano, Fidelia* y de las *Semblanzas y estudios literarios.*

***

LA CIRCULACIÓN DE LA MATERIA Y DE LA ENERGÍA EN EL UNIVERSO. *Nuevo ensayo de filosofía natural por D. Manuel Crespo y Lema.* – Como su título lo indica, es esta obra, que acaba de publicar en Jerez el Inspector de Ingenieros de la Armada, retirado, D. Manuel Crespo y Lema, un estudio de los fenómenos naturales explicados por las leyes de la materia. Partiendo de las evidencias físicas, como tales reputadas por la moderna ciencia, analiza esos fenómenos y los explica por medio de una nueva hipótesis, que aplicada á la Astronomía permite al Sr. Crespo hacer gala de los conocimientos científicos que en toda la obra campean. En ésta se estudian la materia, los agentes físicos, el sistema solar, la historia de la tierra, la estructura y vida del Universo y los principios de las ciencias físicas.



LOS HERMANITOS, cuadro de José M. Marqués

REGLAMENTO DEL MONTEPÍO PROVINCIAL DE BARCELONA PROTECTOR DE LOS OPERARIOS DE LA EDIFICACIÓN. – Es tan laudable el pensamiento que ha guiado á los organizadores de este Montepío, que no dudamos merecerá la protección de cuantos se interesen por aliviar la suerte de la clase obrera; para fomentarla se establece en el Reglamento la clase de socios protectores y se admiten para la Sociedad los donativos de las personas caritativas.

Para demostrar que el Montepío es digno de esta protección basta simplemente consignar los fines del mismo, que son: 1.° Procurar el mejoramiento y seguridad de los medios auxiliares de la edificación para evitar en lo posible las desgracias de los operarios; y 2.° Subvenir, cuando sea dable, á los obreros que sean víctimas de algún accidente desgraciado y en su caso á las familias de los mismos.

Estos fines los realiza, en nuestro sentir, por completo el Montepío, y por ello merece plácemes la Comisión organizadora, en la que figuran conocidos arquitectos y maestros de obras y de la que es presidente el distinguido arquitecto don Modesto Fossas y Pi.

***

ADVERTENCIAS

Siendo en gran número los trabajos literarios que recibimos para LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA y en la imposibilidad de contestar á todos los que con ellos nos favorecen, debemos advertir que sólo contestaremos á los autores de los artículos que aceptemos para insertarlos en este periódico.

No se devuelven los originales.

***

Suplicamos á nuestros corresponsales y suscriptores, especialmente á los de América, nos remitan cuantas fotografías de monumentos, obras artísticas, etc., consideren propias para ser publicadas en la ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, acompañándolas de los datos explicativos necesarios. En caso de que sean admitidas, tendremos el gusto de consignar, al confirmarlas en las columnas de nuestra publicación, el nombre de la persona que nos haya honrado con el envío de las mismas.

Asimismo agradeceremos la remisión de todas las noticias que tengan verdadero interés artístico ó literario.















IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustracion Artística

Año IX — Barcelona 24 de noviembre de 1890 — Núm. 465

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



LA PRIMERA NOVELA, cuadro de L. Winnigerode

SUMARIO

EL MOVIMIENTO LITERARIO

EN LA ÚLTIMA QUINCENA

I

Como en los quince días que acaban de transcurrir está incluso el día litúrgico de los muertos, no hay para qué ocultar cuánto la muerte habrá embargado los espíritus, y menos omitir que aquellos queridos seres, apartados por el sepulcro de nosotros, han vuelto á nuestro lado, en recuerdos parecidos á verdaderas visiones, cuando las campanas doblaban y tañían, difundiendo por los aires funerales acentos y por las almas luctuosas endechas. La tradición histórica, la costumbre secular, el vínculo de hábitos legado por una generación á otra generación, verdaderamente no pueden hoy conservarse con aquella fidelidad en las grandes ciudades con que se conservan en los pueblos pequeños. De muchacho, parecíame á mí la torre, allá en el templo parroquial único de mi pueblo, algún ser animado, cuyas voces me transmitían desde las alturas y me despertaban en lo profundo múltiples y muchas veces encontrados afectos, según que tocasen las campanas á Viático, muerto, morichuelo, nube, fiesta, regocijo, alegría. Un campanario muy resonante despierta por toda una comarca emociones idénticas. A sus ecos, ya saludáis la estrella del mar en los dos crepúsculos, matutino y vespertino del día; ya sabéis el momento en que á la Misa Mayor diaria el sacerdote alza la Hostia y el Cáliz consagrados; ya oís, antes que los estampidos del trueno, las lenguas de bronce conjurándolo; ya, en el momento de acostaros, evocáis las almas del purgatorio, y al rezar por ellas un Padrenuestro, sentís que os rozan los labios con su aliento místico y con sus alas invisibles la sien. Mas en Madrid, en Barcelona, en París, imposibles todas estas emociones religiosas, habituales entre los comarcanos, allí donde pequeña población se agrupa en torno de grande Iglesia, rematada por torre altísima. Sin embargo, Madrid conmemora los difuntos con una función semi-teatral y semi-religiosa, con la representación de *Don Juan Tenorio*. ¡Dichosa leyenda! Cuajada en Sevilla, donde á porfía el Guadalquivir y el azahar, cantados por los poetas, despiden inspiraciones; animada por el estro de Tirso en drama parecido á un Auto Sacramental gigantesco, cuyos protagonistas resultan el mundo con sus locuras y la eternidad con sus castigos; renovada en el teatro clásico por Moliere y en el teatro romántico por Dumas; puesta en música inextinguible por Mozart; el Convidado de Piedra, como el Quijote de Cervantes, da escalofríos de miedo al niño aterrado, y al sabio pensamientos de profunda y reveladora filosofía. Imposible, con el vigor de inspiración siempre vivo en la persona del mayor poeta legendario que han conocido las edades, de Zorrilla, imposible se sustrajese tal tradición á su numen maravilloso. Y así como en Granada libó la mágica leyenda de *Alhamar*, en Toledo la célebre de *A buen juez mejor testigo*, ha topado en Sevilla con la tragedia del *Don Juan*, y hala impreso con versos calderonianos en la mente y en la boca de nuestro pueblo Por mucho que nos adhiramos á la vida, por poco que nos curemos de la muerte, un problema como este de la eternidad surgirá siempre á los ojos del alma, tendida entre dos misterios igualmente indescifrables, el enigma de sus orígenes y el enigma de sus destinos. Aunque lo infinito por doquier nos rodee, tanto dentro como fuera de nosotros, acostumbra la razón á expresarlo en fórmulas tan exactas, mas tan secas como los signos algebraicos. Pero la imaginación del poeta, con sus intuiciones, con sus adivinanzas, con sus profecías, agorera cual esas aves que parecen recibir confidencias á un tiempo del cielo y del mar, que se truecan en presagios, anunciados, ya con aleteos, ya con gritos, penetra en el seno de los misterios eternos y nos trae al oído en odas inextinguibles triunfos sobre la muerte y anticipaciones de la inmortalidad. Si no tuviese yo ninguna otra razón para creer que la fe y la poesía jamás morirán en España, bastaríame ver cómo acuden las muchedumbres al *Don Juan Tenorio* y aclaman todos los años por un mes continuo al inmortal autor del maravillosísimo drama.

II

Y necesitaba el poeta este desagravio, porque una crítica, originada de cierta intelectual anemia y propensa de suyo á la nota pesimista, emperróse con tal tenacidad en creer verboso copiero al hombre genial y en decirlo, que muchas gentes vulgares, incapacitadas de tener propio juicio, creyeron á la bruja desdentada bajo su palabra, y arrinconaron en los olvidos del menosprecio tal maravilla, en guisa de los ignorantes, que suelen echar á los ratones de sus desvanes los cuadros y los tapices preciosos. Hase necesitado una generación de alma sintética, cual esta que renovara en los últimos lustros nuestra sociedad, para que haya vuelto á oirse la voz de los siglos en la poesía de Zorrilla, y pueda prometerse mañana el poeta morir en ocaso resplandeciente de gloria, como pide su incontestable inmortalidad. Otra injusticia, no menos odiosa, nuestro tiempo ha reparado en estos últimos días: la injusticia cometida con Lamartine por los lustros anteriores Un grande hombre verdadero en toda la extensión de tal palabra; un poeta que había hecho música melodiosa, italiana casi, lengua para el ritmo tan difícil como la clara y exactísima lengua francesa; un historiador capaz de resucitar las edades muertas con sus evocaciones mágicas; un político de tal desinterés y de tal elevación que superaba en cien codos á tanto positivista y utilitario como pululan en los congresos y en los gobiernos; un orador de primer orden, á quien jamás faltó la vena rica y la improvisación pronta, llegó á convertirse por una serie de tópicos ineptos lanzados contra su gloria en personaje tan odioso, que yo, durante mi emigración, vi un día en los alrededores del Instituto á escolares contagiados por el universal error, mostrándole los puños crispados por el odio y dirigiéndole, como traidores tiros asestados á hurtadillas, los más soeces insultos. Y sin embargo, el grande hombre había oído la voz de todos los seres y anotádola en estancias melodiosas ó en sinfonías épicas; recorrido el Oriente y dejado en torno de todas las ruinas sacras los enjambres luminosos y las mieles dulcísimas de sus incomparables inspiraciones; resucitado en una obra inmortal donde se mezcla el trágico estro de las letras helenas con la verdad histórica de nuestro siglo crítico, los titanes de la revolución, creadores y mártires de sus propias creaciones; con su palabra destrozado un trono, que no volvió á levantarse, y hecho una república, que salvara él, si los seres abortivos sociales pudieran salvarse cuando llegan inoportunamente y sin preparación á vida y luz; impulsado y detenido la democracia con su verbo sobrenatural; puesto tanta conmoción en el espíritu de sus coetáneos y dejado estelas en el espacio tan esplendentes y luminosas, que ya su nombre, por cíclico, va penetrando, cual si atravesáramos una edad lejana y de indecisa historia, en los cielos, donde los pueblos esbozan sus símbolos expresivos de dogmas religiosos y extienden alrededor de reales y verdaderas figuras todos los ensueños de la tradición y todos los arreboles de la leyenda.

III

Las colinas de Macón, tan admirablemente pintadas por el poeta, quien conocía con igual ciencia y amaba con igual intensidad la naturaleza y la historia, en el mes de las vendimias han resonado con el nombre á cuya virtud sublime deben un espíritu y una voz. El claro laguillo, con la celeste superficie, donde cayeran como notas de cristal las palabras destiladas de sus labios, juntas con las gotillas destiladas de sus remos; aquel espejo de un alma tan pura y de un cielo tan azul, ha merecido la visita de muchas peregrinaciones y aumentado sus caudales con los tributos de muchas lágrimas. ¡Cuántos de los peregrinos habránse parado á columbrar sobre los montecillos rojos cubiertos por viñas todavía verdes y bajo los sarmientos de parrales muy espesos y las ramas de higueras muy frondosas la modesta casita, so cuyos techos todavía cantan, á manera de golondrinas, en bandadas, las ideas vívidas de cien inmortales poemas! ¡Cuántos, por aquella región, que parece vestíbulo de Italia, se habrán recogido á leer la muerte de Sócrates, descrita en palabras que creeríais dictadas por Platón redivivo; y la cena última de los girondinos, que parecía, según la pluma de Lamartine, el banquete de la inmortalidad helena bajo los plátanos del Pireo ateniense, las agapas de los mártires cristianos bajo la persecución de los césares en el abismo de las Catacumbas! Y si, entre los festones de las cepas, á la sombra de los nogales cargados de frutos, al pío de las avecillas y al susurro de los arroyos, pudiera una plaza pública rehacerse con la imaginación, ¡cuántos hubieran recitado aquella inmortal arenga demosteniana de la bandera roja, que levantaba con sus frases al orador hasta la sublime altura del héroe y hacía de sus labios las vibrantes armas á cuyos golpes se desplomaban en el polvo los monstruos de la demagogia y de la anarquía! Lo cierto es que á la cita, dada por un municipio con el noble fin de honrar un muerto inmortal, han acudido, así los que representan el Estado y representan la ciencia en los altos montes de la sociedad, como las muchedumbres que, por las honduras, recogen alguna emoción en esas concertadas cadencias, donde se compenetran y se consubstancializan la forma con la idea, para que puedan recorrer toda la gradación del humano entendimiento y arrastrar, así el candor como el saber, en sus incontrastables atracciones. Para concluir: mucho debemos holgarnos con que acaben los pueblos por saber lo que les valen y lo que les importan sus grandes hombres. Cuantos mayores ideales haya en las cumbres del espíritu y dioses mayores en los templos del arte, la conciencia popular brillará más y la voluntad popular más se acerará; porque cada ciudadano de un pueblo en particular y todos en general viven del calor que despiden las ideas luminosas y del poder que tienen los grandes ejemplos, en esa Iglesia, inmortal asociación de inspiraciones y de recuerdos, bajo cuyas losas duermen los esqueletos y por cuyas cúspides vuelan las almas, conocida con el esclarecido nombre de Historia nacional.

IV

Y este culto á las grandes ilustraciones debe promoverse y fomentarse, tanto más, cuanto que se quejan todos los críticos á una del decaimiento de las artes y de las letras, quienes pasan por largo período de tristísima esterilidad. Alemania, especialmente, cuyo espíritu brillaba en literatura cuando al par brillaba en filosofía, hoy parece despojada por un hado adverso de todo genio, ya indagador ó ya inspirado. Su teatro no cuenta con un Lessingh y con un Schiller, cuasi, en su decadencia, reducido á repetir sobre las tablas los problemas socialistas planteados por los periódicos. No tiene otro argumento el drama hoy en boga, escrito por autor como Wildembruch y representado en teatro como el alemán de Berlín. Alondra se llama la protagonista, en quien representa el dramaturgo una joven jornalera de nuestras fábricas, embargada por su faena continua en los horrores del trabajo fabril, que seca los más floridos años, y expuesta por su condición á las asechanzas de fabricantes y capitalistas que renuevan en sus vicios propios ciertos malos usos feudales. Por este símbolo, evocado en las tablas, comprenderéis cómo se halla el espectador en pleno espectáculo socialista; y así, constreñido á oir cuantas disertaciones le dicte al autor, apóstol y dogmatizante, el viejo lexicón de la vulgar y conocida escuela. Sin embargo, hay que agradecerle una singularidad, imposible quizás en otros dramas ó novelas del mismo género y dogma: la presentación de un fabricante bueno. Lo es, y mucho, Augusto, al punto de que, perdido, á las sugestiones de un amor puro, por la incomparable Alondra, no le tiende red ninguna para prenderla y enredarla en el deshonor consiguiente al vicio; la quiere por esposa. Al revés el consocio suyo Hermán, viejo verde, gastado en sensuales goces, cuyo virus por tal modo penetrara en las telas del corazón y en las entrañas del espíritu, que lo ha connaturalizado con una especie de ateísmo en guerra con toda virtud femenil y en seguridad plenísima de que ninguna resiste al halago de la influencia social y del dinero sonante. Pero Alondra no escucha el reclamo al hogar de Augusto, ni el reclamo al burdel de Hermán. En el paso de la niñez á la juventud conoció un jornalero como ella, pobre de suyo, sin más patrimonio que los robustos brazos y sin más recurso que el continuo jornal, pero bueno, sano, hermoso, enamoradísimo de ella, con quien desea vivir, si pobre, ho-



EN LA CELDA DEL PINTOR, cuadro de Vicente Volpe, grabado por Bong

nestamente; y no la disuadirán de tal propósito, del propósito de hacerlo feliz, ni las puras ofertas de un pretendiente honrado como Augusto, ni las torpes celadas de un seductor perverso como Hermán. Aquél busca más todavía que este último las miradas de la que requiere por esposa, y no la deja vivir con sus repetidas instancias, las cuales llegan hasta pedirla en casamiento á sus padres, muy pagados de semejante proporción para su hija. Descosa la pobre Alondra de huir á los requiebros de Augusto y desengañarle de sus esperanzas, abre su pecho al seductor, y le dice que ni él ni su camarada conseguirán favor ninguno de un corazón como el suyo, desde la niñez consagrado á una sola eterna pasión amorosa, consubstancial con su vida; por todo lo que ruégale de rodillas la saque de un lugar en el que hasta sus padres conspiran contra su ventura. El malvado le ofrece, al oirla, sacarla del establecimiento fabril aquella misma noche, para conducirla donde habita su novio, y con tal pretexto la encierra dentro de su propio cuarto, en cuyo apartado recinto la emborracha para saciar en ella sus torpes apetitos. Pero, en el ardor despertado por los bebedizos, que prestan pesadez al cerebro y á la respiración dificultad, la Alondra se dirige hacia las ventanas en pos de ambiente puro. y las abre con rapidez y fuerza en el momento mismo en que su infame requeridor le dice las palabras más furiosas y cree asirla en sus brazos y estrecharla contra su pecho, perdiéndola para siempre, mas hartando la voraz y pasajera pasión de viejo voluptuoso y epicúreo. Al abrir la ventana, encuentra la infeliz al novio, que la ronda, y vuelta por tal aparición á su natural sentido, pide socorro, que obtiene por el arrojo de aquel que ella prefiere, huyendo á las asechanzas, así honestas como deshonestas, contrarias á que fundara en la virtud y en el amor toda su felicidad. Tal es el drama.

V

Pero ¿por qué hablar de otros dramas, cuando no hay verdadero interés ahora sino por el drama de Sardou, por *Cleopatra*, que representa en el viejo teatro de la Puerta San Martín artista de suyo tan maestra y por la fama tan preferida como Sarah Bernhardt? Yo no puedo contar las críticas múltiples que ya he leído y las noticias que ya he cosechado de obra y de representación tan excepcionales. Y, sin dejarme llevar de ninguna superstición, debo decir que hame parecido el drama una empresa industrial de Sardou, y la representación un capricho femenil de Sarah. Leyendo y releyendo los innumerables comentarios puestos por la prensa parisiense al drama, deduzco sin esfuerzo la subordinación del argumento á las decoraciones, de las decoraciones á los trajes. y de los trajes, de las decoraciones, del argumento, del desempeño, de todo aquello, á la verdadera protagonista, es decir, á la culebreja cogida en cualquier jardín y puesta sobre la garganta de la primer actriz para evocar el áspid, de cuyo aguijón obtuvo la histórica y verdadera Cleopatra su deseada muerte No comprendo cómo Sardou se arriesga por las escabrosidades sublimes del drama trágico, cuando no pasa de ser un eximio vaudevillista, ni cómo Sarah se pierde y embosca entre las esfinges y los jeroglíficos, cuando la primer actriz del planeta en *Frou-frou* y en la *Dama de las Camelias*, fracasa por completo siempre que representa la Sol de nuestro *Hernani* ó la Hija de su *Roldán*. Cierto diplomático me decía la otra noche, tras dos asistencias á las dos representaciones primeras, que había puesto el público y concentrado su atención en la terraza de Menfis á las orillas del Nilo, en los modistos de la calle de San Agustín que han recortado los riquísimos trajes del maravilloso vestuario, y en la cesta de higos donde viene la especie de lombriz que luego se ciñe á la garganta para ocultarse hasta la hora de aquella muerte histórica en el pecho de la falsa Cleopatra. Y digo falsa en el sentido, no de fingida, de falsificada; porque tras Cleopatra Ptolomea sólo se descubre á Margarita Gauthier, como en Sardou tras sus arreglos prosaicos un sacristán de las letras hombreándose con cuatro grandes hombres como Plutarco, Lucano, Calderón y Shakespeare. Así han tratado los dos ilustres é irreverentísimos, actriz y autor, á la hija del Oriente y Grecia; entroncada con los dioses, inscrita en la más ilustre raza del mundo y del tiempo; descendiente de aquel Alejandro, en cuya presencia se pierden y en cuya lumbre se obscurecen todos los genios habidos; con los Ptolomeos, los padres de cien reyes, los intérpretes del cielo y los sacerdotes del pensamiento por progenitores; con las estrellas de mil nombres helenos, á cual más glorioso, en su corona; que tuviera dentro de la Ciudad Eterna litúrgicos altares en templos donde se atropellaban los Pontífices y los augures para idolatrarla; que reinó sobre aquel Egipto, á cuyo seno fueron los filósofos y los historiadores en pos de los misterios; señora de Libia y sus desiertos, cuyos límites no ha conocido y menos todavía señalado la ciencia; señora de Cyrene, fundada por la hermosa ninfa que huyó á los besos de Apolo y fecunda en florescencias de ideas; señora de Chipre, donde Venus encontró su cuna y el amor su oriente; señora de Creta, que presenció la transformación de los dioses asiáticos, informes como fetos, en dioses griegos, trayendo los resplandores del humano espíritu sobre sus sienes pentélicas; señora de Siria, el suelo de las magias y de las hechicerías, el patrimonio de los Seléucidas; señora de Tiro, que enseñó á los hombres cómo se truecan los jeroglíficos indescifrables en letras del alfabeto y cómo se cambian los productos del trabajo en las relaciones del comercio; la misma que había visto pasar todas las ideas paganas en procesiones gigantescas, y caer de rodillas á sus pies todos los reyes asiáticos, y llegar en tropel llamados por sus evocaciones todos los dioses conocidos á sus capillas hechiceras; la que compartió el trono de Julio César y el tálamo de Marco Antonio; la que se alzó junto á la Victoria Romana en el Capitolio y mereció en Alejandría santuarios; la que hablara con diez embajadores distintos en sus respectivas diversas lenguas; la que conociera desde los pensamientos hasta los astros, desde las matemáticas hasta la metafísica, desde la historia de los seres criados hasta la historia de los sistemas filosóficos; emperatriz en los palacios, musa en las artes, amazona en la guerra, sibila en el templo, maga en el augurio, teúrgica en la fe; cuya existencia representa la tentación del Asia con sus filtros y sus quiromantas y sus astrólogos al genio de Occidente, positivo ya entonces, y cuya muerte la extinción de las viejas teogonías derribadas todas ellas sobre su lecho mortuorio, entre los obeliscos y las esfinges, para dejar paso á los albores del espíritu cristiano y á la exaltación de un solo Dios.

EMILIO CASTELAR

SECCIÓN AMERICANA

LOS AMORES DE SAN ANTONIO

A mi querida prima Luisa Lacal

Nuestro querido amigo el rico minero catalán don Andrés Lloveras nos había invitado á pasar ocho días recorriendo la quebrada de Chaupi-Huaranga y á las diez de una mañana saltábamos ligeras como plumas tres intrépidas amazonas sobre nuestros hermosos caballos, sin temor al suelo ni al cielo. Los caminos con un metro de barro y las nubes amenazando chubascos, de aquellos que no se parecen á los chubascos de otras regiones, no nos infundían temor alguno. Ibamos pertrechadas: los ponchos de vicuña y las bufandas nos preservarían del frío; los *ponchos de jebe*, ó impermeables de montaña, impedirían que nos llegase el agua á lo vivo.

A las doce estábamos almorzando en Paria, hacienda mineral de nuestro simpático acompañante y de su socio, otro buen compatriota, don Miguel Gallo Después de almorzar opípara y alegremente y de pasear, entre los circos de amalgamación y los *ingenios*, cuyas ruedas girando sin cesar alrededor del cárcavo trituran el metal, y de enterarnos como buenas curiosas de todas las faenas del *beneficio* argentífero, proseguimos nuestro viaje tan alegres y revoltosas, que á nuestro galante anfitrión y compañero de paseo le *sacamos* en aquel viaje canas verdes.

Siete leguas largas de talle nos faltaban para llegar al término de nuestra primera excursión, y una hora escasa debían tardar las nubes en levantar las compuertas de los grandes acequiones que riegan la tierra.

Ibamos á *tomar temperamento*, como allí se dice, á buscar clima templado, y con este pretexto nos trasladábamos del Cerro de Pasco á Visco, en donde poseía un verdadero nido, oculto entre montañas

nuestro cariñoso *taita* Lloveras, como le llamábamos con afecto profundísimo.

Cuidaba éste de nosotras con paternal solicitud, impidiéndonos *diablear* y separarnos del camino que nos trazaba á causa de las ocultas y muy hondas charcas extendidas por la *pampa* (llanura).

Trotábamos largo sobre mullida alfombra, traidora y encharcada, pues con apariencias de un verde seductor ocultaba pantanos en donde los caballos se hundían hasta los ijares.

La *alfombra* que con agrado nuestro pisaban los caballos, chapoteando el agua y mojándonos los *ropones* hasta empaparlos, veíase levantada á grandes trechos; y cuál no sería mi asombro al saber que aquellas que á mí me parecían casitas diseminadas por acá y por acullá, eran montones de la capa verde levantada por los indios, para una vez seca utilizarla como combustible.

El indio no aprovecha lo que le sobra, pero tampoco carece de lo que le falta.

Así, con la *champa*, como llama á la corteza de la tierra, suple la leña que no tiene; pero ni usa ni utiliza para sí la muchísima hulla que sobra en aquella región peruana, y que por falta de vías de comunicación no puede transportarse á la costa ni á los grandes centros.

Se acabó por fin el piso alfombrado, que más parecía extenderse cuanto más adelantábamos, y salimos de la *puna* (altura llana y fría), llegando á lo alto de la quebrada de Chaupi-Huaranga, á la bajada de San Antonio.

Las elevadas peñas que habíamos divisado dos leguas antes se nos presentaron admirables, bellas y semejantes á un centinela que guardase el paso de la quebrada y al cual había que rendir tributo de admiración antes de comenzar el descenso.

– Veamos, nos dijo el *taita* Lloveras. ¿Qué distinguen Vds. en el picacho más elevado de esas rocas?

Hicimos alto y nos volvimos todas ojos.

LAS REPRESENTACIONES DE LA PASIÓN EN LA ALDEA DE OBER-AMMERGAU



Camino de Ober-Ammergau



Espectadores dirigiéndose al teatro

Virginia Ortiz de Villate y Corina Ariza, que así se llamaban mis lindas compañeras, respondieron que veían peñas de punto inglés. Y verdaderamente que parecía de encaje aquel grupito, vástago orográfico de los Andes, afiligranado por la crudeza de la intemperie y hermoseado por el transcurso de los siglos, que de modo tal habían calado y festoneado las imponentes rocas.

– Fíjense Vds. bien, insistió nuestro caballero.

Nos dimos por vencidas después de mirar y remirar.

– ¿No ven Vds. un San Antonio con su niñito en brazos?

¡Oh poder de la imaginación!

Las peñas cambiaron de aspecto á nuestros ojos: ¡ya lo creo que lo veíamos! Pero ¡qué tontas! ¡No haber caído antes!... Pues si estaba tan claro,... tan patentísimo... Un San Antonio, sí, señor: con el niñito en el brazo izquierdo. ¡Y qué bien hecho! ¡Qué redondita la cabeza del rorro! ¡Qué admirablemente dibujada la del santo!.. hasta los dedos se le distinguían... ¡A poco más hubiéramos podido apreciar el color de los ojos!

Acordamos llamarnos ciegas y bobas, y sabe Dios cuántas cosas más.

– ¿Qué quiere decir esto, *taita?*, preguntamos al señor Lloveras. ¿Se debe esa imagen á casualidad ó á humorada de un escultor anónimo?

– Es un milagro, según la tradición cuenta.

– ¿Y sabe V. la tradición?

– ¡Ya lo creo!

– ¡Cuéntenosla V.!

– ¡Vaya, vaya, *niñitas, niñitas!*, debemos apretar el paso: nos restan más de tres leguas de bajada y la tormenta ya ruge cercana: pongámonos los *ponchos* de agua para no hacer otra parada, y á picar duro, ¿eh?

– Bueno; ¿pero nos contará V. el milagro cuando lleguemos á Visco?

– Esta noche de sobremesa.

– ¡Adelante, pues!

Y *salimos escapadas* comenzando á bajar la quebrada, que á primera vista ya nos infundía admiración y asombro.

Ibamos en fila, pues apenas dos caballos podían emparejarse; á la derecha teníamos el precipicio, á la izquierda la montaña poblada de chozas, sembrada de maíz y *papas* (patatas) y semejante á un tablero de damas por sus cuadros simétricamente dibujados.

Aquellos terrenos no tienen dueño, son comunes, y todos los años reparten las autoridades la porción que á cada indio corresponde, según sus necesidades y número de *familias* (hijos). El cura se llama también á la parte; y como el juez que mide y adjudica suele ser un indio, dicho se está que los mejores terrenos son para el padre de almas, que por cierto suelen ser éstos para los feligreses peores que malos padrastros.

El cultivo tampoco cuesta nada al *taita cora* (padre cura); pues cuando quiere reunir los gratuitos jornaleros, manda tocar de cierta manera la campana de la iglesia, y los indios que oyen al obscurecer el aviso ya saben que han de presentarse voluntariamente en la mañanita del siguiente día.

¡Y pobre del que reacio se mostrase!

Al infierno iría de cabeza cuando se muriese, ó tendría que dar al cura una cantidad no despreciable para la remisión de tan atroces penas, sin perjuicio de purgar preventivamente el desacato en la cárcel del pueblo ó soltar algunos pesos, aunque para reunirlos fuese preciso vender á su amigo más fiel, al borriquito.

Sorprendentes son los ejercicios de equilibrio que el indio se ve obligado á hacer para sembrar aquellas tierras. Excuso decir que ni bestias ni arado pueden ocuparse en las faenas agrícolas de la quebrada; mas como el indio es ingenioso para cuanto le conviene, aunque sea indolente y flojo para el blanco, ha ideado una manera de hacer surcos, pesadísima, interminable y fatigosa, pero de buen resultado y única, dadas las condiciones del terreno.

Calza la reja del arado en un palo largo y fuerte, dejando las orejas de la primera bastante salientes para poder enterrarla apretando con el pie izquierdo ó derecho, según la dirección; clava la reja, la hunde cuanto sus fuerzas le permiten y baja el mango echándose de pechos sobre él cuando el suelo está fuerte,



DURANTE LA REPRESENTACIÓN DE LA PASIÓN EN EL TEATRO DE OBER-AMMERGAU, dibujo de Luciano Davis

y sale la reja levantando la porción de tierra que inclina al lado conveniente, quedando así formado el surco tan hondo como sea menester.

Si un indio solo tuviese que cultivar mucho terreno de quebrada, seguramente pasaría el año arando y podría recoger el fruto primero sembrado, cuando terminase el último surco; pero como no tocan á grandes porciones de tierra, aprovechan el trabajo empleado.

No pudo soñar Virgilio para sus Geórgicas herramientas de labranza más primitivas ni raras que las usadas por el indio; y si bien es verdad que el padre didáctico de la agricultura se asombraría hoy, viendo arados de vapor, segadoras, trilladoras y demás instrumentos de utilidad y precisión, no es menos cierto que desecharía por rudimentarios los aperos que usan los descendientes de los Incas.

¡Y que les vayan con otros!

Mientras el *taita* Lloveras nos refería mil cosas respecto á usos y costumbres de aquellas gentes, caminaban nuestros caballos quebrada abajo y de veras que la tormenta nos alcanzaba.

En la opuesta ladera retumbaban los truenos, cuyo ruido venía de rechazo á estrellarse en nuestros oídos, descendiendo pausadamente por las ondulaciones y el cauce del río, cuya impetuosa corriente serpenteaba entre rocas y guijos con inusitada violencia.

Como los truenos tableteaban chocando encajonados en las estrechísimas gargantas de la aneróidea quebrada, empalmábanse el morir de uno y el apuntar de otro, infundiéndonos verdadero espanto.

Los relámpagos despedían vivísimo centelleo, y de vez en cuando hería nuestra retina el culebreo de una chispa que nos obligaba á cerrar los párpados apretándolos mucho.

Los caballos sacudían la cabeza moviendo nerviosamente las orejas, y resoplaban tascando el freno, que á duras penas contenía los ímpetus que la electricidad les comunicaba.

Fueron las nubes de plomizas tornándose negras, y la obscuridad nos impedía ya divisar la opuesta ladera, de vez en cuando iluminada por una centella que nos hacía lanzar gritos ahogados y miedosos.

Por fin las nubes se rasgaron comenzando á soltar cubas de agua sobre la tierra: aquello no era llover; era vaciar nieve líquida, y arrojar granizo con fuerza contra nuestras fisonomías, que no por muy embozadas dejaban de recibir alguna peladilla helada que nos hacía ver las estrellas.

—¡Corramos para guarecernos en aquel *chalet!*, dijo nuestro cariñoso compañero.

—¡No corramos, por Dios!, grité yo; los rayos persiguen á los cobardes; acortemos el paso.

Llegamos sin apresurarnos á lo que el *taita*, con muy buena sombra, llamara *chalet*, y que no era sino una cabaña hecha de adobes, á la cual daba acceso un hueco tan menguadito que nos fué preciso entrar casi á gatas.

La primera operación se redujo á vestir las monturas con nuestros impermeables, pues que lo peor del caso hubiera sido que se mojasen, y cuando cada cual se hubo cuidado de lo más importante, que era su respectiva cabalgadura, nos apercibimos de los infinitos seres que se hacinaban en aquella choza.

Había frente á ésta unas peñas llenas de agujeros apenas perceptibles, en donde era fama que anidaban *vizcachas* en abundancia, especie de liebres pequeñas, de carne sabrosa, pero que repugna á muchos europeos, sin que se me alcance el porqué de la repugnancia.

EVA CANEL

(Continuará.)

EL MUSEO DE BULAK Y EL MUSEO DE GIZEH

El Museo de Bulak ha desaparecido: los monumentos que lo constituían han sido trasladados al palacio del jedive, en Gizeh, y de hoy más, Museo de Gizeh habrá de denominarse el lugar en donde Egipto conserva y expone á la curiosidad de los viajeros sus antigüedades nacionales.

No sin sentimiento han tenido los sabios de todos los países noticia de este traslado. Desde que Said-Bajá había concedido á Mariette las ruinas de una mezquita transformada por Mohamed-Alí en edificios de explotación para el servicio de los vapores, el Museo había sufrido varias modificaciones. Instalado al principio en cuatro ó cinco pequeñas habitaciones construídas paralelamente al Nilo, que reproduce el *Album* publicado por Mariette, muy pronto fué trasladado á un edificio nuevo, situado á pocos metros de aquéllas y edificado en forma de escuadra en las orillas mismas del río. Restaurado desde 1878 á 1880, después de una inundación espantosa que por poco lo destruye; aumentado casi en un doble de su primitiva extensión en 1882, dueño de considerables terrenos en los cuales se alzaban sus almacenes provisionales y en donde se creía que se levantarían más tarde nuevas salas, parecía destinado á permanecer para siempre en el sitio en que Mariette lo construyera. Este Museo estaba cómodamente dispuesto, tenía buenas luces, era alegre visto al exterior y su proximidad al Cairo hacíale accesible á todas horas y sin la menor dificultad. El grabado núm. 2 representa la *Sala funeraria* á fines del mes de junio, cuando el director y sus ayudantes, de regreso del Alto Egipto, colocaban á lo largo de las paredes los monumentos adquiridos durante la última campaña de invierno. Siempre que esto sucedía, había que proceder á cambios de sitio, pues era preciso encontrar lugar para los recién llegados, ponerlos, en cuanto posible fuese, al lado de los objetos de índole análoga y de la misma época. Este año, lo recuerdo bien, acabábamos de descubrir la necrópolis de Akhmim y traíamos un botín inmenso: el gran sarcófaco de piedra, uno de cuyos extremos se ve en el grabado, había sido colocado, no sin trabajo. Esta pieza, perteneciente á la época griega, es curiosa por el nombre del personaje y sobre todo porque está á medio acabar, detalle que me había movido á llevarla, á pesar de lo mucho que pesaba: en efecto, sólo una parte de los motivos que la adornan está esculpida, el resto no está más que dibujado al pincel. Esta sala era una de las más pintorescas del Museo: en uno de sus ángulos se alzaba una tumba completa, la de Harhotpú, que había sido desmontada en Tebas y luego reedificada piedra por piedra. A lo largo de las paredes, en torno de las columnas, junto á las puertas, en todas partes, en suma, yacían alineados sarcófagos de momias de cara amarilla, verde, azul, rosa, rojo obscuro, oro reluciente que inspiraban miedo á nuestros guardianes árabes, los cuales, de noche, sólo por fuerza y temblando penetraban en aquella estancia, en donde les infundían pavor «aquellos ojos grandes y siempre abiertos que les miraban y que se proponían volverles locos.» En Bulak, creían los supersticiosos que esta sala y la contigua, la de las *Momias regias*, eran visitadas por el espíritu de los viejos egipcios cuyos cuerpos ó ataúdes reposaban en ellas.

La traslación á Gizeh es, á mi entender, lamentable, y me temo que algún día el gobierno egipcio se arrepentirá de haberla ordenado; los beduínos de la Gran Pirámide están demasiado cerca de aquella ciudad y conocen perfectamente el valor de los escarabajos y de las joyas, razones por las cuales no dormiría yo muy tranquilo si todavía estuviesen confiados á mi custodia tantos tesoros. Además, el palacio de Gizeh está pésimamente dispuesto para el nuevo uso á que se le ha destinado: las salas reciben la luz por los lados; la iluminación es, pues, deficiente, y una parte de los objetos queda envuelta en la sombra. Con las sumas gastadas en los transportes y en apropiar el edificio para el destino que se le ha dado podría haberse construído un Museo nuevo en terreno más á propósito. M. Grebant, actual director de las excavaciones en Egipto, se impuso, por consiguiente, una tarea ardua que ha llevado á cabo con notable habilidad, mereciendo los plácemes de todo el mundo, así de Oriente como de Europa.

Para formarse idea de las dificultades materiales del trabajo por él realizado, bastará tener en cuenta que hubo de hacer mover colosos de granito, sarcófagos, estelas, un piramidión de obelisco, puertas y tumbas antiguas, centenares de monumentos, cada uno de los cuales por sí solo constituía la carga de un barco, y que fué preciso bajar, embarcar, desembarcar y subir objetos, y todo ello con mil precauciones y cuidados exquisitos, pues la piedra está en muchos de aquéllos podrida ó disgregada y amenaza romperse al menor choque. El transporte de las antigüedades de pequeño tamaño era, quizás, más peligroso todavía, pues, aun prescindiendo del peligro del robo, considérese cuánto tiempo y cuántos cuidados hubo que emplear para embalar cerca de quince mil pequeños objetos de cristal, cornalina, madera y piedras diversas, todos friables por causa de su vejez y la mayor parte de los cuales medían apenas algunos centímetros de altura. Y añádase, además, á todo esto la obligación de no desmantelar el antiguo Museo antes de la partida de los turistas, que se efectúa en mayo, y el arreglo del Museo nuevo para que estuviese terminado antes de la llegada de los nuevos turistas, ó sea á mediados de noviembre. M. Grebant tomó tan bien sus medidas, que consiguió realizar sus trabajos dentro de los plazos prescritos. El Museo de Bulak quedó cerrado en mayo de 1889 y el de Gizeh se inauguró en diciembre del mismo año, con gran asombro de los egipcios, que no se atrevían á esperar se procediera con tanta rapidez.

La disposición interior del de Gizeh es muy notable: el decorado de las salas es, como puede verse en nuestros grabados 1 y 3, ese estilo bastardo de decadencia italiana que se encuentra en la mayor parte de los palacios y de las casas levantados en Egipto durante el presente siglo; y aun cuando este decorado no es el que más conviene al aspecto y á la naturaleza de los monumentos expuestos, M. Grebant ha salvado esta discordancia lo mejor que ha podido, con la ingeniosa disposición de los objetos, habiendo sabido agruparlos con habilidad tanta, que la atención del viajero se concentra enteramente en ellos y no se fija en los lamentables detalles de ornamentación. El grabado núm. 1, que representa la sala del antiguo Imperio (á falta de otros, consigno los nombres usados en el Museo de Bulak), dará una idea del modo cómo ha precedido: en medio de la sala álzanse las hermosas estatuas que por su valor artístico tienen derecho á estar colocadas en plena luz; puestas de cara á las ventanas, no pierden nada de su belleza á pesar de la claridad sobrado intensa que hasta ellas llega. Delante de las demás y rodeado de su tradicional verja de cobre, se distingue el *Scheik-el-beled*, esa admirable estatua de uno de los jefes de corbea que construyeron la Gran Pirámide: los que la vieron en la Exposición de París de 1867 pueden recordar la admiración mezclada de estupor que entonces produjo (1), pues nadie en Europa sospechaba que los antiguos artistas egipcios crearan obras tan magníficas ni tan espontáneas. Las dos estatuas de piedra caliza que aparecen á sus lados son de dos personajes de la quinta dinastía: Ti y Ranofir; la de este último se distingue por lo bien puesta que está la figura y por su hábil ejecución, cualidades que la ponen casi al nivel del *Scheik-el beled*. Las grandes estelas,

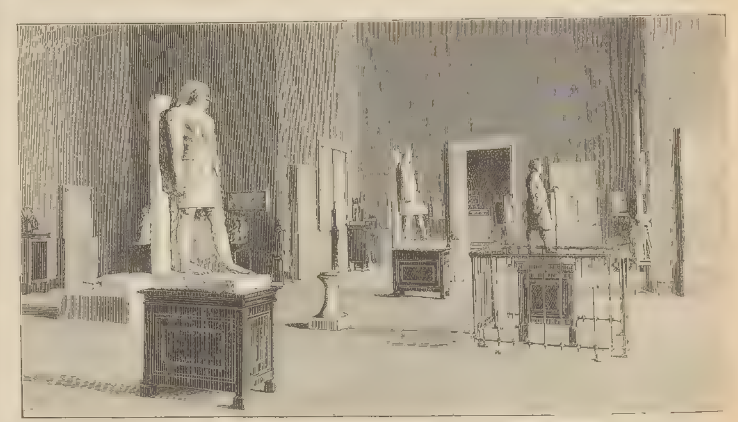


Fig. 1. El nuevo Museo de Gizeh. Salón del antiguo Imperio. (De una fotografía.)

(1) Una reproducción de la misma puede verse en el *Album photographique* de Mariette.

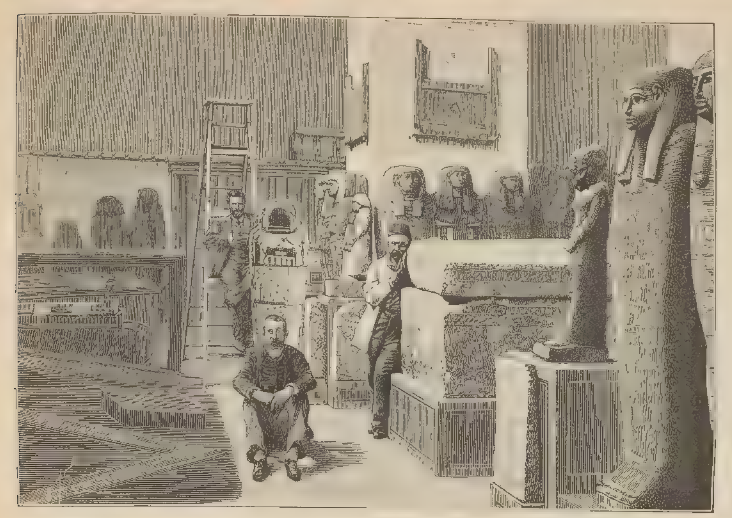


Fig. 2. Sala funeraria del antiguo Museo de Bulak. (De una fotografía.)

las estatuas de menos interés y los bajo-relieves están colocados á lo largo de las paredes y la luz que reciben no es tan buena como la que ilumina á aquéllas de aquí que en general llamen menos la atención de los visitantes, que los contemplan con mirada distraída, fijándose sólo en los objetos aislados en el centro de la sala. Por la puerta del fondo se distingue una parte de la sala vecina con sus estatuas y sus papiros colgados de las paredes

El grabado núm. 3 representa la nueva *Sala funeraria*; en el fondo una escalinata moderna ostenta sus dobles tramos y sus mesetas superpuestas. A la primera ojeada se ve cuán poco armoniza el decorado con el contenido de la sala; pero prescindamos de este orden de consideraciones La sala es obscura, y fácil es comprender cuánto trabajo habrá costado á M Grebant sacar buen partido de ella. Los sarcófagos que en la misma se ven son en su mayor parte los que también reproduce el grabado núm. 2, pero diseminados sobre el suelo de una sala demasiado grande. Por fortuna los huecos se llenarán pronto; Egipto, á pesar del pillaje de que es víctima hace algunos años, es todavía tan rico, que M. Grebant tendrá pronto á su disposición sarcófagos suficientes para poblar esta y todas las salas del Museo. Las momias de reyes de Deir-el-Bahari están reunidas en un salón del primer piso, encerradas en las mismas cajas de madera y cristal que tanto me costó procurarles: llégase hasta ellas por la misma escalinata que se ve en el fondo del grabado núm. 3, pasándose desde allí á otras salas en donde están expuestos los monumentos de regular tamaño, admirados de verse instalados cómodamente; muchos de ellos apenas podían ser contemplados en el antiguo Museo. Cierto que la inmensa mayoría del público se aprovechará poco de esta ventaja, pues en su mayor parte esos monumentos, aunque interesantes para la arqueología, no tienen ningún valor artístico; pero los sabios no dejarán de sacar de ello alguna utilidad, cuando menos la de poder comprobar con los originales las copias publicadas por Mariette.

No me detendré en describir el patio de cristales ni las obscuras salas que lo rodean: con lo dicho basta para dar una idea de lo que es el Museo nuevo y para indicar en qué se diferencia del antiguo.

El Museo de Bulak es actualmente un recuerdo del pasado, que ocupará un lugar glorioso en la historia. Al Museo de Gizeh le deseo una suerte más tranquila, un aumento en riquezas igualmente rápido y sobre todo una vida más dilatada.

G. MASPERO
Del Instituto de Francia

DE MÁLAGA Á GRANADA

El momento de partir es perfectamente conocido. Con regularidad matemática y como si se tratase de un paso de baile ensayado á la perfección, repítense las campanadas, suena el silbato, nótase la tensión de las cadenas y tras el estremecimiento de los coches el tren inaugura su marcha.

Parientes, amigos y curiosos quedan en el andén; una que otra cabeza asoma por las ventanillas de los vagones para dar la última despedida, rápida y en armonía con el sistema de locomoción que, al borrar las distancias, parece que borra, ó poco menos, la impresión penosa de las separaciones.

Antes los preparativos del viaje eran largos y minuciosos; la combinación y la anticipación para obtener el billete en la diligencia reclamaban relativo cuidado. No había apresuramiento de ninguna especie; el mayoral, personaje característico, daba la voz de *¡al coche, señores!*, y aun quedaban algunos minutos para repetir encargos y enriquecer el caudal de las lágrimas y formular las recomendaciones oportunas.

Ahora contamos al minuto, y esta forma de la vida inquieta y febril ha modificado la faz de los viajes. *¡Tempora mutantur!*

* * *

Cruzamos la alameda que en larga fila se dilata á uno y otro lado de la vía férrea, una vez transpuestos los almacenes y las cocheras. Pasan cerca de nosotros las chimeneas de las fábricas, semejantes á fantasmas rígidos y gigantescos, y las plantaciones de caña de azúcar tapizan el suelo, que sube en accidentadas líneas hacia el Norte y se desarrolla al Sur en amplia llanura limitada por el mar.

La primera estación es Campanillas. El río de este nombre se abre paso entre sotos y arboledas. El campo recuerda en parte las planicies de Normandía. A lo lejos los montes acentúan sus perfiles, que se destacan de un fondo azul, diáfano y luminoso.

Más adelante nos detenemos en Cártama La villa, encaramada en una altura, tiene como remate una ermita, objeto de especial veneración.

La estructura del suelo se modifica, y adviértese que nos acercamos á una comarca donde predominan las montañas.

Pizarra ocupa un llano, y desde la estación aparece la modesta localidad rodeada de bosques de naranjos. Diríase que las casas se empinan sobre sus cimientos para ver por encima de las copas de los árboles el tren que pasa.

Ahora está más lejos y, repitiendo una comparación muchas veces empleada, consignaré que se asemeja al nido de un águila. En la estación varios hoteles de sencilla arquitectura invitan á la existencia del reposo, extraño á las capitales.

El campo se viste en estos contornos de numerosas bellezas y tiene puntos de contacto con la muchacha ostentosa á quien todos los adornos se le figuran pequeña cosa para realzar sus gracias. En este valle sucede lo contrario; posee muchos atractivos y ninguno le sienta mal; ni las palmeras, ni los naranjos y limoneros, ni los granados, ni, en suma, los mil componentes del reino vegetal que dan prestigio á la tierra, hermosura al paisaje y aromas al ambiente.

Un poco más allá de Alora y cuando perdemos de vista el convento de Flores, emplazado en un cerro, entre almendros y rocas, cortaduras y campos labrados, cambia la decoración. La nota de lo risueño cede á la trágica. Las montañas de los Gaitanes sepultan accidentalmente el tren en numerosos túneles. Este paraje es grandioso; fallas medrosas, abismos por donde rugen las aguas del Guadalhorce, caprichos del mundo geológico; he aquí, en breve, lo que son los Gaitanes, paréntesis de desolación en una zona pintoresca y próvida de vida.

* * *

Pasamos frente á otras estaciones que nada ofrecen de particular. Nos acercamos á Antequera. Sus alrededores muestran carácter distinto de los campos que quedan lejos Los cultivos de las cercanías de Málaga hacen pensar en el plácido clima de la costa: los que forman el término de Antequera acusan un clima menos apacible. En cambio, se observa con signos inequívocos toda la dulzura de la existencia agrícola

La ciudad exhibe algunos de sus edificios por el claro que dejan unos montes La *Peña de los enamorados* evoca recuerdos de otra edad, que no menciono porque son harto conocidos. El adusto peñón se levanta aislado y severo Rebaños de ovejas pacen en las agrias vertientes, y besan las descarnadas piedras de la base las espumosas aguas del río.

¡Archidona! Desde la vía tiene puntos de contacto con esas ciudades de juguete que produce la industria alemana.

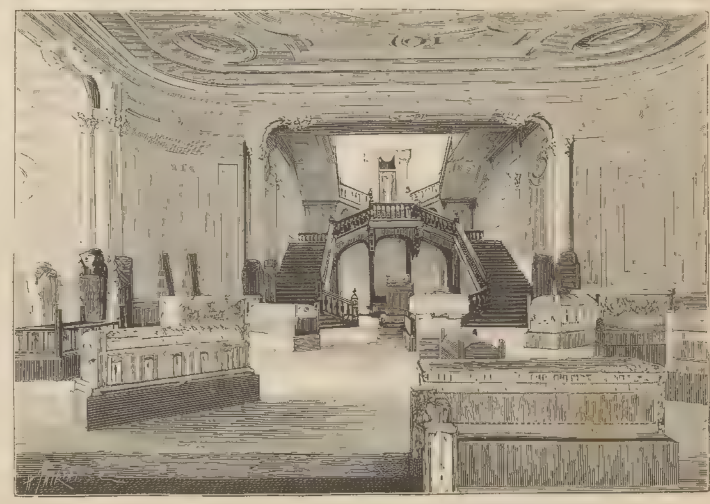


Fig. 3. El nuevo Museo de Gizeh. Sala funeraria. (De una fotografía.)



FIESTA POPULAR EN VENECIA, cuadro de F. Zonaro



EL HOSPITAL ALEXANDRA PARA NIÑOS ENFERMOS DE COXALGIA (Londres). La sala de Schachnar. – Visita de la mañana

El tren apresura la marcha... Aspiramos efluvios de arboledas, frescuras de aguas vivas, emanaciones salutíferas; nos recreamos en perspectivas arrogantes de huertas y verjeles; en la contemplación de una ciudad con muros y torreones, que tiene á su espalda, como bastión formidable, una áspera sierra; vemos un río que se desliza entre hiladas de sauces y álamos;... es el Genil y la ciudad Loja, la que se ufana con la aureola de sus recuerdos y la grandeza de su ejecutoria, la que hace pensar en Moraima y en Aliatar.

Entramos en el país de las historias de moros y cristianos, de las leyendas y las fantasías. ¡Como que nos acercamos á Granada! La Sierra Nevada dibuja en lejanías confusas sus perfiles, y la distancia que nos separa de la egregia señora de la Alpujarra y de la corte de Boabdil no nos impide reconocer las cumbres del Veleta y de Muley Hacem, blancas y altivas.

Pronto nos extasiaremos á placer en la visión sublime, que surge ahora con tintas de nácar y violeta, vagas cual si el esfumino hubiera suavizado sus tonos.

La noche pone fin al panorama desarrollado ante mis ojos. Los términos se borran y el campo de observación se reduce á un primer plan, limitado y de idéntico matiz dondequiera.

Algo inexplicable se bosqueja en la obscuridad. Es la Sierra Elvira, masa escueta, exhausta de vegetación, que se destaca de la Vega, contrastando con las expresiones de la naturaleza fecunda de estos campos, regados por las aguas de anchas acequias y bulliciosos riachuelos.

Los caseríos anuncian la proximidad de Granada. Las arboledas son más frecuentes y, al cabo, rompen la obscuridad multitud de luces, esparcidas en diferentes alturas.

La locomotora dice con su grito estridente que nos acercamos á la estación; el tren acorta la marcha; gimen las plataformas y llegan hasta nosotros chasquidos de látigos, alegres campanilleos, voces confusas.

¡Estamos en Granada!

***

Un paseo por la ciudad ofrece interés y sirve para establecer comparaciones, siempre útiles, en cuanto señalan modificaciones de usos y costumbres. La población antigua ha perdido gran parte de su aspecto; las callejas inverosímiles caen poco á poco, y en lugar de las libérrimas construcciones de ayer, impera el atirantado y se advierte la influencia de la urbanización contemporánea.

Lo pintoresco y lo original pierden en el cambio y, á las veces, sufre detrimento la higiene, porque las viviendas de extensos patios son reemplazadas con esos cubos de cuatro y cinco pisos, en los que el mísero ciudadano tiene estrictamente la cantidad de aire necesaria para la respiración.

El río Darro atraviesa la ciudad desde la *Carrera* de aquel nombre hasta unirse al Genil bajo el puente próximo á los Basilios. Es un raudal exiguo y al par traidor, que nace en Jesús del Valle, corre y trisca por cañadas y montes y entra en la capital, bullicioso y alegre, bañando el cerro que sirve de base al palacio real de la Alhambra, recreándose en los viejos casuchos de una parte del trayecto y ocultándose luego bajo el embovedado de hermosas calles.

El Genil se da humos de personaje, pero su prosapia no es mejor que la de su compañero Tiene origen en el barranco de San Juan, en la Sierra Nevada, y le dan vida multitud de glaciales arroyuelos. Al llegar á Granada señalan su camino magníficas alamedas, que en las cercanías del paseo de la *Bomba* y en unión del cuadro de la Vega constituyen un paisaje de peregrina belleza.

***

Los *Cármenes* acusan su presencia con numerosas manchas de verdura. Estos deliciosos jardines, por lo común situados en términos que permiten disfrutar de admirables vistas, están diseminados en diferentes puntos, como la Carrera de Darro, la Alhambra, San Cecilio, el Sacro Monte, etc., y en ellos se destaca lo poético bajo la forma de flores, saltos de agua, estanques, glorietas y esos caprichos en los que el arte se une á la naturaleza para producir obras variadas y ricas de encanto.

***

Hablar de la Cartuja, escondida en el silencio de los olivares; describir el Sacro Monte, encaramado en la cumbre de un cerro de original acceso, merced á las singulares guaridas donde viven los gitanos que llenan el camino; dedicar una memoria á los suntuosos templos y un recuerdo á la Universidad donde cursaron tantos varones ilustres, honra de nuestra patria, reclama una labor de índole distinta á estas *impresiones*, y en consecuencia hago punto.

***

El Albaicín tiene el aspecto de una ciudad muerta; pero aquella muerte no repele, antes bien atrae; pues vemos despojos de otros siglos, y á poco que divaguemos, forjamos la población de antaño, levantisca, animada, amenazadora, que con frecuencia difundía la alarma en la ciudad.

Comparado el Albaicín con el resto de Granada es una petrificación semi-fantástica de una edad fenecida. Aquel barrio más vegeta que vive; aquellas construcciones, muchas de las cuales guardan primorosos restos árabes, parecen conservadas allí por virtud de un prodigio y no por el hecho natural de la existencia.

Los aljibes de bóvedas sombrías, las grandes plazas donde alternan en íntimo consorcio seres humanos y rebaños de cabras, las tapias rotas ó vacilantes, las encrucijadas siniestras, las ruinas que esmaltan el suelo y hasta el tañido de las campanas de los templos, todo hace pensar en lo pasado, en lo remoto, en lo caduco.

La idea de antaño se aferra tanto más á la imaginación, cuanto que nada la distrae, porque al Albaicín no llegan los rumores de la ciudad y nos encontramos en un medio que solicita el ánimo para la meditación triste y penosa, sin que basten á despojarla de este distintivo el cielo azul, los rompimientos maravillosos de hermosura que brindan la revuelta de una calle, el muro desmoronado, la enhiesta altura y los cármenes cuajados de flores y pájaros y resonantes de aguas corrientes.

***

El ingreso en el bosque de la Alhambra, una vez pasada la Puerta de las Granadas, sorprende. La primera impresión es una suerte de deslumbramiento, y hay que esperar la reacción para hacernos cargo de aquel mundo inexplicable. Venimos de una zona de luz fúlgida y nos encontramos en el misterio de otra luz recatada, que cae como cernida al través de las ramas de los altísimos álamos. Entrelazan éstos sus copas, fingen tejido de hojas y ramas y, en gradación perfecta, se apartan para dejar paso y se unen lejos, por consecuencia de una ilusión óptica.

Dos paseos pendientes y desabridos sirven de marco á la calle principal del bosque. El de la izquierda deja ver entre los claros un fragmento del recinto de la Alhambra. El de la derecha esconde en la profusa vegetación las Torres Bermejas. A uno y otro lado de la calle central corren, encerrados en cauces de piedra, arroyuelos ruidosos que salpican las vertientes vestidas de musgo, violetas y otras florecillas.

Allá arriba, en la cúpula de los árboles, resuenan piadas, gorjeos, cantos de ruiseñores, algo parecido á rumor de olas marinas. La bóveda oscila, se estremece, quiebra los rayos solares y, á veces entreabierta un punto, deja ver sobre el verde brillante el cielo azul.

Las cascadas elevan su voz en las frondas. Oyese su ritmo constante, pero permanecen invisibles y es forzoso descubrir los retiros donde se ocultan. Caen sobre las piedras, y ciñe su raudal, como señalándole una ruta invariable, la hojarasca lustrosa, húmeda ó empapada en vapor de espuma.

La torre de los *Siete Suelos* aparece en uno de los paseos. La poesía de sus memorias tradicionales va unida á la prosa y á la idea utilitaria, representadas por un hotel que lleva su nombre... Respetemos el realismo de la humanidad y sigamos adelante.

El *Campo de los Mártires* ocupa una loma de la Alhambra y es un belvedere maravilloso. Sería empeño inútil describir el inmenso espacio que desde allí se descubre; mas para no incurrir en la monotonía de los pormenores, diré que el observador contempla la Sierra Nevada y las demás montañas que limitan la Vega hasta Loja, numerosos caseríos, pueblos, aldeas, ríos, alamedas, olivares y, en suma, privilegiadas bellezas.

Desde el *Cubo*, próximo al patio de los Aljibes, el panorama cambia de aspecto. Al pie del cerro, vestido de almendros, se desliza el Darro, y por su margen izquierda, en una loma, se encuentran entre una vegetación enmarañada, en la que predominan los morales, las fuentes del Avellano, Agrilla y de la Salud, veneros humildes por su cantidad, pero valiosos por sus cualidades

Traspuesto el cauce del río, desarrolla el Albaicín sus edificaciones hasta coronar el cerro La cerca ó muralla de la ciudad mancha de obscuro largos trechos que alternan con chumberas compactas; la ermita de San Miguel domina una altura y recorta en otra el colegio del Sacro Monte sus líneas severas.

Más pintoresca y agreste que la entrada en la Alhambra por la Puerta de las Granadas, es la que lleva por el camino de *Peña Partida*, *Fuente Peña* ó *Cuesta del Rey Chico* (que todos estos nombres tiene) hasta ingresar en el recinto murado, pasando el robusto arco de la *Puerta de Hierro*. Es una penosa pendiente que Zorrilla describe con exactitud en estos versos:

Este arrecife tortuoso
que extiende sus líneas combas
entre hiedras y gayombas,
madreselvas y jazmín,
solitario, áspero, umbrío,
parece el lecho de un río
que dividió en otro tiempo
el alcázar del jardín.

A un lado de la cañada melancólica se alza el monte y frente á éste se dilatan los muros de la Alhambra. La torre de los Picos, la de la Cautiva, la de las Infantas, aparecen allí grietadas y vestidas de hojas que rompen con su color animado el matiz desabrido de la fábrica árabe. Unas revelan en la gallardía de sus contornos los esplendores de la época de su apogeo; otras afectan carácter más modesto, quizá porque la acción de los años causó en ellas estrago mayor; pero todas conservan estancias en las que subsisten interesantes inscripciones y ejemplares artísticos de mérito indudable.

Penetrando en la Alhambra por la Puerta de Hierro, seguimos un estrecho pasadizo, y en pos de un arco de herradura y al extremo de una calle formada por los muros de varios cármenes nos encontramos en una plaza con árboles que á un lado tiene la iglesia de Santa María y al otro el palacio de Carlos V. Es esta obra una elegante expresión del arte grecoromano, y tuvo por modelos la iglesia de Santa María la Mayor, de Roma, el templo de Pisa y el palacio Viejo de Arnoldo di Lapo.

Para describir la Casa Real de la Alhambra sería menester un libro voluminoso. Calculad si en estos apuntes hay medio hábil de dar siquiera una idea de aquella construcción. La fachada, harto modesta, no armoniza con el interior; pero una vez pasada la puerta, y cuando nos encontramos en el patio de los Arrayanes, comprendemos todo lo que vale y significa aquella creación fantástica, y recorremos, como presa de extraña alucinación, el patio de los Leones, la sala de los Abencerrajes, la de las Dos Hermanas, la del Tribunal, el Mirador de la Reina, el de Lindaraja, los patios de la Reja y de Lindaraja, la sala de las Camas, la de los Secretos, la de las Ninfas, los Baños, el patio de la Mezquita, la Capilla Real, la sala de Comares ó de Embajadores y la de la Barca, que á influjos del reciente incendio muestra vestigios de la devastación, así como el vestíbulo que precede á la referida sala.

***

Generalife es otra joya; pero la mano torpe de no sabemos quién ha borrado desde hace tiempo los primores de la arquitectura árabe, embadurnando con cal los alicatados, tracerías y toda la complicada labor de las estancias, de modo que la riqueza de los colores, y con ellos la vida y el sello característico del artificio, perdieron su importancia para convertirse en una construcción vulgar.

Sin embargo, lo que la ignorancia hizo en el concepto de profanación artística, no pudo lograr respecto de la naturaleza, y aquel deleitoso retiro, llamado *Jardín del arquitecto*, *Huerta del Zambrero*, *Jardín del citarista* ó *Casa del placer*, alardea siempre de sus jardines, sus saltos de agua, sus arboledas opulentísimas y sus miradores que permiten gozar, desde la altura donde está emplazado, una de las más bellas perspectivas que se conocen.

***

Granada vive de sus recuerdos y mira sus monumentos con cariñoso afán, dedicándoles verdadero culto

La decadencia de aquella capital, acentuada de día en día, no ha sido causa para amortiguar esa forma del patriotismo, que se perpetúa de generación en generación.

Si Granada no tuviera otros muchos títulos para merecer la general estimación, el que señalamos bastaría á conquistarle el respeto que merecen los pueblos guardadores de los prestigios de su historia.

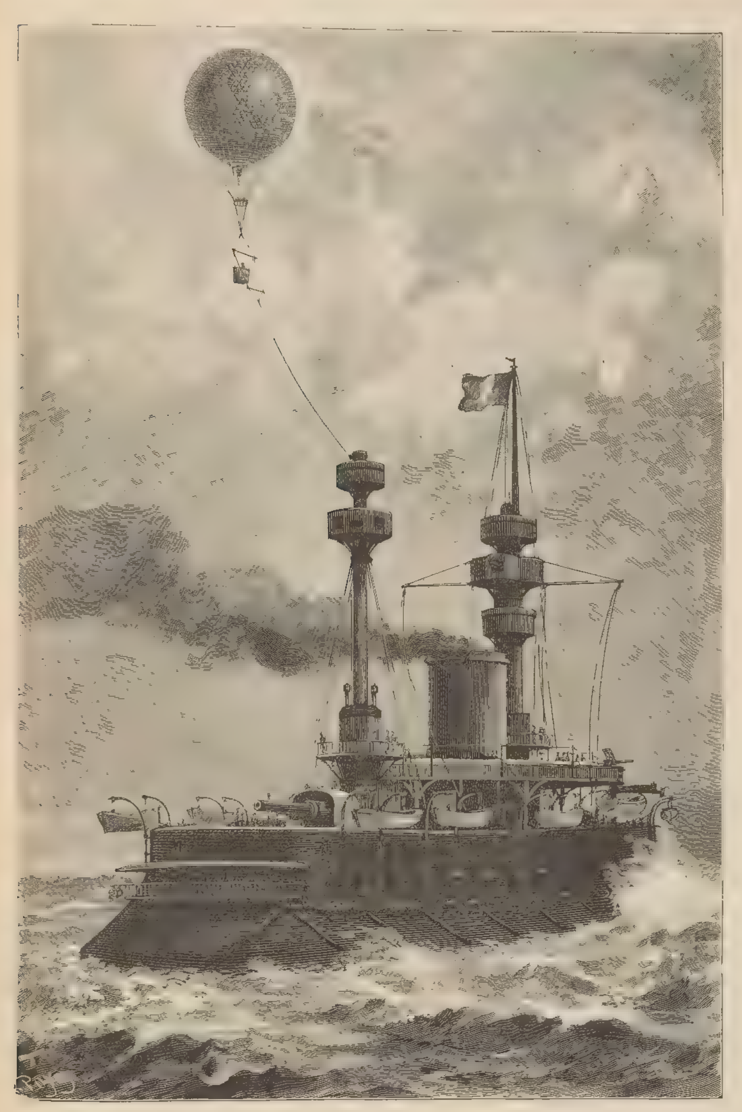
AUGUSTO JEREZ PERCHET

SECCIÓN CIENTÍFICA

LOS AEROSTATOS CAUTIVOS DE LA MARINA FRANCESA

Todos los cuerpos de ejército franceses poseen actualmente un material completo de aerostación militar, destinado á servir de puesto de observación aéreo en tiempos de guerra. La utilidad de los globos cautivos ha sido ya universalmente reconocida, y hoy la mayor parte de las naciones europeas ha seguido el ejemplo dado por Francia ¿Por qué los aerostatos cautivos no han de prestar á la marina los mismos servicios que á los ejércitos de tierra? ¿Por ventura el jefe de una escuadra no tiene tanto interés en seguir de lejos los movimientos de los barcos enemigos, como un general en jefe en conocer la marcha de los regimientos contra los que tiene que combatir? ¿No es acaso de la incumbencia de la marina operar desembarques y atacar las plazas fuertes marítimas? En este caso las observaciones aéreas pueden suministrarle datos de utilidad suma.

Tales son las cuestiones que viene estudiando desde hace muchos años uno de los más distinguidos oficiales de la marina francesa, el teniente M. Serpette, quien gracias á la perseverancia de sus estudios ha logrado dotar á la escuadra francesa del Mediterráneo de un material de globo cautivo que puede ser transportado por mar y montado en un acorazado, desde el cual cabe operar en las más favorables condiciones. Mucho se ha hablado, en estos últimos tiempos, de tan interesantes experimentos, y hoy podemos dar algunas noticias exactas sobre esas nuevas y notables tentativas para utilizar los globos.



Experimento de aerostación cautiva ejecutado á bordo del acorazado francés *Formidable*

El aerostato cautivo de la escuadra del Mediterráneo ha sido construído en la fábrica aeronáutica militar de Chalais-Meudon, bajo la dirección del comandante Renard; es de pequeñas dimensiones; su volumen es de 320 metros cúbicos; no puede elevar á la altura de 400 que permite su cable más que á una persona, y se llena de hidrógeno puro preparado de antemano y encerrado en tubos de compresión á una presión de 100 atmósferas. El globo cautivo se encuentra hinchado en un gran cobertizo del arsenal del puerto de Tolón, y cuando ha de funcionar una compañía de marineros lo transporta en brazos por medio de cuerdas ecuatoriales

Después de interesantes experimentos de aerostación cautiva hechos durante el mes de agosto último en tierra, en Lagoubran y Tamaris, se procedió á los ensayos en el mar. En los días 21 y 23 de dicho mes pudo el globo ser remolcado por una canoa de 10 metros, una chalupa ó un torpedero; el día 29 hizo una ascensión en él el almirante Duperré, que permaneció largo rato á una altura de 250 metros. Terminadas en la primera quincena de septiembre las pruebas en tierra, procedióse á los experimentos en un buque, ora en marcha, ora anclado Un gran número de ascensiones se verificaron á bordo del *Saint Louis*, ocupando sucesivamente la barquilla más de treinta oficiales de todas graduaciones. M. Serpette verificó una ascensión libre, separándose del *Saint Louis*, y después de haberse elevado á una altura de 1.200 metros, bajó nuevamente á la superficie del mar, en donde echó su cono-áncora y fué recogido por el *Audacieux*, que le condujo de nuevo al *Saint Louis*.

Otros experimentos se habían efectuado antes y con gran éxito á bordo del buque almirante *Formidable*, en cuya torre de popa ha instalado el teniente Serpette el puesto de ascensiones cautivas. Por medio de un ingenioso sistema de cordajes y poleas hízose pasar el globo desde el sitio en que estaba colocado al extremo superior de la cofa militar, en donde fué maniobrado por medio de una cuerda que fácilmente se gobernaba desde el puente del buque.

Todos los oficiales que subieron en la barquilla declararon unánimemente que era este un puesto cómodo de observación; en tiempo claro pudo distinguirse desde Lagoubran todos los detalles de la costa, desde la entrada de Marsella hasta el extremo oriental de las islas Hyeres, y en un radio de 30 á 40 kilómetros ningún barco habría escapado á la observación del aeronauta. Con un cable de seda y en tiempo de calma, el globo podrá elevarse á una altura de 400 metros.

El teniente de navío Serpette y los oficiales que, como él, han verificado las ascensiones cautivas, han notado un hecho muy conocido de los aeronautas, á saber: que el agua, considerada según la vertical, es de notable transparencia. Durante las ascensiones cautivas se distinguían los detalles del fondo del mar aun á grandes profundidades. Esta visibilidad depende de la naturaleza del fondo del agua; pero dondequiera que éste se compone de rocas mezcladas con arena aparece con tal limpidez, que podría ser dibujado aun tratándose de profundidades de 25 metros. Esta propiedad ha sido utilizada para seguir las evoluciones del submarino *Gymnote*, al que no se perdió de vista ni un momento fuese cual fuese su inmersión.

Los pequeños aerostatos de seda de China, fabricados en el establecimiento de Chalais-Meudon, son en extremo sólidos y pueden resistir la acción de un viento intenso, ó lo que viene á ser lo mismo, ser transportados á gran velocidad por los barcos que los remolcan. Se nos asegura que el día 6 de septiembre el torpedero *Audacieux* no invirtió más de dos horas en salvar las 21 millas que separan la rada de Tolón del sitio en donde estaba anclado el *Saint Louis* en la rada de Hyeres; el globo estaba en ascensión con un cable de 50 metros. En un buque de grandes dimensiones, como por ejemplo un acorazado, será mejor hacer los transportes amarrando el globo junto al puente por medio de sus cuerdas ecuatoriales; de esta suerte estará sólidamente sujeto y podrá resistir más fuertes brisas. Y aun será conveniente disponer para el aerostato un abrigo con telas convenientemente colocadas, como lo hacía ya el valiente capitán aeronauta Coutelle en el ejército de Sambre y Meuse, en 1794; porque no hay que olvidar que si el descubrimiento de los globos es patrimonio del genio científico de Francia, los aerostatos han prestado á la patria grandes servicios durante las gloriosas guerras de la primera república y durante el sitio de París.

Los ensayos de que acabamos de hablar fueron comenzados en 1888 por el teniente de navío M. Serpette, y el mejor elogio que podemos hacer de la eficacia de las mismas es decir que las naciones extranjeras adoptan ya los procedimientos que la marina francesa habrá sido la primera en experimentar. A fines de septiembre funcionó en Wilhelmshaven un globo cautivo á bordo del buque alemán *Mars;* las ascensiones se verificaron directamente en el puente de popa, y el globo, en tiempo de calma, pudo elevarse á una altura de 400 metros.

Gastón Tissandier

***

BALANZA FOTOMÉTRICA Á BASE DE YODURO DE ÁZOE

Este aparato, inventado por M. Lión, permite comparar, sea las potencias luminosas de dos luces, sea dos alumbrados difusos en opuestas direcciones, sea finalmente un alumbrado difuso con una luz reguladora, por un procedimiento en cierto modo mecánico y exento, por consiguiente, de los errores que provienen de la mayor ó menor facultad de apre-

ciación del ojo del observador. El grado de exactitud de sus indicaciones sólo está limitado por el tiempo que se quiere consagrar á una medición.

El procedimiento está basado en una de las más notables reacciones químicas, la descomposición del

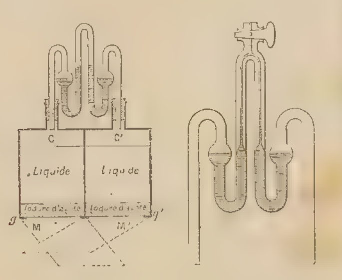


Fig. 1. Fig. 2.
Balanza fotométrica

yoduro de ázoe por la luz. Este cuerpo, preparado por la acción del amoníaco acuoso sobre los polvos de yodo y conservado en el seno de su licor madre, permanece inalterable en la obscuridad absoluta; pero en cuanto se le ilumina sufre una descomposición instantánea y de rapidez variable, según la intensidad del alumbrado, produciendo un desprendimiento de ázoe puro.

Dos superficies rigurosamente iguales de yoduro

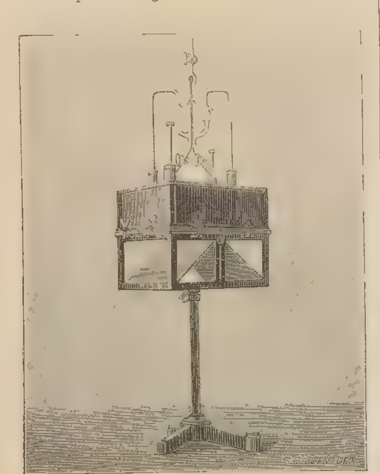


Fig. 4. Vista en conjunto de la balanza fotométrica

de ázoe preparado en las mismas condiciones dan en un mismo espacio de tiempo volúmenes iguales de ázoe, si están sometidas, en la misma incidencia, á iguales alumbrados. Tal es el principio utilizado en este fotómetro.

El aparato, en su esencia, se compone de dos capacidades metálicas igualmente cerradas y yuxtapuestas, cuyo fondo está constituído por cristales g y g' (fig. 1); en ellas se echan sucesivamente polvos de yodo y amoníaco, dejando encima de los líquidos dos cámaras de gas c y c' de igual volumen (algunos centímetros cúbicos solamente).

La reacción que produce el yoduro de ázoe se verifica en tres ó cuatro minutos, y después de realizada se cierran los dos tubulares con tapones de caucho, en los cuales se introducen las dos ramas de un tubo manométrico diferencial que contiene amoníaco y que está representado en la fig. 2.

Los niveles del líquido son los mismos en las dos ramas verticales capilares y yuxtapuestas cuando es la misma la presión en los dos recipientes; pero apenas se produce una variación, por pequeña que sea, en la relación de las masas gaseosas contenidas en las dos cámaras, esta variación se acusa por un desnivel en aquéllas.

El yoduro de ázoe, repartido en capa horizontal delgada en los cristales del fondo, está iluminado por medio de dos espejos M y M' (fig. 1) inclinados á 45° y dirigidos en sentido contrario uno de otro, de modo que el reactivo de una capacidad no sea iluminado más que por una de las dos luces.

Estas, por otra parte, deben estar dispuestas en el plano del tabique de separación de los dos recipientes, una delante y otra detrás.

Si se deja á una de ellas á una distancia invariable, bastará para comprobar sus potencias luminosas acercar ó alejar la otra, guiándose por las indicacio-

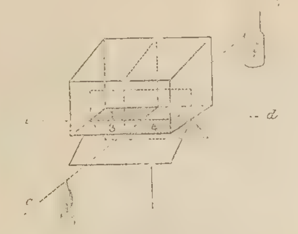


Fig. 3. Balanza fotométrica

nes del manómetro hasta que los niveles sean invariables.

Entonces, si llamamos á estas potencias luminosas p y p' y d y d' á las distancias contadas hasta la arista de intersección de los espejos con el fondo de los vasos, se podrá decir:

$$\frac{p}{d^2} = \frac{p'}{d'^2}$$

Fácil es comprender la razón del dispositivo adoptado y en particular de la yuxtaposición de los recipientes y de la disposición simétrica de las dos luces con relación á las dos mitades del aposento.

En efecto; como los focos que se comparan además de luz emiten calórico y las potencias caloríficas no están en general en la misma relación que las potencias lumínicas, es preciso, á menos de obtener indicaciones absolutamente erróneas, que las dos capacidades reciban en igualdad de tiempo iguales cantidades de calor de cada uno de los focos; se requiere, en una palabra, que el aparato esté rigurosamente compensado por la radiación calorífica.

Y aun ha tenido que irse más allá en este camino, porque además del calor que directamente reciben las paredes del aparato, hay también el que penetra por los cristales después de la reflexión sobre los espejos.

Ahora bien; cada capacidad no recibe más calor que el procedente del foco que le corresponde.

Para obviar este inconveniente, se ha dividido cada cristal en dos partes iguales por medio de un tabique vertical parcial; de esta suerte, el aparato encierra cuatro compartimientos: el 1 y el 3 correspondientes á uno de los recipientes, y el 2 y el 4 al otro.

Colocado el yoduro de ázoe únicamente en los dos compartimientos diagonalmente opuestos, 1 y 4 por ejemplo, se dispone la arista de los espejos en forma de albardilla, según la dirección $c\ d$ de los tabiques parciales (fig. 3). De este modo, cada luz obra químicamente sobre superficies iguales del reactivo en las dos capacidades, enviando al propio tiempo verticalmente al través de sus cristales la misma cantidad de calor.

El aparato se encuentra, gracias á esto, tan perfectamente compensado que aun cuando se le exponga en la obscuridad á un foco calorífico capaz de elevar rápidamente en varios grados su temperatura, nunca se observa una depresión apreciable en los niveles del manómetro indicador.

Completan la balanza dos pistones de cristal que pasan rozando por los tapones de caucho de dos tubulares especiales, y cuyo objeto es restablecer á voluntad la igualdad de niveles en las dos ramas del manómetro, operación que es bueno practicar cada vez que se ha roto el equilibrio, pues entonces la más pequeña reflexión puede ser observada con la mayor facilidad. En realidad, por mucho cuidado que se ponga en la construcción de semejante aparato no cabe esperar que sus dos mitades sean rigurosamente idénticas.

Por esta razón habrá siempre alguna diferencia en el valor y en la naturaleza de las dos superficies impresionables, en la constitución química de los líquidos, en los volúmenes de las cámaras de gas, en el calibre de las dos ramas capilares del manómetro, etcétera. No habrá, pues, que confiar en el resultado de una medición más de lo que se confía en el de una pesada sencilla efectuada en una balanza cualquiera. Pero hay un medio de pesar con exactitud con una balanza inexacta, y este medio, que consiste en el método de las dobles pesadas de Borda, puede servir también para la balanza fotométrica y producirá resultados absolutamente rigurosos, cualquiera que sea la disimetría del aparato.

Basta para ello colocar á un lado y á una distancia invariable una luz muy constante destinada á servir de luz de tara; luego se dispone sucesivamente al otro lado la luz reguladora y la luz que ha de medirse y se equilibra con cada una de ellas la radiación de aquélla.

Si p y p' son las potencias luminosas de dos focos que hay que comparar y d y d' sus distancias del fotómetro que han permitido equilibrar la tara, se tendrá:

$$\frac{p}{d^2} = \frac{p'}{d'^2}$$

y como p es igual á 1, p' será igual á $\frac{d'^2}{d^2}$

Si se quiere comparar los alumbrados difusos procedentes de dos regiones opuestas, basta orientar convenientemente el fotómetro y reducir sucesivamente por medio de un diafracma la superficie activa más iluminada hasta que el manómetro quede inmóvil. Los alumbrados están en razón inversa de las superficies activas restantes.

Finalmente, para comparar una iluminación difusa con un foco cualquiera, se expone uno de los lados del aparato á la luz difusa, y el otro encerrado en una cámara obscura á la radiación del foco, cuya distancia se varía hasta que se haya realizado el equilibrio.

Como en estos dos últimos casos no puede aplicarse el método de la doble pesada, deberá hacerse una segunda medición, después de haber dado vuelta al aparato, y combinar del modo conveniente los dos resultados.

Si en la comparación de dos alumbrados difusos la primera medición ha dado las superficies s y s' y la segunda las nuevas superficies s_1 y s'_1, los alumbrados están en razón inversa de las medidas aritméticas $\frac{s+s_1}{2}$ y $\frac{s'+s'_1}{2}$

Cada aparato va acompañado de una instrucción que, además de las nociones teóricas propias para explicar su funcionamiento, contiene un manual operatorio escrupulosamente estudiado.

* * *

PASATIEMPOS CIENTÍFICOS

EXPERIMENTO DE INERCIA

Arróllese una tira de cartón formando un aro que se cerrará con un alfiler y que deberá tener de 10 á 15 centímetros de diámetro, y colóquesele en equilibrio sobre el cuello de una botella, poniendo sobre él y en la vertical que pasa por el centro del cuello una moneda de dos reales. El experimento que se trata de realizar consiste en quitar, dándole un golpe con un dedo, el aro, de modo que la moneda caiga dentro de la botella, lo que se efectuará infaliblemente si se da el golpe en la parte interna A del aro de la manera que indica nuestro grabado. En cambio, si se da el golpe por la parte exterior B la elasticidad del sistema hará totalmente imposible el logro de este resultado, pues la moneda arrastrada por el disco irá á caer siempre fuera de la botella.



Experimento de inercia

(De La Nature)



TODA UNA JUVENTUD

POR

FRANCISCO COPÉE

Ilustraciones de Emilio Bayard - Grabado de Huyot

(CONTINUACIÓN)

Digámoslo una vez más: no viajéis, y sobre todo no vayáis á Venecia solos y sin amor. Para los jóvenes esposos en plena luna de miel, para una pareja de amantes de tapadillo, la góndola es un *boudoir* flotante, un nido en las aguas, como el de los alciones; mas para el melancólico que se recuesta en los almohadones negros de la sombría barca, la góndola es un ataúd.

En los últimos días de Enero Amadeo volvió súbitamente á París, seguro de que no vería allí á Mauricio y á su joven esposa, que, casados el mes anterior, debían permanecer en el Mediodía hasta fin de invierno. Además le llamaban en el teatro para que asistiera á los ensayos de su drama. El notario, encargado de sus intereses, le entregó los títulos de doce mil francos de renta; esto es, el bienestar, el trabajo sin apresuramiento ni concesiones vulgares, la libertad de cultivar el arte puro y desinteresado. El joven poeta, que se proporcionó un elegante alojamiento de soltero en una antigua y hermosa casa del muelle de Orsay, buscó á algunos compañeros de otro tiempo, entre ellos á Pablo Sillery, que había conquistado un puesto distinguido en el periodismo. Volvió á presentarse algo en sociedad y se reconcilió poco á poco con la vida.

Visitó en primer lugar á la madre de Mauricio, y tuvo la satisfacción de encontrarla entristecida indudablemente, pero indulgente con María, resignada al matrimonio de su hijo y satisfecha de que éste se hubiera portado como hombre de honor. En seguida trasladóse á Montmartre para abrazar á Luisa y á la mamá Gerard, que le recibieron con efusión. Ya no estaban tan apuradas, porque Mauricio, muy generoso en cuestiones de dinero, ayudaba á la familia de su mujer. Luisa daba lecciones convenientemente retribuídas, y la señora Gerard pudo rehusar, vertiendo lágrimas de gratitud, la oferta del poeta, que le abría filialmente su bolsillo. Amadeo comió, como otras veces, con sus antiguas amigas, que tuvieron el tacto de no hablarle demasiado de los jóvenes esposos. Pero en la mesa había un sitio vacío, y asaltado por el recuerdo de la ausente, el poeta volvió á su casa aquella noche con el cerebro lleno de negros pensamientos.

Los ensayos de su obra que habían empezado ya en la Comedia Francesa, las largas sesiones en el teatro y los cambios y correcciones indispensables proporcionáronle útil distracción y poderoso preservativo contra sus pesares. Pero *El obrador*, representado en la primera semana de abril, sólo obtuvo del público una atención respetuosa, un éxito de estima. Aquel medio popular, aquellos sentimientos sencillos y rudos, la dama con vestido de indiana, el padre honrado con blusa y medias azules, aquellos ásperos versos salpicados de ardientes términos de la jerga de los arrabales, sobre todo una decoración que representaba una fábrica en plena actividad, con el zumbido de las máquinas y de los trabajadores y las continuas bocanadas de humo, no fueron del agrado de las gentes de la alta sociedad, á las que sorprendió todo esto; porque estaban acostumbradas á lujosos salones de tres puertas, á personajes con título, á adulterios aristocráticos, á declaraciones de amor que á los oídos de la gran coqueta ricamente prendida murmura el galán joven, apoyado en el piano. Además, Jocquelet en su papel de viejo artesano estuvo enfático y exagerado, y le ayudó piadosamente una debutante fea y mediana. La crítica, rutinaria generalmente, estuvo poco benévola, y los menos agresivos rechazaron la tentativa de Amadeo, calificándola de *honroso esfuerzo*. Hubo alguno que se ensañó, y un antiguo melenudo del café de Sevilla, relegado al folletín (precisamente el novelista macabro de sepulturas profanadas), abrumó al autor de *El obrador* con un artículo ultra-clásico, en el que execraba el realismo, tomando por testigos de su indignación á todos los bustos y pelucones de mármol del salón del Teatro Francés.

¡Cosa singular! Amadeo se consoló fácilmente de su fracaso. ¿No tenía las cualidades necesarias para el teatro? Pues renunciaría á él. En suma, no era una gran desgracia abandonar un género artístico que es el más difícil de todos, pero no el primero, y que no permite al poeta desplegar su libre fantasía. Amadeo volvió á hacer versos para él solo, para su propia satisfacción; á embriagarse de rimas y de imágenes, á recoger con dolorosa voluptuosidad las flores de melancolía que la pena amorosa había hecho brotar en su alma.

Llegó el verano y Mauricio regresó á París con su mujer, que en Niza había dado á luz un niño con toda felicidad. Amadeo tuvo que ir á verles, aunque sabía de antemano que esta visita le haría daño.

El pintor aficionado, más guapo que nunca y vestido con su acostumbrada chaqueta encarnada, estaba solo en su nuevo estudio, que había adornado y hasta obstruído con lujosas y agradables chucherías. El insubstancial joven recibió á su amigo como si nada hubiera pasado entre ellos; y después de los abra

zos y preguntas respecto á los amigos dispersos y á los sucesos acaecidos desde su separación, encendieron sus cigarrillos.

– Y bien, ¿qué haces? – preguntó el poeta. – Tenías grandes proyectos de trabajo. ¿Te has puesto á la tarea? ¿Tienes muchos bocetos que enseñarme?...

– No, á fe mía Casi nada. Como comprenderás, allá abajo he dejado que mi vida se deslizara agradablemente; he hecho lo que el lagarto tendido al sol... La dicha ocupa mucho, y he sido bestialmente dichoso.

Y colocando su mano en la de su amigo, sentado junto á él, prosiguió distraidamente:

– Una dicha que te debo, mi buen Amadeo...

Pero Mauricio decía esto en tono ligero. ¿Se acordaba acaso, habíase fijado alguna vez en que el poeta había sido y quizás era desgraciado por causa suya?

Sonó un campanillazo.

– ¡Ah!, – exclamó alegremente el dueño de la casa. – Es María que vuelve de pasear á su *bebé* por el Luxemburgo. Este ciudadano cumplirá seis semanas el lunes próximo, y ya verás qué hermoso es mi hombrecito.

Amadeo sintió que la emoción le ahogaba: iba á volver á verla esposa y madre: seguramente distinta.

María se presentó alzando una cortina. Detrás de ella se veían la gorra y el rústico semblante de una nodriza. No había cambiado en nada; no, en nada; pero el amor feliz, la primera maternidad y aquella existencia rica y fácil habían aumentado su belleza, realzada además por un elegante y encantador atavío. Al ver á Amadeo se puso colorada, y él pensó con tristeza que su presencia debía suscitar en la joven penosos recuerdos.

– ¡Abrazaos, antiguos amigos!, – dijo riendo el pintor, con aire de hombre amado y seguro de sí mismo, y con ese tono, peculiar á los maridos, de dueño que permite tirar á un conejo en su vedado.

Pero Amadeo se contentó con besar la enguantada mano de María, y la mirada con que ésta le dió gracias por su discreción fué un nuevo sufrimiento para él. Y sin embargo, ella se mostraba agredecida y le sonreía bondadosamente.

– Mi madre y mi hermana, – le dijo graciosamente, – tienen con frecuencia el placer de ver á usted, como en otro tiempo. ¿Se acuerda usted? Espero, pues, que no se venda caro con Mauricio y conmigo.

«¡Con Mauricio y conmigo!» Su voz era muy dulce, sus ojos se volvían tiernamente hacia su marido al pronunciar estas sencillas palabras.

«Con Mauricio y conmigo.. » ¡Ah! ¡Ambos no formaban más que uno! ¡Cuánto, cuánto le amaba!

Entonces fué preciso que Amadeo admirara al recién nacido, que en brazos de la nodriza se había despertado con la estrepitosa alegría de su padre. Desde el fondo de su gorrita de encajes, el niño abrió sus ojos azules, sus ojos serios como los de un viejo, y apretó suavemente entre su manita, fina como piel de pollo, el dedo que le alargaba el poeta.

– ¿Cómo se llama?, – preguntó éste obligado á decir algo.

– Mauricio, como su padre, – respondió con viveza María, que puso en estas palabras toda una explosión de amor.

Amadeo no podía más. Buscó un pretexto cualquiera para retirarse, prometiendo que volverían á verle pronto, y huyó por decirlo así.

– No vendré muchas veces, – se dijo al bajar la escalera, furioso contra sí mismo por tener que sofocar un sollozo.

Sin embargo, volvió, y siempre para sufrir.

Era él quien había hecho aquel matrimonio: debía estar satisfecho de que Mauricio, contenido y hasta un poco aletargado por el bienestar conyugal y por la paternidad, no tenía trazas de volver á sus antiguas calaveradas. Mas, por el contrario, el espectáculo de aquella familia, el aspecto dichoso de María, las alusiones que hacía ésta alguna vez á la gratitud que debía á Amadeo, sobre todo los modales de bajá de Mauricio y el modo de hablar á su mujer como amo indulgente á la esclava gozosa de obedecer, disgustaban y ponían nervioso al poeta, que salía siempre de aquella casa descontento de sí mismo, irritado contra los malos sentimientos que se agitaban en su corazón, avergonzado de amar á la mujer de otro, á la mujer de su antiguo compañero, y aunque sintiendo siempre necesidad de la amistad de Mauricio, no pudiendo verle sin experimentar un movimiento de secreto rencor y de sorda envidia.

Sin embargo, logró visitar lo menos posible al joven matrimonio y hacer intervenir en su existencia otro interés de corazón. Hombre desocupado, puesto que su pequeña fortuna le permitía trabajar sólo cuando recibía los favores de la inspiración, volvió á presentarse en sociedad frecuentando los salones, los escenarios y los lugares en que se consumía la bohemia. Hizo el vago y perdió el tiempo, interesándose por todas las mujeres, engañado por su tierna imaginación y derrochando en sus caprichos demasiada sensibilidad; y tomando sus deseos por amor, tuvo varias amantes.

Fué la primera una bella señora, algo pedante, á quien encontró en el salón de la condesa Fontaine. Hallábase aquélla casada con un hombre machucho, perteneciente al mundo político y financiero y servidor sucesivamente de varias situaciones, el cual señor, que no había cambiado de bandera ni mudado de casaca más que dos ó tres veces, no permitía que se pronunciara su nombre en las asambleas públicas sin estar precedido del epíteto de honorable. Semejante hombre, tan formalmente ocupado en salvar al Capitolio, es decir, en sostener denodadamente al más fuerte, en aprobar todas las bajezas de las mayorías, y en aumentar sus empleos, sinecuras, gratificaciones, acciones y gajes de todas clases, tenía forzosamente que descuidar á su mujer, inquietándose poco del ridículo de Sganarelle que ésta le infería las más veces posibles y al que parecía predestinado.

La señora, cuya belleza era la de una muñeca, que además no era joven y que en literatura no había pasado de Jorge Sand, pero que en cambio se mudaba de traje tres veces al día y pagaba cuentas enormes al dentista; la señora, decimos, distinguió al joven poeta de cabeza romántica y recorrió rápidamente en su compañía todo el itinerario del país de lo «Tierno.» Empero, gracias al progreso moderno, se efectuó el viaje en tren directo. Después de haber traspuesto las estaciones secundarias de «Rubor detrás del abanico,» «Presión de mano significativa,» «Cita en un museo,» etc., etc., el tren se detuvo en la estación algo más importante, los «Escrúpulos,» (diez minutos de parada), y Amadeo llegó al punto *terminus* de la línea, siendo el más envidiable de los mortales.

¡Horas deliciosas de una íntima y distinguida unión!

El poeta se transformó en perro faldero de la señora y en el mueble esencial del salón de ésta. Figuró en todas las comidas, bailes y reuniones en donde ella se presentaba, se ahogó en el fondo de un palco de la ópera, y recibió la misión de confianza de ir al salón de descanso á buscar bombones y caramelos. Su recompensa consistía en conversaciones metafísicas, en las que la señora y él se entretenían en partir en el aire algún cabello sentimental, y en algunas raras sesiones de placer más substancioso, en las que el poeta no tardó en comprender la pesada calma de su corazón y la decepción de sus sentidos. Al cabo de unos meses de esta mediana felicidad, verificóse sin dolor la ruptura, y Amadeo no experimentó el más mínimo pesar al restituir las prendas amorosas que había recibido, á saber: un retrato fotográfico en un marco de Leuchars, un paquete de cartas copiadas de novelas en moda y escritas con letra inglesa en un papel satinado, sin olvidar un guante blanco, que en el cofre de los recuerdos habíase ajado un poco, como su hermosa dueña.

Una joven alta, sonrosada, con cuerpo de diosa, que cobraba trescientos francos mensuales por exhibir sus trajes en el teatro del Vaudeville y que daba cuatro diarios á su peluquero, permitió á Amadeo hacer una nueva experiencia amorosa, más costosa, pero más divertida que la primera. Nada de vaguedades de alma al lado de esta linda persona, nada de sutilezas psicológicas; la muchacha tenía piernas admirables, fuertes y finas á la par, como las diosas de Primaticcio; el porte majestuoso de aristocrática dama, y su voluptuosa sonrisa descubría una dentadura hecha para devorar patrimonios. Cerca de ella el poeta conoció placeres confortables de los sentidos, que no dejan ni tristeza ni disgusto; pero desgraciadamente, la señorita Rosa de Junio (este era su nombre de teatro) sólo tenía en su encantadora cabeza el cerebro lleno de estupidez y vanidad. Sus accesos de cólera atroz, producidos por un artículo de periódico que se permitía una pequeña censura; sus ataques de nervios y torrentes de lágrimas cuando le repartían un papel corto, *un embutido* en una pieza nueva, empezaban á impacientar á Amadeo; además una casualidad le convenció de que tenía un rival preferido en Gradoux, el actor de Variedades, cuya coriza crónica y fealdad de gorila han parecido deliciosas durante veinte años al público más refinado del mundo. Violette se retiró con algunos billetes de banco menos en el bolsillo.

En seguida comenzó una aventura sencilla, pero bastante agradable, con una linda muchachita, con la que hizo conocimiento en el corro de gente que miraba dar vueltas á los caballitos de madera una noche de fiesta pública. Luisita tenía veinte años, se ganaba la vida en casa de una florista famosa y era sonrosada y fresca como un almendro de abril. Sólo había tenido dos amantes: primero, el mozo del obrador (elegantes vividores, nunca tendréis más que las sobras de estas gentes), y después un dependiente de una tienda de novedades, que le había transmitido el poco aristocrático gusto de bogar en el río. Allí fué donde Amadeo, surcando el Marne, sentado al lado de Luisa en una barca, amarrada luego á los sauces de las islas del Amor, obtuvo el primer beso de la griseta, entre dos coplas de una canción de remeros, y la gentil criatura, alegre como la alondra, que siempre que venía á verle le traía un ramilletito, encantó al poeta hijo de París, que recordó inmediatamente los versos de Béranger: «Soy del pueblo, lo mismo que mis amores.» Sintióse amado y se enterneció. En efecto, á él se debía el cambio operado en el modo de ser de la inocente joven: Luisita se tornó pensativa, le pidió un mechón de pelo, que llevaba siempre consigo en el portamonedas, y fué á casa de una echadora de cartas para que le hicieran el gran juego, el juego que costaba cinco francos, para saber si el joven moreno, el caballo de bastos, le sería fiel mucho tiempo. Amadeo descansó sobre aquel sencillo corazón; pero á la larga (¡infelices espíritus delicados!) notó y se disgustó de las vulgaridades de su amante, que verdaderamente era demasiado habladora, se expresaba en el tonillo pesado de los arrabales, amenizaba sus discursos con muletillas de «patatín patatán» ó llamaba á Amadeo «mi niño,» y se recreaba con los manjares más ordinarios. ¿Te enteras? Un día al besar á su amante, su aliento apestaba á ajo; sin embargo, el poeta no la abandonó en una larga temporada, enternecido por el sentimiento sincero y desinteresado de la pobre muchacha, contento de dar á quien ni esperaba ni pedía nada. Ella fué, al fin y al cabo, la que le dejó por orgullo femenino, comprendiendo que no era amada. Amadeo casi la echó de menos.

Así pasaba la vida. Trabajaba algo, pensaba mucho y gastaba su juventud en infructuosas tentativas de amor. Iba lo menos posible á casa de Mauricio Roger, que decididamente era un buen marido, metido siempre en un casita y embobado con su niño. Pero cada vez que Amadeo volvía á ver á María, sentía durante largos días desaliento, vaga tristeza, é imposibilidad de trabajar.

«¡Vamos!, – murmuraba tirando la pluma, cuando entre su pensamiento y el papel se interponía la imagen de la joven. – ¡Vamos! Soy incurable; la amo siempre.

En el verano de 1870, Amadeo, cansado de París, pensaba en un nuevo viaje y estaba á punto de volver á ver ¡desgraciado! los porteros suizos que hablan más lenguas que Pico de la Mirándola y los pares de calzado melancólicos colocados en los corredores de los hoteles, cuando estalló la guerra.

(Continuará)

NUESTROS GRABADOS

La primera novela, cuadro de L. Winnigerode. – Es de suponer que algunos y aun muchos de nuestros lectores habrán leído la preciosa novela de la eximia escritora doña Emilia Pardo Bazán, *Los Pazos de Ulloa.* ¿Recuerdan, los que en este caso se encuentran, la descripción que hace la autora en los apuntes autobiográficos que al libro preceden, de uno de los episodios de su niñez, cuando encaramada en frágil torre de *Diccionarios, Ilustraciones* y sillas se apoderó de los libros del último estante de la biblioteca de su padre, libros que excitaban tanto más su curiosidad cuanto que se le había prohibido tocarlos y por ende leerlos?

Para los que esto recuerden es innecesaria toda descripción del cuadro de Winnigerode, además de que asunto tratado por la Sra. Pardo de Bazán ha de ser por este solo hecho fruto prohibido para nuestra modesta pluma. A los que no hayan leído la novela citada, el grabado que publicamos les dirá lo bastante para hacer ociosas nuestras observaciones. Y en cuanto á la factura, resulta la joven tan expresiva y simpática, destaca tan bien la blanca mancha por ella formada sobre el fondo obscuro de los volúmenes y del armario, hay tanta elegancia en la composición, tanta naturalidad en la actitud y en el semblante de la lectora, que cuantos elogios dedicáramos á la obra habían de parecer pocos.

Por todas estas razones hacemos punto final, y aun creemos haber dicho más de lo que nos proponíamos.

***

En la celda del pintor, cuadro de Vicente Volpe. – Podrá el buen monje no llegar á ser en pintura lo que fueron sus colegas en hábito Fra Angélico, Fra Bartolomeo y tantos otros cuyos nombres pronunciamos con respeto y cuyas obras con admiración contemplamos; pero lo que es en afición, á buen seguro que ninguno de aquellos grandes genios le aventajó si es que acaso le igualara. Vedle, si no; atento por completo á su trabajo, fijos sus cinco sentidos en el cuadro, abstraído del mundo que le rodea, sin parar mientes siquiera en los elogios que su compañero le prodiga, ocúpase sólo en trasladar al lienzo, de fijo con más fe que arte, la visión que quizás se le apareció en uno de sus ratos de arrobamiento místico ó en reproducir la pintura que en otro convento exitara su entusiasmo y tal vez su poquillo de noble envidia.

Ese cuadro de Volpe, sencillo en su concepción, sin rasgos grandiosos, que serían impropios en asunto como el de *En la celda del pintor*, es de los que desde luego encantan porque tiene en alto grado dos cualidades tan fáciles al parecer y de logro tan difícil, las de ser humano en su asunto y en su ejecución natural y verdadero.

***

Representaciones de la Pasión en la aldea de Ober-Ammergau (Baviera). – La pequeña aldea bávara de Ober-Ammergau adquiere cada diez años animación extraordinaria, pues á ella acuden gentes de toda Alemania y aun del extranjero, para asistir á las representaciones de la Pasión que allí se verifican en cumplimiento de un voto hecho en 1633, época en que una terrible peste amenazaba dejar despoblado el valle del Ammer, en donde aquélla está emplazada.

El drama sacro representado por humildes campesinos, constituye un verdadero acontecimiento artístico, así por la propiedad y el lujo que en el vestuario y *atrezzo* se despliega, como por la perfección con que lo desempeñan los improvisados actores y por la verdad con que se ejecutan las principales escenas de la Pasión del Redentor.

El teatro, capaz para más de 4.000 espectadores, está montado al aire libre, lo cual ha valido este año á los que á las funciones asistieron más de un remojón á causa de las pertinaces lluvias que durante las representaciones cayeron.

Pero cuantos han asistido á éstas dan por bien empleadas las molestias sufridas, pues es opinión unánime que el espectáculo vale todo esto y mucho más.

***

Una fiesta popular en Venecia, cuadro de F. Zonaro. – Al que no conozca á Venecia sino de oídas, le parecerá que el autor de este cuadro se ha dejado llevar más de su imaginación que del deseo de reproducir fielmente el espectáculo presenciado. Y sin embargo, no es así, y los que juzguen á la ciudad de hoy día por lo que fué en pasados tiempos, se equivocarán lamentablemente De la Venecia de los dux, de los misterios y de los bravos, sólo se conserva el recuerdo, que vivirá mientras subsistan los puentes que favorecieron las traiciones y las emboscadas; los estrechos y sombríos canales, mudos encubridores de tantas venganzas, y los soberbios monumentos y magníficos palacios en donde se desarrollaron tantos dramas y se fraguaron tantos crímenes. La Venecia de hoy no es nada de esto; por el contrario, tiene muchos puntos de contacto con nuestras ciudades andaluzas: su cielo transparente y de un azul subido; sus mujeres hermosas, francas y dicharacheras, y sus alegres costumbres, traen á la memoria las costumbres, las mujeres y el cielo de Andalucía.

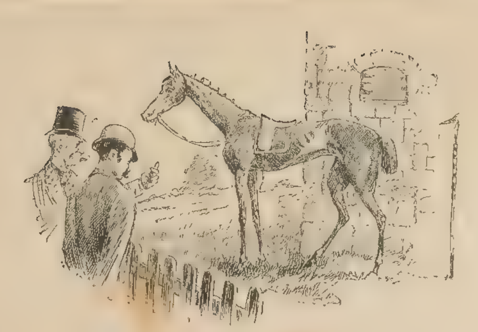
El cuadro de Zonaro, lleno de verdad y de vida, artísticamente combinado, fiel reproducción, en suma, de una de esas fiestas populares de que tan amantes son los venecianos, es la mejor prueba de que nuestra afirmación no peca de exagerada.

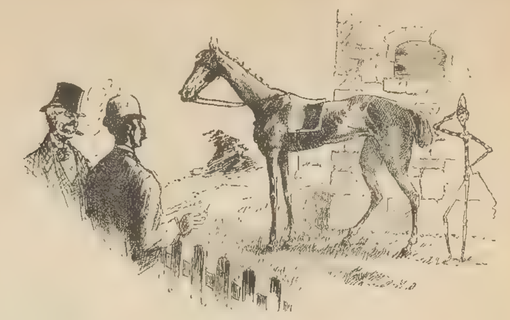
***

El hospital Alexandra para niños enfermos de coxalgia (Londres). – Entre los muchos y magníficos hospitales para enfermedades especiales que existen en Londres, figura el llamado Alexandra, destinado al tratamiento y curación de la coxalgia, esa terrible dolencia que tantas víctimas ha ocasionado entre los niños

Dicho hospital fué inaugurado en marzo de 1867; entonces sólo contaba 10 camas y ha ido progresando hasta el punto de tener hoy en día 81. Los padres de los niños que en él son asistidos pagan cuatro chelines por semana, es decir, menos de la tercera parte de lo que cuesta la sola manutención de los enfermos, cubriéndose el déficit que de esto resulta por medio de suscripciones y donativos voluntarios. Los niños son admitidos en este establecimiento benéfico desde la edad de tres á la de doce años, y la estadística de curaciones obtenidas (más de mil) es una prueba elocuente del cuidado con que son atendidos los enfermitos y de las excelencias del tratamiento á que se les somete.

El hospital Alexandra cuenta con valiosos protectores y está puesto bajo el patronato de S. A. R. la Princesa de Gales, de S. A. la duquesa de Albany y de la duquesa de Fife.





ILUSIÓN ÓPTICA

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCION

POR AUTORES Ó EDITORES

PÁGINAS MARÍTIMAS, *por D. Augusto Jerez Perchet.* – Nuestro distinguido colaborador, el conocido escritor á cuya dirección está confiado el acreditado diario de Málaga el *Correo de Andalucía*, ha publicado recientemente una colección de artículos escritos en el estilo castizo y elegante que caracteriza á su autor, sobre asuntos del mar ó con el mar relacionados. No son las cualidades de estilo las solas que avaloran el libro que nos ocupa; hay en él amenidad é interés, y la variedad de materias en el mismo con gran acierto tratadas son demostración de los vastos conocimientos y del profundo espíritu de observación del Sr. Jerez Perchet.

El libro editado en la imprenta del *Correo de Andalucía* se vende al precio de dos pesetas.

* * *

LA INSTITUCIÓN JURÍDICA DEL HOMESTEAD, *por D. Antonio Díaz de Rábago Aguiar.* – Es este un eruditísimo trabajo que su autor presentó como disertación para el grado de Doctor en la Facultad de Derecho, y en el que con recto criterio se estudia y con sólidas razones se defiende la institución jurídica, creada en el estado de Tejas (Estados Unidos), á la sazón independiente, con la promulgación en 1839 de la primera ley de *Homestead exemptión;* ley que favoreció en alto grado la colonización por la facilidad con que en virtud de ella pudieron hacerse propietarios los que á aquella república emigraron procedentes de los Estados del Norte, y por el carácter de inembargables que da á los bienes adquiridos con arreglo á lo que la misma dispone

Esta ley, que hoy rige con diferentes formas en todos los Estados de la Unión, excepción hecha de cuatro, es objeto de detenido estudio en el discurso del Sr. Díaz de Rábago, quien con abundantes datos demuestra que algo de ella existe en nuestra antigua legislación y aun en la moderna, y con elevado espíritu indica la conveniencia de decretarla para nuestras posesiones ultramarinas como medio de encauzar la emigración de nuestros nacionales hacia las inmensas y vírgenes tierras que España posee y no explota en el golfo de Méjico, en las costas de África y en el Gran Océano.

* * *

LOS CANARIOS, RUISEÑORES, FRAILECILLOS, ETC., SU CRÍA, PROCREACIÓN, CUIDADO Y ENSEÑANZA, *por el Dr. R. B. Brehm.* – El distinguido naturalista Dr. Brehm acaba de publicar una interesantísima obra sobre la cría y cuidado de los pájaros más estimados, que no dudamos tendrá gran aceptación. Los conocimientos especiales de su autor abonan por sí solos la valía del libro, en el que sin incurrir en los defectos del empirismo, tan comunes en esta clase de trabajos, dicta reglas utilísimas, basadas en conocimientos científicos y en largas experiencias y expresadas con el estilo sencillo y claro que caracteriza al Dr. Brehm, algunos de cuyos trabajos conocen los lectores de esta ILUSTRACIÓN.

El libro va adornado con seis bonitos cromos ejecutados por la señorita Irene Brehm, hija del autor.

Esta obra, que necesitan leer cuantos tienen afición por los pájaros, se vende al precio de 4 pesetas en la librería de D. Arturo Simón, Rambla de Canaletas, 5.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Chaumartín, núm. 16, París.–Las casas españolas pueden hacerlo en la librería de D. Arturo Simón, Rambla de Canaletas, núm. 5, Barcelona

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN



AÑO IX — BARCELONA 1.° DE DICIEMBRE DE 1890 — NÚM. 466

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

VANIDADES MUNDANAS, cuadro de Alfredo Agache, grabado por Baude

(Exposición de la Sociedad Nacional de Bellas Artes del Campo de Marte, París, 1890)

SUMARIO

MURMURACIONES EUROPEAS

I

¡Cuán hermoso el otoño! El color azul del claro cielo, transparente como nunca; la inundación del éter luminoso, como nunca difusivo y animador; la lluvia de hojas áureas, que creeríais aerolitos, atravesando el espacio; los paisajes purpurados por matices de rojo cereza, que muchas frondas revisten al caerse; las montañas violáceas coronadas por las primeras nieves vírgenes; los últimos aleteos y vuelos de las especies viajeras al marcharse con píos casi elegíacos, ¡ah! sugieren una tristeza, tan melancólica y dulce, pero tan viril y confortante dentro de su dulzura, que os connaturaliza con la idea de vuestra muerte, poniéndole á la periódica y anual, indispensable para su renovación en el mundo de los vegetales, atracciones tantas, que os conformáis, si no con desearla, con atenderla gustosísimos cuando la envíe Dios, y os apercibís so tales religiosos pensamientos á la inmortalidad. No habrá ningún amador de la naturaleza que, ante una tarde atractiva como las otoñales del Mediodía, ya la pase por las riberas del Mediterráneo bajo las palmas y los olivos, ya en los edenes que bordan las orillas del Guadalquivir y del Segura, no bendiga la poesía propia del crepúsculo último de nuestro año, y no se conforme, si joven y robusto, con aguardar la vejez tranquilo, y si viejo, con prepararse por medio de la virtud y de la fe á una muerte dulce. Mas los higienistas y los agricultores argúyenme á una, recordándome que las tardes tan bien gozadas y tan encarecidas largamente por mí, dañan á la salud pública y á la nacional agricultura, ora encendiendo viruelas y otras erupciones en la sangre humana, ora yermando las campiñas con su esterilizadora sequía. Tales reflexiones me retrotraen un poco de mi admiración al punto de tentarme á meterme donde no me llaman, en una polémica, derrochadora de sales á cahices, entre Campoamor y Valera, mis eximios compañeros y amigos, respecto de la inutilidad sublime del arte, á la que pudieran añadir una diversión por las alturas estéticas para ver y considerar cuán dañosa en algunas ocasiones, en esta del otoño bello, aparece la preciada y divina hermosura.

II

Pero vamos cayendo en tristeza, y no conviene ayudar la irritación externa producida por la sequía con irritaciones internas. Demos á olvido las calamidades públicas y privadas: el choque horroroso en los ferrocarriles de Inglaterra, que ha machucado entre dos trenes tantos cuerpos llenos de salud y vida; los naufragios recientes en aguas americanas y españolas, cuyos horrores nos han privado en tres minutos de trescientos contemporáneos; los incendios en este lado y las inundaciones en aquel otro; tantas plagas como azotan á nuestra mísera estirpe, siempre tendida con sus alas de ángel sobre los estercoleros de Job, y convirtamos nuestras miradas intelectuales á los triunfos del progreso y á los milagros del saber. Koch resucita los muertos contrastando la tisis. El estudio de lo infinitamente pequeño, el microbio, en su laboratorio alquímico, sírvele á prosperar lo infinitamente grande, la humanidad. La ciencia sabe con su telescopio llegar hasta las profundidades cerúleas, donde bogan soles como la estrella Sirio y constelaciones como las blanquecinas pléyades; y también sabe sorprender con su microscopio la molécula imperceptible, formada en los límites del no ser, con radiantes átomos, diluviados por lo infinito, y puestos en los cuerpos al soplo de una química y al brazo de una geometría misteriosas. Pues bien: como del telescopio escudriñador y del espectro solar, mediadores entre los astrónomos y el espacio infinito, hemos sacado la divina unidad providencial del Universo, ahora sacamos del microscopio, que reconcentra nuestra vista sobre polvillos tenues, á la visión humana y á la gravedad universal huídos casi, remedios como los de Pasteur para la rabia, como los de Ferrant para el cólera, como los de Koch para la tisis. Creamos, pues, en los Evangelios de la ciencia y en los milagros de la razón. Añadamos un capítulo más á la *Biblia* del progreso y una estrofa más al *Te-Deum* de la libertad.

III

En cambio, la crónica diaria nos presenta hoy otras facetas de la ciencia humana, que no la favorecen como el invento de Koch. Refiérome á las expediciones del explorador Stanley, cuya gloria manchan crímenes de suma gravedad, sobre los cuales, aunque muy divulgados por la prensa ya, no se detuviera, no, hasta los días últimos la opinión universal. Un hombre de las hazañas y del temple de los descubridores tendrá siempre más voluntad que razón y conciencia. En él habrá de concentrarse por leyes indeclinables la fuerza, pero separada y dividida completamente de la virtud, aunque aparezcan en su etimología sinónimos estos dos vocablos. Por eso merece tanto respeto y tiene tanto derecho á religioso culto el misionero, arrojado entre los feroces salvajes, sin más preservativo contra las crueldades bárbaras que un devocionario y sin más arma de ataque y defensa que una cruz. No así el explorador Stanley, fuerte, muy fuerte, pero sólo fuerte. Y esta fuerza de su cuerpo y de su ánimo ha pasado por la Cafrería y por la Nigricia, del Congo á las fuentes del Nilo y de las fuentes del Nilo á las bocas del Zambeze como un ciclón. Algunos de sus tenientes, pensión común á todos los inferiores y discípulos respecto de sus guías y maestros, han exagerado las nativas crueldades propias de un conquistador, que marcha, envuelto en miasmas de muerte y amenazas de exterminio, entre dobles asechanzas de los elementos implacables y de los salvajes antropófagos. Así Bartellott, que descalvaba los indios con su cuchillo de monte y mordía como can hidrófobo á las indias en su furor hasta matarlas. Así Jameson, otro compañero suyo, el cual se procuró un festín de caníbales, ni más ni menos que pudiera procurarse una butaca de teatro. Dirigiéndose á Tip, el famoso infame, como diría nuestro Lope, mercader de negros, preguntóle cuánto le costaría una joven comprada en los bosques para comida por los antropófagos. Pues media docena de pañuelos, respondió el tigre. Y dados estos percales, trajeron una muchacha de veinte años, que se resistía con esfuerzos y gritos horrorosos á la muerte; atáronla con cuerdas á un árbol; partiéronle como á una res cualquiera el corazón de honda cuchillada; la descuartizaron, y después de lavar sus miembros aún palpitantes en los arroyos y asarlos en las hogueras, comiéronsela entre aullidos feroces; mientras el explorador muy tranquilo, sentado sobre la sillita de mano, con su cartera de croquis en los muslos y su lápiz de dibujante en los dedos, copiaba sin pestañear ni demudarse todos aquellos horrores provocados á su insana curiosidad.

IV

Imaginaos la emoción despertada por todos estos relatos en la pudibunda y cristiana Inglaterra El pueblo más mercantil, y por ende más utilitario y positivo de nuestro planeta; el que tiene por criterio científico la experiencia y por campo de actividad la naturaleza; entidad esencialmente práctica, tanto en sus instituciones como en su filosofía; generador del moderno materialismo, que ha dado con sus geólogos y con sus naturalistas y con todos sus pensadores la idea de la universal evolución; ese pueblo de naves y factorías resulta el más fecundo en sectas religiosas y de más apego á lo sobrenatural, embargadas todas sus potencias en el problema, siempre planteado y nunca resuelto, de los grandes misterios y de las sublimes aspiraciones. París, ciudad indudablemente de menos espíritu religioso que Londres, consagra un lugar al culto por cada diez y siete mil habitantes, mientras Londres tiene un lugar de culto consagrado por cada dos mil. No hay espectáculo tan curioso en la tierra como el espectáculo de un domingo londonense. Las puertas de los almacenes se cierran; el reparto de los correos se suspende; la circulación de coches particulares se amengua; las familias se recluyen dentro de sus casas ó van á los oficios divinos con recogimiento verdadero; la *Biblia* se abre y se cierra el piano casi por sí mismos; las calles del comercio caen todas en profundo silencio como si estuvieran inhabitadas; y con tal reposo, con tal suspensión del trabajo y del cambio, indispensables á semejante sociedad, como la sangre á nuestro cuerpo, reanímase la conciencia de aquella metrópoli universal con llamaradas parecidas á las lenguas del Espíritu Santo; y aquí, entre las tumbas sacras y las estatuas funerales de Westminster, suenan melodías, que creeríais exhaladas de seres sobrenaturales invisibles y perdidas cual mudas plegarias en las líneas de los arcos y en los rosetones de las ojivas; allí, los adscritos á la liturgia episcopal ostentan bajo romanas bóvedas, trasunto de San Pedro, todo el aparatoso lujo de una ritualidad, muy parecida de suyo al conjunto de nuestros ritos; en tal desnuda sala el Verbo divino en sermones místicos se manifiesta y encarna, penetrando hasta el seno de las conciencias libres, que sólo admiten las revelaciones de la palabra y el culto abstracto del espíritu; en tal otra oficina, un magnetizador, un epiléptico, medio demente, por cuyos labios asoman espumas de hiel y cuyo pecho exhala gemidos de muerte, agorea lo porvenir, entre salmos y aleluyas de un auditorio trémulo, como si cada idea descargase una eléctrica corriente por sus nervios; en un circo los saltimbanquis profieren fórmulas sibilinas, como aquellas con que los fascinadores orientales amansan las serpientes; en bodegas todavía ocupadas por barriles llenos y más húmedas y más siniestras que las antiguas catacumbas, un espiritista evoca el numen de Platón todavía errante, bajo los árboles del jardín de Academo y las postreras palabras dichas por Cristo sobre las sublimes cimas del Calvario; en este inmenso tabernáculo, jóvenes de ambos sexos, vestidos con las blancas túnicas de los antiguos catecúmenos y que tomaríais por mártires del primitivo Cristianismo, según su actitud recogida, sumérgense á una en las aguas lustrales, arrodíllanse para tomar la comunión cristiana, y cambian besos purísimos, dictados por la castidad más severa y llenos del amor más ideal; entre las cuatro paredes de un desolado templo, creyentes extáticos aguardan la visita del Paracleto y sienten su soplo creador, como que avivara y encendiera los astros, derramarse por sus venas y animarlas con sobrenaturales virtudes; mientras á la entrada de todas las calles principales, en los sitios más públicos, en las encrucijadas más concurridas, predicadores al aire libre, apóstoles improvisados, taumaturgos á veces de taberna, propagan toda clase de dogmas con tal entusiasmo y tanta exaltación, que creeríais á Londres, la capital del Dock, del Banco, del Crédito, del Comercio, una Jerusalén ó Alejandría sentada en las orillas del Nilo y del Cedrón, y no á las orillas del Támesis, engendrando bajo las palmas del desierto y bajo los terebintos del Profeta nuevos dogmas para la humanidad poseída de amor inextinguible á las antiguas teogonías En todos estos lugares de varia devoción, hace un año á lo sumo se cantaron loas á Stanley por traer almas á las ideas cristianas y parroquianos á las fábricas textiles; y ahora se le fulminan maldiciones por haber manchado sus descubrimientos con el robo y el asesinato. Tienen que leer las publicaciones puritanas de Londres á este respecto particular; os las recomiendo.

V

Hablemos de literatura. Dos genios, muy discutidos ambos entre las sendas escuelas literarias, genio de la novela el uno y de la dramática el otro, Zola y Echegaray, aparejan creaciones nuevas para sus dos numerosos públicos. El Sr. Echegaray se propone atacar en su reciente obra el optimismo de ahora, como atacó Voltaire el antiguo de Leibnstz en su romance folleto denominado *Cándido*, y el buen Zola se propone presentarnos la contemporánea fuerza del dinero en esta sociedad. Gusto yo de verme sorprendido en el teatro por la novedad é interés del argumento, y resuelto á presenciar la representación primera del drama, no he querido pedir á su autor ni la más mínima noticia respecto de su materia dramática y menos de la tesis moral. Cuanto digo lo cogí de oídas. La cuestión del optimismo entra en la serie de lo que podríamos llamar cuestiones batallonas. Y si en el pensar y en el creer conviene cierta desconfianza cartesiana para el estudio y allegamiento de la verdad, conviene cierto género de optimismo al proceder de la vida, porque no hay acción buena posible



Fig. 1. Los somalís en el Jardín de Aclimatación de París. (De una fotografía instantánea.)

sin los impulsos de la esperanza, ni esperanza posible sin la seguridad completa de su logro. La nota pesimista entra en las espirales tan luminosas y concéntricas del progreso moderno, como el pecado en la inocencia y como el error en la fe, burlándose de todos los esfuerzos y aun poniendo en ridículo todos los heroísmos y todos los martirios. De seguro el señor Echegaray, progresista, como yo, por su creencia viva en la universal ascensión de los seres todos á los grandes ideales, habrá reducido su obra, huyendo de cierta idealidad, incompatible con las reducidas realidades del teatro, á un episodio de las costumbres corrientes; pero, con eso y con todo, conviene hallarse apercibido y alerta para no conducir los ánimos á ciertas desconfianzas de la virtud que traen aparejadas necesariamente ciertos desmayos de la voluntad, por los cuales puede apoderarse de los individuos el mal, como se apodera de los pueblos la reacción cuando no sienten los ideales del progreso y no esperan en su seguro triunfo. Del propósito de Zola no quiero hablar. Medianísimo filósofo y poco moralista, bien al revés de nuestro insigne poeta, propónese tan sólo coger los peores tipos de cada pueblo y hogar en esas máquinas de fotografía hoy usuales que retratan eléctricamente al minuto. Zola profesa una filosofía del arte humano en disonancia, no sólo con toda filosofía racional, con toda filosofía posible. Juzga por las excepciones al género humano, error equivalente al que cometería quien juzgase de la vida por una sección de los diarios como la consagrada generalmente á las causas célebres. El aborto á que ha contribuído un alcalde como el de Tolón; el escribano que han asesinado en los aduares de París y puéstolo dentro de una maleta; la mujer descuartizada que apareció anoche junto al ferrocarril del Mediodía, interesan más que la virtud oculta y doméstica, la recatada limosna, la dulce abnegación por los seres queridos, el trabajo eterno á la luz de un candil y consagrado al sustento de los huérfanos, la triste asistencia de un moribundo, la oración á los pies de un muerto; pues tiene mucho pudor la virtud.

VI

Así, embarga la general atención y despierta el más vivo interés una tragedia que acaba de pasar ahora en la familia imperial austriaca, tan probada por esta suerte de trágicas desgracias. No hablamos del castigo dado al emperador de Méjico; no hablamos de la demencia contraída por la emperatriz Carlota; no hablamos del suicidio de Rodolfo, tan espantoso; no hablamos de la muerte del rey Luis en Baviera, quien ha pasado á novelas y leyendas como Edipo y Hámlet en breve tiempo; nos referimos al infeliz Juan Orth, muerto por el cabo de Hornos entre los horrores de un casi voluntario naufragio. Cuando tropezáis en vuestra vida una vez no más con el eminente Charcot, os entran tentaciones invencibles de referirlo todo en este mundo á desarreglos nerviosos, á la enfermedad conocida bajo el nombre de neurosis, enfermedad transmisible con suma facilidad por la herencia. Los ojos profundísimos del maestro, que parecen iluminados para escudriñar las escondidas honduras del alma, os fascinan por los chispazos eléctricos de sus miradas indagadoras, y la palabra muy dulce os embarga por la sencillez helena con que os aclara y os expone los fenómenos más extraños de las enfermedades nerviosas. Cuando habéis pasado, como yo, algunos días junto á él, examinando los estudios hechos con prolijidad sobre los pintores de mayor fama y renombre acerca de los efectos nerviosos contenidos en el arrobamiento extático y en la endemoniadura corriente, si añadís un paseo por su clínica y unos ensayos de hipnotismo hechos por sus manipulaciones, llegáis á comprender con cuál facilidad se desbarata cosa tan tenue como la red misteriosísima de vuestros nervios, y á temer que cada exaltación de vuestro espíritu y cada vehemencia de vuestros afectos acuse irremediable locura. El archiduque recién muerto, perteneciente á la célebre austriaca dinastía de Toscana, en quien se unían términos tan opuestos como el ejercicio de los privilegios anejos al poder absoluto con la propensión invencible al progreso humano, déspotas y reformadores, dejó el servicio militar en su imperio por invencibles repugnancias al pacto de Viena con Berlín á que se adhirieron sus enemigos los Saboyas y al armamento extraordinario en períodos de paz. Por haber expresado vivamente al emperador sus deseos, dejó la corte, y con la corte las grandezas consiguientes á la presencia en ella de un príncipe, y con tales grandezas muchos privilegios y muchos provechos, para irse á la ventura, en vapor propio, por mares inmensos, por costas lejanas, por las aguas del Plata, por los senos y tortuosidades del estrecho de Magallanes, por los archipiélagos donde se juntan el Atlántico y el Pacífico, suicidándose quizás, bajo la cruz del Sur, entre los dos grandes Océanos; con lo cual pudo anticiparse la vista material de los abismos insondables de la eternidad, donde se hundía juntamente con la joven preferida y predilecta de su corazón; acto en que unió los dos elementos más apartados en apariencia y más próximos en realidad, como las electricidades opuestas, el amor y la muerte. Juan Orth ha desaparecido por manera tal, que no ha quedado ni en uno ni en otro mar huella de su persona y de la mujer que lo acompañaba, por lo que hay quien los imagina desembarcados en algún islote desierto, para ellos tan hermoso como los jardines de Armidas, bajo luna de miel perpetua, entregados por mutua y correspondida pasión á un placer sin límites. Lo cierto es que los telegramas últimos, aunque nada concretan, afirman que no les ha perdido su familia la pista.



Fig. 2. Farrach Adén, joven somalí de 26 años (De una fotografía.)



Fig. 3. Egge Cherbaache, joven somalí de 21 años (De una fotografía.)

VII

Hablemos de otro viaje menos romántico, pero más trascendente á los intereses de la humanidad. Refiérome al viaje ahora emprendido por príncipe tan importante de suyo como el heredero de la corona de Rusia. Todo en esta peregrinación al revés de la peregrinación anterior. La medida, la corrección, la reserva, el respeto, el ceremonial severo, el culto á la vida sustituyen aquí al desorden y al suicidio. Llamado á reinar este continuador de un poder como el representado por los emperadores moscovitas, deberá conocer el planeta, y deberá, tras este conocimiento, unirse con la mujer que le designen sus padres para prolongar la dinastía y apercibirse á la posesión de una diadema imperial, tan ciclópea que parece corona forjada por los Titanes del Cáucaso para un dios fabuloso. Este viaje que ha empezado el heredero, al salir de su propio imperio, por el imperio austriaco, tiene por principal objeto el imperio indio. Con uno y otro de los sendos imperios el czar esclavón tiene de antiguo empeñado un litigio, porque desea, en sus ensueños, el Bósforo y el Ganges. Lord Salisbury, sin embargo, ha dicho que la presencia del príncipe allá en Calcuta, como ha dicho el canciller Kalnoky que su presencia también aquí en Viena, significan la paz. ¡Qué impresiones recibirá la tierna y dulce alma de un príncipe joven al ver el imperio indio! El desierto de los semitas, donde las figuras se destacan de bulto y de relieve, truécase allí en increíble aglomeración de seres, donde las figuras humanas enlazan sus pies con los animales, su frente con los dioses, y pasan, á manera de sombras, bajo las ramas y las flores de una vegetación sin ejemplo, entre las faunas de una especie sin número, cargados los aires de animación fulgurante y vívida, los espacios henchidos de genios que alcanzan todas las encarnaciones imaginables y revisten todas las formas posibles, sumergido el universo en una divinidad inmensa é indeterminada, que lo empapa y lo compenetra, cual empapa y compenetra el

agua la esponja. Allá en el Norte separa la India de sus estepas asiáticas el inaccesible monte Himalaya, que parece ocultar su cabeza, coronada de nieves perpetuas, en el éter, componiendo parte de los cielos; por Oriente corre aquel Ganges, llevando tanto polen y flor y hojas y raíces y substancias, que parece producir como la gelatinosa primera materia destinada en los arcanos de la naturaleza material á levadura de la vida; fluye por las tierras occidentales el Indo, que da su nombre á todo el territorio; y por las lindes hacia el Mediodía hierve un mar eléctrico, que azotan tempestades continuas y ciclones horribles. Todo aquí es variedad, y en esta variedad todo color y matices de color. Montañas y cordilleras por un lado fluyendo ríos parecidos á mares; por otro lado estepas sembradas de tales plantas, que las creeríais alfombra tejida por hilos múltiples y bordada con corolas de toques metálicos; sobre lagunas de verde obscuro, pobladas por peces múltiples, juncales de rojo subido, habitados por aves zancudas, vestidas con plumaje semejante por su brillantez, por su color, á rica sedería; dentro de selvas espesísimas, lianas y enredaderas, que cierran el paso con sus cortinas de hojas, agarradas á gruesas seculares ramas; y en el cielo esta misma variedad: nubes á veces negras, como el humo de nuestras fábricas, y á veces amarillas, como el ámbar, las cuales llueven granizos semejantes á granos del topacio y del rubí, tiñendo todas aquellas viciosas campiñas, donde pululan y gritan tantos seres en discorde coro, de iris y matices fantásticos. No buscará paraíso ninguno en el mundo ya quien vea una sola vez los valles de Cachemira, donde brotan todas las flores y maduran todos los frutos; ni desierto desolado y estéril quien haya recorrido aquellas soledades envueltas por el silencio y la tristeza como por un paño funerario. El clima de las nieves perpetuas está en las cumbres del Himalaya, y en sus raíces el clima de los trópicos. Así, todo es allí discorde y todo armoniosísimo. El viejo mundo no tiene ríos como los caudales del Ganges, arrastrando islas en formación, coronadas por cocoteros. Ni en el Amazonas ni en el Paraguay se ven selvas y bosques como aquellos índicos, donde gritan el pavo real y el papagayo, salta el mono, vuela el pájaro mosca y se pasea con majestad el elefante. Conoce la vida, en verdad, quien siente subir por sus venas aquella savia exuberantísima, y arder en sus pulmones aquel aire tempestuoso, y derramarse por su sér aquella intensidad de calor, generado por aquella luz, la cual parece hoy mismo producir á diario en los espacios encendidos y abrasados el milagro increíble de la creación divina, manifestado en aquel enjambre de seres y en aquel hervidero de vida. Pues bien: por esta vida, el czar sembrará, tarde ó temprano, desde los desiertos mongólicos, la discordia y la muerte. Dejemos hablar al tiempo.

Emilio Castelar



Fig. 4. Mujer somalí con su hijo pasando por delante de los visitantes del Jardín de Aclimatación. (De una fotografía instantánea.)

LOS SOMALÍS (1)

EN EL JARDÍN DE ACLIMATACIÓN DE PARÍS.

Hace poco, los parisienses pudieron admirar en el Jardín de Aclimatación una curiosa exhibición etnográfica: una caravana compuesta de 26 somalís, hombres, mujeres y niños. Gracias á la amabilidad de M. G. Saint-Hilaire pudimos examinar de cerca y detenidamente esos ejemplares de una raza humana que no hay muchas ocasiones de estudiar. La descripción que á continuación hacemos de ellos está redactada según el plan invariable que nos hemos trazado para nuestras descripciones etnográficas.

El país. – Todos los somalís del Jardín de Aclimatación de París proceden de esa parte de la costa africana situada exactamente debajo de Adén y pertenecen á las tribus de Habr-Auel, Habr-Junis, Habr-Gerhadjis, Habr-Toldjaleh, Dolbohanta, etc.; pero los somalís, en general, ocupan un territorio mucho más vasto, puesto que se hallan diseminados en toda la punta Nordeste del continente africano que limitan el golfo de Adén por un lado y el Océano Indico por otro.

Por la parte Norte llegan hasta Abisinia y por el Sud se extienden hasta el territorio del sultán de Zanzíbar; hacia el Oeste los límites se presentan indecisos, porque por este lado el país es poco conocido.

La región habitada por los somalís de que nos ocupamos, puede dividirse en tres partes: primera, el litoral, en donde se encuentran algunas grandes aldeas, á las que se da el nombre de ciudades; segunda, una larga cordillera de montañas calizas, que se extienden á lo largo de la primera zona; tercera, la meseta interior coronada de altas montañas, en donde viven los nómadas.

El país, en general, es pobre en aguas.

Actualmente los territorios somalís están bajo el protectorado de Inglaterra, que tiene algunos puertos en las principales aldeas de la costa.



Fig. 5. Omar Yussuf, joven somalí de 20 años (De una fotografía.)



Fig. 6. Samawota Duali, muchacha somalí de 20 años (De una fotografía.)

El hombre. – Los habitantes de la región Somal se dan á sí mismos el nombre de somalís que algunos autores, por razones filológicas muy discutibles, quieren escribir Çomalís. Refieren los somalís que son oriundos de la Arabia, y entre ellos hay dos tipos muy diferentes que habían sido ya observados entre los antiguos egipcios: el primero se parece al de las poblaciones llamadas Kuchitas, al paso que el otro, sin ser verdaderamente negro, pertenece al tipo más ó menos negroide. Este doble origen de las poblaciones somalís explica las variaciones en el color de la piel que pudieron observarse en los individuos del Jardín de Aclimatación y que varía desde el chocolate claro hasta el negro bastante pronunciado.

El segundo de estos tipos se caracteriza por una frente lisa, redondeada y oblicua, por las ventanas nasales gruesas y dilatadas, por el espesor de los labios y por la inclinación de la barba: estos caracteres tienden á aproximar este tipo al de los negros, del que se separa, en cambio, el conjunto de la fisonomía. El primer tipo tiene la frente alta y recta, la mandíbula superior poco proñata y la nariz algo arqueada y fina: sus pómulos son poco visibles y sus labios tienen un espesor regular. El perfil de este tipo tiene mucha semejanza con el de los bedjahs de Nubia.

Las mujeres padecen á menudo de esteatopigia.

Alimentación. – La alimentación de los habitantes de la costa se compone principalmente de arroz, dátiles y mutama; los nómadas se alimentan generalmente de lacticinios y de reses, y cuando han de hacer largos viajes llevan consigo y metidos en calabazas pedazos de carnero asados y empapados en manteca derretida. La carne de gacela forma parte de sus comidas, pero no la de ave. Los somalís del Jardín de Aclimatación querían matar por sí mismos los carneros que habían de comerse. Son, por regla general, muy glotones y beben leche y agua, pero nunca bebidas alcohólicas. Los nómadas encienden fuego frotando dos pedazos de madera. Sus utensilios de cocina son muy groseros y consisten en vasijas de tierra negra sin ningún adorno; sus platos y cucharas son de madera.

Viviendas. – Las habitaciones de los somalís consisten en *gurgis* hechos con esteras y pieles y son transportables. En las costas hay cabañas más espaciosas, cuadradas y compuestas de varias piezas, cuyo mueblaje se reduce á un taburete de madera ó una cama de montantes que sostienen un armazón de cuerdas.

Traje. – El traje de los dos sexos es muy poco complicado, puesto que hombres y mujeres se envuelven en una pieza de tela que las mujeres se sujetan sobre el hombro izquierdo, dejando á veces un pecho al descubierto y ciñéndose un cinturón que hace que la parte inferior aparezca como una falda. El calzado consiste en una especie de sandalia.

Los nómadas usan un traje igual al anteriormente descrito, pero de piel, y llevan al cuello un saquito de cuero y dentro de él una plegaria del Alcorán. Las mujeres gastan como adornos pendientes, collares y brazaletes en los codos y en las muñecas y encierran su cabellera en una especie de cofia. Los niños llevan la cabeza en parte afeitada, á excepción de dos tiras de cabello que se cortan en ángulo recto en la coronilla. El somalí cuida mucho de su cabellera, y cuanto más larga y rojiza es ésta más orgulloso de ella se muestra su dueño. El color rojo del cabello se obtiene por medio del agua de cal.

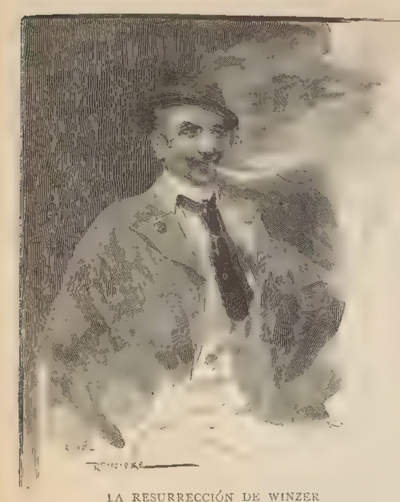
Sus armas son: el pequeño escudo redondo de piel de antílope, la clava y las dos lanzas, que arrojan á lo lejos con gran fuerza.

Los nómadas usan, además, una honda y un arco, con el que disparan flechas envenenadas. Los somalís de la costa poseen algunos fusiles.

Agricultura. – El cultivo no existe entre los somalís, debido esto, según M. Revoil, tanto á la pereza encarnada en los indígenas, como á la naturaleza del suelo, que carece de tierra vegetal.

Caracteres morales. – Los indígenas, sobre todo los de la costa, son muy hospitalarios. El robo y el bandolerismo, ejercidos con audacia, tienen algo de

(1) Según las observaciones del autor y las obras siguientes: *La vallée du Darro* y *Voyages chez les Benadirs, les Comalis et les Bayouns*, de Jorge Revoil; *Quelques observations sur l'anthropologie des Comalis. Bull. Soc. anthrop. de Paris*, de Hamy; *Les Somalis*, de Fulbert-Dumonteil; *Asketch of the modern languages of Afrika*, de Cust; *Anthropologie der Naturvolker*, de Waitz; *Volkerkunde*, de Ratzel; Mapas etnográficos de las obras de Cust y Waitz y del atlas de Berghaus, Mapa de Africa de Habenicht.



LA RESURRECCIÓN DE WINZER

...animado todo esto por una fisonomía risueña y maliciosa.

meritorio para los somalís. Estos se estrechan las manos en señal de amistad y abusan del juramento, aunque sin darle gran importancia, á menos que se trate de *vendetta*, pues en este caso el que lo presta sabe cumplirlo.

Los somalís no poseen instrumentos de música y en sus danzas se acompañan con la voz y las manos.

El islamismo es la única religión de los somalís: aunque poco supersticiosos, circulan entre ellos multitud de leyendas, entre ellas la de la serpiente que persigue á los ladrones hasta que abandonan los objetos robados.

Instituciones sociales. – Los jóvenes somalís no pueden casarse antes de la edad de 15 años; sólo los ricos tienen muchas mujeres, de las cuales únicamente una puede vivir bajo el mismo techo que el esposo. Las ceremonias del matrimonio son muy sencillas y el divorcio es muy frecuente, recobrando por él la mujer su completa libertad de acción.

Las mujeres no llevan velo como las árabes. Los muertos son enterrados según el rito musulmán: cosido el cuerpo en una mortaja de piel ó de tela, es conducido al templo, en donde se rezan las oraciones de costumbre, y luego sepultado en tierra.

Desde el punto de vista social, los somalís se dividen en tres clases: la de los ricos propietarios, la de los beduínos y la de los midganes. Los esclavos son en escaso número.

Tal es, á grandes rasgos, la descripción de ese pueblo somalí que habita en un país sumamente feo y desolado hasta el punto de que Mr. Revoil lo caracteriza diciendo que «el único campo que allí se cultiva es el camposanto (1).»

Príncipe Rolando Bonaparte.

(De *La Nature*)

LA RESURRECCION DE WINZER

Winzer tenía muchos puntos de semejanza con Napoleón I, y si su frivolidad y su falta de genio se lo hubieran permitido daría que hablar á la historia.

Como el vencedor de Marengo, Winzer se creía con derecho á encadenar á la fortuna, plegándola á sus aspiraciones.

Como éstas eran modestas, supuesto que se reducían á tener siempre colocación en su carrera de comerciante, y como casi sin interrupción fué dependiente de mostrador, de contabilidad ó viajante comercial, durante mucho tiempo no tuvo de qué quejarse, y dejó correr su existencia entre los placeres propios de la juventud, sin cuidarse poco ni mucho del porvenir.

(1) Reproducimos con este artículo dos fotografías instantáneas que M. Mauricio Busquet ha sacado expresamente para *La Nature* (figs. 1 y 4) y cuatro (figs. 2, 3, 5 y 6) que el príncipe Rolando Bonaparte destina á su hermosa colección antropológica y para cuya reproducción nos ha autorizado. A las noticias transcritas sólo añadiremos que los somalís del Jardín de Aclimatación llevaron consigo algunos meharis ó camellos corredores y pequeños caballos de carrera de su país cuyos ejercicios constituyen un espectáculo interesante. – G. T.

Cuando por rara casualidad se quedaba cesante, se decía con petulancia:

«¡Bah! Ya encontraré.»

Y con efecto, en seguida encontraba.

Y era de ver al buen Winzer, sobre todo cuando estaba en Viena, pasearse satisfecho por el *Prater*, con su sombrero semi-calabrés, sus cuellos semi-ingleses, su corbata semi-francesa y su casaca de solapas semi-berlinesa, animado todo esto por una fisonomía risueña y un tanto socarrona.

Pero á Winzer le llegó también su Waterloo.

Un día obtuvo un empleo de cajero en una línea férrea austriaca, que debía atravesar las más pintorescas comarcas alpinas, y el sueldo era más que mediano. En este destino Winzer pasó los últimos años que precedieron á la gran bancarrota de la empresa ferrocarrilera, comiendo bien, bebiendo mejor, trabajando poco, distrayéndose mucho, verificando deliciosas excursiones en traje de turista de los Alpes, que le sentaba á las mil maravillas, y cazando de vez en cuando los gansos, que en gran número poblaban aquellos montes. En suma, una vida deliciosa, como la de Napoleón I cuando vencía y dominaba en todas partes.

Pero así que se explotó la línea férrea en toda su extensión, todos los dependientes tuvieron más horas de trabajo, lo cual contrariaba á Winzer, acostumbrado al mucho asueto; y después de algunas reflexiones, se dijo:

«Nada, nada; yo no soy un negro del Congo y renuncio á tal esclavitud. Ya encontraré otra cosa.»

Y con efecto, renunció.

Como tenía algunos ahorrillos se divirtió en grande una temporadita en Viena. El mismo día de su llegada á la capital de Austria ocurrió el terrible desastre financiero que causó la ruina de la empresa ferrocarilera y de otras á ella enlazadas, y con esta ruina sobrevinieron el pánico, la desesperación, los suicidios, y en fin, toda clase de calamidades consiguientes.

Winzer, aunque no tenía mal corazón, se frotaba las manos satisfecho, diciendo:

«No ha sido poca suerte para mí que la quiebra me haya cogido fuera de mi antiguo empleo. ¡Bonito estaría yo á estas horas!»

¡Pobre Winzer! Ignoraba que aquella catástrofe material había de repercutir en él moralmente.

Como ya se ha dicho, sólo pensó en divertirse, y como no había descubierto la piedra filosofal, consumió sus economías y se halló en el caso de buscar un nuevo destino.

Como Napoleón I derramaba sus soldados por España y por Rusia, del mismo modo Winzer despilfarró sus florines en la alegre capital de Austria, confiado en su buena estrella, como el vencedor de Jena.

Todas las empresas constructoras de ferrocarriles habían pasado á mejor vida; pero Winzer supuso que, apto como era para todo, le sería fácil colocarse en algún otro ramo industrial. Informóse, y en efecto supo que había plazas vacantes en varias casas de comercio, y fué á solicitarlas personalmente, previo un minucioso tocado; pues Winzer profesaba la máxima de que si bien el hábito no hace el monje, un buen porte no deja de ser muchas veces una excelente recomendación.

– Venía en solicitud de la plaza de...

– Lo siento, pero hace tiempo que está provista.

– ¿Podré esperar más adelante?

– Amigo mío, si quiere esperar, espere por lo menos un par de años. Ignora V. el número de jóvenes y viejos y hasta niños á quienes esos desastres han dejado en la miseria.

Tal fué el diálogo que con él sostuvieron cuantos escucharon su demanda.

El desairado pretendiente regresaba pensativo y melancólico á la casa en donde se hospedaba. No se desanimó sin embargo por estos primeros fracasos, como á Napoleón tampoco le impresionó en un principio la pasiva resistencia de España. Prosiguió Winzer sus pesquisas; mas todo fué en vano.

En medio de sus tribulaciones tuvo un consuelo: unos ojos garzos cariñosos é intencionados, una tez blanca como la de una tirolesa y suave como la de una andaluza, una boquita que estaba diciendo «comedme,» y otras cosas más, todas anexas á una modistilla, llamada Pepita, de quien en sus buenos tiempos se había hecho amigo. Pepilla era la florista más linda de Viena y tenía la particularidad de ser la más elegante; parecía que de sus dedos brotaban florines. Así es que advirtió á Winzer que no se apurase, pues mientras ella pudiera trabajar no le faltaría nada, incluso tabaco para la pipa.

Pero Winzer era orgulloso y no se resignaba al papel de *mantenido*.

Pasábase los días corriendo desalado dondequiera que husmeaba una colocación, escribiendo á medio mundo para ofrecer sus servicios, y devoraba los anuncios de los periódicos por ver si en ellos encontraba el codiciado empleo.

Poco á poco habíase ido desprendiendo de cuanto poseía, y llegó un día en que se encontró como Adán, pero no en el paraíso. Con la patrona estaba en descubierto desde hacía mucho tiempo, y la idea de una despedida por falta de pago le horripilaba.

Aquel año casi siempre hubo en Viena una cuarta de nieve.

La patrona, aunque solía envenenar lentamente á sus huéspedes, no era mala; pero al fin asomó las uñas Su afabilidad trocóse en desvío. En vez de frases de consuelo y esperanza, Winzer la oía murmurar entre dientes reconvenciones formuladas en estos ó parecidos términos:

«Con más ganas de trabajar y menos pretensiones, otro gallo le cantara. A fe que no hay pocas maneras de ganar honradamente la vida. ¡Pero váyales V. á estos señoritos con estas cosas; propóngales que se dediquen á un oficio humilde, y en seguida le salen á una con su educación y su condición social y su... ¡Valientes!...»

¡Un oficio humilde! Jamás Así pensaba Winzer, ó mejor dicho, el infeliz ya no pensaba nada; la fiebre se había apoderado de él, y sin rumbo fijo vagaba días y noches como alma en pena por la ciudad y sus alrededores.

Perdida la esperanza, enfriados todos sus ardientes anhelos, se hallaba en el estado de Napoleón en la retirada de Rusia. Volvióse intratable, y sintió despertarse en su alma odio implacable hacia los hombres que en su derredor gozaban, hacia la sociedad entera que no se cuidaba de él, hacia la suerte, hacia la vida; en suma, por odiarlo todo, acabó por odiarse á sí mismo.

«¡Maldita existencia! ¿De qué me sirve más que de tortura?,» exclamaba en el colmo de la desesperación.

El día tan esperado como temido no tardó en llegar. Despedido por la implacable patrona, Winzer se encontró en la calle, solo, abandonado, sin un céntimo, y decidió acabar con sus desventuras apelando al suicidio.

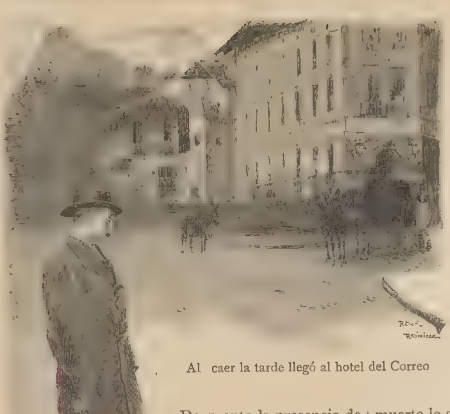
Pero ¿qué muerte escogería?

Aquí estaba la dificultad. Digamos, sin embargo, que la dificultad principal estaba en que Winzer era de temperamento nervioso y tenía un miedo horrible á la muerte. Ahorcarse le repugnaba, levantarse la tapa de los sesos parecíale poco limpio, ahogarse le horrorizaba porque suponía una larga lucha con el líquido elemento; la asfixia por medio del carbón... pero ¿cómo, si ni siquiera disponía de un mal brasero?

¿Qué hacer, pues?



Pepita leyó sonriendo esta misiva.


Al caer la tarde llegó al hotel del Correo

De pronto la presencia de un tirolés, vestido con su característico traje, trajo á su memoria los Alpes y le inspiró una idea que hasta entonces no había cruzado por su mente.

«*¡Eureka!*, exclamó; ya sé cómo he de morir: subiré á un ventisquero, pasaré allí una noche al raso y mi vida se extinguirá lenta y dulcemente como la luz falta de aceite, además de proporcionarme el placer de hacer una excursioncita por los Alpes, y con la ventaja de que al ser recogido mi cadáver la gente me compadecerá y me dará cristiana y honrosa sepultura.»

Pero como para llevar á cabo este proyecto necesitaba una cantidad que no tenía, pensó en Pepita, la modistilla; y en consecuencia, y después de vacilar algún tanto, porque era orgulloso, fundándose en que la carta no tiene empacho, como suele decirse, escribió una á la linda florista.

Recibióla ésta en ocasión en que estaba trabajando. Suspendió el trabajo, la abrió y la leyó.

Decía así:

«Mi siempre cara Pepita: no he ido á verte estos días, no por causa de olvido, pues ¿quién que te ha visto te olvida?, sino porque estaba aburrido y desesperado. Hoy se me aclara el horizonte; he logrado una colocación ventajosa, pero para tomar posesión necesito hacer un viaje: ¿tienes cincuenta florines que prestarme? Te los devolveré (si me lo permites) con réditos dándote tres besos: uno en los labios, otro en el corazón y el tercero en los ojos. Contéstame por el correo interior, pero á la lista, porque estoy poco en casa.»

Ya lo creo; como que Winzer no la tenía.

Pepita leyó esta misiva, y la contestó con estas lacónicas frases:

«Tengo lo que me pides. Mañana te aguardo hasta las siete, hora en que iré á entregar trabajo.»

Excusado será decir que al día siguiente, no bien dieron las diez en el reloj de San Esteban, se presentó en casa de la joven, y aquel mismo día se dirigió á la estación y tomó un billete para Lucerna.

No tuvo que facturar equipaje, y mientras esperaba la salida del tren entregóse á sus melancólicas reflexiones.

Aquellos momentos fueron muy tristes y como secuela de los tristísimos pensamientos que le habían asaltado antes de entrar en la estación; aquel viaje á la muerte no era seguramente un viaje de recreo.

Ya en el andén, redoblóse su pena. Aquella animación le exasperaba. El ruido de la máquina que tomaba vapor le atacaba los nervios. Los mozos arrastraban carretoncillos llenos de baúles ó de periódicos, las familias y amigos se despedían. Unos reían, otros lloraban, otros se besaban. Las mamás tiraban de los niños y los niños de los perros. Aquello era una baraunda.

La actividad se parece á la dicha, y por eso á Winzer le irritaba aquella animación. . . . .

. . . .

Era un hermoso día de verano: el sombrío candidato á la muerte ascendía lentamente por el delicioso valle del Reuss, á cuyo término había de encontrar el colosal ventisquero de la Furca. Digamos de paso y en honor de la verdad, que mientras duraron los florines de Pepita, nuestro hombre, influído por tan buena compañía y por las bellezas del lago de los Cuatro Cantones, sintióse inclinado á reconciliarse con el mundo, del que tanto había abominado; pero cuando sus fondos se agotaron, renació en él la siniestra idea del suicidio y el implacable odio á la humanidad, y comprando con los últimos céntimos que le quedaban una botella de vino, emprendió cabizbajo la ascensión del camino que serpenteando por el valle y monte había de conducirle á la Furca.

El desierto que atravesaba, el aspecto bravío de las verdes alfombras que tapizaban las montañas, las cimas de éstas, desnudas de vegetación y cubiertas de nieve de deslumbrante blancura; todo estaba en armonía con los pensamientos que bullían en el cerebro de Winzer. De cuando en cuando empinaba éste la botella y sorbía un buen trago de su contenido. A veces desfallecía su ánimo y se afanaba por buscar algún medio que le salvara de su situación aflictiva.

Pero parecía que el demonio de la muerte le soplaba al oído las siguientes palabras:

«No puedes retroceder. Estás en tierra extranjera y sin un ochavo; no tienes más recurso que morir de hambre ó mendigar. ¡Sube, sube!»

¡Mendigar! ¡Eso nunca! No había de descender tan bajo.

Y Winzer subía, aunque muy despacio.

Al caer la tarde llegó al hotel del Correo, que se alza al pie del ventisquero; pero para él como si tal fonda no hubiera.

Así fué que resolvió proseguir su camino, pues aunque por un instante tuvo idea de arrojarse á la sima que allí al lado se abría y en cuyo fondo se extendía una espesa sábana de hielo sucio, desechóla al punto. ¿Había de desperdiciar la ocasión que se le presentaba de admirar el ventisquero desde donde se precipitan las primeras aguas del Ródano, y que todos los viajeros y excursionistas consideran como una de las principales maravillas de la privilegiada naturaleza helvética?

No; Winzer era algo poeta, y moriría en lo sublime.

Contempló las caprichosas líneas que describía el río al deslizarse por entre aquellas agrestes montañas hasta desaparecer tras el Monte Rosa; fijó su vista en las vertientes del Finster-Aar-Horn, que cortadas á pico se elevaban á inconmensurable altura, y se convenció de que aquel era el sitio más á propósito para decir adiós á la humanidad. ¿A quién importaría su muerte? Parientes próximos no los tenía; decimos mal, existía un tío suyo anciano, que le odiaba cordialmente por la sola sospecha de que deseaba su muerte ante la esperanza de una herencia, que á la verdad no importaba gran cosa; el tal tío, para hacer rabiar al sobrino, habíase propuesto vivir todavía veinte años y era muy capaz de salirse con la suya. ¡Egoísta!

Sobre la nevada cumbre del Finster-Aar-Horn acumulábanse espesas nubes, y apenas Winzer hubo llegado al ventisquero del Ródano, una violenta ráfaga de viento dió con su cuerpo en tierra; quiso levantarse, mas en vano; el huracán le arrojó contra un muro de hielo, desde donde el infeliz fué á parar, molido y quebrantado, á la boca del ventisquero. Sus miembros empezaron á helarse; sus ojos, no pudiendo resistir por más tiempo la azulada luz que la nevada superficie reflejaba, se cerraron, y una sensación indefinible recorrió todo su cuerpo, anunciándole la proximidad de la muerte tan deseada... Sueños de color de rosa acudieron á su mente, y los recuerdos de los felices días de su infancia y de su primera juventud avivaron por un momento su inteligencia, que ya empezaba á apagarse. A poco, sus ideas fueron haciéndose cada vez más vagas, los objetos movíanse en torno suyo con vertiginosa rapidez, y por fin sintióse envuelto entre las sombras de la muerte.

Su último pensamiento fué para Pepita. Sintió haberla engañado para sacarla dinero; pero suponiendo que pronto se consolaría de su amor y de su deuda con otro nuevo amante, se tranquilizó para morir.

Porque Winzer, aun en la agonía, tenía la conciencia ancha...

De pronto se oyó á lo lejos una voz que decía:

– Federico, allí arriba hay alguien. ¡Si pudiéramos atraparle para que nos hiciese el tercero en el *skat!* (1).

El vértigo que se había apoderado de Winzer cesó de repente, y en la mente del desventurado surgió extravagante idea de que estaba en el otro mundo y que de allí era la voz que sonaba en sus oídos.

Pero en seguida otra voz de bajo profundo exclamó:

– Subamos por él.

– ¡Cómo! ¿Queréis subir hasta allá arriba para exponeros tal vez á tener que cargar con excursionista extraviado y medio muerto?

El espíritu de Winzer, próximo á apagarse, se avivó al oir este diálogo, pero sus labios inmóviles se negaron á dar paso á sus palabras.

– Emilio, continuó diciendo la voz de bajo, si le ha sobrevenido un accidente, tanto mejor; no hay como el juego del *skat* para resucitar á los muertos. A la verdad, se necesita estar loco para permanecer en tal situación en el ventisquero. Créeme. Sin duda ha sido sorprendido por la tormenta.

– No lo creo; ¿quién á estas horas se hubiera atrevido á escalar tal altura?

– Nosotros no estamos muy por bajo.

– Pero á nosotros nos conforta la idea del *skat*.

– Eso sí.

– Pronto saldremos de dudas. Interroguémosle y algo nos contestará ¡Eh!, ¡buen hombre!, ¿podemos saber á qué ha venido V. á estos sitios?

Winzer experimentó cierta satisfacción al ver que le era imposible contestar, esperando que de este modo le dejarían en paz, y se evitaría además el ridículo de acompañar á aquellos señores al hotel sin un céntimo en el bolsillo. ¿No había ido á aquel sitio para morir entre el hielo?

– Mira, Federico, quizá tengas razón. Voy á subir

(1) Juego de naipes alemán que se juega entre tres personas.


Aquello era una baraunda

á ver lo que le pasa. Al fin y al cabo somos cristianos.

– No te olvides de proponerle una partida de *skat*.

– Eso por de contado.

Winzer oyó con gran disgusto el ruido de pasos que se acercaban, y tuvo una alucinación. Creyó que al lado del ventisquero, sobre la tierra helada, había una mesa llena de copas de resplandeciente cristal, y que él, sentado á la mesa con dos caballeros, bebía y jugaba al *skat*. Y no era esto solo, sino que una hermosa y robusta muchacha traía nuevas copas y las servía sonriente

Un aliento cálido que le soplaba en el rostro desvaneció aquel ensueño, que resumía las tres pasiones de Winzer: la mujer, la bebida y el juego. Una mano apoyada sobre su corazón sacudía su cuerpo.

– Buen hombre, ¿está V. vivo todavía?

Winzer contuvo la respiración.

– Emilio, me parece que está muerto, pues no le oigo respirar. Acércate. Si está muerto no podemos hacer por él otra cosa que dar al hotel cuenta del hallazgo para que vengan á recogerle. Si vive, sería una monstruosidad dejarle abandonado. ¡Qué lástima! Me temo que no podamos echar una partidita por falta de tercero.

Winzer sintió que el rostro del inesperado salvador volvía á acercarse al suyo, y que le sería imposible contener por más tiempo la actividad de sus pulmones, en vista de lo cual decidió respirar lo más despacio y menos fuerte posible; mas apenas lo hizo, la voz amiga exclamó con acento de loca alegría:

– ¡Federico, ven, ven en seguida! Vive. Conduzcámosle al hotel, aquí puede morir helado de un momento á otro

– No será cosa fácil, pues el empedrado no es el más á propósito para tal descenso, respondió la voz de bajo aproximándose.

El desdichado Winzer comprendió que era difícil seguir disimulando delante de aquellos filántropos. Por un instante cruzó por su pensamiento la idea de explicar su situación, como consecuencia de un desgraciado accidente, según había supuesto uno de aquellos señores; pero ¿cómo sostener una mentira para encontrarse luego en el hotel con los bolsillos vacíos? ¿Qué hacer?

Entregado á estas meditaciones, notó que dos vigorosos brazos le cogían por la cabeza y otros dos por los pies, y oyó que la voz menos bronca decía:

– Pero ¿cómo vamos á bajar con esta carga? Déjame al menos que encienda la linterna para que nos orientemos.

Un ¡ay! se escapó del pecho de Winzer, y en voz dolorida y casi imperceptible exclamó:

– Señores, déjenme aquí por favor, no se ocupen de mí.

– ¡Hola!, dijo la voz más juvenil, después de una pausa motivada por la sorpresa. ¿No oyes, Federico? Este buen hombre parece que ha querido suicidarse. Pues por poco que nos hubiéramos descuidado...

Winzer intentó incorporarse, pero sólo consiguió alzar un poco el cuerpo, apoyando un brazo en el suelo.

– ¿Tendrá V. frío?, preguntó la voz de bajo.

– Claro está.

– Le arroparé con mi capote; á mí me basta el *plaid*.

Winzer se exasperó y exclamó despechado:

– ¿Con qué derecho se inmiscuen Vds. en la suerte de un desgraciado?

– Oiga V., compadre. Nosotros auxiliamos á la policía. ¿No sabe V. por ventura que está prohibido, bajo severas penas, el suicidio? No haga V., pues, locuras; abríguese y díganos quién es y por qué quiso á toda costa abandonar este mundo.

– Soy comerciante; me encuentro sin empleo...

– Ya le tiene V.

– ¿Dónde?

– En mi casa de banca... Pero ¿cómo no teniendo un céntimo ha podido V. llegar hasta aquí?

– Porque no hay portazgo ni pontazgo para los ventisqueros.

– Y diga, ¿juega V. al *skat*?

– Es mi juego favorito.

– ¡Hurra! Federico, ya tenemos nuestro hombre; un suicida salvado á pesar suyo, ¡qué gran compañero! Enciende la linterna y á jugar.

– ¡Cómo!, exclamó Winzer estupefacto. ¿Jugar aquí?

– No siempre se ha de jugar sobre tapete verde.

– ¿Y qué voy yo á jugar? ¿los años?

– No, dinero que prestaré á V.

Y diciendo así, el hombre de voz baja sacó un bolsón y dió veinte florines á Winzer, añadiendo:

– A cuenta de las futuras pagas.

Entretanto, el más joven había encendido una gran linterna. A la luz de ésta pudo Winzer distinguir dos sujetos de mediana edad, que parecían gente acomodada.

Pusiéronse á jugar al *skat*, que es parecido al tresillo español; pero antes, mientras barajaba, el hombre de la voz de bajo prorrumpió en este discurso filosófico, dirigiéndose á Winzer:

– ¡Bonita filosofía tiene V., amigo mío! No admito el que no se encuentre trabajo, pues á falta de otra cosa se venden palillos de dientes. Pues qué, ¿no hay más que decirle á Dios: «quiero y debo obtener tal empleo, y si no me lo proporcionan me mato?»...

Una violenta ráfaga de aire, que se llevó los naipes, interrumpió la peroración.

– Vámonos al hotel, dijo Federico, aquí es imposible jugar.

– Lo siento; el *skat* sobre la nieve sería doblemente poético. Vamos.

Winzer estaba como atontado; pero se guardó en el bolsillo los florines que le habían prestado.

Ya en el hotel, instalados confortablemente junto á una buena chimenea, á una mesa, con una botella de excelente coñac, el joven ex suicida recobró toda su lucidez.

– ¿Querrán Vds. creer, dijo Federico, que hay en el hotel ochenta huéspedes todos idiotas?



Comenzó la partida

– ¿Cómo es eso?

– Ninguno sabe jugar al *skat*.

Comenzó la partida. Pronto se convenció Winzer de que no obstante su afición, sus compañeros no eran muy fuertes en el juego. Jugó al tira y afloja, para no escamarlos, y cuando la campana del hotel llamó á la cena, llevaba ganados trescientos florines.

Cenó como un potentado, durmió como un patriarca, soñó con Pepita, con el *Prater* de Viena, con un pastel Chateau-Renau, muy en boga entonces en Alemania, y creyó en Dios por primera vez en su vida. Sí, indudablemente hay Dios, que aprieta, pero no ahoga.

Levantóse muy temprano, cuando sus compañeros de juego aún dormían á pierna suelta. Ya no pensaba en colocaciones. Había resucitado, digámoslo así, y volaba al cielo del placer.

¡Viva la alegría!

Se asomó á la ventana del hotel, y entrevió entre la niebla la cima de la Furca. Pagó su cuenta y salió de la fonda casi tan subrepticiamente como Napoleón I de la isla de Elva.

La fortuna de Napoleón terminó á los cien días; no sabemos cuánto duró la de Winzer.

F. M. G.

SECCIÓN AMERICANA

LOS AMORES DE SAN ANTONIO

(Continuación)

Uno de los *cholos* sirvientes que nos acompañaban calzó al *taita* unas grandes polainas, y cogiendo ambos sus respectivas escopetas encamináronse á pie hacia la *vizcachera*, desafiando la lluvia torrencial, que convertía la montaña en furiosa catarata.

Quedamos nosotras dentro del *chalet*, y una india, lista y avispada como una ardilla, sacó del horno tres pieles de carnero curadas, extendiéndolas en el suelo para que nos sentásemos

Tendría la india veinte años y ya era madre de cuatro indiecillos que se arrastraban revueltos con cinco ó seis perros, otros tantos gatos, algunas docenas de *cuyes* (conejitos de indias) y dos *cuchis* (cerdos), no muy pequeñitos por cierto.

Todos aquellos animales, racionales ó no, vivían juntos y en la mejor armonía, como si la misma madre los hubiera parido y á los mismos pechos se hubiesen criado.

Otra india vieja hilaba sin hablar palabra, mirándonos de vez en cuando con expresion seráfica, como si nos creyese imágenes de su divino culto, y otra jovencilla que ligeramente pasaba los puntos de una media de lana, apenas se atrevía á levantar los ojos, ruborizándose cuando la dirigíamos la palabra.

Ninguna de las tres indias entendía el castellano, pero Virginia Ortiz de Villate hablaba perfectamente el quichua y podíamos comunicarnos con los moradores de la choza

La vieja era madre de las jóvenes; todas estaban casadas, y los tres maridos, en compañía de otro personaje importantísimo para el indio, el asno, habían ido á las montañas á sembrar patatas.

Faltaban, pues, tres hombres y un burro para completar aquella dilatada familia que apenas tenía una choza de seis metros de largo por cuatro de ancho para guarecerse de la intemperie.

Confieso que de esto me asombré sin motivo, pues en Asturias viven muchas familias en idénticas condiciones: lo que tiene que yo había salido de mi país siendo niña y no recordaba haber visto en mi vida semejantes revoltijos.

Hacía ocho días que se casara la india jovencita, y por más preguntas que Virginia la hizo, no pudimos conseguir que nos hablase de sus amores ni de su marido, ni menos que nos dijese si lo quería ó no lo quería; y es que cuando una india se emperra en no hablar, no despliega los labios aunque la maten, pero expresa tan admirablemente y sin darse cuenta sus sensaciones, que no es difícil adivinar la respuesta.

Así, cuando la preguntamos si quería á su *hombre* leímos en su semblante un poema de amor con destellos de pasión ardentísima.



MUCHACHAS NAPOLITANAS ENSARTANDO PERLAS, cuadro de Edmundo Pury expuesto en París



EL DÍA ANTES DE LA SEPARACIÓN, cuadro de W. Rainey

— ¿Y si quisiese á otra?, le preguntó Virginia, instigada por mí.

La india continuó en su mutismo, pero nos miró con feroz expresión, convertida rápidamente en maliciosa sonrisa, como si quisiera decirnos:

— Ya os entiendo; queréis enojarme para que hable: os fastidiáis; no hablaré.

Y se salió con la suya, porque no habló

Volvió el *taita* después de cazar algunas *vizcachas*, y á pesar de su ascendiente sobre los indígenas, tampoco pudo conseguir que la muchacha le contestase.

Cesó la lluvia y salimos para ver la industria á que se dedicaban los habitantes del *chalet*.

Eran alfareros y tenían su *hornada* de cazuelas y pucheros metida en un montón de rescoldo, tan amazacotado y compacto que á pesar de la fuerte lluvia apenas había penetrado el agua en aquel *horno* de nueva invención.

Cuando volvimos para montar de nuevo, sorprendimos á la indiecilla charlando como una descosida con uno de nuestros sirvientes.

Era éste un *cholo*, buen mozo, con mucha malicia y cierto airecillo de inocencia que no le sentaba mal, según atestiguaban algunas *cholitas* que se morían por sus pedazos.

No pudo entender Virginia una palabra de lo que él decía bajito á la india, pero oyó claramente que ésta le contestaba: «Tú eres más guapo y más *gente* que mi marido.»

Al apercibirse de nuestra presencia, corrió la muchacha á meterse y acurrucarse dentro de la choza, y continuamos el viaje sin volver á verla, pero con la seguridad de que aquella noche soñaría la india, á pesar de su hombre, con lo que al oído le contara nuestro sirviente.

Seguimos bajando la quebrada con agradable temperatura y siendo casi despejada la estrecha faja de firmamento que divisábamos: ya distinguíamos claramente los pueblos enclavados en ambas laderas.

Al contemplarlos con sus grandes extensiones de casas sombreadas por frondosos árboles, daban envidia á quien como nosotros bajaba del Cerro de Pasco, en donde no se ve un tiesto ni crece una mala hierbecita; pero una vez cerca, el desencanto era grande: los árboles que nosotros suponíamos frutales no eran otra cosa que saúcos robustos y copudos; en fin, siquiera veíamos árboles, y algo era algo.

Declaro que aquellos pueblos habitados únicamente por indios me parecían trasunto fiel del paraíso.

Para quien había nacido y vivido entre flores y árboles tenía que ser monótona la vida, contemplando cómo de las entrañas de la tierra se extraían pedruscos que después de pasar por muchas fases venían á convertirse en el codiciado metal que perturba conciencias y atropella aun lo más santo y lo más respetable.

Llegamos á *Cuchis*, nombre que fielmente traducido del quichua, quiere decir *cerdos*; y la verdad, había tantos de estos sabrosos animalitos en el tal pueblo, que tuvimos por admirablemente puesto su nombre oficial.

Corrieron los indios de casa en casa anunciando la llegada del *taita* Lloveras con tres *niñas* y larga comitiva, y se apresuraron las autoridades á saludarnos respetuosamente.

Se nos presentó el *joiz* (juez) con sus *ministros*, indios armados de larga vara, por lo cual pude colegir que aquéllos eran remedo de los antiguos ministriles españoles.

Era el *joiz* un personaje *aristocrático* entre los de su raza, pues ya tres veces había sido investido con autoridad; favor tan señalado entre ellos, que imponía superioridad inusitada. Era, pues, *hijo del hombre* y no *hijo del perro*, expresión gráfica con la cual hacen ver que no son cualquier cosa.

No podíamos detenernos mucho tiempo, y el *taita* dijo que al día siguiente *recibiría en corte*; es decir, que oiría cuantas demandas y reclamaciones tuvieran que hacerle en su quinta de Visco.

Y como la recepción habría de acabar seguramente con algunas copas de *chacta* (alcohol), dicho se está que todos prometían no faltar.

El *joiz* se apresuró á limpiar las polainas del *taita*, teniéndole el estribo para que montase de nuevo, y después de hacernos profundas reverencias, así como los *ministros* y todos los presentes, partimos á galope.

Estábamos á más de dos leguas de Visco y deseábamos llegar de día porque los caminos desde allí eran mucho peores y más estrechos.

Sin más incidente que un solemne zarpazo que por atrevida sufrió mi pobre humanidad, llegamos contentísimas á la quinta de Santa Rosa, escondida entre flores y peñas, al pie de una montaña arrullada por una catarata que desde lo alto se precipita amenazando el edificio, y cuyas aguas van por estrecho cauce á perderse en el río de la quebrada, que bastante caudaloso en aquel término y sombreado por álamos gigantescos, lame las plantas de la quinta y arrulla á sus moradores con el incesante batir de la corriente espumosa contra los infinitos peñascos de su lecho.

Está, pues, el pueblecito situado en el fondo de la quebrada, y por uno de los accidentes del terreno no se le ve hasta que á él se llega.

Unas cuantas casitas de indios, semejantes al *chalet* de la bajada de San Antonio, y una iglesia derruída constituían entonces el pueblo, que sólo de gala se vestía cuando el galante dueño de Santa Rosa llegaba con huéspedes, y esto ocurría muy á menudo.

Perennemente sostenía allí el *taita* una cocinera y un criado que nos esperaban, y dicho se está que después de apearnos y saltar dando gritos, recorriendo la casa, el jardín, el río y hasta parte de la montaña, nos sentamos á la mesa bien provista y mejor servida que la de un monarca en activo servicio.

Así nos parecía á nosotros, y la verdad era que ninguna hubiera trocado su presente por cuanto de más codiciado hubiese en la tierra.

Durante la comida se hizo el programa. Descansaríamos cazando á pie por los alrededores dos días; emplearíamos otros dos en visitar algunos pueblos y una famosa quinta en donde abundaba la fruta exquisita; dormiríamos en un pueblo de relativa importancia, Yanahuanca, y regresaríamos al tercer día á Visco, dedicando cuarenta y ocho horas á recibir las visitas de despedida y devolver banquetes, para regresar al octavo día al Cerro de Pasco, en donde se nos esperaba sin falta.

¡Qué seductor programa! ¡Cuántas cosas veríamos y cuánto aprenderíamos de usos y costumbres!

Nada más tentador que el empleo que nuestro querido *cicerone* daba al tiempo. ¡Qué bien repartido!

Sirvieron el café y no mostraba el *taita* señales de referirnos la tradición milagrosa, pero yo no estaba dispuesta á pasar la noche sin satisfacer la curiosidad.

— *Taitito*, ¿y el cuento?, le dije.

— Mañana.

— ¡No, no!, gritamos las tres, ¡ahora, ahora!

— Vaya, caprichosas, pues ahora.

Antes de comenzar la conseja del santo grabado en la peña, he de hacer una observación pertinente, cuyo desentrañamiento dejo á la consideración de los sabios que se dedican á estudios antropológicos.

En mis largos viajes y en mi constante afán de estudiar usos y costumbres incásicas, cuya civilización sorprendió á los propios conquistadores, hanme saltado á la vista puntos de contacto y semejanzas extraordinarias con algunas regiones españolas, especialmente con la asturiana, en su confín con la provincia de Lugo.

Dejo á un lado por tener sencillísima explicación lo que á la indumentaria se refiere: encuentro también natural que vistan unas indias como las castellanas viejas, otras como las sayaguesas, otras como las mujeres del Valle de Anzó y todas semejantes á las campesinas de varias provincias de España, y no me sorprende que la música del indio peruano tenga las cadencias *montañosas* de Asturias y los gemidos apasionados de las sultanas granadinas.

La *quena*, una especie de flauta de caña cuya tradición romancesca atribuye su invento al enamorado que de un fémur de la mujer amada hizo el instrumento que tan tristes notas produce, no es otra cosa que la flauta ó silbato de los pastores occidentales de Asturias. En las montañas que unen el partido de Castropol con el de Fonsagrada, puede oirse una especie de *quena* peruana cuando el pastorcillo recoge sus ovejas y sus cabras en las melancólicas tardes de primavera y estío.

Los desfiladeros de los *cordales* asturianos seméjanse entonces á los majestuosos Andes; algún viajero caminando al paso tardo de su caballejo gallego ó de su mula mañosa, y el zafio *Batilo* saltando breñas y matorrales, persiguiendo su menudo ganado, ó sentado en una peña lanzando al aire lamentos inconscientes por los toscos agujeros de su flauta de caña.

¿Que pudo ser este instrumento importación ó exportación de la conquista? Bueno. Pero no lo ha sido seguramente la predilección que así los indios como los asturianos de Occidente tienen por el pelo rubio. Para los primeros, un hombre ó una mujer de pelo blondo son descendientes de la Virgen ó de los santos; para los segundos, todos los rubios son hermosos por horribles que sean. Las morenas y los morenos, en Asturias son feos porque sí, y allí no se miran facciones, ni expresión, ni ojos, ni talle, ni cosa alguna: es blanco y rubio... el *summum*, la perfección, el tipo acabado de la belleza.

Un niño blanco y rubio es para las indias un ángel; así, recuerdo siempre con infinita ternura que las indias se arrodillaban delante de mi pequeño de dos años, tocaban sus rizadas guedejitas con la punta de los dedos y los llevaban á los labios con unción seráfica.

— Niñito *lau* (expresión sublime), hijito de la Virgen... con tu pelito de oro... ruega por nosotros.

Cuando me tradujeron estas frases sentí una emoción profundísima. ¿Era pena por la ignorancia de aquellos parias ó satisfacción por ver así adorado al pedazo de mis entrañas? No lo sé; pero lo que puedo asegurar es que mi hijo sintió infinito placer cuando vió los aldeanos de mi pueblo.

— Son *cholos*, mamá, me decía, y sólo el tiempo y la costumbre pudieron convencerle de que los aldeanos de Asturias no eran *cholos* peruanos.

Cuando la india llega á la pubertad y siente los primeros gritos del sexo que la incita á mirar en el hombre á su compañero, suele volverse de cara á la pared y escarbar con la uña, prueba evidentísima de que anda lacia y tristona por falta de requiebros ó que su corazón ha sentido el primer golpetazo amoroso.

Y en Asturias cuando una mocita empieza á mirar de reojo á los mozos y á ponerse colorada si de alguno le hablan, dicen las gentes que ya comienza á *escarbar*.

¿Puede tener relación lo uno con lo otro? La tiene indudablemente, y tal vez la naturaleza en sus espontaneidades animales ajenas á la racionalidad, nos daría la explicación de hechos que no tienen ni la muy socorrida del atavismo.

Si me propusiese señalar en un trabajillo como el presente, ajeno por completo á la seriedad que requieren ciertos estudios, los puntos de contacto que los hijos del Sol tienen con los aldeanos del Occidente de Asturias, encontraría muchas, muchísimas cosas dignas de parar mientes en ellas.

* * *

Tomó el *taita* Lloveras la palabra, y con su marcadísimo acento catalán, que á tan larga distancia de España me parecía delicioso, comenzó á referirnos lo que á su vez había escuchado de un viejo indígena, cronicón parlante de su raza.

Las tradiciones y la historia pasan en los indios como herencia de padres á hijos más ó menos adulteradas, según la inteligencia ó la fantasía del narrador.

Había hace muchos, muchísimos años, dos siglos acaso, una pobre vivienda de indios situada en lo alto de la quebrada de Chaupi-Huaranga, frente por frente al grupo de peñas llamadas hoy de San Antonio. Ocupaban la choza, que se componía de dos habitaciones terrenas, un matrimonio joven y una vieja sirviente, que con respeto impropio de seres igualmente desgraciados obedecía y respetaba á sus amos.

Respetábanlos asimismo cuantos indios llegaban á la choza, y ninguno pasaba por delante de ella sin hincar la rodilla en señal de acatamiento, prueba más que fehaciente de que el joven matrimonio descendía en línea recta de los venerados emperadores Incas.

María se llamaba la mujer y Antonio el marido; amábanse con ternura, y eran los dos creyentes fervorosos, como lo son todos los de su raza.

Idólatra por el culto católico el indio, va adonde la religión por boca de sus ministros le lleva, y nada más venerando para los hijos del Sol que las imágenes, tuertas ó derechas, feas ó bonitas, que adoran en sus churrigueréscos templos.

Como quiera que visten á sus santos como mejor les parece, y lo mejor es aquello que más reluce, he visto un San Miguel con traje de bailarina, un San José con casaca á la Federica y un San Juan con trusas y dalmática. Si fuese á describir los atavíos de algunas santas, necesitaría imprimir un volumen de doscientas páginas y me quedaría corta.

Antonio había comprado la imagen de su santo patrón para sorprender á María un día de Pascua. Era su *guatamano*, equivalente á nuestro aguinaldo.

¡Qué figura tan hermosa la del santo! María no se cansaba de mirarlo ni de dar gracias á su marido por tan rico presente.

¡Un San Antonio rubio, blanco y encarnado, gracias á los chafarrinones de almazarrón con que le habían embadurnado las mejillas! ¡Con qué pulcritud abrieron una hornacina en los adobes de la renegrida pared! ¡Qué adorno más bello para la pobre choza!

Era muy hermosa la india: tenía los ojos grandes, grandísimos y expresivos; el cutis suave, como todas las mujeres incas, y de un trigueño claro, por lo cual corrían rumores de revoltijo entre una de sus bisabuelas y un apuesto jefe de los invasores.

Eva Canel

(Concluirá)

SECCIÓN CIENTÍFICA

EL ALUMBRADO POR MEDIO DEL GAS COMPRIMIDO

Si estudiamos detenidamente el proceso que se verifica en la combustión de una bujía, sorpréndenos que una grasa, que en condiciones normales no es cuerpo volátil, pueda producir una llama, pues sabemos que ésta, sólo á la combustión de un gas ó de



Fig. 1. Regulador para el alumbrado por gas comprimido

un vapor puede ser debida. Pero si introducimos en la llama un tubo de metal ó de cristal, veremos que la misma ley preside en la combustión de la bujía, como lo demuestra el hecho de que por aquél penetra un gas que es inflamable al salir por el otro extremo, produciendo una llama igual á la de la vela, de lo cual se deduce que la grasa de ésta con el calor de su propia llama se convierte en gases, que son los que á la llama dan origen. En efecto, toda substancia que contenga carbono ó hidrógeno se descompone, con el calor, en gases que se desprenden y carbón que subsiste. Los gases, cuidadosamente examinados, resultan ser una mezcla de metano ó gas de las lagunas, un hidrógeno carbonado que arde produciendo una llama opaca, y de etilo, cuerpo análogo al anterior, pero que arde con llama brillante, conteniendo, además, vapores de hidrógenos carbonados fluidos y más ó menos volátiles. Según sea la substancia que con la ignición produce los gases y según sea la temperatura en que se efectúe el proceso de descomposición, varía la proporción de las citadas partes gaseosas integrantes, pudiendo haber más ó menos metano que no alumbra, ó más ó menos hidrógeno carbonado fuliginoso y de brillante llama.

La bujía, que nos ha servido de ejemplo, es un medio de alumbrado muy perfecto: la grasa de que se compone arde fácilmente y por completo; en cambio hay otros materiales que no son á propósito para alumbrar, porque al par del gas luminoso desprenden demasiado carbón, impidiendo con ello el desenvolvimiento de la llama. El aprovechamiento de tales substancias para el alumbrado (separando los procesos de gasificación y de combustión, y utilizando el producto puro del primero para los fines del segundo) es una conquista de fecha reciente, pues apenas hace un siglo que se conoce el alumbrado por gas y sólo de muy pocos años á esta parte se ha generalizado su uso. No nos proponemos hablar de este alumbrado, ni de su historia, ni del estado en que hoy se encuentra; sólo queremos referirnos á una clase especial del

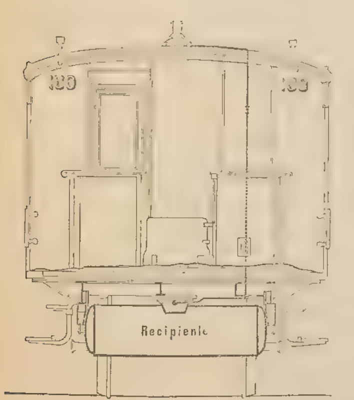


Fig. 2. Disposición del recipiente en un vagón de ferrocarril

mismo, cuya ventaja estriba en obviar uno de los principales inconvenientes que el alumbrado ordinario por gas ofrece, á saber: la falta absoluta de movilidad. Una fábrica de gas surte una zona limitada y las cañerías están fijas, y por lo mismo únicamente pueden ser utilizadas y emplazadas en cosas inmóviles, como calles y casas. Pero en nuestra actual vida de cultura los medios de transporte, ferrocarriles, vapores, etc., representan un papel importantísimo; muchos de nosotros nos vemos obligados á utilizarlos á menudo, no pocas veces de noche, y de aquí la necesidad de contar con un alumbrado suficiente. Las sucias y mal olientes lámparas de aceite de nabina, que hace quince años constituían la única iluminación en los ferrocarriles y vapores y que aún no han desaparecido del todo, tienen la gran ventaja de ser muy caras; y decimos ventaja, porque este mismo hecho de ser muy cara ha movido á las empresas ferroviarias y de vapores á introducir en este punto una modificación, que la sola comodidad de los viajeros no hubiera á buen seguro conseguido de ellas. Según los cálculos de la compañía Berlín-Hamburgo, cada lámpara de aceite cuesta 7 y medio céntimos de peseta por hora; suponiendo que un tren exprés de noche tenga 50 lámparas, resulta que el coste del alumbrado en un viaje de 10 horas es de 37'50 pesetas. De esto se deduce cuán considerables sumas gastan anualmente en aceite las compañías. Pues bien: el alumbrado por gas transportable, que por su limpieza y claridad no puede compararse con el alumbrado por aceite, cuesta apenas la quinta parte que éste.

Es evidente que hace quince años, es decir, antes del alumbrado eléctrico, el gas era lo único que podía substituir al aceite de nabina, y sólo era cuestión de vencer las dificultades técnicas que al empleo del gas se oponían. Dado el continuo cambio de lugares de un tren, era preciso que éste ó mejor aún cada vagón constituyese un sistema de alumbrado aparte de los otros, con sus cañerías especiales alimentadas por un depósito de gas en cada coche. Estos depósitos, empero, no podían ser muy grandes, á menos de ocupar una buena parte del sitio destinado á los viajeros ó á los equipajes: se probó de colocar un depósito en un vagón de mercancías, desde donde se alumbraba todo el tren; pero como para ello se necesitaban tubos de enlace entre los vagones, los movimientos que la marcha imprimía en aquéllos influían en la iluminuación y llegaban hasta á apagar las luces, además de que tal sistema resultaba enojoso cuando se trataba de enganchar ó desenganchar los vagones. Fué, pues, necesario que cada uno de éstos llevara su depósito, formando un sistema especial. Para ello, la *Metropolitan-District-Railway Company* de Londres colocó, hace 25 años, sobre los techos de sus vagones una especie de odres que se llenaban de gas del que surtía la ciudad, y sobre los cuales se ponían unos pesos que ejerciendo ligera presión hacían salir el fluido que ardía en las lámparas. Mas pronto hubo de verse que por este medio sólo podía llevarse gas para pocas horas, lo que hacía inaplicable el sistema en los trenes rápidos de noche y en las grandes distancias.

El empleo del gas, dado el espacio destinado al depósito, solamente era posible comprimiendo el gas en un volumen reducido; de este modo con gas comprimido á 10 atmósferas se puede llevar en igual espacio una cantidad de fluido 10 veces mayor que si la compresión es á una atmósfera; esto era evidente, pero ocurría una gran dificultad técnica. El gas que alumbra las ciudades está generalmente á una presión equivalente á una columna de agua de 25 á 40 milímetros, presión muy pequeña, pero que, según demuestra la experiencia, es la más favorable para la ignición del gas; pues por poco que se aumente, la luz empieza á silbar y á vacilar y pierde su intensidad lumínica. Y si se le somete á la presión de 10 atmósferas, que resulta monstruosa comparada con la normal, pierde el gas su propiedad de inflamarse al salir por los tubos; de suerte que para que un gas sometido á una gran presión arda, es preciso que sea antes reducido á la presión pequeña indicada. De aquí que para el empleo en los ferrocarriles de gas á alta presión, se hacía necesario inventar una válvula de reducción que realizara ese cambio de presión, válvula que debía ser automática, es decir, apta para reducir á la presión siempre igual indispensable para la ignición la presión del gas comprimido, cada vez menor por consecuencia del consumo.

El industrial de Berlín Julio Pintsch ha sabido resolver con habilidad suma este difícil problema, y la válvula de reducción por él inventada fué el punto de partida de uno de los más importantes éxitos industriales de nuestros tiempos.

Pasemos á explicar la forma perfeccionada que ha adoptado el sistema de alumbrado de Pintsch.

La válvula de reducción de la presión del gas inventada por Pintsch es, como todas las soluciones de los problemas técnicos, un aparato relativamente sencillo. Nuestra fig. 1 reproduce una sección transversal de la misma.

El gas comprimido llega á la válvula por la abertura *e*, unida al tubo conductor, que se mantiene cerrada por medio del cono *d*, el cual es oprimido por una fuerte palanca sostenida por una membrana *b*, cuya tensión está calculada de modo que toda presión mayor de una columna de agua de 25 milímetros la encorva hacia arriba, atrayendo la palanca y cerrando con ello la abertura *e*. Cuando la presión es menor de 25 milímetros baja la membrana, cae el cono *d* y entra más gas hasta que la presión vuelve á ser de 25 milímetros. Se ve, pues, claramente que el juego de la membrana está dispuesto de manera que constantemente salga por la abertura *f* y llegue hasta el punto de ignición una corriente igual de gas siempre á la presión indicada.



Fig. 3. Boya luminosa en la Exposición de aparatos para evitar siniestros verificada en Berlín en 1889

Aunque el invento de la válbula de reducción resolvía el problema del alumbrado de los espacios movibles por medio del gas comprimido, quedaban en pie otros varios, cuya solución era necesaria para asegurar al nuevo método un éxito duradero. Una de las cosas más importantes era la elección del gas que

debía emplearse. Ya hemos dicho que distintos gases tienen distinta potencia luminosa, según su procedencia. El gas de alumbrado común se obtiene del carbón de piedra, porque esta primera materia es la más rica y la más barata; pero aun en éste es de gran



Fig. 4. Boya luminosa anclada en el mar

importancia la elección y mezcla de los carbones Para el alumbrado por gas transportable, conviene ante todo emplear un gas de gran intensidad lumínica, porque así se consume menos y por ende dura más la provisión que de él se lleve. J. Pintsch eligió, por esta razón, para su sistema el llamado gas de grasa, obtenido con los residuos del petróleo ó con el aceite de parafina sajón, productos de bajo precio, instilados en una retorta de hierro fundido calentada al rojo. De este modo aquellos líquidos se descomponen produciendo, como casi todas las substancias orgánicas, carbón que se queda en la retorta y gas que se escapa de ésta y que, purificado por el mismo

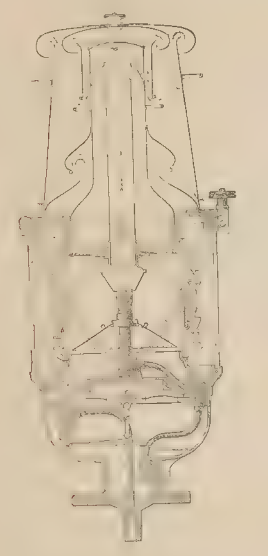


Fig. 5. Linterna de una boya luminosa; 1/8 de su verdadero tamaño

procedimiento que el de carbón de piedra, pasa al gasómetro, de donde es extraído é introducido en depósitos cerrados por medio de potentes bombas de compresión. Estos depósitos son luego colocados en los cilindros ó recipientes para el consumo.

Los recipientes, generalmente colocados de dos en dos entre los ejes de las ruedas de los vagones, consisten en cilindros de palastro de 5 milímetros de grueso, de 1'85 de longitud y de 420 á 520 milímetros de diámetro, estañados y soldados por dentro y por fuera; en sus extremos, de forma convexa y cerrados á tornillo, hay las válvulas por donde se introduce el gas que, para evitar los efectos del polvo ó de la porquería, van cubiertas con una chapa atornillada. En el centro del cilindro va colocado el tubo que conduce el gas desde el cilindro á la válvula de reducción ó regulador. La fig. 2 representa la disposición del sistema en conjunto.

Los recipientes van fuertemente sujetos al vagón, y cuando hay que llenarlos se les pone, por medio de un tubo atornillado de quita y pon, en comunicación con el depósito en donde las bombas acumulan el gas comprimido.

Un vagón con seis luces lleva dos recipientes de 380 litros cada uno, y la cantidad de gas en ellos contenida basta para el alumbrado durante dos noches. Así el tren correo de Berlín-París, por Colonia, realiza sus viajes de ida y vuelta con la provisión de gas tomada en Berlín.

Ya se comprenderá que antes de llegar á la forma cómoda, segura y elegante que hoy tienen las lámparas de gas de los ferrocarriles, hubieron de ser objeto de muy minuciosos estudios.

Lo mismo que cuando se introdujo el alumbrado ordinario por gas, los ánimos apocados predijeron mil peligros para la aplicación en los ferrocarriles del gas de grasa comprimido; pero repetidos accidentes han demostrado que ni los descarrilamientos ni los choques producen, con tales aparatos, explosiones ó incendios, pues al romperse los recipientes el gas se escapa con gran ruido, pero no se inflama por la misma presión á que está sometido.

En 1870 hizo J. Pintsch su primer ensayo; en 1873 apenas 100 vagones estaban alumbrados por gas; en 1876 pasaban ya de 1.000; en 1880 llegaron á 7.000 y hoy el número de ellos excede de 10.000. Hasta las locomotoras de todas las grandes líneas están actualmente alumbradas por este sistema, con lo que ha ganado en intensidad la linterna de señales que todas llevan delante.

El extraordinario éxito de este alumbrado en los ferrocarriles, movió á hacer tentativas en otros sentidos, comenzando por aplicarlo á los buques de vapor, si bien en éstos ha costado más generalizar el sistema, dadas las condiciones de los vapores. En cambio el gas comprimido ha encontrado una aplicación especial que nunca será bastante admirada y ensalzada: la de alumbrar por medio de linternas especiales las boyas que señalan al marino los puntos peligrosos. J. Pintsch concibió para ello la idea de aprovechar como depósito para el gas el mismo cuerpo flotante de la boya, y las primeras pruebas verificadas en Rusia en 1876 dieron tan buen resultado, que pronto adoptaron el sistema casi todos los estados civilizados, y hoy encontramos en muchos puntos boyas luminosas de esta clase Las dos que presentó la casa Pintsch en la Exposición de aparatos para evitar siniestros que se celebró en Berlín en 1889, y que reproducen las figs. 3 (tal como estaba en la Exposición) y 4 (anclada en el mar). Esta última está parcialmente cortada para que se vea el interior en donde se deposita el gas La primera es la forma más común y la segunda la que se emplea para las aguas poco profundas y expuestas á fuertes cambios de nivel.

La disposición de estas boyas es sencillísima, pero muy ingeniosa. La boya es á la vez depósito de gas, y según el tamaño de aquélla la provisión de éste basta para alimentar durante 2, 3 ó 4 meses, día y noche, la llama con la misma intensidad; de modo que las mayores boyas han de ser llenadas tres veces al año, operación que se realiza por medio de un vapor cargado con grandes depósitos de aire comprimido que recorre las boyas de su demarcación, en las cuales introduce el gas por medio de un tubo móvil atornillado. Hecho esto, se cierra la válvula por donde se inyecta el gas, y la boya está en disposición de funcionar perfectamente por mucho tiempo Para que la boya pueda llenar su cometido, se requiere que la lámpara adonde va á parar el gas después de pasar por el regulador de la presión sea insensible á los golpes de viento, á los vaivenes de las olas, á las inundaciones de éstas y á las lluvias. No era fácil encontrar una lámpara que llenara todas estas exigencias; pero después de la construcción de las linternas de ferrocarriles se consiguió resolver felizmente esta dificultad. La fig. 5 representa una sección de esta lámpara. En ella, como se ve, la lámpara y el regulador forman una sola pieza, encerrada en una bitácora, y en su construcción sólo se emplean latón, cobre y cristal, porque estos materiales son los únicos que resisten mucho tiempo al agua del mar. De estas lámparas las hay de 50 y 120 kilogramos de peso. El gas arde en ellas en 3 ó 5 mecheros circulares, produciendo una luz blanca intensa. Nuestro grabado indica por medio de flechas la dirección del aire y del gas; los canales para el aire están calculados de modo que la lámpara quede protegida contra los embates del agua. Para aprovechar mejor la luz, la llama está rodeada de una caja de cristal formada por anillos lenticulares de Fresnel, que reunen y proyectan en un plano horizontal la luz que irradia por arriba y por abajo. De esta suerte se obtiene una luz intensísima, visible de muy lejos y colocada á una altura igual á la de la cubierta de la generalidad de los buques.

Los beneficios que estas boyas reportan han sido universalmente reconocidos, y hoy las encontramos instaladas en el canal de Suez, delante de Trieste y de Cádiz y en casi todas las costas septentrionales de Europa.

También se utiliza el gas de grasa comprimido para los buques faros que prestan el mismo servicio que las boyas, para los faros propiamente dichos y para otros objetos análogos.

Precisamente en su aplicación para la seguridad y mejoramiento de cuanto con la navegación se relaciona, estriba la misión principal que el gas de grasa comprimido está llamado á realizar. En cuanto á las ventajas de este sistema, están claramente expuestas en una memoria del mismo inventor, de la que hemos tomado la mayor parte de los datos consignados en este artículo, y pueden resumirse diciendo que este alumbrado aplicado á los faros, boyas y demás constituye una garantía de seguridad y sirve de guía al navegante en su peligrosa gruta.

(De la revista alemana *Prometheus*)

***



Tetera automática de Mr. Royle

LA CIENCIA PRÁCTICA. — TETERA AUTOMÁTICA

Los inconvenientes que la distribución del te trae consigo cuando los invitados son muchos, y por consiguiente la tetera grande, quedan obviados con la tetera automática de Mr. Royle, cuyo aspecto es igual al de la ordinaria, sin más diferencia que en ella el pitón arranca del fondo y está encorvado en su extremo superior para que el chorro que por él se escapa sea casi vertical. Constituye la tapadera un cilindro hueco formando un pistón provisto en su parte superior de un botón con un agujero de 5 á 6 milímetros de diámetro. Para verter el líquido se coloca una taza debajo del pitón, se levanta el cilindro verticalmente cogiéndolo con el pulgar y el dedo medio y se le aprieta luego tapando el agujero con el índice. El aire que se ha introducido por el orificio al levantar el cilindro y que no puede escapar una vez tapado aquél, ejerce presión sobre el líquido y le hace salir por el pitón. Para que el líquido deje de fluir no hay más que destapar el agujero que se mantiene cerrado con el índice, con lo cual cesa la presión del aire.

De esta suerte el líquido puede ser servido hasta la última gota sin mover la tetera de su sitio.

(De *La Nature*)



TODA UNA JUVENTUD

POR

FRANCISCO COPEE

Ilustraciones de Emilio Bayard-Grabado de Huyot

(CONTINUACIÓN)

El trato que había tenido el poeta con los barbudos revolucionarios del café de Sevilla y con las corbatas parlamentarias del Salón de la condesa Fontaine, habíale disgustado para siempre de la política. Por tanto, se preocupó muy poco de los ministerios liberales, del plebiscito y de las diferentes fases de la enfermedad de que moría el segundo imperio. Pero Amadeo era buen francés. La violación de la frontera, las primeras batallas perdidas, hicieron asomar á su rostro el rubor encendido del ultraje. Cuando París fué amenazado pidió un arma como los demás, y aunque no tenía espíritu militar, se juró cumplir con su deber, con todo su deber. El día en que vió pasar, bajo el hermoso sol de septiembre, el kepis dorado de Trochu entre las bayonetas, había allí cuatrocientos mil parisienses llenos como él de buena voluntad, que en el cañón de su fusil habían puesto como una flor su resolución de morir como buenos.

¡Ah, miseria de la derrota! Todos aquellos valientes debían solamente estacionarse durante cinco meses, en su sitio, y comer carne podrida.

¡Que Dios perdone á los tímidos y á los habladores! ¡Ay! ¡Pobre vieja Francia! ¡Después de tanta gloria! ¡Pobre Francia de Juana de Arco y de Napoleón!

XVI

Hacía cerca de tres meses que duraba el gran sitio. El 3 de noviembre se había librado una gran batalla en las riberas del Marne; después, durante veinticuatro horas, la acción cesó algún tanto por la mucha nieve que caía, pero decíase que la jornada del 2 de diciembre sería decisiva.

Aquella mañana el batallón de la guardia nacional, del que formaba parte Amadeo Violette había salido por primera vez con orden de mantenerse sencillamente de reserva en tercera línea, bajo los cañones de un fuerte situado en una espantosa llanura al Este de París.

Los guardias nacionales no tenían, por cierto, mal aspecto, aunque pareciesen algo embarazados por sus pesados capotes de paño azul obscuro con botones de hoja de lata, y por sus fusiles de cazoleta más pesados todavía, todo nuevo y como improvisado.

Salieron del centro de la ciudad á paso doble, de cuatro en fondo, al redoble de tambores y mandados por un coronel que había sido bagajero y herrador del tercero de húsares. Verdaderamente sólo deseaban portarse bien, y no era culpa suya el que, por falta de confianza en ellos, no se les destinara á la primera línea. Al llegar á las fortificaciones y franquear el puente levadizo, entonaron la *Marsellesa* como hombres dispuestos á hacerse romper el bautismo. Lo que tal vez perjudicaba más á su aspecto marcial, eran sus sólidos zapatos de caza, sus polainas de cuero, sus guantes de algodón y sus bufandas; en fin, su aire confortable de gentes que se han procurado en su casa algunas cosas agradables, como, por ejemplo, panecillos rellenos de comestibles, pastillas de chocolate, tabaco y algún frasco de ron.

Apenas habían andado dos kilómetros fuera del parapeto y cuando llegaron cerca del fuerte, en donde en aquel momento no jugaba la artillería, un oficial de estado mayor, montado en un jacucho de amarillenta piel, que sólo tenía huesos y pellejo, les detuvo con un ademán y mandó secamente al comandante que se situaran á la izquierda del camino en un campo del que hacía tiempo se había arrancado hasta la última hierba. Allí formaron pabellones, y rompiendo filas esperaron órdenes.

¡Qué lugar tan siniestro! En el cielo sucias nubes y en la tierra terrenos áridos manchados de nieve á medio derretir; el fuerte, bajo, cerrado como en actitud de defensa; grupos de casas ruinosas diseminadas; una fábrica, cuya alta chimenea habían destruído en parte las bombas, acribillando la pared, en la que aún se leían estas palabras, escritas con grandes letras negras: «Jabonería del High-Life,» y atravesando este paisaje de desolación un camino largo y tortuoso, que se prolongaba hasta allá abajo, del lado del campo de batalla, y en medio del cual, ofreciendo un símbolo de muerte, yacía el cadáver de un caballo, caído allí como un fardo.

Frente á los guardias nacionales, al otro lado del camino, tomaba el rancho un batallón de línea, muy castigado en la acción de la antevíspera. Habíase replegado en aquel sitio para descansar un poco y había pasado toda la noche sin abrigo y azotado por la nieve. Tiritando, llenos de barro, cubiertos de andrajos, los soldados lúgubremente agrupados alrededor de escasas hogueras de leña verde que apenas ardía, ofrecían un aspecto lamentable. Los infelices mostraban caras cetrinas y barbas de hospital debajo de sus kepis deformados. Azotados por el viento áspero y frío que barría la llanura, sentían estremecerse sus espaldas rendidas de cansancio, cuyos omoplatos se hundían debajo del paño ajado de sus capotes. Algunos de ellos, que por estar heridos levemente no habían sido llevados á la ambulancia, mostraban en la frente ó en las muñecas surcos sangrientos Cuando pasaba un oficial humillado y con la cabeza baja, no le saludaban. Aquellos hombres habían sufrido demasiado, y en sus extraviadas miradas adivinábase una desesperación furiosa é insolente, próxima á estallar en injurias. Hubieran causado horror á no haber inspirado compasión. ¡Ay! Eran vencidos.

Los parisienses estaban ávidos de noticias respecto á las recientes operaciones militares, porque no habían leído en los periódicos de la mañana, más que despachos enigmáticos y boletines erizados ex profeso de términos estratégicos, poco comprensibles para los profanos, como todos los publicados durante este horroroso sitio. Pero todos ó casi todos conservaban intactas sus esperanzas patrióticas, ó para hablar más sinceramente, su ciego optimismo; y estaban

seguros, contra toda razón, de la victoria definitiva. Atravesaron el camino en pequeños grupos y aproximáronse á los pontalones encarnados para hablar un poco.

– Y bien; ¿qué ha pasado el 30 hacia el lado de Champigny? ¿Es cierto que somos dueños de la ribera del Marne? ¿Sabéis, hijos míos, lo que se dice



en París? Pues que Trochu va á abrirse paso por entre las líneas prusianas, para unirse con los ejércitos auxiliares; en una palabra, que estamos á punto de dar los últimos golpes.

Y ante aquellos espectros de soldados rendidos y hambrientos, los honrados guardias nacionales, bien abrigados para el invierno, comenzaron á proferir las palabras crudas, las frases rimbombantes con las que se enguajaban desde hacía meses: «romper el círculo de hierro,» «ni una pulgada, ni una piedra,» «guerra á todo trance,» «salida torrencial,» etc., etc. Pero los más fogosos preopinantes se desalentaron pronto al observar que los soldados de línea se encogían brutalmente de hombros, mirándolos con los malos ojos con que el perro huraño mira al que le molesta.

Sin embargo, un soberbio sargento mayor de la guardia nacional, con equipo nuevo y barba rubia, esposo de una modista de fama que todos los días en la cervecería después de apurar el sexto bock explicaba, valiéndose de fósforos, un plan infalible para hacer levantar el sitio de París y reducir á polvo los ejércitos alemanes, cometió la torpeza de insistir.

– ¡Vamos, valiente!, – dijo dirigiéndose á un picaresco cabo que se preparaba á tomar el rancho, en el mismo tono con que hubiera preguntado á un táctico veterano, á un estratégico como Turena ó Davout. – ¡Veamos! ¿Estuvo usted en la tremolina de anteayer? Díganos su opinión. 'Las posiciones ocupadas por Ducrot ¿son tan fuertes como se asegura?... ¿Será hoy el día de victoria?

El cabo se volvió bruscamente, mostrando una cara cetrina y unos ojos azules llenos de cólera y de amenaza, y dijo con voz sorda:

– ¡Vayan ustedes mismos á verlo!

Entristecidos y desalentados por la desmoralización de la tropa, se retiraron los guardias nacionales.

– He aquí el ejército que nos ha dejado el imperio, – dijo el marido de la modista, que era un imbécil.

Viniendo por el camino, procedentes de París, llegaba un batallón de móviles, encaminándose en desorden al lugar en donde empezaban á oirse las descargas de artillería. Eran pobres hijos de los departamentos del Oeste, todos jóvenes, que llevaban sobre los kepis los armiños de Bretaña, y cuyos buenos colores no habían apagado todavía los sufrimientos y privaciones del sitio. Menos deteriorados que los infelices soldados de línea, no teniendo demasiado frío bajo sus pieles de carnero, respetaban aún á sus oficiales, á los que conocían personalmente, llamándoles «nuestros señores.»

Estaban confortados, en caso de desgracia, por la absolución que les había dado anticipadamente uno de sus rectores, que marchaba en las filas de la primera compañía con la sotana remangada y calado hasta los ojos el sombrero romano. Aquellos muchachos de las landas entraban en fuego algo á la desbandada, como sus antepasados del tiempo de M. de la Rochejaquelein y de Stofflet, mas con paso firme y bien colocado sobre el hombro el chassepot. ¡Por Santa Ana, que tenían cara de buenos soldados!

Cuando pasaron por delante de los guardias nacionales, el rubio modisto agitó furiosamente su kepis en el aire, gritando con toda la fuerza de sus pulmones de buen mozo:

«¡Viva la República!»

Pero otra vez el entusiasmo de aquel fatuo cayó en el vacío.

Los bretones arrostraban el peligro, algo por temperamento y mucho por espíritu de deber y disciplina, y desde un principio, aquellos sencillos corazones llegaron á la suprema sabiduría, que consiste en amar á su país y dejarse matar por él cuando es necesario, sin preocuparse de las varias mixtificaciones llamadas gobiernos. Cuatro ó cinco mocetones, todo lo más, admirados del grito con que se les saludaba, volvieron hacia los guardias nacionales sus plácidas caras de campesinos, y... pasó el batallón.

El marido de la modista, que era un vago adorado de su mujer y que gastaba en el café todo el dinero que ella le daba, seduciendo de vez en cuando á alguna aprendiza, se escandalizó sobre manera.

Entretanto, Amadeo Violette se paseaba meditabundo delante de los pabellones.

Su ardor guerrero de los primeros días había decaído mucho. Desde el principio de este horrible sitio había visto demasiado y oído decir tonterías sin cuento y de sobra asistido á uno de los más tristes espectáculos que pueda dar un pueblo: la vanidad en la desgracia. Estaba hastiado de ver á sus compatriotas, los queridos parisienses, redoblar sus fanfarronadas á cada desastre y tomar su frivolidad por heroísmo.

Admiraba la resignación de las pobres mujeres que hacían cola, con los pies metidos en el barro, á la puerta de las carnicerías en donde se expendía carne de caballo; pero le afectaban cada día más dolorosamente las baladronadas de sus compañeros de parapeto, que se creían sublimes haciendo el fantasmón. Los pasquines oficiales y la charla de los periódicos inspirábanle inmenso disgusto, porque jamás habían mentido tan descaradamente ni adulado al pueblo con tan innoble bajeza.

Sin ninguna esperanza en el corazón, con la certeza del desastre final, Amadeo se procuraba un poco de sueño vagando por las obscuras calles del París de



entonces, apenas alumbradas por algún quinqué de petróleo, bajo el opaco y negro cielo de las noches de invierno, oyendo los ecos de los cañones que retumbaban semejantes á aullidos lejanos de perros monstruosos.

¡Qué soledad! El poeta no tenía ni un solo amigo á quien confiar sus tristezas patrióticas.

(Continuará)

NUESTROS GRABADOS

Vanidades mundanas, cuadro de Alfredo Agache, grabado por Baude. (Exposición de la Sociedad Nacional de Bellas Artes del Campo de Marte, París, 1890. – Si el cuadro *Peonías* que publicamos en el núm. 438 de esta ILUSTRACIÓN no hubiera bastado para demostrarnos la originalidad del esclarecido pintor francés Alfredo Agache, las *Vanidades mundanas* vienen á disipar cualquier duda que sobre este punto pudiera ocurrirnos.

Vanitas vanitatum, et omnia vanitas, dijo Salomón; y en esta gran verdad del sabio rey está inspirado el cuadro que reproducimos. El autor de éste muestra una tendencia marcadísima hacia las abstracciones, y á ella ajusta las reglas de su pensamiento y las leyes rítmicas de su estilo, consecuencia de lo cual es cierta vaguedad que envuelve la mayoría de sus obras y de la que participa *Vanidades mundanas*. La idea del lienzo se comprende fácilmente; pero cuando se trata de descender á los detalles, se echa de menos, en cierto modo, la claridad que tan bien sienta á las obras artísticas, tanto más gratas á la vista cuanto menos explicaciones requieren.

Esto que no podemos en modo alguno llamar defecto, y que aun de ser tal lo sería de la escuela, pero no del artista, no mengua el valor del cuadro; la precisión con que aparece marcada la forma, el vigor que ofrece el dibujo y la frescura y riqueza de los tonos son cualidades más que suficientes para justificar la admiración de que fué objeto el cuadro de M. Agache por parte de cuantos visitaron la Exposición de la Sociedad Nacional de Bellas Artes celebrada en la última primavera en el Campo de Marte, de París.

***

Muchachas napolitanas ensartando perlas, cuadro de Edmundo Pury. (Exposición Universal de París de 1889.) – El autor de este cuadro ha rendido tributo á la escuela realista en toda su pureza; no ha buscado un asunto poético é interesante, ni ha procurado embellecer el motivo con la fuerza de la imaginación, ni se ha curado de remendar los míseros harapos que cubren los cuerpos de las dos ensartadoras de perlas, ni de lavar sus rostros ni de peinar sus greñas. Ha copiado sus modelos tales como se le han presentado y ha reproducido la escena tal como se ha ofrecido á sus ojos en pobre y destartalada vivienda. Y sin embargo, el cuadro tiene bellezas indiscutibles y sobre todo cierto no sé qué que atrae con tal fuerza que hasta llega á idealizar el prosaico tema. ¿A qué es esto debido? ¿Será porque la niñez es siempre simpática aun en su aspecto más tosco? ¿Será que la innegable expresión de los dos rostros, trazados en pronunciadas líneas y con vigorosos toques que les dan cierta belleza salvaje, se sobrepone á todos los demás detalles? ¿O será que el artista, cuando lo es de veras, cuando siente á fondo el arte, conoce al dedillo sus secretos y aplica con habilidad y de una manera justa sus leyes, tiene el milagroso poder de transformar los objetos y de producir sensaciones y sentimientos que, á primera vista, pugnan con el asunto tratado?

De todo esto creemos que hay en la obra de Pury; pero á nuestro modo de ver, lo que más contribuye al buen efecto de la misma es la manera con que está dibujada, la naturalidad que en ella campea y la prodigiosa distribución y gradación del claro obscuro, mediante la cual ha logrado el pintor efectos maravillosos, como el de la silueta de la niña que colocada de perfil destaca su busto sobre la blanca pared del fondo.

***

El día antes de la separación, cuadro de W. Rainey. – La casualidad los llevó á la misma playa; se vieron y, claro, se amaron. Este argumento poco interesante á fuerza de usado en novelas, artículos y revistas, y á fuerza, sobre todo, de repetido en la vida real, tiene siempre un punto culminante, y es el que precede á la separación próxima. En él se recapitulan las breves dichas pasadas, se llora la fatalidad presente y se forjan para el porvenir los más risueños planes, que no pocas veces el tiempo y la ausencia se encargan de destruir.

Rainey ha tomado por asunto de su bonito cuadro este momento más ó menos trascendental, según las consecuencias que de él se deriven, y lo ha tratado con gran acierto, consiguiendo que los dos jóvenes expresen bien los sentimientos que en sus almas despierta la última entrevista en aquellos sitios que vieron nacer y crecer su pasión. Pero se conoce que el pintor quiso agriar en cierto modo la dulce impresión que la vista del poético grupo produce, colocando en su cuadro la figura prosaica del marinero que al oir las amorosas protestas y los juramentos de fidelidad eterna no puede contener una maliciosa sonrisa, como diciendo: «Ya vendrá el tío Paco con la rebaja,» ó, según reza el cantar:

Y en volviéndole la espalda,
Si te he visto no me acuerdo.

El contraste no puede ser más acertado, y la imagen de la cruda realidad al lado y como burlándose de las exaltaciones de la ilusión poética encierra en el fondo una sátira sangrienta que por desgracia suele ser verdad en no pocos casos.

***

Castillo de Roger de Lauria, en Basilicata. (De una fotografía.) – Cerca de la ciudad de Lauria, en la provincia meridional italiana de Basilicata, consérvanse las ruinas del castillo que la tradición y la historia de consuno dicen haber pertenecido á Roger de Lauria. Zurita en los Anales de la Corona de Aragón afirma que el ilustre almirante fué enviado á Basilicata para sublevarla contra la dominación del de Anjou, y añade que permaneció algún tiempo en Lauria, en donde sus padres tenían algunas propiedades.

De suerte que con seguridad puede afirmarse que el castillo cuyos restos reproducimos, sirvió de residencia al valeroso caudillo que tan gloriosas páginas ocupa con su nombre y con sus hazañas en la historia de los monarcas aragoneses y catalanes.



EL CASTILLO DE ROGER DE LAURIA EN BASILICATA (ITALIA.) - De una fotografía

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustracion Artística

Año IX — Barcelona 8 de diciembre de 1890 — Núm. 467



ESPAÑA PINTORESCA, estudios del natural por Baldomero Galofre

Reproduccion directa del álbum del artista

SUMARIO

Texto. – *Baldomero Galofre y su* ESPAÑA PINTORESCA, por M. A. C. – *La esposa del hombre célebre*, por E. C. – *Enmendar la plana á Dios*, por Rafael M.ª Liern. – SECCIÓN AMERICANA: *Los amores de San Antonio* (conclusión), por Eva Canel. – SECCIÓN CIENTÍFICA: *El análisis de los vinos*, por A. Hebert. – *Nuevo puente colgante militar*. – *Toda una juventud* (continuación), por Francisco Copée. Ilustraciones de Emilio Bayard. Grabado de Huyot. – *Nuestros grabados*. *El doctor Roberto Koch y la curación de la tuberculosis*.

Grabados.—*España Pintoresca*, estudios del natural por Baldomero Galofre. Varias reproducciones directas del álbum del artista. – Fig. 1. Determinación de la densidad de un vino. – Fig. 2. Licuómetro. Aparato para determinar la cantidad de alcohol que contiene el vino. – Fig. 3. Aparatos para el análisis de los vinos. 1. Determinación de la cantidad de extracto seco. V, Vaso de Mariotte. R, Baño-maría. 2. Determinación de la cantidad de alcohol (Aparato de Salleron). 3. Determinación de la cantidad de cenizas. – Fig. 4. Determinación de la cantidad de alcohol. Ebullioscopio de destilador móvil de M. Benevolo. 1. Vista del aparato en conjunto. 2. Detalle del cursor en mayor escala. 3. El aparato desmontado. – Fig. 1. Nuevo puente colgante militar del comandante M. Gisclard. – Fig. 2. Perfil del puente. – Figura 3. Palizada. – *El doctor Roberto Koch*, descubridor del *bacillum* de la tuberculosis y del procedimiento para curarla.

BALDOMERO GALOFRE

Y SU «ESPAÑA PINTORESCA»

El eminente crítico italiano Scalinger dedicaba no ha mucho á Galofre, en la importante revista ilustrada *Fortunio*, un largo artículo encomiástico, del que entresacamos los siguientes párrafos:

«Los grandes predecesores de Baldomero admiraron los encantos de nuestro país y fueron formándose á la escuela de nuestros pintores, recordando de éstos, quién la suavidad Rafaelesca, quién los atrevimientos veristas de Miguel Angel, de Cazaraggio; quién las acariciadoras morbideces de Correggio, quién la profusión colorista del pintor de Verona. Galofre ama de Italia las bellezas y del arte la verdad. Para él no hay escuela, ni género ni especialidad de mecanismos. El dibujo está en el gusto y en la experiencia, el color en la visión del natural; la inspiración es el producto de la propia cultura, del propio ingenio, del propio sentimiento, porque representa la excitabilidad del temperamento artístico delante del natural...»

«Para Galofre no es necesario que un hecho sea maravilloso, es indispensable que sea verdadero; pues sabe que para llegar á ser maravilloso basta que pase al través de su talento y de su percepción artística. Galofre es, pues, un gran representante del naturalismo pictórico, precisamente porque prodigiosa es la prontitud de su visión y prodigioso el modo de traducirla plásticamente.

»Tocante á esta forma de traducción, Galofre no tiene preferencias: la pintura al óleo, como á la acuarela ó al temple; el carbón, como la pluma ó el lápiz, tienen para él el mismo valor; poseyendo tan despóticamente su mecanismo, que á la vista de sus obras no se concibe que el valor del artista adquiera mayor ó menor importancia por el medio que emplee. La diferencia podría derivar del modo cómo el artista utiliza un medio en vez de otro; pero Galofre posee un secreto para todos, y por eso sus acuarelas llegan á ser tan maravillosas como sus cuadros al oleo, y sus trabajos á la pluma tan llenos de efectos como sus espléndidos dibujos al carbón...»

«Galofre, á pesar de su modernidad, pone en su pintura algo que recuerda los antiguos esplendores de la España dominadora; al contemplar sus obras se advierte la grandiosa afinidad entre éstas y aquéllos, se siente que en el empaste de vigorosas y deslumbrantes tintas, en aquellas líneas amplias y seguras hay la aristocrática y maravillosa herencia de Velázquez y de Ribera; á través de las delicadas luminosidades del *Avemaría* se adivina que no en vano el divino Murillo ha pintado en aquella España en donde Galofre ha nacido, que por algo los besos de las andaluzas queman, las serenatas de Andalucía son tan deliciosas, las noches de Granada tan dulces, las leyendas árabes tan fantásticas y tan soberbios los blasones de Aragón y los alminares de Burgos.

»El modernismo de Galofre no es el modernismo iconoclasta que destruye la honrosa tradición, el carácter de raza de la personalidad nacional, y por esto renueva el milagro de Fortuny, cuya pintura espléndida enlaza en un haz supremo de arte la poesía gloriosa del Renacimiento con la radiante visión del porvenir.

»Baldomero Galofre armoniza en sí todas estas exigencias, porque grandísimo es su genio, ardiente su sentimiento de la patria, inmenso su amor por el arte é infinita su pasión por la verdad.»

Con esto podríamos dar por terminado nuestro trabajo si al coger la pluma nos hubiésemos propuesto únicamente ocuparnos en conjunto de la personalidad artística de Galofre. Tan fielmente retratada aparece ésta en los transcritos párrafos del crítico italiano, tan bien sintetizan sus frases las cualidades más salientes del artista, tan acertado es el juicio acerca del mismo emitido, que cuanto á ello añadir pudiéramos sería ociosa redundancia ó innecesaria dilución de conceptos tan justa y admirablemente expresados. Es más: lo que escribe Scalinger hanlo dicho en cien ocasiones en periódicos, ilustraciones y revistas los más eximios críticos de Europa y de América, tejiendo con sus alabanzas á nuestro compatriota una gloriosa corona de inmarcesibles laureles. ¿Qué pudiéramos, pues, decir en este concepto que no resultara repetición, desautorizada como nuestra, de lo que una y mil veces han escrito las grandes autoridades en la crítica del arte?

Tampoco interesa á nuestro objeto trazar una biografía del artista, saber de dónde viene y cómo y cuándo llegó á ser lo que es; bástanos considerarle en el momento actual, estudiarle en la nueva fase que desde ha poco nos ofrece su brillante carrera, juzgarle en su colosal obra del presente, admirarle, en suma, como creador de su incomparable *España Pintoresca*.

Se ha propuesto Galofre con esta obra hacer la historia plástica de las cuarenta y nueve provincias españolas, describir su suelo, sus habitantes y sus costumbres, pero no en grandes síntesis que reflejen los caracteres generales, sino por medio de minuciosos detalles que permitan conocer los más escondidos rincones de nuestras sierras, las más ocultas bellezas de nuestras costas, los más ignorados usos de nuestras gentes, las más modestas viviendas de nuestros aldeanos, los más insignificantes y primitivos útiles de nuestros campesinos, los más diversos y caprichosos trajes de nuestros pueblos, animados por el maravilloso soplo de un talento privilegiado y reproducidos por todos los procedimientos, desde el dibujo á la pluma con sus trazos vigorosos y justos, hasta el carbón con sus prodigiosos contrastes de luz y sombra; desde la acuarela de armoniosas y transparentes tintas, hasta el cuadro al óleo, rico en colores espléndidos y en líneas primorosas. Y no contento con los procedimientos conocidos, cuando alguno de éstos no le ofrece por sí solo los recursos necesarios para obtener el efecto apetecido, Galofre que, como dice el citado Scalinger, «puede impunemente despotizar en el reino del arte,» no se aviene á doblegarse ante la insuficiencia de medios de que dispone, sino que destruye las estrechas limitaciones de la materia con la inmensidad de su genio y crea procedimientos nuevos, tomando de cada uno de los existentes sólo aquello que á su inspiración responde y combinando esos distintos elementos en un todo armonioso, lleno de sorprendentes matices y de encantadoras gradaciones.

Por lo dicho se comprenderá que la obra de Galofre no es simplemente una obra artística, sino que entra de lleno en la ciencia por el carácter que reviste de verdadero tratado etnográfico, ya que en ella aparecen gráficamente retratadas las razas y mezclas étnicas que pueblan nuestra península, con todas sus rudezas, pasiones, instintos, preocupaciones y delicadezas, con los usos que la tradición ha religiosamente conservado entre nuestros compatriotas, con los instrumentos que de sus antepasados heredaron y que transmitirán á sus sucesores, con los avíos que la moda ha sido impotente para desterrar; en una palabra, con todas las virtudes y los defectos que son su característica.

Tal es el proyecto imaginado por Galofre; proyecto nuevo, gigantesco, que hasta ahora no supo concebir ó no se aventuró á realizar ningún artista en ningún tiempo ni en país alguno. Y si á alguien se le ocurriera pensar que la idea es excelente para soñada, pero imposible de ser llevada á la práctica, la mejor contestación que podremos darle será decirle que de los nueve ó diez mil trabajos sueltos que han de constituir la obra, según el plan que se ha trazado el autor, más de dos mil quinientos están completamente concluídos y clasificados.

No se trata, pues, de un ensueño de artista, de un plan fantástico acariciado en las cavilosidades de una imaginación fogosa ó calenturienta, sino que se trata de un hecho positivo, de una idea que ha tomado ya forma tangible, de un tesoro inmenso acumulado ya en una buena parte. Galofre no se ha propuesto solamente ir á un objetivo; ha hecho más, ha emprendido el camino y lleva vencido un tercio de su larga y difícil jornada.

¿Cómo surgió en la mente de Galofre empresa de tal magnitud? ¿Cómo se atrevió á acometerla? ¿Cómo la ha realizado ya en gran parte y cómo espera confiado darle cima? Su ardiente amor á España se la inspiró; su genio comunicóle alientos para intentarla; su fe, que no desfallece ante los obstáculos; su laboriosidad, que no se rinde á las fatigas, y su abnegación sin límites, que no repara en sacrificios, le permitieron comenzarla y proseguirla y le permitirán llevarla á cabo «si Dios le da vida,» como él dice cuando sobre el porvenir se le pregunta.

Hemos hablado de abnegación y de sacrificios; véase si hemos exagerado al usar tales palabras. Galofre ha llegado á conquistar universal renombre; su facilidad para concebir y para ejecutar es tan pasmosa, que en poco tiempo sus pinceles hacen brotar del lienzo maravillosos prodigios; en España, en Francia, en Italia, en Inglaterra, en Rusia, en los Estados Unidos, en todas la naciones en donde se rinde culto al arte, sus cuadros se pagan á peso de oro y son con empeño solicitados. Pues bien: Galofre ha renunciado á la gloria del momento, se ha retirado de la que pudiéramos denominar vida pública del artista, ha dejado de pintar para el comercio, ha escuchado impasible á los que le brindaban caudales á cambio de pinturas, ha rechazado con firmeza heroica los más apremiantes encargos y las más halagadoras ofertas, para consagrarse por entero á la que él llama «la obra de su vida,» para poner al servicio de su patria su talento, su actividad y hasta su fortuna. Porque Galofre, que durante su carrera ha ganado sumas cuantiosas, ha gastado cuanto tenía para la realización de su proyecto; Galofre, que podría vivir ostentosamente, se contenta con una existencia modesta; Galofre, que posee en sus arcas repletas de cartones un importante caudal, no quiere desprenderse á ningún precio del más pequeño de sus dibujos para no desmembrar el imperecedero monumento que está erigiendo en honor de España.

La obra de Galofre es algo más, mucho más que una obra artística y en cierto modo científica: con tener un valor incalculable bajo cualquiera de estos dos aspectos, tiénelo aún mayor considerada bajo otro concepto que hace de ella una obra eminentemente patriótica. Galofre no quiere consentir por más tiempo que su querida España sea un país desconocido para los extranjeros y aun para los mismos españoles; quiere ofrecerla á la vista de todos espléndida, viva, tal cual es, no tal como en sus imperdonables desvaríos se la forjan los que sólo de oídas la conocen ó los que sin conocerla poco ni mucho han pretendido describirla haciendo más gala de ingenio que de espíritu de justicia, y poniendo á contribución, no la observación directa ni el meditado estudio, sino su fantasía trastornada por los vapores de absurdas alucinaciones. Galofre quiere que de sus dibujos y pinturas surja la España que tan magistralmente pintan Pereda cuando nos cautiva con sus novelas montañesas, Doña Emilia Pardo Bazán cuando nos deleita con sus cuadros gallegos, Trueba cuando nos hace llorar con sus delicados cuentos de las Encartaciones de Vizcaya, Oller cuando nos encanta con sus primorosas narraciones catalanas y Rueda cuando nos entusiasma con sus brillantes notas andaluzas. Galofre quiere demostrar á los de fuera que en España hay algo más que toros, navajas y guitarras; que nuestro pueblo no es el que se embriaga viendo correr la sangre en los circos, no el que acude en alegre romería á presenciar el repugnante espectáculo de las ejecuciones, no el que se pasa la vida holgando y apurando cañitas mientras una voz aguardentosa entona alegres cantares y una moza de ojos de fuego y esculturales formas se contonea en lascivos é incitantes movimientos.

Pero sus enseñanzas no se limitan á los de fuera; también quiere que dentro de España misma las provincias hermanas sepan unas de otras lo que muchas ignoran; quiere que desaparezca ese cúmulo de falsas ideas en virtud de las cuales pudieron pasar como tipos sintéticos de sus respectivas regiones el aguador gallego, el zafio asturiano, el tozudo baturro, el vengativo huertano, el fanático navarro, el codicioso triguero, el tosco payés catalán; tipos faltos de verdad, engendrados al calor de necias preocupaciones, crecidos al abrigo de infundadas antipatías y perpetuados por crasas é indisculpables ignorancias.

Galofre quiere que conociendo á España, aprendan los extranjeros á apreciarla y á admirarla como se merece, y que nosotros mismos, sabiendo todos lo que somos, lo que podemos y los tesoros con que contamos, avivemos en nuestros pechos ese puro y santo amor que mutuamente debe unir á cuantos nos cobijamos bajo una misma bandera y veneramos á la patria común de los españoles.



ESPAÑA PINTORESCA, estudios del natural por Baldomero Galofre. Reproducción directa del álbum del artista

La obra de Galofre es la rehabilitación de nuestra España ante el extranjero; pero es también base firmísima de recíprocas simpatías, fortísimo apoyo de nuestra unidad nacional á tanta costa alcanzada.

Galofre es artista de corazón y está apasionadamente encariñado con su obra. No hace muchos días, mientras con palabra elocuente nos explicaba á grandes rasgos su proyecto y con febril mano revolvía los cartones que iban desarrollando ante nuestra vista el más espléndido panorama, decíanos con los ojos humedecidos y con voz emocionada que reflejaba bien su sinceridad y su entusiasmo: «Si cien veces volviera á nacer, cien veces me dedicaría al arte; si mil vidas tuviera, otras tantas consagraría á la *España Pintoresca*.»

Pero ese cariño no lo profesa por pueril vanidad, aunque bien pudiera estar orgulloso de su obra, sino porque ésta es la inagotable fuente adonde acude para apagar su infinita sed de belleza; porque cada dibujo, cada cuadro renueva en su alma las dulces emociones experimentadas ante el variado y grandioso espectáculo de la naturaleza en todas sus manifestaciones; porque al contemplar su creación se siente sustraído al mundo material que le rodea y elevado á las altas y luminosas regiones, en donde los grandes genios pueden lanzarse á la consecución de los grandes ideales. Por ellos trabaja Galofre: fija su vista en el porvenir; ve cercano el día en que el triunfo habrá de coronar sus titánicos esfuerzos; presiente la victoria conseguida tras una lucha en la que ha tenido que vencer las asechanzas del utilitarismo y del escepticismo que emponzoñan nuestras sociedades y malogran tantos ingenios; sueña con el galardón para él inapreciable de haber merecido bien de su país; y animado por estos sentimientos, vigorizado con tales esperanzas, prosigue cada vez con más inspiración y con mayores bríos la noble tarea que se ha impuesto y en la que no cejará mientras viva, hasta que, colocada la última piedra de tan hermoso edificio, pueda decir: á España, «He cumplido como bueno honrándote y haciendo que te honren;» á la posteridad, «Esta es mi obra,» y al mundo entero, «¡Esta, esta es mi patria!»

M. A. C.

LA ESPOSA DEL HOMBRE CÉLEBRE

No me refiero á la *ministra*, que ni lee ni entiende (y más vale así algunas veces) los decretos que firma su marido; ni á la generala, que no acierta á decir cómo el general, su esposo, ganó los entorchados; ni menos á las mujeres que sólo saben que sus compañeros son célebres porque sí, preocupándose únicamente de pavonearse gozando las preeminencias que la celebridad trae aparejadas.

Repito que no me refiero á éstas; tienen las tales quien les cante alabanzas, quien diga cómo se visten, por dónde se desnudan, si por los pies ó por la cabeza, y les sobran aduladores que decanten su belleza y su distinción á falta de méritos más positivos.

Y que en esto de la distinción hay muchísimo que hablar, porque á cualquier cosa se le da ya semejante nombre.

Basta que una mujer sea alta, desgarbada y como un espárrago triguero, para que la llamen distinguida; y sobra con que sepa inclinar y erguir la cabeza automáticamente, mirando con su poquito de desdén á la persona á quien saluda, para que la *distinción* llegue á lo sublime.

Francamente, esta manera de distinguirse debe ser muy empachosa para los que no tengan por oficio ser tontos de capirote.

He oído llamar distinguidas á mujeres que lo eran solamente por mentecatas, y he leído que «la proverbial distinción de la señora tal»... y la señora tal era un angelito, que á todo el mundo trataba á punta de zapato; de zapato Luis XV, eso sí.

Dejemos á las unas y á las otras, pues que no quiero fustigar á nadie, y quédese cada cual con el adjetivo que tengan á bien aplicarle los revisteros y los tontainas.

Para mí el que una mujer sea ó no sea distinguida, siempre ha de estribar en la educación y en el espíritu, más que en los movimientos estudiados, en las posturitas aprendidas y en el corsé apretado como cincha de asno resabioso.

Me he propuesto solamente hablar de las mujeres que merecen serlo de hombres eminentes, y como lo natural es que alguna me haya servido de modelo, voy á exponerla á la pública expectación, aun cuando á la vez yo me exponga á un mohín de modesto enojo por la presentación indiscreta.

Saboreando lo que sobre Baldomero Galofre escribieron dos galanas plumas, manejadas con encantadora soltura por peritos en la materia, entráronme furiosas ganas de visitar el estudio del gran pintor, y sobre todo de contemplar la obra magna que su correctísimo lápiz está llevando á cabo.

Me honro con la amistad del padre de Galofre, pero no conocía al hijo personalmente; y como el padre es un amabilísimo caballero, enterarse de mi deseo y prometerme el placer deseado, fué cosa de un instante.

Llevó su galantería hasta acompañarme en la visita, y juntos, como dos camaradas, ó como el papá que gozoso lleva á su hija á una diversión reiteradamente suplicada, nos dirigimos á la estación del ferrocarrilito de Sarriá.

Acomodámonos en nuestros respectivos asientos, y ni visto ni oído recorrimos el trayecto que media entre la estación de San Gervasio y el apeadero de la calle de Provenza.

Felizmente, el convoy que nos conducía no aplastó á ningún guarda-aguja y pudimos respirar tranquilos al fin de nuestro viaje.

– Ya verá, ya verá, me decía Galofre padre, cómo se parece á V. la esposa de mi hijo.

– ¡Pobre señora!, contesté sinceramente.

Al penetrar en el gabinete que sirve de provisional estudio á Galofre, perdí completamente la idea del mundo exterior: iba á ver, á extasiarme, y enemigo encarnizado es el éxtasis de la memoria.

¡Qué impresión de gozo sentí contemplando aquí el caballete, allí unos bocetos, acá varias fotografías de hombres conocidos con cariñosas dedicatorias y allá objetos que al profano parecen pingos y vejeces, siendo para el pintor joyas inapreciables, vehículos que transportan la imaginación á otros tiempos y á otras edades!

Me dispuse á ver, á ver mucho, y á viajar por España, por la España que huye y que sólo en la obra magna de Galofre podrán admirar las generaciones que sucedan á la nuestra

Nunca me parecieron más empañados los cristales de mis lentes; frotaba y refrotaba en ellos, y velados los encontraba siempre; serían mis ojos, sería lo que fuese, pero yo no alcanzaba con la vista cuanto alcanzar deseaba.

– Entiendo poco de *ambientes, humedades, frescuras* y coloridos, dije á Galofre; el color no hace más que seducirme cuando está bien sentido, pero en cambio el lápiz me hiere de un modo tal, que la mejor obra pictórica no lo es para mí si esta desdibujada: ó la perfección en el dibujo, ó no quiero cuadros.

– Me alegro, respondió entusiasmado Galofre, yo también rindo culto al lápiz, y lo que va V. á ver son dibujos y rayas.

– ¡Bravísimo!

Comenzó la exposición; pasaban los cuadros por el caballete (con harta precipitación desgraciadamente), y perdí la conciencia de dónde estaba. No es broma; cuando al cabo de cuatro horas bajé al paseo de Gracia, dije: ¡Calle! ¡Pues si estamos en Barcelona!

Después de algunos trabajos de género andaluz, en los cuales parece que se oye dicharachear á las gitanas y sin esfuerzo se adivinan bajo sus amplios faralares los disloques y cimbreos de sus coyunturas, tuvo Galofre la bondad de trasladarme á Galicia y Asturias, viaje de placer que jamás agradeceré bastante al pintor eximio.

Ya no era la gitanería con sus desmadejamientos cadenciosos, ni los caireles, ni el borriquillo cascabelero, enjaezado con todos los arrumacos chillones que chisporrotean abrasados por los rayos del esplendente sol de Sevilla; eran las garridas mozas de mi tierra con su musculatura rígida, sus carnes apretadas, sus atrevidas y turgentes protuberancias, y era el manso buey uncido al *filarmónico* carro gallego, y así le llamo porque en aquellas regiones el carro que no canta, produciendo infernales chirridos, es un carro que deshonra á sus amos.

Del aduar gitano pasamos á las rías de Pontevedra y á los casetones destartalados de Oviedo, Lugo y Orense; contemplamos el *horreo* asturiano y el *cabazo* gallego, entre cuyos calados me parecía divisar las riestras de apiñadas mazorcas; y aquellas casas medio derruídas, en las cuales se conserva incólume el escudo de nobleza, tanto más irrisoria cuanto más desheredados estamos de fortuna, me hablaban, me decían algo, me decían mucho, y la *morriña* invadía mi ser, y las *soudades* del lusitano me laxaban el alma.

A mi lado había una mujer que me ayudaba á sentir y á recordar; una admiradora de Galicia y Asturias, que me hablaba entusiasmada de aquellos países y de aquellas naturales bellezas, que hacía sobrepujar á las de Suiza y á las de Italia, su dulce patria.

Era Lectte Galofre, era la esposa del hombre célebre, era un corazón puesto al servicio de una mente ardorosa.

Compañera del gran pintor en sus correrías artísticas, se advierte en ella á la sacerdotisa del arte, pero sin alardes neuróticos, sin entusiasmos rebuscados, sin fantasías enfermizas, con el razonamiento frío, con la comprensión brillante y entusiasta que anima una fisonomía expresiva y unos ojos de fosforescente pupila.

Galofre dibuja, Galofre pinta, Galofre es el arte; Lectte contempla, Lectte admira, Lectte ama y venera al artista.

¡Qué bello es esto!

La esposa que sabe juzgar al hombre eminente, es un garbanzo negro en el sexo de las frivolidades.

Pocas, poquísimas mujeres se asimilan al arte ó carrera de su marido; este bien inapreciable para el hogar, es patrimonio exclusivo de la clase artesana.

Por regla general vemos que no saben sumar las esposas de los banqueros, que duermen las de los oradores si se habla de retórica, que no entienden jota de solfa las de los músicos, que no distinguen un violín de un arado romano las de los pintores y que sólo entienden la palabra *crisis* las de los políticos.

¡Y qué divertido debe ser para un hombre hablar de su profesión con los extraños y de tonterías con su mujer!

En cambio, ¡qué dicha cuando al lado del hombre célebre no queda obscurecida la personalidad de su compañera!

«La gloria del marido á la mujer toca,» dicen. No es cierto: á la mujer le toca el orgullo inconsciente y las más veces necio con que se engalana, y si hasta ella desciende un reflejo glorioso, le alcanza oblicua y pálidamente.

Pero cuando las mujeres como Lectte saben colocarse cerca, muy cerca del cerebro generador, la gloria las envuelve con sus rayos directos iluminándolas de lleno.

– ¡Ay, amigo mío!, dije á Baldomero Galofre, lograr fama de gran artista y serlo, me parece más fácil que lograr una gran mujer.

El ilustre pintor sonrió satisfecho.

Decididamente hay hombres muy dichosos, pero también hay mujeres que lo son porque merecen serlo.

E. C.

ENMENDAR LA PLANA Á DIOS

Paseábase el Señor Dios por los cielos al tiempo que se levanta el aire después de mediodía.

Su majestuoso rostro indicaba una tranquilidad y una calma grandiosas.

Desde todos los puntos del universo llegaban á sus oídos, que todo lo escuchan, lastimeros quejidos, terribles imprecaciones, carcajadas impías, ayes de dolor.

El Señor Dios sonreía.

Miró con sus ojos, que todo lo ven, á todos los puntos del universo, y vió que su imagen había sido arrojada de los altares.

Y el Señor Dios sonreía.

La humanidad se olvidaba de su Creador y adoraban al becerro de oro.

Entre los lastimeros quejidos de los unos, las horribles imprecaciones de los otros, las carcajadas impías y los ayes de dolor, resonó la voz del ángel de las tinieblas, que gritó orgullosamente: «¡Vencí al Invencible! ¡El mundo es mío!»

Y el Señor Dios sonrió; bajó los ojos hacia la tierra y vió que el mundo era bueno.

Los ruidos que llegaban desde todos los puntos del universo fueron apagados por otros que hicieron que el Señor Dios interrumpiera el paseo que daba por los cielos.

Arcángeles, ángeles y serafines, profetas, santos, beatos y justos habían cesado de cantar alabanzas al Señor Dios de todo lo creado.

Los celestiales coros no se oían en los cielos, las arpas celestes enmudecieron, quebráronse las cuerdas de las divinas liras, y á la celestial música sucedió un llanto terrenal.

Arcángeles, ángeles y serafines lloraban silenciosamente; profetas, santos y beatos lanzaban ayes de dolor y mesábanse los cabellos, mientras que los justos querían forzar las puertas del cielo para bajar á la tierra y confundir al ángel malo.

Y mientras tanto el Señor Dios sonreía.

San Pedro, á quien dió Dios poder para atar y desatar en la tierra y á quien confió las llaves del cielo, entró precipitadamente en el salón del trono, donde se hallaba el Señor Dios, y arrojándose á sus pies y entregándole las llaves, dijo:

– Señor, de nada me sirven estas llaves. Por las puertas del cielo ha mucho tiempo que no entra un justo. Por las puertas del cielo, Señor, quieren salir los justos que en él se encuentran para bajar á la tierra y confundir al rey de las tinieblas, y á mí me falta autoridad para impedirles la salida, pues también yo saldría á librar á la humanidad de las tentaciones de Luzbel.

– ¿También tú, Pedro?, dijo el Señor Dios. Reune la corte celestial para que me exponga su deseo que ya conozco.

– ¿Para qué entonces, Señor? Haced lo que ellos quieren y...

– Todos, como Tomás, necesitáis ver para creer; yo haré que veáis y de una vez creeréis. Vé y obedece, Pedro.

Obedeció el portero de los cielos; reunióse la corte celestial y en ella expusieron los santos profetas, justos, mártires, ángeles, arcángeles y serafines su caritativo deseo de que cesara el poder que sobre los hombres tenía el rey del mal, el padre de la tentación, el que se rebeló contra el Señor Dios.

Sonriente escuchó el Dios de Israel la súplica que se le hizo.

Los habitantes del cielo se quejaban de que la maldad reinaba en la tierra y querían librar á los humanos de las penas del infierno, en las que incurrían á pesar de sus plegarias y de los buenos pensamientos que querían inspirarles:

– Nuestro poder es más limitado que el de Satán, decían. Desaparezca la tentación, y el mundo...

– No será bueno, interrumpió el Señor. Mas ya que queréis enmendar la plana á Dios, *¡Sea! Ved y así creeréis.*

Apenas las palabras del Señor Dios resonaron por todos los ámbitos del mundo, apareció en medio de la corte celestial el ángel hermoso, aquel que tuvo valor bastante para sublevarse contra su Creador.

– Señor, dijo, adivino tu pensamiento, y adelantándome á tu mandato, vengo á cumplirlo. Si yo fuí el único que contra ti se rebeló, fué porque yo solo era capaz de comprender tu grandeza. Los pequeños y los ruines no se rebelan porque sienten su pequeñez. Por envidia me sustraje á tu poder, y aún sigo envidiándote; mas me ofreces una ocasión de humillar á todos éstos que me desprecian y con júbilo la acepto. Tú sabes, Señor, que en mi maldad soy casi tan grande como tú.

Esta satánica afirmación fué acogida con murmullos de desaprobación y protesta.

– Callaos, rugió el demonio. Yo quise luchar con el Señor para ser tanto como él, prueba de que comprendía toda la infinitud de su sabiduría y á poseerla aspiraba. ¿Qué sabéis vosotros de sabiduría infinita, viles cortesanos? ¿Deseáis que aleje yo del mundo á mi amada hija la Tentación? Alejada está. ¿Queréis que arranque del corazón de los hombres los gérmenes de todos los pecados y de todos los vicios? Arrancados están. La estupidez humana bastará para condenarlos. Vuestro es el mundo. A mis tinieblas me vuelvo y allí esperaré los resultados de vuestro reinado en la tierra.

Se hundió Luzbel en las profundas obscuridades del infierno.

El Señor Dios dijo entonces:

– Con sangre de mi hijo, que es mi sangre, redimí á la humanidad, y creéis que no hice bastante. Pedid y se os dará, dije. Habéis pedido y os doy lo que pedís. El mundo es vuestro: he apartado de él el mal; la bondad absoluta reina en él.

Ya veréis, añadió mirando hacia la tierra, y se alejó sonriendo.

. . . .

Refiere una leyenda que una hermosa mañana, hace de esto mucho tiempo, todos los hombres se convirtieron en buenos y virtuosos, pero tan buenos y virtuosos como nunca habían sido.

Lo ocurrido era extraño, sorprendente, maravilloso. Padres había que creían ver por vez primera la cara de sus hijos. Hermanos que habían sido Caínes resultaban inseparables como Pílades y Orestes. Las Mesalinas de la víspera eran todas Artemisas. Los avaros derrochaban á manos llenas el oro que habían amontonado. Los que con puñales desgarraron el corazón de sus semejantes, eran entonces enfermeros que sanaban las llagas de sus hermanos con más cuidado y esmero que el mismo San Vicente de Paúl.

El mundo era una balsa de aceite.

Un día el Sumo Pontífice reunió en torno suyo el colegio de cardenales, vicarios, camarlengos, notarios y protonotarios apostólicos, generales de las órdenes, misioneros, etc., etc., y los habló en los siguientes términos:

– Hermanos míos: ¿Cómo ha sucedido esto? Yo no lo sé; pero el hecho es incontestable; vosotros y todos los que con semblante humano nos hallamos en el mundo, somos igualmente buenos y virtuosos. Esta maravillosa cuanto innesperada transformación viene á cambiar la faz del mundo. Entre el Creador y la criatura no se necesitan ya intermediarios. Los hombres caminarán de hoy en adelante por la vía del bien sin necesidad de guías que los aconsejen. Este báculo que depongo, esta tiara, esta silla gestatoria y todo lo demás se guardará en un museo destinado á recoger y conservar todos los emblemas y ornamentos del orden religioso. Yo me voy de este Vaticano en donde nada me resta que hacer, y dejo para los nuevos usos á que sin duda se destinarán el colosal San Pedro, el soberbio Laterano, el espléndido San Pablo; en resumen, las trescientas sesenta y cinco entre basílicas é iglesias que encierra la Ciudad Eterna. En lo demás ya pensarán los otros. Mi misión y la vuestra ha concluído. Los hombres nacerán y morirán (lástima que tengan que morirse), se unirán y separarán sin necesidad de sacerdotes. Preces, oraciones, indulgencias y votos no habrá ya, puesto que no se cometerán pecados mortales ni veniales; y en cuanto á cantar alabanzas al Señor, se cantarán en todas partes para alabar la misericordia de Dios, que es infinito. Por lo tanto, queridísimos hermanos, separémonos en paz y siga cada uno su camino.

Concluído el discurso del venerable anciano, los cardenales, vicarios, camarlengos y séquito, sin abrir la boca ni pronunciar palabra, se separaron y ya no se habló más de ellos

En el palacio del rey ocurrió algo parecido. Apenas se despertó el jefe del Estado, convocó á los príncipes de la sangre, dignatarios y demás caterva de cortesanos. Después, fiel como siempre á las prácticas constitucionales, llamó á los ministros y presidentes de las Cámaras, y les dijo:

– Señores: El faustísimo acontecimiento que aquí nos reune por última vez os es tan conocido como á mí. No me detendré por consiguiente á referirlo. Rey constitucional, reino, pero no gobierno: por eso he reinado hasta este momento y vosotros habéis pen-



ESPAÑA PINTORESCA, estudios del natural por Baldomero Galofre. Reproducción directa del álbum del artista

sado en gobernar como vuestros antepasados. Este organismo sutil, complicado ficticio, que se llama monarquía ó república, según los casos, el gobierno, en fin, me parece que ya no tiene razón de ser. Y digo que me parece, porque un rey constitucional debe discurrir siempre con el seso de sus ministros, y no se puede en verdad saber si lo que le parece á él les parecerá lo mismo á ellos. Por mi parte estoy preparado á todo Si, como creo, me decís que me vaya me iré, y se irán todos los fieles servidores que hasta hoy tan buenos servicios me han prestado haciendo de comparsa en la comedia que estábamos representando. Pensad, señores ministros; que discuta el parlamento. Yo, como Pilatos, me lavo las manos.

No digo que el oficio de rey, aun como lo ejercía, no fuese un buen oficio, pero Dios sabe si tenía también sus espinas. No será, pues, una gran desgracia el poderme librar de una vez de esas molestias. Por otra parte, no me ha costado gran trabajo el tener que acomodarme á los usos que desde hoy rigen, ya que, dejando á un lado la modestia, he sido siempre bueno y virtuoso. No sé si todos vosotros podréis decir otro tanto, pero lo celebraría.

Terminó el príncipe su discurso en medio del mayor silencio.

Inclinaron todos respetuosamente la cabeza, tanto por adhesión como por costumbre, y luego cada uno se fué por donde había venido

Alrededor de una gran mesa cubierta con tapete verde se hallaban sentados los consejeros de la corona, presididos por el ministro de Hacienda, como dueño de las llaves del Tesoro.

– Seguro como estoy, dijo éste, y como debemos todos estarlo, de que en cuanto ocurra un gasto necesario se apresurará todo el mundo á contribuir en la medida de sus fuerzas, sin que haya la menor alteración, soy de opinión que los millones recaudados que existen en las arcas de la Hacienda se reintegren á los contribuyentes. Será la primera vez, desde que el mundo es mundo, que se presente caso semejante; pero también es esta la primera vez que la humanidad obra bien.

El ministro de la Gobernación usó después de la palabra

– Será breve mi discurso. Se abrirán de par en par las cárceles y se suprimirá la policía. La benemérita será licenciada. Respecto á los establecimientos benéficos, de caridad, hospitales, etc., la caridad pública cuidará de ellos.

– No siendo ya posible las guerras de conquista ó dinásticas, las invasiones, los motines y revoluciones, mando á sus casas á todos los individuos del ejército y devuelvo á la agricultura y á la industria los brazos que tanto necesita.

Así habló el ministro de la Guerra.

– Por las razones expuestas elocuentemente por el ilustrado ministro de la Guerra, haré otro tanto con la marina. Los navíos, buques, cruceros, guardacostas, etc., pasarán al servicio del comercio.

El ministro de Gracia y Justicia habló de esta manera:

– De todas las maravillas que en este día hemos presenciado, ninguna tan grande como la de que el mando exista sin abogados. Pero suprimidas de pronto la injusticia, la avaricia, la soberbia y la lujuria, no hay ya razón de ser para que existan los jurisconsultos que á costa de aquellos vicios medraron desde Ulpiano y Modestino hasta nuestros días. Desaparecen los abogados, los tribunales en todas sus instancias, los procuradores, escribanos, alguaciles y demás aves de rapiña. Desaparecerán también los grandes centros en que se confeccionaban las leyes redactadas en estilo bárbaro y luego transformadas, merced á un lenguaje sibilítico y obscuro; por lo mismo sería ridículo suponer que habría alguien tan estúpido que pierda el tiempo estudiando el medio de impedir abusos ya imposibles ó regular pasiones que ya no se conocen. ¡Oh dignidad senatorial y de los diputados tan ambicionadas y de las que tanto se ha abusado, también vosotras desaparecéis como el humo, del mismo modo que las demás partes del caduco edificio, nacido y desarrollado á impulsos de nuestra maldad, amasado con el cemento de la farsa, y de la impudicia.

A propósito de la farsa, le llegó su vez al ministro de Estado, que demostró que el famoso equilibrio europeo logrado á costa de farsas, de hipocresías, de mentiras y subterfugios, cambiaría de aspecto, muerta y enterrada la diplomacia. Ni el más insignificante agente consular conservaría su destino, toda vez que en ninguna parte del mundo se dará el caso de que una persona necesite protección ni tutela. Desaparecieron los odios de pueblos y naciones. La sentencia del doctor Pangloss, de que tanto se burlaron sus contemporáneos, será ahora una verdad sacrosanta.

Los demás ministros se expresaron en términos semejantes. Unicamente se promovió discusión acerca de la necesidad de la instrucción, que unos afirmaban y otros combatían. ¿Para qué ha de estudiar la humanidad superlativamente buena y virtuosa, no siendo ya susceptible de mejoramiento? ¿No sucedería que el saber, funesto en otra ocasión para el género humano, destruya con el tiempo los buenos efectos de la virtud, que tan felices nos hace ahora? Y aunque se concediese la necesidad de dar abasto al insaciable afán de saber, innato en el hombre, ¿deberían conservarse las ciencias antiguas que no pudieron ó no supieron impedir los vicios y miserias que afligieron á la humanidad? ¿Qué ciencias deberán conservarse?, ¿la jurisprudencia, las ciencias morales? Unas son viejas, otras inútiles y otras falsas. La disputa duró largo tiempo y no se tomó acuerdo definitivo. Sin embargo, en tanto se llegaba á él, se decidió hacer *tabula rasa* de los antiguos conocimientos escolásticos, convencidos todos de que nada se perdía con ello.

Pero ignorantes ó sabios, viejos ó jóvenes, feos ó guapos, pobres ó ricos, todos los hombres quieren vivir, y para vivir hay que buscar el pan de cada día, que no cae llovido del cielo como el *maná* de los hebreos. Por otra parte, el hombre es animal de costumbre y no puede renunciar fácilmente á sus antiguos hábitos.

Por lo cual, á pesar del nuevo estado de cosas, todos seguían con sus antiguas ocupaciones diarias.

Esta situación duró poco; cayeron los hombres en la cuenta de que esta vida miserable no merecía la pena de trabajar.

La tierra es como si dijéramos una estación de paso; no es más que el camino del cielo, y para ir de camino ¿qué necesidad hay de muchas cosas?

Cuando los hombres eran malos trabajaban para procurarse placeres naturales.

Cultivaban el gusano de seda para engalanarse con lujosos vestidos; labraban la tierra para producir la uva, con la cual fabricaban los exquisitos vinos de España, Italia y Francia; bajaban al fondo de los mares en busca de las perlas que aumentaban la belleza de las mujeres. Pero ¿no producía la seda la pasión del lujo? La uva exprimida ¿no causaba la embriaguez? Los adornos de perlas y diademas ¿no excitaban la vanidad? Y el lujo, la embriaguez y la vanidad ¿no daban nacimiento á la envidia, á la gula, á la colera, á la lujuria y á todos los pecados capitales?

Convencidos los hombres de estas verdades, abandonaron la agricultura, la industria y el comercio.

Alimentábanse de hierbecitas del campo, cubrían su desnudez con pieles de animales muertos naturalmente, pues ellos no derramaban sangre, y no cambiaban entre sí más que dulces consuelos y morales y sanos consejos.

Huyeron los hombres de los grandes centros de población.

Las ciudades quedaron todas abandonadas como Pompeya desenterrada.

Aquel mundo lleno de pasiones, de movimientos y de vida se convirtió en un mundo de anacoretas. La humanidad no ha conocido nunca el justo medio de las cosas, y aun llevó más allá la exageración.

Pensaron hombres y mujeres que la castidad es el estado perfecto, y se decidieron á ser castos.

La última alegría que había en la tierra se la llevó la castidad.

Ya no se oían las alegres carcajadas de los niños ni reían las madres viendo saltar sobre sus rodillas á sus sonrosados pequeñuelos.

La tierra toda era un cementerio.

Los hombres huían de las mujeres para evitar las tentaciones de la carne, y para vencerla propinábanse disciplinazos y la martirizaban con cilicios.

Pasaron algunos años, y como todos eran castos la raza humana se acababa.

La virtud era señora del mundo, reinado que compartía con el aburrimiento; pero ¡qué aburrimiento!, aburrimiento que ni aun la murmuración permitía, pues murmurar es pecar.

Esto ocurría por aquí bajo. ¿Y qué hacían los santos en el cielo?

Desocupados y mano sobre mano no intercedían por los hombres, que no necesitaban su intercesión.

A los oídos de Santa Rita no llegaba plegaria alguna, pues los hombres no solicitaban imposibles.

A San Antonio ninguna doncella le pedía novio, puesto que todas querían ser enterradas con palma.

Santa Polonia pasaba el día y la noche durmiendo, pues cuando á algún mortal le dolían las muelas, aceptaba el dolor con paciencia y resignación, y lo consideraba como una prueba que le colocaba entre los elegidos del Señor.

San Ramón Nonnato había presentado la dimisión del cargo, y así todos los demás santos y santas.

San Pedro había abandonado la portería del cielo. Cuando todo el mundo tiene derecho á entrar en algún sitio, ¿qué falta hacen puertas ni llave? Lo que más desconsolaba á los santos es que ya no entraban en el cielo niñas, que allí, como en la tierra, son la alegría de los buenos.

En una palabra, en el cielo reinaba también el aburrimiento.

Comenzaban ya los santos á darse cuenta de que se habían equivocado, pero nadie se atrevía á confesar su error y á pedir al Señor Dios que pusiera remedio.

Así las cosas, quédense por ahora los santos en el cielo y bajemos otra vez á la tierra.

¿Podía durar aquella situación?

Los hechos vinieron á demostrar que no.

En el corazón de los mortales había muerto toda mala pasión, pero había quedado la emulación: la emulación por el bien, y esta emulación estaba más desarrollada en las mujeres que en los hombres. Todas rivalizaban en la virtud y todas creían ser la mejor entre las mejores.

Cierto día hallábanse dos hijas de Eva regalándose una buena tanda de disciplinazos.

Una de ellas dijo á la otra:

– Hermana mía, muy obediente tienes la carne, cuando tan poco aprietas. Mira cómo de mis espaldas brota la sangre, mientras que las tuyas apenas se enrojecen.

– Considera, hermana, que mis carnes están encallecidas y las tuyas están aún suaves y finas, lo cual prueba que pocas veces las azotaste.

No será necesario continuar el diálogo que entre las dos sostuvieron; basta con el principio, que las puso en desacuerdo, para adivinar que rota la armonía, el final había de ser desastroso; y tan desastroso fué como que hubo necesidad de separar á las dos hermanitas que en su emulación por el bien se prodigaban sendos disciplinazos, una para probar á la otra que daba con más fuerza, y ésta para demostrar que si de sus espaldas manaba sangre, era porque las carnes de aquélla estaban menos castigadas que las suyas

En esta contienda una salió vencida, mas no convencida.

Se sintió humillada, y la mala pasión de la venganza nació en su corazón. Era más débil que su rival y buscó una alianza.

Un día encontró un hombre y no huyó de él.

Se paró, le miró con ojos lánguidos y... se repitió la escena del paraíso, sin necesidad de manzana ni serpiente.

Entonces se oyó una estentórea voz que gritaba:

– ¡El mundo es mío!

Era la voz de Luzbel.

Este grito despertó á los santos que aburridos dormían en los cielos.

– Mirad á la tierra, exclamó el Señor Dios.

Y los santos vieron y creyeron.

El mal había nacido del bien.

– Quisisteis enmendar la plana á Dios, dijo el Señor. ¿Creéis que el hombre comprendería el bien si no hubiera mal? De mis manos había de salir el mejor mundo de los posibles.

Y los santos miraron al mundo y vieron que el mundo era bueno.

Rafael Mª Liern

SECCIÓN AMERICANA

LOS AMORES DE SAN ANTONIO

(Conclusión)

Antonio era indio puro, sin mezcla ni cruce: de facciones correctas, delicadas y suaves, como la mayoría de los hombres quichuas; de ojos vivos, mirada penetrante y apasionada, revelaba no común inteligencia y un no sé qué de distinción que acusaba superioridad y mando.

Hacía frecuentes y largos viajes para vender pepitas de oro buscadas por él en apartados riachuelos, según decía, pero la verdad solamente la vieja sirviente y Antonio la sabían.

Lo más probable era que las tales pepitas fuesen herencia escondida en sitio seguro, y poco á poco extraída según las necesidades.

El miedo á ser descubierto si se presentaba dos veces en el mismo sitio, hacíale emprender larguísimos viajes para vender su tesoro, que trocaba luego por objetos de necesidad, víveres y adornos para la mujer adorada. Tardaba algunas veces dos meses en volver á casa, y sucedía esto cuando se dirigía á poblaciones tan apartadas como Quito, el Cuzco, Are-

quipa y otras para llegar á las cuales necesitaba caminar veinte ó veinticinco días.

Sabía el indio que los conquistadores rastreaban el oro y la plata mejor que el sabueso más fino, y sabía también que si olfateaban su tesoro le pondrían en el tormento hasta que dijese dónde estaba.

Mientras Antonio hacía sus frecuentes viajes, quedábanse solas María y su vieja compañera, rezando ambas al querido santo para que con bien volviese á la choza el que era alegría y contento de sus almas.

Jamás había apilado Antonio piedras, como hacían y hacen los indios para probar la fidelidad de sus mujeres durante su ausencia; tenía tal fe en su María, que por ofensa hubiera tenido mancillarla con una duda.

Cuando el indio sale de su casa por algunos días, coloca en el camino varios montoncitos de piedras, que si al regreso encuentra intactos, dicho se está que le ha sido fiel su compañera, así como desmoronándose alguno levanta el palo antes de transponer los umbrales del hogar para medir las costillas á la perjura como primer saludo.

Cualquiera supondrá que semejantes manifestaciones de cariño son duras de soportar para la esposa inocente; pues no, señor. Como quiera que la india á quien su marido pega por celos fundados ó infundados recibe una honra y una estimación grandísimas, esposa hay que desmorona por sí propia los montoncitos que hace su hombre, para pregonar muy alto que su marido la quiere porque tiene celos.

Si dos indias riñen, el mayor insulto que se dirigen es éste:

«Anda, mala mujer, que tu marido no te cela; á mí me pega por celos, tú eres un trapo.»

Esto será simplemente una salvajada, pero yo le encuentro cierto sabor filosófico y un tufillo naturalista, que francamente no deja de regodearme el cerebro.

Antonio llevaba dos años casado y jamás había querido ofender á su María con semejante prueba, en la cual por otra parte no creía, pues que su inteligencia estaba sobre el nivel ordinario del indio inculto

Acompañábale en una larga expedición otro indio, vendedor de hierbas medicinales, que de cuando en cuando hacía una parada para formar el montoncito consabido.

– ¿No eres casado?, le preguntó.

– Sí.

– ¿No quieres á tu mujer?

– La idolatro.

– ¿Por qué no pruebas su fidelidad entonces?

– ¿Para qué? Ya sé que me adora.

– No seas tonto; las mujeres que más aman de cerca suelen ser las primeras en olvidar.

– Mi María no es de esas.

– ¿Acaso no crees en lo que nosotros creemos?

Antonio vaciló: no se atrevía á decir que no; podían suponerle desapegado de los suyos, y esto no era cierto.

– Voy á darte gusto, dijo. Cuando estemos á dos leguas de mi casa haré un montón bien grande, pero no haré más; para probar basta con uno.

– Si lo haces muy grande no podrá caerse.

Antonio se sonrió. – Si María me fuese infiel se derrumbaría un castillo que levantase para hacer la prueba, dijo con firmeza.

***

María y Quica, la vieja india, habían quedado solas como siempre.

Hilaban, vivían en santa paz, rezaban sus largas y cuotidianas oraciones y dormían con la tranquilidad del justo, soñando la joven con el regreso del amante esposo y Quica con el brillante pasado de aquella tierra que veía hollada por extranjeros que no eran hijos del Sol y que á tan triste condición habían reducido á los incas.

Descansaban una noche tormentosa, arrulladas por los truenos, la lluvia y el granizo, como quien está habituado á semejantes estruendos; pero despertaron de pronto sobresaltadas, oyendo golpes repetidos en la poco segura puerta que daba entrada á la choza.

Levantóse Quica seguida de María y abrieron sin preguntar quién á tales horas llamaba, como el que no teme ser asaltado.

– Algún pobre indio que pide refugio, pensaron.

Un relámpago muy vivo iluminó la figura del que tan recio llamaba; era éste un español joven, hermoso como el San Antonio, blanco, rubio, de ojos azules cual turquesas limpísimas y varonil continente, que delataba á un militar apuesto y arrogante.

– Vengo calado hasta los huesos, dijo en muy mal hablado quichua, y además mi caballo se ha caído y estoy herido en una pierna: sufro bastante y quisiera que me dieseis hospitalidad por esta noche.

– Por esta noche y por las que quieras, señor, contestó María hablando bastante bien el castellano. Mi marido está de viaje, pero eso no importa: tienes rostro de ángel y tu alma debe corresponder al rostro. Pasa.

La india habló á Quica en su lengua, pues que no entendía otra, dándole órdenes.

A pesar de su herida, que no era grave, desensilló el recién llegado su caballo, guardáronse los arreos, y después de maniatar suavemente al animal dejólo suelto para que buscase su madre de Dios, rumiando *champa* llena de tierra, única cosa que podían darle por entonces para entretener el hambre.

Quica encendió fuego.

– ¿Tendrás apetito, señor?, dijo María.

– No, contestó el caballero. Quisiera que me pusieseis algo en la herida, porque me molesta bastante; vosotras conocéis muchas hierbas medicinales, y después procuraré dormirme si me proporcionáis en donde.

– Aquí, dijo María, en mi cama: no puedo ofrecerte otra.

– ¿En tu cama?

Y el español miró á la india en cuya hermosura no había reparado hasta entonces.

– En mi cama, replicó María bajando los ojos, dominada por la expresión de aquella mirada; ya te he dicho que no tengo otra.

– ¿Y tú?

– Yo he dormido bastante: rezaré mientras tú duermes.

– ¿Eres casada, verdad?

– Sí.

– ¿Cómo te llamas?

– María.

– Como mi madre.

– ¡Ah!

– ¿Qué?

– Nada; me alegro.

– ¿Por qué?

– Porque antes me has mirado de una manera que me dió miedo, ahora no temo: mirándome te acordarás de tu madre.

– Eres una india muy lista y muy hermosa.

María se ruborizó.

– Acuéstate, dijo, entretanto Quica prepara lo que ha de ponerte en la pierna.

El capitán, pues que lo era, se quitó la ropa, que como había dicho estaba calada, y con las precauciones debidas al pudor se acostó en el duro lecho, todavía caliente, de la india.



ESPAÑA PINTORESCA, estudios del natural por Baldomero Galofre. Reproducción directa del álbum del artista

Jamás sensación igual de placer habían sentido sus miembros yertos y doloridos: aquel calorcillo de las mantas de lana le produjo sueño inmediatamente; y cuando Quica fué á curarle la pierna, dormía tranquilo como si estuviese sobre colchones de pluma.

La india quiso despertarlo, pero María se opuso.

– Déjalo dormir, dijo. ¡Pobre! Está cansado: mírale con cuidado las piernas y no te será difícil encontrar la herida.

Obedeció Quica; su ama le alumbraba, pero mirando fijamente el rostro del hermoso español. ¡Era más lindo que San Antonio! Sí: jamás había visto María un hombre como aquél. Viera otros españoles, ya lo creo, muchos; pero tan guapos, tan guapos, no: ninguno.

¡Así debía ser Dios! Porque no era posible idearlo más bello.

¡Dios! ¡El *taita* grande! El que adoraba sin conocerlo; que estaba sentado allá, encima del sol y encima de la luna y encima del cielo; el que mandaba los truenos, los rayos, el agua y el granizo; sí, aquel Dios con ser tan hermoso no podía parecerse al que tenía delante. Era éste más joven y menos adusto, aquél castigaba por todo y castigaba con horribles penas; ¡éste parecía tan bueno! ¿Si sería su hijo?, aquel hijo á quien crucificaran y que reviviera luego, para no morir jamás. ¿Por dónde habría bajado de allá de lo alto? ¡Qué tonta! Sí que podía bajar. ¿No tocaban en el cielo los picos de las montañas? Por allí, por allí habría bajado. Se lo preguntaría cuando se despertase: no le cabía duda: era más hermoso que San Antonio, y para ser más hermoso que un santo tenía que ser hijo de Dios ó el Dios mismo.

El capitán hizo un movimiento de dolor, lanzó un débil gemido y abrió los ojos: María, que seguía mirándole fijamente, no desvió los suyos.

– ¿Te duele?, preguntó amorosamente.

– Poco, no es nada.

– Duérmete de nuevo, ya está lista: es poca cosa; mañana te encontrarás mejor y antes de ocho días curado.

– Mañana tengo que proseguir mi camino, descansaré bien esta noche: tu cama es deliciosa, María. ¡Qué bien se está en ella!

La india sintió una pena inmensa. ¿Se marcharía tan pronto?

Pasó la noche espiando los menores movimientos de su huésped y rezando, rezando por él, por su dicha, por su felicidad. ¿Sería casado? Quizás una mujer tan hermosa como él velaba rezando también por el ausente compañero.

¡Cómo le adorarían las blancas! ¡Qué dicha ser amada por aquel extranjero!

En cuanto amaneció dedicóse María á tapar las muchas rendijas que daban claridad á la choza, y apenas el sol dejó su lecho de rubíes sacó la india la ropa del capitán para secarla y ponerla en disposición de volver á vestirla.

La mañana era espléndida, el sol abrasaba y continuaría de igual manera hasta el mediodía, que comenzase el aguacero; pero las ropas del capitán eran gruesas, y solamente consiguió la india que enjugasen las prendas interiores.

Tampoco se olvidó del caballo y mandó á Quica á buscar alimento para el noble animal, que continuaba rumiando *champa* y con las manos aprisionadas pacientemente.

Era bien entrada la mañana cuando el viajero despegó los párpados.

– ¿Estás á mi lado todavía?, preguntó á la india que sentada junto á la cama parecía extasiada contemplándolo.

– Sí; velaba tu sueño, temía que te despertases, señor.

– ¿Por qué?

– Porque te marcharás.

– Sí, voy á vestirme; dame mi ropa, dijo el capitán sin parar mientes en la seráfica expresión de la india.

– ¿Cómo está tu pierna?, preguntó desentendiéndose de la petición.

– ¡Caramba, mal!, contestó el herido procurando moverse; me duele más que ayer.



ESPAÑA PINTORESCA, estudios del natural por Baldome



...ro Galofre. Reproducción directa del álbum del artista

– No te marches hoy, descansa; tu ropa no se ha secado todavía, y si la vistes mojada puede hacerte daño.

– Tengo prisa, María, me aguardan con impaciencia.

– ¿Acaso tu esposa?

– Todavía no lo es, pero lo será pronto.

– ¿No eres casado?

– Voy á casarme precisamente.

La india sintió ganas de llorar.

– Bien, dijo después de un rato, es necesario que te cures primero; entretanto la pierna te duela no puedes montar. No tengas cuidado por tu caballo; he mandado á Quica para que traigan algunas cargas de pienso; tampoco á ti te faltará nada de lo que yo pueda darte.

– Gracias, María, pero me es imposible aceptar, creerían que me he muerto.

El capitán hizo un movimiento para incorporarse y se acostó de nuevo: la pierna le pesaba un quintal y le dolía mucho, debía estar inflamada.

– Pues me habré de quedar á la fuerza, dijo; hoy no podría tenerme en pie.

Un rayo de felicidad inundó el rostro de la india. tenerle unas horas más; gozar un día, acaso dos de la presencia del hombre hermoso, era una dicha demasiado grande para que una mujer tan inocente como María dejase de mostrarla.

El capitán la vió sonreir y la encontró divina con la boca entreabierta: cerró los ojos. Cualquiera diría que luchaba con un mal pensamiento.

Tres días estuvo el español en la choza de la india, al cabo de los cuales si su pierna no se había curado permitíale al menos montar á caballo, gracias á los remedios y cuidados de Quica.

La noche del segundo día estaba María sentada en el borde de la cama del capitán contemplándole dulcemente, como la madre al niño enfermo cuando después de muchas vigilias logra conciliar el sueño. Los labios de la india no cesaban de moverse; rezaba ó pronunciaba frases tiernas, la expresión de sus ojos la delataba.

Es indudable que cuando se mira fijamente á una persona dormida, levanta ésta los párpados asustada, aunque después de reconocer á quien le contempla, vuelva á cerrarlos rebujándose en una atmósfera mimosa, si se trata de persona que nos inspira ó á quien inspiramos cariño.

Esto sucedió al capitán: dominado por la mirada de su enfermera, abrió los ojos, pero los volvió á cerrar echándola los brazos al cuello y atrayéndola sobre su pecho. María creyó morir de placer; sin embargo, se alzó rápida como gacela tímida y corrió á postrarse delante de San Antonio en actitud suplicante. El español se incorporó, despertando completamente y dándose cuenta de la verdadera situación.

– María, dijo con voz dulce, ven, no temas nada, estaba dormido: te juro que ni un mal pensamiento abrigo hacia ti, te lo juro por mi madre.

La india se levantó, acercándose de nuevo con timidez y muy impresionada.

– ¿Te has asustado, María?, dijo el capitán acariciándole una mano. Pordóname; abrí los ojos y tropecé con los tuyos, que me miraban con amor, con el mismo amor que me has cuidado desde que he llamado á tu puerta; en este momento me olvidé de todo, de quien eres, de quien soy, de tu fe de esposa, de mis juramentos de caballero y de amante; veía en ti la expresión de todos los afectos, te creí mi madre, mi amada, mi hermana;... todo me parecía reconcentrado en tu persona; por eso falté, sí, falté á tus bondades, á tu honra de fiel casada, á todo: perdóname, María, ¿me perdonas?

Y el capitán posó sus labios en la mano suavísima de la india.

Esta vaciló un momento y cayó desplomada sin pronunciar palabra.

El capitán se levantó, llamó á Quica, y entre los dos acostaron á la india en la cama que él acababa de dejar. María no recobraba el sentido y la vieja sirviente lloraba con amargura.

– Vete, señor, dijo Quica; vete antes que vuelva en sí; pronto amanecerá; voy á buscar tu caballo. Si quieres pagar á esta desgraciada la hospitalidad que le debes, márchate antes que pueda volver á verte.

– ¿Pero sin despedirme?

– Sin despedirte; la matarías.

– Está bien, Quica. Tráeme mi caballo cuando quieras; pero cuídala mucho: que no se muera, ¿oyes?, que no se muera.

Rayaba el alba cuando el capitán partía á galope, después de haber estampado un beso fraternal en la casta frente de la india.

Poco más de dos leguas habría caminado, y la pierna comenzaba á molestarle.

– Descansaré un poco, se dijo, apeándose; todo se reducirá á que haga jornadas cortas.

Sentóse el capitán y dió larga rienda á su caballo, que comenzó á olfatear la engañadora *champa*, y acomodóse como mejor pudo.

– ¡Pobre María!, pensaba abstraído. Me amaba, ya lo creo que me amaba; estas indias con su imaginación fantástica y ardorosa son encantadoras, cuando se trata de una tan bella y tan aseada como ésta; y la verdad es que me hubiera seducido si continúo á su lado muchos días... Pero hubiera sido una infamia: es una joven honrada, es un ángel de inocencia; me ha cuidado como si fuera mi madre. Quica tuvo razón aconsejándome partir antes que volviese en sí.

Y el capitán, distraído, cogía piedras de un montón que tenía á su derecha y las iba esparciendo sin darse cuenta, mientras la mente vagaba por la pobre choza en donde había dejado sin sentido á una mujer que jamás podría olvidarlo.

¡Oh! El tampoco olvidaría á la india, la recordaría siempre con gratitud, casi con amor.

Cerca de una hora pasaría descansando y tirando piedras sin cesar como si lo hiciese de intento.

– Vamos, dijo, ya he descansado un buen rato: si continúo de este modo soy capaz de pasar aquí el día y luego tendré que volver á pedir hospitalidad á la india María...

¡Volver á la choza! De buena gana hubiera vuelto el capitán. ¡Cuánto diera por saber si había pasado el accidente y qué dijera la enferma al encontrarse sin él... Pero no; aquello era una locura, y él hacía muy mal olvidándose de su prometida, que lo esperaba... ¡Su prometida!... No sabía por qué, pero se le antojaba que no podría olvidar jamás á María, y que su recuerdo, aun entre las sábanas del lecho nupcial, no podría alejarlo de la mente.

Montó el viajero y continuó á buen paso el camino; las piedras quedaron diseminadas, y del montoncito junto al cual se había sentado apenas quedaban unas cuantas reunidas.

***

Quince días tardó Antonio en volver á su casa; ni su llegada produjo como otras veces explosiones de alegría, ni el semblante del indio era el mismo, por más que hacía esfuerzos por aparentar tranquilidad.

María estaba enferma, y por cierto que su aspecto delataba los sufrimientos; se abrazaron como siempre, con cariño, con amor, pero sin alegría: ninguno de los dos sabía á qué atribuir el cambio.

Los días eran tristes para ambos; la duda amargaba cada vez más el alma de Antonio, su esposa estaba encinta; y esto, que en otro tiempo le hubiera llenado de alegría, servíale entonces de torturas horribles.

Ni María ni Quica le habían hablado de la estancia del español en la choza; pero descubriólo por casualidad, y entonces no tuvo límites su furor; acusó á María de haberlo engañado; lo comprendía todo: las piedras no habían mentido; las tradiciones de sus mayores eran sagradas.

Ni lágrimas ni ruegos ni juramentos pudieron convencer al celoso marido. María le había sido perjura, y el ser que en sus entrañas vivía era fruto de criminales amores: así pensaba Antonio.

– Si me confiesas la verdad te perdono, le dijo un día después de maltratarla furiosamente.

– Mátame, Antonio, pero mi hijo es tuyo: te lo juro por esta imagen que nos mira.

– Está bien, contestó; puedes vivir tranquila; hasta que nazca no volveré á decirte una palabra. Si es mío, será de nuestra raza; si me has engañado, tu hijo te delatará como tú delatas una traición de la princesa Chuilca. Si es indio es hijo mío; si no... le mataré en cuanto me convenza de tu infamia.

La india lanzó un grito de horror.

– Bien, dijo reponiéndose; acepto, pero prométeme que no dudarás de mí hasta que lo veas; será indio porque es tu hijo; entonces te arrepentirás de haberme martirizado: tengo bastante.

María rezaba diariamente á la imagen querida de San Antonio: eran aquellos los momentos en que podía entregarse con alma y vida al recuerdo del hermoso extranjero que le había dejado el corazón lacerado. Ya no veía en el rostro del santo sus primitivas facciones; veía las del capitán, sentía el beso en el dorso de su mano derecha y el influjo de su mirada desvanecía completamente su pensamiento haciéndola caer en sopores dolorosos ó en éxtasis sublimes.

Llegó el día ansiado por ambos; María esperaba aquel consuelo que vivía en su seno, como se espera la felicidad única; él borraría de su imaginación enferma aquellos extravismos; él haría que Antonio tornase á ser el esposo amante haciéndola olvidar á un hombre que á pesar de su voluntad vivía enseñoreado de sus pensamientos. Antonio sentía el afán incesante de perdonar, de acariciar á María; y aquella criatura debía decidir la felicidad ó la desgracia eterna: este era el atroz dilema.

Después de muchas horas de augustia sintió Antonio el primer vagido del ángel, y ciego, frenético, se lanzó sobre él para leer en sus facciones, en su color, en sus ojos, la inocencia ó la infamia de su esposa.

Quica se interpuso enérgicamente.

– Aguarda, le dijo, no mates á tu hijo antes de mirarle; le verás cuando yo te lo entregue.

Antonio se contuvo á pesar suyo, intentando arrebatarlo de manos de Quica.

– Te mando que salgas, Antonio; obedéceme: soy anciana y tengo los derechos que nuestra raza me concede: tus padres te maldecirán desde *allí* si no quieres escucharme.

– Te obedezco, pero no tardes en llamarme; no pruebes mi paciencia porque no respondo...

Y el indio salió de la choza con la cabeza baja.

– Es un niño, dijo Quica; un niño hermoso...

María sintió una ráfaga de orgullo y levantó los ojos hacia el San Antonio, testigo de sus dolores y de sus aflicciones.

Quica lanzó un grito.

– Tiene los ojos azules, dijo, es rubio... es blan...

No había terminado la frase, cuando loco, furioso, penetró Antonio en la choza rugiendo como león enjaulado, y arrebatando la criatura que la vieja india tenía en su regazo, salió de nuevo lanzando alaridos de dolor y desesperación.

María, medio muerta, le siguió dando gritos y jurándole que era su hijo; pero Antonio no escuchaba, y corría, corría siempre con su ligera carga, sin que las dos infelices y desesperadas mujeres pudiesen alcanzarle ni contenerle.

Le vieron subir las peñas volando más que corriendo, sin sombrero, con las greñas cubriéndole los ojos y sin atender ni súplicas ni lamentos.

María cayó exánime, no tenía fuerzas para seguirle en su carrera; ya na podía gritar, se ahogaba; pero le veía, le veía subir como un tigre hambriento desgarrando su presa, al hijo de sus entrañas, al hijo que por milagro de aquel San Antonio había salido blanco, rubio y de ojos azules.

Cuando el indio hubo llegado al picacho más elevado de las peñas levantó el niño en alto, enseñándolo á las dos atónitas mujeres, y arrojándolo con fuerza lo despeñó con inaudita crueldad; bajóse luego sin apresuramientos y como si no volviese de cometer el más horroroso de los parricidios.

La india retorcíase desesperadamente llamando á su hijo y maldiciendo al padre inhumano, cuando éste llegó junto á ella, dispuesto á matarla ahogándola entre sus manos.

– Dime ahora que era mi hijo, dijo con voz ronca.

– Sí, lo juro, era tu hijo; pero te aborrezco, te odio: ¡maldito seas!

Antonio apretó con fuerza la garganta de María, ya moribunda, sin que las escasas fuerzas de Quica pudieran contenerle.

Creyendo la fiel sirviente que la presencia de la imagen venerada por ellos pudiese hacer un milagro impidiendo que Antonio consumase un segundo crimen, corrió á buscarla, y como encontrase la hornacina vacía volvió á salir dando gritos

– ¡Antonio, detente; el santo ha hecho un milagro!

El indio, que contemplaba á su esposa muerta á sus pies, oyó con asombro lo que le decía Quica.

Buscaron inútilmente á San Antonio, y cuando el parricida quiso hacer pagar á la vieja india lo que suponía burla de ella para atemorizarle, vió con asombro que el pico más alto de las peñas, aquel por donde había lanzado á su hijo, modelaba correctamente la figura del santo con el niño en brazos, y tomó por castigo de su infamia el milagro irrecusable que atestiguaba la inocencia de su esposa.

La india Quica fué la única superviviente de aquella tragedia. Antonio se lanzó al espacio en la quebrada de Chaupi-Huaranga, y la vieja sirviente divulgó la tradición á los que después la legaron como artículo de fe á sus descendientes, añadiendo que San Antonio estaba enamorado de María, y que no otro sino el santo en cuerpo y alma era el hermoso español que había pasado tres días en la choza.

Yo no puedo asegurar sino que he visto las peñas y que aquel paraje lleva el nombre de San Antonio; pero como la tradición es la historia poética de los pueblos, creamos á la tradición, siquiera sea para vivir algunos minutos en atmósfera deleitable.

Eva Canel

SECCIÓN CIENTÍFICA

EL ANÁLISIS DE LOS VINOS

El análisis completo de un vino es operación muy delicada y que requiere gran práctica; por esto, en vez de describir el método que para ello se sigue, sólo señalaremos á los aficionados á la química algunas determinaciones fáciles, con las cuales se puede apreciar el valor y la calidad de los vinos.

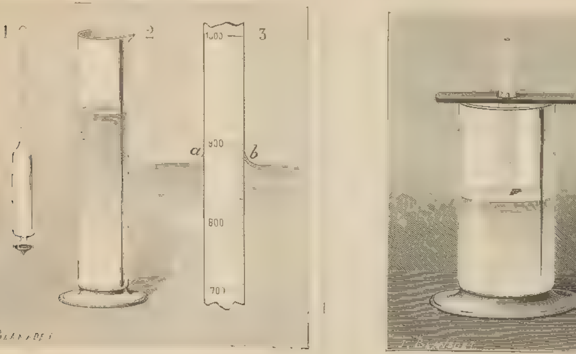


Fig. 1. Determinación de la densidad de un vino

La *densidad* puede proporcionar algunas indicaciones útiles: en los vinos naturales varía de 0'991 á 0,999, y se determina por medio de un densímetro sensible para líquidos más ligeros que el agua (fig. 1, número 1), poniendo la muestra del vino en una probeta (fig. 1, núm. 2) é introduciendo poco á poco el densímetro, previamente secado con un poco de papel *Joseph*; si el instrumento está en equilibrio se nota la división marcada en la escala por el nivel superior del menisco formado por el vino en contacto con el densímetro, es decir, según la línea *a b* (figura 1, núm. 3), procurando que el instrumento no toque á las paredes de la probeta, y que el líquido esté á la temperatura de 15° para la que los densímetros están calculados. Si la densidad obtenida es superior á la antes indicada, es señal de que el vino está adicionado con agua.

La *cantidad de alcohol* contenida en un vino es también un factor importante de su autenticidad. Uno de los métodos más sencillos para determinarla es el de Gay Lussac, aplicado con el aparato Sallerón, cuyo principio consiste en destilar la primera mitad del vino, extender la parte destilada al volumen primitivo y tomar el título en alcohol de este licor con una especie de densímetro de Gay Lussac, llamado alcohómetro centesimal; de esta suerte se obtiene la cantidad de alcohol contenida en 100 centímetros cúbicos de vino. El aparato Sallerón (fig. 3) se compone de una pequeña caldera de vidrio destinada á contener el vino y calentada por una lámpara de alcohol; va cerrada por un tapón atravesado por un tubo que por medio de un chaucho comunica con un serpentín colocado en un refrigerante, por donde constantemente circula agua fría. Este serpentín va á parar á una probeta que recibe el líquido alcohólico condensado y en la que hay marcadas dos divisiones: el volumen indicado por la primera corresponde á la mitad del volumen indicado por la otra. Se mide, pues, este último volumen del vino que se ha de probar, y se le coloca en la caldera; se calienta ésta poco á poco y se recibe en la probeta el líquido destilado hasta que alcanza la altura de la primera división, y entonces se interrumpe la operación: se completa en la probeta el volumen primitivo con agua destilada y se introduce en el líquido el alcohómetro centesimal con las mismas precauciones que en la determinación de la densidad. Como la graduación del alcohómetro está hecha á 15°, hay que tener en cuenta la temperatura del líquido. El grado real de alcohol está indicado por tablas de doble entrada, en donde hay inscritos en la línea horizontal superior los grados alcohométricos, y en la primera línea vertical los de temperatura. Se busca en la línea horizontal el grado alcohométrico obtenido y en la vertical la temperatura, y la cifra indicada en el cruce de las dos columnas indica la graduación alcohólica exacta del líquido.

Fig. 2. Licuómetro. Aparato para determinar la cantidad de alcohol que contiene el vino

Puede también determinarse el alcohol más fácilmente, pero con menos exactitud, con el licuómetro, instrumento basado en la diversidad de altura á que se elevan en un tubo capilar líquidos de distintas densidades. En este caso puede operarse directamente con el vino. El aparato para esto (fig 2) se compone de un tubo capilar de cristal, cortado en bisel en uno de sus extremos, que se desliza rozando suavemente por una abertura practicada en una tablita destinada á sostener el instrumento Se coloca la tablita sobre el vaso, se hace descender poco á poco el tubo (previamente secado) hasta la superficie del líquido, se aspira con la boca por el otro extremo y se deja terminar por sí solo el experimento. Entonces se lee en el tubo la división en donde el líquido se detiene, que expresa la cantidad de alcohol contenida en 100 centímetros cúbicos de vino. Este método exige también, respecto de la temperatura, gran corrección, la que se logra con una tabla de doble entrada análoga á la del alcohómetro.

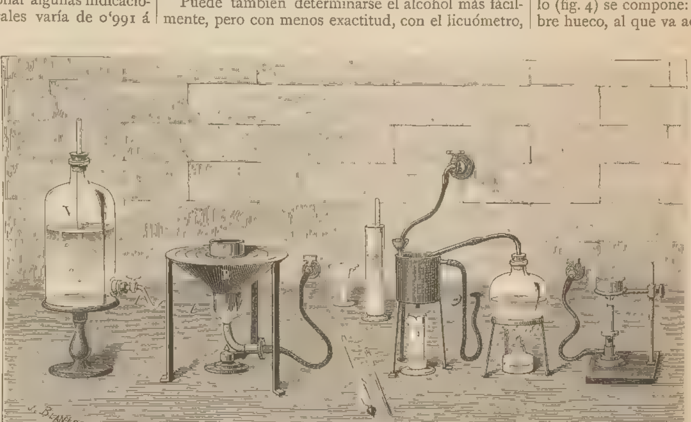


Fig. 3. Aparatos para el análisis de los vinos. – 1. Determinación de la cantidad de extracto seco. V, Vaso de Mariotte. R, Baño-maría. – 2. Determinación de la cantidad de alcohol (Aparato de Sallerón). – 3. Determinación de la cantidad de cenizas

Existe, finalmente, un procedimiento para determinar la cantidad de alcohol, que tiende á generalizarse cada vez más por su rapidez y precisión: nos referimos al empleo del ebullioscopio, instrumento fundado en la determinación de la temperatura en que comienza la ebullición de un vino. El alcohol puro hierve á los 78°,4 y el agua á 100°; una mezcla de ambos entrará en ebullición á una temperatura intermedia, tanto más elevada cuanto menos alcohol contenga aquélla. Tiene este procedimiento la ventaja de poderse aplicar á líquidos que contengan algo más que alcohol y agua, como los vinos, pues la experiencia ha demostrado que la presencia del azúcar y de las sales no influye sensiblemente en la temperatura de ebullición.

Hasta ahora el ebullioscopio más generalmente usado era el de Malligand, pero el de M. Benevolo, que vamos á describir, es más sólido y barato y ha obtenido la preferencia en el uso.

El ebullioscopio de destilador móvil de M Benevolo (fig. 4) se compone: primero, de un cilindro de cobre hueco, al que va adherido el destilador B, que se ajusta al aparato por medio de una escotadura de bayoneta provista de un mango de madera; segundo, de un refrigerante R, ajustado á un pie con asa P; tercero, de un termómetro T, dispuesto á lo largo de un refrigerante y sobre el cual puede moverse un cursor C de dos índices y una flecha; cuarto, de una regleta móvil dividida en quintos de grado; quinto, de un tubular U que atraviesa el interior del refrigerante; sexto, de una lámpara de alcohol L.

Antes de servirse del aparato es preciso proceder á su arreglo, operación que debe hacerse cada vez que se emplea el ebullioscopio, ó por lo menos una vez al día si se hace de él un uso constante, y tiene por objeto eliminar la influencia variable de la presión sobre la temperatura de ebullición. Para ello se echa agua en el destilador de modo que no llegue á tocar al termómetro y se ajusta sólidamente aquél al aparato por medio de su escotadura de bayoneta. Durante esta opera-

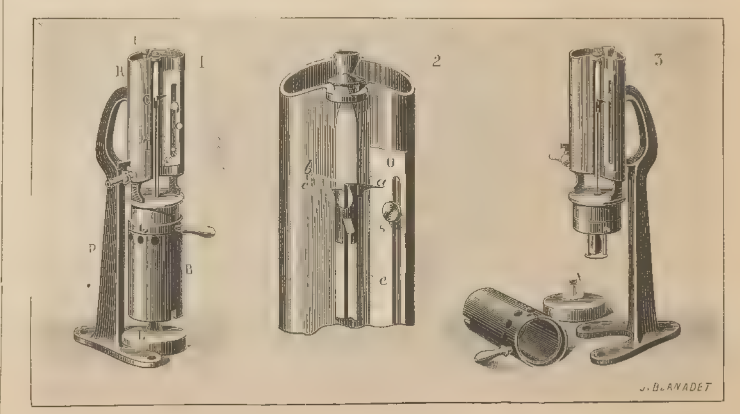


Fig. 4. Determinación de la cantidad de alcohol. – Ebullioscopio de destilador móvil de M. Benevolo. – 1. Vista del aparato en conjunto. – 2. Detalle del cursor en mayor escala. – 3. El aparato desmontado

ción se deja sin agua el refrigerante y se coloca la lámpara encendida debajo del aparato: pronto sube el mercurio en el termómetro, pero luego permanece estacionario cuando el vapor de agua se escapa por la tubular U, y entonces se coloca el índice *b* del cursor (fig. 4, núm. 2) enfrente del límite superior de la columna mercurial, se hace coincidir el cero de la escala móvil con la flecha del cursor *a* y se fija esta regleta por medio de un tornillo.

Así arreglado el ebullioscopio, se enjuaga cuidadosamente la tubular U y el destilador con el líquido cuya riqueza alcohólica se quiere determinar, y luego se llena completamente con el mismo líquido el destilador, se ajusta éste, se llena de agua el refrigerante y se calienta el aparato con la lámpara. Por medio del cursor se va siguiendo en el termómetro la ascensión del mercurio, que rápidamente se queda estacionado; se espera un minuto para que se establezca el equilibrio, y en la escala de la regleta se lee mirando la flecha del cursor el grado alcohólico indicado.

Cuando se trata de examinar vino, al nivel del límite superior del mercurio se coloca el índice *c*; en las mezclas de alcohol y de agua se emplea el índice *b*. Cada vez que se usa el ebullioscopio hay que enjuagarlo para conservarlo en buen estado.

La cantidad de alcohol contenida en los vinos es muy variable, pero comparándola con mediciones efectuadas con un vino natural de la misma procedencia, que se pueden encontrar en tratados especiales, se verá si el vino examinado ha sido adicionado con alcohol en proporciones notables.

El peso del *extracto seco* de la muestra comparado con el de un vino análogo auténtico puede indicar si ha habido adición de agua, cuando este extracto seco es demasiado débil, ó si el vino es de pasa, cuando el extracto es sobrado fuerte. El extracto seco varía generalmente entre 16 y 25 gramos por litro, y se le determina poniendo en una pequeña cápsula de porcelana ó de platino, previamente destarada, 25 centímetros cúbicos del vino que se ha de analizar y produciendo la evaporación al baño-maría hasta que el peso de la cápsula permanezca invariable. Del extracto seco de 26 centímetros cúbicos se deduce el correspondiente á un litro. Esta evaporación está indicada en el lado izquierdo de la fig. 3. Como se ve, V es un vaso de Mariotte que contiene agua destinada á alimentar el baño-maría R por medio del tubo *t*. Recomendamos este cómodo aparato á los aficionados que no dispongan de una toma de agua especial para el baño-maría, pues de este modo podrán dedicarse á otras operaciones durante las evaporaciones que hayan de verificar sin ocuparse continuamente de renovar el agua de aquél.

La derminación del extracto seco puede hacerse también por medio del enobarómetro Hondart, de la misma forma que el densímetro, pero diferentemente graduado, que permite leer directamente el extracto seco contenido en un litro de vino, conociendo su temperatura y su riqueza alcohólica. El uso del enobarómetro implica algunas correcciones que van indicadas en una tabla de doble entrada.

Las *cenizas* del vino, sin tener tanta importancia como los elementos anteriormente citados, tienen su utilidad y se determinan calcinando el extracto seco en la misma cápsula hasta que el producto obtenido sea blanco. Después de enfriadas se las pesa y se hace la proporción de las cenizas logradas relacionándola con un litro de vino. La calcinación puede hacerse en un hornillo con mufla ó en una espita de gas Bunsen, sosteniendo la cápsula por medio de un triángulo de platino, como se ve en el lado derecho de la fig. 3.

Finalmente el *enyesado* ha tomado tales proporciones en la industria de los vinos, que es preciso determinar la cantidad de sulfato de potasa que contienen para comprobar que aquél, en caso de que se haya hecho, no sea exagerado. En este último caso, el análisis de las cenizas ya lo habrá advertido.

Los servicios de los ministerios de la Guerra y de Comercio rechazan los vinos que contengan más de 2 gramos de sulfato de potasa por litro, y sin embargo, en Francia mismo hay vinos naturales que contienen á menudo 4 y 5 gramos.

Para determinar el sulfato de potasa se ponen en un frasco de fondo plano 100 centímetros cúbicos de vino, adicionado con algunas gotas de ácido clorhídico; se calienta durante unos minutos al baño-maría, se añaden algunos centímetros de una solución concentrada de cloruro de bario y se sigue calentando el líquido por espacio de una hora, después de lo cual se echa el líquido en un fieltro sin pliegues, se lava á fondo el precipitado de sulfato de barita con agua destilada para quitar el exceso de cloruro de bario, y una vez seco el fieltro se le coloca en una cápsula de platino destarada y se le calcina al rojo obscuro hasta que las cenizas se vuelvan blancas: el aumento del peso de la cápsula indica la cantidad de sulfato de barita, y esta cifra multiplicada por el coeficiente 0'7473 da el peso del sulfato de potasa contenido en 100 centímetros cúbicos del vino ensayado. Para reducir esta cantidad al litro basta multiplicarla por 10

Fig. 3. Palizada

El examen de la materia colorante del vino tiene también gran importancia, pero esta investigación es difícil y sólo puede hacerse por químicos expertos. Hay, sin embargo, un medio práctico para conocer si el color del vino es natural ó no; este medio consiste en echar una gota del vino que se trata de examinar en una barra de greda albuminada (1); todo vino que produzca una mancha verdosa, rosa ó violácea debe ser considerado como sospechoso.

En resumen, por la comparación principalmente pueden obtenerse del análisis de los vinos indicaciones útiles, y los analizadores harán bien en procurarse una muestra de vino natural de la misma tierra y del mismo año que el que hayan de analizar y en proceder con ellos á las mismas determinaciones comparando los resultados obtenidos

Desgraciadamente es las más de las veces en extremo difícil procurarse esa muestra auténtica, y entonces no hay más que conformarse con los análisis señalados en los tratados especiales y comparar las cifras que se obtienen con las de un vino de la misma procedencia.

A. Hebert

(1) La greda albuminada se prepara mojando en albúmina al 10 por 100 una barra de greda, dejándola secar á 100° y rascando la capa superficial.

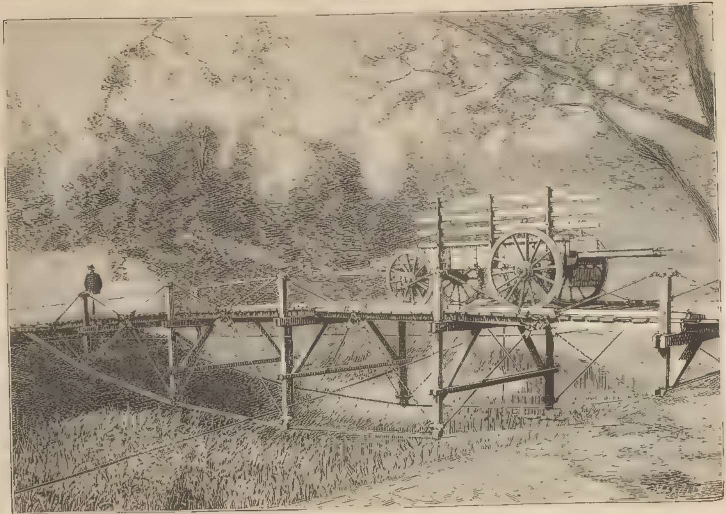


Fig. 1. Nuevo puente colgante militar del comandante M. Gisclard

NUEVO PUENTE COLGANTE MILITAR

Ocioso sería demostrar la utilidad que en los casos de guerra tienen los puentes para asegurar las comunicaciones; la atención que siempre han consagrado á su construcción los ingenieros militares de todos los tiempos son la mejor prueba de la importancia excepcional que aquéllos revisten.

De aquí la necesidad de estudiar los mejores sistemas para construirlos en un momento dado, aprovechando la mayor suma de elementos naturales de los territorios en que los ejércitos han de operar, á fin de hacer lo menos pesada posible la impedimenta que á todo cuerpo de tropas acompaña.

Esta consideración ha hecho preferibles á todos los demás el sistema de los puentes colgantes, habiéndose éstos construído hasta ahora de dos distintos modos, ó bien dejando que los cables floten sin tensión y sostengan el tablado por medio de cuerdas verticales, ó bien tendiendo los cables lo más posible para que pudieran sostener el tablado directamente.

Pero estos sistemas tienen graves inconvenientes; en el primero, como las tensiones iniciales son débiles, el paso de la más pequeña carga produce en los puentes deformaciones importantes que se traducen en oscilaciones en todos sentidos; en el segundo, la gran curva que afecta el tablado colocado sobre los cables hace que los carros bajen con demasiada rapidez en la primera mitad y verifiquen con grandes dificultades la subida en la segunda.

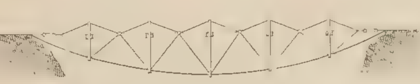


Fig. 2. Perfil del puente

A fin de obviar estos defectos, el comandante de ingenieros del ejército francés M. Gisclard ha procurado combinar las ventajas de los dos sistemas, disminuyendo cuidadosamente sus inconvenientes.

Para definir el primer tipo creado por este oficial y experimentado en el polígono de Grenoble en 1888, puede decirse que el tablado horizontal descansa sobre una serie de palizadas (fig. 3) colocadas á una distancia de 4 metros unas de otras (figs. 1 y 2) y apoyadas por sus extremos inferiores sobre cuerdas metálicas que dibujan una curva parabólica.

Esta disposición haría entrar de lleno el sistema dentro del primer tipo á que antes nos hemos referido; pero el inventor ha logrado combinar la sustentación parabólica con una enérgica tracción horizontal á la altura del tablado, haciendo que los extremos superiores de los montantes de las palizadas sirvan de sostenes á ligaduras diagonales de cuerdas metálicas que se reunen de cuatro en cuatro á la altura del tablado en anillos de hierro forjado. Sobre los anillos extremos obran unas muflas de tensión que se amarran en cada orilla en el mismo punto que los cables principales; así la rigidez del sistema está asegurada por la doble tracción que parte de los cuatro puntos de apoyo.

El lanzamiento de uno de estos puentes es sumamente fácil, bastando tender al través de la brecha los dos cables principales, mientras en uno de los ribazos se reune todo el sistema superior, compuesto de las palizadas y de los cordones metálicos. Los pies de los montantes de las palizadas están provistos de una ranura que encaja con los cables principales de manera que se pueda hacer deslizar todo el aparato superior y dejarlo colocado en su sitio tirando de las amarras.

Este sistema ha sido ensayado satisfactoriamente con un puente de 24 metros de largo, en 1886, en el polígono de Satory, en Versalles, y en 1887 y 1888 en los fosos de Grenoble. Las pruebas sucesivas han llegado á 625 kilogramos por metro, habiendo pasado por el puente, sin que aparecieran oscilaciones sensibles, una pieza de 90 con su tiro y su furgón, dos carros atados uno detrás de otro con un peso en junto de 5.000 kilogramos, y finalmente, columnas de infantería desfilando á cuatro en fondo al paso, á la carrera y aun al paso gimnástico acompasado.

(De *La Nature*)



TODA UNA JUVENTUD

POR

FRANCISCO COPÉE

Ilustraciones de Emilio Bayard-Grabado de Huyot

(CONTINUACIÓN)

Pablo Sillery servía en el ejército del Loire. Alberto Papillón, que había demostrado ardiente entusiasmo en el 4 de septiembre, habíase hecho nombrar prefecto de un departamento de los Pirineos, y dando un repaso á sus autores, el antiguo laureado del concurso general gastaba allá abajo, lejos de los golpes, mucha saliva y prosopopeya, expectorando desde lo alto de todos los balcones arengas en las que frecuentemente salían á relucir los trescientos militares de la antigüedad y cierto desfile por las montañas de Grecia, no del todo desconocidos.

En los teatros, en donde se daban beneficios á favor de las ambulancias, ó para contribuir á la fundición de un cañón, Amadeo iba alguna vez á ver á Jocquelet, que revestido de la cazadora guerrera y con botas de montar hasta el vientre, declamaba con éxito enorme poesías de actualidad, en las que el entusiasmo y los buenos sentimientos suplían al arte y al sentido común. Mas ¿qué decir del farsante triunfal que se creía un Tirteo, y que así que le llamaban dos veces á escena estaba convencido de que acababa de salvar á la patria y de que á Bismarck y al viejo Guillermo no les quedaba más remedio que largarse?

En cuanto á Mauricio Roger, éste desde el principio de la campaña había enviado á la provincia á su madre, á su mujer y á su hijo, y llevando el doble galón de oro de teniente sobre su uniforme de móvil, se hallaba en los puestos avanzados, al lado del antiguo amigo de su padre, el coronel Lantz.

Porque á causa de la escasez de oficiales, habíase arrancado al coronel, del negociado de ingenieros del ministerio de la Guerra, haciéndole renunciar á sus reglas y sus compases. ¡Pobre hombre! Sus recuerdos de actividad se remontaban á Crimea y al Cerro Verde. Desde entonces no había visto relucir al sol la sierra de un zapador; y he aquí que pedían á este veterano que volviese á la trinchera á secar los partes de ordenanza con pólvora y tierra removida por las bombas, del mismo modo que Junot lo hizo en Tolón en la Batería de los «Hombres sin miedo.»

Pues bien; no había rehusado el viejo Lantz. Después de haber besado en la frente á sus tres hijas sin dote, sacó de un cajón su uniforme medio apolillado, sacudió cuidadosamente el alcanfor y granos de pimienta, y se marchó á pasito de burócrata á dirigir los trabajos de las trincheras lo más lejos posible de las fortificaciones, muy cerca de los prusianos. ¡Ea! Los ingenieros auxiliares, los señores de gorra á la americana, no tuvieron mucho tiempo para burlarse de la casaca de Africa de corte raro: y del alto kepis á la Bugeaud del antiguo coronel: una bomba alemana estalló un día en medio de este estado mayor improvisado; todo el mundo se echó boca abajo, excepto el coronel Lantz, que después de la explosión se aseguró los anteojos en la nariz y limpióse la chamuscada barba con tanta sangre fría como si lavara sus pinceles de tinta china. ¡Caramba! Se trata de daros ejemplo, señores de la gorrita americana, de sostener el honor de las armas especiales, de enseñaros á respetar el peto de terciopelo negro y la doble tira roja del pantalón. A pesar de su distracción y sordera, el coronel había oído murmurar á su lado las palabras de «abuelo Lantz, viejo estantigua.» Pues bien, señores oficiales de cartón, ahora ya sabéis lo que algo bueno tenía el antiguo ejército.

Mauricio Roger, destacado de su batallón y á las órdenes del coronel Lantz, cumplía su deber como verdadero hijo de soldado, siguiendo á su jefe á los puestos más peligrosos, sin tampoco bajar la cabeza ni encoger los hombros al silbido de los obuses. Corría por sus venas sangre militar, y aquel voluptuoso no temía á la muerte. Pero la vida al aire libre, la ausencia de su mujer, el estado de excitación producido por la guerra, y la necesidad de goce que sienten casi todos los que arriesgan la vida, habían excitado bruscamente su temperamento de libertino. Cuando su servicio le permitía volver á París y pasar allí veinticuatro horas, se aprovechaba para comer bien y beber champagne en casa de Brebant ó Voisin, en compañía de alguna hermosa muchacha, saboreando los platos de lujo de aquella época, como albaricoques, queso de Gruyere, ó la rarísima pierna de algún carnero criado ocultamente por una criada en un quinto piso.

Una noche que Amadeo Violette se había retardado en los boulevares, vió á Mauricio que salía de un restaurant nocturno, vestido de uniforme y dando el brazo á una linda actriz de Variedades, de la que se hacían lenguas las coristas del teatro por su celo en servir en la ambulancia; pero que á juzgar por las apariencias, no debía pasar muchas noches á la cabecera de los heridos. Este encuentro proporcionó al poeta un nuevo disgusto. Por tal esposo, María refugiada en un rincón de provincia, de seguro hallaríase devorada por terribles sobresaltos en aquel momento; y era por causa de aquel incorregible vividor, por

quien había desdeñado á su amigo de infancia, despreciando el más tierno, delicado y fiel amor.

Con objeto de matar el tiempo y huir de la soledad, Amadeo había vuelto al café de Sevilla, en donde sólo halló un pequeño grupo de sus antiguos conocidos. Los melenudos al presente, obedeciendo á la ordenanza, habíanse rapado, y la mayor parte de los poetas llevaban kepis y cartuchera. Pero algunos de los barbudos políticos no renunciaban á sus antiguas costumbres; no obstante, la guerra y la caída del imperio fueron un triunfo para ellos, y el 4 de septiembre los distribuyó en todas las carreras. Veinte barbudos, por lo menos, fueron nombrados prefectos, y todos ó casi todos ocupaban puestos oficiales. Había uno en el gobierno de la defensa nacional, y tres ó cuatro, elegidos entre los más feroces, en la comisión de barricadas; pues por inverosímil que el hecho parezca hoy día, esta comisión ha existido y funcionado. Comisión en regla, con oficina constituída, grandes tinteros de loza, papel para letra especial, actas votadas y aprobadas al comienzo de cada sesión, y en derredor de su tapete verde los profesores de asonadas, los doctores en insurrección del café de Sevilla, ponían generosamente al servicio del país la experiencia práctica que habían adquirido ejercitándose en el juego del dominó.

Pero los barbudos que permanecían en París y ocupaban empleos más ó menos considerables en el Estado, no eran infatigables, á pesar de su celo, y las oficinas en que trabajaban por la salud de Francia se cerraban generalmente á las cuatro; y entonces aquellos hombres disfrutaban de un descanso bien ganado, é iban, como antes, al café de Sevilla á tomar aperitivos. Allí los encontró Amadeo, y se mezcló en sus conversaciones, que versaban exclusivamente sobre temas patrióticos y militares.

Estos barbudos, de los que ninguno hubiera sido capaz de mandar «¡flanco derecho!» á un pelotón de infantería, acababan todos de recibir, sin duda por obra del Espíritu Santo, el genio de la estrategia. Todas las tardes de cinco á siete se libraba en cada mesa de mármol una batalla decisiva. Sostenido por la artillería de la garrafa helada, que representaba el Monte Valeriano, un vermout de Turín simulaba atacar á un platillo que figuraba ser las baterías de Montretout, mientras que el ejército y la guardia nacional, simbolizados por un bitter y un ajenjo, salían en masa por el lado del Sud y marchaban derechos al corazón del enemigo, á Versalles; es decir, á una caja de fósforos.



Entre los barbudos había también hombres de proyectos, inventores terribles, que tenían un medio infalible de destruir de golpe los ejércitos prusianos, y que acusaban de traidor al general Trochu, culpable de haber rechazado sus ofertas, invocando las góticas preocupaciones del derecho de gentes. Uno de estos visionarios, en otro tiempo médico en casa de una sonámbula, sacaba del bolsillo, á la vez que la petaca y el papel de fumar, una serie de frasquitos con etiquetas de «cólera, peste, tifus, fiebre amarilla, vómito negro,» etc., y proponía como cosa muy sencilla el ir á derramar estas epidemias en todos los campos alemanes, con ayuda de un globo dirigible que había ideado precisamente la noche antes al meterse en la cama.

Cansado pronto de todos aquellos habladores y locos, Amadeo no volvió al café de Sevilla. Vivió solo, engolfándose cada vez más en su desaliento, y nunca quizá le sintió mayor que en aquella mañana del 2 de diciembre, última jornada de la batalla de Champigny, mientras se paseaba tristemente entre los pabellones de su batallón.

Aquel cielo bajo en que se agrupaban fúnebres nubes cargadas de nieve, el ruido cercano de los cañonazos, el paisaje fangoso, las casuchas arruinadas, los soldados vencidos tiritando bajo sus harapos; todo esto sumía al poeta en la más sombría de las meditaciones.

De modo que el género humano, viejo de tantos centenares, de tantos miles de siglos tal vez, ¡se encontraba todavía en este estado, en el odio, la guerra absurda, la muerte fratricida! ¡Progreso! ¡Civilización! ¡Palabras! ¡Nunca el reposo; jamás una tregua duradera de paz, de fraternidad, de amor! ¡Siempre reapareciendo la brutalidad primitiva, el derecho del más fuerte teniendo en sus garras de bestia feroz al blanco cadáver de la justicia! ¿Para qué habían servido tantas religiones, filosofías, nobles aspiraciones y grandes esfuerzos del pensamiento hacia el bien, hacia el ideal? ¡Era, pues, verdad la horrible doctrina de los pesimistas! ¡Parecidos á los animales, estamos condenados eternamente á matarnos unos á otros para vivir! Si fuera así, debería renunciarse á la existencia, vomitar el alma!

Entretanto redoblaba el cañoneo, y á su trágico estruendo se mezclaba la seca granizada de la fusilería.

Al lado de un ribazo cuyos árboles no permitían ver á lo lejos, hacia el Sudeste, subía continuamente al cielo gris una humareda blanca, muy espesa, esparcida por todo el horizonte.

Todo estaba demostrando que el combate acababa de renovarse allá abajo, y debía ser terrible, porque en seguida los carruajes de ambulancia (camiones y ómnibus embargados) empezaron á desfilar, llenos de heridos, cuyas quejas plañideras oíanse al paso. Habían colocado á los menos graves en los ómnibus, que iban despacio; pero el mal tiempo llenaba de baches el camino, y daba lástima ver el traqueteo de las cabezas de aquellos infelices, dolorosamente sacudidas.

Además, todavía era más lúgubre ver el perfil de los moribundos, tendidos sobre colchones ensangrentados, en las largas y estrechas carreras de bagajes militares.

(Concluirá)

NUESTROS GRABADOS

EL DR. ROBERTO KOCH
Y LA CURACIÓN DE LA TUBERCULOSIS

Entre los nombres de los más grandes bienhechores de la humanidad merece ser pronunciado con orgullo y con gratitud el de Roberto Koch.

No es esta la primera vez que lo aclama el mundo entero. ¡Quién no recuerda la admiración hace ocho años causada por la noticia de que había logrado obtener la prueba, tantas veces en vano buscada, de la verdadera causa de la tuberculosis en forma de hongo con propiedades características perfectamente determinadas! ¡Quién no le siguió con interés en aquella expedición que hizo á Egipto y á la India para estudiar el cólera, y quién, á su regreso, no le recibió con el corazón palpitante al saber que había descubierto el germen de esta mortífera enfermedad que hasta entonces escapara á todas las investigaciones! ¡Quién no se siente poseído de veneración en presencia de ese sabio modesto que á fuerza de incesantes trabajos ha fundado toda una ciencia y que con sus métodos y procedimientos ha resuelto de una manera formal y segura uno de los más importantes problemas de la medicina moderna, la destrucción de los gérmenes morbosos por medio de la desinfección!

Y sin embargo, todo cuanto hasta ahora ha hecho por la humanidad parece, á primera vista, que se eclipsa enfrente de la nueva noticia que, salida de un laboratorio al principio en forma de ligeras insinuaciones, de rumores vagos, se nos ofrece ahora como verdad viviente, soberbia, llena de hermosas promesas. Tiempo hacía que era un secreto á voces que el maestro estaba muy cerca del objetivo que desde el descubrimiento del bacilo tuberculoso se había impuesto. «Cuando los médicos se habrán convencido de que la tuberculosis es una verdadera enfermedad infecciosa, surgirá y se irá desenvolviendo por sí misma la discusión de las cuestiones relativas á la manera más eficaz de combatirla.» Así terminaba Koch la notable memoria que presentó á la Sociedad Fisiológica de Berlín en 24 de marzo de 1882, y desde entonces él y sus discípulos han perseguido incesantemente este fin, reconociendo siempre la insuficiencia de los medios de que á la sazón se podía disponer. Ultimamente se habló, aunque con mucha reserva, de resultados positivos, y en el décimo Congreso internacional Koch presentó una memoria dando la sorprendente nueva de haber descubierto una substancia que ensayada en animales había dado un resultado favorable: los conejos de Indias á los que artificialmente se había inoculado la tuberculosis quedaban curados con la inoculación de aquélla, y los sanos previamente inoculados eran inmunes á la infección tuberculosa. En la actualidad se han realizado más rápidamente de lo que entonces podía creerse las esperanzas que aquellos hechos hicieron concebir, y hoy nos encontramos en presencia del hecho cierto de que también en el hombre pueden curarse radicalmente por lo menos determinadas formas de tuberculosis, tales como la tisis pulmonar en sus comienzos y las enfermedades de carácter tuberculoso de las articulaciones, de los huesos y de la piel.

Lo positivo que acerca del método de Koch hasta ahora sabemos puede condensarse en pocas palabras. El nuevo remedio que por medio de inyecciones hipodérmicas se introduce en la circulación de la sangre obra de un modo específico, no sobre el bacilo mismo, como antes generalmente se creía, sino sobre los tejidos por él inficionados, sea de los pulmones, sea de la piel, sea de otras partes del cuerpo. Esta acción se manifiesta localmente con los caracteres siguientes: el tejido tuberculoso empieza por inflamarse y ponerse tumefacto, pero luego pierde toda sensibilidad y se desprende del cuerpo, no sin antes haber producido generalmente fiebre, abatimiento, dolores en los miembros, etc. Esta última reacción es especialmente característica de la tuberculosis, pues sólo se presenta cuando existe la materia morbífica, al paso que en las personas sanas ó atacadas de otras enfermedades la inoculación en pequeña dosis no tiene consecuencia alguna.

Donde más claramente se aprecian la reacción y la acción curativa del procedimiento es en la forma de tuberculosis cutánea conocida con el nombre de *lupus*, porque en ella todo el proceso se desenvuelve en la superficie. A propósito de esta enfermedad diremos que el resultado obtenido en su tratamiento con la inoculación de Koch no deja lugar á duda respecto de su clasificación en el grupo de las tuberculosis.

Estos resultados positivos de las investigaciones hasta ahora conocidas demuestran por un lado que efectivamente se ha descubierto un nuevo específico, y deja por otro ancho campo abierto á las hipótesis y á las esperanzas, á las que nadie se entregaría á buen seguro si el nombre de Koch y su manera de proceder no fuesen la mejor garantía de que una vez abierta la senda se seguirá andando por ella, con gran prudencia, sí, pero con un objetivo perfectamente determinado y conocido.

Hay que hacer constar, sin embargo, que cuando menos es altamente prematura la ilusión por muchos alimentada de que de golpe desaparecería del mundo la tuberculosis pulmonar. El mismo Koch, con la prudencia y circunspección que le son propias, ha hecho observar, como ya antes lo había manifestado, que en los casos en que esta enfermedad ha hecho grandes progresos no hay que tener en cuenta solamente la acción destructora de los bacilos tuberculosos, sino que en ellos se juntan una serie completa de factores que constituyen el carácter de la enfermedad. La pérdida de substancia pulmonar apta para la respiración con nada se sustituye, la extenuante supuración de que va acompañada es consecuencia de otros microorganismos. En tales casos, que por desgracia constituían hasta ahora la regla general, el nuevo procedimiento por sí solo puede quizás producir una mejora, pero nunca la curación. Tal vez, y sobre ello ha llamado siempre la atención Teodoro Billrot, entrarán algún día esos casos en los dominios de la acción quirúrgica, que una vez descartado el veneno específico, promete mayores éxitos de los hasta ahora obtenidos.

En lo porvenir la principal misión del médico consistirá en no dejar que la tisis pulmonar alcance este período A Koch debemos el método más seguro para diagnosticarla: la presencia de bacilos tuberculosos en los esputos es la prueba más concluyente de su existencia, de modo que al examen de los esputos hay que dar en lo sucesivo mucha más importancia de la que hasta hoy se le ha concedido. Y si se mira con cierta prevención á todo el que tosa, se conseguirá conocer la enfermedad apenas se inicie: en algunos casos quizás pueda ayudar á ello alguna inoculación de Koch. Si así se hace, será posible obtener en todos los casos una curación real y completa, sea que se observe atentamente al enfermo y se proceda al tratamiento en cuanto aparezcan los primeros síntomas sospechosos, sea que, lo cual no está aún comprobado, una sola cura dé la inmunidad para siempre ó por mucho tiempo, como la vacuna la da para la viruela. En cierto modo, pues, la actual generación de tísicos que hayan pasado del primer grado morirá ¡triste es confesarlo! antes de que se evidencien todas las bondades del nuevo método, es decir, antes de que la tisis pulmonar deje de ser una de las más frecuentes causas de muerte.

Este primer éxito colosal abre más dilatados horizontes á la esperanza. ¿No puede lograrse contra los otros gérmenes mórbicos lo mismo que contra el bacilo tuberculoso se ha conseguido? La victoria que el genio de un hombre ha obtenido sobre este enemigo, ¿no ha de de obtenerse sobre la terrible difteria, por ejemplo? Para contestar á estas preguntas, es preciso ante todo conocer exactamente la naturaleza del líquido de que se sirve Koch para sus inoculaciones. La mayor parte de lo dicho hasta ahora sobre este particular es sólo vaga sospecha. El mismo Koch guarda aún sobre este punto absoluto silencio, y hasta á los médicos que hicieron los primeros ensayos se les entregó misterioso líquido pardusco amarillento sin darles acerca de él explicación alguna. En el discurso pronunciado por Koch en el Congreso hay algunos puntos de apoyo, pero de carácter negativo más que positivo: por ellos sabemos de qué no se trata; sabemos, por ejemplo, que todos los antisépticos y sales metálicas que se emplean en otras ocasiones, como en las operaciones quirúrgicas para destruir las bacterias, son ineficaces en los casos de tuberculosis. Como, por otra parte, las analogías con otras enfermedades infecciosas abonan la teoría de que las bacterias producen por sí mismas otras substancias muy funestas para ellas y que hacen imposible su ulterior desarrollo, circunstancia en que se basa en general la eficacia que para dar inmunidad poseen la vacuna y aun ciertas enfermedades que sólo se tienen una vez, como el sarampión y la escarlatina, cabe admitir que Koch pueda servirse de tales productos, cuyo estudio tanto ha adelantado en estos últimos tiempos especialmente, gracias á los trabajos de los profesores Brieger y Frankel. Si esto es así, si Koch ha conseguido aislar de entre los productos múltiples de las bacterias aquel que destruye las condiciones necesarias para su ulterior existencia y hacerlo utilizable para fines terapéuticos, no se puede calificar de quiméricas las esperanzas á que antes nos hemos referido. Koch no es el hombre que ha vencido por un azar de la suerte: sus trabajos, desde sus memorables investigaciones sobre la lienitis (inflamación del bazo) y el origen de las enfermedades traumáticas hasta su último descubrimiento, constituyen un conjunto conexo, una cadena cuyos eslabones están estrechamente unidos. En las esperanzas que para el porvenir se acarician se refleja la confianza en su modo de proceder rigurosamente metódico. El mismo no considerará de seguro sus actuales trabajos más que como un nuevo paso dado en el camino emprendido, no como el término de la senda que se ha trazado. Todo cuanto nos ha prodigado hasta ahora es garantía de que seguirá trabajando y venciendo cuantas dificultades se le presenten.



EL DOCTOR ROBERTO KOCH

Descubridor del *bacillum* de la tuberculosis y del procedimiento para curarla

Hasta ahora la cifra de experimentos realizados con su método curativo ha de ser forzosamente pequeña: todavía ha de transcurrir algún tiempo y se han de hacer nuevas tentativas antes de que aquél pueda y deba ser patrimonio común de todos los médicos. Tampoco habrán de desaparecer todos los procedimientos curativos hoy en día empleados contra la tisis pulmonar, sino más bien habrá que fijarles fundamentos seguros. El propio Koch ha manifestado que la buena asistencia, el aire puro, un clima sano favorecen en alto grado la eficacia de su tratamiento.

En una sesión de la Unión libre de Cirujanos de Berlín, en la que por vez primera se explicó el nuevo tratamiento á un numeroso concurso de médicos y á la que imprimió verdadero carácter histórico la presencia del ministro de Cultos, del médico del Estado mayor general del ejército y de hombres como Virchow, Esmarch, Konig, Thiersch, Gerhardt, Leyden, Ziemsen y otros, el Dr. Bergmann, en un entusiasta panegírico que hizo de Koch, dijo que con él había surgido en el mundo un médico que unía de tal manera el genio teórico con la potencia práctica, que otro igual á él no había existido desde los tiempos de Hipócrates. Los alemanes pueden estar orgullosos de ese hombre. Ninguno de los honores que se proyecta concederle, ninguna dotación que se le otorgue por grande que sea, puede compararse ni con mucho á la magnitud de sus servicios. Las lágrimas de gratitud derramadas por millares de personas, las aclamaciones de júbilo de todo el mundo le demostrarán que la grandiosidad de su modesto genio ha sido reconocida, que su creación sin igual, rica en risueñas promesas, ha sido admirada como se merece.

¡Quiera Dios seguir bendiciendo su inteligencia y sus manos en el porvenir!

(Tomado de la Revista alemana *Schorers Familienblatt.*)

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustracion Artística

Año IX — Barcelona 15 de diciembre de 1890 — Núm 468

Regalo á los señores suscritores de la Biblioteca Universal Ilustrada

SUMARIO

MURMURACIONES EUROPEAS

POR DON EMILIO CASTELAR

I

Pocas tierras hay en el mundo tan hermosas como las que unen Europa y Asia por el Bósforo tracio, por el antiguo Helesponto. Para nosotros los occidentales, allí brilla con todo su esplendor el Oriente. Y la cuna del sol, como las primeras flores, como las primeras alboradas, como el amanecer de la esperanza en el pecho, como el latido fuerte de la sangre juvenil por las venas, como todo lo que significa presentimiento y es profecía, nos atrae y nos cautiva, teniendo parte principal en la común levadura estética guardada por todos los mortales dentro de su mente, la cual se mezcla con todos los afectos y con todos los sentimientos de nuestra múltiple vida. Cuando se dice Oriente, oriental, parece decirse fábula de riqueza incalculable, centro de resplandor indecible, comienzo de la humanidad, alba de la historia, país de cuentos fantásticos donde los palacios de oro sembrados por brillante pedrería elevan á las alturas, sembradas de estrellas, cristalinos surtidores de azogues que

BELLAS ARTES



UNA DESGRACIA, cuadro de D. José Jiménez Aranda

(Premiado con medalla de primera clase en la última Exposición Nacional de Bellas Artes de Madrid.)

vuelven á caer sobre tazas de perlas, entre cadencias de músicas invisibles exhaladas misteriosamente por las paredes y coros de huríes, componiendo el harén de donde baja á nuestra zozobrosa y triste vida, en raudales copiosos, el primitivo manantial de todos los placeres. Para que parezca todavía más hermoso á las miradas y á las ideas nuestras el Oriente, ha colocado allí la naturaleza uno de los lugares cantados por la poesía humana y queridos por el sentimiento universal, aquella cinta del Bósforo de Tracia, donde comienza el cielo asiático; y las ondas azules, por riberas de cármenes ceñidas y estrechadas, mueren al pie de las colinas, cubiertas por los terebintos y por las palmas, embalsamadas por las rosas y por los jazmines, en que las velas blancas de las naves obscuras se mezclan con los aleteos de los pájaros orientales y los gritos de las gaviotas con los arpegios de los ruiseñores, y mientras cerca se ven edificios coronados de diademas aéreas que diríais soñadas, descúbrense á lo lejos las cumbres ceñidas de nieves y ornadas con todas las reverberaciones del sol, cumbres tan hermosas á la vista por sus cortes increíbles, como al pensamiento por haber de allí descendido las musas de todos los poetas y los dioses de todos los templos. Además, desde las edades antiguas, desde los siglos inmemoriales, desde las épocas aquellas que frisan con la prehistoria y con la fábula, el Bósforo ha representado como la encrucijada misteriosa, en cuyas intersecciones tropiezan los representantes de todas las razas y se cruzan Europa y Asia y Africa en brillante y poderoso núcleo. Los griegos del Asia Menor, coronados por sus gorros frigios y tañendo sus sonoras cítaras; los lidios y los frigios, acompañados por sus divinidades ebrias y ejercitadísimos en sus cultos sensuales; el mercader fenicio, que trae púrpura de Tiro y oro de Ofir; el Patriarca de Israel, meditabundo y calculador, que sabe mezclar á las ideas más sublimes los cálculos más prácticos y útiles; el egipcio, que parece, según sus rituales vestiduras, un ídolo andando; el arquero de las mesetas centrales asiáticas, unido á su caballo cual si formase parte de su cuerpo; los árabes y los nubios del desierto, que despiden miradas semejantes al centelleo de los ojos del tigre y del león; los sátrapas de Babilonia y de Nínive, cargados con las riquezas que han recogido en sus batallas y conquistas; los mismos indios cazados en aquellos ojeos de pueblos que intentaban y emprendían Cambises ó Ciro; todos estos representantes de las diversas regiones antiguas han pasado por allí en procesión misteriosa, ya como argonautas en pos del áureo vellocino, ya como irruptores en pos del humano imperio. ¡Cuánto y cuánto mágico poder no tendrían en mundo tan estético, cual siempre lo fuera el viejo mundo, estos bellísimos territorios á los que podríamos llamar propíleos del Asia! Hoy es, hoy, en que la razón pura se ha sobrepuesto por todos los caminos del pensamiento a la vieja fantasía; hoy es, y no podemos nombrar el Bósforo, Constantinopla, Tracia, sin que veamos los caíques flotando sobre las aguas al son de los laúdes, las mimosas abriendo sus corolas y derramando sus esencias en las colinas ornadas por jardines sin cuento, los kioscos de color lila irguiéndose airosos junto á los alminares de marmol blanco y rosa, el softá vestido de sedas y el muecín cantando las oraciones monótonas del desierto inmenso, la mezquita junto á la cual se cimbrean las palmas con los cipreses y huelen jazmines y rosales, las celosías de oro, la pajarera canora, el harén misterioso donde la sultana se tiende sobre los cojines de Persia, junto á los surtidores de aromadas aguas, para ver cómo vuelan, bajo los techos de cedros incrustrados en marfiles, todos los ensueños, y para oir, mezclados con el latido de las ondas y con el aleteo de las brisas, los ecos de las voluptuosas sinfonías y los acentos de las palabras ardientes, de los suspiros enamorados, de los besos resonantes. Ese lado más estrecho del Bósforo, en que Asia y Europa tanto se acercan, guarda en sus históricos espacios aquellos amores de Leandro y Hero, cantados por Ovidio en sus Heroídas y por Virgilio en sus Geórgicas, donde se ven morir los dos jóvenes: él, Leandro, por haber querido atravesar á nado, como tantas otras veces, una noche de tempestad el Bósforo, ahogándose allí en sus ondas; mientras ella, Hero, no queriendo vivir sin su amante, por haberse precipitado á las ondas amarguísimas, al ver cómo éstas en sus remolinos le llevaban á los brazos únicamente un yerto cadáver, en cuyas ateridas venas jamás renacería su vivificante y divino amor. El pueblo de la hermosa Hero se llamaba Sextos, y Abydos el pueblo de Leandro. Enemigos entre sí estos dos pueblos, como los Capulettis y los Montechis en Verona, causaron la muerte de Leandro y Hero, quienes debían verse á hurtadillas por las noches, en dulces entrevistas alcanzadas á nado, las cuales interrumpieron el náufrago y la muerte. Por tal modo se halla en semejantes regiones viva tan hermosa leyenda, que Byron pasó un día el Helesponto nadando, para demostrar cómo había podido Leandro pasarlo todas las noches y hasta la tristísima en que perdió el aliento y se ahogó en la tormenta. Pues adivinad qué se le ocurriera para este sitio á la industria de nuestros días, adivinadlo. Colocar allí un puente. ¡Adiós para siempre, adiós, poesía!

II

Y todo esto lo creo tanto más triste cuanto que la poesía desaparece hasta de las letras en el pícaro mundo moderno. Uno de los escritores más leídos indudablemente hoy, Edmundo Goncourt, ha publicado un tomo de sus Memorias, que comprende período tan triste como el doblemente horrible de la guerra civil y de la irrupción exterior; tomo escrito casi á diario bajo las bombas del germano invasor y entre los tiroteos del comunero anarquista. Si hay algo apocalíptico en el mundo es una catástrofe así, de tan épicas proporciones y de tan colosal magnitud como los dos sitios á París puestos por las guerras extranjera y civil. Una patria invadida se parece á una madre muerta. Pero así como nada podemos hacer por un cadáver frío mas que llorarlo; por una patria podemos hacer mucho, aunque parezca un cadáver. Yo he buscado lo que Goncourt intentara por su Francia en trance tan amargo como la invasión última, y no he podido extraerlo de su propio relato. Parece no solamente ajeno el escritor á la Nación, parece ajeno á la Humanidad. ¡Cuál triste olvido en aquellas páginas del hombre, sacrificado por una y otra parte á los furores de la guerra, y cuánta solicitud por la piedra caída, por el árbol desarraigado, por el último de los animales muerto á las terribles exigencias de un bárbaro asedio. Luego se da una increíble traza Goncourt en el arte de disminuir los grandes sucesos... Todo lo achica, todo. Ante la inteligencia de tan objetivo escritor se reducen á miniaturas los objetos. Su criterio se asemeja mucho á esa especie de relojillos que podéis llevar como un duro en cualquier faltriquera y que sirven á conseguir las fotografías instantáneas y los retratos al minuto. Sucesos como los de la última guerra franco-prusiana tienen otra importancia que los propios de una historia puramente recreativa. Necesítase para describirlos pluma como la de Isaías y para pintarlos paleta como la de Miguel Angel. Se parecen á la caída de Tiro, á la toma de Jerusalén, al incendio de Pompeya y Herculano, al suicidio de Sagunto y Numancia. Goncourt alguna vez llora por los objetos, nunca por las personas. Cuando la coyuntura siniestra del trágico momento, en que la última escena del terrible desastre llega y Francia cae á los pies del vencedor, solamente se le ocurre cambiar de patria. Entre nosotros todo esto parece incomprensible. A medida que más rotos estábamos, respondíamos al invasor con gobiernos como el de Cádiz, con discursos como los de Argüelles, con odas como las de Quintana, con batallas como las de Bailén, con sitios como los de Gerona y Zaragoza.

Dadme la lanza; ceñidme el casco fiero, refulgente,
Y el que niegue su pecho á la esperanza
Hunda en el polvo la cobarde frente.

III

Más triste que la Historia del sitio de París por Goncourt, un libro de vivas elegías, me parece la Historia de Tartarín por Daudet, un libro de verdadera jácara y jolgorio. Aquel Tartarín, fantaseador y embustero, que miente sin deliberación y sin conciencia, reduciendo á broma la vida y disparatando por hacer gracia, muere ahora en este último volumen de su Historia; y no hay cosa tan triste como la muerte de los seres alegres. Guarda un cuadro verdaderamente trágico la escuela contemporánea francesa, que pinta la muerte de cierto máscara borracho tras un duelo á pistola. Aquel cadáver vestido bizarramente de arlequín y desangrado por las heridas que abriera en su pecho el honor, produce trágicos escalofríos causados á la fuerza de los contrastes. Nada tan sobrio en el *Quijote* como la maravillosa relación del último trance de su ridiculizado protagonista. Nuestro inmortal Cervantes baja la voz en aquella triste alcoba del moribundo y cuelga casi la elocuente pluma para que sólo hablen los hechos mismos con su muda elocuencia. Y lloraríais mucho, muchísimo, tanto cuanto habéis reído en toda la divertida historia. Mariano Fernández consiguió morir en su teatro casi. La tarde que más hizo reir á los muchachos, era la tarde precedente á su postrimer agonía. El contraste vivo entre la comedia y la mortaja, creedlo, aumentó la grandeza del actor y la ternura de todos los que le lloramos muerto después de haberle reído tanto las gracias en vida. Yo nunca le perdoné á Daudet que, siendo meridional de abolengo, coadyuvase á la mala idea de las gentes del Norte respecto de las gentes del Mediodía en todas las naciones. El prusiano en Alemania se ríe de los bávaros; el piamontés en Italia, de los napolitanos; el cántabro en España, de los andaluces; los grandes rusos en Rusia, de los pequeños rusos; el suizo de Zurich, del suizo de Lugano; incapaces de perdonar todos á una los contrastes y oposiciones con sus temperamentos respectivos. ¿Debemos contribuir nosotros á los malos juicios y á las malas querencias del rival inevitable? Yo creo que al hacer á los demás Daudet reir de los suyos, ha cometido una falta imperdonable ante todos los humanos respetos: burlarse de sí mismo. Pero al fin, como Tartarín muere, Tartarín aparece muy sublimado por la maga que trueca las cenizas en estrellas, por la muerte. Ya veis cómo no todo es fiesta para el riente lazaroni de Nápoles, para el naranjero de Valencia, para el cantaor de Sevilla. También lloran ellos cuando pespuntean sobre sus guitarras las tristezas del amor infinito en la melancólica serenata, y también hacen llorar, y llorar mucho, á los ojos amados, cuando se mueren. Bajo su aparente ligereza, cuál dolor hay en las complexiones meridionales, y bajo sus ruidosas alegorías cuántas y cuán profundas penas. Tartarín, el de Tarascón, muere; y al morir deja tras de sí una tristeza en la muerte que podría creerse nada compatible con su vida. Yo nunca oí llorar en el Norte como se llora en el Mediodía. Volvamos por nuestra gravedad.

IV

Un drama ó novela de la vida real interesa hoy á Europa más que todos cuantos puedan escribir los autores contemporáneos, inclusos los más leídos y escuchados, como Echegaray, Sardou, Zola, Daudet, Pérez Galdos, Emilia Pardo Bazán. Me refiero á los amores de Parnell. Pocos hombres han alcanzado en las respectivas naciones cultas para sí progresos como los conseguidos por el jefe de la ilustre Irlanda para el derecho y la libertad de los suyos. Desde la poesía en que O'Conell y la revolución en que Davitt confinaran la causa irlandesa, manteniéndola dentro de idealismos incompatibles con las vivientes realidades políticas, Parnell la bajó por medio de su altísima ciencia y de su consumada experiencia en pocos años al terreno donde hoy prospera y crece, al terreno de la protectora legalidad, mezclándola en la dosis precisa con los partidos ingleses. Dotado, como todos cuantos tienen una finalidad superior, de aptitudes extraordinarias, concentrábase dentro de sí con profunda concentración; y sin parar mientes ni en las amenazas de los poderosos ingleses ni en los recelos de los propios correligionarios, cumplía sus fines políticos y sociales con la fuerza y con la lógica con que pudiera cumplirlos un héroe de los antiguos tiempos conducido por la fatalidad. En tan titánico empeño, en el trabajo férreo de separar al tronco anglo-sajón la nacionalidad celta, junta con él por la conquista y la violencia, constituyéndola, en virtud de pactos progresivos y bajo la corona imperial, aparte, Parnell encontró resistencias dobles en el patriotismo inglés y en el patriotismo nacional. Este, muy exagerado, pecó un día con los asesinatos de Fenix Park en tales términos, que puso á su personificador más glorioso en trance de retirarse á la vida privada; y aquél, con su egoísmo, le tendió un proceso dirigido á ennegrecerlo para siempre y á presentarlo como un vulgar asesino, hoy ante la opinión, y ante la historia mañana Por un milagro superó Parnell todas estas dificultades é inscribió en las banderas del partido radical inglés la posible autonomía de su madre Irlanda. Un suicidio de su calumniador Pigott en posada célebre de Madrid puso como el ampo de la nieve su calumniada honra, y una serie de felices campañas electorales en Inglaterra le aseguraron la disputada victoria. Todo iba para él como una seda, cuando entra el amor en su vida y la perturba por completo. Parnell encuentra un día que la media naranja suya, la mujer con quien hubiera pasado la vida felizmente, se hallaba por matrimonio en poder de cierto capitán, muy su partidario, y la capta, persuadiéndola con sus habituales y congénitas seducciones á creerse destinada por la Naturaleza en sus designios al rey popular de la verde y poética Erin. Lo cierto es que político y capitán y capitana vivieron bajo el mismo techo, sin otra precaución que un pabelloncito aparte, destinado en apariencias al huésped y en realidad puesto allí como silenciosa explicación á la extraña vida en común de seres tan dispares. Algunas veces los escándalos de aquella extraña familia trascendieron fuera y lejos, sobre todo cuando Parnell quiso premiar la conformidad y paciencia de su cofrade y correligionario, el sufrido esposo, con una plaza en el Parlamento inglés. La obtuvo al cabo éste por imposibilidad en los irlandeses de negar á su rey electivo cosa ninguna Mas las murmuraciones, provocadas por tal hecho, se difundieron por los ánimos con epidémica facilidad. Y en ellas hundió sus garras el egoísmo tory, muy resuelto á la perdición de Parnell para destrozarlo y concluirlo. Quienes habían buscado un falsificador escandaloso para perder al enemigo en su vida pública, mejor apelarían á un marido vejado para perderlo en su vida privada. Acordábanse de cómo Dilke, segundo jefe de los radicales, político formidable, tanto por su pluma como por su palabra, se había en aventura de amor tristemente perdido, y se propusieron ahogar de modo igual á Parnell. No sabemos qué argumentos emplearían los potentados torys; mas arrastraron al capitán á la publicación de su deshonra en los tribunales, donde quedó Parnell convicto de adulterio. El escándalo ha sido enorme. Sabemos todos por el conocimiento de la vida humana y de sus irremediables tristezas y de sus irredimibles censos naturales que sigue á la vida política la negra calumnia Y ¡si la persigue sin razón, imaginaos qué hará cuando reciba una sentencia de tribunal competente que condena un repúblico de combate, sujeto por su alteza y por su influjo al odio de tantos y tantos poderosos. Parnell ha perdido por fuerza una parte de la estimación que antes tuviera en su propio pueblo. Así es que la escuela wigh inglesa, representada por hombre tan excelso como Gladstone, ha tenido que rogarle retire su nombre de la causa céltica y lo esconda en el recato y en el silencio de su hogar. A tal insinuación Parnell se ha erguido y contestádole, no como al correligionario de los últimos tiempos, pues en las mismas ideas estaban unidos para salvar y redimir Irlanda, como al implacable viejo enemigo de su patria, como á inglés cualquiera de los muchos que miran por encima del hombro al celta; no como á quien abolió la Iglesia luterana en aquel pueblo católico y llevó á su feudal propiedad remedios oportunos y eficaces en leyes agrarias inolvidables. Ved la fábula del rapto de la hermosísima Elena reproduciéndose á través de los tiempos en la historia universal. Una esposa de monarca espartano perdió á Troya en las edades prehistóricas; y hoy en esta edad prosaica pierde á Irlanda la bella esposa de un obscuro capitán irlandés. *Sic fata voluere.*

V

De los dramas vivos pasémonos á los dramas literarios, y pongamos en su punto los dos representados en el Teatro Español últimamente, debidos á plumas tan bien cortadas como las de Bremón y Dicenta. Los dos escritores han puesto en sus sendas composiciones personajes y asuntos muy peligrosos para el teatro. Un poeta lírico puede gozar de cuanta libertad le guste, con tal que no arrostre por medio de públicas lecturas la presencia de auditorio numeroso; un poeta dramático, lo mismo que un gran orador, necesita de su público ante todo y por todo. Así, exígele su oficio mucha circunspección para no tropezar con dificultades crasísimas en supersticiones que, sumadas dentro de un teatro, se imponen á todos con soberana imposición y desconciertan el mejor y más bien escrito drama. Pocos escritores en España con el equilibrio de facultades que distingue al sesudo y correctísimo Bremón. Su lenguaje apropiado al asunto, su juicio clarísimo, su variedad y riqueza de conocimientos, sus múltiples aptitudes le colocan de consuno entre nuestros más estimados escritores. Así, un drama suyo con seguridad ofrecía dos cualidades eximias: excelente factura y literario estilo. Pero autor de tanta conciencia y reflexión, que amolda el estilo al asunto con maestría, ¿cómo no amoldó la materia dramática de su composición al gusto general? La expulsión de los judíos interesa en pueblos exaltados por la fiebre anti-semita, un mal de nuestro tiempo. Allí, donde unos están por los respetos á la conciencia y otros en contra de tales respetos, ni más ni menos que si aún corrieran los siglos de la Edad Media, no hay nada que decir; la cuestión judía interesa por igual á los perseguidos, á los perseguidores y á los partidarios de las humanas libertades, revestido así el asunto de caracteres políticos, religiosos, en una palabra sociales, por lo que mucho se prestan á un drama, en el cual debe hallar cada uno de los espectadores algo de sí mismo para con facilidad absorberse y abismarse como cuando asiste á incidencias que ha presenciado en torno suyo y que ha sufrido en su propia vida. Pero la *Expulsión de los Judíos* en pueblo donde la intolerancia secular no ha dejado que brote secta ninguna, y cuya reciente libertad sólo da en la práctica el que los librepensadores produzcan libros ó semanarios nada leídos y en algún cuarto bajo haya lecturas de Biblia muy poco seguidas y coros de salmos por raras personas oídos, francamente no podrá mover el interés público un drama sobre tal asunto compuesto, siquier lo reconozca todo el mundo bien pensado y escrito, como lo pregona la crítica del drama de Bremón. Por análogas razones la obra de Dicenta no ha logrado el interés debido al estro y forma de tan genial autor. La poesía de Dicenta difiere mucho de la poesía de Bremón. El valor de su pensamiento llega en este último á la temeridad. La pluma de Bremón, muy liberal, propende á conservadora; la pluma de Dicenta, muy castiza, propende á revolucionaria Buen súbdito de las leyes gramáticas, parece algo rebelado contra las leyes políticas. Lo cierto es que ha querido presentar en el teatro ese hondo problema de la responsabilidad, cuyos términos tantas disputas engendran, así en Metafísica como en Fisiología, y el público le ha dicho no estar maduro el argumento para el teatro. Esta selección de los asuntos alcanza una extraordinaria importancia en todas las artes, quienes marran cuando intentan salirse de su dominio é invadir las artes fronterizas. Eximios escritores emularon la escena que nuestros artistas del cincel debían esculpir para glorificar el centenario glorioso de la invención del Nuevo Mundo. Mezclaron dos poemas diversos en sus caracteres intrínsecos, aunque muy cercanos en la edad histórica; el hallazgo de la Nueva Tierra y el triunfo sobre la Nazarita Granada. Un pintor quizás pudiese unir á Boabdil y á Colón en el mismo cuadro; puede un poeta unirlos en el mismo poema; pero difícilmente un escultor en el mismo grupo, sin que la escultura traspase los naturales límites reconocidos á su acción y entre dentro de dominios reservados á la poesía y á la pintura. Por eso, por la dificultad insuperable del asunto, merecen mucha consideración los proyectos de artífices tan geniales como Susillo, Mélida y Benlliure. Pero hemos murmurado sin tasa, y hora es de acabar nuestras murmuraciones. Perdonad sus muchas faltas.

EMILIO CASTELAR



Los autores de CLEOPATRA: MM. Moreau, Sardou y Leroux

EL TEATRO

HOMBRES, GENTES Y COSAS

Cleopatra, drama en cinco actos y seis cuadros, de Victoriano Sardou y Emilio Moreau

El *Antonio y Cleopatra* de Shakespeare es seguramente un grandioso y noble drama. Representado en el año 1608 (la edición de 1623 señala esta fecha), pertenece á esa parte de la vida del autor que algunos de nuestros críticos contemporáneos llamaron «la crisis misantrópica» del gran inglés. Admito lo de crisis y también el calificativo de misantrópica; pero esa larga y fecunda hipocondría nos ha valido dramas como *Hámlet*, *Macbeth*, *Otelo* y el *Rey Lear*. Inferior, sin duda alguna, á esas incomparables obras maestras, *Antonio y Cleopatra* ha ocupado, no obstante, el primer lugar entre las producciones de segundo orden de Shakespeare superior á *Julio César*, que iguala á *Ricardo III*. En efecto, nunca se hizo más severo y doloroso análisis de la locura de amor y de ese «atractivo sexual» que, exaltando á la mujer, embrutece al hombre. La pasión frenética que inspira una cortesana á un soldado rudo y brutal, muy pronto sexagenario, y los desesperados esfuerzos de esta enamorada de cuarenta años para enamorar á su amante, se pintan en ese lamentable drama con la verdad cruel del más exacto «naturalismo.»

Tomada por entero del relato de ese sutil y complicado retórico, que ninguno de nosotros se obstina en llamar «buen Plutarco,» esa aventura de los amores de Marco Antonio y de Cleopatra nos ha valido muchas tragedias: Dryden, en Inglaterra; en Francia, Jodelle (1552), Chapelle (1686), Marmontel (1750), Alejandro Soumet (Odeón, 1824), y Mme. de Girardin (Teatro Francés, 1847). Varios actores célebres y trágicos á la moda quisieron murmurar los dúos de amor con que esos diversos autores sembraron sus piezas, como por ejemplo, Barón en el siglo XVII, en el XIX la señorita Georges y esa Rachel que aun hoy no tiene igual; pero sus varios esfuerzos fueron infructuosos, y nada ha quedado de estas tentativas.

Con razón se hubiera podido esperar que en nuestros días, un conocimiento más completo de la vida romana y de los misterios de Egipto, al fin descubiertos, inspirase poderosamente á los dos autores de la nueva *Cleopatra*, Victoriano Sardou y un elegante poeta, Emilio Moreau, autor de *Palas Atenea;* mas ¡ay!, no ha sido así. Todo ese trabajo, toda su energía se han empleado contra Shakespeare, practicando en el pobre Guillermo la más cruel mutilación. Sí, le han mutilado tan abominablemente, que de una obra, á veces admirable, no subsiste ya más que un pretexto para presentar las decoraciones. ¡Oh! Bien sé que la nueva pieza pertenece á ese género especial que el comercio parisiense llama «artículo de exportación,» muy lucrativo allende los mares. Antes de dos meses, esa *Cleopatra* habrá emigrado (ha sido comprada ya *por mucho dinero)* é irá á exhibir sus bellezas, desconocidas aún para nosotros, ante las miradas más cándidas de los ciudadanos de Chicago, esos artistas en grandes vituallas. Sin duda los autores quisieron hacer en París un ensayo, y solicitar tal vez de nosotros que contribuyéramos al reclamo. ¡Qué triunfo tan seguro para el *barnum* de *Cleopatra*, si desde Nueva York á *San Frico*, á traves de las ciudades de la «joven nación,» se pudiese ostentar este anuncio: «¡El asombroso éxito francés! ¡¡La maravilla de las maravillas del antiguo continente!!! *¡¡¡Cleopatra!!!*... ¡SERPIENTE VIVA!...» Pues bien; forzoso es decirlo, mucho temo que nuestro público se preste mal á esta combinación.

El análisis de esa fantasía, muy primitiva y elemental, puede y debe contenerse en algunas líneas.

Cuadro primero. – Antonio ha venido para castigar á la ciudad de Tarso, rebelada contra Roma; Cleopatra aparece á los ojos del triunviro, que se enamora de ella. (Mala exposición; demasiada prosa; los caracteres de los personajes no se anuncian siquiera.)

Cuadro segundo. – Antonio y Cleopatra han ido á ocultar sus pasiones en la antigua capital de los Ramescidas, Tebas, que no era ya más que una ruina. Tres compañeros de Antonio, avergonzados de su debilidad, le conducen hacia Roma. (Muy largo, y no obstante abreviado en demasía, este cuadro carece completamente de acción.)

Cuadro tercero. – Cleopatra sola. Solo de la *Africana.* Llega un mensajero y anuncia á la reina que su amante infiel se ha casado con la joven Octavia. (Magnífica escena la del mensajero. Véase además Shakespeare, II, 5.)

Cuadro cuarto. – Cleopatra ha ido á buscar al pérfido; apodérase de él y le conduce á sus galeras. (Ninguna de las situaciones exigidas y necesarias ha sido siquiera bosquejada, como por ejemplo, la esperada lucha entre la esposa y la amante, ó el enloquecimiento de Antonio, que prefiere un beso de Cleopatra al imperio del mundo.)

Cuadros quinto y sexto. – Antonio y Cleopatra han sido vencidos cerca de Accio. Suicidios, el áspid... ¡está vivo! Telón... ¡Y se acabó!...

¡Ay, señor Sardou!, ¿qué se han hecho sus grandes noches de *Patrie* y de *Haine*? ¿Dónde está ese numen poderoso que dotó á nuestra literatura francesa de dos obras maestras?

El atractivo de semejante espectáculo consistía sobre todo en Mme. Sarah Bernhardt, que se mostró como siempre notable actriz, desempeñando con inteligencia ese papel de enamorada cuadragenaria que sabe enloquecer y perder para siempre á su amante. Cleopatra se contará entre las buenas creaciones de esa aplaudida artista.

REPARTO: *Marco Antonio*, M. Garnier, ha desempeñado con mucha inteligencia su papel, y en ocasiones nos produce la ilusión de un personaje destacado de los bajos relieves de la columna Trajana; *Demetrio*, M. Bouyer; *Kephren*, M. Darmont (los dos muy bien); *Cleopatra*, Mme. Sarah Bernhardt; *Octavia*, Mlle. Laure Fleur, que se esfuerza en dar alma al fantoche insignificante de la triste Octavia.

Música muy agradable de un joven compositor, premiado en Roma, M. Xavier Leroux, que revela grandes cualidades artísticas.

Aparato escénico interesante. M. Duquesnel, que es verdaderamente ese *artista vestimental*, celebrado tantas veces por M. Vitu, ha cometido, no obstante, algunos errores. Su reconstitución del Egipto Ptolomeico no es más que una graciosa fantasía.

GILBERT AUGUSTIN THIERRY

Creemos que después de esta crítica, interesará á nuestros lectores conocer el argumento de Cleopatra que para la *Revue Illustrée* escribió uno de los autores de la obra, M. Emilio Moreau, y que á continuación transcribimos:

CUADRO PRIMERO

Lanzan al aire las trompetas sus agudas notas, y en pos del pretor aparece Marco Antonio, que toma asiento en su tribunal; la ciudad de Tarso tiembla poseída del mayor espanto, porque sus notables van á expiar, entregando sus cabezas á los lictores, la falta por la población cometida al seguir á Cleopatra en su rebelión contra Roma.



De pronto resuenan en el Cydnus las liras y los tímpanos; una barca, cuya vela color de rosa hincha el viento del estío, se aproxima, y en medio de las flores surge una extraña criatura, de manos delicadas, crespa cabellera y embriagadores ojos, que rodeada de perfumes y en armonías envuelta, se adelanta, detiénese en presencia de su juez y una sola mirada le basta para vencerle y encadenarle con su incomparable gracia.

– ¡Levanta, criatura única! ¡Guarda en la tuya mi mano! ¡Hoy empieza mi existencia!

CUADRO SEGUNDO

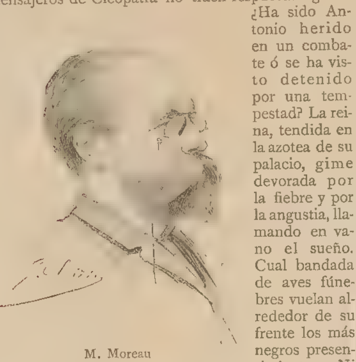
¡Ah! ¡Cuán deliciosa se desliza la vida bajo el cielo eternamente azul de Egipto! La imagen de la muerte se les aparece en todas partes, ora grabada en el frontón de los pilones, ora pintada en los frisos de sus palacios.

Pero ¿qué importa la muerte? Dulce es el cielo, dulce el reposo á la sombra de los plafones de granito, pero más dulces que todo lo del mundo son los besos de Cleopatra. Para separarse de sus brazos, para correr á la defensa de Roma amenazada por los piratas, es preciso que la misma Cleopatra, más celosa de su gloria que de su felicidad, le decida á ello.

–¡Vé, héroe mío!, pero apresúrate á volver; mi alma parte contigo.

CUADRO TERCERO

¿Por qué tarda tanto en regresar? ¿Por qué los mensajeros de Cleopatra no traen respuesta alguna? ¿Ha sido Antonio herido en un combate ó se ha visto detenido por una tempestad? La reina, tendida en la azotea de su palacio, gime devorada por la fiebre y por la angustia, llamando en vano el sueño. Cual bandada de aves fúnebres vuelan alrededor de su frente los más negros presentimientos. ¡Ni un ibis en el cielo que traiga debajo de sus alas un papirus! ¡Ni un mensajero en el camino!... ¡Ah, sí!; aquel hombre que corre allá á lo lejos plegado el manto bajo su brazo... ¡sí, se dirige al palacio! Es un mensajero de Antonio. Pero ¿por qué tan sombrío semblante? ¿De qué siniestra nueva es portador? ¿Ha muerto Antonio? No, Antonio vive; pero ha muerto para Cleopatra: Antonio se ha reconciliado con Octavio y acaba de casarse con Octavia, la hermana de éste.



M. Moreau

–¿Es, pues, muy hermosa esa mujer? ¡Veámosla, quiero verla!

CUADRO CUARTO

Sí, también es muy bella y delicada, sonriente como la aurora, amable como la paz. Vanaglóriase de apaciguar las contiendas que no tardaron en surgir entre Octavio y Marco Antonio; se han desenvainado ya los aceros; Octavia quiere que vuelvan á sus vainas y que no se encienda jamás la pira que ha de anunciar la guerra. ¡Lo quiere, aunque no sea más que para que regrese á Egipto la flota que Cleopatra envía á Marco Antonio! ¡Ay! Ignora que Cleopatra ha venido con esta flota y que la amante entra en la casa en el mismo momento en que la esposa sale de ella... ¡Hela ahí, más bella que en Tarso, hermosa en medio de su cólera y de su dolor! Y como en Tarso, Antonio es vencido y cae á los pies de la hechicera, sin la cual no existe para él la felicidad en el mundo. Dos ejércitos le contemplan, retiembla todo el orbe; Octavia reaparece llevando la paz entre los pliegues de su manto... Mas ¿qué importa Octavia? ¡Ardan las hogueras y que el viento disperse esta llama! ¡Suenen las trompetas y que los buques choquen unos contra otros!

–¡Bendita sea la guerra que me separa del resto del mundo y que nos reune!

CUADRO QUINTO

La batalla ha acabado en derrota y á la derrota



M. Sardou

sigue la huída. ¿Qué importa el oprobio? ¿Vale por ventura el universo lo que un beso de Cleopatra? Además, el Egipto permanece fiel á su reina; el ejército de Octavio, que desde la jornada de Accio persigue á Antonio, va á estrellarse ante los muros de Alejandría; las arenas del desierto serán su mortaja; los dioses se unirán á Marco Antonio para aniquilarle.

–Saboreemos aún por esta noche el placer de vivir y la embriaguez del olvido.

CUADRO SEXTO

¡Escuchad! ¿Qué es este rumor que se percibe en la ciudad apenas despierta?... ¡Mirad al través de los sicomoros! Esos reflejos ¿son del agua herida por el sol?... ¡No! Son las corazas romanas, el ejército de Octavio, á quien la traición acaba de abrir las puertas de Alejandría. Por otra parte, ¡á qué prolongar una existencia cuya miel han saboreado hasta la última gota Antonio y Cleopatra! ¡Morir juntos! He aquí la única felicidad que aún les es concedida.

–¡Otro beso, el último de tantos besos! Y ahora ¡adiós!

He aquí ahora un párrafo del juicio que acerca de esta obra ha emitido el notable crítico. M. Hipólito Lemaitre y que sintetiza la opinión casi unánime de cuantos han asistido á la representación de *Cleopatra:*

«La curiosidad del público ruidosamente solicitada y mantenida luego con toda intención en suspenso durante varios meses, estaba vivamente sobrexcitada: el mayor desencanto ha venido á poner fin á la misma. La *Cleopatra* de Sardou y de Moreau no es más que un gran drama bastante obscuro en seis cuadros, cuidadosamente divididos para presentar á la célebre Sarah Bernhardt en las diversas actitudes



Sarah Bernhard y sus áspides

propias para poner de relieve las múltiples manifestaciones de su talento.»

SECCIÓN AMERICANA

EL MATE

Sobre una pequeña aldea del Paraguay, situada á buena distancia del río de este nombre, extiéndese un cielo estrellado que no empaña la menor nubecilla; detrás de un grupo de colinas que se alzan al Oeste inclínase la luna hacia el horizonte, mientras por el lado opuesto se dibujan los reflejos de la aurora. En el pórtico de una de las casas cubiertas de hierba que rodean la plaza mayor del pueblo, dos jóvenes en traje de montar, y sin duda extranjeros, gozan del descanso que pronto interrumpirán el aire fresco de la mañana y el continuo cacarear de los gallos. De la puerta de la casita sale una vieja pobremente vestida, y aventando las cenizas en un rincón del cobertizo que hace las veces de cocina, forma una hoguera, á cuya llama empieza á hervir el agua contenida en una pequeña tetera.

En el entretanto, la vieja ha vuelto á salir de la choza con una calabaza hueca, pintada de negro y gruesa como el puño (fig. 1), que llena hasta la mitad de un polvo grueso y verdoso (fig. 3). Después de humedecido este polvo con agua fría, echa aquella mujer en el recipiente agua hirviendo hasta llenarlo, hecho lo cual introduce en el líquido una caña de metal, de un palmo de largo, que en su extremo inferior se ensancha formando una especie de puño ó cucharita agujereada á modo de criba. Por él sorbe la vieja para probar la bebida y ver si la cañita funciona bien, seca luego con los dedos la embocadura de ésta y se dirige á la hamaca más próxima para ofrecer al joven que en aquel momento se ha despertado la bebida matutinal propia de aquel país. Mientras la Hebe de negra piel espera silenciosa y algo apartada, el mancebo apura lentamente y con fruición la caliente bebida, y dirigiéndose luego á la cocina llena otra vez de agua hirviendo la tetera ó *mate* y se la sirve á su compañero, repitiendo uno y otro esta operación hasta que un «¡basta!,» pronunciado por cada uno de ellos, pone término á las libaciones.

Levántanse á poco los demás habitantes de la casa y todos se procuran el indispensable mate, cuidando de añadir nueva hierba á la tetera cuando ha servido para ocho ó diez bebedores.

A todo esto, el sol se ha levantado sobre el horizonte, y cada cual se marcha á sus habituales tareas; los dos extranjeros montan en sus caballos á toda prisa ensillados, y seguidos de un par de guías indígenas se encaminan al trote hacia la cordillera, con el propósito de llegar á su elevada cima, defendida por enormes peñas, espinosas plantas, compactas malezas y punzantes insectos.

Tal es el cuadro que ofrece el placer legítimo y tradicional del mate ó te del Paraguay, de esa bebida diaria de muchos millones de hombres en la mitad meridional de la América del Sur, en el Brasil, Uruguay, Paraguay, República Argentina, Chile y Bolivia. Por la mañana temprano, y luego á la hora de la siesta y á menudo también por la noche, circula con profusión el mate en la elegante y ventilada vivienda del acomodado habitante de la ciudad – á no ser que por falsa vanidad haya abandonado esa costumbre nacional, – en la choza del campesino, alrededor de la fogata en torno de la cual se sientan los pastores ó labradores emigrantes, en los cuartos y patios de las fondas, en los barcos que cruzan los caudalosos ríos sudamericanos y hasta en los rústicos alojamientos de los colonos inmigrantes recién llegados. El mate es para todos ellos lo que el café y el te son para las gentes cultas de Europa y del Este de Asia; el mate reemplaza entre ellos á las bebidas alcohólicas con que en las primeras horas de la mañana suelen confortar sus estómagos tantos europeos y norte-americanos, y solo, sin aditamento alguno, suele conservar sus fuerzas durante muchas horas, pues generalmente hasta muy cerca del mediodía no hacen una comida propiamente dicha. De modo que las mañanas, cuando aún el calor no aprieta, son para el trabajo; luego viene el almuerzo y tras él un descanso; después otro ratito de trabajar, y por la tarde la comida, terminada la cual se reposa de las fatigas del día, gustando del fresco de las noches hermosas de aquellos privilegiados climas. Todo esto, entiéndase bien, sólo pasa allí donde el inmoderado trabajo de la civilización y la preponderancia del elemento emigrado no han dado todavía al traste con el sistema de vida peculiar de aquel país.

El uso del mate puede, cual otro ninguno, ser considerado como un rasgo característico originario de la existencia sudamericana, pues ya los primitivos habitantes del territorio conocían el placer de esa bebida, y de ellos lo copiaron los conquistadores españoles al penetrar en las regiones del alto Paraná y de sus afluentes. Cierto que no usaban aquéllos las *bombillas* (así se denominan las cañas aspiradoras) de plata y de oro, ni los mates de metales preciosos que hoy encontramos entre las familias ricas; pero indudablemente se servían ya de las calabazas para contener la bebida, y para sorberla utilizaban las pajas chafadas en un extremo ó provistas de un puñado de cabellos para evitar la absorción de las hojas toscamente pulverizadas. (Véanse los grabados 4, 5 y 6.) En la actualidad, en los bosques y en los sitios apartados de los distritos densamente poblados consérvanse todavía estos aspiradores, que se utilizan cuando se agota la provisión de cañitas.

La patria del mate es el territorio del alto Paraná y de los afluentes de este río, á ambos lados del trópico, inclusas las selvas de las corrientes superiores de los tributarios del Paraguay, que en aquellas latitudes tienen sus fuentes, y los bosques del alto Uruguay. También crece el mate en las tres provincias meridionales del Brasil, en Matto Grosso, en los distritos orientales del Paraguay y en el extremo nord-

este de la Argentina. El árbol del mate (erróneamente calificado con frecuencia de arbusto) es una especie de *Ilex* que se conoce en botánica con los nombres de *Ilex paraguayensis* (De Candolle), *Ilex mate* (Saint-Hilaire) y *Psoralea glandulosa* (Linneo). Cuatro especies de Ilex diferentes, aunque muy parecidas, producen el te: los indígenas las distinguen con los nombres de *caá-guazú*, *caá-miní*, *caá-na* y *caá-chirí*, siendo las dos primeras las que actualmente proporcionan toda la hierba que es objeto de comercio. El nombre de *hierba* (en portugués *herva* y en latín *herba)* es simplemente la traducción de la palabra *caá*. *Guazú* significa grande y *mi* ó *miní* pequeño.



Fig. 1. *Mate de barro.* Tetera de arcilla negra en forma de calabaza con adornos encarnados y blancos. – Fig. 2. *Mate de calabaza.* Tetera confeccionada con una calabaza: el pedúnculo de ésta sirve de asa. Las dos figuras son de 1/4 del tamaño natural y están tomadas de objetos que forman parte de la colección de Otón N. Witt, de Berlín.

El árbol del mate, especialmente del *caá-guazú*, que podría denominarse árbol de la hierba, puede ser confundido, si se le contempla desde lejos, con un naranjo de regular tamaño, aunque su forma es más esbelta. Si nada entorpece su desarrollo llega á alcanzar una altura de 12 metros, pero generalmente en los bosques frecuentados por los *hierbateros* (que son los que recogen las hojas del mate) sólo se encuentran árboles de estos de una altura de 4, 6 ú 8 metros. Las hojas son brillantes y de un verde obscuro, de un dedo de largo, lanceoladas y dentadas, alcanzan su mayor anchura al final de su segundo tercio y tienen en su superficie externa una multitud de glandulitas ó vejigitas que contienen una materia resinosa. Las flores de este árbol, pequeñas y blancas, tienen cuatro pétalos y cuatro estambrillas, crecen juntas formando racimos y se desarrollan en frutos esféricos y capsulares cuyo tamaño oscila entre el de un grano de pimienta y el de un guisante (véase el grabado 7); en la época de su madurez son de un color de violeta obscuro. El árbol florece en el Paraguay en octubre y noviembre y la semilla madura en abril y mayo. La recolección de las hojas se hace en los meses de enero hasta agosto.

El árbol de la hierba no forma por sí solo bosques, que rara vez en los trópicos y en los territorios próximos á éstos aparecen constituídos por árboles de una sola clase (exceptuando, quizás, algunas especies de palmeras), sino que se encuentra diseminado en todo el territorio cubierto de selvas de la zona antes indicada, y casi siempre crece á la sombra de otros árboles. Los parajes en donde abunda y en donde, por lo tanto, la explotación es productiva, se denominan *hierbales*, distinguiéndose los lugares y los productos que de ellos se obtienen con los nombres de los distritos administrativos en que radican (San Pedro, Santaní, etc.), y dándose á las distintas localidades denominaciones tomadas de los ríos, montañas, etc., vecinos.

En todo el territorio de los hierbales paraguayos apenas hay población sedentaria; los que explotan sus riquezas viven generalmente en los territorios más occidentales y emprenden anualmente sus expediciones. A fines de año, los empresarios alquilan jornaleros, capataces, etc., haciéndoles, según costumbre del país, notables anticipos que las más de las veces se gastan demasiado pronto en placeres y diversiones, y les envían luego á los bosques, seguidos de un rebaño de bueyes y de un convoy de pesados carros con los útiles y provisiones. Una vez allí, construyen en los sitios de antemano señalados para el trabajo los campamentos, cuya duración casi siempre se calcula para un solo año; faena que, cuando el tiempo apremia, se lleva á cabo con rapidez pasmosa. Muchas veces los árboles mismos sirven de estacas y junto á ellos se levantan en un abrir y cerrar de ojos chozas grandes y pequeñas, para cuya construcción ofrecen material suficiente los bambúes, los matorrales de los pantanos y de los campos, las palmeras pindoas y las plantas trepadoras. Las cabañas, así las pequeñas en donde se albergan los trabajadores, como las grandes que sirven de almacenes de provisiones y de máquinas, no tienen paredes, sino que se parecen á tiendas de campaña en cuanto sus techos se prolongan hasta casi tocar con el suelo.

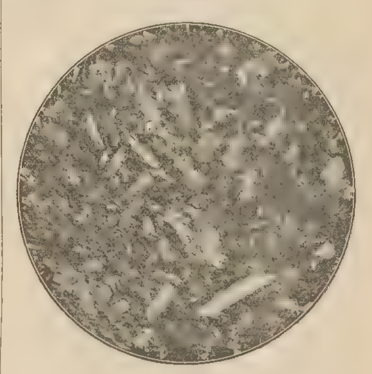


Fig. 3. *Mate* ó te del Paraguay. De una fotografía tomada del natural

En cada uno de estos campamentos hay ocupados treinta ó cuarenta hombres, pero no es raro encontrar empresarios que explotan media docena ó más de estos *ranchos*.

Cuando todo está dispuesto, encamínanse al bosque los jornaleros provistos de sendos machetes, cortan de un tajo hábilmente dirigido las copas de los arbolitos del mate, y separan luego las ramas mayores; una vez reunido un buen montón enciéndese con leña especialmente elegida una gran hoguera, por entre cuyas llamas se hace pasar un par de veces las ramas, secándose de esta suerte fácilmente las hojas, que ya después no se ennegrecen bajo la influencia del aire atmosférico. Hecho esto se arrancan con las manos las ramas pequeñas y se forma con ellas un haz, á veces de proporciones extraordinarias, que el trabajador arrastra hasta el rancho inmediato. Sólo por vía de excepción, cuando los árboles empiezan á escasear se emplean para esta operación animales de carga. Después hojas y ramas previamente tostadas son conducidas al tostadero *(barbacuá)* para ser sometidas al procedimiento más importante en la preparación del mate. Bajo un techo de hojas de palmera hay un encañizado de unos ocho metros de diámetro y de forma abovedada, sobre el que se depositan las hojas en cantidad de 100 ó 120 arrobas. Al lado del tostadero hay una fosa que comunica por medio de una balaustrada con un pozo corto que va á desembocar debajo del centro de la cúpula, y en la cual se mantiene un fuego de maderas poco humeantes, procurándose que, á ser posible, llegue á la cúpula muy poco humo y mucho aire caliente. Las ramas permanecen en el encañizado ocho horas ó más sometidas á la acción del calor, y luego son llevadas en grandes planchas á la casa de máquinas para ser desmenuzadas mientras en el encañizado se coloca una nueva provisión.

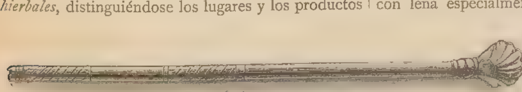


Fig. 5. *Bombilla de plata*, que se prolonga en forma de conchas agujereadas. 1/2 del tamaño natural de la colección de R. Bahr, de Hamburgo



Fig. 6. *Bombilla de caña*, que se prolonga en forma de entrelazado á modo de filtro. 1/2 del tamaño natural. De la colección de Otón N. Witt, de Berlín

Antiguamente solíase encender el fuego directamente debajo del encañizado, lo que no sólo ocasionaba frecuentes pérdidas, sino que comunicaba á la hierba un pronunciado sabor á humo. También los procedimientos de pulverización eran antes extraordinariamente primitivos, tales como machacar las hojas y ramas en hoyos practicados en el suelo ó despedazarlas en unas eras por medio de unas espadas de palo. Este último procedimiento empléase todavía en algunos ranchos, en los cuales la poca importancia del botín que se espera obtener no vale la pena de que se lleven allí máquinas á propósito. El método generalmente seguido en la época de mi visita á aquellos territorios era el siguiente: en una era cubierta de tablas y en un cilindro vertical cortado por vigas transversales hay colocados dos ó tres conos de madera, provistos de dientes de hierro y en forma de espátula, que al ser puesto el artefacto en movimiento por un animal van describiendo un círculo y desmenuzando las hojas debajo de ellos amontonadas. Algunas veces en lugar de conos se utilizan grandes y anchas ruedas; pero aquéllos tienen la ventaja de ocupar menos sitio y de ser más fácilmente transportables, lo que no deja de ser muy importante dadas las dificultades que entraña el llevar las hojas enteras á un punto central.



Fig. 4. *Mate de plata.* Tetera preciosa, hábilmente labrada. Labor peruana 1/4 del tamaño natural. De la colección de R. Bahr, de Hamburgo.

En otros tiempos la explotación de la hierba en el Paraguay era monopolio del gobierno, más tarde los hierbales fueron arrendados á empresarios, y recientemente el Estado los ha vendido á particulares. De aquí la formación de algunas sociedades, á las que probablemente se debe la introducción de máquinas y de procedimientos perfeccionados. También parece que en el Brasil se aplican sistemas más perfectos que en el Paraguay; esto no obstante, los brasileños no han podido arrebatar á la hierba paraguaya su indiscutible preeminencia.

La hierba preparada se guarda en toscos sacos de unas cinco arrobas, y en algunos hierbales (especialmente hacia el Norte) estos sacos están confeccionados con media piel fresca de buey que, al secarse, comprime la hierba hasta darle la consistencia de la piedra, conservándola inalterable por muchos años. En estos últimos tiempos la moda ha introducido una porción de envases distintos de los antiguos, como cajitas, barrilitos, etc.

Los sacos, cargados en grandes carros ó en mulos, bueyes ó caballos, son conducidos, no sin grandes dificultades, por los senderos de las montañas y de los bosques y por puentes primitivos hasta el río más

próximo navegable para barcazas, y una vez allí se hacen cargo de ellos los barqueros que, como los hierbateros, son extranjeros (italianos, vascos, etc.) en su mayor parte, al revés de los jornaleros, así del bosque como de los ríos, que son paraguayos. El viaje por las corrientes de los hierbales depende en gran parte del estado del agua, y por ende el tráfico resulta irregular é inseguro. Aguas arriba, especialmente, hácese el trabajo sumamente difícil, pues las canoas han de ser empujadas por medio de pértigas. La mayor parte de la hierba paraguaya va destinada á Asunción, en donde por mediación de corredores la acaparan los grandes comerciantes; mucha es enviada también directamente á los puertos del Plata, sobre todo la procedente de los bosques del alto Paraná, en donde Tacurú-pucú constituye el centro de la explotación paraguaya.

Si los trabajadores saben tratar bien los árboles y manejar el machete de modo que el tronco no quede astillado, no tardan en brotar nuevas ramas y en surgir nuevamente las copas, y á los cuatro años puede obtenerse en el mismo hierbal una abundante cosecha. Hoy, que los hierbales son de propiedad particular, los dueños se muestran más cuidadosos en su explotación y los respetan más á fin de que no disminuya el valor de sus fincas.

Esta constante productividad de los hierbales es la causa principal de que en los modernos tiempos no se hayan hecho tentativas serias para el cultivo del mate, á lo menos que yo sepa, en el Paraguay y en el Brasil. Que el cultivo del árbol del mate es posible, no cabe ponerlo en duda, aunque lo contrario crean la generalidad de los paraguayos. Los jesuítas, en la época del apogeo de sus misiones en el Paraguay, tenían sus plantaciones de mate, y aun algunos afirman que fueron los primeros en llevar esta planta á los bosques de los territorios meridionales de ese país. Esto último pudiera ser erróneo, pero lo cierto es que las plantaciones existen y que las hay hasta muy cerca del grado 30 de latitud; en Yapeú (Uruguay) se encuentra una, según dicen. En cuanto á mí, si no me engaño, no he visto más que un árbol de éstos cultivado, y era un pequeño y raquítico ejemplar que, rodeado por una estrecha cerca, crecía en la plaza de la Iglesia de Villa Rica. Muchos hierbateros me han asegurado que de semilla han logrado obtener arbolitos jóvenes, deduciendo de ello que los fracasos registrados han de atribuirse á ignorancia ó á falta de habilidad. La planta necesita lugares sombreados y tierras sin sol, de aquí el cuidado con que se han de escoger los sitios para plantaciones en los terrenos bajos del Paraguay, abundantes en tierras salinosas, tan estimadas por los ganaderos, que en cambio faltan en las comarcas pobladas de bosques, cuyos habitantes debieron desconocer antes de la llegada de los europeos el uso de la sal, de la que se abstienen aún los viejos indios. Cuando el tirano López, perseguido por los brasileños hubo de huir con los restos de su ejército hacia el Nordeste al través de los hierbales, prohibió severamente á sus tropas que cortaran el mate con los cuchillos que les servían para cortar el tasajo, pues aun por este medio se consideraba funesta la acción de la sal.

Creen todavía muchos en el Paraguay que la simiente del mate necesita para germinar haber pasado por el tubo digestivo de un pájaro, lo cual es un error. También existe entre la gente del pueblo la superstición, hija quizás del egoísmo, de que es muy peligroso cultivar árboles de mate, porque el que siembra las semillas muere necesariamente en cuanto maduran los primeros frutos de la planta.

Hace algún tiempo, el doctor Carlos Karger aconsejaba en el *Colonialzeitung* (3 de agosto de 1889) que se intentara en Alemania el cultivo del mate, diciendo que puesto que este árbol resiste bien en su patria muchos grados de frío, prosperaría en el clima alemán, tanto más, cuanto que no se había de plantar para obtener frutos sazonados, sino hojas, y cuanto que del árbol podría sacarse cuando menos un arbusto A mi entender, la diferencia de clima es demasiado grande Las escasas escarchas de aquellas poco elevadas mesetas no invaden con persistencia los bosques, y el calor grande y constante del período de vegetación propiamente dicho difícilmente puede ser sustituído con el sol de la primavera y del verano de Alemania. Además, es muy dudoso que la planta en ésta cultivada tuviera sus cualidades características, sin las cuales aquélla no pasaría de ser un inútil matorral. Pero en el Sur del Brasil, en el Paraguay y en la Argentina hay territorios de sobra para el cultivo del mate, que de ser explotados podrían dar hierba en tal cantidad que puesta en Alemania resultara más barata que si en la misma se produjera.

Por otra parte, es muy posible que el mate cultivado por plantadores inteligentes y cuidadosos resultaría, como acontece con otros vegetales, un producto más perfecto de lo que actualmente es y que podría luchar con éxito contra el café y el te. Hoy por hoy las armas para esa lucha son muy desiguales, pues ninguna de las tres bebidas tiene delante de sí un campo virgen que explotar, sino que, por el contrario, el mate debería desalojar á los otros dos productos de posiciones de antiguo por ellos en absoluto dominadas, lo que no es probable consiga nunca, ya que si desde el punto de vista higiénico puede ser superior á sus rivales, éstos, en cambio, le aventajan en aroma y, en sentir de muchos, en sabor.

Respecto de la cantidad y del valor del mate cosechado en el Paraguay y desde allí exportado al extranjero, difícil es encontrar datos fidedignos. Por término medio, la producción total anua únicamente para el consumo del país puede estimarse en 600.000 arrobas. Prescindiendo de otras fuentes y fijándonos solamente en la memoria redactada en 1889 por Mr. Hill, cónsul de los Estados en la Asunción, tenemos que la exportación en los seis años de 1881 á 1886 fué de 496.876, 518.381, 622.801, 583.481, 493.531 y 442.920 arrobas respectivamente. En 1887, según otra estadística se exportaron 557.400 arrobas. Las listas de importación de la República Argentina correspondientes á 1888 arrojan una introducción en ese territorio de 703.350 arrobas de mate paraguayo, lo cual permite suponer que una parte del producto importado lo fué en marcas falsificadas, pues el mate paraguayo se paga más que el brasileño. En los años de 1881 á 1886 el comercio al por mayor del Paraguay pagó la arroba de mate á 1'20 y 1'25 pesos, y algunos hierbateros me dijeron que á este precio su ganancia era muy poca, y que no podían dar buena mercancía á menos de 1'50 pesos. Antiguamente el precio de la hierba estaba sujeto á grandes oscilaciones; así, por ejemplo, á principios de 1860 se elevó á 6 pesos y á fines del mismo año había descendido á 2'50. Entonces la explotación y el comercio de la hierba eran un monopolio del gobierno. En la venta al por menor, una arroba de hierba suele costar 2 pesos y una libra un real (cincuenta céntimos de peseta). En Buenos Aires una arroba cuesta de 3'50 á 5'50 pesos.

Se calcula que el Brasil produce seis veces más mate que el Paraguay; de allí se exportaron en el año 1879 á 1880 1.222.933 arrobas con un valor de 1.250.000 pesos. En 1885 á 1886 la exportación fué de 1.150.000 pesos, y en 1886 á 1887 de 1.700 000. La República Argentina importó en 1888 847.965 arrobas de hierba brasileña, de modo que esa nación resulta ser la principal compradora del Brasil, como lo es también del Paraguay.

En cuanto al sabor y á la acción del mate no es fácil decir algo admisible para todo el mundo, primero porque la hierba y todos sus efectos no han sido todavía sometidos á un estudio exacto, y segundo porque las opiniones de los profanos sobre estos particulares están sumamente divididas. El que por vez primera prueba el mate y hace su primera aspiración con la caña, casi siempre deja la tetera más que de prisa, aunque por excepción no se haya abrasado los labios. El pronunciado amargor de la bebida, especialmente cuando la infusión es fuerte, repugna al principio, tanto más, cuanto que no va acompañado de un tentador aroma. Pronto, empero, se aventura uno á hacer una segunda y una tercera tentativa, y acaba por encontrar la bebida muy agradable, hasta el punto de que, sin que uno lo note, se convierte en grata necesidad. Muchos beben el mate con azúcar y aun con leche, pero yo entiendo que esto es quitar á la bebida su carácter y todo su valor.

Entre las propiedades de la infusión de mate la más notable es la acción altamente estimulante que ejerce sobre los músculos, acción que aumenta momentáneamente la energía para el trabajo, sin que se produzca una reacción perceptible en forma de postración. Al incesante uso del mate atribúyense los extraordinarios trabajos de los soldados de López, y los actuales paraguayos realizan trabajos y marchas increíbles, aunque estén poco alimentados, con tal que no les falte el mate. Los mismos emigrados alemanes del Paraguay y del Brasil aprecian en lo que vale la fuerza que esta bebida les comunica. Además esta infusión, lo mismo caliente que fría, apaga la sed de un modo sorprendente, cualidad que pronto aprende el viajero á estimar en tan alto grado como la estima el indígena. También se atribuyen al mate propiedades sudoríficas y diuréticas, y aunque esto no puede demostrarse fácilmente sino por medio de experimentos científicos, es muy probable que así sea, dada la analogía de aquél con el café. Asimismo se afirma que el mate favorece la digestión, lo que puede muy bien ser cierto. El Dr. Karger sostiene – y á otros oí decir lo mismo – que el mate puede beberse en tanta cantidad como se quiera, sin que por ello se perturbe el estado normal del individuo. Repetidas veces he oído asegurar que, á diferencia del café y del te, el mate no puede producir desvelo, pero tengo para mí que los que tal opinan van demasiado lejos. De mí sé decir que después de dos ó tres rondas de infusión fuerte de mate apuradas en casa de un hierbatero poco antes de acostarme, no pude en muchas horas pegar los ojos, á pesar de que ninguna preocupación me asediaba que pudiera ahuyentar de mis párpados el sueño reparador. Sería, por otra parte, muy extraño que el mate no poseyera esta propiedad, pues aunque no se ha analizado la eficacia de cada una de las substancias y combinaciones contenidas en la hierba, es indudable que la substancia principalmente activa contenida en ella es, como en el te y el café, la cafeina que, según datos al parecer fidedignos, constituye el 1'3 por ciento de las hojas secas. En el café, la dosis de cafeina varía entre 0'6 y 2'2 por 100, y en el te (según análisis practicados en las clases que circulan en el comercio ruso) de 1'5 á 3 por 100. La diferencia entre los efectos que cantidades de esas tres substantancias con iguales dosis de cafeina producen en el sistema nervioso han de imputarse á otros elementos integrantes de las mismas, como el cafeol y otros que en el café son producto de una fuerte torrefacción. A la cafeina contenida en el mate hay que atribuir principalmente la acción que esta bebida ejerce en la digestión y sobre el sistema nervioso; ella es la que comunica nuevo vigor á los músculos y la que acalla por algún tiempo las exigencias del estómago.

Por la fuerte dosis de tanino que contiene, el mate ofrece mayor analogía con el te que con el café; el análisis antes citado arroja un 16 por 100 de aquella substancia en el primero; el te negro chino tiene un 12'88 por 100 y el te verde 17'80. Sabido es que el te dificulta en muchas personas la digestión, porque el tanino disminuye la secreción de los jugos intestinales, aunque sin turbar el movimiento intestinal. De aquí puede deducirse que igual efecto produce el mate, y así se observa en muchas personas, al paso que en otras á quienes convienen los astringentes, esa bebida estimula la digestión por el aumento del movimiento intestinal debido á la cafeina. La presencia del tanino explica también la acción antiséptica que se atribuye al mate, que también es tenido como febrífugo. Está probado que el tanino es fatal para los microorganismos; puede, pues, matar en el estómago las plasmodias de la malaria, en el caso de que éstas hayan penetrado por el tubo digestivo, y puede también contrarrestar en los intestinos la acción de los microorganismos en las enfermedades intestinales. Este efecto quizás se deba en parte á que el hecho de beber mate evita en ciertas ocasiones que se beba agua mala sin hervir.

Se pretende que el mate tiene cierto valor nutritivo directo, y aunque éste no puede ser sino muy pequeño, sin embargo hay que admitir que la infusión, al introducir diversas sales en el organismo, ejerce saludable influencia en la nutrición. Los pastores argentinos se alimentan durante larguísimas temporadas únicamente de carne de buey ó de oveja y de mate, de modo que éste debe necesariamente reemplazar en ellos cuando menos algunas de las propiedades de la alimentación vegetal tan indispensable al hombre.

Desde el punto de vista de la cafeina que contiene, el mate tiene, además del café y del te, otras tres plantas similares en el reino vegetal, á saber: el arbusto paulinio *(Paullinia sorbilis)* del Norte del Brasil y de las Guayanas, cuyas semillas contienen cafeina; el árbol de la cola *(Cola acuminata)* que produce nueces con cafeina, y el cacao *(Theobroma Cacao)*, cuyo principio activo, la theobromina, sólo en un radical metilo se diferencia químicamente de la cafeina.

El café, el te y el cacao hace tiempo que ocupan un lugar principal en la economía alemana; el arbusto paulinio proporcionaba, antes por lo menos, un medicamento, la pasta de guarana; la nuez de cola ha entrado recientemente y con éxito en el comercio bajo distintas formas. Esto sentado, ¿no valdría la pena de consagrar alguna mayor atención al mate? Cuando menos su uso en las colonias tropicales de Alemania daría seguramente buenos resultados.

Para el autor de estas líneas, el mate constituye uno de los muchos agradables recuerdos que conserva de aquel pequeño apartado país, á menudo menospreciado sin razón alguna, que se extiende entre el Paraguay y Paraná y de sus primitivos habitantes, cuya nacionalidad, costumbres é idioma tan tenaz resistencia oponen al oleaje de la civilización europea.

Dr. Hugo Toeppen

(De la revista alemana *Prometheus*)



EL PALACIO DEL PARLAMENTO EN LONDRES

LOS PARLAMENTOS DE EUROPA

I

INGLATERRA

La Constitución inglesa es indudablemente la que ha durado más tiempo, lo cual permite considerarla como la mejor. Pero podríamos decir que no existe Constitución en Inglaterra, si por esta palabra se entiende un estatuto fundamental que equilibre los poderes del Estado con los derechos públicos. En ninguna época de su historia han tenido los ingleses necesidad de semejante estatuto; mas hay en cambio una serie de cartas, *bills*, peticiones, etc., cuyo establecimiento se ha desarrollado paralelamente con las necesidades del pueblo y las ideas de progreso, y cuyo conjunto constituye el parlamentarismo inglés.

Así se explica que los jurisconsultos de la Gran Bretaña hagan remontar con cierto orgullo hasta la época anglo-sajona el origen de los tres grandes poderes del Estado: el rey, la cámara de los lores y la de los comunes. Sin embargo, los siglos XII y XIII pueden considerarse, en la historia constitucional de Inglaterra, como el período de la infancia de sus instituciones políticas. Desde el año en que Enrique I subió al trono, es decir, 1100, hasta el 14 de febrero de 1301, ha habido diez y nueve cartas, entre las cuales debemos citar la de las libertades de Enrique I en 1100, la Gran Carta del rey Juan (15 junio 1215), la Carta de los bosques (6 noviembre 1217), y la Gran Carta de Eduardo I (12 octubre 1297).

En 1265 fué cuando Simón de Monforte convocó por primera vez á los diputados de los burgos, á los caballeros y á los ciudadanos. En un principio accidentales, esas convocatorias llegaron á ser regulares en 1295, pudiendo decirse que en esta fecha aparecen bajo su forma definitiva las instituciones parlamentarias de Inglaterra. Sin duda hay gran diferencia entre la condición política de ese país en tiempo de Eduardo I y la que le conocemos hoy; pero esta diferencia consiste más bien en la aplicación práctica de la Constitución que en la forma exterior. Los cambios han sido numerosos, y desde el período de las cartas, entre las actas del parlamento que han fijado ciertos puntos de la doctrina constitucional, conviene citar la Petición del derecho *(Petition of right)* de 1627, el Bill de los derechos *(Bill of rights)*, del 13 febrero 1689, y el Acta de establecimiento *(Act of settlement)* del 12 junio 1701.

La forma de gobierno en el reino unido de la Gran Bretaña y de Irlanda es la monarquía constitucional con un parlamento compuesto de dos cámaras: la *cámara de los lores* y la de los *comunes*. El soberano ejerce con el parlamento el poder legislativo y tiene, en principio, el derecho absoluto de veto, que en la práctica se puede considerar caído en desuso.

Antiguamente los lores y los comunes celebraban sus sesiones reunidos; pero en 1830, bajo el reinado de Enrique I, hízose la separación. Podría decirse que los lores son producto del sistema feudal modernizado; desempeñan funciones judiciales superiores y constituyen el tribunal de casación del reino.

La cámara de los lores cuenta 503 individuos, distribuídos del modo siguiente: 26 pares espirituales, que son los dos arzobispos ingleses y 24 obispos, todos de la iglesia anglicana, y 477 pares temporales, pares de sangre real, duques marqueses, condes, vizcondes, barones, pares de Irlanda y de Escocia.

La categoría de par es hereditaria bajo la clasificación siguiente: pares de Inglaterra cuya creación es anterior á la unión con Escocia (1707); pares de Escocia, cuya creación es también anterior á dicha unión; pares de Irlanda, cuya creación tuvo lugar antes del Acta de anexión de 1800; y pares del Reino Unido creados desde el Acta de unión de los tres reinos en 1800. Por último, los dos arzobispos de Cantorbery y de York y los obispos de Londres, Durham y Winchester, son pares de derecho.

Los demás obispos son nombrados según la fecha de su consagración Antes de la Reforma contábanse entre los pares espirituales dos priores y veintisiete abades y además todos los obispos, lo cual daba la mayoría á la Iglesia en la cámara de los lores.

Los pares de título escocés no pueden enviar más que veintiocho representantes, y los de título irlandés diez y seis, los cuales se eligen respectivamente entre ellos mismos. La elección de los pares representativos escoceses se hace para cada parlamento, y la de los pares irlandeses es á perpetuidad. No sa crean ya pares en Escocia ni en Irlanda; todas las nuevas creaciones se llaman de los tres reinos.

Hasta 1868 los pares podían votar por procuración, y á este propósito se recuerdan las palabras del duque de Wellington, que dijo: *Tengo la mayoría en el bolsillo*. Esta facultad fué abolida por un voto de la cámara de los lores que sirve de reglamento. Los pares tienen, por último, el privilegio de consignar en un libro *ad hoc* su protesta individual contra toda ley votada por la mayoría; mas esa protesta, puramente platónica, debe hacerse en las cuarenta y ocho horas de haberse votado la medida que la motiva. Los menores, los locos y los que han hecho quiebra no pueden ser admitidos en esa cámara.

El lord gran canciller es presidente de derecho, sin elección; en caso de impedimento el canciller es sustituído por el *speaker* (orador), elegido para toda una legislatura y no para cada sesión. La cámara se reune los lunes, martes, jueves y viernes á las cinco de la tarde y no termina con frecuencia hasta la una ó las dos de la madrugada.

La cámara de los comunes se compone de 652 individuos, elegidos para siete años por los electores contribuyentes de los condados y de los burgos y por los electores agregados á las universidades. La renovación es íntegra, y la corona tiene el derecho de disolución. Los individuos de la cámara no pueden presentar su dimisión; pero pierden su mandato cuando aceptan un cargo asalariado por la corona, salvo el caso en que se les reelija. No perciben indemnización alguna; sólo el presidente disfruta un sueldo de 6.000 libras esterlinas (150.000 pesetas).

La cámara no comprueba los poderes de sus individuos y transmite á un tribunal especial las peticiones que tienen por objeto anular la elección.

No hay mesa, y sí sólo un *speaker*, que hace las veces de presidente; es elegido por la cámara para toda la legislatura, y su nombramiento debe confirmarse por el lord canciller en nombre de la corona.

La cámara se reune los lunes, martes, jueves y viernes desde las dos á las seis de la tarde, y puede deliberar cuando se reunen cuarenta individuos.

En Inglaterra, el rey reina, los ministros gobiernan y el parlamento inspecciona, es decir, el poder ejecutivo propone, de donde se sigue que las cámaras no pueden deliberar sino por iniciativa del ejecutivo.

La cámara de los comunes sólo relativamente es dueña de fijar su orden del día. De cada cinco días, cuatro están á disposición del ministerio, y uno solo por sermana resérvase para los *bills* de iniciativa individual; pero éstos no tienen nunca un carácter financiero absoluto, pues la costumbre es que solamente el ministerio pueda pedir á las cámaras un aumento de cargas públicas. Los diputados se nombran sobre todo para hacer economías, y no para acrecentar los gastos que el ministro de Hacienda estime indispensables. Este ministro tiene por sí solo la responsabilidad del presupuesto, y cuando la cámara no está satisfecha, propone la reducción de aquél, y si el ministro no acepta pierde su cargo.

Los ingleses no conocen la *comisión* de presupuestos, y entre ellos el parlamento no puede tomar prácticamente ninguna iniciativa potética. El hecho de no haber en ese país sino dos grandes partidos es resultado de una disciplina rigurosamente observada. Ningún diputado quiere ser el primero, y los partidos se disciplinan entre sí con ayuda de verdaderos comisarios de policía, á quienes se da el nombre de *whips*. Estos *whips* cuidan de hacer observar las reglas de disciplina establecidas por la práctica de la experiencia.



ENTRE VIEJOS IN-FOLIOS, cuadro de Ed. Grussner



EL DIVINO PASTOR, copia del precioso cuadro de Murillo, grabada por Baude

Admítese que la conciencia de un diputado puede y debe modificarse por la discusión, resultando de aquí la conclusión práctica que sólo pueden votar los presentes; y para que esta regla no pueda violarse adóptase el sistema de división que está en uso. Comenzada la votación, nadie puede hablar. Los *whips* tienen las señas de todos los individuos de su partido, y en el período posible de un voto de confianza, estos últimos deben dejar á aquéllos las indicaciones necesarias para hacerlos venir en 30 minutos.

Cada individuo tiene su cuenta por partida doble en los libros del *whip*, y cuando el partido sube al poder, como el primer *whip* es *jefe del patronato*, si algún individuo solicita un favor, el balance de su cuenta decide la negativa ó la afirmativa. De este modo no puede llegarse á figurar á la cabeza de un partido sino por méritos y servicios prestados; y por eso cuando hay un cambio de poder, está indicado ya el que ha de ocupar el primer puesto.

El cuerpo electoral que nombra los individuos de la cámara de los comunes comprende 5.000.000 de electores; y el sufragio universal no agregaría más de 1.880.000 votos. Para ser elector es preciso contar 21 años, y no estar sometido á ninguna incapacidad, siendo necesario además justificar un censo determinado. En los burgos son electores: 1.°, los que ocupan como inquilinos ó propietarios el 15 de julio y desde un año antes por lo menos una casa habitación ó parte de ella, y que han pagado el importe de la contribución de los pobres impuesta sobre los locales por ellos ocupados; 2.°, los que ocupan el 15 de julio y hace un año un local cuyo alquiler no baje de diez libras (250 pesetas).

En los condados son electores: 1.°, los que poseen el 31 de julio, desde hace seis meses al menos y por un tiempo indeterminado, inmuebles de una renta anual neta de cinco libras (125 pesetas) el mínimo, además de todos los impuestos y cargas; 2.°, los que ocupan el 31 de julio, desde hace un año por lo menos, como colonos ó cesionarios, inmuebles por el tiempo que falte de un plazo al menos de 60 años, si la renta anual mínima es de cinco libras, además de todos los impuestos y cargas; 3.°, los que ocupan el 31 de julio desde hace un año, á título de propietarios ó inquilinos, inmuebles de un valor imponible de 12 libras (300 pesetas) por lo menos. Los *maestros de artes* de las universidades del Reino Unido no han de satisfacer esta última condición, y en la *Cité de Londres* basta para disfrutar del derecho electoral ser habitante de aquélla ó individuo de una de las corporaciones ó asociaciones de la Cité, con seis meses de residencia en ella ó en un radio de veinticinco millas.

Están privados del derecho de sufragio: 1.°, los pares del reino; 2.°, en las funciones que ejercen, los magistrados de la policía metropolitana del censo que forman parte de la policía; 3.°, todo individuo que seis meses antes de la elección ó durante la misma ha sido agente electoral asalariado; esta incapacidad sólo existe en la circunscripción donde actuó.

Las listas electorales se forman en las parroquias por los *overseers* (administradores de los pobres), y en los burgos por los alcaldes, siendo luego anunciadas.

Todo elector es elegible, exceptuando los jueces de los tribunales superiores, de los tribunales de condados y de los de policía; los abogados de revisión de las listas electorales; los individuos del clero anglicano ó católico; los funcionarios de los condados, ciudades ó burgos, en el ejercicio de sus funciones; los pensionados por el gobierno, los agentes del ejército, los abastecedores del gobierno, etc.

Hay incompatibilidad recíproca entre las funciones como individuo de una y otra cámara.

X

LOS HOMBRES DE BIEN

Son estos tales de lo más perjudicial del mundo.

A nuestros lectores les parecerá tal vez esta afirmación paradógica; pero no hay nada de eso, y vamos á probarlo.

Los *hombres de bien* no sirven para maldita de Dios la cosa. No se meten en nada, pero en cambio dejan que los tunantes se metan en todo.

¿Se trata de la cosa pública? Los *hombres de bien* no son carlistas, ni conservadores, ni radicales, ni fusionistas, ni republicanos. Un bledo les importa que haya un gobierno ó que haya otro Indiferentes á todo, dañan á su país con la inercia de su conducta y su carácter, y por abandono de su influencia natural y de los medios que la ley pone en sus manos, asisten desde el trono de su beatitud á cuantos horrores y á cuantos daños trae consigo la mala gestión de los negocios públicos.

Déseles derechos que ejercitar á estas gentes, y se verá el caso que hacen de ellos.

Se fijarán en el vestíbulo de las Casas Consistoriales las listas de electores y elegibles; pero ellos, los *hombres de bien*, no irán á mirarlas siquiera; y menos por supuesto acudirán á reclamar inclusiones ni exclusiones en aquéllas Es para los *hombres de bien* engorroso todo eso, y se hallan mejor en su casa al calor de la estufa en el invierno y al fresco del patio en el verano.

Si los muñidores electorales les abordan en su domicilio, porque el *hombre de bien*, á pesar de su inercia, figura en las listas electorales sin que él haya hecho cosa alguna para ello, se disculpará con que él no es de los unos ni de los otros; con que es un *hombre de bien* y nada más; que no lee periódicos, ni tiene partido, ni conciencia política, ni doctrina económica, y aun debiera añadir ni sentido común.

Algunos de nuestros políticos son *hombres de bien*, pero de estos que incondicionalmente se ponen á disposición de jefes indiscutibles. Cierran las compuertas de su razón. Renuncian á su propio criterio. Así los maltraten, no ponen límite á su servilismo, tal es la palabra, é incondicionalmente votan y escriben lo que se les manda; y aquí, donde todo se discute, desde lo más sagrado á lo más profano, sólo son indiscutibles é irremplazables los jefes de partido, que además son ilustres *per se*, sin parar mientes en que todo esto de la indiscutibilidad sea porque habrá alguno que no pueda resistir á la discusión de sus antecedentes y de sus procedimientos, y que en lugar de tener lustrosa superficie y brillante fondo, tal vez tenga uno y otro de color mate obscuro.

Si el *hombre de bien* es aristócrata, y rico por añadidura, le basta con los placeres del *sport* y con las emociones cinegéticas por toda ocupación, y con no hacer nada en pro de su patria ni casi en pro suyo tampoco. Cobrará sus rentas, se las comerá y Cristo con todos. Figurar en el ejército ó en la marina; viajar, instruirse, venir al Parlamento, tener iniciativa, glorificar á su propio país, es una serie de molestias que no hay para qué tomarse Dejar que otros se lo presenten frito y en un plato es lo mejor. La aristocracia inglesa, y aun la alemana, obra de otro modo. Pero ¿qué tenemos nosotros que ver con ingleses ni alemanes?

Los *hombres de bien* de la clase media son más perjudiciales aún. Ellos confiesan que no pueden con los tributos que otros les imponen; que los asuntos públicos llevan mal camino; que pudiera tomarse otro mejor, y no les falta inteligencia para administrar, contener ambiciones y llevar el estímulo á los que se afanan por la gloria de su patria; pero como son *hombres de bien* dejan al mundo que ruede; y en cuanto á la sociedad, dejan también que otros le den el impulso que les convenga adoptar para su particular provecho.

Los *hombres de bien* legítimos, los que pudiéramos llamar de la auténtica tía Javiera, no deben un céntimo á nadie, pero en su vida han dado una limosna, ni han hecho una fundación, ni han protegido las artes ni las ciencias. El *hombre de bien* no tiene accidentes, y pone todo su esmero en evitarse molestias y emociones. Metódico como lo fuera una máquina de comer y dormir, se da cuerda á sí mismo, marcándose *a priori* todo lo que tiene que hacer en el año. No es capaz de matar una mosca, ni de espantarla aunque le pique, pero tampoco hará un favor á nadie aunque se lo prediquen frailes descalzos.

Oirán misa entera, desde un banco, todos los domingos y fiestas de guardar, y comulgarán por Pascua florida, ni más ni menos. Se casarán á los cuarenta años. habiéndolo pensado desde los veinte, no para dar hijos al cielo, como nos encarga la Religión, ni para la patria, como parece natural, sino para tener los menos posibles, criados con ama fuera de casa y después en colegio de internos para quitarse de ruidos.

Como *hombres de bien* que son, no engañarán á nadie más que á su propio país, que naturalmente debiera esperar que fueran miembros útiles en la sociedad de su tiempo y son planta marchita sin savia, sin verdor y sin fruto.

Con los *hombres de bien* nadie cuenta, porque nadie puede contar.

Ideas generosas, pensamientos patrióticos, fecundas iniciativas y música celestial, para los *hombres de bien* es lo mismo.

¿Ateneos y Academias?... Pura palabrería.

¿Prensa periódica?... Buena para envolver comestibles peninsulares y ultramarinos.

¿Cortes, Parlamento, Cámaras?... Garrulidad sempiterna.

¿Teatros?... Escuela de malas costumbres, donde para asistir hay que trasnochar.

¿Historia?... Especie de monserga que no tuvo en cuenta aquel señor diputado que trató de definir lo que San Agustín no pudo, á la Santísima Trinidad.

¿Novelas?... En pasando de *Bertoldo* y no entendiendo el *Don Quijote*, basta.

¿Ciencias?... ¿Para qué?

¿Artes?... El culinario y no la sublimidad de Brillat Savarin, de Lardhy, de Fornos y del Suizo. Sota, caballo y rey, como llamamos en España á una comida modesta.

Asociación compuesta de un solo individuo el *hombre de bien*, que por serlo no quiere asociarse con nadie, ni con su mujer, sino en casos muy urgentes.

Entre los pecados mortales no figura, al menos con su propia denominación, el egoísmo; pero lo recomendamos á los padres de la Iglesia para el primer concilio ecuménico que se celebre.

Porque de fijo, los *hombres de bien* están siempre en pecado mortal.

Ellos no ayudan á la justicia si los aspan; aunque se abstengan por su parte de faltar personalmente á la justicia.

Si arde la casa del vecino y el viento sopla contrario para la suya, no hay miedo que un *hombre de bien* se moleste en lo más mínimo para apagar el incendio.

Cuando existía la milicia nacional forzosa, pagaban las guardias por no hacerlas.

Cuando en tiempo de revueltas se han formado patrullas de vecinos honrados para defender la propiedad, le han dado su escopeta á cualquier dependiente, y se han quedado tan frescos en su casa, dado que las revueltas, como los baños minerales, siempre entran en actividad desde junio á septiembre.

Los *hombres de bien* de clase más inferior son tontos generalmente. Si son pretendientes y cesantes, creen en la palabra de los ministros y esperan, esperan hasta el día del juicio final la realización de sus esperanzas sin permitirse una queja, una intriga ni una mala conspiración.

Si autores inéditos, creen primero en Dios y después en la caridad y la filantropía de los editores, debiendo limitarse á lo primero.

Si casados, abdican en sus mujeres á fuer de *hombres de bien*, sin cuidarse demasiado si de sus esposas se puede decir lo mismo, teniendo en cuenta la substancial femenina variación de sexo. A estos *hombres de bien* les llama el vulgo calzonazos, porque sin duda les vienen los calzones muy grandes y se les caen á lo mejor.

Si son padres, los chicos fuman de su tabaco, y las niñas para trapos y moños les limpian sin sentir los bolsillos del chaleco.

Ello es que los *hombres de bien* hacen en el mundo un tristísimo papel y que debiera haber en el Código algún artículo que los cobijara de medio á medio; es decir, que los partiera por la mitad.

Si los *hombres de bien* son menestrales honrados ó braceros no llegan á ninguna parte. Aquéllos no venden lo que producen ni pueden alquilar su trabajo. Estos no tienen cabida en obras públicas ni particulares; porque á fuerza de ser *hombres de bien* ni adulan al capataz ó maestro, ni saben promover una huelga que ponga á su patrón en aprieto grave, ni entienden de socialismo una palabra.

En cambio les arañan sus mujeres, les increpan sus hijos, el tendero no les fía y tienen que reservarse el cordel de tender la ropa para utilizarlo en sí propios en caso necesario.

Si el *hombre de bien cae* soldado, no pasa de ranchero ó está siempre de imaginaria, porque no sirve para otra cosa.

Si es colegial, es constantemente el designado para leer vidas de santos mientras los otros comen.

Si cofrade de alguna asociación religiosa, lleva el pendón constantemente, que es lo que más pesa.

Si pobre de solemnidad, lo encierran en San Bernardino, donde no puede ejercer su, en muchos casos, productiva industria.

De modo que los *hombres de bien*, según su clase y posición, se dividen no más que en dos secciones: la de los egoístas y la de los tontos.

Véase, pues, si son otra cosa que una verdadera calamidad los tales individuos.

Pero el carácter general de los *hombres de bien* es una cosa así como los habitantes del Limbo, ni pena, ni gloria, ni cielo, ni infierno, departamento cerrado hoy por falta de aplicación, *ni chicha ni limoná*; porque los hombres han de ser buenos y útiles, sin necesidad de que sean *hombres de bien* en el sentido con que los hemos reseñado, ó malos que merezcan la execración divina y humana.

En una palabra: que los *hombres de bien* no sirven y debiera relegárseles á la tierra de Babia por egoístas á los unos y por tontos á los demás.

Agustín González Ruano



TODA UNA JUVENTUD

POR

FRANCISCO COPEE

Ilustraciones de Emilio Bayard - Grabado de Huyot

(CONCLUSIÓN)

El horroroso convoy de carne sacrificada se dirigía lentamente hacia la ciudad, hacia los hospitales; pero los carruajes se detuvieron á cien pasos de la posición ocupada por los guardias nacionales, delante de una casa en donde habíase establecido una ambulancia provisional y en donde dejaban á los heridos menos transportables. El atractivo funesto, pero tan poderoso, que ejercen en el hombre los espectáculos horribles llevó allí á Amadeo Violette. Esta casa respetada del bombardeo y protegida contra el pillaje é incendio por la bandera de Ginebra, ofrecía el tipo de casita de recreo con que sueña todo tendero que ha hecho fortuna. Nada faltaba en ella; ni los leones de loza de la gradería, ni el jardincito con bolas de vidrio, ni el pilón rodeado de rocas artificiales para los peces encarnados. En los calurosos días del pasado estío, las miradas de los pasajeros debieron sorprender en aquella vivienda á un grupo de hombres en mangas de camisa y de mujeres con vestidos claros, comiendo un melón en familia. La imaginación del poeta, que conocía los alrededores de París, recordaba quizá aquel cuadro, cuando de repente se asomó á una ventana abierta en el primer piso un joven practicante, limpiándose las manos en su delantal manchado de rojo, y dirigiéndose á un enfermero militar, en quien Amadeo no había reparado, que tendía ropa blanca en una cuerda del jardín, exclamó:

– ¡Vamos con mil demonios!, Vidal. ¡Esas vendas! ¿Las traerás hoy ó el día del juicio?

– Haga usted el favor de apartarse, – dijo al propio tiempo una voz suave cerca del poeta, que se separó para dejar paso á dos camillas conducidas por cuatro hermanos de la Doctrina Cristiana.

Amadeo hizo un gesto y dió un grito de espanto y de sorpresa; pues en los dos heridos, privados de sentido, que llevaban en las camillas, reconoció á Mauricio Roger y al coronel Lantz.

¡Heridos, sí, heridos mortalmente no hacía una hora!

La cosa iba mal para nuestros soldados allá en la orilla del Marne. Habíase cometido la torpeza de conceder todo un día de descanso dando al enemigo tiempo de concentrar sus fuerzas. Cuando se quiso atacar de nuevo, nuestras tropas se estrellaron contra masas compactas y formidable artillería ¡Dos generales muertos! ¡Tantos valientes fuera de combate! Por eso una vez más se batían en retirada, perdiendo terreno.

Bajando la cabeza y encogiendo los hombros, inclinado sobre la silla, más por desaliento que por cansancio, uno de los generales con los gemelos en la mano observaba desde lejos nuestras líneas que se replegaban.

– Si al menos pudiéramos fortificarnos allí y establecer un reducto... en una noche y con un centenar de hombres podría hacerse todo. Esa posición es buena, y me parece que está fuera de tiro de los enemigos.

– Podemos intentarlo, mi general, – respondió una voz tranquila.

Era el coronel Lantz, el *viejo estantigua*, que estaba allí de pie, acompañado de Mauricio y de tres ó cuatro ingenieros auxiliares; y ¡á fe mía! á pesar de los cinco galones de su kepis que parecía datar de la «Smala» de Horacio Vernet, el pobre hombre, con los anteojos en la nariz, su largo gabán y su carrillera de color de pimienta, no tenía más prestigio que un guardapaseos, uno de esos veteranos que amenazan con el bastón á los chiquillos para impedirles que anden sobre el césped.

– Cuando digo que la artillería de los alemanes no alcanza hasta allá, –

murmuró el jefe, – no estoy bien seguro... En fin, tiene usted razón, coronel. Conviene enterarse... Envíe usted, pues, á dos de esos señores.

– Con permiso de usted, mi general, – dijo el coronel Lantz, – iré yo mismo.

Y Mauricio Roger, en un arranque de elegante bravura, añadió en seguida:

– Pero no sin mí, ¿verdad, mi coronel?

– Como ustedes gusten, – dijo el general, que miraba con los gemelos hacia otro punto del campo de batalla

Seguido por el hijo único de un compañero de armas de Africa y Crimea, el lavador de acuarelas marchó al fuego tan tranquilamente como cuando iba al ministerio con el paraguas debajo del brazo. Mas en el momento en que los dos oficiales llegaban á la meseta, un proyectil disparado por las baterías prusianas cayó sobre un arcón, haciéndole explotar con terrible estrépito

El suelo se cubrió de cadáveres y de heridos, y el coronel Lantz vió cazadores que huían y artilleros enganchando sus piezas precipitadamente.

– ¡Cómo!, – exclamó, irguiéndose cuan alto era. – ¡Abandonan la posición!

El rostro del coronel se transfiguró.

Abriendo su viejo gabán, que dejó ver su peto de terciopelo negro, en el que brillaba la cruz de comendador, tiró de la espada, se enderezó el kepis, y con los cabellos grises flotando al viento y los brazos abiertos se puso delante de los fugitivos.

– ¡Alto!, – mandó con voz tonante. – ¡Media vuelta, desgraciados, media vuelta!... Ocupáis un puesto de honor... ¡A las filas, hijos míos!... ¡Artilleros, á las piezas!... ¡Viva Francia!

Entonces una nueva bomba estalló á los pies del coronel y de Mauricio, y cayeron los dos...

Amadeo, tambaleándose de emoción y con el corazón henchido de dolor y espanto, entró en la ambulancia detrás de las dos camillas.

– Colocadlas en el comedor, – dijo un enfermero á los conductores. – Allí no hay nadie todavía. El doctor no tardará en venir.

Y en seguida, el joven del delantal ensangrentado, después de echar una mirada á los dos heridos, hizo un gesto de compasión y se encogió de hombros, diciendo entre dientes:

«Todo es inútil, no vivirán mucho tiempo.»

En efecto, el coronel ya agonizaba.

Habíanle tapado con una manta de lana gris sobre la que se conocía la hemorragia por manchas húmedas que se extendían penetrando por la tela. Sin embargo, pareció que el herido volvía en sí; medio abrió los ojos y sus labios se estremecieron.

El médico, que estaba en el portal, acudió al lado de la camilla del antiguo oficial, y se inclinó hacia él.

– ¿Tiene usted algo que decirme? – le preguntó.

El coronel sin mover la cabeza, miró tristemente al cirujano, ¡oh, muy tristemente!, y con voz apenas perceptible, voz de fantasma, murmuró:

– Tres hijas casaderas... Tres... sin dote... tres... tres...

Luego exhaló un profundo suspiro. Sus azules pupilas se obscurecieron, alzáronse un poco hacia el párpado superior y tornáronse fijas y vidriosas. El coronel Lantz estaba muerto.

¡No desesperes, vieja Francia militar!

Tendrás siempre bajo tus banderas soldados de corazón sencillo, resignados de antemano al sacrificio, prontos á servirte por un pedazo de pan y á morir por ti, legándote confiadamente sus viudas y sus huérfanos! ¡No desesperes, vieja Francia, la de la guerra de los Cien años y del Noventa y dos!

Los hermanos que llevaban en la manga la cinta blanca con la cruz roja, arrodilláronse cerca del cadáver y rezaron en voz baja. Entonces el ayudante mayor reparó en Amadeo Violette, inmóvil en un rincón de la pieza.

– ¿Qué hace usted aquí?, – le preguntó bruscamente.

– Soy amigo de ese pobre oficial, – respondió el poeta, señalando á Mauricio, que estaba privado de sentido.

– Bien; pues continúe usted á su lado... Si pide de beber, ahí tiene usted tisana sobre la estufa. Ustedes, señores, – repuso el cirujano, dirigiéndose á los hermanos que se levantaban persignándose, – ¿supongo que volverán allá abajo?

Los preguntados inclinaron la frente silenciosamente. El de más edad cerró los ojos al muerto, y el ayudante mayor salió con ellos, diciendo en tono de mal humor:

«Procuren ustedes no traérmelos tan *in extremis*.»

Porque Mauricio Roger se moría también. Debajo de su chaqueta desabrochada se veía la camisa completamente ensangrentada y un hilo de sangre que brotaba de la frente corría por su rubio bigote; pero aún estaba hermoso, no obstante su marmórea palidez. Amadeo cogió con cuidado uno de los brazos del herido, que colgaba, y le colocó en la camilla, conservando entre las suyas la mano de su amigo. A este contacto, Mauricio se agitó débilmente y acabó por abrir los ojos murmurando:

– ¡Ah! ¡Qué sed tengo!

El poeta fué á buscar el bote de tisana y se inclinó sobre el desgraciado para darle de beber. Entonces en la mirada de Mauricio se retrató una expresión de sorpresa: reconoció á Amadeo.

– ¡Tú, Amadeo!... ¿Dónde estoy, pues?

Hizo un vano esfuerzo para incorporarse, volvió un poco la cabeza hacia la derecha, y á dos pasos de él vió el cadáver de su viejo jefe, con los ojos cerrados y el rostro apacible ya, después de los primeros minutos de perfecto reposo.

– ¡Mi coronel!, – dijo. – Comprendo... Ya me acuerdo... ¡Cómo huían!... ¡Estúpidos, cobardes!... Pero tú, Amadeo... ¿cómo estás aquí?

Y viendo las lágrimas que su amigo no podía contener:

– ¿No hay remedio, verdad?, – murmuró.

– ¡No, no!, – exclamó calurosamente Amadeo, – van á curarte en seguida... El doctor va á venir... ¡Valor, mi buen Mauricio, valor!

Mas de repente el herido sintió un gran escalofrío, apretó los dientes, y dijo con espantoso temblor en los labios:

– Tengo sed... Dame de beber, amigo mío,... dame de beber.

Algunos sorbos de tisana le calmaron un poco. Cerró los ojos como para descansar ó recogerse; pero un minuto después volvió á abrirlos, fijólos en el rostro de su amigo, y le dijo con voz que se extinguía:

– Sabes... María, mi mujer... cásate con ella... Ella... mi hijo... te los confío...

Luego, sin duda, agotadas sus fuerzas por la fatiga de haber pronunciado estas palabras, quedó aletargado en la camilla, cuya tela estaba empapada en su sangre. Poco después empezó el estertor. Amadeo, arrodillado al lado de Mauricio, con la mano de éste entre las suyas, lloraba; y en los intervalos que mediaban entre los hipos del agonizante, oía siempre, allá abajo, del lado de la batalla, el tronar no interrumpido del cañón, que mataba á otros.

XVII

¡Las hojas caen!

Esta hermosa tarde de octubre tiene una serenidad deliciosa Ni una nube en el azul intenso del cielo, donde el sol, que ha derramado desde por la mañana pura y armionosa luz, comienza á declinar majestuosamente, semejante á un buen rey que envejece después de un reinado largo y próspero. ¡Qué aire tan ligero, apacible y fresco! Es seguramente el día más hermoso de este otoño. Allá abajo, en el fondo del valle, el río salpicado de puntos luminosos parece de plata líquida, y los bosques que bordean las orillas semejan de oro desleído y de cobre ardiente. El lejano panorama de París, grandioso y encantador, con todos sus edificios ilustres, y la cúpula de los invalidos, brillante como una joyería, limita el horizonte. Del mismo modo que una mujer tierna y coqueta que quiere que no se la olvide dedica á su amigo, en el momento de la partida, su más embriagadora sonrisa, así la otoñada se adorna en sus últimos días con toda su espléndida suavidad. ¡Pero las hojas caen!

En Meudón, en el jardín de la casa de campo que habita desde hace años, Amadeo Violette, que se ha casado poco después de la guerra con la viuda de Mauricio, y que ya tiene más de treinta años, se pasea solo en el terrado sombreado de tilos medio despojados de sus hojas, admirando el paisaje otoñal.

Amadeo ha conquistado la celebridad: ha trabajado mucho, fundando en obras de verdadero arte su reputación de poeta. Muy envidiado, y todavía juzgado frecuentemente con injusticia, pero estimado por su existencia digna, que llenan por entero los cuidados del arte, ocupa un puesto distinguido en la república de las letras. Aunque muy modestos, sus propios recursos le bastan para librarse de triviales preocupaciones. Viviendo lejos del mundo, en la estrecha intimidad de los que ama, no conoce las miserias de la ambición ni de la vanidad. Amado Violette debe ser dichoso.

Su antiguo camarada Pablo Sillery, que ha venido esta mañana á almorzar en Meudón; Pablo Sillery, condenado al esfuerzo cotidiano, á la existencia enervante y sin descanso del periodista, ha exhalado un profundo suspiro al instalarse en el vagón que le volvía otra vez á París al trabajo forzado, al artículo que pergeñar para el día siguiente, en medio del estrépido de la oficina de la redacción, al lado del cigarro interrumpido y dejado al borde de la mesa.

¡Ah! Amadeo no es digno de lástima.

Tiene comodidades, hogar, familia; no está obligado á gastarse como moneda suelta, ni á derramar sus talentos como perdigones. Puede detenerse cuando no se siente inspirado; puede pensar antes de escribir, y producir cosas buenas. No es, pues, sorprendente que en la atmósfera de afectos que le rodea, conciba verdaderas obras artísticas, libros simpáticos llenos de naturalidad. En primer lugar, adora á su mujer, esto salta á la vista, y se ha acostumbrado á considerar como hijo suyo al pequeño Mauricio, á ese tunantuelo de diez años, tan elegante y espigado, con sus largos cabellos de infante real. Seguramente que en la señora de Violette se adivina un disgusto inolvidable, algo como muerto ó deshecho; ¡pero mira á su marido sin cesar con una expresión tan buena de gratitud! Y ¿hay nada más conmovedor que esa Luisa Gerard, esa excelente solterona, alma de la casa, que encuentra medio de que reine en ella el orden gracioso y el bienestar elegante, rodeando al mismo tiempo de cuidados á la mamá Gerard, la abuela paralítica? ¡Ciertamente! Amadeo ha arreglado bien su vida. Ama y es amado. Se ha creado hábitos seguros y gratos para su corazón y para su talento. ¡Vamos! Es un dichoso y un sabio.

Mientras Pablo Sillery, hundido en el coche del tren, envidia á su amigo, Amadeo, retenido por el encanto de aquel hermoso día que va á terminar, se pasea lentamente y se entretiene bajo los tilos del terrado.

En torno suyo las hojas caen.

Acaba de levantarse una débil brisa. El azul del cielo palidece un poco. Allá abajo en el arrabal de París más cercano comienzan á resplandecer las ventanas bañadas por los rayos oblicuos del sol poniente. Pronto será de noche, y sobre la alfombra de hojas secas que chascan bajo los pasos del poeta, caen otras hojas. Caen poco á poco, lenta, pero continuamente. La escarcha de la noche anterior las ha quemado. Las que aún quedan en los árboles, arrugadas y de color mohoso, están medio desprendidas, y por muy ligero que sea el viento que sopla las va dejando caer una á una. Desgajándose de la rama, dando vueltas un instante entre la luz dorada, se desprenden al fin produciendo un sonido triste y se reunen á sus hermanas, ya marchitas, que tapizan la arena de la avenida. ¡Las hojas caen, las hojas caen!

Amadeo Violette se siente invadido por la melancolía.

Debía ser dichoso. ¿Qué puede reprochar al destino? ¿No tiene por mujer á la que ha amado y deseado siempre? ¿No es para con él la más dulce, la mejor de las compañeras? Sí, pero él sabe demasiado que ha consentido en ser su esposa sólo por obedecer á la orden suprema de Mauricio; sabe demasiado que su corazón está sepultado en la tumba del soldado muerto en Champigny. María esconde en su alma un secreto altar de recuerdos, en el que Amadeo no es ni será nunca admitido y en donde vela constantemente, como una lámpara de santuario, la memoria del muerto adorado, del hombre á quien ella, virgen amorosa, se había entregado sin reserva, del padre de su hijo único, del héroe que se arrancó de sus brazos para ofrecer su sangre á la patria.

Amadeo puede estar seguro de la gratitud, de la abnegación de su mujer; pero nunca poseerá su amor. Rival póstumo, Mauricio se interpone entre ella y él. ¡Y sin embargo, Mauricio ha amado bien poco y bien mal á la pobre María! Debía ella acordarse de que primeramente la sedujo de un modo poco digno, que pensó en abandonarla, y que, sin Amadeo, no hubiera llegado á ser su mujer. ¡Y si supiera que en París, durante el sitio, cuando ella estaba lejos, era engañada por Mauricio, que olvidando sus sagrados deberes pasaba los mejores ratos al lado de mujerzuelas! Pero no lo sabrá. Amadeo es demasiado delicado para tocar á la memoria del muerto, y además respeta y admira en María esa fidelidad de sentimiento é ilusión. Y sin embargo, esto le hace sufrir. Aquella á quien ha dado su nombre, su corazón y su vida, se muestra en el fondo inconsolable.

Debe, pues, resignarse. Casada segunda vez, María continúa viuda en lo más recóndito de su alma, y es en vano que se ponga trajes claros: su sonrisa y sus ojos están siempre de luto.

¡Su Mauricio! ¿Cómo podrá olvidarle, cuando revive cerca de ella en su hijo, en este hermoso hijo del amor, que se llama también Mauricio y cuyo expresivo y gracioso semblante ofrece tan notable parecido con el de su padre?

Amadeo tiene el presentimiento de que dentro de algunos años, este niño será otro Mauricio, con los mismos atractivos y los mismos vicios. El poeta no olvida que su amigo expirante le confió el huérfano, y trata de ser bueno y justo para con él, educándole bien. A veces siente amargo enternecimiento al ver reproducidos en el niño las facciones y los instintos del hombre que le fué tan querido y que le hizo tanto mal; mas á pesar de todo, él, cuyo matrimonio es estéril, no puede experimentar sentimientos de padre por un hijo ajeno.

¡Y envidian al pobre Amadeo! La poca alegría de que goza está mezclada de disgustos y tristeza, y no puede confiarlos á la excelente Luisa, que, sin embargo, los adivina; á Luisa, en quien ahora sospecha el secreto sentimiento que ahogado valerosamente abriga hacia él; á Luisa, que es el genio benéfico del hogar. ¡Si él la hubiera comprendido en otro tiempo!... ¡Quizá hubiese encontrado en ella la dicha, la verdadera dicha!

¡Las hojas caen, las hojas caen!

Después del almuerzo, fumando cigarrillos y paseando á lo largo de los macizos de dalias, en donde las gruesas y doradas arañas de otoño tejen sus telas, Amadeo Violette y Pablo Sillery hablan del pasado, de los compañeros de juventud. No es por cierto conversación muy alegre; pues desde aquel tiempo han sobrevenido la guerra, la *commune*, el fin del mundo. ¡Cuántos muertos! ¡Cuántos desaparecidos! Además, esta revista retrospectiva enseña que se equivocaban completamente respecto á muchas personalidades, y que en resumidas cuentas sólo impera la casualidad.

«Fulano de tal,» á quien en otro tiempo se consideraba como á gran prosista, como á jefe de escuela, cuyas doctrinas artísticas difundían cinco ó seis jovenzuelos, discípulos fieles, tratando de imitar el corte de su chaleco y hasta su modo de hablar apretando los dientes; «fulano de tal» se halla reducido á escribir en periódicos pornográficos cuentos repujados y cincelados como los obscenos marfiles del Japón. «Zutano,» el fogoso revolucionario, ha pedido un buen empleo, y en cambio, el modesto «mengano,» un comparsa, un fondo de cuadro apenas conocido en los cenáculos, ha publicado sencillamente libros exquisitos, obras maestras.

Todos los melenudos y todos los barbudos, han seguido igualmente caminos inesperados. Pero sobre todo, los políticos son sorprendentes por la variedad de sus destinos. Entre los parroquianos de la hora del ajenjo en el café de Sevilla, se encuentran ocho diputados, tres ministros, dos embajadores, un receptor general y treinta presidiarios que aguardan en Numea la tardía hora de la amnistía. Bien considerado, el más interesante es ese sectario imbécil, Dubief, el viejo fanático, que sólo bebía agua azucarada; porque él, al menos, se hizo matar en la acera por el fuego de un pelotón de los versalleses.

Uno de los personajes cuyo recuerdo disgusta más á los dos amigos es el saltimbanqui Arturo Papillón.

El sufragio universal, con su inteligencia de costumbre, no ha podido menos de elegir á ese tonto y frasista, que hoy día se mueve como el pez en el agua en medio de la cloaca política. Enriquecido pronto con la pesca de una considerable dote, ha sido sucesivamente diputado, ponente de comisión, secretario, vicepresidente, presidente de grupo, subsecretario de Estado; todo cuanto es posible ser, en una palabra. Al presente truena contra el clericalismo, y su mujer, fea, rica y piadosa, acaba de meter á su hija en *Les Oiseaux*. Aún no ha gastado cartera; pero no hay cuidado, ya llegará á eso. Es vanidoso, está lleno de confianza en sí propio, no es más honrado de lo que hace falta y se impone. A menos que para entonces no se decida establecer un turno á fin de que todos los diputados sean ministros, ó jugar las carteras al as de oros (lo cual no sería tan tonto), Arturo Papillón es el hombre indicado, necesario, fatal en tres ó cuatro combinaciones.

Entonces ¡pobres de nosotros! Su elocuencia lloverá á chaparrones, y será uno de los microbios más agitados del caldo del cultivo parlamentario.

¿Y Jocquelet?... ¡Ah! Los dos amigos sólo necesitan pronunciar su nombre para reir á carcajadas; porque el ilustre actor llena en la actualidad al mundo de su gloria y de ridiculez. Desde hace mucho tiempo Jocquelet ha roto la cadena que le sujetaba á los teatros de París. Como la bandera tricolor, ha dado varias veces la vuelta á Europa. Como el pabellón inglés, ha surcado todos los océanos.

Es el gran cómico de la legua, y todas las capitales del mundo esperan pataleando de impaciencia que se digne derramar sobre ellas el bienhechor maná de sus monólogos. En Chicago, en donde han desenganchado la locomotora que le conducía, tuvo intención, en vista de tal homenaje proporcionado á su mérito, de hacerse naturalizar como ciudadano americano. Pero le han propuesto un nuevo viaje artístico por la vieja Europa, y por recuerdo filial (los grandes corazones tienen estas debilidades) ha consentido en venir todavía una vez más entre nosotros. Como siempre, ha recolectado montones de oro y de laureles. Sin embargo, al llegar por mar á Stockolmo, se ha sorprendido penosamente de que la escuadra no le haya saludado con salvas de artillería, como lo hizo poco ha en honor de una célebre cantante. ¡Tenga cuidado la diplomacia! Jocquelet se muestra frío con la corte de Suecia.

Después de marcharse Pablo Sillery, Amadeo da vueltas á la memoria recordando muchas cosas pasadas, y evoca otras figuras medio borradas: como por ejemplo, la de la señora de Roger, á quien ha debido tratar menos, con motivo de su matrimonio con María, respetando el luto trágico de aquella madre. No obstante, algunas veces lleva á su casa al pequeño Mauricio. La desgraciada señora ha recogido y dotado á las tres hijas del coronel Lantz. Amadeo también suele acordarse del lindo perfil de Rosina Combarieu, su compañera de infancia, á quien encontró una noche en Bullier y á quien no ha vuelto á ver desde entonces ¿Qué habrá sido de la pobrecilla? Amadeo casi cree que ha muerto... ¡Ah! ¡Qué tristes son los antiguos recuerdos en otoño, á la caída de las hojas, cuando se pone el sol!

El astro del día se ha puesto ya, hundiéndose en el horizonte y extinguiéndose de súbito. En el paisaje obscurecido, en el vasto cielo de color de perla, se derrama el fúnebre estremecimiento que sucede al adiós del día. Los vapores blancos de la ciudad se tornan grises y el río parece un espejo empañado. Hace poco, iluminadas por el último rayo de sol, las hojas muertas semejaban al caer una lluvia de oro; ahora parecen negra nieve.

¿Dónde están tus esperanzas é ilusiones de otro tiempo, Amadeo Violette? Esta tarde, en la rápida fuga de los años, sueñas con las margaritas blancas de cementerio que empiezan á florecer en tus sienes. Tienes la prueba hoy día de que el amor recíproco es absolutamente imposible en este mundo. Sabes que la dicha, ó lo que así se llama, sólo existe en parte, que no dura más que un minuto, que es frecuentemente mediana, y que el día de mañana es amargo: sólo esperas consuelo en tu arte. Abrumado por el monótono fastidio de vivir, pides el olvido á la embriaguez de la poesía y del ensueño. ¡Ay! ¡Ha acabado tu juventud, pobre sentimental! ¡Las hojas caen, las hojas caen!

FRANCISCO COPPÉE

TRADUCCIÓN DE FLORENCIO MORENO GODINO



SECCIÓN CIENTÍFICA

VELOCÍPEDO NÁUTICO-TERRESTRE

Este aparato, ensayado recientemente en Marsella, funciona con igual facilidad por tierra que por mar; pertenece al modelo *triciclo*, se mueve por medio de pedales, lleva un freno, se gobierna con una palanca transversal, gira fácilmente sobre sí mismo y pasa sin transición de tierra firme al agua y viceversa. Supónganse dos platos unidos por sus bordes, ó bien las ruedas de un triciclo flanqueadas en ambas caras por dos medias conchas de palastro de 10 centímetros de profundidad y de un diámetro igual al de las ruedas, y se tendrá una especie de lentes biconvexas, huecas, ligeras y resistentes, cuya rigidez está asegurada por virotillos. Estas lentes ruedas van provistas en su canto de una estría en donde encaja un grueso cordón de caucho que suaviza los movimientos, y llevan, además, en su cara externa una docena de pequeñas aletas de cobre que hacen las veces de las paletas de las ruedas de un vapor. El grabado que reproducimos indica suficientemente las disposiciones del aparato. Un primer modelo de éste tenía por ruedas troncos de cono opuestos por la base, al paso que en el segundo, que es el que representamos, las ruedas son casquetes esféricos y reciben el movimiento por medio de una cadena Galle; su diámetro es de 1'40 metros, la distancia que las separa de 1'25 y su espesor en el eje de 0'20; la silla se alza á 0'60 sobre el eje principal y el hundimiento de las ruedas en el agua es de 0'40.



Nuevo velocípedo náutico-terrestre, representado en el momento de salir del mar. Experimento verificado en Marsella. (De una fotografía del autor.)

Los primeros ensayos del aparato dieron una velocidad de 3.900 metros por hora, empleando 6 aletas de 5 centímetros de ancho en cada rueda trasera, en vez de las 12 aletas de 8 centímetros que el aparato llevará. El esfuerzo muscular necesario para comunicarle aquella velocidad es casi igual al que necesita un triciclo en un camino llano. La evolución completa puede hacerse en un círculo de unos 3'40 metros de diámetro.

Para demostrar la perfecta estabilidad del aparato, un corpulento nadador simuló un hombre que en peligro de ahogarse se agarra en todos sentidos y en las más extrañas posturas á todas las partes del velonáutico; el aparato resistió perfectamente y el velocipedista no pudo ser desmontado. Y aun cuando se logre derribar el aparato, éste puede servir de balsa y llevar dos hombres además del que lo guía.

El velo-náutico, sin embargo, no ha pasado del período de ensayo, y su inventor M. Romanés, mecánico de marina, y su constructor M. Rousseau, jefe de una importante fábrica de velocípedos de Marsella, se preparan á perfeccionar su aparato, con compartimientos estancos, diminución del peso de las ruedas, de manera que pueda obtenerse fácilmente en el agua una velocidad de 7 kilómetros por hora.

De las pruebas verificadas resulta que la ligereza del aparato, su fácil manejo, la débil resistencia experimentada en plena inmersión y sobre todo la facilidad con que permite pasar de una carretera á un lago, á un estanque, al mar y viceversa, hacen del velo-náutico un invento útil, un aparato de gran aplicación, no sólo como recreo, sino como medio de salvamento.

LÁMPARA ELÉCTRICA DE ACUMULADORES PARA MINAS

Conocida es la poca garantía de seguridad que ofrecen las lámparas de aceite actualmente empleadas en las minas. En medio de las muchas tentativas hechas para evitar sus inconvenientes, ha venido la electricidad á dar al problema una solución, si no perfecta, menos imperfecta que los demás sistemas existentes.

Las condiciones que hay que llenar son muy complejas, porque el aparato ha de ser á la vez ligero, sólido, de construcción sencilla, barato, de fácil manejo y de entretenimiento casi nulo; además la lámpara no ha de presentar ningún contacto exterior que pueda producir una chispa y determinar una explosión, ha de alumbrar 8 ó 10 horas, y el alumbrado ha de ser en todas direcciones, y su forma debe parecerse á las hoy usadas para que no choque á los mineros y pueda tener entre éstos buena acogida.

Las lámparas eléctricas construídas ó proyectadas para resolver tan difícil problema pueden clasificarse en dos grupos: lámparas de pilas y lámparas de acumuladores.

Las primeras no responden suficientemente á las condiciones económicas, y su entretenimiento es más complejo y su manejo más complicado que el de las segundas. Las lámparas de pilas no parecen llamadas á generalizarse.

No sucede lo mismo con las lámparas de acumuladores, pues casi no hay mina que no posea un motor de vapor, en cual caso la carga de aquéllas resulta un problema en extremo sencillo.

A título de ejemplo describiremos una lámpara de acumuladores para minas, que es la que consideramos mejor estudiada para responder á las múltiples condiciones que acabamos de enumerar, la de monsieur Carlos Pollak.

Los acumuladores empleados en esta lámpara son casi los mismos que la industria utiliza para el alumbrado: creemos que la mejor manera de describirlos será copiar las palabras por el mismo autor consignadas en una nota presentada á la Academia de Ciencias por M. Lippman en 17 de marzo de 1890.

«En mis estudios sobre los acumuladores del género Planté, he procurado dar á éstos una gran capacidad en el espacio de tiempo más corto posible. A este efecto, cubro las placas con plomo esponjoso obtenido por el método electrolítico, y para asegurar la adherencia perfecta entre ese plomo y la superficie de la placa, ésta ha sido fabricada de tal manera que parece un cepillo de pelo raso, lo que se consigue por medio de un laminado especial: las puntas tienen 2 milímetros de altura y 1 de base, y los intersticios entre las puntas son de 1 milímetro.

»La placa, después de lavada para quitarle toda materia grasienta, se cubre con una pasta compuesta de sulfato de plomo diluído en agua salada y sumergida en agua también salada entre dos láminas de cinc.

»Las placas reducidas presentan un aspecto uniformemente gris: la adherencia entre el plomo esponjoso y la superficie de las placas y de las puntas es perfecta.

»Después de convenientemente soldadas esas placas, se procede á la formación haciendo pasar la corriente en el mismo sentido durante 50 horas. Las caras negativas presentan un color agrisado y las positivas pardo obscuro. Terminada la formación, la adherencia de la materia activa (plomo esponjoso y peróxido de plomo) es tan grande que no se puede distinguir el punto en donde empieza la capa superpuesta.»

Un acumulador compuesto de nueve placas, cuatro positivas y cinco negativas, de un peso de 11'2 kilogramos, ha dado, después de una formación de 45 horas por una corriente de 16 amperes, una corriente de descarga de 18 amperes durante 5 horas 18 minutos, corriente mantenida constante haciendo variar la resistencia exterior. La fuerza electro-motriz que al comenzar era de 2'12 volts descendió á 1'8.

El mismo acumulador cargado durante 7 horas con una corriente de 16 amperes ha dado una descarga 102'35 amperes-hora, bajando la fuerza motriz de 2'2 volts á 1'8 y la intensidad de 17 á 16 amperes durante las 6 horas 20 minutos de la descarga. Estas cifras corresponden á una producción en cantidad de 91'4 por 100, á una capacidad de 9'13 amperes-hora por kilogramo de plomo y á un consumo de unos 3 volts por kilogramo de placas, cifras que pueden ser consideradas como las características medias de los acumuladores actualmente empleados como cosa corriente en la industria.

Veamos cómo han sido dispuestas estas placas de acumuladores para constituir una lámpara minera.

Una caja rectangular de ebonita contiene dos acumuladores sistema Pollak, y descansa sobre una base metálica. Una tapadera, también de ebonita, sirve de sustentáculo á una lámpara de incandescencia encerrada en un cilindro de cristal grueso. El conjunto va cubierto de un capitel metálico ajustado por medio de pernos. Una hoja de caucho interpuesta entre la tapadera y la caja hace que el aparato quede herméticamente cerrado. La tapadera está atravesada por unas barritas de metal inoxidable que llevan en sus extremos inferiores unos contactos de platino C y D que se aplican á los contactos de platino de los acumuladores, y en sus extremos superiores unos resortes de los cuales uno está metálicamente unido con uno de los conductores de la lámpara. El otro conductor está aislado y puede ser puesto en contacto con uno de los polos del acumulador por medio de una aguja B que se introduce en un canal horizontal practicado en la tapadera.

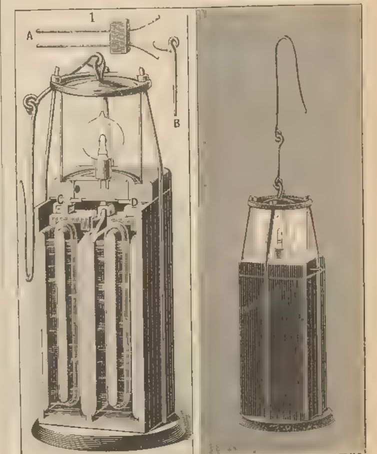
Como los contactos están situados en el interior de la caja y de la tapadera no es posible que se produzca una explosión abriendo ó cerrando la corriente, de suerte que la lámpara puede encenderse y apagarse en una atmósfera inflamable. Si se desmonta el aparato ó se rompe el cilindro protector de cristal, la lámpara se extingue porque la elasticidad del caucho rompe el contacto interiormente.

Puede cargarse la lámpara sin necesidad de desmontarla por medio de una horquilla A que se introduce en los dos canales practicados en la tapadera.

El modelo que representa nuestro grabado pesa unos 1.800 gramos y produce por término medio doce horas de una luz sensiblemente constante, cuya intensidad luminosa varía, según el grado de energía de la lámpara y el grado de avance de la descarga del acumulador, entre 0'5 y 0'8 de bujía.

Como cada lámpara encierra dos acumuladores en tensión cuya fuerza electro-motriz es de unos 4 volts, cuando las lámparas están agotadas se cargan por series de 20 lámparas en tensión montadas en derivación en una máquina de potencial constante de 100 volts. La carga se efectúa en 6 ú 8 horas con una corriente de 0'8 á 1 ampere.

Tales son las principales disposiciones de la lámpara de minas con acumuladores de M. Pollak: á juzgar por los resultados obtenidos hasta ahora, están bien comprendidas y estudiadas. Los experimentos que se hagan en gran escala indicarán las modificaciones que en el aparato habrán de introducirse para remediar ciertos defectos que escapan al examen más atento.



Lámpara eléctrica de acumuladores de M. Pollak para minas. – 1. Sección longitudinal. - 2. Vista de la lámpara en conjunto. – A, Horquilla de carga. – B, Clavija de alumbrado.

(De *La Nature*)

NUESTROS GRABADOS

Una desgracia, cuadro de D. José Jiménez Aranda. (Premiado con medalla de primera clase en la última Exposición Nacional de Bellas Artes. Madrid 1890.) – La opinión pública se mostró unánime al juzgar el lienzo del señor Jiménez Aranda y el Jurado unánimemente aceptó el fallo de la opinión pública; y en verdad que pocas veces habrá procedido con más acierto ésta en emitir su parecer y aquél en otorgar su voto. *Una desgracia* es una obra verdaderamente digna de admiración: tiene grandísimo interés dramático el asunto, la distribución está perfectamente entendida, y en las figuras aparecen maravillosamente expresados todos los sentimientos que en una multitud despierta el suceso que sirve de motivo al cuadro, desde la curiosidad del niño que pugna por desasirse de su acompañante para ver qué ocurre, hasta el terror de la modistilla que se cubre el rostro como intentando desvanecer de su mente los horrores de la escena presenciada. Examínense uno por uno todos los tipos, estúdiese en todos sus aspectos el conjunto y á buen seguro que se encontrará en unos y otros un cúmulo de bellezas que no basta á destruir algún defectillo que en esta como en toda obra humana pueda notar algún crítico exigente.

El cuadro impresiona en alto grado sin recurrir al efecto de relumbrón: el buen acierto del artista en ocultar á la vista del espectador la figura de la víctima es, en nuestro concepto, una de las mejores cualidades de esta pintura, porque esta omisión aumenta el interés que el asunto inspira y quita á ésta la parte terrorífica que podría hacerle menos simpático

Entre viejos in-folios, cuadro de Ed. Grussner. – Retirado en su tranquila celda después de cumplidos los deberes que la regla le impone, entrégase el anciano monje á su placer favorito, revolviendo voluminosos infolios envueltos en viejos pergaminos, extasiándose en el estudio de elevadas materias científicas ó filosóficas ó recreando su ánimo con entretenidas obras literarias.

En el momento en que nos lo presenta el distinguido pintor alemán, no parece su espíritu ocupado en la meditación de

grandes problemas; no es la expreción de su rostro la gravedad propia del que vive en regiones puramente especulativas; la sonrisa que contrae su bondadoso semblante es, por el contrario, indudable prueba de que en cosas menos altas, aunque no menos honestas, se ocupa el libro que cautiva su atención, y le hace á uno entrar en ganas de saber cuál sea éste para buscar en su lectura el mismo dulce goce que al buen fraile proporciona.

Por lo que toca al cuadro, bien puede calificarse de notable por todos conceptos: la figura del monje que casi por entero lo ocupa, está concebida con gran talento y ejecutada con toques verdaderos, vigorosos y sobrios como el asunto exige, y parejas con ella corren, bien que en más modesta esfera, todos los accesorios que llenan la celda y en los cuales ha sabido el artista imprimir todo el carácter que las condiciones de lugar y tiempo imponen.

El Divino Pastor, cuadro de Murillo existente en el Museo del Prado de Madrid, grabado por Baude. - Entre las más prodigiosas creaciones del eximio Murillo merece figurar el cuadro que es el encanto de cuantos visitan el Museo de Madrid, y un fragmento del cual reproduce por modo admirable el hermoso grabado del que tantas veces ha honrado con su firma las páginas de esta ILUSTRACIÓN.

Mírese como se quiera el busto del Divino Pastor, sólo perfecciones encontrará en él, así el aficionado como el crítico. Si en la técnica artística nos fijamos, ¡qué correción y elegancia en el dibujo! ¡cuánta verdad y armonía, cuánta brillantez en el colorido! Extasiados ante tanta belleza, pareceríanos imposible que el artista pudiera hacernos sentir más, si al fijarnos en la expresión del Divino Niño no encontráramos que por encima de todos los atractivos materiales sobresale esa hermosura del espíritu que sólo á los grandes genios es dado comunicar á sus pinturas.

El Divino Pastor no es la imagen de una criatura humana, sino que lleva estampado en su semblante el sello de la divinidad: en sus ojos, en su frente, en su misma apostura se refiejan la infinita sabiduría del que desciende á la tierra para predicar la más pura, la más grande, la más sencilla de las doctrinas; la fuerza y energía sobrenaturales del que sufre resignado crueles torturas é ignominiosa muerte sin exhalar una queja para que la voluntad de Dios se cumpla, y la inmensa bondad del que se hace hombre para redimir al mundo y en el supremo instante corona sus predicaciones pidiendo el perdón para sus verdugos.



GUILLERMO MAC KINLEY

Autor del *bill* de su nombre recientemente puesto en vigor en los Estados Unidos

Guillermo Mac Kinley. Apenas conocido, hace poco tiempo, el nombre de Mac Kinley ocupa hoy la atención del mundo entero. Abogado, mayor, propietario, funcionario público y diputado, no pasaba de ser uno de esos políticos adocenados que logran hacer carrera meced á una conducta oportunista é interesada que sabe utilizar hábilmente todas las circunstancias de lugar y tiempo. La preponderancia del elemento republicano en el Congreso norte-americano ofrecióle ocasión propicia para adquirir notoriedad y ver realizado el ideal de sus opiniones en materias económicas y aun en las políticas; la aprobación del *bill* por él presentado es un paso gigantesco dado en la senda trazada por Monroe y constituye uno de los hechos más trascendentales en la economía política ocurridos.

Las naciones europeas han comprendido toda la gravedad que el caso reviste y se aperciben á la defensa de sus amenazados intereses; por fortuna para ellas, las elecciones últimamente verificadas en los Estados Unidos han dado gran mayoría á los demócratas, resultando derrotado el mismo Mac Kinley No tardará, pues, en ser revocada la ley prohibicionista Mr. Mac Kinley habrá podido juzgar de lo fugaz que es la gloria cuando sobre falsos ó absurdos fundamentos se asienta, y se habrá convencido de que ni por este camino América será para los americanos, ni es con disposiciones exageradas como ha de aumentar la prosperidad de un país que sin ellas ha llegado al verdadero colmo de ser un conflicto para el gobierno saldar los presupuestos con enormes sobrantes.

* * *

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustracion Artística

AÑO IX — BARCELONA 22 DE DICIEMBRE DE 1890 — NÚM. 469

En el número 471 comenzaremos á publicar la obra de Edmundo Amicis EL VINO, profusamente ilustrada, á la que seguirá una preciosa novela original de D. Florencio Moreno Godino, titulada IMPOSIBLE, con ilustraciones de Cabrinetty

SUMARIO

¡NOCHE BUENA!

I

Así como se aspiraba el aroma de los famosos jardines de Babilonia ocho estadios antes de llegar á ellos, del mismo modo se huele la Noche Buena madrileña ocho días antes de su estrepitoso advenimiento. Vense todas las frentes pensativas y todas las fisonomías preocupadas en el recuento de lo que tienen que dar ó recibir. Los que tienen que dar comienzan á recelarse y los que han de *recibir* preparan la muleta para consumar la suerte. El portero ó portera saluda con amabilidad, los recibidores de billetes de los teatros acogen con amable sonrisa á los que en ellos (los teatros) entran *gratis*, el barbero afeita, corta ó riza el pelo *al pelo*, distrayendo al pa-



LA ADORACIÓN DE LOS PASTORES, grupo escultórico de Weltring

rroquiano con el minucioso relato del último crimen, y el sereno acude solícito á abrir la puerta acelerando su tradicional paso de tortuga.

Por supuesto que no son necesarios estos signos para conocer que se aproxima la gran noche, puesto que ya hay otros visibles y tangibles en todas partes. En los anaqueles y portadas de las tiendas empiezan á erigirse los monumentales armatostes llenos de comestibles, *bebestibles* y futuras indigestiones, y la plaza Mayor y calle de Toledo son ya el *maremagnum* de cuanto Dios crió y el refinamento del hombre ha aprovechado. Además, los muchachos de Madrid, que no tienen nada de federales, empiezan ya á provocarse, y desde anochecido óyense á son de tambores coplas de la siguiente calaña:

Aunque me ves chiquitito
y me ves como me ves,
no le niego yo la cara
al barrio de Lavapiés.

O bien:

Aunque seáis más de ciento
y aunque seáis más de mil,
venid que *sus* esperamos,
señores del Barquilli (1).

Lo cual prueba que los españoles en crisálida, influídos por el genio de la nación, celebran sus comunes alegrías á pedrada y garrotazo limpios.

Pero los más preocupados en este prólogo de la Noche Buena son los jefes de familia de mediano peculio.

– ¿Has encargado el pavo?

– Por supuesto.

– Hay ya que pensar en el regalo para el director del colegio de Joaquinito.

– Por supuesto.

– Y en el de la maestra de piano de la niña.

– Por supuesto

– ¡Ah! Mira, he gastado los cuatro duros que me diste ayer. Pasamos por la plaza Mayor y á los niños se les iban los ojos. Este año hay una colección de panderetas muy bonitas. A Pepito se le antojó una que representa á Sagasta entrando triunfalmente en Barcelona en hombros de la multitud. ¡Que había de hacer más que comprársela! Ya la verás.

– *¡Presupuesto!...*

II

Por fin llega el gran día.

Madrid se estremece de cabo á rabo como un pólipo partido en pedazos. La población afluye al centro como los ríos al mar, los alrededores de la plaza Mayor y de la de Santa Cruz están intransitables, porque allí es el núcleo de las aspiraciones, de las necesidades, de las transacciones, de las camorras, de los timos y de los *afanos*.

Debajo de los portales de la primera de las susodichas plazas campean en todo su esplendor los puestos de golosinas, llenos de montones de batatas en dulce, de pirámides de almendras garapiñadas, de barricadas de tocino del cielo, y de culebras de mazapán salpicadas de motas de oro, enroscadas en su caja. En el exterior de la plaza no hay que decir: en el sitio donde el verano pasado se enchiqueraba el pueblo libre y votante para leer las listas del sufragio, se alzan cajones de madera en bruto atestados de piñas, granadas, melones, uvas de cuelga, naranjas, bellotas rezagadas y otros excesos, y en el hueco de cajón á cajón exhiben sus puestos hechos de tablas de camas primitivas la verdadera tía Javiera y la tía Rompechanclas, célebres por sus nunca bien alabadas rosquillas; y además, una pléyade de alcarreños de ambos sexos, tan curtidos y atezados como el cascajo que venden.

Las manadas de pavos han hecho ya su presentación oficial y lo invaden todo, excepto el jardín central, merced á la energía del guarda, antiguo y consecuente liberal que después de haber peleado por la libertad hase cobijado cabe la estatua de Felipe III.

El que á la caída de la tarde acierte á andar por la plaza Mayor, bien puede decirse que se mete por el ojo de una aguja; porque los pavos se deslizan por entre las piernas del transeunte, las alcarreñas le zangolotean con sus siete refajos, los vendedores ambulantes le dan *quiebros ceñidos* con los pollos y gallinas que llevan al hombro: es un milagro si al salir de la plaza no se le ha parado el reloj.

A esa hora vespertina la plaza Mayor está en su apogeo; en cambio la de Santa Cruz va de capa caída, porque ¿qué familia que se respete no tiene ya puesto su peñasco ó nacimiento? Así es que es obra de romanos encontrar en los diezmados cajones de figuras de barro un mesonero que se asoma á la ventana ó una trilogía de Reyes Magos aceptable. Como los chicos, que en Madrid son los demonios, observan esta decadencia de figuras y de ramajes, suele suceder que para animar á los vendedores semi-ociosos meten un pedazo de yesca encendida en la oreja de un caballo de un coche de plaza, ó bien atan los extremos de una soga á la pata de un puesto de figuras y á la rueda de un carro, y ó ya el caballo que se siente quemado embiste desbocado contra los puestos, ó ya éstos son deshechos y arrastrados por el carro que echa á andar.

De aquí el tumulto consiguiente: los vendedores botan, las figuras no vendidas se hacen añicos, las mujeres chillan, los niños lloran, los agentes de seguridad quieren llevarse preso al cochero ó carrero, éste protesta, y la clásica plaza se convierte en un campo de Agramante. A veces estos escándalos repercuten en la Mayor, y un año en que el gobierno gobernaba mal (casualidad en España) y se temía un pronunciamiento, creyóse que ya había estallado, y la apiñada multitud de esta última plaza se arremolinó y buscó despavorida las salidas entre puestos, cachibaches y tenderetes deshechos, desbordándose en la calle de Toledo, lo cual fué como si el Mississipí se desbordase en el Amazonas, porque esta calle en tal día es más intransitable aún que la plaza. Y como los liberales siempre están apercibidos, y más los de la calle de Toledo, que es belicosa, recibieron á tiros á la guardia del Principal, que acudió presurosa, y por poco se arma una trapatiesta de todos los diablos, y cae un gobierno que merecía la confianza de la corona, porque á tres angelitos desarrapados se les antojó divertirse.

III

Llega la noche: la Noche Buena.

Me río yo del día comparándole con la noche; es como comparar una escaramuza de matuteros y vigilantes del resguardo con la batalla del Guadalete, que duró tres jornadas. Pues si bien durante el día hay ya síntomas, de noche se declara la locura. A las siete, unos han cenado y otros se jalean para cenar. La gente culta no, pero la oclocracia invade los teatros, y en éstos los espectadores alternan en el diálogo con los actores:

– Sé tan franca como yo:
¿Me amas?
– Algo, lo confieso.
– Pues bien, Juana, dame un beso.
– ¡Que si quieres!, eso no.

«Que se le dé,» grita en la galería una voz alcoholizada, etc., etc.

A estas horas hay tranquilidad relativa, porque unos están en los teatros y otros, los del gusto medio, cenando. El *Manquillo*, que no lo es de lengua, aprovecha esta tregua para exhibir en la plaza de la Cebada su *tuti-li-mundi* en italiano corrompido, ó *titiri-mundi* en correcto madrileño.

«¡Tan, tarán tan! Ahí están los pastores en la majada. ¿Los veis? Unos hacen una caldereta, otros fríen migas, las mujeres pican ensalada de gamusinos. De repente una nubecilla que hay en el cielo se pone colorada y va bajando, bajando hasta colocarse encima de los pastores, que asustados se echaban ya los pies al hombro para apretar á correr. Pero la nube se abre, y venía dentro un ángel sin alas, desnudo, pero tapado con la crencha de su pelo, que era tan largo que le envolvía todo... ¿Le veis?

»¡Tan, tarán tan! Dice el ángel: «Pues vengo á deciros que el Niño-Dios acaba de nacer en Belén en el pesebre de los peñascos.» Y al oir aquello los pastores saltan de alegría como si estuvieran picados de la tarántula. Tiran la caldera y la sartén y echan á correr hacia Belén. Se quedan dos que dicen respectivamente: «Yo tengo hambre.» «Y yo sed.» Y entonces el ángel les dice: «Andad, que el Niño os dará la hartura.»

»¡Tan, tarán tan! Esa vieja que veis ahí á la puerta de su casita es Cleofé, que tiene casi tantos años como Matusalén. Está muy embebecida poniendo el rocadero á la rueca; tanta es su distracción, que no repara en que al otro lado del torrente Erón bajan por la montaña hombres, caballos y camellos. Y cuando ha enredado el lino en el rocadero alza los ojos y se topa á su lado con un dromedario peludo y alto como una torre, y encima un negrito muy cuco con turbante encarnado y hopalanda verde, ¿le veis?, que empieza á decir: «Ancianita, ¿puedes decirme dónde...?» Pero no acaba, porque la ancianita, asustada, se ha refugiado en su casa y le da con la puerta en los hocicos. Entonces él se baja del dromedario agarrándose á los pelos, y llama á la puerta gritando: «¡Ancianita, sal, que no te haremos mal y sí mucha merced, que aquí vienen los reyes del Irán, de Senegambia y de Etiopía!» La vieja, oyendo cosa de reyes, sale á la puerta, y con *efeuto*, éstos habían llegado ya; y el rey negro, que era el más buen mozo y enseñaba unos dientes muy blancos, ¿le veis?, la pregunta: «¿Sabes si ha nacido y dónde el Niño-Dios? Porque nosotros hemos visto una estrella perenne sobre el sitio en que ha de nacer; pero ahora, como es de día, no la vemos.» – «Pues mira, contesta la anciana, ha cundido la voz de que el nacimiento ha sido en Belén.» – «¿Y dónde está eso?» – «Pues no tiene pierde. Seguís ese camino, torcéis á la izquierda y luego á la derecha, y encontraréis un barranco con puente y luego tres caminos, no tomáis el de la derecha ni el de la izquierda, sino el de en medio, y luego... Se me ha olvidado.» – «Gracias, ancianita, por la claridad,» dice el rey, y manda al negrito, que es su tesorero, que dé á aquélla treinta cequíes de oro (cuatro mil *perros grandes*) y treinta de plata (ciento cincuenta *perros chicos*). Y con esto muy contenta la vieja ve desfilar á los reyes en caballos que ni los de la plaza de toros, y á pajes y espolistas que arrean los camellos, cargados de presentes para el Niño. Y no bien los ve trasponer el recodo del camino, se pone á contar los cequíes, pero no puede llegar más que hasta trece, se hace un lío y tiene que empezar de nuevo.

»¡Tan, tarán tan! Pues ya veis el portal y os le sabéis de memoria.

»A la derecha está la Virgen, á la izquierda San José, el Niño en medio incorporado en la cuna enfrente los reyes magos, y detrás los pajes, y detrás los pastores: todos arrodillados y con la cabeza baja. Luego están las ovejas. Porque se me ha olvidado antes decir que las ovejas no enrediladas andaban descarriadas por el campo; pero al ver correr á sus amos, se reunieron y echaron á correr tras ellos. ¿Y sabéis por qué están todos con la cabeza baja? Pues no es sólo por reverencia, sino que de la cara del Niño salía una luz tan fuerte que se vió en la Mancha y en el *Perús*, que creían que el sol se había caído y que se abrasaba el mundo...

»¡Tan, tarán tan! Se acabó. Pero no os vayáis, pues en cuanto tome una copita en *ca* de la *señá* Nemesia, la tabernera de ahí enfrente, que bien la *nesecito*, pues con tanto charlar se queda seco el gaznate, vuelvo y os enseño el milagro de San Gineto con el niño zangolotino que se cayó á un pozo, y cuando caía llamó al santo, y aunque cayó no se ahogó, porque el pozo no tenía agua, pero se estampó los sesos. Ya veréis.»

IV

Estamos en la hora del mayor dolor, es decir, de la mayor baraunda: poco antes de entrar en la Misa del Gallo.

Suena por todas partes un estrépito ensordecedor de tambores, panderas, almireces, cajas de petróleo arrastrando, cantares, disputas, chacota y dicharachos.

Los serenos están atontados, los perros callejeros aullan, los murciélagos conmovidos azotan las caras, los cafés hierven y en las tabernas menudean las puñaladitas en el costado, que son forasteras, y las puñaladitas en la ingle, que son de Madrid. Porque así como no puede haber cielo sin estrellas, ni corte sin damas, ni primavera sin flores, ni poeta sin veladas literarias en el Ateneo, ni discurso político sin protestas de patriotismo, del mismo modo no se concibe una Noche Buena sin tres ó cuatro muertos y una docena de heridos.

Por eso es Noche Buena, porque los siete pecados capitales andan sueltos haciendo de las suyas.

¡Qué gran noche para los ladrones á domicilio! Verdad que otros días y noches suelen serlo también. A los habitantes de Madrid les gusta dejarse robar en casa, con tal de que no lo presencien. Así es que después de leer con indiferencia en los periódicos el relato diario de tres ó cuatro robos, se van de paseo ó á los toros ó á veranear, dejando su casa atestada de billetes, oro, plata, pedrería y ropas en buen uso. ¿Y qué han de hacer los pobres ladrones que no pueden resistir á la tentación? Pues valerse de sus ganzúas y palanquetas.

Pero lo más chusco es que luego los robados se quejan, y dan parte y echan sapos y culebras contra el descuido de la policía, como si ésta estuviera ociosa y no tuviese que ocuparse de elecciones, conspiraciones y otras zarandajas. En la Noche Buena las familias salen al teatro, ó á cenar con parientes y amigos, ó á la Misa del Gallo, y es lo clásico llevarse á los criados y hasta los gatos; los porteros y serenos están *excitados*, y por todas estas cosas he dicho que la tal noche es grande para los *afanos* domésticos.

(1) Licencia poética.

Los ladrones suelen no ser habidos. ¡No faltaba más que robasen para serlo!

¿Quién se acuerda de la casa ni de los ladrones ante una suculenta cena, ó por ejemplo en la Misa del Gallo? ¡Qué misa, Dios mío! Pero no quiero meterme en la iglesia, porque como dijo Sancho, *peor es meneallo*. Sólo sí diré que si la bondad divina no fuese ajena á la locura humana, parecería que el Salvador de los hombres había nacido para perderlos.

La susodicha noche es la de la igualdad ante la indigestión. Se cena en los palacios y en los tugurios: en todas partes, en el fondo, se cometen los mismos excesos, y esto deja una rastra que dura por lo menos hasta Reyes. Cuando se observa á los madrileños á la luz de los días siguientes á la Noche Buena, nótanse las huellas de aquella saturnal: todos están pálidos, ojerosos, desmalazados: hasta los barrenderos públicos apenas pueden sostener la escoba: parece que la capital ha sido sitiada por hambre, cuando precisamente son los estragos de la hartura.

Los únicos que duermen en la Noche Buena, ó por lo menos intentan dormir, son una mínima y juiciosa clase de ciudadanos, á los que me he referido en un principio. Rebújanse en su cama á una hora conveniente; pero el sueño huye de sus párpados, no precisamente por el estrépito infernal que turba el silencio nocturno, sino porque despiertos son presa de pesadillas feroces. La obscuridad de su alcoba se puebla de siniestros fantasmas; ante sus ojos, que tienen la propiedad felina de ver en las tinieblas, desfilan espectros íncubos y súcubos, y en la pared del dormitorio ven escrita en letras fosforescentes la siguiente palabra, más terrible que las del festín babilónico:

«¡¡Aguinaldo!!»

¡Ah, sí, el día siguiente es el primero de Pascua! ¡Cuánto darían algunos honrados padres de familia porque la noche de Noche Buena fuese eterna!

V

Pasó la Noche Buena, pero aún quedan dos: la de Año Nuevo y la de Reyes. Porque eso sí, los españoles, y especialmente los madrileños, no tendremos camisa ni escuadra, pero ¡Noches Buenas!... ¡No faltaba más! Antes de llegar la segunda ya se notan los desastrosos efectos de la primera. Los empleados del gobierno, que han cobrado en diciembre la paga de enero, meditan melancólicamente en el mes de treinta y seis días que les espera y, ó no van á la oficina, pretextando una gastritis, ó si van embrollan las cuentas ú olvidan la ortografía. Hay quien suma 8 y 9, 36, y hay quien escribe *Hinforme*. En la vida privada se echa de ver que no se ha pagado al carbonero y que los chicos no tienen zapatos, porque se los han comido en el pasado jaleo. Menudean los juicios de faltas y la sobra de declaraciones ante el juez por motivo de alguna caricia sangrienta.

Los enemigos del gobierno, que en la embriaguez de la Natividad han dado tregua á sus rencores, piensan en la embriaguez del triunfo de su causa y andan torvos y agitados. Todo está fuera de su nivel. En el revuelto mar de leche de almendra, pavo, besugo, turrón, mazapán, cascajo y puñaladas, sólo se han salvado unos pocos privilegiados de la fortuna.

Si días después de Noche Buena se ve á alguno, ó á alguna, fresco, vivaracho, colorado y decidor, bien puede decirse:

«A ese le ha tocado un buen premio de la Lotería Nacional»

F. MORENO GODINO



MONUMENTO ERIGIDO EN ROUEN Á LA MEMORIA DE GUSTAVO FLAUBERT. Obra del escultor M. Chapu

SECCIÓN AMERICANA

BLANCO Y ROJO

Para evitar cualquier clase de duda que pudiera suscitar la lectura del presente artículo, creemos oportuno decir algunas palabras sobre la ciudad en que se desarrolla su acción y las circunstancias en que se encontraba en la época en que tienen lugar los sucesos qué vamos á narrar.

Paysandú, ciudad situada en la margen izquierda del río Uruguay, fundada en 1772 por D. Juan J. Soto, fué sitiada el año 1863 por las tropas del general Venancio Flores, aliado con las fuerzas brasileñas al mando del almirante Tamandaré. La defensa de la ciudad fué confiada al entonces coronel Leandro Gómez, que desempeñó su cometido con sin igual bravura, hasta que, reducida á ruinas por el terrible bombardeo efectuado por la escuadra brasileña, fué tomada después de un asalto que duró cincuenta y dos horas, diezmados que fueron los 300 valientes que, cual nuevos espartanos, murieron sin abandonar el puesto que se les había confiado, combatiendo contra 8.000 aliados.

El general Leandro Gómez fué muerto en momentos en que leía el acta remitida por el general Flores, que acordaba la vida á los uruguayos sobrevivientes al terrible asalto.

***

Formaban un notable contraste la profunda y melancólica calma que en aquella hora envolvía á la heroica ciudad y el movimiento y horrísono estrépito que reinaban en ella en el transcurso del día.

Durante doce horas, sus hijos la defendían con frenético entusiasmo, con valor salvaje, infatigables, con el tesón con que se defiende á una madre querida de los ataques brutales de la barbarie cuando quiere matarla después de cubrirla de oprobio; por la noche, durante otras doce horas, el silencio y la soledad guardaban el sueño de los héroes, inspirándoles halagüeñas visiones, en las cuales se destacaba en primer término Paysandú libre y victoriosa.

La noche en que empieza nuestra narración era una de esas noches ideales, serenas, puras, en que parece que el corazón se ensancha y quiere desbordarse en arranques de ternura, y la inteligencia inundada de profunda calma se inclina á la meditación

Sólo interrumpían el majestuoso silencio esos mil rumores que la perfecta tranquilidad hace llegar á nuestros oídos como blandos arrullos de lejano amor, el dulce gemir del céfiro pasando entre el ramaje, ó el lánguido y triste quejido del ave nocturna que canta á la soledad.

Con los ojos fijos en la inmensidad sin límites y estrechando sus manos mutuamente, *escuchaban el silencio* (si es posible emplear tal expresión), vagando su razón en infinitas y melancólicas reflexiones, Rodolfo, capitán de las fuerzas defensoras, y la hermosa Angela; dos amantes, dos corazones sensibles perdidos entre aquella multitud de corazones de acero, cuyos únicos pensamientos é ideales eran Patria y Libertad.

Estaban silenciosos, extasiados en presencia de la naturaleza que desplegaba ante su vista sus más hermosas galas. ¿Y qué podían decirse? Todo hubiera parecido vulgar y prosaico cuando la noche respiraba poesía y amor.

Miraban aquel cielo puro y sereno en que ascendía con majestuosa lentitud la luna, dejando caer suavemente sus argentinos rayos, que comunicaban á los objetos esa claridad misteriosa que sólo se admira en la aurora de un bello día En el suelo se proyectaba la alargada sombra del perfil de los edificios, resquebrajado y mostrando como dientes irregulares

formados por las balas que desmoronaban rápidamente aquella ciudad, de que no debía quedar sino un puñado de cadáveres cubiertos por un montón de ruinas.

Al ver aquel delicioso idilio, acudían á la imaginación los recuerdos de las escenas que presenciaba Paysandú durante el día. Y, en verdad, no podía menos de entristecer el paralelo que se hacía entre la terrible y fratricida lucha que se efectuaba á la ardiente luz del sol, y aquella dulce manifestación del amor que bañaba de blancos efluvios la pálida claridad de la luna.

Rodolfo combatía con aquel *valor sin cólera de los héroes* contra los enemigos que no se avergonzaban de cobijarse bajo el pabellón brasileño para luchar contra su patria, é iba en seguida á buscar tranquilidad y amor en el seno de Angela al alegre huerto en que ésta lo esperaba todas las noches.

Veía de día la ciudad envuelta por el humo, y la admiraba por la noche envuelta por los suaves rayos del astro nocturno. Los hombres le daban obscuridad y guera; Dios, luz y tranquilidad.

Hacía ya largo espacio de tiempo que ambos amantes estaban embebidos en la contemplación de tales maravillas y como adormecidos por el delicado y penetrante perfume de los azahares, cuando el estridente grito del *Chajá* los sacó bruscamente de su arrobamiento.

Rodolfo soltó la mano de Angela que, como hemos dicho, estrechaba entre las suyas, y dijo:

– Es ya tarde, Angela, me retiro.

– ¡Tan pronto!

– He pasado dos horas á tu lado. Mas cuando se goza de tal dicha, las horas parecen segundos. Me voy ya; pero, ahora que me acuerdo, no tengo ningún recuerdo tuyo. Quisiera que me dieses alguna prenda de amor...

– Voy á darte una que servirá para señalar también el término de tu pasión.

– ¡Qué ocurrencia!

– Toma este pañuelo. Me lo dió una antigua criada, que me dijo al entregármelo: «Tome, niña; cuando este pañuelo cambie de color, podrá estar segura de que la persona á quien ame ha dejado de corresponderla.» Ya lo sabes, cuando esto suceda puedes devolvérmelo.

– ¡Vaya una locura!... Supersticiones de vieja... Si es así, jamás cambiará de color.

– Que así sea.

– Así será. Voy á señalarle lugar junto á mi corazón; y esto diciendo guardó el pañuelo en el bolsillo interior de su casaca, pero al hacerlo exclamó:

– ¡Ay! ¿Dónde estará?...

– ¿Qué? ¿Has perdido algo?

– Sí..., no hay duda... Hoy un camarada me entregó un legajo de papeles para que se los guardara, no sé con qué objeto, y ahora noto que los he perdido; ni los había mirado.

– ¡Qué dirá ahora!

– Puedo asegurar que no dirá nada, pues esta tarde una bala enemiga lo tendió muerto á mis pies.

– ¡Qué cosa tan horrible!

– ¡Bah! A cada uno le llega su turno; en fin, lo cierto es que se me han perdido los tales papeles; pero es de suponer que después de muerto no le serían de gran utilidad; de todas maneras, lo siento.

– ¡Desgraciado! ¿Cómo se llamaba?

– Era aquel teniente Lorenzo...

– ¡Ah! Dios lo haya perdonado. Era un perverso...

– Sí, en efecto; parece que no me miraba con muy buenos ojos; creo que era porque había yo obtenido tu amor... Vaya, no pensemos más en ello. Adiós, Angela.

– Hasta mañana, dijo Angela con trémula voz. No te expongas mucho.

– Pierde cuidado; pensaré en ti para no hacerlo, respondió Rodolfo con ternura.

Estas despedidas eran siempre patéticas y tiernas. En las circunstancias en que se encontraban, cada una de ellas podía ser la postrera. Así es que aquella noche, como todas, se pronunciaron los dos adiós con húmedos ojos y voz ahogada por la emoción y los sollozos.

Se oyó luego el estallido de un beso; volvió á reinar profundo silencio, únicamente interrumpido por el suave arrullar del viento, y el plateado astro sólo iluminó el majestuoso y triste sauce que, inclinado, acariciaba con la extremidad de sus delgadas hojas las dormidas aguas del estanque.

* * *

Rodolfo, después de separarse de Angela, se dirigió al cuartel; pero apenas llegó, recibió con extrañeza la orden de quedar preso.

Fué conducido á una habitación del piso principal, á la puerta de la cual colocaron un centinela.

Debajo de la ventana que daba al patio se paseaba otro soldado, cuyos monótonos pasos oía él desde su prisión.

Allí le dejaron solo.

Pasaron dos horas de mortificante ansiedad. Rodolfo hacía esfuerzos inauditos para averiguar la causa de tan injustificada prisión.

Transcurrido este tiempo abrióse la puerta de la habitación y entró el general Leandro Gómez, seguido del jefe del cuerpo.

El que quisiera formarse una idea aproximada del héroe de Paysandú, no tendría más que figurarse un hombre de estatura más bien elevada, de cuerpo recto, erguido, sobre el que se admiraba una cabeza numismática coronada por una cabellera negra que limitaba una frente recta y despejada.

Animaban aquel varonil rostro unos ojos negros y brillantes, de los que brotaba una mirada enérgica, fiera, dominadora, que imponía cual si penetrase hasta el alma; una mirada de águila que abarcaba de una sola ojeada el campo de batalla para preparar la victoria.

Si Leando Gómez estaba de buen humor, aquella mirada era fuerte, pero serena; cuando estaba irritado infundía verdadero terror.

La boca desaparecía completamente bajo el espeso bigote, que se unía más abajo con una larga pera naturalmente ondulada. Cuando su dueño llegó á Paysandú, era de un hermoso color negro. En el momento en que aparece en la prisión de Rodolfo estaba cubierta de canas; algunos días de ruda lucha habían bastado para cambiar su color.

Tal era entonces el nuevo Leonidas, que al entrar dijo con voz algo alterada, mientras sus ojos centelleaban de indignación:

– Capitán, jamás pude sospechar que los bravos defensores de Paysandú fueran manchados por el contacto de un traidor, indigno de alternar un solo instante con los que van á morir combatiendo por el honor y la libertad de la patria. Ha cabido á V. la triste gloria de manchar ignominiosamente el nombre de estos nuevos mártires del deber. Felizmente todo lo sé. Vea V. las pruebas de su traición.

Y al pronunciar tales palabras entrególe un legajo de papeles, de los cuales se apoderó Rodolfo con viveza.

Eran unas cartas, al pie de las cuales se veía su firma, en que se proponía á las fuerzas sitiadoras la entrega de la plaza, valiéndose para ello de una sublevación contra el general Leandro Gómez.

Se encontraba también la carta-aceptación del jefe enemigo.

Rodolfo adivinó inmediatamente la procedencia de aquellos acusadores papeles. Eran los que le había entregado el miserable teniente Lorenzo, y que se le habían extraviado la misma tarde en que los recibió.

La sangre se agolpó con violencia al rostro del caballero y del militar, rudamente heridos en su honor y en su más cara afección; luego palideció repentinamente de cólera; quiso hablar, protestar de aquella vergonzosa acusación, pero no encontró palabras bastante elocuentes y enérgicas para expresar su indignación. Extendió los brazos hacia Leandro Gómez, y de su garganta sólo brotaron sonidos broncos é inarticulados que se creerían producidos por una fiera.

El general tomó por culpable turbación lo que era sólo una mezcla de sentimientos diversos, que no podían expresarse, y dijo con voz terrible:

– ¡Basta! Mañana será V. juzgado por un consejo de guerra.

Y salió cerrando tras sí la puerta con violencia.

El desgraciado dejóse caer sobre una silla, anonadado, sollozando convulsivamente, con una mano crispada entre sus desordenados cabellos, mientras con la otra se desgarraba el pecho en un terrible arrebato de desesperación.

* * *

Un día había bastado para cambiar fatalmente el destino y la posición de Rodolfo.

Se había defendido ante sus jefes con desesperación, con rabia, con la firme convicción del que es inocente y del que sabe que de sus palabras depende su reputación y su vida; pero todo había sido inútil: las pruebas y la índole de la acusación estaban contra él.

En aquellos momentos en que cada soldado se convertía en un titán para defender el honor de la patria amenazada; en aquellos momentos en que se había entablado una verdadera lucha de generosidad para conseguir la gloria de morir primero por la causa que se defendía, una simple sospecha de traición era algo horrible, soberanamente odioso, que resaltaba como una mancha de negra deslealtad sobre el luminoso fondo de gloria que formaban las acciones de los defensores de la ciudad.

Sus palabras y disculpas no hicieron efecto sobre aquellos corazones, cuya religión era el deber y que llenaba por completo el sentimiento del horror á la traición, y fué condenado.

Se le declaraba traidor á la patria. ¡A él, que hubiera dado toda su sangre por defenderla, que hubiera sufrido los más crueles tormentos por libertarla!

En verdad, el perverso teniente Lorenzo había vengado cumplidamente el desdén con que acogiera Angela sus palabras de amor y la preferencia concedida á Rodolfo.

Sin despertar en el ánimo de éste la más ligera sospecha, había conseguido, no sólo hacerle perder su posición y su porvenir, sino también concluir su vida ignominiosamente bajo la acusación de vil traidor.

¡Se le negaba el supremo bien de conquistar imperecedera gloria, muriendo en la brecha con aquellos que iban á derramar su sangre como regenerador torrente y á deponer respetuosa y tranquilamente sus vidas ante el altar de la libertad!

¡Y dentro de poco habría empezado aquel ataque final, sublime episodio de epopeya que debía durar dos días!

¡Dentro de poco tiempo hubiera podido asistir á la gloriosa caída de Paysandú, derrumbándose altiva entre nubes de humo, arrojando al rostro de los vencedores los gritos de victoria con que caen los bravos, y produciendo al caer el horrible estrépito que produciría al desplomarse un mundo!

¡No podría entonces oir y admirar el bronco y majestuoso tronar de los cañones, la aguda voz del clarín distribuyendo órdenes de exterminio, el siniestro silbar de las balas, el brusco y disonante ruido de las granadas al estallar, el seco golpe de los proyectiles al incrustarse en los muros, alternando con el sordo ruido producido por los cuerpos al caer. Todo aquel ejército frenético agitándose envuelto en densas nubes de humo, arrastrándose entre el sangriento lodo, combatiendo con la feroz rabia de la desesperación durante cincuenta y dos horas, para caer después mutilado, hecho pedazos, entre los resplandores del incendio, majestuosa y digna aureola preparada por los vencedores para alumbrar la apoteosis de los vencidos!

Todos estos pensamientos bullían, se revolvían, se agitaban desordenados en su cerebro, alternando los de bélica condición con aquellos que le presentaban á Angela llorando la perdida felicidad y creyéndole realmente culpable.

Con el codo apoyado en la rústica mesa que adornaba la habitación, tristemente iluminada por la escasa luz de una bujía, miraba fijamente un clavo que sobresalía sobre el nivel de la mesa y cuya extremidad reflejaba un rayo de luz.

En el exterior el ruido de la tempestad apagaba todo ruido extraño. El trueno retumbaba incesantemente, ya con sordo y grave fragor, ya con golpe estridente y seco como un latigazo. Los relámpagos, de luz blanca y vivísima, se sucedían sin interrupción, mostrando su ondulado contorno, y asemejándose sobre el fondo negro en que se proyectaban á un fantástico ejército de serpientes tratando de escalar el cielo.

A este espantoso fragor se unía el crujir de las puertas y ventanas, sacudidas violentamente por las furiosas ráfagas de viento, en que parecía cabalgar la tempestad agitando con delirante entusiasmo su cetro de rayos.

Rodolfo seguía mirando la luminosa extremidad del clavo; la rugiente tormenta que se desencadenaba en el exterior no era tan terrible y desordenada como la que se agitaba en su cerebro.

Se le presentaban vagamente como velados por nebulosa niebla, mientras hacía sobrehumanos esfuerzos para traspasarla y encontrarse en posesión de sí mismo, todos los sucesos que habían precedido á su condena. La primera batalla en que tomó parte, las esperanzas que había abrigado, sus ascensos, sus amores con Angela, aquel dulce idilio interrumpido de manera tan fatal. Todos estos pensamientos le asediaban, le cansaban, le producían fiebre; y de pronto entre aquella multitud de reminiscencias é ideas, acudía á su imaginación un recuerdo estúpido, sin objeto. Se fijaba su atención en el recuerdo de un galón desprendido que había visto en el uniforme de Leandro Gómez; recordaba la figura de los hilos con que había estado cosido, formando como pequeñas comitas blancas.

Del galón pasaba al militar su pensamiento; se figuraba estar viendo la marcial apostura del jefe de

los defensores, su terrible mirada fija en él como si tratara de fulminarlo, y sus palabras que respiraban indignación y desprecio; entonces volvía á pensar en su desgracia y se le agolpaba la sangre á la cabeza produciéndole mareos.

En tal estado pasó una hora, sordo al estruendo de la tempestad, con la cabeza inclinada sobre el pecho.

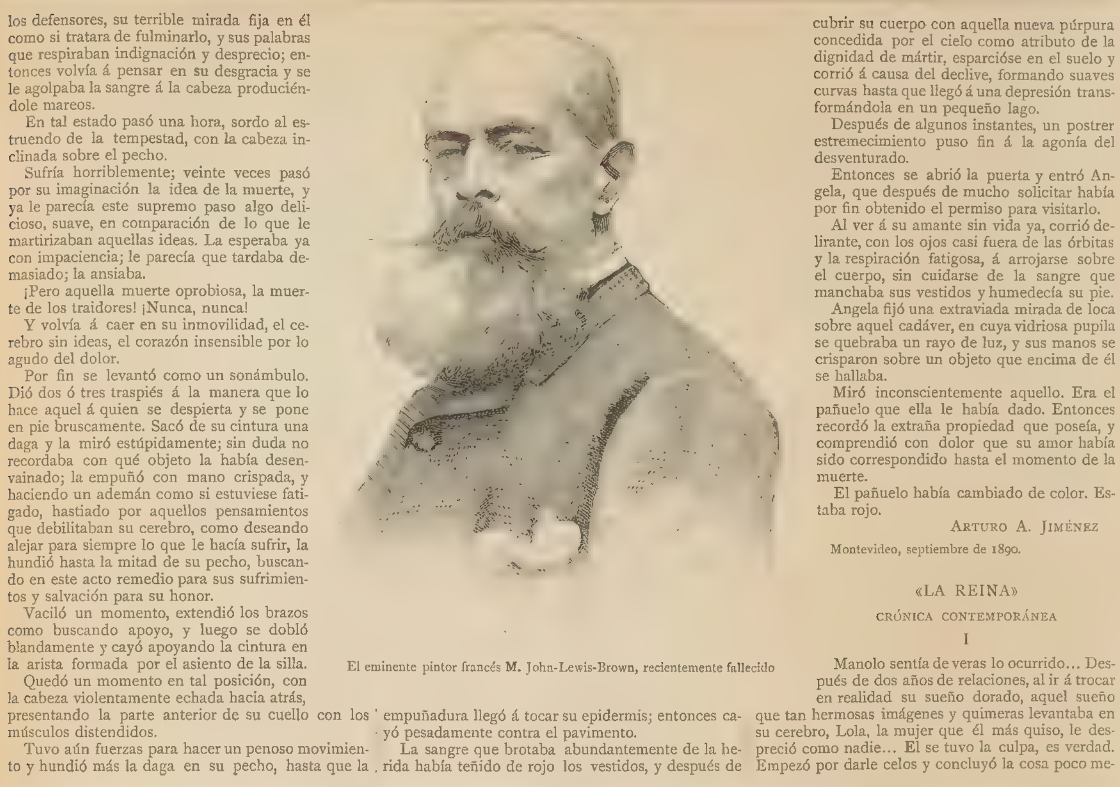
Sufría horriblemente; veinte veces pasó por su imaginación la idea de la muerte, y ya le parecía este supremo paso algo delicioso, suave, en comparación de lo que le martirizaban aquellas ideas. La esperaba ya con impaciencia; le parecía que tardaba demasiado; la ansiaba.

¡Pero aquella muerte oprobiosa, la muerte de los traidores! ¡Nunca, nunca!

Y volvía á caer en su inmovilidad, el cerebro sin ideas, el corazón insensible por lo agudo del dolor.

Por fin se levantó como un sonámbulo. Dió dos ó tres traspiés á la manera que lo hace aquel á quien se despierta y se pone en pie bruscamente. Sacó de su cintura una daga y la miró estúpidamente; sin duda no recordaba con qué objeto la había desenvainado; la empuñó con mano crispada, y haciendo un ademán como si estuviese fatigado, hastiado por aquellos pensamientos que debilitaban su cerebro, como deseando alejar para siempre lo que le hacía sufrir, la hundió hasta la mitad de su pecho, buscando en este acto remedio para sus sufrimientos y salvación para su honor.

Vaciló un momento, extendió los brazos como buscando apoyo, y luego se dobló blandamente y cayó apoyando la cintura en la arista formada por el asiento de la silla.



El eminente pintor francés M. John-Lewis-Brown, recientemente fallecido

Quedó un momento en tal posición, con la cabeza violentamente echada hacia atrás, presentando la parte anterior de su cuello con los músculos distendidos.

Tuvo aún fuerzas para hacer un penoso movimiento y hundió más la daga en su pecho, hasta que la empuñadura llegó á tocar su epidermis; entonces cayó pesadamente contra el pavimento.

La sangre que brotaba abundantemente de la herida había teñido de rojo los vestidos, y después de cubrir su cuerpo con aquella nueva púrpura concedida por el cielo como atributo de la dignidad de mártir, esparcióse en el suelo y corrió á causa del declive, formando suaves curvas hasta que llegó á una depresión transformándola en un pequeño lago.

Después de algunos instantes, un postrer estremecimiento puso fin á la agonía del desventurado.

Entonces se abrió la puerta y entró Angela, que después de mucho solicitar había por fin obtenido el permiso para visitarlo.

Al ver á su amante sin vida ya, corrió delirante, con los ojos casi fuera de las órbitas y la respiración fatigosa, á arrojarse sobre el cuerpo, sin cuidarse de la sangre que manchaba sus vestidos y humedecía su pie.

Angela fijó una extraviada mirada de loca sobre aquel cadáver, en cuya vidriosa pupila se quebraba un rayo de luz, y sus manos se crisparon sobre un objeto que encima de él se hallaba.

Miró inconscientemente aquello. Era el pañuelo que ella le había dado. Entonces recordó la extraña propiedad que poseía, y comprendió con dolor que su amor había sido correspondido hasta el momento de la muerte.

El pañuelo había cambiado de color. Estaba rojo.

ARTURO A. JIMÉNEZ

Montevideo, septiembre de 1890.

«LA REINA»

CRÓNICA CONTEMPORÁNEA

I

Manolo sentía de veras lo ocurrido... Después de dos años de relaciones, al ir á trocar en realidad su sueño dorado, aquel sueño que tan hermosas imágenes y quimeras levantaba en su cerebro, Lola, la mujer que él más quiso, le despreció como nadie... El se tuvo la culpa, es verdad. Empezó por darle celos y concluyó la cosa poco me-

LA ESTACADA DEL NILO RECIENTEMENTE TERMINADA POR EL MINISTERIO DE OBRAS PÚBLICAS DE EGIPTO, BAJO LA DIRECCIÓN DE SIR COLLIN SCOTT MONCRIEFF

nos que como el rosario de la Aurora... Mostróse inflexible á pesar de que ella le suplicó por la «salvación de su madre» que no hiciera caso de habladurías y embustes.

¡Tenía tantos enemigos!...

. . . .

Allá en su taller, Manolo, pesaroso y aguijoneado por la duda, se acordaba siempre de Lola, igual cuando resbalaba su garlopa por la madera, acepillándola, que al dividir los tablones con la sierra: el *reg-reg* producido por las herramientas antojábansele lamentos; por la noche al acostarse le producía gran temor el baileteo de la encendida lamparilla, que daba tonos lúgubres á la macilenta faz de la Virgen de los Dolores que la piedad de su madre colocó en una de las paredes laterales de la alcoba... ¡Niñadas éstas que al hombre le traían inquieto y malhumorado!

– «¿Si será verdad lo que me dijo? ¿Si no lo será? Puede que se haya maleado en la fábrica. ¡Acude allí tanta hija de su madre!... Yo he de enterarme.»

Manolo tomó tan á pechos su ruptura con Lola, que no salía de casa ni iba á la taberna con sus compañeros, y quedóse flacucho y de mal color. Los domingos se los pasaba sentado á la puerta de su casa «tomando el sol,» como la gente vieja, hecho un filósofo á juzgar por su aire taciturno y la completa abstracción en que se sumergía su espíritu.

– ¡Pero, hombre, tú estás dejado de la mano de Dios!, le dijo un día á Manolo el señor Lino, su maestro, un buen hombre, por más que según confesión propia se ponía el mundo por montera. Vamos á ver, muchacho, ¿qué te pasa? ¿Dónde te metes?...

Y guiñando sus ojuelos de buho, prosiguió riéndose irónicamente:

– Tú estás mal de la cabeza desde que Lola no es tu novia... Pues... ¡ni que fuera la única! ¡Cuernecitos!... Cien mil encontrarás, no tan guapas, eso no; que la chica es pimpollo de brillantes y bien merece por lo hermosica el alias de «la Reina» con que la ha bautizado el barrio... Muchacho, mayormente eso de la hermosura no es requisito para casarse: mujer hacendosa que le tenga á uno cariño y sepa cuidar la casa y los chicos y... *¡pax Christi!* me parece á mí que es lo necesario... Y si no, mira, mira, nada de atarse... El buey suelto.. pues... Mujeres no faltan, ¡quiá!, y si necesitas una, al doblar la esquina la encuentras... Conque para curarte esa melancolía que te hace parecer un Cristo de mala muerte, échate al arroyo y métete á conquistador. . ¡Es el gran sistema!... No se sufren quebraderos en el magín... Si acaso, algún garrotazo... ¡cosa de poca monta!... ¡¡Cuernecitos!! Olvida, olvida á «la Reina,» y no te amilanes, hombre; que hay veces que te quedas como bobo y de buena gana te tiraba un formón á la cabeza...

Hizo alto en aquel deshilvanado y pseudo-filosófico discurso el señor Lino, y Manolo, con la cara más alegre, salió del taller á tiempo que los faroleros de la muy coronada Villa, en uso de sus funciones, encendían los mecheros del gas.

¡Estaba de Dios!... Al doblar una de las esquinas de la calle del Amparo, el carpintero se encontró de manos á boca con su ex novia; «la Reina,» al verle, palideció, bajó la cabeza y tuvo que apoyarse en la pared. Manolo sintió temblor extraño en las piernas y en la garganta gran ahogo... Se rehizo, y sin mirar á Lola, confuso aún, aceleró el paso... «¡Bah! Olvidémosla, pensó. Está en lo firme el señor Lino al decir que el hombre no debe amilanarse por una mujer: ¡ea!, desde hoy, la primera que me guste, esa será la que elija...» Y fijo en estas ideas, Manolo llegó á su casa, y aquella noche, ¡cosa más rara!, los reflejos mortecinos de la lamparilla de la Virgen no le impresionaron, y cuando merced al sueño se cerraban sus párpados, la imagen de la Dolorosa sufría extraña metamorfosis: el rostro triste, las lágrimas, el ropaje de luto desaparecían y quedaba una mujer hermosa, sonriente, llena de amor y vida...

II

Había murga á oídos que quieres, una murga decentita con bombo, platillos y timbales... Inaugurábase al promedio de la calle de Embajadores una tienda de comestibles, y en tal sitio aquella noche hervía una bulliciosa y abigarrada multitud que se daba el gustazo de armar zambra y baile á costa del tendero pagano

A la luz que arrojaba el interior de la tienda, reluciente como un ascua, la proyectada por las velillas de los atriles de la música y la no muy clara del alumbrado público, veíanse á las parejas de novios... y aun los que no lo eran, bailar chulonamente, ya con balanceo muelle y voluptuoso, ya en rápidos giros, siempre muy juntitos, rozando las barbillas de los «caballeros» con los peinados de las «señoras;» oíanse amalgamados el resbalar de los pies en el empedrado, las conversaciones sostenidas á media voz entre los bailarines, las carcajadas broncas, estúpidas, ó las risas dulzonas ó de timbre puro y argentino: los que no bailaban, las jóvenes sin novio, los viejos, las comadres y los chicuelos, formaban un batallón que se agrupaba en derredor del baile, dividido en corrillos, en los que la crítica metía en todo sus despiadadas tijeras, é igual hacía un corte á la honra que al vestido, guiño, sonrisa ó componendas de la Fulana ó el Mengano, cuya era la causa del chismorreo: crítica brutal á ratos, satírica siempre, con esa sátira innata en el pueblo, el gran criticón, el Larra implacable que no perdona nada y se ríe de sus propios errores y desdichas. Al terminar los murguistas en su tocata, había un momento de silencio;... luego una gran zalagarda, silbidos y gritos: las parejas se desunían, y allí, á pie quedo, charlaban en todos los tonos; eso si el caballero de blusa ó dama de pañuelo á la cabeza no se perdía en el montón en busca de nuevo acompañante, ó bien en la tasca más próxima, donde, aparte un infierno y movimiento inenarrables, envolvíalo todo una atmósfera pesada, caliginosa, mal oliente, que angustiaba los pulmones.

«La Reina» se encontraba en el baile, y nunca más hermosa ni displicente con la nube de adoradores que la cercaba y entontecía con sus requiebros, floreos y suspiros.

Sacad de un tapiz de Goya la maja más hermosa, más llena de gracia; quitadle su atavío, vestidla con el nuevo traje de la chula, colocad sobre sus hombros un pañolón de Manila de fondo encarnado con rosas, chinos y pájaros bordados en seda blanca, á la cabeza, artísticamente peinada, un pequeño ramillete de claveles, y tendréis una idea, aunque vaga, de lo que era Lola «la Reina,» cuyos ojos garzos llenos de vida y chispeantes y sus labios rojos como la grana húmeda traían locos á la mayoría de los hombres desde el pretil de Embajadores á la plaza de Antón Martín, desde la puerta de Atocha á la de Toledo.

No acudía la chula al baile por el gusto de exhibirse ó buscar diversión, sino empujada inconscientemente por los celos... ¡Quería vengarse!... ¿De qué?... Ella misma no lo sabía... En la fábrica una compañera la dijo con mucho misterio que su ex novio Manolo iría á la murga con Pepa «la Niña,» así conocida por los del barrio; mujer hermosa, pero de pésimos antecedentes y conciencia elástica. Manolo la requirió de amores: ella no tuvo inconveniente en expedir pasaporte á su cortejo *El Valiente*, chulo y guapo de oficio, que al saber la preterición juró vengarse de una manera terrible.

Produjeron sus resultados tales noticias exornadas con gran lujo de detalles, pullas é indirectas por la caritativa amiga. Al escuchar el relato, «la Reina» no dió á conocer los encontrados sentimientos que batallaban en su cerebro; si acaso, asomáronse á sus ojos, traducidos en llamaradas de odio, celos ó amor: cuando estuvo en su casa, no pudo más, lloró como una Magdalena; después, ya más calmada, hizo inventario de lo mejor de su baúl, ataviándose lujosamente de chula, y con exceso de coquetería en ella inacostumbrado, se miró al espejo que colgaba sobre la cómoda... Sonrió satisfecha de sí misma, terciose el pañolón, y siempre fija en su idea llegó al sitio donde había de celebrarse la murga.

III

El diálogo era sostenido en voz baja por Manolo y Pepa mientras bailaban una polka.

– ¿Sabes quién nos mira?, preguntó burlonamente «la Niña.»

– ¿Quién?

– La desgalichá esa de «la Reina»... No hace más que oservarte... Querrá que vuelvas... ¡Puach, qué *dinidaz!* Si á mí un hombre me hubiese despreciao á la manera que tú lo has hecho... ¡vamos que!...

– Cállate y no insultes á esa mujer, ¿entiendes? Y menos delante de mí, murmuró el carpintero con aire de disgusto.

– Pus, hijo, métela en un fanal.. Pa lo bien que se ha portao contigo... ¿Sigues todavía *amelonao?*

Y como arrepentida de su audacia, «la Niña» quiso enmendar sus resultados, dirigiendo á su amante una de esas miradas de fuego, acariciadoras, llenas de voluptuosidad, que se internan en el cerebro y desde allí se desparraman por el hacecillo de nervios sensibles.

Manolo, ante esta mirada, no hizo caso del insulto: se contentó con estrechar contra su pecho el arrogante busto de Pepa.

. . . .

Nadie pudo imaginarse la desgracia acaecida en el baile cuando mayor era el bullicio.

Según se supo después del terrible suceso, *El Valiente* había estado rondando el baile como pudiera hacerlo un aguilucho que buscase una presa ansiada. Acompañado de dos sujetos de tan fea catadura y siniestro aspecto como él, colocóse cerca de su ex cortejo, y dijo en voz alta y con toda intención, dirigiéndose á sus amigos:

– Aunque se empeñe el memo ese que tiene ahora, yo bailo con «la Niña»...

Al escuchar tal insulto, Manolo sintió una oleada de coraje, de ira; sus ojos se le anublaban: desprendióse de los brazos de Pepa y dirigióse denodadamente hacia su rival.

– ¡Repite esas palabras!, exclamó con voz de trueno.

El chulapo tiró el cigarrillo que tenía en la boca, y con gran parsimonia y con un cruel deje de ironía, replicó:

– Bailo con la Pepa, á no ser que tú quieras bailar antes conmigo..

No mediaron otras palabras ni preámbulos: los dos adversarios retrocedieron un paso: las navajas, empleadas como argumentos más terribles y elocuentes en aquella lucha á muerte, quebraron sus reflejos al ser heridas por las luces del alumbrado público. Los amigos del *Valiente*, Pepa y algunos otros, llenos de ansia, pálidos de emoción, hicieron corro... Empezó la lucha... Fué rápida; no duró dos minutos ni resonó en ella un grito ni una imprecación. Sarcástica por librarse en el centro de una fiesta callejera, tenaz y horrible, tuvo un término: el ¡ay! angustioso de uno los combatientes que caía á tierra y el ruido metálico de la navaja al dar contra el empedrado.

Después... una gran confusión, gritos, voces, movimiento inusitado entre los atónitos espectadores: el espanto y el miedo reflejados en unos, la indiferencia en los otros, una nota compasiva en todos los labios, y aprovechando aquella confusión el *Valiente*, que dando el brazo á «la Niña,» la decía con voz que no admitía réplica:

– ¡Ahora vienes tú conmigo, mala mujer!

. . . .

El herido se revuelca en el charco que forma su propia sangre, algunos intentan auxiliarle; pero una mujer hermosa que rebuja su atrevido busto en un pañolón de Manila y lleva á la cabeza un ramillete de claveles, cuyo rojo matiz resulta pálido comparado con el de los labios de su poseedora, se acerca al grupo que rodea á Manolo, se arrodilla junto á él, rasga la camisa de éste y con sus girones y el pañuelo que trae en la mano procura atajar la sangre que á borbotones mana de la herida.

– ¡Manolo! ¡Manolo mío!, dice amorosa y angustiada mirándole fijamente como si con los destellos de sus ojos intentara curarle.

Manolo al sentir aquel timbre de voz que le llama, suspira, entreabre los párpados. Se refleja en las pupilas el estupor;... luego infinita ventura, y su rostro amarillento traza una sonrisa de satisfacción.

Lola ruega á uno de los espectadores que avise un coche para trasladar al herido á la Casa de Socorro; todos se ofrecen á hacer la comisión, incluso un pobre y desarrapado vejete que murmura:

– Por una mujer tal como «la Reina,» soy yo capaz de tirarme á un pozo.

IV

El médico de la Casa de Socorro no las tuvo todas consigo al auscultar al enfermo: la herida era de gravedad; pero al día siguiente, cuando visitó á Manolo en su domicilio y vió colocada á la cabecera del lecho á una enfermera tal como «la Reina,» no atribuyó la mejoría á cosa de milagro; el buen doctor se contentó con guiñar los ojos y sonreir maliciosamente...

. . . .

Al declinar la tarde, cuando los obreros abandonan sus talleres y el último rayo de sol cae sobre las tejas de las buhardas, «la Reina» abandona su labor de costura y espera la llegada de Manolo: mientras, se entretiene en besuquear á un chicuelo que á sus pies juguetea con los soldados de plomo y el caballito de cartón...

Nada más hermoso que el cuadro que se ofrece cuando Manolo entra en su casa y ve á su esposa y al chiquitín, los cuales, alegres y sonrientes, le llaman el uno: «Papá,» «Papá,» y la otra: «¡Manolo mío!» Es una dicha real y pura, un poema ignorado, que no tiene más testigo que un gato rubio que perezosamente hace su *toilette* en el alféizar de la ventana..

Alejandro Larrubiera



EL PALACIO DEL PARLAMENTO AUSTRIACO EN VIENA

LOS PARLAMENTOS DE EUROPA

II

AUSTRIA

Seguramente no hay en el mundo ningún Estado cuyo gobierno sea más complexo que el del imperio austro-húngaro, dividido, como Francia, en provincias, y poblado de nacionalidades diversas: alemanes, tscheques, italianos, polacos, etc. Se hubiera necesitado para regirle un principio federativo; y por otra parte, no pudiéndose llegar á la centralización absoluta, se ha elegido un término medio: el dualismo.

El imperio está dividido, efectivamente, en dos partes distintas: la Hungría ó Transleitania, y los demás países de S. M., representados en el Reichsrath de Viena, constituyendo el conjunto la Cisleitania. Esta última y Hungría tienen su representación central, la una en Budapest y la otra en Viena.

La constitución dualista, establecida en 21 de diciembre de 1867, considera comunes entre Austria y Hungría:

1.° Los asuntos exteriores é internacionales.

2.° Las cuestiones relacionadas con la guerra y la marina, excepto, sin embargo, el voto del contingente y de la legislación sobre la organización del servicio.

3.° Los asuntos financieros en todo cuanto concierne á los gastos comunes á las dos mitades del imperio.

Hasta 1867 no hubo en Austria un régimen liberal. Después de los desastres de 1859, Magenta y Solferino, el emperador Francisco José había querido ya volver al régimen constitucional.

Después de las derrotas de 1866, Nachad y Sadowa, consintió en hacer el ensayo de un régimen dualista y liberal, que por otra parte era el único sistema preconizado por Mr. de Beust, aquel ministro sajón que el emperador hizo venir de Dresde para labrar la felicidad de Austria. La autonomía de Hungría quedó asegurada, y el emperador se comprometió á dejarse coronar en Budapest.

La constitución de Austria tiene por base un diploma imperial del 20 de octubre de 1860, la ley constitucional del 21 de diciembre de 1860 y otras varias sobre la representación nacional. La Cisleitania es un Estado representativo; y el órgano de la representación nacional es el Reichsrath, que se divide en dos cámaras: la de los señores *(Herrenhaus)*, y la de los diputados *(Abgeordnetenhaus)*.

La cámara de los señores cuenta en la actualidad 180 individuos, componiéndose de los príncipes mayores de la familia imperial, de cierto número de representantes de grandes familias, á quienes el emperador ha concedido el título de par hereditario, de nueve arzobispos, de siete príncipes obispos, y por último, de personajes distinguidos, nombrados á perpetuidad por el emperador. El número de individuos de la cámara de señores es ilimitado y ninguno tiene tratamiento.

La ley que la cámara de diputados vota y que la de señores rechace vuelve otra vez á la mesa de la primera cámara. La de los señores no tiene generalmente importancia en Austria, y como al emperador corresponde siempre el derecho de completarla por nombramientos, dicho se está que nunca deja de ser gubernamental. De la cámara de los señores es ahora presidente el príncipe Irautmannsdorf y vicepresidentes los príncipes Schwenburg y Constant Czartoryski.

La cámara de los diputados cuenta 353 individuos, de los cuales 85 son elegidos entre los grandes propietarios *(Grossgrundbesitz)*, 132 por las aldeas, 116 por las ciudades y 20 por las cámaras de comercio *(Handels und Gewerbe kammer)*.

En la propiedad grande, todo poseedor de tierras que pague cierta contribución tiene derecho de votar. Dicha propiedad comprende dominios que pagan en general 100 florines (250 pesetas) de impuestos, algunas veces 200 ó 250 y más raramente 50.

Los electores de esta categoría pueden votar excepcionalmente por medio de procuración. Las mujeres, si gozan de sus derechos independientemente y si han cumplido 24 años, figuran entre los electores de esta clase, ejercen sus derechos conforme á la legislación local, y suelen votar por conducto de sus esposos, ó por mandatario si son solteras ó viudas

En las ciudades tienen igualmente derecho de votar los ciudadanos que pagan un impuesto directo de 5 florines ó poseen grado universitario. Las cámaras de comercio, cuyos individuos son nombrados por los traficantes é industriales, pueden elegir cada cual un diputado. En cuanto á los pueblos, ó mejor dicho los campesinos, carecen del derecho de elección directa, pero nombran electores *(Urwahler)*, cuyo número varía en cada pueblo según el de habitantes, y estos electores nombran á su vez un diputado. Cada municipio propone un elector de segunda clase por cada 500 habitantes ó fracción de este número para arriba: los municipios de 500 habitantes nombran un solo elector.

Actualmente hay en la cámara de diputados once grupos ó clubs, y diez y seis independientes *(Wilde)*, que no pertenecen á ninguno de aquéllos. No hay parlamento en Europa donde el despotismo de los grupos se manifieste de una manera tan absoluta como en Austria, hasta el punto de ser extraordinariamente raro que una ley aprobada por los clubs de la mayoría sea rechazada por la cámara, aun en el caso de que tal ley no hubiera obtenido en cada club sino el estricto número de votos necesarios, y hasta en la mayor parte de los clubs los individuos no tienen derecho de ausentarse mientras se trate de votar una proposición contra la cual se declararon en el club, salvo el caso de tratarse de una cuestión religiosa.

Casi todos los clubs han aceptado esta organización autoritaria, á lo cual se debe que en la cámara no interesen los debates á nadie, pues todo el mundo conoce de antemano el resultado. Los clubs tscheques y polacos en particular, tienen una disciplina muy severa, que impedirá á los alemanes recobrar su influencia si alguna vez llegan á perderla.

Los principales clubs que componen la mayoría son: el de los tscheques, que cuenta 57 individuos; el de los jóvenes tscheques, 7; el de los polacos, 56, y el centro derecho, 34; que son casi exclusivamente eslovenses, pueblo eslavo de la provincia de Carniola y una parte de la Estiria. Después vienen el centro católico, llamado también club del príncipe Liechtenstein, compuesto de 19 individuos; el de los italianos, 7; el centro izquierdo ó club del conde de Coronini, 11; y por último, el partido de la oposición alemana, en el que se hallan el gran club austro-alemán *(deutsch-œstereichischer club)*; el de los alemanes nacionales, en parte antisemita, y finalmente el club antisemita por completo.

El presidente de la cámara es M. Francisco Smolka, un polaco que era ya presidente en 1848 y que durante ese año tan turbulento, después de la fuga del emperador Fernando, fué verdaderamente director del imperio.

M. Smolka es el hombre más estimado de Austria; todos los partidos políticos se inclinan ante él y el emperador le profesa gran amistad. La voz temblorosa de este anciano es bastante para acallar la de los más fogosos oradores, pues la autoridad de este presidente es por todos reconocida y respetada.

Los tscheques y los polacos son los principales apoyos del Gabinete actual, presidido por el conde Taaffe. El jefe del antiguo partido tscheque, M. Ladislao Rieger, figura entre los más notables oradores de la cámara. Les jefes del partido polaco son M. Yaworski y el príncipe Jorge Czartoryski

Las dos cámaras tienen el derecho de votar el presupuesto y las contribuciones, la ley militar y todas las que conciernen á la mitad austriaca del imperio. Ratifican los tratados políticos y los de comercio, por lo menos los que podrían modificar las fronteras; y todos los años deben elegir una delegación, que con la del parlamento húngaro se ocupa de los asuntos relativos á las dos mitades del imperio, así como de la Bosnia y de la Herzegovina, administradas por el ministerio austro-húngaro.

Los ministros son casi todos diputados. El presidente del Consejo, M. Taaffe, el coco de los alemanes, pero en cambio el mejor amigo del emperador, es el primer ministro austriaco que ha conseguido establecer un sistema estable, y á él le deben los polacos y los tscheques haberse librado del yugo alemán.

El parlamento austriaco celebra sus sesiones en un monumento de magnífico aspecto que se eleva en el *Ring Strasse*, esa calle de Viena que, según la idea de los que la trazaron, debía ser una especie de vía triunfal.

El interior del edificio es tan suntuoso como el exterior. Allí se han acumulado todas las mejoras que la electricidad pone á disposición de nuestra época, y se ha hecho la prueba de todas las máquinas de votar que existen. No sería de extrañar que se hubiese instalado ya en ese palacio el fonógrafo. Todo es hermoso, todo es nuevo en el parlamento austriaco. Solamente la política que en él se hace es lo que no vale nada, al decir de algunos.

X



VÍCTIMAS Y VERDUGOS, dibujo á la pluma de D. J. Luis Pellicer



LA PRESENTACIÓN Á LOS PASTORES, cuadro de Murillo, grabado por Baude. Existente en el Museo del Prado de Madrid

LOS BUITRES

La persona que por primera vez vea un buitre y no conozca los servicios que presta en la economía de la naturaleza, no se figurará que esta ave, por lo general de feo y hasta asqueroso aspecto, puede jugar un papel tan importante para los habitantes de los países meridionales.

Los buitres son los que tienen á su cargo en esas zonas impedir que el aire se infeccione de aquellos gases, tan perjudicales para los organismos superiores, que se desarrollan cuando el cuerpo animal muerto se descompone bajo la influencia del calor y del sol. Mientras en el alto Norte la naturaleza cubre el animal muerto con helada capa de nieve y convierte por medio del frío toda la parte líquida del cadáver en finos cristales de hielo, que le ponen en aptitud de poder conservarse por miles de años, en los países meridionales los animales han de ser los encargados del entierro de aquél; millones de insectos, los perros vagabundos ó completamente salvajes, y ante todo los buitres, esos incansables vigilantes por la salud pública, llevan á cabo tal operación con la mayor brevedad. Antes de que la putrefacción, que en estos países tan pronto deshace el cuerpo exánime en sus elementos, haya acabado su obra de destrucción, se presentan esas aves, generalmente tan despreciadas, y entierran en su buche todo lo corrompible, y con tal prisa proceden, que en menos tiempo del que uno puede imaginarse ha desaparecido todo lo que amenazaba emponzoñar la atmósfera.



EL BUITRE FRAILE

Hasta la fecha conocemos unas veinte especies de buitres, de las cuales pertenecen siete á América y las restantes al mundo antiguo. En Australia, el continente de las controversias, no hay buitres, mientras en Europa habitan cuatro especies, si contamos entre ellas, el *buitre orejudo (Vultur auricularis)*, que aunque habitante de Africa, ha sido visto en Grecia.

Cada especie de buitre se diferencia de las otras, y bastante; á pesar de esto, en sus costumbres y modo de vivir se parecen tanto todos los buitres, por lo menos los grandes, que con la descripción de una sola especie de estas, puede formarse el benévolo lector una idea bastante exacta de las demás clases.

Las cuatro citadas especies de buitres europeos podemos dividirlas en tres clases:

1.ª *Buitres de cabeza grande y pescuezo grueso y corto* (buitre orejudo y buitre fraile, *Vultur auricularis* y *Vultur cinereus)*.

2.ª *Buitre de cabeza pequeña ó angosta y cuello largo y delgado* (buitre ganso, *Gyps fulvus)*.

3.ª *Buitre de cabeza pequeña, de pico largo, delgado y puntiagudo y de pescuezo corto (buitre sucio*, llamado vulgar aunque erróneamente *quebranta-huesos, Cathartes percnopterus)*.

Esta última especie se puede mirar como la transición de las aves de rapiña verdaderas *(aves rapaces)* á los cuervos *(coraces)*.

Sobre el buitre orejudo ha hecho mi hermano las observaciones más completas en Africa (Egipto, Nubia, Sudán, Cordofán y Darfur); en cuanto á mí, no le he visto nunca vivo y en libertad Mi hermano tampoco ha podido encontrar ningún nido de este pájaro, y sólo por los indígenas ha sabido que éste lo construye en árboles y pone en él un huevo blanco

De los otros tres buitres europeos, del abanto, buitre ganso y *Cathartes* ó buitre sucio, puedo hablar por experiencia, porque los he observado y he estudiado su vida y costumbres hace más de treinta años.

Estas tres especies habitan la Europa meridional, el Norte y la costa Oeste de Africa y parte de Asia.

En Europa las encontramos en España, Grecia, Turquía, península de los Balcanes, Hungría y Transilvania, y en España en casi todas las cordilleras elevadas, sean éstas escarpadas y áridas, ó estén pobladas de bosques, con tal que las últimas tengan árboles gruesos y altos, y las otras ofrezcan sitios á propósito para el nido, tales como peñas perpendiculares y de bastante altura; en tales casos no faltarán los buitres, aunque en una sierra prevalezca más una especie de ellos y en otra la otra.

El abanto ó buitre fraile hace su nido siempre en los árboles, mientras los otros dos lo construyen en los riscos Esto por lo menos sucede en España, y según mi opinión será lo mismo en otros países, aunque algunos naturalistas digan lo contrario.

Ya á últimos de enero ó en febrero han construído los grandes buitres su nido, que se compone de unos cuantos palos del grueso de un brazo, de otros más delgados como capa segunda y por último de otros aún más finos como tercera y última. En cuanto el nido está acabado pone la hembra en él un solo huevo; aunque algunos observadores hablan de dos huevos, yo por lo menos no he visto nunca más que uno en los ciento y tantos nidos de buitre que he visitado ó mandado á reconocer. El huevo tiene 3 ¹/₂ pulgadas (medida antigua de París) de largo por 2 ¹/₂ de grueso, es de color blanco ligeramente azulado y de cáscara muy áspera y gorda. No teniendo uno juntos el huevo del buitre ganso con el del abanto, es casi imposible distinguir el uno del otro, tanto se parecen; el del último es de tamaño un poco mayor.

La tercera especie, el buitre sucio ó *Cathartes*, anida en marzo y pone más de un huevo, según algunos hasta cuatro, en su nido construído siempre en un risco alto é inaccesible.

Los huevos son de un color blanco sucio, manchado de pintas rojizas de mayor ó menor extensión.

El empollar los huevos toca á la hembra, y mientras está ocupada en tan importante tarea le lleva el macho la comida al nido, que ella deja sólo por cortísimo tiempo para bañarse, sustituyéndola mientras tanto el macho

Los buitres gansos crían frecuentemente en colonias, sobre todo cuando encuentran un risco muy á propósito para sus nidos. Conozco una tal colonia en la Sierra de Guadarrama y en el paraje llamado «el Guejigar,» donde he visto en una peña muy larga, elevada é inaccesible, 28 nidos de ese pájaro juntos, separados alguna vez uno del otro apenas por un metro de distancia. Debajo de esas peñas había dos nidos de abanto en dos altos pinos de muy espeso ramaje, y estaban los tales nidos de tal manera construídos, que ocupaban toda la copa del árbol. Allí también anidaba una pareja de *Cathartes* en una rendija de la peña, y en unión con los buitres otra de cigüeñas negras *(Ciconia nigra)*.

Los buitres para empollar sus huevos emplean cuatro semanas; pasadas éstas nace el pollito, cubierto todo su cuerpo de finísima lana blanca. Los padres le cuidan mucho y le llevan la comida ya medio digerida en su buche, cebándole una ó dos veces diarias, vomitándole el alimento en su pico con tanta abundancia, que con una comida tiene bastante para todo el día. Unos cuatro meses necesita el pollo para su completo desarrollo si su alimentación ha sido siempre abundante.

El abanto ó buitre fraile *(Vultur cinereus)*, así llamado por el color de sus plumas, que es un solo pardo obscuro, y también por los mechones de ellas, que le salen alrededor de la parte desnuda del cuello y que le dan el aspecto de un monje que lleva el hábito con la capucha, no abunda tanto como el buitre ganso. Es una de las aves más grandes de Europa y mide de una punta del ala á la otra 9 pies y 7 pulgadas. Su cabeza es gorda, armada de un pico grueso y fuerte, con el cual rompe el buitre de un solo golpe huesos bastante grandes, hasta las costillas de un caballo. Parte de la cabeza está cubierta de una especie de finísima lana de color castaño, mientras alrededor de los ojos señala unas manchas desnudas, de color azul claro, que es el mismo que presenta el cuello del todo desnudo.

El abanto se alimenta, como los demás buitres, de carne muerta y la come aunque esté ya en completa putrefacción.

Como deglute con indescriptible ansia pedazos hasta de tamaño de un puño, se traga muchas veces huesos ó pedazos de ellos, que digiere, sin embargo, en su buche con la misma facilidad que si fueran carne. La fuerza digestiva de los buitres es igual á su insaciable apetito. Lo que entra en el buche de tal pajarraco queda digerido en minutos, con tal que sea materia orgánica, por el poderoso jugo digestivo que contiene el buche, y no sólo dentro de éste son digeridas las cosas, sino también fuera, y hasta algunas horas después de muerto el buitre conserva ese jugo todavía su fuerza activa

He matado buitres á los cuales había tocado algún perdigón en el buche, perforando sus membranas y saliendo por los agujeros el jugo que contenía. Donde tocaba ese jugo curtía en minutos la piel, caían las plumas y al querer yo disecar la pieza estaba la piel ya tan macerada que se rompía como tejido deshecho ó podrido.

Los buitres se alimentan con carne muerta, como hemos dicho, y sólo cuando no han podido encontrarla y tropiezan por casualidad con algún animal enfermo ó herido, que no se puede mover ni oponer resistencia, le atacan, le matan á picotazos y se lo comen.

Muy corriente es todavía la creencia de que el buitre se siente atraído por su fino olfato al sitio donde yace el cadáver de algún animal; tal creencia es una equivocación, porque en los pájaros, sean los que sean, el olfato es sentido muy poco desarrollado, mientras el de la vista no tiene igual entre los otros seres animados. Sólo por la vista descubren los buitres su alimento, y le descubren á distancias de miles de metros. Los buitres se elevan por la mañana á tales alturas que nuestro ojo no les puede distinguir; desde allí observan todo el terreno que debajo de ellos se extiende y en cuanto descubren que los perros medio salvajes se juntan en cierto punto ó que por encima de aquel sitio se ciernen cuervos ó milanos, se dejan caer desde su altura á unos mil metros sobre el suelo para ver más de cerca y cerciorarse de lo que allí abajo pasa.

Otros buitres, que desde lejanas distancias ven que uno de sus semejantes se ha bajado de la posición que en el éter ocupaba, se dirigen con la velocidad del rayo al lugar que el otro ocupaba, y viendo á éste describir en el aire sus círculos por encima del animal muerto, se bajan también, encogiendo sus poderosas alas y dejándose caer por el propio peso de su cuerpo cual pesada piedra. Llegados cerca del primero, despliegan las alas otra vez y siguen el ejemplo de su compañero.

En poco tiempo se juntan por encima del cadáver del animal hasta 60 y más buitres.

Cuando se han asegurado por medio de un escrupuloso reconocimiento de los alrededores de que no les amenaza ningún peligro, se tiran sobre el animal muerto, espantan con fuertes picotazos á derecha é izquierda á perros, cuervos y milanos; destrozan el cadáver con prontitud increíble y le entierran hasta los huesos grandes de las piernas, cabeza y columna vertebral en sus buches, quedando luego tan repletos de comida, que tienen que aguardar la primera digestión, que se verifica en el buche, para poder elevarse otra vez con pesado vuelo por los aires.

Habiendo visto reunido tal número de buitres alrededor de un caballo muerto, que había mandado colocar en sitio á propósito y despejado, como yo he tenido ocasión de verlo en la sierra de Guadarrama, número que pasaba algunas veces de 100 ejemplares, no me cabe duda que habían acudido al festín, no sólo todos los buitres que habitan las dos Castillas, sino también comensales desde Aragón, Asturias y Andalucía.

Dr. Brehm

SECCIÓN CIENTÍFICA

LA «EXCHANGE TELEGRAPH COMPANY» DE LONDRES Y SUS INSTALACIONES

Todos los que leen periódicos saben que la mayor parte de las noticias de última hora en los diarios políticos contenidas proceden de ciertas agencias

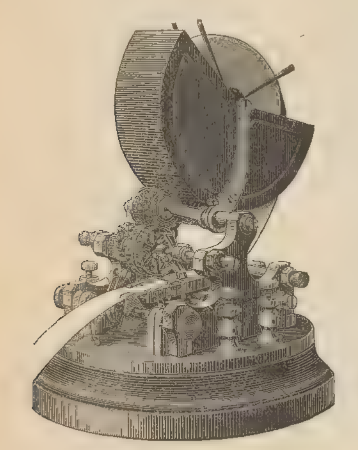


Fig. 1. Aparato receptor de las instalaciones de la *Exchange Telegraph Company*, de Londres

centrales: éstas suelen estar constituídas en grandes sociedades y tienen sus principales residencias en distintas capitales de Europa, especialmente en Londres, transmitiendo telegráficamente á sus abonados las noticias que de todos los puntos llegan á ellas.

Una de estas agencias es la *Exchange Telegraph Company* que reside en Londres y que, como su nombre lo indica, se consagra en primer término á la transmisión de noticias bursátiles y mercantiles, teniendo para ello una organización muy particular, en virtud de la cual todo el servicio de despachos se hace automáticamente por medio de aparatos que describiremos con algún detenimiento. Este servicio automático es indispensable para la buena marcha de la citada Compañía, cuya misión le impone el deber de transmitir á los abonados las oscilaciones de Bolsa, cada día más en aumento, con la misma rapidez con que se producen. Digamos de paso que esa Compañía ha llenado desde su fundación (1872) con la mayor puntualidad su difícil cometido y que en Nueva York funciona con el nombre de *Gold and Stock Telegraph Company* una Sociedad organizada de una manera análoga.

La *Exchange Telegraph Company* no se limita, sin embargo, á la transmisión de las cotizaciones de la Bolsa de Londres, sino que, á los pocos años de fundada, extendió su esfera de acción á las noticias de toda clase, políticas, de *sport*, etc. La propagación general y rápida de esos despachos por medio de los aparatos automáticos de la Sociedad ha obtenido un éxito completo, hasta el punto de que éstos no faltan en ninguno de los buenos casinos de Londres y se van generalizando en muchas casas particulares. La Compañía ha extendido recientemente sus servicios á las principales ciudades de las provincias inglesas.

El principio en que se funda todo el sistema cuya utilidad hemos demostrado, consiste en mover por medio de un aparato instalado en la oficina central y con simultaneidad perfecta todos los aparatos de los abonados unidos á aquél por medio de alambres especiales. De esta suerte cada noticia llega á un mismo tiempo á conocimiento de todos los abonados y se evitan los inconvenientes que cualquier retraso pudiera producir.

El sistema del telégrafo impresor consiste, en su esencia, como es sabido, en que haya en la estación transmisor y en la receptora dos aparatos de marcha sincrónica, es decir, que en un mismo período de tiempo ejecuten un mismo movimiento. Ambos aparatos van provistos de unas ruedas en las que sobresalen las letras del alfabeto y debajo de las cuales hay en la estación que transmite una tecla y en la que recibe una tira de papel que un electromagneto puede oprimir contra la rueda impresora. Ahora bien; como las ruedas impresoras de ambos aparatos se mueven sincrónicamente, cuando en la estación transmisora la letra M, por ejemplo, se encuentra sobre la tecla, en la transmisora la misma letra estará sobre el papel y si se oprime la tecla, pasa la corriente por los electromagnetos, el papel se pone en contacto con la rueda (que toma tinta de un cilindro especial) y la letra M queda impresa en el mismo.

La *Exchange Telegraph Company* no se limita á dos aparatos sincrónicos, sino que con el aparato de su oficina central dirige el movimiento de más de 500 telégrafos impresores sincrónicos que tienen montados los abonados en sus domicilios.

La cuestión principal estriba en que todos esos telégrafos impresores se muevan sincrónicamente entre sí y respecto del aparato central. En los mismos telégrafos impresores de uso ordinario, en los que sólo hay dos aparatos unidos entre sí, no se puede empezar á telegrafiar hasta que telegráficamente se haya colocado en igual posición á los dos instrumentos. En el sistema de que nos ocupamos, la cosa es más difícil porque los aparatos receptores no están al cuidado de telegrafistas expertos; por esto se ha establecido que dando dos vueltas á una rueda de mano del aparato transmisor, todos los aparatos receptores tengan la rueda impresora colocada en el cero.

Los aparatos receptores (fig 1) son todos iguales exteriormente considerados, pero interiormente presentan algunas diferencias según que sirvan sólo para recibir noticias ó noticias y cotizaciones bursátiles: en el primer caso no tienen más que la rueda impresora y no se comunican con la Central más que por un alambre; en el segundo poseen dos ruedas, una con letras y otra con números, y necesitan dos alambres. A fin de que estas dos ruedas puedan imprimir en un mismo papel, están dispuestas de modo que se deslizan por su eje, produciéndose este movimiento por la acción de los electromagnetos. La rueda que ha escribir se encuentra siempre sobre la tira de papel mientras la otra permanece á un lado. El grabado núm. 1 representa uno de estos aparatos con dos ruedas.

En los aparatos que por estar únicamente destinados á la transmisión de noticias no tienen más que un hilo conductor, los dos electromagnetos que sirven para mover la rueda impresora y los dos que hacen subir el cojinete están gobernados por el mismo circuito de una corriente y dispuestos de modo que los primeros se mueven por impulsos cortos, al paso que los segundos entran en actividad en cuanto la depresión del botón que se ve á la derecha del grabado núm. 2 produce una corriente más larga.

El transmisor instalado en la Central (fig. 2) mueve de 500 á 1.000 aparatos receptores: tiene, como la generalidad de las máquinas para escribir, un teclado para las letras y los números, sobre el cual gira, movido por un electromotor, un eje con unos palitos que corresponden á cada una de las letras. Cuando se oprime una tecla se produce un contacto con el palito de la letra correspondiente y con ello se cierra la corriente del alambre que gobierna el cojinete del receptor. El eje corre de una manera igual y regular y hace que se cierre en el otro alambre la corriente necesaria para el movimiento sincrónico de la rueda impresora.

La fuerza electromotora para poner en actividad todo este sistema, se obtiene con dinamos movidas por un motor hidráulico La corriente así obtenida se reune en acumuladores y de éstos es tomada cuando se necesita. Estos acumuladores forman tres baterías especiales, compuesta cada una de 70 celdas de la forma conocida con la designación de E. P. S.

El grabado núm. 3 reproduce en la mitad de su tamaño los despachos que lentamente se van desarrollando en los aparatos receptores: la parte superior representa un despacho de noticias; la inferior una cotización. En esta última se distingue la impresión de las dos ruedas por la desigual altura de las letras y de los números.

He aquí la manera como la Sociedad explota su ingeniosa industria.

La Compañía tiene corresponsales en todas las ciudades inglesas y en las principales del continente, y además la conocida agencia Reuter le facilita todas las noticias para que inmediatamente las transmita á sus abonados: por otra parte, está en comunicación telegráfica con las cámaras de los Lores y de los Comunes, lo que le permite transmitir á sus abonados los discursos casi al mismo tiempo que se pronuncian, de modo que las redacciones de los diarios y los casinos pueden enterarse de ellos como si asistieran á la sesión. Los resultados de las votaciones, especialmente, son conocidos en todos los ámbitos de Londres al cabo de un minuto de verificadas. En ocasiones especiales se montan instalaciones análogas á las de las cámaras en otros sitios. Dado el importante papel que el *sport* desempeña en la vida pública de Inglaterra, la transmisión de las noticias de este género constituye una de las principales tareas de esa Compañía.

Las cotizaciones de Bolsa y de los mercados que comunica la Sociedad alcanzan por término medio la cifra de 1.100 notas sueltas al día. El material más abundante para las mismas proporciónalo naturalmente la *Londoner Stock Exchange*, pero también reciben los abonados varias veces al día noticias de todas las demás Bolsas europeas Todos los sucesos ocurridos en el mercado, los movimientos experimentados por los precios de los metales preciosos, el estado de los mercados indios y coloniales, son especialmente comunicados con la mayor rapidez posible.

Sabido es que la prontitud con que son conocidas, propaladas y comunicadas á los periódicos de Inglaterra, y sobre todo en Londres, todas las noticias, causa gran admiración á los que por vez primera visitan esa ciudad colosal: pues bien; esta prontitud se debe principalmente á la actividad de la *Exchange Telegraph Company*, de cuyas instalaciones, aún no introducidas en el continente, hemos consignado algunos datos que esperamos habrán interesado á nuestros lectores.

E. THOMAS

(De la Revista alemana *Prometheus*)

LA ELECTRICIDAD (1)

«... La electricidad en concepto de ciencia estudia un orden especial de fenómenos perfectamente limitado, al menos por el pronto, y perfectamente definido, y la electricidad como causa es aquella energía á la que estos mismos fenómenos deben su origen, con lo cual sólo nos resta definir el aspecto, la forma, las condiciones y las leyes de dicho grupo de fenómenos ó hechos naturales.

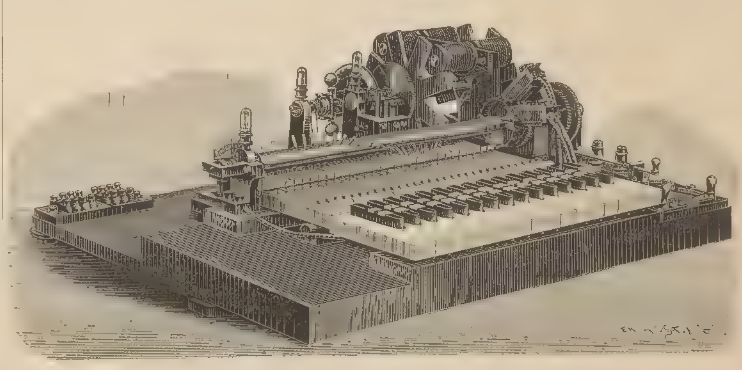


Fig. 2. Aparato transmisor de la *Exchange Telegraph Company*

(1) Tomándolo del DICCIONARIO ENCICLOPÉDICO HISPANO-AMERICANO que edita esta casa, publicamos este fragmento del artículo ELECTRICIDAD, debido á la pluma de D. José Echegaray, que creemos interesará á nuestros lectores y que constituye una especie de introducción ó descripción poética con que el eminente físico y elegante y castizo escritor encabeza el primoroso trabajo científico que ha escrito para la referida obra.

»En una palabra, debe verse cuál es el carácter especialísimo de los fenómenos eléctricos, cuál es el carácter común por el cual se forma con todos ellos un grupo, y en qué se diferencian de los demás fenómenos del universo material, como, por ejemplo, los caloríficos, lumínicos, acústicos ú otros cualesquiera.

»Definir una ciencia es limitar un grupo de hechos, á la manera que limitar un Estado es trazar la línea de sus fronteras; pues véase cuál es el grupo de los fenómenos eléctricos y qué contorno los limita separándolos de los restantes.

»Los hechos primitivos y más elementales que revelan un origen eléctrico se reducen á atracciones y repulsiones de cuerpos sumamente pequeños, como trozos diminutos de papel, barbas recortadas de pluma ó bolillas de saúco; pero hay otra multitud de hechos que á primera vista ninguna conexión tienen con los anteriores, y que, sin embargo, obedecen á las mismas leyes y dependen de la misma causa. ¡Qué hechos tan distintos al parecer! ¡Qué abismos entre la terrible línea sinuosa del rayo, el fragor del trueno, la luz deslumbradora del relámpago que enciende los espacios y un cuerpecillo insignificante, bueno cuando más como juguete de niño ó como adorno mujeril! Allá en el fondo del gineceo, una belleza helénica rodeada de jóvenes esclavas se entretiene en frotar las cuentas de su collar múltiple, cuentas de ámbar amarillo, que mercaderes fenicios trajeron de las costas del Báltico. Y después cogen entre todas alguna blanca paloma de las que vienen á beber en la fresca linfa de la fuente de mármol que adorna el próximo jardín, y con los electrizados granillos atraen las recortaduras de las alas del ave predilecta de Venus.

»Esto en la baja tierra y en los inocentes juegos de un *boudoir* clásico; y fuera, y lejos, y en lo alto, nubes tempestuosas que el aquilón arrastra, masas obscuras que entre sí chocan en los aires como monstruos de las tinieblas empeñados en fantástica batalla; la chispa eléctrica que en rápida serie de gigantescos ángulos busca su equilibrio, y un estampido que las montañas, con sus ásperas gargantas, repiten una y otra vez hasta que se debilitan y se pierden sus ecos.

»¡Quién podría alcanzar por aquellos tiempos poder sintético suficiente para unir en una sola teoría fenómenos al parecer tan opuestos! ¡Quién podría adivinar que las atracciones del electrón, el rayo de Jove y la piedra de Lidia eran una misma cosa, y que al cabo de algunos siglos el ámbar, el rayo y el imán formarían trípode misterioso, más misterioso y más sublime que el de todas las sibilas!

»Y sin embargo, todos estos hechos son en el fondo, y según todas las probabilidades, uno solo repetido y combinado consigo mismo bajo mil y mil apariencias diversas. Citemos, en efecto y sin más comentarios, una serie de hechos que podemos llamar eléctricos, en cuyo seno se agita como causa única la electricidad y el estudio de cuyo conjunto determina la ciencia de este nombre.»

. . . .

«Tuvo ocasión de observar el hombre la electricidad por vez primera en la resina fósil 600 antes de J. C. Más adelante aparecen fenómenos análogos, es decir, fenómenos de atracción y de repulsión por el frotamiento en otras diversas substancias, como las piedras preciosas y la turmalina, y del ámbar y de su propiedad eléctrica ya hemos hablado anteriormente, propiedad extraña y maravillosa que el espíritu poético y religioso de los griegos explicaría de una manera análoga á aquella otra con que explicaba el origen del ámbar mismo con los expeditos y pintorescos recursos de su mitología.

»Es el caso que el Sol tuvo un hijo, aquel travieso y mal aconsejado Faetón que se hizo célebre por su insigne torpeza, por su descomunal caída y por haber dado nombre á un género especialísimo de vehículos, que la moda utiliza de cuando en cuando. Y tuvo el padre del día otras tres hijas, las poéticas y sensibles *heliadas*, que al saber la desgracia de su buen hermano pusiéronse á llorar, y con llanto tan inagotable que cuatro meses enteros lágrima á lágrima gotearon todas las de sus ojos, hasta que, enternecido el corazón de los inmortales, pusieron término á su dolor, convirtiendo en olmos á las tiernas doncellas y en granos de ámbar las lágrimas purísimas por tris tezas fraternales vertidas.

»Pero los filósofos han sido en todos los tiempos descontentadizos en materia de explicaciones maravillosas; siempre han estado, aun los más juiciosos é inofensivos, tocados de impiedad, y las explicaciones

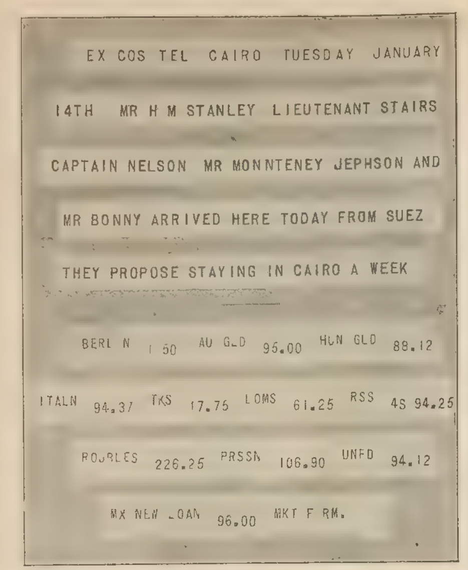

EX COS TEL CAIRO TUESDAY JANUARY
14TH MR H M STANLEY LIEUTENANT STAIRS
CAPTAIN NELSON MR MONNTENEY JEPHSON AND
MR BONNY ARRIVED HERE TODAY FROM SUEZ
THEY PROPOSE STAYING IN CAIRO A WEEK
BERL N 1 50 AU GLD 95.00 HUN GLD 88.12
ITALN 94.37 TKS 17.75 LOMS 61.25 RSS 4S 94.25
ROUBLES 226.25 PRSSN 106.90 UNFD 94.12
MX NEW LOAN 96.00 MKT F RM.

Fig. 3. Muestra de los despachos telegráficos expedidos por la *Exchange Telegraph Company*. $^1/_2$ de su verdadero tamaño

que preceden no satisfacían por lo visto al espíritu investigador de Thales, Demócrito, Platón, Plinio, Plutarco y algunos más; de suerte que unos y otros diéronse á inquirir razones y establecer teorías más al natural, aunque menos pintorescas, acumulando, según costumbre, hipótesis sobre hipótesis sin ningún resultado positivo.

»Hasta aquí los fenómenos eléctricos redúcense, según vemos, á uno solo: atracciones del ámbar frotado ejercidas sobre los cuerpos diminutos y ligeros; y es preciso saltar por una larga serie de siglos para venir á nuevos descubrimientos.»

. . . .

»Otto de Guericke fué quizá el primer hombre que oyó el ruido y vió la luz de la electricidad producida por el frotamiento, es decir, de la electricidad engendrada artificialmente; ruido tan débil, que en el mayor silencio y aplicando atentamente el oído apenas se percibe; luz tan tenue, que en la obscuridad y mirando muy de cerca apenas se nota; fenómeno tan menudo, si así puede decirse, que casi se confunden en él la ilusión y la realidad. Pequeño, mínimo, inapreciable como todo germen; como todo germen potente y misterioso; primer paso, si la imagen es permitida, de la nada al ser.

»Y sin embargo, la chispa eléctrica de Otto de Guericke, que casi no es, que ni se oye ni se ve casi, es más, vale más, contiene más grandezas que todas las nubes tempestuosas del espacio en las líneas crujientes de sus eléctricos bordes. La electricidad atmosférica es espantosa, pero es hoy lo que siempre fué, menos quizás que en los primeros períodos geológicos: la centella de Jove no ha progresado desde sus buenos tiempos; sus ímpetus han decaído, y como culebra que se domestica, bien puede decirse que dejó de ser el monstruo terrible que era, desde que Franklin puso bocado de hierro con las barras de sus pararrayos á las desordenadas violencias de la fiera.

»En cambio la chispa eléctrica de aquel globo de azufre de Otto de Guericke, que nadie más que el buen deseo de su creador podía ver y lograba oir, ha crecido y es rayo en las grandes baterías, corriente en el telégrafo, buzo prodigioso en el cable trasatlántico, fuego en el crisol de Siemens, voz humana en el teléfono de Bell, luz en el arco voltaico y en la línea de incandescencia de Edison, fuerza en la máquina de Gramme, acción química en la cubeta galvanoplástica, incansable vigilante en los fuegos y en las inundaciones, mano invisible que cose, teje y borda, fisiólogo prodigioso que penetra profundidades adentro en los misterios de la sensibilidad y de la vida; en suma, ser admirable y benéfico, trabajador incansable y, para decirlo en una palabra, obrero de la civilización.

»Pero Otto de Guericke, célebre burgomaestre de Magdeburgo, aún hizo más: hasta entonces los fenómenos eléctricos estaban reducidos á fenómenos de atracción; el insigne físico observó que los cuerpecillos ligeros podían ser rechazados después de haber sido atraídos, y observó aún que dos hilos próximos y paralelos, suspendidos á un conductor electrizado, se rechazaban mutuamente. Vemos, pues, cómo los hechos se van acumulando, diferenciándose al propio tiempo, y cómo á las acciones atractivas se oponen los efectos de repulsión.

»Ya en el siglo XVIII aparecen las notables experiencias de Gray y Wheeler encaminadas á descubrir si la electricidad puede propagarse á grandes distancias. Ambos físicos, al tender en una galería un cordón de ochenta pies de longitud, eran los precursores de estas extensísimas redes de alambres telegráficos y de cables transatlánticos que hoy envuelven á nuestro globo como si por maravillosa evolución el monstruo se hubiese transformado y fueran apareciendo en su organismo tejidos y filamentos nerviosos de puro hierro.

. . . .

»Como vamos saltando de cúspide en cúspide al relatar á grandes rasgos la historia de la electricidad, hemos de pronunciar al venir á este punto el nombre de Franklin, en cuyo cerebro brotó esta idea verdaderamente colosal, aunque hoy la pongamos en más modesta categoría, á saber: que la electricidad de los gabinetes de Física, la que engendran las máquinas, la que se acumula en las botellas y en las baterías, no es en el fondo distinta de la que brilla en el rayo y chasca en las nubes.

»El color de la chispa eléctrica, el ruido de su descarga, verdadero trueno en miniatura, la línea angulosa que traza, la muerte que puede dar á pequeños seres al caer sobre ellos y otras muchas semejanzas y analogías engendraron el atrevido pensamiento del gran físico americano, que lanzó su cometa por los aires al seno de nube tempestuosa y que trajo á su dedo en forma de chispa la electricidad que allá arriba circulaba, como domador que obliga al monstruo de los espacios á lamer la mano que le domina, le castiga y le sujeta.

»Así como los ríos en su origen son pequeñas fuentes ó regueras insignificantes, que luego en su curso van recogiendo otros riachuelos y otros ríos menores, hasta que, enriquecido su caudal de esta suerte, desembocan por término de su carrera en el mar, así las ciencias todas, y la ciencia eléctrica como una de tantas, empiezan por un hecho insignificante, recogen en su desenvolvimiento nuevos hechos al parecer distintos del primitivo, y enriquecidas de este modo con caudal cada vez mayor de fenómenos, se dirigen á la gran síntesis científica á que el espíritu humano aspira, y que no es en el fondo más que el símbolo racional de la unidad suprema de la naturaleza.

»Hemos visto, en efecto, cómo la electricidad empieza por mínimos fenómenos de atracción en el ámbar, en las resinas, en el cristal y en las piedras preciosas; hemos visto aumentar estos hechos en número y en intensidad, y aun tomar otro nuevo carácter, apareciendo la chispa eléctrica con su luz y su chasquido; hemos visto, por fin, descender la electricidad atmosférica como afluente, identificándose en una unidad superior la atracción del ámbar frotado, la chispa eléctrica de las máquinas y el rayo de las nubes, y al llegar á este punto nuevos hechos de carácter al parecer distinto vienen á enriquecer la corriente de fenómenos cuyo curso hemos seguido y á enriquecer la historia de la ciencia eléctrica con un nuevo capítulo.

»Hablábamos en uno de los párrafos anteriores de Franklin y de su clásica cometa, y para encontrar algo equivalente á este prodigioso descubrimiento necesitamos saltar de aquella cima de la ciencia humana á otra cima aún mayor, pronunciando el nombre de Volta con tanta admiración y tanto respeto como pronunciábamos el del célebre físico americano.

»Cuentan, y si no es cierto pudo serlo, que un sombrero de copa, esa prenda tiránica y ridícula de nuestra moderna civilización, dió origen nada menos que al teléfono de Bell.

»Y cuentan también, aunque en formas diversas, que una infeliz rana sacrificada por Galvani ó por su mujer Lucía Galeazzi, abrió paso á la corriente eléctrica.

»El ámbar representa la electricidad estática.

»El humilde batracio la corriente del éter, es decir, la corriente dinámica.

»Como más adelante la pequeña aguja imanada representará el magnetismo, que es probablemente una combinación de corrientes.

»Sobre este fantástico y extraño trípode se asienta majestuosa la ciencia de la electricidad con todos sus asombros y maravillas.»



LADRONA POR AMOR

POR J. BERR DE TURIQUE

Era cosa convenida hacía largo tiempo el matrimonio de Juanita Hombrou con Pedro Tourat; todo el mundo lo sabía, y cuando se encontraba al novio el domingo al pasar por el camino real que conduce desde Tourville á Neuburgo, todos decían: «¡He ahí el hijo del arrendador, que va á visitar á su prometida!»

– ¡Hola! Buenos días, señor Pedro... ¿Cuándo es la boda?

– Creo que por San Juan.

– ¡Por San Juan! ¡Santo Dios! ¡Cuatro meses aún!... Y sin duda le corre á usted prisa... ¿No es así?

– ¡Diantre!... Bien pudiera ser.

– ¡Bien pudiera ser!... Mejor haría V. en decir que así es en verdad... porque al fin y al cabo, Juanita es una hermosa muchacha, que le ama de veras... y bien hace V. en corresponderla, aunque su padre no sea muy digno de aprecio, ni su hija tan rica como la quisiera el padre de V.

Este matrimonio de Pedro con Juanita parecía entonces cosa muy sencilla, porque todos los del país se habían familiarizado con esa idea; mas no era así en un principio.

– ¿Cómo es, decían, que el padre Tourat, el riquísimo arrendador de Neuburgo, consiente en que su hijo se case con Juanita, la hija del padre Hombrou, de ese usurero bribón?

Y á decir verdad, aquel casamiento, ya concertado y admitido, y que solamente se retardó á causa de la juventud de los novios, no pareció realizable al comenzar las relaciones.

El padre Tourat..., el señor Tourat, como se le llamaba respetuosamente en el país, cuya fortuna ascendía á muchos centenares de miles de pesetas, había comenzado por poner el grito en el cielo cuando su hijo le confesó que amaba á Juanita.

– ¡Qué locura!..., exclamó. ¡La hija de un usurero, de un avaro, á quien todo el mundo trata de tunante en el país; una pobre muchacha que ha de trabajar hasta en los días de fiesta, porque ese tacaño rehusa atender á sus necesidades!

– Pero, padre, ¡si la amo!

– ¡Que la amas! ¡Vaya una razón!

– Si no me permite V. casarme con ella... me moriré de pesar.

El buen hombre, enfurecido al pronto, gritó y amenazó. – No tener más que un hijo,... haber trabajado á fin de proporcionarle una fortuna,... y todo esto ¿para qué?... Para dársela á la hija de un bribón.

Pero como Tourat adoraba á su hijo y le era insoportable la idea de que fuese desgraciado, acabó por ceder.

– ¡Vamos!, dijo, tráeme al tío Hombrou para hablar con él.

El padre de Juanita se presentó al día siguiente; era un hombre viejo, cascado y de expresión hipócrita.

– ¿Me ha enviado V. á llamar, señor Tourat?, preguntó. ¿Tendría por ventura algún cliente recalcitrante?...

– No, tío Hombrou; este mes he cobrado todas mis letras. No le he enviado á buscar para este asunto; en una palabra, mi hijo ama á Juanita.

– ¡Ay de mí! Señor Tourat, bien lo sé,... y mi hija ama también á Pedro,... tanto que se desmejora de día en día. ¡Ah! ¡Es una gran desgracia para ella!

– ¿Por qué?

– ¡Pobre niña!... ¡Sin un cuarto! V. no consentiría en el matrimonio.

Tourat se irguió, fijando en su interlocutor una mirada de asombro.

– ¿Sin un cuarto? ¡Vamos! En los treinta años que ha estado V. especulando en todo el país con la miseria de los pobres, seguramente habrá podido ahorrar algún dinero; no me cabe la menor duda.

– ¡Por la santa Virgen! Mi buen señor Tourat, crea V. que ni un cuarto,... no, ni un cuarto. ¡Cómo ha de ser! Yo tengo buen corazón,... y cuando un pobre diablo no puede pagar, me falta valor para hacerle prender.

– No le creo á V.

– Pues vamos á cuentas. ¿Le parece que yo habitaría en una vieja casucha, como lo hago, si tuviera medios para alquilar una casa cómoda? No, le aseguro bajo mi palabra que Juanita no tiene un cuarto de dote. ¡Pobre niña! ¡Qué pena le causará no poder casarse con aquel á quien ama! Y su hijo de V. también quedará muy triste. ¡Ah! ¡Pobres chicos, pobres chicos!

Y el viejo se pasó la manga de su vestido por los ojos como para enjugar una lágrima furtiva.

Tourat se encogió de hombros.

– No hay una palabra de verdad en todo lo que V. me dice, repuso.

– ¡Ah! Señor Tourat, pregunte V., tome informes donde quiera. ¿Conoce algún banquero que tenga fondos míos, ó un notario que administre mis inmuebles?

– Tal vez no tenga V. ni banquero ni notario, tío Hombrou; pero yo sospecho que en algún rincón guarda varias pesadas talegas llenas de oro... En fin, no insistiré, porque se trata de la felicidad de Pedro, que ama á la hija de V... Si no tiene dote, pasaré por ello... Se casará sin nada.

– ¡Ah, señor Tourat!...

Y Hombrou se adelantó, ofreciendo su mano; pero el otro le detuvo, diciéndole:

– Oiga V., tío Hombrou, aunque haya parentesco entre nosotros, no por eso aumentará nuestra intimidad. ¿Está V. conforme?

Y sin esperar contestación, el señor Tourat, girando sobre sus talones, volvió la espalda al usurero, mientras éste, al verse solo, dejó vagar en sus labios una maliciosa sonrisa, en la cual se revelaba, á la vez que el contento de haber casado á su hija sin dote, todo su odio y deseo de venganza por el desdén y desprecio que acababan de mostrarle.

. . . .

Hacía un año y algunos meses que los dos jóvenes eran prometidos (no teniendo Juanita más que diez y seis años y medio en la época de los desposorios, habíase acordado esperar hasta los diez y ocho cumplidos para casarla), y la existencia de estos enamorados era la más deliciosa del mundo.

Todos los días, á las doce, después de almorzar, Pedro pasaba por el camino que separa los dos pueblos, y Juanita, libre también á esta hora, corría á su encuentro.

Sentábanse entonces á orilla del camino, y estrechándose la mano, hablaban de sus proyectos futuros.

Los dos se adoraban.

¿Y cómo hubiera podido ser de otro modo? ¿Cómo no se habría dejado seducir Pedro por la gracia encantadora y la candidez de Juanita, tan linda y tan verdaderamente buena? ¿Y cómo no había de amar la joven con pasión al gallardo mancebo que, buscado en todas partes por las más ricas herederas, la prefería á ella tal como se la daban, es decir, sin dote, sin llevar siquiera la canastilla de boda ni el menor adorno, y tan pobre, que ninguna joven vestía más humildemente, pues no se engalanaba nunca con un pedazo de cinta ó de blonda?

¡Pobre Juanita! Sí, en verdad que era pobre, y no podía menos de serlo, puesto que su padre la dejaba trabajar todo el día y endurecerse las manos en las más rudas faenas.

¡Pobre! Y sin embargo, ¿no le había parecido oir durante la noche, cuando todo debía dormir en la casa, un rumor como el choque de monedas de oro cuando se cuentan? ¿Qué misterio se ocultaba en aquella pequeña habitación del último piso, la que había junto al granero, donde su padre no le permitió nunca penetrar? Una ó dos veces había pasado por delante en el momento de entrar allí su padre, y el viejo, inquieto al parecer, buscó pretextos para alejarla.

Cierto día, dominada por la curiosidad, preguntóle bruscamente:

– ¿Es oro lo que ocultas en esa habitación, donde jamás me dejas entrar?

Hombrou se rió de una manera extraña.

– ¡Oro! ¡Ja, ja! Si lo fuera no lo encerraría de ese modo, hija mía, y muy pronto lo hubiera convertido en alhajas para ti. No, lo que tengo en esa habitación son paquetes de papel timbrado, y me encierro en ella sólo para estudiar los jeroglíficos que contienen, sin que nadie me interrumpa.

. . . .

Aproximábase la fecha señalada para el casamiento, y cercano ya el gran día, Pedro y Juanita regocijábanse sin tasa. Después de tanto esperar, al fin iban á ser uno de otro para siempre.

De improviso circuló una noticia por el país: el señor Tourat, que hacía tiem-



En cuanto á Juanita, parecía haber tomado su partido en aquella situación, y después de algunas semanas de rebeldía, mostróse de pronto dócil y como resignada á conformarse con la decisión paterna sin discutirla.

– Vamos, díjole un día Hombrou, ¿me tienes ojeriza aún?

– No, padre mío.

– ¿Y no piensas ya en el joven Tourat?

– No, padre.

– ¿Pues en qué piensas, con ese aire misterioso que no te abandona nunca?

– ¡Ah!, padre mío,... tengo mi idea...

Y miró á Hombrou de una manera tan extraña, que de seguro le habría dado que pensar, si una grave preocupación no hubiera absorbido del todo su espíritu.

En efecto, hacía algún tiempo que Hombrou había echado de ver que le robaban.

Quince días antes, después de subir á la habitación misteriosa por la noche «para hablar con su dinero,» creyó notar que una pila de monedas de oro había disminuído.

«Habré contado mal,» pensó.

Al día siguiente volvió á subir otra vez, y ya no le fué posible dudar: una talega llena de duros estaba cortada.

– ¡Ah, miserable!, murmuró. ¡Ah, bribón! ¡Pobre de ti si te llego á coger!

Y Hombrou, armado de un revólver, púsose en acecho delante de la puerta.

po se aventuraba en especulaciones de gran consideración, había perdido sumas enormes, engañado por un banquero de mala fe.

– Está completamente arruinado, decían los unos.

– ¡Bah! Aún le quedan buenos cuartos, contestaban los otros.

En cuanto á Pedro, que estaba muy al corriente de los asuntos de su padre, creyó de su deber confesar á Juanita toda la verdad.

– Estamos del todo arruinados, le dijo, y ahora no se puede contar más que con mi trabajo para sostenernos mi padre y yo. Antes era un buen partido para ti, pues podía ofrecerte, con muchas comodidades, todos los placeres que hubieras deseado; pero hoy, ya no es así. Uniéndote conmigo deberías participar de mis privaciones, y por lo tanto te devuelvo tu palabra.

Por toda contestación, Juanita enlazó con su brazo el cuello de su novio.

– ¡Pedro, exclamó, yo te amo! Cuando eras rico me quisiste sin fortuna; hoy estamos al mismo nivel, y nos casaremos, Pedro. Los dos podemos trabajar, y no por esto cambiaré en nada. En cuanto á las privaciones de que me hablas, no puedes calificarlas de tales, puesto que las sufriremos juntos.

– Pero ¿y tu padre?

– ¿Qué le importa á mi padre, con tal de que no haya de mantenerme?

Así convenidos, separáronse Pedro y Juanita, felices ambos, contentos uno de otro, seguros ahora más que nunca de su mutuo amor, y diciéndose: «Hasta mañana.»

. . . .

Juanita había referido á Hombrou todo cuanto se decía sobre la ruina de los Tourat.

La joven esperaba que su padre se encogiera de hombros con indiferencia.

En efecto, ¿qué debía importarle al viejo que el esposo de su hija fuera rico ó pobre?

Pero el avaro dió un salto de alegría.

– ¡Arruinado, Tourat arruinado! A la verdad que ya lo sospechaba. ¡Bien le ha salido recibirme con insolencia! ¡Ah, buen mozo! ¡Tú me humillabas con tu dinero, y no querías estar en relaciones conmigo! ¡Ah! ¡Has querido echarla de gran señor! Nada de intimidad entre nosotros, me dijiste... ¡Pues bien, sea, nada de intimidad! Yo soy quien se opone ahora al casamiento.

– ¡Padre mío!...

– Sí, me opongo rotundamente... y se sabrá en el país que la negativa está de mi parte.

– ¡Pero, padre, yo amo á Pedro!

– ¡Vamos! ¿Crees tú que yo hago caso de esas necedades? Te digo que no te casarás con él,... un hombre que no sirve para nada,... arruinado,... que no sabe siquiera dónde podría encontrar trabajo para ganar su mísera subsistencia. ¡No,... no te casarás con él!

Al oir estas injurias, que para ella eran blasfemias, parecióle á Juanita que su tierno corazón se le rompía en el pecho; y cuadrándose delante del avaro, díjole con voz vibrante:

– ¡Le amo y... me casaré con él!

– Pues yo te digo que no; te doy mi palabra de que no será así,... y por haberte atrevido á contestar de ese modo ¡toma!

Juanita vió venir el golpe, pero ni siquiera quiso desviar la cabeza. Pensaba en Pedro, á quien tal vez no volvería á ver nunca.

. . . .

Hacía ya algún tiempo que se había renunciado al matrimonio; en el país se habló mucho de este rompimiento, y después olvidóse el incidente. Pedro había marchado á lejanas tierras, comprendiendo muy bien que era inútil esperar que Hombrou cambiase de parecer, y no sintiéndose con fuerza para vivir cerca de aquella á quien adoraba y que nunca debía ser suya.

Así estuvo de centinela algunas noches consecutivas, pero no vió á nadie.

«Bueno, pensó, el ladrón ha cogido ya bastante y no volverá.»

Sin embargo, volvió á subir para contar su dinero, y pudo ver entonces que una talega había desaparecido. Había algo de hechicería en aquel asunto; no podía ser menos,... y Hombrou se puso otra vez en acecho, jurando vengarse.

Nada,... no parecía nadie.. Y sin embargo, á cada nueva visita, Hombrou se cercioraba de que su tesoro disminuía.

– Si esto continua así, murmuró, voy á quedar arruinado á mi vez.

Y lo que más le irritaba era saber que el otro, su enemigo, Tourat, ayudado providencialmente había podido pagar á sus acreedores y trabajaba de nuevo.

– Aún le veremos enriquecerse, se dijo; mientras que á mí no me quedará ya nada,... nada absolutamente.

Hombrou se había contentado hasta entonces con vigilar la puerta de abajo, pero quiso hacer más. Cierta mañana marchó, diciendo á todos que iba á Rouen y que no regresaría hasta el día siguiente; pero después volvió y encerróse en la habitación misteriosa con víveres para dos días, resuelto á no moverse de allí.

«Ahora veremos,» pensó.

Los relojes señalaban ya la media noche: Hombrou estaba allí hacía unas doce horas, inmóvil, ojo avizor y escuchando atentamente.

De pronto se abrió la puerta con suavidad, sin producir el menor ruido. En la obscuridad dibujóse una forma humana; el avaro levantó su revólver é hizo fuego.

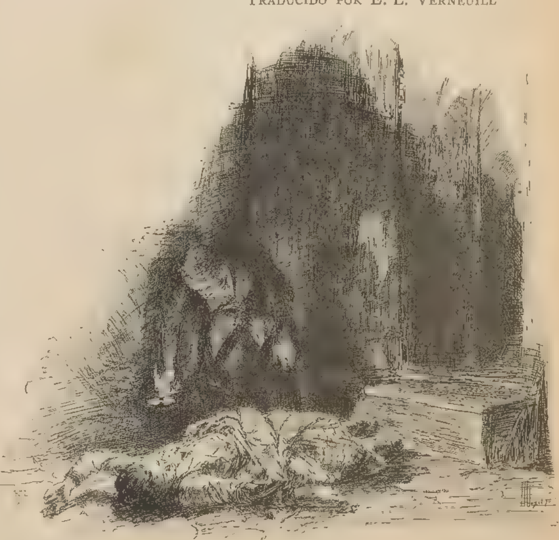
Siguióse un grito doloroso y el rumor producido por un cuerpo que cae pesadamente en tierra.

– ¡Ah, bribón! ¡Le maté! ¡He aquí una muerte de que no me arrepentiré!

Y encendiendo una luz acercóla al cuerpo inerte.

A su vez profirió un grito terrible: «¡Juanita!»

TRADUCIDO POR E. L. VERNEUILL



NUESTROS GRABADOS

La adoración de los pastores, grupo escultórico de Weltring.—Este notable escultor alemán que pasó sus años juveniles en la aldea de Plantlune (Omabruck), quiso perpetuar el recuerdo de su grata permanencia en ese pueblo regalando á la iglesia parroquial del mismo el grupo escultórico que reproducimos. Y á la verdad, pueden los plantluneses estar orgullosos de la joya que este rasgo de gratitud y desprendimiento les ha proporcionado. La colocación hábil de todas las figuras, la acertada expresión que en cada una de éstas se refleja y la exquisita corrección con que aparecen modeladas son cualidades más que suficientes para que pueda esta obra ser calificada de valiosa joya artística.

Monumento erigido en Rouen á la memoria de G. Flaubert, obra del escultor M. Chapu.—La ciudad de Rouen ha glorificado con este monumento á uno de sus más ilustres hijos, á la vez que á uno de los más admirables escritores de este siglo.

La obra en mármol blanco esculpida por M. Chapu, miembro del Instituto, es digna del hombre á cuya memoria se ha erigido y ha sido calificada de una de las más inspiradas del famoso escultor. En lo alto, un medallón encierra el busto en relieve del gran novelista; debajo, cerca de un laurel que alza sus pobres ramas hacia el escritor, una preciosa joven, la Inmortalidad, escribe el nombre de Flaubert en el libro en donde constan los de todos cuantos han honrado á la patria y á la humanidad.

El eminente pintor francés M. John-Lewis-Brown.—El celebrado autor de tantos cuadros de caza, el que tan maravillosamente supo reproducir las escenas cinegéticas y de *sport*, el que logró hallar en su paleta los tonos tan brillantes como exactos con que hacía destacar los personajes y los objetos de sus pinturas sobre el verde uniforme de los céspedes acaba de morir en París á la edad de sesenta y un años.

Nacido en Burdeos, á los doce años componía graciosas acuarelas, en las que se advertían todos los recursos de un artista consumado: llevado de su afición al arte fué á París y allí estudió á los grandes maestros, dedicándose á copiar los mejores cuadros del Louvre y teniendo que luchar siempre con la miseria. De regreso á su ciudad natal consiguió algunos triunfos en varias Exposiciones de provincias, y animado por estos éxitos volvió á París en 1859, sonriéndole desde entonces la fortuna hasta que la muerte lo ha arrebatado por desgracia para el arte.

John-Lewis-Brown era caballero de la Legión de Honor desde 1870, y había obtenido medallas en los Salones de 1865, 1866 y 1867.

La estacada del Nilo recientemente terminada por el Ministerio de Obras públicas de Egipto. – Esta obra grandiosa consiste en dos grandes diques colocados al través del río, unas 30 millas más abajo del Cairo, sitio en donde el Nilo se divide en dos brazos, uno que desemboca en el mar en Rosetta y el otro en Damietta. Cada dique es un largo puente cuyos arcos pueden cerrarse á voluntad, quedando á los lados unas esclusas para el paso de los barcos.

Cuando el río lleva poca agua se cierran esos arcos y el agua de esta suerte contenida alimenta tres canales que riegan todo el Bajo Egipto. La estacada cuya construcción comenzó en 1843 fué luego abandonada, hasta que Sir Collin Scott Moncrieff se encargó en 1883 de reconstruirla, habiéndola dejado terminada en el presente año.

Víctimas y verdugos, dibujo á la pluma de D. José L Pellicer.—¡Pobres avecillas! El invierno con sus rigores las ha desalojado de sus poéticos nidos, obligándolas á buscar á la ventura un asilo ni tan bello ni tan cómodo como el que entre el espeso follaje encontraron durante la primavera; la nieve ha cubierto los campos que pródigos les ofrecían el necesario sustento; el frío ha aterido sus miembros ha poco ágiles y ha hecho enmudecer sus antes parleras gargantas. Ya el sol no despide los rayos á cuyo calor se arrullaron; ya la tierra no ostenta las galas que un tiempo fueron su encanto; ya el viento helado ha sustituído á la suave brisa, á cuyo vivificante soplo se mecían las ramas en que se posaron sus pequeñuelos. ¡La naturaleza ha muerto!, y como si tantas desdichas no fueran bastantes, los infelices pajarillos han de habérselas con otro enemigo no menos terrible, el hombre, que abusando brutalmente de su superioridad, arremete contra ellos para entregarse á la más inhumana de las cazas.

Todo esto y mucho más y con mayor elocuencia expresado nos dice el precioso dibujo de Pellicer.



¿LE QUIERES MUCHO?, cuadro de Egisto Lancerotto

La consideración de tratarse del director artístico de esta ILUSTRACIÓN nos impide tributarle todos los elogios que quisiéramos y que se merece; pero lo que callamos, de sobra lo dirán nuestros lectores y en ello saldrá ganando Pellicer, pues así resultarán las alabanzas, ya que no por mejor deseo dictadas, por lo menos de mayor autoridad revestidas.

La presentación á los pastores, copia del cuadro de Murillo, existente en el Museo del Prado, Madrid, grabada por Baude. – De nuevo ofrecemos á nuestros lectores unidas estas dos firmas ilustres en el arte. Cuanto vale Murillo lo sabe el mundo entero, y los magníficos cuadros que de él posee nuestro Museo Nacional son la admiración de propios y extraños y la envidia de estos últimos. Y de cuán alto ha sabido Baude elevar el arte del buril en nuestros tiempos son prueba elocuente las muchas y solicitadas recompensas que en numerosos certámenes ha obtenido este grabador y el extraordinario aprecio en que son universalmente tenidas sus primorosas obras.

La presentación á los pastores y *El Divino Pastor*, que últimamente hemos publicado, patentizan la inimitable maestría con que Baude se ha identificado con el incomparable pintor español, la habilidad sin par con que reproduce el dibujo correctísimo, la delicadeza de los contornos, la hermosa gradación de tintas, cuantas bellezas, en suma, puede copiar el grabado de las pinturas de Murillo.

Del cuadro que publicamos nada hemos de decir: su grandiosidad en medio de su sencillez, el admirable consorcio en que en él aparecen unidos el idealismo más puro y el realismo más verdadero son cosas que fácilmente se sienten y difícilmente se explican. Delante de un cuadro de Murillo, los labios enmudecen y sólo el corazón habla.

¿Le quieres mucho?, cuadro de Egisto Lancerotto. – No hay que preguntar de qué se trata ni cuál será la contestación á esa pregunta: la carta que entre sus manos tiene la madre y la turbación de la muchacha al ser interrogada ponen al menos lince en condiciones de ser adivino y profeta. Sí; el asunto es una petición de matrimonio en toda forma y el desenlace del mismo será en la vicaría. Y á fe que el peticionario no tiene mal gusto ni poca suerte: la niña reune todos los atractivos que el más exigente puede desear y su lindo rostro expresa claramente cuán intenso es el amor que siente; la anciana, por su parte, tiene cara de bondadosa, y en cuanto al novio podemos suponer que en nada desmerecerá de sus futuras esposa y suegra; de suerte que el suceso próximo á consumarse presenta todas las garantías de felicidades sin cuento.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

Año IX — Barcelona 29 de diciembre de 1890 — Núm 470

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

Con el presente número repartimos como obsequio á nuestros suscriptores una reproducción en colores de la preciosa acuarela de D. Francisco Pradilla DOÑA JUANA LA LOCA



TOLEDO. - COLEGIO DE INFANTERIA, antes Hospital de Santa Cruz ó de los Niños

IMPRESIÓN FOTOTÍPICA

SUMARIO

MURMURACIONES EUROPEAS

POR DON EMILIO CASTELAR

I

La Nacionalidad Académica francesa nombró individuo de número al presidente del Consejo de ministros. Napoleón I, Napoleón III, Gambetta, muchos dominadores de Francia desearon un modesto sillón en la inmortal Compañía, y no pudieron obtenerlo por haber quizás tenido menos paciencia, siquier más voluntad, que M. de Frecynet. Aquí no podemos imaginarnos una elección académica de Francia, pues no sentimos los estímulos allí reinantes, ni pasamos por las pruebas allí en uso. Ya sea porque los literatos no dan en España subido precio á tamaño lauro, ya porque los nombramientos no alcanzan entre nosotros la significación alcanzada entre los políticos allí, las candidaturas á su presentación y los candidatos á su triunfo no conmueven los ánimos y despiertan las pasiones en Madrid como acontece de continuo en París. Cuando Víctor Hugo pidió tras la victoria de su revolución romántica el óleo de las consagraciones académicas al Olimpo de los viejos clásicos, estremeciéronse aquellas divinidades como pudieran estremecerse los antiguos reyes al ver los desacatos del pueblo en las irrupciones sufridas por sus palacios. Y en menor escala el fenómeno hase repetido por cien ocasiones análogas. Las respuestas á Ollivier y la lectura del discurso escrito por éste para su recepción enardecieron los espíritus como cualquier grave asunto social de primer orden. Zola se presentaba con resolución para que los románticos ungiesen la escuela realista, cual Hugo antes para que ungiesen la escuela romántica los clásicos. Y no ha podido contar los logros de su gloriosísimo antecesor. El ilustre cuerpo literario acaba de preferir el método positivo en la política y en el gobierno al método realista en las poesías y en las letras. Así Frecynet ha triunfado por completo de Zola. Para penetrarse de cuál importancia dan los franceses á estos actos académicos, bastará con decir que muchos toman la designación de un presidente del Consejo como testimonio de adhesiones á la forma política de Francia tan trascendentales cual las declaradas desde sus respectivas sedes por el obispo de Saboya y el arzobispo de Argel. Así el hemiciclo, coronado por aquella rotonda, que parece una tinaja cuando se la compara con las torres de Nuestra Señora y con los botareles de la Santa Capilla y con la linterna del Panteón; esa rotonda, parangonada por Heine con el pelucón de Luis XIV, no sólo empolla discordias literarias explicables, empolla inexplicables guerras políticas.

II

Llegan las aficiones al Cenáculo de los cuarenta inmortales hasta un extremo que no tiene hoy en parte alguna su igual. Preguntadles á los italianos por los nombres de aquellos que componen su Academia literaria de Toscana; preguntadles á los portugueses por los nombres de aquellos que componen su Academia científica en Lisboa; preguntadles á los helvecios por los nombres de aquellos que componen tantos cuerpos ilustres como pululan por sus sabias ciudades, y nadie sabrá daros cuenta y razón de tales sumandos. En París no hay muchacha de aquellas dadas á distraer sus ocios de mostrador y sus intermedios de apuntes con la continua lectura de libros, que ignore los nombres capitales de su Academia nacional y los títulos de las más gloriosas obras académicas. Así anda entre los parisienses un juego que supone profundo conocimiento de factores y usos y liturgias tales, á pesar de su altísimo carácter literario. Los apellidos célebres en la corporación, el número de los antiguos sillones ocupados por cada cual, el recuerdo de victorias en sus vidas ó de capítulos en sus obras, dan ocasión á juegos, en que hay prendas, acertijos, figuras, cascabelerías, embolismos, como en los mayores y más gozosos recreos de tal especie. Y no se crea que por tanto culto la Compañía entre nuestros vecinos logra eximirse de las flechas que lanzan á nuestras Academias, y sobre todo á la española, tanto y tanto escritor gracioso como se huelga denostándolas. Predominante de suyo en aquella corporación, como en la nuestra, un partido, éste abre con suma dificultad á los ajenos la puerta y de par en par con suma facilidad á los suyos Baste decir que ni Balzac, ni Dumas, ni Michelet, ni Quinet fueron académicos en Francia, mientras lo ha sido un obscuro Siraudin, que las gentes tomaban por un célebre confitero sito en la calle de la Paz. Víctor Hugo me contaba cómo sus compañeros comenzaron el nuevo Diccionario de la lengua francesa en treinta y seis á lo sumo, contribuyendo él mismo á definir en persona su comienzo, la sacra letra inicial, el *A*. Y entrando poco después en los debates de las cámaras, en los torbellinos de la revolución, en los lustros del destierro, en la guerra franco-prusiana, en el sitio de París, en las Asambleas de la tercera República; habiendo, tras medio siglo, vuelto á la Compañía, para hacerse presente, autorizándose así á votar por Julio Simón, les preguntó dónde se hallaban de Diccionarios, y le dijeron los cofrades hallarse ya en *Ac;* por manera que habrá de acabarse el Diccionario nuevo francés después que se haya concluído el idioma, y habrá importado su coste más, pero mucho más, que las indemnizaciones pagadas por el rescate de la nación á Prusia. *Et nunc erudimini.*

III

Pero dejémonos de tales músicas y vamos á otras más verdaderas. Todo el mundo sabe que así como hay un lugar bávaro donde se representa la Pasión del Señor á modo y manera de los Autos Sacramentales en otros siglos, hay un lugar bávaro donde se representan las óperas de Wagner. Y al frente de este segundo teatro, no sé bien si la casa real de Baviera, ó el Estado y el gobierno mismos, ó la empresa industrial de tamaño espectáculo, han puesto un francés muy amante de sus letras y de sus artes patrias. Para que los alemanes, aun aquellos dóciles y pacíficos del Mediodía, pongan un ciudadano de allende el Rhin á la cabeza de cualquier orquesta ú ópera propias como director artístico, necesita sobresalir por muchas y muy extraordinarias cualidades. Pues á este francés hásele ocurrido alternar las composiciones líricas de Wagner con las composiciones líricas de Berlioz. En el corriente siglo, á quien podríamos llamar de la uniformidad, y en pueblo tan disciplinado como Francia, parece imposible haya surgido bajo la unidad aquella casi absorbente y sobre un fondo común rayano con la vulgaridad genio tan extraordinario y singular como Berlioz, parecido por sus originalidades muy excéntricas á los más obscuros compositores germánicos. Quien dice música parece decir melodía y armonía. Pues Berlioz da muchas veces por música lo estridente y lo discorde, sumado á lo acorde y aun á lo sublime, porque la variedad y la contradicción resultan sus dos características. Dotado por el cielo de facultades geniales, propias para el arte, á que lo había destinado en sus designios, entra Berlioz en el número de los que sienten vocaciones incontrastables y las obedecen, sujetos al destino imperioso. Pero su padre, un abogado, quería para su hijo la felicidad fácil, cualquier oficio vulgar, la carrera de médico-cirujano, y no la difícil gloria de compositor. Cuando nacen las almas con una inteligencia muy penetrada de ideal, nacen á la vez con una voluntad resuelta de suyo á realizarlo y á cumplirlo. Enamorado Berlioz de la música, no podía rendirse á ciencia tan dispar con su arte bella como la medicina. El padre implacable lo condenó, abandonándolo, á una horrible miseria. Luego la que había de ser su compañera única, por cuyas gracias contrajera una pasión casi demente, según lo exaltada y frenética, le hizo padecer con sus desdenes continuos á las primeras declaraciones suyas en tal modo, que decidió suicidarse y pasó días errando por los bosques cual una fiera, bajo todas las inclemencias del aire y del sol, sin comer, sin dormir, hasta caerse al peso de sus dolores morales y á la debilidad contraída por su ayuno material como exánime; estado de alma y cuerpo en que perdiera la vida ciertamente, de no haberlo tropezado algunas personas caritativas y devuéltole por humanidad con sus próvidos cuidados á la salud completa y al ejercicio de sus grandes facultades. Tal episodio de su historia se parece mucho á otro célebre de la vida extraña de Bethoven, quien perdió el oído en su terrible conato de suicidio, y no recobrándolo, compuso muchísimo; mas diríais fantasmas extraños los sonidos que desde aquel entonces aglomerara en sus verdaderamente sublimes sinfonías. A Berlioz dábale por lo histórico y por lo épico. Así, buscaba en los humanos anales motivos y argumentos enlazados con las obras de genios épicos ó dramáticos, tales como Dante, Shakespeare, Goethe, Homero, Virgilio.

IV

A estos dos últimos acudió Berlioz para componer el drama épico puesto ahora en escena por el director artístico del teatro de Wagner. ¿Quién puede olvidar el Caballo de Troya, épica tradición, escuchada por nuestros tiernos oídos en la primera enseñanza y repetida como un refrán cualquiera siempre que deseamos calificar la traición y el dolo? Habíanse cansado los griegos de asediar inútilmente la ciudad asiática, y apelaron á la industria de meterse dentro de un gran caballo de madera ofrecido como un exvoto á la Minerva troyana y sorprender así á los asediados en inútil sitio por diez consecutivos años. El incendio de Troya por este dolo de los helenos puso en música Berlioz. Recordadlo. Acababan los troyanos de celebrar una procesión en honra del simulacro cedido por los griegos. ¡Noche terrible la que sucedió á tal procesión! Esclarecidos por mustia luna los griegos arribaron á las costas de Troya desde las costas de Tenedos. Uno de entre ellos, Sidón, abrió la puerta simulada que tenía el caballo en su vientre, dejando paso á los allí asilados, que bien pronto mataron la guarnición y cogieron la fortaleza. Corrían en la infeliz Troya los momentos primeros del sueño. Al natural sopor prestado por este diario reposo juntábanse aquella noche los pesados sopores traídos por los excesos de la bebida escanciada en la fiesta sacratísima y en la procesión religiosa. Y de aquel doble descanso profundísimo aprovecháronse los sitiadores, tan dolosamente puestos dentro de la ciudad, para incendiarla. Este trágico episodio ha trasladado á la música el compositor. En efecto, el saco, el incendio, la matanza, el exterminio comienzan; caen las paredes y ruedan las piedras entre grandes erupciones de brasas y nubes de humo rojizo y llamas voraces que diríais trombas de relámpagos y centellas, como si bandadas múltiples de nubes eléctricas fulminantes hubiéranse lanzado por los aires y terremotos estremecedores sacudido los suelos de aquel espacio desgarrado; tórnase la horrible atmósfera irrespirable á la densidad pesadísima de tantos vapores como la encienden y abrasan; el cielo se oculta, pues tan sólo esplende alguna que otra estrella como tras fúnebre paño; ora se oye un lloro de muchacho y ora un grito de mujer; el resuello de las vírgenes violadas sobre los honradísimos tálamos de sus padres mézclase al estertor de los moribundos recién caídos al pie de sus altares; por un lado singularísimos combates en que mueren todos los contendientes, y por otro lado desesperadas defensas que matan para devolver odios con odios y aumentan así los universales horrores; aquí asaltos animados por la cólera y allí suicidios determinados por el terror; pues creeríase que las tempestades con sus lluvias de fuego, las tormentas con sus oleajes encrespadísimos, la peste con sus asoladores alientos, el temblor de tierra con sus bostezos asesinos, cuantas fuerzas destructoras hay en el universo, habíanse reunido allí para destrozar á Ilion, la cual, en breves horas, tornóse una hoguera infinita, cercana de suyo á trocarse muy pronto en montón de cenizas, entre cuyos átomos perecieran hasta las sacrosantas ruinas. Tal fué la última noche de Troya en las tradiciones homéricas y virgilianas. Ahora bien; yo digo que un argumento así no puede prestarse á un arte de armonía como la música. Demasiados fragores en él retumban para que resulte melódico. Rossini decía que sólo cantaban en este mundo la religión, la libertad y el amor. Cuando le llevaron á componer el Macbeth, la tragedia del viejo rey asesinado por un magnate impacientísimo de sustituirle, arrastrado á tal crimen

por su odiosa mujer, dijo Rossini el siguiente clarísimo juicio acerca de tal extraño sujeto: no lo compondré yo; muchas ambiciones, mucha política, ningún amor; esto no canta. Poner Atila en dulces notas lo tengo por insensatez, añadía; el azote de Dios vino al mundo para destrozar los oídos y no para encantarlos. Práctica y simple filosofía ésta, que no deben olvidar los oyentes de Berlioz.

V

Afortunadamente hay otro episodio en el drama lírico de Berlioz. Bajo el nombre de los troyanos abraza la fuga de éstos del hogar incendiado y su arribo á las costas cartaginesas. Así como decimos lo uno, decimos lo otro, con igual convicción: el odio de los helenos á los frigios, que truena y estalla en la última noche de Troya, pugna con los naturales argumentos músicos; pero las quejas á Eneas de la triste abandonada Dido presenta muchos y muy aprovechables motivos á una brillante ópera. Todo pertenece al lado triste de la humanidad; pero lo triste del amor siempre resultará mucho más melodioso, por elegíaco y plañidero, que lo triste del combate y de la guerra, por fragoroso y tronituante. Eneas deja su Dido, y Dido se decide por el suicidio. Todo estaba, pues, apercibido á esta inmolación de la reina triste. Alzábanse ya los funerarios altares. La sacerdotisa del culto infernal, esparcido el cabello, desnudos los pies, invocaba con voz tonante los genios del abismo; rociaba los cuatro puntos del aire con aguas lustrales; cogía en la encina el muérdago verdinegro con hoz de oro al rayo pálido de la luna, y presentaba los panes sacros necesarios para los tránsitos á otra vida y á otros mundos lejanos. Observados todos estos rituales, apareció Dido, el traje y el cabello desceñidos, los brazos y los pies desnudos, atestiguando en su recogimiento y en su dolor toda la enormidad terrible de aquel supremo trance. Eran las altas horas de la noche. Profundo sueño pesaba sobre todos los seres animados, acallándolos y petrificándolos como pudiera la misma muerte. Dido, sin embargo, velaba y requería un cualquier asidero á su amortiguada vida. Mas ¿qué hacer? De no morir, ó tocábale presenciar solitaria los lugares testigos de su felicidad, ó tocábale mendigar un himeneo indigno de su estirpe á los reyes númidas que tanto despreciara, ó tocábale acompañar á los troyanos y ser ella, reina, en el cortejo de su mismo Eneas, una mísera esclava. Así no veía en torno suyo asilo ninguno que le asegurase un calmante á su dolor como el asilo de la eternidad. Mientras Dido se retorcía de tal suerte al pie de su pira, soñaba Eneas, en pesadillas terribles, acostado sobre la popa de su nave capitana, con siniestros ensueños. Y todas sus visiones interiores y todas las voces discordes oídas por sus remordimientos le impelían y le aguijoneaban á dejar aquel sitio y requerir Italia. En su natural perplejo vacilaba mil veces, y hasta se volvía de nuevo á mirar con ojos compasivos la traicionada reina y la herida ciudad. Mas como quiera que se le presentara en persona Mercurio á darle nuevas órdenes é imponerle una pronta partida, fuera de sí, disponía imperiosamente á los nautas que desempeñaran todas sus maniobras, yendo al remo el remero y al timón el piloto. Así la espada suya corta las amarras que unían las naves al puerto, y su voz manda todas las evoluciones indispensables al movimiento é impulso de los barcos. Aún la blanca luna se veía en el cielo y rayaba el crepúsculo matutino con las rientes alboradas meridionales, cuando, en su día último, al contemplar la reina desde torreón altísimo el Mediterráneo, á lo lejos columbra las velas que arrastran consigo las naves troyanas por los bordes últimos de los celestes horizontes. El dolor en ella toma tal intensidad, que se golpea el seno y se mesa los cabellos. Cuando ya nada tiene remedio, cuando solamente le resta su desesperación, irrítase contra sí misma por no haber puesto las armas en manos de sus tirios y no haber concluído al troyano. Habíale dado el sacratísimo lecho de su predilecto Siqueo, el cetro de su ciudad Cartago, con la mitad del alma la mitad del reino, y aquel infame cometía horrible traición, que debió impedir ella, incendiando sus naves, rompiendo sus armas, desgarrando su cuerpo en compañía de las furias vengadoras y de las divinidades infernales, acudidas á sus apremiantes evocaciones para secundarla en sus desquites y venganzas. Ya lejos él, henchida su lona de viento favorable, gallardo su barco sobre las aguas rientes, lánzale inútiles maldiciones y quiérele malogrado en su juventud y hundido en los abismos. De aquí, de tal maldición, brota en este mome to supremo todo lo que hará Cartago contra Roma. Los juramentos terribles de Amílcar, los nefastos incendios de Sagunto, la batalla de Trasimeno, el sitio puesto por Aníbal á la Ciudad Eterna, tantos desastres, tantos horrores, tantos hechos cruentísimos, únense á esta maldición suprema. Pero en su desesperación ya no puede retener por más tiempo la vida. Cegada por un último asomo de cólera, sobrecogida de un transporte nervioso que le quita el sentimiento y el sentido, siniestra y errante la mirada, lívido el rostro, fría ya con el helor de la muerte, sube á lo alto de su palacio, descuelga la espada, signo de su natural soberanía, se detiene á contemplar algunos minutos los regalos traídos por Eneas, las joyas propias, el tálamo nupcial, y ya consumado todo en derredor suyo y consumidas las pavesas últimas de su esperanza, prende fuego á la pira, se parte casi al mismo tiempo el corazón sin otro pensamiento que mostrar á Eneas con lo triste y horrible de aquel sacrificio lo intenso de su amor. Todo esto ya es música; porque canta en todo esto la pasión de las pasiones, el sacro y fecundo amor.

AFICIONES ARTÍSTICAS, cuadro de César Tiratelli

VI

El movimiento intelectual más considerado y seguido por el interés público siempre será el arte dramático en los pueblos meridionales. Poco aficiona-

dos éstos al ejercicio de la lectura, que pide un recogimiento en sí mismos de los lectores y un trato de los libros, quizás incompatibles con los climas y las costumbres del Mediodía, necesitan recoger las ideas en las emociones, y no las encuentran por esfera ninguna de la vida tan copiosas como por el teatro. Leer mucho repugna con repugnancia invencible á sus pasiones; pero en cambio se mueren por oir. De aquí su devoción al drama y á la música y á la elocuencia. Solamente se cosechan dineros y aplausos en el teatro. Solamente hay gloria para los oradores en otro ramo de la grande actividad humana y público para los discursos. De aquí el que todo prosista quiera orar, y dramatizar todo poeta. Mas el teatro y la oratoria exigen cualidades externas, las cuales no están sólo en la inteligencia. Un poeta, incapaz de mover en la vida real personajes semirreales y de urdir enredos interesantes, podrá tener el genio de Píndaro y Horacio y Virgilio; no valdrá en la poesía dramática, fundada sobre condiciones de muy difícil consecusión y allegamiento. Y no digo del orador nada, porque puede la mejor arenga perderse por falta de un respiro y de un diente. Sin embargo lo dicho, todo el mundo aspira hoy á la elocuencia hablada y á la poesía dramática. Inútil, pues, maravillarnos si novelistas de mérito como Urrecha ponen sobre las tablas una de sus novelas. Por tal tendrá la crítica, por novela, el conjunto de animadísimos diálogos representado como drama so el título de *Genoveva*. Pero ¿no comprende un escritor tan competente como Urrecha en las letras contemporáneas cómo sólo es acción el teatro siempre? Y ahora que hablamos de teatro, ¡con qué facilidad se cuaja una leyenda en torno de una persona! Veinticuatro meses atrás nadie conocía el nombre de Mascagni, ahora músico ilustre por haber compuesto la opereta conocida con el título de *Cavalleria Rusticana*. Hijo de un panadero, pensionado en Milán por caritativo magnate, nómada director de una compañía de la legua, marido de preciosa cantatriz hallada en las incidencias románticas de su oficio errante, director de orquesta en los partenópeos campos, una hombrada del célebre Zonzogno, rico certamen abierto para premiar la mejor opereta, lo sacó de su modes obscuridad á los veintisiete años y lo puso entre las mayores y más renombradas reputaciones artísticas. Mientras no gustaron á la primer audición el *Barbero* y la *Norma*, portentos inmortales en que hoy proclamamos divinos á sus creadores, la opereta de Mascagni triunfó antes de nacer, al revés de Inés de Castro, la cual reinó después de morir. Sin que se descorriera el telón, se inmortalizó el autor. La siciliana cantada entre bastidores, overtura ó sinfonía instrumental y vocal á un tiempo, bastó ella sola para que prendiera el entusiasmo en todos los oyentes y se mantuviese muy exaltado hasta el final de la obra. Nuestro gran teatro, al cual he vuelto tras dos años de lutos y duelos, pone juntamente con la *Cenerentola* de Rossini, un dios del arte, la obrilla de su modesto y afortunado sucesor. Aunque haya la música de Rossini envejecido mucho, por librada siempre á las gargantas que van faltando, sustituídas por trompas ó trompones, y en las gargantas á su agilidad cada vez más escasa, tendrá, mientras haya en los humanos orejas y en las orejas oídos, el encanto que producen, segun ley natural, consonancias ideadas y sentidas y compuestas por una especie de dios. El arte no se aprende, se adivina. La genialidad natural, jamás allegada sino en la parte muy técnica ó de factura, escasea mucho, y por escasa tiene tanto mérito. En la grande abundancia de óperas no está el mérito de ninguna manera: la inspirada *Lucrezia* del inmortal Donizzetti vale por la mitad casi de sus bellísimas producciones. A quien recorra Italia, de seguro le asombrará esta copia de notas, que pasan como chispas en los horizontes del tiempo y caen apagadas en los abismos del olvido. ¿Pasará igual con *Cavalleria Rusticana*? Si el autor progresa, no; si retrocede, sí. Hay en ella momentos varios de suma inspiración personal entrelazados con recuerdos conocidos de varias obras líricas. La influencia germánica se conoce á cada paso en el predominio de la orquesta sobre la voz, en los fragorosísimos coros, en el empeño de acercar un arte, de la naturaleza tan apartado como el drama lírico, á la naturaleza, destituyendo las arias de alegros y acercando el dúo al diálogo. Pero con estas imposiciones del gusto se mezclan aires italianos y españoles de infinita dulzura. Tal es mi opinión, porque una crítica larga y concienzuda estáme vedada por la índole de mis trabajos y por la extensión de este mi escrito, sin contar con que todos cuantos aspiren al cargo de jueces en asuntos literarios y científicos y artísticos, deben tentarse la ropa, desde que un autor, como el de *Las Parisienses*, pide á Sarcey daños y perjuicios, responsabilidad civil efectiva, no sabemos si también responsabilidad criminal, por haber criticado su obra é inferídole un perjuicio moral en su crédito denostando sus cualidades, y material en su bolsillo disuadiendo de las asistencias á los espectadores. El pleito hace reir á toda Europa; mas le interesa por su extravagancia. Y doy punto final ahora para continuar en el próximo año.

Emilio Castelar

EL DIENTE DEL CABALLO

...*Del caballo regalado*, quiero decir; de ese caballo al que, según el refrán, *no hay que mirarle el diente*, y al que yo, dicho sea sin ofender á nadie, miraría el diente y la dentadura entera con más cuidado que al adquirirlo en virtud de contrato de compraventa.

Dicen por ahí, ó por aquí, ó por donde sea, que los refranes constituyen la sabiduría del pueblo, y dicen también, hace ya muchos siglos, que *Voz del pueblo voz del cielo, ó de Dios* (*Vox populi, vox Dei*); pero esto no ha de tomarse al pie de la letra, porque ni la voz del pueblo deja de proclamar en ocasiones solemnísimos disparates que sería irreverente atribuir al Hacedor Supremo, ni faltan refranes contradictorios é incompatibles entre sí, que dan triste idea de la sabiduría popular y prestarían autoridad muy escasa á los consejos celestiales, puesto que del cielo procediesen.

Díganme ustedes si se compadecen, por ejemplo, los consejos que envuelven los dos refranes siguientes: *Vale más grande esperanza, que ruin posesión*; *Más vale pájaro en mano, que buitre volando*; no voy á inferir á mis discretísimos lectores la ofensa de explicarles la evidente imposibilidad de seguir á un tiempo mismo ambos consejos. ¿Pues qué me dicen ustedes de estos dos refrancitos: *No por mucho madrugar amanece más temprano*; *Al que madruga Dios le ayuda*? ¿No significan advertencias ó amonestaciones contradictorias entre sí? Y no digamos nada de estos otros: *No con quien naces, sino con quien paces*, y *En mal y en bien á los tuyos te ten*;... y no prosigo la enumeración de los refranes antitéticos, por ejemplo, aquel de *Quien no se arriesga no pasa la mar*, y el otro de *Quien busca el peligro, en él perece*, porque sería el cuento de nunca acabar.

Resulta de todo lo dicho que la autoridad de los refranes es muy discutible y su exactitud muy problemática, cosas ambas que en un país tan católico, tan apostólico y tan romano como el nuestro no podrían afirmarse, sin dejar bien sentado, ó bien asentado (que de los dos modos lo sé decir) lo meramente humano, y por consiguiente falible, de su procedencia.

Necesitaba yo hacer estas aclaraciones preliminares para decir paladinamente que el refrán *A caballo regalado no le mires el diente*, me ha parecido siempre una insigne majadería. Creo que, por el contrario, sería más cuerdo aconsejar: *A caballo regalado mírale bien el diente*, porque de las condiciones del regalo puede deducir el favorecido la estimación que al favorecedor merece. Entiéndase bien que al hablar de las condiciones del regalo no me refiero á su mayor ó menor riqueza; un regalo magnífico puede revelar desdén profundo, y un humilde obsequio traduce acaso entrañable cariño... Nada hay más elocuente que un regalo para quien con detenimiento, con cuidado, lo analiza; nada más interesante que el *diente del caballo* regalado, cuando con atención se le mira.

Penetren ustedes, si les es posible, en el saloncillo de un teatro en noche de beneficio de un actor famoso;... lo verán ustedes convertido en *bazar:* aquí, una pareja de soberbios jarrones de porcelana; allí, bastones preciosos; lindos cuadros á un lado; costosas boquillas de espuma de mar y de ámbar á otro;... juguetes de gran precio, esculturas de mucho valor artístico, muebles suntuosos, cajas de tabacos de las más acreditadas marcas de la Vuelta de Abajo:... el conjunto es deslumbrador, la impresión primera casi desvanece; después, cuando, poco á poco, la vista se habitúa á la contemplación de aquel confuso caos de objetos heterogéneos; cuando desde la admiración de lo colectivo descendemos al examen de lo individual y leemos los nombres estampados en sendas tarjetas que penden de los distintos regalos, es cuando vamos estableciendo comparaciones entre obsequio y obsequio, entre fineza y fineza, entre *diente y diente*.

Esas dos cajas de magníficos *Césares* de Upmann que se muestran aparatosamente abiertas para que los entendidos y aficionados admiren la extraordinaria vitela de tan exquisitos tabacos, representan un gasto de muy cerca de cuarenta pesos; ese tarjetero que modesta y humildemente se esconde, como ruborizado, entre dos obras de encuadernación lujosísima, habrá podido costar nueve pesetas... Allí están muy inmediatos el uno al otro ambos obsequios; el uno, atrayendo miradas de asombro y envidia; el otro, excitando sonrisas de compasión:... el encargado de desenfardar los obsequios y de colocarlos artísticamente ha recibido éste y ha recibido aquél y todo lo ha aceptado y por todo ha dado las gracias,... porque profesa la opinión de que á *caballo regalado no se le mira el diente*; pero el observador, el que averigua que las cajas de Césares son obsequio de un Excmo Sr. Ministro, y que el tarjetero es la memoria de una infeliz racionista del mismo teatro, establece entre el uno y el otro grandes diferencias.

El Ministro, desagradablemente sorprendido con la noticia de que en aquella noche se verifica la función á beneficio de un artista á quien él honra y distingue con su amistad, ha llamado á un ordenanza del Ministerio y le ha encargado, después de darle una tarjeta, que vaya al despacho central de la *Tabacalera*; que compre dos cajas de Césares y que, con ellas y con la tarjeta, vaya al teatro y deje la una y las otras... y no ha vuelto á pensar ni en el cómico, ni en el beneficio, ni en los Césares. La racionista que ha regalado el tarjetero con iniciales que ella misma ha bordado primorosamente, está pensando en el *beneficio* desde los primeros días de la temporada; ha llevado al Monte de Piedad unos pendientes suyos y el anillo de boda de su madre para destinar las doce pesetas que le dieron de empeño á la adquisición de hilo de oro con que bordar las iniciales del beneficiado; ha visitado, en muchos días arreo, todos los bazares de baratijas para hallar una de buen gusto y de poco precio; y mientras buscaba el objeto á propósito y después mientras trabajaba en el bordado y luego cuando llevaba su humilde presente al laureado artista, ha pensado constantemente en él, en su protector, en su maestro y en el escaso resultado que, á la vista de todos los concurrentes al saloncillo, daría el inmenso sacrificio de la sincera y humilde admiradora.

Cuando en esas noches de funciones brillantes visito los saloncillos de los teatros, nunca me detengo á contemplar los obsequios de mucho valor, obsequios que nada dicen al alma. Casi todos los he visto ó he podido verlos pocas horas antes en casa de Olave, de Peregil ó de Bach; las ediciones de lujo las tengo examinadas desde muchos días antes en casa de Fe ó de San Martín;... los objetos pobres, los que representan un desembolso de ocho pesetas, esos son los que miro, esos son los que me hacen pensar y sentir... ¡Qué curioso y qué entretenido sería, en noches como esas, retroceder hasta la averiguación de la historia de cada regalo!

No lo duden ustedes: en eso como en todo hay muy saludable y muy copiosa enseñanza.

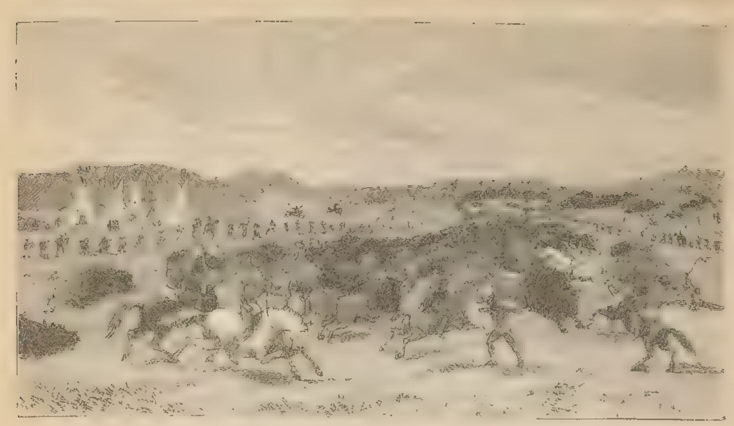
No ha muchos días se verificó en Madrid la función inaugural de uno de los más concurridos teatros. La empresa, como en casos tales acontece, regaló algunos billetes, muchos billetes, á sus amigos y favorecedores. Era aquello, lo parecía al menos, antes que comienzo de los trabajos de una empresa industrial, verdadera solemnidad artística. Pues bien: los autores de *la casa*, los abastecedores del pasto intelectual de aquel público habían sido obsequiados con butacas de las últimas filas; no los enviaron al vestíbulo porque en este sitio no hay asientos; pero es muy probable que para la temporada próxima venidera se prevea el caso, y los poetas, literatos, autores y demás gente ordinaria tengan su lugar fuera del salón. Emilio Arrieta, el maestro insigne, el autor de *Ildegonda* y de *El Dominó azul*, compartía con una columnilla de hierro la mitad de *cierta* butaca; y mientras el director de la Escuela Nacional de Música y Declamación, inclinando su venerable cabeza, ya hacia uno, ya hacia otro lado, procuraba sortear las dificultades que su inflexible compañera le ofrecía para ver lo que pasaba en escena, ocupaban los mejores asientos de la platea caballeritos que no saben de arte una palabra ó señoras de esas que no faltan nunca donde hay de esos caballeritos. Que la empresa al hacer la distribución de sus regalos estuvo en su derecho, no lo niego; pero no me nieguen ustedes que, en aquella ocasión, pudieron y debieron los menos favorecidos *mirar el diente* al caballo que les regalaban.

A. Sánchez Pérez

SECCIÓN AMERICANA

EL EXTERMINIO DE LOS BISONTES EN AMÉRICA

El bisonte, el más corpulento de los bóvidos, es común á Europa y á la América del Norte. En el continente europeo estaba muy extendido en los tiempos cuaternarios, en la edad de piedra: hoy sólo existe en el bosque pantanoso de Bijalowicsa, en Po-


Fig. 1. Matanza de bisontes por los indios. (Copia de un cuadro de Jorge Catlin, existente en el Museo Nacional de los Estados Unidos.)

lonia, y en algunos rincones del Cáucaso, y á buen seguro que sin la poderosa protección de los emperadores de Rusia habría desaparecido totalmente.

En América, á raíz del descubrimiento, recorría el continente septentrional y abundaba allí más que cualquier otro cuadrúpedo en punto alguno de la tierra. Actualmente apenas queda un millar de bisontes, los más de ellos cautivos en parques públicos ó particulares.

El director del Parque zoológico nacional de los Estados Unidos Mr. Guillermo T. Hornaday acaba de publicar en el *Annual Report of the Smithsonian Institution* una relación de todos los hechos concernientes á ese exterminio de uno de los más grandes y más hermosos animales del mundo. Es una narración interesante que vamos á resumir.

Los europeos vieron por vez primera el bisonte americano cuando la invasión de México por Cortés. Motezuma había organizado en su capital para instrucción de sus súbditos una colección zoológica que contaba, entre otros animales salvajes, un toro procedente del Norte y raro en extremo, según dice el historiador Solís, cuya descripción entusiasta no era sino el eco de narraciones hoy desaparecidas.

Nueve años después, ó sea en 1530, otro explorador español, Alvar Núñez Cabeza, que había naufragado cerca del delta del Mississipí, fué el primero que encontró bisontes libres.

Posteriormente todos los exploradores toparon con ellos en las excursiones que verificaban por todos lados en el interior de las tierras, aunque ya entonces los indios los habían desalojado en parte de sus antiguos dominios, que en anteriores tiempos debieron ocupar una superficie mucho más extensa, especialmente hacia el Oeste, en la fértil vertiente del Pacífico.

El bisonte había sufrido la influencia de los diversos climas de ese enorme territorio, siendo perfectamente apreciables las diferencias que entre ellos existían.

M. J. A. Allen, que ha publicado una admirable monografía del bisonte, de la que por desgracia se encuentran muy pocos ejemplares, ha rebuscado todos los textos, todas las indicaciones concernientes á la existencia y á la destrucción de este animal en los diversos Estados; gracias á estos datos Mr. W. T. Hornaday ha podido trazar un mapa en el que aparecen claramente marcados los límites dentro de los cuales vivía el bisonte en un principio y que desde 1750 fueron estrechándose de día en día.

Los primeros exploradores afirman á una que el número de bisontes por todas partes diseminados era prodigioso, cubriendo materialmente el país y atronando de continuo montes y valles con sus mugidos.

La escasa inteligencia del bisonte debía ser una de las causas de su ruina: el animal no se daba cuenta de los peligros que le amenazaban, y como las manadas eran numerosas, la muerte de algunos individuos de la misma pasaba inadvertida para los demás y no introducía entre ellos el menor pánico.

Fig. 2. Bisontes cercados por los indios en los Estados Unidos (Dibujo del profesor H. Y. Hinds.)

Pero cuando la destrucción fué tomando mayores proporciones, á medida que los vacíos se hicieron sentir más en todos los rebaños, el carácter del bisonte modificóse por completo: sólo entonces receló del ruido de la carabina y de la presencia del hombre y aprendió á huir, llegando á ser en 1886 el menos abordable de todos los animales salvajes; pero era tarde.

Uno de los principales rasgos de su carácter es la curiosidad: predominaba ésta en ellos en tan alto grado, que los cazadores la tenían siempre en cuenta, y esperaban, por ejemplo, para hacer fuego á que el animal perseguido se detuviera y se volviera tranquilamente para examinar á su perseguidor, cosa que nunca dejaba de hacer.

Cítanse numerosos hechos que atestiguan el valor de este noble animal: las madres hacían á menudo el sacrificio de su vida para proteger á sus hijos.

Mas la lucha contra la civilización invasora hacíase imposible; el bisonte retrocedía fatalmente á medida que aquélla avanzaba, y su destrucción se precipitó por una serie de causas secundarias, tales como el espíritu exterminador de los hombres poco cuidadosos de conservar los inmensos recursos que la naturaleza les proporcionaba, la falta absoluta é inexcusable de medidas protectoras por parte del gobierno nacional, la preferencia de todos los cazadores por las pieles y la carne de las hembras, la fenomenal estupidez del animal y su indiferencia hacia el hombre y el perfeccionamiento de las armas de fuego. Los procedimientos empleados para esta caza eran en corto número y poco diferentes entre sí

La caza al acecho *(still hunt)* fué la más indigna del hombre y la que causó mayores estragos: el cazador no corría ningún peligro, ni siquiera se excitaba; no era más que un matarife. La captura de los rebaños domésticos de Tejas es indudablemente más peligrosa y más honrosa que aquella en que el hombre, oculto tras una roca ó un alto y espeso matorral, disparaba cuando quería y hasta cansarse sobre centenares de animales que en rebaños numerosos se ponían á su alcance.

La caza á caballo y con perros gozaba también de gran favor entre los indios salvajes, cuya afición por la misma no logró disminuir la introducción de las armas de fuego. Para ella eran elementos indispensables un caballo excelente, un jinete consumado, un valor á toda prueba y, en los primitivos tiempos, un conocimiento perfecto del manejo de las armas arrojadizas, que servían de proyectiles.

W. F. Cody, á quien toda Europa conoció recientemente con el nombre de *Buffalo Bill*, era uno de los más expertos y atrevidos aficionados á esta caza. En 1867 entró al servicio del *Railway Kansas-Pacific*, que á la sazón se estaba construyendo, con un sueldo de 500 dollars mensuales que se le satisfacía á


Fig. 3. Caza de bisontes en el ferrocarril *Kansas-Pacific*, Estados Unidos, en 187[illegible]
(Copia de un grabado americano.)

condición de que proveyera á los obreros de toda la carne necesaria para su subsistencia. En diez y ocho meses mató 4 280 bisontes.

Otro sistema consistía en preparar un recinto cercado hacia el cual se empujaba á la manada que se conseguía acorralar y hacer correr entre una doble fila de hombres á pie ó á caballo. Un indio montado y cubierto de una piel de bisonte se ponía al frente de la manada y la arrastraba en pos de sí hasta que al llegar á la entrada de aquel recinto el animal fingido se precipitaba en un escondrijo á este efecto preparado, mientras los bisontes, pasando como un rayo por su lado, se encontraban á poco cautivos y muy pronto víctimas de espantosa matanza. Aquella escena de carnicería era horrible; las vociferaciones de los indios dominaban los mugidos de las víctimas, cuya agonía en masa (pues con frecuencia perecían á centenares) constituía un espectáculo indescriptible. ¡Y qué decir del que ofrecía más tarde este terreno cubierto de huesos y de restos de cadáveres que despedían un hedor intolerable, mientras millones de moscas azules revoloteaban por encima de estos montones putrefactos!

A los cazadores á caballo gustábales otro procedimiento Divididos en dos grupos que partían de puntos distintos, diseminábanse alrededor de una manada, manteniéndose al principio á gran distancia de ella, estrechando poco á poco el cerco y dando vueltas en sentido contrario, como hacen los jinetes en una conocida figura del *carrousel*. Muy pronto los cazadores se encontraban junto á los bisontes, que se amontonaban formando una masa compacta en donde no se perdía un solo proyectil; bien que algunas veces las cañas se volvían lanzas, es decir, los nobles animales trataban de romper el círculo de sus sitiadores, y tomando una vigorosa ofensiva arremetían contra éstos con desesperada bravura. Todo esto, empero, duraba apenas algunos instantes, de modo que una manada de bisontes podía ser cercada y destruída en un cuarto de hora.

Otras veces los cazadores, aprovechándose de las escabrosidades que limitaban bruscamente una meseta, impelían á los bisontes hacia el abismo: los primeros que á la orilla de éste llegaban intentaban detenerse; pero sus esfuerzos eran vanos, porque la masa de los que tras ellos venían les empujaban y todos se precipitaban en revuelta confusión, destrozándose entre las peñas que en el fondo de aquella sima les esperaban.

Finalmente, cuando la nieve cubría con abundancia las praderas y el bisonte hundido en ella hasta medio cuerpo andaba con gran dificultad, el cazador, provisto de unos patines especiales, corría rápidamente sobre la nevada superficie, se aproximaba á los infelices animales y los hería impunemente. La piel del bisonte muerto en esta época del año tiene más valor que la de los animales sacrificados en cualquier otra; por esto en esta estación la caza era mucho más activa que en las demás.

Los primeros colonos de América no habrían podido hacer frente á las imperiosas necesidades de su rudo oficio á no haber tenido á su disposición el bisonte, cuyos vellones, carne y huesos les proporcionaban recursos variados. Aun para los mismos indios, tan numerosos también, había sido el bisonte un verdadero don de la Providencia.

Durante el período de 1730 á 1830 la destrucción de esta especie no fué exagerada; pero á partir de esta última fecha, hízose el exterminio sistemático, merced á expediciones numerosas armadas con todas las ventajas que la civilización ponía en mano de las Compañías directoras. La historia de esta época es verdaderamente lamentable y merece las más amargas censuras de Mr. W. T. Hornaday.

En 1870 existían aún millones de búfalos, y cada año hubiérase podido dar muerte á 500.000 de ellos sin que disminuyera sensiblemente su número: el Estado habría podido contar con una renta anual de 12 millones de pesetas, con sólo percibir un derecho de 5 dollars por cabeza. Así se ha procedido con las focas del Noroeste, y de esta suerte ha quedado protegida la riqueza nacional. Un derecho mínimo sobre cada piel hubiera bastado paga cubrir los gastos necesarios de vigilancia y reglamentación de la caza Al propio tiempo, el comercio y la industria, alimentados por esa entrega anual de 500.000 bisontes. habrían ganado 20 millones. Pero ni el Estado ni los gobiernos de los territorios han pensado en ello, y una ley votada demasiado tarde por las Cámaras (1874) ni siquiera ha sido promulgada.

La construcción del primer ferrocarril transcontinental tuvo por resultado destruir todos los bisontes que vivían en las cercanías de la línea, alejar á los demás y dividir en dos la superficie por estos animales habitada.

Las manadas del Sur, que contaban más de 3 millones de cabezas, fueron materialmente aniquiladas por la multiplicación de las vías férreas. La fiebre de bisonte en tales parajes sólo es comparable con la fiebre de oro que se desarrolló á poco de haberse descubierto los primeros yacimientos auríferos de California De todas partes llegaban cazadores seguidos de vendedores de municiones y de compradores de pieles; por doquier se levantaban fábricas para la salazón de las carnes y curtidurías. Las Compañías, aquellas de las que se conoce la cifra de los negocios, obtuvieron, de 1872 á 1874, 3.158.730 pieles; debiendo tenerse en cuenta que en el comercio una piel significa varios animales muertos, y que los indios para su propio uso sacrificaron durante ese período más de 400.000. Consecuencia de todo ello fué que en 1875 todos los grandes rebaños del Sur habían desaparecido por completo.

Los del Norte no podían sustraerse á la misma triste suerte, así es que la temporada de caza del año 1883 dió fin de ellos. Parece mentira que los cazadores no comprendieran que en lo sucesivo, gracias á esas *razzias*, sus persecuciones no tendrían objeto. Al siguiente otoño hicieron con grandes dispendios, como de costumbre, sus preparativos de campaña y comenzaron sus tentativas de caza; pero el éxito de sus correrías fué, como no podía menos, completamente desgraciado. Muchos de ellos creyeron, durante algún tiempo, que la gran manada había emigrado al Norte, á los territorios británicos, de donde regresaría en plena prosperidad, y con ardiente fe eran acogidos los rumores que de distintos puntos llegaban anunciando la vuelta de los bisontes, hasta que al fin fué preciso rendirse á la evidencia y convencerse de que estos animales habían desaparecido en todas partes. Entonces los cazadores hubieron de resignarse á colgar de su armero la ya inútil carabina ó á venderla y á buscarse otros medios de subsistencia, viéndose algunos reducidos á tener que buscar los huesos en otro tiempo abandonados en los principales cazaderos y á comerciar con ellos.

Pero en realidad quedan todavía en toda la América, según recientemente se ha demostrado, poco más de 1.000 bisontes: 550 en un rincón perdido de las posesiones inglesas, 200 que viven bajo la protección del gobierno de los Estados Unidos en el *Yellowstone Park*, y 256 conservados por riquísimos propietarios ó en jardines zoológicos (1). En tales condiciones no es posible que la especie dure más allá de unos pocos años, y los sobrevivientes bastardeados no tardarán en tomar el aspecto y los caracteres de los animales reducidos al estado de domesticidad.

La especie del *Bison americanus* ha dejado de existir.

EMILIO CARTAILHAC

(De *La Nature*)

CORREOS DEL IMPERIO DE LOS INCAS

Gran sorpresa fué para los conquistadores, según nos cuentan los antiguos cronistas, y entre ellos uno de los principales Pedro Cieza de León, cuando pisaron el reino de los Incas, creyendo llegar á un país salvaje, hallar un Estado tan ordenado, que causó la admiración de todos por el orden que en todas partes reinaba.

Para dar á nuestros benévolos lectores una prueba de lo que aquellos sabios príncipes habían conseguido por medio de su admirable administración, hacemos relación del servicio postal en el Perú á principio del siglo XV, época en que estaba muy por encima del de los Estados europeos.

El décimo Inca según nuestra cuenta, el noveno según otros, *Inca Ynpanci Pachacutec*, llamado *el Grande*, había instalado los correos y elevado tal institución desde luego á tanta altura, que no tenía competencia en ninguna otra parte del mundo. Destinados al principio los correos exclusivamente al servicio del Estado, para llevar á los empleados las órdenes del soberano y comunicar á éste de la manera más rápida posible noticias importantes de aquéllos, los aprovechó después la casa imperial para traer varios artículos de fácil descomposición, como, por ejemplo, para el transporte de frutas de las regiones meridionales, de pescado, de caza, etc.

Chasqui (los que cambian alguna cosa) llamaron á los correos, y éstos fueron escogidos, no sólo entre los jóvenes de ciertas provincias, cuyos habitantes se distinguían por su buen andar, sino del número de los mejores de aquellos andarines, que además ofrecían completa confianza á los gobernadores.

Una especie de uniforme, bien calculado para no dificultar los movimientos, los distinguía de los demás indios y obligaba á cada súbdito del imperio á prestarles todo auxilio en el caso de que le necesitasen. Tenían los correos que prestar su servicio al Estado durante tres meses al año, como todos los demás súbditos, y durante este tiempo se les daba todo lo necesario para la vida, tomándolo de los almacenes de provisiones de los adyacentes pueblos; estaban libres completamente de todo trabajo personal y gratuito en los nueve meses restantes y disfrutaban entre la demás gente la estimación que correspondía á su empleo confidencial. La mayor parte de sus mensajes eran verbales; pero los tales correos guardaban tan bien el secreto, – es verdad que si faltaban á la confianza puesta en ellos les costaba la cabeza, – que ni por medio de amenazas ni de regalos se conseguía arrancarles una sola palabra de la orden confiada á su sigilo.

Al lado de los cuatro grandes caminos ó carreteras que saliendo de la capital Cuzco cruzaban el Imperio en las direcciones de Norte á Sur y de Este á Oeste, se encontraban á la distancia de una legua las *casas de posta*, pequeños edificios de madera ó de piedra con techo de paja, que eran las habitaciones de los correos durante sus tres meses de servicio. En tiempo de paz se alojaban cuatro correos en cada una de esas casitas, mientras en épocas de guerra su número fué aumentado á ocho y hasta á diez individuos, y por lo menos la mitad de ellos tenían que estar dispuestos lo mismo de día que de noche á prestar servicio en el acto. Mientras unos descansaban, dos tenían que estar de guardia delante de la puerta, mirando el uno continuamente en una dirección de la carretera, mientras el otro no quitaba los ojos de la opuesta, para no perder ni un solo instante, si de uno de los dos lados le daban la correspondiente señal por medio del fuego. Cuando el uno veía que se levantaba humo ó que resplandecían de noche las llamas en una de las direcciones del camino, prendía inmediatamente fuego al montón de hierbas y ramas secas que siempre estaba dispuesto para tal objeto al lado de la casita, para avisar por ese sencillo medio á los guardias de la próxima estación que estuvieran listos á entrar en funciones.

El mismo corría en la dirección de donde había percibido la señal al encuentro del esperado correo, para que éste le comunicara ya antes de llegar á la casita el correspondiente mensaje y él le aprendiese de memoria.

Hasta que sabía reproducirlo palabra por palabra no se separaban el uno del otro, sino que seguían corriendo juntos hacia la próxima estación, y cuando el llegado se había al fin persuadido de que el otro no olvidaría ni una sola palabra, entonces le dejaba correr y descansaba de la fatiga del camino en la casita postal. Otras veces formaba en un *quipu* (especie de borla de cordelillos de diferentes colores, que servían en el antiguo Perú en lugar de los escritos) el mensaje, y si aquél estaba atado además con un hilo de color encarnado, significaba que procedía directamente de la divina persona del Inca.

Tal *quipu* era mirado por el correo que le llevaba y por la persona á quien iba dirigido como cosa sagrada y guardado cual si fuera la reliquia de más alta veneración.

Acontecimientos extraordinarios, como la revolución de los habitantes de alguna provincia ó la invasión guerrera de una tribu enemiga en el territorio del Imperio, fueron señalados por medio de altas llamaradas y comunicados rápidamente de esa manera al Inca, mucho antes de que sus correos pudieran traerle tan infaustas noticias.

De día, como de noche; en los arenosos y ardientes desiertos de la costa, como en las heladas punas de las cordilleras; en los inhabitadas soledades, lo mismo que en los valles densamente poblados, cuidaban los *chasquis* con tanto celo de su obligación, que el Inca en todas épocas del año podía comer en su mesa pescado fresco de mar, traído por sus correos, á pesar de los centenares de kilómetros que separan Cuzco, la entonces capital del Imperio, de la costa del mar Pacífico.

Seguramente ningún soberano europeo del siglo XV podía conseguir de su servicio postal lo que los Incas obtuvieron por medio de su admirable administración en todos los ramos de ésta en sus vastos dominios.

DR. BREHM

(1) Dos en Inglaterra, 2 en Dresde, 1 en Calcuta después de 1873. Los bisontes libres fueron buscados á fuerza de grandes gastos por los cazadores famosos americanos ó ingleses que deseaban inscribir en su libro de caza: «el último bisonte.» El descubrimiento de uno de estos animales y su muerte eran noticias que la prensa se apresuraba á dar á conocer al mundo entero. Finalmente, en 1886, la *Smithsonian Institution* emprendió una gran expedición en provecho de las colecciones del *Museum National*; pero fueron necesarios inauditos esfuerzos hechos durante muchos años para poder conseguir una colección de veinticinco individuos de ambos sexos y de diversas edades que hoy son admirablemente presentados en las colecciones.



PALACIO DEL PARLAMENTO NORUEGO EN CRISTIANÍA

LOS PARLAMENTOS DE EUROPA

III

NORUEGA

La Constitución noruega ofrece la particularidad de ser la más antigua de las que actualmente rigen en Europa. Fué promulgada en 16 de mayo de 1814 en Eidsvold, en las circunstancias que vamos á relatar.

Anexionada á Dinamarca desde el año 1376, y sometida en el siglo XVII al régimen del poder absoluto, Noruega fué cedida á Suecia por el tratado de Kiel (14 junio 1814), firmado después de la expedición del príncipe Carlos Juan de Suecia á Holstein. Este tratado, sin embargo, no fué aceptado por Noruega. El príncipe Cristián Federico, *Statholder* del reino, se declaró regente (9 enero), y convocó el 10 de abril, en Eidsvold, una asamblea nacional que adoptó los principios generales de una Constitución, inspirándose en los que informaban la inglesa y la francesa de 1791. La Constitución fué votada el 16 de mayo, y al día siguiente eligióse rey al príncipe Cristián Federico.

Sin embargo, Suecia no quiso reconocer la elección. Después de negociaciones inútiles para poner en ejecución el tratado de Kiel y de una breve campaña conducida por el príncipe Carlos Juan, el rey Cristián Federico vióse obligado á abdicar, adoptándose entonces en principio la unión de Noruega y Suecia, revisándose en este sentido la Constitución de Eidsvold, y aprobándose definitivamente, después de la elección que designó para el trono de Suecia al rey Carlos XIII, el texto de la nueva Constitución (10 noviembre 1814).

Esta Constitución ha sido objeto ya de quince enmiendas sucesivas, de las que las principales tienden á anular la exclusión de los judíos, á la alteración del sistema de las circunscripciones electorales, al restablecimiento del *Storthing* trienal por el anual, á la supresión del *Statholder* y á la admisión de los que no son luteranos en las funciones del Estado. Vamos á resumirla tal como existe hoy día.

La forma de Gobierno es una monarquía constitucional con un parlamento *(Storthing:* Gran Asamblea), compuesto de dos cámaras *(Hagthing* y *Odelsthing)*, ambas resultantes de una sola y misma elección en dos grados por electores contribuyentes.

El rey no tiene más que un derecho de veto suspensivo.

El *Storthing* comprende dos cámaras; pero sólo hay una elección, que recae en cierto número de diputados, igual á la totalidad de los individuos que deben constituir el parlamento; y los diputados elegidos son los que designan de por sí una cuarta parte de ellos para formar la primera cámara, *Hagthing;* las tres cuartas partes restantes componen la segunda cámara, *Odelsthing.* El número de diputados del *Storthing* es de 114; perciben una asignación de 18 pesetas diarias, y advertiremos de paso que ningún diputado de Europa cobra tanto.

Las dos terceras partes de los individuos del *Storthing* son elegidos por los campesinos, que naturalmente nombran á los que también lo son, de lo cual resulta que en esta clase hay muchos hombres políticos distinguidos. En Noruega no hay nobleza; los nobles de la Edad media son los campesinos de la actualidad; pero estos últimos se resienten de sus orígenes, y tienen cualidades nativas y personales que comunican á su clase una grandiosidad y un carácter que distan mucho de alcanzar aquellos que se dedican al cultivo de la tierra en otros países. El campesino noruego ha sido siempre propietario del suelo, y disfruta desde hace siglos del derecho de nobleza; de modo que si se ve obligado á vender su dominio, su hijo puede volver á comprarlo, aunque el nuevo propietario no quiera venderlo. Por más que Noruega haya sido durante tres siglos una provincia de Dinamarca, los reyes autócratas no osaron jamás tocar á ese derecho, mientras que los campesinos daneses eran esclavos de la nobleza. Esta última, en Noruega, fué suprimida en 1822, y sólo contaba una veintena de familias de origen extranjero, no muy ricas.

Los diputados son elegidos por tres años, y las cámaras se renuevan cada vez en su totalidad; no hay elecciones parciales, pues en caso de enfermedad, muerte ó dimisión, el diputado es sustituído por un suplente.

La apertura del *Storthing* se verifica todos los años el primer día no feriado del mes de febrero, en la capital del reino. En ciertos casos muy graves, el rey tiene el derecho de convocar el *Storthing* en sesión extraordinaria, y puede disolver cuando le parezca bien la asamblea para estos casos congregada. El *Storthing* ordinario, en cambio, permanece reunido tanto tiempo como lo juzga oportuno; pero si pasa de dos meses debe pedir autorización al rey para continuar deliberando.

El Storthing, tanto extraordinario como ordinario, no puede celebrar sesión á menos de hallarse presentes las dos terceras partes de sus individuos.

La sesión ordinaria comienza por un discurso del rey, en cuya presencia no puede haber deliberación.

El *Hagthing* (primera cámara) y el *Odelsthing* (segunda cámara) celebran sus sesiones por separado y nombran su presidente y secretario.

Sus sesiones son públicas, y las deliberaciones se dan á luz por medio de la prensa, excepto en el caso en que se hubiera resuelto por mayoría de votos lo contrario.

Los ministros no asisten á las deliberaciones del *Storthing*: entregan los proyectos de ley presentados por el Gobierno y retíranse inmediatamente después.

Las atribuciones del *Storthing* consisten en hacer y abolir las leyes, establecer los impuestos, las contribuciones y los derechos de aduanas, y en general velar por la hacienda, tomar conocimiento de las alianzas y tratados firmados por el rey, etc.

La elaboración de las leyes constitucionales se hace de la manera siguiente, que ofrece, como ya se comprenderá, muchas garantías contra revisiones demasiado bruscas. El cambio de un párrafo de la Constitución no se puede votar antes que los electores hayan emitido su parecer; es decir, que el proyecto se presenta en un *Storthing*; pero el siguiente, constituído después de nuevas elecciones, es el que lo discute y lo vota.

Así, por ejemplo, un proyecto entregado en el *Storthing* actual, elegido para el período de 1888 á 1891, no se discutiría hasta reunirse el *Storthing* próximo, elegido para el período de 1892 á 1895. Todos los proyectos constitucionales son votados por el *Storthing*, necesitándose para su aprobación una mayoría de dos terceras partes de los votantes. Después el rey emite su opinión: si se opone á él, el proyecto queda en suspenso hasta el inmediato *Storthing*, en el que puede volver á obtener mayoría; el rey puede seguir oponiéndose á él, y en tal caso déjase de nuevo el proyecto para el siguiente *Storthing*, y si éste lo aprueba, aquél tiene fuerza de ley *á pesar* del soberano; y de aquí resulta que un proyecto puede estar en suspenso durante siete años.

Los reyes han hecho uso con mucha frecuencia, desde 1814, de ese veto suspensivo. Durante setenta y cinco años no ha habido en Noruega parlamentarismo, y aun antes de 1884, no solamente los ministros no eran individuos del parlamento, sino que tampoco se les admitió en las sesiones. En 1883, precisamente con motivo de esta última cuestión, el rey quiso, por consejo de sus ministros, oponer un veto absoluto á un proyecto votado por tercera vez por el parlamento; pero el *Storthing* declaró por gran mayoría que el rey no tenía más que el veto suspensivo, y el *Riksratt* (tribunal del reino) condenó á los ministros recalcitrantes á perder su cartera por crimen de lesa Constitución.

El presupuesto se vota por el *Storthing* completo; en cuanto á las leyes ordinarias, á las puramente civiles, los proyectos se discuten y votan la primera vez por el *Odelsthing*, que los propone entonces al *Hagthing*, y este último los acepta ó rechaza. Si las dos cámaras no están de acuerdo, el proyecto no se reproduce hasta el próximo *Storthing*, del mismo modo que para los constitucionales, y el rey puede oponer dos veces el veto á esos proyectos; mas si éstos son votados por tres *Storthings* sucesivos, llega á ser ley sin la real aprobación.

Hemos dicho que no había más que una sola y misma elección á dos grados para los individuos de las dos cámaras del *Storthing.*

El elector de primer grado ha de ser noruego, de 25 años de edad, y domiciliado por espacio de cinco en el distrito donde vote. Además se hace necesario llenar una de las condiciones siguientes: ser ó haber sido funcionario nombrado directamente por el rey; en los pueblos, poseer, ó tener arrendada por más de cinco años, la totalidad de una tierra inscrita en el catastro; en las ciudades, poseer la totalidad de una casa ó de un terreno, cuyo valor mínimo no baje de 800 pesetas, ó pagar patente de comerciante, de artesano ó de capitán de buque. Las listas electorales se forman en las ciudades por el *magistrat* (alcalde y adjuntos) y en los pueblos por el *fogde* (subprefecto): antes de inscribirse, todos deben prestar ante el tribunal juramento de fidelidad á la Constitución.



LECCIÓN DE CATECISMO, cuadro de D. José M. Marqués, adquirido por el Excmo. Ayuntamiento de Barcelona para el Museo de Bellas Artes de esta ciudad



VIOLINISTA.–Estatua de D. José Reynés

Premiada con medalla de primera clase en la Exposicion de Bellas Artes de Madrid, 1890

Los electores de segundo grado son elegibles entre los del primero.

Para ser elegible en el *Storthing* se hace preciso ser elector, tener 30 años y estar domiciliado durante 10 en el reino.

Noruega está dividida en distritos electorales urbanos y rurales. De los 114 diputados que constituyen el *Storthing*, 38 son elegidos por las ciudades y 76 por los pueblos. Las Asamblas electorales para la elección en primer grado y las que eligen diputados reúnense cada tres años y terminan antes de finalizar el mes de agosto. En las ciudades, los electores de primer grado van á reunirse en la Casa Ayuntamiento ó en la iglesia, bajo la presidencia del *magistrat*, y nombran un elector de segundo grado por cada cincuenta del primero. En los pueblos, el punto de reunión es la iglesia, y el cura preside la asamblea, que nombra un elector de segundo grado por cada ciento del primero.

El presidente del *Storthing* ocupa un rango mucho más elevado que sus colegas europeos, puesto que viene inmediatamente después del rey, siguiéndole luego el presidente del Consejo y los presidentes del *Odelsthing* y del *Hagthing*.

El parlamento noruego ha atravesado desde 1814 períodos muy accidentados; pero sólo ha combatido, y en esta lucha ha tenido la nación de su parte, por las reformas que las demás naciones europeas habían hacía tiempo conseguido. Es evidente que Noruega, que estuvo gobernada por espacio de tres siglos como provincia y fué explotada por otra nación, que entró de repente en el régimen constitucional sin tentativas previas y sin preparación, con un presupuesto que, en un principio, apenas llegaba á seis millones; es evidente, decimos, que una nación en tales condiciones no podía disfrutar desde el primer momento de todas las libertades. Los primeros *Storthings* tuvieron que luchar para resistir á todas las ideas del rey Carlos Juan, pero resistieron; los sucesivos hubieron de combatir para borrar de la Constitución algunos párrafos humillantes que fueron añadidos el 4 de noviembre de 1814, cuando la unión de Noruega y Suecia; párrafos que, por otra parte, hacía mucho tiempo que no se observaban. Finalmente, los *Storthings* de los últimos veinte años han debido esforzarse para obtener las reformas modernas (los ministros en el parlamento, el establecimiento del jurado, una nueva ley militar, un sufragio algo menos restringido, etc.), pero al fin las han conseguido.

Estas continuas luchas han hecho nacer un gran número de hombres políticos. El *Storthing* que se abrió en 6 de febrero del presente año difiere en absoluto del anterior. El partido liberal, que había aumentado considerablemente durante los últimos treinta años hasta llegar á constituir en el *Storthing* de 1884 á 1886 las tres cuartas partes del parlamento, fué bruscamente disuelto por el ministerio salido en 1884 de ese mismo partido. Con la alianza del nuevo grupo, los ministeriales con la derecha, el partido liberal se ha visto reducido á una completa impotencia, al paso que la derecha ha alcanzado, por el contrario, una fuerza tal, que sólo le faltan cinco votos para tener mayoría. En cuanto á los ministeriales, forman una sexta parte del parlamento.

El jefe de este ministerio, M. Juan Sverdrup, es el mismo que por espacio de treinta años fué jefe del partido liberal: cuando en 1884 fué llamado por el rey tuvo una gran mayoría; cuatro años después sólo tenía veintidós partidarios y se aliaba con la derecha, cuyos jefes, es decir, los ministros, habían sido condenados por un tribunal compuesto en gran parte de diputados liberales elegidos bajo la vigilancia de M. Sverdrup.

* * *

El Palacio del Parlamento, construcción moderna, se inauguró en 1866. En el interior hay una gran sala redonda, rodeada de galerías y de tribunas de madera, tapizadas de tela roja con adornos de oro. Sobre la tribuna presidencial hay un cuadro enorme que representa la asamblea constituyente del 17 mayo de 1814.

X

EL ULTIMO ABRAZO (1)

Ni contigo ni sin ti
Tienen mis males remedio;
Contigo, porque me matas,
Y sin ti, porque me muero.

(Copla popular)

Miradle, allí está; envuelto en una descolorida bata; encorvado sobre la mesa; los lentes torcidos aprovechando los últimos rayos del sol, que débilmente iluminan el gabinete. Solitario lleva á cabo sus preparaciones; cuando concluye, anota el resultado en una tarjeta, que coloca á cada especie; después sonríe lleno de satisfacción íntima, y dirige una vaga mirada al antiguo reloj, cuyo péndulo oscila en frente del salón, y cuya manecilla casi toca las seis, como suplicándole que detenga su rápida carrera, á fin de concederle más tiempo para continuar el trabajo comenzado.

En su rededor se siente el frío de los cementerios; aquello más que santuario de la ciencia, parece una necrópolis zoológica.

Todo está yerto; todo mudo, impenetrable, sombrío.

Las magníficas colecciones de los diversos reinos de la madre naturaleza dibújanse al través de los cristales de los anaqueles que adornan la estancia, reunidas á costa de grandes sacrificios; los más raros ejemplares zoológicos antediluvianos, colocados á lo largo de la sala y sostenidos por armazones de alambre, alternan con la más variada gaveta de curiosas cristalizaciones; el más rico plumaje de las aves, la piel más estimada del montaraz habitante de los bosques, el caracol más veteado, la hoja más istriada, el filón más aurífero; todo se encuentra allí; y por último, como presidentes de aquel panteón inmenso, de aquel aquelarre de los seres del globo, dos blanquecinos esqueletos de diferente sexo, encerrados dentro de unas cajas de cristal y colgados por los cráneos de un gancho dorado, cual si todavía la muerte avara intentase arrancarlos del sitio en que se hallan colocados.

En este *spoliarium* vive el doctor; esa es su sociedad; éstos sus amigos. De su alma han huído los dulces y halagadores anhelos de gloria. Marchitas están en su corazón las flores del amor, del hogar y de la amistad: vive tranquilo sin más pasión que la ciencia, sin otros afectos que los indiferentes y fríos que le presta su vieja criada, sin otros amigos que los libros que constantemente hojea. Apenas cuenta treinta años. Ya la nieve, sin embargo, salpica sus cabellos negros. La ciencia concluirá por secar hasta su vida. Su mirada es tan dulce como la de una madre sobre su primer hijo, su palabra afable y cariñosa; mas cualquiera que lo observe de cerca, nota que aun en medio de sus tareas científicas, su noble frente se obscurece de vez en cuando, y su mirada, de continuo suave, tórnase centellante y amenazadora, turbándose instantáneamente el limpio cielo de su vida.

Pasan los minutos y las horas, y el sabio no cesa en su labor: mientras tanto, el sol se ha escondido en el ocaso y la noche preside á la vida del mañana.

El doctor no se ha dado cuenta de esa línea divisoria que se establece entre la luz y las sombras. De pie, con su escalpelo en la mano, desentraña los misterios que encierra el delicado organismo de una inocente tórtola. Ahora es el astro plateado el que envía á su prometida sus pálidos rayos, á cuya luz el naturalista prosigue su operación. De pronto un cambio súbito se verifica en los cielos, la luna rodéase de espesas sombras, y un viento frío y amenazador entra á ráfagas por las ventanas del despacho, helando la tierra, privada ya de su dulce amiga. El cansancio rinde, por fin, el ánimo del doctor, que abandona el escalpelo sobre la mesa de disección, y cae pesadamente en la vetusta poltrona. Quédase abstraído en sus recuerdos, y con los ojos clavados en la obscuridad, que trata de explorar, recorre aquellos sitios tan conocidos de él; de pronto una claridad fosfórica alumbra todos los objetos, que parecen de fuego, al mismo tiempo que se oye un chirrido seco como el de una llave que da vuelta en una cerradura enmohecida. Dirige su atónita mirada hacia el ala derecha del estudio, y con pasmo observa que la tapa de la caja de cristal que contiene uno de los esqueletos ha girado sobre sus goznes y permite la salida de aquella armazón humana. El doctor siente latir su corazón, y un escalofrío intentísimo recorre su cuerpo; pónese en pie; quiere ir al encuentro de aquel ser de ultratumba; pero éste, encarnándose en una figura muy conocida del sabio, se acerca pausadamente, le tiende la mano, y apoyándose en su hombro, le dice:

– ¿Ya no me conoces?

El naturalista embargado de terror, levanta la cabeza al oir el eco de una voz para él inolvidable.

– ¡Padre mío!...

– He venido á acompañarte; ¡estás tan solo!

Y aquella boca yerta, depositó en su frente un beso glacial.

Semejante impresión trajo á su mente las felices noches en que la paterna bendición guardaba su temprana existencia.

– Hace mucho tiempo que soy tu compañero: desde que me desenterraron unos vendedores de huesos, he venido á adornar tu gabinete de Historia Natural, siendo testigo de tus desvelos y de tu ardiente amor á la sabiduría.

– ¡Ah, padre mío! ¿Y mi madre? ¿Ha visto usted á mi madre?

– Ayer la vi; está en el cielo. ¡Si vieras que bienestar se goza allende el sepulcro. Los muertos no tienen ni ambiciones ni envidias. No nos amamos, y por tanto no nos odiamos. Somos un ejército de indiferentes. Todos somos iguales, lo mismo el grande que el pequeño; es decir, nada.

– Casi me están dando ganas de morir... pero ¿quién concluirá mis clasificaciones?

– Nadie; mejor es dejarlo todo así; en la tierra nada se acaba, porque nada vale la pena de acabarse.

– ¡Pues me voy con usted, padre mío!

Y Raimundo, con febril impaciencia, arregla sus papeles, sacúdese el polvo de la bata, envía un adiós á todo lo que ha constituído su ocupación en la vida, y al tomar el sombrero, el esqueleto de la izquierda rompe con su mano de un golpe el vidrio de la tapa, que cae al suelo convertido en finísimo polvo, semejando una lluvia de brillantes microscópicos, y envolviéndose en unas curvas femeniles deja contemplar á una hermosa mujer.

– ¿Qué es eso?, dice el otro esqueleto.

– ¡Otra visita!, exclama con asombro Raimundo.

– No os asustéis, señores: soy... Leonor.

– ¡Sí! ¡Leonor! ¡Dios mío!... ¿Estaré soñando?

– Nada es tan real como la muerte y todos creen que es un sueño. ¿Me quieres aún?

– Con toda mi alma. ¿Y tú?

– Muerta estoy, y sin embargo, al verte, el sitio que en otro tiempo ocupó mi corazón se ha dilatado con violencia, como si palpitase de amor...

– ¡Oh, Leonor de mi alma! Perdóname si he profanado tus restos.

– No me extraña; para los que mueren no hay respetos en la tierra. Ya ves, lo que no pudiste realizar en toda mi vida, lo has conseguido á mi muerte: ¡me has comprado!

– ¡Oh! ¡Cuánto me complace la idea de saber que me habéis acompañado en mis soledades! Con ustedes, ¿que más podía apetecer?...

– ¡Que viviéramos!, dijo el padre de Raimundo, levantando la falange del índice.

– ¿Y qué importa si puedo irme con ustedes á vivir al mundo de los recuerdos?

– ¿Recuerdos? ¿Quién se acordará de ti cuando partas conmigo?

– ¡Cómo!, replicó el esqueleto de Leonor. ¿Te vas con tu padre? ¡Imposible! Antes te arrancaré el corazón.

Podría decirse que la lucha iba á ser encarnizada y sangrienta, si no se tratara de dos esqueletos.

Raimundo se colocó entre ambos y quiso evitar aquel combate espantoso.

– ¡Me iré con los dos!, gritó.

– ¡Imposible!, dijo el padre.

– Conmigo ó sin mí, tartamudeó Leonor, cuyo cráneo amarilleaba de ira.

Entonces Raimundo, en un supremo esfuerzo de virilidad, asió contra su pecho á ambos esqueletos, pronunciando estas palabras dirigidas á los dos:

«Ni contigo, ni sin ti.»

. . . .

Un crujido de huesos que chocan contra el pavimento, la caída de un cuerpo á plomo, terminaron la conversación. Todo quedó envuelto en la obscuridad; sólo las ráfagas del viento, frías y amenazadoras, entraban de vez en cuando á saludar aquella extraña escena.

Llegó el día y, como de costumbre, la vieja criada del naturalista entró en la estancia á sacudir sus colecciones; pero un ¡ay! de angustia se escapó de su garganta; gritó, llamó gente; acudieron los vecinos y los transeuntes, y todos fueron testigos del más extraordinario espectáculo. En medio del salón, y tendido á lo largo, yacía exánime el doctor, oprimiendo con sus brazos los esqueletos de su gabinete.

El vulgo, siempre novelesco, encontró desde luego en este hecho, pasto para sus fábulas; pero nadie podía averiguar la verdad de lo sucedido.

El que quiera saberlo, si no goza por desgracia suya, de la bendita sombra de sus padres, que piense en ellos, y si ha amado, que evoque las inefables pláticas con la mujer querida, y verá que ambas cosas difícilmente se borran del corazón del hombre.

E. SÁNCHEZ DE FUENTES Y PELÁEZ

* * *

(1) Tomamos este artículo del libro que con el título de *Acuarelas* ha publicado en la Habana el distinguido escritor americano E. Sánchez de Fuentes y Peláez.

SECCIÓN CIENTÍFICA

LOS EFECTOS DEL RAYO EN LAS DISTINTAS ESPECIES DE ÁRBOLES

Las causas del rayo no están todavía completamente explicadas. Hemos de considerar á las nubes como portadoras de electricidad que ó bien cambian entre

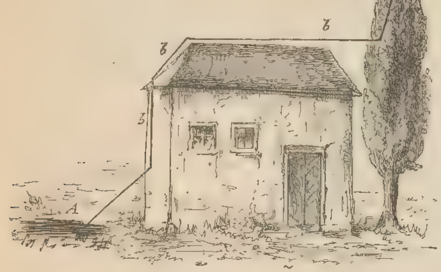


Fig. 1. Desviación de un rayo

sí el fluido en ellas acumulado produciendo los relámpagos superficiales, ó bien lo descargan sobre la tierra si están á bastante proximidad de ésta.

El proceso de la descarga eléctrica hemos de suponerlo del modo siguiente: la nube atrae de la tierra una gran cantidad de electricidad contraria que se junta con la que de la nube cargada se desprende, y al unirse una y otra se inflaman las partículas de gas en el aire contenidas, produciéndose de esta suerte el relámpago.

Si la nube se acerca á una casa aislada provista de pararrayos, la punta de éste desprende la electricidad con energía más eminente, y de tal manera disminuye la carga de la nube que se aproxima, que la electricidad restante se desliza sin daño de la casa por el cable de metal, que la dirige hacia el suelo. Para que la fuerza resolutiva de la punta del pararrayos sea lo más grande posible, es preciso que el otro extremo del conductor esté en contacto con una capa húmeda de la tierra (agua subterránea), á fin de que la cantidad necesaria de electricidad se deslice en muy poco tiempo; es preciso también que el cable conductor esté bien unido en todas sus partes, porque de lo contrario, no sólo no se llena aquella condición esencial, sino que el rayo puede, al llegar á un punto de desunión, desviarse fácilmente: de modo que un pararrayos en mal estado es mucho más peligroso que la ausencia total de pararrayos.

La desviación es en todos los casos posible cuando otro camino ofrece el rayo mejor conductor, y á este propósito citaré un caso ocurrido en Bremen. La exhalación cayó sobre el pararrayos del campanario de la iglesia de San Remberto y se deslizó por él hasta que al llegar á cierto punto saltó en la pared vecina, agujereóla y penetró en el interior del templo, siguiendo por la cañería del gas.

Las leyes generales de la conducción de la electricidad se confirman también cuando el rayo cae en un árbol: en este caso se explica una gran parte de los fenómenos que sobre esta materia se observan.

Las huellas que de su paso por los árboles deja el rayo son muy distintas, según la clase á que el árbol pertenezca, y aun pueden serlo en una misma especie según la edad ó el emplazamiento del mismo: las estaciones desempeñan también en este fenómeno un papel importante.

El árbol más amenazado por el rayo y por ende el más peligroso es el álamo italiano *(populus pyramidalis)* y esto se debe más que á su esbeltez á la circunstancia de tener las raíces muy ramificadas. Este álamo desarróllase con preferencia en los terrenos mejores y más húmedos, y á menudo el labrador ve con disgusto cómo el álamo que crece en el linde de su campo no deja prosperar los frutos en éste sembrados. Por esto la madera del álamo está muy llena de savia, y de aquí que un árbol de éstos sea un excelente conductor del rayo.

Las huellas del rayo en un álamo sólo se observan en las partes bajas del árbol: una ó varias rayas aparecen marcadas, casi siempre en dirección recta, en el tronco, prolongándose hasta las raíces, y la corteza es lanzada á gran distancia, quedando en descubierto la madera en una anchura de 20 á 40 centímetros (fig. 4): en el centro de la raya se ve generalmente una ó varias hendiduras hasta de 5 milímetros de grueso (A), cuyos bordes se presentan algo ennegrecidos en la forma que indican las rayitas de nuestro grabado. La copa del árbol permanece intacta; la corteza de las ramas no ofrece en ella ninguna raja, las ramas se conservan lozanas y las hojas no pierden su verdor.

El naturalista francés M. Colladon, que se ha ocupado en estudiar minuciosamente los efectos del rayo en los árboles, cita muchos casos en que la exhalación saltó por encima de árboles más altos para caer sobre un álamo: en un seto que se extendía de Sud á Norte había un álamo de 4'1 metros de altura, y á una distancia de 4 metros alzábanse á un lado un roble y á otro un ciruelo, ambos más altos que aquél, y sin embargo de esto, sólo en el álamo se encontraron las huellas del rayo, al paso que los otros dos quedaron intactos.

De suerte que no siempre la punta más alta es la más expuesta á recibir el rayo: la mayor altura sólo influye cuando las demás condiciones favorables á la conducción de aquél son poco más ó menos iguales. Así pudo demostrarse en un caso en que en los ángulos de un triángulo equilátero de 2 metros cada lado (fig 8), había plantados tres álamos: el I de 18 metros de alto, el II de 19 y el III de unos 20. De los tres, únicamente el II y el III sufrieron los efectos del rayo, el cual, á pesar de venir en la dirección que en nuestro grabado indica la flecha, saltó por encima del I, que era 2 metros más bajo que el III, y dejó en éste mayores huellas que en el II, que tenía un metro menos.

En el campo, los aldeanos suelen plantar algún



Fig 2. Roble

árbol al lado de su casa en la creencia de que siendo éste mejor conductor que el techo cobijado bajo su copa, ofrecerá á la descarga eléctrica mayor energía de atracción que la vivienda. Pero no siempre los resultados corresponden á esta previsión, y así lo demuestra otro ejemplo citado por Colladon (fig. 1): junto á una dependencia de una granja había á un lado un lozano y corpulento álamo, y al otro un profundo charco lleno de agua cenagosa; durante una tempestad que descargó sobre la finca cayó un rayo en el álamo; pero desde éste saltó al ángulo del tejado y recorrió la línea *b*, á lo largo de éste y de la fachada opuesta de la casita, yendo á parar al lodazal, incendiando las vigas de la techumbre, y todo el edificio con la paja que contenía quedó reducido á cenizas.

Si el álamo hubiera estado al lado del charco, no habría ocurrido esta desviación.

Colladon dice que para obtener un medio seguro de desviar el rayo es preciso que estos «álamos pararrayos» estén provistos en su parte inferior de una verja de hierro puesta en comunicación con el agua subterránea.

Después del álamo, el roble es el árbol más expuesto á las exhalaciones: en él las huellas del rayo presentan caracteres muy distintos que en el álamo, notándose en este punto y con respecto al mismo una regularidad constante.

Los robles ofrecen un gran desarrollo en su copa y sus ramas tienen notable grosor hasta en sus más altas extremidades.

Así como en el álamo la punta de la copa tocada por el rayo se conserva sana y continúa verde, en el roble la rama por aquél alcanzada no tarda en morir; la raya producida por la exhalación comienza en lo alto del árbol y llega hasta el suelo trazando una espiral, arrancando la corteza en una anchura de muchos decímetros y dejando al descubierto la madera: en el centro de la parte que ha quedado en descubierto aparece á menudo una hendidura de 10 milímetros de profundidad que corre paralelamente con las fibras. La fig. 2 representa una parte de un roble herido por un rayo: en la raíz de la rama A las fibras describen un ángulo que también sigue la raja *a*; las líneas finas señaladas con la letra *c* representan las fibras; las líneas marcadas con la letra *b* representan la formación de una nueva corteza. El cambium segregado debajo de la corteza vieja va cubriendo con los años la herida producida por el rayo, de modo que transcurrido algún tiempo la raja queda por completo cerrada.

Fig. 3. Abeto

Colladon cita una porción de observaciones en el fondo idénticas al ejemplo citado. De ellas difiere notablemente una hecha por mí en un árbol en que el rayo había abierto, no una, sino cuatro hendiduras en la parte superior y tres en la inferior, todas paralelas á las fibras de la madera. Se trataba de un roble existente en la *Nonne* de Leipzig que fué herido por la descarga eléctrica en 1889; era el árbol más grande de todos los que á su alrededor crecían; la circunferencia del tronco medía 3'3 metros á medio metro sobre el suelo. El rayo dejó su huella en una línea espiral, cuya parte inferior puede verse en la figura 9, y la parte que quedó en descubierto tenía una anchura de 20 á 30 centímetros: las tres rajas citadas corrían paralelas entre sí y con las fibras del árbol y se prolongaban hasta las raíces. La fig. 7 representa una sección horizontal del árbol cortada á la altura *f d* de la fig. 8, los semicírculos 1, 2 y 3 indican la situación de las hendiduras. La raja que en la figura 8 va marcada con el número 3 está en parte oculta por la corteza; en los puntos comprendidos entre *a* y *b* (fig. 9), ésta presenta largos hilos longitudinales y la madera



Fig. 4. Alamo italiano

aparece en estos sitios dividida en largas y delgadas fibras; además la corteza estaba muy tostada, sin llegar á estar carbonizada. La carbonización no se efec-



Figs. 5 y 6. Abeto

túa en los árboles sanos, pues la gran humedad de la madera tierna la impide, observándose únicamente en las ramas secas.

Especial interés despiertan las especies de pinos, que ofrecen caracteres muy distintos de los antes descritos; en ellas no siempre son iguales los efectos del rayo; así, mientras Colladon no ha visto en ninguno de estos árboles una raja, en un abeto de Rehburg se observó la existencia de ésta, y yo mismo he podido comprobar otro tanto en varios pinos.

Colladon describe el carácter general del modo

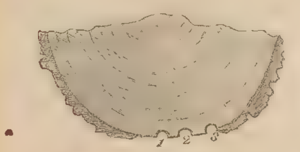


Fig. 7. Roble

que representa la fig. 3: largas hendiduras de algunos centímetros de profundidad aparecen á lo largo del árbol (AB y A'B'), y en algunos puntos se presentan manchas que ya hemos citado en el álamo y sólo en ellas queda al descubierto la madera. La mayor de estas manchas está representada en su tamaño natural en la fig. 5 y es la que en la fig. 3 indican la línea *a b*. A'B' es la hendidura que la atraviesa y que se ve en la fig. 6, que reproduce una parte de la sección horizontal del tronco.

Acerca del modo como nacen estas manchas nada se sabe; sólo raras veces han podido ser observadas, pues generalmente pierden muy pronto su carácter primitivo y no tardan en desaparecer, no dejando en el tronco más huella que una pequeña depresión parecida á la que se produciría en aquél con un hierro candente.

En Rehburg cayó un rayo en un abeto, rompiendo una gruesa rama de la copa y dejando, á partir de la raíz de la misma, una raja de unos 12 centímetros de ancho que en forma de espiral descendía envolviendo el árbol. La centella penetró en doce capas lignosas anuas del tronco y arrancó de éste astillas de 3 metros de largo, que quedaron en parte colgando del mismo y en parte fueron lanzadas á distancia.

Las demás especies de árboles no ofrecen ninguna variante notable: en el álamo negro y en el tilo he observado hendiduras análogas á las descritas, y Colladon las ha visto también en el olmo.

Creen muchos que el árbol alcanzado por el rayo necesariamente muere, y esto no es exacto; pues si bien las partes heridas se desarrollan con alguna dificultad, el árbol no perece enteramente, sino en los casos de una descarga muy intensa. En las ramas tocadas por la exhalación los retoños crecen más largos y más débiles que en las demás y los botones de las hojas acusan menos peso.

DR. K SCHMIDT

(De la *Illustrierte Zeitung*)

LAS RIQUEZAS DEL MUNDO SUBTERRANEO

Adquieren cada día mayor importancia todas las cuestiones relativas al mundo subterráneo, adonde vamos á buscar el combustible mineral y los metales.

Para convencerse de ello no hay más que observar la producción creciente de las minas.

M. Couriot en una de las conferencias más interesantes que dió durante la última Exposición Universal de París y que más tarde hizo imprimir estima en más de nueve mil millones el valor de los productos que actualmente salen de la tierra en todo el mundo durante el período de un año.

El oro y la plata no ocupan el principal lugar en esta cifra total; estos metales preciosos representan solamente la séptima parte, poco más ó menos, de lo que el hombre arranca anualmente á la tierra, correspondiendo la parte mayor á la hulla, que figura en aquélla por unos tres mil quinientos millones, y viniendo luego el hierro, que entra en el total por unos mil quinientos millones.

El carbón produce á la humanidad un provecho anuo tres veces mayor que el que obtiene de todas las minas de plata y oro reunidas, y en esa producción colosal de carbón la parte del león corresponde á la Gran Bretaña, que saca anualmente de sus minas hulla por valor de más de mil millones de pesetas, de los que vende al mundo entero por más de doscientos cincuenta millones.

En presencia de estas cifras cabe preguntarse cuánto se modificarán en el porvenir las condiciones del poder financiero y comercial tan íntimamente ligadas con la existencia de las riquezas subterráneas. En unos puntos estas riquezas se extinguirán, en otros se multiplicarán y extenderán.

La superficie de las cuencas hulleras de Inglaterra está evaluada en 37.000 kilómetros cuadrados, los Estados Unidos tienen una superficie hullera de 490.700 kilómetros cuadrados; de suerte que esta nación posee por sí sola una riqueza virtual superior á la de todos los demás países reunidos.

En punto á extensión de territorio carbonífero, vienen después de Inglaterra: Alemania con 31.000 kilómetros cuadrados, Rusia con 28.300, Francia con 5.581 y Austria Hungría.

Estas cifras, como se comprenderá, son sólo aproximadas; debiendo, además, tenerse en cuenta que á la riquehullera de un país hay que agregar la de sus colonias, y en este concepto, quizás algún día encontrará Francia en la Indo-China un medio de resarcirse de los inmensos sacrificios que lleva hechos y sigue haciendo en aquellos territorios.

M. Couriot calcula que la producción de oro en todo el globo fué en 1888 de 549.500.000 pesetas. Según datos de procedencia inglesa la producción de oro en 1889 ha sido de 500 á 525.000.000 de pesetas.

La producción mayor corresponde siempre á las minas de California, de Colombia, de los Estados Unidos del Norte y de México; en la América del Sur la del Brasil, de Venezuela y de la República Argentina, siguiendo luego la del Canadá, Australia y las Indias que figuran en 1889 por la cantidad de 3.250.000 pesetas

El Transvaal adquiere cada día mayor importancia. En 1886 la exportación de oro en el Africa austral era de 1.738.575 pesetas; en 1887 asciende á 3 338.350; en 1888 á 5.899.250 y en 1889 se calcula que ha sido de 18.750.000.

Actualmente la producción africana sufre un pequeño retroceso; pero es indudable que no tardará, no sólo en reponerse de él, sino en seguir aumentando progresivamente.

En todas partes se han hecho grandes esfuerzos para garantizar la seguridad de los que trabajan en la explotación de las minas, y la verdad es que estos esfuerzos no han resultado estériles.

Si establecemos, como ha hecho M. Couriot, una relación entre el total de los obreros que han perecido víctimas de algún accidente y de la producción anual, se ve que en Francia, hace veintiséis años, es decir, en 1864, resultaba un promedio de un obrero muerto por cada 60.444 toneladas de carbón extraídas, al paso que en 1888 la muerte de un obrero corresponde á 122.000 toneladas, ó sea á una extracción doble.

De modo que gracias á los adelantos de la ciencia

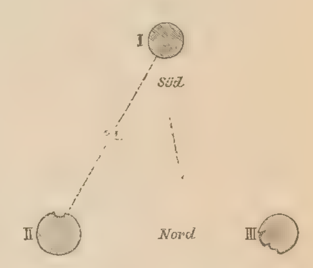


Fig. 8. Efectos del rayo en un grupo de álamos italianos

y al cuidado de que son objeto los obreros en las explotaciones mineras, se ha conseguido en pocos años economizar una vida humana por cada 122.000 toneladas extraídas de las minas de carbón.

(De *La Nature*)



Fig. 9. Roble



LA GLORIA

POR CLAUDIO COUTURIER

Yo conocí la gloria, entre cinco y seis, en una tarde de primavera, en un banco del boulevard exterior.

Cada cual la conoce donde puede.

Un señor de buen porte, de continente discreto y de respetable amplitud, estaba allí con un libro en la mano. Todo en su actitud, inclusa la cabeza inclinada, los hombros salientes, la espalda apoyada en el respaldo del banco, el negligente abandono de las piernas y la unción casi sacerdotal de las manos, revelaba en él uno de esos encarnizados lectores, glotones de letras que saborean las líneas como un buen vaso de vino y que juzgan un libro por sólo el olor al abrirle.

Este método olfativo (permítaseme el adjetivo) tiene sus riesgos, pues de la nariz á los labios hay espacio para cien equivocaciones.

Pero el otro método debe tener también sus inconvenientes, y entiendo por el otro el que consiste en beber sin oler: supuesto que hay tantos que beben hasta apurar la última gota y leen sin perdonar una letra, y no obstante no están por ello más adelantados.

Mas todo esto son sólo juegos de una retórica algo ambigua; y cada uno se debe á la materia de que trata.

El hombre, pues, leía.

Atento, sonriendo con ternura, con ademanes de gato que bebe leche, volvía las hojas con aspecto seguro y siempre igual, que demostraba el refinamiento de sus gustos estudiosos.

El ligero roce del papel, en sus manos devotas, tenía cierto encanto arrullador que me atrajo en seguida.

Parecíase al eco lejano de la eterna canción de mil y mil coplas que canta el alma humana entre las apiladas hojas de los libros.

Esta canción, en la que hay muchas coplas rudas, se impregnaba de una vaga dulzura de melopea salmodiada en el fondo de un templo. Una paz serena envolvía á aquel hombre y á aquel libro, y por repercusión me invadía á mí también.

En aquel banco, entre el vaivén incesante de una vía parisiense, en donde la lucha se manifiesta con tanta elocuencia; en medio de un hervidero terrible de sufrimientos, de odios y vicios; en pleno París, donde todo arde, había yo caído en la abstracción de las sabidurías contemplativas. En vez de las febriles curiosidades literarias y de los convencimientos salvajes, conocí el apacible dilettantismo de las erudiciones eclécticas.

Era aquello un Nirvana de letrado: me hacía bibliófilo.

Sí, bibliófilo como mi vecino, que lo era hasta las uñas: no me cabía duda.

Aquel alzar los ojos, aquellos fruncimientos de cejas, la torsión de los labios imperceptiblemente desdeñosos ó desdeñosamente benévolos, sus movimientos de cabeza dudosamente afirmativos, sus instintivos uñazos al margen de las páginas, que terminaban en caricias, sus ligeros suspiros rumiados; toda esta mímica ¿á quién era peculiar, pregunto? A un bibliófilo, ¡vive Dios! ¿Hay algún otro hombre que posea esa dignidad sonriente, esa calma maravillosa, ese aspecto de recogimiento? En manera alguna, y de ello estaba yo bien convencido: yo, que sin estar preparado, sentía el influjo de aquella dignidad, aquella calma y el recogimiento aquel, pareciéndome que los hacía míos con solo el semicontacto de una manga del bibliófilo.

No obstante, súbito asaltóme una duda.

El libro que leía mi vecino no era un elzevirio; no era elzevirio, luego no había tal bibliófilo: todo lo más un bibliomano, ó quizá un librero de viejo.

¡Oh! No me había fijado bien en mi compañero de banco, y la certeza de mi apreciación volvía á mi espíritu.

El libro que tenía aquel correcto individuo era de un volumen cómodo é impreso con caracteres de imprenta fáciles de descifrar sin necesidad de ninguna lente.

La tipografía, por lo que yo alcanzaba á observar desde mi asiento, estaba singularmente cuidada, era elegante, pero no pequeña.

Entonces, ¿qué pensar?

¡Bah! ¡Fuera cavilaciones! Algún capricho. A pesar de todo, hubiera jurado que aquel hombre poseía una biblioteca microscópica. Me figuraba yo aquella biblioteca vasta, llenando con sus estantes las piezas de una habitación templada, de solterón, que una criada del antiguo régimen gobernaba con su plumero soberano.

Una criada que, como buena persona que era, toleraba los que calificaba vicios del Señor: los costosos elzevirios; y que, dueña absoluta de la casa, se mecía en los quince mil francos de renta que poseía su amo, en los cuales tenía su parte en el testamento.

Además era primorosa en el arte de cocina.

El sufría las brusquedades de su sirviente, por la cuenta que á su estómago le tenía. Quizá Radegonda había sido guapa: en fin, un caos de cosas.

El bibliófilo tendría varios amigos, bibliófilos como él, que se obsequiarían entre sí con selectas comidas en privado y con prolongadas conferencias *bibliofilantes* á la hora del café. Parecíame estár viendo aquella existencia de abundancias y regocijos, de comodidades y regalos Me figuraba el gabinete modesto, pero confortable, en donde el envidiable bibliófilo, en perfecto estado de tranquilidad de espíritu, componía y recomponía, desde hacía años, sus *ex-libris* nunca terminados.

Veía el comedor: yo estaba allí. Tenía un gabinete parecido, iguales estantes llenos de elzevirios idénticos y auténticos: componía también un *ex-libris*, y mis amigos, todos bibliófilos, por supuesto, se agrupaban en derredor de la mesa, sencilla, pero exquisita, de un tan buen bibliófilo como era yo.

El caballero seguía leyendo.

Movido por creciente simpatía, me aproximé al lector. Al movimiento que

hice levantó la cabeza, volvióse lentamente hacia mí, y con una sonrisa de incomparable urbanidad, me dirigió la palabra.

– Caballero, ¡este libro es admirable! Y me alargó el ejemplar.

Ahogué un grito: mi nombre estaba impreso en la cubierta. Aquel hombre leía mi novela, que había yo dado á luz aquel mismo día. Acaso aquel hombre era mi primer lector, y lector que admiraba mi obra; por lo tanto valía por millares de lectores. ¡He aquí la gloria! ¡Gran bibliófilo!

Mi admirador prosiguió diciendo en tono de convicción:

– Sencillo, claro, sólido, de perfecta y no rebuscada elegancia, este libro desde la primera á la última página no tiene punto ni coma que enmendar: es una obra maestra.

¡Sublime bibliófilo!

Mi corazón palpitaba y se encendía con todos los fuegos de la alabanza, y al propio tiempo nadaba en un manantial de felicidad.

Volví á sentir mi vocación de combatiente. Yo no era bibliófilo, pero sí autor, y autor encarnizado. Haría en lo sucesivo libros sencillos, claros, sólidos, elegantes, sin rebuscamientos, intachables desde la primera hasta la última página, en los que no hubiese ni un solo punto ni una sola coma que enmendar, y que los espíritus ilustrados que pasean su recogimiento literario por los bancos del boulevard exterior calificarían de obras maestras.

No, yo no sería bibliófilo, pero sí amigo apasionado de los bibliófilos de pico de oro.

Compón libros, hijo mío, pero no te metas á juzgarlos. Pues qué, ¿hubieras tú encontrado esta palabra: «obra maestra?» Sería preciso para ello un talento más analítico que el tuyo. Y aun cuando la hubieras encontrado, ¿te atreverías á pronunciarla, cobarde?

Sólo los bibliófilos lo poseen todo: inteligencia y valor. ¡Admira, enmudece, vil gusano!

¡Ah! Esa vida dulce, tranquila, aunque un tanto retraída, con que yo había soñado hace poco, ¿era realmente la vida de que disfrutaba aquel hombre? No, y mil veces no La existencia de ese sujeto era una existencia luminosa, soberbia, en una contemplación de tal modo penetrante, que se remontaba hasta la creación, y ¿quién sabe?, tal vez hasta más arriba.

Sus juicios lo decían bien claro.

El hombre añadió:

– Tendría mucha satisfacción en conocer al autor de esta maravilla. ¡Oh! ¡Yo le conoceré!

Estas palabras exaltaron hasta el paroxismo mi naciente amistad.

– ¡Sí, exclamé, usted le conocerá inmediatamente! Usted le conoce ya. El autor de ese libro ofrece á usted su mano de todo crazón; ese autor soy yo.

Desconcertado en el primer momento por mi desbordamiento de sociabilidad, mi interlocutor me examinó despacio. Luego, estrechando de todo corazón la mano que yo le tendía, profirió esta frase:

– ¡Es usted un sabio obrero!

¡Sabio obrero! Un calificativo sano y robusto de que se enorgullecen los maestros de nuestra lengua!

¡Qué hombre aquel!

Hablamos. Por modestia, comencé la conversación por materias ajenas á la literatura. Nada encontré chocante en las apreciaciones de mi nuevo amigo, y sí una sencillez algo vulgar, que por lo mismo era más atractiva en un ser de tan brillante distinción cerebral.

Nos separamos á la hora de comer, mas por poco tiempo. Pedíle permiso para visitarle, y me lo otorgó con gran solicitud.

Entré en mi casa con la cabeza á pájaros, y dejéme caer en una silla junto á mi mesa de trabajo, presa de una fiebre galopante de producción literaria.

«Si tuviese cinco hijos tendrían cinco caballos,» ha dicho un poeta, árabe indudablemente.

Yo lo hubiera dado todo por poseer cinco manos, á fin de escribir cinco libros para que los hubiese juzgado mi compañero de banco, aquel hombre único, y para que los juzgara tan bien.

El jueves siguiente llamé á la puerta de mi precioso amigo. Le encontré entre sus libros, sonriente y afable.

Me enseñó su biblioteca.

Aunque no soy muy perito en materia de elzevirios, seguramente debía de haberlos allí, y de los más minúsculos. Pero tenía también libros de todas formas, de todas las épocas, en todas las lenguas, y algunos de ellos databan de Gutenberg, y perdonen mis lectores la cortedad.

Había allí sanscrito, hebreo, griego, latín: todas las lenguas muertas y todas las lenguas vivas, sin exceptuar el argot y el volapuk: aquello era una torre de Babel, de la que el cerebro de aquel hombre tenía la llave.

¡Qué pozo de ciencia era el hombre aquel!

La numismática, la astronomía, la química, la alquimia, la astrología, la quiromancia, la terapéutica, la balística, la arquitectura, la mecánica, la botánica, la física, el álgebra, la trigonometría, la geometría, la aritmética, la cosmografía, la estadística, la música, la cábala, la cocina... Y dejo muchas materias, y de las mejores, por citar.

¡Y poetas y novelistas! Todas las literaturas, todas las filosofías, todas las mentiras y todas las verdades: hasta programas y carteles de teatro: un mundo.

Yo estaba extático de admiración.

– No se me ha escapado ni un átomo de nada, me dijo el sabio, como si dijera la cosa más natural del mundo.

Me separé de él turbado.

Desde aquel día entablamos las más cordiales relaciones.

Desgraciadamente, vime obligado para ganarme la vida á trasladarme á una provincia, á fin de dirigir un periódico, y pasé largo tiempo sin poder volver á cultivar la amistad de mi sabio.

No medió correspondencia entre nosotros durante esa separación.

Mi amigo aborrecía las patas de mosca de las cartas, aun de las puramente amistosas.

Sin embargo, le remití mi segunda novela y luego la tercera; y él se dignó, con este motivo, abandonar su costumbre y sobreponerse á su natural escriptófobo, escribiéndome cuatro letras.

Mi segundo libro no le satisfizo: según él, era obscuro, pesado en ciertos momentos, desprovisto de elegancia y mal puntuado.

Este juicio, aunque duro, era justo; sin embargo, lo de mal puntuado parecióme algo pueril: pues qué, ¿pretendía la perfección absoluta?

Desmenuzando mi obra, daba yo completa razón á mi juez, y sin vanas tristezas me esforcé para evitar tales defectos en el cuarto de mis hijos.

Pues bien; según mi censor, todavía no era lo bastante: tenía cosas buenas, pero no podía compararse de ningún modo con el primero.

Habiendo terminado una quinta obra, y deseando más que nunca la aprobación del bibliófilo, por causa de su misma severidad, resolví hacerle conocer mi manuscrito, y aprovechando un viaje á París, adonde fuí enviado por mi periódico para hacer la descripción de unas fiestas, corrí á casa de mi censor.

¡Qué escena!

Cuando después de pasar las penas del mundo conseguí al cabo hacerle comprender el servicio que esperaba de él, me encontré con un hombre transfigurado. Sus mejillas temblaban, y una sorda cólera agitaba sus manos temblorosas.

– ¡Ah! ¡Autor! ¿Usted es autor? Entonces ¿qué hace usted aquí? ¿Con qué título se ha entrometido usted en mi intimidad? ¡Desgraciado! ¿No sabe usted que yo me burlo de todo cuanto meten ustedes en sus libros, como si fueran papeles de estraza?

Y después, con un tono terriblemente solemne, exclamó:

– Yo soy aficionado á la tipografía, sí, caballero, y no consiento que se me mixtifique.

Luego, tomando á granel folios en octavo mayor de los estantes de su biblioteca, repuso amenazándome:

– Yo no sé nada de lo que hay aquí dentro, absolutamente nada, ¿entiende usted?, ni quiero saberlo. Lo que me interesa son los *caracteres*, la *compaginación*, las *interlíneas*, los *márgenes*, el *ajuste*, la limpieza de *epígrafes*, y sólo en este concepto, el único interesante, he tenido á bien ocuparme de sus libros de usted; los cuales, desde que ha variado usted de impresor, no valen un comino. He dicho.

Y poniéndome debajo de la nariz una Biblia enorme, hizo una mueca de soberano desprecio, murmurando:

– ¿Supone usted que sé el hebreo?

Y desde la meseta de la escalera hasta donde me persiguió, aun le oí gritar:

– ¡Y yo que le había tomado por un impresor!

TRADUCCIÓN DE FLORENCIO MORENO GODINO



NUESTROS GRABADOS

Toledo.—Academia de Infantería, antes Hospital de Santa Cruz ó de los Niños.—Entre las muchas maravillas que encierra la imperial ciudad, cuéntase el Hospital de Santa Cruz, fundado en 1494 para albergar á los niños abandonados, ensanchado y embellecido más tarde por Isabel la Católica y convertido finalmente en Academia de Infantería. La fachada de este edificio que nuestra fototipia reproduce es sin disputa uno de los mejores ejemplares del Renacimiento, no sólo de España, sino también del extranjero, y su portada por su riqueza, por sus delicadas labores y finos cincelados puede compararse sin desventaja con la de la famosísima Cartuja de Pavía. En los intercolumnios y en las archivoltas destacan primorosas estatuas sobremontadas de afiligranados doseles, completando la ornamentación unos preciosos relieves que representan la *Visitación*, el cárdenal Mendoza fundador del edificio, etc.

Aficiones artísticas, cuadro de César Tiratelli.—De muchas y acerbas diatribas han sido objeto las aficionadas á las bellas artes; y como estas aficiones no provengan de un verdadero genio ó cuando menos de un talento, por satisfecha puede darse la interesada si la despiadada crítica al juzgar sus obras se ha limitado á esas frases banales que las más de las veces nada dicen. No participamos de esta prevención, en nuestro sentir altamente errónea, contra aquellas mujeres que necesitan para su satisfacción algo más que los placeres ruidosos del mundo ó los tranquilos goces del hogar, y sin ser amantes de las teorías radicales, que ansían *rebajar* (permítasenos esta palabra) á la mujer al nivel del hombre, creemos merecedoras de estímulo á las que sin abandonar la misión que en este mundo les ha sido confiada buscan en los esparcimientos del espíritu distracción agradable, que á veces, bien cultivada, puede llegar á ser hasta provechosa.

La protagonista del cuadro de Tiratelli, por ejemplo, á muchos parecerá ridícula; á nosotros, por el contrario, se nos hace altamente simpática, pues en su actitud y en su expresión

revela que siente el arte, y si no sabe expresarlo con la maestría de un pintor consumado, nada perderán con ello la familia á su cuidado puesta ni la sociedad en cuyo seno vive, pues la que sabe sentir lo bello ama y practica con más facilidad lo bueno.

Lección de catecismo, cuadro de D. José M. Marqués. – La característica de Marqués la constituyen el sentimiento delicado en que inspira sus composiciones y la sencillez y expresión con que las ejecuta. Así lo hemos dicho diferentes veces y en distintas formas al ocuparnos de las obras que de él llevamos publicadas, y una vez más hemos de repetirlo en presencia de su bellísimo cuadro *Lección de catecismo*. Pocas figuras y contados accesorios hay en este lienzo, y sin embargo, nada falta para impresionar gratamente al que lo contempla: es más, estimamos tan justos los elementos que lo constituyen, que el aumento de una figura quitaría, en nuestro concepto, grandiosidad á la idea y la adición de cualquier otro accesorio distraería la atención que merecidamente atraen los tres personajes de la escena. Cada uno de éstos es una hermosa concepción: el fraile de aspecto bondadoso que pregunta al pequeñuelo: «¿Cuántos dioses hay?;» el niño que contesta levantando un dedo hacia el cielo y demostrando en la viveza de su inteligente mirada que comprende bien toda la fuerza de su contestación, base fundamental de nuestras creencias, y la madre gozándose en la precocidad de su hijo, son tres figuras acabadas, perfectamente entendidas y pintadas con cariño y acierto extraordinarios.

El Excmo. Ayuntamiento de Barcelona ha comprado este cuadro, pagando por él 5.000 pesetas, y aunque el precio nos parece modesto, en cambio á Marqués cábele la honra de haber sido la suya la primera obra por aquella Corporación adquirida con destino al Museo de Bellas Artes, recientemente creado en esta ciudad. Por ello felicitamos cordialmente á nuestro querido y distinguido colaborador.

Violinista, escultura de D. José Reynés. – Entre la pléyade de ilustres escultores que de Cataluña han salido, ocupa uno de los primeros puestos el Sr. Reynés: sus obras son universalmente conocidas y admiradas y la reputación de que en el mundo artístico goza su firma hace ociosos todos los elogios. En sus esculturas, ora se nota la sobriedad, el vigor, la corrección y pureza de líneas de los antiguos clásicos, ora se encanta el que las contempla ante la viveza, la intención, la elegancia, la finura que las modernas escuelas vienen imprimiendo á las creaciones escultóricas. Siempre justo, cuando de asuntos sencillos se trata, sabe contener su inspiración dentro de los límites por la razón trazados, y cuando el motivo se presta á vuelos de la fantasía, no le faltan nunca inspiración para encontrar los más ricos detalles, ni talento para cincelarlos en las más primorosas formas.

En su *Violinista* se echan de ver desde luego las excepcionales dotes del Sr. Reynés, traducidas en la exactitud de las proporciones, en la naturalidad de la figura toda y en la expresión que se refleja en el semblante de la pequeña artista.

Esta escultura fué premiada con medalla de primera clase en la última Exposición Nacional de Bellas Artes de Madrid, y fuerza es confesar que el fallo del Jurado interpretó rectamente la opinión unánime de cuantos admiraron la hermosa obra de nuestro ilustre paisano.

Niños cantores, bajo relieve de Lucca della Robbia. – Fué éste uno de los más famosos escultores de la escuela florentina y vivió á últimos del siglo XIV y principios del XV. Contemporáneo de Donatello, rivalizó con él en el palenque del arte y con él compartió los aplausos de aquella corte que tan aficionada se mostró á las artes bellas; suponiéndose que en competencia con él cinceló los bajos relieves que adornaron en otro tiempo el órgano de la catedral de Florencia y uno de los cuales es el que reproducimos, cuyas bellezas no es preciso enumerar porque á primera vista se descubren.

Lucca della Robbia empleó generalmente para sus obras el barro cocido esmaltado, al que por un procedimiento de su invención logró dar la dureza del mármol.



NIÑOS CANTORES, bajo relieve de Lucca della Robbia

ADVERTENCIAS

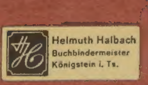
Siendo en gran número los trabajos literarios que recibimos para La Ilustración Artística y en la imposibilidad de contestar á todos los que con ellos nos favorecen, debemos advertir que sólo contestaremos á los autores de los artículos que aceptemos para insertarlos en este periódico.

No se devuelven los originales.

Suplicamos á nuestros corresponsales y suscriptores, especialmente á los de América, nos remitan cuantas fotografías de monumentos, obras artísticas, etc., consideren propias para ser publicadas en La Ilustración Artística, acompañándolas de los datos explicativos necesarios. En caso de que sean admitidas, tendremos el gusto de consignar, al confirmarlas en las columnas de nuestra publicación, el nombre de la persona que nos haya honrado con el envío de las mismas.

Asimismo agradeceremos la remisión de todas las noticias que tengan verdadero interés artístico ó literario.

Imp. de Montaner y Simón


Helmuth Halbach
Buchbindermeister
Königstein i. Ts.

GETTY CENTER LIBRARY
3 3125 00620 5567

